ASI FUE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

ASI FUE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

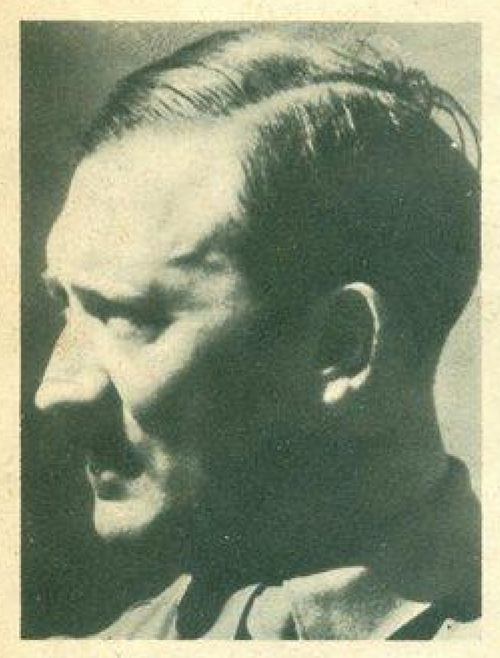
ASI FUE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL
es una edición de Editorial Anesa - Noguer - Rizzoli
Título original de la obra: HISTORY OF THE SECOND WORLD WAR

Impresión: Rizzoli Editore, Via Civitavecchia, 102, Milán.
Printed in Italy.
AMÉRICA NORILDIS EDITORES SOCIEDAD ANÓNIMA (ANESA), Cangallo 564, 1º,
Buenos Aires, Argentina.
Hecho el registro de la Propiedad Intelectual y el depósito que marca la ley 11723.

MAPA HISTÓRICO-MILITAR
DE LA PRIMERA FASE
DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

1939-1942

Los protagonistas del Eje y del pacto Tripartito



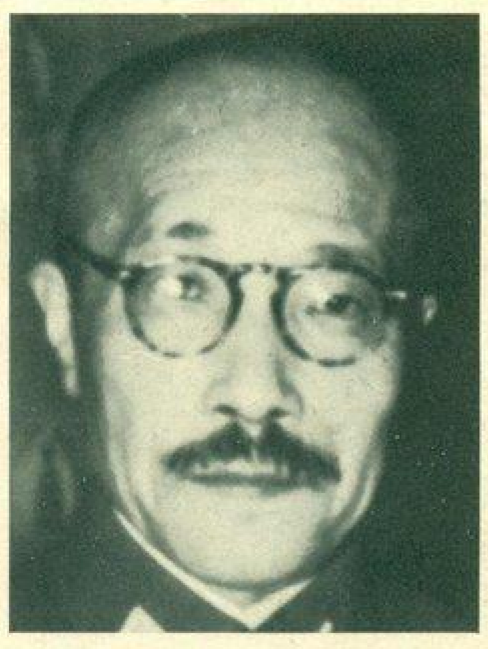
ADOLF HITLER

Nacido en Braunau en 1889, inició su carrera política en Munich, donde pronto dio pruebas de sus dotes oratorias. Se convirtió rápidamente en jefe del partido nazi explotando sin escrúpulos las aspiraciones y debilidades del pueblo alemán y recurriendo a menudo a la violencia, consiguió hacerse con el control del país en 1933. Emprendió a partir de entonces una audaz y provocadora política de fuerza, primero a espensas de Austria y luego de Checoslovaquia. Al propio tiempo, aseguró su autoridad en Alemania militarizando el país entero, y ordenando la persecución implacable de sus oponentes políticos y de los judíos. En un momento dado la intimidación no bastó, y el Führer tuvo que poner en marcha su eficacísima maquinaria bélica. Iniciaba así la segunda guerra mundial y la carrera de Hitler y del III Reich hacia un final siniestro y trágico.



BENITO MUSSOLINI

Después de haber militado en el socialismo se convirtió en el creador (Milán, 23 de marzo de 1919) y jefe indiscutido del partido fascista por espacio de veinte años. Proletario de origen, revolucionario por temperamento y orador enérgico por vocación, consiguió hacerse con el poder en 1922, utilizando alternativamente, al igual que Hitler, la violencia de los escuadristas y la propaganda. Consolidó su posición mediante una política dura en el interior y falta de escrúpulos en el exterior. Lo mismo que Hitler en un momento dado se vio obligado a recurrir a la violencia, al no bastar las amenazas para resolver la situación creada por su política de fuerza (10 de julio de 1940: entrada de Italia en la guerra). El efímero resurgir tras el desastre militar y la caída del 25 de julio de 1943, redujeron a Mussolini al modesto rango de «gauleiter» italiano bajo la protección alemana hasta su trágico fin a orillas del lago Como, a manos de los partisanos.

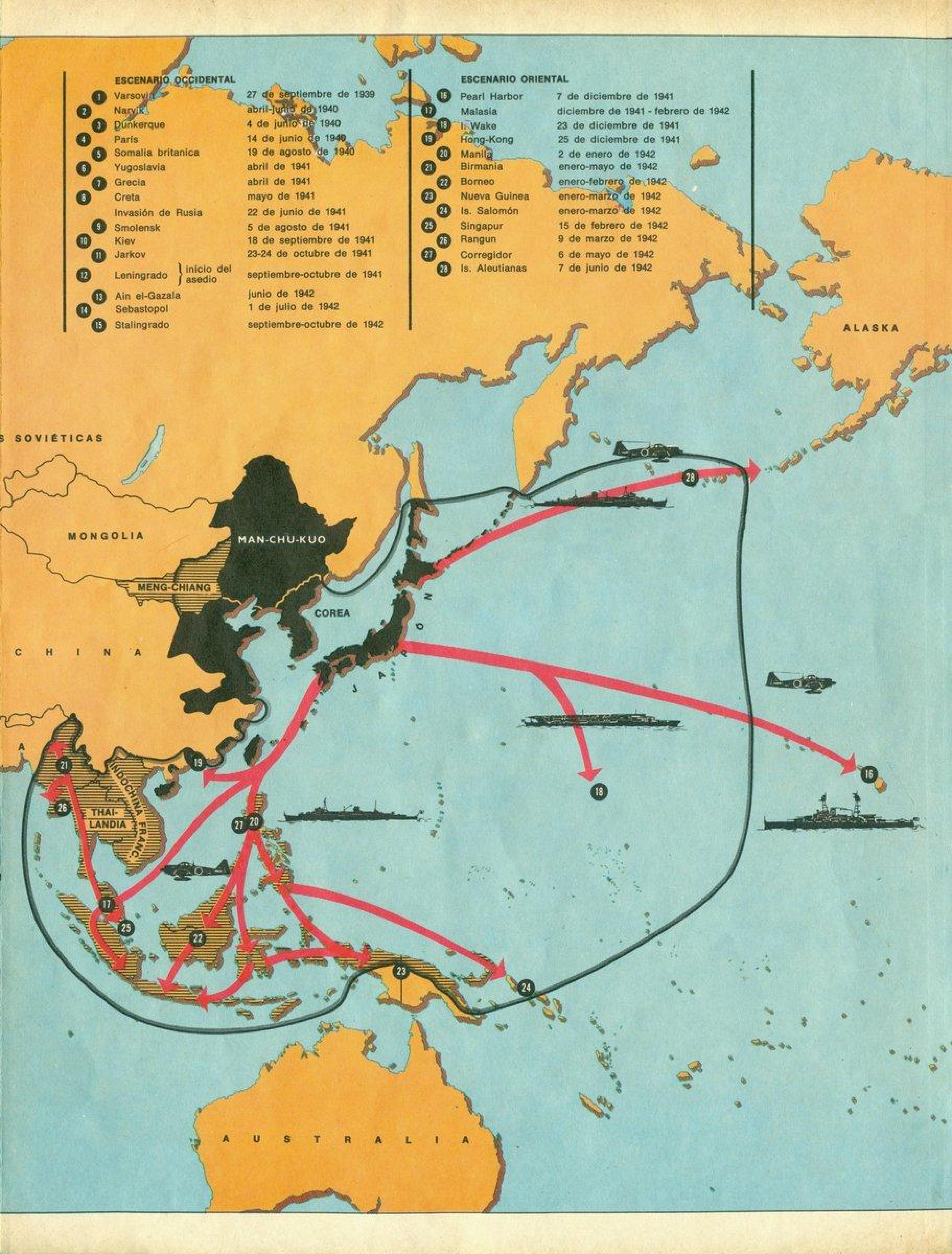


HIDEKI TOJO

Nacido en Tokio en 1884 y perteneciente a la casa militar tradicionalista, fue nombrado ministro de la guerra en 1940. Se manifestó como el más enérgico representante de la corriente belicista en el Japón, y contribuyó (octubre de 1941) a la caída del gabinete Konoye, que había adoptado frente a Norteamerica una postura más cautelosa. Convertido en primer ministro, arrastró a su país al enfrentamiento directo con los Estados Unidos, decidiendo el ataque a Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941. En 1948 fue ajusticiado por los americanos como criminal de guerra.



Conquistas del Eje
1939-1942
ISLANDIA
NORUEGA
SUECIA
FINLANDIA
IRLANDA
GRAN BRETAÑA
ALEMANIA
POLONIA
SUIZA
FRANCIA
RUMANIA
BULGARIA
ITALIA
PORTUGAL
ESPAÑA
TURQUÍA
MALTA
Moscú
UNIÓN DE REPÚBLICAS SOCIALISTAS
MARRUECOS
ARGELIA
LIBIA
EGIPTO
SIRIA
IRAK
IRÁN
AFGANISTÁN
INDI
SAHARA ESP.
ARABIA SAUDÍ
OMAN
YEMEN
ADEN
AFRICA OCCIDENTAL FRANC.
AFRICA ECUATORIAL FRANC.
SUDAN ANGLO-EGIP.
A.O.I.
GUINEA PORT.
SIERRA LEONA
LIBERIA
COSTA DE ORO
NIGERIA
CAMERUN
CEILAN
UGANDA
KENIA
CONGO
TANGANICA
ANGOLA
- D. NORTE
RHODESIA
- D. SUR
MOZAMBIQUE
MADAGASCAR
AFRICA D.
SUDOESTE
BECHUANIA
UNIÓN
SUDAFRICANA
Victorias del Eje
Avances del Eje
Territorios del Eje en 1939
Estados neutrales
Territorios ocupados o controlados por el Eje durante 1942

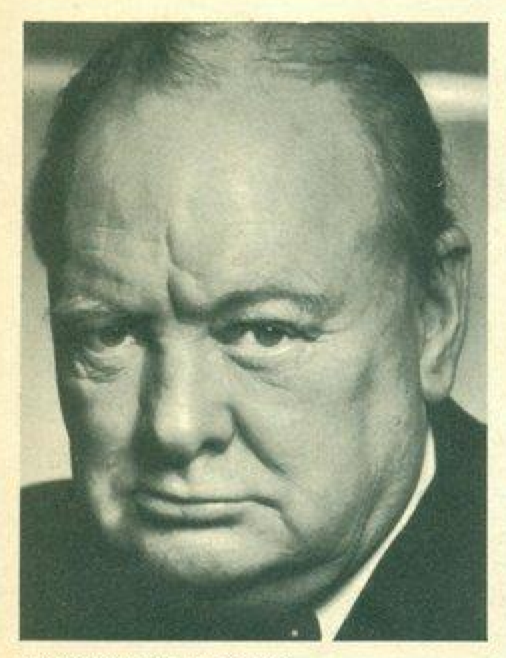


ESCENARIO OCCIDENTAL
1 Varsovia 27 de septiembre de 1939
2 Narvik abril-junio de 1940
3 Dunkerque 4 de junio de 1940
4 París 14 de junio de 1940
5 Somalia britanica 19 de agosto de 1940
6 Yugoslavia abril de 1941
7 Grecia abril de 1941
8 Creta mayo de 1941
Invasión de Rusia 22 de junio de 1941
9 Smolensk 5 de agosto de 1941
10 Kiev 18 de septiembre de 1941
11 Jarkov 23-24 de octubre de 1941
12 Leningrado } inicio del asedio septiembre-octubre de 1941
13 Ain el-Gazala junio de 1942
14 Sebastopol 1 de julio de 1942
15 Stalingrado septiembre-octubre de 1942
ESCENARIO ORIENTAL
16 Pearl Harbor 7 de diciembre de 1941
17 Malasia diciembre de 1941 - febrero de 1942
18 I. Wake 23 de diciembre de 1941
19 Hong-Kong 25 de diciembre de 1941
20 Manila 2 de enero de 1942
21 Birmania enero-mayo de 1942
22 Borneo enero-febrero de 1942
23 Nueva Guinea enero-marzo de 1942
24 Is. Salomón enero-marzo de 1942
25 Singapur 15 de febrero de 1942
26 Rangun 9 de marzo de 1942
27 Corregidor 6 de mayo de 1942
28 Is. Aleutianas 7 de junio de 1942
ALASKA
S SOVIÉTICAS
MONGOLIA
MAN-CHU-KUO
MENG-CHIANG
COREA
CHINA
JAPÓN
THAILANDIA
INDOCHINA FRANC.
AUSTRALIA

MAPA HISTÓRICO-MILITAR
DE LA CONTRAOFENSIVA ALIADA
HASTA LA CONCLUSIÓN VICTORIOSA DEL CONFLICTO

1942-1945

Los artífices de la victoria aliada



WINSTON CHURCHILL

Nacido en 1874, ingresó en el ejército en 1895 y participó en expediciones militares coloniales. Elegido diputado conservador en 1900 y vinculado posteriormente a los liberales y a Lloyd George (1910-1911) se hizo cargo del Almirantazgo y puso a la marina británica en condiciones de afrontar la primera guerra mundial. En el período de entreguerras abandonó el partido liberal, aproximándose de nuevo a los conservadores hasta obtener por último de Baldwin el ministerio de finanzas. Acabó, sin embargo, por encontrarse aislado a causa de su intransigencia autoritaria, en un mundo que reclamaba la paz a toda costa. Se le llamó otra vez en septiembre de 1939 al estallar la guerra, y en mayo de 1940, cuando el peligro era más grave, aceptado el cargo de primer ministro, se entregó a la lucha con gran energía. Inglaterra se inspiró en su formidable tenacidad y en su fe constante en la victoria, para proseguir la guerra contra un enemigo que parecía invencible pero que, gracias principalmente a Churchill, acabó por derrumbarse. Murió en 1965.



FRANKLIN DELANO ROOSEVELT

Senador demócrata a los ventiocho años (1910), inició su carrera de gobernante como vicesecretario de marina en el tiempo del presidente Wilson. Entre 1929 y 1933 fue gobernador del estado de Nueva York, y en ese último año sucedió a Hoover en la presidencia de los Estados Unidos, afrontando la grave depresión que siguió a la crisis del 29, y llevando a cabo los programas de reforma del New Deal. En 1936 fue reelegido. En 1940, en vísperas de la guerra, consiguió un tercer mandato. Para la Europa democrática fue una elección providencial, porque con Roosevelt los Estados Unidos se lanzaron a una política de ayuda a los aliados y acabaron por entrar en la guerra a su lado. La contienda, sin embargo, minó la salud del presidente, y en abril de 1945, después de ser elegido por cuarta vez, murió cuando ya alboreaba la victoria aliada.

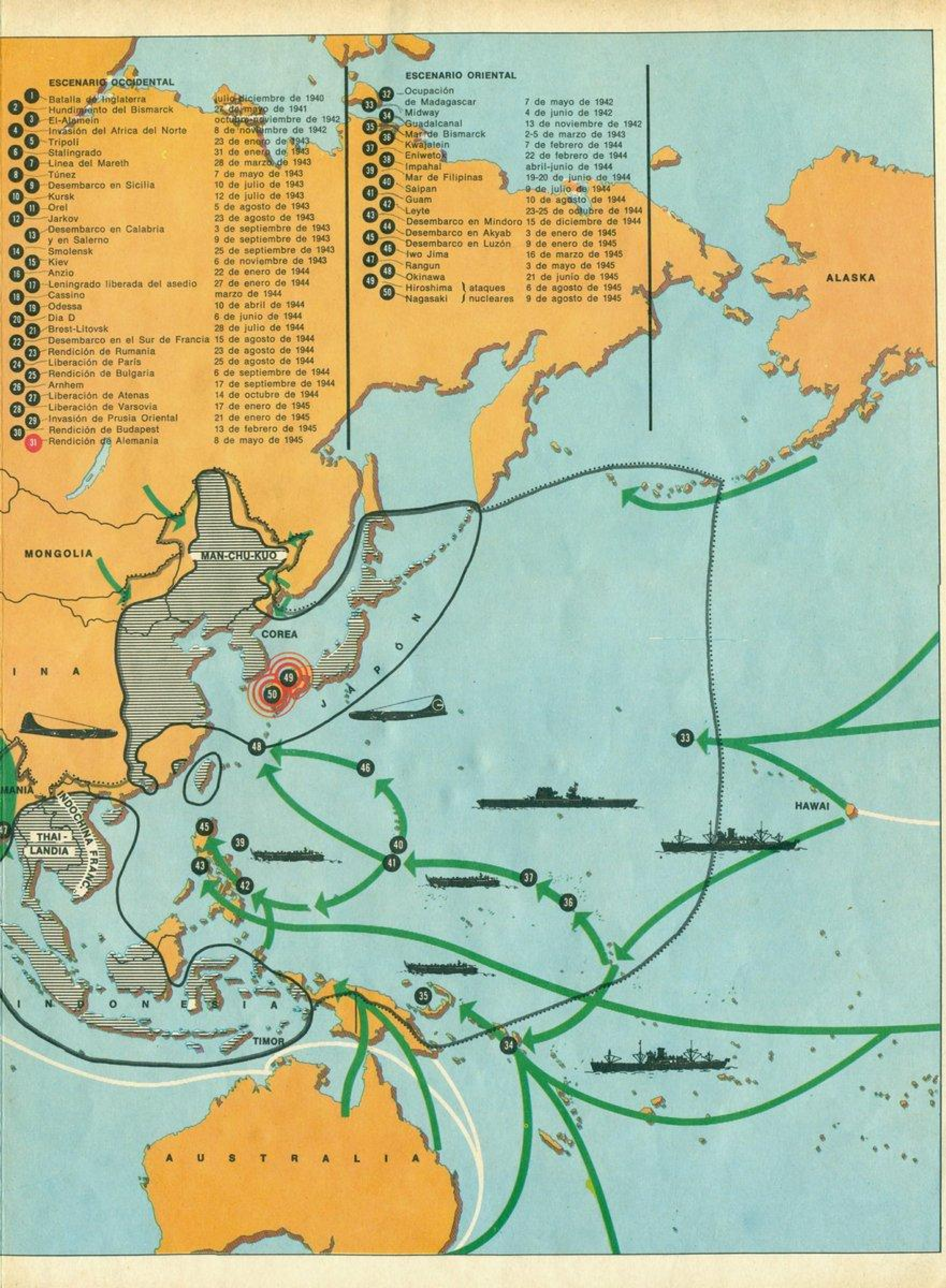


YOSIF STALIN

Nacido en Georgia en 1879 y atraído desde edad muy temprana por los ideas revolucionarias, se adhirió a la facción bolchevique del partido obrero socialdemócrata. Participó en la revolución de 1905 y se convirtió en un enérgico defensor de la acción subversiva. Desde 1917 estuvo junto a Lenin, al principio aparentemente en la sombra, y luego ejerciendo cada vez mayor influencia. A la muerte del fundador del estado soviético se convirtió en dueño del país en el que instauró una dictadura, eliminando sin escrúpulos a Trotski y después a todos los demás rivales internos. Llevó adelante con decisión fría e inquebrantable la industrialización y la colectivización del campo. En 1939 concluyó el pacto de no agresión con la Alemania hitleriana, facilitando a los nazis la conquista de media Europa. Pero pronto Hitler se revolvió contra Stalin, por lo que este pasó entonces a dirigir el esfuerzo bélico ruso, atribuyéndose a veces méritos – victoria de Stalingrado – que con posterioridad se le han discutido. Obtuvo los mejores frutos de la victoria aliada, continuando la tradición expansionista de los zares. En la posguerra reorganizó la internacional comunista con el nombre de Kominform, y hasta su muerte (1953) continuó gobernando con métodos dictatoriales y con su característica desconfianza hacia los rivales de dentro y hacia los países capitalistas.

Contraofensiva aliada 1942-1945




ESCENARIO OCCIDENTAL
1 Batalla de Inglaterra julio-diciembre de 1940
2 Hundimiento del Bismarck 27 de mayo de 1941
3 El-Alamein octubre-noviembre de 1942
4 Invasión del Africa del Norte 8 de noviembre de 1942
5 Tripoli 23 de enero de 1943
6 Stalingrado 31 de enero de 1943
7 Linea del Mareth 28 de marzo de 1943
8 Túnez 7 de mayo de 1943
9 Desembarco en Sicilia 10 de julio de 1943
10 Kursk 12 de julio de 1943
11 Orel 5 de agosto de 1943
12 Jarkov 23 de agosto de 1943
13 Desembarco en Calabria 3 de septiembre de 1943
y en Salerno 9 de septiembre de 1943
14 Smolensk 25 de septiembre de 1943
15 Kiev 6 de noviembre de 1943
16 Anzio 22 de enero de 1944
17 Leningrado liberada del asedio 27 de enero de 1944
18 Cassino marzo de 1944
19 Odessa 10 de abril de 1944
20 Dia D 6 de junio de 1944
21 Brest-Litovsk 28 de julio de 1944
22 Desembarco en el Sur de Francia 15 de agosto de 1944
23 Rendición de Rumania 23 de agosto de 1944
24 Liberación de París 25 de agosto de 1944
25 Rendición de Bulgaria 6 de septiembre de 1944
26 Arnhem 17 de septiembre de 1944
27 Liberación de Atenas 14 de octubre de 1944
28 Liberación de Varsovia 17 de enero de 1945
29 Invasión de Prusia Oriental 21 de enero de 1945
30 Rendición de Budapest 13 de febrero de 1945
31 Rendición de Alemania 8 de mayo de 1945
ESCENARIO ORIENTAL
32 Ocupación de Madagascar 7 de mayo de 1942
33 Midway 4 de junio de 1942
34 Guadalcanal 13 de noviembre de 1942
35 Mar de Bismarck 2-5 de marzo de 1943
36 Kwajalein 7 de febrero de 1944
37 Eniwetok 22 de febrero de 1944
38 Impahal abril-junio de 1944
39 Mar de Filipinas 19-20 de junio de 1944
40 Saipan 9 de julio de 1944
41 Guam 10 de agosto de 1944
42 Leyte 23-25 de octubre de 1944
43 Desembarco en Mindoro 15 de diciembre de 1944
44 Desembarco en Akyab 3 de enero de 1945
45 Desembarco en Luzón 9 de enero de 1945
46 Iwo Jima 16 de marzo de 1945
47 Rangun 3 de mayo de 1945
48 Okinawa 21 de junio de 1945
49 Hiroshima } ataques 6 de agosto de 1945
50 Nagasaki } nucleares 9 de agosto de 1945
ALASKA
MONGOLIA
MAN-CHU-KUO
COREA
J A P O N
I N A
HAWAI
THAI-LANDIA
INDOCHINA FRANC
I N D O N E S I A
TIMOR
A U S T R A L I A

ALEMANIA 1919 - 1939

EL REICH AGRESIVO

por Constantine FitzGibbon

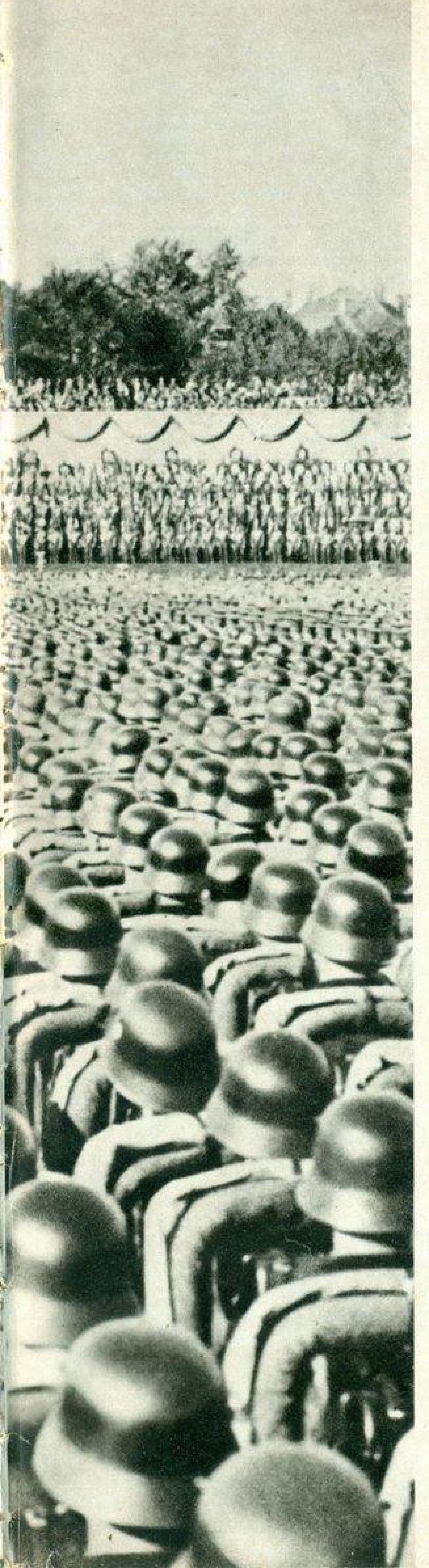


Tropas alemanas durante la campaña de Occidente. (Ullstein).

Solamente la voluntad agresiva y funesta de Hitler podía llevar al pueblo alemán a la guerra con tanta rapidez y de un modo tan violento. Esta es la historia del ascenso del dictador, de la manera con que alcanzó el poder y de cómo transformó Alemania, hasta convertirla en el país que había de dominar Europa durante varios años.



A los generales alemanes se les ofreció la posibilidad de preparar la defensa del país, y lo hicieron de modo rápido y eficiente. En 1938 se inició la creación de una máquina militar capaz de conquistar Europa. Esta imagen constituye la respuesta más elocuente. *(European Picture Service)*



Pocos alemanes aceptaron los acontecimientos que caracterizaron los últimos meses de la primera Guerra Mundial. Después de cuatro terribles años, no podían creer que su Ejército hubiese sido derrotado. El territorio alemán no había sido hollado por tropas enemigas: al contrario, sólo cinco meses antes, el Ejército germano había hecho retroceder a los aliados hasta setenta kilómetros de París. Entonces creían que la victoria era inminente; pero, de repente, a los tres meses de la contraofensiva, el general Ludendorff proponía al Gobierno de Berlín la firma del armisticio. Cuando el pueblo alemán tuvo conocimiento de ello, su desconcierto fue enorme. Se rehízo de la sorpresa, pero era ya demasiado tarde. El 11 de noviembre a las once de la mañana, se firmó el armisticio que ponía fin a la primera Guerra Mundial. El Reich de Bismarck se había derrumbado, «traicionado por los criminales de noviembre».

En 1918, los soldados de todos los países, que cuatro años antes habían partido hacia el frente llenos de entusiasmo, estaban muertos o moralmente hundidos por la desilusión. En el Ejército ruso se habían producido deserciones masivas, lo que contribuyó a que una junta revolucionaria se hiciese con el poder (los soldados «votaron con los pies», como dijo Lenin). Los motines en escala se sucedían en las unidades francesas e italianas, y las austríacas se habían desbandado. Por parte aliada, solamente combatieron unidos y disciplinados hasta el final los ingleses, que habían instituido el servicio militar obligatorio ya en 1916, y los americanos, que intervinieron de forma activa en la guerra a partir de 1918. El Ejército alemán fue el único que permaneció fiel, casi en su totalidad, a una causa que se había convertido en absurda, tanto para el ciudadano alemán como para el resto de Europa.

Las fuerzas alemanas fueron derrotadas más por el número y la abundancia de material del enemigo que por la habilidad de éste; y esa fue la razón por la que regresaron a su patria con las banderas desplegadas y al son de las trompetas. Pero en Alemania encontraron a los marineros y a la población civil en plena revolución. Fueron tiempos difíciles y de reacciones emotivas incontrolables. Entre aquellos soldados alemanes que no habían sido vencidos en el campo de batalla (al menos esta era su convicción), sino traicionados (como comenzaron a decir en seguida), había un cabo, que a la sazón estaba internado en un hospital militar por enfermedad. Según lo que él mismo expuso más tarde –y que probablemente es cierto–, fue entonces cuando decidió salvar a su patria. Esta acción salvadora debería llevarse a cabo en dos etapas sucesivas: primero, acabaría con los enemigos internos de su país, los criminales de noviembre que, según él, habían llevado a Alemania a la derrota con su revolución; luego, invertiría los resultados de aquella guerra y conquistaría un gran imperio.

Hitler, el cabo en cuestión, abandonó el hospital de Pasewalk en diciembre de 1918; pero continuó en el Ejército por espacio de dieciséis meses más, casi siempre destinado en Munich. Y en la ciudad bávara cumplió dos misiones específicamente políticas: la de «oficial educador» de los soldados, para adoctrinarles contra el pacifismo, el socialismo y otras ideas de tendencia izquierdista, y la de espía, o informador acerca de los numerosos partidos políticos que a la sazón surgían por doquier. Uno de ellos era el Partido Obrero alemán.

Durante los dieciocho meses subsiguientes al armisticio, Baviera, y Munich sobre todo, vivió en un clima de casi continua revolución política. En el Munich de 1919 tenían cabida las fantasías políticas más exageradas; los extremistas se mostraban muy activos y se producían asesinatos políticos a diario. En el curso de una pequeña revuelta comunista en abril de 1919 (Baviera fue república soviética durante un mes), y después de ella, hubo grandes represalias. Este fue el campo en que se desarrolló el nazismo.

El 12 de septiembre de 1919, Hitler participó por primera vez en una reunión del Partido Obrero alemán. Quedó hondamente impresionado, y dos días más tarde se afilió a él.

Dejó el Ejército en abril de 1920, y cuando se le confió en aquellos primeros meses la propaganda del partido –del que no tardaría en tener el control absoluto– se entregó a su labor por completo, con total entusiasmo. Ya en aquel mismo mes, el partido cambió su denominación por la de Partido Nacionalsocialista de los obreros alemanes (nazi, en abreviatura). Obtuvo el valioso apoyo del Ejército, en especial el del comandante Ernst Röhm, ex oficial y jefe de Hitler cuando éste desempeñó su cargo político para el Ejército. En diciembre de 1920, el Partido nazi contó con su propio diario. Hitler era ya el jefe indiscutible, y empezaba a convertirse en una fuerza que era preciso tener presente en la política bávara, e incluso en la nacional.

El Partido Nacional alemán se basaba en una idea bastante sencilla: la actuación de los agitadores de izquierda, casi siempre extranjeros y de origen hebreo, había alejado a la masa alemana, y continuaba alejándola, del sentido natural de patriotismo que siempre la había animado. Para ganarse su fidelidad era necesario utilizar los mismos métodos que el enemigo: conquistar especialmente a los trabajadores, no a los burgueses, y actuar sobre sus corazones más que sobre sus cerebros. Hitler hizo suyas estas ideas, y desde el principio concibió el nazismo como un partido de masas hecho de *slogans* más que de ideas. Él mismo se convirtió en orador de masas; en privado prefería dar órdenes antes que discutir problemas. Su contribución personal al nuevo partido fue, ante todo, este principio de conducta, y después una gran parte de violencia. Reclutó pistoleros, los armó y los llamó SA (*Sturmabteilungen*, secciones de asalto): llevaban un uniforme oscuro, de corte militar, y su misión fundamental consistía en luchar con los elementos contrarios en los encuentros callejeros y en expulsarlos brutalmente de las reuniones de militantes. Inventó también el principio de la gran mentira: cuanto mayor fuese, más probabilidades había de que la masa la creyera.

En noviembre de 1923 intentó hacerse con el poder en Munich, pero sin conseguirlo. Los nazis contaban a la sazón con un aliado bastante poderoso: el general Ludendorff, quien había sido Jefe de Estado Mayor del Mariscal de Campo von Hindenburg y, como tal, una especie de dictador durante la guerra. Por esta razón, entre otras, Hitler creía poder contar con la ayuda (aunque pasiva) del Ejército si intentaba un golpe de estado como el que había llevado a cabo Mussolini un año antes. Más de 3000 hombres pertenecientes a las secciones de asalto se encontraban en Munich y en sus alrededores. Pero el *putsch* falló. La marcha sobre Munich fue disuelta con facilidad por la po-

licía, y en ella perdieron la vida dieciséis militantes. Aunque algunos oficiales con destino en Baviera no ocultaron su simpatía por los nazis, el Alto Mando del Ejército de Berlín, cuyo Jefe era el general von Seeckt, consideró que aquel grupo de hombres merecía muy poca consideración. Hitler fue arrestado. Tras un proceso espectacular, en el que se impuso por su oratoria y gracias al cual se dio a conocer en el campo internacional, fue condenado a la pena mínima: cinco años de cárcel, pero concediéndole la libertad condicional transcurridos seis meses. En la celda escribió *Mein Kampf (Mi lucha)*, donde expuso los principios de sus ideas políticas.

Los cinco años siguientes fueron para Alemania una época de prosperidad. Se consiguió vencer la terrible inflación posbélica; los americanos invirtieron capital en Alemania, y lo mismo hicieron los banqueros londinenses, aunque en menores proporciones. Se robusteció así la economía del país y, como sucede siempre en casos semejantes, los obreros no mostraron ya interés alguno por las ideas revolucionarias, tanto las de derechas como las de izquierdas. En cambio, un profundo malestar empezó a extenderse entre la pequeña burguesía, cuyos ahorros había devorado la inflación. Por esto, cuando Hitler comenzó a reorganizar el partido desmembrado, consideró especialmente a aquella clase social, en lugar del proletariado. Esta reconversión del partido fue una empresa lenta, que requirió mucho tiempo.

Hitler aprendió bastante del fracaso de 1923. Quizá lo más importante fuera que no podría contar con la neutralidad del Ejército en caso de que intentara de nuevo derribar la República por la fuerza, pues el Ejército obedecería al gobierno legalmente establecido. En consecuencia, llegó a dos conclusiones: en primer lugar, que el único camino para alcanzar el poder era el de la legalidad; en segundo, que una vez obtenido legalmente el poder, el Ejército sería fiel a su Gobierno, de la misma manera que lo era entonces al de Weimar.

Así, pues, ante todo era preciso que se le eligiera Canciller legalmente.

De este modo, el vocablo «legalidad» se convirtió en su palabra favorita. Se serviría de la democracia, fórmula que despreciaba profundamente, para apoderarse de todo el sistema y destruirlo. Para ello debía crear un partido de masas, participar en las elecciones y conquistar escaños en el *Reichstag* (Parlamento alemán). Entre tanto, al igual que los comunistas, no ocultó su intención de acabar cuanto antes con el sistema vigente. Para obtener el apoyo de las masas y atacar el sistema electoral, necesitaba dinero. Por ello comenzó a adular a los ricos y acentuó todavía más su anticomunismo, mientras los grupos de asalto del partido se enfrentaban a los militantes comunistas y socialistas para obtener, en lo posible, el control de la situación.

Teóricamente, el partido era legal, pero, en la práctica, el método empleado era la violencia, tanto verbal como de acción.

Poco a poco, el Partido nazi fue reestructurado. En 1925 contaba con 27.000 afiliados, y con 108.000 en 1928. En las elecciones de este mismo año obtuvo 800.000 votos, sobre un total de 31.000.000 de votantes, lo que, con el sistema proporcional, equivalía a 12 escaños en un Parlamento de 491 diputados. En 1929 el número de afiliados llegó a 178.000; aquel mismo año recibió Hitler el empuje que necesitaba y que esperaba anhelante: se produjo el hundimiento de Wall Street. Había comenzado la gran crisis económica internacional. La falsa y precaria prosperidad de Alemania se vio afectada por el desastre económico que se extendía por el mundo entero. Millones de obreros quedaron sin trabajo y, por otra parte, el sistema político imperante no estaba en condiciones de afrontar la situación. Los únicos que obtuvieron ventaja de este estado de cosas fueron los nacionalsocialistas y los comunistas.

Intrigas en el Reichstag

Desbordado por la crisis económica, el último Canciller socialdemócrata, Hermann Müller, dimitió en marzo de 1930; con él desapareció el postrer gobierno alemán basado en una verdadera mayoría parlamentaria. Brüning fue elegido Canciller de un gobierno minoritario, pero como no consiguiera que el Parlamento aprobase un decreto-ley financiero, solicitó del presidente Hindenburg la disolución de la Cámara y la convocatoria de nuevas elecciones. En los comicios de septiembre de 1930 aumentó el número de votos obtenidos por los partidos extremistas: los nacionalsocialistas lograron casi 6.500.000 votos. Los diputados nazis eran ahora 107. Los comunistas ocuparon 77 escaños. Así, aproximadamente, la mitad de los representantes parlamentarios elegidos por el pueblo alemán querían destruir el sistema, situación que reflejaba con bastante claridad el estado de ánimo de los electores.

Mientras Brüning se disponía a gobernar por medio de un decreto presidencial y el *Reichstag* se convertía cada vez más en una farsa, en la que comunistas y nazis se insultaban mutuamente y ambos unidos atacaban a los partidos democráticos, muchos opinaban que el problema no sería tan grave si la República de Weimar sobrevivía y alguien heredaba el poder republicano. Hitler halagaba con habilidad al Ejército y a los industriales. Los grandes financieros, entre ellos algunos banqueros judíos, sabían que nunca conseguirían llegar a un entendimiento con los comunistas, razón por la cual estaban dispuestos a prestar apoyo financiero a Hitler. En cuanto al Ejército, en teoría habría podido servir indistintamente a los comunistas o a los nazis, pero, en la práctica, la doctrina marxista de la lucha de clases repugnaba a los viejos oficiales, lo que, sumado al hecho de que Hitler contaba con el apoyo de los hombres de negocios, dio lugar a que la hostilidad de los generales disminuyese. Para animarles más aún, o más bien para engañarles, Hitler alejó temporalmente el ala izquierda del partido. Con todo, esto no significaba que Hitler fuese un juguete en manos de industriales y banqueros, como éstos habían esperado. No se comprometía con nadie, y si la ocasión lo merecía, estaba dispuesto a colaborar con los comunistas en acciones huelguísticas.

Si a partir de la quiebra de Wall Street, la economía había atravesado momentos difíciles en todos los países, 1932 fue el año de la verdadera crisis, sobre todo en las naciones democráticas. En Alemania, en el transcurso del citado año, hubo elecciones cuatro veces.

La primera de ellas fue la elección presidencial, a comienzos del nuevo año, en la que se presentaron tres candidatos: el anciano Hindenburg, demócrata; Hitler, que contaba con los votos de la extrema derecha, y Thälmann, comunista. En el escrutinio final, Hitler obtuvo el 37 % de los votos, Thälmann el 10 % y Hindenburg el 53 %.

Durante los meses siguientes, la política interior de Alemania llegó a ser caótica. Pocas semanas después de las elecciones, Bruning se vio obligado a dimitir. Se nombró canciller a Franz von Papen, que ni siquiera era miembro del *Reichstag*. El 4 de junio de 1932 fue disuelto el Parlamento y se convocaron nuevas elecciones para el 31 de julio.

Hitler y los jerarcas nazis prepararon las elecciones de julio con gran habilidad y energía. En sus discursos, todavía cargados de violencia, Hitler atacaba a los comunistas, al sistema político vigente y, en especial, a los hebreos; pero, por otra parte, sus promesas (trabajo para todos los alemanes y creación de un gran Reich panalemán) eran artificiosas y vagas. No obstante, esta fórmula ejercía cierta fascinación sobre un pueblo amargado y exasperado, y fue así como los nazis obtuvieron casi 14 millones de votos; ello equivalía a 230 escaños parlamentarios, con lo que



El primer local del Partido nazi y la máquina de escribir que utilizó Hitler para las primeras circulares. A Hitler se le había encomendado la propaganda; se dedicó a ella por entero y obtuvo resultados brillantes. (Archivo Rizzoli)



Munich, 1921: una de las primeras manifestaciones nazis. Como se puede observar, se trata de pequeños grupos de voluntarios sin uniforme; los montañeses visten sus trajes típicos. Son rostros todavía sonrientes, con expresiones casi bonachonas. (Archivo Rizzoli)

se convirtieron en el partido mayoritario del *Reichstag*.

Hitler esperaba ser elegido Canciller, y lo habría conseguido de no impedirlo Schleicher, que estaba entonces en la cumbre del poder y contaba con el apoyo de Hindenburg. Corrían rumores acerca de un inminente *putsch* de los grupos de asalto nazis, pero Hitler comprendió que el Ejército no toleraría un movimiento de este género.

Se ofreció a Hitler el puesto de vicecanciller con von Papen, pero rechazó la proposición airadamente. Lo propio hizo con la cancillería que le ofreció Hindenburg en un gobierno de coalición y de mayoría parlamentaria. Quería poderes absolutos, y no tenía la menor intención de gobernar a través del *Reichstag*. Lo quería todo o nada. Y de momento fue nada. Papen continuó gobernando. El nuevo *Reichstag* fue convocado sólo una vez, pero como la votación de confianza resultara desfavorable al gobierno, fue disuelto inmediatamente. El 6 de noviembre, los alemanes volvieron a las urnas.

A pesar de que los nazis fueron en parte responsables de estas nuevas elecciones, no lograron en ellas resultados positivos. Ante todo, se hallaban escasos de dinero, aunque Hitler había obtenido grandes sumas de un grupo de industriales; por otra parte, el país empezaba a dar muestras de cansancio ante aquellas interminables campañas electorales. Por último, a Hitler le resultaba difícil suscitar en las masas el entusiasmo frenético al que estaba habituado. Las votaciones significaron un retroceso nazi de dos millones de votos; los comunistas, en cambio, ganaron un millón a costa de los socialdemócratas. A Hitler se le ofreció de nuevo la opción entre el cargo de Canciller, al frente de un gobierno de coalición, o el de vicecanciller en un gobierno Papen; pero rechazó otra vez ambas propuestas. Fue elegido Canciller Schleicher, el cual se encontró ante la alternativa de instaurar una dictadura militar o ceder a los nazis en un próximo futuro.

Por fin, el 30 de enero de 1933 se eligió a Hitler Canciller y a Papen vicecanciller; los partidos de derecha, que ocupaban el mayor número de carteras, aunque no las más importantes, le aseguraron su apoyo. Hitler había cedido a las lisonjas de un gobierno de coalición, pero consideraba esta «entente» como una fase puramente transitoria. Y en efecto, lo fue. El *Reichstag* fue disuelto otra vez, y se convocaron nuevas elecciones para el 5 de marzo de 1933. Pero antes de llegar a ellas debían suceder muchas cosas.

Con la excusa de que los comunistas estaban preparando una revolución armada, comenzó el reinado nazi del terror. Millares de componentes de las fuerzas de asalto nazis se alistaron en la policía auxiliar, y se les concedió libertad absoluta para cometer actos de violencia. Hermann Goering, a la sazón Ministro del Interior, creó rápidamente la policía secreta, e impuso las torturas y los campos de concentración. El 27 de febrero de 1933 se produjo el incendio del *Reichstag*, atribuido a los comunistas, aunque es probable que hubiese complicidad por parte de los nazis, y este incidente provocó un recrudecimiento de los métodos violentos. Todos los recursos estables se pusieron a disposición de los nazis para su campaña de propaganda y de amedrentamiento. En las elecciones de marzo consiguieron 17 millones de votos, es decir, el 44 % del total de los votantes, pero el Partido no contaba aún con la mayoría absoluta en el *Reichstag*. Hitler adoptó entonces una decisión muy simple: por medio de un decreto presidencial declaró el Partido Comunista fuera de la ley; los diputados comunistas fueron arrestados o asesinados, y el 21 de marzo, cuando volvió a reunirse el *Reichstag*, Hitler contaba con la mayoría absoluta.

Dos días después, Hitler presentó al Parlamento la «ley de plenos poderes». Se trataba de una moción breve, pero enérgica: el Parlamento quedaba desprovisto de toda autoridad; perdía su poder legislativo y durante cuatro años toda decisión sería transferida al Gobierno. Esa ley, que confería al Gobierno poderes absolutos, fue aprobada por 441 votos a favor y 84 en contra. Sólo votaron en contra los socialdemócratas que aún permanecían en libertad. Hitler abrió así la puerta a la dictadura. La democracia alemana había terminado.

A las puertas de la tiranía

Pero Hitler no era todavía un dictador; ante todo, tenía que librarse de sus aliados conservadores y de sus posibles rivales dentro de su propio partido. Al mismo tiempo, debía ser cauteloso con el Ejército, pues aún podía obstaculizar sus planes.

En virtud de una disposición legal, los partidos fueron disueltos sucesivamente; el último en de-



Alemania en 1914, en vísperas de la primera Guerra Mundial. El II Reich del Káiser Guillermo II pronto entraría en guerra, al lado de Austria-Hungría, contra Gran Bretaña, Rusia y Francia.



Alemania en 1933, en el momento del acceso al poder de Hitler y sus secuaces. Renania es todavía zona desmilitarizada, y Prusia oriental está separada del resto de Alemania por el «corredor polaco».



Alemania en abril de 1939: el III Reich se ha extendido rápidamente. Se ha ocupado Renania y han sido incorporados los Sudetes. Alemania controla el resto de Checoslovaquia, a excepción de algunas zonas secundarias transferidas a polacos y húngaros.

saparecer (el 14 de julio) fue el Partido Nacional alemán, cuyo jefe era Hugenberg. Alemania se convirtió, a partir de entonces, en un Estado monopartidista. El movimiento sindicalista fue disuelto sin resistencia y los nazis asimilaron las diversas asociaciones de trabajadores. Se eliminó asimismo la relativa independencia de que gozaban las antiguas provincias y los territorios que en otro tiempo habían sido reinos. El partido nazi englobó también todas las organizaciones profesionales. Sólo dos grandes instituciones permanecían todavía al margen del control de Hitler: el Ejército y la Iglesia.

La Iglesia no le preocupaba excesivamente, pues, lo mismo que Stalin, conocía las divisiones que existían en el campo clerical. Los sacerdotes recalcitrantes, tanto católicos como protestantes, fueron deportados a los campos de concentración. Se puso al frente de la Iglesia protestante a un obispo del Reich y se delegó a von Papen para que estipulase un concordato con la Santa Sede.

En cambio, el Ejército constituía una fuerza mucho más poderosa. En 1934, los generales no estaban de acuerdo con la marcha de los acontecimientos. La revolución nazi, un movimiento derechista, se estaba desplazando rápidamente hacia la izquierda. Aquel año muchos comunistas se pasaron a las SA, organización ya bastante radical en sí misma, pero que se radicalizó aún más. El 6 de julio de 1933 Hitler había anunciado el fin de la denominada revolución nacional, pero el ala izquierda del Partido nazi, que militaba en las filas de las SA, hablaba de una segunda revolución, ésta socialista. En este sentido, los grupos de asalto nazis pretendían sustituir al Ejército para convertirse en el brazo armado de la nación. El estamento militar, disgustado ya por los sistemas brutales que empleaban las SA, consideraba con extremada rigidez esta situación.

Las SA estaban mandadas por Röhm, el hombre en quien cifraba sus esperanzas el ala izquierda del Partido nazi; ahora bien, Röhm era demasiado poderoso para los gustos de Hitler, quien decidió que debía eliminarle y matar así más de dos pájaros de un tiro. En la noche del 30 de junio de 1934 (conocida como «la noche de los cuchillos largos») y en el curso de los días subsiguientes, fueron asesinados Röhm y muchos otros jefes de las SA, para lo cual se sirvió Hitler de su guardia personal, las SS (*Schutzstaffeln*, milicias de protección) de Heinrich Himmler. Había contado, acertadamente, con que el Ejército no intervendría para salvar a los miembros de las SA, y aprovechó además la ocasión para eliminar también a muchos adversarios del gobierno, que nada tenían que ver con aquella organización.

A principios de 1935, Hitler pudo comprobar que su poder en Alemania era ilimitado. Tras el fallecimiento de Hindenburg, había sido elegido Presidente, además de Canciller; el Ejército estaba aplacado y eliminados sus adversarios. Había llegado el momento de actuar en el terreno de la política exterior, lo cual, para su mente, significaba conquista.

En política exterior, como antes en la interior, tuvo que proceder con mucha cautela. En efecto, cuando en el verano de 1934 los nazis austríacos asesinaron a su Canciller, Dollfuss, Hitler condenó a los criminales. Asimismo, aunque Alemania estaba en pleno rearme y todo el mundo tenía conocimiento de ello, negó este hecho públicamente. En marzo de 1935 denunció el odiado Tratado de Versalles, restableció el servicio militar obligatorio y anunció la creación de la aviación militar. Consiguió que los antiguos enemigos de Alemania aceptaran estos hechos, e incluso el Gobierno británico concluyó con el Reich un tratado naval que le permitía construir buques de guerra en número mayor y de distinto tipo a lo establecido en el Tratado de Versalles. En octubre de 1933, Alemania había abandonado la Sociedad de Naciones, y ahora quedaba anulado el Tratado de Versalles.

En 1936 Hitler denunció un segundo tratado, firmado solemnemente por un Gobierno alemán anterior: el Pacto de Locarno, estipulado en 1925, y al cual el propio Hitler había dado su aprobación. Entre otras cláusulas, el Pacto señalaba como condición para que se llevara a cabo la retirada de las tropas aliadas en Renania en 1930, que esta zona fronteriza, vital para la seguridad francesa, quedara desmilitarizada a perpetuidad. En cambio, en 1936, las tropas alemanas ocuparon Renania por sorpresa. Consumada la ocupación, se dijo que los jefes de las fuerzas alemanas habían recibido la orden secreta de retirarse en caso de que se produjera una reacción militar por parte francesa. Pero Francia estaba frenada por Gran Bretaña y, por otra parte, el comandante en jefe francés, Gamelin, había comunicado a su Gobierno que no podía actuar a no ser que se decretara la movilización general, porque no disponía de tropas suficientes. En consecuencia, no hubo reacción por parte de Francia. Este fue el primer éxito del régimen nazi en política exterior.



Hitler en la prisión de Landsberg (1924), después del fracasado «putsch» de Munich. En la cárcel escribió *Mein Kampf*, obra en la que expuso los principios de su credo político y su personal *Weltanschauung* (visión del mundo). (Archivo Rizzoli)

En Alemania siguieron dos años de relativa calma. Neurath, entonces Ministro de Asuntos Exteriores, dijo que era necesario asimilar la Renania, y esta frase, aparentemente inofensiva, aludía en realidad a la construcción de ingentes fortificaciones a lo largo de toda la frontera francesa. Estas fortificaciones recibieron la denominación de línea Sigfrido. Mientras tanto, las fuerzas armadas alemanas se incrementaban con rapidez.

Estas fuerzas se concibieron según la idea táctica y estratégica que poco después se conocería como *Blitzkrieg* (guerra relámpago), inspirada en los grandes teóricos ingleses de la guerra con medios acorazados y que se basaba en la velocidad

y potencia de los carros de combate y en la capacidad de la aviación para proteger, por medio del fuego, las puntas de las vanguardias acorazadas, una vez que éstas estuviesen fuera del alcance de la artillería.

Pese a que surgieron algunas oposiciones dentro del Mando militar alemán, la técnica de la *Blitzkrieg* se aceptó, sobre todo después de que Hitler diera su aprobación. En Gran Bretaña, por el contrario, se hizo caso omiso de las advertencias de los generales Fuller y Martel, del capitán Liddell Hart y de otros expertos previsores, y se siguió considerando a la infantería como la «reina de las batallas». Pero en Alemania, con gran disgusto de algunos generales de Aviación, no se constituyó ninguna fuerza estratégica de bombardeo; en efecto, el avión en el que debía basarse esta fuerza (al que se dio la significativa denominación de bombardero de los Urales), no se construyó. Los alemanes pagarían cara esta deficiencia en 1940, cuando se percataron de que con los bombardeos no podían destruir a Gran Bretaña.



La guerra en el Este

La constitución del nuevo Ejército alemán se había llevado a cabo pensando en todo momento en que fuera capaz de sostener una guerra terrestre en gran escala y a distancias muy grandes; eso significaba una guerra hacia el Este. Y Hitler tuvo buen cuidado de que los ingleses tuvieran exacto conocimiento de su plan. Sabía que entre los conservadores más eminentes y los portavoces de la opinión pública de Gran Bretaña, el temor y el odio por el comunismo y por Rusia eran superiores a los que les inspiraban el nazismo y Alemania. No ignoraba tampoco que muchos franceses eran de esta misma opinión, pero, de todos modos, sin Gran Bretaña, Francia no constituía una amenaza para sus ambiciosos proyectos. Durante aquel período de calma hubo otros motivos que le indujeron a esperar una futura neutralidad británica. Uno de tales motivos era que los ingleses no le habían impedido experimentar las nuevas armas y la nueva táctica en los campos de batalla de la guerra civil española; otra razón era el pacifismo que manifestaba ruidosamente la izquierda inglesa; otra, en fin, la lentitud y la ineficacia del rearme inglés.

Los acontecimientos de 1938 reafirmaron la opinión que tenía Hitler de que las fuerzas con que contaban Gran Bretaña y Francia eran muy deficientes para combatir. En marzo ocupó Austria. No hubo reacción por parte de ingleses y franceses. En septiembre, en Munich, a cambio de una promesa verbal de Hitler de que no habría otras reivindicaciones por su parte, Gran Bretaña y Francia presionaron a Checoslovaquia para que cediese a Alemania el territorio de los Sudetes, en el que había importantes obras de fortificación fronterizas. A partir de aquel momento, Checoslovaquia, indefensa, podía ser herida de muerte cuando Hitler quisiera. Y eso se produjo en los primeros meses del año 1939.

En enero de 1939 Hitler reunía en sus manos unos poderes que pocos estadistas antes que él (en Alemania, ninguno) habían tenido jamás. Era *Führer* (conductor) del Partido Nacionalsocialista alemán, el único partido político legal en Alemania, y su poder era indiscutido. En 1934, el *putsch* de Röhm le permitió eliminar a sus posibles rivales, y todos sus enemigos, reales o presuntos, fueron asesinados, confinados en campos de concentración u obligados a emigrar.

Como Canciller, Hitler era Jefe de Gobierno alemán; ahora bien, es preciso explicar el significado de la palabra «gobierno» durante aquel período. Hitler gobernó el país sirviéndose de un doble sistema: la administración estatal, bastante eficiente, y el Partido nazi, menos eficiente y más corrompido. Pero al cabo de seis años de dictadura, ambos poderes se habían mezclado por completo; no obstante, para imponer su voluntad, en cualquier momento podía servirse del Partido contra la administración estatal y viceversa, lo mismo que hicieron los dictadores rusos. Naturalmente, una situación como la descrita aumenta lo indecible el poder dictatorial y lleva a la abolición parcial o total de la ley.

El principio *divide et impera* (divide y gobierna) no sólo se aplicaba a todo el organismo político alemán, sino también, y tal vez con mayor eficacia, a nivel ministerial. El Gobierno se reunió por última vez en 1936, y en Alemania no existía un organismo equivalente al Gran Consejo Fascista italiano, que años después conseguiría deponer a Mussolini. Hitler gobernó directamente a través de sus ministros, y aunque en 1939 ninguno de ellos fuera en modo alguno un rival para él, se preocupó de que mantuvieran una rivalidad constante entre ellos. Este sistema, técnicamente muy costoso, tenía la ventaja de asegurar la omnipotencia del dictador, puesto que creaba una doble autoridad y permitía reemplazar fácilmente a los individuos.

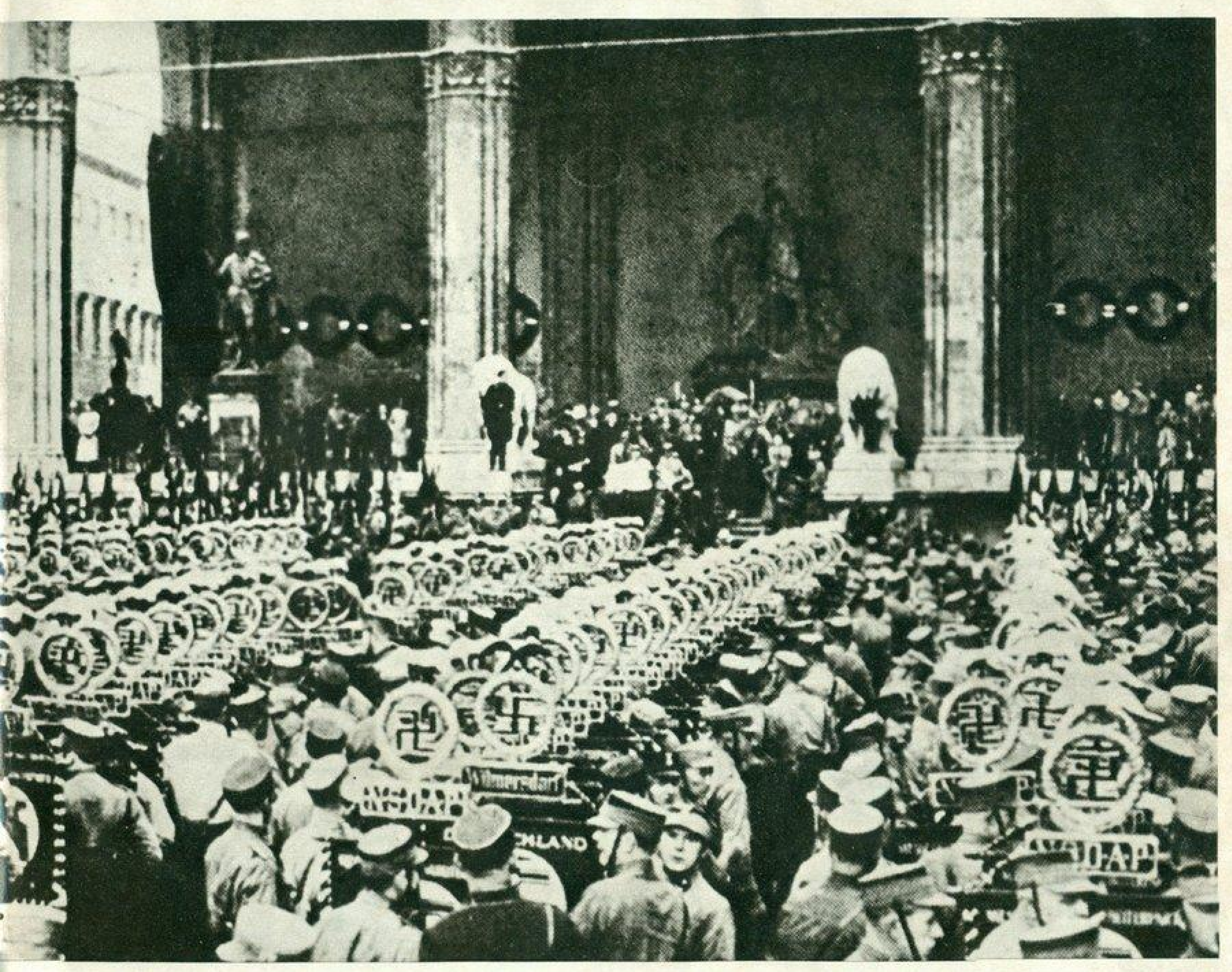
Gengis Khan con teléfono

No resulta exagerado decir que, en definitiva, a Hitler lo único que le importaba era imponer su voluntad. Es indiscutible que era un hombre extremadamente inteligente, pero también es cierto que este culto a su propia personalidad era una forma de locura. En cierta ocasión, Tolstoi afirmó que lo que verdaderamente temía en el futuro era un Gengis Khan con teléfono. Y este temor se había convertido en una realidad. En 1939 Hitler decidió imponer su poder más allá de las fronteras de Alemania. Y así eligió la guerra.

Esto no quiere decir que no estuviese dispuesto a aceptar conquistas incruentas en el caso de que el enemigo se rindiera, pero lo cierto es que prefería ganar las batallas que aceptar una rendición (se mostró decepcionado cuando los acuerdos de Munich, en septiembre de 1938, le privaron de su guerra).

¿En qué momento de su carrera decidió que la guerra era necesaria? ¿Cuándo proyectó la segunda Guerra Mundial? No se puede dar una respuesta precisa a ninguna de estas dos preguntas, pero sí cabe analizar sus palabras y sus actos al respecto.

En cuanto a la primera pregunta, la actitud de Hitler hacia el mundo, que se convirtió en la *Weltanschauung* (visión del mundo) nazi, se basaba en los conceptos, derivados de los de Darwin, de que la guerra es connatural al hombre, que éste es el ser supremo, y que la guerra (naturalmente victoriosa) es noble. A esta indescriptible mezcla de ideas, propias de los libros alemanes de la segunda mitad del siglo XIX y comprendidas sólo a medias, Hitler añadió el sofisma, quizá lo más peligroso, de la superioridad del hombre septentrional, y especialmente de los alemanes, sobre los demás pueblos. Este conjunto de ideas, que constituye el núcleo central de la ideología nazi,



Munich: reunión de portaestandartes hitlerianos ante el pórtico de los «señores de la guerra». Los grupos de asalto nazis, con sus violencias, desempeñaron un papel muy importante en la subida de Hitler al poder. *(Archivo Rizzoli)*

pero que Hitler no había creado, aunque fuera suya la síntesis de todas ellas, aparece en sus discursos iniciales, y, sobre todo, en su primer libro, *Mein Kampf*, en el cual expuso de modo detallado su plan para imponer la supremacía alemana en Europa, y especialmente en la Rusia europea.

Estos planes comprendían el empleo del mayor número posible de fuerzas; primero contra sus enemigos políticos en el interior de Alemania, después para luchar contra los vencedores de la primera Guerra Mundial (aunque confiaba en que Gran Bretaña se mantuviese neutral, o tal vez que se aliase con Alemania) y finalmente para conquistar un nuevo espacio vital que sería arrebatado a los eslavos, a los cuales consideraba como una raza inferior.

En 1939 la conquista de la Gran Alemania era una realidad. El año anterior Hitler se había anexionado Austria, y en cuanto a los territorios de lengua germánica de Checoslovaquia, o fueron ocupados o se rindieron. Prácticamente, todos los alemanes europeos obedecían –y la mayor parte de ellos voluntariamente– a aquel hombre, jefe indiscutible, que disponía de tales medios de imposición por el terror y la persuasión que podía menospreciar el peligro de una revolución popular, en el caso de que se produjera un cambio en la opinión pública. El hecho de que ésta se mostrase contraria a la guerra le era indiferente.

El contenido de estos planes se deduce de los escritos de Hitler que se publicaron y de algunos de sus discursos, y todavía con más claridad de un documento conocido como «protocolo Hossbach», que cayó en poder de los aliados en 1945. Se redactó el 10 de noviembre de 1937, y expone la síntesis de una conferencia secreta que Hitler había sostenido cinco días antes. No se dispone del texto íntegro, pero es muy improbable que el coronel Hossbach, a la sazón oficial de Estado Mayor y ayudante de Hitler para todo lo relativo a las fuerzas armadas, falsificara un documento tan extraordinario o inventara una conferencia de contenido tan excepcional.

Tomaron parte en dicha conferencia el Mariscal de Campo von Blomberg, Ministro de la Guerra; los tres Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas: Fritsch del Ejército, Raeder de la Marina y Goering de la Aviación; junto con el Ministro de Asuntos Exteriores Neurath, socialista, y por lo tanto antinazi, Hitler y Hossbach. Hitler les hizo prestar juramento de que todo quedaría en secreto, lo cual resulta bastante extraño si se considera la categoría de los presentes, y ordenó que no se hiciese ningún comentario. Hossbach tomó unos apuntes, que después le sirvieron para redactar el protocolo que lleva su apellido. Hitler comenzó a hablar a las 16,30, aproximadamente, y su monólogo duró cuatro horas.

Lo que dijo no constituía ninguna novedad, pero, no obstante, sorprendió a su auditorio. Desde luego, los jefes de las Fuerzas Armadas a quienes se dirigía no eran pacifistas, pero sí verdaderos militares, con una visión realista de las cosas. Habían trabajado a un ritmo vertiginoso, por espacio de casi tres años, para potenciar las Fuerzas Armadas, pero eran conscientes de que Alemania no podía competir por el momento, y tal vez nunca, con todos sus probables enemigos en aquella guerra mundial que Hitler propugnaba.

Desde luego, la situación de Alemania era entonces mucho más fuerte que en cualquier otro momento desde 1918, y su poderío se acrecentaba más cada día; las enormes instalaciones industriales producían municiones y su Ejército de 100.000 hombres adiestraba las divisiones que conquistarían Europa.

Sin embargo, considerando la situación de modo objetivo, Alemania era aún muy débil frente a los enemigos que Hitler había elegido. Pero el *Führer* nunca fue realista en este sentido: le llamaban «el sonámbulo», en razón de que obraba por intuición, a impulso de sus impresiones y fantasías. Estas fantasías estaban ahora a punto de convertirse en realidad.

La guerra, ¿dónde y cuándo?

Por esto, el problema no radicaba en la nece-

LOS DIAS TURBULENTOS



Hitler en el frente, donde fue condecorado dos veces con la Cruz de Hierro. Herido en los ojos en el curso de un ataque con gases, se hallaba todavía hospitalizado cuando terminó la guerra.



En la Alemania de la posguerra, las manifestaciones y los desórdenes callejeros eran frecuentes. En este caso (sucesos de 1930), la policía disuelve una manifestación de comunistas, los enemigos acérrimos del nazismo.

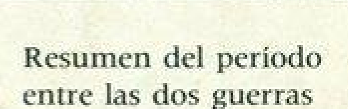




El general Ludendorff, figura relevante de la extrema derecha, apoyó el fracasado «putsch» de Hitler en 1923.



El anciano mariscal Hindenburg (a la derecha) era el único hombre que se interponía entre Hitler y el poder. A su fallecimiento, acaecido en 1924, Hitler fue proclamado *Führer* del pueblo alemán; había transcurrido sólo una hora desde el óbito del mariscal.



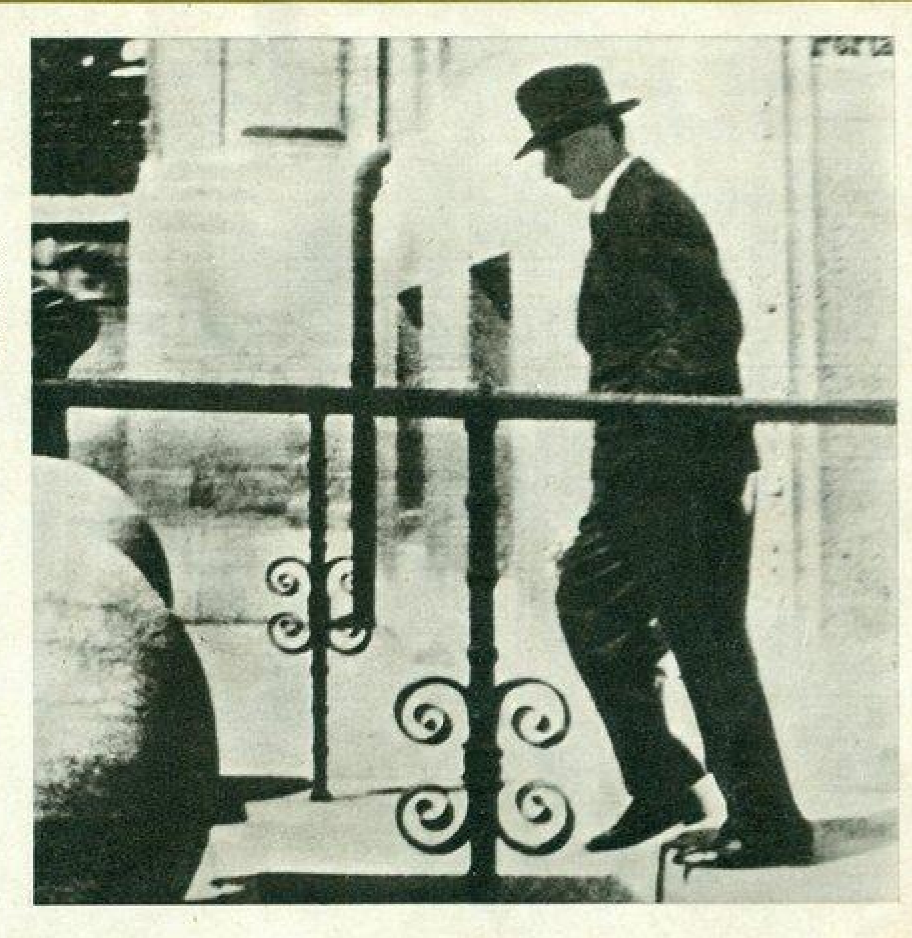
Resumen del período entre las dos guerras

1918 *10 de noviembre:* se firma el armisticio que pone fin a la primera Guerra Mundial.
1919 *28 de junio:* Alemania firma el Tratado de Versalles que establece la entrega de Alsacia-Lorena a Francia y la formación del pasillo de Danzig. Alemania se compromete a pagar cinco mil millones de dólares en marcos oro, primera suma a cuenta de una cuantiosísima reparación por daños de guerra. El Ejército alemán queda reducido a 100.000 voluntarios, y se prohibe que las fuerzas germanas dispongan de carros de combate y de aviones militares.
31 de julio: en Weimar, la Asamblea Nacional alemana aprueba la constitución de la nueva república.
14 de septiembre: Hitler entra en el Partido Obrero alemán (destinado a convertirse en el Partido nazi).
1920 *enero:* se crea la Sociedad de Naciones, previa ratificación del Tratado de Versalles. Las primeras en ingresar son

Francfort: activistas del Partido nacionalsocialista en misión de propaganda. Los nazis obtuvieron 6.500.000 votos, cifra que se duplicó en julio de 1932. Pero en septiembre del mismo año, en las cuartas elecciones, perdieron 2 millones de votos, en tanto que los comunistas ganaron un millón.



Julio de 1932: Hitler, ceñudo, abandona Berlín tras su fallida tentativa de asumir el poder absoluto. Con todo, en 1933 aún se dejaría llevar por el señuelo de un gobierno de coalición.





Occidente no hizo nada para detener a las tropas de Hitler cuando ocuparon Renania. Más adelante confesaría el *Führer*: «Las cuarenta y ocho horas que siguieron a la ocupación de Renania fueron las más inquietas de mi vida».

Cuando el jefe de las SA, Ernst Röhm, comenzó a ser una amenaza para la posición de Hitler, fue eliminado. Durante la «noche de los cuchillos largos», todos los miembros de las SA fueron sometidos a una terrible purga. *(History of the Second World War).*



El incendio del *Reichstag*, en 1933, proporcionó a Hitler el pretexto para declarar al Partido comunista fuera de la ley y para imponer de modo definitivo un régimen inflexible.



las grandes potencias aliadas: Gran Bretaña, Francia y Japón. El Senado norteamericano no ratifica el Tratado, por lo que Estados Unidos permanece al margen de la Sociedad.
1921: Hitler es ya jefe absoluto del Partido nazi.
1922 *28 de octubre:* marcha sobre Roma de 25.000 fascistas encabezados por Mussolini, quien asume el control de Italia.
1923 *8 de noviembre:* fracasa el «putsch» de Hitler en Munich.
1925 *1 de diciembre:* el Pacto de Locarno, suscrito por Alemania, Bélgica, Francia, Inglaterra e Italia, garantiza la inviolabilidad de las fronteras germanobelgas y francoalemanas. Francia, Bélgica y Alemania se comprometen a hallar una solución pacífica de sus diferencias. En consecuencia, los aliados aceptan retirarse de Renania.
1926 *septiembre:* Alemania ingresa en la Sociedad de Naciones.
1929 *24 de octubre:* se produce la crisis de Wall Street, con desastrosas repercusiones en la economía alemana:
1930 *septiembre:* los nazis obtienen 6 millones y medio de votos en las elecciones, con lo que consiguen 107 escaños en el *Reichstag*.
1931 *18 de septiembre:* fuerzas japonesas atacan Manchuria. La Sociedad de Naciones protesta y el Japón se retira.
1932 *31 de julio:* el Partido nazi consigue la mayoría en el *Reichstag*. Hitler rechaza la coalición.
1933 *30 de enero:* Hitler es nombrado canciller en un gobierno de coalición.
23 de marzo: el *Reichstag* aprueba la ley sobre los plenos poderes, que confiere a Hitler el control absoluto del país.
14 de octubre: Alemania se retira de la Sociedad de Naciones.
1934 *30 de junio:* «noche de los cuchillos largos».
2 de agosto: muere Hindenburg y Hitler se convierte en *Führer*.
1 de octubre: Hitler ordena el aumento hasta 300.000 hombres de los efectivos del Ejército, la creación de una aviación militar, a pesar de la prohibición, y el incremento de la flota.
1935 *3 de octubre:* Italia invade Abisinia. La Sociedad de Naciones aprueba la aplicación de *sanciones*, pero Mussolini no desiste de la agresión.
1936 *7 de marzo:* las tropas germanas ocupan Renania.
18 de julio: estalla la guerra civil española. Las potencias occidentales manifiestan su intención de atenerse a una política de «no intervención».
25 de octubre: Mussolini y Hitler crean el Eje Berlín-Roma.
25 de noviembre: Hitler firma con el Japón el Pacto *Antikomintern*.
1938 *4 de febrero:* Hitler se convierte en el Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas de Alemania.
12 de marzo: los alemanes ocupan Austria «para poner término a una situación de desorden». Al día siguiente, Austria queda incorporada a Alemania.
24 de septiembre: Hitler requiere de los checos que evacuen el territorio de los Sudetes.
30 de septiembre: Hitler, Chamberlain, Mussolini y Daladier firman el acuerdo de Munich.
1939 *15 de marzo:* unidades alemanas entran en Praga y someten Bohemia y Moravia.
16 de marzo: Hitler anuncia que «Checoslovaquia ha dejado de existir».



1933: Hitler durante uno de los actos conmemorativos del décimosegundo aniversario de la revolución nazi. El *Führer* había asumido, casi desde le principio, las riendas del Partido y lo conservó siempre, recurriendo, cuando se hizo necesario, a métodos radicales. *(Archivo Rizzoli)*

sidad de la guerra, sino en dónde y cuándo tendría lugar el conflicto. Hitler estaba dispuesto a correr el riesgo de entrar en guerra simultáneamente con Gran Bretaña, Francia y Rusia, por más que no ignorase los cautos sondeos que había realizado Stalin el año precedente, sondeos que llevarían a la firma del pacto de no agresión germanosoviético de 1939. Conocía el ardiente deseo de paz de Gran Bretaña; además, la escasa reacción británica en 1936, cuando se produjo la ocupación de Renania, y en 1935, a raíz de la invasión de Abisinia por parte de Mussolini, a lo que se agregó luego la farsa de la «no intervención» en la guerra civil española, le indujeron a pensar, no sin motivo, que los ingleses no eran peligrosos por el momento. Por otra parte, Hitler sabía también que el Gobierno británico estaba haciendo grandes esfuerzos por modernizar su anticuada aviación, lo cual requería bastante tiempo. Sin embargo, puesto que era un político muy hábil, no ignoraba que la opinión pública puede cambiar de un momento a otro, por lo que tampoco debía forjarse demasiadas ilusiones acerca del pacifismo británico. Por último, el servicio secreto le había informado que en pocos años –entre 1943 y 1945– el poderío enemigo (y probablemente el informe se refería a la RAF) habría superado el de Alemania.

Francia, gobernada por el Frente Popular de Léon Blum, estaba al borde de la guerra civil. Hitler sabía que, en Francia, muchos ciudadanos respetables no se habrían opuesto a que el gobierno fuese derribado, ni siquiera en el caso de que ello hubiera corrido a cargo de fuerzas alemanas. En Rusia se estaban realizando grandes «purgas», que perjudicaban enormemente el poder del Ejército y la economía del país. Norteamérica se encontraba todavía totalmente aislada. Así, pues, Hitler opinaba que, en el aspecto político, el momento era apropiado, y lo comunicó a sus colaboradores más directos.

Informó a su estupefacto auditorio que tenía intención de ocupar Austria en cuanto se presentara la ocasión propicia, y de invadir Checoslovaquia al año siguiente. Dijo también que esta guerra, que proporcionaría a Alemania un imperio oriental en Polonia y Rusia, no debía estallar más tarde de 1942; sea como fuere, en 1938 ya estaba dispuesto a arriesgarse a provocar una guerra mundial. El almirante Raeder no dijo nada; Neurath y los dos generales intentaron protestar, y lo mismo hizo Goering. Hitler se dio cuenta entonces de que para llevar a la práctica sus sueños de expansión más allá de sus fronteras necesitaba un Mando Supremo más dócil que el que tenía en aquellos momentos. Difícil le resultaría enviar a los soldados al combate si sus generales, por razones militares totalmente personales, se solidarizaban con la población civil en el miedo a la guerra. Blomberg y Fritsch debían abandonar sus cargos cuanto antes, y ser sustituidos por otros más maleables.

Hitler y el Ejército

Se ha afirmado a menudo que las objeciones de muchos oficiales de alta graduación a los planes de guerra hitlerianos eran de naturaleza estrictamente práctica y no moral. Esto sólo es verdad hasta cierto punto, ya que, si bien los documentos de los archivos militares tratan, en efecto, de cuestiones militares y no de asuntos morales, los acontecimientos futuros demostraron que numerosos oficiales alemanes se opusieron al nazismo por motivos morales. Fundamental importancia reviste la actitud –por lo demás bastante compleja– del Ejército con respecto al Partido.

El antiguo Ejército Imperial alemán había sido absolutamente fiel a su monarca; y el Ejército prusiano, que constituía su columna vertebral, mantenía una lealtad casi feudal para con el jefe de los prusianos, ya fuese Elector de Brandeburgo, Rey de Prusia o Emperador de Alemania. Pero en 1918 se produjo el desastre y la posterior abdicación del Káiser. Entonces, muchos oficiales alemanes se encontraron ante un dilema. Ciertamente, el emperador les había desligado del juramento prestado, pero ¿podía hacerlo? ¿Debían poner su espada al servicio de un régimen que había derribado al monarca? Constituía un problema difícil de resolver para unos hombres que no estaban habituados a decidir en cuestiones semejantes; muchos oficiales presentaron la dimisión, otros se retiraron a la vida privada. En cambio, hubo oficiales que, tras la abdicación del Emperador, decidieron que su juramento de fidelidad debía pasar automáticamente de la persona de aquél a Alemania como nación. Con estos hombres se había formado el nuevo Ejército.

En el periodo de la República de Weimar, en el que Alemania vivió continuamente al borde de la guerra civil, el creador del nuevo Ejército, el general von Seeckt, comprendió que el Ejército se disgregaría si no permanecía al margen de la política, por lo que los militares que intervenían en ella de modo activo eran juzgados en consejo de guerra. A la sazón, el Ejército, reducido en efec-

tivos humanos, pero formado por elementos óptimos, obedecía al Gobierno republicano, aunque muchos oficiales eran de tendencia opuesta y esperaban el retorno de los Hohenzollern.

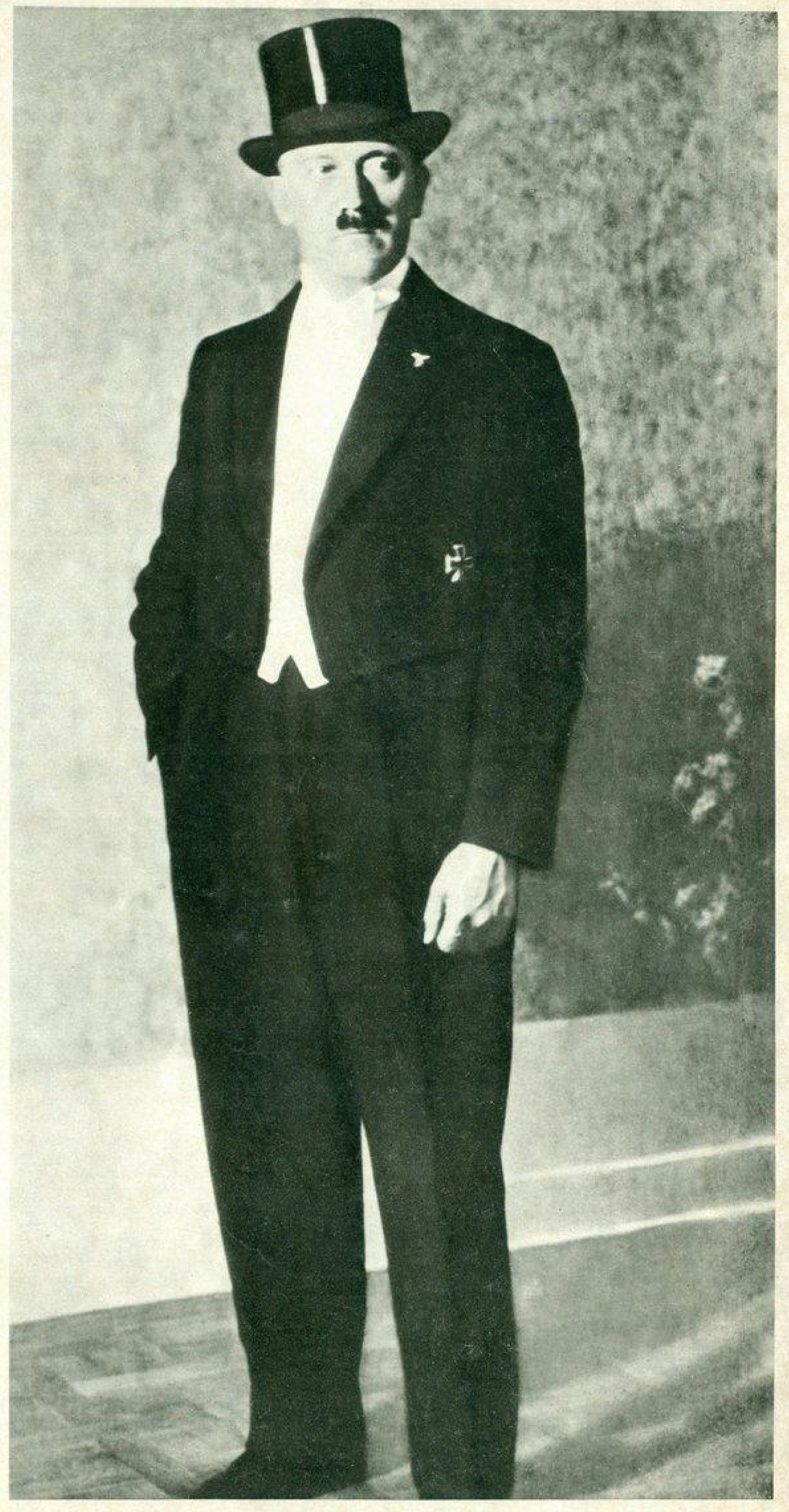
Mientras Hindenburg fue Presidente de Alemania, el Ejército lo consideró como una especie de *Ersatz* Káiser, pero, en realidad, permanecía fiel a sí mismo y a la nación. Para cumplir con su misión de lealtad, el Alto Mando militar consideraba oportuno, de vez en cuando, obrar directamente e informar al presidente Hindenburg de que determinado ministro o cierto tipo de política no gozaban ya de la confianza del Ejército. Y así, durante la presidencia del viejo general, esta frase, aparentemente inocua, constituyó una condena a muerte política. En efecto, el Alto Mando del Ejército había adoptado las prerrogativas de un soberano constitucional de los tiempos de la monarquía; es decir, estaba por encima de la política, pero se consideraba en libertad de actuar cada vez que, a su juicio, el país precisaba de su intervención.

Pero los generales tardaron en comprender que con Hitler las cosas habían cambiado y que el Ejército ya no era el árbitro del destino de Alemania, lo que resultó aún más notorio cuando el mismo Hitler fue elegido presidente. En efecto, parecía que el Ejército era muy poderoso, incluso más que antes, porque el número de hombres se había duplicado y contaba con armas modernas. Pero esto era tan sólo un aspecto de la cuestión: el incremento de los medios, y sobre todo el servicio militar obligatorio, reimplantado en 1935, significaba en realidad una disminución de la eficacia de aquel Ejército de 100.000 profesionales, por cuanto se agregaban a ellos los contingentes que procedían del reclutamiento forzoso. Por otra parte, este estado de cosas significaba también que había muchos nazis entre los jóvenes oficiales y suboficiales, e incluso entre algunos oficiales de rango superior; por añadidura, la delimitación entre el Estado nazi y el «Estado dentro del Estado» (el Ejército) quedaba bastante confusa. A pesar de todo, el Ejército seguía siendo la única fuerza capaz de acabar con la dictadura del Partido nazi, y Hitler lo sabía.

Durante los primeros años trató a los generales con suma deferencia. No sólo se preocupó por sus necesidades en cuanto a hombres, dinero, armas y cuestiones de escalas, sino que les trató con gran consideración. Continuamente aludía a las gloriosas tradiciones del invencible Ejército alemán, y cuando los generales se mostraron preocupados por el poder de las organizaciones paramilitares nazis –las SA, y más tarde las SS–. Hitler les aseguró repetida y públicamente que el Ejército continuaría siendo el único que podría empuñar las armas en el Reich.

La existencia de este «Estado dentro del Estado» resultaba realmente paradójica en una sociedad organizada según las directrices hitlerianas. Algunos jerarcas nazis querían ver al Ejército, lo mismo que a las demás instituciones, *gleichgeschaltet* (palabra típicamente nazi y casi intraducible, que significa «privado de todo privilegio y asimilado a la estructura nazi de la nación»). Ciertamente, el Ejército no lo habría consentido. Otro camino, que sin lugar a dudas complacía a Hitler, era el de doblar el Ejército, de modo que hubiese dos: el del Estado y el del Partido. Este último constituido al principio por los grupos de asalto de Röhm, y después, por las SS de Himmler.

Hitler sabía que a la mayoría de los oficiales antiguos le desagradaba su *Weltanschauung* y que encontraba odiosos sus métodos, pero sabía también que caso de llegarse a un choque armado entre los grupos de asalto de Röhm y el Ejército, éste vencería siempre. En consecuencia, tanto



Hitler en atuendo extraño en él, ya que de ordinario gustaba de presentarse en uniforme militar. En efecto, el uniforme le favorecía dándole el «empaque» necesario en las reuniones del Partido. *(Archivo Rizzoli)*



Eva Braun. Empleada en un estudio fotográfico, conoció a Hitler en 1931 y estuvo unida a él hasta el suicidio de ambos en el *bunker* de la Cancillería, con los rusos ya a las puertas de Berlín. *(Archivo Rizzoli)*

Röhm como los que deseaban restablecer la *Generalität* (dictadura militar) fueron brutalmente eliminados en 1934. Pero Hitler empleó tácticas más sutiles para tratar a los generales.

A cambio de la neutralidad política, ya tradicional en los militares, Hitler les proporcionó más divisiones, carros de combate, fusiles y aviación. Aquellos generales quizá nunca habían dispuesto, en tiempo de paz, de tantos efectivos humanos y materiales como entonces. Estaban muy ocupados en realizar el único trabajo para el que habían sido preparados y se sentían satisfechos de apartar la mirada de cuanto sucedía en Alemania.

Las concesiones de Hitler al Ejército reforzaron mucho la capacidad de las Fuerzas Armadas. En 1933 Polonia hubiese podido conquistar Alemania, y por esta razón concluyó Hitler un pacto de amistad con los polacos.

En 1935 los franceses habrían podido invadir Alemania y ocupar Renania si hubiesen dispuesto de fuerzas acorazadas. En cambio, en 1938, sólo una alianza de las grandes potencias hubiera podido aplastar a Alemania; pero tal alianza no existía. Se había ofrecido a los generales alemanes la posibilidad de preparar la defensa de su país, y lo habían hecho con inusitada rapidez y eficacia.

Sin embargo, aún no habían creado una máquina militar capaz de conquistar Europa, y esta fue la petición que se les hizo en 1938. Una aventura de tal trascendencia podría ocasionar la ruina de su patria, de la que se consideraban como los únicos defensores, y destruir, además, su organización, y probablemente incluso la clase a la que pertenecían.

Había llegado, pues, el momento de que los oficiales de alta graduación examinaran la política nacional y pronunciaran las sagradas palabras respecto a la pérdida de la confianza. A comienzos del año 1938, el Jefe del Estado Mayor del Ejército, Beck, efectuaba presiones en este sentido. Pero Hitler era un dictador, y no había de permitir que fueran los generales quienes dictaran las leyes.

Aquel mismo año se valió del desacertado matrimonio de Blomberg para destituirle de su cargo de Ministro de la Guerra. Fritsch continuaba en su puesto de mando cuando se lanzó contra él una falsa acusación de homosexualidad. Se le destituyó del cargo de Comandante en Jefe del Ejército, y no fue repuesto ni siquiera cuando se demostró la falsedad de la acusación. El propio Hitler asumió el Ministerio de la Guerra, con un Estado Mayor personal (al frente del cual se hallaba el servil Wilhelm Keitel), llamado OKW (*Oberkommando der Wehrmacht*, Mando Supremo de las Fuerzas Armadas). Brauchitsch, mucho más dócil que Fritsch, pasó a desempeñar la Jefatura del Ejército.

Se removió de su cargo a todos los generales y oficiales de alta graduación sospechosos de no ser afectos al régimen. (Muchos de ellos serían requeridos más adelante, al estallar la guerra, y habían de ser precisamente los artífices de las victorias más resonantes). En cuanto a los aliados del régimen, procedentes del ala conservadora, Schacht había tenido que dimitir y von Papen fue destinado al extranjero. Ribbentrop sustituyó a Neurath como Ministro de Asuntos Exteriores.

Y todos estos cambios coincidieron con la entrada triunfal de las fuerzas alemanas en Austria, el 12 de marzo de 1938.

El tercer pilar del Reich

Cuando las unidades germanas y sus jefes regresaron victoriosos a su patria, todo había concluido. El Ejército había dejado de ser un «Estado dentro del Estado» para convertirse, simplemente, en el tercer pilar del Reich, al mismo nivel que la Administración y el Partido. Había sido *gleichgeschaltet* (privado de sus derechos y asimilado) casi sin que lo advirtiese. Excepto unos pocos elementos disidentes, como Beck, el estamento militar obedecía la voluntad del dictador. A partir de aquel momento, el Ejército fue en sus manos un medio que utilizó para sus fines personales, no para los de los generales. Y sus fines eran la conquista y la aplicación del método del terror. La última vez que algunos sectores de la milicia pretendieron cumplir su misión para con la patria fue durante la crisis checa de 1938. Beck, junto con otros jefes militares, había estudiado la situación, y tenía preparado un plan para derribar a Hitler en caso de que condujera al país a una guerra que consideraba cruel y suicida. Beck dimitió en señal de protesta, confiando en que su gesto abriría los ojos al país, pero no obtuvo el éxito deseado porque la trascendencia de su decisión fue paliada por la propaganda de Goebbels. Por otra parte, la conjura falló cuando Gran Bretaña y Francia cedieron ante el dictador en Munich, en septiembre de 1938. A pesar de que algunos oficiales de Estado Mayor y Jefes del Ejército albergasen cierto resentimiento, transcurrirían otros cinco años antes de que se produjera otra intentona de derribar a Hitler. En 1938 el Ejército alemán había abandonado el papel de árbitro de los destinos de Alemania, para convertirse en el brazo armado que Hitler empleaba para imponer su voluntad.

A principios de 1939, los mismos oficiales que desaprobaban el régimen de Hitler, fueron los que prepararon la invasión de Polonia, Holanda, Bélgica y Francia.

Hitler había demostrado lo infalible de su técnica para lograr el poder absoluto en Alemania. Pero ahora aquella terrible sed de sangre necesitaba nuevas víctimas. Los primeros en experimentarla fueron los judíos alemanes que se habían resistido a emprender el camino del exilio. El 9 de noviembre de 1938 fueron atacados por comandos de asalto nazis, en el primer gran *pogrom* (matanza) europeo, después de las purgas rusas de hacía medio siglo. La llamada «noche de los cristales», en que los escaparates de las tiendas hebreas fueron rotos, las sinagogas incendiadas y asesinadas, golpeadas o enviadas a campos de concentración las personas por cuyas venas corría sangre judía, fue un acto de guerra interna que tal vez compensó a Hitler de la guerra que hubiese querido desencadenar en octubre. Ni el Ejército ni la policía intervinieron para poner fin a la matanza.

Tras estos sucesos tan lamentables y brutales, la opinión mundial experimentó una gran commoción, pero las grandes potencias no se movieron. Hitler comenzó a hacerse peligrosas ilusiones. Empezó a creer que Gran Bretaña y Francia no combatirían como no fuera para defenderse, y quizá ni siquiera en este caso, por lo que pensó que había llegado el momento de emprender la conquista en el Este. En efecto, durante el invierno de 1938-1939, mientras el rearme occidental alcanzaba un ritmo que en el aspecto material, ya que no en el técnico, superaba al de Alemania, los gobiernos de Londres y París prosiguieron con su política pacifista. Chamberlain y Daladier trataban de mantener la paz a toda costa. Insistían en el hecho de que Hitler sólo había incorporado al III Reich grupos de raza germánica, que había declarado muchas veces que allí terminaban sus ambiciones y que, por consiguiente, no habría más anexiones. Los pacifistas estaban convencidos de que Hitler era un fenómeno típicamente alemán y, pese a cuanto había escrito, dicho o hecho, Chamberlain era de la opinión de que no había por qué sentir preocupación por su causa.

Los estadistas occidentales habían conocido la primera Guerra Mundial, y la recordaban con horror. Excepto algunos elementos de extrema derecha, a quienes no les inspiraban simpatía los alemanes, fueran nazis o no, a pocos ciudadanos ingleses o franceses les importaban los sufrimientos morales y materiales que Hitler infligía a sus súbditos, tanto judíos como arios. Pero el 15 de marzo de 1939, las fuerzas alemanas invadieron Checoslovaquia, nación que había quedado indefensa al perder sus fortificaciones de la frontera. Entonces comprendió al fin Neville Chamberlain que Hitler no era un fenómeno exclusivamente germano. Y entonces también todo Occidente, aunque de mala gana, comenzó a prepararse seriamente para la guerra.

CONSTANTINE FITZGIBBON



Nació en 1919, y cursó estudios en Gran Bretaña, principalmente, y en el Continente. Durante la guerra sirvió en los Ejércitos inglés y norteamericano. Al finalizar la contienda era comandante del Military Intelligence y especialista en interpretar los propósitos del Estado Mayor alemán. Después de la guerra se dedicó profesionalmente a la literatura, residiendo en Italia, Estados Unidos e Inglaterra. Es autor de novelas, biografías y obras históricas *(The Shirt of Nessus, The Blitz)*.



Hitler ensaya un discurso ante el espejo. Era un orador lleno de magnetismo, tanto en la tribuna como fuera de ella, y poseía una especie de poder hipnótico y la fascinación emotiva de ciertos predicadores. *(Archivo Rizzoli)*

Ullstein

QUIZÁ NUNCA HUBO ANTES DE AHORA GENERALES QUE TUVIERAN A SUS ÓRDENES SOLDADOS TAN EFICIENTES

Mientras Gran Bretaña y Francia, en el aspecto militar, apenas si habían empezado a salir de un estado de inercia, Hitler llevaba a la práctica un decidido programa de incremento y modernización de las Fuerzas Armadas alemanas. Nuevas ideas y nuevos métodos habían transformado, en 1939, la *Wehrmacht*, convirtiéndola en la más perfecta y poderosa máquina guerrera que había conocido el mundo. En las ilustraciones de esta página aparecen diversas fases de la instrucción de los soldados de ese Ejército que más adelante conquistaría gran parte de Europa.



Teniente general Flörke

Teniente general Flörke

LOS JERARCAS NAZIS

por Roger Manvell
y Heinrich Fraenkel

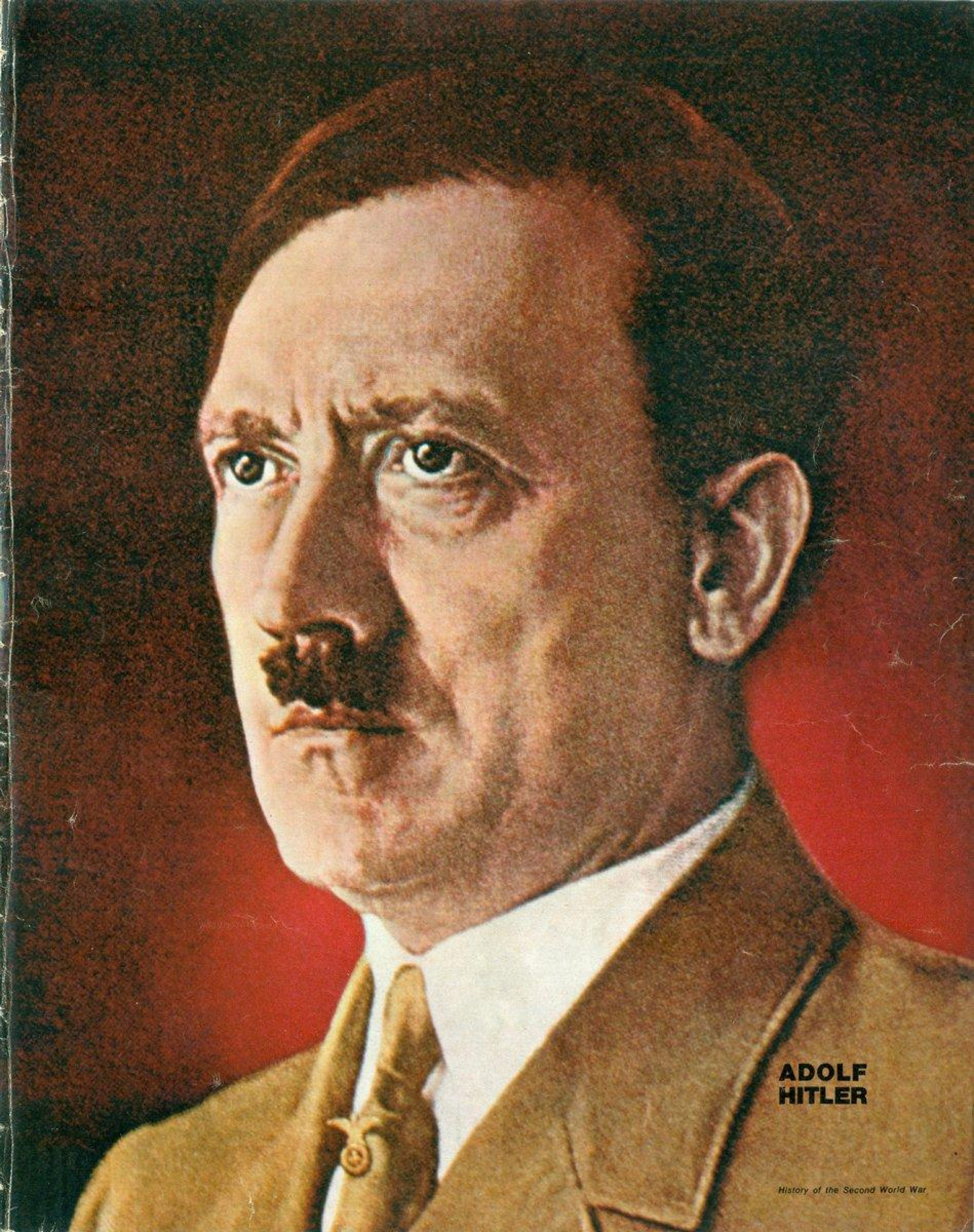
Cuatro hombres tuvieron en sus manos la organización nazi y, por consiguiente, a Alemania: Hitler y sus principales colaboradores, Goering, Goebbels y Himmler, todos ellos militantes desde el principio. El nazismo no fue tan sólo una expresión de la personalidad y la ideología de su jefe, sino también de la de los hombres que lo sirvieron, aunque estuvieran dominados por la voluntad absoluta del Führer. A los ojos de sus adversarios no parecían «grandes» en el sentido genérico de la palabra, sino hombres que, gracias al poder que habían adquirido y a su habilidad en ejercerlo, merced a su fanático dinamismo, tenían cada uno, a su modo, una especie de temible y fascinante grandeza.



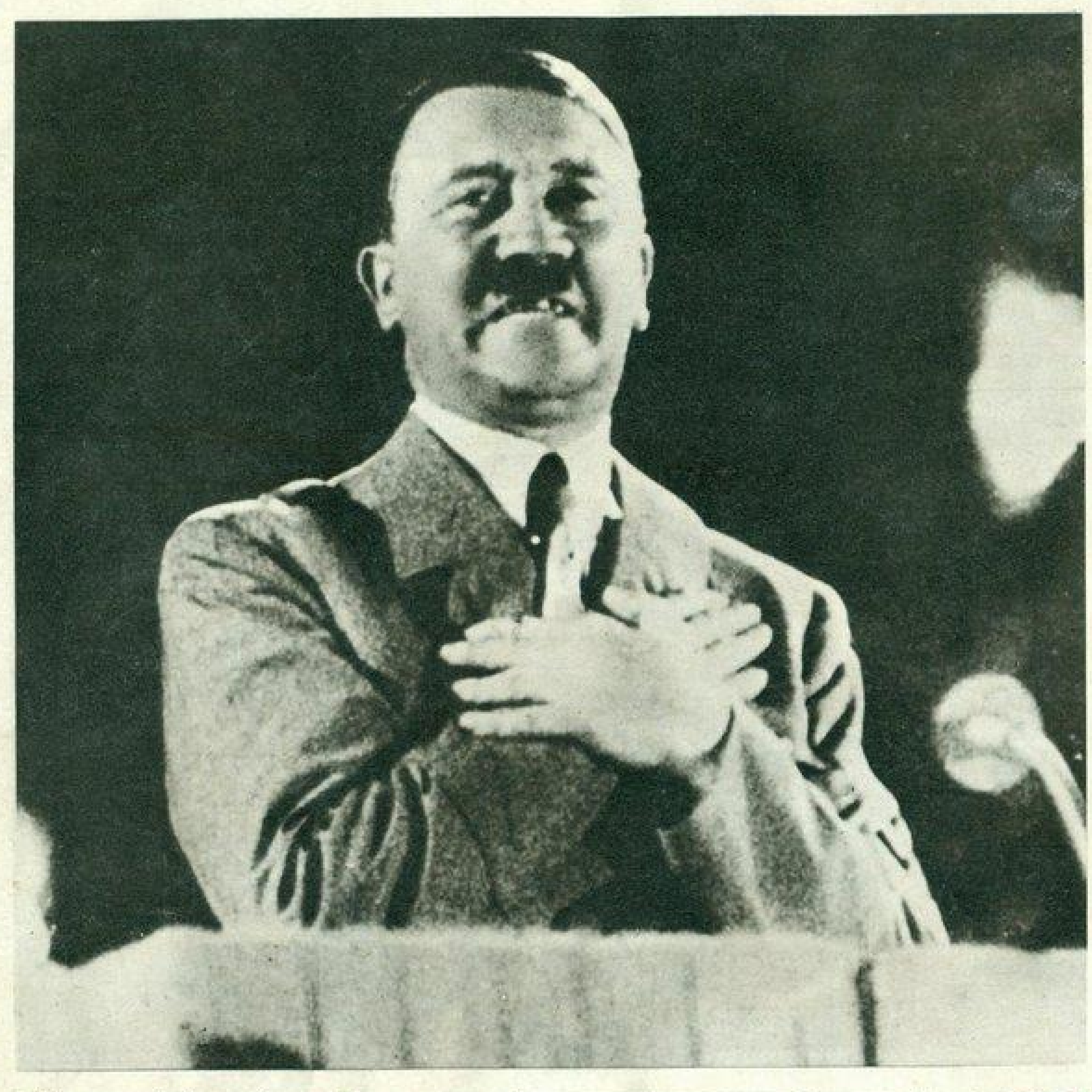
El nazismo fue, ante todo, una conspiración para conseguir el dominio político, primero en Alemania, en Europa después y, con el tiempo, en todo el mundo. Nunca desarrolló una doctrina política coherente, sino que adoptó de cualquier fuente disponible, tanto de Alemania como de fuera de ella, las teorías sociales que mejor respondían a sus exigencias. En efecto, el nacionalsocialismo fue creado por un grupo de hombres unidos por otro hombre que se nombró a sí mismo jefe, y supo avivar su orgullo patriótico y sus ambiciones personales. Sin el magnetismo personal de Adolf Hitler no habría existido ni un movimiento nazi ni un III Reich. En el caso de que hubiera estallado un conflicto bélico, habría sido por unos motivos distintos de los hitlerianos; es muy probable que se hubiese tratado de una guerra entre el Occidente capitalista y el Este comunista, con una Alemania aliada a las potencias occidentales no enemigas de Hitler.

La guerra fue una creación personal de Hitler, lo mismo que el imperio germánico. Por esto, el mundo hubo de enfrentarse en 1939 a la persona de Hitler: un hombre capaz de amalgamar, con su poder hipnótico, los elementos más dispares. No pueden emplearse raseros convencionales para juzgar a hombres de la talla de Hitler, pues son como productos de la Historia, resultantes de la mezcla explosiva de un ser humano fuera de lo normal y de las circunstancias en que vivió. El Alto Mando del Ejército alemán nunca pudo imaginar que aquel cabo austríaco se convertiría en su comandante supremo, y que casi toda Europa se transformaría en un campo de batalla porque así lo deseaba él. Los diplomáticos lo consideraban como un demagogo ignorante y sin habilidad hasta que les demostró lo contrario y les venció en su propio terreno; los industriales lo veían como un necio del que podrían aprovecharse, hasta que les obligó a seguir sus directrices. Los profesionales de la enseñanza pensaban que se trataba de un soñador carente de cultura, hasta que conquistó el poder y señaló nuevas directrices para sus respectivas disciplinas. En esencia era como un escultor, y su materia prima el

Una concentración de las Juventudes Hitlerianas. Hitler y sus lugartenientes consideraban con especial interés a los jóvenes, conscientes de que de su preparación dependía el logro de los objetivos que se habían propuesto. Por su parte, los jóvenes no les desilusionaron. (Heinrich Hoffman)



ADOLF
HITLER



Hitler pronunciando un discurso. Entre sus temas preferidos, que constituían a su vez la esencia de la ideología nazi, figuraban el del derecho del más fuerte y el de la superioridad de la raza septentrional, cuestiones que ya había desarrollado extensamente en su obra *Mein Kampf*. (Snark)

fianza en sí mismo», de modo que nada podría «derribarlo de su posición».

Hitler nació en 1889. Los hechos más destacados de su carrera revelan cierta incertidumbre en el período inicial y un exacto cumplimiento una vez elegido su camino. En su juventud, especialmente mientras residió en Viena, vivió en lo que podría llamarse un estado de sopor, como un individuo incapaz de trabajar y de hallar un medio digno de vida. Fue aquella una época destructiva, en la que, basándose en innumerables y desordenadas lecturas, elaboró los elementos de sus ilusiones acerca de la grandeza alemana.

Ya en su niñez comenzó a manifestar los síntomas que lo convertirían después en un déspota. En 1903, sus maestros observaron que carecía de control de sí mismo, que era pendenciero, obstinado, arrogante y neurótico, a lo que se agregaba el hecho de que reaccionaba con manifiesta hostilidad ante los consejos y las advertencias que se le hacían. Durante su juventud, en Viena, no fumaba, ni bebía, ni mostraba demasiado interés por las mujeres. Cuando comprobó que sus actividades artísticas juveniles no le proporcionaban ninguna fama, las abandonó y se pasó al campo de la política. Pero Hitler no era como los fanáticos corrientes, los propagandistas vociferantes que le enseñaron los vulgares denuestos de los cuales se sirvió al principio de su carrera; se diferenciaba de ellos, precisamente, por su habilidad en atraer al público con su oratoria y ganarlo para su causa. Hombres de muy diversa condición, como Goebbels, un joven universitario, inteligente y oportunista, de origen humilde; Goering, un héroe de la aviación, de origen seudoaristocrático, y el general Ludendorff, veterano del Alto Mando alemán, unieron sus destinos al suyo, pese a que ni siquiera era una auténtico alemán. Goebbels, que se hallaba en una edad en que es fácil impresionarse, lo veía como un dios, y por lo que a Goering se refiere, en 1922 le bastaba con oírle hablar para que sintiese un hondo deseo de servirle. Incurriríamos, pues, en un error si no con-



pueblo alemán. La razón podría inducirnos a rechazar esta imagen del *Führer*, porque es falsa y sentimental. Pero Hitler debió su éxito al hecho de que apareciese como un nuevo Mesías en una época de degradación nacional. Fue el profeta de una gran ilusión, de una ilusión que satisfacía los deseos nacionalistas de millones de personas que no habían sabido dar una finalidad a sus vidas.

Es corriente dar la denominación de «grandes» a los hombres en relación con el poder que ejercen. Para sus partidarios, Hitler estaba al mismo nivel que César o Napoleón. Pero, a nuestro juicio, sólo el poder que supo crear tenía una dimensión en la que encaja el calificativo de grande; el hombre estaba muy por debajo del sueño que inspiraba.

Egocentrismo monstruoso

No obstante, es cierto que Hitler poseía algunas cualidades de grandeza personal, pero no era capaz de demostrarlas. Era desconfiado, y carecía por completo de cualidades humanas y de principios morales. No admitía consejos y prefería seguir sus intuiciones, actitud que con el tiempo llegó a convertirse en una especie de locura. Su fuerza vital derivaba de un egocentrismo monstruoso, de una confianza ciega en sí mismo que le llevaba a creer que era el hombre del destino, elegido por la Providencia para ser el guía de los pueblos septentrionales. Son famosas sus propias descripciones, todas ellas impregnadas de cierto misticismo. Decía que se movía «con la seguridad de un sonámbulo» y hablaba de la «ilimitada con-

cediésemos cierta grandeza histórica a este hombre que se convirtió en el *Führer* alemán. Hitler salió del anonimato absoluto, y en poco más de diez años se aseguró el dominio de la mayor parte de Europa. Y ello no se debió a la casualidad, sino que fue fruto de un proceso grandioso, que no habría sido posible si él no hubiera sido un orador cargado de magnetismo, lo mismo en la tributna que fuera de ella, y dotado del poder hipnótico y la fascinación emotiva de ciertos predicadores. Sabía fascinar a su auditorio, y al propio tiempo aplacar sus exigencias morales. Él mismo lo admitió en su obra *Mein Kampf*: «El arte de la propaganda consiste en saber despertar la imaginación de la gente, haciendo hincapié en sus sentimientos, en encontrar la fórmula psicológica que fije la atención y pulse el corazón de las masas. Otto Strasser, oponente político de Hitler dentro del Partido nazi, y que tenía motivos tanto para temerle como para criticarle, escribió de él: «Hitler responde a las vibraciones del corazón humano con la sensibilidad de un sismógrafo... Adolf Hitler penetra en una sala, olfatea el aire, va a tientas por un momento, busca el camino y capta la atmósfera. De pronto estalla, y sus palabras dan en el blanco como una flecha».

Cortesía primitiva

Fuera de su elemento, Hitler aparecía con frecuencia inseguro. Mientras no tuvo en sus manos el poder absoluto, no le gustó mezclarse con la aristocracia. En sus primeros contactos con el presidente Hindenburg estaba nervioso, aunque se mostraba inflexible, y prefería que le acompañara siempre Goering, que era hombre de mundo y con su presencia le daba seguridad social. Con las mujeres hacía gala de una amabilidad torpe, comportándose de un modo afectadamente cortés; les besaba la mano y les ofrecía flores, pero en cuanto le era posible dirigía la conversación hacia el terreno político, en el que se hallaba a sus anchas.



Sólo se sentía a gusto con las mujeres mediocres que le acompañaban en sus retiros. Le complacía su compañía y la admiración que sentían por él, obligándolas a permanecer levantadas hasta las altas horas de la madrugada.

No es probable que sintiera nunca la necesidad física de una mujer. De esta forma pudo concentrar en un objetivo único todas las energías que muchos dispersan en relaciones personales o en actividades ajenas a las que les es propia. Llevaba una vida social insulsa, y Eva Braun, la mujer a quien quizás llegó a amar, era, en realidad, una nulidad.

Otro aspecto de la línea de conducta de Hitler fue la eliminación gradual de los expertos. Como opinaba que el único principio de gobierno era la intuición, con el tiempo prefirió rodearse de hombres carentes de preparación o de alguna habilidad específica; y así, pocos jerarcas nazis, si exceptuamos a Goebbels, estaban a la altura de las misiones que se les habían confiado. Hitler estaba convencido de la necesidad de lo simple y sencillo y de que los técnicos no hacen sino complicar las cosas y alejar al hombre del camino que debe seguir. «Le diré lo que me ha llevado al puesto que ocupo –explicó el *Führer* a un corresponsal extranjero en 1936–. Nuestros problemas políticos eran muy complejos; el pueblo alemán no sabía resolverlos. En estas circunstancias preferí confiar a los políticos la misión de solucionarlos. Yo simplifiqué y reduje los problemas a su forma más simple. La masa se dio cuenta de ello y me siguió». Más tarde añadiría: «El instinto es supremo, y del instinto nace la fe... Mientras el pueblo sano cerró filas y formó una comunidad compacta, los intelectuales corrieron de aquí para allá como gallinas en la era. Con los intelectuales es imposible hacer historia».

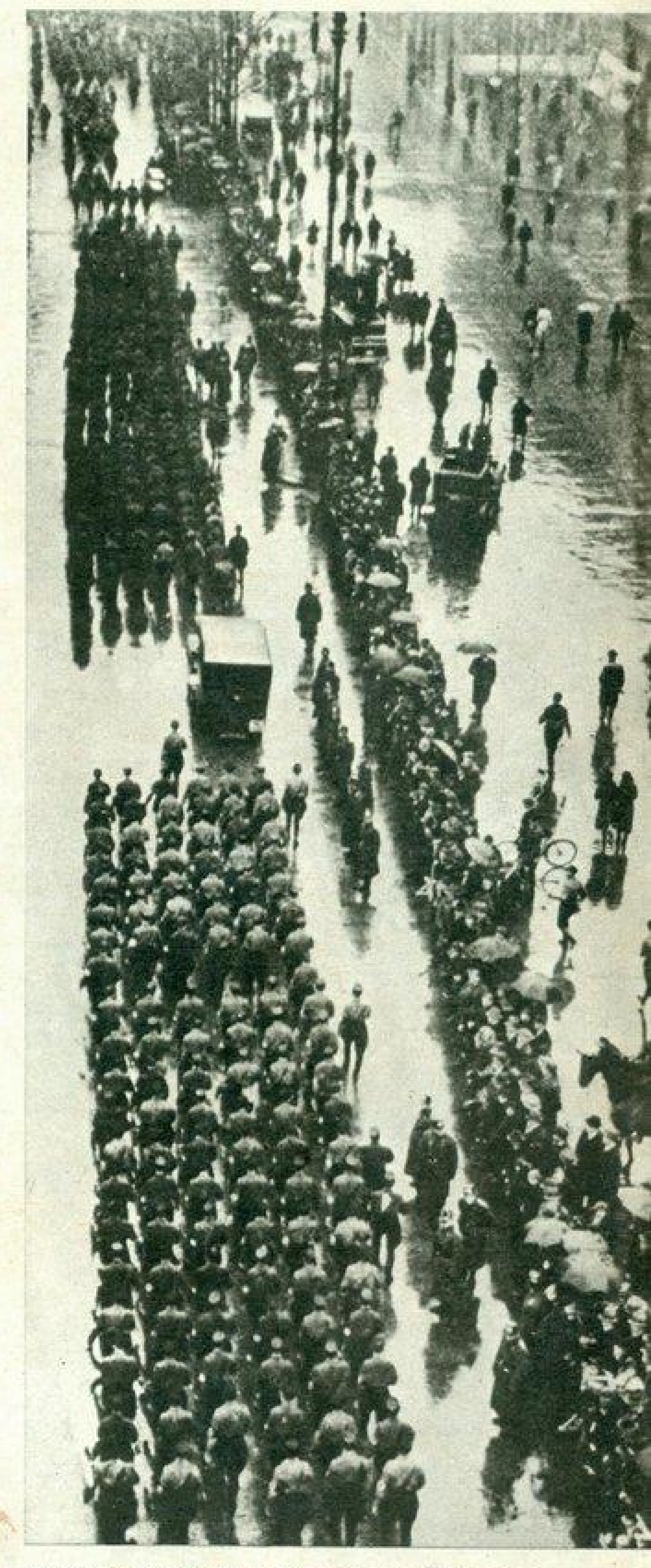
Estas cualidades permitieron a Hitler conocer las necesidades, conscientes o inconscientes, de gran parte del pueblo germano, de todas las clases sociales, y llenar, con su propaganda violenta e ilusoria, el vacío existente en la vida de muchos alemanes. Cuando alcanzó el poder, acabó con el desempleo crónico de los desheredados y alimentó su amor propio nacional rechazando la vergüenza del Tratado de Versalles. Pero, en contrapartida, les privó de los derechos civiles y se convirtió en su amo absoluto. Después perdió gradualmente todo contacto con ellos y se encerró en sí mismo, atento únicamente a la realización de sus sueños imperialistas.

La lección que aprendió Hitler, al fracasar en su intento de adueñarse del poder en 1923, fue que la legalidad debía ser el camino para alcanzarlo: la revolución armada era una cosa, y la revolución constitucional, otra. La fuerza de su instinto se pudo comprobar en 1932, cuando supo frenar a sus partidarios más impacientes porque no había llegado todavía el momento de ascender legalmente al poder. En 1923 la revolución no había alcanzado sus objetivos; a partir de entonces, Hitler no se expuso sino a riesgos perfectamente calculados, riesgos que estaba seguro de que le proporcionarían nuevos y espectaculares éxitos.

Uno de los mayores riesgos que tuvo que afrontar antes de 1933 fue la elección de quienes habían de ayudarle. Porque, como ya hemos afirmado antes, el nazismo no fue sólo una expresión de la personalidad y la ideología de su jefe, sino también, en cierto modo, de la de los hombres que le sirvieron, aunque estuviesen dominados por su voluntad absoluta.

En el manejo de los hombres que necesitó para llevar a término sus planes desmesurados –hombres violentos e impetuosos unos, tortuosos otros, y todos ellos con una carga explosiva de

Hitler pasa revista a los grupos de asalto nazi, poco antes de hacerse cargo del poder. En 1932, el mismo *Führer* hubo de contener a sus militantes más exaltados, que pretendían dar un golpe de estado. *(History of the Second World War)*



1932: un desfile de los grupos de asalto en vísperas de elecciones. Durante aquel agitado año, los alemanes fueron llamados varias veces a las urnas. Los nazis sufrieron algún revés, pero continuaron su avance. El 30 de enero de 1933 Hitler fue elegido Canciller. *(Archivo Rizzoli)*

ambición y falta absoluta de prejuicios– fue donde Adolf Hitler dio pruebas evidentes de su conocimiento de la psicología humana.

Lo mismo cabe decir del arte sorprendente con que sin duda se ganó la voluntad de su pueblo, presentándole astutamente unos ideales deslumbrantes, capaces de arrastrarle a la empresa más descomunal: tal puede considerarse, en efecto, la abierta e insensata decisión de conquistar el mundo entero para ponerlo a los pies de la raza aria, cuya encarnación suprema la veía en su pueblo. Y, por supuesto, que buena parte de ese mismo pueblo también acabó por convencerse de tan dementes ideas.



GOERING

Las personalidades más destacadas, entre los colaboradores de Hitler, eran Hermann Goering, Joseph Goebbels y Heinrich Himmler, todos ellos nazis desde los primeros tiempos, a partir de los años veinte. Los demás eran figuras de segundo plano, incluido Ernst Röhm, el jefe de las SA, que murió asesinado en 1934, y Julius Streicher, brazo ejecutor de la «solución final» contra los judíos, quien, en definitiva, no tenía poder alguno. Bajo las órdenes de Hitler, Goebbels, Goering y Himmler fueron los artífices del dinamismo y del carácter especial del movimiento nazi.

Goering fue el único jerarca nazi que tuvo pretensiones aristocráticas. Su padre había sido oficial de caballería, después funcionario del cuerpo consular alemán en Haití; su madre había nacido en el seno de una modesta familia bávara. Goering nació en 1893; recibió una educación bastante extraña, y su niñez transcurrió entre los dos castillos que poseía el amante de su madre, Ritter von Epenstein, médico judío-alemán. Durante la primera Guerra Mundial pilotó aviones de combate y se hizo famoso; al término de la conflagración era el jefe de la famosa escuadrilla conocida como «Círculo volante Richthofen». La capitulación le afectó hondamente; tuvo que rendirse con su escuadrilla y regresar como un simple civil junto a su madre, quien había roto con su amante antes del comienzo de la guerra.

Era bastante lógico que Goering deseara reconquistar la posición que se le había obligado a abandonar. Al principio realizó vuelos propagandísticos para una firma comercial; luego ingresó en la aviación civil danesa, y después en la sueca.

Entre las relaciones que tuvo en aquella época, conoció a la baronesa sueca Karin von Kantzow, con quien contrajo matrimonio en Munich, a la edad de 27 años; ella se divorció para casarse con él. Se trataba de una mujer sentimental y muy religiosa, y con la modesta renta que le pasaba su ex marido ayudó a Goering durante los años veinte, época de miseria y de humillación.

Goering encontró a Hitler por primera vez en 1922, y se convirtió en su consejero militar y comandante de los grupos de asalto. Íntimo colaborador suyo en el *putsch* de Munich de 1923, resultó gravemente herido, y si no fue encarcelado se debió a la decisión de su esposa, quien consiguió sacarle del país y llevarle a Austria, donde le curó la herida, complicada ya por un proceso infeccioso. Las consecuencias fueron muy graves para los dos: Goering se convirtió en un morfinómano, en tanto que la salud de Karin, ya precaria, se vio seriamente agravada.

Los diversos aspectos de Goering

La extraordinaria versatilidad de Hermann Goering fue una de las cosas más extrañas y pintorescas del III Reich. Esta diversidad no era tan sólo aparente, pues se puso de manifiesto incluso en los diferentes cargos y actividades que desempeñó en la Alemania nazi: ministro del Interior en Prusia, Presidente del *Reichstag*, Jefe Supremo de la *Luftwaffe*, primer cazador del Reich, supervisor económico, diplomático a ratos perdidos, politiquillo de partido, criador de caballos, aficionado al arte... Ahora bien, por más que Goering tendiese de un modo desmesurado a la ostentación y a la autocomplacencia, su polifacética capacidad le resultó utilísima a Hitler; en efecto, tras su apariencia de personaje de salón había verdaderas aptitudes: enorme habilidad, una memoria prodigiosa para los detalles, una astucia penetrante y una energía cruel (*History of the Second World War*).

Es preciso conocer estos detalles para comprender la naturaleza de aquel hombre. Sentimental por temperamento, era también violento, además de un aristócrata inseguro en sus pretensiones de hombre de mundo. Debido a su morfinomanía, tuvo un carácter inestable y, a pesar de los enérgicos tratamientos a que se sometió en 1925 y 1926 en una clínica sueca, nunca consiguió apartarse de la droga. Los postulados de violencia propugnados por Hitler llenaron el vacío de su vida. El fracaso del *putsch* y los subsiguientes años de exilio y de separación de su jefe no apagaron en él el deseo de participar en la política nazi.

El nazi de salón

Al principio, Hitler se mostró reacio a admitirle de nuevo, pero lo tomó «a prueba» en razón de las amistades de que alardeaba entre los industriales y los militares. Goering se colocó muy pronto a la altura de su misión, y poco después se le conocía como «el nazi de salón».

En compensación, recibió uno de los doce escaños que el Partido había conquistado en las elecciones de 1928.

Por lo demás, para calificarle tanto a él como a Goebbels, bastará recordar que lo que más apreciaban de su nueva situación eran los viajes gratuitos en primera clase, en los ferrocarriles del Estado, que les correspondían en su calidad de miembros del *Reichstag*.

Cuatro años después, en 1932, Goering fue elegido presidente del *Reichstag* y trasladó su residencia al palacio presidencial.

Por aquel entonces se encontraba ya solo. Había fallecido su esposa, aquella mujer amable, que idolatró a su marido durante los diez años de matrimonio y que alimentó sin cesar su vanidad, repitiendo cuanto él decía y exaltando sus actos. Ya viudo, Goering conservó siempre el recuerdo de su esposa, pero se volvió más indulgente para consigo mismo y más violento en la carrera hacia el poder. Su actividad en el Parlamento tenía como única finalidad minar sus estructuras, y así, por medio de debates estériles, trataba de derribar al gobierno. Tanto para Hitler como para él, el Parlamento no tenía otra misión que proporcionar un atenuante legal al golpe de Estado.

Poco después de la subida al poder de los nazis, Goering declaró que esta última finalidad también había desaparecido.

Nada mejor que los hechos revela la multiforme naturaleza de Goering. Quería representar al mismo tiempo diversos papeles, y a Hitler –autor, director y primer actor del drama– le complacía que triunfase como segundo actor. Aunque frenado en parte, Goering consiguió crear un Estado-policía nazi. Fundó la Gestapo (*Geheime Staatspolizei*, policía secreta estatal), y organizó los campos de concentración y la *Luftwaffe*, destinada a convertirse en la futura arma aérea de Alemania. Al cabo de un año, cansado de su labor con la policía, traspasó la responsabilidad a Himmler, el joven jefe de Seguridad y de las SS. Cuando Ernst Röhm, el antiguo camarada de Hitler y a la sazón jefe de las SA, se convirtió en una amenaza para el equilibrio de fuerzas en el Estado nazi que estaba surgiendo, Goering se unió a Himmler y Goebbels para sugerir a Hitler que lo eliminase. La casa de Goering se convirtió entonces en el centro organizador de la «noche de los cuchillos largos». Después de este episodio, su apetencia de dinero le llevó a conseguir el control de la campaña para el rearme, que Hitler le confió y en la cual desplazó al banquero Hjalmar Schacht, ministro oficialmente responsable de la política económica de guerra que se estaba preparando. No contento con estas amplias atribuciones y con la riqueza perso-



El mariscal Goering de cacería con el presidente polaco. Goering ostentaba, entre otros, el título de primer cazador del Reich. Pero desempeñó cargos más importantes y siniestros: por ejemplo, fue él quien, al fundar la Gestapo, creó el Estado policíaco nazi. (Archivo Rizzoli)

nal que le proporcionaban, Goering se entregó de lleno a las intrigas diplomáticas. El 11 de marzo de 1938 conquistó Austria prácticamente por teléfono, como se verá más adelante, utilizando todas las formas de extorsión política, mientras las tropas se hallaban ya en la frontera, listas para cruzarla.

Sin embargo, lo cierto es que, en su fuero interno, no era partidario de la guerra en 1939. Sabía que Alemania no estaba preparada para aquel golpe de Estado a nivel europeo, e hizo todo lo posible para persuadir a Hitler de que aguardase un momento más oportuno.

La energía titánica de Goering padecía altibajos a causa de la cantidad de tóxicos que ingería.

A pesar de algunos aspectos odiosos y de hechos repulsivos que hubo en su vida y en su persona, consiguió ganarse el favor de muchos, especialmente en el campo diplomático. Por ejemplo, el embajador británico, sir Neville Henderson, dijo de él: «A mi juicio, Hermann Goering era, sin lugar a dudas, el más agradable de todos los altos jefes nazis... Sentí por él gran aprecio...».

En 1935 casó con la actriz Emmy Sonnemann, y su matrimonio se celebró con tanta suntuosidad que nada tuvo que envidiar a un enlace regio. En 1938, el matrimonio tuvo una hija, Edda, acontecimiento que proporcionó a Goering la euforia de la paternidad, al tiempo que significaba una alegría para su corazón sentimental.

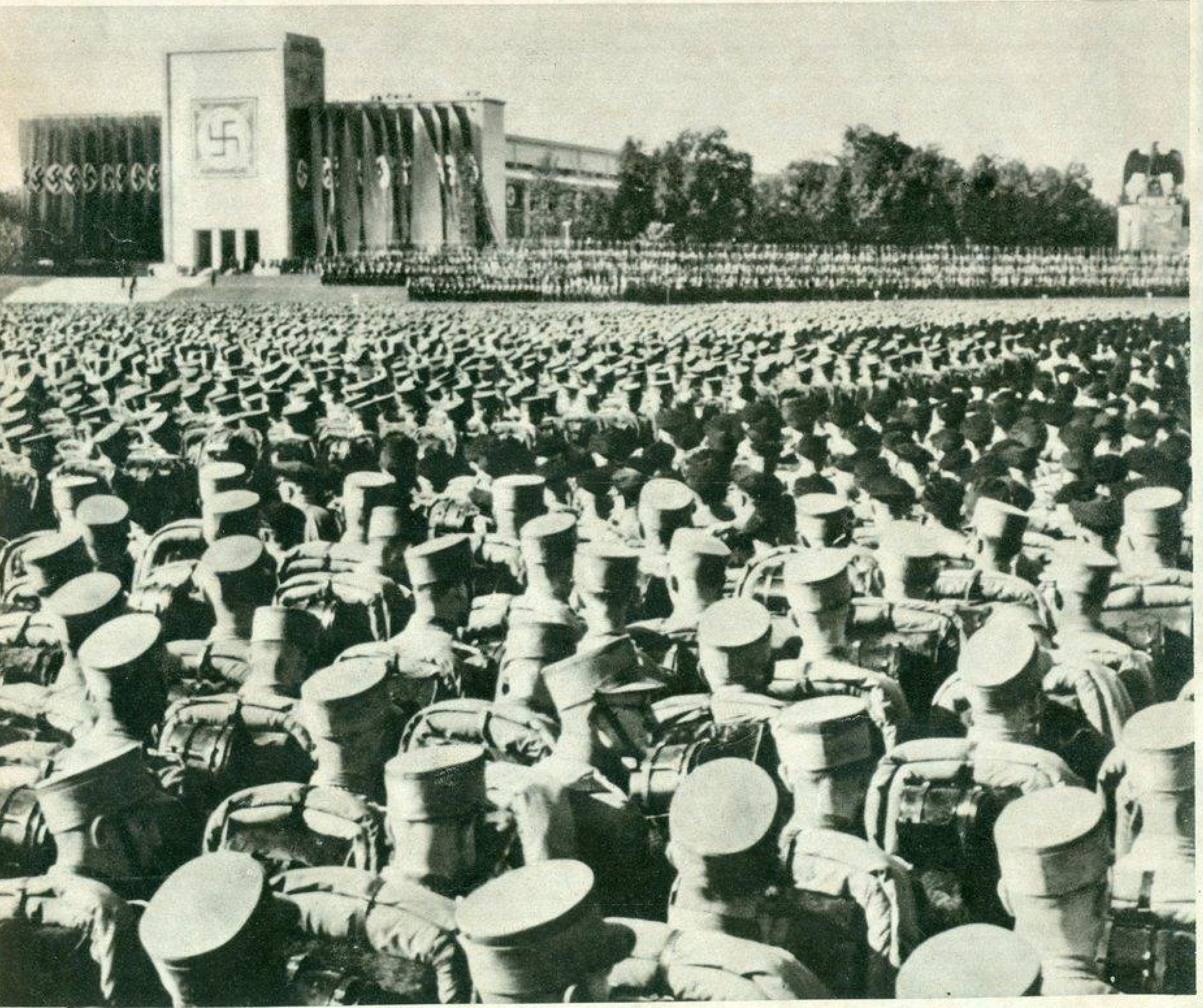
Su famosa residencia, situada en un bosque a orillas de un lago, a unos 80 kilómetros de Berlín, fue el monumento colosal del orgullo principesco de Goering.

Su galería, juntamente con los trofeos de caza, a los que se agregó más adelante la rica colección de tesoros de guerra, podía parangonarse con las obras de arte de Hitler, y fue valorada en unos diez mil millones de pesetas.

El exhibicionismo de Goering se manifestó también en el preciosismo de sus uniformes, los cuales debían adaptarse a cada circunstancia. Paseaba por sus propiedades vistiendo ostentosas ropas de caza, lo que en no pocas ocasiones suscitó comentarios irónicos de sus huéspedes. Enormes capotes con cuello de piel sustituían a los impermeables de los viejos tiempos. Llevaba ropa blanca de seda, y en sus dedos gordezuelos brillaban varios anillos con piedras preciosas engastadas. Pero a pesar de lo llamativo de su aspecto, Goering no era un bufón. De vez en cuando manifestaba una doble personalidad que sorprendía a los observadores y revelaba poderes insospechados. Su vulgaridad y su notorio narcisismo eran, en cierto modo, una actitud; de hecho, su arrogancia, su vanidad y ostentación ocultaban una habilidad enorme, una memoria prodigiosa para retener los detalles, un sentido del humor agudo y penetrante y una gran energía cuando estaban en juego sus intereses personales.

Y sin embargo, este hombre temblaba en cuanto Hitler le formulaba el más mínimo reproche. En cierta ocasión le dijo a Schacht: «Muchas veces pienso responderle, pero cuando me encuentro frente a él, el corazón se me sube a la garganta.» Y a Henderson le confesó: «Cuando se trata de tomar alguna decisión, ninguno de nosotros cuenta más que las baldosas del suelo. El *Führer* es quien decide».

«Cien mil hombres como un solo bloque», rezaba el epígrafe de esta foto, publicada en un periódico alemán de la época. Las concentraciones gigantescas de este tipo producían la impresión de grandes masas de tropa... y la realidad no era muy diferente de la apariencia. *(Heinrich Hoffmann)*





Distintivos y equipo de los nazis y de sus partidarios

1. Distintivo de los excombatientes de la primera Guerra Mundial («Mi servicio militar»). 2. Pistola Parabellum. 3. Cruz del Báltico (condecoración semioficial que se concedía a los alemanes que habían combatido contra los bolcheviques en el frente báltico). 4. Emblema de las Juventudes hitlerianas. 5. Orden de la Sangre (concedida a los que tomaron parte en el *putsch* de Munich de 1923). 6. Distintivo del Partido nazi. 7. Emblema que usaron inicialmente los miembros de las SS (luego se cambió el modelo). 8. Distintivo conmemorativo de Mackensen. 9. Emblema del Cuerpo de Trabajo (en el que ingresaban los jóvenes tras haber pertenecido a las Juventudes hitlerianas, como estadio previo antes de recibir la verdadera instrucción militar). 10. Placa de esmalte («Con Nosotros») que los miembros del Partido ponían en la puerta de su domicilio, en su automóvil, etc. 11. Distintivo de solapa con el que, de modo semioficial, se condecoraba a los alemanes que en 1923 habían combatido en Silesia contra los polacos. 12. Puñal de las SS («Fidelidad es mi lema»). 13. Emblema que emplearon las SS holandesas. 14. Distintivo de solapa conmemorativo de la Asamblea de las SS de 1931.

History of the Second World War

GOEBBELS

Joseph Goebbels era un egocéntrico; en su época de estudiante sufrió grandes necesidades económicas, y, como todos los grandes jerarcas nazis, nutrió su frustración con sueños de grandeza. Nacido en 1897, era hijo de un empleado en una modesta fábrica de Rheydt, pequeña ciudad industrial situada en el corazón del Ruhr. En su niñez contrajo la poliomielitis, de resultas de lo cual le quedó una leve cojera. Educado en la religión católica, sus padres habrían deseado que fuese sacerdote, pero su fe en Dios era muy limitada. Pese a que pudo estudiar gracias a la beca que le concedió una institución católica de beneficencia, los estudios universitarios hicieron de él un incrédulo, y le divertía desconcertar a sus familiares adoptando actitudes propias de un apóstata consumado. Tuvo aficiones literarias y teatrales: en 1921 escribió una novela bastante aceptable, *Michael*, cuyo protagonista era una mezcla de patriota, poeta, amante y revolucionario. La obra no se publicó hasta 1928, cuando Goebbels, convertido ya en el propagandista del Partido nazi, añadió al relato un personaje mesiánico que representaba a Hitler.

En su época de estudiante, Goebbels comenzó a escribir un diario en el que revelaba una vena melodramática y narcisista, e incluso un tímido aprovechamiento del atractivo que tenía sobre las mujeres. Carecía de residencia fija y de empleo, y la necesidad de encontrar trabajo y obtener algún ingreso fue lo que le empujó a la política. En 1924, cuando contaba 27 años, se convirtió en el propagandista volante de la sección nazi del Rhur, región en la cual el socialismo de los hermanos Gregor y Otto Strasser había creado profundas divergencias ideológicas con Hitler.

En un fragmento de su diario se puede leer la extraordinaria historia de su conversión al nazismo. Corría por entonces el año 1925. El texto es una fulguración mística: «Él es el instrumento creado por el destino y por Dios... Cuando estoy junto a él me estremezco hasta lo más hondo de mí mismo... Parece un poeta de la antigüedad. Amigo amable y jefe al mismo tiempo. Me halaga como a un niño... Me ha elegido para caminar solo con él, y me habla como un padre a su hijo... Hitler me da un ramillete de flores... Rosas rojas, rojas...». Y cuando Goebbels escribió estas frases no era un adolescente, sino un hombre adulto.

En 1926 Hitler le nombró *Gauleiter*, jefe de distrito de la ciudad de Berlín, y Goebbels aprovechó la ocasión y empleó todos los medios a su alcance para contribuir al triunfo del Partido nazi. Redactaba manifiestos provocadores, en cuya disposición tipográfica adoptaba fórmulas nuevas. Fundó el diario *Der Angriff (El ataque)*, y se sirvió de él para atacar a sus enemigos; introdujo las paradas militares con profusión de banderas, música marcial y cánticos que, por su ritmo lento y uniforme, recordaban los antiguos himnos. Favoreció los tumultos callejeros con los comunistas: «Quien sabe conquistar la calle –decía– conquistará un día el Estado, porque toda forma de política absolutista y todo Estado dictatorial nacen en la calle». Tras las elecciones de 1928 fue premiado, por el brillante éxito de sus actividades, con un escaño en el Parlamento, además de confiársele la propaganda del Partido en los difíciles tiempos que habían de seguir. Su habilidad, su atrevimiento y la carencia de escrúpulos con que explotaba cualquier medio que su inventiva encontraba, contribuyeron, casi tanto como la oratoria de Hitler, al espectacular aumento de los votos pronazis entre los obreros sin trabajo, que fueron los principales partidarios de Hitler en los primeros años. Goebbels imbuyó el mito hitleriano en las mentes de aquellas masas insatisfechas.

Cuando Hitler tuvo el poder en sus manos, Goebbels fue nombrado Ministro de Propaganda y Cultura Popular, y entonces, mediante una serie de decretos, obtuvo el control de los principales medios de difusión: prensa, radio y cine. Toda la producción era escrupulosamente censurada, a fin de poder descubrir cualquier crítica hostil, formulada por escritores, periodistas, profesores o actores.

Ahora bien, no hay que subestimar a Goebbels: era un trabajador tenaz e inflexible, dotado de una mente maquiavélica. Su misión tenía un matiz de cinismo; sabía que era algo más que un simple subordinado, y podía permitirse el lujo de burlarse del trabajo. No obstante, su devoción por Hitler era total, aunque con ciertas reservas. Toda su vida giraba en torno al *Führer*, cuyo favor buscaba y con cuyo halago se complacía.

Goebbels se convirtió en un orador excepcional. Conocía mejor que nadie el valor de la propaganda, que Hitler había definido así en su obra *Mein Kampf*: «Las masas se someterán siempre y solamente a la palabra... El arte de la propaganda consiste en saber despertar la imaginación de la gente, haciendo hincapié en sus sentimientos... La propaganda no debe buscar la verdad, sino presentar tan sólo los aspectos de la verdad que interesan a sus fines». El arte de Goebbels consistía en esto. Durante la guerra, por radio o desde la tribuna siguió difundiendo la doctrina nazi.

Joseph Goebbels, nacido en el seno de una familia obrera, tuvo en su juventud aficiones literarias y teatrales, e incluso escribió una novela. Mente maquiavélica, en 1933 fue nombrado ministro de Propaganda; durante la guerra fue el orador por excelencia del III Reich. *(Ullstein)*





Hitler y Röhm (éste haciendo el saludo nazi, brazo en alto) en una reunión de las SA. Goering, Goebbels y Himmler indujeron a Hitler a librarse del turbulento Röhm. Y la casa de Goering fue el centro organizador de la «noche de los cuchillos largos». *(Ullstein)*


DEUTSCHLAND

HIMMLER

Hitler descargó sobre las débiles espaldas de Himmler el peso de su crimen contra la humanidad. Himmler llevó a sus últimas consecuencias la política racista del nacionalsocialismo: la expulsión del seno de la «sociedad aria» de todos aquellos a quienes se consideraba como indeseables en el nuevo estado de cosas que había de surgir, y su eliminación –en proporciones inigualadas hasta entonces en la historia– en lugares donde eran asesinados o quemados.

Heinrich Himmler nació en 1900. Fue la suya una respetable familia católica, y se le impuso el nombre de Heinrich en honor del príncipe de Baviera, de quien su padre había sido preceptor. En su juventud, durante la primera Guerra Mundial, siguió con entusiasmo los avances de las fuerzas alemanas, y cuando terminó la conflagración estaba completando su preparación en la Academia Militar. Después se matriculó en la Facultad de Agricultura. A pesar de su débil constitución, siempre estuvo obsesionado por la idea de seguir la carrera de las armas. Se afilió al Partido nazi en 1923, a tiempo todavía de participar en el fracasado *putsch* de Munich.



Heinrich Himmler: Gran Maestre de una restaurada Orden de Caballeros, así como, según sus fantásticos planes, ministro nazi de Asuntos Religiosos y Espirituales, con Europa como parroquia. (Ullstein)

Cuando se reorganizó el Partido, y a fin de recompensar su celo y lealtad, fue nombrado subjefe de las SS. Para redondear su modesto sueldo, Himmler dirigía una pequeña hacienda agrícola situada cerca de Munich; en este aspecto contaba con la colaboración de su esposa Marga, una ex enfermera que compartía su interés por la campaña política y su fetichismo por las hierbas medicinales. En 1929, cuando contaba 28 años, se convirtió en *Reichsführer* (jefe) de las SS, cargo que, en poco más de doce años, había de hacerle famoso en todo el mundo.

Himmler era un burócrata, preocupado por los detalles hasta la pedantería. La obsesión que demostraba por la pureza racial y el vigor atlético de sus hombres no era sino una compensación de sus menguadas condiciones físicas. Las SS se convirtieron en una *élite* con uniforme negro, en los hombres que restaurarían la Orden de los Caballeros Teutónicos de otros tiempos. Himmler se consideró el Gran Maestre de esa Orden. Y aunque se reclutaron hombres –y más tarde mujeres– que estaban muy lejos de encarnar este ideal, continuó siendo en las SS el modelo hacia el que debía tender e imitar el hombre septentrional. En 1931 había establecido ya un código matrimonial especial para los miembros de la organización: se les prohibió contraer matrimonio con una mujer que no pudiese demostrar la pureza de su sangre desde dos siglos antes, como mínimo. Se crearon centros especiales para educar a las mujeres SS, elegidas para la alta misión de futuras madres arias; para las muchachas de raza pura que llegaran a ser madres, creó los centros *Lebensborn* (fuentes de vida), que cumplían el doble objetivo de asegurarles el bienestar y asistir a los recién nacidos.

Los teóricos de la ideología nazi, Walter Darré y Alfred Rosenberg, afirmaban que la pureza de la sangre y el amor a la tierra eran los cimientos sobre los que se edificaría una Alemania sana y fuerte, formada por una raza de trabajadores-soldados que conquistarían primero Europa, y después el mundo entero. Los políticos añadían a estas teorías la reivindicación del *Lebensraum*, el espacio vital que pertenecía por derecho a Alemania, en perjuicio de las razas orientales inferiores.

Cuando redactó el código matrimonial, Himmler creía edificar las bases de un poderoso imperio germano-nórdico, que comprendería desde las orillas del Atlántico hasta los Urales. Para él, las razas inferiores y limítrofes, de origen latino o eslavo, eran tan sólo pueblos colonizados, cuyo destino sería decidido por la raza dominante.

Aunque la obra *Mein Kampf* era ilegible, tanto los políticos como los diplomáticos no pudieron menos de estudiarla atentamente, sobre todo cuando Hitler se hubo adueñado del poder. En las páginas del libro ya se preveían los acontecimientos que conducirían a la guerra. Se explicaba la política colonial de Hitler con respecto a Europa oriental y el motivo por el que prefería enfrentarse a Rusia en lugar de concentrar sus esfuerzos contra Gran Bretaña. Himmler aceptó la ideología del jefe sin discutir, y muy pronto la llevaría a la práctica. Al mismo tiempo, y al igual que los demás jerarcas nazis, seguiría el inevitable camino de la intriga que debía conducirle al poder.

Himmler llegó a ser poderoso actuando a veces con astucia y otras con tortuosidad. Poco a poco se hizo con el poder absoluto de la Gestapo, la policía secreta creada por Goering. Y en un Estado policíaco, como era el nazi, el *Reichsführer* de las SS necesariamente tenía que llegar a ser más poderoso que cualquier otro ministro o jefe de departamento. En 1929, las fuerzas a su mando constaban solamente de 280 hombres; en 1935 eran 200.000, un verdadero ejército independiente cuya actividad escapaba prácticamente a cualquier control.

En 1936, la Gestapo de Himmler era una policía de seguridad nacional que, de hecho, disponía de unos poderes independientes de cualquier supervisión jurídica normal. Con las SS, Himmler dominaba en las prisiones y en los campos de concentración. Las SS y la Gestapo no tardaron en convertirse en las avanzadas ejecutoras del terrorismo nazi.

Pero sus innatas condiciones de burócrata y de empleado no fueron ciertamente una ventaja para Himmler al llegar a la cumbre de su poder. Carecía de verdaderas aptitudes para el mando, a pesar de haber tenido siempre el anhelo de mandar. La violencia de las SS le hacía retroceder, y vacilaba cuando alguna empresa parecía dudosa. Para Hitler era el perfecto subordinado, puesto que aceptaba sin replicar todas las misiones que le confiaba, por desagradables que fuesen. Aunque después delegaba en Reinhard Heydrich las órdenes que no se ajustaban a su naturaleza.

Heydrich, rubio y nórdico, era un atleta con aficiones de violinista, además de piloto de caza y libertino. Ingresó en las SS a los 27 años, en 1931, y se convirtió en el *alter ego* de Himmler y, por último, en un rival a favor del *Führer*.

Para organizar su administración, Himmler adoptó la política hitleriana del *divide et impera*, con lo que su Estado Mayor, compuesto por hombres más decididos y brutales que él, consumía sus energías en conjuras internas, en lugar de conspirar contra su jefe. Mientras hombres como Goering y Goebbels se afanaban en acrecentar su poder, a Himmler le bastaba con soñar en un imperio pangermánico. Permaneció en la sombra, lejos del público, y se dispuso a realizar su gran proyecto de unir todas las razas germanas de Europa, sacrificando para ello a judíos y eslavos.

El resultado de la actividad de Himmler fue la liquidación de 10 millones de personas desde 1941 a 1945, además de la evacuación forzosa hacia Occidente de grupos alemanes residentes en Europa oriental. Hablando con su masajista y confidente, Felix Kersten, de origen finlandés, Himmler expuso su visión de las consecuencias de la guerra y de su plan de exterminio. La conquista del nuevo espacio vital significaría que cada paisano y cada militar alemán dispondría de una parcela de tierra, mientras que la potencia militar alemana habría creado una gran muralla defensiva contra las razas enemigas inferiores del otro lado de los Urales. Una vez destruido el régimen comunista, Alemania transformaría a Rusia en un dominio bajo su control directo.

Estaba convencido de que Norteamérica e Inglaterra acabarían aliándose con Alemania para participar en este control, y también de que se constituiría en ambos países un grupo privilegiado de ciudadanos pertenecientes a la raza nórdica. Afirmó que se produciría el renacimiento de una religión tradicional, cuyo postulado básico sería demostrar el vínculo de la raza nórdica con el ser supremo al que llamaban Dios. Asimismo, él desempeñaría, entre otros cargos, el de ministro nazi de Asuntos Religiosos, y Europa sería su parroquia.

ROGER MANVELL

Doctor en Filosofía por la Universidad de Londres. Durante la guerra trabajó en la sección de cine del Ministerio de Información, y luego fue nombrado director de la British Film Academy. Es autor de numerosas obras sobre temas cinematográficos y, en colaboración con Heinrich Fraenkel, ha escrito varios libros sobre Alemania. *Doctor Goebbels, Hermann Goering, The July Plot* y *Heinrich Himmler* son las obras en las que ambos han colaborado.

HEINRICH FRAENKEL

Doctor en Derecho, Economía y Filosofía por universidades alemanas. Comenzó ejerciendo el periodismo, y cuando los nazis subieron al poder fue incluido en su lista negra. Para evitar ser detenido, tuvo que exiliarse de Alemania. Desde el exilio trató de mediar entre los comunistas y los socialdemócratas alemanes. Estuvo en España durante la guerra civil, y escribió contra los nazis una serie de obras, entre las cuales destaca *Help Us Germans to Beat the Nazis*. Después de la segunda Guerra Mundial, totalmente decepcionado de sus compatriotas, adoptó la nacionalidad británica. Es autor de varios libros sobre Alemania.



Heinrich Himmler y Renato Richi, subsecretario de Educación y presidente de la Obra Nacional Balilla, durante una manifestación fascista. El jefe de las SS era en realidad un hombre huraño, que prefería permanecer en la sombra, al contrario de Goebbels y Goering. *(Archivo Rizzoli)*

HOMBRES QUE TRABAJARON PARA HITLER

1 ERICH RAEDER

Comandante en Jefe de la Marina, fue uno de los pocos hombres que se atrevió a discutir las decisiones del *Führer*. Al principio cedió a la voluntad de Hitler, con el fin de lograr que éste le proporcionase una escuadra poderosa, pero pronto estuvo en desacuerdo con él respecto al modo de emplear en la guerra las fuerzas navales. No sin disgusto por parte del dictador, insistió para que se le aceptase la dimisión.

2 JULIUS STREICHER

Maestro de escuela primaria en Nuremberg, tristemente conocido por su violento y feroz antisemitismo. En 1923 fundó la publicación *Der Stürmer* (El asaltador), en la que se relataban fantásticas ceremonias rituales hebreas, se aludía a una conspiración mundial semita y se describían supuestos delitos sexuales de los judíos, todo ello como pretendida prueba de la depravación hebrea.

3 RUDOLF HESS

Durante la primera Guerra Mundial sirvió en el mismo regimiento que Hitler. Fue uno de los primeros afiliados al Partido nazi y estuvo encarcelado con su jefe en la prisión de Landsberg, donde colaboró con él en la redacción de *Mein Kampf*. Tras haber sido oficialmente secretario de Hitler, se convirtió en su delfín. Hombre en apariencia poco enérgico, era no obstante uno de los pocos colaboradores en los que el *Führer* confiaba; así fue, por lo menos, hasta 1941, pero dicho año, en un sensacional vuelo en solitario, Hess se trasladó a Escocia, al parecer con la finalidad de convencer a los ingleses de que se aliaran con Hitler contra Rusia. Hitler entonces le declaró «loco».

4 KONSTANTIN VON NEURATH

Diplomático de carrera, conservador y hombre satisfecho de sí mismo, pero inteligente y con gran prestigio, tanto en Alemania como fuera de ella. Destituido de su cargo de ministro de Asuntos Exteriores en 1938, si guió apoyando a Hitler. Fue nombrado Protector de Bohemia y Moravia en 1939. En 1941 fue relevado de sus funciones y sustituido por Heydrich. Más adelante formó parte de la oposición clandestina contra Hitler.

5 WALTER VON BRAUCHITSCH

Comandante en Jefe del Ejército alemán desde 1938 a 1941, en que le reemplazó Fritsch. Respetado por el Ejército, se mostró mucho más sumiso que su predecesor frente al *Führer*. No estuvo complicado en el complot militar para deponer al dictador durante la crisis checa, pero hubo de dimitir a consecuencia del fracaso de la campaña rusa. Hitler le definió, entonces, injustamente, como «un inepto y un vil cobarde».

6 ALFRED ROSENBERG

Director del periódico nazi *Völkischer Beobachter* (El observador popular), se le consideraba como un teórico del Partido. Se ganó la admiración del *Führer* con sus teorías sobre la superioridad de la raza nórdica. Aunque Hitler confesó que sólo había leído por encima los numerosos escritos de Rosenberg sobre este tema, el pseudo-filósofo fue celebrado como el profeta del nuevo orden racial, y sus ideas se convirtieron en elemento básico de la doctrina nazi. «Los ideales humanos de la Europa cristiana –escribió Rosenberg– son un credo vano».

7 MARTIN BORMANN

Pasó a ser el secretario de Hitler tras la defección de Hess. Lo mismo que su predecesor, sirvió al *Führer* con toda fidelidad, y éste mantuvo su confianza en él durante toda la guerra. Como sucedía con muchos de los íntimos de Hitler, su pasado era borrascoso; incluso había estado un año encarcelado por su intervención en un asesinato político.

8 FRANZ VON PAPEN

Aristócrata ambicioso y católico devoto, se puso de buen grado al servicio de Hitler cuando éste precisó de cierta apariencia de respetabilidad. En 1932, fue Canciller de Alemania, pero después del advenimiento del nacionalsocialismo ocupó cargos secundarios. Siendo canciller, Hitler fue nombrado vicecanciller y comisario para Prusia. En de la embajada alemana en Turquía.

9 ADOLF HITLER

10 JOACHIM VON RIBBENTROP

Ministro de Asuntos Exteriores, nunca se ganó las simpatías de quienes tuvieron contacto con él. Su arrogancia le perjudicaba. Ciano, ministro de Asuntos Exteriores italiano, le describió como un hombre «vanidoso, frívolo y charlatán», y se afirma que Mussolini dijo de él: «Basta con mirarle a la cara para darse cuenta de que debe de tener un cerebro minúsculo».

13 WILHELM KEITEL

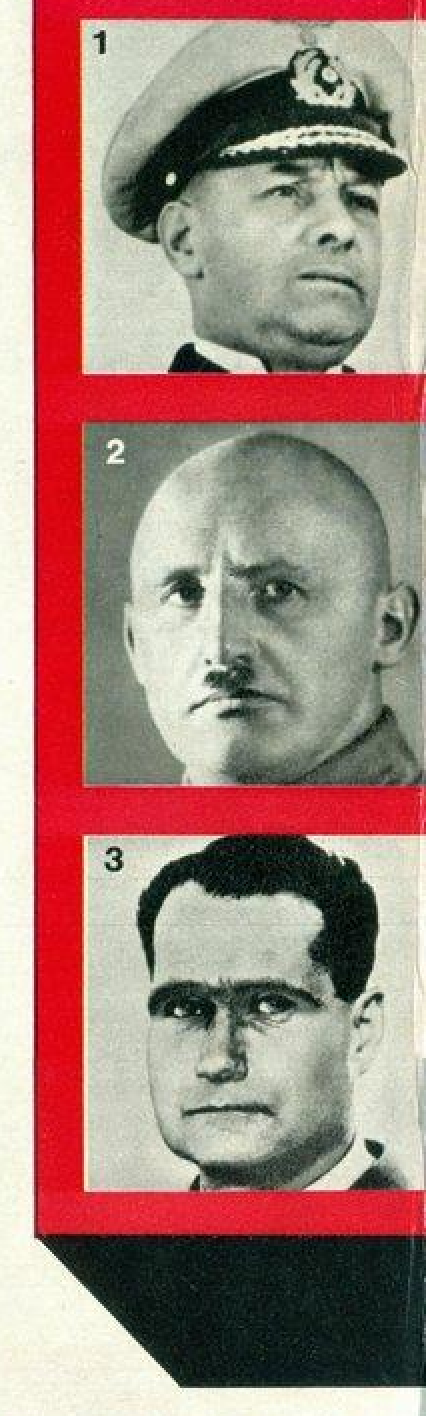
Nombrado en 1938 Jefe de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, permaneció en el cargo hasta el final de la guerra. En realidad no disponía de grandes poderes, y en cierta ocasión se lamentó de que la única persona a quien podía dar órdenes era a su ayudante. Fue una figura de primer plano por su contacto continuo y directo con el *Führer* y por su actividad administrativa, de la cual era responsable.

14 ARTHUR SEYSS-INQUART

Al principio ocupó una posición importante como líder del nazismo austríaco. Abogado ambicioso y nacionalsocialista convencido, dio una apariencia de respetabilidad a las intrigas nazis en Austria y consiguió ganarse la confianza del canciller austríaco. Una de sus primeras actividades, cuando se convirtió en ministro de Seguridad, fue liberar a todos los nazis que se hallaban en prisión. Contribuyó más que nadie a entregar Austria a Hitler. Después continuó siendo un nazi modelo, y desde 1940 a 1945 fue comisario del Reich en los Países Bajos.

15 WERNER VON BLOMBERG

Comandante en Jefe de la *Wehrmacht* desde 1933 a 1938, introdujo en el Ejército el concepto de «caballería de guerra». Hitler le debía mucho por el apoyo que le prestó en los primeros tiempos, pero el Ejército le daba el despectivo apodo de «león de trapo»; no obstante, se opuso a Hitler en 1938, por lo que el *Führer* le obligó a presentar la dimisión, valiéndose del pretexto de su desgraciado matrimonio con una ex-prostituta y desnudista. Von Blomberg y su esposa vivieron durante toda la guerra en la sombra.



Un sistema absoluto como el nazi necesitaba hombres dispuestos a obedecer en todo momento; pero esto no bastaba. También precisaba de cerebros, de hombres inteligentes. Y no faltaron. Estos fueron, dirigidos por Hitler, los artífices principales del III Reich alemán.

11 REINHARD HEYDRICH

Primer lugarteniente y *alter ego* de Himmler. La mayoría de los alemanes le consideraban como hombre con menos escrúpulos todavía que el mismo jefe de la Gestapo. En realidad, era el colaborador apropiado para llevar a la práctica los planes más violentos. Antes de ingresar en las filas nazis había sido expulsado de la Marina por «conducta escandalosa». Pero no era cobarde. Durante la guerra abandonó a menudo su puesto en las SS, para pilotar personalmente aparatos de la *Luftwaffe*: en una ocasión, cuando volaba sobre Rusia, fue herido pero consiguió aterrizar tras las líneas alemanas.

12 WILHELM FRICK

Fue un utilísimo engranaje del mecanismo nazi. En comparación con los demás jerarcas, el ministro del Interior era una personalidad borrosa; respondía a las características del típico funcionario germano, notorio por su exacta y burocrática eficiencia.

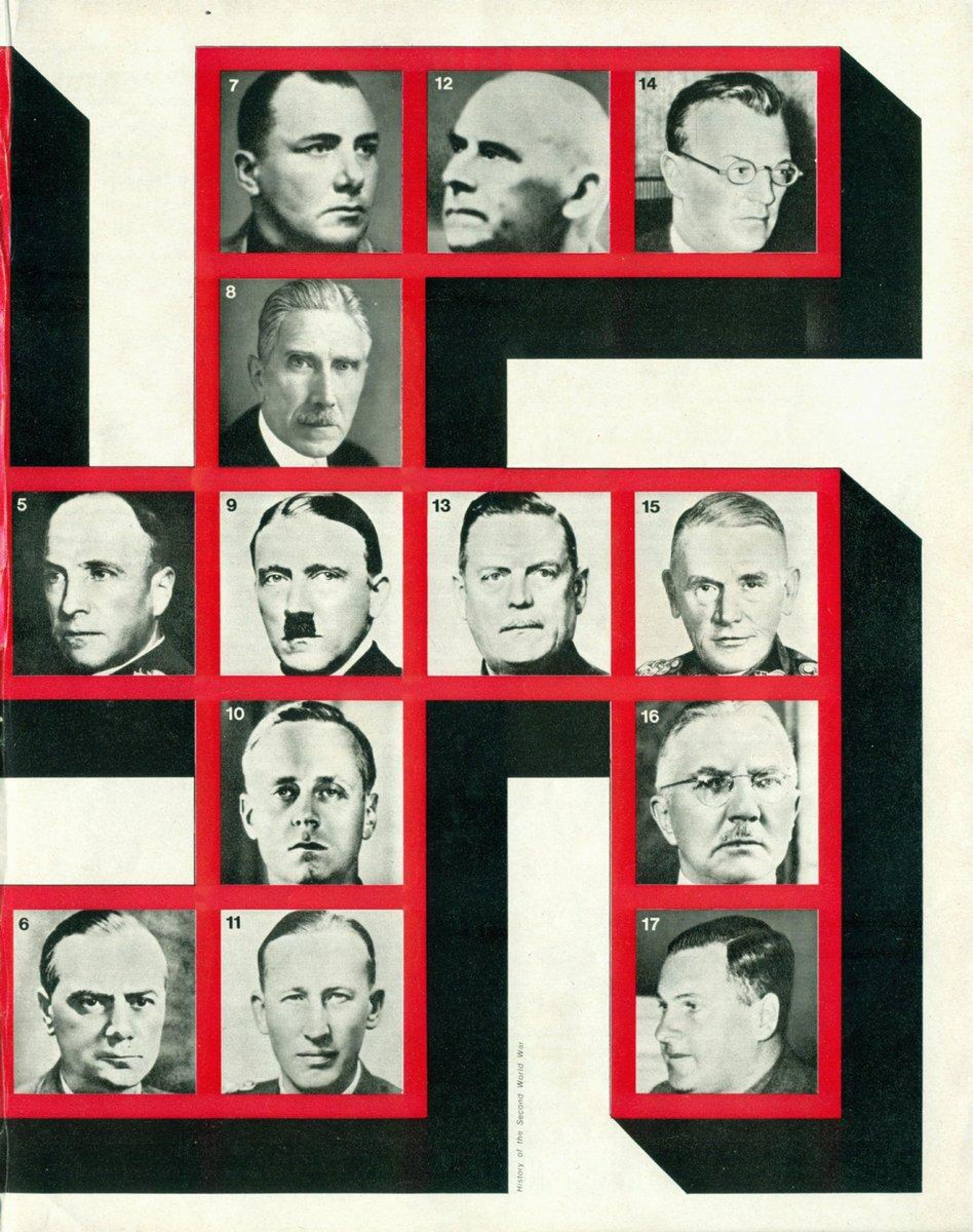
16 HJALMAR SCHACHT

Economista brillante y ambicioso, fue presidente del *Reichsbank* desde 1924 a 1929 y de 1933 a 1939; apoyó a Hitler aunque no era nazi, y el *Führer* valoró su capacidad y le nombró ministro de Economía en 1934. Convencido de que el dictador iba demasiado lejos, en 1938 presentó la dimisión, con gran disgusto de Hitler.

17 BALDUR VON SCHIRACH

Para adoctrinar a la juventud alemana, Hitler eligió a un hombre joven (29 años) y apuesto. No sólo era un enérgico organizador, sino también un aspirante a poeta que describía a Hitler como «un genio que llega hasta las estrellas». Su madre era norteamericana. Por una ironía del destino, dos de sus antepasados figuraron entre los firmantes de la Declaración de Independencia estadounidense. *(History of the Second World War)*





History of the Second World War

NAZISMO Y WEHRMACHT

por el general Giuseppe Mancinelli

El nombre «Wehrmacht» (fuerza defensiva) se aplicó en 1935 al conjunto de las Fuerzas Armadas alemanas de Tierra («Heer»), de Mar («Kriegsmarine») y de Aire («Luftwaffe»). El mando de la «Wehrmacht», a las órdenes directas del «Führer», fue organizado en 1938, y se convirtió en el Estado Mayor personal de Hitler. Se eligió a Keitel

Cuando, al término de la primera Guerra Mundial, el mariscal Hindenburg y su íntimo colaborador, el general Gröner, sucesor de Ludendorff convencieron al Káiser para que abdicara, e instauró en Alemania, bajo la amenaza del extremismo izquierdista, una república democrática, que consiguió mantenerse gracias al apoyo del Ejército.

Los alemanes creían haberse ganado de este modo el derecho a una «paz justa», según el espíritu de los catorce puntos de Wilson, pero los aliados presentaron unas condiciones que toda Alemania consideró injustas. Son sobradamente conocidas las cláusulas propiamente militares del Tratado de Versalles: las fuerzas armadas alemanas quedaban reducidas a 100.000 hombres, todos ellos voluntarios, organizados en siete divisiones, sin carros de combate ni piezas artilleras de grueso calibre. Se suprimía el Estado Mayor y se prohibía asimismo la preparación de la movilización. En cuanto a la Marina, se limitaba el tonelaje total, se especificaba además que ningún buque podía rebasar las 10.000 toneladas, y se eliminaba la fuerza submarina. La aviación militar fue también suprimida.

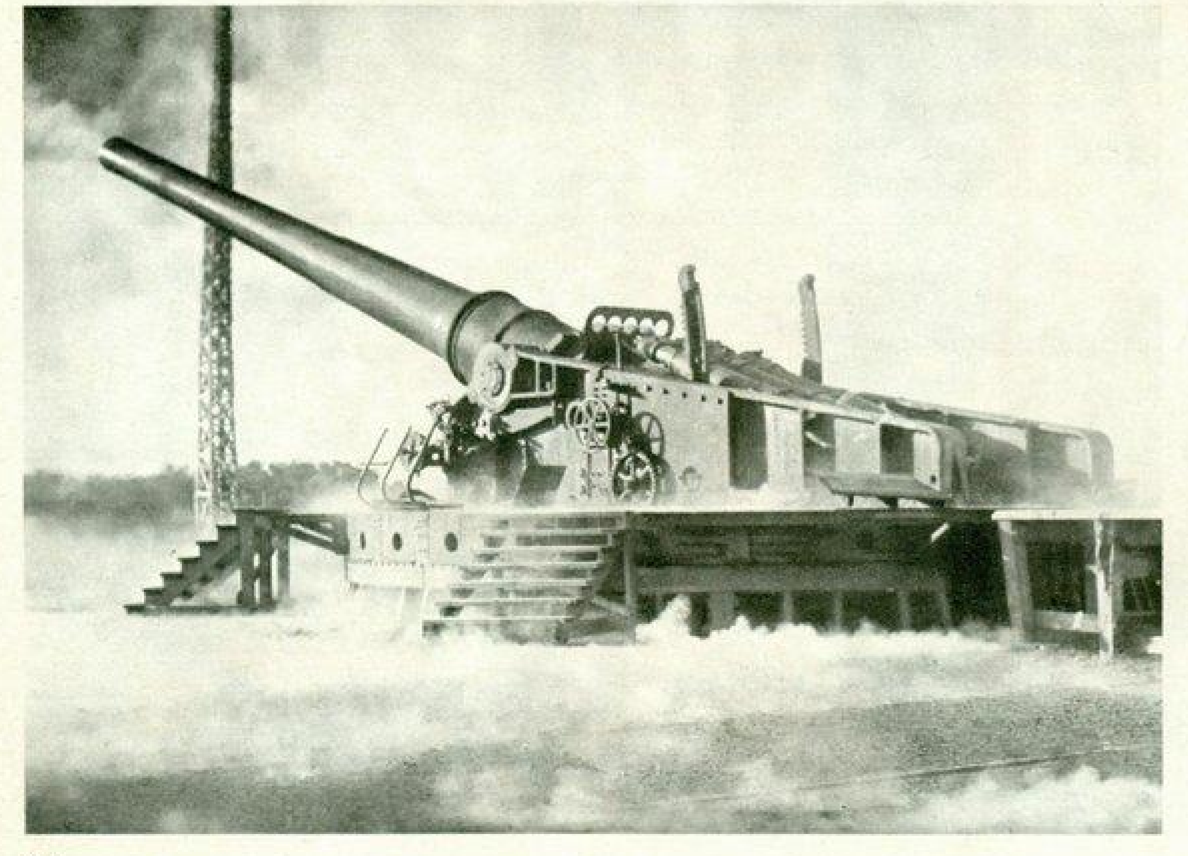
No habría sido posible, sin evidente infracción, compensar la falta de las armas prohibidas, en especial carros de combate y aviones militares. Mas, para que el adiestramiento de la tropa no fuera deficiente, en las maniobras «se suponía» siempre la presencia de estos elementos, para lo cual se recurría al empleo de avionetas de turismo y automóviles «disfrazados» de carros de combate. Mientras tanto, las grandes fábricas alemanas habían establecido en el extranjero, en calidad de adjuntas a otras empresas similares, numerosas secciones técnicas, cuya misión consistía en estudiar nuevos materiales muy avanzados y en la preparación de los respectivos modelos; y así, la Krupp trabajó con la Bofors, en Suecia; la Rheinmetall, con una empresa danesa; la Zeiss, con la Nedisco holandesa. En Rusia se instalaron grandes fábricas, sobre todo de aviones, con asistencia técnica germana, y entre los Estados Mayores de los Ejércitos de ambos países se estableció un acuerdo para el entrenamiento de los jóvenes pilotos alemanes.

Los militares adoptaron una actitud hostil con respecto al Partido nazi, cuando éste se asomó a la vida política del país. Ya en la misma denominación del nuevo partido, la cualidad de «socialista» forzosamente debía suscitar desconfianzas, que no podía eliminar el atributo de «nacional». Tampoco la personalidad del «cabo austríaco» que lo fundó era precisamente la más indicada para encontrar estimación y apoyo en el cerrado círculo de los oficiales alemanes. Sin embargo, varios puntos del programa político y de los *slogans* propagandísticos hallaron amplia resonancia en el corazón de los militares, como, por ejemplo, la teoría de la Alemania invicta, derrotada por la acción de traidores internos; la anulación del infame *diktat* de Versalles; la afirmación de las aspiraciones pangermánicas y el propósito de lograr que Alemania ocupara de nuevo un puesto de primera fila en el concierto de las naciones. Muchos ex oficiales ingresaron en las filas del Partido atraídos por estas ideas, y vistieron el uniforme de las SA con la creencia de que la organización respondía de modo concreto a sus ideales.

Pero, precisamente, la excesiva fuerza de aquella milicia de partido originó al principio un estado de desconfianza, y más tarde de intransigencia, por parte de la *Reichswehr*, que se consideraba como la única depositaria del poder militar del antiguo Reich.

Cuando, precipitando los acontecimientos, Hitler intentó el golpe de Estado de Munich (8 de noviembre de 1923), la *Reichswehr* se opuso sin vacilaciones y consiguió desbaratar la intentona en pocas horas, y ello pese a que Hitler, hábilmente, había colocado en primer plano al general Ludendorff, precisamente con la intención de lograr el triunfo gracias al prestigio personal del militar.

Mientras tanto, la *Reichswehr* se consolidaba cada vez más, tanto en su estructura militar propiamente dicha como en la influencia que ejercía en la política alemana. En el *Reichswehrministerium* empezaba a destacar la figura de un amigo personal del ministro Gröner (que se había retirado del servicio activo): el general von Schleicher, quien se hallaba al frente del «despacho del ministro» (gabinete político). Von Schleicher, verdadera eminencia gris de la situación, era un extraño ejemplo de político astuto y tortuoso, figura totalmente desplazada en el ambiente del Estado Mayor. Su influencia se extendía hasta la presidencia, a través de su íntima amistad con el coronel Hindenburg, hijo y ayudante del mariscal y otra figura ambigua de este período de la historia alemana. Poco después entraría en escena von Papen, digno compañero en este terceto de astutos intrigantes. El propósito de Schleicher era llegar a la constitución de un gobierno fuerte, aunque sin perder su condición de democrático, lo que se conseguiría mediante la elección del Presidente del Reich por el pueblo. Se trataba, en definitiva, de instituir un Gobierno en cierto modo independiente del Parlamento y apoyado



Con la llegada del nazismo el armamento recibió un fuerte impulso. Pero ya antes las fuerzas armadas habían hallado el modo de sustraerse clandestinamente a la observancia rigurosa del tratado de paz. (Archivo Rizzoli)

para desempeñar la jefatura, con una categoría equivalente a la de ministro. Antes de 1935, las fuerzas militares eran designadas con el término de «Reichswehr» (defensa del imperio), aplicado al Ejército alemán de cien mil hombres que había sido autorizado por el Tratado de Versalles en 1919.

por las Fuerzas Armadas, que, de este modo, saldrían de la reserva política que hasta entonces habían observado formalmente.

Al tiempo que se incrementaba la oleada nazi, aumentaba proporcionalmente la desconfianza del Ejército, que había prohibido, en 1927, el alistamiento de los jóvenes que estuvieran afiliados al Partido nazi. En 1930 se juzgó por alta traición a tres oficiales de la *Reichswehr*, acusados de haber difundido la consigna: «En caso de insurrección, no disparéis contra los nazis». Hitler intervino como testigo de la defensa, y aprovechó la ocasión para proclamar solemnemente que le repugnaba la idea de sustituir el Ejército por las milicias. «Cuando subamos al poder –dijo–, de la *Reichswehr* nacerá un gran ejército popular... Nuestro movimiento no necesita de la fuerza... Llegará el momento en que nos seguirán 30 millones de alemanes...» Probablemente, Hitler era sincero, pero no todos sus colaboradores pensaban como él; sobre todo, disentían de esta apreciación los jefes de las SA, que aspiraban a asumir el mando de una nueva organización militar representada por las milicias.

El general Schleicher sopesaba la idea de proponer a Hitler que formase parte de una coalición ministerial. Mientras tanto, en 1930, para asegurarse la no intervención de la *Reichswehr*, logró que se nombrara jefe del Ejército a su amigo el general von Hammerstein. En 1931, Schleicher consiguió concertar una entrevista entre Hitler, el canciller Brüning y Hindenburg, pero la intransigencia del primero impidió que se llegase a un acuerdo de compromiso. El «cabo austríaco» causó al anciano mariscal prusiano una impresión poco halagüeña, a juzgar por la frase que se le atribuye respecto a él: «Un hombre como ese podrá llegar a ministro de Comunicaciones, pero nunca a Canciller del Reich».

En 1932 tuvieron lugar las elecciones para la presidencia. Hitler e Hindenburg presentaron sus respectivas candidaturas. El jefe del Partido Nacionalsocialista es derrotado. Y el anciano mariscal sigue empuñando el timón del Reich.

Pero las nuevas elecciones, celebradas en julio, significaron un triunfo apoteósico del Partido nazi: 13 millones de votos, lo que suponía el fantástico aumento de casi 7 millones en menos de dos años. Hitler consideró superada la etapa de las coaliciones y los compromisos. Quería todo el poder, y las SA fueron movilizadas. Pero, una vez más, no se llegó al enfrentamiento abierto y von Papen se mantuvo en la cancillería hasta septiembre.

Si me es lícito aludir a un recuerdo personal,

Berlín: el acto de izar bandera en un barracón de la escuela de infantería, aprovechado de la ciudad olímpica. El Ejército alemán se desarrolló sobre una base sólida formada por 100.000 voluntarios. *(Archivo Rizzoli)*

diré que conocí a Hitler precisamente el 12 de septiembre de 1932, en casa de unos amigos, donde también se hallaban Goering, Goebbels y otros destacados jerarcas del nazismo. Los acontecimientos de aquella tarde exaltaban los ánimos de los protagonistas, que hablaban de los hechos con gran entusiasmo y adelantaban las previsiones más inauditas para un futuro próximo. Me impresionó especialmente la actitud humilde y abstraída de Hitler, que contrastaba con la *Stimmung* del ambiente y con la imagen que de sí mismo presentaba al público fanático de las grandes concentraciones. En aquel *petit comité* del salón yo veía a un hombre tímido, que evidentemente se encontraba a disgusto, nada dispuesto a expresar su propia opinión y pronto, en cambio, a eludir el compromiso adhiriéndose al parecer del último interlocutor. Evidentemente, el estadista no había comenzado a manifestarse aún.

En noviembre se convocaron nuevas elecciones, cuyo resultado fue sorprendente: los nazis perdieron 2 millones de votos, que pasaron a engrosar los obtenidos por los nacionalistas de derecha. Hindenburg, no obstante, ofreció la cancillería a Hitler, a condición de que éste asegurase la mayoría en el *Reichstag* mediante una coalición. Pero Hitler no aceptó esta condición.

Después de un breve gobierno de von Schleicher, el presidente Hindenburg apeló una vez más a von Papen, quien en el ínterin había tramado continuas intrigas con Hitler y con el coronel Hindenburg. El mariscal encargó a Papen que concertara la formación de un gobierno Hitler, dentro de la línea constitucional.

En los ambientes «bien informados» de Berlín se vivieron horas de angustia. Se sabía que la guarnición de Potsdam estaba en estado de alerta, y se esperaba de un momento a otro su intervención en la capital. Pero, mediante una hábil maniobra efectuada a tiempo, el anciano mariscal bloqueó la tentativa incluso antes de que se iniciara. El 30 de enero de 1933 se constituía un gobierno, con Hitler en la cancillería. La presencia de von Papen en funciones de vicecanciller parecía garantizar, en cierto modo, el recto proceder del gobierno nazi en la línea de las garantías constitucionales. Pero fue una vana ilusión.

En las filas de la *Reichswehr*, los ánimos seguían divididos: se aceptaba el nazismo en lo referente a su programa de liberación de las cadenas impuestas por el Tratado de Versalles y se apoyaban sus afirmaciones nacionalistas; pero, en contrapartida, latía una profunda desconfianza respecto a la política social del Partido, y una decidida aversión ante las aspiraciones del mismo de asumir la responsabilidad de la defensa nacional.

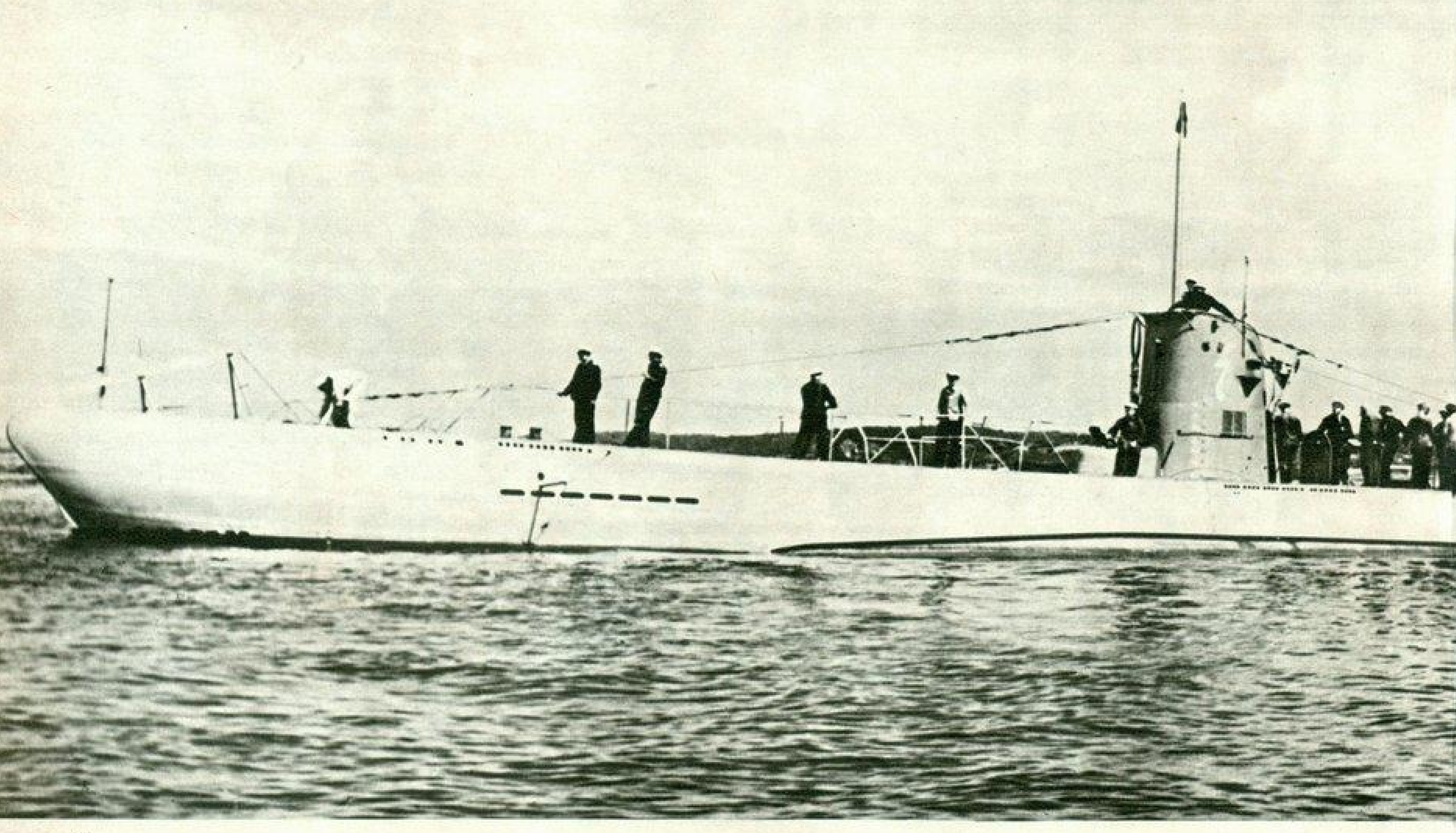
Las fases del proceso hacia la *Gleichberechtigung* (igualdad de derechos) se sucedieron con rapidez. El 14 de octubre de 1933, Alemania se retiró de la Conferencia del Desarme y de la Sociedad de Naciones, negándose a someterse por más tiempo a las medidas discriminatorias a que pretendían condenarla perpetuamente los aliados. A partir de entonces, el rearme se realizó casi sin disimulo y sin que se produjeran serias protestas por parte de los signatarios del Tratado de Versalles; pero la verdad era que el incremento de las unidades militares ya había comenzado antes del advenimiento del nazismo al poder.

Desde 1932, el Estado Mayor italiano, naturalmente con el pleno consentimiento del Ministerio de Asuntos Exteriores, estaba en excelentes relaciones con el Ejército germano; en aquel período Alemania deseaba salir de su aislamiento y buscaba amistades. Ahora bien, para establecer una relación amistosa, sobre todo si es política, es necesario ofrecer una base de conveniencia, para lo cual, desde luego, no resulta indicado presentarse débil y resignado. Por consiguiente, el Mando del Ejército alemán estaba dispuesto a revelar (hasta cierto punto, claro está) sus proyectos de rearme para el futuro. A fines del verano de 1932 yo estaba ya enterado, y en situación de informar al Estado Mayor italiano, de todos los detalles referentes al rearme del Ejército alemán, desde la bomba de mano a las armas automáticas, la artillería pesada, los carros de combate así como los medios de transmisión.

Inmediatamente después de asumir el cargo de canciller, en el curso de una reunión privada en casa del general von Hammerstein, a la que asistían generales y almirantes, Hitler aseguró que las Fuerzas Armadas nunca se verían mezcladas en las luchas internas, y que podrían dedicarse por entero a su objetivo fundamental: conseguir un rearme rápido. En otra ocasión precisó una vez más que la misión de las SA se limitaba a facilitar la victoria del Partido y la instauración del Estado nazi.

A pesar de todo, la presión de las SA seguía aumentando, y amenazaba con desembocar en una franca revolución. La situación llegó a hacerse insostenible; se requería una solución rápida, cualquiera que fuese. Y fue entonces cuando Hitler optó por eliminar a los componentes de sus milicias. Röhm, y con él todos los jefes importantes de las SA, fueron asesinados, al tiempo que se extendía por el Reich una ola de violencia. Especial conmoción causó la muerte del general von Schleicher (asesinado traidoramente en su propia casa, junto con su esposa) y de su ex jefe de gabinete, el general von Bredow. La brutal violencia llegó hasta la antecámara del vicepresidente von Papen, siendo víctimas su secretario particular y el jefe de su oficina de prensa. Se afirmaba que el mismo von Papen (que consiguió escapar en el último momento)

Kiel: el U-Boot 7, uno de los submarinos de 250 toneladas con que, previendo la guerra, la armada alemana incrementó sus efectivos. Durante el conflicto, los U-Boot constituyeron un constante y grave peligro para los convoyes aliados. (Archivo Rizzoli)



figuraba en la lista negra... Se trató de justificar el asesinato de los dos generales lanzando contra ellos la vaga acusación de que habían tratado «con una potencia extranjera», pero fue un recurso que no convenció a nadie.

La *Reichswehr*, que permaneció al margen de la sangrienta operación, podía considerarse plenamente satisfecha. No obstante, la victoria no era completa en realidad, ya que, si bien desaparecían las SA como milicia de partido (de ellas quedaron solamente algunas «especialidades», como, por ejemplo, el cuerpo automovilístico –la NSKK– que luego había de constituir un excelente punto de partida para la futura motorización del Ejército), un decreto del día 26 de julio de 1934 dio nuevo vigor y amplitud de organización a las SS, las milicias escogidas al mando de Himmler; por otra parte, estas SS quedaban a las órdenes directas del *Führer* en reconocimiento a la lealtad incondicional que habían demostrado en el curso de la «gran purga».

Sólo el anciano mariscal von Mackensen, presidente de los condecorados con la Orden Militar *Pour le mérite*, a la que pertenecían los dos generales asesinados, y el general von Hammerstein que tuvo el valor de acudir, solo y de uniforme, al funeral de su amigo Schleicher–, elevaron una dura protesta por la muerte de los dos generales. Al principio, sus voces no hallaron eco, pero luego el resentimiento y el desdén se difundieron entre la oficialidad del Ejército, hasta el punto de que la situación indujo a Hitler a otorgar una rehabilitación pública: el 3 de enero de 1934 se celebró una gran reunión de todas las jerarquías civiles y militares (según parece del grado de coronel para arriba) del Reich, para escuchar de labios del *Führer* que la muerte de los dos generales debía achacarse a un error fatal, y que a partir de aquel momento, sus apellidos, completamente libres de toda mancha, se inscribirían en las listas de honor de sus respectivos regimientos de origen.



Nuremberg: desfile de carros de combate ante decenas de miles de espectadores con motivo del congreso del partido nazi. Están ya dispuestos los ingenios bélicos que, pocas semanas después, servirán para aplastar Polonia. *(Archivo Rizzoli)*



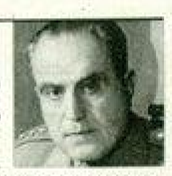
Ahora le correspondía al Ejército apoyar la candidatura de Hitler; y así lo hizo tras el fallecimiento de Hindenburg (2 de agosto de 1934). Es conocido el episodio del famoso testamento del mariscal, «encontrado» en un cajón por su hijo y llevado a Berlín por el vicecanciller von Papen, quien se lo entregó al *Führer* en propia mano; en el documento constaba (eso se dijo a los alemanes) que Hindenburg designaba a Hitler como su sucesor, para el bien de la nación. Desde luego, en los medios bien informados no se dudó en considerar el testamento como absolutamente falso (se decía que Hindenburg jamás se habría referido al «cabo austríaco» utilizando la fórmula *Herr Reichskanzler*). Pero sea como fuere, se procedió a proclamar a Hitler «Führer y Presidente del Reich», entre el general entusiasmo del pueblo alemán.

Las Fuerzas Armadas tuvieron que prestar juramento de fidelidad a la persona del nuevo comandante supremo y jefe del Estado: «Ante Dios hago el sacro juramento de obedecer incondicionalmente al *Führer* del Reich y del pueblo alemán, Adolf Hitler, y de estar dispuesto en todo momento a dar mi vida de valeroso soldado por este juramento». En la fórmula no se mencionaba ni la Constitución ni el Estado. Y es necesario subrayar la importancia de esta innovación en un país en el cual, dicho sea en su honor, el juramento tiene un valor de vínculo realmente indisoluble.

De este modo, las relaciones entre la *Reichswehr* y el nazismo quedaron sólidamente establecidas, y se irían reforzando cada vez más en las sucesivas fases del proceso acelerado hacia el potenciamiento del Reich: plebiscito del Sarre (13 de enero de 1935), que restituyó al Reich un riquísimo territorio; creación oficial de la *Luftwaffe* (10 de marzo de 1935); ley de reinstauración del servicio militar obligatorio (16 de marzo de 1935); recusación oficial de las cláusulas del Tratado de Versalles (1 de abril de 1935); estipulación por la que el tonelaje total de la flota se fijaba en el equivalente a 3/5 de la británica, sin limitación alguna en lo referente a tipos de buques (21 de mayo de 1935), y, por último, ocupación de la zona desmilitarizada de Renania (7 de marzo de 1936).

No obstante, es forzoso recordar que en 1937 fueron precisamente los jefes militares quienes se opusieron de una manera rotunda a las veleidades del *Führer*, lanzado irresistiblemente hacia la guerra, y que en 1938 intentaron todavía concertar un acuerdo secreto con los aliados para detener a Hitler al borde ya del precipicio. Por desgracia, o no fueron escuchados o no se les creyó.

GENERAL GIUSEPPE MANCINELLI



Nació en Urbino el 3 de mayo de 1895 y cursó la carrera de las armas (1912-1914) en la Real Academia Militar de Turín. En 1914 obtuvo el despacho de alférez del Arma de Artillería; de 1920 a 1922 siguió los cursos de la Escuela de Guerra, ingresando luego en el Estado Mayor. Combatió en la primera Guerra Mundial como comandante de una batería, y en la segunda desempeñó diversos cargos en el Estado Mayor del Ejército. Fue agregado militar en Berlín de 1930 a 1936; en junio de 1940, jefe del Servicio de Información del Ejército en el frente francés; en 1942, Jefe del Estado Mayor italiano de enlace cerca del mando del Ejército germano-italiano en Africa septentrional (y, por lo tanto, uno de los colaboradores más próximos de Rommel); en 1943, jefe de Estado Mayor del Ejército italiano en Túnez; en 1951-52, jefe de la Delegación militar italiana en la Comunidad Europea de Defensa en París; y, por último, jefe de Estado Mayor de la Defensa desde 1954 a 1959, fecha en que se retiró del servicio activo.



1935: los Alpinos salen hacia África oriental.

DEL CONFLICTO ITALO-ETIOPE A LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

por el profesor Rodolfo Mosca

En 1935 la crisis del sistema político europeo comenzó verdaderamente a arrastrar a Europa hacia una nueva contienda general. Mussolini ya había aludido al año 1935 calificándolo de «el año crucial», fórmula oscura y vagamente amenazadora, como es norma en todas las profecías. Pero no se sabe con certeza lo que entendía por «año crucial», a no ser que se refiriese a que en 1935 vencían algunos compromisos: por ejemplo, el lazo impuesto por el Tratado de Versalles para definir, mediante plebiscito, el futuro de la cuenca del Sarre; o que en ese año comenzaría el período de los denominados «reemplazos huecos», constituidos por los hijos de una generación que, veinte años antes, había sido notablemente mermada por la guerra, especialmente en Francia; o que se cumpliría para Japón y Alemania la condición prevista por el pacto de Ginebra para librarse definitivamente de las obligaciones derivadas de su pertenencia a la Sociedad de Naciones. En todo caso, lo que podemos afirmar casi con absoluta seguridad es que Mussolini no imaginaba el desarrollo y las complicaciones que habría de originar, a escala europea, su decisión de poner de nuevo sobre el tapete las ambiciones y los sueños coloniales de Crispi, que, precisamente, sería lo que haría de 1935 el año «crucial» de los cuatro lustros que mediaron entre las dos Guerras Mundiales.

El punto de partida fue un incidente fronterizo que se produjo, el 5 de diciembre de 1934, a millares de kilómetros de Europa. Etiopía e Italia reivindicaban una pequeña localidad desconocida de Somalia, llamada Ual-Ual. Con la finalidad de que se le reconociera el derecho que creía asistirle, Etiopía propuso a Italia someter la cuestión al fallo de una comisión arbitral, invocando para ello el tratado de amistad ítalo-etíope firmado el 2 de agosto de 1928. Pero el Gobierno italiano rechazó el arbitraje, por lo que Etiopía se dirigió a la Sociedad de Naciones, de la cual era miembro, y solicitó la aplicación del artículo 11 del pacto suscrito por todos los países miembros. De este modo llegó a Ginebra el enfrentamiento ítalo-etiope (3 de enero de 1935).

Dos días después llegaba a Roma el Presidente del Consejo francés, Pierre Laval. En apariencia, aquella visita representaba para Francia, Italia y Europa en general, la última oportunidad para contener el agresivo revisionismo de la Alemania nazi. Con anterioridad había fallado el pacto de los cuatro, la proposición de Mussolini para bloquear la dinámica de la guerra dentro de los límites de un directorio europeo. Había fallado también el plan francés que pretendía regular y contener la política expansionista de Hitler, haciendo hincapié en el interés común de los Estados de Europa oriental para mantener la situación existente. Parecía, pues, que la única solución viable que quedaba era la de restaurar el entendimiento entre los vencedores, que se había deteriorado inmediatamente después del conflicto. Los acuerdos Mussolini-Laval, firmados el 7 de enero de 1935, fueron un primer paso que se dio en este sentido.

Los acuerdos Mussolini-Laval

No obstante, el acuerdo estaba condicionado al cambio sustancial de orientación de la política exterior italiana. La reconstrucción del frente común constituido por los vencedores en la primera Guerra Mundial significaba, para la Italia fascista, el abandono, o al menos la suspensión, del revisionismo territorial en la Europa danubiana y balcánica, que Mussolini patrocinaba desde 1927, fe-

cha en que se firmó el tratado de amistad ítalo-húngaro. Si no se verificaba este cambio en la línea política, el frente unido de los antiguos vencedores no se reconstruiría.

Los acuerdos Mussolini-Laval parecían establecidos precisamente sobre el presupuesto de la voluntad italiana de adoptar en Europa posiciones más conservadoras. Prueba de ello fueron la declaración francoitaliana respecto a la defensa de la independencia de Austria, con el esquema del Pacto del Danubio, acordado entre París y Roma, referente a la condenación de una política de rearme unilateral. En el comunicado oficial sobre los acuerdos había un apartado en el que se ponía de relieve la conexión existente entre «la completa sistematización» de los intereses italianos y franceses en África y el «espíritu de solidaridad internacional» que debía facilitar la solución de los problemas concernientes a la consolidación de la paz. La sistematización de las cuestiones africanas, «en cuanto útil en sí misma», se entendía como la premisa necesaria para facilitar «considerablemente» la colaboración entre Italia y Francia en el terreno de la política general europea.

Este apartado del comunicado oficial es de capital importancia, y no tanto en lo que concierne a la amplitud de los acuerdos coloniales como en lo que se refiere a la afirmación de nexo existente entre estos acuerdos y la colaboración en Europa de los gobiernos de Roma y París. No es preciso decir más, a este respecto, para subrayar la repercusión que tuvo la cuestión ítalo-etíope en los acontecimientos europeos de 1935.

El 19 de enero de dicho año, el Consejo de Ginebra difirió el estudio de la demanda etíope, con objeto de que las partes interesadas encontrasen directamente una solución. Pero, entre tanto, el mariscal de Bono había sido nombrado Alto Comisario en África Oriental; y a comienzos de febrero se movilizaron dos divisiones italianas para ser enviadas a África. Era evidente la intención del Gobierno fascista de recurrir a la fuerza; y no por el insignificante incidente de Ual-Ual, sino para realizar el amplio programa de expansión en África Oriental.

De Roma a Stresa. Italia contra la Sociedad de Naciones

Mussolini pretendía deslindar a toda costa la solución del problema africano de los acontecimientos de Europa. Sin embargo, la cuestión ítalo-etíope y la crisis europea evolucionaron de tal forma que repercutieron una sobre otra con ritmo creciente. Y precisamente el hecho de que el ritmo fuera tan rápido, reveló la incapacidad en que se hallaban, para mantener el orden europeo, las fuerzas políticas responsables de su conservación. Esto se puso de manifiesto unas tres semanas después de los acuerdos Mussolini-Laval. A fines de enero, la entrevista de Laval con Mac Donald demostró que el Gobierno británico aprobaba las directrices europeas que habían inspirado los acuerdos francoitalianos, pero que se negaba rotundamente a consentir que Italia amenazara la independencia y la integridad territorial de Etiopía. A partir de aquel momento, la reconstitución del frente unido de los antiguos vencedores podía considerarse en crisis, antes incluso, de que se hubiera efectuado. Como ya hemos indicado, Italia respondió con la movilización de las primeras divisiones para enviarlas a África Oriental.

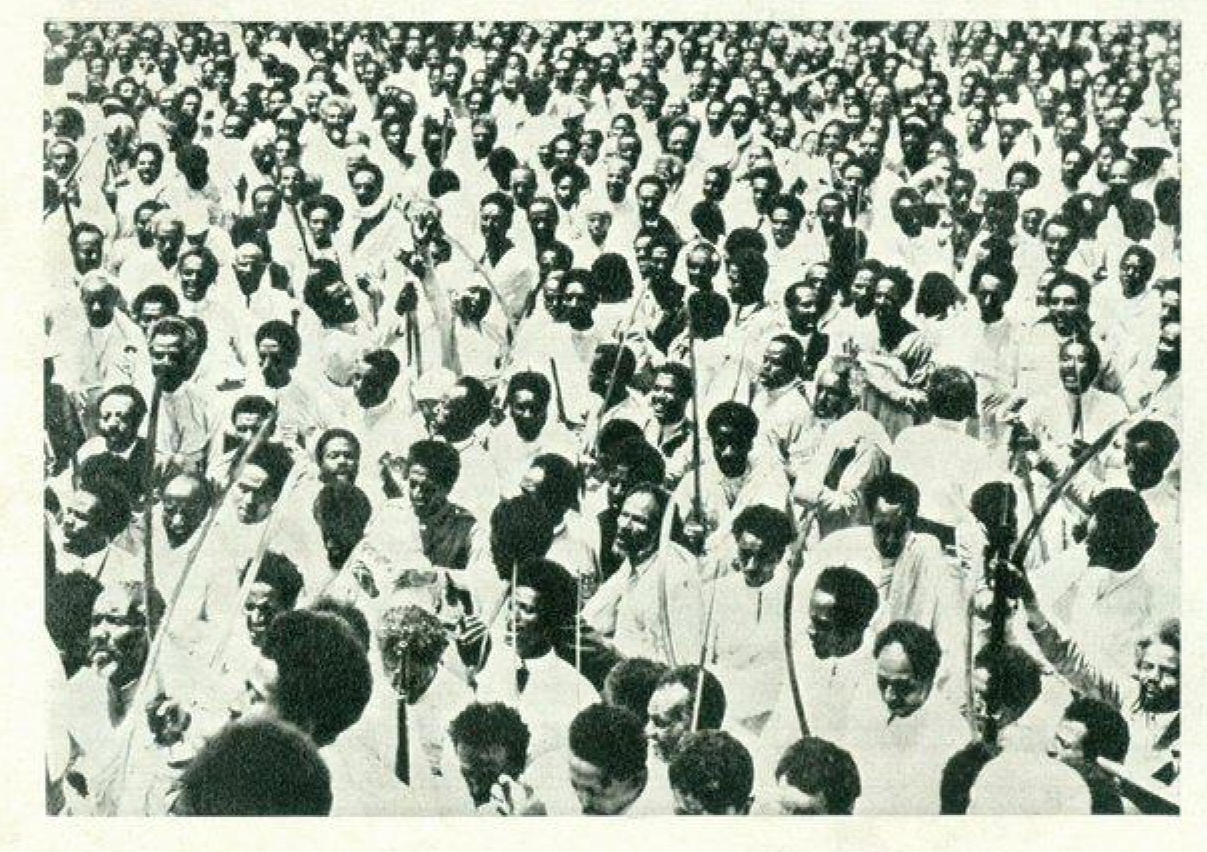
Pero aquello era sólo el principio. El 16 de marzo, Alemania denunció las cláusulas militares del Tratado de Versalles. Al día siguiente, Etiopía se vio obligada a dirigir una nueva interpelación al Consejo de la Sociedad de Naciones, debido a los evidentes preparativos bélicos italianos en sus fronteras. La conferencia de Stresa (11-14 de abril), que reunió a Mac Donald, Mussolini y Laval con objeto de definir una política común eficaz con respecto a Alemania (totalmente decidida a rechazar, poco a poco, la Europa que surgiera del Tratado de Versalles), no fue sino un simulacro de la antigua solidaridad anglofrancoitaliana. El «frente de Stresa» fue una fórmula, no una realidad.

El deterioro del *status* de la Europa de Versalles pronto adquirió proporciones gigantescas. Italia aceleró los preparativos bélicos y rechazó un compromiso para la solución pacífica de la cuestión etíope. La futilidad del pretexto inicial, o sea, el incidente fronterizo, ya ni siquiera se tenía en cuenta. Mussolini pareció indiferente a las consecuencias de la conexión África-Europa que pretendía imponer a Francia e Inglaterra. Por otra parte, en Roma se habían efectuado ya unos cautos sondeos previos para un eventual acuerdo político-militar con la Alemania nazi. Empezaba a articularse el Eje.

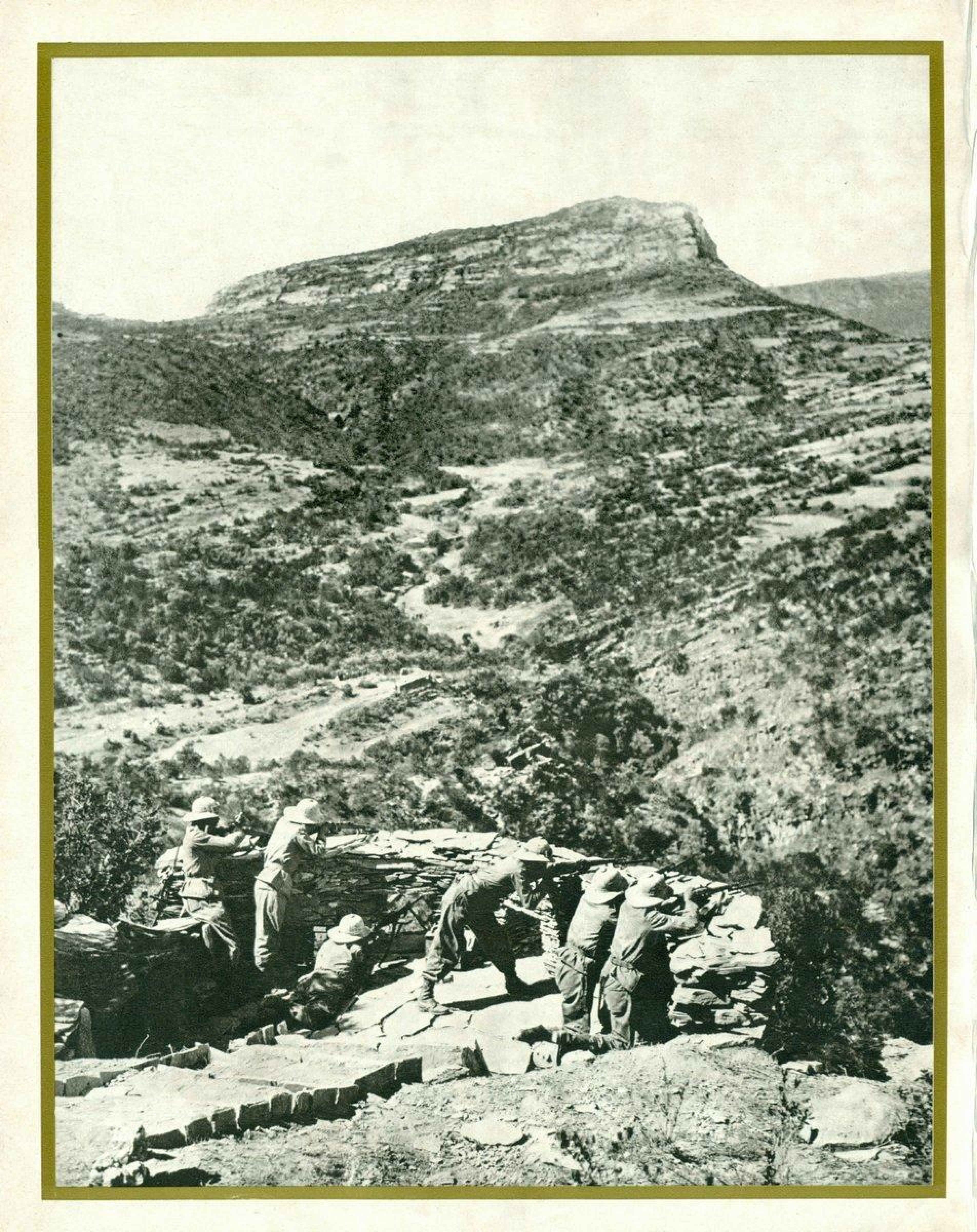
El 2 de agosto, el veredicto de la comisión arbitral nombrada para resolver la cuestión ítalo-etíope reveló implícitamente la parálisis provocada en Europa por la política mussoliniana de vencer a toda costa en África Oriental. El veredicto confirmó la buena fe de ambos oponentes –o sea, no resolvió nada–, delegando, una vez más, la responsabilidad de encontrar una solución en la Sociedad de Naciones. Ésta no podía rehuir por más tiempo su misión institucional. El 4 de septiembre se reunió el Consejo en Ginebra. Eden sostuvo la tesis británica de que debía llevarse hasta las últimas consecuencias la obligación de respetar el derecho de la Sociedad. La posición de Francia era cada vez más embarazosa, por cuanto estaba en juego lo que le interesaba por encima



Campaña de Etiopía: artillería ligera italiana en acción. Todo comenzó con un incidente fronterizo en Ual-Ual, localidad somalí cuya soberanía reivindicaban tanto Etiopía como Italia. (Archivo Rizzoli)



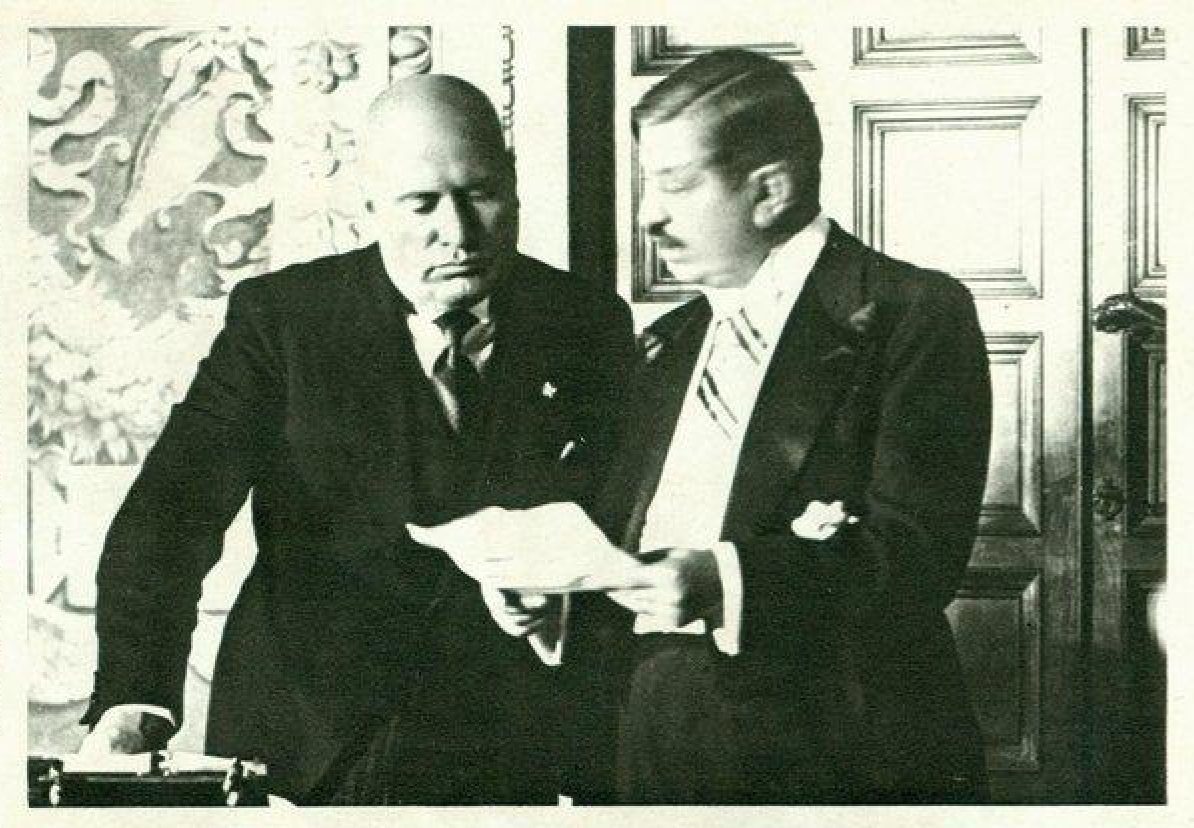
3 de octubre de 1935. Addis Abeba: guerreros etíopes se congregan ante el palacio imperial al decretarse la movilización general. Etiopía había tratado en vano de resolver por medios pacíficos sus diferencias con Italia. (Archivo Rizzoli)



Noviembre de 1935: soldados italianos disparan sobre los etíopes tras un improvisado parapeto. Las operaciones militares habían comenzado el 3 de octubre; el día 11 la Sociedad de Naciones aprobó la adopción de sanciones contra Italia. (Archivo Rizzoli)

de todo, que era la conservación de la Europa de Versalles. En efecto, si se ponía de parte de la Sociedad de Naciones, se enajenaba una vez más, y tan irremediablemente, a Italia, que dejaría de formar parte de las potencias interesadas en el mantenimiento del *statu quo*, y, por otra parte, si trataba de impedir el acercamiento de Italia a Alemania, contribuía al descrédito de la Sociedad de Naciones, debilitaba sus alianzas con el Este y se enemistaba con Gran Bretaña.

El 18 de septiembre Italia rechazó por tercera vez un acuerdo de compromiso, propuesto en esta ocasión por el Consejo de Ginebra. La cuestión ítalo-etíope se había convertido, de modo absurdo, en un desafío entre los vencedores de la primera Guerra Mundial. Sólo habría podido salvar la situación una firme y coherente actitud de la Sociedad de Naciones, que hubiera debido persuadir a Italia (con lo que habría aislado definitivamente a Alemania), advirtiéndole al mismo tiempo, que no realizara actos de fuerza. Pero la Sociedad no actuó así.



Entrevista Mussolini-Laval, poco antes de la firma del tratado francoitaliano (7 de enero de 1935). (Archivo Rizzoli)

Las sanciones

El 3 de octubre de 1935 Italia inició las operaciones militares contra Etiopía. Se trataba de un acto de agresión indiscutible. El 11 de octubre, en la Asamblea de la Sociedad de Naciones, cincuenta Estados votaron en favor de la adopción de sanciones contra Italia. Austria, Hungría y Albania votaron en contra. El 18 de noviembre entraron en vigor estas sanciones: prohibición de las importaciones y limitación de las exportaciones a Italia, y además prohibición de concederle crédito alguno. Pero estas sanciones difícilmente podían ser eficaces. Y, por otra parte, no produjeron gran impacto en un país que a la sazón vivía un momento histórico de auténtica exaltación del orgullo nacional.

Pero había otros aspectos. Las sanciones, votadas por mayoría, no eran obligatorias, sino voluntarias; y la política inglesa de defensa a ultranza del derecho de la Sociedad resultó debilitada por las elecciones generales en Gran Bretaña. Las urnas señalaron la victoria del gobierno conservador, si bien es cierto que los laboristas recuperaron casi todas las posiciones que habían perdido en las elecciones de 1931. Ahora bien, tanto en las filas conservadoras como en las laboristas cada vez era mayor la oposición a mantener una rígida política de aislamiento con respecto a Italia. La estricta aplicación de sanciones a una de las potencias europeas victoriosas en la primera Guerra Mundial forzosamente debía preocupar, ya que significaba una seria amenaza para el equilibrio europeo e implicaba dejar a Alemania un margen de maniobra cada vez mayor. ¿Qué era más conveniente, sacrificar los principios o correr el riesgo de sacrificar la Europa de Versalles?

La alternativa dio lugar a vacilaciones, y éstas, a su vez, a nuevos compromisos. La última tentativa de resolver el conflicto ítalo-etíope fue el proyecto Hoare-Laval. Pero en esta ocasión no correspondió a Italia la responsabilidad de que fracasara el intento, sino a los partidarios de una línea política dura en Inglaterra y a los adversarios de Laval en Francia. El 18 de diciembre dimitió el Ministro inglés de Asuntos Exteriores, Hoare, y fue sustituido por Eden. El ministerio Laval cayó también al cabo de poco tiempo (22 de enero de 1936). No obstante, Sarraut, sucesor de Laval, siguió las mismas directrices políticas de su antecesor. Se fijó más en Alemania que en África Oriental, al contrario que Eden, quien, más que defender a Europa del asalto nazi, se propuso ganar en el terreno ginebrino la prueba de fuerza planteada por Italia.

Eden propuso el recrudecimiento de las sanciones y el embargo del petróleo, lo que habría constituido la sanción decisiva. Pero Francia no le apoyó, y los Estados Unidos manifestaron su oposición a que se adoptara cualquier medida que implicase una desventaja para sus grandes compañías petrolíferas. Así, pues, el propuesto embargo del petróleo no se llevó a efecto. Ahora bien ¿no habría sido mejor evitar una demostración tan palpable de la impotencia de la Sociedad de Naciones, una falta de solidaridad tan evidente con la política inglesa? A fines de febrero de 1936, cuando se desestimó el proyecto del embargo del petróleo, ya estaba echada la suerte de la Europa de Versalles y la de la Sociedad de Naciones.

Y no hubo que esperar mucho para comprobarlo; apenas una semana. El 7 de marzo de 1936, Hitler ordenó a algunas unidades alemanas que ocupasen los cuarteles de Renania y guarnecieran la frontera francoalemana, lo mismo que antes de la primera Guerra Mundial. De este modo se transgredían a un tiempo las disposiciones-clave del Tratado de Versalles en lo concerniente a la seguridad de Francia y el texto íntegro del Pacto de Locarno, establecido para asegurar de un modo total y definitivo, dentro del marco de la Sociedad de Naciones, el *statu quo* renano instaurado al término del conflicto de 1914-18.

Mientras tanto, debido a la política de prudencia recién iniciada por el Gobierno inglés, de hecho se habían roto los sólidos lazos de unión entre Italia, sus antiguas aliadas y la Sociedad de Naciones.

El 5 de mayo, el mariscal Badoglio entró en Addis Abeba, mientras el soberano etíope se di-

En Roma se festeja la toma de Adua. La campaña etíope concluyó el 5 de mayo de 1936, con la entrada de Badoglio en Addis Abeba. Cuatro días después se proclamó el Imperio italiano en África Oriental. (Archivo Rizzoli)





Roma, 1936: regreso de tropas italianas de África Oriental. La guerra de Etiopía fue, junto a la reocupación alemana de Renania, el acontecimiento que determinó prácticamente la muerte de la Europa de Versalles y, al mismo tiempo, de la Sociedad de Naciones. *(Archivo Rizzoli)*

rigía a Palestina, iniciando así un exilio que había de durar cinco largos años. La política de los hechos consumados, o, lo que es lo mismo, de la violencia, era ahora la norma por la que se regían las relaciones internacionales. El 7 de marzo y el 9 de mayo, día de la proclamación del Imperio italiano en África Oriental, fueron las dos fechas que prácticamente señalaron el fin de la Europa de Versalles y, al mismo tiempo, de la Sociedad de Naciones.

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Si la tensión que se originó con motivo de la cuestión etíope entre Italia, Francia y Gran Bretaña representó un momento clave en la escisión europea, cada vez más profunda, la guerra de España, en cambio, no debe considerarse como un factor más que contribuyera a acelerar la crisis, sino como una confirmación de su incontenible desarrollo. No cabe duda de que la contienda española introdujo un nuevo elemento de discordia y desconfianza entre las grandes potencias, y su influencia repercutió en la actuación de todas ellas, aunque en diversa medida. No obstante, este nuevo elemento no tuvo un valor sustancial. En realidad, todas las grandes potencias lo consideraron como una ocasión y un instrumento para conseguir en otra parte, sobre todo a nivel europeo, sus objetivos políticos fundamentales. En este aspecto, España aparece como objeto –y no sujeto– de la política internacional. Ni siquiera fue suficiente, para modificar este juicio, el hecho de que el enfrentamiento ideológico que caracterizó la guerra civil española se extendiese a Europa y contribuyera a aumentar cada vez más la división en dos bloques distintos. Si Italia y Francia fueron las más rápidas en registrar repercusiones de la guerra civil y enviaron fuerzas a España, primero de forma encubierta y después abiertamente, ello se debió menos a motivos ideológicos que a intereses políticos definidos. Italia no quería que el Mediterráneo occidental se convirtiese en un lago francés, sobre todo después de la ambigua actitud adoptada por la Sociedad de Naciones ante el enfrentamiento ítalo-etíope.

Es comprensible que este país no deseara la existencia de dos gobiernos de Frente Popular operando de acuerdo en este mar, dada la ideología antifascista de ambos, de lo que se desprende que había, desde luego, un motivo ideológico nada despreciable para su intervención. Pero lo que más interesaba a Italia era la libertad del Mediterráneo («El Mediterráneo es la vida de Italia», dijo Mussolini en el discurso que pronunció en Milán el 2 de noviembre de 1936); por consiguiente, resultaba inaceptable para ella el bloqueo francoespañol. Y si este bloqueo se basaba además en la ideología frentepopulista, era inevitable la intervención italiana en favor de Franco. Y las mismas razones, aunque de signo opuesto, eran válidas en el caso de Francia. En España hubo un gobierno de Frente Popular en febrero de 1936, y en Francia el 2 de mayo del mismo año. Francia veía en el régimen republi-



1936-1939: guerra civil española. Franco y el coronel José Moscardó tras la victoriosa liberación del Alcázar de Toledo. En medio de ambos aparece el general Varela. *(Archivo Rizzoli)*

Un ataque victorioso de las fuerzas nacionales en Somosierra. Los republicanos alzan los brazos en señal de rendición. *(Archivo Rizzoli)*





Izquierda: combate aéreo durante la guerra civil española. Derecha: una calle de Barcelona tras un bombardeo. Llegan los primeros auxilios. (Archivo Rizzoli - Central Press)

cano español una garantía para el mantenimiento del equilibrio mediterráneo, alterado por el resultado de la guerra ítalo-etiope y por la consiguiente convergencia de la política fascista y nazi en Europa. Y tanto es así que Francia siguió manteniendo su gobierno de Frente Popular presidido por Léon Blum. A su vez, Inglaterra, superados sus temores iniciales de una alteración del equilibrio mediterráneo occidental en favor de Italia (merced a la posesión de Baleares, obtenida por el medio que fuera), veía en la guerra española una ocasión para comercializar el reconocimiento inglés del Imperio italiano de África Oriental. La progresiva rigidez británica a lo largo de 1937, y hasta la dimisión de Eden a fines de febrero de 1938, respecto a la intervención de Italia en España, correspondió a la pretensión italiana de no apartarse de la lucha a no ser que Inglaterra le reconociese su imperio. Se producía así un nuevo enfrentamiento, a pesar del *gentlemen's agreement* establecido entre los dos países el 2 de enero de 1937; una vez más se perdió el tiempo inútilmente, lo que en definitiva resultó beneficioso para Alemania. La Unión

Longo y Nenni en España, durante la guerra civil. Muchos países intervinieron en este conflicto armado, pero Italia y Francia fueron los más activos. (Archivo Rizzoli)



Soviética intervino también en la guerra civil española, y a pesar de lo que puedan indicar las apariencias, su intervención no obedeció a motivos exclusivamente ideológicos. No cabe duda de que Rusia aprovechó la ocasión para poner en práctica en España los métodos propios de la dictadura staliniana de aquellos mismos años, los años de las purgas y de los grandes procesos políticos. En este sentido, la influencia de tales procesos-purgas rusos se dejó sentir incluso en acciones análogas sobre determinados partidos extremistas españoles. Pero esto no debe entenderse tan sólo como una tentativa de defender y consolidar el régimen radical español, sino más bien como un intento de aprovechar la situación para obligar al gobierno de Madrid, y luego de Valencia, a seguir una línea política totalmente de acuerdo con los intereses mediterráneos y europeos de la Unión Soviética, política que sólo podía garantizar un régimen que se acomodara a una estricta orientación staliniana. Pero, fuera por el motivo que fuera, lo cierto es que la ayuda prestada por la Rusia soviética a la España republicana fue de una importancia muy considerable y de una innegable influencia en el desarrollo de las operaciones militares. Tan amplia llegó a ser esta ayuda que hasta quizá sea cierta la afirmación del gobierno soviético de que, ya a mediados del año 1938, se había agotado la garantía del oro que el gobierno republicano español envió a Rusia a fines de 1936. Y este oro, salido de las arcas españolas, constituía las tres cuartas partes de las reservas del país. Parece ser que la URSS facilitó a los republicanos, a lo largo de toda la guerra civil, casi un millar de aviones de los más diversos tipos, y armas y municiones en cantidades incalculables. Pero donde se mostró más eficaz la intervención soviética fue en la aportación de elementos blindados; en este aspecto, la ayuda de los rusos fue superior a la prestada a los nacionales por alemanes e italianos, pues no sólo enviaron un número equivalente de carros de combate, sino que además fueron de una calidad bastante superior a los de aquéllos. Asimismo fue considerable el contingente de rusos que lucharon en las filas republicanas y el de asesores y técnicos que, en régimen de constante rotación, fueron pasando por España en el transcurso de los tres años de guerra.

Faltaba Alemania, que, durante cierto tiempo, desempeñó en realidad un papel secundario en la política intervencionista de las grandes potencias en España. Ahora bien, lo mismo que las demás, se valió de la guerra española como un instrumento para sus fines. Y forzosamente hubo de ser consciente de que alimentaba y agriaba el enfrentamiento de las restantes potencias europeas y erosionaba el sistema político establecido sobre los tratados de paz. Por esto animó a Italia, reconoció al mismo tiempo que ésta el gobierno de Franco (noviembre de 1936) y en 1937 reaccionó con deliberada violencia ante algunos incidentes que tuvieron lugar en aguas españolas. Pero, en conjunto, no se comprometió a fondo, pues aguardaba para hacerlo el momento en que la guerra civil produjera todos sus efectos disolventes en las relaciones entre las grandes potencias, sobre todo entre los vencedores de la primera Guerra Mundial.

En resumen, la intervención extranjera, en los dos bandos, fue constante durante toda la guerra española, alcanzando una de sus fases más agudas en la primavera de 1937, precisamente cuando más se hablaba del Comité de No Intervención. Este organismo, cuya misión, teóricamente, era la de evitar toda injerencia de las potencias extranjeras a favor de cualquiera de los bandos contendientes, demostró su inutilidad desde el primer momento de su actuación y la farsa de su existencia llegó a ser casi escandalosa. Se dio incluso el paradójico caso de que el 28 de enero de 1937, dicho Comité, reunido en Londres, aprobó, a instancias de Gran Bretaña, el llamado plan de control, que fue en definitiva una intervención activa de las potencias para que se cumpliera la «no intervención». Y ese organismo prolongó su inútil misión casi hasta el final del conflicto.

RODOLFO MOSCA

Nació el 21 de febrero de 1905. Doctor en Derecho y Ciencias Políticas, desde 1931 a 1936 fue catedrático en la Universidad de Pavía, y después en la de Budapest. Desde 1952 explica Historia de las Relaciones Internacionales en la Universidad de Florencia. Miembro de la comisión para la edición de los documentos diplomáticos italianos, es autor de diversas obras: *L'Europa verso la catastrofe* (1949), *La politica estera della repubblica* (1955), *I documenti diplomatici italiani, 4 novembre 1918-18 gennaio 1919* (1955). Colabora en las revistas italianas más importantes y en varias publicaciones extranjeras de historia contemporánea y de política internacional.

EL CLIMA DE APACIGUAMIENTO

por Barrie Pitt

El aislamiento inglés nunca había sido tan manifiesto como en los años que precedieron a Munich. Llevado a la autocomplacencia por los halagos de los políticos y ablandado por una época de prosperidad, al pueblo inglés le resultó cómodo ignorar las conmociones que experimentaba Europa Central. Sólo después de Munich se percató de que se había puesto a prueba su honor.

Evidentemente, es propio de la volubilidad de la naturaleza humana sentir más simpatía por quien ha sufrido recientemente una derrota que por el aliado que ha contribuido a infligirla. Después de la primera Guerra Mundial, especialmente nosotros, los ingleses, olvidamos con rapidez las ofensas que habíamos recibido de los alemanes, para recordar en cambio, los recientes sufrimientos por que Alemania acababa de pasar, como consecuencia de las duras condiciones impuestas por el Tratado de Versalles. No es que los ingleses supieran gran cosa de las condiciones que habían originado aquella situación, como no fuera el hecho de que muchas voces elocuentes la condenaban. En Gran Bretaña estaba muy difundida la convicción de que Alemania ya había expiado sus errores, y que ya era hora de que se le concediese el «lugar en el sol» que durante tantos años había pedido.

A este sentimiento de simpatía se añadía también cierta sensación de afinidad con los alemanes, sensación que se basaba vagamente en la idea de que tanto el inglés como el alemán medios tenían cabellos rubios y ojos azules, y que ambos pueblos eran descendientes de una lejana estirpe sajona. Evidentemente, en todas estas consideraciones tendentes a propiciar el entendimiento entre ambos pueblos, no contaba lo más mínimo el hecho de que por las venas de los ingleses corriera una cantidad nada despreciable de sangre normanda.

Hacia mediados de la década de los treinta, por lo tanto, el pueblo inglés sentía por el alemán una gran simpatía. Cierto que su jefe, Adolf



History of the Second World War

Hitler, parecía un poco extravagante... pero, después de todo, el pueblo alemán lo había elegido y parecía satisfecho; no se podía negar, además, que estaba poniendo un poco de orden en una considerable parte de Europa, orden que tanto se había echado en falta en el transcurso de los años anteriores.

Los gobiernos franceses se sucedían con una frecuencia absurda y caótica, mientras que los nacionalsocialistas de Hitler –los nazis– parecían destinados a mantenerse en el poder durante bastante tiempo; y si de vez en cuando los métodos cuyo empleo se les atribuía hacían dudar en cuanto a su humanidad... bueno, después de todo, también los alemanes eran *continentales*, y, por lo tanto, no ingleses; además, probablemente se exageraba mucho acerca de ellos...

Es preciso añadir, asimismo, que los ingleses no querían pasar por otro período de privaciones y calamidades. Entre 1914 y 1918 ya habían derramado bastante sangre y gastado las energías suficientes como para satisfacer durante un tiempo a los dioses de la guerra; apenas si se había superado la crisis económica, a consecuencia de la cual el número de parados ascendió a más de un millón. Deseábamos paz y tranquilidad, así como un período –lo más largo posible– en el que nos fuese dado gozar de nuestro creciente nivel de vida; porque, en efecto, el nivel de vida mejoraba en aquellos años, de modo lento, pero continuo... y evidente.

No es de extrañar, pues, que en estas circunstancias los políticos ingleses desearan mantener el país al margen de eventuales guerras y que hicieran todo lo posible por conservar la paz, prolongando de este modo el período de euforia. Lo mismo que la mayoría, de la cual dependían electoralmente, también ellos experimentaban simpatía por la raza alemana y deseaban permanecer alejados de todo conflicto. Baldwin, con su pipa, y Chamberlain, con su paraguas, pueden aparecer ahora como símbolos de ineptitud, pero no cabe duda de que en la época en que ambos políticos estuvieron en el poder, tanto la pipa como el paraguas constituían para la opinión pública, y aun a los ojos de todo el mundo, símbolos de respetabilidad, firmeza y seguridad.

En marzo de 1936 las tropas de Hitler ocuparon Renania. A pesar de las punzantes palabras de unos pocos que advertían el peligro, los ingleses no reaccionaron; aceptaron de buen grado la afirmación de lord Lothian de que Hitler no hacía sino tomar posesión de «su huerto privado», puesto que lord Lothian estaba rodeado de ese vago pero bien informado ambiente, encabezado por el *All Souls*[1] y el *Times*, que, a cuanto se decía, gobernaba virtualmente el país para su propio provecho. Y el pueblo estaba dispuesto a dejarle obrar mientras el sol brillara y el nivel de vida mejorase gradualmente.

1 *All Souls* es uno de los más antiguos *College* de Oxford; fue fundado en 1436 por el arzobispo de Canterbury, en recuerdo de los soldados caídos en la guerra contra Francia.

Izquierda: Henlein, jefe de los alemanes de los Sudetes. Derecha: el presidente checoslovaco Benes, contra quien se dirigían especialmente las amenazas de Hitler en 1938. Cuando los alemanes ocuparon el país, Benes presentó la dimisión y emigró a Inglaterra. *(Archivo Rizzoli - Keystone)*







Londres, 1938: una manifestación pro Checoslovaquia, organizada en Trafalgar Square por miembros de la campaña en favor de la paz en el mundo. En la tribuna, detrás de los oradores, se ve una enorme pancarta con la inscripción «Ayudamos a Checoslovaquia, sin plebiscitos». *(Archivo Rizzoli)*

El bienestar antes que el honor

Además, lord Lothian había desempeñado un papel relevante en los trabajos preparatorios del Tratado de Versalles y, por consiguiente, era muy probable que fuera un experto en esta materia; por ende, si estaba de acuerdo con los alemanes en que el Tratado era a todas luces injusto, ¿quién podía contradecirle? En consecuencia, sir Robert Wansittar –que a la sazón iniciaba una larga y digna batalla para que los ingleses abrieran los ojos ante el peligro inminente– no consiguió que le escucharan, ya que muy pocos estaban dispuestos a prestar atención a un hombre que proponía –quizá de un modo demasiado enérgico– una línea de conducta incómoda, e incluso tal vez peligrosa. Por aquel entonces, los ingleses deseábamos evitar tanto los disgustos como los peligros.

En julio de 1936 estalló la guerra civil española, que muy pronto despertó en los ingleses mucho más interés que los acontecimientos de Europa central. Fueron muchos los que se enrolaron en las Brigadas Internacionales que combatieron en España, y pronto algunas zonas meridionales de Inglaterra fueron invadidas por oleadas de asustados niños españoles a quienes la Cruz Roja Internacional había trasladado a Inglaterra para librarles de los peligros en que se hallaban en su país. Por el momento se les alojó en tiendas de campaña. Por fortuna, durante el verano del año 1937 las condiciones atmosféricas imperantes en todo el país fueron generalmente buenas; y digo por fortuna porque, en conjunto, la organización de las instituciones que se ocupaban de la atención de los niños acogidos en suelo británico dejaba mucho que desear.

Una tarde bochornosa estalló una de esas tormentas repentinas tan características del Hampshire. El primer trueno retumbó con tal fuerza que nos sobresaltó incluso a nosotros, que estábamos habituados a ellos; a los niños españoles aquello les pareció una gran catástrofe, y aún después de que pasara la tormenta se les encontraba acurrucados y aterrorizados por el imaginario bombardeo.

Ante tal hecho consideramos que era una consecuencia del temperamento latino; y en definitiva, que se trataba de niños; si bien es verdad que los niños ingleses no se hubieran comportado de modo semejante en ningún caso. No obstante, todos nosotros teníamos una sensación de perplejidad. Ahora bien, cuando llegó la noticia de que los aparatos de la *Legión Cóndor* alemana habían arrasado Guernica (lo que fue una primera indicación de lo que eran los horrores de la guerra moderna), nuestra perplejidad desapareció, para dar paso a una extraña impresión de temor. Numerosos habitantes de las Islas Británicas empezaron a darse cuenta en algunos momentos de que una ruptura de las hostilidades en Europa tal vez podría acarrear la destrucción incluso para todos nosotros.

Cuando Hitler se anexionó Austria (marzo de 1938), un fuerte impulso emotivo indujo a los ingleses a aceptar la afirmación de sus políticos, en el sentido de que aquel acontecimiento no implicaba ningún peligro grave; y en parte porque no se percataba de la realidad o porque no quería percatarse de ella, la opinión pública, en general, no sintió temor alguno.

Una mirada retrospectiva a los acontecimientos británicos de la época nos descubre que, en realidad, el «clima de apaciguamiento» sólo puede explicarse en base a un clima de cansancio y horror que mantenía vivo el recuerdo trágico de los sufrimiento padecidos por el pueblo todo durante los años de la primera Gran Guerra. Por otra parte, no hay duda de que también el progresivo bienestar social, patente en todas las clases sociales del país, contribuía a fomentar aquella ceguera colectiva, que a un observador frío de los sucesos europeos no puede por menos de antojársele incomprensible y desprovista de cualquier sentido histórico.

Sin embargo, se acercaba rápidamente el momento en que ni siquiera los ingleses podrían cerrar los ojos y hacer oídos sordos a lo que sucedía al otro lado del mar del Norte.

«En los oídos ingleses –dijo Churchill en el Parlamento al día siguiente de la invasión de Austria por las tropas alemanas– el nombre de Checoslovaquia suena extraño y remoto. Ciertamente, se trata tan sólo de un pequeño Estado democrático; ciertamente, su Ejército equivale tan sólo a la mitad o a la tercera parte del nuestro; ciertamente, su disponibilidad de municiones tan sólo alcanza a la tercera parte de la italiana; sin embargo, el checo es un pueblo viril, un pueblo que tiene sus derechos... que cuenta con una poderosa línea de fortificaciones y manifiesta enérgicamente su voluntad de vivir, y de vivir

con libertad». Esta «explosión» del *enfant terrible* de la escena política inglesa produjo en mí tal impresión que me impulsó a subsanar cuanto antes la deficiencia de mis conocimientos políticos y geográficos respecto al país en cuestión. Obtuve excelentes resultados, pero de tan abrumadora complejidad que deseé mil veces no haber pensado nunca en todo ello.

Una democracia modelo

Checoslovaquia se constituyó en 1918, como resultado de la unión de las provincias septentrionales del antiguo Imperio austrohúngaro. Era muy fácil para quien lo deseara, creer que, en 1938, Checoslovaquia representaba un anacronismo político tan frágil como lo fuera, a comienzos de siglo, el citado Imperio austrohúngaro. Pero no era cierto. Gracias al excelente desarrollo de los recursos sociales y económicos de que disponía, en poco tiempo el pueblo checoslovaco había conseguido instituir una democracia modelo, en la que el pueblo era soberano y el poder era ejercido por un Parlamento con dos Cámaras, elegido por votación popular. Uno de los resultados conseguidos merced a este sistema y este espíritu de iniciativa era una sólida estructura industrial y comercial, cuyo frutos evidentes estaban representados por una organización sanitaria, educativa y asistencial que era envidiada en todo el continente europeo.

El núcleo de la población lo constituían 10 millones de ciudadanos checos y eslovacos, pero en el extremo occidental del país había más de 3 millones de alemanes, a quienes se dio la nacionalidad checa en el momento de la delimitación de fronteras; en la zona oriental vivían 700.000 húngaros y 500.000 ucranianos, y, por último, en el importante distrito industrial y minero de Teschen habitaban 60.000 polacos. Éste era el punto débil del país, pues la existencia de minorías constituía una fuente potencial de desórdenes, y Hitler pretendía, por una parte, facilitar su ulterior expansión hacia el Este y, por otra, eliminar todo tipo de gobierno que a los ojos de los europeos pudiera parecer mejor que el suyo.

En 1934 se constituyó, entre la minoría alemana y bajo la jefatura de Konrad Henlein, un «Frente patriótico alemán», que se convirtió en 1935 en el «Partido de los alemanes de los Sudetes». Dos años más tarde, este partido, todavía dirigido por Henlein y descaradamente apoyado y financiado por Hitler, invocaba el derecho de formar dentro de Checoslovaquia un Estado nacionalsocialista autónomo y legislativamente independiente. La demanda contaba con el apoyo de un notable despliegue de fuerzas, puesto que, a consecuencia del *Anschluss* austríaco, el flanco meridional del territorio de los Sudetes había quedado totalmente al descubierto frente a un eventual ataque (u operación de apoyo, según el punto de vista con que se considerase la cuestión) por parte germana.

De hecho, Churchill no era el único político que preveía la invasión hitleriana. Dos días después de la ocupación de Austria por las tropas nazis, una representación del Gobierno ruso se puso en contacto con el Gobierno francés con objeto de discutir la posibilidad de que los dos países se comprometiesen a garantizar la independencia de Checoslovaquia, sobre la base de un acuerdo por el cual Rusia se obligaría a intervenir en favor de los checos una vez que lo hubiese hecho Francia. Al propio tiempo, Francia trataba de averiguar cuál sería la reacción de Gran Bretaña en el caso de que se viese obligada a entrar en guerra. Rusia declaró que estaba dispuesta a actuar, en el supuesto de que las negociaciones desembocaran en un acuerdo; por su parte, Francia también manifestó claramente su intención de intervenir; en consecuencia, la actitud que adoptase Inglaterra constituía el elemento determinante.

Nosotros no deseábamos, en modo alguno, entrar en guerra, y menos aún por defender a un país del cual lo único que sabíamos la mayoría era que tenía un nombre que nos sonaba «extraño y remoto». Así, pues, leímos con gran alivio las previsiones tranquilizadoras de nuestros líderes políticos. Aconsejaban cautela y «moderación», con lo cual reflejaban el profundo deseo de paz de Chamberlain (que compartíamos todos), así como (y de este aspecto de la cuestión muy pocos ingleses estaban enterados) la honda religiosidad que inducía a lord Halifax a considerar como el Anticristo a Rusia.

Por consiguiente, se decidió no intervenir en favor de Checoslovaquia, y la propuesta soviética se rechazó con un tono descortés y seco que nunca, anteriormente, se había utilizado en las relaciones con Alemania.

Durante todo el verano de 1938, Benes, presidente de Checoslovaquia, fue objeto de los insultos y amenazas de Hitler, mientras el Ministerio de Propaganda de Goebbels se encargaba de urdir patrañas acerca de supuestas atrocidades cometidas por los checos contra los alemanes de los Sudetes. Aunque lamentándolo en su fuero interno, Chamberlain llegó a la conclusión de que la única esperanza de mantener la paz mundial consistía en que Benes cediese a todas las exigencias planteadas por Hitler, que a la sazón se resumían en la concesión de completa autonomía a los Sudetes.

Poco más o menos, en este período fue cuando el término *appeasement* (paz a toda costa) se convirtió en la palabra más común de nuestro vocabulario. Entonces creíamos que nada malo había en esta palabra, porque *appeasement* suena de una forma tan moderada, tan conciliadora, podría decirse, como «razonable», «bien intencionado» o «condescendiente».

Encuentro con Hitler

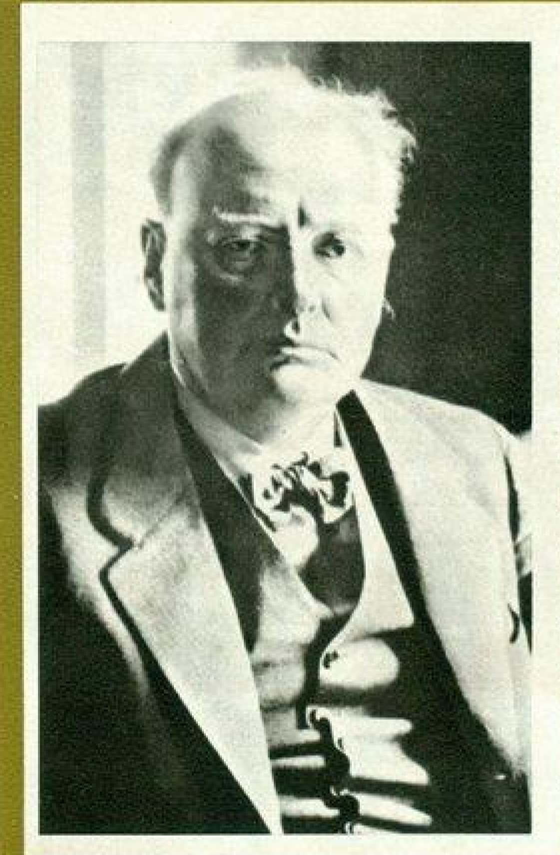
A comienzos de septiembre, el Primer Ministro inglés había decidido que el mejor modo de intentar conseguir cierta distensión en la agitada escena política era tener una entrevista personal con Hitler. Con esta intención descendió el día 15 de septiembre de 1938, por la tarde, en el aeropuerto de Munich; era el primer viaje aéreo que efectuaba en su vida. A su llegada se le notificó que, mientras se hallaba en vuelo, Hitler había trocado su petición de autonomía de los Sudetes por la completa anexión al Reich alemán; luego, la única conclusión a la que Chamberlain llegó durante su coloquio con el *Führer* fue la de que éste no habría considerado satisfactoria cualquier otra solución. Chamberlain se convenció de que, aunque duro y despiadado, Hitler «era un hombre en el que se podía confiar, siempre que hubiese empeñado su palabra». A su regreso a Inglaterra nos aseguró esto mismo, y nos sentimos felices de creerle.

Llegamos a la conclusión de que Hitler era un caballero.

Más adelante se celebró en Londres una conferencia, a la que asistieron Daladier y Bonnet, respectivamente Primer Ministro y Ministro de Asuntos Exteriores de Francia, en cuyas sesiones se discutió no ya si se debían aceptar o no las peticiones de Hitler, sino más bien cuál podría ser la forma más oportuna de presentar al gobierno checo dichas peticiones. Ni los políticos ingleses ni los franceses aspiraban a que se recurriese a una forma cualquiera de plebiscito local en los Sudetes, que permitiese determinar con exactitud hasta qué punto los habitantes de la zona deseaban incorporarse al Reich; más bien se inclinaban por la simple cesión del territorio, que incluía, entre otras cosas, la línea de fortificaciones en que Checoslovaquia basaba su defensa ante un eventual ataque alemán. A las dos de la madrugada del 21 de septiembre, los embajadores inglés y francés en Praga informaron al presidente Benes de que debía transigir ante las peticiones de Hitler, y que todas las zonas del país en las que la proporción de habitantes de lengua alemana superase el 50 por ciento tenían que ser entregadas a Alemania, «antes de que se llegase a una situación en la que Francia y Gran Bretaña no podrían asumir responsabilidad alguna».

Así «protegieron» las grandes democracias a sus hermanas menores.

El 22 de septiembre, Chamberlain se dirigió de nuevo en avión a Alemania para entrevistarse con el *Führer*, quien en esta ocasión se mostró tan amable que llegó hasta el extremo de tomar-



La voz en el desierto

En el transcurso de los años treinta, Winston Churchill no ocupó cargo alguno. Muchos creían que, políticamente hablando, ya había disparado todos sus cartuchos, y que ya no era sino el *enfant terrible* de la escena política inglesa. Muy pocos comprendieron el significado de las advertencias que formuló respecto a Hitler y el nazismo. Mientras el poder de Hitler aumentaba de modo progresivo, la voz de Churchill seguía resonando en el vacío. Tras la firma del pacto de Munich, cuando toda Inglaterra se alegró de sus aparentes consecuencias, Churchill no se dejó engañar. En un discurso en la Cámara de los Comunes dijo:

«No reprocho a nuestro valeroso y leal pueblo, que estaba dispuesto a cumplir con su deber a cualquier precio y que no ha flaqueado ante la tensión de la semana pasada, la natural y espontánea explosión de alegría y tranquilidad con que ha reaccionado ante la noticia de que, por el momento, no se le exigía someterse a tan dura prueba. No obstante, el pueblo debe saber la verdad. Debe estar informado de que ha habido abandonos y deficiencias muy graves en la preparación de nuestra defensa, y que, sin combatir, hemos sufrido una dura derrota, cuyas consecuencias se dejarán sentir muy pronto; debe saber que el actual es un momento terrible de nuestra historia, y que todo el equilibrio europeo se ha trastornado. Y no se crea que todo termina aquí. Esto no es más que el principio del precio que habremos de pagar; el primer sorbo de un amargo cáliz que tendremos que beber año tras año, a no ser que, con un supremo acopio de todas nuestras energías morales y de nuestro espíritu guerrero, nos alcemos de nuevo dispuestos a combatir por la libertad, como en el pasado».

Los habitantes de Salzburgo celebran la entrada de las tropas nazis en su ciudad. El *Anschluss* fue aceptado de buen grado por los austríacos. *(Archivo Rizzoli)*



El fin de una democracia modelo. Tras el pacto de Munich, Checoslovaquia perdió gran parte de su territorio. Sin embargo, todavía no había sido anulada como nación. Pero el día 15 de marzo de 1939, las tropas alemanas, partiendo del territorio de los Sudetes, avanzaron sobre Praga.

se la molestia de ir a recibirle; el cambio de impresiones tuvo lugar en un albergue de Bad-Godesberg (Renania-Westfalia). Hitler escuchó el informe de Chamberlain de que Inglaterra y Francia habían recomendado que sus peticiones fuesen atendidas. Luego, a su vez, le dio las gracias cortésmente y agregó: *«Es tut mir furchtbar leid, aber das geht nicht mehr»* («Lo siento mucho, pero esto ya no me basta»).

Le dijo a Chamberlain que otros países limítrofes con Checoslovaquia se habían dirigido a él con la solicitud de que se les entregaran las zonas de este país habitadas por minorías suyas, y que consideraba muy favorablemente estas peticiones. No sólo los territorios occidentales –los Sudetes– debían ser cedidos a Alemania, sino que también los territorios orientales, de población polaca y húngara, habían de ser entregados a sus respectivos países. Checoslovaquia tenía que ser desmembrada.

Chamberlain pasó las treinta y seis horas siguientes en un estado de disgusto, frustración y remordimiento. Manifestó sus sentimientos al *Führer*. Éste le escuchó cortésmente aunque –no es difícil imaginarlo– con una expresión entre divertida y sardónica; y expuso con claridad que no estaba dispuesto a reducir en modo alguno sus reivindicaciones. El Primer Ministro no tuvo otro remedio que marcharse, desconsolado, a Inglaterra, donde comprobó que la opinión pública se mostraba recelosa; y esto debió de ser, en cierto sentido una desilusión más para Chamberlain, que se consideraba a sí mismo como el hombre de la paz.

El despertar frente al peligro

Tras la repentina manifestación de desconfianza general respecto a Hitler, se tomó la decisión de rechazar los términos propuestos por el *Führer* en Bad-Godesberg. A pesar de las advertencias de ingleses y franceses, el Ejército checo fue movilizado, e incluso Francia decretó una movilización parcial. Parecía que las democracias habían abierto los ojos ante el peligro. El 26 de septiembre se entregó a Hitler una carta de Chamberlain; la única respuesta fue que si a las 14 horas del 28 de septiembre los checos no habían aceptado las condiciones impuestas, las fuerzas alemanas ocuparían los Sudetes el 1 de octubre; pero en el discurso que pronunció tres horas más tarde, Hitler se refirió en términos conciliadores a Francia y Gran Bretaña (aunque usó expresiones muy duras para Benes y Checoslovaquia) y anunció: «Esta es la única reivindicación territorial que hago a Europa».

A las dos de la tarde del miércoles 28 de septiembre Berlín aún no había recibido una respuesta checa afirmativa; un Ejército checo de más de un millón de hombres había tomado posiciones en la fuerte línea defensiva, dispuesto a defender el país; el Ejército francés, también fue movilizado parcialmente, e incluso la *Royal Navy* recibió la orden de movilización.

A las tres de la tarde, Hitler envió a Chamberlain y Daladier un mensaje sugiriendo una entrevista inmediata, en la que debía participar también Mussolini, pero ningún representante soviético; ni siquiera se invitaría a los checos a aquella conferencia en la que, con toda probabilidad, se decidiría su destino. En consecuencia, el Primer Ministro inglés se desplazó en avión por tercera vez.

Son comprensibles e incluso justificables, las dudas que entonces atormentaron a Chamberlain, puesto que era la primera vez que trataba con una persona de la clase de Hitler. Por otra parte, es preciso tener en cuenta su indudable deseo de mantener la paz mundial. Ahora bien, existe un precio tope que no conviene superar, y pagar una cantidad superior a esa cifra límite es insensato, aunque lo que se halle en juego sea lo más valioso.

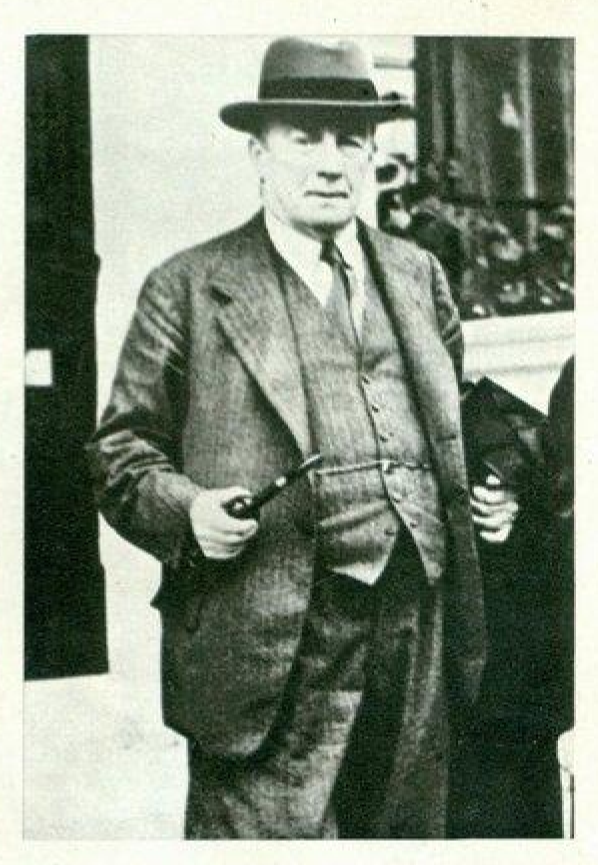
En Munich, Chamberlain, en nombre del pueblo inglés, y Daladier, en el del pueblo francés, se declararon dispuestos a pagar esa cantidad. La conferencia abrió sus sesiones a mediodía del 29 de septiembre; a las dos de la tarde del día 30, los cuatro participantes firmaron un *memorándum* en el que virtualmente se aprobaban los términos del *ultimátum* de Bad-Godesberg. El 1 de octubre entrarían en acción las tropas germanas, y antes del 10 habrían terminado las operaciones militares en los Sudetes; luego, una comisión internacional decidiría los nuevos límites de Checoslovaquia, que, desde luego, no comprenderían la línea defensiva occidental.

Los delegados checos –a quienes se había permitido acudir a Munich y «esperar a la puerta»– fueron informados fríamente de la decisión a que se había llegado; Chamberlain y Hitler firmaron un documento en el que se expresaba el deseo de los «dos pueblos de no entrar nunca más en guerra el uno contra el otro». Y entonces las divisiones alemanas se dispusieron a penetrar en territorio checo. A continuación, Chamberlain regresó a Inglaterra; en el aeropuerto de Heston fue acogido por una multitud que le aclamaba, ante la cual exhibió el documento firmado por él y por Hitler y leyó su contenido. Exhibió de nuevo el documento ante la masa de londinenses que se habían congregado ante el número 10 de Downing Street, y anunció: «Por segunda vez en nuestra historia volvemos de Alemania a Downing Street trayendo una paz honorable. Tengo la convicción de que esto significa la paz para nuestra generación».

Estas palabras causaron en todo el país una profunda tranquilidad. Aquella noche, los *pub* se llenaron de gente feliz y despreocupada; y como en los titulares de los periódicos de la mañana siguiente se ponía de relieve el documento firmado por Chamberlain y Hitler, omitiendo, o poco menos, el que había tenido como signatarios al Primer Ministro, Hitler, Daladier y Mussolini, el ambiente de euforia duró varios días. Pero después, a medida que fueron siendo del dominio público los términos del acuerdo relativo a Checoslovaquia, la opinión empezó a tener cierta conciencia del peligro en que nos encontrábamos y a sentir vergüenza por lo que habíamos hecho; y a las críticas y discusiones se añadió muy pronto la evidencia del acontecer político. El desmembramiento de la «democracia modelo» se inició inmediatamente. El 1 de octubre las fuerzas alemanas entraron en los Sudetes, y antes de que hubieran transcurrido veinticuatro horas, Polonia reivindicó de nuevo el distrito de Cieszyn; Checoslovaquia tuvo que ceder también en este caso. A fines de mes, Hitler y Mussolini determinaron la nueva línea fronteriza entre Hungría y Checoslovaquia. Irónicamente, los Jefes de Estado alemán e italiano dieron a conocer al mundo esta decisión que habían adoptado unilateralmente dándole una denominación tan falaz como la de «Laudo arbitral de Viena».

La amarga verdad

Benes dimitió de la presidencia y se trasladó a Inglaterra, con lo que fue más afortunado que muchos de sus compatriotas. Durante el invierno siguiente (1938-1939), el país se fue desintegrando a consecuencia de la actuación de Hitler, quien sembró la semilla de la discordia entre los diversos grupos étnicos, que antes habían mantenido buenas relaciones, y provocó la tensión entre checos y eslovacos. La maniobra alemana se desarrolló de un modo muy hábil, pero ahora que la conciencia de la opinión pública inglesa se había despertado, la voz de Hitler ya no se escuchaba. Los alemanes ya no eran «apreciados», y el nombre de Checoslovaquia empezó a rodearse de la misma aureola romántica que envolviera, entre 1914 y 1918, a la «valerosa y pequeña Bélgica»; muchos ingleses consideraban con amargura que las fuerzas que se oponían al Eje contaban ahora con un millón menos de soldados preparados, que



Baldwin, con su pipa, y Chamberlain, con su paraguas, pueden parecer hoy un símbolo de incapacidad; pero cuando estaban en el poder, tanto la pipa como el paraguas representaban respetabilidad y firmeza. *(History of the Second World War)*

se habían perdido unas excelentes líneas fortificadas y que idéntico fin aguardaba también a las fábricas Skoda, que en lo sucesivo producirían carros de combate para los dictadores.

El 14 de marzo de 1939, alentada e incitada por Hitler, la provincia de Eslovaquia se declaró independiente del resto de Checoslovaquia; el 15 de marzo, unidades alemanas salieron del territorio de los Sudetes y marcharon sobre Praga, ocupando Bohemia y Moravia; al día siguiente, con un cinismo que impresionó incluso a los que estaban de su parte, Hitler «aceptó» el protectorado de Eslovaquia, cuya independencia, por consiguiente, sólo había durado dos días. Así fue eliminado un Estado moderno.

El 17 de marzo, Chamberlain, que por fin había abierto los ojos, acusó abiertamente a Hitler de haber faltado a su palabra, con lo cual, en definitiva, no hizo sino exprexar una opinión a la que muchos de nosotros habíamos llegado antes de Navidad.

Hitler ya no era un caballero; en realidad, en ningún momento debió haber sido considerado como tal y, preciso es repetirlo una vez más, sólo la ceguera e indiferencia –¿también la cobardía?– de las democracias occidentales permitió que el Estado totalitario alemán, forjado por el nacionalsocialismo, cometiese impunemente y a los ojos de todo el mundo aquella serie de atropellos contra un país ejemplar.

BARRIE PITT
Director de la *History of the Second World War*, nació en 1918. Hijo de un oficial de Marina, se educó en Portsmouth e ingresó en el Ejército en 1939. Estuvo destinado en Francia y Oriente Medio. Continuó en el Ejército después de la desmovilización; solicitó ser destinado al 21 Special Air Service Regiment, y se especializó como instructor en el combate cuerpo a cuerpo. En 1953 dejó Londres para trabajar en el Instituto Militar de Investigación de Armas Nucleares de Aldermaston. Comenzó a escribir sobre temas militares en 1954; en 1958 publicó su primer libro sobre el *raid* de Zeebrugge, obra a la que siguió una novela sobre las actividades clandestinas en el Norte de África en 1942. En 1960 apareció su tercer libro *Coronel and Falkland*, y dos años después, *1918, Último Acto*. En junio de 1963 dejó su cargo en el Centro Nuclear y se convirtió en asesor histórico de la BBC, que a la sazón emitía una serie televisiva sobre la primera Guerra Mundial. Es también asesor histórico y militar del *Sunday Times Colour Magazine*, crítico de historia militar del *Sunday Times*, el *Evening Standard* y la *Book Society*; es colaborador, asimismo, de la *Enciclopedia Británica*, en la especialidad de batallas navales.

LAS PERDIDAS DE LOS DISTINTOS PAISES EN LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

✝ 100.000 muertos

GRAN BRETAÑA 761.000

IMPERIO BRITÁNICO 269.000

FRANCIA 1.358.000

ESTADOS UNIDOS 114.000

RUSIA 1.700.000

ITALIA 460.000

ALEMANIA 2.000.000

AUSTRIA-HUNGRÍA 1.100.000

TURQUÍA 370.000

BALANCE DE LA GUERRA

El cementerio de Verdún, la localidad francesa escenario de una encarnizada batalla que se prolongó por espacio de diez meses, y arrojó la impresionante cifra de 700.000 muertos. Cuando se dispuso de las listas completas de bajas, los tratadistas militares de todo el mundo coincidieron en que ninguna guerra futura podría desarrollarse como la última, que debía ser «la guerra que pusiera fin a todas las guerras».

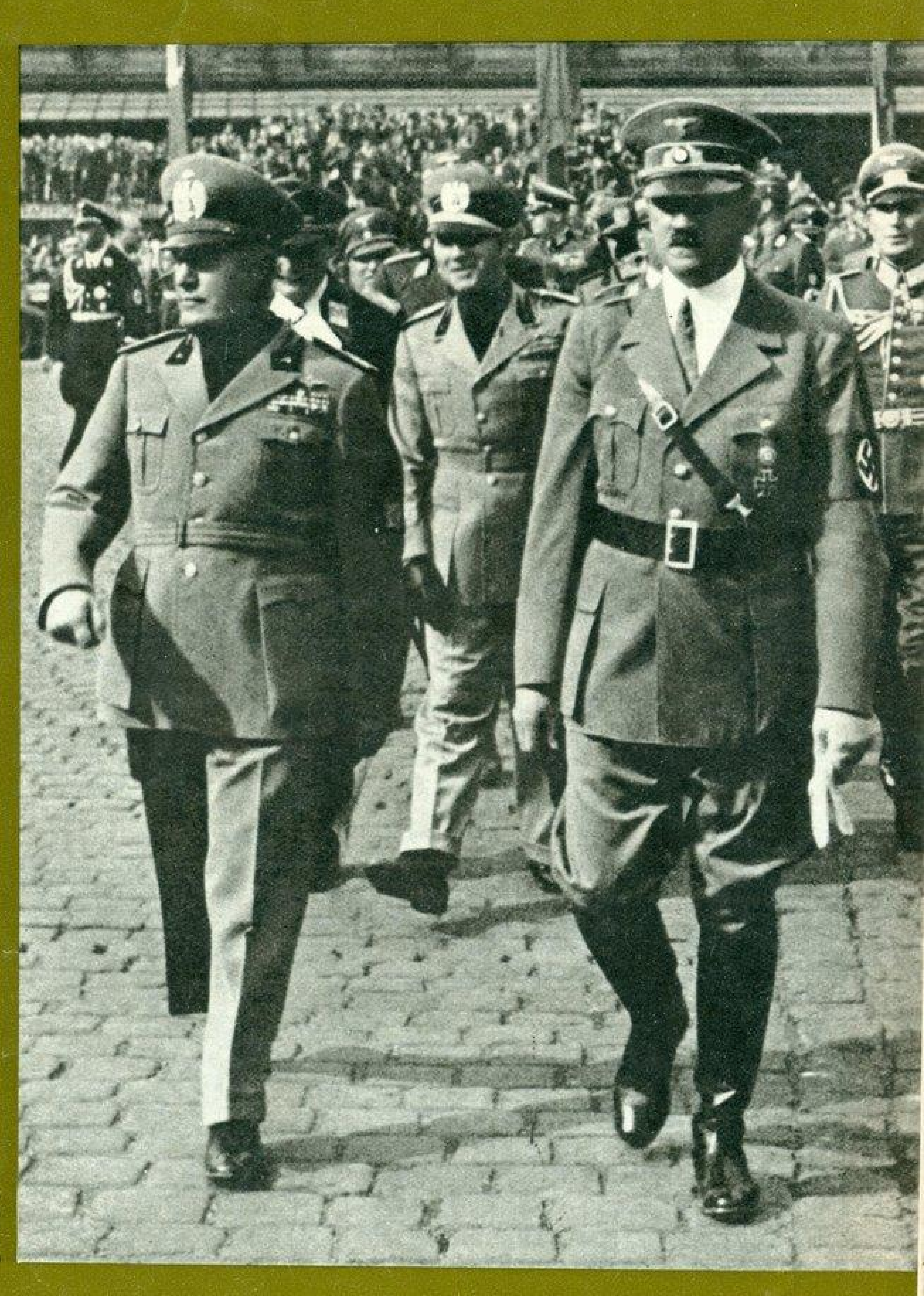




Europa en vísperas de la primera Guerra Mundial y diez años después. La nueva delimitación se decidió en la conferencia de Versalles. Se trazaron las nuevas fronteras de Alemania, que se vio obligada a renunciar a su proyección exterior y a sus colonias. Los alemanes se consideraron «traicionados». También se estableció el estatuto de la Sociedad de Naciones, que se reveló como un organismo débil, inseguro e ineficaz.

MUNICH:
29 Septiembre 1938

por Mario Toscano



Mussolini y Hitler a su llegada a Munich. En segundo término, con el mariscal Goering, el conde Galeazzo Ciano. En aquella ocasión el *Duce* fue el árbitro de la paz, al favorecer la idea de una conferencia cuatripartita cuando parecía haberse desvanecido toda esperanza de acuerdo. *(Archivo Rizzoli)*

Entre los más importantes acontecimientos diplomáticos que precedieron al estallido de la segunda Guerra Mundial, sin duda el más discutido fue la conferencia de Munich. El debate no se limitó tan sólo al ámbito de las conferencias entre especialistas, sino que llegó a tener un aspecto eminentemente político. Es más, Munich ha quedado como el símbolo de una postura de claudicación frente a las exigencias de las dictaduras y como la expresión de una inútil y vergonzosa humillación.

En realidad, el Primer Ministro británico, Neville Chamberlain, creyó entonces que efectivamente se trataba «de la última reivindicación territorial» de Hitler y que, accediendo a su requerimiento –después de todo, se trataba de una zona habitada en su mayor parte por alemanes–, la paz en Europa estaría asegurada «durante toda su generación». En cuanto a los franceses, eran más conscientes de cuál era la verdadera situación, hasta el punto de que Daladier, al aterrizar en el aeropuerto de Le Bourget, a su regreso de Munich, cuando vio tanta gente creyó que se trataba de una manifestación hostil, y se llevó una sorpresa mayúscula al advertir que lo aclamaban. Ahora bien, pese a todo, no estaban dispuestos a que se repitiera el derramamiento de sangre de la primera Guerra Mundial, tan sólo para retrasar el día en el cual había de producirse la transferencia de los territorios habitados por alemanes, cesión que en principio aceptaban todas las potencias.

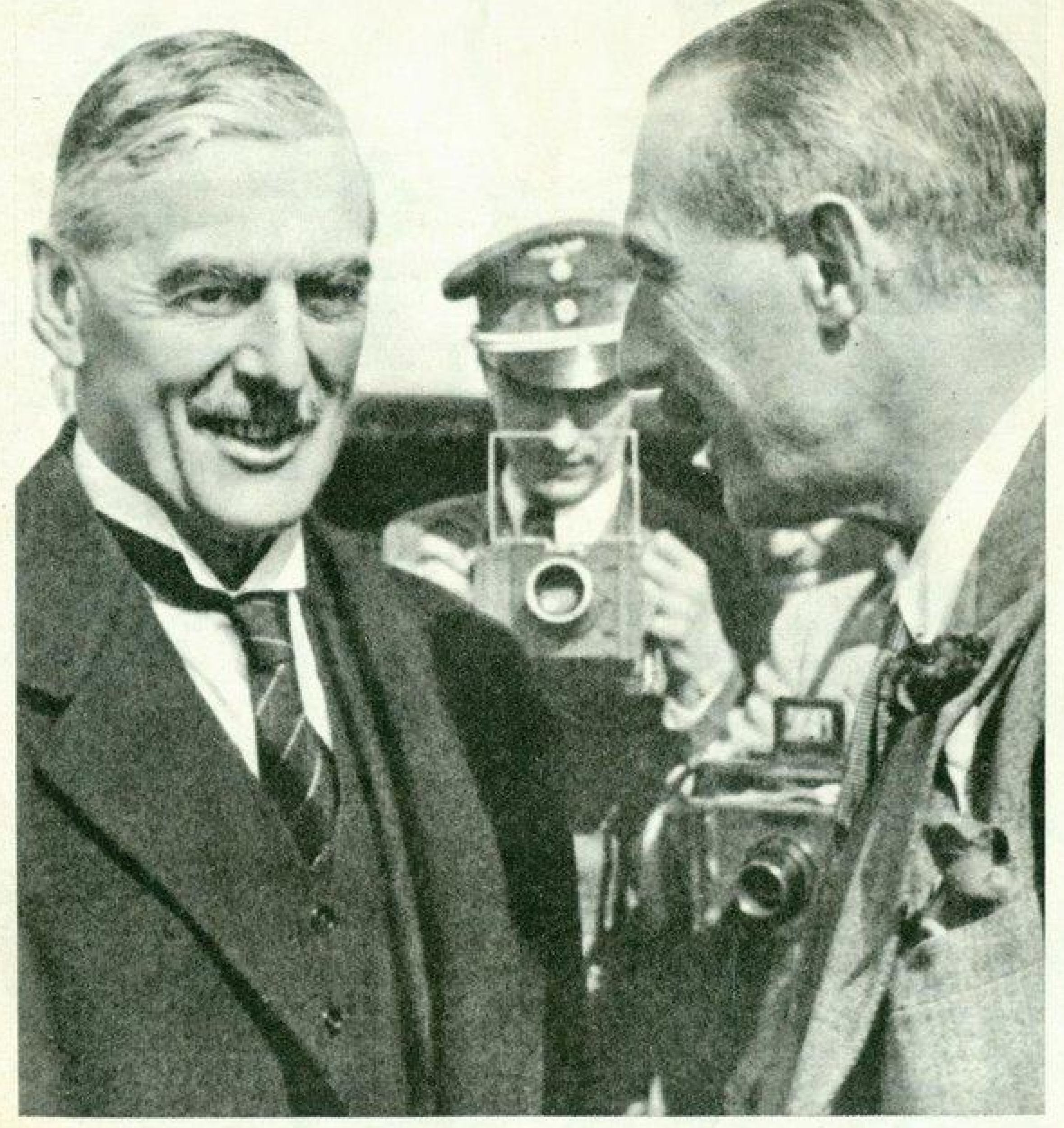
Pero sea como sea, los interrogantes principales relativos a Munich son sustancialmente los siguientes: ¿Hubiera ido a la guerra Hitler, de no celebrarse la conferencia? Si Francia hubiera intervenido en ayuda de Checoslovaquia, ¿la habría secundado la Unión Soviética? ¿Hubiera concedido Rumania permiso de tránsito al Ejército ruso en caso de una intervención de los soviéticos? ¿Impidió Munich la rebelión de los generales alemanes antinazis? ¿Resultaron convenientes para la democracia, desde el punto de vista político-militar, los acuerdos firmados en la capital bávara? ¿Cuáles fueron las verdaderas razones de que la Unión Soviética quedara excluida de la conferencia?

Sin los acuerdos de Munich, no cabe duda de que Hitler habría invadido Checoslovaquia. Todos los documentos que se hicieron públicos después de la guerra confirman que el *Führer* no alardeaba en vano; es más, le decepcionó incluso la solución pacífica que implicó la conferencia. En cambio, es difícil afirmar que, en caso de producirse una intervención francesa, la Unión Soviética hubiera intervenido también en favor de Checoslovaquia; pero tampoco existe ninguna prueba que excluya esta posibilidad. Sin embargo es cierto que Rumania negóse al formal requerimiento de permitir el eventual paso de las unidades rusas a través de su territorio, y tampoco concedió permiso para sobrevolar su espacio aéreo. En consecuencia, la ayuda militar soviética no habría sido posible sin violar la neutralidad de Polonia y de Rumania. También es cierto que, en vísperas de la conferencia de Munich, algunos de los generales alemanes más significados consideraron la posibilidad de deponer a Hitler mediante un golpe de fuerza y que los propios conjurados dieron cuenta de sus proyectos, repetidas veces, al Gobierno de Londres. Y es exacto, asimismo, que la conjura se basaba en la convicción de que la *Wehrmacht* no estaba lo bastante preparada para enfrentarse a los ejércitos de las democracias, por lo que la condescendencia de los Gobiernos de Gran Bretaña y Francia ante las pretensiones de Hitler, privó a los conjurados de uno de sus principales argumentos para efectuar el proyectado golpe de Estado. Con todo, no es seguro que, de haberse producido una resistencia anglofrancesa, los generales alemanes hubieran llevado a la práctica sus proyectos.

Respecto a la conveniencia (desde el punto de vista militar) de la conferencia de Munich para las democracias, hay quien sostiene que supuso para Francia y Gran Bretaña un año de respiro para acelerar su rearme, mientras otra opinión insiste en que, además de la pérdida de la formidable línea defensiva de Checoslovaquia y de las divisiones bohemias, aquel período de tiempo fue más útil para Alemania que para las democracias. Por otra parte, el problema adquiere mayor complejidad aún desde el punto de vista psicológico, por cuanto, en 1938, las opiniones públicas francesa e inglesa se hallaban bastante confusas, en la creencia de que las reivindicaciones de Hitler estaban justificadas y que la divergencia sólo se presentaba respecto al «cómo» y el «cuándo» de su realización. En estas condiciones, habría faltado la necesaria convicción para llevar hasta el final un enfrentamiento militar victorioso. Hasta que Hitler no violó los acuerdos de Munich, mediante la ocupación de Praga, no desapareció, sobre todo en Inglaterra, la ilusión respecto a la Alemania nazi; entonces se aceptó con absoluta decisión la inevitable prueba de fuerza. Por otra parte, debe tenerse en cuenta que el peso específico de la aportación militar de las divisiones de Praga es discutible, desde el momento en que los checos no combatieron ni después de Munich, ni después de la entrada de los germanos en Praga, ni durante la ocupación alemana, que duró tanto como la segunda Guerra Mundial; es más, Bohemia y Moravia quizá fueron las regiones más «colaboracionistas» entre todas las que cayeron en manos de Hitler (con la única excepción de Austria, que había sido incorporada a Alemania). En cuanto a los efectos morales de la «deserción» de las democracias, se ha puesto de relieve que, en todo caso, esta acusación sólo se podía hacer a Francia, pues Gran Bretaña no estaba ligada a Checoslovaquia por ninguna alianza; y, de hecho, tal acusación no causó mella, en el curso de la guerra, en el prestigio inglés. Lo menos que puede decirse acerca de todos estos argumentos es que cabe la posibilidad de inclinarse por unos u otros, por lo que el «caso» de los responsables de Munich está muy lejos de haberse aclarado.

Respecto a las razones que determinaron que la Unión Soviética quedara excluida de la conferencia, de la documentación publicada después de la guerra se deduce que no se trataba de un plan prefijado para desviar hacia Oriente el dinamismo de Hitler, sino que más bien la participación rusa fue descartada por todos, y precisamente con la finalidad de impedir el fracaso de la tentativa de conciliación realizada *in extremis*, puesto que la presencia de la Unión Soviética habría sido rechazada por el canciller nazi.

Si se considera la sustancia de las principales revelaciones relativas a la conferencia de Munich contenidas en los documentos diplomáticos italianos, éstas podrían sintetizarse diciendo que durante toda la crisis de los Sudetes no existió entre Roma y Berlín una acción diplomática concerta-



El Primer Ministro británico, Neville Chamberlain, llega a Munich, siendo recibido por el embajador inglés en Berlín, Henderson. El estadista inglés creía que las pretensiones sobre la zona de los Sudetes representaban la última reivindicación territorial de Hitler. *(Archivo Rizzoli)*

da. Hitler y von Ribbentrop actuaron siempre por su cuenta, y Mussolini no dudó en apoyar pública e incondicionalmente las reivindicaciones nazis, basándose tan sólo en los informes que de tarde en tarde recogía en Berlín el embajador de Italia, Bernardo Attolico. No obstante, estas informaciones quedaban siempre desfasadas a causa de las sucesivas pretensiones del canciller nazi, de forma que Mussolini, que sosteniendo las reivindicaciones nazis creía interpretar el pensamiento de Hitler, en realidad no hacía sino ir a remolque de él. En el curso de su campaña oratoria filogermánica, el dictador fascista fue protagonista, sin advertirlo, de un hecho esencial para la causa de la paz, puesto que reveló al mundo entero una noticia secreta fundamental: la de la fecha fijada por Hitler para invadir la región de los Sudetes. La fecha (el 1 de octubre de 1938) había sido revelada confidencialmente a Attolico, quien informó a Roma acto seguido. Mussolini se hallaba a la sazón en el Véneto pronunciando una serie de discursos; leyendo las retransmisiones de los despachos llegados al palacio Chigi, el *Duce* no se percató de que la fecha del 1 de octubre era secreta, y la incluyó en una de sus arengas. El error enfureció al canciller nazi, pero era ya demasiado tarde: los Gobiernos de Londres y París habían sido informados oportunamente, y pudieron adoptar las precauciones necesarias. Los alemanes no solicitaron en ningún momento la ayuda italiana ante la eventualidad de un conflicto originado por la cuestión de los Sudetes. Al contrario la primera vez que von Ribbentrop habló de forma explícita con Attolico acerca de la decisión alemana de llegar hasta el final en lo referente a los Sudetes, fue cuando expuso los argumentos respecto a la necesidad de concertar una alianza militar con Italia (junio de 1938), y dejó bien sentado que el problema de Checoslovaquia quedaría excluido del *casus foederis*. No obstante, Mussolini declaró desde el principio que, en caso de guerra, la Italia fascista estaría al lado de la Alemania nacionalsocialista. Aun en el supuesto de que estas declaraciones se hicieran sin creer exactamente en la posibilidad de llegar a un choque armado, no existe indicación alguna que permita afirmar que, en el último momento, Mussolini se hubiera vuelto atrás y no hubiese intervenido en la guerra. Así pues, parece evidente que el jefe del Gobierno fascista estaba dispuesto a arrastrar a Italia a un conflicto sin que existiera de por medio ningún acuerdo formal y sin que los alemanes se hubiesen preocupado de informar al Gobierno fascista acerca de sus propósitos. Cierto que Mussolini defendió con toda energía ante Hitler la idea de una conferencia cuatripartita en cuanto se le presentó la ocasión por parte anglofrancesa y cuando advirtió que de otro modo la guerra sería inevitable, pero acompañó este paso *in extremis* de la declaración formal de que si la conferencia fracasaba, Italia estaría al lado de Alemania. Por otra parte, pocos días antes, el Palacio Venecia no contestó un dramático telegrama de Attolico, en el cual se solicitaba del dictador fascista su intervención inmediata en Berlín, por vía telefónica, si se quería evitar la catástrofe, que se consideraba ya inminente. En cuanto a los orígenes de la petición británica de una intervención de Mussolini cerca de Hitler, con objeto de inducirle a aceptar la proposición de una conferencia cuatripartita, los documentos diplomáticos italianos proporcionan al respecto una indicación muy importante, según la cual, la idea maduró antes en París que en Londres; los franceses fueron alentados por el embajador italiano en Francia para darle forma y hacerla llegar al jefe del Gobierno fascista, lo cual, con muy buen acuerdo, llevó a cabo con presteza el *Quai d'Orsay*. La crónica de aquellas horas decisivas, por lo que se deduce de un resumen que se preparó en aquella ocasión en el Palacio Chigi, desmiente que se produjera una llamada telefónica de Mussolini a Hitler, como se afirmó en las publicaciones que aparecieron después de la conferencia de Munich. Las únicas comunicaciones telefónicas que hubo tuvieron lugar entre Mussolini y Attolico.



La firma de la cesión de los Sudetes a Alemania. Munich representa hoy el símbolo de una actitud de capitulación frente a las pretensiones de las dictaduras, la expresión de una inútil humillación. Pero entonces pareció una victoria de la política del *appeasement*. (Snark)

El papel desempeñado en aquella ocasión por el embajador de Italia en Berlín fue muy importante, y, ciertamente, no cabe la menor duda de que contribuyó de manera considerable al éxito de la iniciativa.

Los documentos diplomáticos arrojan, además, nueva luz respecto a otro punto de importancia fundamental, que antes se desconocía. Se trata de que la aceptación por parte de Hitler para reunirse con Chamberlain y Daladier no significó, en absoluto, que aquél hubiera renunciado a la idea de invadir Checoslovaquia, tal como todos pensaron entonces. En efecto, cuando Mussolini se reunió con el canciller nazi en Kufstein, y prosiguieron viaje juntos hacia Munich, pudo comprobar que Hitler sólo pensaba en sus planes militares, y que era ajena a sus propósitos cualquier idea de solución pacífica. La elección de la capital bávara con preferencia sobre cualquier otra ciudad sugerida por el canciller alemán se debió a Mussolini, quien, asimismo, fue el verdadero artífice del resultado positivo de la conferencia. Y esto se consiguió de forma muy especial. Los alemanes habían preparado un proyecto de acuerdo, que Attolico comunicó a Roma poco antes de que Mussolini y Ciano salieran hacia Alemania; ahora bien, a su llegada, ambos jerarcas fascistas advirtieron que los nazis consideraban ya superadas dichas propuestas, según la línea de conducta habitual en Hitler y en von Ribbentrop. Pero Mussolini decidió rápidamente no darse por enterado, y apenas iniciada la conferencia interrumpió a Hitler y leyó, como propuestas suyas, los que el día anterior eran todavía los términos que le había propuesto la Wilhelmstrasse.

Hitler tuvo un momento de vacilación, pero por fin el documento fue aceptado por todos como base de discusión. El éxito obtenido en Munich dio lugar a que Mussolini se hiciera la ilusión de que se había convertido en el árbitro de la paz. Fue una ilusión muy breve que, sin embargo, todavía permitió al jefe del Gobierno fascista postergar temporalmente la oferta de alianza tripartita germano-italo-nipona que poco después le presentó von Ribbentrop en Roma, por cuenta de Hitler. Además, la documentación italiana demuestra sin lugar a dudas que exclusivamente a la actuación del jefe del Gobierno fascista se debió la decisión de extender a Hungría y Polonia el principio de la revisión territorial de Checoslovaquia, con la finalidad de resolver el problema que planteaban las minorías magiar y polaca.

En Munich, una vez finalizada la histórica conferencia, se registró otro episodio, desde luego al margen de la misma, que pone de manifiesto la poca corrección que las altas jerarquías nazis tuvieron para con los representantes italianos. Los alemanes, en efecto, convencieron a Mussolini de que no permaneciera en la capital bávara un día más para hablar con Chamberlain, alegando como pretexto que ello habría supuesto una desconsideración hacia Daladier, que había salido ya hacia París.

Accedió a ello el *Duce*, y cuando junto con sus colaboradores emprendió el regreso a la capital italiana, los alemanes aprovecharon la ausencia de Mussolini para suscribir con el líder británico la famosa declaración anglogermana.

MARIO TOSCANO



Nació en Turín el 3 de junio de 1908. Profesor de Historia de los Tratados y de Política Internacional en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Roma; presidente de la Comisión encargada de la publicación de los documentos diplomáticos italianos; delegado italiano en las Asambleas Generales de las Naciones Unidas y jefe del gabinete de estudios del Ministerio de Asuntos Exteriores, Toscano ocupa una posición eminente entre los investigadores europeos. Entre sus obras cabe citar un volumen sobre el Pacto de Londres y algunos estudios sobre la última fase de la política exterior del fascismo: *Los orígenes diplomáticos del Pacto de Acero* (1956), *El fallido acuerdo entre Italia y Rusia en 1940-41* (1952), *Italia y el acuerdo germano-ruso del 23 de agosto de 1939* (1953). Además, *Páginas de historia diplomática contemporánea*, *Orígenes y vicisitudes de la primera Guerra Mundial* y *Orígenes y vicisitudes de la segunda Guerra Mundial* (1962). Asimismo, otro trabajo de notable importancia es *Del 25 de julio al 8 de septiembre* (1966). Algunas de sus obras han sido traducidas en Estados Unidos y se han adoptado oficialmente como libros de texto en numerosas universidades norteamericanas.

DESPUES DE MUNICH

Durante los seis meses que mediaron entre la crisis de Munich y la declaración británica de garantía a Polonia, se desvaneció toda ilusión sobre la política nazi; al ser violado, con la ocupación de Praga, el acuerdo de septiembre de 1938, las democracias occidentales empezaron a prepararse para la guerra contra Alemania.

Donald C. Watt



15 de marzo de 1939: las tropas alemanas ocupan Praga. La acogida no es tan cordial como la que se les dispensara un año antes en Austria. *(Archivo Rizzoli)*

La ocupación de Praga por las tropas alemanas, en marzo de 1939, pareció que imponía un cambio radical al curso de los acontecimientos en Europa, como si constituyera la separación entre lo que hasta entonces había sucedido y lo que sucedería a continuación. El inquieto período que precedió a la ocupación de Praga se caracterizó por la política de *appeasement* seguida por Gran Bretaña y Francia, por las tentativas de Hitler para llegar a un acuerdo con Polonia y por la acusada actitud antialemana de Rusia. Pero después del acto de fuerza de Praga, las democracias occidentales empezaron, aunque con cierta desgana, a prepararse para un enfrentamiento armado con Alemania; Hitler, por su parte, dispuso lo necesario para atacar Polonia, mientras el Gobierno soviético tomaba en consideración lo que pondría en práctica después, es decir, el reparto de la Europa Oriental entre ella y Alemania. El 15 de marzo de 1939 implicó, pues, un cambio decisivo. A partir de aquel momento, pocos dudaron que la guerra estallaría en el transcurso de aquel mismo verano.

Pero, para los historiadores, preocupados por hallar elementos demostrativos que permitan conocer el pensamiento de los gobernantes que intervinieron en los acontecimientos, esta versión de los hechos puede resultar demasiado simplista o inexacta, e incluso falsa. Para descubrir el momento verdaderamente crucial de los acontecimientos es preciso remontarse a lo sucedido el año anterior, a la conferencia de Munich o a los meses que siguieron a la ocupación nazi de Austria. Es erróneo pensar que las políticas inglesa y francesa cambiaron significativamente después de marzo de 1939. Los principales factores que, con sus recíprocas influencias, habían dado lugar a la política del *appeasement* continuaron en vigor hasta fines del verano de 1939. Por otra parte, el acercamiento soviético a Alemania, había comenzado a gestarse mucho antes de la ocupación de Praga por los nazis. Y, por último, los preparativos de guerra contra Polonia constituían tan sólo una pequeña parte de un ambicioso proyecto elaborado por Hitler durante los meses que precedieron a la conferencia de Munich, proyecto que dio a conocer en el curso de los meses siguientes, pero únicamente a sus colaboradores más íntimos.

Analicemos primeramente la política de Hitler. Ya en noviembre de 1937, el *Führer* había expuesto a sus generales y al ministro de Asuntos Exteriores que Gran Bretaña y Francia eran «enemigos llenos de odio» hacia Alemania, y que tarde o temprano habría que ajustar cuentas con una y otra. Entonces Hitler creía que el predominio de Alemania e Italia sobre las democracias occidentales alcanzaría su punto máximo en 1942. Con todo, estaba dispuesto a aprovechar una eventual situación internacional ventajosa, lo cual, en esencia, fue precisamente lo que hizo en marzo y en septiembre de 1938, ocupando Austria y obligando a Gran Bretaña y a Francia a dejar en el más completo abandono a Checoslovaquia así como a preparar, en Munich, la cesión de los Sudetes a Alemania.

Sin embargo, le falló un aspecto de su política: la tentativa de concertar una alianza directa con la Italia de Mussolini en el transcurso de la visita que efectuó a Roma en mayo de 1938. Y este mismo mes, tras una precedente advertencia británica de que no recurriera a la fuerza contra Checoslovaquia, fue cuando consideró a Gran Bretaña como su mayor enemigo. El 24 de mayo de 1938 ordenó a la Marina que se trazaran los planes pertinentes para que Alemania contara con una flota estratégicamente superior a la inglesa, capaz, por lo tanto, de vencerla. El plan se maduró durante el verano y el invierno de 1938, y en enero de 1939, Hitler firmó un decreto que, dentro del programa general de rearme germano, asignaba absoluta prioridad a las fuerzas de la Marina en relación con las de Tierra y Aire.



15 de marzo de 1939: una columna motorizada alemana en Checoslovaquia. También esta conquista se realizó sin que la *Wehrmacht* tuviera que hacer un solo disparo. Gracias a las maniobras políticas de Hitler, las fortificaciones checoslovacas resultaron totalmente inútiles. (Archivo Rizzoli)

Las lucubraciones de Hitler

Al parecer, durante los tres últimos meses de 1938, las relaciones de Hitler con Gran Bretaña eran tensas, mientras que, por otra parte, las posibilidades de una acción directa le parecían cada vez más favorables. En Munich, los estadistas occidentales –Daladier, Chamberlain, Halifax y Bonnet– le habían parecido unas lastimosas y despreciables nulidades. De acuerdo con su inclinación a juzgar las naciones a través de sus dirigentes y a éstos por la medida en que armonizaban con su visión megalómano-heroica de la historia, Hitler abandonó la conferencia de Munich sintiendo más bien desprecio hacia Gran Bretaña y Francia. Sin embargo, los elogios mundiales fueron para Chamberlain y no para Hitler, por haber evitado la guerra en la capital bávara. Y, por su parte, el Primer Ministro inglés, que le había hablado de paz y de amistad angloalemana, anunciaba poco después de su regreso a Inglaterra una sensible aceleración del ritmo del rearme británico.

Además, Hitler había deseado y programado el empleo de la fuerza contra Checoslovaquia. En las directrices que señaló no figuraban términos militares tales como «ataque», sino violentos términos físicos como «aniquilamiento» y «destrucción». Pero al preparar la conferencia de Munich, Chamberlain y Mussolini le habían impedido satisfacer su creciente afán de violencia. Las reflexiones de Hitler durante las semanas que siguieron al acuerdo, le llevaron a desviar hacia Gran Bretaña su antigua hostilidad por Francia (país al que en 1924, cuando escribió *Mein Kampf*, consideraba como el más peligroso enemigo de Alemania). Francia tenía ahora una importancia secundaria, la que le confería el hecho de que su alianza con Gran Bretaña proporcionaba a ésta un punto de apoyo en el continente. La derrota de Francia dejaba de ser un fin en sí misma y se convertía en un medio para conseguir otro fin: la expulsión de Gran Bretaña de Europa.

Durante el mes de octubre de 1938, la situación pareció evolucionar en la dirección deseada por Hitler. Casi inmediatamente después de la conferencia, los jefes militares italianos empezaron a presionar cerca del *Führer* con el fin de organizar entrevistas a nivel ministerial, encaminadas a determinar una acción común contra Gran Bretaña y Francia, (aunque, al parecer, actuaban sin que tuviera conocimiento de ello Mussolini, o, al menos, sin que éste hubiera aprobado la iniciativa). En Munich, el ministro de Asuntos Exteriores von Ribbentrop había entregado a su colega italiano, el conde Ciano, un esquema que especificaba los términos de una

propuesta de alianza militar entre Alemania, Italia y el Japón; y aunque Ciano rechazó la propuesta, considerándola como un típico fruto de la fantasía del ministro alemán, Hitler y Ribbentrop seguían opinando que Italia era partidaria de dicha alianza. También antes de la conferencia de Munich, los jefes militares japoneses, a través de su agregado militar en Berlín, general Oshima, habían presionado para que se concertase una alianza militar contra Gran Bretaña y Rusia.

En el transcurso de los meses de octubre y noviembre de 1938, el Ejército alemán, a las órdenes directas de Hitler, efectuó unas maniobras cuyo objetivo fueron las líneas fortificadas checoslovacas que habían pasado a manos alemanas a raíz de lo estipulado en Munich. Así se llegó a la conclusión de que tales fortificaciones –construidas según el modelo de la línea Maginot– eran completamente ineficaces ante las nuevas tácticas «de choque», que se basaban en el ataque con carros de combate, aviones de bombardeo y tropas de asalto. Hitler se convenció de que, con la ayuda italiana, podría abrir brecha en la línea Maginot, derrotar a Francia y expulsar del continente a los ingleses. Las negociaciones secretas con el Japón se intensificaron, y Ribbentrop fue a Roma para tratar de vencer la resistencia que Ciano y Mussolini oponían a la firma de una alianza militar. A fines de noviembre de 1938, Hitler esbozó un plan militar contra Francia y Gran Bretaña, basado en una *Blitzkrieg* hacia Occidente; el plan tenía que constituir el documento base para las conversaciones a nivel ministerial que se mantendrían con los italianos una vez ratificada la alianza con Italia y Japón.

Al propio tiempo, existía la cuestión de Polonia y, por encima de ésta, el problema ruso. Hitler estaba convencido de que la alianza con Japón sería más que suficiente para disuadir a Rusia de una posible intervención; y, en todo caso, aún no existía ninguna frontera común entre Alemania y Rusia. Por último, con el acuerdo de Munich, Rusia había perdido su aliado checo en Europa central.

El problema polaco

En cambio, el problema concerniente a Polonia era muy distinto. En la conferencia de Munich, los polacos habían apoyado las reivindicaciones alemanas, obteniendo su parte en el reparto de los territorios checoslovacos fronterizos. Además, desde enero de 1934, entre Alemania y Polonia existía un pacto de no agresión. Pero el pasillo de Danzig separaba todavía la Prusia Oriental de la Occidental; la antigua ciudad alemana de Danzig quedaba aún fuera del Reich y, por último, al menos sobre el papel, Polonia y Francia seguían siendo aliadas. No obstante, Ribbentrop pensaba llegar a un acuerdo con los polacos, quizás engañándoles con la promesa de que obtendrían la compensación adecuada en Ucrania, cuando Alemania atacara por fin a Rusia.

El objetivo de Hitler era despejar sus fronteras orientales para poder atacar hacia Occidente, y su plan constaba de dos fases. Ante todo, era preciso concertar una alianza militar general con Italia y Japón, alianza que no sólo tendría ocupada a Rusia en Extremo Oriente, sino que también obligaría a Gran Bretaña a distraer parte de sus fuerzas militares en el Mediterráneo y Extremo Oriente y, al mismo tiempo, desviaría de Europa la atención de los Estados Unidos. En segundo lugar, esperaba concluir un acuerdo con Polonia para ponerla en contra de Rusia, con lo que contrarrestaría el eventual peligro de que Polonia se acordase de su alianza con Francia y decidiera atacar la ciudad libre de Danzig, aprovechando la circunstancia de que Alemania estuviera empeñada en una guerra en Occidente. En último término, si no se podía convencer a Polonia de que aceptara estos planes, se podrían emplear las tropas italianas contra los polacos. Según pensaba, en el ínterin, Gran Bretaña y Francia no intervendrían, en espera del ataque alemán.

El plan era tan ambicioso como característico de los singulares criterios con que Hitler y Ribbentrop consideraban los asuntos internacionales. Era, asimismo, muy complejo y, como sucedió a menudo en las ocasiones en que Hitler se aventuró en el terreno diplomático, la concatenación de los acontecimientos se produjo de forma distinta de la prevista, ya que las víctimas fueron alertadas prematuramente. Este elemento, en efecto, caracterizó el planteamiento que Hitler diera a la crisis checa; en aquella ocasión, no obstante, el temor de sus adversarios le permitió obtener una fácil victoria. Pero las cosas no irían tan bien en 1939, pues estos mismos adversarios se mostrarían más resueltos, y al mismo tiempo, más temerarios. El Gobierno inglés no se dejó convencer por las lúgubres profecías de sus jefes de Estado Mayor, quienes afirmaban que una guerra concluiría inevitablemente con una derrota, y los polacos, por su parte, se mostraron mucho más decididos (y mucho menos realistas) que los checoslovacos. Por último, Italia y Japón, sus presuntos aliados, no compartían su fe en la debilidad de Gran Bretaña.

La ocupación de Praga por parte de Hitler, aun sin provocar ningún cambio efectivo en la política del Gobierno inglés, tuvo honda repercusión en la opinión pública británica y en la Commonwealth. Con aquella acción, Alemania se enajenó la consideración de quienes hasta entonces habían sostenido que Gran Bretaña no se interesaba por las cuestiones de Europa central; de los que habían deseado que Gran Bretaña practicara una política de aislamiento respecto al continente; de cuantos habían aceptado como fundadas las protestas alemanas contra el Tratado de Versalles, creyendo que Hitler intentaba tan sólo paliar las injustas cláusulas de aquel documento; de los muchos liberales ingleses para quienes el nacionalismo no constituía un hecho negativo, y, en fin, de todos los que habían aprobado el acuerdo de Munich. La conquista, ocupación y subyugación de Checoslovaquia –un país no alemán en el que vivía un pueblo no germano– demostraron, sin lugar a dudas, que Hitler era precisamente el tipo megalómano napoleónico que siempre habían sostenido que era los que se opusieron a la política del *appeasement*. La acción de Hitler suscitó en Inglaterra el sentimiento de que era imposible evitar la guerra. Ni siquiera la conclusión del pacto germano-ruso (elemento que, según Hitler, hubiera debido producir un efecto «tranquilizante») consiguió que variase ese estado de ánimo.

Los errores diplomáticos de Alemania

El haberse ganado la animosidad de la opinión pública inglesa constituyó, quizá, el más grave de los errores que cometió Hitler después de la conferencia de Munich, pero no fue el único en que incurrió. Las negociaciones para concertar un pacto tripartito con Italia y Japón fueron muy trabajosas. Al principio, Mussolini consiguió retardar los contactos, con el propósito de llegar a un acuerdo sin incidentes con Gran Bretaña para la ratificación del pacto Mediterráneo; pero en diciembre, cuando solicitó de Francia la restitución de Niza, Córcega y Túnez, la airada reacción de Francia indujo al *Duce* a pactar inmediatamente con Alemania.

Cuando por fin declaró estar dispuesto a concluir la alianza, cayó el Gobierno filogermano del Japón. Y los nuevos gobernantes nipones sólo estaban dispuestos a concertar una alianza tripartita en el caso de que el objetivo se limitara a una acción contra Rusia, por cuanto las autoridades navales japonesas y el ministerio de Asuntos Exteriores no tenían ningún deseo de arriesgarse a entrar en conflicto con Gran Bretaña y Estados Unidos, a menos que se tratara de repeler un ataque de estas potencias. Para Hitler, una alianza únicamente contra Rusia era inútil, ya que precisaba de una alianza general que atemorizase a Estados Unidos y obligara a Gran Bretaña a dirigir su atención al Extremo Oriente. Las negociaciones con el Japón se desarrollaron con extremada lentitud durante toda la primavera y el verano de 1939.

Von Ribbentrop tampoco consiguió mejores resultados con Polonia. Los polacos contemporizaban y no se definían respecto a la cuestión crucial, aduciendo como pretexto la actitud de la opinión pública polaca. En ningún momento demostraron, pues, estar efectivamente dispuestos a aceptar el *status* de satélites de Alemania. Para demostrar a los polacos su buena fe, Ribbentrop llevó las relaciones germano-rusas casi a un punto muerto; pero en marzo estaba ya fuera de dudas que el esfuerzo era inútil. El ambicioso proyecto de una guerra contra Francia y Gran Bretaña se estaba diluyendo a consecuencia de las banales dificultades relacionadas con las negociaciones tripartitas y de la actitud obstruccionista polaca. Resulta significativo el hecho de que en marzo de 1939, cuando autorizó finalmente la celebración de conversaciones a nivel ministerial con los italianos, Hitler diera intrucciones precisas a fin de que dichas conversaciones se limitaran a cuestiones puramente técnicas. De esta forma, el plan que se había preparado para la ofensiva en Occidente, no se reveló ni siquiera a quienes debían contribuir a su éxito.

A partir de noviembre de 1938, las autoridades inglesas habían empezado a recibir informes de los cuales se desprendía que Hitler se estaba preparando para alguna nueva acción. En público, el Primer Ministro, Neville Chamberlain, continuaba empleando un lenguaje confiado y tranquilizador. En privado, sin embargo, Alemania y Hitler le preocupaban mucho. Y aunque después de la conferencia de Munich permaneció algunas semanas en un estado de euforia debido a su éxito personal, muy pronto volvió a adoptar una actitud desconfiada. Al principio, de los informes parecía deducirse que se produciría una acción alemana contra Ucrania, movimiento que Chamberlain consideraba con mucha preocupación, aunque no tanto como para que le pareciese necesaria una intervención directa.

A comienzos de enero de 1939 llegaron a Gran Bretaña las primeras noticias de los planes de Hitler para atacar Occidente. Estos informes incurrían en errores de detalle, ya que preveían una ofensiva aérea total contra Gran Bretaña y un ataque contra Holanda, en tanto que los planes militares reales de Hitler se dirigían específicamente a dejar fuera de combate a Francia mediante un ataque directo, por tierra, contra la línea Maginot. No obstante, las referencias eran más que suficientes para inducir a las autoridades inglesas a poner en guardia a Francia y Estados Unidos, así como a Holanda y Bélgica; a decidir también que un posible ataque a uno de los dos últimos países se consideraría como una agresión a Gran Bretaña, y a presionar a los franceses para sostener conversaciones a nivel ministerial, encaminadas a estudiar la posibilidad de cubrir tanto el frente occidental como el Mediterráneo y Oriente Medio.

Como quiera que Francia seguía confiando en la posibilidad de llegar a un acuerdo con Alemania, las conversaciones no se iniciaron hasta después de la ocupación alemana de Praga. Los elementos probatorios que obraban en poder de los ingleses demuestran que Gran Bretaña estaba muy bien informada en cuanto al desarrollo y la naturaleza de las negociaciones en curso entre Alemania y el Japón; pero, a su vez, ya en enero de 1938, los ingleses habían concertado con Estados Unidos un acuerdo secreto para llevar a cabo una acción conjunta contra el Japón. En el trascurso del verano de 1939, Inglaterra recurrió a toda su habilidad diplomática, respaldada por el apoyo que suponía la ayuda americana, con objeto de evitar cualquier conflicto con los japoneses que pudiera alejarla de Europa. En marzo, el Almirantazgo había afirmado categóricamente que, al menos durante algunos años, no sería posible trasladar a Extremo Oriente parte de la Fuerza Naval inglesa



Marzo de 1939: fuerzas germanas de ocupación en Checoslovaquia. A partir de aquel momento, casi nadie dudaba en Europa de que la guerra estallaría aquel mismo verano. Pero lo que nadie preveía eran los rápidos éxitos que conseguirían los alemanes. (Paul Popper)

para hacer frente a los japoneses. La preocupación principal de Inglaterra era Alemania; mejor dicho, Alemania e Italia, las cuales, según sus informes, en Europa actuarían de acuerdo.

La enigmática Rusia

Quedaba la Unión Soviética. A partir de 1934, Rusia había abandonado su oposición a la Sociedad de Naciones para convertirse en uno de los más entusiastas defensores del principio de la seguridad colectiva. Desde 1935 la política soviética se orientó claramente hacia la organización de «frentes populares» que se opusieran a los dictadores, lo cual no implicó, sin embargo, la menor suavización de la actitud que, frente a Rusia, mantenían los conservadores ingleses o los radicales de derechas franceses, que preferían llegar a un compromiso con Alemania e Italia antes que cooperar con los bolcheviques. Durante la crisis checa, las aproximaciones de Rusia a Gran Bretaña y Francia ni siquiera se tomaron en consideración; ni tan sólo se la invitó a la conferencia de Munich.

El comportamiento soviético durante los años veinte, y más tarde en el curso de la guerra civil española, había suscitado en el *Foreign Office* la vaga sospecha de que el objetivo real de la política soviética no era otro que el de arrastrar a Alemania e Italia a una guerra contra Occidente, guerra cuyos mayores beneficios serían para Rusia. Por otra parte, la valoración occidental de la potencia militar soviética era bastante negativa. En Occidente se pensaba, en efecto, que el Ejército ruso desempeñaría un buen papel en una guerra defensiva, pero su capacidad ofensiva se consideraba más bien escasa. Y si las potencias occidentales hubieran sabido que, ya en 1936, Stalin había intentado llegar a un acuerdo con Hitler, se habrían mostrado aún más desconfiadas. Pero en enero de 1939 todo el mundo creía que la Unión Soviética se deslizaba hacia el aislacionismo.

La opinión no era del todo errónea, aunque incurría en el defecto de tomar un fenómeno temporal por una línea de conducta a largo plazo. La Unión Soviética estaba perfectamente informada de cuanto sucedía gracias a su excelente servicio de información, que alcanzaba incluso a altos funcionarios alemanes y japoneses. El hombre que regularmente obtenía información de la caja fuerte de la embajada inglesa en Roma, por cuenta del servicio secreto italiano, vendía también a la embajada soviética una copia de los documentos.

En sus conversaciones diplomáticas, tanto Litvinov, ministro de Asuntos Exteriores soviético, como Maisky, embajador soviético en Londres, demostraban estar extraordinariamente bien informados del curso de las negociaciones tripartitas entre Alemania, Italia y Japón. Sabían que los alemanes pensaban atacar en Occidente, y no en Ucrania, y entre tanto, aunque preocupados por el desarrollo de las negociaciones entre Alemania y Polonia, tomaron todas las iniciativas posibles para desligarse abiertamente de Occidente. La prensa rusa cesó en sus ataques contra Alemania. Asimismo, la ayuda soviética al bando republicano español se interrumpió bruscamente. Por último, el 10 de marzo, en un discurso que pronunció con motivo del Congreso del Partido comunista soviético, Stalin calificó a las democracias occidentales como países «belicistas por naturaleza y acostumbrados a que otros les saquen las castañas del fuego».

Los dirigentes soviéticos empezaban a abandonar la política de seguridad colectiva patrocinada por Litvinov. En febrero y marzo de 1939 falló otro de sus proyectos: el de reforzar los flancos septentrional y meridional de la Unión Soviética en Europa, por medio de acuerdos negociados con las repúblicas bálticas de Estonia, Letonia y Lituania, al norte, y con Rumania, Bulgaria y Turquía, al sur. A pesar de ello, la inme-



diata reacción inglesa tras la ocupación de Praga por los nazis y los tardíos esfuerzos realizados por el Gobierno inglés, a fines de febrero, para mejorar las relaciones con Moscú, parecieron ser la última tentativa en pro de la política de seguridad colectiva preconizada por Litvinov.

Agitación en Rumania

Muchos europeos consideraron la ocupación de Praga por los alemanes (15 de marzo de 1939) como el anuncio de una reactivación de la presión política en Europa oriental. Evidentemente, el golpe resultó demasiado fuerte para los nervios de Viorel Tilea, ministro rumano en Londres, quien, el 17 de marzo, mientras Chamberlain se esforzaba todavía por atenuar las repercusiones del golpe alemán sobre la opinión pública inglesa, se presentó en el *Foreign Office* en un estado de tremenda agitación. Dijo que, en el curso de las negociaciones comerciales que se desarrollaban entre Alemania y Rumania, en Bucarest, los germanos habían solicitado el monopolio del comercio rumano, a cambio de lo cual se comprometían a respetar las fronteras del país. El Gobierno rumano consideraba esta propuesta como un verdadero *ultimátum*. ¿Qué posición adoptaría Gran Bretaña –inquirió Tilea– si Alemania atacaba Rumania?

Toda la historia era una pura invención. Los alemanes no habían llevado a cabo ninguna proposición en tal sentido. Todavía hoy se desconocen las causas que pudieron inducir al ministro rumano a comportarse de aquella forma; quizá sufriera un ataque nervioso. Pero la noticia produjo en el *Foreign Office* el efecto de una descarga eléctrica. El ministro de Asuntos Exteriores, lord Halifax, telegrafió inmediatamente a Moscú para saber qué actitud adoptaría Rusia. Litvinov respondió, dos días más tarde, proponiendo la celebración de una conferencia en Bucarest, con la participación de Gran Bretaña, Francia, la Unión Soviética, Rumania y la aliada Polonia; poco después se añadió un sexto país: Turquía.

Mientras tanto, en Londres se había reconsiderado la cuestión, la política inglesa apuntaba entonces a la formación en Europa Oriental de un frente capaz de contener cualquier nueva expansión alemana. Y en consecuencia, los ingleses se preguntaron si la conferencia propuesta por Litvinov era en verdad el mejor modo de conseguir dicho resultado. Además, el Gobierno rumano negó que existiera la más mínima amenaza para su independencia por parte alemana. En el mejor de los casos, una conferencia habría sido un arma de dos filos, ya que si fracasaba a causa de los roces existentes entre Polonia y Rumania, por una parte, y la Unión Soviética, por otra, Hitler hubiese podido poner en práctica los planes que más le convinieran.

Lo más práctico, según los ingleses, era algo sencillo e inmediato. Lord Halifax propuso, pues, que se redactara una declaración conjunta en la cual las potencias interesadas se comprometieran a consultarse mutuamente en cualquier ocasión en que pudiera estar amenazada la independencia de un Estado europeo. El mismo día, Chamberlain dirigió una llamada a Mussolini, a quien rogó que utilizara su influencia para frenar a Hitler. El 22 de marzo, Litvinov respondió aceptando en principio la idea de la declaración, aunque añadió que a dicha declaración debería seguir una conferencia de alto nivel en la que participaran todos los países de Europa oriental y sudoriental. Gran Bretaña habría aceptado esta propuesta, de no ser porque los sondeos efectuados en Polonia revelaron que los polacos eran fundamentalmente contrarios a comprometer su política de equilibrio entre la Unión Soviética y Alemania, lo que habría ocurrido si hubiesen tomado parte en una conferencia cuyo motivo evidente era hacer presión sobre Alemania.

A esto siguió una serie de conversaciones directas anglo-soviéticas, que se desarrollaron en parte en Moscú y en parte en Londres. Al parecer, estas conversaciones dieron como resultado que las autoridades soviéticas llegaran a la conclusión –no del todo infundada– de que los ingleses no hacían sino servirse de Rusia como instrumento de presión contra Hitler, y que por parte inglesa no existía aún ninguna intención formal de oponerse con la fuerza al dictador alemán.

La intransigencia polaca

Esta era la situación cuando una nueva crisis de nerviosismo en Londres indujo al Gobierno inglés a publicar (31 de marzo) una declaración unilateral por la que Gran Bretaña se comprometía a defender a Polonia de una eventual agresión alemana. El nerviosismo había sido originado por la repentina ruptura de relaciones entre Alemania y Polonia; pero, como suele suceder siempre que se consideran los acontecimientos del período 1935-39, se tiene la impresión de que los adversarios de Hitler trastocaron las fechas de su programa de acción, con lo que le obligaron a adoptar una línea de conducta sobre la cual aún no había tomado una decisión definitiva.

Durante el invierno de 1938-39, Hitler y von Ribbentrop intentaron llegar a un acuerdo con los polacos respecto a la cuestión del pasillo de Danzig, acuerdo que hubiera permitido a Alemania concentrar todas sus fuerzas en Occidente. El 21 de marzo, los alemanes llevaron a cabo un último esfuerzo, pero eligieron un momento especialmente inoportuno, ya que el día siguiente las fuerzas germanas ocuparon la antigua población alemana de Memel –que en 1919 había pasado a formar parte de Lituania–, obligando a los lituanos a firmar un tratado por el cual aceptaban la restitución de la ciudad a Alemania. Para cualquier polaco resultaba muy fácil advertir el paralelismo existente entre Memel y Danzig. Por toda respuesta, los polacos movilizaron tres quintas y reforzaron la guarnición acantonada en la ciudad más próxima a Danzig, que era el puerto de Gdynia.

Tales manifestaciones por parte de los polacos no bastaron para inducir a Hitler a cambiar de actitud. Aquel mismo día, el *Führer* informó al Ejército de que, por el momento, no deseaba recurrir a la fuerza para resolver el problema de Danzig o la cuestión polaca, pues no quería arrojar a Polonia en brazos de los ingleses. Sin embargo, al día siguiente, el embajador polaco presentó una nota en la que se rechazaban por completo los términos de las proposiciones alemanas relativas a Danzig y su pasillo. Se produjeron disturbios antialemanes en Bromberg, y el 28 de marzo, el ministro de Asuntos Exteriores polaco declaró explícitamente que cualquier tentativa por parte alemana, encaminada a alterar en forma unilateral el *status* de Danzig, significaría la guerra. El diario del Ejército polaco afirmó que los polacos no se habrían dejado intimidar como ocurriera pocas fechas antes con la aplastada Checoslovaquia, y que los recursos militares con los que su nación podía contar le habrían asegurado de forma clara la victoria.

Estos acontecimientos eran ya sensacionales por sí solos; ahora bien, desde el punto de vista de Londres, que los interpretaba según los informes procedentes del servicio secreto y de otras fuentes, daban a entender que los alemanes se estaban preparando para atacar Polonia e indicaban la necesidad de llevar a cabo algún movimiento que pudiera interpretarse como una advertencia directa a Alemania. Así, el 31 de marzo, Chamberlain anunció en la Cámara de los Comunes que si Polonia consideraba amenazada su independencia y se veía obligada a oponerse a esta amenaza con la fuerza, Gran Bretaña intervendría en su ayuda.

Al día siguiente, Hitler replicó públicamente, pronunciando en Wilhelmshaven un violento discurso antibritánico. Abandonó, incluso, su tradicional política con respecto a Polonia. El 21 de marzo, Hitler aún temía empujar a Polonia en brazos de Inglaterra; pero a fines de mes la actitud de cautela carecía ya de sentido. Entre el 28 y el 31 de marzo (la fecha no se ha determinado con exactitud) formuló indicaciones a su jefe de Estado Mayor, general Keitel, para que ordenase a las Fuerzas Armadas alemanas que estuvieran prestas para atacar Polonia el 1 de septiembre de 1939; las órdenes en este sentido fueron cursadas por Keitel antes del 1 de abril. No obstante, Hitler persistía en su decisión básica, es decir, el ataque a Gran Bretaña y Francia, por lo que, en un decreto suplementario, definió tales órdenes como «simples disposiciones preventivas», complementarias a los preparativos de guerra contra las democracias occidentales. De acuerdo con este objetivo, Hitler siguió apremiando para que se llegara a una conclusión en las negociaciones en curso para concertar una alianza con Italia y el Japón.

Todavía no se sabe exactamente el momento preciso en que Hitler tomó la decisión de atacar Polonia. Los elementos probatorios que indujeron al Gobierno inglés a formular su declaración que garantizaba la independencia polaca eran muy pobres, y se procedió a su valoración en una atmósfera de alarma que sólo puede explicarse teniendo en cuenta la reacción que provocaron en Inglaterra la ocupación de Praga y los informes de que Hitler se estaba preparando para alguna nueva empresa. Así era, en efecto, pero en aquel momento el *Führer* pensaba atacar a Gran Bretaña y Francia, en vez de Polonia. Aún no había abandonado por completo la esperanza de convencer a los polacos, aunque hubiese ya decidido (en realidad ese era su objetivo indeclinable desde el primer momento) que la única alternativa era destruir el Estado polaco y reducir a sus habitantes a la condición de esclavos.

El Gobierno inglés estaba ya convencido de que la única posibilidad de frenar a Hitler consistía en la formación de un frente capaz de contener cualquier nueva tentativa de expansión alemana en Europa oriental. Una vez se le hubiera «contenido», una vez se le hubiera demostrado la imposibilidad de conseguir sus objetivos por medio de la acción unilateral o la amenaza de la guerra, sería posible nuevamente negociar un acuerdo general en Europa, acuerdo que, según se pensaba en Inglaterra, satisfacía los intereses económicos que –también en opinión de los ingleses– constituían el verdadero trasfondo de la agresividad de Hitler.

Pero, ante todo, era necesario «contener» a Hitler. La declaración inglesa de dar garantías a Polonia, publicada el 31 de marzo, constituyó el primer paso en este sentido, y si bien el temor de un inmediato ataque alemán les había inducido a comportarse con cierta precipitación, los dirigentes ingleses empezaron a considerar ya la idea de establecer un compromiso conjunto de garantía a Polonia y Rumania; compromiso que constituiría la declaración cuatripartita que anteriormente habían rechazado los polacos.

Ocupación de la región de los Sudetes: Hitler llega a Karlsbad, donde le acoge una muchedumbre entusiasta. En Gran Bretaña existía el convencimiento de que, hasta cierto punto, Alemania tenía derecho a anexionarse los territorios habitados por alemanes. *(Archivo Rizzoli)*

DONALD C. WATT



Estudió en Rugby y en Oxford. Prestó servicio en el *Intelligence Corps* (Servicio de Información), en Austria, de 1946 a 1948, y luego formó parte del grupo de historiadores del *Foreign Office*, que publicó los documentos alemanes capturados al final de la guerra. En 1954 ingresó en la *London School of Economic* como profesor de Historia diplomática contemporánea. En la actualidad es lector de Historia Internacional en la Universidad de Londres. En 1962 ingresó como redactor en el *Survey of International Affairs*; entre sus publicaciones se cuentan diversos libros y más de cuarenta artículos sobre temas relativos a cuestiones diplomáticas.

22 de mayo de 1939

EL PACTO DE ACERO

por Mario Toscano



El 22 de mayo de 1939 se firmó en Berlín el «Pacto de Acero», en virtud del cual, los regímenes fascista y nazi se comprometían a ayudarse militarmente en el caso de que una de las dos partes se viese arrastrada a un conflicto. Con este acuerdo, Italia se ligaba de forma definitiva a Alemania y a su política expansionista. Los dirigentes fascistas creyeron haber puesto un freno a las ambiciones hitlerianas; pero no advirtieron que dada la desigual potencia de los dos países, tan sólo uno de ellos tomaría las decisiones finales, mientras que el otro debería hacer honor al compromiso fatal de intervenir en la guerra en favor de su aliado.



22 de mayo de 1939: Ciano y Ribbentrop firman en Berlín el Pacto de Acero. En el centro, Hitler, y tras el respaldo de su sillón, Goering. Por parte italiana, el pacto se firmó con la falsa creencia de que Alemania consultaría con su aliada antes de lanzarse a otras empresas que pudieran llevar a la guerra. *(Archivo Rizzoli)*

La reconstrucción del complejo y largo proceso de negociaciones que debían concluir el 22 de mayo de 1939 con la alianza llamada «Pacto de Acero», entre Italia y Alemania, constituye quizá una de las más singulares y sorprendentes páginas de la diplomacia del Eje. Los documentos diplomáticos italianos y alemanes, publicados en el curso de los últimos años, han esclarecido ya todos los aspectos de las citadas negociaciones. Realmente, en aquella ocasión, la ligereza y la inconsciencia de Mussolini y de Ciano superaron las previsiones más pesimistas, mientras que la mala fe nazi se pone de manifiesto sin posible duda. Ninguna explicación puede ser más clara que la que se desprende de la simple lectura de los textos y de la exposición de los hechos. La idea de estipular una alianza bilateral militar germanoitaliana, considerada ya por Hitler en *Mein Kampf* en 1926, no empezó a ser estudiada seriamente por el canciller nazi hasta después del *Anschluss*. Sin duda, la aceptación por parte de Mussolini de la unión austroalemana determinó en Berlín una disposición psicológica favorable, pero el verdadero origen de la decisión de Hitler debe buscarse en la realización, que no fue un hecho hasta entonces, de dos premisas esenciales: la creación de una frontera común entre ambos países y la aceptación del proyecto por parte de los jefes militares de la *Wehrmacht*, quienes anteriormente se habían mostrado hostiles a él. La primera propuesta formal por parte alemana tuvo lugar con motivo del viaje que Hitler y von Ribbentrop realizaron a Roma en mayo de 1938. La proposición de alianza militar preveía un *casus foederis* que se circunscribía a la única eventualidad de un ataque conjunto anglofrancés a una de las dos potencias del Eje. Además, en el articulado del pacto se enunciaba la garantía explícita del mantenimiento de la frontera común del Brénnero y del *Anschluss* austro-alemán. Esta propuesta de alianza no encontró en Roma una acogida favorable, ya sea porque Ciano pensaba aún en la posibilidad de establecer con Francia un acuerdo análogo y paralelo al que acababa de establecer con Gran Bretaña, ya sea porque el *Anschluss* había suscitado en Italia reacciones críticas tan profundas que en el Palacio Chigi se había preparado un proyecto de tratado con Alemania en el que se especificaba muy claramente el compromiso recíproco de evitar en el territorio de cada país cualquier actividad que se dirigiera contra la integridad territorial de la otra parte, así como el de no recurrir a la guerra en las relaciones mutuas. A este punto llegaba entonces la preocupación italiana por la suerte del Alto Adigio, a causa de la agitación que suscitaron en esta región los acontecimientos austríacos. No obstante, este proyecto duró poco tiempo. Ya en el mes de junio siguiente, von Ribbentrop, quizás alentado por el embajador de Italia en Berlín, proponía nuevamente una alianza militar germanoitaliana en la que el Gobierno de Roma

no tuviese obligación de intervenir en un eventual conflicto entre Alemania y Checoslovaquia. La crisis de los Sudetes determinó una nueva pausa en las negociaciones, mientras los militares japoneses se prodigaban en repetidas gestiones en Berlín y en Roma para transformar en una alianza militar el Pacto Tripartito anti-komintern.

Concluida la conferencia de Munich, von Ribbentrop entregó personalmente a Ciano, poco antes de que éste subiera al tren que lo conduciría de retorno a Italia, el texto de un rudimentario proyecto de alianza militar germano-italianonipona y el ministro de Asuntos Exteriores italiano prometió estudiar la cuestión. Pero, pocas semanas después, von Ribbentrop le telefoneó de repente desde Berlín para anunciarle su llegada a Roma con objeto de hacerle entrega de un mensaje personal de Hitler. El ministro de Asuntos Exteriores alemán permaneció en Roma del 27 al 29 de octubre de 1938 y se entrevistó varias veces con Ciano y con Mussolini. Explicó detalladamente a uno y otro las razones que habían inducido a Hitler a urgir la firma de una alianza tripartita. Mussolini, con gran sorpresa por parte de von Ribbentrop, siguió negándose. Dijo que se llegaría a concertar dicha alianza, pero que no era aquel el momento adecuado para establecer el pacto.

Él mismo expuso los argumentos que adujo para rechazar la propuesta alemana, lo que hizo en estos términos:

«1.º *Si se trata de una alianza militar de carácter defensivo, no es absolutamente necesaria y urgente. Nadie, ni hoy ni mañana está en disposición de atacar a los Estados totalitarios; a) porque los Estados totalitarios son más fuertes, b) porque formarían un sólo bloque. Para una política defensiva, basta con el Pacto anti-komintern y el Eje Roma-Berlín.* 2.º *Si se trata de una alianza ofensiva, no defensiva, se requiere: a) que los objetivos que se propongan alcanzar los tres Estados estén bien definidos y concuerden, b) que la alianza surja de una amistad profunda y arraigada entre los dos pueblos. Cuando se cumplan estas dos condiciones y resulte evidente que el choque es inevitable, la alianza surgirá naturalmente, como consecuencia lógica de la situación.*

Pero la posición dilatoria de Mussolini no se prolongó por mucho tiempo. La causa principal del cambio de parecer del dictador fascista fue el resultado, como ya se ha dicho, de la grave tensión italo-francesa a que dieron lugar las reivindicaciones sobre Niza, Córcega y Jibuti, decididas repentinamente por Mussolini en un coloquio con Ciano el 8 de noviembre de 1938, y clamorosamente expuestas por este último el 30 de noviembre siguiente, con ocasión de un discurso dirigido por el ministro de Asuntos Exteriores fascista a la Cámara del Fascio y de las corporaciones. Parece ser que la repentina y fuerte presión en este sentido se debió al malhumor que provocó en Italia el anuncio de una inminente declaración que luego confirmó personalmente von Ribbentrop en París, el 8 de diciembre de 1938.

En el transcurso de las semanas siguientes, Benito Mussolini dejó entrever que era inminente su decisión de aceptar la propuesta de alianza tripartita que le había formulado el ministro de Asuntos Exteriores nazi a fines de octubre. En efecto, el 2 de enero de 1939, el conde Ciano dirigió a von Ribbentrop una larga carta, en la cual le comunicaba la decisión de Mussolini. Trató de justificar la determinación del *Duce* con argumentos poco plausibles, tales como la ya demostrada existencia de un pacto militar anglofrancés, el predominio de la tesis belicista en los ambientes responsables franceses y la preparación militar de los Estados Unidos. Elementos todos ellos cuya realidad había sido ya reconocida en el curso de las entrevistas celebradas en Roma, en octubre de 1938, con el ministro de Asuntos Exteriores nazi. En realidad, Mussolini deseaba reforzar su propia posición diplomática y militar con respecto a Francia.

Por otra parte, se encomendó al embajador Attolico que negociase con Berlín la cuestión del Alto Adigio, «para evacuar de la región a los alemanes que quisieran marcharse», y la forma de lograr «una mayor fluidez» en las relaciones económicas italoalemanas.

La carta de Ciano fue entregada en Munich el 4 de enero de 1939, y aun cuando Ribbentrop la acogió con evidente satisfacción, la discusión de las dos peticiones italianas fue origen de algunas dificultades. En principio, el acuerdo sobre el Alto Adigio se declaró no procedente, pero luego el ministro de Asuntos Exteriores nazi agregó que la cuestión requería una elaboración larga y paciente, puesto que –según él– era «imposible y peligroso improvisar». En cuanto a la solución de las cuestiones comerciales, se consideraba poco fácil. En el entretanto, Berlín había transmitido a Roma un nuevo texto completo de la proyectada alianza tripartita, texto que el Palacio Chigi aceptó sin más, sugiriendo tan sólo una modificación de forma en el preámbulo.

La respuesta de Tokio a las comunicaciones de las dos potencias del Eje no llegó a Berlín hasta el 11 de febrero. El Gobierno nipón parecía estar de acuerdo en líneas generales, pero sugería que se introdujeran en el texto algunas modificaciones, que se calificaban simplemente como cuestiones de detalle. Para concretar dichas rectificaciones había salido de Tokio una comisión especial, que llegaría a Berlín el 28 de febrero.

Las dilaciones japonesas desilusionaron al Gobierno de Roma y, por otra parte, el arribo a Berlín de la comisión japonesa, en vez de suponer la aceleración de la firma de la proyectada alianza, no hizo sino añadir dificultades. Las instrucciones de Tokio a los embajadores japoneses en las capitales del Eje indicaban que el Gobierno nipón, en efecto, aprobaba «en líneas generales la idea del Pacto», pero deseaba «limitar los compromisos de asistencia recíproca tan sólo al caso de una eventual guerra con Rusia». Como máximo Hiranuma estaba dispuesto a aceptar públicamente el texto del proyecto, a condición de que en secreto se procediera a un cambio de notas en las que constara la condición restrictiva preconizada por el Japón. Evidentemente, esta condición no podía ser aceptada por las potencias del Eje, interesadas en especial por la eventualidad de un conflicto con Gran Bretaña y Francia. Mussolini y Ciano reaccionaron entonces proponiendo la conveniencia de acordar en el menor espacio de tiempo posible un pacto de alianza bilateral germanoitaliano. Las presiones de Mussolini dieron por resultado que Hitler aceptase la sugerencia de que se entrevistaran los jefes de Estado Mayor de los Ejércitos italiano y alemán. El canciller nazi tomó esta decisión el 9 de marzo de 1938, y von Ribbentrop se la confirmó a Attolico dos días después, en una entrevista que ambos sostuvieron.

A la sazón se estaba en vísperas de la ocupación alemana de Praga, y Hitler, por medio del príncipe de Hesse, comunicó a Mussolini que pensaba proceder a la ocupación cuando ya estaba decidida. El golpe de Praga determinó una pasajera reacción violentamente negativa por parte del Jefe del Gobierno fascista y de su ministro de Asuntos Exteriores. Por unos días, en Roma, se pensó en una posible ruptura de las alianzas, e incluso se aludió a ello, pero Mussolini volvió rápidamente a sus posiciones primitivas. Los alemanes dieron a los italianos toda clase de garantías en lo referente a sus intereses en Croacia y en el Mediterráneo; es más, a este respecto, hubo incluso una carta de von Ribbentrop a Ciano y una entrevista Attolico-Hitler, pero de todo ello no quedó más que un desagradable recuerdo. Más duradero, en cambio, fue el efecto que produjo en Berlín una frase que en aquella ocasión le dijo Mussolini al príncipe de Hesse, la cual, desgraciadamente, se interpretó en un sentido distinto del que tenía. El *Duce* afirmó que «en caso de una guerra entre Italia y Francia», Italia no necesitaría ayuda alemana «en hombres, pero sí probablemente en armas y materias primas». Luego pese a la insistencia germana en demostrar lo absurdo de la idea de un conflicto aislado italo-francés, estas palabras de Mussolini fueron repetidas por Attolico en Berlín, por el general Pariani a su colega von Keitel en la entrevista de Innsbruck y por el conde Ciano a von Ribbentrop en Milán; todo lo cual llevó a los alemanes al convencimiento de que Italia se estaba preparando para atacar a Francia en breve. Y esta convicción dio lugar a uno de los peligrosos equívocos en los que se cimentó la alianza germanoitaliana.

El 28 de marzo de 1939, Mussolini preparó una nota sobre las cuestiones que se debían discutir con von Ribbentrop: «a) *objetivos, en el espacio y en el tiempo, de la política alemana;* b) *posición económica de Italia en la cuenca del Danubio y en los Balcanes;* c) *relaciones italo-francesas e italo-albanesas;* d) *eliminación de los alemanes del Alto Adigio;* e) *alianza militar de los países del Triángulo*».

El 2 de abril de 1939, mientras Mussolini consideraba todavía la posibilidad de la Alianza Tripartita, se recibieron en las capitales del Eje nuevas propuestas japonesas. El Gobierno de Tokio pedía autorización para informar a los embajadores de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos de que los integrantes del Pacto Tripartito consideraban a Rusia como enemiga, y rogaba tomasen nota del «hecho de que, en el presente y en un futuro inmediato, Japón, desde el punto de vista militar», estaría capacitado para «cumplir sólo limitadamente con las obligaciones de ayuda y asistencia que implicaba el Pacto».

Las dos potencias del Eje rechazaron inmediatamente la idea de semejante declaración, puesto que la interpretación del Pacto era que, siendo puramente defensivo, no se dirigía contra ningún país, si bien, en caso de agresión por parte de un tercero, el tratado tendría plena validez contra cualquier atacante.

Los días 5 y 6 de abril, los generales Keitel y Pariani se entrevistaron en Innsbruck. Pese a las recíprocas declaraciones de solidaridad, Keitel silenció el hecho de que dos días antes había cursado la orden de que se iniciasen los preparativos para atacar Polonia, de modo que las operaciones pudieran emprenderse en cualquier momento a partir del 1 de septiembre de 1939. Por su parte, Pariani nada dijo sobre el desembarco italiano en Albania, que tendría lugar dos días después. El 15 y el 16 de abril, el mariscal Goering se entrevistó con Mussolini en el Palacio Venecia. Las principales conclusiones versaron sobre Rusia (hacia la cual Alemania e Italia hubieran debido intentar cierto acercamiento) y la situación general. Alemania e Italia evitarían cualquier provocación que pudiera arrastrarlas a un conflicto, en espera del momento que ambas considerasen oportuno. «Hablar de paz y preparar la guerra, es decir, la victoria», debía ser el lema de los dos países. Ahora bien, tanto Keitel en Innsbruck como Goering en Roma, declararon explícitamente que Alemania no estaría preparada para una guerra antes de un período que oscilaba entre tres y cinco años. No obstante, en aquella ocasión, Goering se mostró particularmente duro respecto a Polonia y expresó la decidida voluntad alemana de resolver el problema de Danzig.

A esta circunstancia se unió el hecho de que el 20 de abril de 1939 llegó al Palacio Chigi un informe muy grave, en el que Attolico presentaba como inminente el ataque alemán a Polonia, todo lo cual indujo a Ciano, de acuerdo con Mussolini, a telefonear inmediatamente a Berlín para invitar a von Ribbentrop a efectuar una visita a Italia el 2 de mayo.

Se creía en Roma que una agresión germana contra Polonia ocasionaría la guerra, y el Gobierno fascista pensaba que tenía el derecho de ser informado a tiempo, con objeto de poder predisponer de modo adecuado a la opinión pública.

Von Ribbentrop se mostró muy satisfecho de la invitación, pero formuló algunas reservas respecto a la fecha, que le parecía demasiado próxi-



Ciano en el curso de una entrevista con Hitler en los días de la firma del Pacto de Acero. La idea de una alianza germanoitaliana había sido expuesta ya por Hitler en *Mein Kampf*, en 1926; pero el canciller nazi no empezó a considerarla en serio hasta después del *Anschluss*. La primera propuesta se efectuó en mayo de 1938. (Archivo Rizzoli)

ma, y acabó por elegir, un tanto vagamente, un día comprendido entre el 6 y el 8 de mayo, proponiendo además que la entrevista tuviera lugar en la pequeña ciudad de Como, cercana a la frontera.

Entre tanto, el 24 de abril llegaba a Berlín otra descorazonadora respuesta japonesa a las renovadas tentativas alemanas encaminadas a que el imperio del Sol Naciente abandonara su posición negativa. Aquel mismo día, von Ribbentrop insinuó también a Attolico que existían discretos sondeos por parte rusa para reanudar las relaciones comerciales normales, tanto con Berlín como con Roma; el ministro de Asuntos Exteriores alemán concluyó por declarar que se proponía llevar a Como un esquema de pacto entre Alemania e Italia y que rogaba a Ciano que hiciera lo propio. A partir de aquel momento, las negociaciones, que hasta entonces habían sido tripartitas, fueron bilaterales, aunque se consideró siempre que se podían completar con la inclusión del Japón, ya que von Ribbentrop estaba empeñado en obtener la adhesión del Imperio del Sol Naciente a la alianza que se estaba proyectando.

En definitiva, la idea de una alianza bilateral fue acogida con entusiasmo por Mussolini, quien el 4 de mayo preparó para Ciano una nota que le sirviera de guía en su entrevista con su colega alemán. Esta nota es importante por tres razones. En primer lugar, por exponer en el comienzo las razones por las cuales las potencias del Eje, sobre todo Italia, tenían necesidad de un período de paz no inferior a tres años; en segundo, porque, pese a que el motivo de la entrevista era el deseo de averiguar los verdaderos propósitos alemanes respecto a Polonia, para nada se mencionaba este país en la nota del *Duce*, y, en tercer lugar, porque, a propósito de la alianza, se decía que Italia era favorable a una alianza tanto bipartita como tripartita, según cuál fuera la decisión que adoptase Tokio.

Los acuerdos militares deberían concertarse de tal modo que, ante ciertas circunstancias específicas, entraran en vigor casi automáticamente. Este concepto de automatismo fue el que inspiró luego a von Ribbentrop sus propuestas en cuanto al contenido ofensivo del Pacto de Acero. El ministro de Asuntos Exteriores nazi era también portador de un proyecto de alianza defensiva que reforzaba las líneas del que había sido entregado a Roma en mayo de 1938, pero no se lo presentó a Ciano. Ello se debió a que von Ribbentrop dio a la proyectada alianza un nuevo contenido, maniobra que efectuó cuando se convenció de que los italianos estaban dispuestos a llegar muy lejos en lo que a los compromisos militares se refería, circunstancia a la que se agregaron dos hechos de relieve: de una parte, el que las esperanzas de obtener la adhesión inmediata del Japón se iban desvaneciendo y de otra, el que las perspectivas de llegar a un entendimiento con Moscú parecían poder realizarse, debido a la sustitución de Litvinov por Molotov al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores ruso; detalle este muy significativo, pues así como el primero no gozó jamás de la simpatía de los jerarcas nazis, por sus conocidas tendencias occidentalistas y su origen judío, el segundo les merecía bastante más confianza; todo lo cual era un buen presagio para el éxito de las negociaciones en proyecto.

La reunión de los dos ministros tuvo lugar, no en Como, sino en Milán, lo que obedeció a una reacción de Mussolini contra los comentarios que circulaban en el extranjero respecto a ciertas manifestaciones antialemanas que habían tenido por escenario la capital lombarda. Ribbentrop se mostró bastante conciliador en lo referente a Polonia, pero sacó la impresión de que los italianos tenían ideas poco claras en cuanto al problema polaco. Repitió también el concepto de que era necesario un período de paz de tres a cinco años, para alcanzar la necesaria preparación, y refutó la tesis italiana de un posible conflicto aislado franco-italiano. Aceptó la propuesta de Mussolini, que se le expuso después del primer día de conversaciones, de anunciar en seguida la decisión de concertar la alianza germanoitaliana y se comprometió a preparar el proyecto en el tiempo más breve posible.

Pero en Milán, el 6 y 7 de mayo de 1939, hubo entre italianos y alemanes tres equívocos fundamentales. Al aludir a un período de paz, Ciano entendía que el Eje se comprometía a no emprender absolutamente ninguna guerra; para von Ribbentrop, en cambio, la frase excluía tan sólo una conflagración general, pero no un conflicto a escala local. La falta de información sobre el tema polaco y ciertas expresiones de Ciano fueron interpretadas por su colega nazi en el sentido de que en Roma no se excluía la posibilidad de localizar un posible conflicto germanopolaco, cuando, en realidad, en el Palacio Chigi ni siquiera se dudaba de la imposibilidad de llevar a la práctica semejante programa. Además, la insistencia de Ciano a propósito de Francia, confirmó a los alemanes en su sospecha de que Italia se estaba preparando para un ataque contra su país vecino. Por último, la falta de predisposición por parte italiana a un proyecto de tratado de alianza, dejó toda iniciativa en manos de los alemanes. Y así, cuando éstos presentaron el texto, pocos días después de la entrevista de Milán, el Gobierno fascista obtuvo solamente dos pequeñas modificaciones: la inserción en el preámbulo del concepto de que la frontera de Brénnero tenía carácter definitivo y la determinación del período de duración de la alianza.

En su aspecto formal, el Pacto de Acero tenía un contenido claramente ofensivo, sin que se hubieran determinado con anterioridad los objetivos y las metas de la política exterior de ambos países, lo que, aún en octubre de 1938, Mussolini todavía había considerado como una condición indispensable.

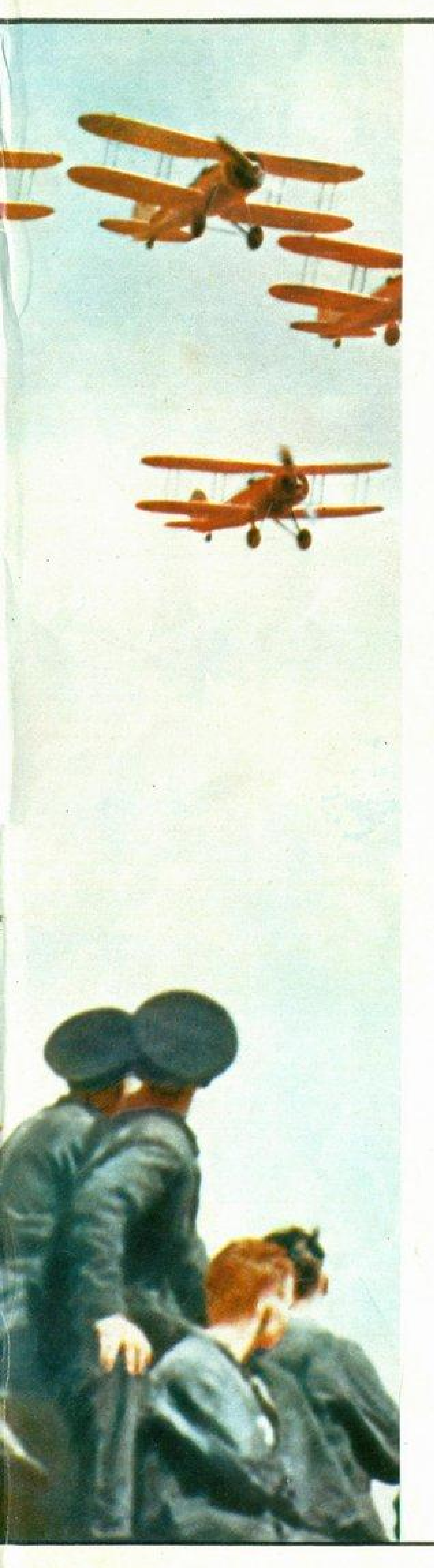
En realidad, los responsables de la política exterior fascista creían con ello haber comprometido a Alemania a someter a consulta cualquier decisión de lanzarse a aventuras que pudieran ocasionar la guerra, pero no advirtieron que, dado el desigual poderío de los dos aliados –tanto en el terreno militar, como en el económico y político–, tan sólo uno de ellos asumiría la dirección absoluta y tomaría las decisiones finales, mientras que el otro permanecería siempre atado por el compromiso formal de intervenir en favor del primero.

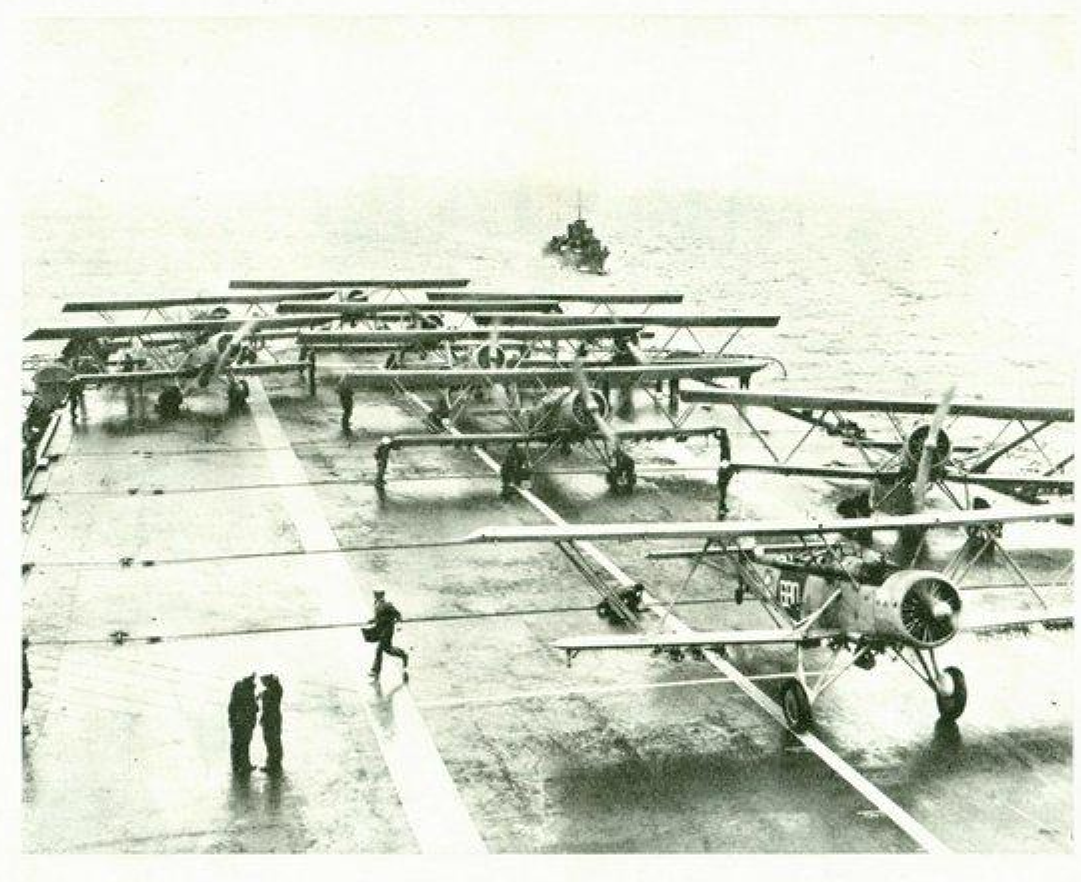
La alianza germanoitaliana, firmada en Berlín el 22 de mayo de 1939, basada en tantos equívocos y concluida con tanta ligereza, entraría en crisis (como forzosamente tenía que suceder) pocas semanas después, en Salzburgo, cuando los italianos se vieron desagradablemente sorprendidos ante la resuelta determinación de Hitler de invadir Polonia en breve plazo y de concertar un amplio acuerdo con Rusia, en la seguridad de que así podrían localizar el conflicto germano-polaco que se avecinaba. Ante el peligro de ser arrastrado a un conflicto de incierta solución, Mussolini no quiso tomar ninguna iniciativa y, en loable cautela, consiguió mantener la no beligerancia italiana. No obstante, le agobiaba el temor del posible resentimiento alemán ante el incumplimiento de los compromisos contraídos con tanta inconsciencia, a lo cual se agregaba la envidia que le inspiraban los posibles éxitos militares hitlerianos.

Más adelante, cuando la decisión del conflicto le pareció clara, no dudó en entrar en liza, atacando a Francia por el Sur.

El Pacto de Acero fue una alianza entre dos regímenes totalitarios que, sin que sus autores se dieran cuenta, señaló el principio del fin de las dos dictaduras.







SE APROXIMA LA HORA DE LOS TECNICOS

Arriba, a la derecha: los aparatos del *Courageous*, portaaviones británico del periodo anterior a la segunda Guerra Mundial.

A la izquierda: demostración aérea en Inglaterra en ocasión de la Fiesta del Aire (Mayo de 1937).

Abajo: un pequeño vehículo acorazado inglés durante unas maniobras en la llanura de Salisbury, donde se pusieron en práctica las ideas enunciadas por los teóricos de la nueva escuela, basadas especialmente en la técnica. La modernización de las Fuerzas Armadas inglesas se realizó con mucha lentitud y entre profundas controversias. En 1939, Inglaterra y Francia estaban, en muchos aspectos, como en 1918, o quizá aún más atrasadas.



EL PACTO GERMANO-RUSO A TRAVES DE LOS INFORMES DEL EMBAJADOR DE ITALIA EN MOSCU

por Mario Toscano



Entre los múltiples interrogantes históricos que abrió la firma de los acuerdos entre Alemania y Rusia (23 de agosto de 1939), no es ciertamente el menos importante el relativo a la posición que adoptó el Gobierno fascista en el curso de las negociaciones. La incertidumbre tiene su origen en dos datos en apariencia contradictorios y en general conocidos. Por una parte, en la carta que dirigió a Hitler, con fecha del 25 de agosto de 1939, Mussolini hizo constar: «En cuanto al acuerdo con Rusia, lo apruebo por completo. S. E. Goering os dirá que en las conversaciones que mantuve con él el pasado mes de abril, afirmé que, para evitar el cerco por parte de las democracias, era necesaria una aproximación entre Alemania y Rusia». Por otra parte, el *Diario* de Ciano resalta la sorpresa y la desorientación que provocó en Roma, la tarde del 21 de agosto, el anuncio del golpe de efecto germano.

¿Cuál es el verdadero significado de estas dos posiciones? Si efectivamente el Gobierno fascista estaba enterado de las negociaciones entre Moscú y Berlín, y no sólo eso, sino que las había aconsejado y favorecido, ¿por qué cuando se anunció su conclusión se sorprendió tanto?

Los documentos diplomáticos italianos permiten aclarar, en efecto, la participación real del Gobierno fascista en aquellas negociaciones y dan por primera vez una respuesta exhaustiva a los diversos interrogantes que suscitaron algunas manifestaciones aparentemente contradictorias de Ciano y Mussolini. Pero, además, arrojan nueva luz sobre algunos puntos relacionados con el problema general de la reconstrucción de las negociaciones entre Moscú y Berlín y sobre los móviles de la política de la URSS.

Empezando por dichos móviles, resultan harto interesantes las informaciones concernientes a la reacción del Kremlin ante el viaje de Chamberlain a Roma. Sin duda, las sospechas de Moscú acerca de un programa británico destinado a desviar hacia Oriente los propósitos expansionistas de Hitler, se remontan a una época anterior a enero de 1939. Ahora bien, las indiscreciones relativas a las conversaciones sostenidas en Roma por el Primer Ministro británico, debieron desvanecer las últimas dudas que Rusia pudiera tener al respecto y pesaron en la decisión de torcer el presunto plan inglés. Por lo tanto, en la valoración final de los móviles soviéticos en los acuerdos del 23 de agosto de 1939, no se puede desdeñar la parte correspondiente a un efectivo propósito defensivo.

Cuando se examina el comportamiento de Alemania, se confirma definitivamente la incertidumbre inicial de Berlín. Antes de emprender las negociaciones con Moscú, Ribbentrop consultó repetidas veces con Attolico y con Oshima, quienes contribuyeron a aumentar sus dudas y a que se demorasen las conversaciones políticas. Por último, el ministro de Asuntos Exteriores del Reich, una vez determinada su línea política con respecto a Polonia, tomó la decisión de llevar adelante los contactos con Rusia, y entonces adoptó para con los dos embajadores una actitud de reserva de la que ya no se apartó.

La lucidez y la intuición del embajador de Italia en Moscú, Augusto Rosso, se ponen de manifiesto en una serie de informes y telegramas cuya perspicacia supera todo cuanto escribieron en aquella época sus colegas destacados en la capital soviética; este *dossier* diplomático se publicó posteriormente, finalizada la segunda Guerra Mundial. Ante la imposibilidad de referir todos los detalles, baste exponer dos ejemplos.

El 5 de mayo de 1939, al anunciarse la dimisión de Litvinov como ministro de Asuntos Exteriores, Rosso cursó este telegrama a Roma: «Respecto a causas retirada Litvinov, sólo pueden hacerse conjeturas, ya que ninguna fuente soviética ha dejado entrever detalles sobre razones específicas de este sensacional asunto.

«Para mí, sin duda obedece a profundas divergencias entre Stalin y el Politburó, por una parte, y Litvinov, por otra, respecto directrices generales política exterior de la URSS.

«Tengo razones para creer que Litvinov ha trabajado activamente últimos meses para hacer posible íntima colaboración política y militar con Inglaterra y Francia, en tanto dirigentes Kremlin siguen albergando profundas desconfianzas hacia potencias democráticas occidentales. Me inclino a pensar que caída Litvinov significa fracaso negociaciones entre Moscú y Londres.»

Hay que reconocer que el análisis de Rosso enfocaba con exactitud el asunto y que, por la claridad de sus conclusiones, se diferenciaba notablemente del comunicado que en la misma fecha remitió a Berlín el embajador alemán en Rusia, cuyo texto se limitaba a insinuar la posibilidad de que hubieran surgido divergencias en el Kremlin en cuanto a las negociaciones conducidas por Litvinov.

El 25 de agosto de 1939 Rosso cursó un nuevo telegrama redactado en estos términos: «Sostenido esta mañana diálogo con von Ribbentrop. Me ha dicho que conversaciones en Kremlin han durado casi ininterrumpidamente hasta dos madrugada, hora en que se ha firmado pacto.

«Ha tenido lugar luego amigable conversación con Stalin y Molotov, en un ambiente cordialísimo. Me ha comentado texto pacto, poniendo de relieve particular importancia política cláusula relativa a consulta recíproca. A mi vez, he destacado interés redacción artículo 2, que asegura compromiso neutralidad independientemente del hecho que otra parte signataria pueda o no ser acusada de agresión contra terceros.

«A este respecto, von Ribbentrop me ha dicho está convencido de que URSS se abstendrá en cualquier caso de ponerse contra Alemania durante eventual conflicto con Polonia. Ha añadido que había tenido con Stalin cambio de impresiones muy franco sobre Polonia y Turquía, y que en cuanto a Danzig, Gobierno soviético comprende perfectamente que solución exigida por Berlín es inevitable.

«En cuanto al Japón, von Ribbentrop ha asegurado a sus interlocutores que Gobierno alemán usará su influencia para mejoramiento relaciones ruso-japonesas. Prevé mucho malhumor por parte de Tokio, pero no desespera de poder persuadir Gobierno nipón conveniencia modificar su política anti-rusa en China septentrional para concentrar sus esfuerzos en China meridional.

«Respecto a Turquía, corresponderá a su Gobierno considerar nueva situación y decidir si quiere ser amiga o enemiga del Eje. Me abstengo de referir otros aspectos situación que me ha aclarado, pues me ha dicho que los había discutido extensamente con V. E. en Salzburgo.

«En conclusión, él considera pacto actual un cambio de dirección de gran importancia para situación europea y mundial en sentido decididamente favorable a la alianza germanoitaliana.

«Le place pensar que el resultado de su misión será aprobado por el *Duce*, a quien atribuye primera maniobra de acercamiento a la URSS. Ha añadido que pacto de alianza, del cual Molotov le ha dicho que desde la misma fecha había recalcado... (dos palabras indescifrables)... posibilidad mejorar relaciones con potencias del Eje.

«Pacto ya firmado irá acompañado del protocolo o intercambio de notas, sobre el que Ribbentrop se reserva poner antes V. E. exactamente al corriente. Ribbentrop me ha resumido así impresiones sobre Stalin: «Fuerte personalidad, dotes de destacado sentido revolucionario».

«Añado que momento de la partida del ministro alemán, habiendo yo felicitado Potemkin por conclusión acuerdo con Alemania, vicecomisario ha contestado que aproximación a Berlín no dejará de facilitar ulterior mejoría de ya buenas relaciones existentes entre URSS e Italia».

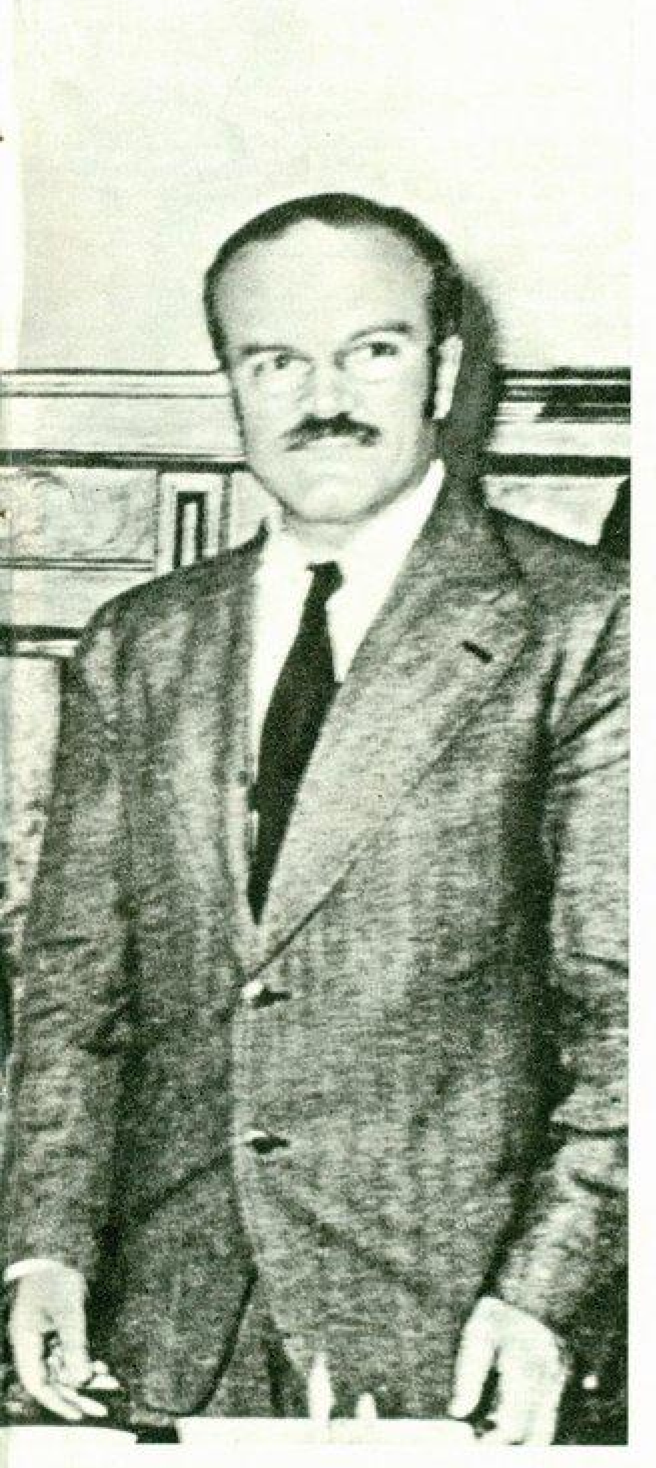
«Delegaciones militares inglesas y francesas dejarán Moscú cuanto antes».

Estas informaciones enviadas por Rosso a Roma fueron las más importantes conseguidas entonces por el Gobierno italiano. Importantes no por lo concerniente a la política soviética, sino, sobre todo, por la alusión a la existencia de un protocolo secreto germano-ruso. Se trataba de una indicación preciosa, que, sin embargo, no fue recogida ni en el Palacio Venecia ni en el Palacio Chigi, de modo que no se formuló a Berlín ninguna pregunta embarazosa, y en Italia no se supo nada más del asunto.

Resumiendo: hasta Salzburgo, el Gobierno fascista estaba enterado de la mayor parte de las negociaciones entre Moscú y Berlín, e incluso trató de facilitarlas; comunicó a los rusos las primeras proposiciones concretas por parte del Eje, relativas al posible contenido del proyectado acuerdo político, y estudió asimismo la posibilidad de un entendimiento paralelo italo-ruso. No obstante, el aparente escepticismo del embajador de Italia en Berlín respecto al contenido efectivo de las negociaciones del Eje en Moscú (escepticismo que Ciano y Mussolini compartían por entero) frenó, por una parte, a la diplomacia fascista y, por otra, indujo al Jefe del Gobierno italiano a considerar probable el acuerdo anglo-ruso. Contribuyó a ello el hecho de que, durante mucho tiempo, también por parte alemana prevaleció una opinión similar.

Por ello, el tratado del 23 de agosto de 1939 (aparte del protocolo) constituyó, en efecto, una gran sorpresa, tanto para Ciano como para Mussolini y la embajada en Berlín. Debido a una serie de circunstancias y motivos que se ha tratado de esclarecer, los detallados informes de la embajada de Italia en Moscú resultaron prácticamente inútiles, en tanto que, psicológicamente, las conversaciones que acerca de las relaciones germano-rusas mantuvo Attolico con Ribbentrop, favorecieron las reticencias alemanas en lugar de desvanecerlas.

En pocos casos como en este se correspondieron tan poco la apariencia y la realidad. En Moscú, la diplomacia del Eje pareció actuar casi hasta el final de perfecto acuerdo, mientras, por otra parte, la valoración de los acontecimientos y de los objetivos perseguidos por los dos aliados se diferenciaba cada vez más. En el exterior, empezando por Italia, se reafirmó el convencimiento de que se trataba de una acción alemana imprevista, cuando en realidad el acuerdo germano-ruso había sido previsto, si bien con un contenido y una finalidad muy diferentes de los que tuvo luego.



Ribbentrop, Stalin y Molotov en el momento de la firma del pacto de no agresión germano-ruso. El tratado del 23 de agosto de 1939 constituyó una gran sorpresa para Ciano y Mussolini, según consta en el «Diario» del propio Ciano. Pero en Londres y en París el asombro fue todavía mayor. (Archivo Rizzoli)

DEMASIADO POCO Y DEMASIADO TARDE

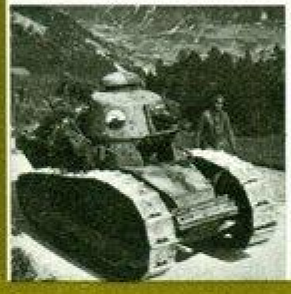
por Sir Basil Liddell Hart

En 1933, Gran Bretaña y Francia, unidas, ostentaban en Europa una superioridad militar indiscutible. En 1939, la situación se había invertido: por entonces, Alemania contaba con fuerzas militares eficientes y modernas, capaces de asestar ataques decisivos, mientras que, en muchos aspectos, Inglaterra y Francia se hallaban todavía en 1918, o quizá más atrás aún. Pero en ambos países había hombres de mente lúcida que intuían la naturaleza y las exigencias de una guerra moderna; no obstante, por una ironía del destino, las ideas de estos hombres fueron adoptadas y llevadas a la práctica por Alemania. Uno de tales hombres era el capitán Basil Liddell Hart. Los generales Rommel y Guderian admitieron francamente que había sido su maestro y que en sus enseñanzas se basaba la táctica de los medios acorazados.

Los rusos empezaron a considerar las ideas de Liddell Hart en 1927, e incluso solicitaron que colaborase con ellos, invitación que declinó. Después de la guerra, el Presidente Kennedy reconoció lo mucho que los Estados Unidos debían a Liddell Hart. «No existe un especialista militar –escribió– que merezca más respeto y consideración.»

De Liddell Hart no sólo se puede décir que no fue profeta en su tierra, sino que cabe añadir que fracasó por completo en el intento de imponer en su patria sus ideas. Aun cuando, en el periodo que medió entre las dos guerras, hombres como Churchill y Lloyd George solicitaron su ayuda y consejo, y a pesar de que el ministro de la Guerra Hore-Belisha le nombró su consejero personal, el conservadurismo militar del Ministerio de la Guerra le obstaculizó en su intento de transformar las Fuerzas Armadas británicas sobre la base de darles una eficacia moderna. Error éste que en 1940 y 1941 Inglaterra pagó muy caro. Liddell Hart acabó por dimitir de su cargo de consejero del ministro de la Guerra para poder abogar en la prensa por la causa de un Ejército más moderno.

Así, pues, el capitán Liddell Hart puede hablar con un conocimiento de causa verdaderamente único de los progresos militares habidos en los cuatro lustros que separaron las dos guerras. Lo que narra no es tan sólo la historia de la decidida oposición de algunos hacia sus ideas, sino que es también –y esto es lo más doloroso– la historia de las vacilaciones e indecisiones de otros.







Los carros de combate fueron empleados por primera vez en una acción bélica, por el Ejército inglés, en 1916. Dos años después demostraron ser un elemento decisivo en la victoria aliada. En Gran Bretaña, durante los años que siguieron a la primera Guerra Mundial, el carro de combate fue radicalmente mejorado: de un vehículo lento, capaz de operar tan sólo en misiones de apoyo a la Infantería, se convirtió en un ingenio capaz de marchar a velocidades superiores a los 50 km por hora[1]. Entre tanto, un reducido grupo de oficiales británicos clarividentes, formuló primero, y llevó a la práctica después, una nueva concepción de guerra mecanizada y de curso rápido. Esta técnica desempeñó un papel decisivo en la segunda Guerra Mundial, especialmente en su fase inicial, y condicionó su posterior desarrollo. ¿Por qué los que la adaptaron comprendieron antes que los verdaderos creadores la capacidad potencial del carro de combate y se adelantaron a ellos en lo referente a su desarrollo?

La primera explicación, y la más obvia, es que, por su misma naturaleza, el nuevo procedimiento de guerra mecanizada resultaba particularmente indicado para fines agresivos, puesto que, el combinar el empleo de las fuerzas acorazadas y el de la aviación, permitía aumentar de modo notable la rapidez y la potencia de la acción, lo cual ofrecía mayores posibilidades de éxitos rápidos en la ofensiva.

A aquellos países que deseaban la paz y se inclinaban por razonar en términos pacifistas, la nueva técnica les parecía un lujo superfluo, una inútil sobretasa al «precio» que estaban pagando por su póliza de seguridad nacional. En un periodo en el que los presupuestos nacionales estaban ya gravados por las deudas contraídas en la primera Guerra Mundial, muchos dirigentes políticos consideraban oportuno no adoptar cambios de métodos y sistemas que pudieran suponer ulteriores gravámenes.

A primera vista, parecía menos costoso mantener el equipo tradicional de las Fuerzas Armadas.

Una observación a *posteriori*, basada en la experiencia histórica, permite afirmar que los ejércitos aprenden solamente en las derrotas. Lo cual explica que el país que gana una guerra a veces pierde la siguiente. La victoria origina la autocomplacencia, e induce a mantener las cosas como están. Sólo un desastre es capaz de sacar a un ejército –o a un país– de los caminos tradicionales.

El caballo bien alimentado

Después de que en 1918 la victoria coronara sus esfuerzos, los jefes militares de las potencias aliadas se sentían plenamente satisfechos del material bélico que habían usado; es más, propendían a volver a armarse como en 1914. Como quiera que muchos de ellos procedían del arma de caballería, tendían a exaltar las virtudes del Arma con la cual les unían lazos de afecto, ignorando el insignificante papel que en la contienda desempeñó la caballería, en relación con su entidad numérica.

El significado psicológico de este interés por una experiencia ya superada se puso de manifiesto en una declaración pública que hizo lord Haig en 1925. A la sazón, yo había trazado un esquema de la futura guerra mecanizada, en tierra y en el aire, en un libro titulado *Paris, or the Future War* (París o el futuro de la guerra). Muy distinta era, sin embargo, la opinión del más influyente militar inglés de entonces, el cual, durante la primera Guerra Mundial había sido comandante en jefe de nuestros Ejércitos en Francia. Lord Haig dijo así:

«Algunos entusiastas hablan hoy de la probabilidad de que el caballo desaparezca, y profetizan que en las próximas guerras será sustituido por aviones, carros de combate y vehículos motorizados. Yo creo que, en el

---

1. Esta velocidad no se alcanzó sino más tarde (hacia 1935), cuando se adoptó la cadena articulada para los dos sentidos de marcha. N. de la R.

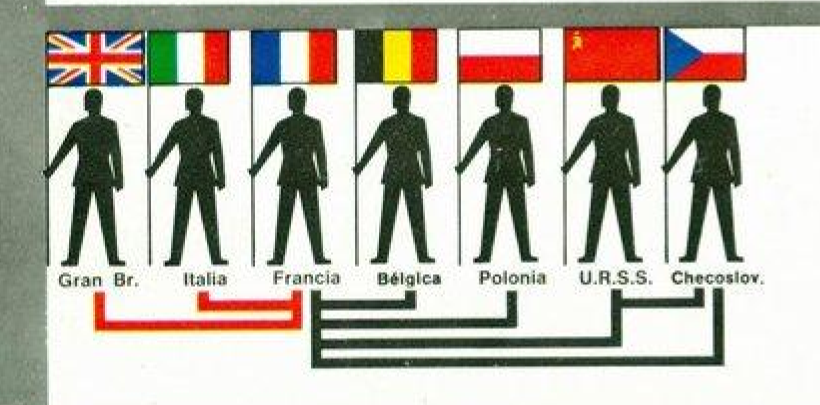


Años treinta: un carro de combate británico de tipo medio y una formación de carros ligeros alemanes. Las cualidades técnicas de los carros ingleses eran muy notables, y un grupo de clarividentes oficiales intuyó el papel que desempeñarían en una guerra moderna. No obstante, en las altas esferas militares británicas prevalecían unas ideas irremediablemente anticuadas. *(History of the Second World War)*

1914-1939: ALIANZAS EUROPEAS

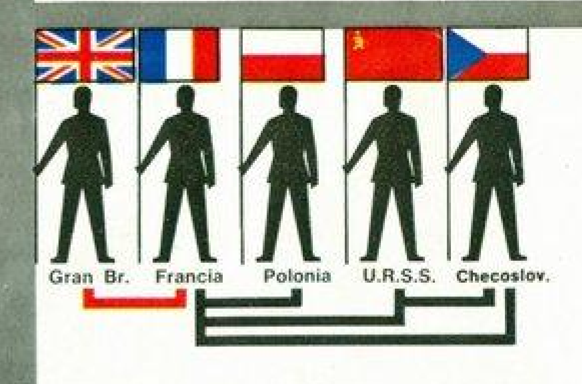


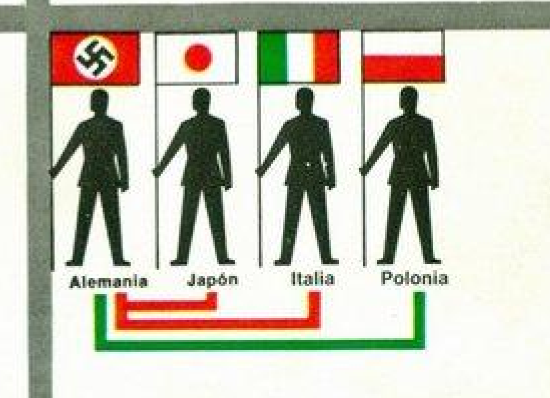
1914-1918



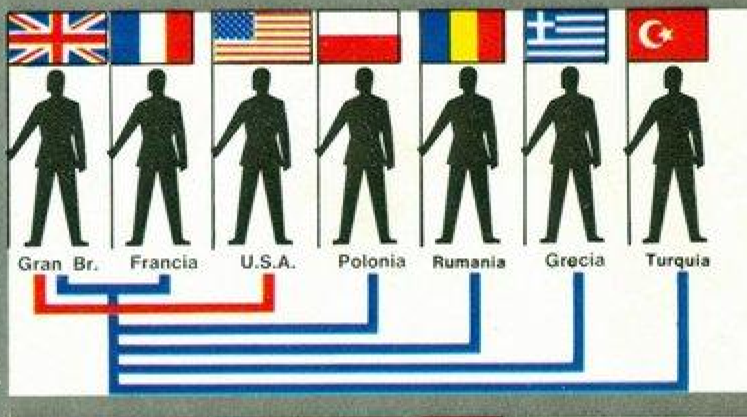


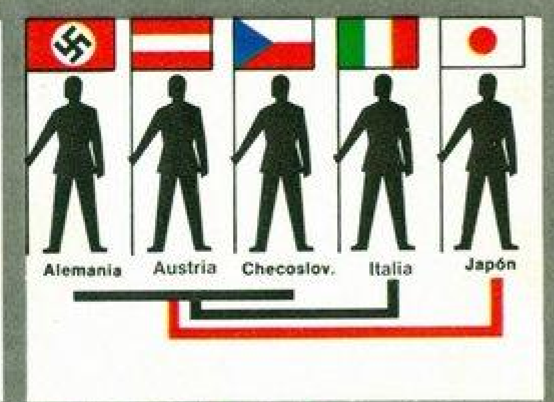
Mayo 1935



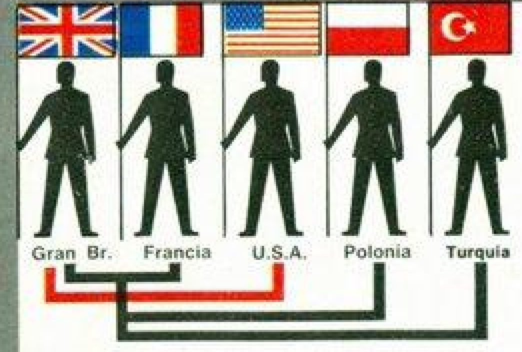


Noviembre 1936





Mayo 1939





Septiembre 1939

En los veinticinco años transcurridos entre el estallido de las dos Guerras Mundiales, la estructura de la diplomacia europea experimentó muchos y radicales cambios. Los nuevos países originaron nuevas complicaciones, mientras entre los antiguos aliados algunos permanecían unidos y otros se distanciaban considerablemente. El gráfico adjunto ilustra las alianzas políticas existentes en Europa en cinco momentos importantes de este período. Los acontecimientos que condujeron a las alianzas finales, en vísperas de la guerra, entre ellos el cambio en la política de la Rusia soviética, se explican detalladamente en el texto.

1914-1918

Las potencias que combatieron en el campo aliado durante toda la primera Guerra Mundial o en parte de ella, y las potencias aliadas de los imperios centrales.

Mayo de 1935

Gran Bretaña se hallaba todavía al lado de Francia, que, el 2 de mayo de 1935, concertó un pacto de asistencia mutua con la Unión Soviética. Durante los años veinte, Francia había accedido a intervenir en ayuda de Checoslovaquia y de Polonia en caso de que fueran agredidas. También la Unión Soviética firmó un pacto de asistencia mutua con Checoslovaquia, pero sólo habría entrado en vigor en caso de que Francia hubiera mantenido su alianza con aquella nación. Con el tiempo, la alianza francopolaca resultó cada vez menos efectiva. La alianza con Bélgica terminó en 1936. El 7 de enero de 1935, Francia e Italia firmaron un acuerdo de acción común contra Alemania, pacto que se completó en junio del mismo año con tratados militares a nivel ministerial.

El 26 de enero de 1934, Alemania concertó un pacto de amistad y de no agresión con Polonia.

Noviembre de 1936

Los acuerdos francoitalianos perdieron toda viabilidad a consecuencia del ataque italiano a Etiopía y de la victoria del Frente Popular en las elecciones francesas de mayo de 1936. En septiembre de este año el gobierno belga proclamó oficialmente la neutralidad del país.

En aquella época, Alemania había concluido con Italia un acuerdo por el que se coordinaba la acción política de ambas potencias (Eje-Berlín-Roma del 25 de octubre de 1936), además de concertar otro tratado con el Japón (Pacto anti-Komintern del 25 de noviembre de 1936).

Mayo de 1939

En 1938, Gran Bretaña y Francia dejaron sola a Checoslovaquia, que fue virtualmente incorporada al Reich. El 31 de marzo de 1939, Gran Bretaña y Francia anunciaron un compromiso conjunto por el cual garantizaban la independencia de Polonia y de Rumania. A esto siguió el anuncio de análogas garantías con respecto a Grecia y Turquía. En enero de 1938, ambas iniciaron conversaciones secretas con los Estados Unidos, a nivel ministerial, acerca de la situación en Extremo Oriente.

Alemania se había anexionado ya Checoslovaquia y Austria. El 28 de abril de 1939 canceló el pacto con Polonia. El 22 de mayo de 1939 firmó una alianza militar con Italia, el «Pacto de Acero». Mientras tanto, estaban en curso las negociaciones para llegar a una alianza similar con el Japón.

Septiembre de 1939

El 25 de agosto de 1939 el compromiso de Gran Bretaña para ayudar a Polonia fue reforzado por el pacto de asistencia mutua anglopolaco.

El 23 de agosto los círculos diplomáticos se conmovieron ante una noticia sorprendente: la firma del pacto de no agresión germano-ruso, con sus cláusulas secretas relativas al reparto de Polonia y la división de la Europa oriental en zonas de influencia. Japón suspendió inmediatamente las negociaciones con Alemania y llamó a su embajador.

futuro, el valor del caballo y las posibilidades de utilizarlo serán, probablemente, mayores que nunca... Soy por completo partidario del empleo de aviones y carros de combate, pero sólo como elementos accesorios del hombre y del caballo, y estoy seguro de que, con el tiempo, se descubrirán para el caballo –para el caballo bien alimentado– unas posibilidades de empleo hasta ahora desconocidas».

No obstante, los partidarios de los nuevos conceptos se impusieron de tal modo que ya en 1927, en la llanura de Salisbury, se constituyó la primera unidad del mundo totalmente mecanizada; desde luego de tipo experimental. La prueba dio resultados tan positivos que el jefe del Estado Mayor General aludió a la posibilidad de crear divisiones acorazadas».

Sin embargo, se produjo una fuerte reacción conservadora que se extendió rápidamente, y en 1928 fue disuelta esta primera unidad mecanizada. Un alto jefe militar anunció entonces a la prensa: «La caballería es indispensable. Los carros de combate no constituyen ya una amenaza».

Pero en 1929 se convenció al Ministerio de la Guerra para que aprobara la publicación del primer manual oficial de la guerra mecanizada, manual que suscitó tal interés que dos años más tarde, en 1931, se llevó a cabo una nueva tentativa para constituir otra unidad acorazada. En 1932 se abandonó el proyecto, para ser reactualizado al año siguiente. Un paso adelante y otro atrás; de este modo discontinuo avanzaba la idea.

Durante estos años, a pesar de la constante oposición, la nueva técnica se puso en práctica gradualmente. Entre quienes desempeñaron un papel determinante en su desarrollo destaca, por su importante labor de planteamiento teórico, el coronel Fuller; en segundo lugar, hay que destacar la colaboración práctica que prestaron los coroneles Lindsay, Broad, Pile y Hobart y el comandante Martel. Fue Hobart quien, en 1934, al mando de nuestra primera unidad acorazada orgánica, llevó la nueva técnica a un grado muy próximo a la perfección.

En aquel momento, espoleada por la innegable evidencia del rápido rearme de la Alemania nazi, Gran Bretaña estaba a punto de activar su propio programa de rearme, y contaba con los hombres y los medios necesarios para conservar su posición predominante en el campo de la guerra mecanizada.

Por desgracia, los elementos responsables del Ministerio de la Guerra, en una solemne declaración política, volvieron a afirmar obstinadamente que el país debía «ir despacio en lo referente a la mecanización». Con esto se facilitó a los alemanes la posibilidad de adelantarse a nosotros. Al mismo tiempo, los militares ingleses más expertos en este terreno fueron boicoteados o postergados, lo que no fue sino una evidente precaución que se adoptó contra su inoportuna tenacidad.

Esta decisión resultó por completo negativa para las perspectivas militares inglesas, puesto que el hecho de que la nueva táctica ofensiva se diera a conocer permitió que se desarrollara un método eficaz para contrarrestarla; por ejemplo: el empleo combinado de minas para retrasar el avance de los carros y de armas contracarro para neutralizarlos, a lo cual se agregaba el fuego de carros de combate apostados. Luego, una vez detenido el ataque y deshecha la formación de carros enemigos, los carros defensores abandonarían su posición inicial para iniciar el contraataque. Habían sido precisos diez años para que se aceptara oficialmente la táctica ofensiva, y no todos estaban aún verdaderamente convencidos de su eficacia, por lo cual no era lógico esperar que la contramedida se aprobara y pudiera ponerse a punto a tiempo, a menos que la guerra se hubiera retrasado hasta 1945.

Un estudio de los elementos básicos que constituían los problemas que debíamos afrontar, me permitió obtener conclusiones relacionadas entre sí. Ante todo, dada la creciente eficacia de los medios de defensa contracarro, los mejores y más rápidos resultados de los nuevos procedimientos ofensivos dependían de que se pudiera contar con la sorpresa y con superioridad numérica en cuanto a carros y aviones. En segundo lugar, comprendí que la política pacifista de Francia y Gran Bretaña les privaba de esta posibilidad. En tercer lugar, y habida cuenta de estas circunstancias, la única esperanza para ambas potencias consistía en desarrollar plenamente las ventajas potenciales que ofrecía una concepción estratégica «defensivo-ofensiva» y en disponer los medios modernos necesarios para ponerla en práctica. Debíamos considerar los hechos, en vez de dejarnos llevar por unos sueños ofensivos que quizá no tendríamos posibilidad alguna de llevar a cabo.

Un Ejército anticuado

En Francia, los efectos adormecedores de la victoria fueron agravados por presiones económicas, así como por la confianza en la conscripción (servicio militar obligatorio). Con la victoria, los franceses obtuvieron gran cantidad de material bélico, del cual no querían desprenderse, pese a que muy pronto quedó anticuado; por otra parte, al obligar a Alemania a desarmarse le habían dejado las manos libres, puesto que ésta podía partir de cero, sin la traba del material viejo y de los procedimientos anticuados que implicaba.

En Alemania, la abolición impuesta del servicio militar obligatorio, que se prolongó hasta 1935, obligó a los generales a concentrar sus esfuerzos en la formación de un Ejército de gran calidad y movilidad, mientras que el Ejército francés, ligado al servicio militar obligatorio, degeneró hasta convertirse en una especie de milicia, que fue perdiendo eficacia a medida que se reducía el período de servicio en filas.

Tuve ocasión de darme cuenta de este hecho gracias a mis frecuentes viajes a Francia. Después de uno de ellos, que realicé en 1926, redacté un examen crítico detallado de las condiciones y perspectivas del Ejército francés, del cual predecía que, «puesto a prueba en una guerra futura, se disgregaría por completo» si se veía obligado a efectuar un avance o una retirada prolongados.

En conclusión, observaba que Francia hubiera podido mejorar su Ejército reduciendo su cuantía numérica y desarrollando una «fuerza de choque mecanizada, formada por voluntarios de larga permanencia en filas y con alto grado de especialización, que constituyese la punta de diamante del Ejército nacional, la cual se habría podido ensanchar y desarrollar una vez iniciadas las hostilidades.»

Con gran sorpresa por mi parte, estas críticas y sugerencias circularon oficialmente en las instrucciones del mariscal Pétain, entonces Jefe del Ejército francés. En aquel tiempo, como supe después, un joven capitán, llamado de Gaulle, era adjunto personal de Pétain. Ignoro hasta qué punto la publicidad que se dio a mis ideas se debió al mismo Pétain o a una iniciativa del capitán de Gaulle, pero el concepto expuesto por mí constituyó después el elemento inspirador del libro *El Ejército del futuro*, que de Gaulle publicó siete años más tarde.

Reynaud, futuro Primer Ministro, expuso en 1937 la misma idea, o sea, la creación de una fuerza de choque mecanizada y constituida por militares de carrera, tanto en el opúsculo *El problema militar francés* como en el curso de los debates parlamentarios. Pero tampoco en aquella ocasión se hizo gran cosa para poner en práctica la sugerencia. Los franceses se inclinaban decididamente por el servicio militar obligatorio, porque representaba la forma menos cara de Defensa Nacional, aun cuando en el momento en que fue necesaria demostró ser la más onerosa.

Existe, además, una relación íntima entre esta cuestión y un interrogante que se ha formulado muchas veces. ¿Por qué los franceses no detuvieron a Hitler antes, cuando no había completado aún el rearme de Alemania? ¿No hubiesen podido actuar los franceses en 1936, cuando Hitler

ocupó la Renania, con la cual se aseguró el trampolín que le permitiría lanzarse a una nueva invasión de Francia?

El Gobierno francés, en efecto, había pensado reaccionar enviando sus tropas a Renania, pero abandonó la idea cuando el Alto Mando le informó de que ello no sería posible hasta que no se hubiera movilizado el Ejército. Si Francia hubiese contado con una fuerza de choque mecanizada, formada por soldados profesionales, habría podido intervenir inmediatamente; en cambio, la movilización de un Ejército basado en el llamamiento de un cierto número de quintas hubiera requerido demasiado tiempo.

Antes de 1940, ningún otro acontecimiento demostró de modo tan evidente la habitual lentitud de la mentalidad y del sistema militar galos. Hacía ya algunos meses que los jefes franceses esperaban que los alemanes ocuparían Renania; ahora bien, el 7 de marzo, cuando la ocupación fue un hecho, el Alto Mando discutió durante cuatro días el grado de movilización que sería necesario y cuántos reservistas se debería llamar. Por fin, el 11 de marzo de 1936, presentó al Gobierno una nota en la que declaraba que no estaba preparado para efectuar un contraataque antes de ocho días y que no podía adentrarse en Renania sin decretar previamente la movilización general del Ejército. Esto, como es lógico, alteró la idea inicial del Gobierno, ya que un retraso tan largo probablemente habría permitido al enemigo organizar una resistencia más eficaz. Así, los franceses tuvieron que resignarse a aceptar el hecho consumado. Esto confirma, pues, que el sistema de servicio obligatorio, al cual se había aferrado Francia como a un salvavidas, acabó por transformarse para ella en una especie de piedra al cuello.

Una reforma tardía

En Gran Bretaña, la reforma del Ejército recibió un nuevo impulso en el verano de 1937, cuando Hore-Belisha fue nombrado Secretario de Estado para la Guerra. El nuevo Primer Ministro, Neville Chamberlain, le había destinado al Ministerio de la Guerra con el explícito encargo de introducir en él «drásticos cambios». El propio Chamberlain escribió que era «increíble la obstinación de algunos jefes militares en aferrarse a métodos ya superados.»

En aquella época –como consecuencia de una invitación que en tal sentido me formuló sir Thomas Inskip, a la sazón ministro para la Coordinación de la Defensa–, estaba yo ocupado en la elaboración de un estudio que demostrase cómo podría reorganizarse el Ejército, de modo que respondiera a las exigencias de una guerra moderna, y cómo, dentro de los límites impuestos, era posible conseguir unas fuerzas militares más eficientes. «Cortando el traje de acuerdo con la cantidad de tela» concedida por el Gobierno, mi objetivo era demostrar que, merced a un corte y un tejido más modernos, se podía confeccionar un traje mejor. Mi trabajo suscitó inmediatamente el interés de Hore-Belisha, y, siguiendo sus instrucciones fue cursado al Ministerio de la Guerra.

A partir de aquel momento trabajé en íntima colaboración con él, en calidad de consejero personal, y presenté un programa de reformas que aprobó. Pero como quiera que los progresos que se realizaban en el terreno oficial eran cada vez más lentos con respecto al cada día más evidente peligro de guerra, al verano siguiente abandoné el cargo de consejero para dedicarme a expresar en la prensa la urgencia de nuestras necesidades, con la esperanza de crear un estado de opinión que pudiera ayudar a Hore-Belisha a superar el continuo obstruccionismo de los representantes de la «vieja escuela».

Comenzaba mi relación demostrando, por medio de un análisis histórico, que, hasta entonces, la entidad y la organización del Ejército nunca se habían decidido sobre la base de un esquema elaborado en forma clara y precisa. Al igual que Topsy, en *La cabaña del tío Tom*, el Ejército, simplemente había «crecido». Después de las reformas de Cardwell, que se remontaban a sesenta años atrás, los principios del Arte de la Guerra habían variado profundamente, en tanto que la organización del Ejército no se había modificado de forma adecuada a estas radicales transformaciones.

Además, los cambios experimentados por la situación estratégica no fueron considerados con la suficiente atención. La organización y el transporte de las unidades militares estaban determinados, en gran parte, por la idea de la defensa del Imperio, sin que se hubiesen tenido en cuenta los «nuevos riesgos de interferencia a causa de los progresos efectuados por el submarino y el avión».

Era muy posible que el envío de refuerzos por el Mediterráneo resultara mucho más difícil que antes. Así, pues, era absurdo confiar en las tropas acantonadas en Gran Bretaña como posible elemento de refuerzo. Yo sostenía que Gran Bretaña tenía que «descentralizar parte de la reserva estratégica imperial, así como las correspondientes fuentes de aprovisionamiento, y trasladarlas a territorios del Mediterráneo oriental».

Esto implicaba la creación de una reserva operativa permanente en Oriente Medio y para Oriente Medio, antes de que se presentase una situación de emergencia. Esta precaución hubiera debido ponerse en práctica empleando las fuerzas destacadas en la India, con objeto de crear una ulterior y más fuerte reserva estratégica de tipo moderno, inmediatamente utilizable en Oriente Medio o en Extremo Oriente.

Me preguntaba después cuál era, aparte de la aviación, el tipo de fuerza más adecuada para ayudar a nuestros aliados europeos.

En mi relación puse de relieve que, dadas las condiciones de la guerra moderna, «el empleo de divisiones de Infantería normales probablemente no resultaría muy eficaz en operaciones ofensivas». Por otra parte, el número de divisiones que nos proponíamos enviar para coadyuvar a la defensa de Europa «representaría una contribución relativamente insignificante».

«Además, a causa de las limitaciones financieras y de carácter general, es improbable que ninguno de nuestros aliados pueda llegar a contar con algo más que un reducido porcentaje de divisiones completamente mecanizadas. Por lo tanto, una contribución en unidades mecanizadas sería mucho más eficaz: en agosto de 1914, por ejemplo, las cuatro divisiones inglesas que se enviaron a Francia representaron apenas el 6 % de las fuerzas empleadas para hacer frente a los invasores, mientras que, en la actualidad, dos divisiones acorazadas aumentarían en un 66 % las fuerzas de este tipo disponibles en Francia. Tales divisiones representarían la combinación de una gran movilidad y una elevada potencia de fuego, y, además, con economía de hombres... cuyo reducido número simplificaría el problema del transporte por mar: bastaría con una docena de barcos. Por otra parte, esta reducción simplificaría también el problema de su defensa de los ataques aéreos».

Iniciaba la segunda parte de mi relación describiendo la composición que en aquel momento tenía el Ejército en Gran Bretaña y en el extranjero. Mi comentario al respecto empezaba con las siguientes palabras: «A menos que se abandone definitivamente cualquier idea de intervenir en una contienda en Europa, una sola división acorazada no es suficiente. Esta disponibilidad no resulta proporcionada a las necesidades y a las condiciones de la empresa.»

Exponía después detalladamente los criterios que habrían permitido reorganizar el Ejército de modo que respondiera a las exigencias de la guerra moderna. Mi relación demostraba que era imposible la conversión de algunas unidades, organizadas según las normas tradicionales, para crear dos divisiones acorazadas en Gran Bretaña y una tercera en Egipto.

Asimismo, agregaba que «teniendo en cuenta lo importante que resulta el dominio del aire con objeto de proteger el avance de las fuerzas blindadas», estas divisiones debían contar con escuadrillas asignadas exclusivamente a este fin. Por último, también sería posible formar, partiendo de la base del Ejército destacado en la India, una división acorazada y dos de Infantería, que constituirían «la reserva estratégica general que se debería emplear en los territorios del Imperio».

Varias cartas que recibí de oficiales clarividentes destinados en el Ministerio de la Guerra me revelaron la reacción que habían suscitado mis sugerencias. En su mayor parte, los oficiales decían que las propuestas habían causado gran impresión y que eran de gran utilidad. Otros se mostraban menos optimistas. «Todos los agudos cerebros de leguleyos que el Ministerio de la Guerra parece proteger, se empeñarán, sin duda, en refutar y disminuir el interés de sus propuestas, y en demostrar que no se debe hacer nada».

Como sucede tantas veces en las cuestiones militares, la opinión pesimista era la que más se aproximaba a la realidad. A mediados de agosto me enteré de que las más altas jerarquías militares eran contrarias a cualquier tipo de reorganización. Estaban muy satisfechas con los programas existentes, y habían previsto el envío de un cuerpo expedicionario del tipo de 1914, formado por cuatro o cinco divisiones de Infantería y una sola división acorazada.

Sin embargo, se supo entonces que los alemanes, por su parte, acababan de constituir su cuarta división acorazada y que pensaban dotar tales divisiones con un carro provisto de un cañón de mayor calibre, para lo cual aprovecharían la boca de fuego de la pieza de campaña (88 mm). Y análoga línea de actuación se desprendía de las relaciones germanas, que proponían la adopción de ciertas medidas tendentes a mejorar el sistema de ascensos y otros aspectos del servicio militar.

Como llevar a la práctica mis ideas habría significado el ascenso de hombres más jóvenes, era natural que quienes ocupaban los puestos clave se opusieran a ellas. Y el proyecto de dar preferencia a oficiales formados según los principios de la mecanización resultaba inaceptable a un grupo de personas mucho más extenso todavía: el de todos los jefes y oficiales que habían dedicado su vida militar a la guerra de estilo tradicional. La oposición era, pues, comprensible; pero las consecuencias fueron gravísimas para el país.

Discusión y compromiso

Durante los tres meses siguientes se decidieron muchas mejoras, sobre todo en lo referente a las condiciones en que prestaba servicio el soldado profesional y al trabajo preparatorio que más adelante abriría las puertas a la creación del ejército territorial. Pero se perdió demasiado tiempo en una interminable discusión respecto a si se debía asignar el mando de nuestra primera división acorazada a un oficial de caballería o a un experto en las nuevas tácticas de guerra; es decir, se discutía si la elección debía regirse por la tradición o por la razón.

Y aun cuando el oficial de caballería, a quien por fin se confió el mando, demostró que no estaba a la altura requerida en el curso de unas prácticas organizadas por el Ministerio de la Guerra, quienes lo apoyaban no se dieron por vencidos. Se llegó así a una solución de compromiso: la de confiar el mando a un oficial de artillería; compromiso más propio de las elecciones presidenciales norteamericanas que de la solución adecuada de un problema esencialmente técnico.

En noviembre, merced a un requerimiento del ministro de la Guerra, volví a ocuparme de las cuestiones de carácter más general, y redacté una relación titulada *Misiones del Ejército*, en la cual, tras analizar los diversos problemas estratégicos que se nos plantearían en la eventualidad de una guerra contra las potencias del Eje, llegaba a la conclusión de que, aun prescindiendo de nuestra posible ayuda a Francia en su territorio, hacer frente a dichas potencias superaba



Un cañón antiaéreo construido por la Vickers-Armstrong, capaz de alcanzar alturas «superiores a la del monte Everest». En Inglaterra, la oposición a un aumento de los medios de defensa antiaérea fue tan obstinada como la que suscitó la creación de unidades acorazadas. *(Archivo Rizzoli)*

la capacidad de nuestras Fuerzas de Tierra.

Si seguíamos basándonos en las divisiones de Infantería, la necesidad de asegurar una defensa adecuada contra posibles peligros habría requerido, sólo en Oriente Medio, un número de divisiones superior al que teníamos en total.

Y aunque hubiésemos dispuesto del número necesario, tales divisiones no habrían representado las unidades idóneas para llevar a cabo el tipo de operaciones militares que exigían los inmensos espacios desérticos.

Una solución hubiera consistido en aprovechar la capacidad potencial de las fuerzas acorazadas, aumentando el número de éstas, al tiempo que se desarrollaban las reservas disponibles en la India como medio para formar una reserva estratégica moderna destinada a ser utilizada en el Medio y Extremo Oriente.

«Un ulterior elemento digno de atención –escribía– es que una estructura reorganizada de nuestro Ejército se adaptaría mejor que la actual a posibles necesidades alternativas que se presentarían en el continente. En caso de que las circunstancias nos indujeran a considerar como la necesidad más urgente una intervención en ayuda de Francia, las divisiones acorazadas prestarían una colaboración mucho más eficaz que las simples divisiones de infantería; los franceses disponen de gran cantidad de estas últimas, pero tienen pocas de las primeras... Gracias a su eficacia como instrumentos de respuesta rápida y poderosa en caso de emergencia, es decir, en el supuesto de que las tropas atacantes consiguieran abrir brecha en las líneas defensivas de la frontera francesa, las divisiones acorazadas constituirían un recurso importante, probablemente mejor que el que supondría el empleo de todas las fuerzas de tierra existentes con la organización actual.»

Las opiniones expuestas en esta relación resultaron harto indigestas para los más altos círculos militares, y la idea de cambiar de modo radical la relación existente entre las unidades acorazadas y la infantería fue rechazada enérgicamente.

También encontró una obstinada oposición la idea de una adecuada potenciación de los medios defensivos antiaéreos, que competían al Ministerio de la Guerra.

La opinión predominante era que el dinero y los recursos destinados a este fin –del cual dependía la seguridad de las bases militares en Gran Bretaña– representaban una inoportuna diversión, más aún, una desvirtuación del verdadero fin del presupuesto militar.

Cambios en el Consejo Supremo del Ejército

La tenaz oposición que se manifestó respecto a un adecuado desarrollo de las unidades antiaéreas y de las fuerzas acorazadas, influyó en la decisión de efectuar radicales transformaciones en el Consejo Supremo del Ejército. A raíz de tales cambios, muchos jefes militares fueron sustituidos por oficiales más jóvenes, por lo menos en media generación. Pues estaba claro que si el más insignificante paso que se daba en el programa de reformas se retrasaba durante semanas debido a las discusiones, el ritmo de la reforma resultaría demasiado lento, cuando era necesario adquirir la misma rapidez con que se estaba potenciando el Ejército alemán y prevenir el creciente peligro de una guerra.

No obstante, los resultados obtenidos con estas transformaciones fueron inferiores a lo previsto.

En lo concerniente a las fuerzas acorazadas y la artillería antiaérea, sobre todo, tan sólo se desarrollaron ideas y planes de modesto alcance.

Esto pudo deberse al hecho de que los nuevos miembros del Consejo Supremo eran oficiales educados en el marco de las especialidades tradicionales del Ejército, y si bien, dentro de estas especialidades, eran los elementos más «progresistas», sus decisiones, en fin de cuentas, no sólo dependían de su habilidad personal, sino también de la necesidad en que se hallaban de no chocar con excesiva violencia con la tesis conservadora, sustentada tanto en las altas jerarquías del Ejército como en el Parlamento.

El nuevo Ministerio de la Guerra se expuso a un considerable riesgo político cuando decidió adoptar cambios tan radicales; además, su posición no era tan segura como para que pudiera dar a estos cambios un contenido demasiado revolucionario. La importancia preponderante de las fuerzas mecanizadas puede parecer obvia hoy en día, después de una amarga experiencia, pero, en 1937, el término «mecanización» resultaba aún bastante peligroso. Todo aquel que sostuviera con demasiada energía la validez de este planteamiento se exponía a ser tachado de «maníaco de los carros de combate» e incluso de «bolchevique militar».

Era inevitable, pues, que los cambios inmediatos no fueran más allá del hecho de asignar los puestos de mando a generales más jóvenes, con la esperanza de que éstos se inclinaran por ensanchar la base del nuevo régimen y solicitasen la colaboración de los más destacados exponentes del «ala izquierda» militar, a fin de poder aprovechar plenamente todo el patrimonio técnico de que se disponía respecto a la guerra mecanizada. Por desgracia, esta esperanza se derrumbó.

Muy pronto se manifestaron los efectos del ambiente en que habían sido educados los nuevos jefes, así como su prolongada sumisión a una serie de regímenes cuyo lema era ¡«despacio»! Veinte años de atmósfera cerrada embotan las mentes más lúcidas, con la única excepción de aquellas que habían permanecido en contacto constante y directo con todo lo relativo a las fuerzas mecanizadas. Por otra parte, cuando existe una incipiente tendencia al conservadurismo, nada mejor para desarrollarla que un inesperado acceso al poder.

Al mismo tiempo, cada vez resultaba más difícil para el dinámico Ministro de la Guerra mantener la actitud de estímulo y apoyo para la introducción de ideas innovadoras, que de modo tan eficaz había desarrollado con anterioridad, ya que existía el peligro de que dicha actitud se interpretara como una demostración de desconfianza respecto a los nuevos grupos que él mismo había colocado en el poder, y no habría sido fácil repetir los cambios efectuados.

Los meses siguientes constituyeron una interesante lección, pues demostraron que es más fácil enfrentarse a hombres que se oponen abiertamente que a hombres que en apariencia están de acuerdo, pero sólo para disimular su profunda aversión a poner en práctica las ideas renovadoras.

Mientras una oposición abierta constituye un obstáculo que se puede superar, una aquiescencia dudosa actúa como un freno continuo.

En el esfuerzo tendente a acelerar el ritmo, se produjo un roce deplorable, el cual, a su vez, ocasionó una nueva «caza del hereje», dirigida contra quienes predicaban el evangelio de la movilidad de las unidades acorazadas.

En el Estado Mayor, el más destacado exponente de estos «herejes» era el general de división Hobart. Se había asignado a Hobart la jefatura de la rama de la instrucción militar poco antes de que se decidiera la reforma del Consejo Supremo del Ejército, pero se le excluyó del ministerio a la primera ocasión.

No sin cierta dificultad, obtuvo el permiso necesario para poder seguir prestando su colaboración como experto en una esfera más limitada, y se le nombró comandante de la división acorazada recién constituida en Egipto.

No obstante, fue relevado de este mando y destinado a Gran Bretaña poco después de estallar la guerra, seis meses antes de que los alemanes conquistaran Francia (demostrando así la validez de sus ideas) y casi un año antes de que el nuevo tipo de división por él instruido ganase la batalla de Sidi Barrani, invadiese Cirenaica y detuviera a las fuerzas italianas.

A causa de la convicción con que defendía sus ideas, Hobart era, sin duda, un colaborador más bien difícil, pero la guerra demostró que tenía razón y que sus superiores se habían quedado anticuados.

No obstante, también sería injusto menospreciar los progresos efectuados (pues algunos se efectuaron) en los dos años que precedieron a la guerra. En varios sectores se adoptaron medidas que durante veinte años (es decir, desde el fin de la primera Guerra Mundial) habían sido aplazadas. El tratamiento del soldado raso y las perspectivas de carrera del oficial profesional mejoraron sensiblemente. En este aspecto, se renovaron y perfeccionaron las propias bases del sistema.

Asimismo, y pese a todo, los resultados obtenidos por los «hombres nuevos» fueron realmente notables si se comparan con los que lograron sus predecesores.

Ahora bien, en relación con lo que requería la situación y el planteamiento de la guerra inminente fueron desde luego muy escasos, y debido a su insuficiencia Gran Bretaña se precipitó en el abismo.

Aun cuando la constitución de una división acorazada en Egipto no se decidió hasta septiembre, tras la crisis de Munich se adoptaron apresuradas medidas para que esta unidad, aunque incompleta, fuese una realidad. Pero después, y durante mucho tiempo, no se hizo nada más para completarla. Respecto a la segunda división acorazada, la que se había propuesto para Oriente Medio, no pasó de ser un tema de discusión, y lo mismo sucedió en lo que se refería a la constitución de otra división análoga en la India. Por último, en la primavera de 1939, se tomó la decisión definitiva de formar otra de estas divisiones en Gran Bretaña.

La reorganización del ejército territorial se aplazó asimismo hasta después de la crisis de Munich; según la nueva estructura de las fuerzas de tierra, éstas se componían de nueve divisiones de infantería del nuevo tipo, tres divisiones motorizadas en una sola división acorazada en vez de dos.

Existía, pues, una diferencia sustancial entre esta disposición y el proyecto de 1937, que comprendía tres divisiones acorazadas completas en Gran Bretaña y tres en los Dominios, además de la futura constitución de otras dos para las fuerzas expedicionarias.

En mayo de 1940, tan sólo la primera de las dos divisiones acorazadas destinadas al cuerpo expedicionario en Francia había sido instruida y equipada. Pero lo peor fue que llegó a Francia cuando los alemanes habían lanzado ya su ofensiva.

Así, pues, no estaba disponible en el momento en que era necesario utilizarla en la «rápida y potente represalia en caso de emergencia» que se previniera en 1937.

SIR BASIL LIDDELL HART

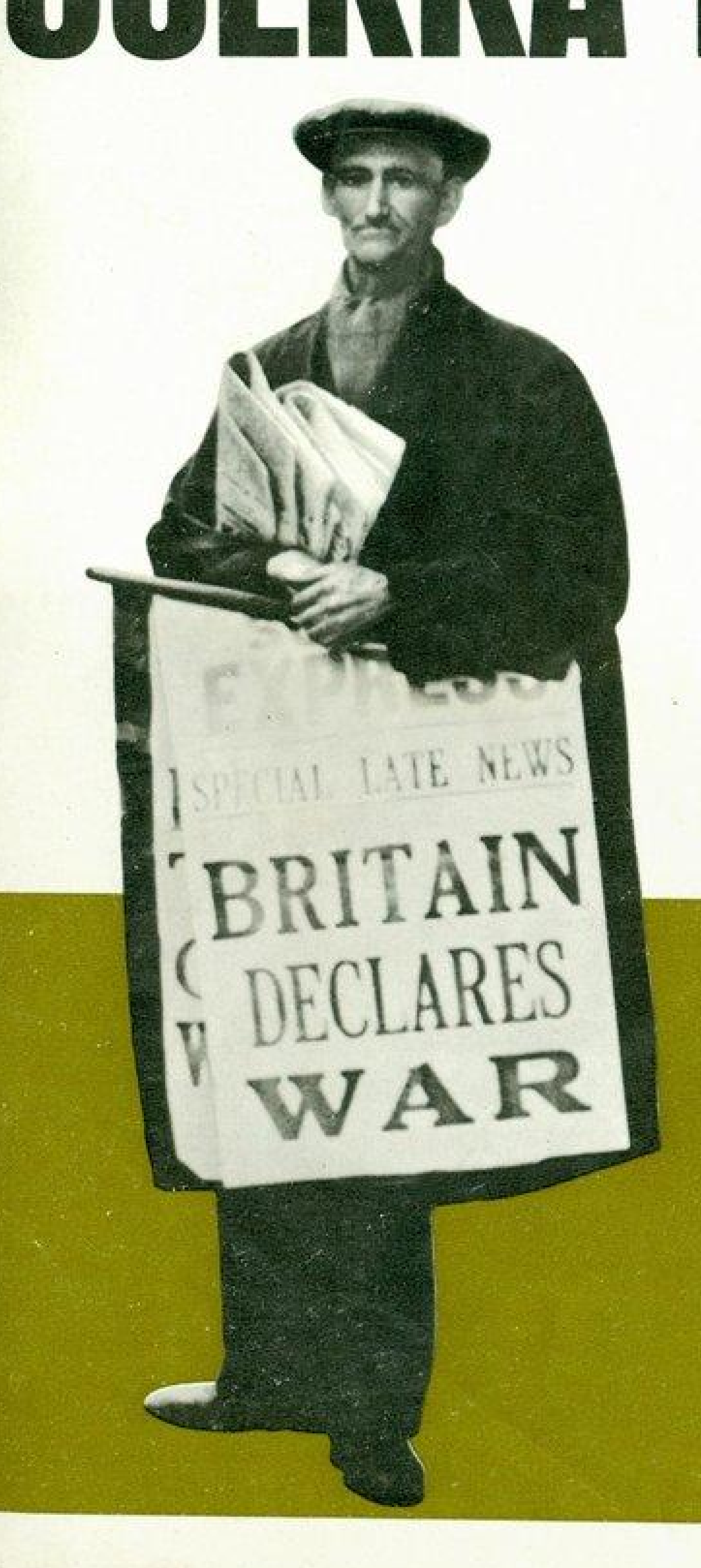


Capitán y director de la *History of the Second War*, nació en 1895 y estudió en la St. Paul's School y en el Corpus Christi College de Cambridge, en el que fue después lector de Historia. En 1914 era oficial del Regimiento de Infantería Ligera *King's Own Yorkshire*. Durante la primera Guerra Mundial estuvo en el frente occidental, donde resultó herido y sufrió los efectos de los gases asfixiantes. En el transcurso de la guerra concibió el sistema de ataque que denominó «torrente desbordado» y formuló los principios tácticos de la guerra relámpago, que luego los alemanes adoptaron como base de su *Blitzkrieg*. En 1920, a los veinticuatro años, redactó el primer manual de instrucción de la infantería de la posguerra. Sucesivamente publicó un manual sobre el adiestramiento con armas ligeras. En 1924 fue declarado inválido, con pensión reducida. Se retiró en 1927 y ocupó el puesto de corresponsal militar del *Daily Telegraph*. Diez años más tarde pasó al *Times* como asesor, al tiempo que colaboraba también como redactor militar en la *Enciclopedia Británica*. En 1937 fue consejero personal del ministro de la Guerra, Hore-Belisha. En 1938 abandonó este cargo para poder defender en la prensa la creación de un Ejército más moderno. Terminada la contienda, entrevistó en el transcurso de varios meses a algunos generales alemanes prisioneros, con quienes estudió sus campañas. Sir Basil Liddell Hart ha publicado casi treinta libros, y sus obras se han traducido a muchos idiomas. En 1964 se le condecoró con la *Chesney Gold Medal*, y el mismo año recibió el nombramiento de catedrático de letras *ad honorem* de la Universidad de Oxford. Miembro honorario del Corpus Christi College de Cambridge, fue creado baronet en 1966.

Europa, marzo - septiembre de 1939

Donald C. Watt

ANTES DE LA «GUERRA RELAMPAGO»



Los cinco meses que transcurrieron desde la decisión inglesa de garantizar la independencia de Polonia fueron febriles. Todo aquel largo verano los diplomáticos no hicieron otra cosa que alardear, halagarse, amenazarse, consultarse y negociar. Lo que estaba en juego era importante y la tensión enorme. Al principio pareció posible contener a Hitler, pero pronto sucedió lo que paralizaría a Occidente: la deslealtad de Rusia al firmar el pacto de no agresión. Cuando por desgracia era demasiado tarde para negociar, las naciones pequeñas descubrieron que eran peones en manos de las grandes potencias y éstas lo eran del destino. La segunda Guerra Mundial iba a estallar.

El 15 de marzo de 1939 las tropas alemanas, tras invadir Checoslovaquia, ocuparon Praga. Dos días después, Chamberlain –en un discurso pronunciado en Birmingham– acusó a Hitler de haber faltado a su palabra. El 22 de marzo el Ejército germano ocupó Memel, en Lituania, ciudad que había pertenecido a Alemania. Advirtiendo el paralelismo que existía entre la situación de Memel y la de Danzig, en Polonia, el 28 de aquel mismo mes los polacos declararon que cualquier tentativa por parte de los alemanes de alterar el *status* de Danzig significaría la guerra. El 31 de marzo, Gran Bretaña se comprometía con Polonia a defenderla de la agresión germana si ésta llegaba a producirse. Y entonces entre Occidente y la Unión Soviética se iniciaron conversaciones diplomáticas.

ABRIL: PROPUESTAS DEL KREMLIN

La decisión inglesa de proteger la independencia de Polonia transformaba por completo la escena. Irritó a los dirigentes soviéticos, y Litvinov declaró que el Gobierno ruso se sentía defraudado y que en el futuro se abstendría de cualquier compromiso. Hizo después una nueva tentativa de negociación con los estados bálticos, efectuando también sondeos en los países de Europa sudoriental. Pero esta reacción duró poco tiempo. Advirtiendo que la garantía inglesa a Polonia no tenía ningún sentido sin el apoyo ruso, los soviéticos se atrevieron a aumentar sus peticiones a Gran Bretaña, de tal manera que, el 6 de abril, su ministro de Asuntos Exteriores proponía varios acuerdos que se llevarían a cabo a nivel ministerial. El 18 de abril, Litvinov propuso una alianza decenal entre Inglaterra, Francia y la Unión Soviética.

Las deducciones de las autoridades soviéticas debieron ser las siguientes: si Gran Bretaña estaba en verdad decidida a defender a Polonia contra Alemania, tendría que firmar un tratado de alianza con Rusia, pues de otro modo Polonia no podía ser defendida. Por el contrario, en caso de que todavía esperase llegar a un acuerdo con Hitler, Inglaterra rechazaría la oferta de una alianza y, a lo que parece, las autoridades soviéticas también decidieron comprobar su hipótesis según la cual el verdadero objetivo de Hitler eran las democracias occidentales. A comienzos de abril, los diplomáticos rusos empezaron a sugerir en Berlín que la Unión Soviética estaba interesada en mejorar sus relaciones con Alemania, relaciones que entonces eran más bien tensas a consecuencia de la tentativa de Ribbentrop de llegar a un acuerdo con los polacos.

Italia invade Albania

Para Mussolini, que se sentía muy orgulloso de su papel de pacificador desempeñado en Munich, la acción de Hitler en Checoslovaquia era un verdadero ultraje. Y en su opinión, para el prestigio de su país era indispensabe que Italia no se dejara superar por Hitler en el empleo de la fuerza como medio más apropiado para favorecer los intereses nacionales. Por lo tanto, sin comunicarlo a Alemania, decidió poner fin a la situación de semiprotectorado que desde hacía tiempo caracterizaban las relaciones de Italia y Albania. El 5 de abril, el general Keitel y el general Pariani, jefes de Estado Mayor de los respectivos Ejércitos alemán e italiano, se encontraron en Innsbruck para discutir acerca de los papeles que le corresponderían a cada uno, en caso de guerra con las democracias occidentales. Pero los alemanes no fueron informados, en lo más mínimo, de los proyectos de sus aliados, aun cuando las tropas italianas estaban ya preparándose para el ataque cuando el tren del general Pariani dejó Innsbruck con dirección a Italia. La invasión de Albania indujo inmediatamente a Gran Bretaña a ensanchar el ámbito de sus promesas de garantía; pues estaba convencida de que Mussolini había tomado la



El ministro de Asuntos Exteriores soviético, Litvinov, hizo los mayores esfuerzos para llegar a establecer una colaboración entre Rusia y los Aliados. Cuando sus esfuerzos fracasaron, le sustituyó Molotov quien dio un brusco viraje a la política exterior soviética. (Keystone)

decisión de común acuerdo con Hitler. Los ingleses habían considerado ya la posibilidad de obtener un compromiso de ayuda para Rumania mediante la apelación a la vieja alianza polacorumana, y por ello intentaban convencer a Yugoslavia, Grecia y Turquía, de que aceptaran un compromiso colectivo de garantía en favor de dicho país. En lo que concernía a las negociaciones con la Unión Soviética –puesto que el ministro de Asuntos Exteriores polaco, coronel Beck, en la visita que había hecho a Londres a primeros de abril expresó la rotunda negativa de su país a suscribir cualquier acuerdo con la Rusia soviética, los ingleses pensaron que no tenían otra alternativa que la de reducir al mínimo sus relaciones con los soviéticos, aunque manteniendo con ellos una posición que les permitiera tenerlos «de reserva», sin lanzar a Polonia y, menos aún, a Rumania en brazos de Alemania. El tono con que los tres estados bálticos –Estonia, Letonia y Lituania– habían rechazado las sugerencias de Litvinov a favor de un acuerdo con Alemania no hizo sino reafirmar su opinión.

La actuación de Italia y la extensión de las garantías británicas a Grecia y a Turquía ofrecían posibilidad de formar un sólido bloque balcánico contra las potencias del Eje. Hubiera sido más sencillo si los ingleses hubiesen logrado convencer a Bulgaria de que, olvidando su vieja enemistad con Rumania y Grecia, entrara en el Pacto Balcánico. El 13 de abril, la garantía anglofrancesa fue extendida a Rumania, al tiempo que Grecia y Turquía respondían que, en principio, estaban dispuestas a intercambiar análogos compromisos con Gran Bretaña. Los turcos iniciaron por su parte conversaciones con Bulgaria a fin de convencerla de que formara parte del bloque propuesto.

Al mismo tiempo, el Gobierno francés trató de llegar a una alianza con la Unión Soviética. El 15 de abril, Georges Bonnet, ministro de Asuntos Exteriores, sugirió la firma de un documento para unirlo al pacto franco-soviético de 1935; en el mismo, Rusia se comprometería a intervenir en favor de Francia si, a consecuencia de la ayuda prestada por ésta a Polonia y Rumania, Alemania la atacaba. Este proyecto chocaba, sin embargo, con el afán inglés de obtener resultados inmediatos y con cierta preocupación que el *Foreign Office* comenzaba a sentir por la falta de un equivalente soviético en las garantías que los ingleses ya habían dado a Polonia, Rumania y Grecia y en las que pensaban dar a Turquía. A los ojos de Londres, el Gobierno soviético ofrecía muy poco a cambio de la indirecta garantía que Rusia obtenía del compromiso inglés con Polonia y Rumania. Por lo tanto, el 15 de abril, el embajador inglés en Moscú, sir William Seeds, pidió a Litvinov que Rusia estableciera con aquellas dos naciones un compromiso análogo al de Gran Bretaña.

La propuesta era totalmente desafortunada y representaba mucho menos que la oferta de ayuda que los rusos estaban convencidos de haber hecho ya. Además, descubría detalles que revelaban la intervención inglesa en Turquía, lo que hacía renacer en los rusos el antiguo temor de que Gran Bretaña quisiera penetrar en el mar Negro para asegurarse así una posición de hegemonía en los Balcanes. El 22 de abril, el viceministro soviético de Asuntos Exteriores, Vladimir Potemkin, fue enviado a las capitales de los países balcánicos a fin de averiguar hasta qué punto habían llegado los planes para crear un bloque bajo la *leadership* (guía política) británica. Al mismo tiempo, Litvinov dio a conocer la que iba a ser su última tentativa de un pacto colectivo contra Alemania. Así, el 18 de abril proponía la ya citada alianza anglofrancosoviética para evitar una agresión alemana, ya fuese ésta contra los países firmantes o contra cualquier país de Europa Oriental. Pero la propuesta de Litvinov fue rechazada, pues lo que los ingleses estaban tratando de crear no era más que una situación que indujese a Hitler a sentarse ante una mesa de conferencias, no una alianza militar destinada a destruirlo. Adujeron que aquel pacto tripartito no sería bien acogido en Polonia y Rumania, que se precisaría mucho tiempo para negociarlo y que, en general, se consideraría una medida innecesaria, puesto que Gran Bretaña ya se había comprometido de una forma bien explícita con Polonia, Rumania y Turquía. A juicio de los ingleses, la política de Hitler consistía en crear en las naciones vecinas un clima de ansiedad con el mínimo esfuerzo; pero sin intención alguna de agresión, a menos que viese la posibilidad de evitar una guerra mundial. Un fortalecimiento de la alianza balcánica y del pacto polaco-rumano (con el apoyo inglés) y la promesa de que Rusia prestaría su ayuda, parecían elementos más que suficientes para detener al *Führer*.

MAYO: TRABAJAN LOS DIPLOMÁTICOS

El haber rechazado la propuesta de Litvinov fue considerado con cierto recelo en Moscú, a pesar de que Potemkin declarase que se sentía plenamente satisfecho de su viaje. La verdad era que a los soviéticos únicamente se les acogía bien en cuanto representaban un elemento complementario de la política inglesa, una garantía contra el eventual fallo de esta última en el intento de inducir a Hitler a la razón; en todas partes predominaban la iniciativa y la hegemonía de Inglate-

rra: en los países bálticos, en los Balcanes, Polonia y Rumania. La Unión Soviética no era admitida en el círculo. Después de llegar a Ankara el 29 de abril, Potemkin permaneció prácticamente inactivo durante cuatro días. Pero después, el 4 de mayo, la noticia de la destitución de Litvinov y de que su puesto lo ocuparía el brazo derecho de Stalin, Vyacheslav Molotov, sorprendió a todo el mundo.

Con toda probabilidad, durante el mes de abril, Hitler había comenzado a sentirse sofocado por aquello que la propaganda alemana definía como la política inglesa de cerco. Era verdad que sus diplomáticos habían conseguido un pequeño éxito en el Norte al bloquear la tentativa rusa de un pacto de no agresión con Estonia, Letonia y Lituania, pero las mismas presiones ejercidas sobre los turcos en Ankara y sobre el ministro de Asuntos Exteriores rumano no habían conseguido separar ni a uno ni a otro país del «frente» creado por los ingleses. Para empeorar las cosas, el 26 de abril Inglaterra hizo patente cuál sería su actitud en caso de guerra anunciando la obligatoriedad del servicio militar en Gran Bretaña. Para completar el cuadro, los diplomáticos alemanes no lograban llevar adelante las negociaciones con los japoneses en vistas a una alianza.

Hitler reaccionó ante todo ello como era de esperar. El 28 de abril, en Wilhelmshaven, denunció el pacto de no agresión entre Alemania y Polonia y el naval de 1935 con Inglaterra; estos eran los dos tratados que citaba siempre para rebatir las acusaciones que se le dirigían de haber violado los compromisos asumidos en los acuerdos. Hitler se podía sentir satisfecho de aquello, pero la verdad era que no había reforzado su posición diplomática. El 6 de mayo, Ribbentrop tenía que reunirse con su colega italiano para estudiar una alianza bilateral entre Alemania e Italia, a la cual podría unirse el Japón cuando lograse resolver sus conflictos internos. Hitler comprendió, sin embargo, que era muy improbable que una alianza entre Alemania e Italia fuese suficiente para detener a Inglaterra y Francia, puesto que ambos países contaban con el casi seguro apoyo soviético. La situación, por lo tanto, sería muy distinta si lograba separar a la Unión Soviética de las naciones occidentales.

Negociaciones con Rusia

En los círculos militares y diplomáticos alemanes la idea de un pacto entre Alemania y la Unión Soviética nunca había sido relegado del todo. Había un pequeño grupo que recordaba los años veinte, cuando por estarle prohibido poseer carros y armamento pesado en su territorio, Alemania había participado con el Ejército rojo en maniobras militares y fabricado en suelo ruso agresivos químicos. En aquel entonces, la hostilidad contra Polonia era el lazo más fuerte entre Alemania y la Rusia soviética; después nunca dejó de lamentarse el fin de aquella colaboración entre ambos países, así como la firma del pacto de no agresión con Polonia en el 1934, el año siguiente a la subida de Hitler al poder. Era por lo tanto bastante lógico que el empeoramiento de las relaciones entre Alemania y Polonia, registrado a fines de marzo de 1939, indujese a pensar en una rehabilitación de la antigua amistad con la Unión Soviética. Parece que la idea fue mencionada por primera vez en el círculo de amigos de Hitler en los últimos días de marzo. Y se reforzó cuando, el 15 de abril, Mussoluni dijo a Goering que Alemania debería mantener buenas relaciones con Rusia; pero probablemente, Hitler y Ribbentrop no consideraron demasiado la idea. Esta era la situación cuando llegó la sorprendente noticia de la destitución de Litvinov.

Los alemanes decidieron aprovechar entonces aquel suceso inesperado. El embajador alemán acreditado ante el Gobierno soviético, von Schulenburg, regresó precipitadamente a Moscú desde Teherán, donde se encontraba representando a su país en una ceremonia oficial persa. En Berlín siguieron diez días de discusiones febriles que terminaron con la decisión de tantear el terreno. Schulenburg volvió a Moscú y pidió una entrevista con Molotov, la cual tuvo lugar el 20 de mayo. En ella el embajador alemán indicó, con mucho tacto, el deseo de reanudar las conversaciones para la firma de un tratado comercial entre Alemania y la Unión Soviética. La respuesta de Molotov fue que las conversaciones comerciales no tenían ningún sentido si no iban acompañadas de un acuerdo político. Dicha contestación, expresada en términos tan concretos, produjo en Berlín una situación de perplejidad. El 30 de mayo, Schulenburg se puso de nuevo en contacto con Molotov, esta vez en un estado de ánimo casi desesperado, pues el 24 de aquel mismo mes Chamberlain había anunciado que el acuerdo entre Gran Bretaña y la Unión Soviética era inminente.

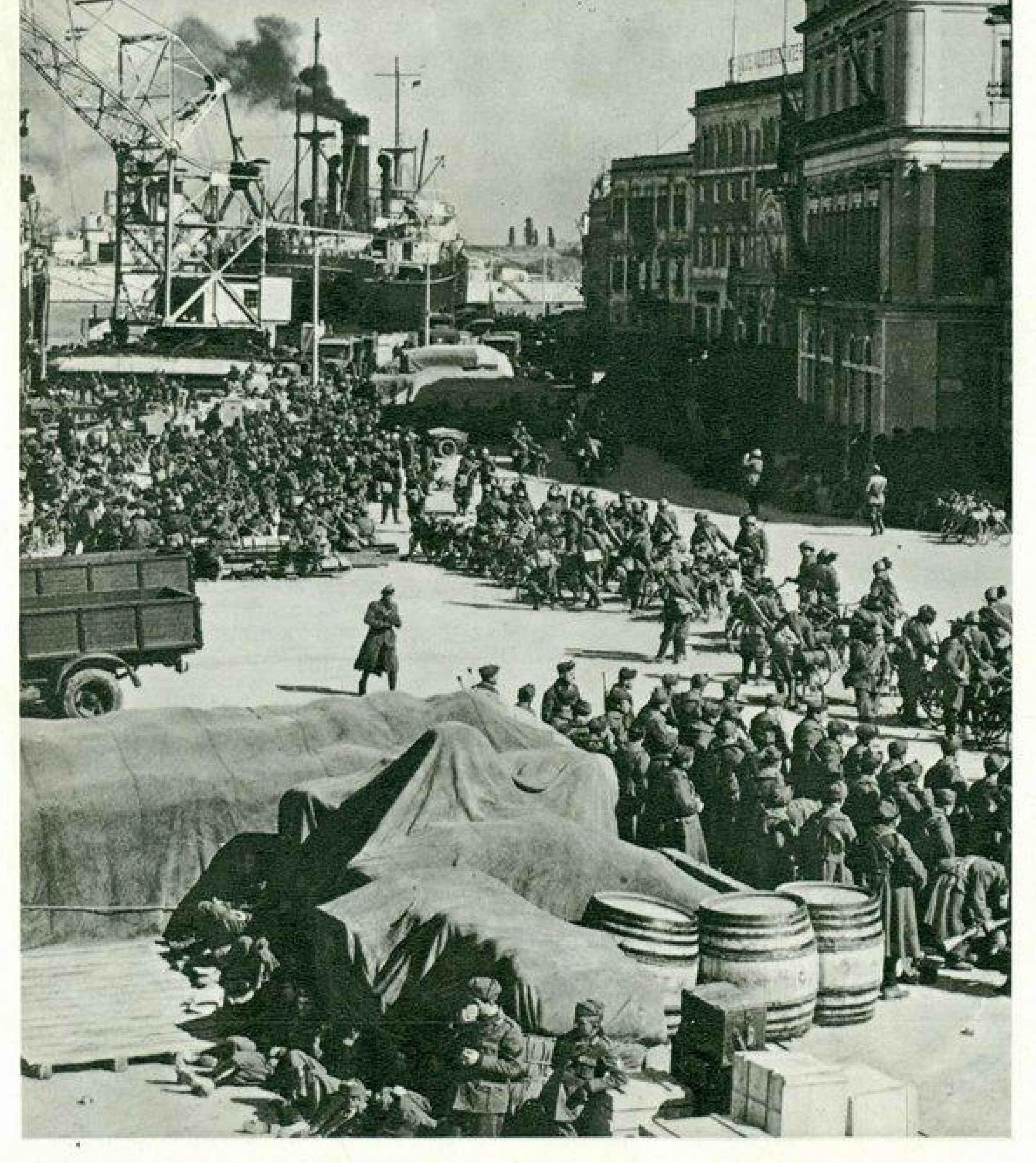
Dos días antes, Ribbentrop y Ciano habían firmado el Pacto de Acero. Al mismo tiempo se envió a Tokio un telegrama urgente en el que se pedía a los japoneses que se adhirieran al mismo. El 23 de mayo, Hitler se sintió lo bastante seguro como para revelar a sus generales los planes que había elaborado; les dijo que estaba dispuesto a atacar Polonia «en la primera ocasión favorable». La conquista del mencionado país abriría el camino hacia los estados bálticos, aseguraría para Alemania tierra cultivable suplementaria y eliminaría, en fin, el peligro de un ataque polaco en caso de un ajuste de cuentas con Occidente.

La guerra era ya inevitable. Por ello, se imponía aislar a Polonia. En el caso de que Gran Bretaña y Francia interviniesen, el esfuerzo bélico se dirigiría principalmente contra ambos países, y si además Rusia entraba en la contienda a su favor el ataque debería ser llevado a cabo con «la máxima rapidez y violencia». Al mismo tiempo serían ocupadas las bases aéreas belgas y holandesas: «nuestro enemigo es Inglaterra y la lucha contra ella es una cuestión de vida o muerte». Si Rusia intervenía, se la podría contener enfrentándola con el Japón. Por otra parte, aseguraba Hitler, no era imposible que Rusia revelase que no estaba interesada en absoluto por la suerte de Polonia.

Los planes de guerra de Hitler

Hitler ordenó la constitución de un Comité de Estudio, formado por personal de las tres Fuerzas Armadas, el cual debía examinar los problemas relacionados con la guerra contra Inglaterra. Según Hitler, el primer objetivo era la derrota de Francia y la ocupación de Bélgica y de los Países Bajos. Alcanzada esta meta, toda la capacidad de producción bélica de Alemania podría ser destinada al fortalecimiento de la *Luf-*

7 de abril de 1939: desembarco de las primeras tropas italianas en Durazzo. Mussolini, por una cuestión de prestigio, consideraba indispensable que Italia no fuera superada por Alemania en el empleo de la fuerza como medio para servir a los intereses nacionales. *(Archivo Rizzoli)*



twaffe y de la Escuadra, lo cual permitiría poner asedio a Inglaterra y obligarla a la rendición. A la vez se estableció que el programa alemán de un nuevo rearme debería llevarse a cabo entre 1943 y 1944. Hitler dijo claramente que tenía la intención de atacar a Polonia aquel mismo año y manifestó además la esperanza de que Inglaterra y Francia no intervendrían. Polonia debía ser aislada: éste fue el objetivo de los diplomáticos alemanes y en él comenzaron a trabajar de manera exhaustiva.

Al mismo tiempo, la elaboración del plan de ataque contra los polacos progresaba ininterrumpidamente. Hubo no pocas dificultades para convencer al nuevo Estado de Eslovaquia para que permitiera a Alemania concentrar tropas frente a la frontera meridional de Polonia. Por su parte, el Gobierno inglés estaba muy afectado por la caída de Litvinov, pues hasta aquel momento las negociaciones con Rusia habían sido satisfactorias, y se hallaba a punto de proponer a los rusos una fórmula que asegurase un efecto preventivo y restrictivo, sin que tuviera la apariencia de obligar a Polonia y Rumania a establecer relaciones directas con la Unión Soviética. Según los ingleses, aquella fórmula disiparía también los temores rusos, puesto que la propuesta declaración soviética de ayuda a los aliados occidentales se convertiría en operante tan sólo cuando Gran Bretaña y Francia hubiesen cumplido sus compromisos de garantía con Polonia y Rumania.

El 6 de mayo, sir Williams Seeds fue encargado de proponer el plan a Molotov, experiencia ésta que se reveló extremadamente desagradable. Molotov le sometió a un incesante interrogatorio, intentando averiguar si por parte inglesa existía el propósito de mantener las conversaciones con Rusia a nivel ministerial. Tres días después, *Izvestia*, uno de los diarios más importantes de la URSS, atacó la nueva fórmula inglesa, acusándola de cargar sobre Rusia el mayor peso de la resistencia ante una eventual agresión alemana y, por primera vez, mencionó la cuestión de un ataque directo de Alemania contra Rusia a través de los Estados bálticos.

Aquel mismo día, el embajador soviético en Londres indicó a lord Halifax que no existía reciprocidad en absoluto. La Unión Sovitiva se vería obligada a ayudar a Francia y Gran Bretaña si Hitler atacaba a Polonia o Rumania, mientras Inglaterra y Francia no estaban obligadas a auxiliar a Rusia. El 15 de mayo se presentó una respuesta formal inspirada en estos criterios y en ella se aludía a la necesidad de una concreta alianza anglo-franco-soviética con explícitos acuerdos militares. Al día siguiente, el embajador soviético dio a entender que la cuestión de un posible ataque alemán a través de los Estados bálticos había sido planteada sobre todo para reforzar la tesis rusa. Pero el asunto verdaderamente importante era la petición soviética de un pacto de asistencia mutua.

El precio de la ayuda soviética

¿A dónde quería llegar el Gobierno ruso? Un indicio sobre este punto lo dio cierto artículo aparecido en *Izvestia* el 11 de mayo. La alianza entre Italia y Alemania –se aseguraba en dicho periódico– no estaba dirigida contra la Unión Soviética, sino contra Inglaterra y Francia, y la política inglesa intentaba que, con Rusia, se completase la barrera en torno a Alemania. Pero ello a cambio de nada. La política seguida por Molotov a partir del 7 de mayo fue exclusivamente la de descubrir qué beneficios se podrían obtener de las dos naciones, consideradas por Rusia como capitalistas e imperialistas.

El Gobierno inglés tardó algún tiempo en darse cuenta de cual era la actitud soviética. La idea de negociar con Rusia era desagradable para algunos de sus miembros y muy difícil de conciliar con las aspiraciones de los países con los que Gran Bretaña se había comprometido. Otros políticos –entre los que se encontraban Churchill, Eden, Vansittart– estaban tan obsesionados por la necesidad de contener a Alemania, que su pensamiento parecía haberse detenido en este aspecto exclusivamente. Sólo se daban cuenta de la conveniencia de actuar pronto y temían que los rusos eludiesen la invitación inglesa. Por lo que parece, nadie advirtió que el precio de la ayuda soviética en la Europa Oriental había de ser de tal envergadura que los aliados occidentales no se lo podrían permitir, mientras que por el contrario, estaba totalmente al alcance de Alemania. Y dicho precio era la hegemonía de Rusia sobre los estados bálticos y una parte de Polonia. Molotov necesitó diez semanas para comprender que no conseguiría arrancar de Gran Bretaña el consentimiento respecto a dicho propósito, tras lo cual pudo dirigirse a Alemania y preguntar cuál era su oferta.

En aquellas diez semanas Rusia se había esforzado en conseguir que Inglaterra y Francia elevasen al máximo sus ofrecimientos. El 27 de mayo Molotov dio el primer paso. Al rechazar la fórmula de garantía propuesta por los rusos, los ingleses se encontraron ante un dilema: un pacto directo con Rusia parecía inevitable, ya que era el único modo posible de ayudar a Polonia y Rumania y frenar a Hitler. Pero si las negociaciones se interrumpían en aquel momento, el *Führer* se encontraría de nuevo con las manos libres, y quizá nazis y comunistas intentaran un acuerdo; a esto se añadía la circunstancia de que si Alemania se disponía a atacar las potencias occidentales, éstas necesitaban que Rusia estuviera de su lado. Pero a estos aspectos de la cuestión se oponían los siguientes: la estipulación de un pacto directo con Rusia daría la impresión de que Gran Bretaña consideraba la guerra inevitable y que por ello estaba formando un bloque ideológico contra Alemania. En este caso era muy posible que Italia, España, Portugal, Finlandia y Yugoslavia se alineasen junto a Alemania. El peso de la influencia vaticana quizá se inclinaría hacia la parte antisoviética y el Japón sería decididamente hostil. Pero ¿estaría de acuerdo la opinión pública inglesa en acudir en auxilio de Rusia en caso de que los alemanes la atacaran? Los jefes de Estado Mayor ingleses pensaban que la ayuda rusa no sería muy eficaz en caso de una guerra con Alemania. Estaba también la persistente negativa de Polonia, Rumania y de los estados bálticos a asociarse con la URSS. En consecuencia, si una alianza de Inglaterra con los soviéticos los lanzaba al campo alemán, ¿qué objeto tenía realizarla?

La solución propuesta por los ingleses fue redactar un acuerdo que vinculase a la Sociedad de Naciones toda ayuda dada a Rusia por Inglaterra y Francia, o viceversa. Este acuerdo se añadiría a los firmados anteriormente que preveían el apoyo soviético a Gran Bretaña y Francia en el caso de que estos dos países se encontrasen comprometidos en un conflicto con otra potencia, a causa de la agresión hecha por esta última contra un estado al que ellos hubieran garantizado o les hubiese solicitado auxilio. Se propusieron llevar a cabo conversaciones a nivel ministerial, aunque ninguna estaba prevista entre Rusia y los estados que Inglaterra y Francia se habían comprometido a asistir. De aquellos estados, para no herir susceptibilidades, no se mencionaban los nombres, mientras los derechos y la posición de otras potencias se expresaban claramente. Esta propuesta agradó al embajador ruso en Londres y manifestó la opinión de que entonces sería posible un acuerdo. Basándose en ello Chamberlain anunció en la Cámara de los Comunes –donde se habían hecho preguntas embarazosas sobre la seriedad con que el Reino Unido llevaba sus negociaciones con Rusia– que la conclusión de un acuerdo era inminente. Pero pronto fue desmentido radicalmente. El 27 de mayo, Molotov rechazó la idea de un tratado en el que se hiciera la más mínima mención a la Sociedad de Naciones. Evidentemente –dijo el ministro de Asuntos Exteriores soviético– Inglaterra podría sentirse satisfecha con un pacto que permitiese que fuera bombardeada Rusia mientras en Ginebra un pequeño país como Bolivia, podría bloquear cualquier acto de retorsión. Según el ministro soviético, las propuestas inglesas habían sido calculadas de modo que aseguraban el máximo de palabrería y el mínimo de resultados.

Las auténticas intenciones de Molotov se pusieron al descubierto por el ataque que dirigió a la cláusula que precisaba los derechos y la posición de los estados a los que Gran Bretaña y Francia habían garantizado la independencia. Pidió que el compromiso de garantía se ampliara de modo que comprendiese también los estados bálticos y Finlandia, punto éste que, sin embargo, más tarde rebatió. En una entrevista, el embajador inglés en Moscú comentó con tristeza: «Mi destino es tratar con un hombre que ignora por completo las cuestiones internacionales y desconoce totalmente la diferencia que hay entre negocios e imponer la voluntad del jefe de su partido».

JUNIO: LAS NEGOCIACIONES CON RUSIA EN UN PUNTO MUERTO

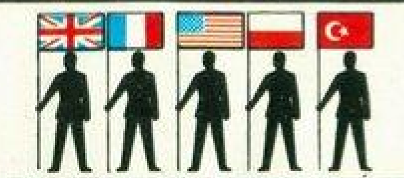
El 2 de junio Molotov presentó las contrapropuestas soviéticas. Ante todo, los estados protegidos por el compromiso de garantía debían ser indicados en el texto del tratado; la lista comprendía tres países en el Este. –Finlandia, Estonia y Letonia– y uno en Occidente, Bélgica, los cuales habían declarado repetidamente que no estaban dispuestos a aceptar ninguna forma de garantía. En segundo lugar, los rusos pedían que los términos políticos de cualquier acuerdo entre la Unión Soviética y las potencias occidentales no entraran en vigor hasta que los tres estados firmasen un tratado de asistencia y cooperación militar.

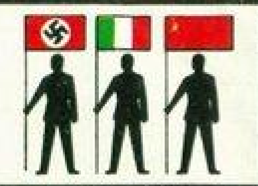
Muy contrariado, el ministro de Asuntos Exteriores inglés, lord Halifax, llamó a sir William Seeds a Londres. Como éste se encontraba enfermo, se envió a Moscú un alto funcionario del *Foreign Office* para que colaborase con él en la tarea de explicar a Molotov el punto de vista inglés. Ya en la primera conversación, el 15 de junio, se encontraron con nuevos problemas, creados por aquél a propósito de la actitud de Polonia, Rumania y los países bálticos. Al día siguiente, una nota soviética acusó a los ingleses de no considerar la posibilidad de intervenir en ayuda de los rusos cuando éstos tratasen de proteger a los estados bálticos contra Alemania. El 22 de junio, Molotov rechazó nuevas propuestas inglesas porque estaban «formuladas de modo impreciso». El 29, Zdanov, brazo derecho de Stalin en las cuestiones internas, manifestó en un artículo aparecido en *Pravda*, que Rusia se estaba impacientando. La insistencia soviética a propósito de la inclusión en el tratado de una garantía común para los tres estados bálticos, a pesar de la enérgica oposición de los mismos, hizo pensar a Seeds que lo que en realidad perseguía Rusia era una autorización internacional que la situara en posición de poder intervenir en aquellos países sin el consentimiento de sus Gobiernos.

JULIO: DANZIG NUEVO FOCO DE CONFLICTOS

El 1 de julio, en el transcurso de una última conversación, el comportamiento de Molotov confirmó las sospechas de Seeds, el cual había recibido instrucciones de que accediera a las peticiones soviéticas relativas a los estados bálticos, pero a condición de que el tratado se ampliara de modo que comprendiera también Holanda y Suiza. Molotov objetó inmediatamente que esto significaría una ulterior extensión de los compromisos soviéticos y pidió, como compensación, que Polonia y Rumania aceptasen pactos de alianza con la Unión Soviética, propuesta que los gober-

ASÍ SE LLEGÓ A LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL





Europa en vísperas de la guerra.
Gran Bretaña se ha aliado con Francia, Polonia y Turquía y mantiene un acuerdo con los Estados Unidos de América.
Alemania está aliada con Italia por el «Pacto de Acero», y ha firmado un pacto de no agresión con la URSS. Asimismo firma con esta última un tratado que deja las manos libres a Rusia en Lituania, Letonia y Estonia, a cambio de concesiones en la línea del Bug.



nantes de estos países no admitirían jamás, puesto que temían más la ayuda de Rusia que la agresión de Alemania.

Molotov pidió también que el tratado fuese igualmente efectivo en el caso de una «agresión indirecta» contra los países indicados, tal como «un golpe de Estado interior o un cambio de política favorable a los intereses del agresor», y justificó su petición mencionando el golpe de Estado que los alemanes habían provocado en Praga. Londres no tuvo que forzar mucho la imaginación para advertir que tales previsiones favorecían también eventuales acciones de los rusos contra cualquier Gobierno que no estuviera de acuerdo con ellos y suscitase su desconfianza.

Los ingleses protestaron, pero Molotov se mantuvo inflexible, tanto en este punto como en la petición de concluir simultáneamente un acuerdo militar.

Por otra parte, las otras negociaciones inglesas con miras a crear un frente contra Hitler encontraban no pocas dificultades. Con Turquía fue relativamente fácil, pero los rumanos, asustados ante la presión alemana y húngara, presentaban peticiones específicas cuyo efecto era el de hacer prácticamente ineficaz el compromiso de garantía asumido por los ingleses.

En Extremo Oriente, algunos elementos del Ejército japonés, irritados por la obstinación del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Marina, que se oponían a una alianza con las potencias del Eje, trataron de crear una tensión entre Gran Bretaña y Japón; para ello bloquearon el distrito inglés de Tien-tsin, en la China septentrional, y sometieron a los ciudadanos británicos que intentaban pasar por los puestos de control a vejaciones ultrajantes. Afortunadamente la habilidad del embajador inglés en Tokio, sir Robert Craigie, logró impedir una rotura total de las relaciones anglo-japonesas.

Mientras sucedía todo eso, las relaciones entre Polonia y Alemania empeoraban progresivamente, sobre todo en lo que concernía a las relaciones entre los polacos y el Gobierno de la ciudad libre de Danzig, de neta inspiración nazi. El 20 de mayo, durante una manifestación contra la aduana polaca, un ciudadano de dicha ciudad resultó muerto. Luego se descubrió que pertenecía a las SA de Danzig y que el homicida era el chófer del vicecomisario polaco. El 3 de junio, el presidente del senado de Danzig se quejó del continuo aumento de aduaneros polacos y ordenó a los funcionarios de la ciudad que no aceptasen más órdenes de ellos. Una semana después, los polacos replicaron a esta exigencia rehusando disminuir la actividad de sus inspectores aduaneros, e incluso amenazaron con aumentar el número de los mismos.

Esta respuesta provocó una oleada de ataques propagandísticos alemanes contra Polonia. Estos ataques llegaron a ser tan violentos que a fines de aquel mismo mes se manifestó nuevamente el particular estado de ánimo conocido por «el miedo de fin de semana», y corrió insistentemente la voz de que los alemanes estaban preparando un golpe de mano en Danzig. Estos rumores se hicieron más inquietantes cuando se supo que el senado de la ciudad libre había permitido la formación de los cuerpos de defensa, constituidos por voluntarios, e importado armas de Prusia oriental.

Los comentarios de la prensa polaca eran cada vez más violentos. En Londres, el 29 de junio, lord Halifax hizo una enérgica admonición: Gran Bretaña se opondría a cualquier acto de agresión en Europa. El 19 de julio, los polacos protestaron nuevamente porque en Danzig ponían toda clase de obstáculos a la labor de sus funcionarios aduaneros y anunciaron represalias económicas. Fue en estas circunstancias cuando algunos miembros del Gobierno inglés llevaron a su extremo más exagerado la política de «apaciguamiento». El objetivo de esta política era convencer a Hitler de que Gran Bretaña bloquearía todo propósito suyo de abrirse camino por la fuerza; pero no se opondría a una evolución pacífica de la situación europea. Era una política basada en la convicción de que el *Führer* reaccionaría positivamente a una combinación hábil de cal y arena.

Precisamente, a partir del 31 de marzo de 1939, el objetivo de la política inglesa había sido, por el contrario, persuadir a Hitler de que cualquier agresión por su parte encontraría la oposición de todas las demás naciones de Europa. Pero, en junio, como se ha dicho anteriormente, se volvió a pensar en una posición de advertencia pacífica más que en la amenaza.

El cebo era la oferta de participar en un grandioso proyecto de explotación conjunta anglo-alemana de la riqueza y de los mercados del continente africano y de otras zonas subdesarrolladas del mundo. Esta oferta se basaba en la idea de que el mundo se dividía en países «ricos» y «pobres». Alemania estaba catalogada entre los últimos, y se pensaba que quizá por esta razón amenazaba la paz. Pero todo ello no era más que una ingenua y errónea interpretación de las teorías nazis. A fines de julio circuló la noticia de que en Londres se estaban llevando a cabo conversaciones entre Wohltat (el hombre que representaba a Goering), sir Horace Wilson (jefe de la Tesorería y consejero personal de Chamberlain) y Hudson, ministro de Comercio. La noticia desencadenó violentos ataques contra el Gobierno inglés, tanto

en la prensa de su propio país como en la de Alemania e Italia.

Esta era la situación general en la última semana de julio, cuando los planes germanos para el ataque contra Polonia empezaron a madurar. Gran Bretaña perseguía aún la quimera de llegar a un entendimiento con los rusos, y el 27 de julio se anunció el envío de una misión militar anglofrancesa a Moscú. El frente diplomático contra Italia había adquirido alguna consistencia, pero el de Alemania estaba constituido tan sólo por el compromiso de garantía anglofrancés con Polonia –una Polonia cada vez más belicosa y decidida–, mientras Rusia esperaba una oferta del Reich. La posibilidad de llegar a un acuerdo con Alemania dependía del tenue hilo que representaban los contactos oficiosos con Goering.

El Reich no había conseguido concluir las negociaciones para una alianza con el Japón. El Gobierno italiano, por su parte, seguía creyendo en las promesas de Alemania de no desencadenar la guerra contra Occidente. Pero los Balcanes eran un hervidero de problemas: Hungría y Bulgaria se habían alineado junto a Alemania, y Yugoslavia se inclinaba a hacerlo. En Extremo Oriente, el Japón estaba cada vez más estancado en China y sometido a una creciente presión económica por parte de Norteamérica.

En el campo militar, la cooperación anglofrancesa había llegado a un buen punto. Gran Bretaña empezaba a superar al Reich en la producción bélica y Francia ponía todo su interés en adquirir los más modernos aviones de construcción norteamericana. Y mientras tanto, los planes de guerra germanos estaban llegando a su punto final. A Hitler no le faltaba más que conseguir separar a Rusia de Occidente y encontrar un pretexto para atacar a Polonia. El *Führer* estaba seguro de que en cuanto los franceses e ingleses perdieran la esperanza de lograr el apoyo ruso, abandonarían Polonia a su suerte.

AGOSTO: EL GOLPE SOVIÉTICO

Los tanteos preliminares que a fines de julio llevaron a cabo los alemanes para comprobar la consistencia de los aparentes deseos rusos de llegar a un acuerdo, tuvieron resultados plenamente satisfactorios. Apoyándose en ellos, Ribbentrop hizo, el 3 de agosto, una velada sugerencia sobre la posibilidad de un entendimiento sobre el destino de Polonia: una vez más, la reacción de los soviéticos fue favorable.

Contando pues con tales factores propicios, Hitler pasó a la fase siguiente: la búsqueda de un pretexto que le permitiera declarar la guerra a Polonia. A fines de julio, el senado de Danzig –siguiendo órdenes del *Führer*– envió a las autoridades polacas una nota retadora, respecto a los aduaneros, en la que amenazaba con tomar represalias contra los funcionarios polacos. La reacción de Polonia fue tan violenta que no desilusionó las esperanzas germanas: en efecto, el 4 de agosto el Gobierno polaco hizo saber al senado de Danzig que todo acto de violencia contra sus funcionarios aduaneros sería considerado como violencia ejercida contra funcionarios del Estado polaco.

Hitler tenía ahora un pretexto para actuar contra Polonia, un pretexto que había sido favorecido por la violenta reacción de la prensa polaca ante las amenazas de Danzig. El *Führer* llamó al *Gauleiter* de dicha ciudad y le dio instrucciones sobre cómo y cuándo debía aumentar la presión contra los polacos, a fin de provocar la chispa que encendiera el fuego; esto, claro está, en el momento en que los preparativos militares germanos estuviesen completamente ultimados. En aquella ocasión quedó establecido que el plan podía ponerse en práctica en cualquier momento, a partir del 24 de agosto.

El 9 de agosto, los alemanes entregaron al embajador polaco en Berlín una nota de protesta por una pretendida interferencia de su país en los asuntos de Danzig. «La repetición de actos de esta clase –afirmaba la nota– supondrá el empeoramiento de las relaciones entre Alemania y Polonia, de lo cual los polacos serán directamente responsables». Al día siguiente llegó la réplica, de nuevo violenta e intransigente. Los polacos estaban decididos a no dejarse intimidar como los checos, pues creían firmemente que podrían derrotar al Reich. «Cualquier interferencia germana en la controversia entre Polonia y Danzig –decía la réplica– será considerada como un acto de agresión». Hitler podía ahora pasar a la fase siguiente de su plan: el aislamiento de Polonia.

Sin embargo, al llegar a este punto, las cosas empezaron de nuevo a no marchar muy bien. Después de la firma del Pacto de Acero, los italianos se habían esforzado en desarticular el dispositivo inglés en los Balcanes y el Mediterráneo. Mussolini y Ciano todavía creían firmemente en la promesa de Hitler de no desencadenar un conflicto contra las potencias occidentales antes de 1942; pero al comenzar el mes de agosto Ciano se dio cuenta de repente de la dirección en que se movía la política germana. Y al conocer el contenido de la nota polaca, se dirigió, presa de gran inquietud, a Berchtesgaden. Hitler y Ribbentrop hablaron durante horas; Ciano trató de ponerlos en guardia diciéndoles que Inglaterra no se quedaría con los brazos cruzados, pero ni siquiera le escucharon. Ciano volvió a Roma enfurecido por la deslealtad de los alemanes y convencido de que, por su propio interés, Italia debía mantenerse neutral.

La visita de Ciano no impresionó en absoluto a Hitler. El 14 de agosto el embajador germano en Moscú se entrevistó con Molotov y le propuso la visita de Ribbentrop para ordenar las cosas con acuerdos directos. Y Molotov respondió proponiendo un pacto de no agresión.

Lento viaje hacia Moscú

Al mismo tiempo, la misión militar anglofrancesa se dirigía a Moscú por mar, pues los franceses no habían querido sobrevolar Alemania y los ingleses se habían negado a atravesarla en tren. El 12 de agosto, en la primera entrevista con las autoridades militares soviéticas, éstas formularon a la misión tres preguntas embarazosas: ¿Tenían sus miembros autoridad para concluir un acuerdo militar?, ¿cómo se proponían actuar las potencias occidentales en caso de una agresión alemana contra Polonia? y ¿de qué manera consideraban que debía intervenir Rusia para ayudar a Polonia y Rumania?

En Rusia, algunos esperaban que las respuestas de los occidentales demostrasen su decisión de actuar; quizá otros tenían la esperanza de que los aliados occidentales conseguirían convencer a los polacos y rumanos para que dejasen entrar tropas rusas en su territorio *antes* de que estallase la guerra; pero unos terceros, aun considerando la firme decisión anglofrancesa de defender Polonia, no veían clara la posición de ambos países y creían que Gran Bretaña y Francia, en el último momento, abandonarían a los polacos a su destino o acabarían por negociar a sus expensas un acuerdo semejante al de Munich.

También es posible que los dirigentes soviéticos interpretaran la resistencia de los países occidentales en abrirles un camino hacia Polonia como la confirmación de algo que ellos ya sabían: que concertar una alianza con Occidente significaría, en el mejor de los casos, conseguir un acuerdo con Europa, cuyo mérito sería totalmente atribuido a Gran Bretaña, y que, en el peor de los casos, significaría verse envueltos en una guerra con el III Reich. Y en aquellos momentos, sólo los alemanes ofrecían la posibilidad de un considerable avance soviético hacia el mar Báltico y la Europa centro-oriental.

Hitler estaba seguro de que los ingleses no defenderían a Polonia si para ello era preciso llegar a las últimas consecuencias. Por lo tanto, se dedicó a preparar los detalles del «golpe» diplomático que, en su opinión, obligaría a los británicos a retirar la garantía acordada con los polacos. El 15 de agosto llegó la noticia de que los japoneses eran contrarios a la idea de aliarse con Alemania. El incidente de Tien-Tsin (que por un momento había parecido que iba a provocar un conflicto entre Inglaterra y el Japón) no estaba desembocando en nada concreto. Y peor aún era el hecho de que el Ejército japonés, que luchaba en China septentrional y que siempre se había mostrado extremadamente violento y nacionalista hasta el fanatismo, hubiese entrado en combate con tropas soviéticas en Nomonhan, en los confines de la Mongolia exterior: tras algunos encuentros los japoneses fueron derrotados sufriendo graves pérdidas, con lo que la reputación del Ejército japonés se vio gravemente desprestigiada.

La «bomba»

Hitler había decidido entrar en contacto con Rusia. Con este fin consiguió eludir la táctica dilatoria de los rusos y obtener el consentimiento de Stalin para un viaje de Ribbentrop a Moscú. En las últimas horas de la tarde del 21 de agosto, la noticia de este viaje conmovió al mundo. El pacto de no agresión entre Alemania y la Unión Soviética se firmó la tarde del 23 de agosto; al mismo tiempo se firmaba un protocolo secreto que ponía bajo el área soviética todos los estados bálticos –excepto Lituania–, la mitad oriental de Polonia y la provincia rumana de Besarabia. El resto de Europa Oriental quedaba para Alemania.

Al mismo tiempo, Hitler, aprovechando la disputa de los inspectores aduaneros, dio órdenes de que Danzig provocase la ruptura con Polonia. Eligió como «hora cero» para el ataque las 4,30 del 26 de agosto. Cuatro días antes pronunció un discurso ante sus generales, en el que afirmó que Gran Bretaña tenía tantos compromisos en el Mediterráneo y en el Extremo y Medio Oriente que era muy improbable que interviniera en el conflicto, y que además el pacto del Reich con Rusia le había arrancado de las manos su última posibilidad. Los hombres que habían acudido a Munich no entrarían jamás en guerra para proteger a Polonia, su único pensamiento era encontrar todavía un país que sirviera una vez más de mediador. Polonia debía ser aplastada sin piedad. Pero los días que siguieron demostraron cuán equivocado era su juicio sobre Inglaterra y Francia.

El día crucial fue el 25 de agosto, fecha en que Hitler debía confirmar la orden de ataque; y así lo hizo a las tres de la tarde. Pero, en rápida sucesión, ocurrieron dos hechos para él muy lamentables. A las 16,30, el *Führer* supo que en Londres se había firmado una alianza entre Gran Bretaña y Polonia, que incluía, de modo formal, el compromiso de garantía acordado en marzo: esto demostraba que Inglaterra no permanecería neutral. A las 18, Mussolini –que se debatía entre sus sentimientos de lealtad a Hitler y la cólera de Ciano por el doble juego de Ribbentrop– informó que Italia no podría ayudar a Alemania si ésta no le proporcionaba material bélico en una cantidad que Ciano aseguraba estar mucho más allá de las posibilidades de los alemanes.

A Hitler le dolió la actitud de Mussolini, y a las 19,30 anuló la orden de ataque. Las tropas preparadas para la invasión tuvieron que volver a sus cuarteles. Aquel mismo día, el Japón interrumpió sus negociaciones con el Reich y tres días después subía al poder un nuevo Gobierno nipón. Entonces las esperanzas de Hitler de conseguir apartar a Inglaterra de las cuestiones europeas, creándole dificultades en Extremo Oriente, se derrumbaron. El pacto con la Unión Soviética había tenido el efecto de un «boomerang».

La revocación de la orden de ataque a Polonia favoreció momentáneamente a Inglaterra y a Francia. Sin embargo, ninguno de los dos países supo aprovechar tal situación y muy pronto Hit-

ler volvió a tomar la iniciativa. El gobierno británico se vio obligado a actuar basándose en la hipótesis de que el conflicto entre Alemania y Polonia era una auténtica guerra, imposible de impedir sólo con los buenos oficios de un mediador, y no una simple escaramuza preparada como pretexto para desencadenar la guerra en Occidente.

La propensión inglesa a recurrir a la mediación, así como los abundantes síntomas que revelaban las profundas divergencias que existían en Francia, dieron a Hitler el coraje necesario para elaborar un nuevo plan: obligar a los polacos a entablar negociaciones que después se podrían romper, de manera que la entera responsabilidad recayese sobre ellos, proporcionando así al Gobierno inglés una excelente excusa para retirarse de la contienda. Estas propuestas fueron presentadas a los ingleses por un intermediario neutral, llamado Birger Dahlerus, hombre de negocios sueco que vivía en Inglaterra y que era pariente de Goering.

SEPTIEMBRE:
EMPIEZA LA GUERRA RELÁMPAGO

Pero, mientras tanto las fuerzas alemanas recibieron la orden de estar dispuestas para atacar el 1 de septiembre.

La orden definitiva se dio el día 31 de agosto. Y el ataque contra Polonia se inició a las 4,45 del día siguiente.

Ello puso fin a toda esperanza de paz con Gran Bretaña. Los franceses, por el contrario, aferrándose todavía a la ilusión de evitar la guerra, persuadieron a Mussolini de que propusiera una nueva conferencia entre las cuatro grandes potencias. Durante las jornadas del 1 y 2 de septiembre, mientras las bombas alemanas caían sobre Polonia y los *Panzer* entraban en acción contra la caballería polaca, Inglaterra hizo toda clase de esfuerzos para lograr que los franceses entraran en acción. El Parlamento y la opinión pública británicos, ignorantes de lo que ocurría entre bastidores, estaban a punto de estallar. En las primeras horas de la tarde del 2 de septiembre, la Cámara de los Comunes –sospechando que el Gobierno quería preparar un nuevo Munich– protestó enérgicamente y los miembros del gabinete la apoyaron.

A las 22,30 de aquel mismo día, parlamentarios y ministros se trasladaron en masa al domicilio de Neville Chamberlain, que en aquel momento estaba cenando con lord Halifax, sir Horace Wilson y el jefe del *Foreing Office*, sir Alexander Cadogan. La reunión fue breve pero tempestuosa. A Chamberlain no le quedó otra salida que abandonar todo intento de atraer a Francia en seguida y dejar que siguiera el ejemplo británico más adelante. Concluida la reunión, se envió un telegrama a sir Neville Henderson en Berlín, en el que se le daban instrucciones para que a las 9 de la mañana siguiente presentara a Hitler un *ultimátum*. Si las tropas alemanas no suspendían la agresión contra Polonia y no se retiraban del territorio polaco a las 11 de aquel mismo día, Gran Bretaña y Alemania entrarían en guerra. A las 9 de la mañana del 3 de septiembre, Henderson se presentó en el Ministerio de Asuntos Exteriores germano. Ribbentrop se negó a recibirlo; en su lugar lo hizo Paul Schmidt, intérprete del jerarca nazi. Cuando Henderson se retiró, Schmidt corrió al Cuartel General de Hitler. Mientras traducía el *ultimátum* inglés, el *Führer* permaneció sentado e inmóvil «como una figura esculpida en piedra»; luego se volvió hacia Ribbentrop y dijo con rabia: «¿Y ahora qué?» Al salir Schmidt de la estancia para comunicar la noticia a los ministros y altos jefes que estaban reunidos en la antecámara, Goering le dijo: «Si perdemos esta guerra, que el cielo nos ayude».

Dos horas más tarde, mientras en Inglaterra las campanas de las iglesias tocaban para anunciar la misa matutina, el *ultimátum* inglés caducaba. Gran Bretaña y Alemania estaban en guerra. El segundo conflicto mundial había comenzado.

Molotov estrecha la mano a von Ribbentrop. El resultado de sus conversaciones se anunció el 23 de agosto de 1939 y el mundo se enteró, con el mayor estupor, que Rusia y Alemania, hasta entonces enemigas acérrimas, habían firmado un pacto de no agresión. *(History of the Second World War)*

LOS ULTIMOS SEIS MESES DE PAZ

7 de abril: Italia invade Albania.

17 de abril: Alemania y la Unión Soviética inician conversaciones diplomáticas.

28 de abril: Hitler revoca el acuerdo naval anglo-alemán de 1935 y el pacto de no agresión entre Alemania y Polonia de 1934.

4 de mayo: Molotov sustituye a Litvinov en el cargo de ministro de Asuntos Exteriores de la URSS.

22 de mayo: Ribbentrop y Ciano firman el «Pacto de Acero», por el que se unían las dos dictaduras más fuertes de Europa. Japón es invitado a adherirse al Pacto.

3 de junio: El Senado de Danzig, controlado por los alemanes, protesta por el excesivo número de funcionarios aduaneros polacos. La dura réplica de Polonia suscita una nueva y violenta campaña de propaganda de los nazis. En la ciudad libre se extiende el rumor de que es inminente un acto de fuerza alemán.

24 de julio: Gran Bretaña, Francia y Rusia convienen en prestarse mutua ayuda si uno de los tres países es atacado. Pero el pacto no será efectivo hasta que se formalicen los correspondientes acuerdos militares.

23 de agosto: Ribbentrop y Molotov firman un pacto de no agresión entre Berlín y Moscú. El pacto tiene un protocolo secreto que prevé el reparto de Europa oriental entre Alemania y Rusia.

25 de agosto: Hitler decide atacar a Polonia al día siguiente; pero revoca la orden cuando Mussolini le informa de que Italia no está preparada para entrar en la guerra.

31 de agosto: Hitler ordena nuevamente el ataque contra Polonia.

1 de septiembre: A las 4,45, sin haber declarado la guerra, Alemania inicia el ataque contra Polonia.

2 de septiembre: Chamberlain envía a Hitler su *ultimátum*: si Alemania no retira inmediatamente sus tropas, deberá considerarse en estado de guerra con Inglaterra.

3 de septiembre: Hitler recibe el *ultimátum* y lo ignora. Gran Bretaña entra en guerra con Alemania.





¡GUERRA RELAMP

Polonia, 1 septiembre - 6 octubre 1939

La «guerra relámpago», basada en la rapidez y en la potencia de choque, era una forma nueva de combatir, y el extraordinario éxito que tuvo en los comienzos de la campaña contra Polonia asombró no sólo a los polacos sino incluso a los mismos alemanes. Jamás, hasta entonces, la potencia militar de una nación había sido aniquilada en tan poco tiempo.

«La sangre es el precio de la victoria –escribió el teórico militar prusiano Clausewitz–. A los filántropos les es bastante fácil imaginar que existe un medio eficaz para desarmar y vencer al enemigo sin que se produzca un grave derramamiento de sangre y que el descubrimiento de este método es el verdadero objetivo del arte de la guerra... Se trata de un error que debe ser eliminado».

Los jefes políticos y militares del mundo entero estaban tan convencidos de esta afirmación, que los hombres hubieron de verter ríos de sangre y esperar más de cien años hasta que un ejemplo práctico demostró lo erróneo de las conclusiones de Clausewitz y los liberó de la convicción filosófica de que el único medio de conseguir la victoria en la guerra era el aniquilamiento material de las Fuerzas Armadas enemigas. Todavía en 1917, los ingleses trataron de vencer la resistencia de las tropas alemanas mediante la simple aplicación del principio del aniquilamiento: sacrificar tres vidas inglesas para eliminar dos vidas germanas, confiando para ello en una superioridad numérica de 13 a 8 para prever la supervivencia de un británico cuando no quedara ningún alemán. Este era el principio del aniquilamiento en su expresión más brutal, y el posible éxito que alcanzó es todavía objeto de discusión.

Veintitrés años después, Alemania destruyó por completo a Polonia (cuyas Fueras Armadas sumaban unos tres millones de hombres) a cambio tan sólo de diez mil bajas; y lo hizo de un modo tan eficaz que todavía hoy es difícil asegurar que la nación derrotada haya recuperado su *status* anterior. La explicación de la extraordinaria diferencia de eficacia militar que esta comparación revela hay que buscarla en los enormes progresos técnicos que el arte de la guerra experimentó entre 1918 y 1940.

Tal desarrollo se debía en gran parte a los estudios y prácticas de un restringido grupo de teóricos militares ingleses –presidido por el capitán B. H. Liddell Hart– que ilustró la actuación de sus teorías recurriendo al fenómeno físico de la rapidez del relámpago. Por una ironía de la suerte, fue el principal enemigo militar de su país, la Alemania hitleriana, el que llevó a la práctica las ideas de los militares y técnicos británicos, denominando el resultado así obtenido con la significativa expresión de *Blitzkrieg*, es decir, «guerra relámpago», que ha pasado a formar parte de los manuales de estrategia militar que se estudian en las academias de todos los países.

Un Ejército está compuesto de hombres, y tiene muchos de los atributos y de las exigencias de un ser humano. Necesita alimentos para sobrevivir, armas –instrumentos– para realizar su labor, y un flujo constante de materiales esenciales –municiones– para cumplir el objetivo último de reducir al enemigo a la impotencia. Pero, sobre todo, precisa de un cerebro –el Alto Mando– y de un sistema nervioso, como son las redes de comunicación y de transmisiones.

El principio sobre el que se basa la técnica de la guerra-relámpago es el siguiente: resulta más fácil, más sencillo y menos costoso reducir la eficacia de un Ejército enemigo mediante el hambre (cortándole los suministros de alimentos) o la paralización (destruyendo su Alto Mando o interrumpiendo las líneas de comunicación y las redes de transmisiones), que machacarlo hasta su completa aniquilación. Se trata, en resumidas cuentas, de tomar conciencia del hecho de que un experto en judo puede a menudo reducir a la impotencia a su adversario, de estatura mucho mayor y notablemente más forzudo, valiéndose de la rapidez, agilidad y eficacia de sus movimientos; sobre todo atacándole cuando y donde él menos se lo espera. La campaña contra Polonia constituyó la primera demostración práctica de esta técnica en los tiempos modernos, tiempos en los que el desarrollo de un material acorazado volvió a introducir la posibilidad de movimiento en un campo de batalla antes dominado por el fusil, la ametralladora y los certeros disparos de la artillería de largo alcance.

Fronteras vulnerables

Precisamente Polonia se prestaba de modo muy particular a esta clase de guerra, no sólo por su suelo casi llano –y al tiempo de la invasión germana, seco y compacto–, sino también por la extensión de sus fronteras, que hacía prácticamente imposible dotar a cada kilómetro de la defensa conveniente. Además, la frontera occidental presentaba dos flancos expuestos al enemigo –al Norte limitaba con Prusia Oriental y al Sur con las provincias de Checoslovaquia, recién ocupadas–, y precisamente entre aquellos dos flancos se encontraban las zonas más productivas de Polonia. Por otra parte, el territorio de esta nación se introducía como una lengua en suelo enemigo y, por desgracia, era políticamente necesario que sus tropas se concentraran allí a fin de garantizar el prestigio y la moral del país, aunque desde el punto de vista militar el sentido común aconsejaba que se las situara en líneas defensivas apropiadas a lo largo de los ríos Vístula y San.

Sin embargo, el punto débil de Polonia lo



constituía la organización de sus Fuerzas Armadas. Los soldados eran valientes y tenaces, hasta producir incluso la admiración del enemigo; pero la mayor parte pertenecían a la Infantería normal y, por lo tanto, sólo podían moverse muy lentamente. Junto a las 30 Divisiones de Infantería, había tan sólo dos Brigadas Motorizadas y 11 Brigadas de Caballería (a caballo), y este animal es tan vulnerable a las balas como cualquier otro ser viviente.

Contra este Ejército, diseminado en posiciones defensivas a lo largo de aquella dilatada frontera, se lanzaron seis Divisiones Acorazas, cuatro Divisiones Ligeras formadas por Infantería motorizada, cuatro Divisiones Motorizadas, más 27 Divisiones de Infantería, cuya misión principal era empeñar frontalmente a la Infantería polaca mientras las fuerzas rápidas, avanzando con toda rapidez por los flancos, destruían los centros vitales de mando y de aprovisionamiento situados en la retaguardia.

El ataque a los centros neurálgicos debía comenzar antes de que las columnas acorazadas se hubieran abierto camino a través de la «costra» defensiva que podía frenar su avance. A las 4,45 del día 1 de septiembre de 1939, bombarderos y cazas de la *Luftwaffe* sobrevolaron la frontera e iniciaron una obra sistemática de destrucción de los aeropuertos polacos, de los nudos ferroviarios y de carreteras, de las concentraciones de tropas de reserva y de cuanto la observación o la intuición señalaban como probable sede de un mando de cualquier nivel. En el espacio de dos días, Alemania consiguió la total supremacía aérea; entonces sus aviones pudieron dedicarse a una misión de apoyo más directo: la de atacar delante de las columnas de carros que avanzaban en vanguardia.

Estas columnas habían atravesado la frontera una hora después de hacerlo la *Luftwaffe*. Las tropas germanas habían sido concentradas principalmente a lo largo del sector meridional de la primitiva frontera polaco-germana y en el extremo occidental de la antigua frontera checo-polaca. Allí se encontraba el Grupo de Ejércitos Sur, al mando del general von Rundstedt. Este Grupo desplegaba de Norte a Sur: el Ejército 8 a las órdenes del general Blaskowitz; el Ejército 10 a las órdenes del general von Reichenau y el Ejército 14 mandado por el general List. El Ejército 8, a la izquierda del despliegue, debía abrir brecha entre dos Ejércitos polacos (el de Poznan y el de Lodz), aislando al Oeste el primero de ellos y protegiendo el flanco izquierdo de Reichenau. En el ala derecha, el Ejército 14 de List debía avanzar sobre Cracovia y progresar después hacia el Este, con objeto de aislar y empujar contra las montañas al Ejército polaco de los Cárpatos.

En el centro, el Ejército 10 de Reichenau, con el grueso de las fuerzas acorazadas, fijaría con la Infantería al Ejército de Lodz, mientras aquellas efectuaban un rápido avance para desbordar su flanco Sur y lanzarse después hacia el Norte, a fin de entrar en contacto con los hombres del general Blaskowitz y avanzar conjuntamente hacia Varsovia.

De este modo, los principales Ejércitos polacos serían, primero, aislados unos de otros y de sus fuentes de aprovisionamiento, y después, aniquilados.

Simultáneamente, el Grupo de Ejércitos Norte desencadenaría su ofensiva: el Ejército 4, partiendo de Pomerania, avanzaría hacia el Este, atravesaría el «corredor polaco» y alcanzaría la Prusia Oriental, donde se uniría al Ejército 3, dirigiéndose ambos al Sur para converger, por el este de Varsovia, con las fuerzas acorazadas de List (Ejército 14), procedentes del Sur. Se efectuarían así dos amplias maniobras de cerco: las fuerzas polacas que pudieran escapar al primero, al oeste del Vístula, caerían inexorablemente en el segundo, al este de dicho río.

Desorientados hasta los alemanes

Es raro que los planes militares se cumplan de un modo tan perfecto como lo fueron en la invasión de Polonia. El 4 de septiembre, la vanguardia de Reichenau penetró en territorio polaco y alcanzó una profundidad de 80 km. Dos días

«El 5 de septiembre, Hitler visitó inesperadamente nuestros cuerpos acorazados. Me reuní con él cerca de Plevno, en la carretera Tuchel-Schwetz; subí a su automóvil y marchamos a lo largo del eje de avance. Pasamos delante de los restos de la Artillería polaca y después, siguiendo de cerca a nuestras tropas, llegamos a Graudenz, donde mandó parar y contempló durante breve tiempo los puentes destruidos sobre el Vístula. A la vista de un Regimiento de Artillería aniquilado, Hitler me preguntó: "¿Ha sido nuestra Aviación quien ha hecho ese destrozo?" y cuando le respondí: "No, nuestros cuerpos acorazados", se quedó simplemente estupefacto». *Heinz Guderian, general de las unidades acorazadas.*
(de *The War*, dirigida por Desmond Flower y James Reeves, Ed. Michael Joseph Ltd.)

(United Press)

después había superado Lodz, aislando así al Ejército polaco, cuyos centros de aprovisionamiento estaban en dicha ciudad. Al Sur, las fuerzas acorazas de List cruzaron los ríos Dunajec, Biala y Wisloka, avanzando después rápidamente hacia el San y ocupando la ciudad de Przemysl; de este modo se abrieron camino en dirección a Lemberg, rompiendo el sistema defensivo del último río citado. El Ejército de List giró después hacia el Norte, y avanzó hasta encontrar las vanguardias acorazadas del Grupo de Ejércitos Norte, mandadas por el general Guderian, que habían atravesado el Narew y descendían velozmente en dirección a Brest-Litovsk, a más de 160 km del frente.

Una semana después, el estado de cosas en Polonia era tan confuso que… estaban asombrados hasta los mismos que lo habían provocado. Los dos brazos de la tenaza interior, formada por las fuerzas alemanas, se habían cerrado; pero dentro de la trampa, el caos era tal que prácticamente estaban imposibilitados de sacar fruto de ello. Las columnas polacas avanzaban y retrocedían constantemente en sus frenéticos esfuerzos para entrar en contacto con el enemigo o con sus propias fuerzas, y al hacerlo levantaban tales nubes de polvo que los informes de los reconocimientos aéreos sólo podían señalar una confusa agitación de fuerzas no identificadas que intentaban alcanzar unos objetivos indescifrables.

En el Alto Mando alemán, algunos se preguntaron si el grueso de las fuerzas polacas habría logrado escapar a través del Vístula. Pero prevaleció la tesis de Rundstedt, el cual sostuvo –con razón– que no había sucedido tal cosa, y, en consecuencia, el Ejército 10 de Reichenau fue enviado al Norte para bloquear la línea del río Bzura, al oeste de Varsovia. Allí se libró una de las más duras batallas de la campaña, aunque sobre el final de la misma no cabía la menor duda. Los polacos se batieron con desesperado valor, pero se encontraban en una situación de inferioridad demasiado grande: obligados a batirse en retirada, aislados de sus fuentes de aprovisionamiento y de sus bases, entraban en acción de modo fragmentario en lugar de hacerlo en fuerza contra un



LA MANIOBRA EN DOBLE TENAZA

Una columna motorizada alemana durante el avance. La superioridad de Alemania se basaba sobre todo en el gran número de unidades acorazadas y motorizadas, capaces de operar en completa autonomía. *(Archivo Rizzoli)*

enemigo que, para vencer, le bastaba tan sólo con mantener sus posiciones. Además, después del primer día de lucha, los alemanes les atacaron también por retaguardia; a lo largo del flanco meridional, lo hicieron las tropas de Blaskowitz, y en el flanco norte, fuerzas del Ejército 4 que, en lugar de alcanzar la Prusia Oriental, se habían desviado hacia el Sudeste. De este modo, los polacos quedaron aislados de los puestos de mando y de los centros logísticos. No sorprende, por lo tanto, que sólo poquísimos lograran abrirse paso a través del Ejército de Reichenau y unirse a la guarnición que había sido enviada a Varsovia.

La batalla que se libró junto al río Bzura puso término al ciclo de operaciones destinadas a cerrar la tenaza interior, dentro de la cual quedaron aislados los Ejércitos polacos del centro. El cerco fue posible gracias a las tropas acorazadas y a la rapidez de su acción: los dos elementos esenciales de la guerra relámpago. Las vanguardias de Reichenau alcanzaron los suburbios de Varsovia en ocho días, después de un avance de más de 220 km, desarrollado siempre a lo largo de la línea de menor resistencia y donde el ataque era menos esperado.

Logrado el cerco, las fuerzas germanas se detuvieron y formaron un sólido frente, al que los polacos martillearon en vano durante toda la semana siguiente, mientras a 160 kilómetros más hacia al Este se cerraban los brazos de la tenaza exterior, en la que se habían unido los cuerpos acorazados de Guderian, que procedían del Norte, y los de Kleist, del Sur.

Sólo una pequeña parte del Ejército polaco podía alentar una remota esperanza de escapar de aquel doble cerco; pero también esta esperanza se desvaneció cuando, el 17 de septiembre, el Ejército ruso entró en acción por el Este para tomar posesión de los despojos del territorio polaco que, según el acuerdo establecido por los dos dictadores un mes antes, les correspondía. Polonia dejó de existir y hubo una nueva frontera internacional que se extendía desde Prusia Oriental, a través de Bialystok, Brest-Litovsk y Lemberg hasta los Cárpatos.

Ya en ocasiones anteriores, Rusia y Alemania habían tenido largas fronteras en común y casi siempre fueron motivo de hostilidad y de continuos roces.

En octubre de 1939, recordando la historia, hubo muchos que se preguntaron cuánto tiempo podrían vivir en buena armonía unos vecinos tan belicosos.



FUERZAS ACORAZADAS

ARTILLERÍA MOTORIZADA

INFANTERÍA MOTORIZADA

BOMBARDEROS EN PICADO Y TROPAS PARACAIDISTAS

DIRECCION DE ATAQUE

INFANTERIA A PIE

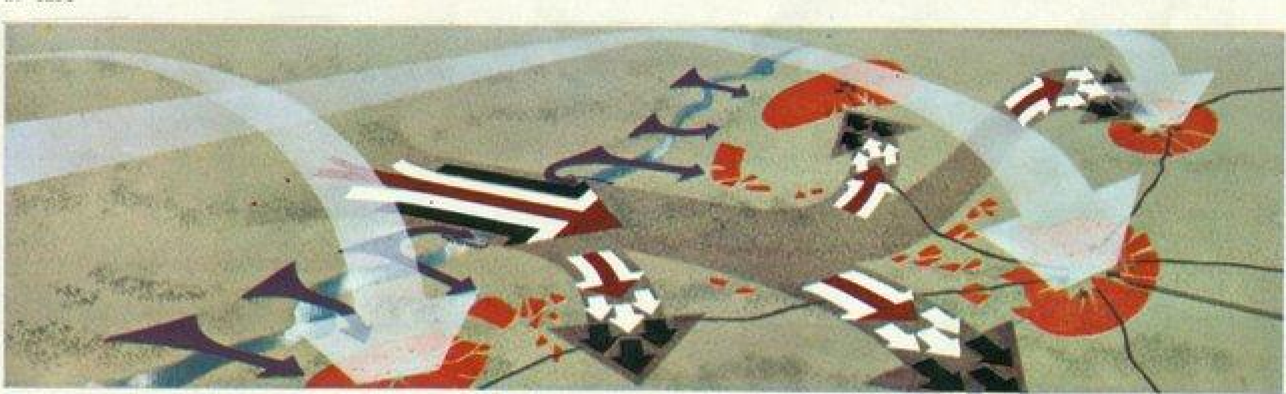
POSICIONES DE LA DEFENSA



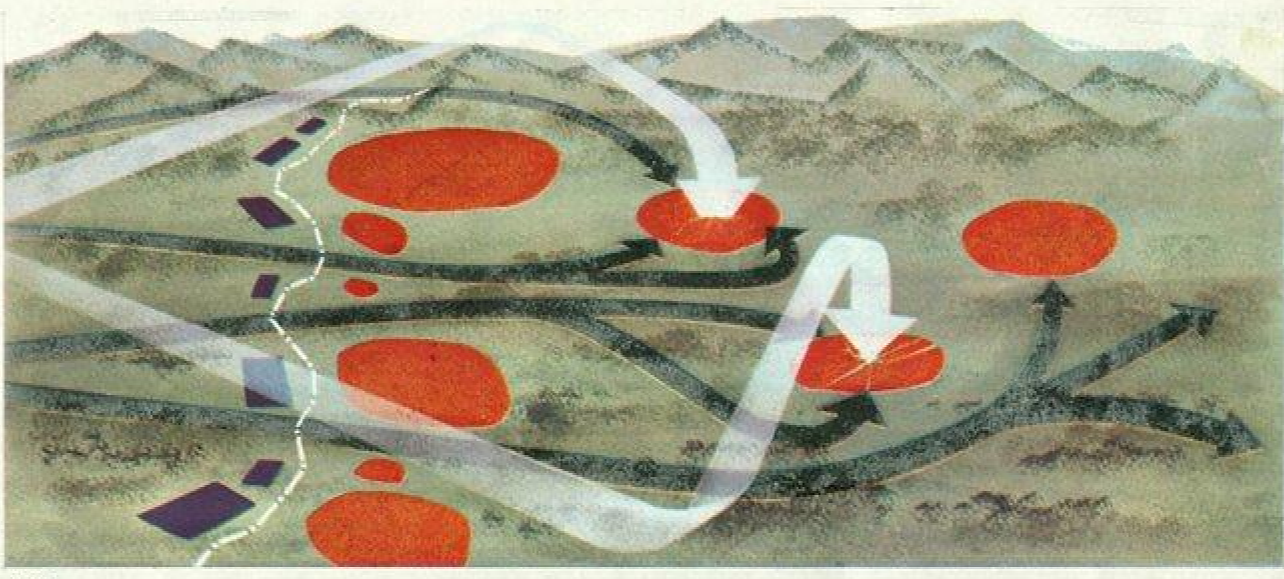
1.ª fase



2.ª fase



3.ª fase



4.ª fase

LA TÉCNICA DE LA GUERRA RELÁMPAGO

1.ª fase - La infantería de las posiciones fija al enemigo en toda la longitud del frente y prepara cortinas de humo para proteger y ocultar los movimientos de las fuerzas acorazadas atacantes. Los bombarderos hacen las veces de artillería de largo alcance a fin de aislar el campo de batalla: interrumpen las líneas de abastecimiento de los defensores y reducen al silencio a la artillería polaca. La vanguardia acorazada, auxiliada por zapadores y tropas de asalto, avanza hacia el primer obstáculo: en este caso, un río. Protegidas por cortinas de humo, por la acción de la artillería y de los bombarderos concentrada sobre la cabeza de puente prevista, las tropas de asalto atraviesan el río en lanchas, mientras los ingenieros preparan un puente de barcas. Sobre la retaguardia inmediata de los defensores se pueden lanzar tropas paracaidistas con objeto de acelerar el hundimiento de la resistencia.

2.ª fase - Las tropas de asalto y los zapadores destruyen, cuando es posible, las posiciones principales de la defensa y ensanchan la cabeza de puente, de tal modo que las fuerzas acorazadas —una vez atravesado el río— pasan fácilmente por los espacios libres. La infantería y la artillería motorizadas siguen a las fuerzas acorazadas, eliminan los focos de resistencia que aún quedan y protegen los flancos. Los bombarderos atacan las posiciones que se oponen a las tropas acorazadas así como las líneas de comunicación y las reservas.

3.ª fase - Las vanguardias acorazadas, abierta brecha en la posición defensiva, despliegan en abanico y desbordan las organizaciones básicas de la defensa. Algunas hostilizan al enemigo por retaguardia hasta que llega la infantería motorizada. El grueso de las fuerzas acorazadas ocupa los más importantes nudos ferroviarios y de carreteras, paralizando los órganos logísticos, las reservas y los Puestos de Mando. El grueso de la infantería atraviesa el río cuando los defensores están desmoralizados por el caos creado a su espalda. Se debe a toda costa intentar capturar o cercar a los soldados enemigos, con objeto de que no se puedan replegar.

4.ª fase - Las tres primeras fases son ejecutadas, con ciertos intervalos, a lo largo de todo el frente. Las vanguardias penetran después dentro del territorio enemigo, dirigiéndose hacia las ciudades y los centros más importantes. La infantería motorizada las sigue para mantener la seguridad de las comunicaciones y neutralizar las organizaciones enemigas que todavía resisten. También la infantería normal avanza: tiene la misión de hacerse cargo de los prisioneros y eliminar las «bolsas» de resistencia. La infantería de segunda línea avanza, partiendo de las primitivas posiciones, con el fin de proteger la organización logística de las unidades que van delante.

LA CAMPAÑA DE POLONIA VISTA POR AMBOS

EL POTENCIAL BÉLICO POLACO

En tiempo de paz el Ejército polaco estaba formado por 30 Divisiones de Infantería, 11 Brigadas de Caballería, a caballo, dos Brigadas Motorizadas y un cierto número de unidades de Artillería pesada, carros de combate, de ingenieros y de transmisiones. La Aviación, incorporada al Ejército, comprendía: 15 escuadrillas de caza y 12 escuadrillas de bombarderos de reconocimiento, cada una compuesta de 10 aparatos; cuatro escuadrillas de bombarderos medios, cada una con nueve aviones, y 12 escuadrillas destinadas a operar en colaboración con el Ejército, con siete aparatos por unidad. La pequeña Flota polaca estaba formada por cuatro destructores, cinco submarinos, dos cañoneros, un minador y seis dragaminas.

Existían también los Cuerpos de Defensa de la frontera (KOP), y unas unidades de Defensa Nacional compuestas sobre todo de reservistas y de jóvenes de edad inferior a la militar. En conjunto, las Fuerzas Armadas de Polonia alcanzaban los 370.000 hombres, a los que se podían añadir 2.800.000 reservistas adiestrados.

En caso de movilización, se pensaba aumentar las Divisiones de Infantería de 30 a 39, reforzar todas las demás unidades y reorganizar la Aviación con una Brigada de bombarderos y otra de caza. Como se sospechaba que los alemanes podían utilizar como pretexto para el ataque la movilización decretada por Polonia, las tres cuartas partes de las fuerzas serían llamadas a filas mediante avisos personales, con una anticipación de 72 horas, y el resto con bandos públicos de movilización.

En el momento de estallar la guerra, el plan para modernizar las Fuerzas Armadas sólo se había cumplido en una quinta parte. La Aviación disponía de 400 aparatos, de los cuales únicamente 36 se podían considerar modernos. Las fuerzas motorizadas contaban con 225 carros de combate ligeros modernos y 88 anticuados, 534 vehículos de reconocimiento y 100 vehículos acorazados, todos anticuados.

Se había dado prioridad a la modernización de la Artillería antiaérea y armas contracarros. Las unidades de defensa antiaérea tenían 414 cañones de moderna concepción y 94 más antiguos, además de 750 ametralladoras de viejo tipo. Cada División de Infantería disponía de 27 piezas antiaéreas y 92 contracarros; las Brigadas de Caballería de 14 a 18 piezas antiaéreas por unidad, y de 54 a 66 contracarros. La Artillería polaca era moderna, pero en cuanto al alcance y calibre estaba en franca inferioridad con la alemana. Cada División de Infantería contaba con 48 piezas, 6 de ellas pesadas.

El enlace entre los diversos Ejércitos y el Mando Supremo se hacía por red telegráfica o telefónica civil, en su mayor parte aérea. El sistema de comunicaciones por radio del Ejército había sido modernizado; pero los aparatos que se empleaban para ello estaban completamente anticuados.

EL POTENCIAL BÉLICO ALEMÁN

Alemania envió al Este 27 Divisiones de Infantería, 6 *Panzerdivisionen*, 4 Divisiones Ligeras, 4 Divisiones de Infantería Motorizada y 1 Brigada de Caballería. Con la movilización se habían formado 16 Divisiones más, pero eran numéricamente incompletas o estaban parcialmente equipadas.

En conjunto, debido al modo más bien apresurado en que había sido preparado a partir de 1934, el Ejército no ofrecía absolutas garantías de seguridad. Las mismas *Panzerdivisionen*, consideradas como lo mejor, estaban constituidas, en general, por carros de combate armados tan sólo con ametralladoras; bien pocos eran los carros dotados de un cañón. Pero la superioridad del Ejército alemán se basaba en el gran número de unidades acorazadas y motorizadas y en condiciones de operar de modo autónomo, aunque no se contaba con experiencias prácticas que proporcionasen datos sobre las posibilidades de empleo de tales fuerzas.

EL PLAN ALEMÁN DE ATAQUE

El plan alemán –llamado convencionalmente «Fall Weiss» («Caso blanco») –se basaba principalmente en estas cuatro consideraciones:

- *la desfavorable situación militar y geográfica de Polonia: el país se prestaba óptimamente a una acción de cerco llevada a cabo por fuerzas que se movieran con rapidez, procedentes del Norte y del Sur;*
- *la decisión del Mando alemán de exponerse a graves riesgos en Occidente a fin de asegurarse una neta superioridad en Oriente y conseguir de tal modo una rápida victoria antes de que los Aliados pudieran intervenir en ayuda de Polonia;*
- *la confianza del Mando alemán en las nuevas fuerzas acorazadas y en las otras unidades extremadamente móviles, sin cuyo empleo no hubiera sido posible pensar en una superioridad local y en una rápida conclusión de los combates;*
- *la amenaza de un ataque ruso por el Este a que Polonia estaba expuesta.*

Pero, en realidad, antes del mes de julio de 1939 no existía ningún plan de ataque contra Polonia. Hasta entonces, los alemanes se limitaron a tomar las medidas defensivas necesarias que las circunstancias habían creado después de 1918. El general von Brauchitsch, comandante en jefe del Ejército, describió sumariamente el plan, en su primera orden de operaciones para la campaña:

El fin de las operaciones es la destrucción de las Fuerzas Armadas de Polonia. Para conseguir tal finalidad es preciso invadir por sorpresa el territorio polaco, con objeto de evitar una movilización regular y la concentración del Ejército. Aniquilar después el grueso del mismo, que probablemente se encontrará concentrado al oeste de la línea Vístula-Narew, mediante un ataque concéntrico, lanzado por el Sur desde Silesia, y por el Norte desde la Pomerania y Prusia Oriental. Se deberá impedir que la operación sea dificultada por los refuerzos que previsiblemente serán enviados desde Galitzia.

La situación política, según la interpretaban los jefes nazis, obligaba a iniciar las operaciones bélicas con potentes ataques por sorpresa, que asegurasen rápidos resultados, y esto sólo era posible empleando unidades acorazadas. Para el desarrollo de las operaciones se crearon el Grupo de Ejércitos Sur (Ejércitos 8, 10 y 14), al mando del general von Rundstedt, y el Grupo de Ejércitos Norte (Ejércitos 3 y 4), al mando del general von Bock.

He aquí dos narraciones «paralelas» de la campaña de Polonia, dos descripciones –la alemana y la polaca– de la acción que dio origen a la segunda Guerra Mundial. Esta forma de ofrecer los hechos tiene un indudable valor: presentando la historia de los acontecimientos tal como la vieron el vencedor y el vencido, se consigue una visión totalmente nueva de la guerra relámpago. Expone además de modo exhaustivo el punto de vista polaco, que con tanta frecuencia se ha minimizado o virtualmente ignorado. La narración alemana corre a cargo del general Nehring, Jefe del Estado Mayor de Guderian, el cual estuvo presente en las fases de preparación y en la realización de la nueva y decisiva técnica de la guerra relámpago. También el coronel Swaczynski ocupó un puesto de gran importancia en la campaña, por su cargo de Jefe de Artillería de la División de Infantería 41 polaca. Por lo tanto, dos testimonios directos muy interesantes.

BANDOS

General Walter K. Nehring
Coronel Adam Sawczynsky

De los tres Ejércitos del Sur, que saldrían de Silesia, el núcleo acorazado principal (Ejército 10) debía atacar entre Zawiercie y Wielun, en dirección a Varsovia, consolidar los puntos de paso sobre el Vístula y destruir –en cooperación con los Ejércitos del Norte– las bolsas de resistencia enemiga de Polonia Occidental. El Ejército 14 cubriría con sus carros de combate el flanco derecho de esta dirección de penetración, mientras el Ejército 8 se encargaría de proteger el flanco izquierdo, entre Poznan y Kutno. El objetivo del Grupo de Ejércitos Norte era establecer la unión entre Alemania y Prusia Oriental y avanzar después hacia Varsovia, de modo que las fuerzas polacas del norte del Vístula quedasen aisladas. El cometido de la Aviación era aniquilar la fuerza aérea polaca; interrumpir las líneas de comunicación ferroviaria y apoyar a la Infantería. La Marina mantendría libres las rutas entre Alemania y Prusia Oriental, y bloquearía el golfo de Danzig.

El plan de operaciones era audaz y temerario. El Ejército 10, al mando del general de Artillería von Reichenau, avanzaría por territorio enemigo casi 300 km, en dirección a Varsovia, empleando el grueso de sus unidades acorazadas y sin preocuparse de los flancos ni de la retaguardia; luego reduciría rápidamente las organizaciones defensivas polacas situadas en la orilla derecha del Vístula, antes de que los Ejércitos polacos en contacto pudieran retirarse al otro lado del río y organizar una nueva línea de resistencia.

Jamás un Ejército había organizado y desplegado fuerzas especiales tan importantes y tan rápidas en una zona de relativa amplitud como era el territorio polaco. ¿Sería posible, utilizando la red de carreteras de la propia Polonia, coordinar y hacer llegar los suministros necesarios a los millares de vehículos que se habían adentrado tan profundamente en la retaguardia enemiga? ¿Se podría conjugar la acción de las fuerzas rápidas con la Infantería de modo que quedase asegurada la unidad y la continuidad de la acción ofensiva?

Al mismo tiempo, desde Eslovaquia, Pomerania y Prusia Oriental se lanzarían ataques para contener a las fuerzas polacas. El éxito de esta maniobra dependía de la rapidez con que todas las unidades, actuando en estrecha cooperación, lograsen profundizar los 300 km que separaban a los dos Grupos de Ejércitos. El Ejército 3, partiendo de Prusia Oriental, se encargaría de aislar las tropas polacas situadas en la otra orilla del Vístula, impidiéndoles así toda libertad de maniobra.

El único gran riesgo que entrañaba este plan era que el Mando polaco, adaptando oportunamente su despliegue, ordenase un ataque coordinado de casi todas sus fuerzas contra uno de los Grupos de Ejército alemanes, oponiendo al otro tan sólo una débil resistencia para retardar su avance. El Ejército polaco de Poznan se encontraba en una posición muy favorable para realizar una acción de este género, pues como el plan germano no preveía hostilizarlo seriamente, podía ser utilizado según lo exigieran las circunstancias. Y el Mando alemán se daba perfecta cuenta de este riesgo. Pero, habiendo estudiado en todos sus detalles las diversas eventualidades, confiaba haber valorado con exactitud la postura, tanto de los Aliados, como de los enemigos de Oriente y Occidente.

Puesto que en Occidente los franceses se encontrarían en situación de franca superioridad, el ataque contra Polonia había de ser rápido y decisivo, con objeto de que las escasas fuerzas germanas del frente occidental pudieran ser reforzadas apenas se hubiese producido la derrota polaca. Si el Ejército francés, con sus 99 Divisiones y 2500 vehículos de combate acorazados –reforzado desde mediados de septiembre con tropas inglesas– atacaba antes de que las fuerzas alemanas hubiesen asegurado la victoria en Polonia, el III Reich podía perder la guerra inmediatamente después de haberla comenzado. Como ya se ha dicho, Hitler ordenó el ataque para las primeras horas de la tarde del 26 de agosto de 1939; pero, por haberse firmado aquel mismo día el pacto anglopolaco, el *Führer* –siguiendo el consejo de su comandante en jefe– decidió aplazarlo.

En el Ejército se consideró aquella suspensión como una estratagema psicológica para fomentar más la guerra de nervios, semejante a la empleada el otoño anterior, antes de la ocupación de Checoslovaquia; pero como los polacos estaban enterados de cuanto estaba acaeciendo y secretamente habían iniciado la movilización del Ejército, Alemania perdió la posibilidad de ataque por sorpresa previsto en sus planes. Por otra parte, sin embargo, los alemanes no dejaron escapar la oportunidad para completar la movilización. Asimismo, el 30 de agosto, los polacos anunciaron oficialmente la suya. Y al día siguiente, Hitler dio nuevamente la orden de ataque.

EL PLAN POLACO DE DEFENSA

En mayo de 1939, el Comandante en jefe polaco, mariscal Rydz-Smigly, resumió en los siguientes términos su plan defensivo:

Mi plan de operaciones se basa en la hipótesis de que los alemanes atacarán Polonia empleando la mayor parte de sus fuerzas. El plan tiene carácter defensivo. Su finalidad es impedir la destrucción de nuestro Ejército antes de que por el Oeste los aliados de Polonia inicien su ofensiva. Prevé, por lo tanto, que nuestras Fuerzas Armadas inflijan a los alemanes las más graves pérdidas posibles; defiendan las zonas vitales, indispensables para la evolución de la guerra, y aprovechen toda oportunidad para lanzar a la contraofensiva nuestras reservas. Debo aceptar la eventualidad de que, al comienzo de la guerra, Polonia pierda algunas zonas de su territorio; pero serán reconquistadas. Cuando, a continuación de la decidida y enérgica intervención de los Aliados, la presión sobre el frente polaco disminuya, obraré conforme a la situación.

El Mando polaco conocía la superioridad numérica y de material de los alemanes; pero la revolucionaria estrategia bélica, unida al absoluto dominio en el empleo de las unidades mecanizadas constituyó una gran sorpresa. El único remedio posible para aquella evidente superioridad era la intervención de los Aliados. En su orden del día del 1 de septiembre, el mariscal Rydz-Smigly escribió: «Por larga que sea la guerra y duros los sacrificios que imponga, la victoria final nos corresponderá a nosotros y a nuestros aliados»; con estas palabras daba a entender claramente que preveía un largo período de lucha antes del triunfo.

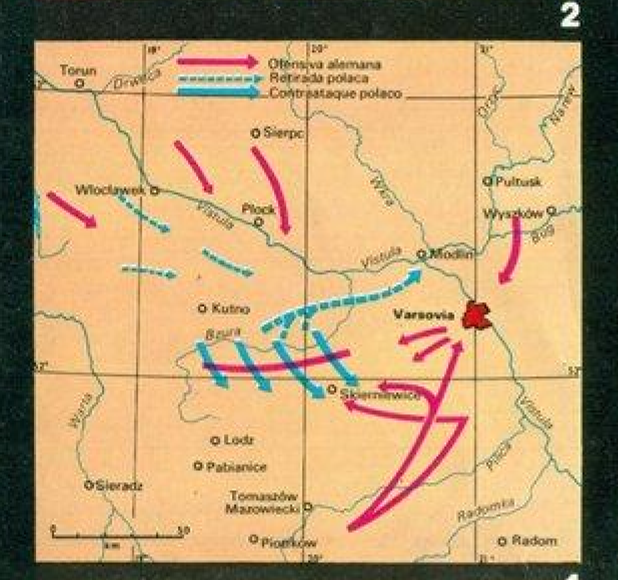
En la primera fase de la campaña decidimos no poner en práctica una defensiva rígida y estática, esperando que una defensa móvil nos permitiese constituir un frente defensivo apoyado en las for-

CAMPAÑA DE POLONIA

1

2

3



4



5

1. 1.° de septiembre de 1939: Situación de las fuerzas el día del ataque alemán. El plan de operaciones tenía como finalidad la destrucción de las Fuerzas Armadas polacas en el tiempo más breve posible, mediante un ataque concéntrico lanzado por el Sudoeste desde Silesia, y por el Norte desde Pomerania y Prusia oriental, con objetivo Varsovia.

2. Los primeros cinco días: El 5 de septiembre las tropas alemanas rompen la cobertura polaca establecida a lo largo de la frontera y entran en el «corredor». El Ejército 10 se estaba creando en el Sur, un paso hacia Varsovia. Los brazos de la primera tenaza, la interior, se preparaban para converger.

3. El avance sobre Varsovia: del 6 al 10 de septiembre los alemanes continuaron su progresión hacia Varsovia. Los Ejércitos 3 y 4 del Grupo de Ejércitos Norte, presionaban en dirección a la capital, mientras los Ejércitos 8 y 10, del Grupo de Ejércitos Sur, avanzaban hacia el Norte, en busca de Varsovia y Radom. Los Ejércitos meridionales se iban a encontrar en el río Bzura con una gran sorpresa.

4. La batalla del Bzura: el ataque del 9 de septiembre en el río Bzura fue la única reacción ofensiva realizada por los polacos de modo vigoroso y en gran escala. Lanzaron el ataque contra el centro del despliegue alemán, que estaba realizando acciones limitadas; pero Rundstedt y Manstein, efectuando con sus fuerzas una acción de diversión y adelantando sus reservas empeñaron a los polacos en una difícil batalla sobre un frente muy estrecho, y los derrotaron. Al mismo tiempo, otras unidades del Grupo de Ejércitos Sur iniciaban el asalto a la capital de Polonia.

5. Fin de la campaña: mientras parte del Grupo de Ejércitos Sur estaba empeñado en el río Bzura, las fuerzas acorazadas de Guderian avanzaban hacia Brest-Litovsk, la cual tomaron el 14 de septiembre; después se reunieron con las unidades blindadas de Kleist, que llegaban por el Sur.
El 17 de septiembre entró en Polonia por el Este del Ejército ruso, con lo cual las últimas esperanzas de los polacos se desvanecieron. Dos días después, los 100.000 hombres del Ejército de Poznan se rindieron a las tropas del Grupo de Ejércitos Sur. Varsovia resistió ocho días más; pero la campaña estaba ya virtualmente concluida.

La comparación entre el potencial militar alemán y el polaco pone de relieve la diferencia que existía, tanto en fuerzas aéreas como acorazadas, entre los dos países.

FUERZAS COMBATIENTES

ALEMANIA		POLONIA	
EJERCITO		**EJERCITO**	
DIVISIONES ACORAZADAS	11	BRIGADAS ACORAZADAS	1
DIVISIONES DE INFANTERIA	40	DIVISIONES DE INFANTERIA	30
DIVISIONES MOTORIZADAS	4	DIVISIONES MOTORIZADAS	CERO
BRIGADAS DE CABALLERIA	1	BRIGADAS DE CABALLERIA	11
AVIACION		**AVIACION**	
BOMBARDEROS Y BOMBARDEROS EN PICADO	850	BOMBARDEROS Y BOMBARDEROS EN PICADO	210
CAZAS	400	CAZAS	150



El orgullo del Ejército alemán: los medios acorazados, potentes, con gran movilidad y perfectamente adecuados al cometido de romper el frente adversario.

(Ullstein)



tificaciones próximas a la frontera con Silesia y a no más de 85 km en otros sectores. Se preveía que el principal ataque alemán, procedente de Silesia, penetraría profundamente en nuestro despliegue, por ello se pensaba emplear las reservas en aquella zona; éstas ejercerían una resistencia suficiente para contener a los alemanes hasta que, en el Oeste, los Aliados lanzasen su ofensiva.

Basándose en estas previsiones, las fuerzas polacas fueron desplegadas en tres Ejércitos al oeste del arco del Vístula: el Ejército de Pomerania (cinco Divisiones de Infantería y una Brigada de Caballería), en el ala derecha del despliegue, en la zona Torun-Bydgoszcz; el Ejército de Poznan (cuatro Divisiones de Infantería y dos Brigadas de Caballería), en el centro, en la zona Poznan-Kalisz; y el Ejército de Lodz (cuatro Divisiones de Infantería y dos Brigadas de Caballería), a la izquierda, en el sudoeste de Lodz. Estas tropas estaban apoyadas por dos Grupos de Reserva en segunda línea: el Grupo de Kutno y el Grupo de Prusy.

Según los planes previstos, el flanco norte sería cubierto por el Grupo operativo independiente del Narew y el Ejército de Modlin, apoyados por el Grupo operativo de Wyszkow; y el flanco sur, por los Ejércitos de Cracovia y de los Cárpatos, apoyados por el Grupo de Reserva de Tarnow. Pero, poco antes de comenzar la guerra, el plan fue modificado ligeramente en el sentido de que los Ejércitos de Modlin y de Lodz, y parte del de Pomerania, desplegaran más cerca de la frontera. Otro cambio –dictado por el temor de que Hitler se apoderase de la ciudad libre de Danzig, presentando así al mundo un hecho consumado– consistió en el envío a Pomerania de un Grupo de intervención inmediata, formado por dos Divisiones de Infantería, con la misión de detener el avance alemán si éste se producía. Después, fue necesario reforzar estas tropas, por lo que se enviaron algunas unidades del Ejército de Pomerania a las proximidades de la frontera con Alemania, en el «corredor» de Danzig. El Comandante en jefe calificó estos movimientos como «un absurdo desde el punto de vista operativo, al que estoy obligado por consideraciones políticas».

En cuanto a la Aviación, el principal cometido de la Brigada de bombarderos era atacar las fuerzas terrestres y las líneas de comunicación germanas, mientras la Brigada de caza defendería el territorio nacional de los ataques aéreos. El 30 de agosto, en previsión de una ofensiva inminente, todas las unidades de aviación dejaron los aeródromos de tiempo de paz para trasladarse a sus respectivas bases operativas. Por la misma razón los destructores de la Marina polaca recibieron orden de zarpar hacia Gran Bretaña.

Una ametralladora antiaérea polaca en los suburbios de Varsovia. Con estas armas, una vez destruidas sus exiguas fuerzas aéreas, los polacos tuvieron que hacer frente a los ataques de la potente aviación enemiga. (Archivo Rizzoli)

Abajo, a la derecha: fuerzas de asalto alemanas, preparadas para el ataque, esperan que se inicie el fuego de apoyo de la Artillería. (History of the Second World War)

LA INVASIÓN ALEMANA

Desde el punto de vista alemán, las operaciones desarrolladas entre el 1 y el 3 de septiembre tuvieron éxito, aunque no alcanzaron todos los objetivos previstos. El audaz plan de operaciones germano parecía funcionar bien; las unidades, organizadas con tanta premura, habían demostrado su eficiencia y las unidades acorazadas superaron brillantemente su prueba de fuego. El cordón constituido por las fuerzas polacas, dispuestas a lo largo de la frontera, había sido hecho pedazos; el tan disputado «pasillo» de Danzig –que separaba Prusia Oriental de Alemania– fue superado; el Ejército 10, con sus divisiones motorizadas, seguidas de las divisiones de infantería, habían forzado el frente al oeste de Varsovia.

El movimiento de cerco en tenaza, que según el plan debía realizarse al oeste del Vístula, comenzó a tomar forma. El Ejército polaco, falto de espacio de maniobra, se iba a encontrar ante la desfavorable perspectiva de tener que librar una batalla decisiva al oeste del río. Es casi seguro que el comandante en jefe, mariscal Rydz-Smigly, debió darse cuenta, al finalizar el segundo día, de que si los aliados no se apresuraban a intervenir, la guerra estaba perdida.

El Grupo de Ejércitos Sur decidió obligar al enemigo a un encuentro decisivo ante los ríos Vístula y San; para ello, su Ejército 14 avanzó con objeto de eliminar toda resistencia al este del Vístula. Interpretando la situación de modo análogo, el Grupo de Ejércitos Norte quiso constituir una fuerte Agrupación septentrional –formada por el XIX *Panzerkorps* de Guderian y tres Divisiones de Infantería– que sería utilizada en la dirección Brest-Litovsk–Lublin.

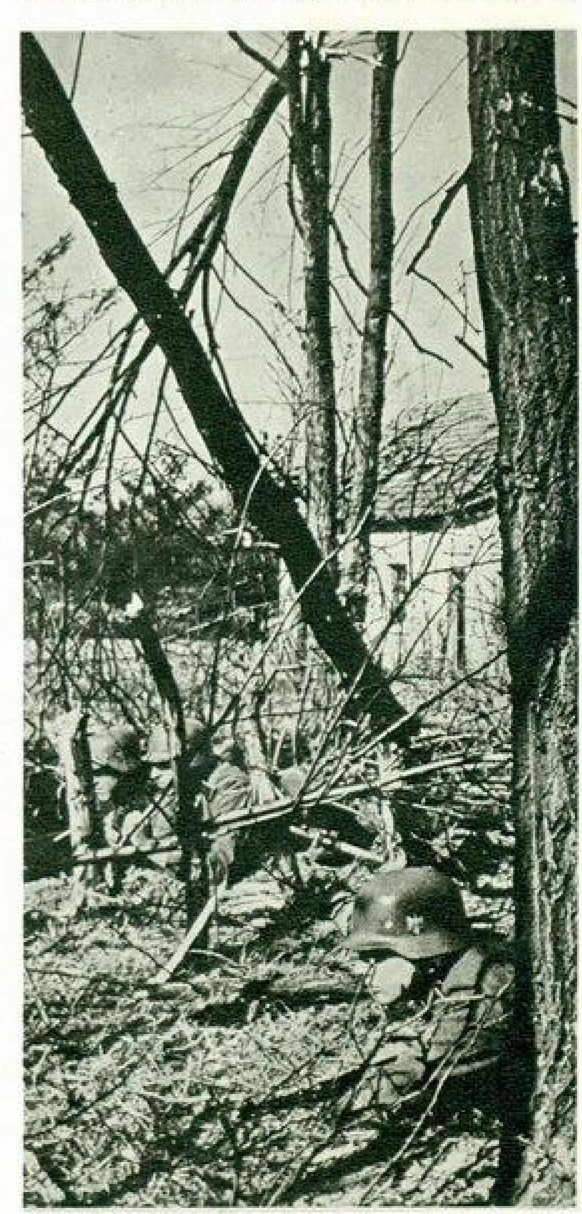
Al principio, el Alto Mando del Ejército rechazó esta propuesta, indicando que era preciso mantener unidas las fuerzas de aquel Grupo para que ayudasen a la conversión prevista. Pero el 5 de septiembre, y teniendo en cuenta que el enemigo podría retirarse detrás de la línea Vístula–Narew, se fijó un nuevo objetivo: cercar las fuerzas polacas que se encontraban al este del Vístula. El Grupo de Ejércitos Norte debía ahora atacar, con el Ejército 3 y el *Panzerkops* al mando de Guderian, a lo largo de la línea Varsovia–Siedlce, mientras el Grupo de Ejércitos Sur, con su Ejército 14, cruzaría el San, atacando en dirección a Lublin, y el 2.º Cuerpo de carros de combate se encargaría de proteger el flanco exterior.

El avance dio lugar a duros encuentros. El Ejército 14 ocupó Rzeszów, pero no consiguió alcanzar el curso medio del San. El Ejército 10, empleando tres Cuerpos de carros contra la línea que de Pulawy-Bebblin-Radom llegaba hasta Góra Kalwaria, logró el dominio del Vístula hasta Varsovia y aislar una parte de las fuerzas polacas en el valle de Radom. Al Ejército 8, que hasta entonces había sido empleado escalonadamente para proteger el flanco del 10, se le confió la misión de perseguir con la mayor rapidez posible al enemigo en fuga, aislando así, en la orilla septentrional del Vístula, al todavía intacto Ejército de Poznan e impidiéndole entrar en contacto con el Ejército 10.

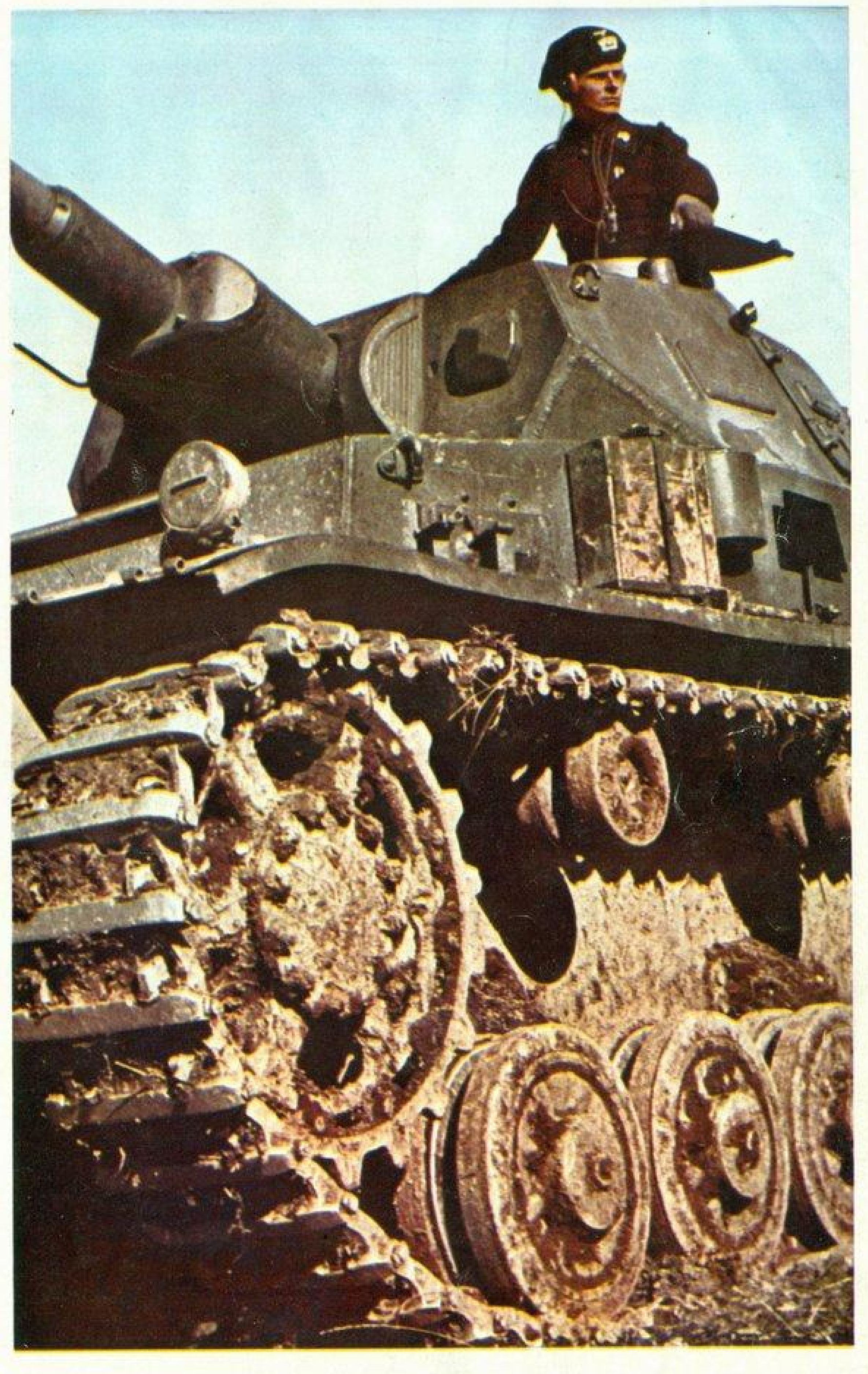
Del Bzura a la invasión rusa

Animados por los resultados obtenidos, los alemanes pensaron que los polacos no harían otra cosa que retirarse y no sospecharon un ataque contra el flanco Norte del Ejército 8. Les esperaba, pues, una gran sorpresa.

El ataque polaco en las proximidades del río Bzura –desencadenado el 8 de septiembre con objeto de aprovechar la situación de relativa inactividad existente en el centro del despliegue germano– fue el único contraataque vigoroso y firme organizado por el Mando Supremo polaco. Pero las enérgicas contramedidas tácticas tomadas por el Grupo de Ejércitos Sur transformaron este ataque polaco en una derrota decisiva. En efecto, Rundstedt y su jefe de Estado Mayor, von Manstein, llevando a cabo una brillante acción



Fotografía de la derecha: el «Mark IV», ariete de las fuerzas de asalto germanas. (History of the Second World War)



de diversión con los XV y XVI *Panzerkorps* y algunos contingentes del Ejército 10, y tras lanzar a la batalla las tropas de reserva procedentes del Oeste, obligaron al enemigo a combatir en un frente muy reducido, lo que permitió a los alemanes efectuar el cerco más grande hasta entonces conocido.

El Grupo de Ejércitos Norte no persiguió al enemigo. Después de haber combatido en el «corredor» y alcanzado la región de Johannesburgo en Prusia Oriental, el XIX *Panzerkorps* de Guderian recibió orden de dirigirse, por Wizejny, hacia Siedlce, aunque dicho general había propuesto avanzar en dirección a las amplias llanuras que rodean Brest-Litovsk. Bock se negó a subordinar el aprovisionamiento de sus unidades acorazadas y de las divisiones rápidas a la velocidad de marcha de la infantería, y así, siguiendo su criterio, creó la primera Gran Unidad acorazada operativamente independiente de la historia militar.

El 9 de septiembre, el Alto Mando del Ejército alemán dio instrucciones para realizar un doble cerco al este del Vístula. El nuevo plan exigía la puesta en acción de fuerzas rápidas que colaborasen con el Grupo de Ejércitos Sur, hasta el este del río Bug. El proyecto disponía llevar el XXII *Panzerkorps* al flanco derecho del Ejército 14 y luego hacer avanzar las fuerzas germanas en territorio polaco, sin considerar la amenaza que representaba un posible ataque francés. El Mando del Grupo de Ejércitos Norte dio una nueva orden a las unidades acorazadas de Guderian: atacar Brest-Litovsk por la retaguardia enemiga. La ciudad, excepto un reducto fortificado, cayó en manos de los alemanes el 14 de septiembre. Con este episodio, la victoria final del Reich, se hacía evidente e inevitable.

A todo eso, no existía ningún motivo militar válido para que los franceses permanecieran inactivos. Efectivamente, la situación era todavía de tal naturaleza que hubieran podido apagar las llamas de la segunda Guerra Mundial. Su compatriota Jean Dutord ha afirmado: «Los generales franceses tenían en la mano la llave del éxito».

El 10 de septiembre, el comandante en jefe francés, Gamelin, escribió a su colega de la agonizante Polonia: «Más de la mitad de nuestras divisiones activas están empeñadas en combates en las zonas del Nordeste. Es imposible hacer nada más». Y el comunicado del Ejército francés del 11 de septiembre afirmaba: «Nuestros ataques han obtenido notables éxitos al este del Saar».

El 16 de septiembre, las estaciones de radio de Nueva York informaban: «Centenares de miles de soldados franceses y alemanes están librando una encarnizada batalla». El 19 de septiembre, la emisora londinense de onda corta emitió este comunicado: «La lucha se extiende sobre un frente de 160 km, y algunas unidades francesas se encuentran a 16 kilómetros más allá de la frontera alemana». Pero las cosas no eran así. En realidad, por el curso superior del Rin navegaban barcos neutrales, cuya tripulación cambiaba saludos con los soldados que se hallaban en las dos orillas. En otras palabras: no se estaba librando ningún combate.

Aunque siguieron librándose encuentros aislados hasta los primeros días de octubre, el momento culminante de la campaña de Polonia fue hacia mediados de septiembre, cuando se dejaron sentir los primeros efectos de la segunda gran maniobra en tenaza desarrollada al este del Bug. Por otra parte, el 17 de este mismo mes, las tropas soviéticas habían empezado a ocupar el territorio polaco hasta el Bug, desarmando a las fuerzas que encontraban en su avance. Aquella invasión fue una gran sorpresa para el Mando militar germano, pues los políticos no les habían dado ninguna información respecto a lo que habían acordado con Rusia.

LA DEFENSA POLACA

Para los polacos y los alemanes la segunda Guerra Mundial comenzó el 1 de septiembre de 1939. Ya el primer día de guerra se libraron cuatro batallas en la frontera. La infantería y las tropas acorazadas alemanas atacaron al Ejército de Cracovia en el arco formado por Silesia y Eslovaquia; al Ejército de Lodz cerca de Czestochowa; al Ejército de Pomerania allí mismo y al Ejército de Modlin en las proximidades de la frontera con Prusia Oriental.

Silesia-Eslovaquia: El 1 de septiembre, un fuerte contingente acorazado alemán (formado por las Divisiones Acorazadas Ligeras 2 y 4) atacó el débil KOP en el sector eslovaco; pero más tarde fue detenido, cuando el comandante polaco, general Szylling, lanzó a la batalla sus únicas fuerzas de reserva: la Brigada Motorizada del coronel Maczek. En el centro, la 5ª *Panzerdivision* obligó a la División de Infantería 6 a retirarse desordenadamente, mientras en el flanco Norte las Divisiones Ligeras 2 y 3 germanas, después de aniquilar la Brigada de Caballería Cracovia, amenazaban aislar a la División de Infantería 7, que defendía Czestochowa. Con el Ejército 14 y parte del Ejército 10 los alemanes iniciaron una audaz maniobra de cerco, obligando al Ejército de Cracovia a

UNA CAMPAÑA RELÁMPAGO

1 septiembre: comienza, a las 4,45 horas, la invasión alemana de Polonia.

2 septiembre: la Luftwaffe conquista el dominio del aire.

5 septiembre: tropas alemanas atraviesan el Vístula.

9 septiembre: la 4.ª *Panzerdivision* llega a Varsovia.

9/15 septiembre: el Ejército polaco contraataca sobre el flanco alemán en el Bzura.

11 septiembre: tropas alemanas atraviesan el San.

17 septiembre: el Ejército Rojo invade Polonia por el Este.

22 septiembre: el Ejército Rojo ocupa Leopoli.

23 septiembre: las tropas alemanas se retiran tras la línea de demarcación fijada por Alemania y Rusia, mientras fuerzas polacas intentan llegar, combatiendo, a Rumania y Hungría.

24 septiembre: 1150 aviones alemanes bombardean Varsovia.

27 septiembre: Varsovia se rinde.

1 octubre: después de duros combates, cesa la resistencia en la costa polaca. El comandante en jefe de la Marina de Polonia se rinde.

6 octubre: las últimas tropas polacas cesan de combatir.



(Hoffman)



(History of the Second World War)



(History of the Second World War)

(Ullstein)



(Ullstein)



(Ullstein)



(Archivo Rizzoli)

1 Los *Panzer* atraviesan, en columna, un río cerca de Tarnow.

2 Soldados de la «Wehrmacht» entran en los suburbios de Varsovia.

3 Tropas alemanas atraviesan la frontera de Polonia.

4 «Stukas» volando hacia el objetivo. La superioridad germana era aplastante.

5 Soldados de Infantería alemanes se ponen momentáneamente a cubierto durante el ataque a la capital polaca.

6 Una escena en la Polonia ocupada. La ocupación fue dura, tanto en los territorios dominados por los alemanes como en los que cayeron bajo el poder ruso.

7 Un avión polaco abatido. En la primera semana de la campaña, las dos Brigadas aéreas perdieron la mitad de sus aparatos y no pudieron cumplir las misiones que se les habían confiado en el plan de defensa.

8 Cañones, Infantería y tropas motorizadas bloquean una de las salidas de Varsovia. La ciudad fue defendida con desesperación y, al principio, los polacos consiguieron detener a los alemanes.

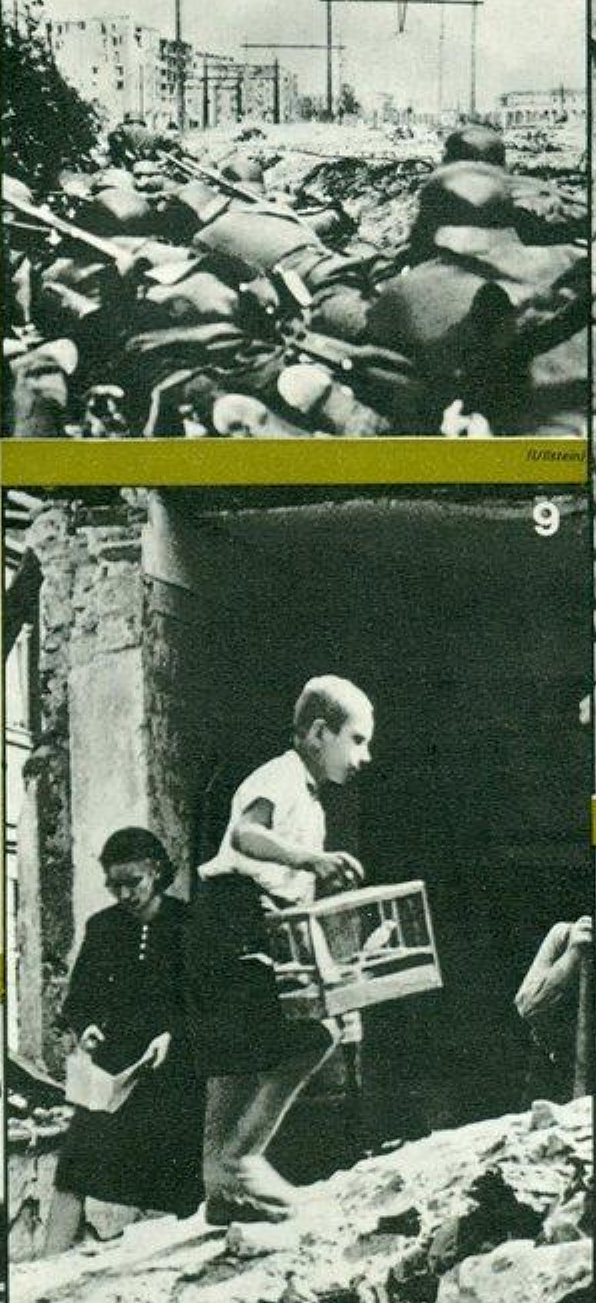
9 Habitantes de Varsovia regresan, después de la rendición, para salvar lo salvable.

10 Fin de la campaña de Polonia: en un vagón del IKW, representantes polacos discuten los términos de la rendición con el general alemán Blaskowitz.

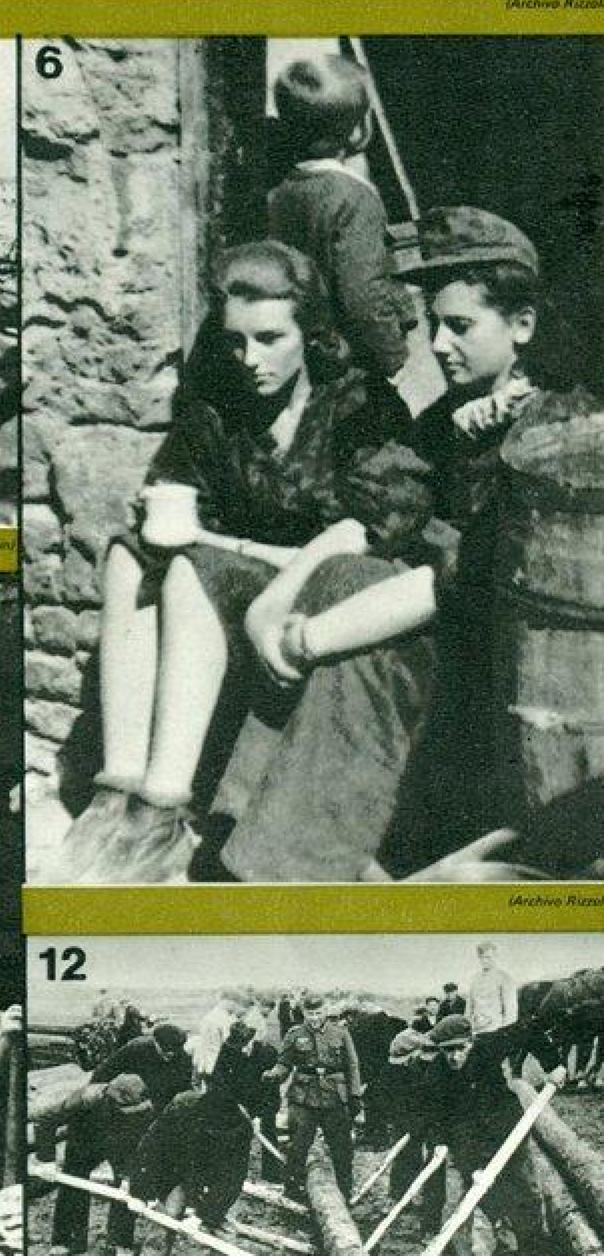
11 Soldados alemanes muestran su júbilo por la noticia de la rendición de Varsovia.

12 Otra escena de la ocupación alemana: hombres de la «Wehrmacht» vigilan a un grupo de polacos que trabajan.

(Archivo Rizzoli)



(Ullstein)



(Archivo Rizzoli)



11

(Ullstein)



(History of the Second World War)

LA CLAVE DE LA RÁPIDA VICTORIA ALEMANA EN POLONIA FUE LA POTENCIA DE SU AVIACIÓN. LA «LUFTWAFFE» LOGRÓ EL DOMINIO AÉREO ABSOLUTO. EN LOS DOS PRIMEROS DÍAS DE LA CAMPAÑA LOS BOMBARDEROS GERMANOS ATACARON CON ÉXITO LOS AEROPUERTOS, LAS LÍNEAS DE COMUNICACIÓN, SERVICIOS Y CENTROS INDUSTRIALES. LUEGO, LOS «STUKAS» INICIARON SU ACCIÓN DE APOYO A LAS FUERZAS DE TIERRA. EN LA PRIMERA SEMANA, Y SÓLO PARA APOYAR A UN CUERPO DE CARROS DE COMBATE, EFECTUARON 1634 SALIDAS. (A la derecha) OBJETIVO VARSOVIA: ATAQUE AÉREO A LA CAPITAL POLACA.





Artillería ligera alemana en acción contra posiciones defensivas polacas. Todas las Armas tuvieron su empleo más adecuado en la ejecución de la amplia maniobra de cerco en doble tenaza, cuyos brazos debían cerrarse sobre Varsovia y sobre Brest-Litovsk. (Ullstein)

retirarse a la línea formada por los ríos Dunajec y Nida. Mientras tanto, la División 7 polaca se había rendido, y así, por el amplio espacio abierto entre el Ejército de Cracovia y el de Lodz, los alemanes pudieron lanzar cinco divisiones motorizadas, cuya vanguardia marchó directamente hacia Deblin.

Czestochowa: La principal fuerza alemana, el Ejército 8 y el grueso del Ejército 10, se dirigieron hacia el Norte, contra el Ejército de Lodz, y la 4ª *Panzerdivision* atacó la Brigada de Caballería Wolynska en el flanco meridional. Después de dos días de dura batalla, los polacos se vieron obligados a retirarse, ordenadamente, pero con graves pérdidas (entre ellas, la mitad de la artillería). Sin embargo, gracias a su enérgica resistencia, consiguieron retrasar el avance de la 1.ª *Panzerdivision*.

Pomerania: El 1 de septiembre, al comienzo de la batalla que se libró en Pomerania, el doble puente sobre el Vístula, en Tezew –que tenía vital importancia para el movimiento de las tropas alemanas hacia Prusia Oriental– fue volado. El Ejército de Pomerania permaneció firme junto a la frontera, mientras unidades avanzadas fueron atacadas en la orilla occidental del Vístula. En el curso de una acción, los jinetes del Regimiento de Lanceros 18 polaco atacaron por sorpresa a una columna de Infantería alemana; pero en seguida hizo acto de presencia un grupo de vehículos blindados, lo que les obligó a retirarse sufriendo graves pérdidas.

En lugar de dirigirse hacia Bydgoszcz, las fuerzas acorazadas y motorizadas alemanas avanzaron, a través del salvaje bosque de Tuchola, hacia Chelmno, donde sorprendieron a los polacos que, considerando imposible que lo pudieran atravesar tales unidades, no se habían preocupado de proteger los pasos. Esta acción cortó la retirada a las fuerzas polacas: el grueso de la División de Infantería 9 y de la Brigada de Caballería de Pomerania tuvieron que retroceder hacia el Norte donde, después de haber combatido valerosamente contra las fuerzas que les cercaban, fueron aniquiladas.

Prusia Oriental: La cuarta batalla de frontera se libró al Norte de Varsovia, cerca de la frontera con Prusia Oriental, cuando el Ejército 3 alemán –que comprendía cinco Divisiones de Infantería, una Brigada de Caballería y una *Panzerdivision*– atacó al Ejército de Modlin. Una División de Infantería y dos Brigadas de Caballería polacas que, al mando del teniente general Przedrzymirski, defendían una posición fortificada en el sector de Mlawa, opusieron durante tres días, a las superiores fuerzas germanas, una desesperada resistencia. Pero los alemanes consiguieron abrirse paso y desbordar el flanco oriental de la posición, por lo que el contingente polaco hubo de retirarse hacia Modlin.

La retirada impuesta

El 4 y 5 de septiembre se libró una batalla en la línea defensiva preparada a lo largo de los ríos Warta y Widawka. El Ejército de Lodz debía mantener aquella línea, por lo menos hasta que los Ejércitos de Poznan y Pomerania se hubiesen retirado y tomado posiciones en ella. Cuatro divisiones de infantería y una brigada de caballería debían hacer frente a siete divisiones alemanas, reforzadas con un regimiento motorizado SS Estandarte. Tras dos días de lucha desesperada, el ala septentrional del Ejército de Lodz cedió y su comandante informó al Alto Mando: «La División 10 ha sido aniquilada..., nosotros estamos abandonando la línea Warta-Widawka ya imposible de mantener... La situación es grave...»

Se trataba de una retirada impuesta y el comandante en jefe no pudo hacer otra cosa que confirmar tal decisión, ordenando la retirada hacia la línea del Vístula, que comenzó la noche del 5 de septiembre.

Como en la parte central del frente polaco no sucedía nada, el general Kutrzeba –comandante en jefe del Ejército de Poznan, en aquel momento inactivo– propuso aligerar la presión ejercida sobre el Ejército de Lodz lanzando un contraataque en el sector septentrional de las fuerzas alemanas. Pero recibió la siguiente respuesta: «En opinión del comandante en jefe su Ejército debe alcanzar rápidamente la posición defensiva principal y usted hará todo lo posible para el inmediato complimiento de la misión».

En la orilla derecha del Vístula, las tropas polacas defendieron durante tres días sus posiciones al este de Grudziadz contra el XXI *Panzerkorps*; pero en la noche del 3 de septiembre era ya evidente que el Ejército de Pomerania había sufrido una derrota en el «corredor».

El comandante en jefe ordenó que el Ejército de Pomerania se retirase inmediatamente hacia el interior del país. Esto se hizo durante el 4 y el 5 de septiembre y, ante la sorpresa general, el enemigo no trató de impedirlo.

A causa de las difíciles comunicaciones, la retirada del Ejército de Modlin no comenzó hasta el 4 de septiembre. Durante aquella jornada, sufrió repetidos ataques aéreos que desorganizaron muchas unidades. Pero el 5 de septiembre, inesperadamente, la presión enemiga se atenuó: los alemanes, siguiendo su plan de cerco, avanzaron hacia el Este para cruzar, en las proximidades de Pultusk y Rózan, el río Narew y alcanzar por la retaguardia la capital polaca.

El Mando Supremo polaco advirtió en seguida que el ritmo impuesto por el enemigo a las operaciones era mucho más rápido de lo que había previsto, y el 5 de septiembre todos los Comandantes de ejército recibieron la orden de retirarse a la línea del Vístula.

La carrera hacia el Vístula

A la mañana siguiente, los alemanes iniciaron una rápida marcha hacia dicho río con objeto de aprovechar los espacios que se habían abierto entre los Ejércitos polacos. Las unidades germanas se lanzaron sin apenas preocuparse de proteger sus flancos. Su objetivo era apoderarse de los puentes sobre el Vístula, o por lo menos impedir a las fuerzas polacas el acceso a ellos. Los alemanes sabían que el río no estaba ni fortificado ni defendido, por lo cual decidieron correr los riesgos inherentes a la dispersión de sus fuerzas en un amplio frente comprendido entre Sandomierz y Varsovia. El grueso de la infantería germana seguía las formaciones motorizadas con notable retraso, lo cual dificultaba los aprovisionamientos, especialmente de carburante.

Mientras los alemanes se dirigían al Vístula, los polacos se retiraban hacia los puentes, sin saber los primeros que, al norte del río Bzura, el Ejército de Poznan estaba alcanzando la región de Kutno y que el Ejército de Pomerania, reorganizado después de la batalla librada en el «corredor», marchaba hacia el Sur en buen orden. Estos dos Ejércitos estaban compuestos una fuerza de 10 Divisiones de Infantería y dos Brigadas y media de Caballería.

La retirada polaca se hizo en condiciones extremadamente difíciles. Las fuerzas estaban dispersas en un frente de más de 300 km, y además el trazado del frente era muy irregular y desfavorable para la línea de «resistencia a ultranza» fijada en el curso medio del Vístula. El Ejército de Lodz también tenía que afrontar el peligro de atravesar el río frente a las unidades acorazadas enemigas. Las carreteras, llenas de columnas de aprovisionamiento y de población civil en fuga, eran bombardeadas por la *Luftwaffe*, lo que hacía prácticamente imposible la organización de los servicios de abastecimiento de víveres y municiones.

Al mismo tiempo que se dirigían hacia el Vístula, los alemanes comenzaron a ejercer una enérgica presión sobre las alas extremas del frente polaco. Al Sur, el Ejército 14 germano atacó al Ejército de Cracovia, obligándolo a atravesar el río Dunajec, lanzando luego rápidamente las fuerzas acorazadas hacia el vacío que se formó cuando el Ejército de los Cárpatos tuvo que retroceder hacia el río San, antes de que el Ejército de Cracovia hubiera pasado el Dunajec.

En el ala Norte, el Ejército 3 germano atacó al Grupo de Reserva de Wyszków, desplegado en el sector de Rózan. Pero a causa de un error al interpretar las órdenes, Rózan fue evacuado, permitiendo así a los alemanes apoderarse del paso sobre el Narew y romper el frente polaco. Esta acción aisló el Grupo del Narew del Ejército de Modlin –y como la orden de retirada que dio el Mando Supremo polaco no llegó–, el grupo permaneció en la línea de dicho río, sin comunica-

ción con las demás fuerzas polacas y en una posición peligrosamente avanzada.

De la batalla del río Bzura a la invasión rusa

El 6 de septiembre se dio la orden de retirada general a la línea Narew-Vístula-San. Durante la noche el Gobierno abandonó Varsovia para trasladarse a la región de Luck-Krzemieniec y el Mando Supremo se refugió en Brzesko, junto al río Bug. Pero ya a la tarde siguiente no había la menor duda de que la línea del Narew tampoco podía ser mantenida. Más tarde resultó evidente que tanto al Norte, línea del Narew, como al Sur, línea del San, la defensa era imposible, pues las fuerzas acorazadas alemanas estaban alcanzando los puntos de paso sobre los dos ríos.

En aquella peligrosa situación, los polacos tuvieron todavía una posibilidad de éxito. En el centro del despliegue alemán, las divisiones acorazadas y motorizadas se encontraban muy por delante de la Infantería y en su mayor parte estaban inmovilizadas por falta de carburante. El 8 de septiembre, cuando el teniente general Kutrzeba elevó por tercera vez su propuesta de lanzar los Ejércitos de Poznan y de Pomerania contra el flanco germano, obtuvo al fin la aprobación.

El 9 de septiembre el Ejército de Poznan inició un ataque desde el río Bzura hacia el Sudeste, mientras el Ejército de Pomerania avanzaba detrás de su flanco oriental. Al principio, los alemanes no se preocuparon gran cosa de aquel ataque. Todavía en la tarde del 9 de septiembre, el general Blaskowitz ordenó a las Divisiones del Ejército 8 que continuaran su marcha hacia el Vístula, pero a la mañana siguiente eran reclamadas con toda urgencia junto al Bzura. Durante la noche del 10 al 11, el general de artillería von Reichenau envió hacia aquella dirección tres divisiones de su Ejército 10.

En la primera fase de la batalla, del 9 al 12 de septiembre, tres divisiones del Ejército de Poznan, cubiertos ambos flancos por Brigadas de Caballería, destrozaron la División de Infantería 30 alemana, que cubría el Bzura en un vasto frente, e hicieron retroceder a tres Divisiones del Ejército 8 antes de que llegasen los refuerzos del Ejército 10. Pero el 12 de septiembre, el teniente general Kutrzeba fue informado de que el Ejército de Lodz estaba retirándose hacia Modlin. Comprendiendo pues que no podría contar con su cooperación y que sus dos Ejércitos quedarían aislados de Varsovia, suspendió todo ataque y, tras reagrupar sus fuerzas, se dirigió rápidamente al Este, abriéndose paso a la fuerza hacia la capital.

Dos divisiones de Pomerania recibieron la orden de proteger aquella maniobra, desencadenando un ataque en dirección de Skierniewice. Comenzó así la segunda fase de la batalla del Bzura, en el curso de la cual los polacos consiguieron detener, y en parte rechazar, dos divisiones alemanas del Ejército 10 que llegaban como refuerzo.

El ataque a Varsovia

Al mismo tiempo que comenzaba la batalla del Bzura –el 9 de septiembre– la 4.ª *Panzerdivision* atacó, por el Sudoeste, la capital polaca. Apoyados por artillería pesada, los carros de combate germanos iniciaron su recorrido por las calles de Varsovia, donde encontraron una tenaz resistencia a cargo de las tropas del general Czuma. La población civil participó también en la resistencia, y los alemanes fueron detenidos sufriendo graves pérdidas. Tres horas más tarde, el general Reinhardt comprendió que si quería evitar el aniquilamiento de su división no debía prolongar el ataque, pues un regimiento acorazado que al comenzar la acción contaba con 120 carros de combate, había quedado reducido a 57. La división recibió la orden de retirarse a las posiciones de partida, y cuando el XVI *Panzerkorps* ordenó repetir el ataque, la división informó que era absolutamente imposible.

No obstante el fracaso sufrido a las puertas de Varsovia y el ataque polaco en el río Bzura, los alemanes no alteraron su plan de atravesar el curso medio del Vístula y avanzar hacia Lublin. Pero entonces, además de verse obligados a poner asedio a Varsovia por el Oeste, los germanos tuvieron que ocuparse de las tropas polacas que aún estaban intentando abrirse paso hacia el Vístula.

Sólo la *Panzerdivision* consiguió conquistar una pequeña cabeza de puente en la orilla oriental del río, la cual estuvo sometida a continuos ataques desde Varsovia, que se había convertido en el centro de una tenaz resistencia. En el sector meridional, la 5.ª *Panzerdivision* logró destruir el puente al sur de Sandomierz, pero fue detenida en las proximidades de la ciudad. El ejército de Cracovia –que había perdido todo enlace con el Mando Supremo– reconquistó y reconstruyó los puentes destrozados y, cuando las comunicaciones se restablecieron de nuevo, continuó retrocediendo hacia el Sudeste.

En el Norte, las fuerzas del Grupo de Prusy se estaban retirando en pequeños núcleos. Un importante conjunto de fuerzas, que comprendía las Divisiones de Infantería 3, 12 y 36, fue cercado en Ilza y exterminado. El resto logró, a duras penas, alcanzar el Vístula y vadear el río. Sólo una pequeña parte del Ejército de Lodz consiguió llegar a Varsovia y, tras haber sostenido duros combates casi en las mismas puertas de la ciudad, se dirigió hacia el Norte para llegar a Modlin.

En el ala septentrional del frente, la retirada del Grupo del Narew y del Ejército de Modlin comenzó durante la noche del 9 al 10 de septiembre; al mismo tiempo, los alemanes pusieron en movimiento el brazo norte de la segunda maniobra en tenaza, que debía cerrar todas las fuerzas armadas polacas. El Grupo de Narew lanzó un contraataque en la confluencia del río de este nombre y el Bug, infligiendo graves pérdidas a la *Panzerdivision* «Kempf». El XIX *Panzerkorps* se trasladó al lugar de la batalla y, después de tres días de encarnizados encuentros, la infantería del Narew fue aniquilada. Simultáneamente, el Ejército de Modlin tuvo que sostener sangrientos combates contra el grueso del Ejército 3 alemán, logrando escapar de las fuerzas acorazadas con graves pérdidas y retirándose al sector Wlodawa-Chelm.

En el ala meridional del frente polaco, el general Sosnkowski –entonces al mando de los Ejércitos de Cracovia y de los Cárpatos– lanzó sus fuerzas contra la División 1 de Montaña germana, en las proximidades de Lemberg. Más tarde, y cuando el mariscal Rydz-Smigly se vio obligado a acelerar la retirada al Sudeste, se envió a Sosnkowski una orden para que atravesar lo más rápidamente posible el río Dniester, a fin de organizar una «cabeza de puente rumana». Pero la orden no llegó jamás a su destino y el general fue cercado en Przemysl.

La encarnizada resistencia

A partir del 15 de septiembre, los alemanes orientaron su esfuerzo operativo al sector central de Polonia, con objeto de detener el flujo de tropas polacas del Bzura a Varsovia y también para acabar con la bolsa de resistencia situada en dicho río. Hitler abandonó por un tiempo la idea de tomar la capital y pidió a Polonia que se rindiera; pero su petición fue rechazada. A pesar de todo, Varsovia quedó al margen de las operaciones, sometida solamente a un constante fuego de artillería germana.

En el Norte, el XIX *Panzerkorps* de Guderian se hallaba ante una inesperada resistencia por parte de unidades polacas recientemente reorganizadas. La psicosis de temor, creada por la fama de la terrible fuerza destructora de los *Panzer*, estaba perdiendo eficacia y las unidades de defensa locales infligían a los alemanes graves pérdidas.

Entre el 15 y el 18 de septiembre, en el sector Lublin-Chelm se formó un nuevo «frente septentrional» polaco a las órdenes del teniente general Dab-Biernacki. Estaba constituido por los restos del Grupo de Prusy, del Ejército de Modlin y de otros Grupos, con una fuerza nominal de 10 Divisiones de Infantería. Más al Sur, entre el curso medio del San y Tomaszów Lubelski, el Ejército



Tropas polacas caídas en la «bolsa» de la maniobra alemana en tenaza. En el transcurso de pocas semanas, y sólo con 10.000 muertos en sus filas, los alemanes desarticularon un Ejército de tres millones de hombres. Esto causó el asombro de todo el mundo, todavía no acostumbrado a la nueva táctica de guerra. (Heinrich Hoffmann)

de Cracovia estaba haciendo frente a un considerable contingente de tropas alemanas.

La primera tentativa de abrirse camino hacia el Sudeste –efectuada por la División de Infantería 21– falló después de un sangriento encuentro con la División 45 germana. Entre Przemysl y Lemberg, el general Sosnkowski, que todavía no había logrado restablecer el contacto con el Mando Supremo, avanzó hacia el Este y derrotó al Regimiento Motorizado SS Estandarte «Alemania», que el 16 de septiembre había intentado obstaculizarle la marcha.

La noticia de este éxito, difundida en una versión más bien exagerada, elevó la moral de las tropas polacas.

Entretanto, las fuerzas germanas trataban de cercar Lemberg, pero hubieron de desistir del intento porque en aquellos momentos no disponían de suficientes efectivos, a lo cual se agregaba el hecho de que, por parte polaca, las tropas en presencia se reforzaban día a día.

En Kolomyja, el Mando Supremo polaco se ocupaba febrilmente en la organización de la cabeza de puente rumana, la cual debía ser mantenida hasta la llegada de las tropas del general Sosnkowski y de los tenientes generales Piskor y Dab-Biernacki. Pero los hombres del general Sosnkowski marchaban hacia Lemberg y no hacia la cabeza de puente, y las comunicaciones con él no pudieron restablecerse hasta el día 17 de septiembre.

No obstante las muchas dificultades y las tristes experiencias de los últimos días, el Mando Supremo tenía aún ciertas esperanzas. Se esperaba que al día siguiente, el 17 de septiembre, los aliados occidentales iniciarían su gran ofensiva, y aunque ésta no se produjo, nadie se preocupó: después de todo, una diferencia de pocos días no podía tener demasiada trascendencia. Pensaban que pronto los alemanes se verían obligados a marcharse de Polonia, por lo menos la mayor parte de la *Luftwaffe* y de las divisiones acorazadas; después... todo se iría resolviendo.

La intervención de Rusia

Pero lo que ocurrió fue que poco antes del amanecer del 17 de septiembre, el Ejército ruso entró en Polonia en un frente de casi 1300 km, del Dvina al Dniester. La acción constituyó una sorpresa total tanto para el Gobierno como para el Mando Supremo polaco, e incluso para el mismo Alto Mando alemán.

Los soviéticos entraron en campaña con dos Grupos de Ejército: el de la Rutenia Blanca y el de Ucrania. El primero estaba constituido por cuatro ejércitos y el segundo por tres. El Ejército 12, desplegado en el extremo meridional del frente, comprendía en su mayor parte tropas motorizadas, ya que su objetivo era aislar a los polacos de Rumania y de Hungría. La frontera de Polonia con Rusia estaba defendida tan sólo por 18 Batallones y cinco Escuadrones de Caballería del KOP; por lo tanto no fue difícil para las vanguardias soviéticas profundizar en territorio polaco casi 100 km en los dos primeros días. La actitud del Ejército ruso en relación con los soldados polacos fue ambigua, ya que al principio parecía como si los rusos evitasen combatir, por lo que incluso llegó a pensarse que acudían en ayuda de Polonia. Pero la situación se aclaró en cuanto las tropas polacas fueron desarmadas y hechas prisioneras.

Cuando el Ejército soviético atravesó el Dniester y amenazó Kolomyja, el Mando Supremo polaco se encontró de repente en peligro. No había tiempo para discutir la situación con calma. Así, pues, todas las fuerzas recibieron la orden de retirarse hacia las fronteras rumana y húngara y resistir a los alemanes, pero sin hacer fuego contra los rusos, a no ser que éstos les atacaran o intentasen desarmarlos. Se decidió que el Presidente y el Gobierno, así como el comandante en jefe, se trasladaran a Rumania para pasar luego a Francia. Pero al día siguiente, 18 de septiembre, el Gobierno rumano, cediendo a las presiones alemanas, los internó a todos, enviándolos después al interior del país.

EL FIN DE LA CAMPAÑA

Con la entrada de las tropas soviéticas en Polonia, la lucha se convirtió en desesperada, pero la resistencia no cesó. El único objetivo era entonces hacer salir del país al mayor número posible de soldados que luego pudieran combatir junto a los Aliados. El 20 de septiembre, rusos y alemanes coincidieron en las orillas del curso superior del Dniester y sólo las tropas polacas que se encontraban en la cabeza de puente rumana, o muy cercanas a ella, consiguieron cruzar la frontera. En total, 30.000 soldados y aviadores polacos entraban en Rumania, mientras otros 60.000 se refugiaban en Hungría. En el Norte, las fuerzas soviéticas empujaron a unos 15.000 soldados polacos hacia las fronteras de Lituania y Letonia.

En el acuerdo final del 28 de septiembre, la frontera fue trasladada del Vístula al Bug, y por el Sur continuó a lo largo del San. Mientras tanto, las tropas polacas que procedían del sector de Lublin-Chelm y de la Malopolska Oriental estaban intentando abrirse paso por la fuerza hacia la frontera húngara; pero fracasaron y tuvieron que rendirse, parte a los alemanes, parte a los soviéticos.

En la sitiada Varsovia, donde después de duros esfuerzos habían logrado llegar las fuerzas del general Kutrzeba, los polacos seguían rechazando los ataques alemanes. Pero el 25 de septiembre las tropas del Reich iniciaron un ataque decisivo. Los días 26 y 27, apoyadas por la Aviación y la Artillería, atacaron todos los sectores en ambas orillas del Vístula. Los ataques fueron, en gran parte, rechazados, pero los víveres y las municiones se estaban acabando y Varsovia tuvo que rendirse. El 29 de septiembre lo hizo Modlin.

La superioridad de Alemania sobre Polonia se reveló en todos los aspectos. Las características de la línea fronteriza permitió a los alemanes desplegar sus fuerzas del modo más racional y efectuar una doble maniobra de cerco. La superioridad aérea resultó asimismo aplastante. Los alemanes habían sabido elegir el momento y los lugares donde actuar, y tuvieron además tiempo para prepararse, factores todos ellos de vital importancia y a los cuales se añadía la superioridad psicológica que inevitablemente acompaña a quien lleva la iniciativa. Contaron también con una bien organizada quinta columna y con la cooperación soviética. Por añadidura, las condiciones atmosféricas les fueron particularmente favorables.

No se debe olvidar que en aquel tiempo el empleo de fuerzas mecanizadas y aéreas en grandes masas era una novedad; y su eficacia operativa asombró hasta a los mismos alemanes, pues la capacidad de penetración en las operaciones, que hasta aquellos momentos había sido de unos 24 km por jornada, se multiplicó súbitamente. La superioridad de Alemania era total, y esto le había permitido efectuar la campaña con una rapidez fulminante y a un precio relativamente bajo.

Las pérdidas sufridas por los alemanes, según el cálculo hecho por ellos mismos en octubre de 1939, se elevaron a 8.082 muertos, 27.279 heridos y 5.029 desaparecidos; pero las cifras definitivas fueron ligeramente superiores. Las pérdidas polacas no pudieron calcularse con precisión, pero sin duda fueron mucho más elevadas (por otra parte, es preciso incluir en ellas las bajas que la acción bélica produjo entre la población civil, cuyo número no se ha podido determinar con seguridad).

En cuanto a los medios, fueron destruidos 217 carros de combate alemanes, 285 aparatos de la *Luftwaffe* se perdieron y 279 fueron muy dañados. En total, las pérdidas alcanzaron alrededor del 25 % del material empleado. Polonia perdió 400 aviones.

Para los aliados occidentales, los resultados de la campaña de septiembre fueron doblemente positivos: por un lado les proporcionó una imagen muy real del nuevo modo de combatir, y por otro les concedió ocho meses de tiempo para poner a punto las medidas defensivas adecuadas a las nuevas técnicas. Pero, como ahora sabemos, Occidente no aprovechó por completo estas experiencias, con la sola excepción de Gran Bretaña, que durante los ocho meses que precedieron al comienzo de la batalla de Inglaterra fortaleció considerablemente su sistema de defensa aérea.

EL FIN DE LA CAMPAÑA

El 22 de septiembre, en Brest-Litovsk, ante los generales Guderian y Kriwoschein, desfilaron unidades rusas y alemanas. Durante el banquete que hubo a continuación, Kriwoschein brindó «por la eterna enemistad de nuestros dos países»; ello fue debido a que confundió la palabra *Freundschaft* (amistad) con *Feinschaft* (enemistad), y así, sin querer, cometió un error verdaderamente simbólico.

A pesar del valor y de la obstinada resistencia de las tropas polacas, la campaña fue extraordinariamente rápida y decisiva. Abandonada por sus aliados, Polonia no podía sino sucumbir. El nuevo Ejército y el nuevo Mando alemán dieron una óptima prueba de sus posibilidades. Las unidades de carros de combate superaron brillantemente la prueba de fuego, y confirmaron las grandes esperanzas que en ellas se pusieron.

Los resultados de aquellas cuatro semanas de campaña fueron en verdad sorprendentes. Se ofreció a la perspectiva germánica una tierra prometida, cuya población había sido completamente derrotada. El número de prisioneros ascendía a 700.000; en comparación, las pérdidas alemanas eran mínimas, a pesar de los 10.000 muertos que hubo en sus filas.

Pero el espléndido éxito de aquella campaña estaba destinado a producir en el futuro muy lamentables consecuencias. Hitler, que era del todo profano en cuestiones militares, sobrevaloró los resultados, así como su propio papel en aquellas circunstancias. Había seguido la campaña desde lejos, y al no tener capacidad para comprender del todo los problemas de mando, ni para resolverlos, su valoración fue errónea y eso, en los años que siguieron, le condujo a menudo a tomar decisiones muy equivocadas. Lo más grave fue que se convenció de que el Ejército era una especie de máquina y que bastaba con apretar un botón para conseguir siempre los mismos resultados. Ello provocaría en el futuro graves malentendidos entre Hitler, su comandante en jefe y el Estado Mayor General.

WALTHER K. NEHRING

El general Walther K. Nehring fue oficial de Infantería durante la primera Guerra Mundial. En 1928 se convirtió en el colaborador del entonces comandante Heinz Guderian, y en 1929 asumió el mando de la primera compañía motociclista de Infantería, participando así en las fases iniciales de la motorización del Ejército germano. En 1939 se le nombró Jefe de Estado Mayor de los *Panzerkorps* de Guderian, que combatieron en Polonia y en Francia. En 1942 sirvió, bajo las órdenes de Rommel, en el Norte de África, como Comandante del *Afrikakorps*. Al final del conflicto era Comandante del Ejército Acorazado 1, del frente oriental. El general Nehring ha escrito numerosos libros, ensayos e informes sobre la actuación de las unidades acorazadas en la guerra. Posteriormente, ya en la paz, ha colaborado en estudios de historia militar.

A. T. SAWCZYNSKI



El coronel A. T. Sawczynski estudió Historia y Leyes en la Universidad de Lemberg, Polonia, desde 1910 a 1914. Durante la primera Guerra Mundial fue oficial de Artillería en el Ejército austrohúngaro. Pero en 1918 se unió al Ejército polaco, entonces en Francia. De 1934 a 1935 desempeñó el cargo de profesor adjunto en la Escuela de Guerra de Varsovia; de 1936 a 1939 fue Director de la Escuela para Oficiales de Artillería. Al estallar la guerra, el coronel Sawczynski era comandante de Artillería de la División de Infantería 41. Fue hecho prisionero durante la campaña y hasta 1945 permaneció confinado en Alemania. Terminado el conflicto, entró en la Sección de Historia del Estado Mayor General Polaco y a continuación en el Instituto de Historia General Sikorski, en Londres. Es autor de *Las Fuerzas Armadas polacas en la Segunda Guerra Mundial.*

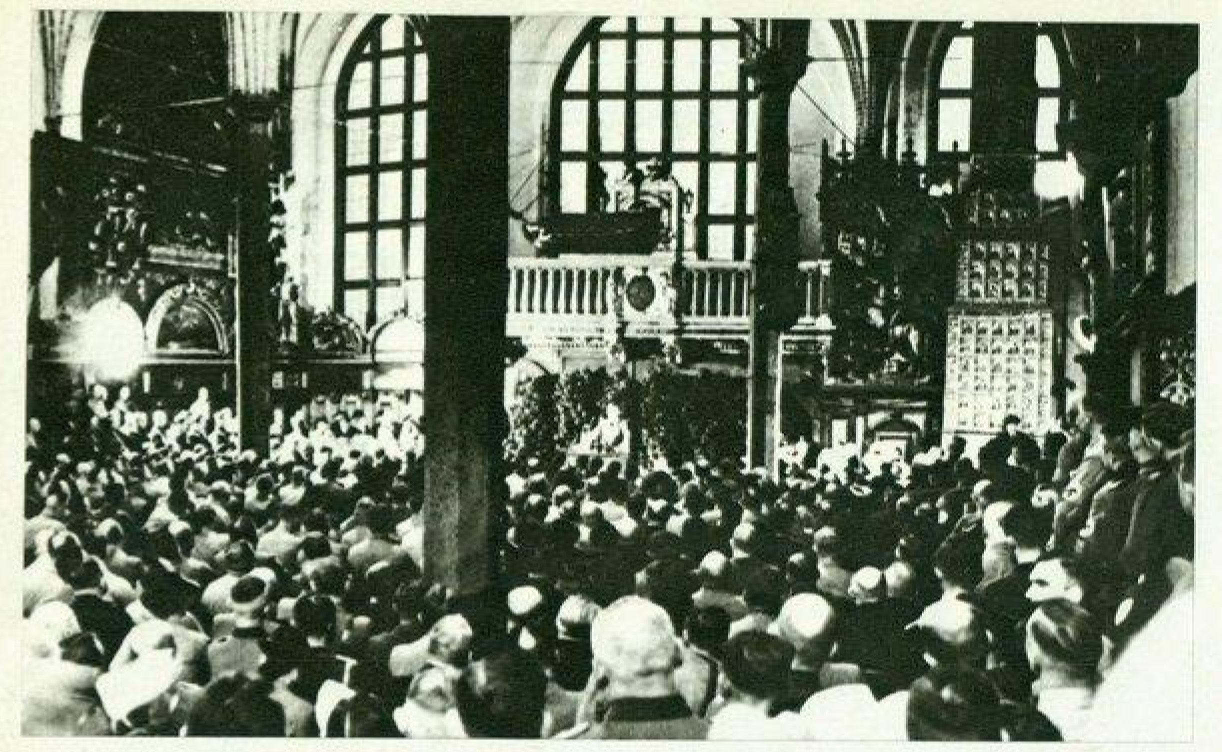
Europa, septiembre 1939 - abril 1940

AQUELLA GUERRA EXTRAÑA

David Mason



Tras la guerra relámpago de Polonia siguieron siete meses de calma, en que los contendientes reorganizaron sus fuerzas y trazaron planes para el inevitable encuentro. Aunque se produjeron algunos incidentes –la RAF bombardeó unidades navales alemanas junto a Kiel, y un *U-Boot* hundió el *Athenia,* que transportaba niños a América del Norte– parecía como si las dos partes estuviesen dispuestas a no llegar a los hechos, insultándose mutuamente... desde el cielo, o sea, bombardeando con octavillas propagandísticas a las tropas del frente.



Danzig, 20 de septiembre de 1939: Hitler habla «al pueblo alemán y al mundo», desde el histórico palacio Artus. El 6 de octubre, el *Führer* lanzará en el *Reichstag* su «ofensiva de paz», que será rechazada por Chamberlain. *(Archivo Rizzoli)*

El senador norteamericano Borah definió aquel período con la expresión *phoney war* (extraña guerra); Churchill, usando el término de Chamberlain, lo denominó *twilight war* (guerra vaga), mientras que el equivalente alemán era *Sitzkrieg* (guerra de despacho). Pero la expresión que dio origen a todas las citadas es *drôle de guerre*, que fue como definió el presidente del Consejo de Ministros francés, Daladier, a este período. Fue un tiempo en el que los contendientes se observaron mutuamente desde detrás de sus respectivas fronteras, intentando averiguar cada uno lo que pretendía el otro.

Sin embargo, la guerra se había iniciado con un torbellino de actividad. Poco después del anuncio que hizo Chamberlain, el domingo 3 de septiembre –precisamente en el momento en que en Londres sonaban las sirenas, en la primera falsa alarma–, una escuadrilla de la RAF, en misión de inspección en el sector del canal de Kiel, descubrió numerosos buques de guerra alemanes anclados. El objetivo invitaba a un ataque aéreo. Pero la temperatura era bajísima, y cuando el jefe de la escuadrilla, el oficial de aviación McPherson, intentó comunicar con la base, advirtió que el hielo había dejado inservible la radio de a bordo. Cuando aterrizó era ya demasiado tarde para organizar un ataque, pero Winston Churchill, como primer Lord del Almirantazgo, autorizó una incursión para el día siguiente.

McPherson efectuó, pues, un segundo vuelo de reconocimiento; obligado a volar a baja altura, debido a la abundante nubosidad, localizó de nuevo los barcos germanos anclados en las proximidades del canal. Basándose en sus indicaciones, el capitán Doran, al mando de un grupo de veintinueve bombarderos, puso rumbo a Kiel a mediodía del lunes 4 de septiembre. Cuando alcanzaron la zona del objetivo, el cielo estaba despejado, por lo que los aviones ingleses pudieron cumplir su misión volando a gran altura. Las bombas alcanzaron dos buques: el acorazado de bolsillo *Admiral Scheer* y el crucero *Emden*. Sin embargo, los efectos fueron muy limitados. Las bombas rebotaron en la cubierta del *Admiral Scheer* y cayeron al mar, donde hicieron explosión; no fueron mayores los daños producidos al *Emden*, pero sí suficientes para dejarlo fuera de servicio durante varios días (aunque se debe puntualizar que la mayor parte de las averías del crucero se debieron al hecho de que un bombardero se estrelló contra el buque). La misión resultó muy costosa para la RAF, pues de los veintinueve aviones que partieron para Kiel, siete no regresaron a la base. A pesar de todo, McPherson y Doran fueron condecorados con la *Distinguished Flying Cross* (Cruz del Mérito Aeronáutico) por el papel que habían desempeñado en aquel primer ataque aéreo aliado.

La noche que transcurrió entre la primera localización de los buques alemanes en Kiel y el consiguiente ataque tuvo un significado negativo, pero que entonces nadie advirtió. El día de retraso permitió a los alemanes eludir el primer golpe, circunstancia que se repetiría varias veces en el transcurso de la guerra. A las 21 horas de aquel domingo, el submarino *U-30*, mandado por el teniente Fritz-Julius Lemp, torpedeó el buque de pasajeros norteamericano *Athenia*, que se dirigía al Canadá. Según afirmó después, Lemp creyó que el barco era un crucero en misión de reconocimiento o de escolta, puesto que avanzaba en zigzag y con las luces apagadas. Sea como fuere, lo cierto es que el buque de pasajeros se hundió, y que entre los 1102 pasajeros y 315 tripulantes hubo 112 muertos, entre ellos 28 norteamericanos. El incidente causó gran inquietud en todo el mundo, incluida Alemania; pero Goebbels, ministro de Propaganda del Reich, intentó aprovecharlo para sus propios fines, proclamando desde los micrófonos de radio Berlín que Churchill había ordenado colocar a bordo del *Athenia* una bomba con objeto de provocar la ruptura de relaciones entre Alemania y Estados Unidos.

Las autoridades alemanas ya habían ordenado que los *U-Boot* se abstuvieran de atacar buques de pasajeros, por lo que la acción de Lemp ni siquiera encontró la aprobación de sus compatriotas; después de este episodio, Hitler ordenó que no se torpedearan más buques mercantes, a no ser que navegasen en convoy. No obstante, ante el temor de ser objeto de un nuevo ataque, los supervivientes del *Athenia*, a quienes se había trasladado a Glasgow, afirmaron que no embarcarían para América si no se les asignaba una escolta de protección (exigencia a todas luces comprensible). Tras muchos aplazamientos, el día 19 de septiembre zarparon por fin sin escolta, pero antes hubo que darles seguridades de que por la noche todas las luces del barco permanecerían encendidas y que la bandera estadounidense, que ondeaba en el mástil, sería iluminada con reflectores.

Mientras en Occidente tenían lugar estos incidentes aislados, Polonia sufría el terrible azote de la invasión alemana y suplicaba a Inglaterra que interviniese en su ayuda, bombardeando inmediatamente los campos de aviación y las zonas industriales alemanas situadas dentro del radio de acción de la RAF. El 9 de septiembre, los polacos estaban tan desesperados que su embajador en Londres recibió las siguientes instrucciones: «Por favor, exponga con claridad la situación al Gobierno inglés y pida una respuesta más precisa respecto a los planes de guerra y de ayuda a nuestro país».

Cuando el embajador expuso el punto de vista polaco, se le respondió que el Gobierno inglés no consideraría la idea de bombardear Alemania mientras ésta no bombardease Gran Bretaña; los ingleses dijeron haber tomado esta decisión por cuanto la realización de actos agresivos, como los que se les pedían, les valdría la animadversión de la opinión pública de los Estados Unidos. Habida cuenta de la ayuda que Inglaterra y Francia habían garantizado a los polacos tan sólo un mes antes, la respuesta era cualquier cosa menos satisfactoria.

La guerra de «confetti»

De hecho, la principal respuesta inglesa a los acontecimientos de Europa Oriental no fueron las incursiones aéreas, sino «las incursiones de la verdad», como las definió sir Kingsley Wood, ministro del Aire. Estas «incursiones de la verdad» consistieron en el lanzamiento, desde aviones de la RAF, de millones de octavillas de propaganda sobre territorio alemán. Estas acciones se basaban en la convicción optimista e ingenua de que si se facilitaba a los alemanes información acerca de la perversidad de sus gobernantes, se rebelarían contra ellos y los depondrían. Por otra parte, se confiaba en que tales incursiones atemorizarían a los alemanes y a sus jerarcas al demostrarles que su país era muy vulnerable a los ataques aéreos.

La primera incursión se realizó durante la noche del 3 de septiembre: se lanzaron sobre territorio germano 6 millones de copias de una «nota al pueblo alemán». En total, más de trece toneladas de papel. Pero la acción no impresionó a los alemanes; creyeron, eso sí, que seguirían los ataques aéreos, por lo que tomaron eficaces medidas de defensa antiaérea.

Las incursiones se repitieron durante casi todas las noches, hasta el punto de que, según el Ministerio del Aire, sólo el 27 de septiembre se arrojaron unos 18 millones de octavillas sobre territorio alemán, lo que las autoridades inglesas consideraban con cierto orgullo.

Pero no todos los representantes parlamentarios participaban del optimismo del ministro. El general Spears, diputado conservador, expresó con estas palabras su disgusto: «Es indigno hacer una *guerra de confetti* contra un enemigo inhumano. Estamos haciendo el ridículo». Más adelante, el general de aviación Harris diría: «Mi opinión personal es que el único resultado que se obtuvo con las incursiones propagandísticas fue, sobre todo, el de satisfacer las necesidades europeas de papel higiénico durante los cinco largos años de guerra. Muchas de aquellas circulares eran tan estúpidas e infantiles que quizás habría resultado contraproducente dárselas a conocer al pueblo inglés; y, sin embargo, perdimos hombres y aviones para lanzarlas en territorio enemigo».

Sin duda, tanto el riesgo como los gastos fueron muy elevados. Especialmente desafortunada resultó la incursión que se llevó a cabo la noche del 27 de octubre. El frío era intensísimo. Cuatro bombarderos del 51 Grupo lanzaron circulares sobre Francfort, Munich y Stuttgart. En uno de los aviones se pararon dos motores, la radio se estropeó, los timones de dirección y de profundidad quedaron agarrotados por el hielo y dos tripulantes perdieron el conocimiento. Los restantes miembros de la tripulación consiguieron efectuar un aterrizaje forzoso, en el que el avión resultó

con serias averías, y, tras extinguir un conato de incendio que se declaró en un motor, subieron de nuevo a la cabina... y se durmieron. Afortunadamente, habían aterrizado en Francia.

Los tres aparatos restantes consiguieron regresar a su base, pero todos ellos en muy mal estado a causa del frío intensísimo y de las averías, y maltrechos sus tripulantes.

El efecto más real que produjeron estos métodos inofensivos fue el de suscitar un amplio sentimiento de indignación en Gran Bretaña ante la incapacidad que demostraba el Gobierno para intervenir de manera adecuada en ayuda de Polonia. Hubo quien pidió que a la declaración de guerra le siguiese una acción más concreta; y, puesto que no se quería recurrir a los ataques aéreos sobre ciudades y objetivos industriales, proponían que la aviación inglesa incendiara la Selva Negra mediante bombardeos sistemáticos con bombas incendiarias. Hugh Dalton, destacado miembro del Partido Laborista, que tenía muchos amigos personales en Polonia, se enfureció con Kingsley Wood. «El humo y el olor a quemado de los bosques –le hizo observar– enseñaría a los alemanes, que tanto amor demuestran por sus árboles, que la guerra no es siempre agradable y ventajosa, y que no se puede librar exclusivamente en territorio de los demás». Pero la única respuesta que recibió fue que incendiar la Selva Negra supondría contravenir la Convención de La Haya. Cuando Leo Amery planteó, a su vez, la misma demanda, Kingsley Wood le respondió: «No podemos hacerlo, porque se trata de una propiedad privada. Si accediese, al día siguiente me pedirían ustedes que bombardeara el Ruhr».

Desesperado, el mismo Dalton formuló otra sugerencia para ayudar a los polacos: propuso efectuar un vuelo a Polonia, en un gesto simbólico que demostrara que persistía, entre los dos países, el espíritu de solidaridad. Pero Kingsley rechazó también la sugerencia, calificándola de «inoportuna».

En términos generales, la actitud del Gobierno inglés hacia los enemigos del país parecía poco belicosa; y, sin embargo, al menos en las fases iniciales, se había llevado a cabo cierto esfuerzo para afrontar los problemas de la defensa. Como medida preventiva ante el inminente conflicto, la *Emergency Powers (Defence) Bill* (Ley de Poderes de la Defensa en caso de emergencia) superó con rapidez las diversas fases de aprobación, hasta que, el 24 de agosto de 1939, fue aprobada definitivamente. La ley facultaba al monarca para promulgar, por medio de los decretos pertinentes, «las previsiones de defensa que se consideren necesarias y oportunas para garantizar la seguridad pública, el mantenimiento del orden, la defensa del reino y la actuación eficaz en cualquier guerra en que Su Majestad pueda verse comprometida, así como para asegurar la continuidad de los abastecimientos y de los servicios indispensables para la vida de comunidad». Con carácter inmediato, las disposiciones de defensa concedían atribuciones para:

– proceder a la detención, juicio y condena de quienes contraviniesen estas disposiciones, así como el arresto sin mandamiento judicial, siempre que, a juicio del ministro secretario de Estado, ello fuera necesario para la seguridad y la defensa pública;
– autorizar el embargo o control de cualquier propiedad o empresa, así como la adquisición de toda propiedad que no fuera inmobiliaria;
– autorizar el allanamiento de cualquier edificio y el consiguiente registro;
– proveer a la enmienda, la suspensión o la aplicación de cualquier ley, con modificaciones o sin ellas.

Lluvia de prohibiciones

El 28 de agosto de 1939 se publicó una larga lista de medidas restrictivas mediante las cuales se podía obligar a los agricultores a cultivar determinados productos y asimismo se podían suspender los derechos pesqueros; además se recordaba la obligación que tenían los ciudadanos de alojar en sus casas a cualquier persona designada por el oficial encargado del alojamiento de la tropa; se prohibía también liberar palomas sin un permiso especial de la policía, a la cual debía entregarse toda paloma sobre la que se encontrara un mensaje. La lista comprendía muchísimas prohibiciones. En resumen, cuando se examina aquella retahíla de normas, casi se tiene la impresión de que el Gobierno inglés se inclinaba a demostrar más comprensión para la opinión pública alemana que para la inglesa. Pero esta característica se advirtió también entonces. El 31 de octubre, en la Cámara de los Comunes, numerosos oradores criticaron las disposiciones gubernamentales. Dingle Foot manifestó que el país parecía hallarse ante un doble peligro: la agresión nazi del exterior y las tendencias nazis en el interior.

Algunas disposiciones no tenían precedente alguno y estaban muy lejos de responder a las necesidades efectivas del Gobierno; la cuestión del arresto sin mandamiento judicial, sobre todo, era una medida que apenas se había considerado con la debida seriedad después de la promulgación de la *Carta Magna*.

Era este un punto muy importante. Kingsley Griffith advirtió que los nuevos mandatos implicaban la abolición del *Habeas Corpus*, y que la parte referente a la detención y a las restricciones de las actividades personales concedía al ministro secretario de Estado el poder suficiente para implantar en Inglaterra las condiciones de un campo de concentración alemán.

Otra áspera crítica fue formulada por Herbert Morrison, quien atacó la introducción del toque de queda, observando que si con ello se pretendía evitar que la gente anduviera por las calles durante los ataques aéreos, la finalidad era sencillamente ridícula; cuando se produjeran ataques, los ciudadanos ya tendrían buen cuidado de no andar por las calles.

Entre unas cosas y otras, la jornada del 31 de octubre no resultó muy buena para el Primer Ministro Chamberlain.

A partir del 1 de septiembre, cada noche, desde la puesta del sol al alba, el país debía permanecer en la más completa oscuridad. Esta norma se dio a conocer anticipadamente, por medio de un *memorándum* publicado por el Ministerio del Interior.

El oscurecimiento originó innumerables contratiempos; entre otras cosas, el número de accidentes de tráfico aumentó de un modo considerable. En diciembre, con objeto de atenuar las dificultades, en las calles del distrito de Westminster se autorizó una débil iluminación, que luego se extendió a otros lugares, excluida una franja de unos 20 km a lo largo de las costas orientales y meridionales. Hasta el 22 de enero no se hizo obligatorio el empleo del tipo de faro oficialmente aprobado para los automóviles. Cuando se comprobó, sin lugar a dudas, que la causa principal del incremento de los accidentes de tráfico era debida a la falta de iluminación, el ministro de Transportes dispuso que en las zonas urbanas la velocidad máxima se redujera a unos 30 km por hora.

A fin de obligar a la población a aceptar los efectos deprimentes del oscurecimiento, casi todas las formas de diversión fueron severamente limitadas. George Bernard Shaw expresó su protesta y descontento ante estas medidas en las páginas del *Times*.

–«¿Qué agente del canciller Hitler –decía el escritor– ha sugerido que los ingleses se agazapen en la oscuridad durante todo el tiempo que dure la guerra?»

El 14 de septiembre, puesto que el peligro de un ataque parecía haber disminuido, se permitió la reapertura de los teatros.

SIETE MESES DE GUERRA EXTRAÑA

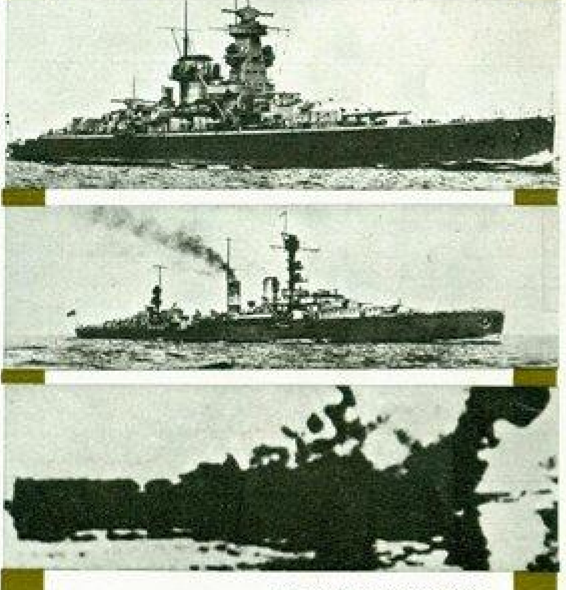
1939

3 de septiembre: Inglaterra, Francia, Australia y Nueva Zelanda declaran la guerra a Alemania. El buque de pasaje *Athenia* es torpedeado y hundido por un *U-Boot* a la altura de la costa irlandesa. La RAF localiza barcos de guerra alemanes fondeados cerca del canal de Kiel y al día siguiente los bombardea.

17 de septiembre: las fuerzas rusas invaden Polonia oriental.

26 de septiembre: La *Luftwaffe* ataca la Flota británica, surta en Scapa Flow.

Los dos primeros objetivos de los ingleses: el acorazado de bolsillo *Admiral Scheer* (fotografía superior) y el crucero *Emden* (en el centro). Los acorazados de bolsillo constituían una amenaza para los barcos ingleses.



(History of the Second World War)

El 14 de octubre de 1939, el *U-47* logró eludir las defensas de Scapa Flow y torpedeó al acorazado *Royal Oak*. Esta acción demostró lo inadecuado de los sistemas defensivos británicos, y se eligió Rosyth como base provisional.

6 de octubre: se rinden las últimas tropas polacas. Hitler lanza su «ofensiva de paz» en el *Reichstag*; Chamberlain la rechaza.

14 de octubre: El *Royal Oak* es torpedeado por un *U-Boot* en Scapa Flow.

8 de noviembre: atentado contra Hitler en Munich.

30 de noviembre: las fuerzas rusas invaden Finlandia.

13 de diciembre: batalla del Río de la Plata.

1940

5 de enero: dimite Hore-Belisha, ministro de la Guerra británico.

8 de enero: en la Gran Bretaña se racionan la mantequilla, el azúcar y el jamón.

20 de enero: Churchill invita a los países neutrales a unirse a los Aliados.

14 de febrero: Gran Bretaña anuncia que ha armado sus buques mercantes que navegan por el Norte.

17 de febrero: Inglaterra hace planes para la evacuación de 400.000 niños.

20 de marzo: cae en Francia el Gobierno Daladier, y es elegido Primer Ministro Reynaud.

8 de abril: La *Royal Navy* procede a la colocación de minas marinas en aguas noruegas.

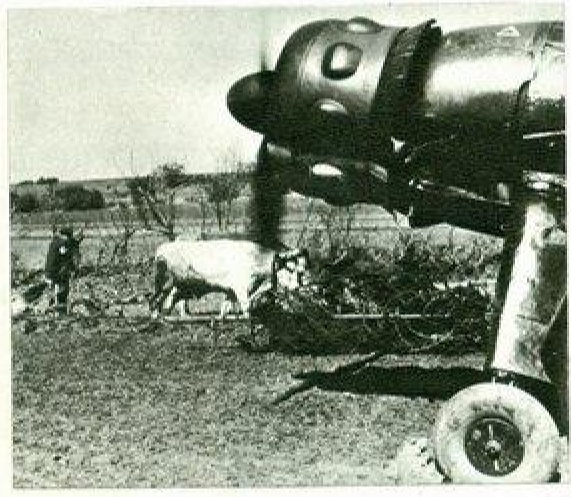
¿Un nuevo jefe para la guerra?

En el terreno político, casi desde el principio, se experimentó una honda inquietud respecto al modo de enfocar la guerra por parte de Chamberlain, así como acerca de las dotes de mando del Primer Ministro. La dificultad, empero, estribaba en encontrar a la persona idónea para sustituirlo.

El destino facilitó un presagio (que en aquel momento muchos ponderados y respetables miembros del Parlamento consideraron de mal agüero) en el curso del debate que tuvo lugar el 26 de septiembre en la Cámara de los Comunes.

En un discurso aburrido e intrascendente, Chamberlain informó al Parlamento de la situación militar. La Cámara reaccionó con la actitud que era de esperar: con indiferencia. Luego, conforme a un acuerdo previo al que había llegado con Chamberlain, Churchill hizo uso de la palabra por primera vez desde que había entrado a formar parte del Gobierno, unas siete semanas antes.

Abril de 1940: uno de los muchos aspectos de la «guerra extraña». En las proximidades del frente se realizan las labores agrícolas, como si Aliados y alemanes no estuvieran en guerra. La presencia del avión militar no parece impresionar ni al labriego ni a los bueyes... (Archivo Rizzoli)



Fue el suyo un discurso frío, brillante, concreto y detallado. Tras exponer el conocido problema de los daños causados por los *U-Boot* y resumir esquemáticamente las medidas que se habían adoptado para hacer frente al enemigo, mencionó también las pérdidas sufridas por la flota mercante; semana tras semana, la cifra se había reducido; de las 65.000 toneladas de la primera semana de septiembre, se pasó a 46.000 en la segunda, a 21.000 en la tercera, y a sólo 9000 durante los seis días precedentes a su discurso. Churchill evitó con todo cuidado formular «previsiones optimistas», pero, indudablemente, las cifras hablaban por sí mismas.

El discurso produjo un efecto sorprendente en el Parlamento, y toda la nación agradeció a Churchill su exposición honesta, escueta y clara de los datos más recientes sobre la marcha de la guerra. Desde luego, en Inglaterra se habló mucho acerca de la posibilidad de que Churchill asumiese cuanto antes la dirección del país.

A todo ello, todavía había quien alimentaba la esperanza de que tal vez aún fuera posible la paz, pues Polonia estaba sucumbiendo frente a los invasores y una triste calma se iba apoderando del desgraciado país. Sin embargo, en su quinto discurso sobre la situación bélica, pronunciado el 3 de octubre, Chamberlain no alentó tales esperanzas.

Había decidido adoptar una actitud firme frente al enemigo.

«No aceptaremos una simple promesa del actual Gobierno alemán. Con demasiada frecuencia, en el pasado, ese Gobierno ha demostrado estar dispuesto a romper sus compromisos en cuanto le ha parecido conveniente. No obstante, si hacen alguna propuesta, la examinaremos teniendo en cuenta tales precedentes. Nadie desea que la guerra continúe ni siquiera un día más de lo necesario, pero la gran mayoría de la opinión pública de este país y, para satisfacción nuestra, también de Francia, está decidida a conseguir que se destierre la violencia y que la palabra empeñada por los Gobiernos se respete de forma coherente.»

Por una ironía del Destino, entonces fue Lloyd George quien se convirtió en el abanderado de la política de «poner la otra mejilla», apelando al Gobierno para que «no se apresurase» a rechazar eventuales propuestas de paz que pudieran llegar a través de los Gobiernos ruso e italiano, a la sazón neutrales ambos.

Chamberlain aseguró que no se precipitaría en responder a propuestas que mereciesen un atento examen, y que, en todo caso, antes de dar cualquier contestación consultaría con la Cámara de los Comunes. No obstante, el diputado conservador Duff Cooper atacó a Lloyd George, sosteniendo que era muy probable que las frases del Primer Ministro se interpretaran erróneamente en el extranjero como un sondeo de rendición.

Pero si el Gobierno inglés no se mostraba dispuesto a ceder, tampoco parecía decidido a tomar la iniciativa. Todos los esfuerzos se concentraban en el aspecto defensivo. Cuando estalló la guerra, la Flota inglesa se hallaba surta en Scapa Flow, rada de las islas Orcadas protegida por un anillo de islotes y canales. En Scapa se conservaban aún restos de las improvisadas defensas que se utilizaron en la primera Guerra Mundial; pero en 1939, la velocidad y la potencia de los submarinos alemanes había aumentado de modo considerable, por lo que era imprescindible que estas defensas se prepararan convenientemente. Además, existía el peligro de los ataques de la aviación alemana; y frente a las acciones aéreas, que constituían la más grave amenaza para la seguridad de Gran Bretaña, la base de Scapa Flow estaba indefensa.



16 de enero de 1940: llegan a Dresde 10.000 kg de víveres en forma de paquetes-regalo enviados por el almirante Horthy (regente de Hungría) a los niños alemanes. Cada paquete contenía sémola, salsa húngara y speck, y pesaba unos diez kilos. (Archivo Rizzoli)

Se instalaron nuevas redes antisubmarinas, y se confió la misión de neutralizar la amenaza aérea a dos escuadrillas de caza de la Marina. Pero el hundimiento del acorazado *Royal Oak*, por obra de un submarimo alemán, en la propia bahía de Scapa, demostró cuán inadecuados eran aquellos sistemas defensivos. El incidente repercutió de forma muy negativa en la opinión pública, y el 31 de octubre Churchill se trasladó por segunda vez a Scapa Flow para discutir los problemas referentes a la defensa de la base. En principio se decidió reforzar las defensas con la colocación de nuevos cajones sumergidos, barreras flotantes y redes antisubmarinas, así como disponer zonas de minas y dotar a la base de más piezas artilleras y de unidades de reconocimiento. Se acordó también mejorar la defensa antiaérea, para lo cual se reforzaron con más cazas las dos escuadrillas de guarnición en la base. Sin embargo, las medidas adoptadas no podían llevarse a la práctica totalmente antes de la siguiente primavera, por lo que entonces se eligió Rosyth como base provisional de la Flota.

Sigue la espera

En Europa la guerra presentaba las mismas características irreales, defensivas y extrañas que se registraban en Gran Bretaña. Se había trasladado al frente occidental un cuerpo expedicionario inglés, como refuerzo de las numerosas unidades francesas que lo guarnecían. El mando del contingente británico se confió a lord Gort, quien, a su vez, estaba a las órdenes de los generales franceses (aunque tenía el derecho de apelar al Gobierno de su país siempre que las órdenes que recibiera pudiesen poner en peligro las fuerzas inglesas).

Parecía como si se hubiera hecho mucho, pero en realidad no sucedía nada. Hasta el 27 de septiembre, la *Royal Navy* había transportado al otro lado del Canal de la Mancha, sin pérdida alguna por su parte, 152.000 soldados del Ejército de Tierra y 9.400 de Aviación, más 24.000 vehículos, 36.000 toneladas de municiones, 25.000 toneladas de carburante y unas 60.000 toneladas de carne congelada. En Inglaterra se estaban instruyendo 50.000 voluntarios. En Francia había 76 divisiones aliadas (72 de ellas francesas y las cuatro restantes británicas), frente a las 32 divisiones alemanas atrincheradas tras la línea Sigfrido. No obstante, y pese al acuerdo del 15 de mayo de 1939, los franceses no habían ayudado a los polacos desencadenando un ataque en el frente occidental, lo cual habría obligado a los alemanes a retirar por lo menos parte de sus tropas de Polonia. Para justificar su inhibición, los franceses afirmaron que su Ejército, aunque muy numeroso, no estaba aún preparado para entrar en acción, que la aviación se hallaba en un estado de deplorable debilidad y que las fortificaciones de la línea Sigfrido eran tan sólidas que un ataque en aquellas circunstancias sería un completo desastre. Los franceses definían su inactividad como una «espera estratégica».

Una vez más, el aplazamiento constituyó un grave error. A fines de septiembre, el comandante en jefe alemán, Brauchitsch, reforzó el frente occidental, al que trasladó las fuerzas que conquistaron Polonia, tropas aguerridas por la victoriosa campaña. Así, a comienzos de octubre, las divisiones germanas eran más de cien. Los occidentales habían dejado escapar la gran ocasión. Y eso lo confirman las palabras del general von Mellenthin, quien, al inspeccionar la línea Sigfrido, escribió:



2 de septiembre de 1939: en las ciudades francesas se colocan carteles en los que se llama a filas a los reservistas. Millares de hombres de cuarenta años pasaron a engrosar las filas de un Ejército que fue tan numeroso como estático e ineficaz. (Archivo Rizzoli)

«En seguida me di cuenta de que la campaña de Polonia había constituido un peligroso juego de azar, y que nuestro Alto Mando se expuso a un gravísimo riesgo. Los reservistas que defendían la frontera occidental estaban mal equipados y deficientemente instruidos, a lo que se añadía el hecho de que las instalaciones defensivas estaban muy lejos de ser las inexpugnables fortificaciones descritas por nuestra propaganda. Cuanto más observaba aquellas fortificaciones, menos comprendía la absoluta pasividad de los franceses. Esta actitud negativa no podía sino repercutir de modo desfavorable en la moral de las tropas, ocasionándoles daños mucho mayores que los provocados por nuestra propaganda, aunque ésta fuera muy eficaz.»

Más adelante, los generales Jodl y Keitel afirmaron que un ataque en el frente occidental durante la campaña de Polonia habría tropezado con una débil resistencia; pero, en lugar de atacar, los Aliados se dedicaron a reforzar sus fortificaciones. En realidad, ambas partes no hacían sino levantar fortines y tender alambradas, tratando de disimular su actividad con el enmascaramiento. Unos y otros efectuaban limitados reconocimientos aéreos; y, prácticamente, todo se reducía a esto.

Un observador inglés comentó: *«Vive y deja vivir* era todavía la actitud predominante en el Sarre, y si alguien disparaba se le consideraba como un ser totalmente antisocial. Veinte años de paz habían dado como resultado que a la gente le repugnase matar; el soldado inglés se mostraba muy reacio a empuñar un fusil y disparar contra un alemán que no le había provocado. En abril, los alemanes efectuaron por dos veces lo que se podían considerar parodias de ataque, y en la segunda ocasión destruyeron algunas fortificaciones francesas situadas a nuestro flanco; esta forma de proceder se consideró como extremadamente incorrecta e indigna de ser imitada.»

Por su parte, un observador alemán escribió durante aquel período: «Por medio del periscopio podemos observar a los franceses. Están cortando leña. Llevan pesados capotes; en grupos de dos o tres, fuman y, al parecer, se aburren.»

Durante el primer mes de hostilidades, los franceses se jactaron de haber entrado en territorio alemán, aunque admitían que dicha penetración se realizó en un frente muy reducido y que se profundizó muy poco. Por espacio de algunas semanas, las patrullas galas, con notable torpeza e infinita cautela, se movieron al otro lado de la línea Maginot. Pero en octubre, cuando se comprobó que los alemanes recibían refuerzos y se dejaron sentir los efectos de los primeros fríos invernales, los franceses, adoptando las debidas precauciones, se retiraron al acogedor y tranquilo ambiente de sus fortificaciones.

La primera víctima inglesa

Para hacer más llevadero el aburrimiento de las inactivas tropas británicas, del 5 al 9 de diciembre, el rey de Inglaterra visitó el frente occidental, de modo que se hallaba presente cuando –a los tres meses de la declaración de guerra– los ingleses sufrieron la primera baja: se trataba del cabo T. W. Priday, quien, al mando de una patrulla que entró inesperadamente en contacto con los alemanes, resultó alcanzado por una bala. Si se tiene en cuenta que en los tres primeros meses de la primera Guerra Mundial los ingleses perdieron más de 50.000 hombres, no se puede decir que esa segunda contienda fuera para Gran Bretaña demasiado onerosa en cuanto a efectivos humanos, de todos modos, ello no fue óbice para que Chamberlain comentase con el general Montgomery, cuando en diciembre visitó la división de éste: «No creo que los alemanes tengan la menor intención de atacar, ¿no le parece a usted?»

Es significativo el hecho de que los hombres de Montgomery figuraran entre los más activos en todas las operaciones que se realizaron. En el caso de que los aliados hubiesen atacado, su misión habría sido la de avanzar y ocupar un sector en la zona de Lovaina. Montgomery entrenaba a sus hombres a base de operaciones nocturnas, efectuando movimientos de retirada en territorio francés, hacia supuestas líneas defensivas. Y es que el general inglés se convenció muy pronto de que los franceses se encontrarían en una situación muy difícil si se producía un ataque alemán.

Puesto que las unidades inglesas y francesas decidieron defender la línea Maginot, sin intentar siquiera un ataque combinado, Hitler logró convencer a sus escépticos generales de que la declaración de hostilidades no había representado más que una resistencia simbólica. De ese modo, el primer período de la guerra dio como resultado que se reforzara la confianza de los generales en Hitler y que el poder personal del *Führer* aumentara de modo considerable.

El 27 de septiembre, Hitler convocó a dos de sus altos jefes militares para que le informasen acerca de los planes con vistas a un eventual choque con Occidente. Respondieron que los planes eran exclusivamente defensivos y que no se había hecho preparativo alguno para un ataque. El 30 de septiembre, Hitler les informó que estaba dispuesto a hablar de condiciones de paz.

La conclusión del problema polaco señaló el principio de la «ofensiva de paz» del *Führer*. El 6 de octubre pronunció en el *Reichstag* estas palabras: «Para conseguir este objetivo, un día deberán reunirse las grandes naciones de este continente para establecer y garantizar un acuerdo general que nos dé a todos nosotros una sensación de seguridad y de paz. Probablemente, Churchill

y sus amigos interpretarán estas observaciones mías como una muestra de debilidad o cobardía. Hago esta declaración solamente porque deseo evitar a mi pueblo nuevos sufrimientos. Pero si prevalecen las ideas de Churchill y los suyos, combatiremos.»

«Incursión de contra-verdad»

El discurso de Hitler se imprimió en octavillas que habían de ser lanzadas sobre territorio británico en el curso de una «incursión de contra-verdad»; pero la prensa inglesa se adelantó y lo publicó de un modo tan detallado que la maniobra alemana resultó inútil. El 7 de octubre, el Gobierno inglés declaró: «No es probable que las propuestas de paz se consideren aceptables, a no ser que signifiquen para Europa una verdadera liberación de la amenaza de una agresión alemana... Las afirmaciones efectuadas por el Gobierno alemán en el pasado han resultado falsas tantas veces que ya no bastan las palabras para restablecer la confianza, que debe ser la base de la paz.»

El 11 del mismo mes se radió una áspera respuesta del Primer Ministro francés al discurso de Hitler; Daladier dijo, entre otras cosas:

«Una vez más oímos hablar de la «paz» alemana, una «paz» que no haría sino consolidar las ganancias obtenidas con la violencia y preparar el camino para una nueva agresión. El discurso pronunciado por Hitler en el Reichstag significa en realidad: «He conquistado Polonia. Estoy satisfecho. Pongamos fin a la guerra. Convoquemos una conferencia que consolide mis conquistas». Nosotros hemos empuñado las armas contra la agresión, y no las depondremos en tanto no hayamos recibido garantías de seguridad, una seguridad que no se ponga luego en peligro cada seis meses.»[1]

Chamberlain adoptó también la actitud de Daladier en la respuesta que facilitó el día 12 de octubre. «Si el Gobierno alemán no nos da pruebas convincentes de la sinceridad de sus deseos de paz, mediante actos concretos u ofreciendo garantías que nos permitan confiar en la firmeza de los compromisos establecidos, tendremos que perseverar en nuestro deber hasta el fin. A Alemania le toca elegir.»

De este modo terminó la «ofensiva de paz» de Hitler. El 24 de octubre, en un discurso que pronunció en Danzig, Ribbentrop atacó a Gran Bretaña por su actitud poco conciliadora: «Si el Gobierno inglés persiste en su política, ésta pasará a la historia como la tumba del pueblo inglés.»

Por parte de otras personalidades hubo asimismo tentativas de paz. El día 6 de noviembre, por la tarde, el rey Leopoldo de Bélgica llegó a La Haya para entrevistarse con la reina Guillermina de Holanda. Poco después de que terminaran las conversaciones, en las que habían participado también los respectivos ministros de Asuntos Exteriores, ambos soberanos hicieron público un comunicado en el que ofrecían su intervención como mediadores entre las partes beligerantes, con objeto de restablecer la paz. «Esperamos –se decía en el documento– que se acepte nuestra oferta y que esto permita dar el primer paso hacia la consecución de una paz duradera.»

El 9 de noviembre, Chamberlain expuso que, habida cuenta de las experiencias del pasado, los ingleses no se forjaban demasiadas ilusiones en lo referente a que el canciller alemán diese una respuesta satisfactoria, pero agregó que, antes de contestar en cualquier sentido, su Gobierno consultaría con los Aliados y con los países autónomos miembros de la Commonwealth.

El 15 de noviembre, Ribbentrop rechazó de modo explícito la oferta de mediación formulada por Bélgica y Holanda: «Puesto que Inglaterra y Francia han desoído claramente nuestras ofertas de paz, el Gobierno alemán considera cancelada la cuestión.» Y seguiría cancelada durante mucho tiempo aún. Mientras tanto, los beligerantes prosiguieron con desganada resignación los preparativos de guerra.

El 9 de enero de 1940, en un discurso que pronunció en la Mansion House, Chamberlain resumió la situación con estas palabras: «Este nuevo año, que probablemente será uno de los decisivos en la historia del mundo, ha comenzado con tranquilidad; pero se trata de la calma que precede a la tempestad. Ingentes masas humanas, provistas de los más mortíferos elementos de destrucción que la ciencia puede producir, se están observando tras sus fortificaciones. De vez en cuando truenan los cañones, pero hasta ahora no se ha producido ningún encuentro en gran escala. No sabemos cuánto tiempo durará esta situación.»[2]

Las invectivas de Churchill

Fue Churchill quien consiguió galvanizar la situación internacional con un discurso inflamado que se radió el 20 de enero de 1940. Tras poner de relieve la superioridad de los Aliados en el mar, dijo:

«En el transcurso de los meses, esperamos poder garantizar a la navegación la debida seguridad para

Primer ejercicio de defensa pasiva contra los ataques aéreos, efectuado en el barrio de Chelsea, en Londres. Es el verano de 1939. La «guerra extraña» frustrará más tarde las previsiones de los estadistas británicos: no se produjo bombardeo alguno. *(Archivo Rizzoli)*

[1] De los *Archivos contemporáneos Keesing.*

[2] *Ibid.*





Desde un avión inglés se lanzan octavillas de propaganda sobre territorio alemán. Sólo en el primer raid se arrojaron sobre Alemania 13 toneladas de papel. En general, estas incursiones dieron escaso resultado, y no compensaron las pérdidas sufridas por los ingleses. *(History of the Second World War)*

el normal desenvolvimiento de las actividades comerciales de todas aquellas naciones cuyos buques aceptaron nuestra guía, no sólo para sobrevivir, sino para prosperar. Muy diferente es la situación en que se hallan los países neutrales. Tanto en tierra como en el mar, constituyen las víctimas sobre las cuales se abate el furor y el desprecio de Hitler... Cada uno de ellos se pregunta quién será la próxima víctima... Ahora bien, ¿qué sucedería si todos esos países neutrales, movidos por un espontáneo y unánime impulso, cumplieran con su deber, según lo que establece el tratado de la Sociedad de Naciones, y se aliasen con los imperios inglés y francés contra la agresión y el mal? En la actualidad, su esfuerzo es deplorablemente escaso. Se doblegan, humildes y temerosos, ante las amenazas alemanas de violencia, y se consuelan pensando que Inglaterra y Francia vencerán, que impondrán de nuevo las leyes y convenciones. A todos esos que consideran que se podrá mantener bien alimentado el cocodrilo, el cocodrilo acabará por devorarlos. Todos esperan que la tormenta remita antes de que les llegue el turno de ser devorados. Pero la tormenta no amainará. Se extenderá hacia el Sur; se extenderá hacia el Norte. La única posibilidad de detenerla con rapidez estriba en oponerle una acción unánime, porque si en determinado momento Inglaterra y Francia, cansadas de combatir, se vieran obligadas a aceptar una paz humillante, el destino de los países europeos menores no sería otro que el de quedar divididos entre las dos barbaries, opuestas pero semejantes, del nazismo y el bolchevismo.»[1]

Un día antes de ese enérgico discurso de Churchill, la Cámara Baja danesa había aprobado la siguiente declaración: «Todos los estamentos del pueblo danés concuerdan en que tiene que salvaguardarse la neutralidad del país y que, siempre que sea necesario, todos los medios de que dispone la nación se utilicen para mantener la integridad y la independencia del Estado danés.»

En Bélgica, Holanda, Noruega, Suecia, y Suiza, la prensa reaccionó en términos reprobatorios, afirmando una vez más la voluntad nacional de permanecer neutrales. Londres se apresuró a aclarar que las tesis expuestas por Churchill eran absolutamente personales, no las del Gobierno.

El 27 de enero, en otro discurso pronunciado en la Cámara de Comercio de Manchester, Churchill expresó una vez más la perplejidad del país ante aquella guerra simulada. Hablando del curso de la contienda y de los problemas que planteaba, dijo: «¿Cómo se explica que Inglaterra no haya sufrido todavía ningún ataque aéreo? Es un asunto sobre el que estoy meditando desde hace bastante tiempo.»

Tres días después, Hitler habló en el Sportpalast de Berlín. Aunque no respondió directamente al interrogante de Churchill, el *Führer* dio a entender que no tardaría mucho en producirse el choque directo: «La primera fase de la lucha ha terminado con la destrucción de Polonia» dijo. La segunda fase, o sea, la guerra de bombas por la que Churchill parecía mostrarse impaciente, podía comenzar a partir de aquel momento.

En marzo, las actitudes exaltadas y belicosas que caracterizaron aquel período trascendieron también al otro lado del Atlántico. El día 19, James Cromwell, embajador de Estados Unidos en Canadá, condenó al Gobierno nazi, afirmando que, «descarada y abiertamente» Alemania intentaba alterar el orden social y económico en que se basaba el gobierno de Estados Unidos. Pero tres días después, Cromwell fue reprendido públicamente por el secretario de Estado, Cordell Hull, quien manifestó que una declaración como aquella podría «enturbiar las relaciones con el Gobierno alemán e incluso con otros.»

El fin de la guerra extraña

Pero ya se tenía la certeza de que la «guerra extraña» estaba a punto de finalizar. El 3 de abril, Churchill consiguió, por fin, que el Gobierno diera su consentimiento para minar ciertas zonas de las aguas territoriales noruegas.

Mientras tanto, en un discurso que dirigió a la juventud alemana, el mariscal de campo Goering predijo, con absoluta claridad, lo que estaba a punto de suceder: «El golpe que hemos asestado a Polonia no nos ha debilitado, sino que por el contrario, somos ahora mucho más fuertes. Como hemos hecho en esta ocasión, presentaremos batalla a nuestros enemigos en cuanto llegue el momento oportuno. Las fuerzas alemanas hacen frente a Gran Bretaña y Francia en el Oeste. Ahí es donde debemos descargar el golpe decisivo, y precisamente con esa finalidad ha movilizado nuestro *Führer* todos los recursos del país.»

En pocos días, los siete meses de guerra fingida concluyeron de un modo brusco y definitivo. El 8 de abril, precisamente mientras los destructores ingleses cumplían la misión de colocar minas a lo largo de la costa noruega, la flota alemana avanzaba a lo largo de la misma costa, transportando hombres y material para invadir el país, lo que suponía para Europa y el resto del mundo el principio de la guerra auténtica.



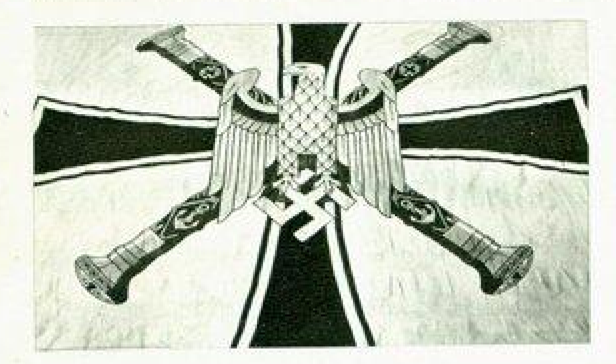
2 de septiembre de 1939: Estación del Este en París. Los reservistas responden a la llamada a filas. En septiembre llegó a haber en el frente 76 divisiones aliadas, contra apenas 32 divisiones germanas que guarnecían la línea Sigfrido. Pero se preparaban grandes sorpresas. *(Archivo Rizzoli)*

DAVID MASON



Tras haberse doctorado en el famoso St. John's College de Cambridge, ejerció el periodismo en provincias. Más tarde se trasladó a Londres, donde trabajó en publicidad; después fue redactor y, finalmente, colaborador especializado de los importantes periódicos *Sun* y *Sunday Times*. En 1965 abandonó la labor periodística para convertirse en escritor profesional.

[1] De los *Archivos contemporáneos Keesing*.



CORSARIO EN LIBERTAD

capitán de navío
Bidlingmaier

**El episodio del "Graf Spee".
26 septiembre - 17 diciembre 1939**

En 1939, la Marina alemana no podía enfrentarse con la inglesa en una decisiva batalla de superficie, como lo fue la de Jutlandia en 1916. Pero con su flota de *U-Boot* y los rápidos y poderosos acorazados de bolsillo, estaba en situación de provocar el desconcierto en las más vitales rutas de comunicación, a través de las cuales se desarrollaba el tráfico inglés. Dos de aquellos acorazados de bolsillo habían abandonado su base antes del comienzo de la guerra; y uno de ellos, el «Graf Spee», inició una singladura que llamó la atención de todo el mundo.

Al estallar la segunda Guerra Mundial, la «Directiva nº. 1» del Alto Mando alemán fue breve y precisa: «La Marina alemana llevará a cabo su propia actividad bélica contra las unidades mercantes, y su principal objetivo serán los buques ingleses.» Para cumplir la misión, los cruceros acorazados de construcción especial (conocidos como «acorazados de bolsillo»), con el auxilio de barcos de apoyo, eran sin duda las unidades idóneas.

Con tales buques, el Mando naval alemán esperaba obtener resultados inmediatos y decisivos. En agosto, antes de que se produjera la declaración de guerra, dichas unidades recibieron la orden de zarpar hacia el Atlántico. Sin embargo, Hitler no quiso concederles inmediata libertad de acción, por cuanto, tras su rápida victoria sobre Polonia, esperaba llegar a un acuerdo pacífico con las potencias occidentales.

Pero el 26 de septiembre, ante la insistencia del almirante Raeder, se concedió autorización a estos acorazados para que iniciaran sus actividades bélicas. En aquel momento, el *Admiral Graf Spee* se encontraba ya en el «área de espera», en el Atlántico meridional. Después de estudiar cuidadosamente la situación, el capitán de navío Langsdorff, comandante del buque, llegó a la conclusión de que las rutas comerciales de América del Sur eran más vitales para el enemigo que las del cabo de Buena Esperanza; todo ello, claro está, prescindiendo del Mediterráneo, que ofrecía a los buques Aliados una navegación segura desde Gibraltar hasta Adén.

Por lo tanto, decidió poner rumbo al Oeste, dirigiéndose hacia Pernambuco y dejando atrás, en el área de espera, a su barco de apoyo, el *Altmark*. En Alemania, la sección de operaciones del Estado Mayor de la Marina, a la que informó de sus intenciones, envió a Langsdorff, el 29 de septiembre de 1939, un comunicado en el que le recordaba las instrucciones de la orden operativa, según las cuales se le prohibía específicamente exponer su unidad al riesgo de una verdadera batalla naval.

A las 13 horas del 30 de septiembre, el *Graf Spee* avistó el primer barco enemigo; pero cuando el buque alemán se aproximó a menos de 15 millas, el mercante inglés cambió de rumbo, como si pretendiese huir. Langsdorff ordenó inmediatamente que saliera el hidroavión, de que disponía el acorazado, con objeto de detener al barco británico. El aparato cumplió su misión, pero no sin que antes el buque consiguiera transmitir la señal de alarma.

Al aproximarse más aún el *Graf Spee*, toda la tripulación del mercante ocupó los botes, formando un amplio círculo alrededor del buque. Langsdorff ordenó que fueran subidos a bordo el capitán y el jefe de máquinas, se puso en comunicación con la estación de radio de Pernambuco para asegurarse de que los restantes miembros de la tripulación fueran recogidos y después hundió el barco. Se trataba del mercante inglés *Clement*.

El interrogatorio a que fueron sometidos los dos prisioneros permitió obtener algunas informaciones interesantes. Siguiendo las instrucciones recibidas del Almirantazgo, el capitán del *Clement* había destruido todos los documentos de a bordo, pero Langsdorff averiguó que todos los buques mercantes ingleses tenían órdenes de transmitir mensajes detallados en cuanto localizasen un buque de guerra enemigo.

Los ingleses creían que, de este modo, obligarían al corsario a abrir fuego, lo que daba pretexto a que la tripulación botara las lanchas salvavidas y se retrasara cualquier indagación a bordo del barco. En el poco tiempo disponible, la instalación de radio y las máquinas debían destruirse en lo posible, a fin de que el enemigo no pudiera emplear la presa como buque de apoyo. Langsdorff comprendió entonces que, en lo sucesivo, el *Graf Spee* debería aproximarse con el mayor sigilo a sus víctimas para que la tripulación adversaria no tuviese tiempo de proceder de este modo.

Terminado el interrogatorio de los prisioneros, el comandante Langsdorff fue informado de la proximidad de otros dos barcos. El primero era sin lugar a dudas un mercante neutral, cuyo rumbo lo llevaría a encontrar la tripulación del hundido *Clement*, que de este modo sería salvada. Langsdorff no intentó ponerse en contacto con este buque. El segundo era el mercante griego *Papalemos*, al que trasladó a sus dos prisioneros.

La alarma que todo eso produjo se manifestó inmediatamente en un diluvio de mensajes por radio; se alertó a todos los buques mercantes y se adoptaron medidas de protección. El Almirantazgo inglés consideró, desde el primer momento, que el ataque había sido obra de uno de los corsarios alemanes de superficie, aunque hasta el 1 de octubre no se confirmó la suposición, hecha por la tripulación del *Clement* cuando fue desembarcada en un puerto sudamericano.

De acuerdo con el Ministerio de Marina francés, el Almirantazgo británico envió al Atlántico diversas unidades de su flota, con la misión de dar caza al navío alemán, y ordenó además a cuatro destructores, que tenían orden de regresar a sus bases de Inglaterra, que permaneciesen en el Atlántico meridional.

El «Graf Spee» se disfraza de buque francés

En vista de las disposiciones que supuso se adoptarían contra él, el comandante Langsdorff decidió interceptar las rutas comerciales del cabo de Buena Esperanza. Basándose en las declaraciones de los dos prisioneros del *Clement*, ordenó pintar de color claro las paredes laterales y la frontal de la torre, y los bordes de color oscuro; de este modo esperaba que la siguiente víctima no desconfiaría lo más mínimo, puesto que el *Graf Spee* parecería así un buque aliado.

A las 7 horas del 5 de octubre apareció en el horizonte otro mercante. Enfilando directamente hacia él, de modo que sólo mostraba la proa, el *Graf Spee* se aproximó a una distancia inferior a una milla antes de ordenar al barco que parase las máquinas y que no transmitiera ningún mensaje. Aún así, el radiotelegrafista del mercante, el *New-*



ton Beech, consiguió transmitir una débil señal y, pese a la rapidez con que los hombres del *Graf Spee* subieron a bordo, el capitán tuvo tiempo también de destruir todos los documentos secretos que obraban en su poder, excepto uno.

Admitió que el enmascaramiento del acorazado de bolsillo le había inducido a creer que se trataba de un barco de guerra francés y que advirtió su error en el último momento.

El documento que cayó en poder de Langsdorff le resultó muy útil, pues le proporcionó informaciones que le permitirían confundir al enemigo radiando falsas señales de alarma; por otra parte, le confirmó en su opinión de que aún no existían rutas unificadas para los convoyes y que cada unidad inglesa navegaba con absoluta independencia.

Dos días después divisaron otro mercante británico, el *Ashlea*, y la mimetización del *Graf Spee* demostró nuevamente su eficacia, pues también el capitán inglés tomó el acorazado alemán por un buque francés. En esta ocasión, los alemanes consiguieron ocupar la cabina de radio sin dar tiempo a transmitir ninguna señal de alarma. Revisando el diario de a bordo, Langsdorff averiguó que dos barcos no seguían nunca la misma ruta, lo cual significaba que después de cada interceptación debía cambiar de rumbo para encontrar otra presa.

Durante los dos días siguientes, la escasa velocidad del *Newton Beech* retrasó tanto la marcha del *Graf Spee* que Langsdorff decidió hundirlo, tras efectuar el transbordo de todos los prisioneros. El 10 de octubre, a mediodía, el enmascaramiento del navío alemán le proporcionó el tercer éxito, ya que engañó al capitán del *Huntsman*, mercante inglés de gran tonelaje que transportaba caucho, lana, yute, minerales ferrosos, té y pieles.

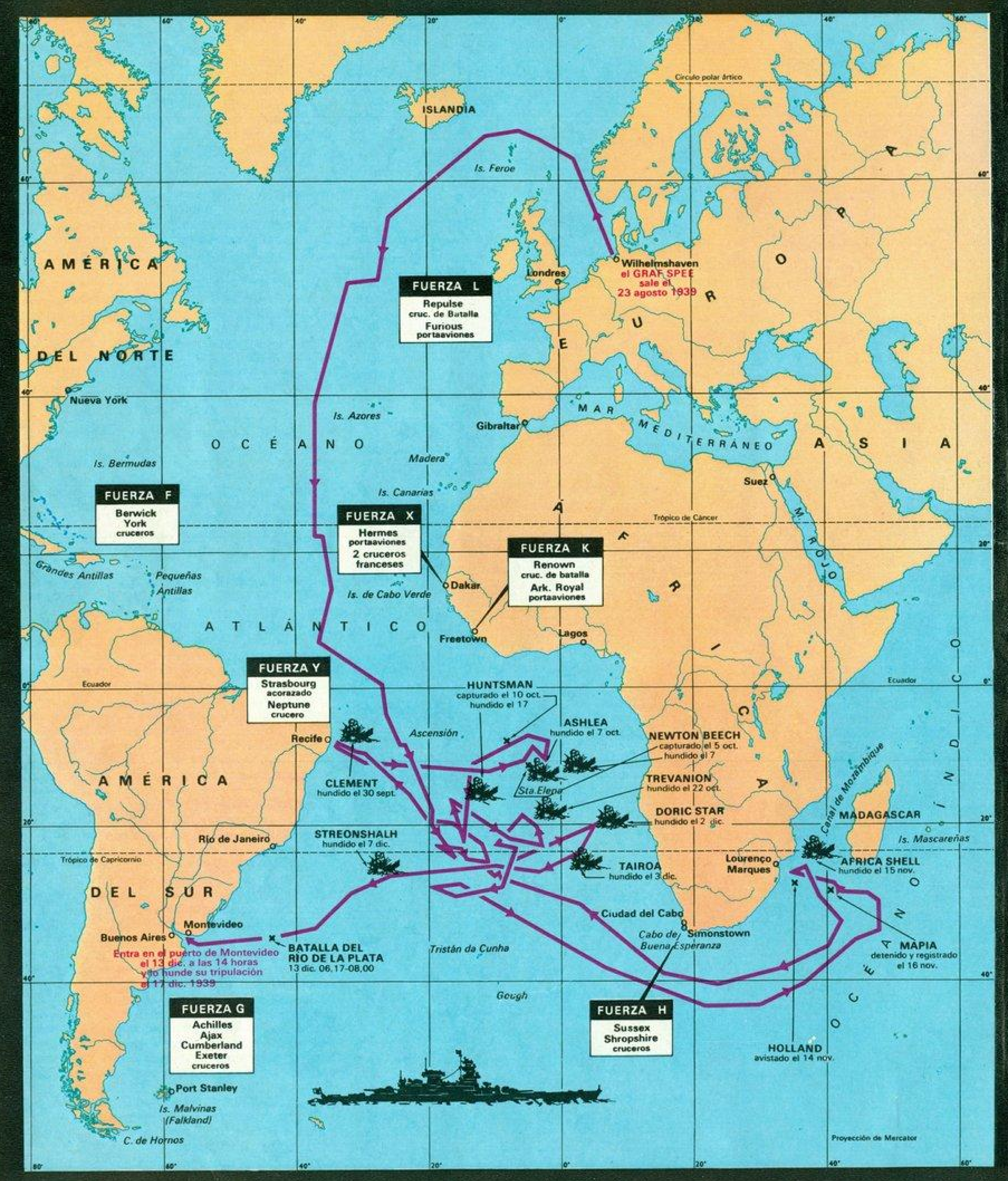
Estos tres éxitos se habían logrado al norte de la isla de Santa Elena. A partir de aquel momento, Langsdorff debería tener en cuenta las medidas que el enemigo ya estaría tomando contra él.

En consecuencia, decidió abandonar la zona, pero transmitiendo antes una falsa alarma, como si fuera del *Newton Beech*, en la que se decía que el mercante había descubierto un submarino. El 10 de octubre por la tarde, después de haber valorado el botín, envió un mensaje a la Sección Operativa del Estado Mayor de la Marina alemana, informando que las rutas mercantes se hallaban ahora hasta unas 300 millas al sur de las rutas comerciales normales en tiempo de paz y poniendo de relieve que los puntos de intersección de tales rutas se protegerían fuertemente. Por lo tanto, en los puntos más favorables a sus incursiones, el *Graf Spee* correría el riesgo de verse obligado a combatir.

En el diario de a bordo, Langsdorff anotó que, a su juicio, la Sección de Operaciones debería permitirle correr riesgos eventuales «si se prevén resultados favorables rápidos y eficaces.»

Mientras el *Graf Spee* se acercaba al lugar donde estaba previsto el encuentro con el *Altmark* –su barco de apoyo–, se comprobó que las estaciones de radio inglesas en territorio africano desarrollaban una intensa actividad. Naturalmente, la noticia de las correrías del acorazado de bolsillo alemán se había difundido con rapidez, por lo que las rutas comerciales en torno al cabo de Buena Esperanza fueron debidamente protegidas. Langsdorff consideró que los refuerzos procedentes del océano Índico se concentrarían en Ciudad del Cabo, y que probablemente saldrían en su busca un acorazado, dos portaaviones, seis cruceros pesados y seis ligeros; desde luego, su valoración fue superior a los efectivos que, en realidad, componían las fuerzas enemigas.

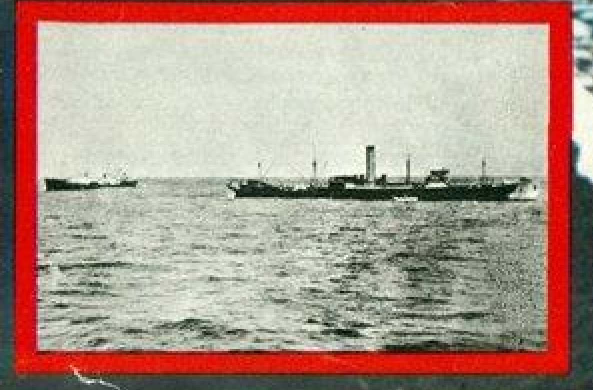
El comandante del *Graf Spee*, Langsdorff. Se le asignó la misión de atacar con la máxima eficacia posible a los buques mercantes británicos. Para ello, no sólo debía averiguar las rutas más frecuentadas, sino que también tenía que eludir a las unidades de guerra enemigas. *(Archivo Rizzoli)*



EL LARGO PERIPLO DEL «GRAF SPEE»: DE WILHELMSHAVEN AL RIO DE LA PLATA

EL PIRATA DE LOS MARES

El comandante Langsdorff era un hombre minucioso: he aquí el recibo que entregó al capitán Dove al recibir los sextantes de su buque, el *Africa Shell*, hundido por el *Graf Spee* en el océano Índico.



El buque de apoyo alemán *Altmark* (a la izquierda) abastecía de combustible al *Graf Spee* y recogía las dotaciones de los barcos hundidos. En la fotografía aparece vigilando al *Huntsman*, mercante inglés que sería hundido al día siguiente.

(Keystone)

El encuentro con el *Altmark* tuvo lugar la mañana del 14 de octubre, produciéndose un momento de estupor por parte de su capitán, el cual confundió también al *Graf Spee* con un barco de guerra francés.

Una vez efectuado el transvase de combustible y trasladados los prisioneros a bordo del *Altmark*, Langsdorff aprovechó la breve pausa para revisar a fondo las máquinas de su navío.

Según las informaciones que transmitió el 14 de octubre la sección operativa del Estado Mayor de la Marina alemana, las fuerzas enemigas que pretendían dar caza a Langsdorff comprendían:

INGLESAS:

En la costa oriental de Sudamérica:

Achilles, Ajax, Exeter y Cumberland, así como algunos destructores de escolta. Posiblemente estuvieran también el *Vindictive* y el *Despatch*.

Costa occidental de África:

Neptune, Danae y Albatros, algunos destructores y dos submarinos.

Sector de Durban:

Sussex y *Shropshire*.

Con rumbo sur a través del mar Rojo:

Glorious y *Malaya*.

América septentrional e Indias occidentales:

Berwick, York, Orion y Perth, y algunos destructores.

Sector de Gibraltar:

Norfolk y *Suffolk*, más siete submarinos de la base de Malta.

FRANCESAS:

Vigilancia por medio de submarinos procedentes de las bases del Atlántico oriental y de las Indias occidentales (Brest, Dakar, Casablanca, Safi y Fort de France).

Sector de Dakar:

La 6.ª División (de creación reciente), formada por 14 submarinos y 4 cazatorpederos, además del crucero *Primauguet*.

Langsdorff consideraba que su objetivo principal era actuar durante el mayor tiempo posible contra los barcos mercantes, pero, teniendo en cuenta las numerosas unidades que al parecer iban a perseguirle, y que los mandos superiores le prohibían arriesgar su unidad en un encuentro naval, pensaba que muy poco podría hacer. Por lo tanto, hoy podemos deducir hasta qué punto influyó en las decisiones del comandante la orden de evitar situaciones que requiriesen el «pleno empleo» de la capacidad de su poderoso buque.

Tras el hundimiento del *Clement*, Langsdorff supuso que el tráfico por el cabo de Buena Esperanza se intensificaría, hipótesis que se confirmó al descubrir que el *Huntsman*, estando ya cerca del Canal de Suez, recibió la orden de cambiar de rumbo y pasar por El Cabo. Por consiguiente, Langsdorff decidió concentrar su actividad en torno al cabo de Buena Esperanza y trasladarse inmediatamente al este de Durban cuando se viese obligado a ello.

Confianza en Langsdorff

La concordancia de estas decisiones adoptadas por Langsdorff con las órdenes de la Sección de Operaciones del Estado Mayor se deduce de la lectura de una frase del *Diario* de operaciones de dicha Sección del día 21 de octubre, en la que se decía que el *Graf Spee* debería abandonar su sector operativo en el Atlántico tan pronto como las fuerzas enemigas le imposibilitaran cualquier actividad contra las unidades mercantes.

El 22 de octubre, mientras se dirigía al cabo de Buena Esperanza, el comandante Langsdorff trató de precisar con exactitud las nuevas rutas comerciales, de cuya existencia estaba informado por lo que había hallado a bordo de los buques *Huntsman* y *Ashlea*. El hidroavión localizó un buque a las 8, y en cuanto el aparato regresó a bordo, el *Graf Spee* puso proa hacia su nueva víctima. A las 14,30 ordenó al barco mercante que parase las máquinas, pero el radiotelegrafista, con admirable valor, haciendo caso omiso del fuego de las ametralladoras alemanas, consiguió transmitir una señal de alarma. Pero, debido a su natural nerviosismo, indicó la posición de modo tan confuso que resultó incomprensible para quienes captaron el mensaje. Se trataba de la motonave *Trevanion*, a la que Langsdorff hundió antes de alejarse de la zona.



El *Altmark* abastece de combustible al *Graf Spee*. Langsdorff señalaba de vez en cuando algún punto concreto para encontrarse con su buque de apoyo. En una ocasión (14 de octubre de 1939), el capitán del *Altmark* se llevó una desagradable sorpresa al confundir el barco alemán con una unidad de guerra francesa. *(Archivo Rizzoli)*



Es domingo y en el acorazado de bolsillo, el *Graf Spee*, se descansa al sol. Al fondo se ve el mercante *Altmark*. Los barcos de guerra de superficie del tipo del *Graf Spee*, abastecidos por los propios buques de apoyo, eran los más adecuados para actuar en misiones de guerra corsaria por los mares, con el fin de desarticular el comercio inglés, como era el objetivo alemán. *(Archivo Rizzoli)*

Este episodio tuvo una consecuencia un tanto extraña. Durante la mañana del 23 de octubre, se captaron en el *Graf Spee* mensajes del Jefe Superior de la Marina inglesa, de la base de Simonstown, pidiendo a todos los barcos que hubiesen recogido la misteriosa llamada de emergencia, transmitida a las 14,30 horas del día anterior, que retransmitieran inmediatamente el texto de dicha llamada. Respondieron dos buques, que situaron la misteriosa unidad en dos posiciones distintas, ninguna de las cuales era la verdadera. Pero se dio la casualidad de que una de tales posiciones coincidía precisamente con la que ocupaba en aquel momento el *Graf Spee*. Por lo tanto, Langsdorff se vio obligado a poner rumbo al Oeste a toda máquina.

Este apresurado cambio de rumbo fue muy oportuno, porque el Comandante inglés del sector operativo del Atlántico meridional organizó inmediatamente sus fuerzas –entre las que se contaban un portaaviones y los acorazados *Renown* y el francés *Strasbourg*– para enfrentarse al enemigo. Ambos acorazados habrían podido hundir al *Graf Spee* disparando desde distancias situadas fuera del alcance de los cañones del buque alemán.

Poco antes del mediodía del 24 de octubre se observaron dos unidades a gran distancia; pero como se alejaron sin que al parecer emitieran ninguna señal de radio, Langsdorff decidió no seguirlas, decisión que, según se supo más adelante, fue muy razonable. A mediodía los radiotelegrafistas captaron una llamada procedente de Simonstown en la que se anunciaba que se había localizado un submarino alemán, del que se daba la posición que correspondía a la del *Graf Spee*; probablemente, el error se debía al hecho de que el vigía de uno de los dos buques, al ver en la línea de horizonte tan sólo la parte terminal de la torreta del acorazado, lo confundió con un submarino parcialmente sumergido y mucho más próximo de lo que estaba en realidad. Esta confusión resultó muy útil para Langsdorff, ya que la presunta localización de aquel submarino supondría que las poderosas unidades que le estaban dando caza en aquel sector tuvieran que actuar con más cautela.

En el océano Índico

El 28 de octubre, el *Graf Spee* se encontró nuevamente con el *Altmark* en el lugar convenido; a mediodía, Langsdorff informó a sus oficiales que había decidido eludir a las fuerzas enemigas, efectuando una acción de diversión y trasladando luego su sector de operaciones al océano Índico.

En aquel momento, en el Atlántico tenía frente a él las Fuerzas G, H y K (véase el mapa), y a través de lo que se captaba por radio deducía que, a raíz del hundimiento del *Trevanion*, el enemigo se mostraba muy activo. Por consiguiente, Langsdorff pensó que el hecho de que se produjera cualquier alarma en la zona situada al sur de Madagascar crearía de nuevo la confusión, llamando la atención del enemigo hacia aquel sector.

El 29 de octubre, el *Graf Spee* inició la singladura hacia el Este. El 3 de noviembre, a las 4 horas, doblaba el cabo de Buena Esperanza, manteniéndose bastante distanciado del radio de reconoci-

miento aéreo del enemigo. Pero las condiciones atmosféricas habían empeorado mucho, y si bien esperaba alcanzar al día siguiente las rutas de Australia meridional a Ciudad del Cabo, Langsdorff comprendió que, aun en el caso de localizar cualquier presa, el mal estado del mar le impediría apoderarse de ella.

El 8 de noviembre pudo reanudar sus actividades, pero también entonces las condiciones del mar le impidieron utilizar el hidroavión de reconocimiento. Transcurrieron más días sin resultados positivos, y en consecuencia el *Graff Spee* varió su rumbo para dirigirse al Norte, hacia las rutas comerciales de la India, que pasaban cerca de Madagascar. Entonces decidió Langsdorff que era preciso correr «riesgos mucho mayores» si quería obtener buenos resultados; consideró, pues, la posibilidad de dirigirse al norte del Canal de Mozambique y atacar la línea costera sudafricana.

El *Graf Spee* alcanzó la zona situada al nordeste de Lourenço Marques a primeras horas de la mañana del 14 de noviembre. Las exploraciones realizadas durante el día resultaron también infructuosas, pero por la noche se localizó al pequeño buque costero holandés *Holland;* no obstante, como las condiciones meteorológicas tampoco le habrían permitido aproximarse con garantías de éxito, Langsdorff lo dejó escapar. Poco después de las 12 del día siguiente se localizó y abordó otra unidad, el buque-cisterna inglés *Africa Shell.* Fue hundido con potentes cargas de explosivo, y a la tripulación se le permitió desembarcar a unas 7 millas de distancia, pero el capitán quedó prisionero a bordo del corsario. Antes de que estallaran las cargas explosivas se avistó otro buque; se trataba del vapor japonés *Tihuku Maru,* al que no se aproximó el acorazado de bolsillo. Después de esta acción, y ante el temor de ser localizado, el *Graf Spee* se alejó, dirigiéndose hacia el Nordeste.

La incursión por el Índico no estaba resultando tan provechosa como la efectuada en el Atlántico. El 15 de noviembre, Langsdorff, en un radiomensaje, informó a la Sección de Operaciones de los resultados conseguidos, así como de su intención de encontrarse con el *Altmark* para llevar a cabo una reparación en las máquinas.

En otro radiomensaje atribuyó a la orden que se le había dado, respecto a no exponer su buque, el escaso resultado obtenido. Naturalmente, no podía justificar su propio punto de vista basándose en la experiencia directa, pero estaba deseando demostrar que era imposible conseguir los resultados que le pedía el Estado Mayor de la Marina –un golpe espectacular que cogiese por sorpresa al enemigo– sin que el acorazado corriese algún riesgo.

Una vez más, como había hecho ya cuando se encontraba en el Atlántico, el comandante Langsdorff pidió a la sección operativa que atenuara esta restricción, si era posible.

Al día siguiente, 16 de noviembre, un nuevo desencanto puso de relieve lo insostenible de la situación. El único barco que pudieron detener fue el mercante holandés *Mapia;* puesto que no había duda alguna respecto a la autenticidad de los documentos de a bordo y el capitán se comportó correctamente, Langsdorff no tuvo otra alternativa que dejar que el buque prosiguiera su ruta sin proceder a más pesquisas.

Por la tarde el número de radiomensajes enviados por el jefe superior de la Marina inglesa de la base de Dúrban aumentó considerablemente; en los mensajes se hablaba de la presencia en la zona de un corsario alemán. Se avisó a los mercantes y éstos cambiaron de rumbo. Langsdorff llegó a la conclusión de que se había logrado el objetivo que le llevara al océano Índico, pero lamentaba que su esfuerzo hubiera tenido como premio resultados tan modestos. No obstante, esperaba haber creado una situación de alarma en aquel océano.

De nuevo en el Atlántico

Una vez conseguida su finalidad en el Índico, Langsdorff puso proa al Atlántico, al que llegó en el momento apropiado. Puesto que después del hundimiento del *Trevanion* nada había vuelto a ocurrir, el Almirantazgo inglés había llegado a la conclusión de que el corsario ya no actuaba en aquel sector.

El hundimiento del *Africa Shell* confirmó luego la presencia del *Graf Spee* en el Índico, al cual se enviaron las Fuerzas H y K, con la orden de interceptarlo. Entre el 27 de noviembre y el 2 de diciembre las dos escuadras inglesas pasaron por el cabo de Buena Esperanza; pero en aquel momento el *Graf Spee* se había reunido ya con su buque de apoyo en el Atlántico meridional.

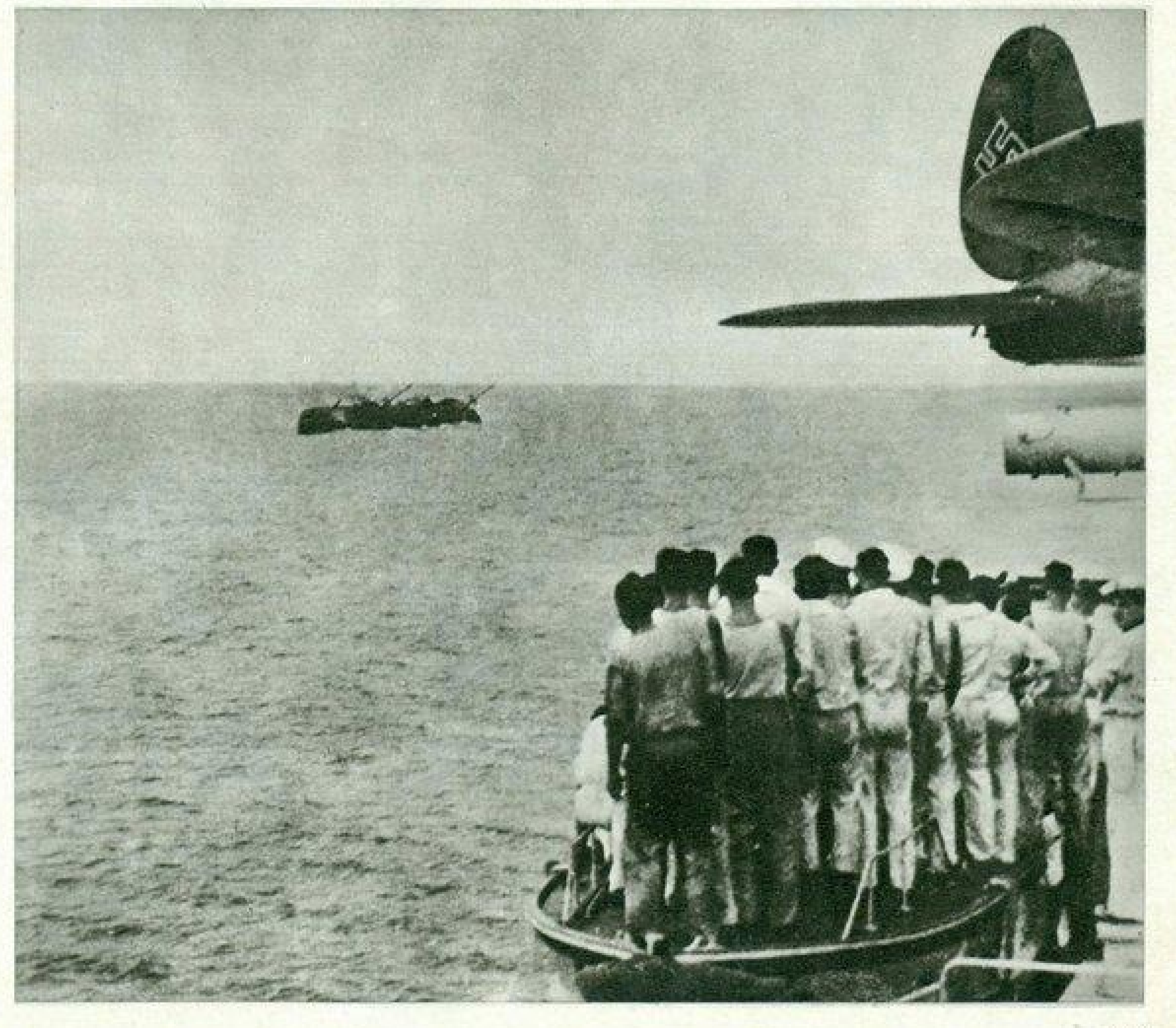
Los sucesivos planes de acción del *Graf Spee* se deducen de una declaración que hizo Langsdorff a sus oficiales el 24 de noviembre, en el curso de una reunión, en la cual les expuso la necesidad de regresar a Alemania para someter las máquinas a una revisión completa, pues, pese a los repetidos trabajos de reparación, no se podía confiar ya en el funcionamiento regular de las mismas.

En consecuencia, las actividades contra los barcos mercantes estaban llegando a su fin, por lo que el comandante se hizo esta reflexión: «La posibilidad de que el buque resulte averiado, ya no reviste ahora la misma importancia. Si el *Graf Spee* entra en el radio de acción de un barco de guerra de escolta de un convoy, su artillería de grueso calibre causaría tales daños a cualquier buque enemigo (excepto el *Renown*) que lo dejaría inútil como escolta». Langsdorff pensó también que si el *Graf Spee* debía abandonar el Atlántico meridional, antes de que otro corsario ocupase su lugar era necesario conseguir algún resultado importante. Por consiguiente, decidió proseguir su actuación contra las unidades mercantes en la misma zona donde localizara al *Trevanion;* después pondría proa al Oeste con objeto de actuar, si las máquinas se lo permitían, contra el tráfico comercial en la ruta del Río de la Plata.

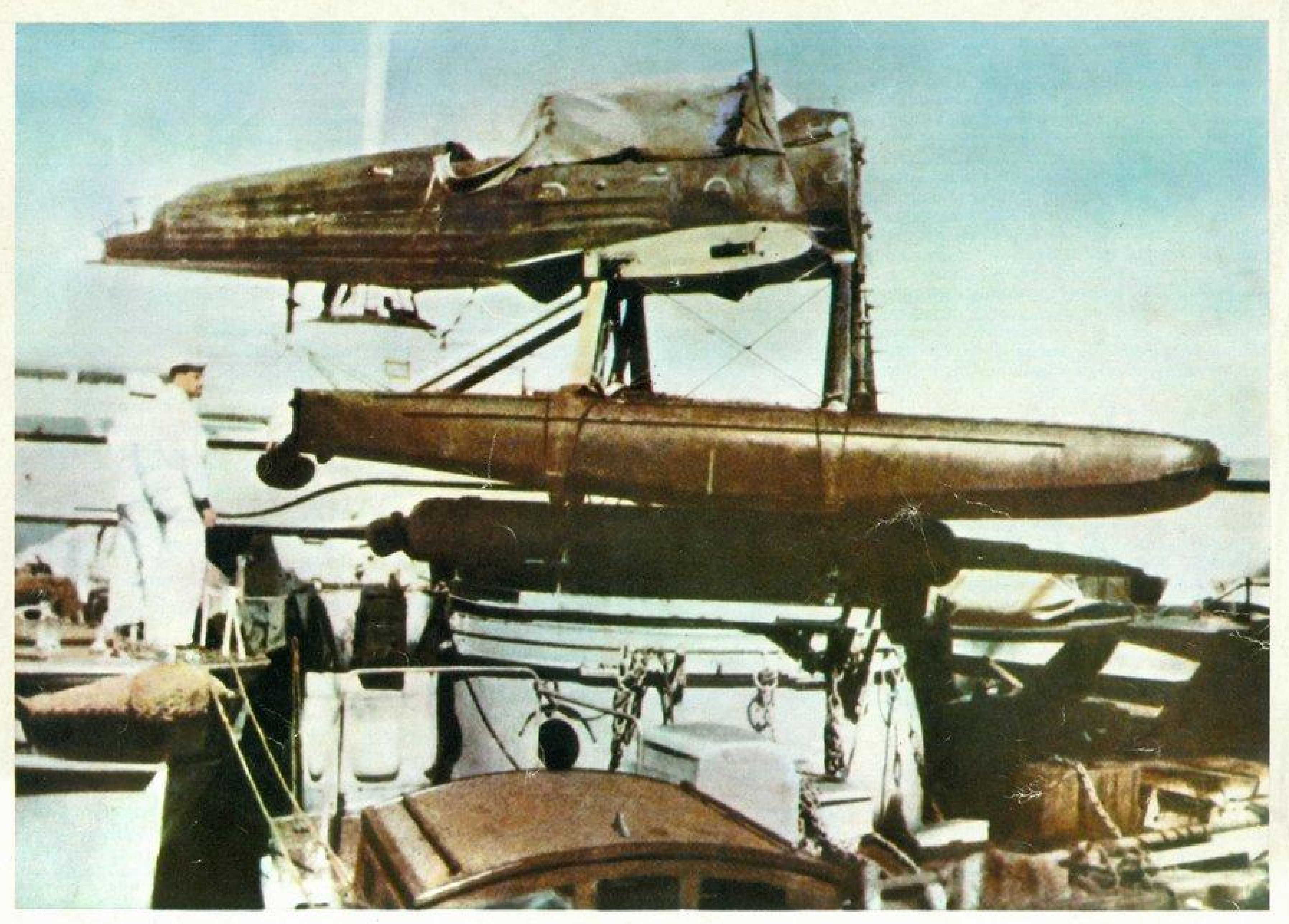
La odisea del hidroavión

El 2 de diciembre, el hidro del *Graf Spee* abandonó el buque, con rumbo reconocimiento. Poco después el vigía de la cofa de trinquete divisó una columna de humo hacia el Norte. El *Graf Spee* se dirigió hacia aquel punto y consiguió interceptar un mercante que trataba de alejarse a toda máquina. Un disparo preciso, que atravesó la proa de parte a parte, y una señal de «stop» enviada mediante el reflector, obligaron al buque a detenerse; no obstante, a pesar de la orden en contra que se les dio, los telegrafistas continuaron transmitiendo señales por radio. El buque, el *Doric Star,* transportaba lana, cereales y carne congelada, y fue hundido poco después. La operación hubo de realizarse a toda prisa, ya que numerosas estaciones habían captado las llamadas de socorro del buque mercante. La situación se complicaba por el hecho de que no había sido posible comunicar a los tripulantes del hidro el rumbo seguido por el navío, dada la rapidez con que se acercó a la nueva presa.

El piloto del avión trató en vano de localizar el acorazado y, por fin, decidió amarar. Como el buque no estaba allí para amparar la maniobra del hidro, y además estaba el mar muy agitado, el aparato chocó con la superficie del agua de un modo tan violento que se abrió una grieta en el flotador izquierdo. Al principio, el avión resistió bien los embates del oleaje, pero cuando el flotador averiado fue llenándose de agua, el hidro empezó a escorar, hasta que el ala izquierda acabó por sumergirse en el mar. El transmisor de emergencia funcionaba todavía, y los tripulantes del avión consiguieron indicar su posición y descubrir la situación en que se hallaban, que era cada



La tripulación del *Graf Spee* observa cómo se hunde una de las víctimas del acorazado de bolsillo. Entre los meses de octubre y diciembre de 1939, el *Graf Spee* echó a pique nueve mercantes, cifra demasiado modesta, que no satisfacía los deseos de Langsdorff. (United Press)



El hidro del *Graf Spee* después del accidente del 2 de diciembre. Al regresar de uno de los vuelos de reconocimiento, el aparato no encontró al acorazado, que se había lanzado tras una nueva presa; por consiguiente se vio obligado a amarar con mar gruesa, de resultas de lo cual sufrió graves daños en el flotador izquierdo, e incluso estuvo a punto de zozobrar. (Archivo Rizzoli)

vez más crítica. Empezaba a anochecer, y los aviadores, desesperados, lanzaron una bengala blanca que fue vista por el *Graf Spee*, el cual consiguió llegar junto al hidro con el tiempo justo para salvar a sus ocupantes y recuperar el aparato.

Langsdorff cambió la ruta aquella misma noche, poniendo proa al Sudoeste, hacia América del Sur. Al amanecer avistaron un buque a unas 12 millas de distancia, que fue hundido después de poner a salvo la tripulación.

El acorazado se dirigió después al punto señalado para el encuentro con el *Altmark*, adonde llegó a mediodía del 6 de diciembre.

Los dos buques alemanes se encontraban en medio del Atlántico meridional, en un punto muy distante de las rutas de navegación normales; pero, una vez concluido el aprovisionamiento, el *Graf Spee* y el *Altmark* se dirigieron hacia el Oeste. A las 22,42 sonó de improviso la alarma: se había localizado un barco que navegaba con las luces apagadas, al cual se identificó como un mercante.

A las 23,00 se perdió de vista el buque y, puesto que no se había captado ninguna señal de radio, Langsdorff pensó que el barco misterioso no había descubierto al *Graf Spee*, o que lo había confundido con una unidad inglesa.

No obstante, como medida preventiva, ordenó un brusco cambio de rumbo. A la mañana siguiente, tras comprobar que el buque de la noche anterior, no permanecía en la zona para revelar la posición del acorazado, el *Graf Spee* se reunió nuevamente con el *Altmark*.

El último éxito

El 7 de diciembre, a las 18,43, el *Graf Spee* detuvo al mercante inglés *Streonshalh* y lo hundió, luego de transbordar a su tripulación. El capitán del barco inglés no se dio cuenta hasta el último momento de que el barco que se le aproximaba era alemán, pero aun así consiguió arrojar al mar, en dos sacos, los documentos secretos de que disponía; afortunadamente los hombres de Langsdorff consiguieron apoderarse de uno de ellos antes de que se sumergiera.

Los documentos que contenía el saco proporcionaron al comandante alemán una valiosa información respecto a los puntos de reunión de los mercantes ingleses en la zona del Río de la Plata. Convencido de que obtendría grandes éxitos en el área de la bahía de Santos, puso proa inmediatamente hacia el punto de reunión mencionado en los documentos, acelerando de este modo su propio fin. El *Graf Spee* se situó al acecho en las rutas comerciales que se dirigían al Río de la Plata, navegando en amplios zigzag, pero no divisó ni un solo barco enemigo. Fue entonces cuando un mensaje procedente de la Sección de Operaciones suscitó gran expectación a bordo de la unidad alemana, ya que en él se afirmaba que estaba a punto de abandonar Montevideo un convoy inglés, de unas 30.000 toneladas en total, constituido por cuatro mercantes y escoltado por un crucero auxiliar.

Durante la noche del 12 al 13 de diciembre, el *Graf Spee* exploró toda la zona. Como la exploración resultó infructuosa, Langsdorff pensó dirigirse a la mañana siguiente hacia la bahía de Lagos. Por lo tanto, de madrugada puso proa hacia el Este, con el propósito de virar luego, a las 6, hacia el Oeste; pero a las 5,30 el vigía divisó la parte terminal de dos mástiles.

Cuando el corsario cambió de rumbo para dirigirse hacia aquellos buques, el oficial de derrota recordó al comandante la orden de la Sección operativa de que debía evitar cualquier encuentro con buques de guerra enemigos; pero Langsdorff, considerando que se trataba de un barco del convoy mencionado en el mensaje, repuso que tenían ocasión de efectuar «un excelente ejercicio de tiro» disparando contra la unidad de escolta.

Pero sus esperanzas se vinieron abajo muy pronto. Cuando los dos buques se avistaron recíprocamente, la unidad inglesa resultó ser el crucero *Exeter*, tras el que navegaban otros dos cruceros del tipo *Achilles*. Langsdorff comprendió que resultaría imposible intentar burlar a tres cruceros a la vez y que el enfrentamiento era inevitable. En consecuencia, decidió romper el fuego inmediatamente sobre el *Exeter*, para no dar tiempo a que sus enemigos pusieran las máquinas a pleno régimen. Eran las 6,17.

Había comenzado la batalla del Río de la Plata.

CAPITÁN DE NAVÍO BIDLINGMAIER

Participó en los preparativos de la operación «León Marino» (la proyectada invasión de Inglaterra); fue oficial de derrota a bordo del acorazado *Tirpitz*, y mandó luego diversas flotillas de dragaminas. Después de la guerra ejerció la enseñanza por espacio de unos años; pero en 1956 volvió a prestar servicio en la Marina. Desde 1962 es Jefe de la Sección de Historia de la Marina y de la Guerra Naval del Instituto de Investigaciones Militares de Friburgo (Baden-Württemberg).



1937: el *Graf Spee* en la revista naval de Spithead.

(History of the Second World War)

LA BATALLA DEL RIO DE LA PLATA

La Marina inglesa había conseguido localizar a aquel enemigo tan escurridizo. El Graf Spee era superior en potencia de fuego y grosor del blindaje, pero los cruceros ingleses contaban con la ventaja del número y la capacidad de maniobra, además de su secular tradición naval.

Dudley Pope

El sábado 2 de diciembre de 1939, el comodoro Harwood (en la Marina inglesa y de otros países comodoro es un capitán de navío que manda más de tres barcos), comandante de la División de América del Sur, se encontraba a bordo del *Ajax*, en Port Stanley (islas Malvinas). El *Exeter* (al mando del comandante Bell) estaba anclado junto al *Ajax*. Este último, mandado por el comandante Woodhouse, había permanecido inactivo durante cierto tiempo, debido a algunas reparaciones, pero en aquellos momentos estaba a punto de zarpar, dejando en la rada al *Exeter*, cuyas obras de reparación no habían sido ultimadas todavía. Las otras dos unidades de la División de Harwood se hallaban más al Norte: el *Cumberland*, al mando del comandante Fallowfield, se encontraba a la altura del Río de la Plata, y el *Achilles*, al mando de Parry, a la de Río de Janeiro.

Las últimas noticias que había recibido Harwood del *Graf Spee* se remontaban a diecisiete días antes, al 15 de noviembre, fecha en que había hundido el *Africa Shell* en aguas de Madagascar. Aun suponiendo que la unidad alemana navegara a poca velocidad para ahorrar combustible, en aquel momento podía hallarse en un punto cualquiera, situado dentro de un círculo de 6000 millas cuyo centro fuese Madagascar.

Por consiguiente, Harwood debía limitarse a hacer conjeturas respecto al punto en el que pudiera encontrarse el *Graf Spee*. Sabía que las rutas de navegación que unían Río de la Plata y Río de Janeiro con Inglaterra constituirían una tentación muy fuerte para el acorazado alemán. Suponía también que, siendo el 8 de diciembre el 25 aniversario de la batalla de las islas Malvinas (en la que una Escuadra inglesa había hundido una Escuadra de cruceros alemanes mandada precisamente por el almirante Graf von Spee, durante la primera Guerra Mundial), el *Graf Spee* intentaría vengar aquélla derrota atacando Port Stanley.

El problema del abastecimiento

El abastecimiento de combustible para sus cuatro cruceros constituía una preocupación constante para el comodoro Harwood, ya que, según la legislación internacional, cada buque sólo podía entrar en un puerto de una de las tres Repúblicas neutrales (Argentina, Uruguay y Brasil) una vez cada tres meses. Por fortuna, las visitas amistosas que había hecho a estos países en tiempos de paz estaban produciendo sus frutos en aquellos momentos, pues los tres Gobiernos neutrales estaban dispuestos a cerrar los ojos y no aplicar de forma literal las disposiciones internacionales.

Sin noticias recientes de las actividades del *Graf Spee*, Harwood poco podía hacer; pero puesto que el *Cumberland* debía ser reparado urgentemente en Port Stanley, Harwood ordenó que el buque pusiera proa al Sur y se reuniera el 7 de diciembre con el *Exeter*, a fin de que durante dos días –antes de comenzar la revisión del *Cumberland*– ambos barcos llevasen a cabo una descubierta en torno a las Malvinas.

Al atardecer del 2 de diciembre zarpó el *Ajax*, llevando a bordo a Harwood, rumbo al Río de la Plata, donde sustituiría al *Cumberland*; pero al cabo de algo menos de una hora de haber levado anclas se recibió un mensaje cifrado del Almirantazgo que informaba al comodoro de que el *Doric Star* había sido atacado por un navío de guerra alemán al sudoeste de Santa Elena, a más de 3000 millas de distancia de cualquiera de los puntos vitales de la costa de América del Sur.

Antes del amanecer del día siguiente, 3 de diciembre, Harwood recibió otro mensaje: un buque no identificado (se trataba del *Tairoa*) había sufrido un ataque similar a 170 millas del punto en que había sido hundido el *Doric Star*.

Mientras los especialistas calculaban la posición del navío alemán y facilitaban las distancias que separaban su última posición conocida de Río de Janeiro, Río de la Plata y las islas Malvinas, Harwood evaluó la velocidad del buque enemigo, teniendo en cuenta el tiempo y la distancia entre una y otra presa. El comodoro inglés determinó la velocidad en 15 nudos, y trazó sobre un papel un dibujo esquemático en el cual aparecían las fechas en que el navío alemán podría alcanzar las zonas vitales cuya protección le estaba encomendada. Según sus cálculos, era factible que llegase a Río de Janeiro a primeras horas del día 13 y a las Malvinas el 14. En realidad, la velocidad de crucero del *Graf Spee* era de 22 nudos, pero debido a varias circunstancias –entre ellas el retraso causado por el hundimiento de otro buque– su velocidad media fue en aquellos días de 15 nudos exactamente.

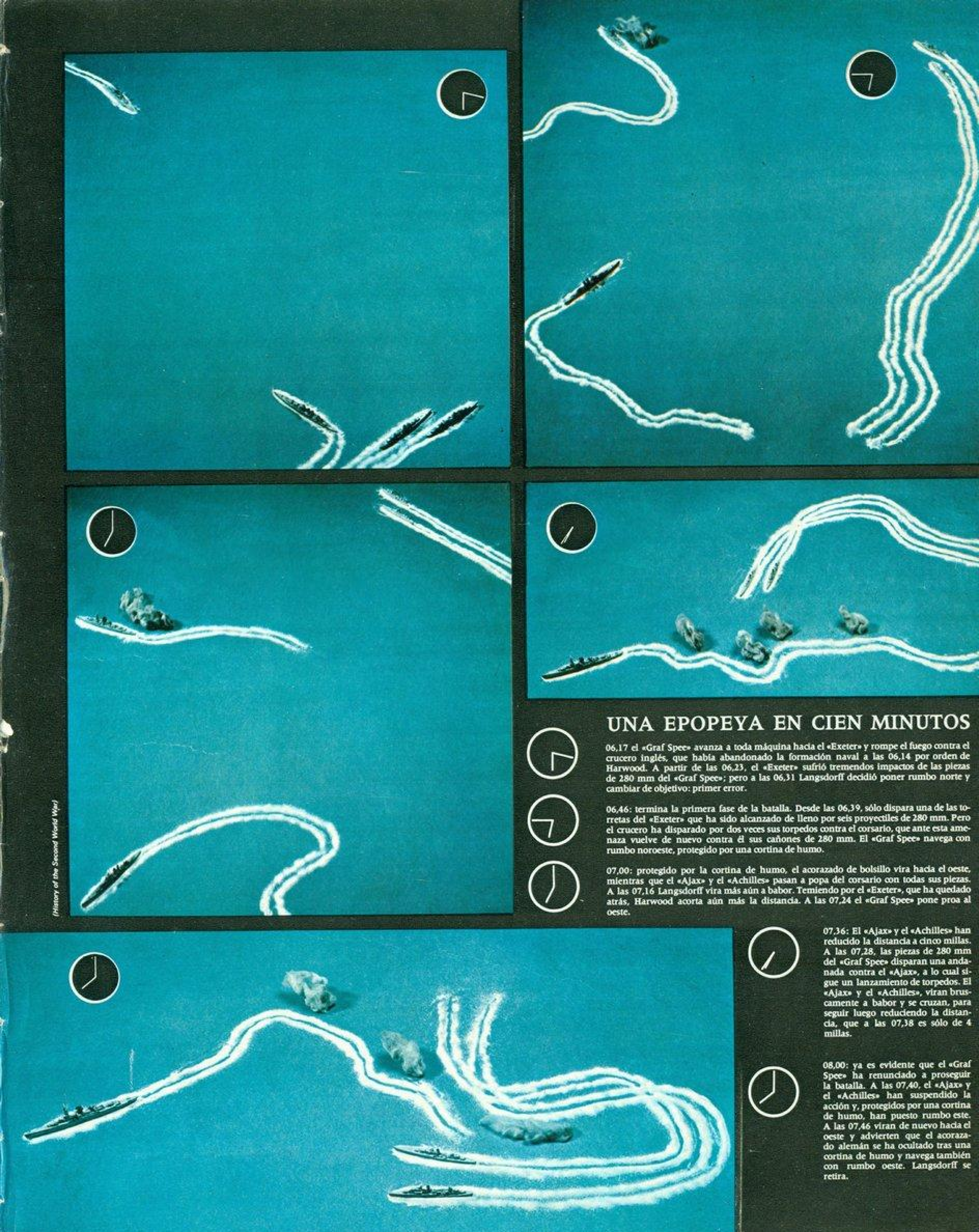
Conjugando informaciones y deducciones, Harwood tenía que adivinar cuál de las zonas vitales elegirían los alemanes; la verdad es que no podía hacer sino concentrar sus cruceros en una de ellas y hacer frente, por lo tanto, a una sola eventualidad, ya que Río de Janeiro distaba mil millas del Río de la Plata, y esta zona otras mil de las islas Malvinas.

Harwood se decidió por el Río de la Plata, y ordenó que los *Ajax*, *Achilles* y *Exeter* se reunieran en dicho lugar el 10 de diciembre, mientras el *Cumberland* permanecía en las Malvinas para la prosecución de los trabajos de revisión, pero alerta por si se producía «una llamada».

El comodoro tenía que esperar que transcurrieran diez días para saber si estaba en lo cierto con sus previsiones. Durante aquellos diez días, el *Graf Spee* podía alejarse de América del Sur y atacar en las Indias Occidentales, o doblar el cabo de Buena Esperanza y efectuar sus incursiones en el Índico, o navegar hasta las Canarias y África Septentrional, o bien, descender hasta los hielos del Antártico y esperar.

Para un profano, y dada la relación numérica (tres barcos contra uno), en caso de producirse un enfrentamiento naval, todas las posibilidades estarían a favor de Harwood; pero en realidad no era así. Aunque cuando se botó el *Graf Spee* Alemania no podía construir buques de guerra de desplazamiento superior a las 10.000 toneladas, lo cierto era que el *Graf Spee* desplazaba 12.000, y además era un barco de concepción revolucionaria: el casco estaba soldado, los motores alternativos Diesel le permitían navegar a 26 nudos y poseía una autonomía de 12.500 millas. Las partes vulnerables del casco y de la superestructura se hallaban protegidas por un blindaje de casi 14 cm de grosor. Montaba seis cañones de 280 mm, dispuestos en dos torres triples, que disparaban proyectiles de 304 kg, con un alcance máximo de 28 km. Incluso el armamento secundario, compuesto por ocho cañones de 150 mm, podía competir ventajosamente con las piezas artilleras principales del *Ajax* y el *Achilles*. Estas unidades inglesas disponían de ocho cañones de 152 mm, que disparaban proyectiles de 50,8 kg, con un alcance máximo de 22 km. Sólo un disparo muy afortunado con proyectiles de este calibre podía dañar de modo sensible el blindaje del *Graf Spee*.

El *Exeter* podía haber dispuesto de ocho cañones de 203 mm, con un alcance máximo de 24 km,



(History of the Second World War)

UNA EPOPEYA EN CIEN MINUTOS

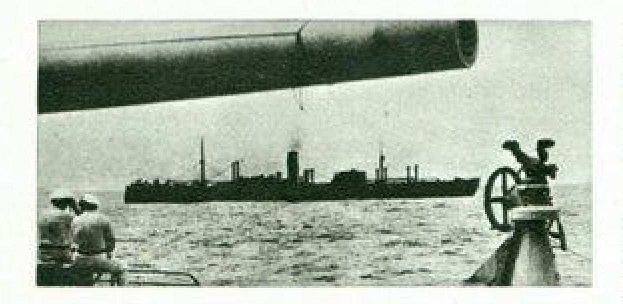
06,17 el «Graf Spee» avanza a toda máquina hacia el «Exeter» y rompe el fuego contra el crucero inglés, que había abandonado la formación naval a las 06,14 por orden de Harwood. A partir de las 06,23, el «Exeter» sufrió tremendos impactos de las piezas de 280 mm del «Graf Spee»; pero a las 06,31 Langsdorff decidió poner rumbo norte y cambiar de objetivo: primer error.

06,46: termina la primera fase de la batalla. Desde las 06,39, sólo dispara una de las torretas del «Exeter» que ha sido alcanzado de lleno por seis proyectiles de 280 mm. Pero el crucero ha disparado por dos veces sus torpedos contra el corsario, que ante esta amenaza vuelve de nuevo contra él sus cañones de 280 mm. El «Graf Spee» navega con rumbo noroeste, protegido por una cortina de humo.

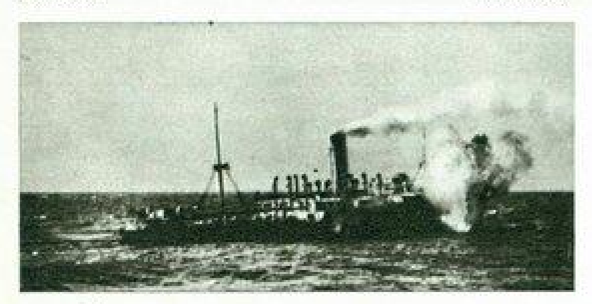
07,00: protegido por la cortina de humo, el acorazado de bolsillo vira hacia el oeste, mientras que el «Ajax» y el «Achilles» pasan a popa del corsario con todas sus piezas. A las 07,16 Langsdorff vira más aún a babor. Temiendo por el «Exeter», que ha quedado atrás, Harwood acorta aún más la distancia. A las 07,24 el «Graf Spee» pone proa al oeste.

07,36: El «Ajax» y el «Achilles» han reducido la distancia a cinco millas. A las 07,28, las piezas de 280 mm del «Graf Spee» disparan una andanada contra el «Ajax», a lo cual sigue un lanzamiento de torpedos. El «Ajax» y el «Achilles», viran bruscamente a babor y se cruzan, para seguir luego reduciendo la distancia, que a las 07,38 es sólo de 4 millas.

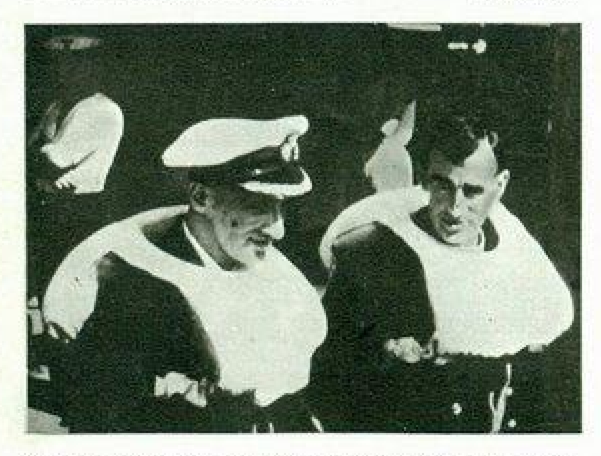
08,00: ya es evidente que el «Graf Spee» ha renunciado a proseguir la batalla. A las 07,40, el «Ajax» y el «Achilles» han suspendido la acción y, protegidos por una cortina de humo, han puesto rumbo este. A las 07,46 viran de nuevo hacia el oeste y advierten que el acorazado alemán se ha ocultado tras una cortina de humo y navega también con rumbo oeste. Langsdorff se retira.



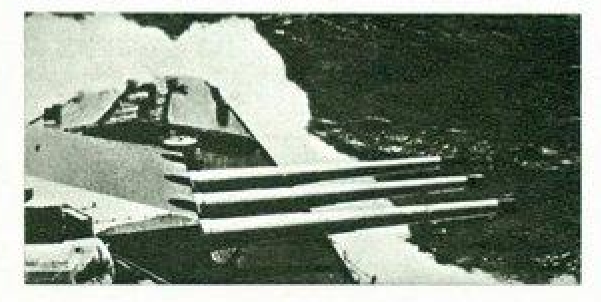
El *Doric Star* visto desde la cubierta del *Graf Spee*. El buque ha sido capturado, pero el maquinista jefe ha conseguido inutilizar las máquinas. En ese instante, probablemente, Langsdorff se enfureció por no poder apoderarse del cargamento. *(Archivo Rizzoli)*



Hundimiento del *Tairoa*. Cuando el acorazado alemán le ordenó detener las máquinas, el barco obedeció, pero, a pesar de la subsiguiente prohibición de utilizar la radio, continuó transmitiendo. Sólo las repetidas ráfagas de ametralladora consiguieron silenciarla. *(Archivo Rizzoli)*



Oficiales del *Newton Beech* a bordo del *Graf Spee*. El capitán de aquel buque mercante confundió el acorazado alemán con una unidad francesa; no advirtió su error hasta el último momento, cuando tuvo al buque corsario materialmente encima. *(Archivo Rizzoli)*



Mar gruesa en el océano Índico. Consciente de la necesidad de correr algún riesgo, pero también de la precisión de evitar en lo posible un encuentro con buques de guerra enemigos, Langsdorff decidió dirigirse hacia este sector el 28 de octubre. *(Archivo Rizzoli)*

pero, según las restricciones impuestas por las normas internacionales, sólo contaba con seis bocas de fuego en lugar de las ocho proyectadas. Los tres buques llevaban un avión, pero carecían de radar. El acorazado alemán estaba dotado con un tipo de radar que determinaba distancias, pero su eficacia era muy escasa, por lo que no se empleaba en combate.

Por consiguiente, aun enfrentándose con los tres buques a la vez, Langsdorff no tenía motivos para sentir temor, ya que el *Graf Spee* podía entablar batalla a 17 millas de distancia, mientras que el alcance del armamento del *Ajax* y el *Achilles* no superaba las 9 millas; el único aspecto desfavorable para el comandante alemán estribaba en que un disparo afortunado de la artillería del *Exeter* pudiera perforar el blindaje de su barco.

En el supuesto de entablar combate con un crucero dotado de cañones de 203 mm y con uno o más con cañones de 152 mm (como en el caso de los buques de Harwood), el *Graf Spee* debía mantenerse lo más alejado posible de los barcos enemigos (los cuales no podrían acortar distancias a un ritmo superior a los 6-7 nudos) y concentrar el fuego de sus torres principales sobre la unidad que constituyese la mayor amenaza (en este caso el crucero con piezas de 203 mm) hasta ponerla fuera de combate. Esto era lo que esperaba el Comandante en Jefe de la Marina, almirante Raeder; así, Langsdorff aprovecharía el punto a su favor más importante, el superior alcance de sus cañones, para eliminar al único buque potencialmente peligroso para el *Graf Spee*.

Harwood también fundamentaba su acción en procedimientos tácticos básicos, como el de concentrar en un solo grupo naval todas sus unidades. Después podía optar entre dos soluciones: atacar con rapidez, preocupándose sólo de reducir la distancia cuanto antes, gracias a la única ventaja con que contaba frente al acorazado alemán, es decir, los 6-7 nudos más de velocidad de sus barcos, o bien, tratar de seguir como una sombra al corsario, procurando permanecer fuera del alcance de sus cañones, y aguardar hasta que llegasen refuerzos a la zona.

Encuentro al amanecer

Habiendo capturado algunos documentos que indicaban la ruta que seguían los mercantes ingleses que salían de Río de la Plata, Langsdorff navegaba al amanecer del 13 de diciembre por esta ruta, esperando hallar en su camino alguna presa. Había decidido que, si no encontraba ninguna, aquella tarde viraría en redondo, cruzaría el Atlántico y se dirigiría a las costas occidentales de África. A las primeras luces del alba, el navío alemán navegaba a 15 nudos con rumbo E.S.E.

El *Ajax*, el *Achilles* y el *Exeter* navegaban a 14 nudos en dirección E.N.E., trazando amplios zigzag. El día anterior, en un breve radiomensaje, Harwood había dado a los comandantes de los tres buques las disposiciones necesarias para la eventualidad de un encuentro con el *Graf Spee*. El mensaje empezaba con las palabras: «Lanzarse al ataque inmediatamente, de día o de noche». Y establecía después que el *Ajax* y el *Achilles* constituirían una sección y el *Exeter* otra. Ambas secciones seguirían rumbos divergentes, y mientras los dos primeros barcos concentrarían el fuego como si fuesen un solo buque, el *Exeter*, observando transversalmente, les transmitiría las indicaciones necesarias para ajustar el tiro. Por lo visto, Harwood no consideraba la posibilidad de limitarse a seguir al barco enemigo esperando la llegada de refuerzos.

Parece dudoso que Harwood pensara realmente en la posibilidad de que el corsario apareciese en el horizonte en la fecha prevista, es decir, la «mañana del día 13». En realidad, esto habría sido una coincidencia increíble; Harwood preveía que la primera indicación sobre la posición del buque alemán llegaría a través de algún mensaje de «corsario a la vista», transmitido por un barco mercante atacado. Esta convicción le indujo a no efectuar vuelos de reconocimiento.

El *Graf Spee* contaba con la ventaja de saber que todos los barcos que descubriera serían enemigos y, además, sus vigías estaban en una posición más elevada sobre el nivel del mar que los de Harwood. Por eso, a las 5,52, cuando se distinguieron dos altos mástiles, y poco después otros dos, Langsdorff mantuvo el rumbo y la velocidad y se preparó para la inminente acción; a las 6 identificó al buque situado a estribor como el *Exeter*, cuyos mástiles eran muy altos, y pensó que los restantes corresponderían a dos destructores.

En la creencia de que las tres unidades protegían un convoy procedente del Río de la Plata, el comandante alemán decidió atacar inmediatamente y aumentó al máximo el régimen de las máquinas, a fin de reducir la distancia antes de que las unidades inglesas utilizaran la superior potencia de sus turbinas para huir.

Los buques ingleses, cuyos vigías se hallaban en una posición más baja, no habían advertido aún al *Graf Spee*, pero su humareda se vio casi inmediatamente. Ahora bien, como la aparición de columnas de humo en el horizonte era bastante frecuente, al principio se creyó que procedería de un mercante, y el comodoro ordenó al *Exeter* que se aproximara para averiguar de qué buque se trataba. A las 6,14 el *Exeter* abandonó la formación y puso proa hacia el *Graf Spee*. Ambos buques se acercaron, partiendo de una distancia de 50 millas, pero mientras uno creía que iba a encontrarse con un amigo, el otro avanzaba con todas las piezas preparadas para abrir fuego contra un enemigo. A las 6,16 aproximadamente, cuando el *Ajax* y el *Achilles* empezaban a distinguir el buque entre la humareda, el comandante Bell comunicó al *Ajax*: «Parece que se trata de un acorazado alemán», palabras a las que inmediatamente siguió esta lacónica indicación: «Enemigo a la vista; posición, 322 grados».

Por pura casualidad, las unidades de Harwood se hallaban ya casi exactamente en la disposición deseada por el comodoro: el *Graf Spee* avanzaba en dirección Noroeste y el *Exeter* se le aproximaba de costado; el *Ajax* y el *Achilles*, que constituían la segunda sección, se dirigían al Nordeste, cortando el rumbo seguido por el acorazado alemán, para colocarse a babor del enemigo.

El «Exeter» bajo el fuego enemigo

El *Graf Spee* abrió fuego sobre el *Exeter* con todos sus cañones de 280 mm a las 6,17 horas, centrándolo luego con una tercera andanada a las 6,23. Un disparo mató a los hombres que servían el lanza-torpedos de estribor, causó graves desperfectos en las instalaciones de comunicación y provocó algunos conatos de incendio, mientras el avión y los reflectores resultaban acribillados por la metralla. Pero los mayores daños, desde el punto de vista del director de tiro, fueron la avería de las luces que indicaban el momento en que cada cañón estaba cargado y dispuesto para hacer fuego, así como la inutilización del indicador acústico de «caída de proyectil», que sonaba en el momento en que una andanada alcanzaba el blanco. A poco, otro proyectil de 280 mm caía en la parte posterior de la segunda torre de 203 (torre B) y atravesaba la enfermería, para salir por el costado del buque sin hacer explosión.

Hasta aquel momento, el *Graf Spee* había disparado proyectiles de espoleta retardada, es decir, que estallaban una fracción de segundo después de haber penetrado en el blindaje. Pero a continuación, y con objeto de causar los mayores daños posibles a los cruceros ingleses, cuyo blindaje era más bien delgado, los alemanes emplearon proyectiles de percusión con espoleta delantera.

También los cañones de 203 mm del *Exeter* centraron el blanco a la tercera andanada, pero, momentos después, un proyectil de 280 mm, correspondiente a la octava andanada del barco alemán, cayó sobre la torre B de 203 mm, hizo saltar la protección frontal, causó la muerte de ocho servidores y la dejó inutilizada. La metralla que acribilló el puente lo dejó convertido en un colador además de destrozar la cabina del timón y causar numerosas bajas entre la oficialidad (sólo sobrevivieron el comandante Bell, que resultó herido, y otros dos oficiales).

Las otras dos torres artilleras, la A a proa y la Y a popa, seguían disparando; pero, de repente, el *Exeter*, sin mando, comenzó a virar a estribor. Cuando el oficial de torpedos advirtió la situación, comprendió que si el buque continuaba virando, la torre A se encontraría muy pronto en la imposibilidad de seguir haciendo fuego. En vista de los hechos, transmitió la orden «timón 25 grados a babor»; de este modo el crucero rectificó el rumbo y ambas torres pudieron proseguir su acción; entonces un proyectil hizo blanco cerca de la chimenea del *Graf Spee*.

Pocos minutos después del disparo que alcanzó la torre B, el comandante Bell consiguió hacerse de nuevo con el mando del buque, para lo cual se situó a popa, empleando la brújula de una lancha salvavidas y transmitiendo sus órdenes mediante una cadena de marineros.

Mientras tanto, el *Ajax* y el *Achilles*, que se encontraban al costado de babor del buque alemán, abrieron fuego a las 6,20 a una distancia de 18 km, pero sus andanadas se quedaron muy cortas. El *Graf Spee*, a su vez, disparó contra ambos buques con sus piezas de 150 mm, manteniendo las torres de 280 mm vueltas hacia el *Exeter*.

Pero Langsdorff advirtió que los dos cruceros, intentando interceptar su rumbo a proa, se habían colocado en una situación favorable para efectuar un lanzamiento de torpedos, ya que se hallaban a unos 25° de su costado izquierdo. Entonces, viendo que del *Exeter*, que había sido alcanzado varias veces, surgía una densa humareda, consideró que ya no constituía una amenaza, por lo que puso lentamente rumbo Norte, ordenando que las torres de 280 mm se apuntaran contra el *Ajax*. Una de las primeras andanadas centró a la unidad inglesa, la cual viró a estribor por espacio de dos minutos a fin de evitar las sucesivas andanadas; el *Achilles* hizo otro tanto.

Este movimiento hacia el Norte dio lugar a que los dos cruceros quedaran en una posición que imposibilitaba el ataque por medio de torpedos. En aquel momento, el *Exeter* se aproximaba al corsario por su costado de estribor. La unidad inglesa había sufrido ya daños gravísimos; pocos segundos antes de que el *Graf Spee* dirigiera su armamento principal hacia el *Ajax*, otros dos proyectiles de 280 mm habían caído sobre ella. El primero alcanzó una de las anclas, abrió una brecha de 2 por 2,5 metros, aproximadamente, algo más arriba de la línea de flotación, aflojó varios remaches, acribilló un mamparo estanco y provocó un incendio. El segundo estalló frente a la torre A, en el puente, provocando más daños e incendios. De resultas de estos impactos, la parte de proa comenzó a embarcar agua, mientras todo el buque aparecía cubierto por el humo que salía de las aberturas y escotillas.

Este humo y la posición del *Achilles* y del *Ajax* fue lo que indujo a Langsdorff a ordenar que los cañones dejaran de apuntar al *Exeter* y se dirigieran contra los otros dos buques; pero, en el *Exeter*, el oficial de torpedos advirtió que el corsario representaría muy pronto un blanco excelente. Como no tenía tiempo para solicitar el parecer del comandante Bell, reunió a los hombres útiles de que disponía y lanzó tres torpedos de los tubos de estribor a las 6,31. Pero no tuvo suerte: en aquellos momentos Langsdorff había iniciado su lenta maniobra para poner rumbo Norte, lo que le libró de los torpedos.

Pero el comandante Bell se apresuró a virar hacia estribor, en dirección al *Graf Spee*, dispuesto a lanzar ahora los torpedos de babor. Langsdorff se percató de su intención y los cañones de 280 mm dejaron de apuntar al *Ajax* para volverse de nuevo contra el *Exeter*. Por otra parte, la humareda provocada por los incendios que había a bordo del crucero inglés era entonces tan densa que los alemanes pensaron que el buque enemigo estaba lanzando una cortina fumígena.

A las 6,39 un nuevo proyectil de 280 mm del *Graf Spee* hizo blanco en la cabina del oficial de derrota del *Exeter*, prosiguió su trayectoria, mató a cinco radiotelegrafistas y estalló por último sobre uno de los cuatro cañones de 102 mm de estribor. Momentos después, otro proyectil de 280 mm (el sexto que lo alcanzó de lleno, lo cual significaba que el *Exeter* había recibido el equivalente de una andanada completa del *Graf Spee*) dio en el cañón del lado estribor de la torre A, destrozó el blindaje frontal y dejó la torre fuera de combate.

Casi al mismo tiempo hizo explosión otro proyectil del mismo calibre en los dormitorios de los suboficiales, provocando un peligroso incendio en el depósito de las municiones de 102 mm y acribillando de metralla el casco del buque por debajo de la línea de flotación. Otros cascos de metralla dañaron seriamente los locales de los cuadros de control y la dínamo de proa, inutilizando varios cables eléctricos de vital importancia.

Mas, por el momento, el buque seguía combatiendo. Las dos torres delanteras habían sido destruidas, pero la de popa aún disparaba, gracias al valor del director de tiro, el capitán de corbeta Richard Jennings, quien permanecía en pie sobre la torreta y gritaba a través de una escotilla las correcciones que debían efectuarse.

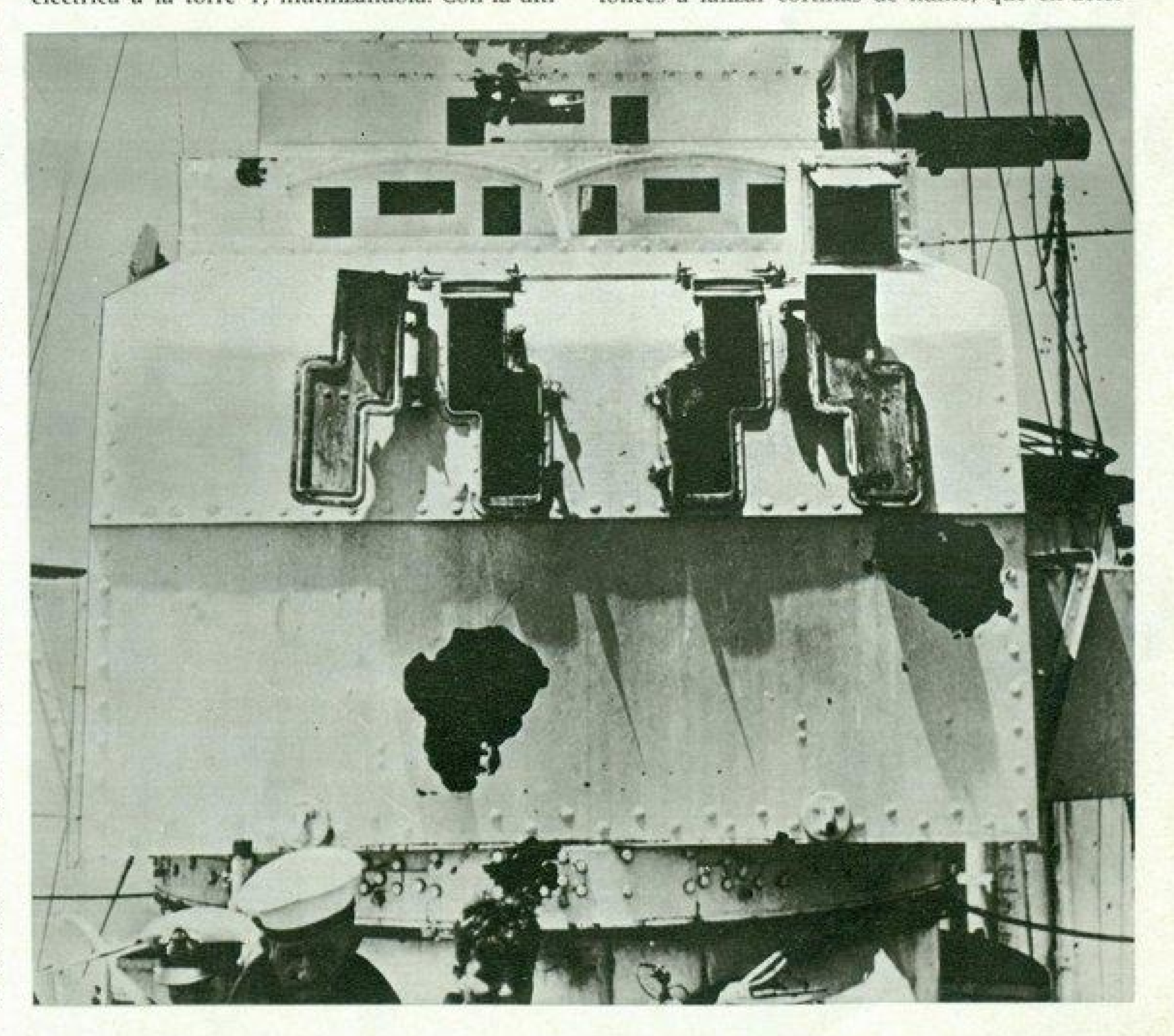
La sala de máquinas era lo único que había quedado indemne, y aunque se hundía lentamente, el crucero todavía avanzaba a toda máquina y seguía disparando. Y no fue el nuevo proyectil del *Graf Spee*, que lo alcanzó poco después, lo que le obligó a abandonar la batalla, sino el agua que penetraba en el casco y que acabó por interrumpir la transmisión de energía eléctrica a la torre Y, inutilizándola. Con la última torre inutilizada, el buque hundiéndose y teniendo como única guía la brújula de una lancha, el comandante Bell recibió del comodoro la autorización para alejarse de la zona de batalla.

Mientras tanto, los otros dos cruceros ingleses se dirigieron primero al Norte y después al Oeste, con objeto de neutralizar el viraje del *Graf Spee* y reducir distancias. Poco después, una salva de 280 mm del *Graf Spee* explotó en el costado de babor del *Achilles*, y uno de los proyectiles causó una lluvia de metralla. Algunos cascos atravesaron el puente de mando (hiriendo al comandante Parry) y la torre de puntería, inutilizando los instrumentos de mando de la artillería. Cuando el comandante Parry recobró el conocimiento, los cañones del *Achilles* estaban mudos y apuntaban en una dirección errónea.

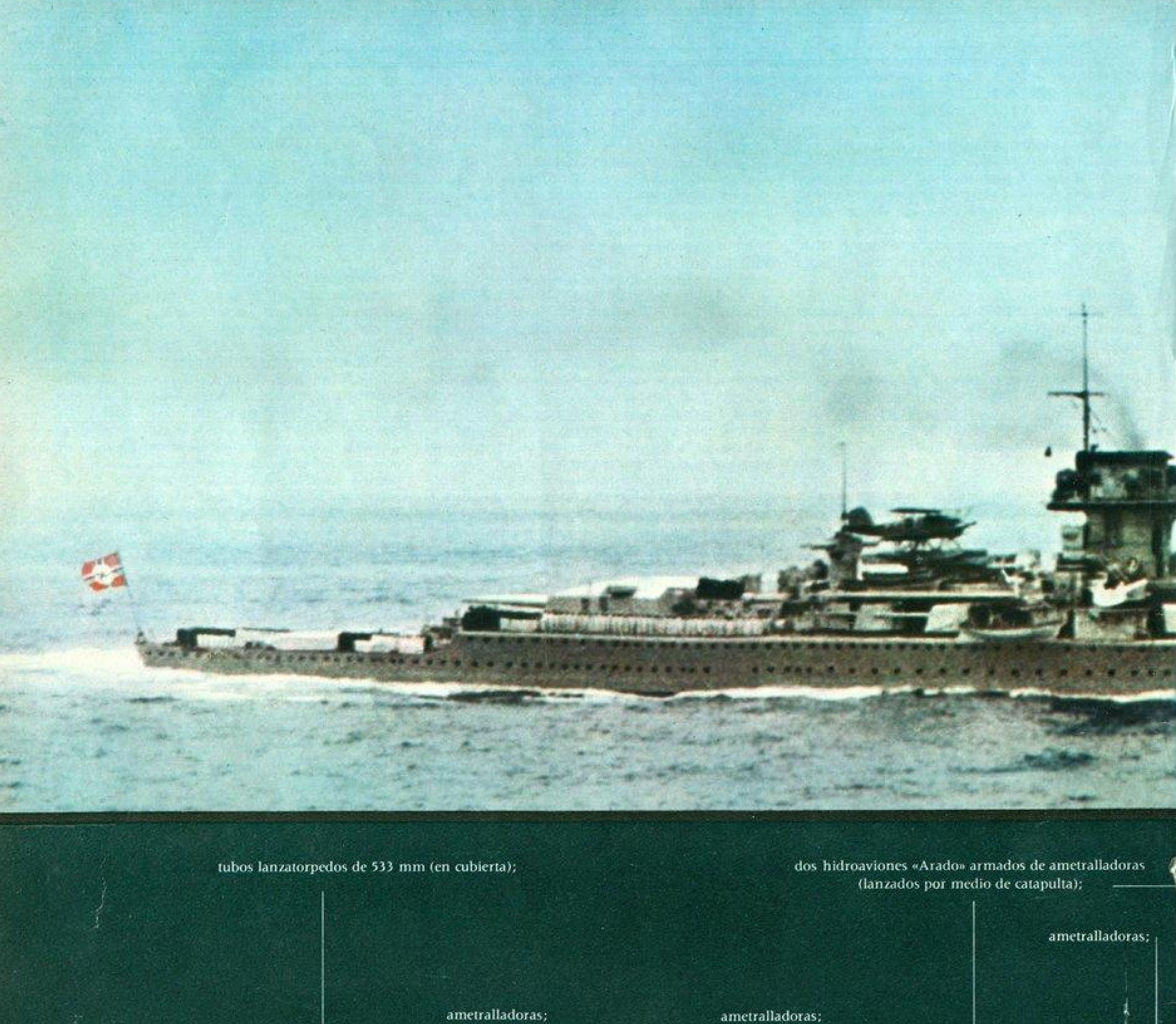
Esto era consecuencia de una orden del comandante Parry, quien había tenido la oportuna idea de indicar al oficial de derrota que pusiera proa hacia los chorros de agua levantados por las andanadas del *Graf Spee*, basándose en el hecho de que los artilleros alemanes, al ver que sus disparos quedaban cortos, elevarían ligeramente el alza para la andanada siguiente. El oficial de derrota inició esta maniobra, pero como la metralla que acribilló la torre de puntería había herido a casi todos sus ocupantes, incluido el director de tiro, a las torretas artilleras no les llegó orden alguna.

Pero, en pocos minutos, los hombres heridos en la torre de puntería consiguieron recuperarse y dominar de nuevo la situación; mientras que, en el puente de mando, el comandante Parry permanecía inactivo sólo el tiempo necesario para que le vendasen la pierna herida. Se percató de que había resultado herido en ambas piernas cuando el suboficial enfermero que le curaba, le dijo: «Por favor, señor, ahora la otra pierna».

A las 7, mañana, el *Graf Spee* se dirigía hacia el Noroeste a una velocidad de 24 nudos, seguido a estribor por el *Ajax* y el *Achilles*, ambos a una velocidad de 30 nudos. El navío alemán comenzó entonces a lanzar cortinas de humo, que en deter-



Batalla del Río de la Plata: la torre de dirección de tiro del *Achilles* agujereada por la metralla de un proyectil de 280 mm que estalló muy cerca. Sin embargo, ni los aparatos de dirección de tiro ni otros importantes instrumentos resultaron averiados. *(History of the Second World War)*



tubos lanzatorpedos de 533 mm (en cubierta);

dos hidroaviones «Arado» armados de ametralladoras (lanzados por medio de catapulta);

ametralladoras;

ametralladoras;

ametralladoras;

torreta triple con piezas de 280 mm;

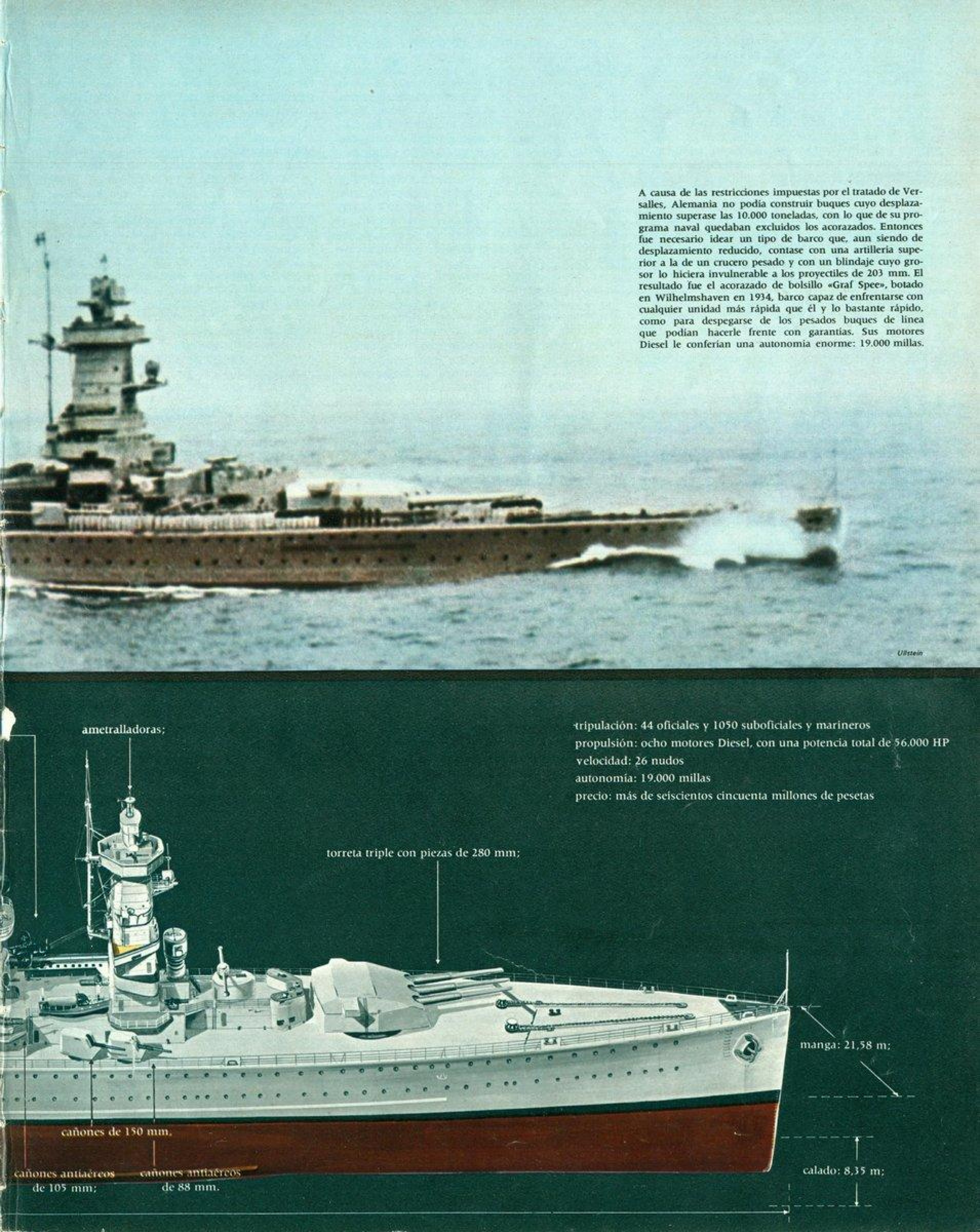
John Batchelor

cañones antiaéreos de 105 mm;

cañones antiaéreos de 37 mm;

cañones de 150 mm;

eslora: 185,62 m;



A causa de las restricciones impuestas por el tratado de Versalles, Alemania no podía construir buques cuyo desplazamiento superase las 10.000 toneladas, con lo que de su programa naval quedaban excluidos los acorazados. Entonces fue necesario idear un tipo de barco que, aun siendo de desplazamiento reducido, contase con una artillería superior a la de un crucero pesado y con un blindaje cuyo grosor lo hiciera invulnerable a los proyectiles de 203 mm. El resultado fue el acorazado de bolsillo «Graf Spee», botado en Wilhelmshaven en 1934, barco capaz de enfrentarse con cualquier unidad más rápida que él y lo bastante rápido, como para despegarse de los pesados buques de línea que podían hacerle frente con garantías. Sus motores Diesel le conferían una autonomía enorme: 19.000 millas.

Ullstein

minados momentos lo ocultaban totalmente; por lo tanto, la primera fase de la batalla podía considerarse como terminada.

En el curso de esta primera fase, Langsdorff había sido herido en dos ocasiones por diminutos cascos de metralla, e incluso llegó a perder el conocimiento. El buque sufrió varios impactos, pero los daños eran mínimos: podía navegar aún a toda máquina, todos los cañones se hallaban en condiciones de disparar y el casco estaba intacto.

En cambio, la capacidad de juicio de Langsdorff parecía haber disminuido, quizá a consecuencia del desvanecimiento. A este respecto, los expertos navales ingleses y alemanes, que en su examen global de los acontecimientos no coinciden en si Langsdorff acertó en su decisión de atacar o si su táctica fue la más indicada, están en cambio de acuerdo en afirmar que, a partir del momento en que terminó la primera fase de la batalla, sus decisiones fueron equivocadas.

La decisión más importante que Langsdorff adoptó hasta aquel momento fue la de atacar en cuanto descubrió a las unidades inglesas. Entonces la situación, según el comandante alemán, era la siguiente: tenía delante al *Exeter*, desde luego desprevenido porque lo había cogido de sorpresa, y dos supuestos destructores. Reduciendo rápidamente la distancia, Langsdorff esperaba situarse ventajosamente respecto al enemigo, gracias al superior alcance de sus cañones de 280 mm. Con esta táctica se libraría de tres unidades y al mismo tiempo podría destruir el convoy que suponía estaban escoltando. Pero cinco minutos después, cuando comprobó que los dos «destructores» eran en realidad los cruceros *Ajax* y *Achilles*, Langsdorff ni siquiera intentó retirarse. El almirante Raeder, entonces al mando de la Marina alemana, escribió más tarde que si Langsdorff había entablado combate con fuerzas enemigas había incurrido en un grave error, aparte de contravenir las órdenes de sus superiores. Ahora bien, si se había visto obligado al choque, ¿debía combatir o intentar la huida?

A Langsdorff le obsesionaba, sin fundamento alguno, la idea de que sería seguido a distancia; acerca de este punto escribió que «en el Atlántico meridional la atmósfera es tan clara y luminosa que, si brilla la luna, ni siquiera por la noche es posible librarse de un posible perseguidor». Pero no había luna llena en aquellas fechas; además, pocas horas después, el *Ajax* y el *Achilles* perdieron de vista varias veces al *Graf Spee*. Por consiguiente, sus temores eran infundados. Los ingleses no tuvieron en ningún momento la intención de seguir a distancia y de noche a un buque enemigo; Harwood siempre pensó atacar inmediatamente, tal como lo hizo.

El *Ajax* y el *Achilles* podían navegar a 31 nudos, mientras que la velocidad máxima del acorazado alemán era entonces de 24 nudos. Ahora bien, si hubiese cambiado de rumbo a las 6,12, antes de ser identificado, los cruceros ingleses habrían podido ganar terreno, como máximo, a un ritmo de siete nudos por hora (y quizá menos, puesto que las unidades inglesas habrían perdido velocidad navegando en zigzag) y, por otra parte, habrían estado expuestos a la acción de los cañones de 280 mm del *Graf Spee* durante todo el tiempo que hubiesen necesitado para salvar las 7 millas de diferencia que exigía el alcance de sus cañones.

En consecuencia, Langsdorff no aprovechó el arma más poderosa con que contaba: el alcance de su artillería; y luego, cuando advirtió que Harwood había dividido sus fuerzas, no fue capaz de decidir sobre qué sección enemiga debía concentrar el fuego de sus piezas de grueso calibre. Optó por alternar el blanco, con lo cual redujo considerablemente la cadencia de fuego de sus cañones. Finalmente, una vez tomada la decisión de atacar, si Langsdorff hubiese puesto proa a estribor, concentrando el fuego sobre el *Exeter* (alejándose de los otros dos buques), sin duda se habría desembarazado rápidamente del crucero mayor, antes de que el *Ajax* y el *Achilles* hubiesen podido intervenir.

Probablemente la táctica agresiva de Harwood obligó a Langsdorff a cambiar sus planes. El comandante alemán esperaba que le siguieran, y en cambio fue atacado inmediatamente y en dos direcciones.

Una grave decisión

La segunda fase de la batalla comenzó poco después de las 7, cuando el *Graf Spee*, navegando a 24 nudos, puso rumbo Oeste, oculto por una cortina de humo. A 8 millas y 3/4 de distancia, el *Ajax* y el *Achilles*, a 31 nudos, le cruzaban el rumbo por popa, con todos los cañones dispuestos para entrar en fuego.

El impacto recibido en la torre de dirección de tiro del *Achilles* y las erróneas indicaciones facilitadas por el avión de observación empeoraron la situación de las unidades inglesas; pero Langsdorff, no supo aprovechar esta circunstancia y a las 7,16 viró aún más a babor. Al propio tiempo, Harwood, sabedor de que la distancia era precisamente la apropiada para los cañones del acorazado alemán, y en cambio todavía excesiva para el alcance de los suyos, decidió poner proa al enemigo a toda máquina, pese a que la maniobra significaba que las dos torres de popa de cada crucero no podían disparar y, por consiguiente, su potencia de fuego quedaba disminuida.

Fue aquella una decisión audaz y valerosa, que el comodoro adoptó entre el fragor de la artillería propia y de las andanadas del *Graf Spee*.

La señal «avante a toda máquina» fue transmitida al *Achilles*, y el *Ajax* viró a babor. En aquel momento, los problemas planteados respecto a las indicaciones del hidro de reconocimiento habían sido resueltos y ambos cruceros podían hacer fuego con precisión y rapidez.

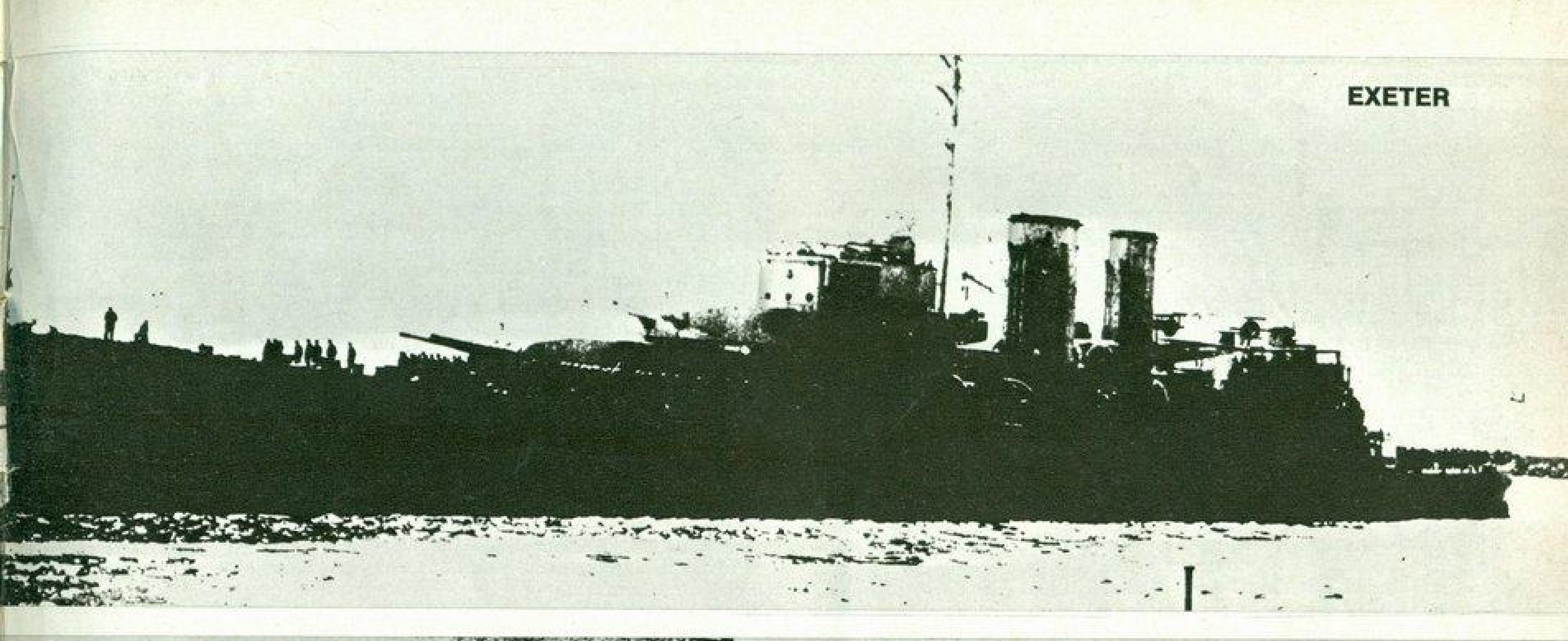
Cuando el *Graf Spee* viró a babor, pensando asestar el golpe de gracia al *Exeter* (que se retiró de la batalla pocos minutos más tarde), Harwood ordenó inmediatamente que ambos buques virasen a estribor, de modo que pudieran disparar todas sus piezas.

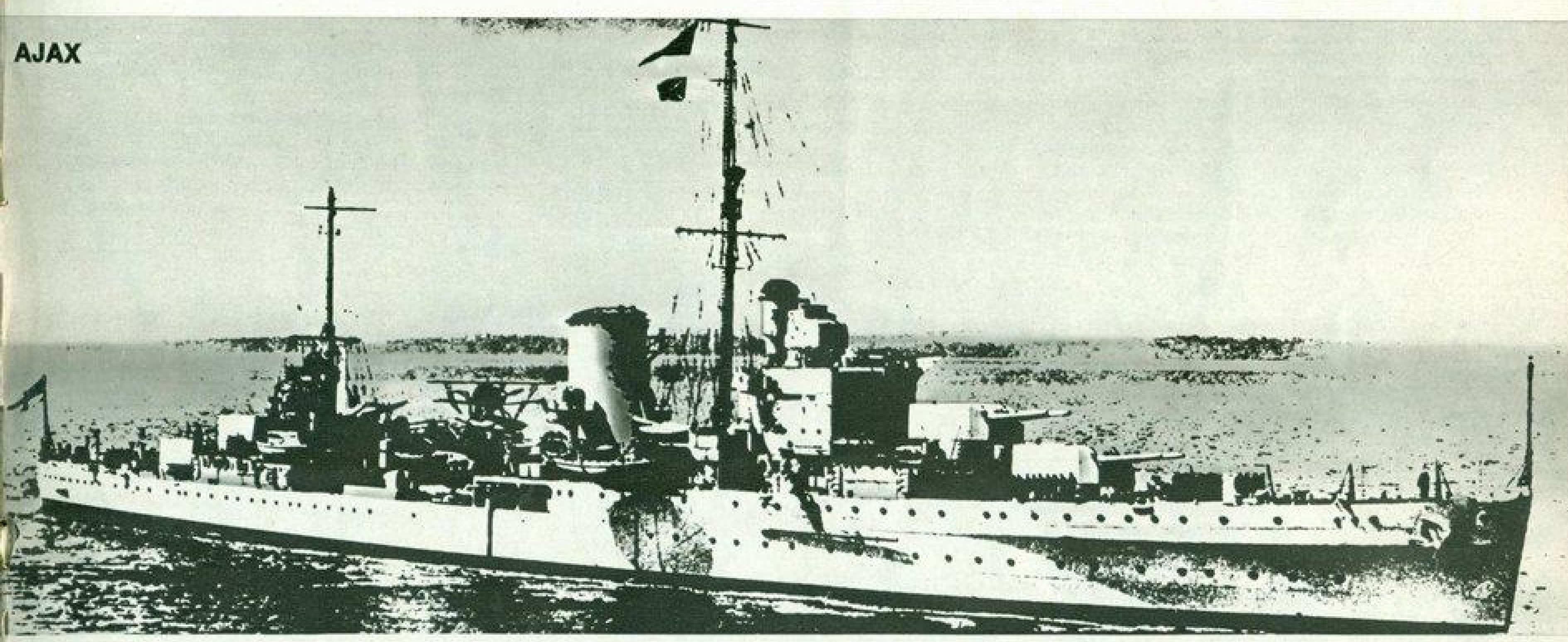
Entonces, Langsdorff viró de nuevo hacia el Noroeste y dirigió las torres de 280 mm hacia el *Ajax* y el *Achilles*. Harwood, experto en torpedos, pensó utilizarlos cuando comprendió que el enemigo mantendría el rumbo durante varios minutos. A las 7,24 ordenó al *Ajax* que disparase sus torpedos de babor, pero el navío alemán los vio y viró 130º para eludirlos, volviendo cinco minutos después al rumbo anterior. Al parecer, a partir de aquel momento, aumentó en Langsdorff el temor de ser torpedeado, por lo que se preocupó mucho en mantener a popa los dos cruceros ingleses, con objeto de ofrecer un blanco más reducido. Como era también especialista en torpedos, Langsdorff los temía quizá más que a cualquier otra arma.

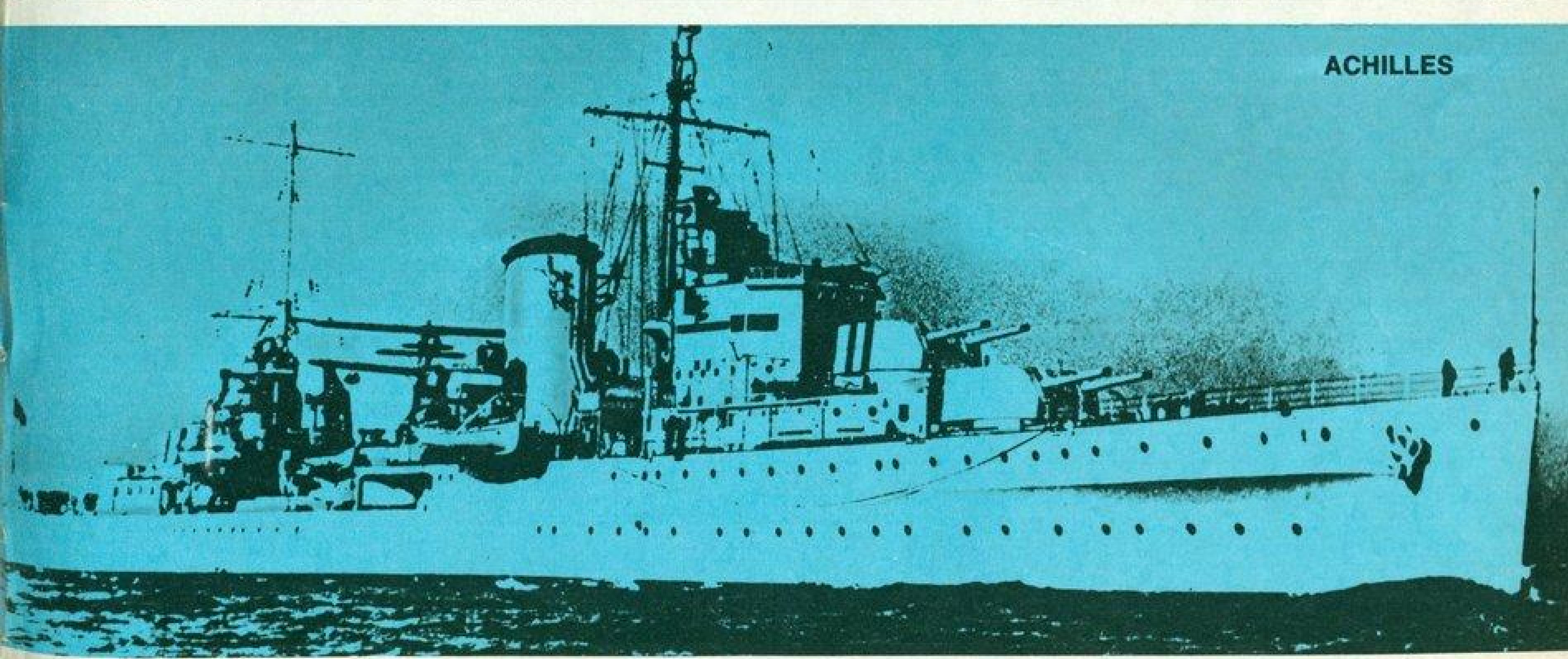
Poco después, el *Graf Spee* había tomado de nuevo su anterior rumbo. De repente, el *Ajax* fue alcanzado de lleno por un proyectil de 280 mm, que, según el informe del director de tiro, dejó fuera de combate las dos torres de popa. Pero, tras comprobar que el navío navegaba todavía a toda máquina, Harwood y Woodhouse apenas si tuvieron tiempo de preocuparse por los daños, pues, casi inmediatamente, el hidroavión de reconocimiento señaló: «Torpedos en camino, cruzan vuestro rumbo». Harwood, lo mismo que antes Langsdorff, no tuvo elección: ordenó virar 80º a babor. Efectuada la maniobra, el *Ajax* volvió al rumbo anterior y reanudó la persecución; a las 7,38 la distancia entre los contendientes se había reducido a 4 millas, lo que permitía que el *Graf*

ESQUEMA DE CONFRONTACION

	armamento	velocidad	alcance máximo
GRAF SPEE	6 cañones de 280 mm 8 cañones de 150 mm 6 cañones antiaéreos de 88 mm	26 nudos	27.400 m
EXETER	6 cañones de 203 mm 4 cañones antiaéreos de 102 mm	31,25 nudos	24.700 m
AJAX	8 cañones de 152 mm 8 cañones antiaéreos de 102 mm	31,25 nudos	22.850 m
ACHILLES	8 cañones de 152 mm 4 cañones antiaéreos de 102 mm	31,25 nudos	22.850 m


EXETER


AJAX


ACHILLES

Spee, además de los cañones de 280 mm y los del calibre 150, pudiera utilizar también sus piezas antiaéreas de 88 mm, que disparaban simultáneamente. Los disparos de las unidades inglesas alcanzaron al barco alemán, pero los daños que le causaron fueron insignificantes.

En el lapso de uno o dos minutos se sucedieron casi simultáneamente dos hechos: ante todo, se informó a Harwood de que sólo dos de las torres de 152 mm del *Ajax* seguían disparando, ya que el proyectil de 280 mm del *Graf Spee* había inutilizado las de popa; en segundo lugar, se le advirtió que a bordo del mismo *Ajax* sólo quedaba el veinte por ciento de dotación de municiones, es decir, lo justo para cincuenta andanadas. Harwood calculó que al *Achilles* le quedaría aproximadamente la misma cantidad y, por lo que parecía, el *Graf Spee* no había sufrido daños: navegaba a toda máquina, y toda su artillería, disparaba con regularidad.

En el puente del *Ajax*, Harwood comentó: «¡Ni que le estuviéramos arrojando bolas de nieve!» En el informe oficial escribió: «Decidí suspender la acción por el momento y reanudarla después de la puesta del sol». Protegidos por niebla artificial, los dos cruceros pusieron rumbo Este, pero, mientras se efectuaba la maniobra, hizo impacto en el *Ajax* otro proyectil de 280 mm, que partió el mástil principal y derribó todas las antenas de radio.

Poco después se informó al comandante Woodhouse de los daños que había ocasionado el proyectil, el cual, tras caer en el puente de cubierta, atravesó tres camarotes (incluido el del comandante), penetró en el corredor que conducía al depósito de municiones de la torre X (donde hirió o mató a ocho hombres) y por último se desvió hacia arriba y estalló en el camarote del comodoro Harwood.

Refiriéndose a aquellos momentos, el capitán Parry escribió más tarde: «Personalmente tenía la seguridad de que el enemigo podía hacer lo que quisiera.»

Entonces las unidades inglesas comenzaron a seguir al *Graf Spee;* el *Ajax* iba a babor y el *Achilles* a estribor. A las 8,30 los dos cruceros ingleses estaban a unas 15 millas del buque alemán.

La segunda fase de la batalla terminó cuando dio comienzo esta persecución. Tanto el *Ajax* como el *Achilles* habían salido de esta fase relativamente con pocos daños, pero tampoco la enorme cantidad de proyectiles disparados contra el enemigo parecía haber conseguido el menor efecto.

A bordo del *Graf Spee*, Langsdorff, una vez informado de los daños sufridos, efectuó una inspección a fondo por todo el buque. Cuando regresó al puente de mando le dijo al oficial de derrota: «Debemos entrar cuanto antes en puerto; en estas condiciones el barco no podrá resistir las inclemencias invernales en el Atlántico septentrional». Esta frase se transcribió literalmente en el informe de la batalla, y a continuación el oficial de derrota escribió que la decisión del comandante les había desagradado tanto a él como al director de tiro.

El informe del *Graf Spee* añadía: «El comandante, tras expresar que su decisión era irrevocable, ordenó al oficial de derrota que le indicara qué puerto era más adecuado para la finalidad que se proponía, si Montevideo o Buenos Aires. El aludido oficial le respondió que Montevideo.»

Se radió después a Berlín un mensaje en el que se exponía la intención de Langsdorff; la respuesta fue: «De acuerdo, Comandante en Jefe».

Pero según los informes de los oficiales de la dotación, los daños de consideración eran escasos. Si bien uno de los telémetros había sido destruido, el armamento principal estaba indemne. En cuanto a las piezas secundarias, sólo habían quedado inutilizados dos cañones. La sala de máquinas no resultó afectada. En el casco se hallaron algunos agujeros; el de mayor diámetro, que se encontraba a proa, bastante más arriba de la línea de flotación, medía 180 × 180 cm, mientras que los demás no superaban los 40 cm². La comisión uruguaya que más tarde inspeccionó el buque descubrió otros agujeros en el casco, pero todos ellos insignificantes. Las pérdidas en hombres del *Graf Spee* se cifraban en 37 muertos y 57 heridos (la dotación del buque era de 1100 hombres).

En cuanto al *Exeter* como ya se ha dicho, estaba hundido de proa casi un metro, no contaba con otro elemento de orientación que la brújula de una lancha, tenía todos los cañones inutilizados y, debido a los boquetes que presentaba el casco, sólo podía alcanzar una velocidad de 18 nudos. En estas condiciones había emprendido una travesía de 1200 millas en dirección a las islas Malvinas, ya que el comandante Bell rechazó la ayuda que le ofreció el ministro de Marina argentino.

La última fase

La última fase de la batalla comenzó a las 8,30, para terminar hacia medianoche. Al principio, Harwood, preocupado por la suerte del *Exeter*, el buque más poderoso de su División, e ignorando las condiciones en que se encontraba, envió por radio el siguiente mensaje: «Alcanzadme. ¿Qué velocidad podéis conseguir?» Pero el *Exeter* no había instalado todavía las antenas de emergencia, por lo que el mensaje de Harwood no obtuvo respuesta; entonces se ordenó al hidro de reconocimiento que lo localizase y transmitiera a su comandante la orden de que se reuniera al *Ajax* y al *Achilles*. Media hora después el avión transmitió este mensaje: «*Exeter* con graves averías; hace todo lo posible por reunirse con el resto de la División». A mediodía se ultimó la instalación de las antenas en el *Exeter*, y cuando Harwood se enteró de la magnitud de los daños sufridos, fue cuando ordenó al comandante del crucero que pusiera rumbo a las Malvinas.

A las 10,10, a consecuencia de haber sobrevalorado la velocidad del *Graf Spee*, el *Achilles* se encontró a unas 13 millas y media del buque alemán.

A las 11,03 el *Graf Spee* descubrió a corta distancia, un barco mercante, por lo que, utilizando la señal de socorro, comunicó al *Ajax:* «Rogamos recojan las lanchas salvavidas del mercante inglés.» (Esta llamada constituyó para Harwood la primera indicación de que el buque enemigo era el *Graf Spee* y no su gemelo, el *Admiral Scheer*). En realidad, Langsdorff no hundió el mercante, el *Shakespeare*. Ordenó a los tripulantes que lo abandonasen, pero, según consta en el diario de a bordo del *Graf Spee*, aquéllos se negaron a obedecer, por lo que «el comandante cambió de idea... pensando en la acogida que podría recibir después su tripulación en Montevideo». Pues debe hacerse observar que, durante toda su misión, Langsdorff había hundido nueve buques, pero sin causar ninguna víctima.

Los ingleses pasaron por un mal momento cuando el *Achilles* divisó, en dirección noroeste, un buque con la chimenea en forma de huso, al que confundieron con un crucero alemán del tipo *Hipper*. Parry prefirió cerciorarse mejor antes de indicar al *Ajax* la presencia del buque; por último, cuando le pareció que ya no cabía duda, transmitió: «¡Emergencia! Enemigo a la vista; alza, 297 –para añadir acto seguido–: «sospecho que se trata de un crucero con cañones de 203 mm. Confirmo cuanto antes».

La información constituyó para Harwood un duro golpe; aquello parecía explicar la rápida retirada del *Graf Spee* hacia el Oeste: los alemanes lo estaban atrayendo a una trampa. Pero a los pocos minutos el *Achilles* comunicó: «Falsa alarma.» Se trataba, simplemente, de un barco mercante de nuevo tipo, el *Delane*, dotado de una chimenea en forma de huso.

Como es lógico, Harwood había transmitido mientras tanto la alarma a todos los mercantes que navegaban por aquella zona. Por otra parte, juzgó que era imprescindible averiguar las intenciones del *Graf Spee*. El rumbo que seguía parecía indicar que se dirigía hacia el Río de la Plata, pero había muchos interrogantes sin respuesta: ¿hasta qué punto eran graves los daños sufridos por la unidad alemana, puesto que seguía navegando a toda velocidad y sus cañones principales estaban en condiciones de disparar? ¿Se dirigía a Buenos Aires o Montevideo? ¿llevaba a cabo en realidad una maniobra de diversión para cambiar luego de rumbo aprovechando la oscuridad?

A las 18,52, desde una distancia de 13 millas, el *Graf Spee* disparó dos andanadas contra el *Ajax* y siguió su navegación hacia la costa del Uruguay; el sol se ponía a las 20,48, por lo que el comandante Parry, con el *Achilles*, disminuyó la distancia hasta 11 millas. Los alemanes dispararon tres andanadas, a las que respondieron los ingleses con otras tres. Una hora después, el acorazado alemán disparó tres andanadas más, a las que el *Achilles* no respondió, ante la certeza de que los alemanes disparaban a ciegas en la oscuridad de la noche. A las 22,13 el comandante Parry distinguió la silueta del barco alemán recortada ya contra las luces de Montevideo.

El «Graf Spee» en el puerto

Mientras tanto, el Almirantazgo ordenó que se dirigieran a Río de la Plata el portaaviones *Ark Royal*, el *Renown*, tres cruceros y tres destructores.

En el informe de Harwood se lee: «El *Graf Spee* se dirigió al norte del English Bank y ancló en la bahía de Montevideo a las 00,50.» Los dos cruceros ingleses se situaron de modo que pudieran vigilar las 120 millas de la desembocadura del estuario, en previsión de que el *Graf Spee* intentara salir. Pero ninguna de las dos unidades habría podido detener por sí misma al enemigo, ya que los bajíos no permitían el ataque con torpedos, y, por otra parte, los cruceros no podrían concertar su acción sino al cabo de cierto tiempo de haber avistado al enemigo. Puesto que lo único que debía hacer Harwood era intentar retener al buque alemán en el puerto, solicitó por radio del ministro plenipotenciario inglés en Montevideo que recurriera a todos los medios a su alcance para retrasar la salida del puerto del *Graf Spee*, con objeto de ganar tiempo y permitir que llegasen refuerzos. «Sugiero –terminaba el mensaje– que haga zarpar los buques ingleses e invoque luego la norma de las 24 horas para impedir que el acorazado abandone el puerto». (Según los acuerdos internacionales, si un mercante que enarbola bandera de un país beligerante zarpa de un puerto neutral, ningún buque de guerra enemigo puede abandonar el mismo puerto hasta que hayan transcurrido 24 horas). Mientras el *Ajax* y el *Achilles* iniciaban lo que luego se llamó «la guardia de la muerte», esperando que amaneciese, el Almirantazgo de Londres había «añadido» a los refuerzos anteriores una escuadra totalmente imaginaria. De esta supuesta escuadra formaba parte también el *Ark Royal*, lo cual indujo al Ministerio de Asuntos Exteriores alemán a comunicar a su representante en Montevideo: «Como sabe, nosotros creemos que el *Ark Royal* ha sido hundido. Por orden del *Führer*, hay que intentar fotografiar el presunto *Ark Royal*. Transmitan los resultados y envíen las fotografías.» Mientras tanto, el maltrecho *Exeter* se dirigía hacia las islas Malvinas y el *Cumberland* se aproximaba a Montevideo a toda máquina.

Pero la batalla ya había concluido.

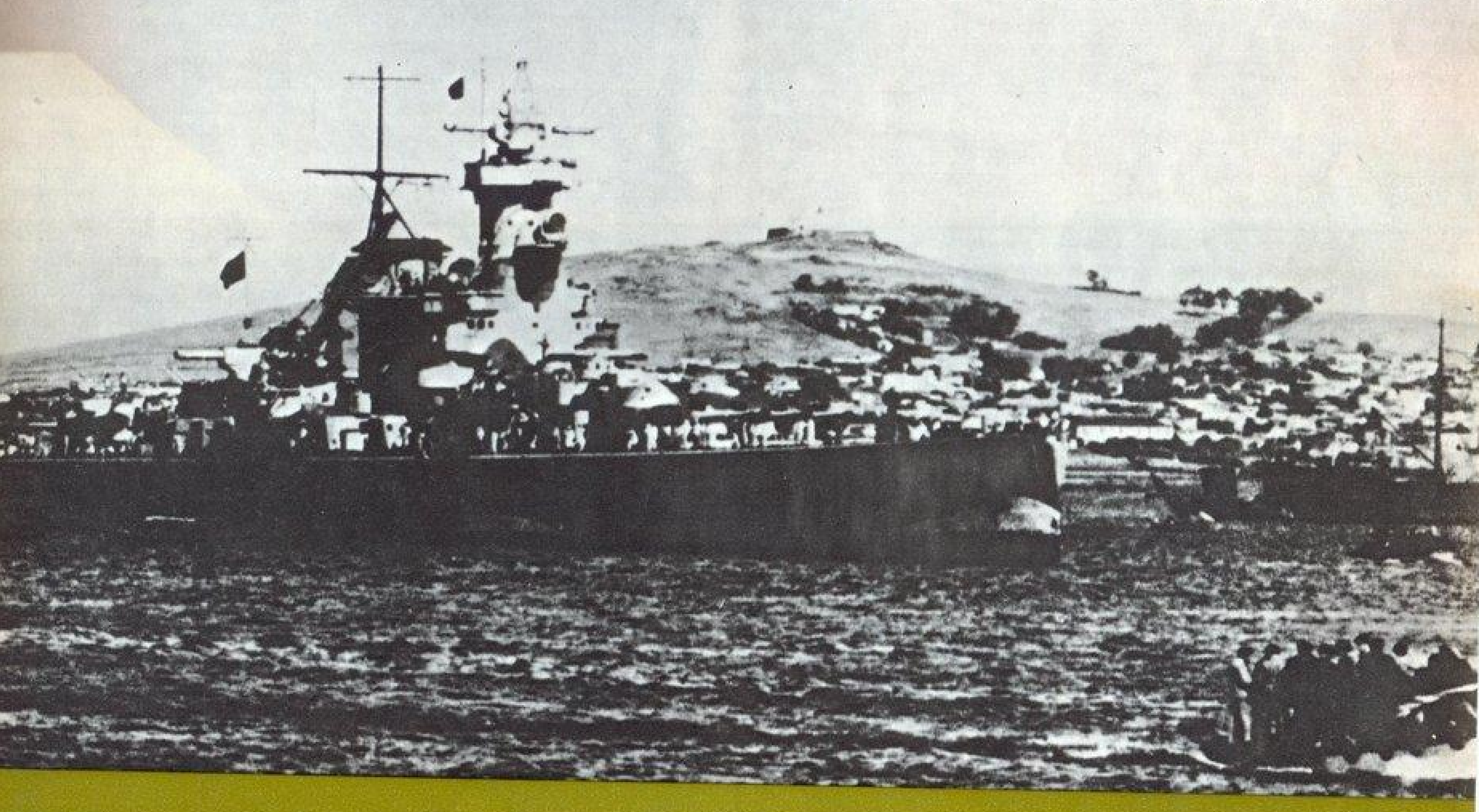
Comenzaba una larga batalla diplomática.

DUDLEY POPE

Notable historiador naval, entre cuyos libros destacan: *The Battle of the River Plate*, *At 12 Mr. Byng was Shot*, *England Expects*, y *Ramage*. Durante la segunda Guerra Mundial tomó parte en la batalla del Atlántico; su buque fue torpedeado, resultó herido y pasó a la reserva como inválido de guerra. Ejerció el periodismo durante algunos años y en la actualidad se dedica a escribir, en colaboración con su esposa, y a trabajos de investigación.

Montevideo, 13-20 diciembre 1939

LA TRAMPA



por el almirante sir Henry McCall

Cuando entró furtivamente en Montevideo, el Graf Spee era todavía una formidable máquina de guerra, superior al Cumberland y a los otros dos cruceros de Harwood, muy averiados. Pero había otra clase de armas: entraban en escena la astucia y la intriga diplomática. La historia de aquellos días febriles ha sido narrada por el agregado naval inglés en aquel sector, el cual desempeñó un papel importante.

El miércoles 13 de diciembre de 1939, en el despacho del agregado naval en la Embajada inglesa de Buenos Aires, se recibieron noticias alarmantes. Fuimos informados de que el comodoro Harwood, cuya insignia ondeaba en el crucero *Ajax*, acompañado por el *Exeter* y el *Achilles*, había entrado en batalla contra el *Graf Spee*. Sabíamos perfectamente que, en cuanto a potencia, su formación era más débil que el acorazado de bolsillo alemán, y sabíamos también que no podían llegar refuerzos inmediatamente. La tensión iba en aumento, hasta que, con gran sorpresa, nos enteramos de que el *Graf Spee*, se dirigía hacia Río de la Plata. Más tarde, supimos que había cambiado de rumbo y que se encaminaba hacia Montevideo. Cualesquiera que fueran las razones que habían inducido a la unidad alemana a efectuar esta maniobra significaba, sin duda, una tregua para Harwood y sus hombres.

Confié la oficina a mi sustituto, el capitán de fragata Lloyd Hirst, y tomé el primer avión para cruzar los 220 km del estuario del Plata. Entre los funcionarios del servicio diplomático en Montevideo figuraba, con el cargo de colaborador del agregado naval, el jefe del servicio secreto inglés, capitán Rex Miller, desde cuya oficina se dominaba todo el puerto. En esta oficina permanecí los cuatro agitados días que siguieron.

Lo primero que teníamos que hacer era tratar de descubrir la importancia de los daños sufridos por el *Graf Spee*. Con este fin, en una pequeña barca, pudimos acercarnos a pocos metros de distancia del navío. Exceptuando una grieta, situada muy por encima de la línea de flotación, en la parte de proa y algunos daños en la parte superior, el buque daba la impresión de hallarse en buenas condiciones. El extraño dispositivo del que había oído hablar, pero que aún no había tenido ocasión de ver, o sea la antena de radar (del que carecían los buques de Harwood), parecía funcionar con normalidad. Los hombres de la tripulación se ocupaban tranquilamente de las faenas de a bordo. Era evidente que ni siquiera los motores principales habían sufrido grandes daños. De otro modo ¿cómo hubiera podido llegar a Montevideo el acorazado a toda velocidad?

El asunto era para nosotros un enigma, pero llegamos a la conclusión de que el motivo que había inducido al comandante Langsdorff a llevar su buque a puerto, estaba en relación con alguna dificultad en las instalaciones de mando de la artillería, tal vez en las de dirección de tiro, o en la falta de municiones. Creímos que en aquel momento lo mejor era presionar a los uruguayos a fin de que retuvieran al *Graf Spee*, internando su tripulación, o insistir para que no se le consintiera permanecer en el puerto más de 24 horas, de acuerdo con las leyes internacionales, ya que parecía estar en condiciones de hacerse a la mar.

Expliqué este punto de vista a nuestro ministro, Eugen Millington-Drake, que tantas veces había defendido los intereses británicos en Uruguay, el cual envió inmediatamente una nota en tal sentido al Gobierno uruguayo.

Una decisión equivocada

Desgraciadamente, muy pronto nos dimos cuenta de que habíamos tomado una decisión equivocada. A la mañana siguiente, el comodoro Harwood nos explicó cómo estaban en realidad las cosas: el *Graf Spee* era todavía una formidable unidad de combate, y en vez de insistir para obligarla a zarpar, hubiéramos debido hacer todo lo posible para que permaneciera en el puerto, al menos hasta que llegaran refuerzos.

Mientras tanto, los prisioneros ingleses que se hallaban a bordo del *Graf Spee* fueron puestos en libertad y todos vinieron inmediatamente a nuestra oficina. Algunos habían estado antes a bordo del buque de apoyo, el *Altmark*, cuya existencia ignorábamos hasta entonces, y que, al saberlo, nos causó honda preocupación.

Los comandantes ingleses elogiaron el trato que recibieron a bordo del *Graf Spee*, particularmente por parte del mismo comandante Langsdorff, cuyo inglés era perfecto.

Durante el transcurso de aquel primer día, Langsdorff y sus oficiales se mostraron muy activos. El comandante bajó a tierra para mantener conversaciones con el ministro alemán, Otto Langmann, y, asimismo, con el agregado naval, capitán de navío Niebuhr.

Hicieron los preparativos para celebrar en tierra el funeral por los oficiales y marineros alemanes muertos en el combate y se pusieron de acuerdo con las autoridades uruguayas para que éstas inspeccionasen el navío esperando quizás que, al ver los desperfectos, el *Graf Spee* sería autorizado a permanecer en puerto el tiempo suficiente para su reparación.

Los alemanes consultaron además con muchas empresas especializadas en reparaciones, las cuales enviaron sus técnicos a bordo.

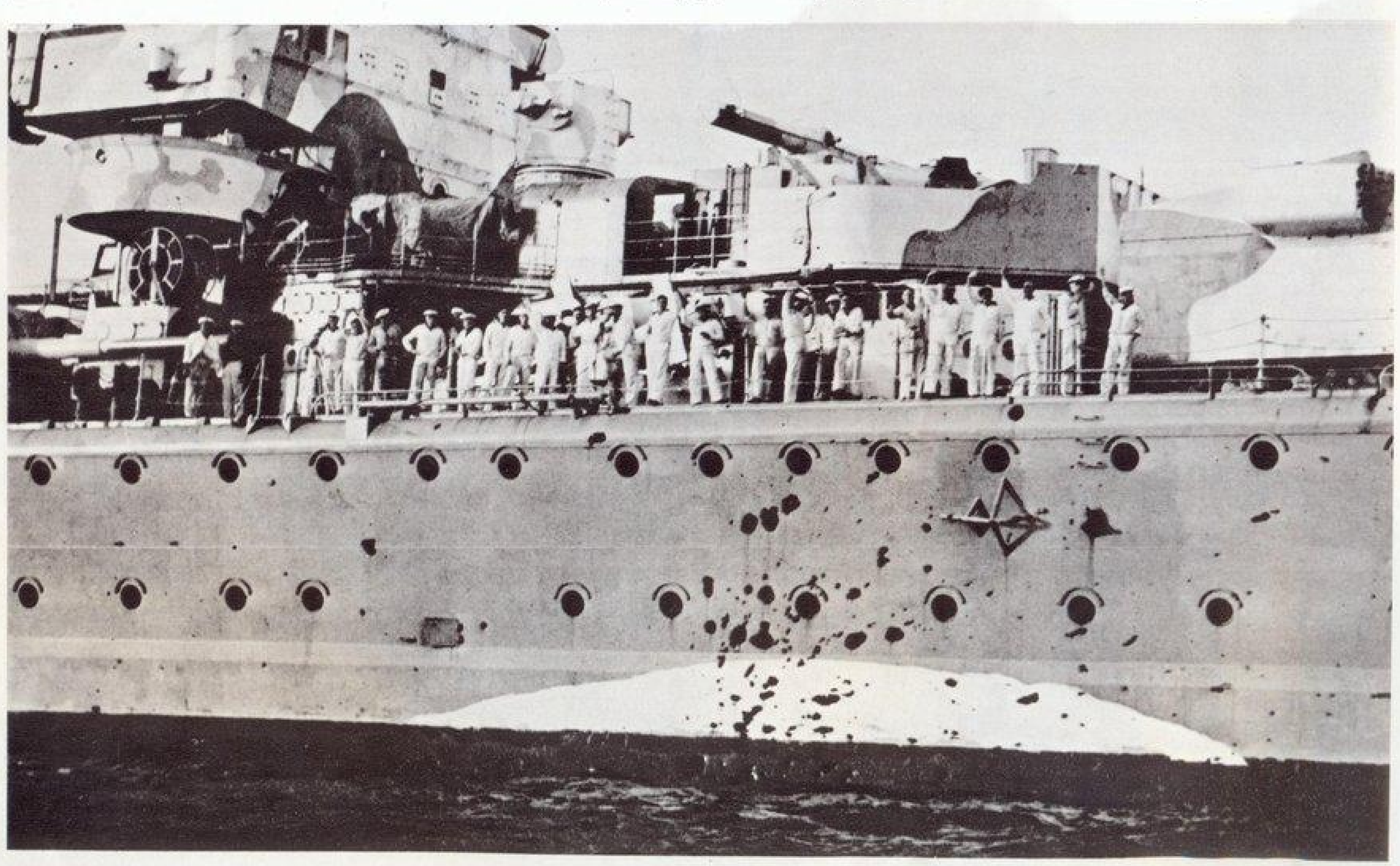
Era, pues, del todo indispensable que fuéramos rápidamente informados de cualquier actividad insólita a bordo del acorazado (alguna de las cuales, al menos, sería revelada mediante la simple observación).

No fue difícil organizar este tipo de vigilancia, pues a nuestras oficinas llegaban continuamente ofertas de colaboración por parte de ciudadanos ingleses.

El capitán Daniel, un oficial de la reserva, jubilado, dispuso en varios puntos favorables, dieciséis vigías para observar, día y noche, todo lo que sucediera en el *Graf Spee*.

Una de las ofertas de ayuda más útiles fue la de un inglés que había sido el encargado de equipar las estaciones telegráficas uruguayas y de instruir al personal. Con dinero, logró sobornar a los operarios y convencerles para que cursaran nuestros mensajes con prioridad, y así, con el tiempo, nuestras comunicaciones con el comodoro fueron cada vez más rápidas.

La dotación del *Graf Spee* saluda a la muchedumbre en el momento de su salida de Montevideo. Langsdorff no tenía intención de ir muy lejos. Todo se había previsto para la escena final del hundimiento del buque por su propia tripulación (Archivo Rizzoli).



Recursos ingleses

El viernes 1 de diciembre recibimos un mensaje del comodoro en el que nos pedía que hiciéramos todo lo posible para impedir que zarpase el *Graf Spee*. Al mismo tiempo me invitaba a ir a su buque al día siguiente, para un coloquio. Mientras tanto, habíamos preparado un plan para retener al *Graf Spee* en Montevideo: en el puerto había muchos mercantes ingleses dispuestos a zarpar, y eso nos permitía acogernos a una cláusula del Derecho Internacional que establece que, cuando en tiempo de guerra, una potencia beligerante anuncia la salida de uno de sus buques mercantes de un puerto neutral, el gobierno respectivo debe impedir que cualquier otro buque de guerra de una potencia enemiga deje el puerto durante las veinticuatro horas siguientes. Esta cláusula significa, en la práctica, que en tiempo de guerra se le debe conceder a cada mercante un día de ventaja en relación con cualquier unidad de guerra enemiga.

Así, pues, aquella mañana Millington-Drake presentó una nota al Gobierno uruguayo, declarando que era nuestra intención hacer zarpar al buque mercante *Ashworth* aquella misma tarde y solicitando que las autoridades tomaran las medidas necesarias para retener al *Graf Spee* durante las veinticuatro horas siguientes. La nota fue aceptada. Aquella noche di vueltas en una barca alrededor del *Graf Spee* para tratar de descubrir qué medidas habían tomado los uruguayos para retenerlo.

Vi que junto a la popa había un pequeño remolcador anclado en el que se hallaban un suboficial y cuatro marineros. El suboficial iba armado con una pistola...

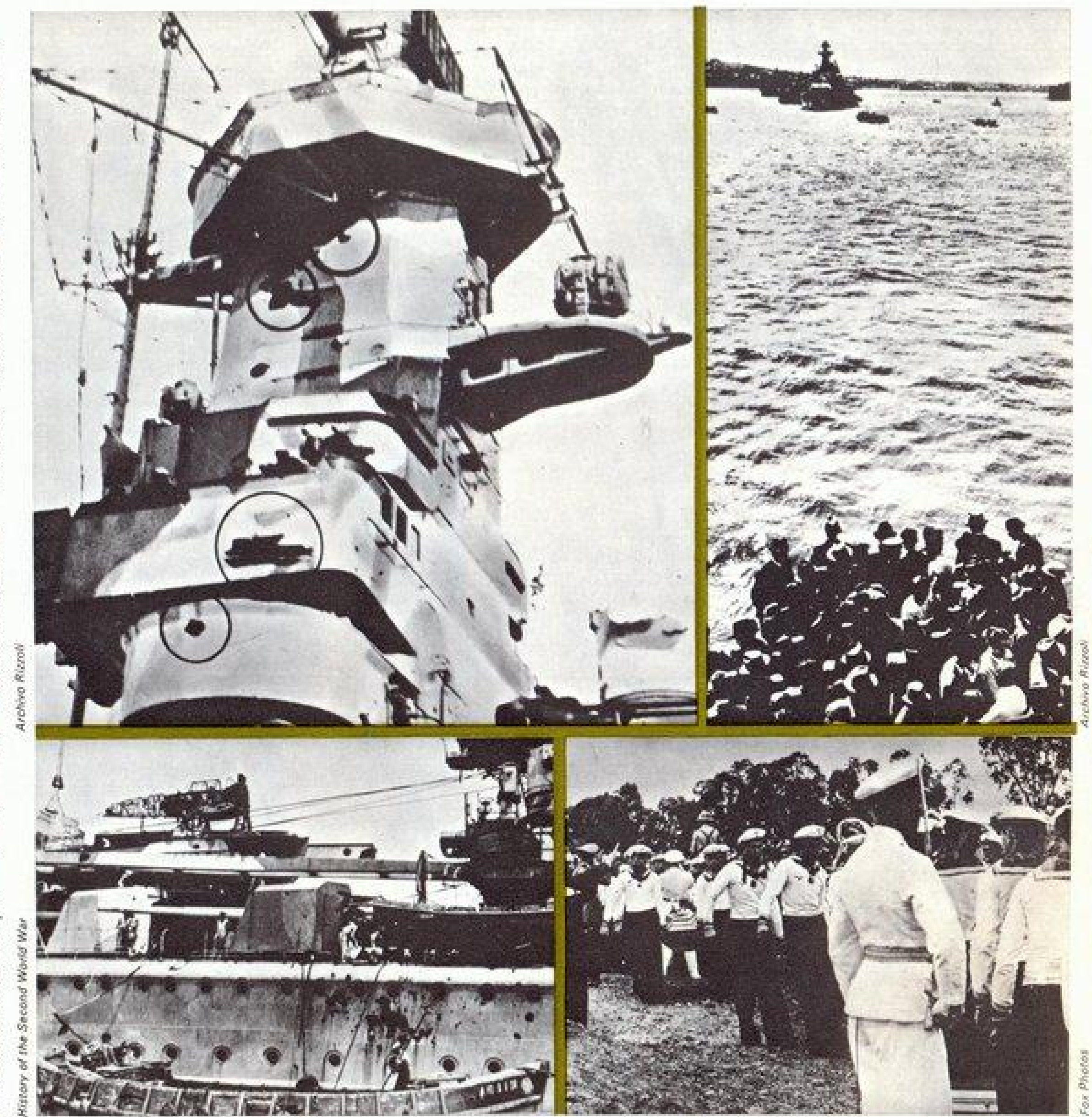
Desde luego, era evidente que aquel barquichuelo era insuficiente para detener al *Graf Spee* si el comandante Langsdorff decidía hacerse a la mar. Por otro lado, tampoco era posible hacer subir a bordo del acorazado alemán una unidad de guardia, por lo que nos pareció una buena solución anclar algunos barcos ingleses alrededor del *Graf Spee*, de manera que éste no pudiera maniobrar para salir del puerto sin ayuda de remolcadores. Intenté entonces ponerme en contacto con el ministro de Defensa, general Campos.

Era un hombre muy simpático que se había mostrado siempre muy amable conmigo, y pensé en informarle sobre nuestra idea, pero el general Campos declaró que no «estaba en condiciones» de recibirme.

Para conseguir de una forma u otra mis propósitos, pedí a nuestro ministro que me acompañara a visitar al ministro de Asuntos Exteriores, Guani: la entrevista tuvo lugar a las 11,30 de aquella misma noche. No fue difícil convencer a Guani para que telefoneara al ministro de Defensa, pero el resultado de la llamada fue negativo. El general Campos no estaba dispuesto a hacer más de lo que ya había hecho. No comprendiendo esta actitud, pensé que los dos políticos uruguayos se sentían molestos ante aquel problema, y hasta también me pregunté si en su resistencia no influiría quizá el hecho de que los grandes cañones del *Graf Spee* apuntaban hacia la ciudad.

El sábado por la mañana, en un pueblo costero, me embarqué en un remolcador y, una vez superado el límite de tres millas de las aguas territoriales, subí a bordo del *Ajax*, donde encontré al comodoro Harwood, con su acostumbrado aire enérgico, simpático e imperturbable. Por él supe que el *Cumberland* había llegado en sustitución del *Exeter*, pero que los refuerzos, constituidos por el crucero de batalla *Renown* y por el portaaviones *Ark Royal*, estaban aún en Río –1000 millas más al Norte– repostando combustible. Además, el *Ajax* sólo podía contar con la mitad de su armamento. Harwood, subrayó de nuevo la importancia de retener al *Graf Spee* en el puerto.

Otro importante motivo de preocupación que



En el curso del encuentro con las unidades británicas, el *Graf Spee* (arriba y encima a la izquierda) no sufrió daños de consideración, pero había perdido el avión que llevaba a bordo. El acorazado de bolsillo constituyó durante unos días la gran atracción de Montevideo, y en el muelle se congregó un gentío enorme atraído por el insólito acontecimiento (arriba a la derecha). Los alemanes celebraron solemnes funerales por los oficiales y tripulantes caídos en combate (a la derecha).

sentía era la actitud de las autoridades uruguayas, sobre todo en lo concerniente a sus reivindicaciones sobre la cuestión de las aguas territoriales. Aquella misma mañana, el Almirantazgo le había comunicado que tenía que limitarse a respetar las tres millas, sin preocuparse en absoluto de las reivindicaciones del Uruguay sobre la totalidad del estuario del Río de la Plata, reivindicaciones sostenidas, con el apoyo de Estados Unidos, por parte de todas las demás repúblicas sudamericanas. Sin embargo, dándose cuenta de que nuestros buques, en el Atlántico meridional, dependían en gran manera de la actitud de aquellos países, el comodoro dudaba en hacer uso de las instrucciones recibidas del Almirantazgo. Cuando después expuse el punto de vista de Harwood a nuestro ministro, también él estuvo de acuerdo y envió un telegrama a Gran Bretaña en este sentido.

Ya de vuelta a mi oficina, observé que a bordo del *Graf Spee* se estaba desarrollando una intensa actividad. Muchos obreros, procedentes de Buenos Aires, trabajaban afanosamente, mientras el mercante alemán *Tacoma* transbordaba al buque de guerra gran cantidad de provisiones. Además, a pesar de que el Gobierno uruguayo aceptó la nota en la que anunciábamos la salida de un segundo mercante aquella misma tarde, el *Dunster Grange*, las autoridades informaron a nuestro ministro de que no aceptarían posteriores avisos, ya que el *Graf Spee* había comunicado que quería zarpar al día siguiente.

Una buena idea repentina

Fue entonces cuando Rex Miller tuvo una gran idea. «Retrocedamos veinticinco años –dijo–, a Coronel (cuando una División inglesa, mandada por el almirante Cradock, fue destruida por una alemana a las órdenes del almirante Graf von Spee), y a la importancia decisiva del factor sorpresa en el desquite que nos tomamos en las islas Malvinas. Hagamos creer a los alemanes que esta noche llegan grandes refuerzos en nuestra ayuda». Efectuando un gran pedido de combustible a la base naval argentina lograríamos convencerlos, pero esta maniobra debía ser aprobada por Londres y la respuesta tenía que llegar rápidamente. Pensé que los canales de comunicación de Miller, de cualquier tipo que fueran, serían más rápidos que los míos, que pasaban a través del Almirantazgo.

Así, pues, enviamos el mensaje y, gracias a Dios, la aprobación nos llegó a las cuatro horas.

Entonces la cuestión estribaba en encontrar el mejor modo para hacer llegar esta información a los círculos alemanes. Sabíamos que la línea telefónica entre Montevideo y Buenos Aires estaba controlada, y que si llamaba al embajador inglés en aquella ciudad seguramente los alemanes lo sabrían casi en seguida. Así lo hice. Me puse en contacto con sir Esmond Ovey y le dije que tenía algo muy importante que comunicarle. Él enseguida me advirtió de una posible interferencia por parte del enemigo, pero yo le respondí que el mensaje era tan urgente que teníamos que correr aquel riesgo, pues no había tiempo ni siquie-

ra para poner en clave lo que le tenía que comunicar: el Almirantazgo había solicitado que hiciera lo posible para que aquella misma tarde estuvieran disponibles, en la base naval argentina del Mar del Plata, 2000 toneladas de combustible para dos de nuestras más importantes unidades de guerra. Sir Esmond comprendió al instante mi intención y me pidió que repitiera más lentamente el mensaje. Después dijo a mi sustituto, capitán de fragata Lloyd Hirts, que se ocupara del caso, mientras él, creo, se ocupó de las «indiscreciones» que aparecieron después en la prensa argentina.

Al día siguiente, domingo, el tiempo era espléndido. Una gran multitud había llegado a Montevideo desde la orilla opuesta del estuario e incluso del resto del país. El ambiente era de expectación. La radio había comunicado que el *Graf Spee* zarparía con toda seguridad aquel mismo día, y que era posible que apenas estuviera fuera del puerto se iniciara una batalla naval.

Al finalizar la mañana, uno de nuestros agentes entró muy agitado en la oficina diciendo: «Muchos marineros han bajado del *Graf Spee*. Hemos contado un centenar».

En el puerto vi que la escalerilla del puente había sido cubierta con un toldo y que al lado del *Graf Spee* había una lancha motora también tapada de modo que era difícil ver a quién o qué estaban embarcando los alemanes. La lancha hizo muchos viajes entre la unidad de guerra y el mercante *Tacoma*. Pero uno de nuestros observadores, situado en un punto muy favorable, pudo ver, a través de un desgarrón de la lona, lo que sucedía y había contado los hombres que se trasladaban. Más tarde, los alemanes abandonaron toda precaución en esconder su actividad y a media tarde todo el mundo sabía que ochocientos hombres habían abandonado el navío. Así, pues, estaba claro que no podría combatir.

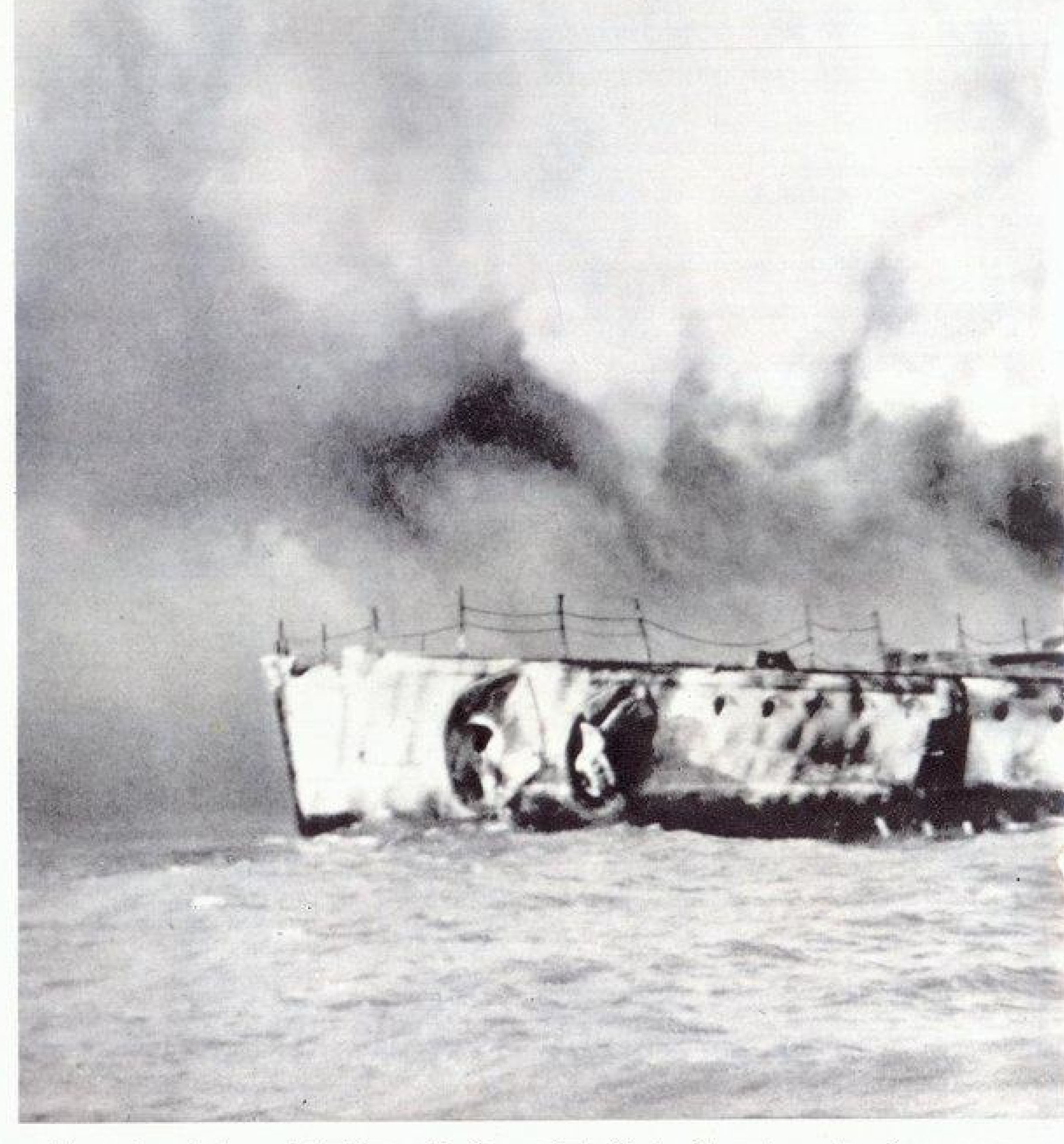
Algo extraordinario

A las 18,15 con la bandera de combate ondeando en los dos mástiles, el *Graf Spee* empezó a aflojar amarras, se puso en movimiento y se alejó de los muelles, seguido de cerca por el mercante *Tacoma*. En aquellos momentos pensábamos que el buque se dirigía hacia las aguas territoriales argentinas, pero cuando llegó a unas tres millas viró hacia el Oeste y se detuvo. Inmediatamente, entre el *Graf Spee* y el *Tacoma*, también detenido, se inició un cierto movimiento de lanchas, hasta que se les acercaron dos grandes remolcadores, pertenecientes a una sociedad alemana de Buenos Aires, que venían del Río de la Plata. El movimiento de embarcaciones alrededor del acorazado de bolsillo se hizo entonces más intenso.

Iba a suceder algo extraordinario. La multitud apiñada en el puerto casi había enmudecido. ¿Qué estaba sucediendo? El tiempo transcurría, y se hacían las más diversas conjeturas en aquella atmósfera de expectación. No obstante, algunos de nosotros comenzábamos a intuir la verdad, por muy increíble que nos pareciera.

En el momento exacto en que el sol se ponía tras el buque alemán, se alzó de él una gran nube de humo; luego se vio un inmenso resplandor, seguido pocos instantes después por el fragor de una enorme explosión. Era el fin del *Graf Spee*.

La oscuridad se produce rápidamente en aquellas latitudes, y así pudimos ver, al poco rato, en el fondo negro de la noche, llamaradas altísimas, y alrededor de ellas, en grandes volutas, nubes de humo provocadas por el incendio del combustible. Se extendió el rumor de que el comandante Langsdorff y algunos hombres de su tripulación habían quedado a bordo. Para la multitud agolpada bajo nuestro puesto de observación, y que permaneció esperando durante casi toda la noche, esto constituyó un nuevo motivo de expectación. ¡Tan grande había sido la impresión que el comandante alemán causara en aquellos tres días!



El Graf Spee presa de las llamas. «Después de una larga lucha con mi conciencia he llegado a la grave decisión de hundir el Graf Spee para impedir que caiga en manos enemigas».

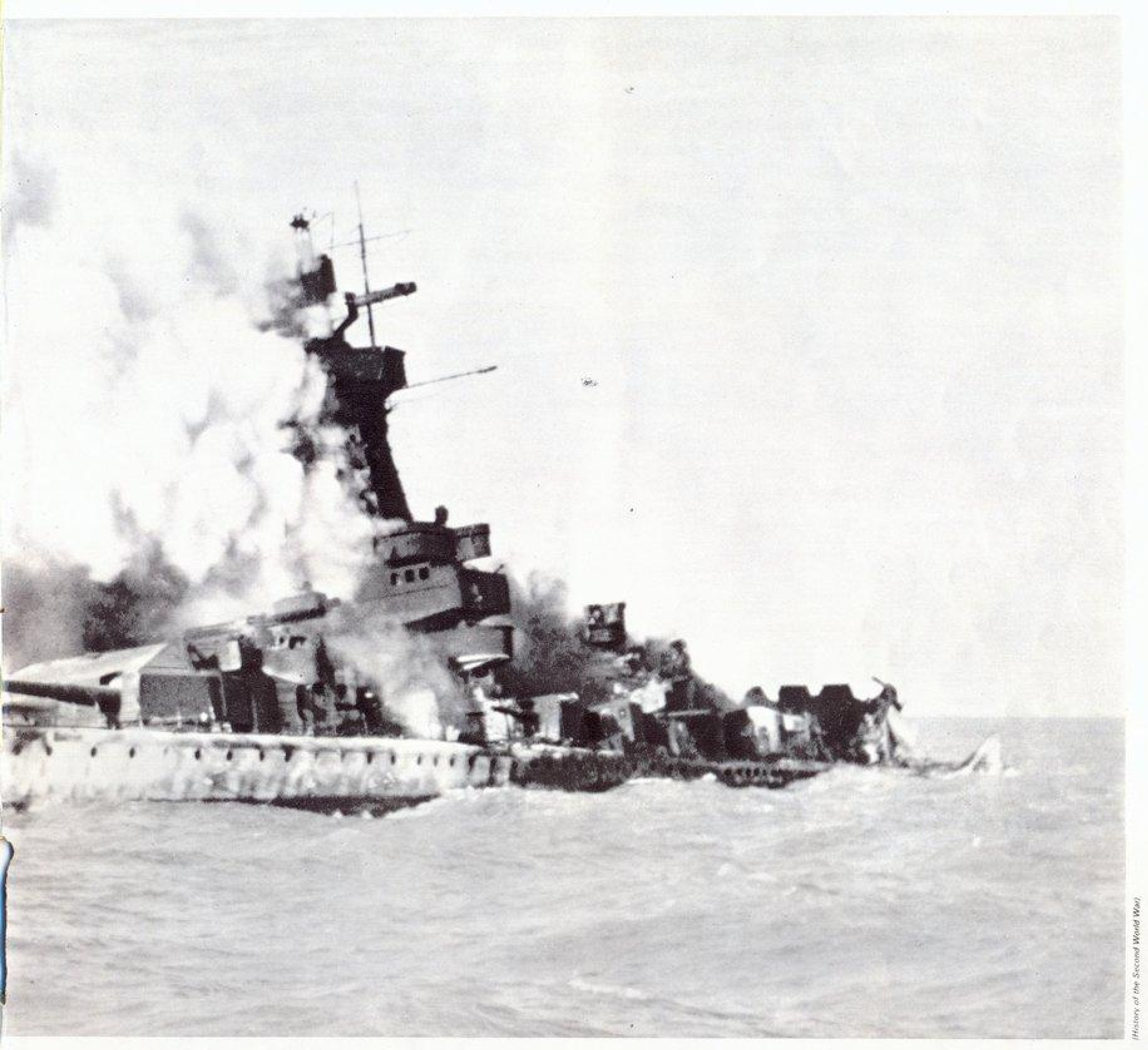
A la mañana siguiente el *Graf Spee* ardía aún con toda violencia, y el fuego no se extinguió del todo hasta tres días después. Entonces reconstruimos lo sucedido: Después de haber hecho salir a su buque del canal principal, el comandante Langsdorff lo condujo sobre un bajo fondo y había abierto los «kingston» (compuertas de notables dimensiones que sirven para introducir agua de mar directamente en el casco). Se pusieron algunas cargas explosivas sobre las escotillas abiertas de los principales depósitos de municiones, y en los puentes se esparció gasolina, a la que que prendieron fuego los últimos hombres que habían quedado en el buque.

Este fue el final del *Graf Spee*. Yo estuve presente en 1919 en Scapa Flow cuando la Escuadra alemana de alta mar se hundió a sí misma: el fin del acorazado de bolsillo había sido la segunda parte de aquel drama. A esto hubo de añadir el trágico fin de su comandante. Quizás por su propio honor, quizás por orden de Hitler, se suicidó la noche siguiente en Buenos Aires. El resto de su tripulación fue internada en Argentina, en régimen de prisión, aunque no duro. Algunos hombres consiguieron escapar y salvando muchos peligros regresaron a Alemania.

El comodoro Harwood fue inmediatamente ascendido a contraalmirante; llevó el *Ajax* a las islas Malvinas para ser reparado, y dos semanas más tarde, en ruta hacia Inglaterra, lo trajo de nuevo a Montevideo, donde fue objeto de un recibimiento triunfal.

Intercambio de comunicaciones entre el comandante Langsdorff y el Mando Naval alemán el día 16 de diciembre:

LANGSDORFF: Situación estratégica frente a costas Montevideo. Además de los cruceros y los destructores, el Ark Royal y el Renown. Bloqueo nocturno muy estrecho. Ninguna esperanza de poder huir hacia mar abierto y abrirme camino hacia la patria... Solicito decisión si el buque debe ser hundido, no obstante la insuficiente profundidad del Río de la Plata, o si es preferible internarnos.



(History of the Second World War)

RESPUESTA: Intentad prolongar de todas formas la estancia en aguas neutrales... combatiendo abriros camino hacia Buenos Aires si es posible. No internarse en Uruguay. Si el buque debe ser hundido, destruidlo completamente.

El 20 de diciembre Langsdorff se suicidó, dejando esta carta para el ministro alemán:

Excelencia:

Después de una larga lucha con mi conciencia he llegado a la grave decisión de hundir el acorazado de bolsillo Admiral Graf Spee para impedir que caiga en manos enemigas. Estoy convencido de que, dadas las circunstancias, esta decisión es la única posible, después de haber llevado mi buque hasta la trampa de Montevideo. Dada la insuficiente cantidad de municiones que me queda, cualquier tentativa de abrirme camino combatiendo en mar abierto está destinada al fracaso. Sin embargo, en aguas profundas, y empleando el resto de las escasas municiones puedo hundir el navío e impedir al enemigo que se apodere de él.

Antes que exponer mi buque al peligro de caer en manos enemigas, aun después de una batalla, he decidido no combatir, sino destruir todas las instalaciones de a bordo y hundirlo. Pero dándome cuenta de que esta decisión pudiera ser mal interpretada por personas desconocedoras de mis motivos, o atribuida parcial o enteramente a razones personales, he decidido afrontar las consecuencias derivadas de la misma. No es necesario recordar que para un comandante que tenga sentido del honor su destino personal no puede ser distinto del de su buque.

He retardado la puesta en práctica de mi decisión hasta el momento en que la responsabilidad de mis actos no pueda afectar ya a los hombres que están bajo mi mando. Después de la decisión tomada hoy por el Gobierno argentino, no puedo hacer nada más por mi tripulación. Tampoco estoy en situación de participar activamente en la lucha que mi país está sosteniendo. La única cosa que ahora me queda por hacer es demostrar con mi muerte que, los que combaten al servicio del Tercer Reich, están dispuestos a morir por el honor de su bandera.

Soy el único responsable del hundimiento del acorazado de bolsillo Admiral Graf Spee. Me alegra saber que con mi muerte se limpiará cualquier posible mancha con respecto al honor de la bandera. Haré frente a mi destino con mi fe firme en la causa y en el futuro de la nación y de mi Führer.

Os escribo esta carta, Excelencia, al caer la tarde, después de una serena y meditada decisión, a fin de que vos podáis informar a mis superiores y, si fuera necesario, desmentir cualquier malentendido.

ALMIRANTE SIR HENRY McCALL

Caballero de la Orden victoriana y de la Orden del Baño, cursó sus estudios en Osborn y en Dartmouth. Ascendido a capitán de navío el año 1937, en 1938 fue nombrado agregado naval en Buenos Aires. Posteriormente fue comandante del crucero *Dido*, desde 1940 a 1942; en 1943 jefe de Estado Mayor de la delegación del Almirantazgo británico en Washington; entre 1944 y 1946 estuvo al mando del acorazado *Howe*; desde 1949 a 1950 fue almirante jefe de los destructores de la escuadra del Mediterráneo. En 1955 dejó el servicio activo. Sir Henry McCall, fue condecorado con la Orden al Mérito por su valeroso comportamiento durante la guerra.

En el momento en que el sol se ponía, se alzó del buque una densa nube de humo, luego se produjo un resplandor seguido por una explosión atronadora.

El *Graf Spee* arde todavía; sobre los puentes se había esparcido gran cantidad de gasolina, a la que los marineros prendieron fuego antes de ponerse a salvo.

EL FIN DEL CORSARIO

El cielo se fue oscureciendo hasta transformarse en un negro telón sobre el que se recortaban altas llamaradas, con grandes nubes de humo provocadas por el incendio.

(History of the Second World War)

El fin del *Graf Spee*: parte del casco está ya hundida. Los restos, propiedad del gobierno uruguayo, fueron adquiridos más tarde por el Almirantazgo inglés.

Finlandia, otoño 1939 - marzo 1940

LA GUERRA DE INVIERNO



Cuando Stalin lanzó al Ejército Rojo contra las exiguas y mal equipadas fuerzas finlandesas, parecía que la campaña sería tan rápida y decisiva como la guerra-relámpago alemana en Polonia. Pero la gran diferencia, tanto en hombres como en medios, fue neutralizada al principio por la elevada moral de los soldados finlandeses y por la naturaleza del terreno. Siguió una verdadera lucha entre David y Goliat que despertó admiración en todo el mundo y dio mucho que pensar a Adolf Hitler. La guerra entre Finlandia y la URSS, que duró desde el 30 de noviembre de 1939 hasta el 13 de marzo de 1940 y que se conoce como la «guerra de invierno», fue un fruto directo del Pacto de no agresión germano-ruso estipulado en agosto de 1939. Una cláusula secreta de aquel tratado, definía las esferas de influencia de las partes contratantes, colocando a Finlandia en la esfera de la URSS. Después de haberse adueñado de parte de Polonia, la Unión Soviética empezó a asegurarse los territorios noroccidentales que daban acceso a sus fronteras y en particular los próximos a Leningrado. Entre el 28 de septiembre y el 11 de octubre de 1939, las repúblicas bálticas de Estonia, Letonia y Lituania fueron obligadas a firmar tratados de mutua asistencia, según los cuales, la URSS podía establecer guarniciones y bases militares en sus territorios. El paso siguiente fue, como era de esperar, conseguir análogos acuerdos con Finlandia. Pero las negociaciones con este país no tuvieron el mismo resultado.

Antony F. Upton

El 5 de octubre el Gobierno finlandés fue requerido para enviar representantes a Moscú con el fin de discutir «cuestiones políticas concretas». El Gobierno finlandés imaginaba perfectamente de qué podía tratarse. Ya en 1938, y en los primeros meses de 1939, la URSS había solicitado la cesión de ciertas islas del golfo de Finlandia para la defensa de Leningrado. El Gobierno de Helsinki, naturalmente, rechazó esta pretensión. Pero en aquellos momentos no podía rechazarse la invitación para las conversaciones, por lo que el Gobierno finlandés nombró a J. K. Paasikivi como representante. Paasikivi había sido jefe de la delegación finlandesa que, en 1920, negoció el Tratado de Tartu, fundamento jurídico de las relaciones entre los dos países y que fue reforzado en 1932 con la firma de un pacto de no agresión, que debía permanecer en vigor hasta 1945.

El contenido de las instrucciones dadas a Paasikivi era el siguiente: El Gobierno finlandés no podía tomar en consideración eventuales pactos de mutua asistencia, cesión de territorios o establecimiento de bases rusas en suelo finlandés. Medidas de este tipo se consideraban incompatibles con la política de neutralidad declarada por Finlandia. Como máximo, Finlandia hubiera podido aceptar la solicitud de los soviéticos en 1938 y 1939, para la cesión a Rusia, tras una adecuada compensación, de tres de las islas más exteriores, situadas en las proximidades de Leningrado. Así, pues, el Gobierno finlandés estaba decidido a no tomar en consideración ningún acuerdo del tipo de los establecidos con las repúblicas bálticas. Y para demostrar la firmeza de su postura, los finlandeses movilizaron el Ejército y empezaron a evacuar las ciudades mayores y las zonas fronterizas.

Las conversaciones se iniciaron en Moscú el 12 de octubre, entre Stalin y Molotov por una parte y Paasikivi por otra. La URSS propuso un pacto de mutua asistencia de carácter general o al menos válido para todo el golfo de Finlandia. Y además solicitó: la cesión en arrendamiento de Hanko, como base militar con una guarnición de 5000 hombres; la cesión de todas las islas exteriores del golfo de Finlandia, comprendida Sururssaari, la mayor y más occidental; un traslado de la frontera sobre el istmo de Carelia de casi 65 km, para alejarla de Leningrado; el desmantelamiento de todas las fortificaciones a ambos lados de la nueva frontera; la cesión de la mitad finlandesa de la península de Rybacij, en el extremo septentrional del país, y un compromiso bilateral de no firmar ningún pacto dirigido contra el otro país. Como compensación, la URSS estaba dispuesta a ceder, en la Carelia soviética, territorios cuya extensión era más del doble de los cedidos por Finlandia, y también estaba dispuesta a permitir que dicha nación fortificara las islas Aaland, que en aquel entonces estaban desmilitarizadas y que desde 1938 los finlandeses querían volver a fortificar.

Stalin explicó que los requerimientos soviéticos, con la única excepción de la relativa a la península de Rybacij, se debían únicamente a la necesidad de defender Leningrado. Con la anexión de la mitad finlandesa de la península de Rybacij, los rusos pretendían dominar el acceso al fiordo de Petsamo, donde se encontraba un puerto finlandés, libre de hielos, en el océano Glacial Ártico. Los rusos explicaron que esta medida impediría, a un posible enemigo, el desembarco en Petsamo y el ataque a Murmansk. Las otras peticiones se basaban en la hipótesis de que un eventual enemigo podía acercarse a Leningrado, bien por mar, a través del golfo de Finlandia, o por tierra a través de Finlandia meridional, y que con sólo sus fuerzas este país no lo podría impedir. Stalin puso de relieve que, si sus propuestas eran aceptadas, la URSS, gracias a sus nuevas bases en Estonia, podría cerrar el golfo de Finlandia, mientras, por otra parte, la nueva frontera sobre el istmo de Carelia permitiría al Ejército ruso organizar defensas terrestres, alrededor de Leningrado, contra un posible ataque del Norte.

Los soviéticos dieron a entender claramente que se trataba de pretensiones mínimas, impuestas por la situación internacional creada a consecuencia de la guerra. Stalin reconoció incluso que podían no gustar a Finlandia, pero hizo notar que Leningrado, la segunda ciudad de la URSS, tenía una población ligeramente inferior a la de toda Finlandia y que la frontera pasaba a sólo 32 km de dicha ciudad. Y luego añadió: «La geografía es así: nosotros no podemos hacer nada, ni tampoco ustedes... Como no es posible trasladar Leningrado, es necesario trasladar la frontera».

Desde luego, las instrucciones recibidas por Paasikivi eran totalmente inútiles ante semejantes argumentos y regresó a su país para consultar con su Gobierno.

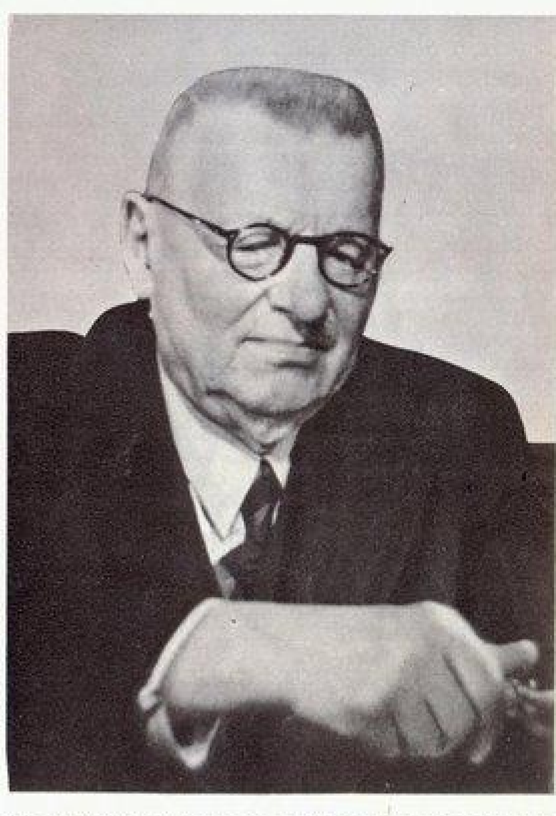
Herencia de rencor

Considerada superficialmente, y dada la situación internacional, la tesis de Stalin parecía razonable, y si sólo se hubiera tratado de la seguridad de Leningrado no hay duda de que habría sido posible llegar a un acuerdo de compromiso aceptable para ambas partes. Pero la situación se resentía negativamente a causa de los fantasmas de la historia anterior. Desde 1809 a 1817, Finlandia había formado parte del Imperio ruso, con el *status* de gran ducado autónomo. En un primer período, a pesar de que en el país había guarniciones rusas, la autonomía interna de Finlandia había sido respetada. Pero en el transcurso del tiempo, los gobiernos rusos habían adoptado una política que no respetaba los derechos legales y constitucionales del país. Esto condujo a que los finlandeses mantuvieran una actitud de furiosa resistencia, de modo que casi todos los políticos que en 1939 estaban en el poder, se habían educado en una atmósfera de resistencia nacional contra el imperialismo ruso. A todo esto se añadían los efectos de la revolución de 1917.

En diciembre de ese año, el Gobierno bolchevique reconoció la independencia de Finlandia. Y en enero de 1918, los socialistas finlandeses intentaron imitar la revolución rusa y organizar una república de trabajadores. En el país estalló una guerra civil, pero al final los rojos fueron derrotados y perseguidos, refugiándose sus jefes en Rusia. Asimismo, durante la guerra civil rusa, el Gobierno finlandés participó abiertamente en las actividades antibolcheviques, llegando incluso a permitir, a veces, que las operaciones militares fueran preparadas en territorio finlandés. Además, el gobierno consideraba a los comunistas de su país como traidores y mercenarios de Rusia. Con tales antecedentes, aunque después del tratado de paz de 1920 las relaciones entre la URSS y Finlandia se habían mantenido con toda normalidad, la actividad de los comunistas finlandeses representaba una constante advertencia de que cualquier día Rusia podía intentar repetir los hechos de 1918, empleando como instrumento el partido comunista finlandés.

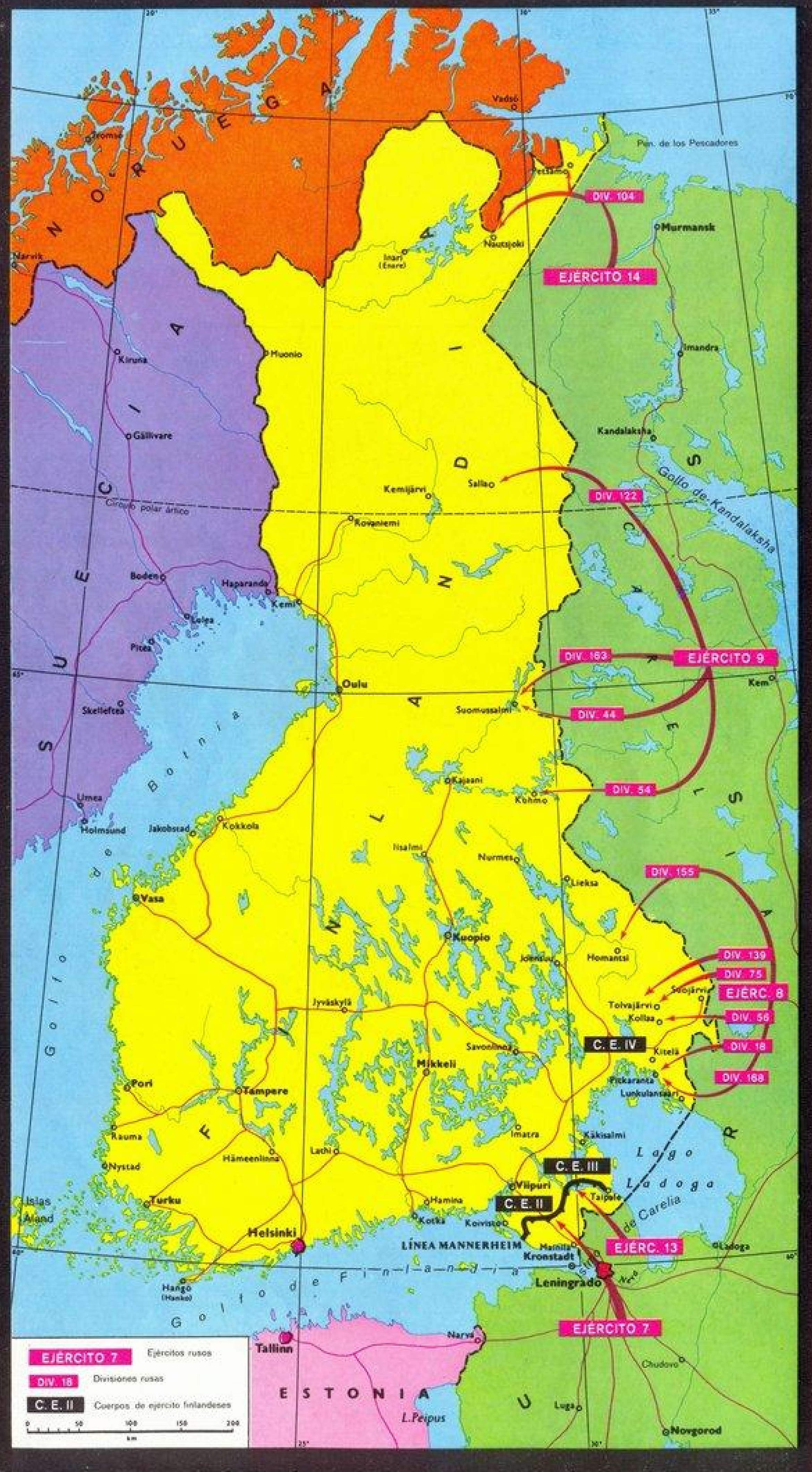
Los jefes soviéticos consideraban, pues, que el Gobierno finlandés era fundamentalmente hostil a Rusia. No confiaban en las garantías finlandesas de que, en el caso de un eventual peligro, el país no pondría su territorio a disposición del enemigo de Rusia. Es más, sospechaban que el Gobierno finlandés acogería con los brazos abiertos la posibilidad de destruir la amenaza comunista. Por lo tanto, en 1939, los políticos soviéticos preferían estar preparados por si era preciso repetir el intento de revolución de 1918. La última consecuencia de esta herencia histórica era la falta de confianza recíproca entre la URSS y Finlandia. Ninguna de las dos partes se fiaba de los razonamientos de la otra, y así no sería posible llegar a ningún compromiso.

Era lógico, pues, que el Gobierno finlandés juzgase inaceptables las propuestas rusas. No estaba dispuesto a ceder en arriendo Hanko ni a aceptar una revisión de fronteras. En estas circunstancias, sólo se alzaron dos voces influyentes –una, la del mismo Paasakivi, y otra, la del Mariscal Mannerheim, Comandante en Jefe designado en caso de guerra– para aconsejar la conveniencia de que Finlandia hiciera amplias concesiones. Según estas dos personalidades, el Gobierno hubiera debido aceptar casi todas las exigencias rusas respecto al istmo de Carelia y ofrecer como base, en vez de Hanko, algunas «islas» en territorio finlandés. No obstante, ni Paasakivi ni Mannerheim se hacían ninguna ilusión respecto a las intenciones de la URSS ni en cuanto al comportamiento del resto del mundo. Ambos consideraban que si Finlandia se veía envuelta en una guerra, tendría que combatir sola y su derrota sería segura.



J.K. Paasikivi, el representante finlandés en las conversaciones que precedieron a la «guerra de invierno». En 1920 había participado en las negociaciones que dieron por resultado la firma del tratado de Tartu. *(Archivo Rizzoli)*

Pero el Gobierno rechazó sus advertencias. Por una parte, los ministros pensaban que la URSS no recurriría a la guerra y, por otra, abrigaban la esperanza de que, en caso de que estallase, otros países intervendrían en su ayuda. Esta ilusión se apoyaba únicamente en las muestras de simpatía de casi todas las demás naciones, incluidos los Estados Unidos. Sin embargo, la verdad era, tal como habían puesto de relieve Mannerheim y Paasikivi, que ningún dato concreto inducía a pensar que otras potencias pudieran proporcionar una ayuda efectiva. Por otra parte, había un hecho todavía más significativo: Alemania, que re-



El despliegue inicial de las fuerzas finlandesas y las directrices del ataque soviético. El punto crucial era el istmo de Carelia, defendido, en la línea Mannerheim, por un Ejército al mando del teniente general Österman y formado por los Cuerpos de Ejército II y III.

presentaba en el Báltico el tradicional contrapeso de la URSS, exhortaba a Finlandia a aceptar las propuestas rusas.

Intransigencia finlandesa

Cuando el 12 de octubre volvió a Moscú, Paasikivi no iba solo: el Gobierno, temiendo que Paasikivi fuera demasiado condescendiente, le había dado como compañero de viaje al ministro de Finanzas Tanner. De acuerdo con las instrucciones recibidas, la delegación podía ofrecer solamente leves rectificaciones de la frontera sobre el istmo, pero respecto a la cuestión de una base rusa la respuesta era, desde luego, negativa. En el transcurso de la segunda fase de las conversaciones, Stalin redujo ligeramente sus demandas territoriales sobre el istmo, además de los efectivos de la guarnición en Hanko, pero sus peticiones fundamentales permanecieron inalterables. Mientras rechazaba las objeciones finlandesas, definiéndolas como inadecuadas, Molotov, evidentemente asombrado ante la intransigencia de los delegados finlandeses, preguntó: «¿Es vuestra intención provocar un conflicto?».

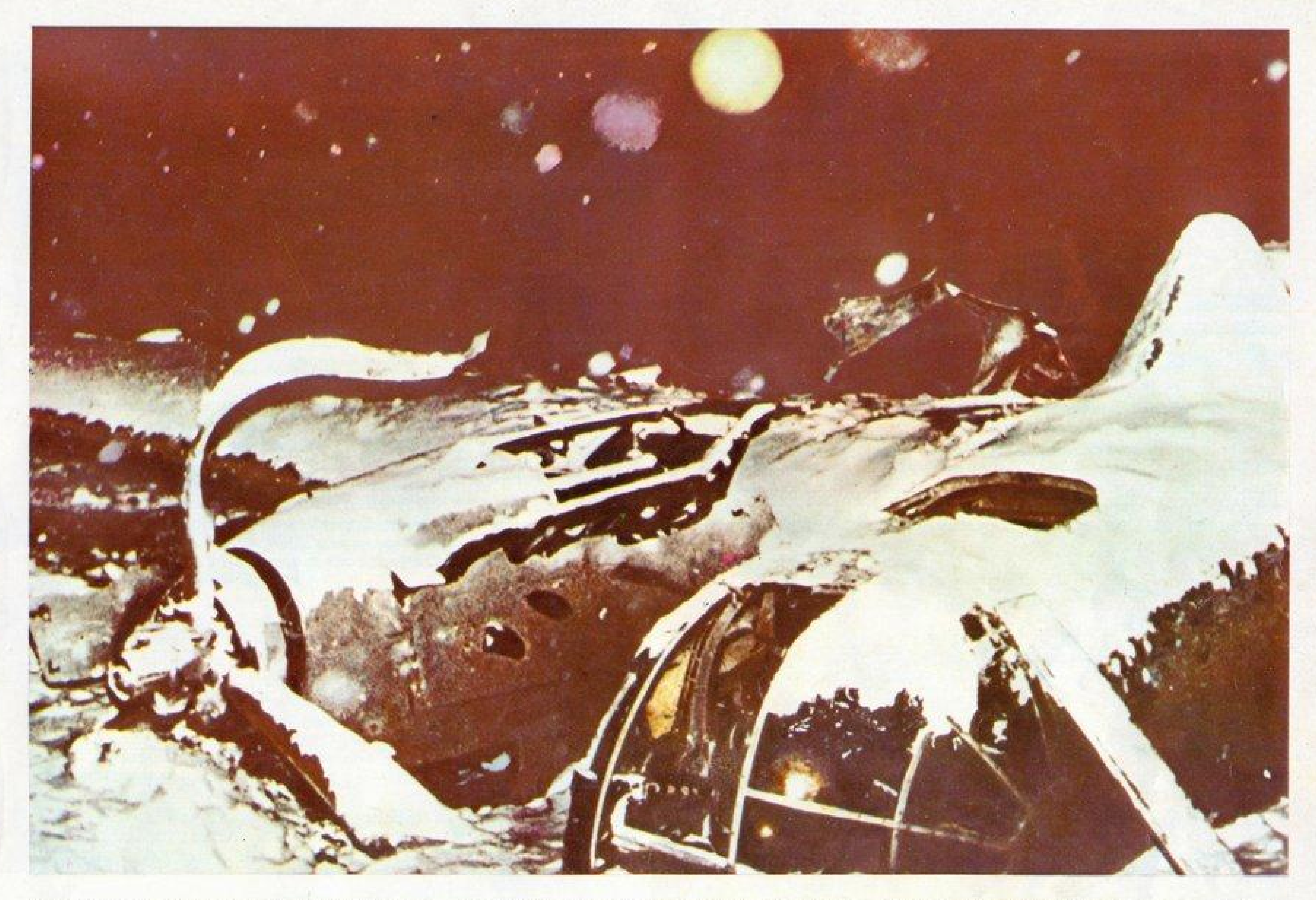
La delegación regresó a su país. En el seno del Gobierno y entre los jefes parlamentarios hubo muchas discusiones. Mannerheim insistió sobre la necesidad de llegar a un acuerdo, advirtiendo que el Ejército no podría resistir más de dos semanas; pero, una vez más, su tesis sólo fue apoyada por Paasikivi. Los delegados fueron por tercera vez a Moscú con la misión de hacer una última y exigua concesión en cuanto a la frontera del istmo, pero de no tomar siquiera en consideración la pretensión soviética de instalar cualquier base militar en territorio finlandés. El ministro de Asuntos Exteriores, Erkko, estaba convencido de que la actitud de los rusos era un «bluff». «Los rusos no quieren la guerra» –dijo a Tanner; mientras que a Paasikivi se le dijo que «olvidara que Rusia era una gran potencia».

La tarde del 31 de octubre, hablando ante el Soviet Supremo, Molotov insinuó que la obstinación del país vecino se debía a la intervención de potencias hostiles a la URSS. Este discurso enardeció al Gobierno finlandés y aún más al pueblo que, informado por vez primera de la importancia de las pretensiones rusas, reaccionó inmediatamente, manifestando con energía su aversión a cualquier tipo de concesiones y reforzando así la posición del Gobierno.

Cuando el 3 de noviembre se reanudaron en Moscú las conversaciones, llegaron muy pronto a un punto muerto. Al final Molotov dijo: «Nosotros, los civiles, no tenemos nada más que decir sobre este asunto: ahora les toca a los militares». Pero al día siguiente, Stalin, evidentemente ansioso por llegar a un acuerdo, propuso varias soluciones alternativas, entre ellas, la posibilidad de que Rusia realizase una verdadera compra de la base de Hanko. Tanner y Paasikivi pensaron que esta última contrapropuesta soviética abriría el camino hacia una solución final, pero el Gobierno finlandés la rechazó de plano. El 9 de noviembre, en la entrevista final, Stalin trató aún de llegar a un compromiso sobre la cuestión de la base, pero los delegados finlandeses ya habían recibido órdenes de interrumpir las conversaciones. Así, pues, las entrevistas terminaron el 13 de noviembre y la delegación regresó a Helsinki.

De momento no sucedió nada más, y el Gobierno finlandés empezó a creer que había obrado del mejor modo posible. No se tomó ninguna medida para reanudar las negociaciones: los evacuados regresaron a sus casas, se pensaba en volver a abrir las escuelas y parte de la opinión pública presionaba al Gobierno para que desmovilizase el Ejército.

De las actas correspondientes a las conversaciones de Moscú se deduce que Stalin deseaba sinceramente una solución pacífica, pero que por otra parte no estaba dispuesto a retirar sus demandas fundamentales. Cuando el 9 de noviem-



Un bombardero soviético derribado. Puesto que la aviación finlandesa contaba con unos 100 aparatos tan sólo (contra casi 3000 de los rusos), la defensa de las ciudades corría a cargo de la artillería antiaérea. *(Central Press)*

bre se vio claramente que las negociaciones no conducían a ningún resultado, Stalin consintió en que se emplearan otros medios, y no hay duda de que a partir del 13 de noviembre se inició en el país una política de guerra.

Finlandia tendría que ceder ante la amenaza de un ataque: si después insistía en su intransigencia, habría que recurrir a la invasión, repitiendo la tentativa de instaurar un gobierno comunista. Con este fin, Arvi Tuominen, secretario del Partido comunista finlandés, fue llamado a Estocolmo para ser nombrado primer ministro de un «gobierno del pueblo finlandés», constituido por exiliados comunistas. También todos los finlandeses que fue posible encontrar en la URSS fueron agrupados para formar un «ejército del pueblo finlandés». Tuominen rechazó la propuesta, pero el plan pudo seguir adelante gracias a la colaboración de otro exiliado, O. W. Kuusinen, quien aceptó el cargo de primer ministro.

El Ejército ruso comenzó la concentración; al mismo tiempo se lanzó una campaña propagandística destinada a hacer creer que el Gobierno finlandés era un instrumento del capitalismo internacional y estaba transformando Finlandia en una base para un ataque imperialista contra la URSS.

No es seguro si, aún entonces, el Gobierno finlandés hubiera podido salvar al país haciendo concesiones. El 26 de noviembre, en Mainila, en la frontera que cruza el istmo, sucedió un extraño incidente: algunos soldados rusos murieron a causa de varios disparos de artillería. Los rusos enviaron una nota al Gobierno finlandés achacando la responsabilidad del incidente a la artillería finlandesa y exigiendo que las tropas finlandesas fueran retiradas de la frontera. La nota afirmaba que la URSS no deseaba dar demasiada importancia al incidente, lo cual parecía implicar que incluso en aquel momento Finlandia hubiera podido dar marcha atrás. Pero el caso era que los finlandeses no habían hecho aquellos disparos. Y no se sabe si fueron disparados por error o para crear deliberadamente un incidente: lo que sí es cierto es que fueron disparados desde la parte soviética de la frontera. Por lo tanto, el Gobierno finlandés, consciente de su inocencia, rechazó las acusaciones y propuso la discusión sobre la retirada bilateral de las tropas. Esta respuesta constituyó el punto decisivo.

La URSS pudo percatarse una vez más de que los finlandeses no habían querido entender el «mensaje» y que no estaban dispuestos a efectuar ninguna concesión, por lo que decidió seguir adelante. El 28 de noviembre de 1939 denunció el pacto de no agresión; el 29 rompió las relaciones diplomáticas, ignorando ya la tardía oferta finlandesa de retirar unilateralmente las propias tropas, y el 30 atacó a Finlandia por tierra, mar y aire. El día 1 de diciembre anunció la formación de un gobierno del pueblo finlandés; este «gobierno» incitó a los finlandeses a derrocar a sus opresores y a acoger como liberadores a los soldados del Ejército rojo. El 2 de diciembre, este falso gabinete firmó un tratado con la URSS, aceptando todas las peticiones soviéticas y estableciendo que, en compensación, Financia recibiría toda la Carelia soviética. La URSS había montado, pues, un régimen fantoche que, por medio de la ocupación militar del país, se preparaba a imponerse en Finlandia. Esto eliminó automáticamente cualquier posibilidad de llegar a una solución de compromiso con el verdadero gobierno finlandés.

La creación de semejante gobierno, presidido por Kuusinen, fue el más absurdo de los errores cometidos por la URSS, ya que no encontró ninguna clase de aprobación; al contrario, demostrando la verdadera naturaleza de las intenciones soviéticas, consiguió unir al pueblo finlandés en su decisión de resistir. El Gobierno soviético se dio cuenta rápidamente del error cometido, pero ya estaba comprometido y no podía hacer otra cosa que continuar una política manifiestamente «pasiva».

Las Fuerzas Armadas finlandesas

En 1939 la población de Finlandia se acercaba ya a los 4 millones y hubiera permitido la formación de un Ejército de 16 divisiones. Pero, a pesar de que el Consejo de Defensa había intentado preparar sus planes sobre esta base, no consiguió nunca convencer al Gobierno para que concediera el dinero necesario. Así, pues, el Ejército contaba con nueve divisiones, que se hubieran podido reforzar, al estallar la guerra, con otras tres de reserva. El Ejército finlandés estaba constituido por tres elementos. El primero eran unos pocos oficiales y suboficiales de carrera encuadrando a reclutas que afluían anualmente y que formaban el segundo elemento: el Ejército de paz. El servicio militar era obligatorio, y una vez cumplido, el personal pasaba a la reserva, que constituía el tercer elemento y que completaba el Ejército de guerra.

El país estaba dividido en nueve distritos militares y cada uno de ellos proporcionaba una división con mando y depósitos locales, ya existentes en época de paz. Al recibir los telegramas de movilización, los reservistas se presentaban en los depósitos y retiraban el equipo: la división

estaba así dispuesta para ir al frente. El plan estratégico preveía que el Ejército de tiempo de paz realizase la misión de cobertura, conteniendo la acción del enemigo hasta que los reservistas, que constituían el Ejército de campaña, pudieran alcanzar y guarnecer las principales organizaciones defensivas. Se trataba de un despliegue excelente y muy adecuado a las características del territorio finlandés. En cambio, el armamento era muy deficiente. La Infantería disponía de un reducido número de armas automáticas, lo que sólo era compensado, en parte, por la existencia de la pistola ametralladora «Suomi», ideada en Finlandia y muy propia para las condiciones locales. También escaseaban los uniformes y las tiendas. Pero lo que más preocupaba a los técnicos militares era la artillería. Cada división contaba con 18 morteros de 81 mm, pero los de 120 mm, que fueron encargados, quedaron en mero proyecto. Solamente había 36 piezas de artillería por división, y todas ellas del tipo usado antes de 1918, con un alcance relativamente corto. Además, la dotación media de municiones equivalía a 640 proyectiles por pieza, e incluso al final de la guerra la producción nacional de proyectiles no superó la cifra de 3500 al día. En total, el Ejército tenía únicamente 112 cañones contracarros, de 37 mm, y no disponía de ninguna pieza antiaérea (los 100 cañones antiaéreos que había en el país fueron destinados a la defensa del territorio nacional).

Otro inconveniente era la falta de medios de transporte motorizados y de instalaciones de radio. El hecho de que, para sus comunicaciones, los finlandeses tuvieran que usar las estafetas y los teléfonos de campaña fue, desde el principio, una gran desventaja. La Aviación no llegaba a los 100 aviones, y no todos estaban en condiciones de afrontar un combate aéreo. Por último, había una pequeña Marina de Guerra y un eficiente sistema de defensa de costas (heredado de los rusos en 1917).

Pero las deficiencias de las Fuerzas Armadas finlandesas, en cuanto a sus disponibilidades, estaban compensadas, hasta cierto punto, por la moral y el adiestramiento de sus hombres. Los jefes finlandeses tuvieron la valentía de abandonar las tradiciones militares europeas para adoptar procedimientos nuevos, especialmente adecuados a las características del país; por ejemplo, para hacer frente a las duras condiciones invernales estaba muy desarrollado el empleo de unidades de esquiadores. Habían adiestrado a una población robusta y habituada al aire libre, resultando unos soldados que, en su ambiente natural, eran sin duda de primera clase. Toda la tradición nacional finlandesa exalta la intrepidez y la iniciativa individual, justo lo que requerían las condiciones en que se desarrollaría la lucha. Además, el soldado finlandés combatía por una causa a la que se entregaba de lleno: la defensa de la patria y de su modo de vivir contra un agresor extranjero que trataba de imponerle un gobierno fantoche.

Sin embargo, en otros muchos aspectos el adiestramiento era insuficiente. No se habían preparado apenas para movimientos ofensivos en gran escala, y esto se vio claramente en las pocas ocasiones en que los finlandeses intentaron este tipo de maniobra. Y lo más grave era que los oficiales, y en especial los mandos superiores, estaban faltos de preparación para manejar Grandes Unidades en operaciones. Se trataba, pues, de deficiencias que debían subsanarse en el curso de los combates.

Las Fuerzas Armadas rusas

Muy distintas eran las Fuerzas Armadas rusas. Casi todos los historiadores consideran que, en 1939, su potencial era de 180 divisiones. Pero no es esta cifra lo que cuenta, pues en la guerra ruso-finlandesa participaron tan sólo unas 45 divisiones. Las Fuerzas Armadas rusas eran superiores a las finlandesas por el hecho de que podían contar con un considerable conjunto de tropas regulares. Pero la diferencia fundamental estaba en el armamento y en el equipo. Una división rusa tenía doble número de ametralladoras y de piezas de campaña; eran además muy numerosas las unidades de artillería y de carros. En el transcurso de la guerra, la URSS empleó, en conjunto, alrededor de 1.200.000 hombres, 1500 carros y 3000 aviones. Las tropas soviéticas contaban también con un ilimitado aprovisionamiento de municiones, con un eficiente sistema de transporte motorizado y mejores medios de transmisiones. Su superioridad en el campo material era, pues, muy notable.



Helsinki: llegan los primeros auxilios a un lugar recién bombardeado. La aviación rusa atacó duramente las ciudades enemigas, pero, en conjunto, no ejerció una influencia decisiva en la suerte de la guerra. (Archivo Rizzoli)

El Mando soviético había previsto una rápida campaña, que terminaría con la ocupación de toda Finlandia, por lo que puso rigurosamente en guardia a sus unidades contra posibles violaciones de la frontera sueca. Pero las tropas no estuvieron a la altura de estos proyectos, mostrándose incapacitadas para aprovechar adecuadamente su armamento y equipo. En el plano teórico militar, los soviéticos iban ciertamente por delante, tal como lo demuestran sus reglamentos de instrucción, pero en las condiciones ambientales y climáticas de Finlandia, aquella teoría no podía ser puesta en práctica, y esto constituyó para los rusos un grave inconveniente. Sus fuerzas, preparadas para actuar en terrenos abiertos, no habían aprendido aún a moverse en los bosques, por lo que se veían obligadas a usar las carreteras.

Sin embargo los fallos más graves del Ejército ruso fueron la torpe rigidez con que se condujeron las operaciones y la notable incapacidad para coordinar la acción de las distintas Armas. En la primera fase de la guerra, la Infantería, las unidades acorazadas y la Artillería demostraron una especial tendencia a combatir individualmente, sin una ayuda recíproca. Esto puede atribuirse, en parte, a los efectos de las grandes «purgas» que, desde 1936 a 1938, habían diezmado el cuerpo de oficiales. Y quizá también a la influencia de los comisarios políticos, cuya actividad contribuyó a frenar la decisión y el espíritu de iniciativa. Pero, cualquiera que fuese la causa, lo cierto es que en 1939 el Ejército rojo no fue capaz de poner en práctica los brillantes métodos modernos previstos por la teoría, ni de ejecutar los óptimos planes estratégicos concebidos por sus mandos. En un determinado momento se vio obligado a interrumpir la ofensiva y a someterse, apresuradamente, a un enérgico programa de readiestramiento a fin de recuperar la iniciativa.

Es sorprendente advertir lo poco preparados que estaban los rusos para una guerra de invierno. No disponían de unidades de esquiadores, y los intentos de improvisarlas concluyeron de modo desastroso; además, tampoco disponían de equipo mimético blanco y tanto los medios motorizados como las armas no estaban debidamente protegidos contra las bajas temperaturas. A excepción de las primeras semanas, toda la campaña se desarrolló en condiciones climáticas singularmente duras, por lo que estas deficiencias constituyeron para las fuerzas rusas una desventaja muy grave.

Asimismo, la intervención de la Aviación rusa fue decepcionante. Aun teniendo el dominio absoluto del aire, no consiguió ejercer ninguna influencia decisiva sobre la marcha de la guerra. Es cierto que las desfavorables condiciones atmosféricas y las largas noches septentrionales reducían su actividad, pero, en conjunto, la Aviación sirvió de muy poco en los combates, ni consiguió infligir daños importantes a la retaguardia finlandesa. Y si se tiene en cuenta la modestia de las defensas antiaéreas, ya sea en artillería o en cazas de interceptación, las pérdidas rusas –casi 800 aviones– fueron muy elevadas, lo cual induce a creer que los aviones y sus equipos no eran de gran calidad.

No obstante, considerando las cosas objetivamente, cabía pensar que la superioridad numérica y material aseguraría a las fuerzas rusas una rápida victoria. En el mapa, la larga frontera entre Finlandia y Rusia parecía indefendible ante fuerzas tan superiores, pero esta impresión era errónea. Casi todos los territorios fronterizos estaban poblados de intrincados bosques, pantanos y lagos, obstáculos difíciles para un Ejército moderno. Por ello, los finlandeses sólo se veían obligados a mantener una línea defensiva continua en el istmo de Carelia; en el resto de la frontera, los únicos puntos vulnerables eran las carreteras, pero tan «encerradas» entre bosques y lagos que las tropas invasoras no disponían de espacio suficiente para desplegar. Para los rusos era como tratar de avanzar por una serie de gargantas; podían ser fácilmente contenidos por fuerzas muy inferiores y además las líneas de comunicación a ambos lados de la frontera eran tan escasas que solamente permitían el empleo de fuerzas muy limitadas.

El Mando finés había calculado que a lo largo de la frontera, que alcanzaba casi 1000 km, los rusos podían emplear solamente 12 divisiones, siete de ellas en el istmo y cinco en el frente oriental. A las nueve divisiones finlandesas, que operaban en condiciones favorables para una

buena defensa, no les hubiera sido imposible contener un ataque de esta índole. Pero en realidad los finlandeses se encontraron ante la desagradable sorpresa de un enemigo que atacaba con casi 26 divisiones, aunque no todas ellas podían desplegar al mismo tiempo. Frente a esta situación imprevista, cabía, no obstante, la solución de imponer al Ejército ruso una costosa batalla de desgaste.

A la larga, Rusia también hubiera ganado una guerra de estas características, pero los finlandeses habían calculado que mucho antes de que esto sucediera, otros países intervendrían en su ayuda. No pensaron nunca en la posibilidad de combatir solos contra Rusia durante mucho tiempo.

Zona peligrosa

Según el Mando finlandés, el único frente peligroso era el del istmo de Carelia; solamente en aquel punto los rusos podían desplegar fuerzas suficientes para abrirse paso hacia el interior del país. Y para neutralizar su inferioridad en esta zona los fineses habían organizado una línea defensiva, a cierta distancia de la frontera, con objeto de dar a sus tropas de cobertura el espacio suficiente para ejercer una acción retardatriz mientras se ponía en marcha la movilización del Ejército. Esta línea se apoyaba, por el Oeste, en Koivisto, con sus potentes baterías costeras, y por el Este seguía la línea del río Vuoksi hasta su desembocadura en el lago Ladoga. Entre el Vuoksi y el mar se extienden amplias zonas cubiertas por lagos y pantanos; únicamente en la parte central, donde discurría la carretera de mayor tránsito y el ferrocarril de Viipuri, se abre una zona bastante amplia y despejada: el sector de Summa, la zona más vulnerable.

En conjunto, el frente defensivo cubría casi 65 km; y sin contar las casamatas, las trincheras, los campos minados, las alambradas y los obstáculos contracarros, la línea defensiva comprendía 75 fortificaciones de cemento armado (ampliadas en 1939) y 44 «bunkers». Dichas organizaciones defensivas eran más densas, lógicamente, en los sectores más vulnerables, aunque no había más de tres por kilómetro de frente, lo cual, teniendo en cuenta la naturaleza del terreno, significaba que no era posible un eficaz cruce de fuegos. Más grave era aún el hecho de que los finlandeses sólo dispusieran de ametralladoras ya anticuadas y carecieran de cañones contracarro.

Esta era, pues, la famosa «línea Mannerheim», constituida en más de su mitad por casamatas y en ningún aspecto comparable a la línea Maginot.

Al empezar las hostilidades, Mannerheim asumió el mando y estableció su Cuartel General en Mikkeli. Al principio, las fuerzas finlandesas estuvieron desplegadas del siguiente modo:

- *El istmo de Carelia* estaba defendido por el Ejército de Carelia, al mando del teniente general Osterman, formado por dos Cuerpos de Ejército. A la derecha se encontraba el Cuerpo de Ejército II, al mando del teniente general Oquist, con el grueso de sus fuerzas dispuesto sobre la línea Mannerheim, desde el golfo de Finlandia al Vuoksi; tres divisiones del Ejército de campaña estaban en línea, mientras que otra división, constituida en tiempo de paz y por lo tanto de calidad superior, se encontraba en reserva. A la izquierda del despliegue se hallaba el Cuerpo de Ejército III, mandado por el general de división Heinrichs, que defendía la línea del Vuoksi hasta el lago Ladoga con dos divisiones. Delante de la línea defensiva estaban desplegados cuatro Grupos de cobertura, compuestos por guardias de frontera, batallones «Jäger» (cazadores e infantería ligera escogida), algunas unidades de Caballería y elementos del cuerpo de defensa.
- *Al norte del lago Ladoga* se encontraba el Cuerpo de Ejército IV, al mando del general de división Hägglund, formado por dos divisiones y unidades de cobertura, cuyo flanco izquierdo se apoyaba en la ciudad de Homantsi.
- *Al Norte, hasta el Ártico*, el general de división Tuompo mandaba numerosos batallones y compañías especiales que, desplegados a lo largo de la frontera, defendían todas las carreteras que la cruzaban. Mannerheim tenía en reserva dos divisiones del Ejército de campaña: una, estacionada en las proximidades de Viipuri, y otra en fase de creación en Oulu, en la zona noroccidental

Al ser esta última una división de creación reciente (la 10ª), no tenía artillería y uno de sus tres regimientos de Infantería había sido ya enviado hacia el Sur, al istmo.

El plan finés preveía que las fuerzas de cobertura se retirasen, combatiendo, hasta la línea Mannerheim, donde sería posible contener a los rusos. Al norte del lago Ladoga, el Cuerpo de Ejército IV impediría cualquier infiltración sobre la retaguardia del Ejército de Carelia, atrayendo a los rusos a lo largo de la orilla del lago para después efectuar un contraataque sobre el flanco y la retaguardia. Cualquier eventual infiltración rusa al norte de Homantsi tenía que ser contenida y, en el caso de que hubiera fuerzas de reserva, disponibles, contratacada de flanco y de revés y aniquilada.

En el istmo de Carelia las fuerzas rusas estaban constituidas por el Ejército 7, al mando de Meretskov y formado por 12 divisiones de Infantería, un Cuerpo de Ejército Acorazado y tres Brigadas de Carros, y más al Norte estaban desplegados el Ejército 9, con cinco divisiones y el Ejército 14, con tres divisiones, en la región de Murmansk.

El plan ruso había previsto que Meretskov atacase a lo largo del istmo de Carelia, ocupase Viipuri y luego efectuase una penetración hacia el oeste en dirección a Helsinki. Al mismo tiempo, el Ejército 8 debía avanzar al norte del Ladoga, a fin de situarse en la retaguardia de las posiciones finlandesas sobre el istmo. El Ejército 9 cruzaría la frontera por tres puntos, correspondientes a las carreteras que conducían a Kuhmo, Suomussalmi y Salla, para dividir en dos a Finlandia. Por último, el Ejército 14 debía ocupar la región de Petsamo, con objeto de cortar a los finlandeses el acceso al Ártico.

Lo que realmente escapó a las previsiones del Mando finlandés fue la entidad de fuerzas rusas que podrían operar al norte del lago Ladoga. Los rusos habían mejorado las carreteras al oeste de la línea férrea que llegaba a Murmansk, pero aun así, la idea de lanzar tan considerables fuerzas a lo largo de líneas de comunicación tan exiguas y mediocres era indudablemente audaz. Se trataba de una temeridad que muy pronto lamentarían.

Empiezan los combates

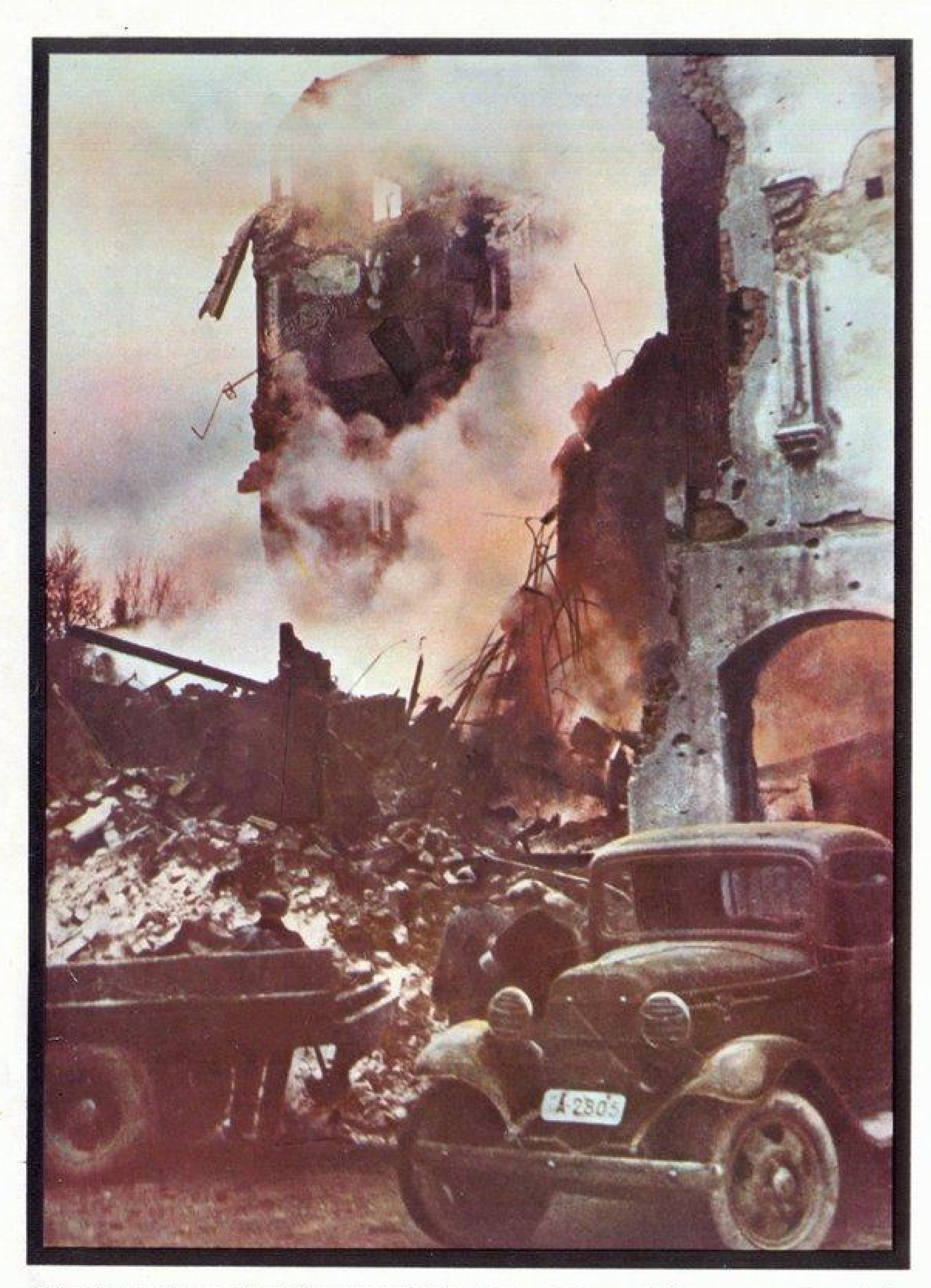
Los primeros encuentros en el istmo se desarrollaron, en su mayor parte, de acuerdo con lo previsto por los finlandeses. La retirada de las fuerzas de cobertura duró hasta el 5 de diciembre, fecha en que los rusos alcanzaron la línea Mannerheim en el sector ocupado por el Cuerpo de Ejército II, pero en el sector defendido por el Cuerpo de Ejército III, donde el terreno era más favorable para la defensa, los fineses estaban todavía combatiendo en posiciones avanzadas respecto a dicha línea defensiva. Los finlandeses afirmaron haber infligido grandes pérdidas al invasor; pero de lo que no hay duda es que su mayor éxito fue adquirir rápidamente cierta experiencia bélica, sobre todo en cuanto a los carros de combate. Durante los primeros días, algunas unidades fueron presa del pánico al verlos avanzar a su espalda. Los fineses no disponían todavía de armas contracarros, pero muy pronto descubrieron la gran eficacia de las «bombas-gasolina». Como quiera que los carros rusos operaban sin coordinación con la infantería, los finlandeses podían dejarlos penetrar en sus posiciones durante el día, para después arrojarlos por la noche. Mannerheim, además, ordenó que en cada unidad se constituyesen destacamentos especiales contra los carros de combate; o sea, que las fuerzas finesas, al verse obligadas a hacer frente a los carros, aprendieron a neutralizarlos.



Efectos de uno de los terribles bombardeos rusos sobre Viipuri. La aviación soviética pagó a alto precio –casi 800 aviones derribados– el apoyo que prestó a las fuerzas de tierra, así como sus acciones de bombardeo contra las ciudades. (Archivo Rizzoli)

Otra característica importante de las operaciones de esta primera fase, fue la poca seguridad de las unidades rusas en el campo táctico. Los rusos lanzaban su infantería en columnas compactas, que los finlandeses podían rechazar fácilmente, mientras los carros y la artillería no conseguían llegar a una eficaz cooperación con la infantería. Los finlandeses pudieron conseguir así fáciles éxitos que elevaron su moral.

Al norte del Ladoga, los acontecimientos también sucedían como los finlandeses habían previsto. En el sector del Cuerpo de Ejército IV, dos



Bombardeos en Helsinki: en la tenacidad demostrada tanto por la población civil como por el Ejército finlandés influyó en gran manera, entre otras cosas, la ayuda que les llegó de los países occidentales, si bien ésta fue más moral que material. *(Archivo Rizzoli)*

divisiones rusas avanzaban lentamente hacia la orilla del lago, viéndose obligadas a detenerse frente a las posiciones finlandesas. Más al norte continuaron hasta Kollaa, y allí, después de tres días de lucha desesperada, del 7 al 10 de diciembre, también fueron detenidos. Al norte de Suojärvi, una división avanzaba hacia Tolvajärvi, mientras a la izquierda del despliegue del Cuerpo de Ejército IV otra división rusa se dirigía decididamente hacia Homantsi.

Mannerheim se vio obligado a intervenir, enviando a Tolvajärvi y a Homantsi refuerzos retirados de su reserva. El 6 de diciembre independizó este sector, poniéndolo bajo el mando del coronel Talvela. Las tropas de refuerzo finesas consiguieron detener el avance ruso hacia Tolvajärvi, en un brillante ataque, y estabilizaron el frente de Homantsi. Pero entonces Mannerheim tuvo que apresurarse a rebuscar nuevas reservas para enviarlas al Ladoga, donde los rusos, inesperadamente, habían lanzado un violento ataque. Esta situación se vio agravada por la repetición de la maniobra más al norte, a lo largo del frente de Tuompo.

El día 3 de diciembre, un regimiento de la división finlandesa que se estaba constituyendo en Oulu, fue enviado a frenar el avance ruso en Kuhno, y el 8 de diciembre, la División 64 rusa fue detenida a consecuencia de fuertes contraataques. Pero al norte de este sector, otra división rusa conseguía avanzar hasta Suomusalmi, la cual ocupó el 7 de diciembre, siendo, no obstante, detenida más tarde por el último contingente constituido a las órdenes del general Wallenius. En Petsamo, los finlandeses tuvieron que retirarse bajo la fuerte presión enemiga hasta que, el 8 de diciembre, consiguieron detener el avance ruso hacia Nautsjoki. Pero lo grave era que, en poco tiempo, las tropas finlandesas se habían visto obligadas a emplear más de la mitad de las insuficientes reservas a disposición del Comandante en Jefe.

En tales circunstancias adquirió la mayor importancia el primer ataque ruso contra la línea Mannerheim. El Ejército rojo necesitó casi diez días para desplegar nueve divisiones y el Cuerpo de Ejército Acorazado. El ataque se desarrolló en dos fases: el 15 de diciembre, en Taipale, la artillería soviética inició la preparación contra el Cuerpo de Ejército III, y durante un par de días tres divisiones intentaron abrirse paso en las defensas finesas. Pero el intento fue un completo fracaso. Entre el 25 y el 27 de diciembre los rusos lo intentaron de nuevo, un poco más al norte, fracasando otra vez. Era evidente que dichas operaciones tenían sobre todo un carácter demostrativo y que la línea finlandesa debía romperse en cualquier otro punto; por ello, los ataques del 25 y del 27 no parecieron tener ningún significado estratégico.

La ofensiva rusa en el sector de Summa empezó el 16 de diciembre con una intensa preparación de artillería. La batalla resultó una verdadera «guerra de nervios». Mientras unos 70 carros rusos rebasaban las posiciones defensivas finlandesas, la infantería permanecía en las trincheras y en los «bunkers», en tanto que la infantería rusa, que avanzaba separada de sus carros, era rechazada por las ametralladoras de los defensores. Al oscurecer, los fineses pusieron en acción a sus hombres especialmente adiestrados en la lucha contra los carros, poniendo fuera de combate a los que habían quedado dentro de sus líneas. El ataque ruso se repitió en los dos días sucesivos, y en cada ocasión, de 70 a 100 carros penetraban en las organizaciones defensivas finlandesas, mientras los defensores permanecían inmóviles en sus posiciones. Cuando, al fin, el 22 de diciembre, los ataques cesaron, las posiciones finlandesas estaban intactas. Para los rusos la batalla había terminado en una derrota; no obstante, los mandos finlandeses estaban preocupados por la facilidad con que los carros habían podido penetrar en sus líneas. Se dieron cuenta de que, si la infantería rusa hubiera avanzado con sus carros de combate, en vez de moverse separadamente, los defensores se hubieran encontrado en una difícil situación.

El Mando finés, disponiendo aún de una división de reserva intacta, y presumiendo la desorganización soviética después de los reveses sufridos, decidió llevar a cabo una ambiciosa contraofensiva, en el curso de la cual cinco de sus divisiones efectuarían un movimiento envolvente. El ataque, realizado la mañana del 23 de diciembre, progresó durante el día, pero muy ligeramente, y por la noche fue detenido. Dos fueron las causas de este fracaso: una, el hecho de que las tropas finlandesas no estuvieran entrenadas para efectuar operaciones ofensivas en gran escala, y la otra que no dispusieran de los medios necesarios para asegurar el constante apoyo de la artillería mientras progresaba su ataque. Por otra parte, los rusos no estaban desmoralizados; se habían atrincherado hábilmente en sus posiciones y se defendían con gran decisión. Los finlandeses tuvieron unas 1500 bajas y su moral recibió un duro golpe. De todas formas, es posible que los rusos quedaran escarmentados, ya que el frente del istmo entró en una fase de relativa inactividad. A fines de diciembre concluyó la primera fase de esta campaña. La invasión rusa había sido rechazada y la iniciativa estaba ahora en manos de los fineses, que la mantendrían hasta los últimos días de enero.

Política y diplomacia

En el terreno político, los finlandeses no llegaban a creer, al principio, que los rusos pensaran seriamente en una guerra y habían decidido formar un gobierno de unidad nacional con el fin de reanudar las conversaciones, si ello era posible, y, en el caso de no serlo, con el propósito de resistir con todos los medios disponibles. Fue designa-

do como nuevo Primer Ministro Risto Ryti, mientras que Tanner pasaba a Asuntos Exteriores y Paasikivi era nombrado ministro sin cartera. Todos los partidos políticos, a excepción del de inspiración fascista, entraron a formar parte de este gobierno, cuya primera medida fue intentar ponerse en contacto inmediatamente con la URSS, a través de Suecia y Estados Unidos, haciendo saber que estaba dispuesto a concertar «nuevas propuestas políticas». El día 3 de diciembre puso el asunto en manos de la Sociedad de Naciones, pero al día siguiente la URSS aclaró explícitamente su postura, sosteniendo que el gobierno legal de Finlandia era el presidido por Kuusinen, que entre Rusia y Finlandia no había ninguna controversia y que la cuestión de negociar con Helsinki no se podía tener en cuenta. Ante esta actitud, el gobierno finlandés se dirigió de nuevo a la Sociedad de Naciones solicitando ayuda contra el agresor; el 14 de diciembre la Sociedad expulsó a la URSS y exhortó a todos los países miembros a proporcionar la máxima ayuda a Finlandia.

La opinión pública mundial estaba en su casi totalidad a favor de Finlandia, y la llamada de la Sociedad de Naciones tuvo una gran resonancia en todo el mundo, tanto en los países miembros de la Sociedad como en los que no formaban parte de ella. La única excepción fue Alemania. Para Hitler la cuestión era muy importante; el canciller alemán sabía que el acuerdo estipulado con la URSS le obligaba a ello, por lo que, no solamente aprobó la actuación soviética, sino que además la apoyó activamente. Fue entonces cuando Alemania hizo saber que no enviaría material bélico a Finlandia, ni permitiría que otros países lo hicieran a través de su territorio; al mismo tiempo presionó a los Estados escandinavos para que rechazasen las propuestas de Gran Bretaña y Francia de enviar tropas a Finlandia a través de sus territorios.

Dada la actitud de Alemania y el estado de guerra existente en Europa, cualquier ayuda a Finlandia tenía que ser enviada por mar hasta Noruega, y después por tierra a través de Suecia, lo cual era posible ya que la presión «obstruccionista» ejercida por Alemania no se extendía al paso de material bélico o de voluntarios. Pero se trataba, como es fácil deducir, de un recorrido muy accidentado y en el que los desplazamientos forzosamente debían de ser lentos. La consecuencia fue que la mayor parte de los auxilios no pudieron llegar a tiempo. La ayuda consistía en dinero, material de guerra y voluntarios. Numerosos países, en particular Estados Unidos y Suecia, recogieron fondos para Finlandia y le concedieron generosos préstamos. El material bélico enviado por Inglaterra y Francia, entre el que figuraban más de 100 aviones, era en su mayor parte moderno, pero en cambio el material de equipo era anticuado, pues hay que tener en cuenta que ambas naciones estaban asimismo en guerra. Suecia aportó 80.000 fusiles, 85 cañones contracarros, 104 piezas antiaéreas y 112 cañones de campaña. Esta fue la mejor ayuda, ya que llegó a su destino a tiempo para ser empleada en la lucha.

A partir de este momento, lo que Finlandia necesitaba por encima de todo eran hombres bien adiestrados. Solamente Suecia se los podía proporcionar, pero siempre rehusó hacerlo. Gran Bretaña y Francia, por su parte, habían acordado enviar tropas, pero este proyecto nunca llegó a realizarse. Así pues, a Finlandia llegaron tan sólo voluntarios, que tuvieron que ser equipados y adiestrados en el país, lo cual requirió tanto tiempo que únicamente pudieron entrar en acción, ya en los últimos días de la guerra, dos batallones formados por voluntarios suecos.

Es difícil valorar la efectividad de la ayuda proporcionada por otros países. Pero sea la que fuere, para los fineses el valor «moral» fue enorme, puesto que evitó que las tropas y la opinión pública se dieran cuenta de lo peligrosamente aislado que estaba el país. En el plano material la asistencia proporcionada por Suecia fue de una efectiva importancia práctica, sobre todo los cañones contracarros y antiaéreos. El resto del material bélico era tan heterogéneo en cuanto a calidad y tipo que su utilidad fue a menudo muy dudosa. El hecho de tener que recurrir a municiones de los más diversos calibres constituyó siempre un contratiempo, y muchas veces hasta un peligro. En conjunto puede decirse que, aparte del positivo efecto sobre la moral finlandesa, la ayuda proporcionada por los otros países no ejerció ninguna influencia determinante sobre el resultado final de la lucha. Los fineses, naturalmente, acogieron dicha ayuda con los brazos abiertos, pero la verdad es que fue escasa y llegó demasiado tarde.

Los finlandeses contraatacan

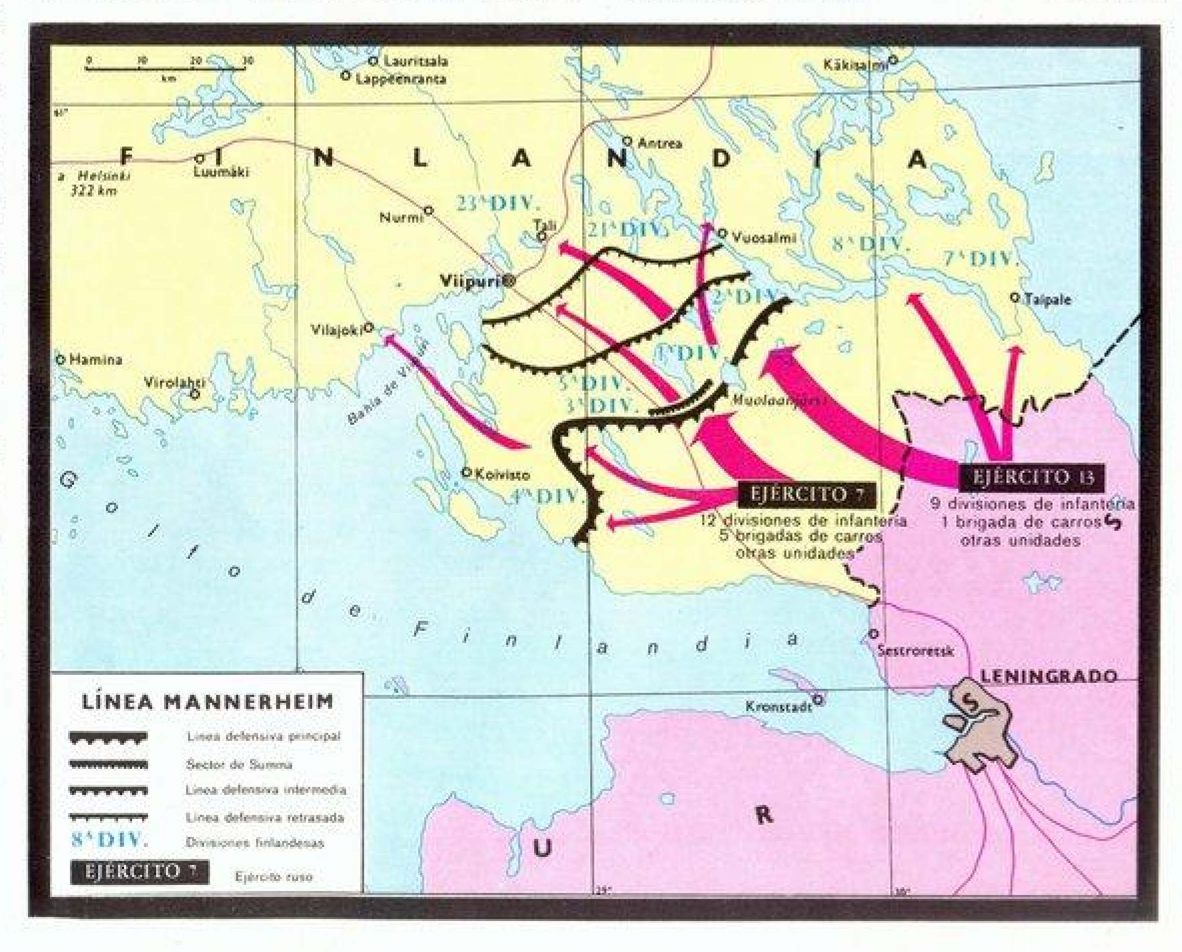
Mientras en el istmo de Carelia las operaciones militares perdían intensidad, la actividad bélica se trasladaba al frente oriental, donde los finlandeses habían llevado a cabo una serie de eficaces contraataques. Todas estas acciones tuvieron un desarrollo sustancialmente análogo: un contingente ruso, obligado a utilizar la carretera, se veía detenido a causa de la resistencia finlandesa, las dificultades en los aprovisionamientos y las particulares condiciones atmosféricas. Aprovechando su movilidad en campo abierto y en los bosques, los finlandeses atacaban por los flancos y retaguardia a las columnas rusas, fragmentándose con frecuencia en núcleos que, en vez de retirarse, constituían «posiciones erizo», llamadas «motti» por los finlandeses. Los «motti» más grandes llegaron incluso a resistir hasta el final de la guerra, siendo abastecidos por vía aérea, mientras los más pequeños eran sistemáticamente aniquilados.

La División 168 rusa fue situada en la orilla septentrional del Ladoga, en Kitelä, con la División 18 a su derecha. El primer intento del Cuerpo de Ejército IV finés, de atacar el flanco y la retaguardia soviéticos, falló; e igualmente el segundo, que se llevó a cabo el día 17. Pero los rusos estaban ya demasiado agotados para aprovechar el éxito y avanzar a continuación. Por lo cual, el 26 de diciembre los finlandeses iniciaron un tercer ataque. Las condiciones atmosféricas eran tan malas que obstaculizaban los movimientos de los rusos, pero en cambio eran inmejorables para las unidades de esquiadores. La ofensiva finesa llegó a su punto álgido el 5 de enero, cuando la División 18 rusa fue aislada y obligada a refugiarse en los «motti». Dos días más tarde los finlandeses alcanzaron la orilla del lago, a retaguardia de la División 168 rusa, que se vio obligada a encerrarse en un gran «motti», en Kitelä, siendo fácilmente exterminados los que intentaron romper el cerco. Los dos «mottis» más retrasados de la División 18 consiguieron resistir hasta el fin de las hostilidades.

En el caso del gran «motti» de Kitelä, en el que se encerró una división entera y que era aprovisionado por la aviación, los finlandeses, al no conseguir resultados positivos, tuvieron que limitarse a destruir las columnas de refuerzo que intentaban atravesar el lago, entonces helado. De todos modos, la División 18 rusa fue prácticamente aniquilada, y los finlandeses pudieron apoderarse de casi todo su armamento pesado. En el transcurso de toda la operación, sobre el sector vital de Kollaa, el Ejército finés tuvo que hacer frente casi sin refuerzos, a fuerzas rusas muy superiores. Así pues, aun cuando el Cuerpo de Ejército IV consiguió brillantes victorias, éstas no pudieron ser completas. Los finlandeses pensaron que, tras vencer a los rusos, podrían trasladar el grueso de dicho Cuerpo de Ejército a otros frentes, pero la imprevista y prolongada resistencia soviética impidió poner en práctica estos planes.

Más al norte, las tropas finlandesas consiguieron una espectacular victoria sobre la División 139 rusa en Tolvajärvi. Las fuerzas finesas, conducidas por Talvela, atacaron el 12 de diciembre, y, tras dos días de una lucha durísima, la citada división comenzó a retirarse en desorden, perseguida y acosada por los continuos y fuertes ataques de las tropas finlandesas que se movían a través de los bosques. En ayuda de la División 139 intervino la 75, que sufrió la misma suerte. El 24 de diciembre los finlandeses consiguieron hacer retroceder a los rusos hasta Aittojoki, donde el frente quedó definitivamente establecido.

La penetración rusa por el frente del istmo de Carelia dio un giro decisivo a todo el desarrollo del conflicto ruso-finés. La línea Mannerheim acabó por ceder y derrumbarse en el sector de Summa: quedaban aún la línea «intermedia» y la «retrasada» de dicho frente. (Archivo Rizzoli)



La victoria de Tolvajärvi fortaleció el flanco septentrional del Cuerpo de Ejército IV, y procuró a los finlandeses un rico botín que comprendía, entre otras cosas, 60 carros y 30 cañones. Más tarde se llevó a cabo otro intento para hacer retroceder a la División 155 en Homantsi, pero falló, si bien se consiguió estabilizar el frente hasta el final de las hostilidades. El gran mérito de estos éxitos se atribuye a Talvela, sobre todo por haber conseguido dosificar sus escasas fuerzas de tal forma que todas las unidades pudieron descansar brevemente, sin que la ofensiva perdiera continuidad ni fuerza.

Pero el triunfo más importante de los finlandeses fue el que obtuvieron en Suomussalmi, al mando del general Siilasvuo. Éste dirigió contra la División 163 rusa, concentrada en la citada población, un ataque frontal, acompañado como siempre por acciones sobre los flancos y la retaguardia. Los progresos en un principio fueron modestos, y como los rusos oponían una enérgica resistencia, se pensó que estaba por llegar la División 44 rusa. Pero el 22 de diciembre, a Siilasvuo le prometieron el envío de refuerzos, lo que le decidió a atacar de nuevo el día 26. La acción se vio retrasada por un fuerte contraataque de la División 163 soviética, pero cuando los refuerzos finlandeses entraron en combate, los rusos no pudieron resistir, y unos días más tarde se dispersaban en una fuga desordenada. Los finlandeses capturaron 11 carros, 25 cañones y 150 camiones.

El éxito finés fue posible por el extraño letargo en que había caído la División 44 rusa, la cual, pese a la escasa fuerza que se le oponía, en lugar de apresurarse a relevar a la 163, se había detenido para organizar la defensa. Dicha defensa ocupaba varios kilómetros de carretera, y apenas Siilasvuo tuvo las nuevas fuerzas a su disposición, inició el ataque sobre su flanco; la división rusa empezó a disgregarse y pequeños grupos de supervivientes se refugiaron en los bosques, donde fueron capturados en su mayor parte por las patrullas de esquiadores fineses. El botín fue espectacular: 35 carros de combate, 25 cañones contra-carros y 250 camiones. La victoria de Suomussalmi había sido completa. Siilasvuo había aniquilado las tropas rusas que avanzaban hacia Oulu y el enemigo ni siquiera intentó repetir el ataque.

La División 9 de Siilasvuo quedó así disponible para ser destinada a otro sector.

El mando finlandés decidió entonces emplear la División de Siilasvuo para intentar un nuevo ataque contra la División 54 rusa, en Kuhno. Pero cuando la citada división llegó a este frente, el 28 de enero, encontró a los rusos bien preparados para la defensa. A pesar de no disponer de artillería pesada, y contar con pocas municiones para la ligera, Siilasvuo confiaba en conseguir un nuevo éxito, y así el 29 de enero comenzó a atacar los flancos y la retaguardia del enemigo. La resistencia rusa fue tenaz y los finlandeses no pudieron reducir los «motti». Una nueva división rusa, la 23, llegó en socorro de las fuerzas cercadas y Siilasvuo tuvo que emplear todas sus unidades para contenerla.

Todavía más espectacular fue, en el mes de febrero, la batalla contra la misión de socorro confiada a una brigada rusa de esquiadores, los cuales debían atravesar una amplia zona. Esta fue la única tentativa soviética para emular la gesta de las unidades de esquiadores finlandesas; dicha brigada, al mando del coronel Dolin, había sido formada apresuradamente al empezar la guerra y, por lo tanto, su instrucción era muy deficiente. Su torpe táctica le condujo sin tardar a un final desastroso, demostrando que no era suficiente el hecho de enseñar a los soldados a esquiar.

A pesar de este éxito, la batalla de Kuhno constituyó para los finlandeses una derrota estratégica, pues los «motti» de la División 54, apoyados por la aviación, resistieron hasta el final de la guerra, empeñando por completo a la División de Siilasvuo.

Quizás se podría creer que los finlandeses cometieron un error al iniciar esta operación, pues la División 54 rusa había sido ya detenida en diciembre y no daba muestras de tener intenciones agresivas. Mientras tanto, las tropas de Siilasvuo hubieran podido utilizarse como valioso refuerzo en el frente del istmo.

Por otra parte, se debe hacer notar que la División 23 estaba en camino, por lo cual quizás los finlandeses hubieran tenido que intervenir de todos modos.

El 2 de enero, en Salla, los finlandeses lanzaron una ofensiva análoga, pero esta vez sus fuerzas fueron rechazadas y los rusos siguieron manteniendo sus posiciones. Y si bien más tarde éstos se retiraron bajo la enérgica presión finlandesa, sus fuerzas en este frente permanecieron casi intactas.

Toda esta serie de operaciones llevadas a cabo por los finlandeses en el frente oriental constituyen, desde el punto de vista militar, una empresa única y extraordinaria. Y si el Ejército finlandés hubiera podido disponer de las suficientes fuerzas de reserva o de una artillería adecuada, los rusos habrían sido completamente aniquilados. Sin embargo, a pesar de sus brillantes éxitos tácticos, los fineses no consiguieron la victoria estratégica. Debían de haber eliminado totalmente las columnas soviéticas, a fin de poder actuar con el grueso de sus fuerzas en el frente del istmo, lo cual solamente consiguieron en el sector de Sumussalmi, y aún en este caso, las tropas de Siilasvuo quedaron empeñadas en el frente oriental.

Mortero en acción en una posición del istmo de Carelia. Esta zona constituía el frente más peligroso para el Mando finlandés, ya que era el único punto donde debían mantener una línea defensiva continua. *(Archivo Rizzoli)*



Sondeos de paz

No obstante lo cual, en enero, el desarrollo de los combates seguía siendo alentador para los finlandeses. La opinión pública llegó a pensar que Finlandia estaba ganando la guerra, y ello daba a las esferas gubernativas un cierto optimismo. A mediados del mismo mes, incluso Mannerheim, siempre tan prudente, creyó que si llegaban los auxilios prometidos en material y voluntarios, el país podría defenderse todavía por algún tiempo.

Pero el Gobierno sabía ya que se imponía llegar a un acuerdo. Empezaron a circular rumores según los cuales la URSS estaba dispuesta a negociar con Helsinki. Al principio el Gobierno finés trató de ponerse en contacto con los rusos por medio de Alemania, y como ésta deseaba el fin de la guerra cuanto antes, efectuó sondeos en Moscú, de los cuales resultó que la máxima concesión que Rusia estaba dispuesta a hacer era ampliar la base del Gobierno de Kuusinen. Sin embargo, parece ser que no era ésa la realidad, ya que la URSS había decidido proponer a Helsinki la iniciación de negociaciones. Por lo tanto, la actitud de los soviéticos, en aquella ocasión, fue debida, con toda seguridad, a que no querían que Alemania desempeñase una función mediadora, asegurándose de este modo cierta influencia sobre Finlandia.

Los rusos se sirvieron de otros medios. El día 1 de enero, Hella Woulijoki, dramaturgo finlandesa socialista, informó a Tanner, ministro de Asuntos Exteriores, de haber recibido la proposición de trasladarse a Estocolmo para ponerse en contacto con la señora Kollontai, amiga suya y embajadora soviética en Suecia. Tanner dio su autorización el día 10. La Sra. Kollontai se mostró bien dispuesta y a aquel primer coloquio siguieron una serie de contactos oficiosos. El 29 de enero la URSS envió una nota al Gobierno sueco que, entre otras cosas decía: «La URSS, en principio, no tiene ningún inconveniente en llegar a un acuerdo con el Gobierno de Ryti-Tanner». La nota decía también que Finlandia debía aclarar explícitamente qué clase de concesiones estaba dispuesta a hacer, y añadía que los términos de las pretensiones soviéticas irían esta vez más lejos que las propuestas el otoño pasado. De este modo quedaba abierto el camino de la paz, ya que la URSS admitía estar dispuesta a no contar con el Gobierno Kuusinen y, con ello, a la idea de apoderarse de Finlandia. Pero también se vio claramente que las pretensiones soviéticas iban dirigidas a la cesión de Hanko, y desde luego los jefes finlandeses no estaban dispuestos a claudicar aún en este punto. Entonces Tanner se trasladó a Estocolmo para entrevistarse con la embajadora Kollontai, dándole a entender que Finlandia podría desprenderse de una isla frente a la costa, a lo que Moscú replicó que sobre aquella base ni siquiera habría iniciado conversaciones. Es posible que a fines de enero, antes de que los rusos lanzaran su ofensiva en el istmo, Finlandia hubiese podido obtener la paz basándose en las pretensiones soviéticas del otoño anterior, pero sin las compensaciones territoriales que Rusia había ofrecido entonces. No obstante, los finlandeses estaban tan animados por sus momentáneos éxitos militares y por los insistentes rumores de una intervención militar inglesa y francesa, que creyeron poder arrancar unas condiciones más favorables. Fue necesaria la derrota militar para que se plantearan más seriamente el problema de la presencia soviética.

Ryti y Tanner discutieron la situación en el curso de una reunión del Consejo de Defensa, convocada el 10 de febrero, a la que también asistió Mannerheim. En el transcurso de la misma se convino en que las directrices políticas que podía adoptar el país, en relación con Rusia, eran tres: conseguir la paz con la URSS ofreciendo una isla en vez de Hanko; continuar la guerra con la ayuda activa de Suecia, si ello se pudiera conseguir; aceptar, como último recurso, la oferta de intervención que Gran Bretaña y Francia estaban insinuando. Este esquema se propuso al Comité de Asuntos Exteriores, el cual se mostró decididamente partidario de un acuerdo de paz, pero justo aquel mismo día se hundió el frente finlandés del istmo de Carelia, trastornando todos los planes.



Una pieza de artillería finlandesa en acción. Cada división finesa contaba solamente con 36 piezas, todas ellas de modelos anteriores a 1918, con un alcance máximo relativamente reducido. *(Archivo Rizzoli)*

El hundimiento de la línea Mannerheim

Ante los resultados negativos de la ofensiva de diciembre, el Mando ruso se había convencido de que sólo un ataque cuidadosamente preparado contra las posiciones finlandesas podía tener éxito. El nuevo despliegue del Ejército rojo empezó el 26 de diciembre, cuando el Ejército 13, bajo el mando de Grendal, sustituyó al Ejército 7 en el flanco derecho del frente, en el istmo de Carelia. El 28 de diciembre se cursaron nuevas órdenes de operaciones. No habría más ataques en masa, y se efectuaría un avance progresivo después de que la artillería hubiera desmantelado las fortificaciones de hormigón. Los rusos dedicaron más de un mes al adiestramiento de las unidades de combate, entrenándolas repetidamente en el ataque contra «bunkers», pero siempre actuando coordinadamente con la infantería, la artillería y los carros de combate.

El 7 de enero el Mando del nuevo frente noroccidental fue confiado a Timoshenko. La actividad bélica en el istmo, donde los rusos casi habían roto el contacto con el enemigo, se reanudó el 15 de enero, al iniciar la artillería su labor de destrucción sistemática de las posiciones finlandesas. A diario éstas resultaron gravemente castigadas, y cada noche los finlandeses se apresuraban a repararlas. Los grandes «bunkers» resistían bien los ataques, aun cuando los rusos asegurasen haber conseguido en algunos casos arrancarlos de raíz. La realidad era que, gracias a un constante reconocimiento aéreo, los rusos podían disparar como si se tratase de un ejercicio de tiro al blanco, mientras que los cañones finlandeses no tenían ni el alcance ni las municiones necesarias para responder eficazmente al fuego de las baterías soviéticas.

El día 1 de febrero se inició la gran ofensiva con ataques de sondeo por parte de la infantería. Los finlandeses tenían dispuestas seis divisiones, dos a lo largo de Vuoksi, y cuatro entre Vuoksi y el mar; el importante sector de Summa estaba defendido por la División 3. En reserva se encontraba una división de unidades bien instruidas y otras dos formadas después de estallar la guerra. Todas ellas trabajaban en la preparación de dos nuevas líneas defensivas, la «intermedia» y la «retrasada», las cuales comprendían solamente fortificaciones de campaña con obstáculos contracarros y alambradas.

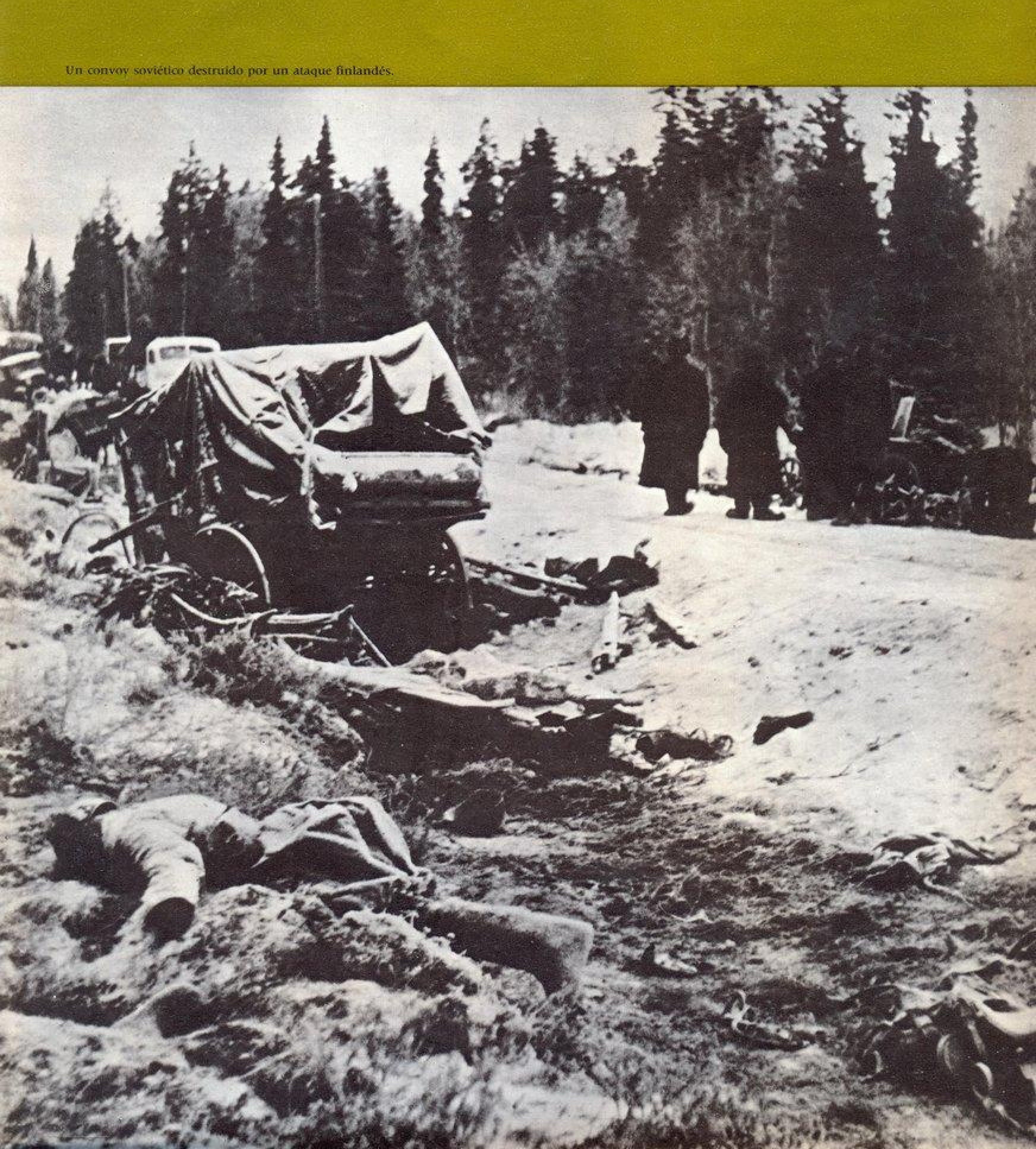
El nuevo Ejército 13 ruso, situado en el sector derecho del istmo de Carelia, constaba de nueve divisiones de Infantería, más una brigada y dos batallones de carros. Tenía que atacar entre el lago Muolaajävi y el Vuoksi, empleando cinco divisiones y la brigada de carros, siendo su objetivo la línea Käkisalmi-Antrea, que se encontraba bastante más allá de la línea «retrasada» finesa. El Ejército 7, constituido por doce divisiones de Infantería y cinco brigadas y dos batallones de carros, atacaría por el sector de Summa con ocho divisiones y una brigada de carros, teniendo como objetivo la línea Viipuri-Antrea. Inmediatamente después de la ruptura un grupo especial, formado por tres divisiones, con una brigada de carros, cruzaría rápidamente una zona helada del golfo de Finlandia, al oeste de Viipuri, para caer sobre el flanco de la línea «retrasada» finlandesa.

El plan de maniobra en las primeras fases del ataque fue puesto en práctica el 1 de febrero. Después de haber empleado 400 cañones en el sector de Summa para «ablandar» la posición, los rusos lanzaron simultáneamente sus carros e infantería, esta última transportada en gran parte en una especie de trineos arrastrados por los mismos carros. Los atacantes centraron sus esfuerzos sobre los «bunkers», situando los carros frente a las aspilleras para impedir que hicieran fuego los defensores, y al mismo tiempo disparando contra el interior. En estas condiciones, los finlandeses se vieron a menudo obligados a abandonar los «bunkers» y a combatir en las trincheras. Los rusos repitieron este tipo de ataque durante tres días, y, después de una pausa de 24 horas, durante tres más. Algunos consideran que los finlandeses cometieron un gran error al no aprovechar aquel breve descanso de 24 horas para sustituir la División 3 por la 5, que estaba entonces en reserva.

El 9 de febrero hubo una nueva pausa, que los finlandeses aprovecharon para enviar al sector de Summa un batallón de refuerzo. Esta unidad no tenía ninguna experiencia en los nuevos procedimientos tácticos empleados por los rusos, y ni siquiera disponía de sus efectivos al completo. Cuando el 11 de febrero la División 123 rusa consiguió romper el frente finés, los nuevos defenso-

AL PRINCIPIO LOS FINLANDESES OBTUVIERON BRILLANTES EXITOS...

Un convoy soviético destruido por un ataque finlandés.



1939

5 de octubre: una delegación finlandesa es invitada a ir a Moscú para iniciar conversaciones.
6 de octubre: cesa por completo la resistencia polaca.
12 de octubre: se inician en Moscú las conversaciones entre Finlandia y la URSS. Stalin precisa sus pretensiones territoriales, basadas en su deseo de proteger la seguridad estratégica de Leningrado y de las regiones árticas.
25 de octubre: los rusos rechazan las contrapropuestas finlandesas.
9 de noviembre: los finlandeses rechazan definitivamente las peticiones soviéticas.
13 de noviembre: la URSS decide lanzarse a la guerra y realizar gestiones para instituir en Finlandia un gobierno títere.
29 de noviembre: la URSS rompe sus relaciones diplomáticas con Finlandia.
30 de noviembre: La URSS invade Finlandia.
30 de noviembre – 27 de diciembre: los finlandeses se oponen a la ofensiva rusa.
13 de diciembre: batalla del Río de la PLata.
14 de diciembre: los rusos son expulsados de la Sociedad de Naciones.
27 de diciembre – 30 de enero: período de éxitos finlandeses.
27 de diciembre – 5 de enero: victoria finesa en Suomussalmi.

1940

1 de febrero: gran ofensiva rusa en el istmo de Carelia.
5 de febrero: se aprueba el plan aliado para ayudar a Finlandia.
12 de febrero: el gabinete finlandés opta por la paz: cede la línea defensiva del istmo de Carelia.
27 de febrero: los finlandeses se retiran, abandonando la línea defensiva intermedia.
3 de marzo: los rusos alcanzan los suburbios de Viipuri.
4 de marzo: cabeza de puente rusa en Vilajoki.
5 de marzo: los finlandeses deciden aceptar las condiciones de paz como base de discusión.
13 de marzo: el tratado de Moscú pone fin a la guerra.

Una columna de camiones rusos abandonados. *(Fox Photos)*



Los renos se emplearon para ayudar a las unidades de esquiadores finlandeses.


(Ullstein)

Unidades de esquiadores soviéticos, cuya actuación acabó en un desastre.


(Ullstein)



Infantería finlandesa en acción en una posición defensiva.


(Fox Photos)

Muchos heridos rusos murieron por congelación. *(United Press)*







Infantería finesa. La «guerra de invierno» se desarrolló en unas condiciones que, insospechadamente, fueron favorables a los finlandeses.

A pesar de que muchos soldados finlandeses nunca habían visto un carro de combate –hasta que se vieron precisados a enfrentarse con ellos–, supieron batirlos con gran eficacia, utilizando bombas de gasolina. Durante las primeras fases de la campaña, los campos de batalla quedaron sembrados de carros soviéticos inutilizados. *(History of the Second World War)*

res apenas habían tenido el tiempo necesario para orientarse en sus posiciones.

No se sabe exactamente lo que sucedió, pues fueron muy pocos los que sobrevivieron; lo cierto es que a las 12,30 parte del frente, en el sector de Summa, había sido abandonado y que por la tarde los rusos consiguieron llegar a la retaguardia de las posiciones defensivas. Los finlandeses resistieron hasta el 12 de febrero, pero como quiera que con sus contraataques no conseguían recuperar la línea defensiva inicial, el 14 de febrero, Oquist, Comandante del Cuerpo de Ejército II, solicitó permiso para retirarse hacia la línea «intermedia», lo que Mannerheim aprobó. La línea Mannerheim sólo había cedido en este punto después de dos semanas de duros combates. En todos los demás sectores los ataques eran contenidos, aunque con grandes dificultades.

El hundimiento del frente de Summa representó un giro decisivo en la guerra. Los motivos que lo determinaron son muy complejos; sin duda los finlandeses cometieron algunos graves errores en aquella línea defensiva, sobre todo en lo concerniente a los «bunkers», que estaban situados de tal modo que no podían apoyarse mutuamente y por lo tanto el enemigo pudo eliminarlos sin excesivas dificultades.

Sin embargo, los factores decisivos fueron el agotamiento físico de los fineses y la falta de municiones de artillería. Las unidades que se encontraban en el frente estaban incompletas, ya que el Alto Mando decidió emplear a los reservistas para formar unidades de refresco. Pero luego resultó que estas unidades eran tan inexpertas que en algunas ocasiones se dudaba en emplearlas. A ello se añadía que las tropas de primera línea no podían descansar de noche, y que de día tuvieran que soportar incesantes ataques. Incluso las unidades mejor preparadas y más resistentes llegaron a un punto tal de agotamiento que ya no estaban en condiciones de combatir, y, no obstante, solamente podían ser relevadas durante intervalos brevísimos.

La falta de municiones, por otra parte, hacía que la artillería finlandesa no pudiera compensar, con un adecuado apoyo, el continuo desgaste a que estaba sometida la infantería. Oquist dijo que sus fuerzas hubieran podido actuar mejor sin los «bunkers», de haber tenido suficientes cañones y municiones para detener la progresión rusa antes de que alcanzase las líneas finlandesas.

Los finlandeses se retiran combatiendo

La retirada hacia la línea «intermedia» se llevó a cabo con éxito el 17 de febrero, pero esto representaba el abandono de la línea Mannerheim desde el mar al Vuoksi. Como quiera que los rusos habían entrado de nuevo en contacto con las tropas finlandesas, llegando incluso a

efectuar algunas infiltraciones, Oquist informó a Mannerheim que la nueva línea no podría ser mantenida durante mucho tiempo. Este expresó su sorpresa e insistió en la necesidad de resistir, pues sabía que estaban en proyecto negociaciones de paz y quería ceder a los rusos la menor extensión de terreno posible.

El día 19 de febrero Mannerheim reorganizó el Mando finlandés. El general Osterman fue sustituido, a petición propia, por el general Heinrichs en el mando del Ejército de Carelia. Talvela, el vencedor de Tolvajärvi, sustituyó al general Heinrichs en el mando del Cuerpo de Ejército III.

La presión rusa en la línea «intermedia» continuó hasta el 12 de febrero, en que Timoshenko ordenó una pausa para reorganizar sus fuerzas. La línea había sido rota por dos puntos, y Oquist insistió una vez más en que, si se quería que las tropas se retiraran ordenadamente, era necesario abandonar las posiciones cuanto antes. Mannerheim pensaba todavía en la posibilidad de defenderlas durante algunas semanas; no obstante, ante la insistencia de Oquist y del propio Heinrichs, consintió en que se estudiara la retirada. Pero el 25 de febrero, el Regimiento de Infantería nº 13 finlandés, que estaba combatiendo ininterrumpidamente desde el día 11 y cuyas compañías estaban reducidas a 40 o 50 hombres, fue aniquilado por un duro ataque soviético. La retirada era ya inevitable. A la mañana siguiente, Oquist lanzó un contraataque empleando los únicos 15 carros útiles para el combate que poseía Finlandia, pero el resultado fue desastroso: los carros, avanzando hacia la línea de contacto, sembraron el pánico entre los propios soldados finlandeses, quienes, en su mayoría, ignoraban que Finlandia los tuviera, y además demostraron muy pronto que eran inútiles, ya que la infantería no estaba preparada para operar conjuntamente con ellos. Más de la mitad de los carros finlandeses fueron destruidos y el resto quedó bloqueado por la nieve: el contraataque había fracasado. La tarde del 27, Mannerheim ordenó la evacuación de la línea «intermedia», la cual había resistido durante doce días, pero costando su defensa elevadas pérdidas a causa de su deficiente organización.

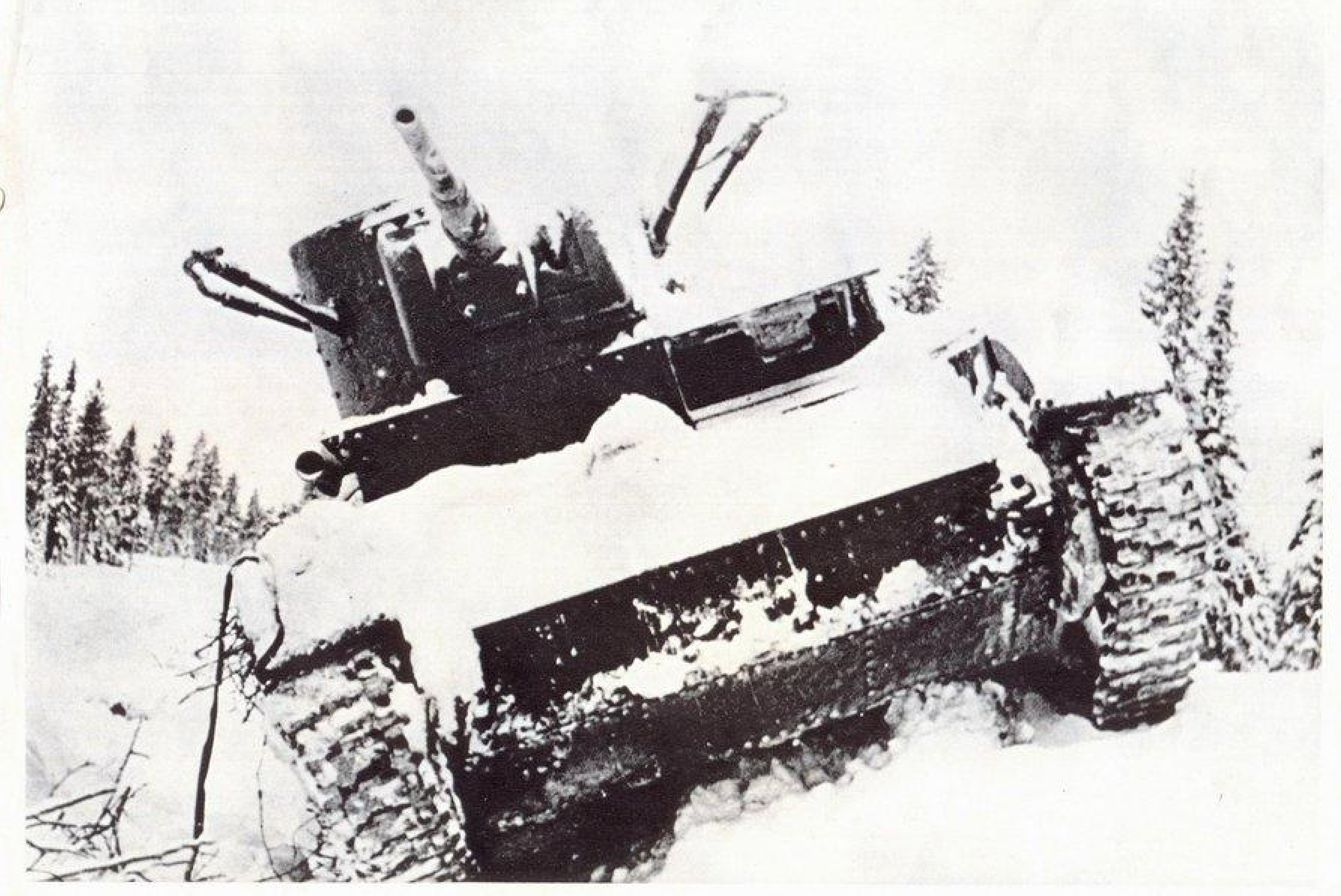
La posición «retrasada», la última línea defensiva, cuya organización no había concluido aún, se extendía frente a Viipuri, doblando luego hacia el noroeste hasta alcanzar el Vuoksi. Se trataba de una posición naturalmente fuerte, pues el terreno era más accidentado y rocoso y por lo tanto desfavorable para los carros. El sector más débil era el de Tali, donde se hallaba una faja de terreno bastante despejada, aunque algo pantanosa. La línea no tenía fortificaciones de cemento, pero el sistema de trincheras y obstáculos contracarros era bastante seguro. Las fuerzas rusas la alcanzaron y superaron entre el 29 de febrero y el 2 de marzo.

Ya habían elaborado su plan y pretendían desbordar Viipuri por ambos flancos, atacando por el oeste, sobre la superficie helada del golfo de Finlandia, y por el este, hacia Tali. Un tercer ataque debía penetrar en el Vuoksi, en Vuosalmi, donde la nueva línea defensiva enlazaba con las posiciones del Cuerpo de Ejército III. Por su parte, el mando finlandés se daba perfecta cuenta del peligro que representaba un avance ruso por el hielo, e intentó evitarlo horadándolo con cargas explosivas; pero la temperatura era tan baja que los agujeros volvían a cristalizar inmediatamente. Por otra parte, los finlandeses no habían dispuesto ningún plan para la defensa de la costa oeste de Viipuri, lo cual tuvo que hacerse apresuradamente formando un nuevo frente. Aquel trozo de costa estaba sembrado de islas, de promontorios rocosos y profundas ensenadas, prestándose a una fácil defensa, siempre claro está, que hubiera tiempo para organizarla, ya que improvisarla era difícil, puesto que las líneas de comunicación eran escasas y peligrosas.

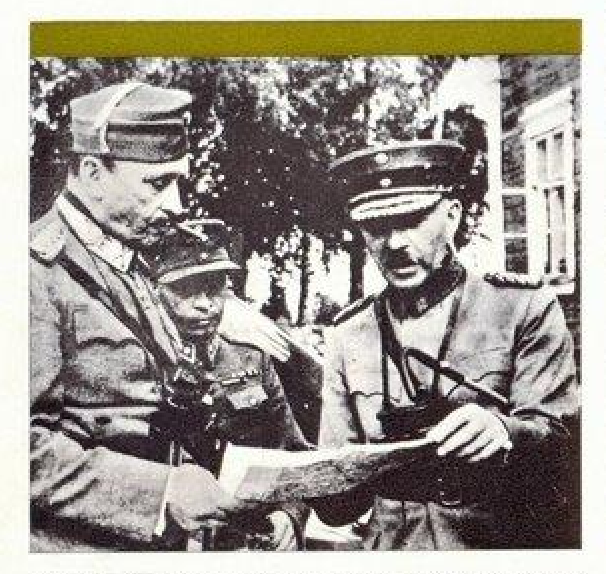
A través del hielo.

La amplia y despejada superficie helada se adaptaba perfectamente a sus medios y los rusos decidieron efectuar aquel audaz ataque. No obstante, sólo podían emplearse carros ligeros, pero demostraron ser muy eficaces en el asedio de las islas ocupadas por los finlandeses. El 4 de marzo los rusos establecieron una cabeza de puente en Vilajoki, y aquel mismo día la carretera Viipuri-Helsinki quedó batida por el fuego soviético. Debido a ello el Mando finlandés empezó a enviar allí todos los refuerzos disponibles. Pero, al mismo tiempo, una nueva división rusa empezaba a avanzar por el hielo. La maniobra, comenzada por las tropas del sector izquierdo del despliegue soviético, era extremadamente arriesgada; un imprevisto aumento de la temperatura hubiera podido aislarlas y exponerlas a un desastre; pero aprovechando esta peligrosa posibilidad, el Mando ruso absorbió todas las reservas finlandesas repartidas en pequeños contingentes dispersos en el sector costero, sustrayéndolas así de la posición defensiva principal, situada alrededor de Viipuri.

En el istmo, el grueso de las fuerzas rusas alcanzó los suburbios de Viipuri el 13 marzo, tras lo cual empezó el ataque a las dos divisiones finlandesas, la 3 y la 5, que defendían la ciudad. Ya entonces Oquist se preguntaba cuánto tiempo se



podría mantener la línea retrasada. No era posible efectuar una retirada general antes de replegar al Cuerpo del Ejército III de sus posiciones, ya que los rusos podrían aislarlo y aniquilarlo. Y en Viipuri, por otra parte, era evidente que muy pronto la presión rusa sería insostenible y que la ciudad tendría que ser abandonada. Al noroeste de la misma se encontraba el sector vital de Tali, defendido por la División 23 finlandesa, una unidad formada con reservistas después de estallar la guerra y, por lo tanto, de calidad inferior a las divisiones constituidas en tiempos de paz. Los finlandeses habían empezado ya a inundar la zona, pero sobre el agua se formaba en seguida una capa de hielo que permitía el paso de la infantería. Cuando el día 5 de marzo iniciaron sus ataques en este sector, los rusos encontraron la situación totalmente favorable.



El feldmariscal Mannerheim (a la izquierda) con su Estado Mayor. El comandante en jefe finlandés nunca confió en las previsiones optimistas sobre el resultado de la guerra. *(Central Press)*



El mariscal Timoshenko, a quien se confió el mando de las fuerzas rusas en la nueva y decisiva ofensiva en el istmo de Carelia, que tuvo lugar después de la de diciembre. *(Ullstein)*



Marzo de 1940: visiblemente abatido, el ministro de Asuntos Exteriores finlandés, Tanner (a la izquierda), anuncia los términos del Tratado de paz a los periodistas: Finlandia, cedía casi la décima parte de su territorio. *(Fox Photos)*

La capacidad de combate de la División 23 era evidentemente muy inferior a la de las demás unidades, razón por la cual el 9 de marzo los rusos habían conseguido profundizar hasta la retaguardia de las posiciones enemigas. Entonces, una escogida unidad soviética de infantería vadeó la zona, avanzó y se colocó en la retaguardia de un batallón finlandés que opuso poca resistencia.

Al encontrar tan débil oposición, los rusos progresaron lenta pero continuadamente hasta la tarde del 12 de marzo. El día 13, el Ejército rojo ya había roto la línea «retrasada» en el sector de Tali.

Pero no todo era tan fácil a los rusos. La actuación del Ejército 13 había sido decepcionante al principio; la gran ofensiva desencadenada el 12 de febrero contra la línea «intermedia» fracasó por completo y el 2 de marzo su comandante fue sustituido. Más tarde, persiguiendo a las tropas finlandesas que habían iniciado la retirada, el Ejército 13 alcanzó el río Vuoksi en el sector de Vuosalmi. En este punto las posiciones finesas eran débiles, el río estaba helado y el terreno era tan rocoso que hacía imposible la excavación de trincheras. Aquel mismo día se supo que los rusos se estaban preparando para atravesar el río. Entonces el Mando finlandés envió allí la División 21, formada también, como la 23, por reservistas; pero cuando el 7 de marzo aquélla logró establecerse en las posiciones defensivas, los rusos ya habían conseguido conquistar una pequeña cabeza de puente en la orilla occidental. Los finlandeses no consiguieron hacerles retroceder y unos días después, tras una serie de ataques, las tropas soviéticas alcanzaron la retaguardia de las posiciones defensivas. El 13 de marzo, en el sector de Vuosalmi, las fuerzas rusas estaban ya preparadas para obligar a los finlandeses a otra retirada que, a su vez suponía la evacuación de toda la línea de Vuoksi por el Cuerpo de Ejército III.

En aquellos momentos la situación militar era ésta en líneas generales: En el istmo, los rusos no daban señal de querer reanudar la ofensiva, aunque probablemente pretendían continuar sus ataques hasta haber alcanzado por lo menos la línea Viipuri-Antrea-Käkisalmi. Sin embargo, sí estaban preparados para hacerlo contra el Cuerpo de Ejército IV, situado al norte de lago Ladoga, donde habían conseguido romper el cerco de su División 168.

Todas las fuerzas finlandesas se hallaban empeñadas, y algunas unidades estaban tan agotadas que su capacidad de combate iba menguando por momentos. La única posibilidad de procurarse refuerzos era el cese de las operaciones en el frente oriental; pero esta maniobra requería muchos días y, de todos modos, sólo aportaría al frente tropas también desgastadas por los muchos combates sostenidos. Era, pues, evidente que los finlandeses no tenían otra solución que abandonar Viipuri y retirarse a la línea que enlazaba Vilajoki, en el golfo de Finlandia, con el lago Saimaa y el Ladoga. Esta retirada suponía dos grandes peligros; el primero era que los rusos hubieran conseguido reforzar su cabeza de puente de Vilajoki, lo cual representaba la posibilidad de romper la nueva línea; y el segundo que, por el cansancio extremo de las tropas finesas, su retirada podía transformarse en una desordenada y desastrosa fuga en el caso de que fueran perseguidas. No obstante, los rusos habían demostrado no ser muy partidarios de perseguir al enemigo en retirada. De este modo, a los finlandeses les hubiera sido posible liberar sus fuerzas, organizar la nueva línea defensiva y mantenerla hasta que el deshielo primaveral hiciera imposible, durante seis o siete semanas, cualquier operación en gran escala. Pero, en definitiva, si los finlandeses no recibían grandes refuerzos a base de hombres adiestrados, artillería y cañones contracarros, los rusos se harían dueños de la situación. Considerando todas estas circunstancias es como se debe valorar la decisión de aceptar las condiciones de paz propuestas por los rusos.

Los planes de los Aliados

Cuando el día 12 de febrero se produjo el desastre de Summa, el gobierno finés, no queriendo aceptar todavía la propuesta de ceder Hanko a los rusos, continuó buscando otras soluciones.

Los Aliados, desde hacía algún tiempo, consideraban la posibilidad de intervenir en Escandinavia, pero Inglaterra y Francia se planteaban el problema de la intervención en forma distinta. Mientras los franceses querían abrir un segundo frente de Escandinavia para alejar la guerra de sus fronteras, los ingleses estaban más interesados en cortar a los alemanes su acceso a las minas suecas de mineral de hierro. Para conseguirlo hubiera bastado con ocupar algunos puntos clave en la costa noruega, especialmente Narvik, y asegurarse después el dominio de la línea férrea que lo unía con las minas. Únicamente vía Narvik se podían enviar tropas a Finlandia, y como la Sociedad de Naciones había invitado a todos sus miembros a ayudar a dicho país, esto hubiera proporcionado a Gran Bretaña y Francia una justificación legal para violar la neutralidad escandinava, que era en definitiva lo que estas dos naciones buscaban.

El envío de ayuda a Finlandia constituía, en efecto, el pretexto ideal para una operación de este género.

Después de considerar y descartar un gran número de proyectos, el día 5 de febrero el Consejo Superior aliado aprobó, finalmente, un plan de acción. En una primera fase, que debería iniciarse hacia mediados de marzo, dos brigadas aliadas ocuparían Narvik, dominando en seguida la línea férrea que unía esta ciudad con Lulea, en el golfo de Botnia. Al mismo tiempo, se ocuparían Trondheim y Bergen. Después, ya en abril, entrarían en acción fuerzas aliadas mucho más importantes que abrirían un segundo frente para neutralizar las probables reacciones alemanas en el sur de Suecia. Estas fuerzas también intervendrían en ayuda de Finlandia, situándose en la parte septentrional de la frontera oriental finlandesa.

Pero a esta intervención se le daba una importancia netamente secundaria respecto a lo que era el objetivo principal y verdadero de la proyectada campaña.

El día 12 de febrero, los finlandeses fueron puestos al corriente, a grandes rasgos, de las características de este plan e informados asimismo de que los Aliados necesitaban una indicación por su parte que respaldara y justificara la puesta en práctica del mismo. Pero ninguno de los detalles les fueron comunicados. El mariscal Mannerheim tuvo, desde el principio, muchas dudas acerca de tales proyectos y mantuvo su postura de escepticismo hasta el último momento. Tampoco el gobierno finlandés demostró estar muy entusiasmado, pero supuso que el plan podría servir para atemorizar a Suecia, induciéndola a intervenir, o para convencer a la URSS a fin de que moderase sus pretensiones.

El 23 de febrero los rusos comunicaron al gobierno sueco, que hacía de intermediario, sus definitivas condiciones de paz: la cesión en arriendo de Hanko durante 30 años; la cesión de todo el istmo de Carelia y de las orillas del lago Ladoga (aproximadamente la frontera alcanzada por Pedro el Grande en 1721), y la firma de un pacto de mutua asistencia que protegiera el golfo de Finlandia. A cambio de todo ello, la URSS evacuaría la zona de Petsamo.



Los habitantes de Viipuri abandonan en masa la ciudad al aproximarse las tropas soviéticas. Viipuri, la más populosa de las ciudades de Finlandia, después de Helsinki, fue cedida a Rusia tras la firma del Tratado de paz. (Archivo Rizzoli)

En el primer momento, el gobierno finés consideró que no podía entablar negociaciones sobre esta base y continuó buscando afanosamente otras soluciones. Pero aquel mismo día Suecia reafirmó su decisión de no intervenir en el conflicto y además de no permitir el paso de las tropas aliadas a través de su territorio. A la mañana siguiente el embajador inglés explicó a Tanner lo que esto significaba para el plan de los Aliados. Se supo así que alrededor de 20.000 hombres llegarían a Finlandia; que su llegada no se produciría antes del mes de abril y que dicho país tenía que formular una invitación oficial a los Aliados y procurar que Noruega y Suecia dejaran pasar las tropas franco-inglesas a través de sus respectivos territorios. Pero ante tales proposiciones, no del todo satisfactorias, el gobierno finés dudó aún. El 26 de febrero, Tanner se dirigió otra vez a Estocolmo aunque solamente para enterarse de si Suecia limitaría su ayuda a 16.000 voluntarios y también para saber si los suecos en el caso de que los Aliados intentasen abrirse paso por la fuerza a través de su territorio, opondrían resistencia; de ser así «Suecia se vería obligada a entrar en guerra a favor de los rusos y contra Finlandia.» El primer ministro sueco instó a Finlandia para que aceptase las condiciones rusas, prometiendo que, de hacerlo, Suecia concedería ayuda económica para la reconstrucción del país y consideraría la posibilidad de estipular una alianza defensiva con Finlandia que garantizase la nueva línea fronteriza.

El gobierno finés estaba ya dispuesto a tomar una determinación definitiva. Los últimos contactos con los representantes de los Aliados no sirvieron para aclarar en lo más mínimo la ambigüedad de los planes elaborados por Gran Bretaña y Francia; por ello el gobierno decidió, solamente con dos votos en contra, reanudar las negociaciones con vistas a las propuestas soviéticas. En parte, esta decisión se tomó porque los rusos habían fijado el día 1 de marzo como fecha tope. Después de su aprobación por el Comité de Asuntos Exteriores del Parlamento finés, se procedió a la redacción de una nota para el gobierno soviético. Fue entonces cuando los gobiernos aliados, dándose cuenta de que su plan corría al riesgo de naufragar, intervinieron con urgencia, elevando sus ofertas hasta un punto inesperado. Entonces se habló no ya de 20.000, sino de 50.000 hombres, que llegarían a fines de marzo.

Con objeto de aclarar cuál era en realidad el contenido de esta nueva oferta, el gobierno finlandés aplazó su puesta en contacto con los rusos y solicitó más detalles a los Aliados. Por toda respuesta las dos potencias occidentales instaron a Finlandia para que el día 5 de marzo les enviara una invitación oficial para intervenir, pero sin aclarar lo que harían si Suecia y Noruega se oponían al paso de sus tropas. Esta reserva en parte era lógica, puesto que ni los mismos gobiernos aliados sabían cuál iba a ser la actitud de los dos países nórdicos, aunque, en el fondo, tanto Gran Bretaña como Francia tenían la certeza de que, ante los hechos, Suecia y Noruega cederían. No obstante, la poca claridad de dichos planes y las extrañas oscilaciones sobre la ayuda ofrecida preocupaban al gobierno finlandés, por lo que, al final, decidió apresurar la solución. El día decisivo fue el 5 de marzo, en que se produjeron tres acontecimientos: los Aliados decidieron retrasar hasta el 12 de marzo la fecha en la que Finlandia debía formular su invitación; la URSS hizo saber que todavía estaba dispuesta a negociar la paz sobre la base de sus últimas propuestas, a pesar de que hubiera expirado ya el plazo señalado, y el gobierno finlandés, por su parte, volvió a su anterior decisión de negociar sobre dicha base.

La paz

El 6 de marzo, una delegación finlandesa, encabezada por el Primer Ministro Ryti se trasladó a Moscú. El 8 empezaron las conversaciones. La

petición formulada por Finlandia de un inmediato armisticio fue rechazada, pues Rusia no estaba dispuesta a aceptar ninguna modificación; no obstante, se hicieron dos nuevas proposiciones: una se refería a la cesión de territorios en el área de Salla y la otra a la construcción de una línea ferroviaria que uniese Murmansk con Kemijärvi y, por lo tanto, con el golfo de Botnia.

El Gobierno de Helsinki se sintió ofendido por este gesto, que juzgó desleal; pero el 9 de marzo recibió un informe sobre la situación militar del cual se desprendía que la resistencia finlandesa podría llegar a sus últimos extremos en un futuro muy próximo. Teniendo esto en cuenta, Mannerheim instó enérgicamente a los políticos para que consiguieran la paz, y el Gobierno autorizó a sus delegados para que aceptasen las condiciones rusas.

El 11 de marzo, los gobiernos aliados, en una última tentativa para convencer a Finlandia de que se volviera atrás, hicieron pública su oferta de intervención. Pero ya era demasiado tarde. Así, el 12 de marzo, el Gobierno dio su consentimiento para la firma. Y fue precisamente en el último momento cuando el embajador inglés informó a los finlandeses de que los Aliados habían conocido la oposición de Noruega y Suecia a sus planes; pero las cosas habían ido demasiado lejos. El tratado se firmó en Moscú aquella misma noche y las hostilidades cesaron a las 11 del día 13 de marzo.

De acuerdo con dicho tratado, Finlandia tuvo que entregar territorios de la zona sudoriental hasta reconstruir la frontera que Pedro el Grande trazara en 1721; además, un área muy montañosa situada en la zona de Salla-Kuusamo y la mitad de la península de Rybacij. Asimismo cedía en arriendo, durante 30 años, Hanko y el territorio limítrofe, donde los rusos instalaron una base militar a cambio de construir la línea férrea de Kemijärvi.

La URSS retiró su anterior propuesta de un pacto de mutua asistencia y devolvió a los finlandeses la zona de Petsamo.

Los negociadores rusos defendieron la legitimidad del tratado en razón a la seguridad militar soviética. La base de Hanko les permitía cerrar el paso de buques enemigos al golfo de Finlandia, y la nueva línea fronteriza hacía posible la defensa de Leningrado. La posesión de la región montañosa de Salla protegía el ferrocarril de Murmansk, y la cesión de la península de Rybacij proporcionaba un puesto adelantado para la defensa de Murmansk ante eventuales ataques de Occidente. Desde luego, el tratado ofrecía menos seguridad que la que hubieran podido obtener los rusos imponiendo a Finlandia el gobierno Kuusinen; en realidad respondía solamente a las mínimas exigencias de seguridad militar según la idea de Rusia.

No se comprende por qué la URSS optó por esta solución en vez de proceder a la total conquista del país. A juzgar por la actitud de Stalin en las conversaciones de 1939 se deduce que él prefería una solución pacífica. Deseaba permanecer al margen de la guerra europea, aunque pudiera sacar de ella pingües beneficios. Por otra parte, la guerra había seguido derroteros no previstos: concebida en un principio como una especie de paseo militar, se había convertido realmente en una gran contienda. La URSS había empleado en ella 1.200.000 hombres; 1500 tanques y 3000 aviones, todo lo cual significaba empeñar una considerable parte del potencial bélico soviético, precisamente en un momento crucial de la vida europea. La guerra mundial acababa de estallar y Stalin quería tener intactas todas sus fuerzas disponibles con el fin de aprovechar al máximo las oportunidades que se le pudiesen ir presentando, y de esta forma poder defender con ciertas garantías de éxito las enormes extensiones de territorio ruso contra los eventuales peligros que se cernían sobre aquel tormentoso horizonte.

Las consecuencias

Sobre esta base, la oferta del 29 de enero de disolver el gobierno Kuusinen adquiere un especial significado. Aún más curioso es el hecho de que los éxitos militares conseguidos no hubieran constituido para la URSS una tentación para reanudar su ambiciosa política; pero en este caso el elemento que ejerció un papel preponderante fue, sin duda, la creciente amenaza de una intervención aliada. Lo que Stalin deseaba era obtener todo cuanto necesitaba, pero sin enfrentarse con Gran Bretaña y Francia. He aquí por qué se mantuvo la oferta de negociar con Finlandia, no obstante los éxitos rusos cada vez mayores en los campos de batalla, y no obstante también las vacilaciones finlandesas para acudir a la mesa de la negociación política.

Para la URSS el precio de la guerra fue elevado. Las cifras soviéticas hablan de 48.000 muertos y 158.000 heridos, pero según Mannerheim los muertos rusos fueron unos 200.000. Además, el Ejército rojo sufrió graves pérdidas en carros y aviones, sin contar la mengua de su prestigio. Por otra parte, las ventajas obtenidas con el tratado de paz demostraron ser ilusorias; a juzgar por sus términos, era evidente que si en el futuro la URSS se encontraba en dificultades, Finlandia se aprovecharía de esta circunstancia. Y en cuanto a lo materialmente conseguido resultó ser prácticamente inútil, pues tanto la base de Hanko como la nueva frontera, no sirvieron para nada cuando, poco después, en 1941, Alemania atacó a Rusia.

La única ventaja efectiva fue la experiencia militar adquirida. El Soviet Supremo Militar dedicó tres días a hacer una especie de balance de las circunstancias y experiencias de la guerra contra Finlandia, y los cambios que se impusieron se detallaron en la Directiva número 120, cursada el 16 de mayo. Dicha Directiva acentuaba la necesidad de encontrar procedimientos tácticos más flexibles para la infantería; coordinar más eficazmente la acción de las diversas Armas; preparar adecuadamente las tropas para una guerra en período invernal, y sobre todo, adiestrar a los hombres de forma más intensa y práctica. Gracias a lo que habían aprendido en Finlandia, en junio de 1941 el Ejército rojo constituía una fuerza mucho más eficaz.

Desde el punto de vista finlandés, la situación era grave. En el plano militar, el nuevo estado de cosas era desastroso. La nueva frontera no solamente estaba muy próxima a los centros vitales, habitados e industriales, sino que además era mucho más abierta y larga que la anterior. Ya no sería posible ganar tiempo para la movilización; en el futuro el Ejército finlandés tendría que estar siempre preparado. Finlandia había tenido 25.000 muertos y 45.000 heridos sobre unos efectivos totales que no habían superado nunca los 200.000 hombres. Además, la guerra había demostrado la absoluta necesidad de renovar radicalmente el equipo para adaptarlo a las modernas exigencias bélicas. Pero Finlandia aprendió la lección, y así, en junio de 1941 tuvo un Ejército de 16 divisiones, mucho mejor equipado que el de 1939 y capaz de las más difíciles operaciones, tanto ofensivas como defensivas.

En el plano político y económico las consecuencias también fueron graves. Finlandia tuvo que ceder casi una décima parte de su territorio, así como su ciudad más grande, después de Helsinki, Viipuri, y un importante complejo industrial a orillas del Vuoksi. Pero la gigantesca tarea de reconstrucción fue llevada a cabo con la misma energía que el problema militar, demostrando que la derrota no había hecho mella en la vitalidad del pueblo finlandés.

No fue tan fácil neutralizar las consecuencias políticas, ya que Finlandia se encontró aislada y expuesta a continuas presiones por parte de la URSS. La amarga experiencia de la agresión había reforzado en el Gobierno y en el pueblo finlandés la convicción de que la actitud de la URSS era desleal, y, por lo tanto, se dispusieron a buscar apoyos políticos en todas partes. De esta situación surgió su alianza con la Alemania nazi y la consiguiente participación en la guerra para junio de 1941.

La «guerra de invierno» fue un triste episodio más en la larga y tempestuosa historia de las relaciones entre el pueblo ruso y el finlandés. Ello contribuyó a que Finlandia luchase de nuevo contra Rusia en 1941, y además a crear la ilusión de que la URSS era una potencia de segundo orden. Pero faltó muy poco para que esta guerra tuviera consecuencias mucho más graves. En efecto, si Finlandia hubiera aceptado el ofrecimiento de ayuda aliada y si las tropas inglesas y francesas hubieran violado la neutralidad escandinava para enfrentarse con el Ejército rojo, ¿quién puede predecir la importancia que tales hechos hubieran tenido con respecto al posterior desarrollo de la segunda Guerra Mundial? A juzgar por la posterior intervención de las tropas aliadas en Noruega, hubiera sido muy difícil evitar una catástrofe, y además, por si esto fuera poco, los Aliados se hubieran encontrado en guerra no sólo con Alemania, sino también con la Unión Soviética. Finlandia merece la más profunda gratitud de los Aliados por haberles salvado de sus locos proyectos. El naufragio de los planes aliados tuvo asimismo otras consecuencias. Los gobernantes occidentales, que habían considerado la ayuda a Finlandia como algo de importancia secundaria, interpretaron el fracaso de abrir un segundo frente en Escandinavia como una derrota. Esta sensación produjo una impresión muy fuerte en Francia, hasta tal punto que provocó la caída del gobierno Daladier. No obstante, en lo sucesivo, se mantuvo la parte esencial del plan aliado, pero en forma de un nuevo proyecto: el de interrumpir el transporte de mineral de hierro minando las aguas territoriales noruegas y aprovechar después la prevista reacción alemana como pretexto para desembarcar tropas en Noruega. Teniendo en cuenta tal proyección de la «guerra de invierno», bien se puede afirmar que ésta constituyó por lo mismo un episodio importante, y hasta cabría decir que una aberración en el vasto contexto de la Segunda Guerra mundial.

En resumen, se puede decir que la guerra ruso-finlandesa, la «guerra de invierno», sugiere una conclusión más general. La resistencia opuesta por los finlandeses al ataque ruso despertó el apasionado interés del mundo entero. Una nación de 4 millones de habitantes se había enfrentado y contenido eficazmente el ataque de una nación de más de 180 millones de habitantes. La comparación entre lo que consiguieron hacer los finlandeses y la rápida caída de otras pequeñas naciones en condiciones análogas es muy reveladora. Demuestra que un país pequeño pero con una estructura social sana, una fuerte voluntad de defender su propia independencia y con una inteligente estrategia que aproveche al máximo los posibles elementos favorables, puede defenderse de un enemigo con una superioridad numérica aplastante.

Bajo muchos aspectos, la preparación militar finlandesa en el plano material era muy inferior a la que podía conseguirse, por lo que el papel desempeñado por la voluntad y la fuerza moral –lo que los finlandeses denominan con el intraducible término «sisu»– fue el factor dominante. Sobre esta «guerra de invierno» debieran meditar todos los países pequeños.

ANTONY F. UPTON

Nació en 1929 y estudió en el Queen's College de Oxford. En 1951 se licenció en Historia Moderna. Fue nombrado lector de dicha materia en Leeds, el año 1953, y posteriormente profesor adjunto en St. Andrews. Su interés por la historia de Finlandia nació de su matrimonio con una finlandesa. En 1964 se publicó su libro *Finlandia en crisis*. Traducido al finlandés en 1965, con el título de *Välirauka*, causó una gran impresión en aquel país.

HITLER ATACA AL NORTE

J. L. Moulton, General de División

Si después de la campaña de Polonia quedaba todavía alguna duda sobre la destructora eficacia de la máquina bélica alemana, muy pronto se disipó con nuevas hazañas llevadas a cabo en Escandinavia. Noruega y Dinamarca, dos países pacifistas y declaradamente neutrales, no habían hecho nada que justificase una agresión; pero, en realidad, su posición geográfica era tal que forzosamente habían de despertar el interés de los dirigentes políticos, tanto del Eje como de los Aliados. Aunque tarde, el resto del mundo se convenció de que ningún país, aunque fuera inocente, podría escapar al conflicto.



Después de haber ocupado fácilmente Dinamarca, los alemanes intensificaron su acción contra Noruega y se prepararon a dar el golpe decisivo al Estado escandinavo. La aviación, pudiendo operar desde los aeropuertos daneses, participó activamente en el ataque. He aquí unos *Stukas* sobrevolando un fiordo.

Dos fueron las razones que llevaron la guerra a Escandinavia: la primera, la posición geográfica de Noruega, que, con sus extensas costas, constituía un factor estratégico muy importante del mar del Norte, y la segunda, la existencia de las minas de hierro de Suecia.

Las Islas Británicas, situadas como un enorme dique en la desembocadura occidental del mar del Norte, cierran las puertas del Atlántico a los puertos alemanes, que se hallan en el rincón sudoriental de dicho mar. Una marina como la alemana, mucho más débil que la inglesa, podría atacar el delicado sistema de comunicaciones marítimas de Inglaterra siempre que sus barcos pudieran llegar al Atlántico. Pero, si salían de los puertos alemanes, para alcanzarlo sería preciso correr el riesgo de verse obligados a combatir, y para ello estaban en franca inferioridad.

Durante la primera Guerra Mundial, algunas unidades corsarias alemanas lograron éxitos espectaculares; no obstante, por no tener un puerto donde refugiarse, acabaron por verse cercadas y hundidas, en tanto que la Flota de Alta Mar permaneció prácticamente inactiva durante los cuatro años de lucha. La guerra submarina fue, sin duda, más eficaz, pero los submarinos habían tenido que afrontar el paso por el estrecho de Dover, severamente vigilado o hacer el largo periplo de las islas Shetland.

Ya en 1929, el vicealmirante Wegener, en su obra *Die See Strategie des Weltkrieges* (La estrategia marítima en la Guerra Mundial), afirmaba que Alemania hubiera debido resolver su problema ocupando algunas bases en Noruega. De esta manera, se habría podido romper el bloqueo naval entre las islas Shetland y Noruega, y sugería que «los frescos vientos del océano» habrían «barrido el espectro mortal del hambre». Y si bien el almirante Raeder, comandante en jefe de la nueva Marina alemana, rechazaba decididamente esta teoría, el libro había suscitado gran interés entre sus más destacados oficiales.

En 1939, Alemania importó cerca de diez millones de toneladas de mineral de hierro de Suecia, de los cuales cerca de un millón procedía de Suecia central, mientras que los otros nueve llegaban de Gällivare, situado en las regiones extremas septentrionales. Una red ferroviaria unía las minas de Gällivare con el puerto sueco de Luleaa, en el mar Báltico, y con la ciudad de Narvik, en la costa occidental de Noruega septentrional. De estos dos puertos, el mejor es el de Narvik, y como además tiene la ventaja de que sus aguas no se hielan, es el único que permite la actividad comercial en los meses invernales, desde enero a abril. Antes de estallar la guerra, la mayor cantidad de mineral de hierro que llegaba a Alemania procedía de Narvik; pero, tomando las oportunas medidas, también Luleaa podría hacer frente a la expedición de los nueve millones de toneladas durante los ocho meses en que permanecía abierto. Mientras Noruega se mantuviera neutral y los Aliados respetaran su actitud, las unidades de guerra y los buques corsarios alemanes podrían utilizar los canales de sus aguas jurisdiccionales para alcanzar las amplias extensiones del mar de Noruega y continuar luego la ruta hacia el Atlántico, al tiempo que los barcos que transportaban el mineral de hierro podrían ir y venir de Narvik sin correr el riesgo de verse bloqueados.

Naturalmente, en septiembre de 1939, Berlín, Oslo y Londres se daban perfecta cuenta de todo ello. Sin embargo, desde su base de Scapa Flow, la *Home Fleet* inglesa parecía dominar todo el mar del Norte, y Raeder, a su vez, sostenía que era más ventajosa para Alemania la neutralidad de Noruega que la directa posesión de bases en aquel país. Los noruegos, por su parte, creían que los alemanes no podrían invadir su territorio desafiando el poderío naval inglés, y asimismo que los ingleses no intentarían llevar a cabo una ocupación. En Inglaterra, todavía en marzo de 1940, cuando los alemanes ya estaban preparando la invasión, los jefes de Estado Mayor seguían convencidos de que era prácticamente irrealizable una irrupción alemana en la costa occidental de Noruega.



Un «Heinkel 111» ataca un objetivo enemigo. Como en la campaña de Polonia, la *Luftwaffe* obtuvo también en Noruega el dominio del aire en brevísimo tiempo. Habiéndose establecido en Sola y Fornebu, dominaba los valles, entorpeciendo los movimientos del enemigo. (Ullstein)

Churchill presiona

Sin embargo, a los ojos de Churchill y de otras personalidades activas y belicosas, estaba claro que la guerra no se podía ganar con la inactividad. El 12 de septiembre de 1939, Churchill firmó una orden del Almirantazgo que disponía el envío de buques al Báltico, pero este proyecto se fue aplazando; el 19 de septiembre informó al Consejo de Ministros de la necesidad de interceptar el envío de minerales de hierro suecos desde los puertos de Noruega, y el 29 del mismo mes propuso minar las aguas territoriales noruegas en caso de que se reemprendiese el tráfico de dicho mineral, interrumpido temporalmente al estallar la guerra. El Consejo de Ministros rehusó tomar estas medidas, que violarían la neutralidad noruega, pero Churchill no cesó de presionar en este sentido.

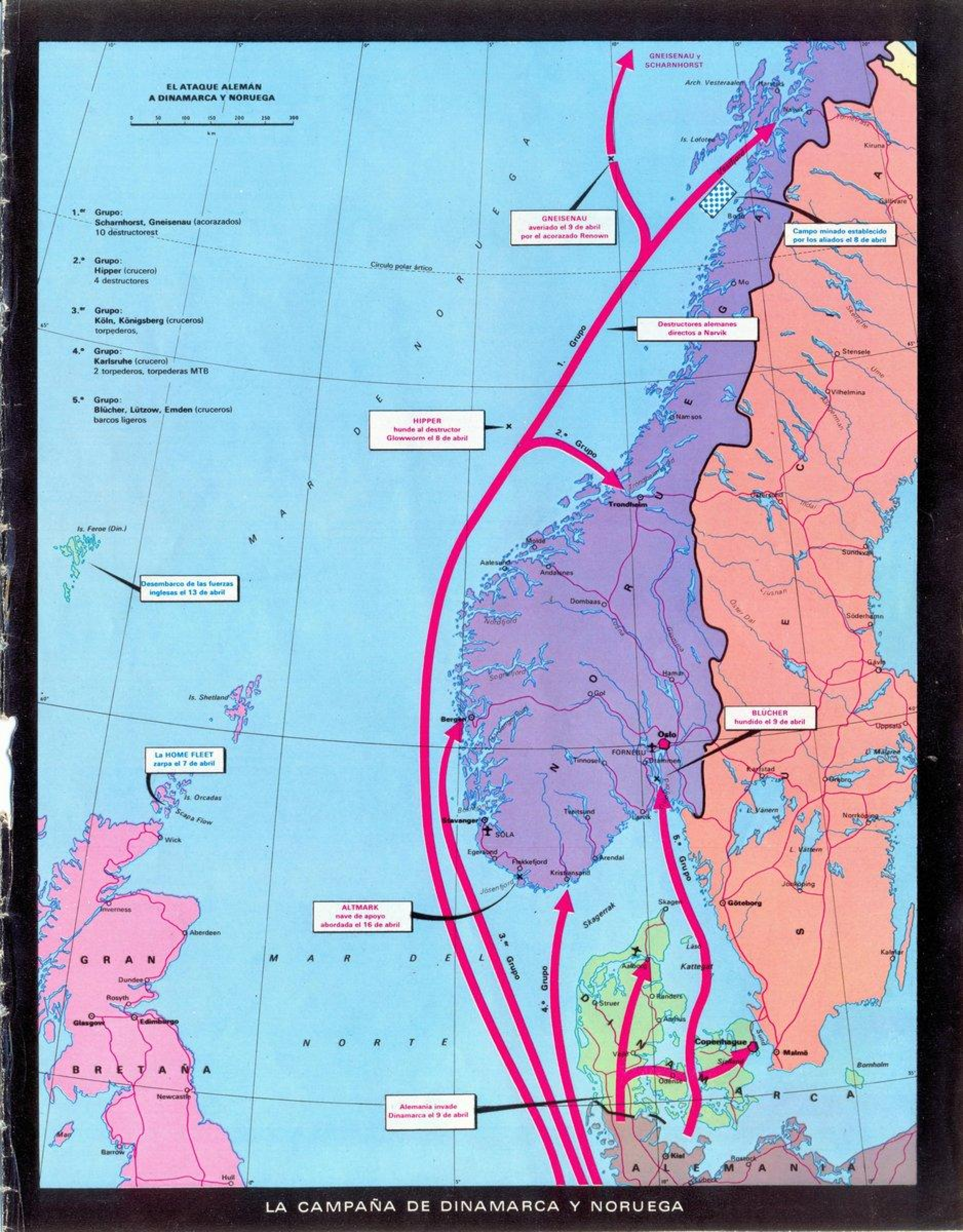
En Berlín, cuando terminó la campaña de Polonia, Raeder y el Estado Mayor de la Marina discutieron la conducta adecuada contra Gran Bretaña y el problema de Escandinavia. Se consultó al Estado Mayor del Ejército y éste apoyó la tesis de Raeder, afirmando que no disponía de suficientes fuerzas de tierra para conquistar Noruega y mantener luego su dominio. Pero he aquí que, el 10 de octubre de 1939, el propio Raeder transmitió a Hitler las informaciones que le había comunicado el almirante Canaris, jefe del Servicio Secreto del OKW (Oberkommando der Wehrmacht, Mando Supremo de las Fuerzas Armadas), según las cuales los ingleses revelaban cierto interés respecto a Noruega. Aquel mismo día Hitler cursó las órdenes para una ofensiva contra Occidente, que había de producirse cuanto antes; en aquellos momentos todavía no estaba muy interesado por Noruega, con lo cual el asunto quedó en suspenso.

El 30 de noviembre de 1939 Rusia atacó a Finlandia. Como ya se sabe, en la primera fase, y suscitando la admiración de todo el mundo, Finlandia consiguió contener a su potente agresor, y aumentaron las presiones «morales» para una pronta intervención en su ayuda. Noruega y Suecia sentían una profunda simpatía por Finlandia, pero, temiendo la reacción alemana, no se atrevieron a ayudarla directamente.

Esperando que la unánime actitud de simpatía hacia los finlandeses pudiera transformarse en activa, o, al menos, en pasiva colaboración por parte de Noruega y Suecia, y subestimando la violencia y gravedad de la amenaza alemana sobre aquellos países, los Aliados proyectaron el envío de fuerzas a través de Narvik y Luleaa, y al mismo tiempo mandar también fuerzas hacia Trondheim, a fin de proteger a Suecia central de un eventual ataque alemán. Pero en enero de 1940 fue preciso abonar este plan ante la firme negativa de colaboración que opusieron Noruega y Suecia. En marzo se replanteó este proyecto en una versión más débil e incierta: se trataba de comprobar las reacciones noruegas mediante un desembarco «experimental» en Narvik. Si esta jugada se aceptaba, los Aliados pensaban efectuar un avance hasta Luleaa y desembarcar algunas fuerzas en Trondheim, Bergen y Stavanger. El 13 de marzo, mientras el Consejo de Ministros británico dudaba todavía en tomar una decisión definitiva, llegó la noticia de que los finlandeses habían pedido la paz. Entonces, por orden de Chamberlain, se dispersaron las fuerzas aliadas para evitar que Hitler, informado de estos planes, se valiera de ellos como pretexto para invadir Noruega.

También en Alemania existía un vago sentimiento de simpatía hacia Finlandia, pero Hitler, habiendo concertado su pacto con Stalin, prefería posponer el momento de rendir cuentas. Raeder le advirtió que los Aliados podrían valerse del pretexto de ayudar a Finlandia para asegurarse el control de las expediciones del mineral de hierro sueco, y fue entonces cuando presentó a Hitler al mayor Vidkun Quisling. El encuentro tuvo lugar el 11 de diciembre.

Quisling, cuyo nombre se convertiría muy pronto en sinónimo de traidor, era un hombre bien intencionado pero de temperamento inestable y que, por un breve período, había sido ministro de Defensa en Noruega. Después,



LA CAMPAÑA DE DINAMARCA Y NORUEGA



El almirante Raeder (en el centro) sigue sobre el mapa el desarrollo de la acción naval alemana. Divididos en varios grupos, contando con tripulaciones adiestradísimas, los buques de guerra alemanes se dirigieron contra los centros vitales de la costa noruega: Narvik, Trondheim, Oslo y Bergen. (Ullstein)

dejándose llevar por el temor de la penetración y la agresión comunista, dirigió sus simpatías hacia el nacionalsocialismo alemán; no obstante, antes de que Raeder le presentara a Hitler no había conseguido inspirar el menor interés en Berlín. En el curso de la conversación mantenida con el *Führer*, le dijo que los ingleses habían instigado al Gobierno noruego, pero que él, gracias al control que tenía sobre un partido nacionalsocialista local y con la ayuda de Alemania, podría conquistar el poder. Sus afirmaciones eran completamente infundadas, y es probable que ni siquiera Hitler le creyese. Sin embargo, su aparición en Berlín produjo el efecto de atraer la atención de Alemania sobre Noruega. El 14 de diciembre, el *Führer* ordenó al OKW que hiciera un estudio preliminar del problema de la invasión, estudio que, al aumentar la tensión, se transformó en un plan de operaciones.

El incidente del «Altmark»

En febrero de 1940 el *Altmark*, buque de abastecimiento del acorazado de bolsillo *Graf Spee*, hundido por su propio comandante en el Río de la Plata, navegaba por aguas territoriales noruegas rumbo a Alemania; a bordo llevaba gran número de marinos ingleses prisioneros. En su calidad de barco auxiliar, había apelado a su derecho de no ser registrado cuando los noruegos lo detuvieron, primero a la altura de Trondheim y más tarde cerca de Bergen. Tras algunos reparos, los noruegos le habían dejado seguir, pero el 16 de febrero, en las proximidades del Jösenfiord, en la costa meridional de Noruega, el buque alemán fue interceptado por el crucero inglés *Arethusa*, escoltado por la IV flotilla de destructores a las órdenes del comandante Vian.

Dos pequeños barcos de guerra noruegos que lo escoltaban insistieron en el hecho de que, mientras el navío alemán se encontrara en aguas neutrales, los ingleses no debían interferir sus movimientos, y de esta forma el *Altmark* pudo refugiarse en Jösenfiord.

Pero tres horas más tarde, Vian, siguiendo órdenes recibidas directamente de Churchill a través del Almirantazgo, se acercó al *Altmark* para abordarlo, después de haber propuesto a los noruegos la solución alternativa de escoltarlo de nuevo hasta Bergen para poder registrarlo. Mientras tanto, se había hecho de noche. Cuando el destructor *Cossack*, llevando a bordo a Vian, se acercó al barco enemigo, el *Altmark*, mucho mayor, trató de embestirlo de proa, pero encalló en el fiordo. Algunos marineros ingleses subieron a bordo del *Altmark* y, empuñando las pistolas, ocuparon el puente. Otros fueron a buscar a los prisioneros y se encontraron con la oposición de algunos centinelas alemanes, que dispararon contra ellos, pero después huyeron por la superficie helada. Murieron ocho alemanes, unos por disparos y otros ahogados, y 299 prisioneros ingleses fueron liberados y trasladados al *Cossack*. Finalmente, las unidades inglesas se alejaron, dejando al *Altmark* con el problema de zafarse del hielo, pero libre para continuar su ruta hacia Alemania.

En Gran Bretaña se celebró el hecho como una empresa épica y se hizo famoso el grito lanzado a los prisioneros por los hombres que efectuaron el abordaje: «¡Llega la Marina inglesa!». En Noruega, tanto el Gobierno como la opinión pública se enfurecieron y preocuparon por lo que consideraban una flagrante violación de su neutralidad. En Alemania suscitó un enorme clamor en la prensa y la radio. Hitler estaba furioso, y, según sus más íntimos colaboradores, el incidente puso fin a su vacilación en cuanto a la invasión de Noruega.

El 19 de febrero Hitler ordenó que se acelerase la preparación del *Weserübung* (Ejercicio Weser), denominación convencional de la invasión de Noruega. Dos días más tarde, un comandante de Cuerpo de Ejército, el general Falkenhorst, y su Estado Mayor recibieron el encargo de ponerlo en práctica. Como los alemanes necesitaban aeropuertos próximos a Noruega y además querían asegurar las rutas de acceso a ésta, el destino de Dinamarca quedó sellado: Falkenhorst modificó los planes de manera que incluyesen también la ocupación de este país y la conquista de los aeródromos de Aalborg, situados en la extremidad septentrional de la península de Jutlandia. El primero de marzo Hitler dio las últimas órdenes para la invasión de los dos países, sin tener en cuenta para nada las objeciones formuladas por los Estados Mayores del Ejército y de la Marina, e insistiendo en la necesidad de que se acelerasen enérgicamente todos los preparativos.

Noruega, cuya extensión territorial es semejante a la de las Islas Británicas, tenía, en 1940, una población de unos 3.500.000 habitantes. Las líneas de comunicación terrestres, si bien estaban siendo modernizadas, eran limitadas, y casi todas las más importantes partían en abanico desde Oslo. Las rutas marítimas más tradicionales se distribuían en forma «circular», basándose en sus canales abiertos entre el hielo y en sus fiordos, que penetraban muy adentro de la tierra firme. La mayor parte de la población se agrupaba en torno a las ciudades costeras.

De acuerdo con el *Weserübung Nord* (la ocupación de Noruega), los alemanes calculaban apoderarse de Oslo, de las ciudades costeras y de Narvik, situada al norte del país, y, más tarde, partiendo de Oslo, ir uniendo por vía terrestre los diversos puntos ocupados y establecer comunicaciones aéreas y terrestres con Narvik. Los ataques a Narvik, Trondheim, Bergen y Kristiansand se efectuarían en un principio por tropas transportadas en buques de guerra, y el de Stavanger por contingentes de paracaidistas y tropas aerotransportadas, que tomarían tierra en el importantísimo aeropuerto de Sola. La ciudad de Oslo, que representaba el objetivo crucial del plan, se conquistaría mediante un ataque conjunto por mar y aire. En la esperanza de que los noruegos cederían ante lo inevitable, las fuerzas alemanas habían recibido órdenes de disparar solamente si eran atacadas; pero en caso de que las tropas locales ofrecieran resistencia, el ataque se llevaría a cabo con la máxima energía. En resumen, el plan preveía emplear en Noruega seis divisiones fuertemente apoyadas por la aviación. Los ataques iniciales los realizarían 10.000 hombres pertenecientes a tres divisiones.

El *Weserübung Sud* (la ocupación de Dinamarca) preveía que dos grupos de brigadas motorizadas forzaran la frontera danesa y se dirigieran rápidamente hacia el norte, a lo largo de la península de Jutlandia, hasta los aeropuertos de Aalborg, los cuales habrían sido ocupados previamente por una sección de paracaidistas y un batallón aerotransportado. Otros grupos tomarían tierra en las islas danesas, asegurándose el control de los puentes que las unían con tierra firme, y dirigiéndose después hacia Copenhague. Por lo que se refiere a la capital, el antiguo acorazado *Schleswig-Holstein* forzaría el acceso al puerto y desembarcaría un batallón de infantería, mientras, desde el aire, la *Luftwaffe* amenazaría la ciudad y destruiría los aviones que se encontraran en los aeródromos militares. En conjunto, se emplearían dos divisiones y un grupo autónomo de brigadas.

Una vez anunciada la paz entre Finlandia y Rusia, Hitler y Raeder, tras alguna vacilación, decidieron actuar igualmente, poniendo en práctica los dos planes. El 2 de abril Hitler dio la orden de desencadenar el ataque, fijando el comienzo de las operaciones para las primeras horas del 9 de abril. Al día siguiente, los buques mercantes alemanes que transportaban tropas y aprovisionamientos empezaron a dejar los puertos sin ninguna escolta, mientras que en las primeras horas del 7 de abril zarparon los buques de guerra con las tropas destinadas a efectuar los primeros desembarcos.

Entretanto, en Londres, Churchill había conseguido convencer a Chamberlain para que permitiera que se minasen los canales abiertos entre los hielos de las aguas territoriales noruegas. El 5 de abril, el mismo día en que zarparon las unidades inglesas para realizar esta operación, el Gobierno británico envió una nota de aviso a Noruega y Suecia. Mientras la flota permanecía en Scapa Flow, ocho destructores debían sembrar un campo de minas en los Vestfiords, y en los accesos al Ofotfiord y a Narvik. Un minador, escoltado por cuatro destructores, sembraría otro campo de minas en los canales situados entre los hielos, en el sector de costa entre Trondheim y Bergen, mientras dos destructores más debían delimitar con señales un falso campo de minas en las proximidades de Trondheim. Más tarde, para reforzar las unidades enviadas a los Vestfiords, se mandó el crucero de batalla *Renown*, escoltado por cuatro destructores. Cuatro batallones de las Brigadas 146 y 148 de Infantería se embarcaron en cruceros en

Rosyth, mientras un batallón de la Brigada de Guardias y un batallón de la Brigada 146 de Infantería se embarcaron en unidades de transporte en Clyde. El resto de la Brigada de Guardias quedó en reserva, dispuesto para su empleo. Todas las tropas embarcadas en aquel momento debían permanecer a la espera en los puertos ingleses hasta que hubiera claros signos de un ataque contra Noruega, signos capaces de justificar su inmediata intervención.

La actividad en el mar

El almirante Raeder se daba perfecta cuenta de los riesgos que corría enviando sus barcos a desembarcar las tropas al oeste y al norte, pero confiaba en que su ataque sería tan imprevisto e inesperado que cogería desprevenidos a ingleses y noruegos.

No obstante, insistía en la necesidad de que, una vez desembarcadas las tropas, los buques volvieran inmediatamente a sus bases, a fin de no dejarse sorprender cuando la escuadra inglesa apareciera en la costa noruega.

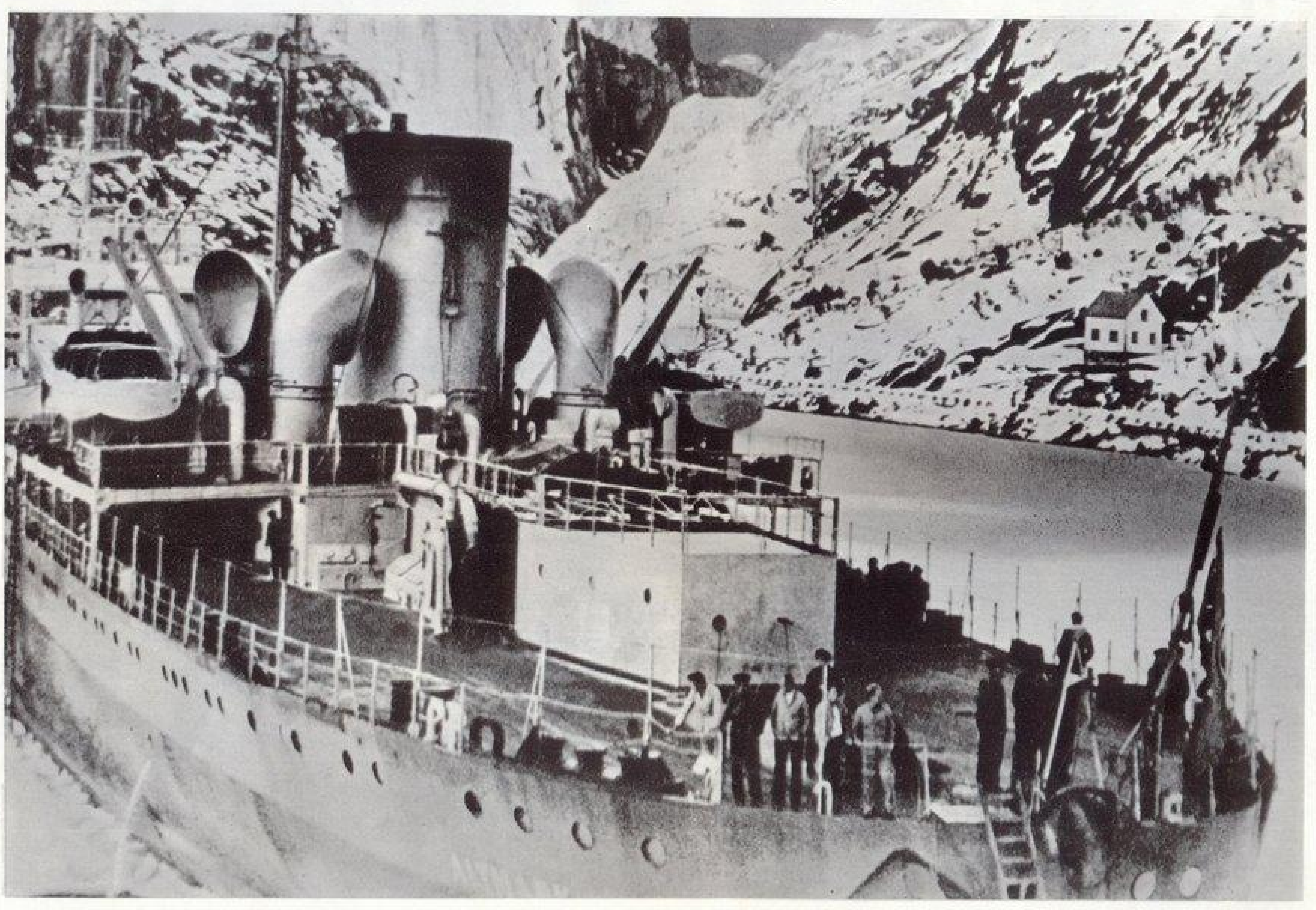
El día 7 de abril los aviones ingleses divisaron y bombardearon, aunque sin éxito, los buques de guerra alemanes que navegaban hacia el norte. El I Grupo de esta formación comprendía los cruceros de batalla *Gneisenau* y *Scharnhorst*, escoltados por diez destructores, a bordo de los cuales se encontraba un regimiento de la División de Montaña n.º 3, destinado a Narvik. El II Grupo estaba formado por el crucero *Hipper* y cuatro destructores, que transportaban a Trondheim dos batallones de otro regimiento de la misma división. A pesar de que estas noticias llegaron al Almirantazgo y a sir Charles Forbes, Comandante en Jefe de la *Home Fleet*, el informe detallado respecto a cada una de las unidades que se habían divisado y bombardeado no se recibió hasta que los aviones regresaron a sus bases. Inmediatamente, en la tarde del 7 de abril, la *Home Fleet* zarpó de Scapa Flow y se dirigió a la costa noruega para interceptar a los alemanes.

En la noche del 7 al 8 de abril estalló una tempestad que agitó las aguas noruegas hasta las primeras horas del día 9. Aquella noche, los destructores alemanes de los dos grupos que se encontraron en medio de la tormenta no cambiaron de ruta para no variar sus posiciones respecto de las unidades mayores, y por ello sus cargamentos y estructuras resultaron muy dañados. En la mañana del 8 de abril, uno de ellos descubrió un destructor desconocido, el cual, antes de desaparecer, le disparó dos cañonazos. Poco después, otro destructor alemán, el *Bernd von Arnim*, localizó la unidad desconocida, que viró para perseguirlo. Se trataba del *Glowworm*, uno de los destructores ingleses de la escolta del *Renown* que se había separado de la formación para buscar a un hombre lanzado al mar por una ola. Como el *Bernd von Arnim* llevaba la cubierta abarrotada de tropas y su principal objetivo era desembarcarlas, aumentó la velocidad tratando de librarse de su perseguidor. Pero pronto su castillo de proa se encontró sumergido, y la unidad alemana tuvo que reducir su marcha, mientras otros destructores, al acercársele para prestarle ayuda, sufrieron daños y perdieron varios hombres en el mar. En determinado momento, los dos destructores, que seguían cañoneándose en medio de la tempestad, se encontraron con el *Hipper*, que había invertido la ruta para ayudar a las unidades alemanas. Por un instante los destructores creyeron que el crucero era un buque inglés, pero muy pronto el navío alemán abrió fuego y alcanzó con sus primeros disparos al *Glowworm*. Este lanzó una cortina de humo y pareció decidido a huir, persiguiéndole el *Hipper* a través del humo. Pero el capitán de corbeta Roope, que estaba al mando del *Glowworm*, había decidido embestir a la unidad enemiga y así, cuando el *Hipper* salió de la nube de humo, se dio cuenta de que el *Glowworm* se encontraba muy cerca por el lado de estribor. También el *Hipper*, temiendo un ataque de torpedos, decidió intentar una maniobra para embestirlo de proa, pero el buque respondió demasiado lentamente al timón y la proa del *Glowworm* lo alcanzó en el costado, arrancándole cerca de 36 metros de la coraza lateral. Mas, presa de las llamas y ya a punto de hundirse, el *Glowworm* le pasó después por popa. Poco más tarde se escuchó una explosión y el barco inglés desapareció entre las aguas.

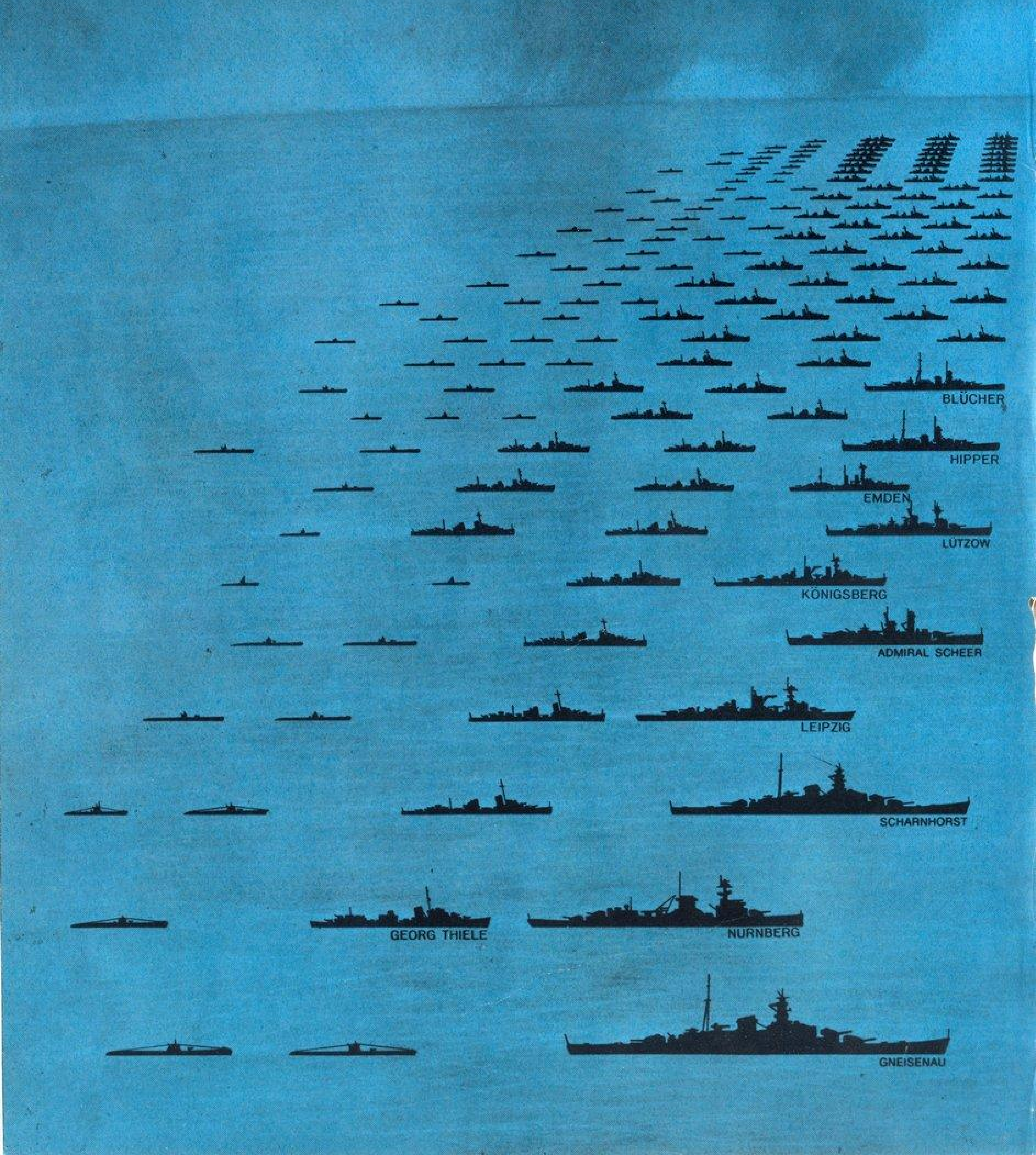
El *Hipper* se detuvo para salvar a los supervivientes, cubiertos de petróleo; pero mientras se izaba a bordo a Roope, exhausto, cayó de nuevo en el mar y desapareció entre las aguas. Al ser conocidos en Inglaterra estos hechos, Roope fue condecorado a título póstumo con la *Victoria Cross*.

El vicealmirante sir Max Horton, comandante de los submarinos ingleses y conocido por la habilidad con que intuía las intenciones de los alemanes, había ordenado, por propia iniciativa, que todos los submarinos disponibles se situaran frente a los puertos alemanes para vigilar las rutas de Noruega. Estos submarinos vieron pasar ante sus periscopios muchos barcos de carga que se dirigían hacia el norte, pero, como tenían la orden de torpedear solamente los buques de guerra o aquellos mercantes que con toda evidencia transportaron tropas, se habían visto obligados a de-

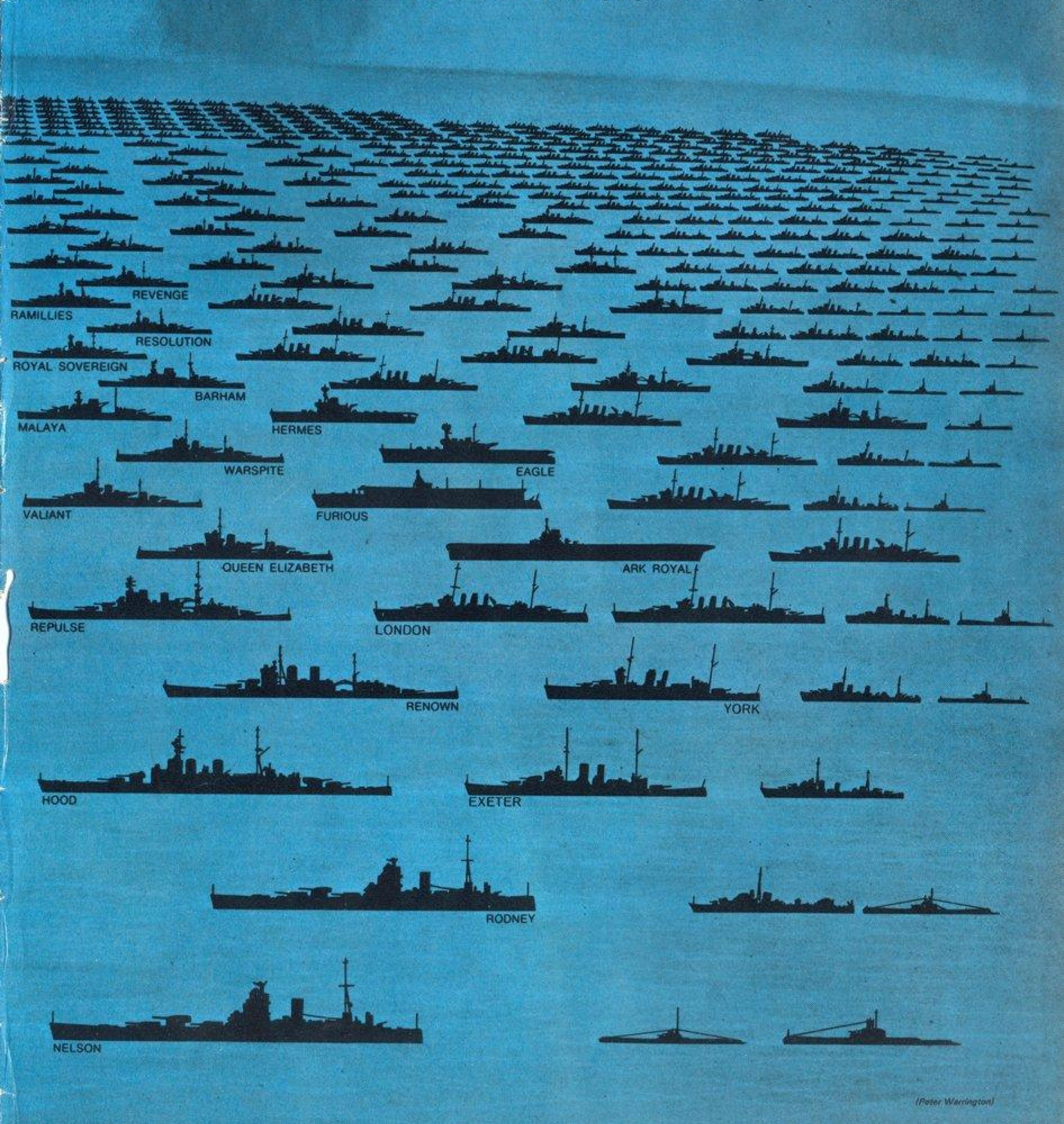
El *Altmark*, buque de apoyo, fue abordado por el destructor *Cossack* y encalló cuando intentaba embestir a la unidad británica. (Keystone)



LAS FUERZAS NAVALES ENFRENTADAS



La campaña de Noruega fue el único período de la guerra en que las flotas de superficie británica y alemana se encontraron frente a frente; pero este encuentro no se pareció en nada a la batalla de Jutlandia de 1916. Los cuatro acorazados de la Marina alemana eran demasiado preciosos para arriesgarlos todos al mismo tiempo, y, por su parte, los ingleses no tenían la posibilidad, por razones de espacio y tiempo, de concentrar su flota de batalla, compuesta por 14 acorazados (indicados abajo, a la derecha). La ventaja numérica de que gozaban los ingleses no correspondía a la calidad de los buques. Los cruceros pesados y los acorazados ligeros alemanes (los acorazados *Bismarck* y *Tirpitz* aún no estaban terminados) representaban una etapa avanzada de la técnica naval, pero a la larga sus excelentes cualidades fueron superadas por el número de unidades británicas. El diagrama muestra la inferioridad de la Marina alemana en la época de la campaña de Noruega, durante la cual su mayor fuerza la constituían los «U-Boat» y la guerra corsaria que llevaron a cabo.



jarlos pasar. Días más tarde, el 8 de abril, el submarino polaco *Orzel* torpedeó y hundió al buque *Río de Janeiro*.

Pronto se descubrió que los supervivientes, que sumaban alrededor de un centenar y que fueron recogidos por algunos pesqueros noruegos, eran soldados alemanes que afirmaban haber sido enviados a Bergen para salvar la ciudad de la invasión de los ingleses.

Este hecho confirmó los informes que ya se habían recibido en Londres y en Oslo, según los cuales estaban efectuando movimientos de tropas por tierra y mar.

Pero la *Home Fleet* había salido demasiado tarde de Scapa Flow. Cuando lo hizo las formaciones alemanas se encontraban ya bastante más al norte. A las 4 del día 8 de abril, el almirante Forbes, con dos acorazados y varios cruceros, se hallaba a unas 120 millas al sudoeste de la desembocadura del Trondheimsfiord, mientras otros cruceros ingleses habían llegado a 70 u 80 millas más al sur, a la altura de Bergen. El *Renown* estaba a punto de encontrarse con los destructores que sembraban minas en los Vestfiords, 500 millas al norte de la formación de Forbes, mientras que el crucero de batalla *Repulse* y el crucero *Penelope*, a los que el almirante ordenó que se adelantaran



Alegría de los prisioneros ingleses, que en número de 299 fueron liberados del *Altmark* gracias a la tripulación del destructor británico *Cossack*. *(Keystone)*

basándose en los informes de localización del enemigo mandados por el *Glowworm*, se encontraban en una posición intermedia entre Forbes y el *Renown*.

Por lo que respecta a los alemanes, el Grupo I se encontraba a unas 200 millas al nordeste de Forbes, y el II a unas 100 millas, esperando entrar en el Trondheimsfiord. Aún más al sur, el Grupo III, formado por los cruceros ligeros *Köln* y *Königsberg*, seguidos por dos unidades auxiliares y algunos torpederos, estaba a punto de entrar en los fiordos que conducen a Bergen. El Grupo IV constituido por el crucero ligero *Karlsruhe* y los torpederos que se dirigían a Kristiansand, y el Grupo V, compuesto por los cruceros *Blücher* y *Emden*, el acorazado de bolsillo *Lützow* y otros medios ligeros de desembarco destinados a Oslo, navegaban a lo largo de la costa danesa y seguían la ruta hacia los puertos noruegos.

El 8 de abril, un hidroavión inglés descubrió al *Hipper* y señaló su posición, pero como en aquel momento la unidad alemana tenía la proa hacia el oeste, Forbes, no dándose cuenta de que se dirigía a Noruega, viró hacia el noroeste y no consiguió interceptarlo. Más tarde, a las 20 horas, después de haber recibido más informaciones, Forbes empezó a comprender cuáles eran las intenciones de los alemanes y cambió la ruta hacia el sur, ordenando al *Repulse* y al *Penelope* continuar hacia el norte y encontrarse con el *Renown*. De esta forma, en las primeras horas del 9 de abril, cuando los buques alemanes estaban entrando en los fiordos y acercándose a las ciudades, la *Home Fleet* navegaba hacia el sur a una distancia de unas 60 millas de la costa, mientras muchó más al norte el *Renown* y sus destructores luchaban con la tormenta.

El *Gneisenau* y el *Scharnhorst*, tras enviar sus destructores a los Vestfiords, se dirigieron a toda máquina hacia el noroeste, y en las primeras horas de aquella mañana se encontraron con el *Renown*, que se lanzó en su persecución. El *Gneisenau* sufrió daños poco importantes antes de lograr escapar con el *Scharnhorst*. Pero al retirarse, los dos navíos alemanes dejaron escapar una buena ocasión para hundir al crucero de batalla inglés, el cual, si bien era mayor y disponía de buena artillería, no tenía una coraza muy potente y además en aquel momento, se encontraba completamente aislado.

En las primeras horas del 9 de abril, los diez destructores alemanes del Grupo I, que habían salido malparados de la tormenta, remontaban de nuevo el Ofotfiord con dirección a Narvik. Frente al puerto vieron al buque de defensa costera *Eidsvoll*, un viejo navío de cuarenta años, que les disparó un cañonazo de advertencia. El comodoro Bonte, que se encontraba a bordo del *Wilhelm Heidekamp* con el general Dietl, comandante de la División de Montaña n.º 3, hizo arriar una lancha y mandó un oficial a bordo del buque noruego para explicar al comandante del *Eidsvoll* que los alemanes venían como amigos para proteger a los noruegos contra los ingleses y le pidió que se inutilizasen las armas y los motores del buque. El comandante noruego se negó, y mientras la lancha alemana regresaba a su destructor empezó a apuntar sus cañones contra la de los alemanes. Pero algunos instantes después, tres torpedos alemanes hicieron añicos el barco noruego. De los 182 hombres de su tripulación sólo se salvaron ocho.

Otros tres destructores alemanes habían atravesado ya el fiordo para llegar a Bjerkvik, en la orilla septentrional, donde las tropas que transportaban debían apoderarse del cercano depósito de armas. Bonte llevó consigo otros tres destructores al puerto de Narvik, pero apenas empezaron a desembarcar los soldados abrió fuego el *Norge*, un barco gemelo del *Eidsvoll*. Si bien el puerto estaba lleno de buques mercantes y la temperatura glacial dificultaba la actividad de los marinos alemanes encargados de los tubos lanzatorpedos, pronto dos torpedos alcanzaron al *Norge*, que zozobró y se hundió, salvándose la mitad de la tripulación.

Dietl descendió a tierra inmediatamente y solicitó ver al comandante de la guarnición. Los soldados noruegos confusos y casi convencidos de que los extranjeros eran ingleses, no habían disparado. El coronel Sundlo, comandante de la guarnición, comunicó a Dietl que estaba decidido a resistir y a abrir fuego al cabo de media hora. Pero cuando el general alemán le hizo ver la oportunidad que tenía de evitar lo que, a su entender, sería un inútil y absurdo derramamiento de sangre, el anciano coronel perdió su aplomo y entregó el puerto a los alemanes. (Más tarde Sundlo fue acusado de traición, pero después de la guerra un tribunal militar lo juzgó y lo absolvió de toda acusación.) Dietl y Bonte, aislados con sus pocas fuerzas en las nieves del Norte, y con insuficientes armas pesadas y municiones, tuvieron que prepararse para afrontar la superioridad de las fuerzas aliadas, que, como ellos ya sabían, no tardarían en llegar.

Mientras tanto, navegando al largo de Trondheim, el *Hipper* cambió algunos disparos con las baterías que defendían la estrecha desembocadura del fiordo, y las rebasó seguido de sus destructores a una velocidad de 25 nudos. Poco después desembarcó sus tropas en la indefensa ciudad. En Bergen, las baterías costeras tardaron en abrir fuego y algunas de sus piezas se interrumpieron; no obstante, antes de que los soldados alemanes desembarcaran y ocuparan la ciudad, lograron causar daños al *Königsberg* y al barco auxiliar *Bremse*. En Stavanger, el ataque de las tropas aerotransportadas, que se produjo en el aeródromo de Sola, no encontró ninguna resistencia, y la ciudad quedó en manos de los alemanes.

En Kristiansand, las baterías lograron rechazar en principio a los buques alemanes que se acercaban envueltos en la niebla, pero cuando éstos volvieron al ataque, los confundieron con barcos franceses y los dejaron pasar; de este modo los alemanes pudieron ocupar la ciudad.

Aquellos mismos días Dinamarca había caído casi sin combate, y la aviación alemana empezó a operar sirviéndose de los aeródromos de Aalborg.

El rey ordenó, en Copenhague, que cesase la resistencia y que el país se dispusiese con calma a sufrir el yugo alemán.

Por una ironía del destino, fue precisamente el ataque vital contra Oslo, apoyado por mar y aire, el que estuvo más cerca del fracaso. En las primeras horas del alba del 9 de abril, el nuevo crucero pesado alemán *Blücher*, que llevaba a bordo al vicealmirante Kumetz y al general Engelbrecht, de la División de Infantería 160, con 1000 de sus hombres, fue hundido en los estrechos de Dröbak por los cañones y los torpedos de la fortaleza de Oscasborg. Los buques que lo seguían se vieron obligados a invertir su ruta y a volverse hacia la desembocadura del fiordo. Por su parte, el convoy aéreo se encontró envuelto en la niebla: los aviones que transportaban a los paracaidistas volvieron atrás, y a los que llevaban las tropas aerotransportadas se les ordenó volver a la base de Aalborg. No obstante, una unidad aerotransportada, desobedeciendo las órdenes, aterrizó en Fornebu, el aeropuerto de Oslo, y, a pesar de que algunos de sus aparatos fueron destruidos por la artillería antiaérea noruega, el resto de las tropas se apoderó del aeropuerto. Los aviones enviados a la base de Aalborg, después de repostar en ella, volvieron a Oslo, mientras otros fueron desviados de Oslo a Stavanger. Por la tarde, las tropas alemanas aerotransportadas ya estaban de nuevo en condiciones de operar según los planes preparados y ocuparon la ciudad

GENERAL DE DIVISIÓN J. L. MOULTON



D S O, Caballero de la Orden del Baño y de la Orden del Imperio Británico. Después de cursar sus estudios en la Sutton Valence Scholl, en 1924 entró en el cuerpo de los Royal Marines y en 1930 obtuvo el título de piloto; durante cinco años prestó servicio en la aviación naval. En 1938-39 asistió a la Escuela de Guerra del Ejército y posteriormente fue oficial de Estado Mayor en los días de Dunkerque y en la campaña de Madagascar. En 1944 era jefe del 48° Comando (de los Royal Marines) en Normandía y de la 4ª Brigada en Comandos en el último més de la guerra en Europa. Al acabar la contienda se le nombró comandante de la Escuela de Armas ligeras de los Royal Marines y después de la Escuela de Comandos. En 1961 dejó el servicio, cuando ya era jefe de todas las actividades relativas a las tropas anfibias. Ha publicado: *Haste to the Battle*, *Defense in a Changing World* y *The Norwegian Compaign of 1940*.

EL ATAQUE VISTO POR LOS NORUEGOS

Leif Bøhn



En 1940 Noruega no estaba preparada para la guerra. El país había gozado de más de un siglo de paz y el Gobierno confiaba en que una política de pacifismo y de neutralidad sería suficiente para mantener a Noruega al margen del conflicto. Pero ni Alemania ni Gran Bretaña estaban dispuestas a respetar esta neutralidad.

El día había amanecido con una niebla espesa y el mar estaba liso como el aceite. Mas de improviso, el fragor de una explosión en la línea de la costa sobresaltó a los habitantes de la pequeña ciudad costera de Lillesand, situada en el extremo meridional de Noruega. Al estruendo de la explosión siguió el agudo y prolongado silbido de la sirena de un barco. Las mujeres de la población salieron a la calle, angustiadas por la suerte de sus hijos y esposos que se encontraban pescando. Eran las 11,50 del 8 de abril de 1940.

Del mar no llegó ningún otro rumor hasta que tres barcos de pesca se deslizaron en el puerto, con el ruido familiar de sus motores. Sus cubiertas estaban llenas de hombres, unos muertos y otros heridos, y con gran sorpresa de los que estaban observando, se vio que algunos llevaban armas y vestían uniformes militares. El jefe de la policía local se hizo cargo de la situación y adoptó las medidas oportunas para que se llevase a los heridos al hospital y recibiesen ropa seca y alimento los hombres que habían quedado ilesos. Pero comenzó también a interrogarlos, y descubrió que se dirigían a Bergen «para proteger a Noruega de los invasores ingleses». De este hecho se informó inmediatamente a las autoridades civiles y militares de Oslo.

Lo que había sucedido era que el buque alemán *Río de Janeiro*, que transportaba tropas, acababa de ser torpedeado a la altura de Lillesand por el submarino polaco *Orzel*. El *Río de Janeiro* tenía que llegar a su destino, Bergen, el 9 de abril, antes de las 04,15 horas, al mismo tiempo que los restantes buques que tomaban parte en el «Weserübung Nord», o sea el ataque a Noruega.

Pero el 8 de abril el Gobierno noruego recibió una información que hizo pasar a segundo plano el hundimiento del *Río de Janeiro*: la Marina inglesa había minado las aguas territoriales noruegas para detener a los buques alemanes, cargados de mineral de hierro, que partían del puerto de Narvik. El Gobierno consideró que este acto provocaría sin duda alguna una violenta reacción por parte de Hitler, y más aún cuando pocas semanas antes los ingleses habían violado la neutralidad noruega atacando al buque-apoyo alemán *Altmark*.

El Gobierno laborista noruego pretendía mantenerse neutral durante el mayor tiempo posible, pero, si se veía obligado a entrar en guerra, se pondría de parte de los ingleses. En efecto, Inglaterra estaba en situación de dominar las rutas marítimas de Noruega, y la principal riqueza del país era precisamente su marina mercante; la flota noruega de buques cisternas era la segunda del mundo en tonelaje y, desde luego, la más moderna. Además, en el aspecto moral, los noruegos eran hostiles a Hitler y al nazismo. Por lo tanto, en el caso de que se vieran obligados a renunciar a su posición de neutralidad, al menos no formarían en las filas de los alemanes.

Cuando llegó a Oslo la noticia de lo que había sucedido en Lillesand, las autoridades militares solicitaron nuevamente que se minasen los fiordos –especialmente el de Oslo– y que se movilizasen las fuerzas. Ya el 5 de abril, el Estado Mayor del Ejército noruego había recibido informes alarmantes de sus agentes que se encontraban en los puertos septentrionales de Alemania; según aquellos informes, los alemanes estaban embarcando hombres y material de guerra para invadir Noruega. Pero el Gobierno, temiendo que los preparativos militares pudiesen ofrecer a Hitler un pretexto, decidió no hacer nada.

Cuando la tarde del 8 de abril se reunió el Consejo de Ministros, el jefe de Estado Mayor del Ejército, coronel Rasmus Hatledal, acudió a la reunión para informar al ministro de Defensa de que todos los oficiales de Estado Mayor estaban a su disposición, lo mismo que él, en espera de cumplir inmediatamente las órdenes del Gobierno. El Gobierno le indicó que todos los oficiales podían permanecer en sus casas y que en las oficinas debían quedar tan sólo los que efectuaban el trabajo habitual.

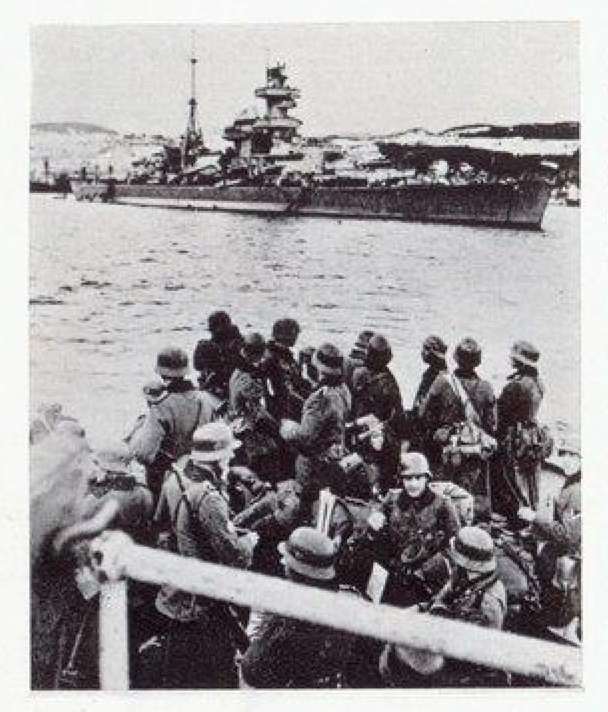
Un joven oficial que prestaba servicio en el Estado Mayor del Ejército escribió más tarde en su diario: «Estaba tan seguro de que la guerra estaba a punto de estallar, que aquellos días envié a mi mujer y a mi hijo fuera de la ciudad. Me sentía profundamente deprimido, no conseguía explicarme la absurda y casi increíble actitud que habían adoptado los políticos en aquellos nefastos días. Cuando, finalmente, me fui a casa a dormir, estaba tan agitado que tuve que tomar un somnífero; por ello, pocas horas después, casi no consiguieron despertarme las insistentes llamadas procedentes del Estado Mayor.»

Cuando más tarde, en el curso de aquella misma noche, el Gobierno se convenció al fin de que era inminente la invasión, decidió que se movilizasen cinco brigadas de campaña en Noruega meridional, pero que la movilización se realizase secretamente. Esto significaba que se tenía que convocar a cada combatiente con una carta personal, no con los sistemas tradicionales: o sea, los bandos en las calles, los tañidos de las campanas en las iglesias... Cuando el coronel Hatledal recibió esta orden del Ministerio de Defensa, les dijo: «¿Pero estáis locos?». El ministro dio media vuelta y regresó a la reunión.

«La defensa, un absurdo»

En los años anteriores a la guerra, el partido laborista noruego era pacifista. Sus más autorizados representantes declaraban que en la era de los carros de combate, de los gases y de los bombardeos aéreos, la defensa militar de Noruega sería un absurdo. En tales circunstancias, ¿qué podría hacerse para defender un país de 3.500.000 habitantes? Nada. Otros eran más realistas, pero confiaban en que mientras Inglaterra dominara los mares nada irreparable podría suceder a Noruega. Por ello, aunque algunos oficiales se habían dado cuenta de la importancia que tenía Noruega para

El Comandante noruego Quisling, que fue el primero de los colaboracionistas –y cuyo apellido pasaría después a designar a cuantos traicionaron a su patria– pasa revista a las tropas alemanas. *(Archivo Rizzoli)*







Los alemanes desembarcan en Noruega. Al fondo el *Hipper*, crucero pesado que el 8 de abril hundió al destructor británico *Glowworm* en aguas de Trondheim. (Ullstein)

Aturdida, la población de Oslo observa a las tropas alemanas que marchan a través de la ciudad. (Ullstein)

Un manifiesto invita a la población noruega a obedecer las disposiciones de los ocupantes alemanes bajo la conminación de penas gravísimas. (Archivo Rizzoli)

Alemania, no se habían escuchado sus advertencias, y en los años sucesivos se redujo drásticamente el presupuesto para la defensa.

Al ataque alemán contra Polonia en septiembre de 1939 había seguido el ataque ruso contra Finlandia. Pero durante la llamada «guerra de invierno» (entre Rusia y Finlandia), en las regiones septentrionales, donde la frontera rusa se acerca a la de Noruega, se constituyó una fuerza militar bastante respetable, equivalente a un poderoso grupo de brigadas inglesas. La Marina destinó a la vigilancia de las aguas septentrionales tres de sus pequeñas pero bastante modernas unidades ligeras, mientras el *Eidsvoll* y el *Norge*, dos unidades acorazadas encargadas de la defensa costera, construidas hacía más de cuarenta años, estaban fondeadas en el sector de Narvik. Estos buques, gracias a sus cañones de 210 y 150 mm, poseían una buena potencia de fuego, pero estaban totalmente indefensos frente a los torpedos. Después del armisticio del 13 de marzo de 1940, entre Finlandia y Rusia, se desmovilizó un batallón de infantería que se encontraba al norte; más tarde, el 1 de abril, las unidades movilizadas efectuaron el relevo de sus efectivos, y por ello, cuando sobrevino el ataque, muchos de los soldados eran reclutas todavía sin instrucción.

En la Noruega meridional se encontraban tres compañías del Batallón de la Guardia Real (en Oslo) y una compañía de reclutas en fase de instrucción (en Elverum). En Lillehammer, Kristiansad, Stavanger y Bergen, o en sus inmediaciones, se movilizó un batallón con misión de adiestramiento y vigilancia contra eventuales violaciones de la neutralidad; en cada uno de los distritos militares estaban también movilizados un escuadrón de caballería, una batería de artillería y una compañía de ingenieros. Cada distrito tenía, además, una escuela propia para suboficiales de Infantería, que podrían formar una compañía incompleta, totalmente «nominal», mientras en el distrito de Oslo había también Escuelas de Caballería, Artillería e Ingenieros.

Oslofiord, Kristiansand, Bergen y la entrada de Trondheimsfiord estaban defendidas por baterías costeras, pero sólo disponían de una tercera parte de los efectivos necesarios para una situación bélica y, además por no contar con infantería para protegerlas, eran vulnerables a los ataques procedentes del interior. Las unidades de la Marina se hallaban diseminadas a lo largo de la costa, con la misión de asegurar el respeto a las aguas neutrales noruegas, y no estaban organizadas en agrupaciones de combate. Asimismo, los pocos hidroaviones de la Marina efectuaban acciones de reconocimiento en el límite de las aguas territoriales, en tanto que la aviación del Ejército estaba constituida por nueve *Gloster Gladiator*, cerca de Oslo, nueve bombarderos ligeros en Sola y unos cuantos aviones de reconocimiento cerca de Trondheim y Narvik.

Pero esta breve descripción del modestísimo potencial bélico no ofrece tampoco un auténtico cuadro de la situación real. Hay que añadir que Noruega no se había visto envuelta en un conflicto desde el año 1814; por ello el pueblo noruego no estaba preparado psicológicamente para una guerra, y por su parte el Gobierno laborista no vio lo que no quería ver, y no sintió lo que no quería sentir.

Asalto desde el mar y desde el aire

En las primeras horas del 9 de abril, tropas alemanas, desembarcando de buques de guerra, ocuparon Narvik, Trondheim, Bergen y Kristiansand; al mismo tiempo, algunos contingentes de paracaidistas ocuparon el aeródromo de Sola, próximo a Stavanger, y otros entraron en la ciudad. Los alemanes habían decidido efectuar en Oslo un ataque simultáneo desde el mar y desde el aire, pero los buques de guerra fueron detenidos en los estrechos de Dröbak, antes de llegar a la capital. Allí el veterano coronel Eriksen, de 65 años, que mandaba la fortaleza de Oscarsborg, asumiendo la responsabilidad por su propia iniciativa, decidió abrir fuego y hundió el nuevo crucero pesado alemán *Blücher*, inflingiendo al enemigo graves pérdidas en vidas humanas. Mientras tanto, el ataque aéreo al aeródromo de Fornebu fue dificultado por la niebla, de manera que Oslo sólo cayó en poder de los alemanes ya avanzada la tarde.

Aquella mañana el presidente del *Storting* (Parlamento noruego), C. J. Hambro, había aconsejado a todos los diputados que abandonasen Oslo y se reunieran en Hamar, situado a unos 110 km más al norte. Posteriormente, las noticias del avance alemán aconsejaron celebrar la reunión en Elverum. Poco antes de abandonar Oslo, el Ministro de Asuntos Exteriores, Halvdan Koht, anunció a los representantes de la *Norsk Telegrambyraa* (Agencia Oficial de informaciones) que el Gobierno había decidido la movilización general; esta noticia se transmitió inmediatamente por la estación de radio.

En el curso de aquel mismo día, cuando la estación cayó en poder de los alemanes, Quisling la usó para lanzar violentas acusaciones contra el Gobierno y, afirmando que su propio gobierno era el único responsable, intentó detener la movilización general, ya en marcha.

También los alemanes utilizaron la radio tratando de hacer cesar toda resistencia militar, amenazando con el fusilamiento de todos los que empuñasen las armas y, en efecto, durante los días inmediatos pasaron por las armas a muchos civiles con el expreso propósito de aterrorizar a la población.

El audaz intento de una compañía de paracaidistas alemanes, dirigidos por el agregado aeronáutico alemán, capitán Spiller, de perseguir al rey y a sus ministros en Elverum, fue detenido en Midtskogen, en una acción en el curso de la cual encontró la muerte el propio Spiller.

Mientras tanto, el Gobierno había recibido plenos poderes del *Storting* y decidió continuar la lucha.

El 11 de abril se instó al comandante en jefe del Ejército, general Laake, para que dimitiera y su cargo lo asumió el coronel Otto Ruge. Convencido de que la resistencia militar era una necesidad histórica para Noruega, Ruge comenzó a organizarla.

Las fuerzas militares noruegas estaban movilizándose en Halden, en las regiones sudorientales; al norte de Oslo y en Telemark, al sudoeste de la capital; en Setesdal, al norte de Kristiansand; en Voss, en la zona al interior de Bergen; en Möre y en Tröndelag, al oeste y al este de Trondheim. En la extremidad septentrional del país, la brigada de campaña movilizada se concentró en Bardufoss, al norte de Narvik. Pero privadas como estaban de sus puertos y depósitos militares más importantes, estas fuerzas no podrían resistir mucho tiempo si no recibían refuerzos y aprovisionamientos.

Y como esta ayuda no se vislumbraba por ninguna parte, como parecía que nadie estaba en condiciones de intervenir de una manera eficaz y positiva, las tropas noruegas se verían obligadas a renunciar cuanto antes a una resistencia que estaba a punto de convertirse en una sucesión de encuentros en cada curva de camino, a lo largo de valles y de montañas.

LEIF BØHN

Nacido en Sylling, Noruega, en 1909, ingresó en la universidad de Oslo en 1928. En 1937 terminó la carrera de Derecho e inició su labor de periodista, trabajando en el *Aftenposten*. En el período de la «guerra de invierno» fue corresponsal en el frente finlandés y durante la segunda Guerra Mundial trabajó en Suecia como presidente de la Asociación de Periodistas noruegos, que él mismo fundó. Después de la guerra se reintegró al *Aftenposten*. Entre sus publicaciones figura: *La prensa secreta en Noruega* (que forma parte de la historia oficial de la guerra en Noruega). Bohn es corresponsal en el Mando septentrional de la NATO desde su constitución.

LA CONQUISTA DE NORUEGA

J. L. Moulton, General de División

La primera parte del ataque alemán se había desarrollado según los planes previstos. Los desembarcos en los puntos de importancia vital se llevaron a cabo sin demasiadas interferencias por parte de la Marina británica. La reacción aliada se produjo más tarde, y fue tan ineficaz que demostró su falta de preparación para la nueva estrategia.

Tras haber dejado escapar a los alemanes en el mar, la intención del almirante Forbes y del Almirantazgo era enviar a la *Home Fleet* a los fiordos de Trondheim o de Bergen para bloquear allí a los buques germánicos. Pero la acción fue demasiado lenta o indecisa, de modo que, entre intercambios de órdenes y demandas de información, pasó el momento favorable. Por ello, hasta las 23,30 del 9 de abril Forbes no ordenó que cuatro cruceros y siete destructores se dirigieran hacia Bergen, que él ya había rebasado, a 60 millas de la costa, en su navegación hacia el sur. Pero cuando los destructores invirtieron la ruta se encontraron con el «mar de proa» y se vieron obligados a reducir la velocidad; en consecuencia, no pudiendo llegar a Bergen antes de la noche, se suspendió el ataque.

Horas después las condiciones atmosféricas fueron mejorando y aquella misma tarde apareció la *Luftwaffe* para cumplir su misión: proteger los desembarcos alemanes de los ataques de la escuadra inglesa. La acción, en su conjunto, la llevaron a cabo 88 *Heinkels III* y *Junkers 88;* pero tanto su bombardeo como el tiro de los antiaéreos ingleses fueron ineficaces; los resultados del ataque se limitaron al hundimiento de un destructor y a daños insignificantes en tres cruceros y en el acorazado *Rodney,* a causa de una bomba de 500 kg que hizo explosión de forma incompleta. Cuatro aviones alemanes fueron alcanzados, pero sólo se vio caer al mar a uno de ellos. No obstante, como los buques ingleses habían empleado gran cantidad de municiones antiaéreas, el comandante en jefe, convencido de que no podía arriesgar más la seguridad de su escuadra dentro del radio de acción de la *Luftwaffe* sin un apoyo conveniente de la aviación de caza, se dirigió nuevamente al norte, abandonando la idea de realizar una acción naval de superficie contra los invasores.

Habrían podido proporcionar cierto apoyo aéreo, aunque por breve tiempo, los pocos aviones de caza *Blenheim,* de gran autonomía, disponibles en Inglaterra; pero, según la estrategia naval tradicional, la escuadra debía estar en condiciones de defenderse por sí misma, utilizando sus propios medios, y, al parecer, ni siquiera se solicitó la ayuda de los *Blenheims.* De los portaaviones ingleses, el *Ark Royal* había sido enviado al Medite-



Soldados alemanes luchan para abrirse paso a través de un pueblo noruego en llamas.

(Ullstein)

rráneo para unirse al *Glorious*, permaneciendo sólo el *Furious* en el Clyde. Este último zarpó en las primeras horas del 8 de abril, tras haber embarcado sus aviones; pero, como en el curso de los recientes trabajos de reparación se había reducido el espacio destinado a ellos para aumentar su armamento antiaéreo, no llevaba a bordo ningún caza. El *Furious* encontró la escuadra a la altura de las islas Shetland el 10 de abril, y entonces todas las unidades se dirigieron de nuevo hacia Trondheim, para que los *Swordfish* del portaaviones pudieran lanzar un ataque de torpedos contra el crucero *Hipper*.

Pero cuando llegaron a Trondheim, el 11 de abril, descubrieron que el *Hipper* ya había zarpado; finalmente, los torpedos lanzados contra los destructores que se encontraban todavía allí no alcanzaron el objetivo.

En otras zonas, la actividad de la Marina inglesa había obtenido mejores resultados, aunque no decisivos. En la noche del 9 al 10, frente a Kristiansand, el submarino *Truant* torpedeó al crucero *Karlsruhe* y le causó daños tan graves que los mismos alemanes tuvieron que hundirlo. Otro submarino, el *Spearfish*, torpedeó al *Lützow*, pero este buque consiguió ponerse a salvo. Finalmente, habiendo obtenido la autorización para hundir todos los buques que se dirigieran hacia el norte, los submarinos que se encontraban en Kattegat y en Skagerrak, aun corriendo graves riesgos por el hecho de actuar en condiciones extremadamente difíciles obtuvieron notables éxitos contra los buques alemanes que realizaban el transporte de tropas y material dificultando sensiblemente la realización del planeado ataque germano.

En Bergen, en las primeras horas del día 10, varios aviones *Skua* de la aviación naval, que habían despegado de Scapa Flow y operaban en el límite máximo de su autonomía, bombardearon el crucero ligero *Königsberg* y consiguieron hundirlo.

Aquella misma mañana, el comandante Warburton-Lee, sin esperar la llegada de refuerzos, se dirigió con seis destructores a Ofotfiord, donde sorprendió a diez destructores alemanes, a la altura de Narvik, y consiguió hundir dos de ellos y averiar otros, aunque estos daños fueron parecidos a los que experimentaron los buques ingleses en un segundo combate en el que perdió la vida el comandante Warburton-Lee.

El 12 de abril el Almirantazgo ordenó a Forbes, que entonces estaba acercándose a los Vestfiords, que enviase un acorazado para completar la destrucción de los barcos alemanes en Narvik, y al día siguiente el veterano acorazado *Warspite* y todos los destructores ingleses disponibles se dirigieron a Ofotfiord para hundir a los restantes destructores alemanes.

Noruega sigue combatiendo

Los noruegos habían rechazado valerosamente la propuesta de rendición hecha por Hitler. Pero por desgracia muy pronto se darían cuenta de que los medios de que disponían eran totalmente inadecuados para resistir.

Según lo previsto, en el momento de la movilización, cada uno de los seis Distritos del Ejército noruego debía constituir una Brigada de campaña; a ésta se añadirían después las restantes unidades para completar la formación de una división y las guarniciones; pero estas unidades complementarias se constituirían gradualmente y con un equipo reducido. Sorprendido por el ataque enemigo antes de la movilización –sólo estaban preparadas la Brigada 6 de campaña, situada en el extremo septentrional del país, y unas cuantas unidades aisladas, cerca de las ciudades más importantes–, el Ejército se retiró de las ciudades, abandonando puertos y aeródromos y, confuso e inseguro, trató de realizar un plan de movilización destinado fatalmente al fracaso por el grave estado de desorganización que reinaba en el país. Con el nombramiento de Otto Ruge como Comandante en jefe, el día 11 de abril, el Gobierno había confiado el mando del Ejército a un hombre frío y decidido. Inmediatamente, Ruge comenzó a dar órdenes, eliminando toda duda respecto a una posible rendición e instando a los comandantes de los Distritos a que resistiesen a los alemanes, deteniéndoles en las bolsas costeras que ocupaban.

En el Norte, el general Fleischer había perdido, con la guarnición de Narvik, uno de sus batallones. Otro batallón detuvo a los hombres de Dietl el 10 de abril, a unos 26 km al norte de Ejerkvik, en la carretera a Bardufoss, donde Fleischer estaba concentrando sus fuerzas en el centro de instrucción y en el aeródromo militar. En Trondheim, las fuerzas del 5.º Distrito se retiraron hacia el Norte, a Stenkjär, para completar la movilización, pero al hacerlo dejaron a los alemanes el aeródromo militar de Vaernes, situado a unos 40 km de Trondheim. La artillería dejó sus piezas en los depósitos de la ciudad, pero el comandante Holtermann reunió un contingente de voluntarios en el viejo fuerte de Hegra y allí opuso al enemigo una encarnizada resistencia, que duró hasta principios de mayo y tuvo comprometidas a fuerzas alemanas muy superiores.

En Bergen, las fuerzas del 4.º Distrito se retiraron también hacia el interior, a Gol; mientras que en Stavanger y Kristiansand unas pocas tropas noruegas se replegaron hacia las inaccesibles regiones interiores. En Halden, en la zona sudoriental, las fuerzas del 1.er Distrito comenzaron a movilizarse, mientras que en la parte menos accidentada que rodea Oslo, el general de división Hvinden Haug, comandante del 2.º Distrito, organizó sus hombres en cuatro débiles grupos de combate e hizo todo lo posible para cerrar las salidas de la ciudad.

Por la tarde del 9 de abril, las fuerzas alemanas situadas en la capital noruega ascendían solamente a nueve compañías, pero al día siguiente comenzaron a afluir tropas por aire y mar. Dos divisiones alemanas (la 163 y la 169), que sufrieron graves pérdidas y se habían desorganizado durante la travesía, improvisaron grupos de combate con las fuerzas desembarcadas. En el transcurso de unos pocos días estos núcleos estuvieron preparados y pudieron atacar a los noruegos –todavía sólo parcialmente movilizados– con toda la rapidez y la fuerza de la guerra relámpago. El 12 de



Un mortero alemán en acción contra tropas de montaña noruegas. «No nos doblegaremos por nuestra voluntad», fue la respuesta valerosa y patética de los noruegos a las peticiones de rendición alemanas. (Ullstein)



Soldados británicos hechos prisioneros en Trondheim. El enclave representaba un punto crucial en el plan de ataque germano y por ello Hitler estuvo impaciente varios días. (Ullstein)

abril un regimiento alemán reforzado avanzó unos 115 km hacia el sur, a lo largo de la orilla oriental del Oslofiord, y al día siguiente ocupó Halden. Otro regimiento atacó hacia el este. Muy pronto varias unidades del 1.er Distrito noruego se vieron forzadas a retirarse al otro lado de la frontera sueca; el día 15 todo había concluido en aquel sector: 3000 noruegos se internaron en Suecia y 800 quedaron prisioneros de los alemanes. En el otro flanco, la División 163 alemana ocupó Kongsberg, a 91 km al sudoeste de Oslo, y Hönefoss, a 57 km al noroeste. Al sur, el 3.er Distrito sometido a una presión incesante por parte de los alemanes, capituló el 15 de abril. Por el momento, los hombres de Ruge y de Hvinden Haug se enfrentaban solos a los alemanes.

El día 13 de abril varios grupos de combate germanos atacaron hacia el norte; cuatro de ellos avanzaron por las carreteras que discurren próximas a los grandes lagos Mjösa y Randsfiord, y otros dos se dirigieron hacia el noroeste, donde el ferrocarril de Bergen cruza las montañas. El día 18 los alemanes entraron en Hamar y al día siguiente en Elverum; otros dos grupos convergían ya sobre Gjövik. El 20 tomaron contacto con las posiciones noruegas que defendían Lillehammer y Rena-Aamot, donde encontraron una tenaz resistencia por parte de fuerzas noruegas que combatían en las montañas cubiertas de nieve.

Gracias a una acción de mando audaz y vigorosa, a la calidad superior del equipo y al apoyo de la *Luftwaffe*, estos grupos alemanes realizaron en ocho días un avance de casi 300 km.

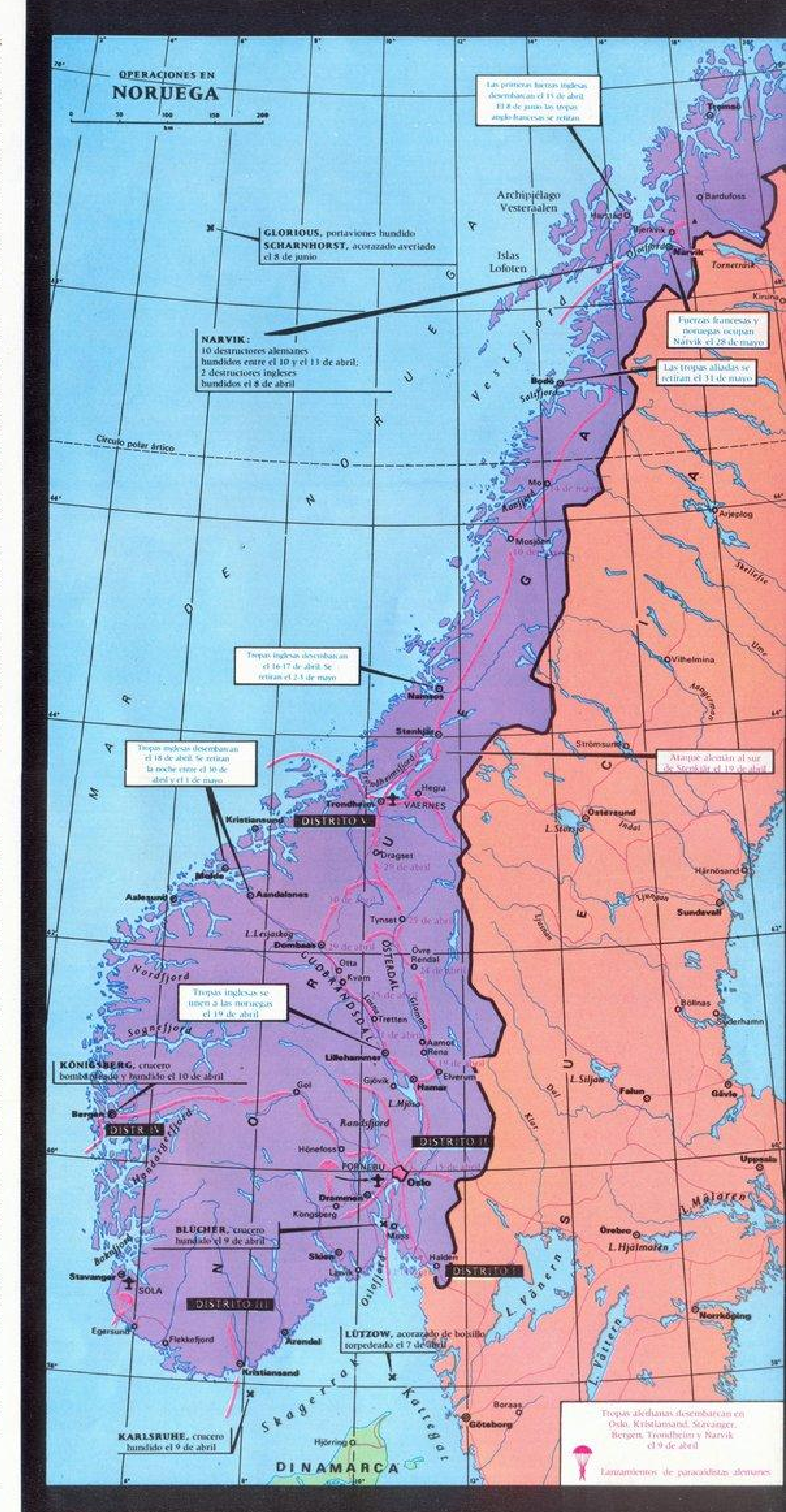
Ruge, que había ordenado a Hvinden Haug que efectuase una acción retardadora evitando emplear el grueso de su Ejército, pidió a Bergen fuerzas que le cubriesen el flanco occidental. Ruge esperaba entonces poder mantener la salida meridional de los altos y nevados páramos situados al norte de Lillehammer, a fin de que los ingleses y franceses, después de reconquistar Trondheim, pudiesen avanzar hacia el sur y liberar Oslo.

Llegan las fuerzas aliadas

La noticia de la importancia de los desembarcos alemanes y de los éxitos que estaban consiguiendo constituyeron para los Jefes de Estado Mayor y para el Gobierno inglés una sorpresa desconcertante. La tarde del 9 de abril decidieron hacer de Narvik su objetivo inmediato y comprobar la posibilidad de aprovechar los pequeños puertos de Namsos y Aandalsnes para un avance en el interior, a fin de reconquistar Trondheim. En el transcurso de la noche del 7 al 8, el Almirantazgo ordenó a los cruceros que se encontraban en Rosyth que desembarcasen sus tropas y alcanzasen, con las unidades de escolta que acompañaban a los buques de transporte en el Clyde, a la *Home Fleet* a la altura de la costa noruega.

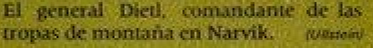
Las operaciones de desembarque y reembarque habían provocado cierta confusión y pérdida de material, pero aún tuvo consecuencias más graves la hipótesis sobre la que se habían basado para organizar la expedición: creían que se trataba simplemente de oponerse a débiles destacamentos alemanes. Por lo tanto, la artillería de campaña era escasa y prácticamente faltaban los medios acorazados. Además, las fuerzas que se encontraban en Rosyth tenían también la desventaja de la insuficiencia de los medios de transporte; por último, los movimientos de las fuerzas del Clyde se veían dificultados por la presencia de un alto porcentaje de personal administrativo y auxiliar que tenía la misión de establecer una base en Narvik.

Veinticuatro horas después de la segunda batalla naval de Narvik, el general Mackesy, que mandaba la expedición militar destinada a este puerto, llegó a Harstad, donde se le unió poco después la Brigada de Guardias y los destacamentos que te-

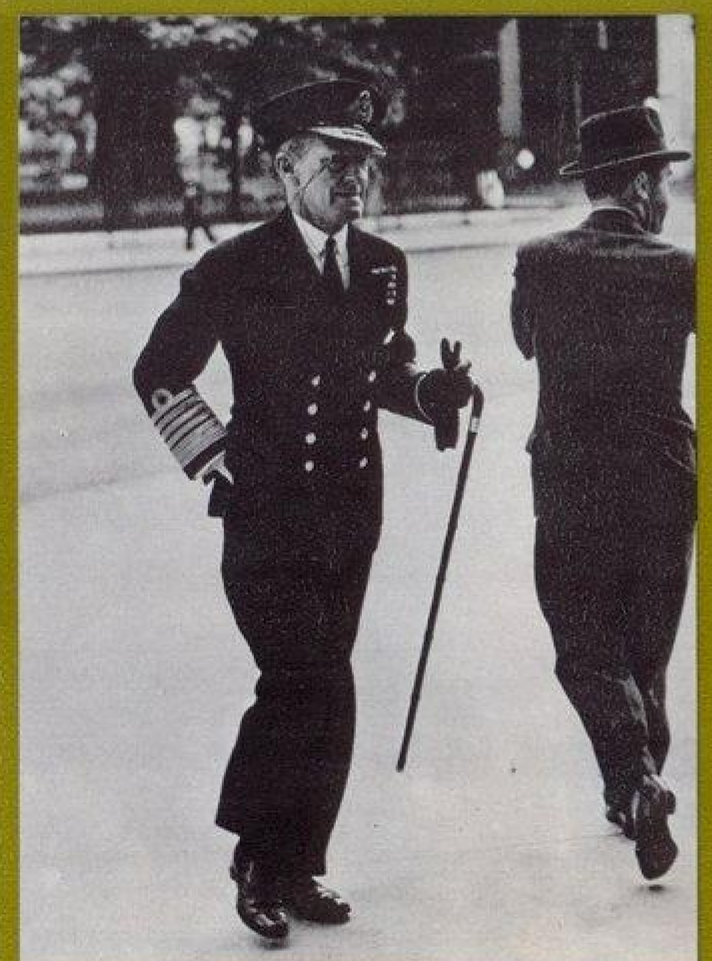


Las diferentes fases de la invasión alemana en Noruega.





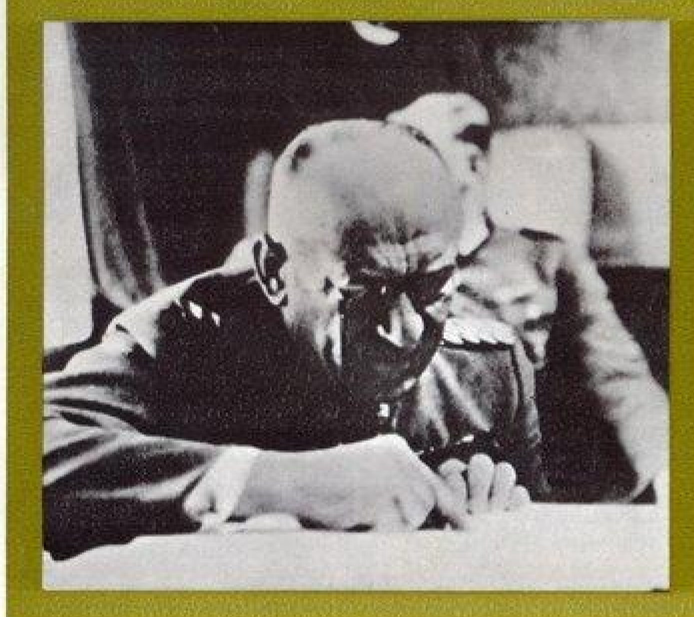
El general Dietl, comandante de las tropas de montaña en Narvik. *(Ullstein)*

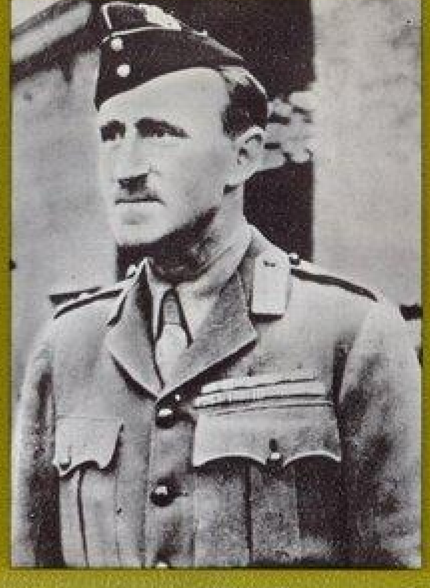


A la derecha: el almirante conde Cork y Orrery. Dirigió las operaciones navales relacionadas con la campaña de Noruega. *(Hulton Picture Library)*

Abajo, a la derecha: el comandante de las fuerzas británicas en Aandalsnes, general Paget. *(Keystone)*

Abajo, a la izquierda: el general von Falkenhorst, que estudió y dirigió la campaña de Noruega. *(Ullstein)*





nían que encargase de la base. El almirante lord de Cork y Orrery, nombrado Comandante de las operaciones navales de Narvik, había zarpado de Rosyth el mismo día que Mackesy abandonó Scapa Flow. Pero sus órdenes no habían sido coordinadas y, mientras Mackesy creía que se debía realizar una lenta campaña en tierra, Cork, dándose cuenta de la gravedad de la situación, pretendía atacar desde el mar las escasas fuerzas de Dietl, que se encontraban en Narvik.

Cuando Cork y Mackesy se encontraron era ya demasiado tarde para conseguir que al segundo ataque naval le siguiera un desembarco en Narvik, y muy pronto se comprobó, además, que aquellas fuerzas, sin instrucción ni equipo para combatir en las montañas cubiertas de nieve, no se hallaban de momento en situación de efectuar operaciones en tierra. Mientras tanto, el tiempo pasaba: y llegó el mes de mayo y todavía los comandantes ingleses estaban discutiendo sus opuestos pareceres, mientras en las montañas del interior los noruegos de Fleischer soportaban el peso de duros combates.

Inmediatamente después de haber designado a Narvik como primer objetivo, los Aliados comenzaron a percatarse de la importancia estratégica y política de Trondheim. En consecuencia, se dispuso un nuevo plan que establecía el desembarco en el Trondheimsfiord, cerca del aeródromo de Vaernes, de la Brigada de Infantería 15, retirada de Francia precisamente para esta misión; al mismo tiempo, dos batallones canadienses deberían desembarcar en la desembocadura del fiordo para apoderarse de las baterías costeras. Simultáneamente a este ataque, la Brigada de Infantería 146 y media Brigada de *Chasseurs Alpins* (infantería de montaña) desembarcarían en Namsos, para avanzar después por el nordeste sobre Trondheim, mientras la Brigada de Infantería 148 desembarcada en Aandalsnes, llevaría a cabo una acción de diversión por el sur, atravesando toda la zona de Dombaas.

Cuando se expuso al almirante Forbes la parte del plan referente a la entrada en el Trondheimsfiord, manifestó que los ataques aéreos enemigos causarían graves pérdidas. El Almirantazgo, probablemente aconsejado por Churchill, le dijo que lo estudiara bien y le prometió el apoyo del *Ark Royal* y del *Glorious* (que en aquel momento regresaban del Mediterráneo), tres acorazados, cruceros y destructores, y hasta ataques aéreos por parte del *Bomber Command* (Mando de la Aviación de bombardeo) a los aeródromos ocupados por los alemanes. La elaboración de este plan prosiguió a pesar de algunos retrasos y de la oposición del comité de programación, hasta que el 19 de abril los jefes de Estado Mayor manifestaron su opinión en contra. Ante esta nueva situación, Churchill, en su condición de presidente del Comité de Coordinación Militar, se vio obligado a aconsejar al Gobierno que prescindiera de esta parte del plan y a recomendar que la ocupación de Trondheim se confiase solamente a las tropas que avanzarían por tierra desde Namsos y Aandalsnes.

Caos en la cumbre

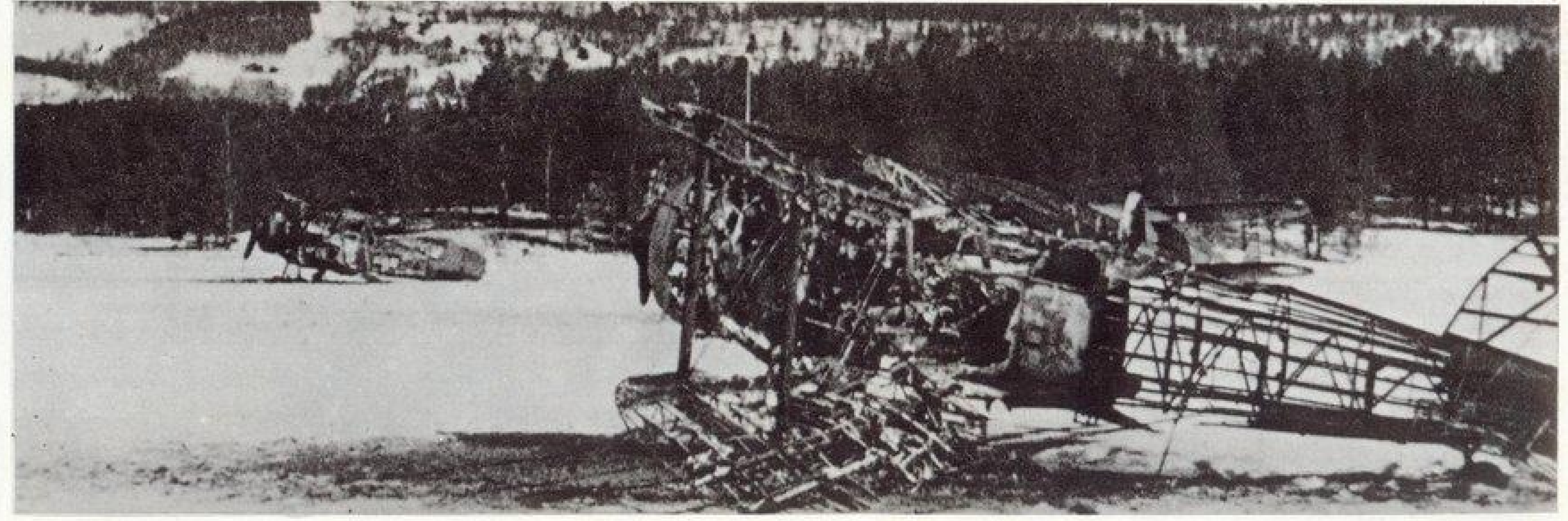
La revocación de esta parte del plan constituyó un gran alivio para los ingleses, que no estaban ni material ni psicológicamente preparados para hacer frente a la *Luftwaffe* o para emprender una operación anfibia. Tal vez su reacción habría sido distinta si hubieran podido saber lo que estaba sucediendo en el OKW; en efecto, más o menos por aquellos días Hitler había perdido el dominio de sus nervios y estaba considerando la posibilidad de reducir drásticamente las pérdidas alemanas en Noruega. Hubo dos períodos de lo que el general Jodl definió en su diario como *Führungschaos* (caos en la cumbre): más o menos del 14 al 18 a propósito de Narvik, y desde unos días después hasta el 23, a propósito de Trondheim. Pero el 24 la tensión comenzó a menguar, y cuando el 30 llegó la noticia de que las fuerzas alemanas de Oslo habían conseguido unirse a las de Trondheim, el *Führer* se despreocupó totalmente de Noruega para concentrar su atención en la gran ofensiva que estaba preparando en Occidente.

Namsos y Aandalsnes distan unos 165 km de Trondheim en línea recta; mas para las tropas que se movieran por carretera o por ferrocarril, el recorrido, a través de territorios cubiertos de nieve, sería mucho más largo: 204 km desde Namsos y 318 desde Aandalsnes.

La Brigada de Infantería 146 inglesa desembarcó en Namsos las noches del 16 y 17 de abril y se puso en contacto con el coronel Getz, comandante de las fuerzas noruegas de Stenkjär. Como Namsos estaba vigilada por la aviación alemana, inmediatamente después del desembarco se enviaron las tropas por ferrocarril a Stenkär. Desde esta localidad se envió un batallón más al sur, para reforzar las posiciones noruegas que se encontraban en el extremo septentrional del Trondheimsfiord, y otro batallón se situó inmediatamente al sur de Stendkjär. Esta ciudad se halla a orillas del Beitstadfiord, un brazo del Trondheimsfiord que se extiende hacia el norte. Pero el 19, a pesar del obstáculo que representaban los hielos, dos destructores alemanes consiguieron penetrar en el Beitstadfiord y desembarcar tropas en el flanco y retaguardia de estos batallones; aquella misma noche, después de algunos encuentros, la Brigada 146 recibió la orden de retirarse a través de Stenkjär.

Por desgracia, la orden se dio demasiado tarde, y las tropas no consiguieron retirarse aprovechan-

Los ingleses, para asegurar a las tropas de Aandalsnes una eficaz cobertura aérea, dispusieron un grupo de *Gladiators* sobre la superficie helada del lago Lesjaskog (arriba). Pero este intento fue desafortunado: el personal que se encontraba en tierra era insuficiente y un imprevisto ataque alemán destruyó la mayor parte de los aviones antes de entrar en acción. *(History of the Second World War)*



Lo mismo que en Polonia, la acción alemana fue agresiva y eficaz. Tropas perfectamente instruidas, buen armamento, planes de ataque bien concebidos y escrupulosamente llevados a la práctica fueron también las características de esta campaña, que a veces se desarrolló en condiciones climáticas y ambientales durísimas. *(History of the Second World War)*

do la oscuridad; a pesar de todo, después de haber sufrido algunas pérdidas, lograron ponerse a salvo tras largas marchas a través de campos cubiertos de nieve. Luego se estableció una nueva línea defensiva, con los noruegos desplegados al norte de Stenkjär, que coincidía aproximadamente con la línea establecida por los alemanes para proteger su flanco septentrional. En los días sucesivos las operaciones en tierra quedaron casi paralizadas, pero los ataques aéreos alemanes destruyeron Namsos.

La Brigada de Infantería 148, compuesta por dos batallones, desembarcó en Aandalsnes y en Molde la noche del 18 de abril; dos de sus compañías y sus limitados medios de transporte llegaron en un segundo convoy. El general de Brigada Morgan se puso inmediatamente en contacto con los agregados militares ingleses y franceses, que en aquel momento se encontraban con Ruge, cerca de Lillehammer, y ambos le informaron de la urgente necesidad de que las tropas inglesas interviniesen en auxilio de los noruegos. Una vez en Lillehammer, las fuerzas de Morgan se distribuyeron, ante los apremiantes ruegos de Ruge, a lo largo del frente de Mjösa y bajo el mando noruego. Ruge tuvo una amarga desilusión al comprobar la debilidad de las pocas fuerzas aliadas que habían acudido en su ayuda, pero, al parecer, no renunció a su idea de combatir al sur de las desembocaduras de los valles.

El día 21 los alemanes lanzaron un ataque en fuerza. Las compañías inglesas, que todavía no habían podido organizarse debidamente en las posiciones avanzadas, se emplearon durante toda la noche para cubrir la retirada noruega a través de Lillehammer.

En las primeras horas del día 22, Morgan, por orden de Ruge, asumió el mando de las cuatro compañías desplegadas al este del Mjösa. En esta fase tenían que mantener la posesión del sector de Balbergkamp, situado a pocas millas de Lillehammer, defendiendo el acceso al Gudbrandsdal. Después de marchar durante toda la noche y de haber quedado algunas veces aisladas en acciones de retaguardia, tuvieron que enfrentarse –mal armadas y sin apoyo alguno, en condiciones ambientales difíciles e insólitas– a fuerzas alemanas superiores.



Aquella misma tarde los alemanes atacaron en el sector de Balbergkamp. Las tropas de vanguardia estaban ya a punto de ceder cuando dos compañías alemanas de montaña, que habían bordeado una colina, aparecieron de improviso sobre la carretera que corría a lo largo del valle, detrás de Balbergkamp. Se contuvo el nuevo ataque, pero ante la creciente amenaza –y ante la de un ataque aéreo–, se impuso la retirada, que fue difícil y desordenada, quedando aislados y aniquilados casi la mitad de los soldados. Afortunadamente, mientras los supervivientes se retiraban, las dos compañías que habían partido de Rosyth en el segundo convoy, llegaron a tiempo para cubrir la retirada y mantener la posesión de Tolstad, a 26 km aproximadamente al norte de Lillehammer.

Por la noche Ruge ordenó a Morgan que defendiese, en Tretten, un puente que utilizaría el grupo noruego Dahl para reunirse con las tropas de Hvinden Haug, en el Gudbrandsdal. Morgan protestó, afirmando que esto llevaría consigo grandes riesgos, pero Ruge insistió y le asignó tres débiles escuadrones de dragones noruegos para cubrir el flanco a lo largo de la colina. Estas unidades y las dos compañías inglesas del grupo Dahl llegaron a Tretten la mañana del 23, pero la compañía que guarnecía Tolstad fue arrollada, y hacia las 13 horas los alemanes atacaron el grueso de las fuerzas de Morgan. Varios carros de combate ligeros, contra los que los fusiles contracarros ingleses demostraron ser casi totalmente ineficaces, consiguieron romper el frente, aislando a los ingleses y noruegos en la ladera de la colina y sometiendo el pueblo y el puente a un intenso fuego. Los hombres de Morgan resistieron hasta las primeras horas de la noche, pero después se retiraron. Tras haber sido arrollada también una pequeña unidad de retaguardia, los supervivientes de los dos batallones se replegaron en dirección norte, hacia el interior del valle, donde los noruegos ocupaban posiciones en la siguiente línea de defensa.

Condiciones imposibles

De este modo se aniquiló rápidamente a la débil fuerza inglesa lanzada hacia el sur. El hecho de que estuviese formada por tropas territoriales, sólo parcialmente adiestradas, tuvo poca importancia en el resultado final, ya que es difícil imaginar qué otras fuerzas habrían podido portarse mejor en las condiciones ambientales y climáticas en que se encontraron. Tampoco es verdad, como afirman algunos, que el grupo Dahl no pudo reunirse con Hvinden Haug por haberse perdido el puente de Tretten, ya que la historia oficial noruega de esta campaña afirma que Dahl ya había decidido no intentarlo.

También los alemanes atacaron el día 21 en el Osterdal, ocupando Rena y Aamot. El día siguiente dos columnas avanzaron hacia el norte, a lo largo de los ríos Rena y Glomma, reuniéndose el 24 en Rendal y siguiendo después durante la noche hasta llegar a Tynset, a unos 160 km de Rena, en las primeras horas del 25. El 24, el Grupo Fischer (con tres batallones de infantería, con artillería, ingenieros y autoametralladoras), que operaba en el Osterdal fue puesto bajo el mando directo de Falkenhorst, quien ordenó abrirse paso hacia Trondheim. Al mismo tiempo, el Grupo Pellengahr (siete batallones de infantería, ingenieros, autoametralladoras y un pelotón de carros de combate), que operaba en el Gudbrandsdal, recibió la orden de dirigirse hacia la base inglesa de Aandalsnes.

El 24 de abril, el grupo Pellengahr continuó avanzando a pesar de la acción retardadora que efectuaban los noruegos, y el 25 entró en contacto con el Batallón KOYLI (sigla que designa la infantería ligera del Yorkshire), que defendía Kvam, situado a 88 km al norte de Lillehammer. La Brigada de Infantería 15, que había desembarcado en Aandalsnes en las primeras horas del día 24, se puso en seguida en marcha hacia el sur, después de recibir las noticias –bastante vagas– de que la Brigada 148 se encontraba en graves dificultades. Las dos últimas compañías de KOYLI llegaron a Kvam a las 4,30 horas del día 25, y a las 23,30 apareció la vanguardia de la columna alemana en la estrecha carretera de la parte baja del valle; avanzaba concentrada, segura de que el enemigo no tenía piezas de artillería ni aviones para castigar su temeridad. El ataque alemán, contenido en el primer momento, se prolongó durante todo el día y gran parte del siguiente. Pero a las 18 horas del día 26 el general Paget, que desde hacía poco tiempo estaba al mando de las tropas inglesas desembarcadas en Aandalsnes, dio finalmente la orden de retirada. La operación se realizó con éxito: incluso dos compañías que habían quedado aisladas consiguieron abrirse paso y retirarse durante la noche.

A la mañana siguiente los alemanes siguieron avanzando, aunque se vieron de nuevo detenidos, unos ocho kilómetros más hacia el monte, a la altura de la aldea de Kjorem, por los hombres del Batallón I, regimiento York y Lancaster. Pero los ingleses se retiraron aquella misma noche, sufriendo esta vez algunas pérdidas, y los alemanes pudieron reemprender el avance; no obstante, fueron por tercera vez contenidos en Otta, el 28, por el Regimiento de Infantería *Green Howards*.

El avance alemán se había limitado, pues, a sólo 29 km en cuatro días; pero aquella misma noche los *Green Howards* recibieron la orden de retirarse hasta Dombaas, en la parte más montañosa y fácil de cerrar del Gudbrandsdal. La infantería alemana entró en contacto, en la tarde del 29, con las unidades del KOYLI que defendían Dombaas, pero no consiguió impedir que los ingleses se replegasen a lo largo del Romsdal hasta Aandalsnes, donde las fuerzas inglesas se reembarcaron en el transcurso de la noche del 30 de abril y del 1 de mayo. Órdenes semejantes se habían dado en Namsos, donde las operaciones de reembarque se llevaron a cabo durante la noche del día 2.

Varios eran los factores que indujeron a los jefes de Estado Mayor y al Gobierno inglés a ordenar la retirada en las regiones centrales de Noruega. Ante todo, si se exceptúa una pequeña unidad de artillería antiaérea ligera, las fuerzas inglesas empleadas en el Gudbrandsdal estaban constituidas tan sólo por infantería. Las pequeñas piezas antiaéreas de 25 mm de la Brigada de Infantería 15 habrían podido enfrentarse eficazmente con los carros de combate alemanes de débil coraza, pero la falta de artillería de campaña fue fatal. En cambio, los alemanes podían adelantar sus piezas de artillería y hacer fuego al descubierto, en completa inmunidad, fuera del alcance de las armas de pequeño calibre. Por otra parte, mientras la Brigada de Infantería 15 había conseguido retrasar el avance del grupo Pellengahr, el grupo Fischer obtenía rápidos éxitos en el Osterdal, y, después de haberse abierto en abanico en el Dovrefjell, llegó a amenazar Dombaas por el flanco y retaguardia, consiguiendo al mismo tiempo el objetivo de establecer enlaces con Trondheim.

Los alemanes dominan el cielo

Pero, en definitiva, más decisivo que cualquiera de los factores mencionados, fue el dominio absoluto del aire por parte de los alemanes. La *Luftwaffe*, sólidamente establecida en Sola y Fornebu –con unidades avanzadas en Vaernes–, dominaba los valles, entorpeciendo todos los movimientos que las fuerzas enemigas intentasen efectuar

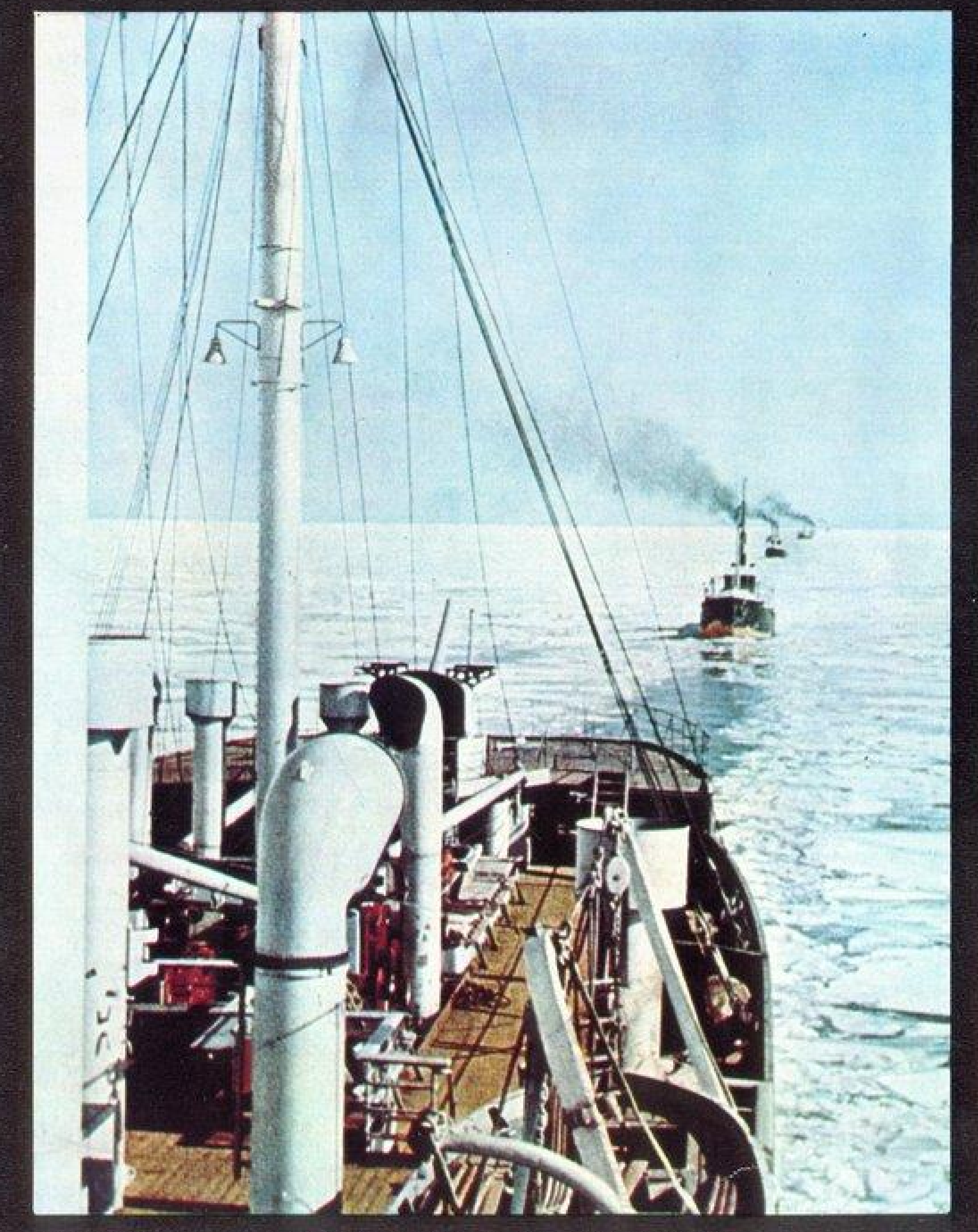
Tropas alemanas avanzan lentamente, protegidas por un carro de combate, en medio de la nieve. Los vehículos acorazados no se emplearon mucho en Noruega, pero cuando se hizo, la infantería se benefició mucho de su apoyo. *(Ullstein)*



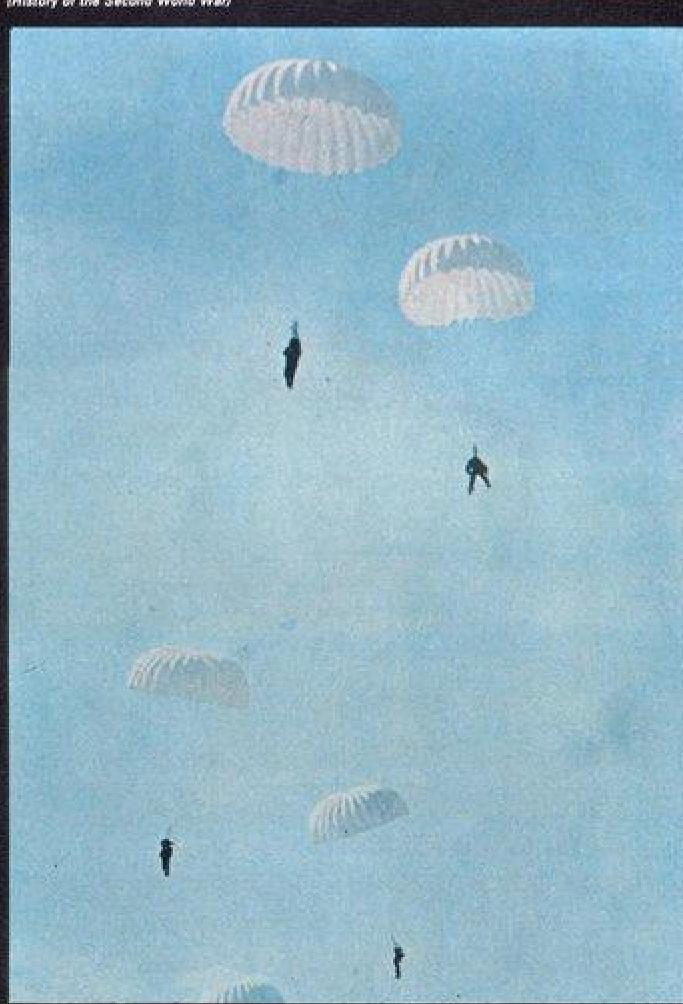
GUERRA

(History of the Second World War)

Un destructor alemán en un fiordo cerca de Narvik.



Buques de transporte navegando desde Alemania hacia el Norte con tropas y abastecimientos.



Secciones del general Dietl lanzadas en paracaídas cerca de Narvik.



Llegada a su destino.

EN EL LEJANO NORTE

1939

6 de octubre: rendición de las últimas tropas polacas.

10 de octubre: el almirante Raeder informa a Hitler sobre la importancia estratégica de Noruega.

30 de noviembre: comienza la guerra ruso-finlandesa.

14 de diciembre: Hitler ordena al OKW que prepare un estudio preliminar sobre la invasión de Noruega.

1940

16 de febrero: el *Cossack* ataca al *Altmark* y libera a los prisioneros británicos que se encontraban a bordo del buque de apoyo alemán.

1 de marzo: Hitler hace pública la directiva oficial referente al «Weserübung»: la invasión de Noruega y ocupación de Dinamarca.

12 de marzo: se firma en Moscú el tratado de paz entre Rusia y Finlandia.

28 de marzo: los Aliados deciden minar las aguas noruegas y la ocupación de bases en dicho país.

9 de abril: se inicia el «Weserübung»: tropas alemanas ocupan Dinamarca e invaden Noruega.

15 de abril: tropas británicas desembarcan cerca de Narvik.

20 de abril: fuerzas alemanas, que habían salido de Oslo, se unen a las tropas destacadas en Trondheim.

10 de mayo: Alemania lanza su ofensiva en Occidente contra Holanda, Bélgica y Luxemburgo. Chamberlain dimite de su cargo de Primer Ministro: Churchill sube al poder.

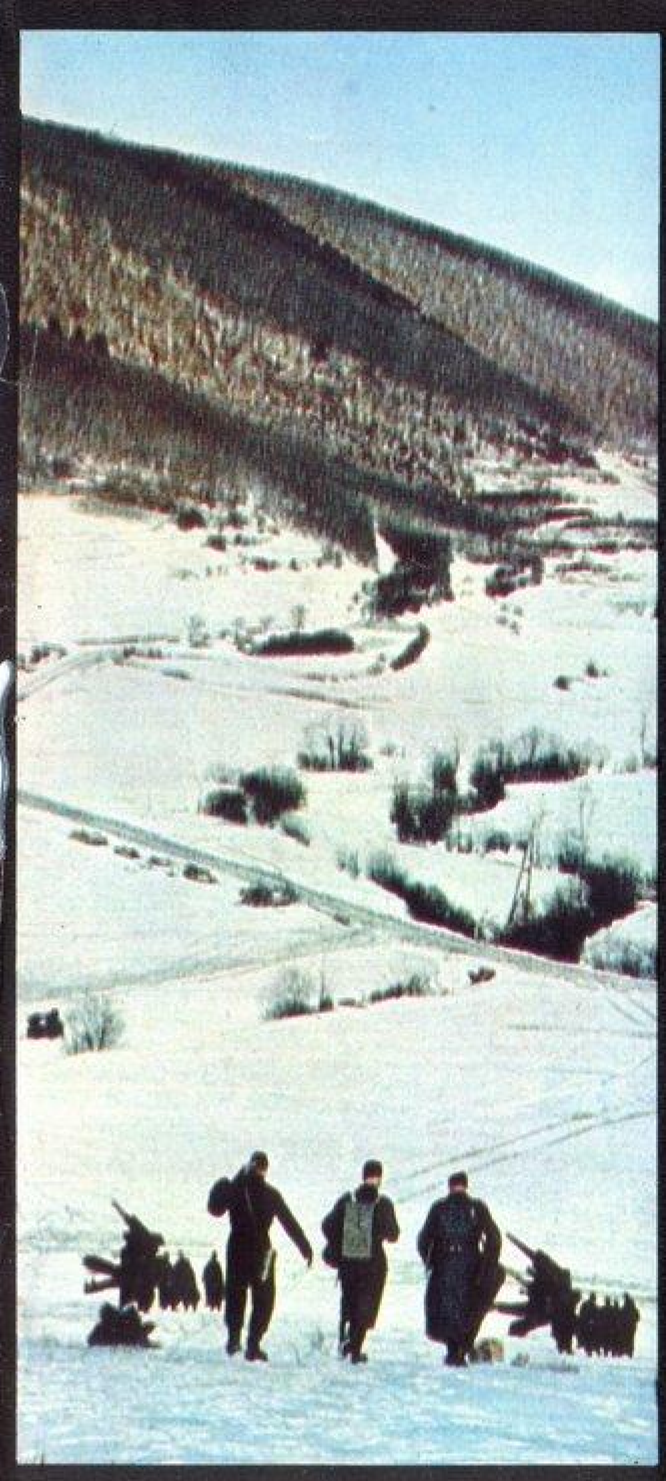
26 de mayo: se inicia la Operación «Dynamo», la evacuación de Dunkerque.

28 de mayo: fuerzas británicas y noruegas toman Narvik.

3 de junio: se inicia la evacuación de Narvik.

4 de junio: cae Dunkerque.

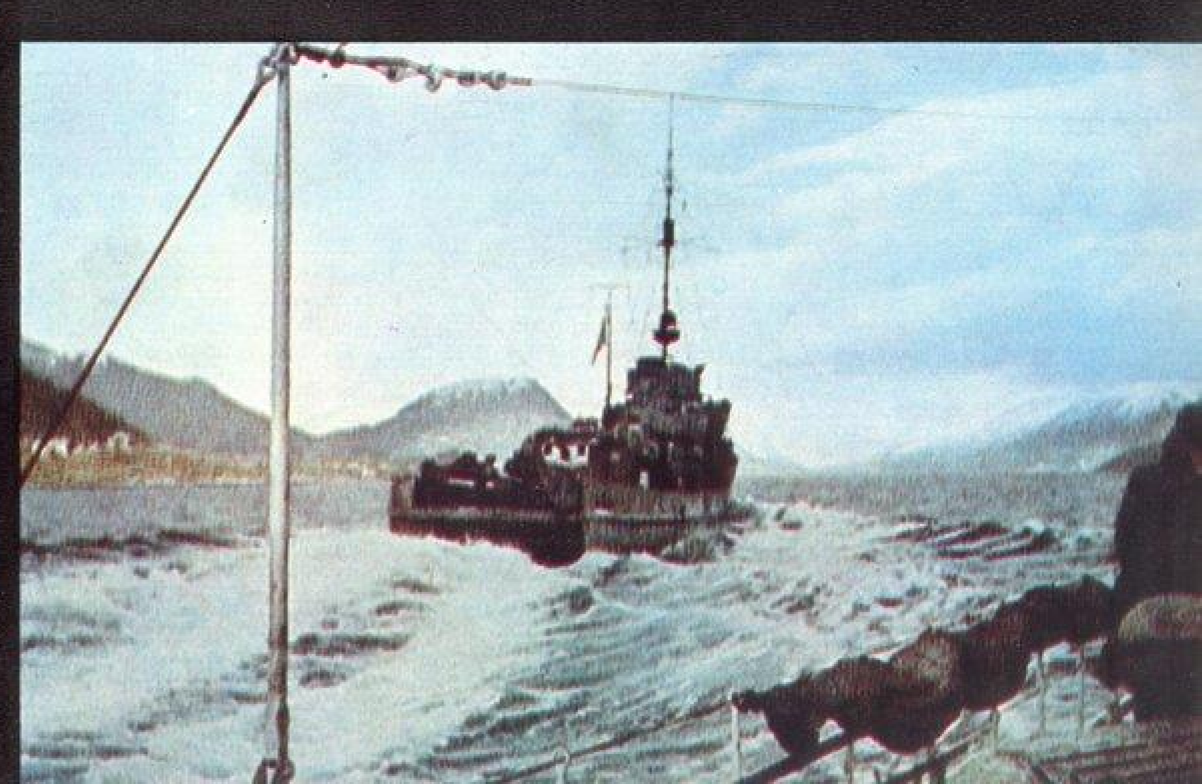
10 de junio: rendición de las últimas fuerzas noruegas.



Una unidad antiaérea alemana en un valle noruego.



Ametralladora pesada alemana en la costa noruega.



Dragaminas alemán en busca de minas inglesas en las aguas noruegas.



Noruega central: un carro de combate alemán apoya el avance de un destacamento de infantería. Además de la ventaja que significa la iniciativa y la sorpresa, los alemanes contaron con mejores mandos, equipo excelente y medios más poderosos. *(Archivo Rizzoli)*

de día. Y, lo que era más importante aún, hacía inutilizables Namsos y Aandalsnes, arrebatando con ello a los Aliados toda posibilidad de desembarcar más fuerzas o de apoyar a las que ya se encontraban en tierra.

En las primeras horas del día 17 de abril, el crucero *Suffolk* bombardeó el aeródromo de Sola, con mediocres resultados; pero la acción de cobertura para su retirada fue peor aún. En cuanto sus cañones dejaron de tronar, los aviones de la *Luftwaffe* atacaron, como un enjambre de avispas, aquel buque aislado y poco protegido por su ligera coraza, averiándole gravemente con sus repetidos ataques, aunque sin conseguir hundirlo, por lo que la unidad inglesa, con la toldilla a flor de agua, pudo regresar fatigosamente a Scapa Flow.

El 25 de abril se intentó asegurar a las tropas de Aandalsnes una cobertura aérea con aviones de caza, destacando a los *Gladiators* del 263 Grupo sobre la superficie helada del lago Lesjaskog; pero esta maniobra también se organizó mal: el personal de tierra era insuficiente y, en un solo día, casi todos los cazas fueron destruidos en tierra mientras efectuaban las operaciones de aprovisionamiento de combustible. Mayor éxito obtuvo un grupo de portaaviones (el *Ark Royal* y el *Glorious*) frente a Trondheim, aunque sus esfuerzos, dispersados en el tiempo y en el espacio y no coordinados con los de otras unidades, no pudieron conseguir más que éxitos aislados. La retirada de Noruega central se hizo, por lo tanto, inevitable.

El 28 de abril, Paget comunicó esta noticia a Ruge, quien la acogió caballerosa y generosamente, ofreciéndose para proporcionar a los ingleses toda la ayuda posible. Por el contrario, en Namsos no se le comunicó la noticia a Getz, lo que suscitó en los noruegos la sospecha de que los ingleses obraban de mala fe, sospecha que aumentó la amargura de la retirada.

Después de esta retirada de las fuerzas aliadas, que significó también la capitulación noruega en aquellas regiones, el teatro de operaciones se redujo a Narvik y a los territorios septentrionales. En aquella zona, el comandante alemán Dietl, aislado y cercado, al mando de 2000 soldados de montaña y de un número bastante elevado de marineros supervivientes de los destructores alemanes, estaba resultando un hueso duro de roer.

Durante el mes de abril, los efectivos de Mackesy fueron reforzados con media brigada de *Chasseurs Alpins*, otra media brigada de la Legión Extranjera y una brigada completa de *Chasseurs du Nord* polacos, así como con algunas piezas de artillería y carros de combate. Así consiguió ocupar algunas posiciones a orillas del Ofotfiord mediante desembarcos efectuados fuera del alcance de las posiciones artilleras alemanas; sin embargo, a principios de mayo, la incapacidad de aquellos fuertes contingentes aliados para reducir a Dietl se estaba haciendo intolerable. En consecuencia, los Aliados decidieron abandonar las montañas nevadas, donde sólo los noruegos y alemanes parecían saber combatir, para ocuparse de los caminos naturales del norte: los fiordos.

A primeros de mayo se nombró a Cork comandante de todas las fuerzas inglesas, francesas y polacas que se encontraban alrededor de Narvik. Cork encontró en el general francés Béthouart un militar más decidido a actuar de lo que había sido Mackesy. A la 1 del día 13 de mayo, a la débil luz del alba ártica y con las siete barcazas de desembarco inglesas disponibles, se desembarcaron, en Bkerkvik, un batallón de la Legión Extranjera y tres carros de combate franceses. A pesar del fuego de las ametralladoras alemanas, las pérdidas fueron insignificantes; luego, los carros redujeron en seguida al silencio a las ametralladoras y los legionarios avanzaron para unirse con los noruegos, que habían apoyado el desembarco mediante un nuevo ataque en las montañas orientales.

No faltaba más que ocupar Narvik y cercar a Dietl. El teniente general Auchinleck, que llegó a Harstad el 11 de mayo, decidió poco después quitar el mando a Mackesy, pero, prudentemente, evitó truncar la colaboración entre la Legión Extranjera y la Marina británica, que estaba empezando a dar muy buenos resultados. Mientras tanto, los noruegos habían conseguido rechazar a los alemanes alcanzando la zona elevada de Kobberfjell, desde donde podían amenazar la base de abastecimiento de Dietl, situada en la frontera sueca. Las condiciones atmosféricas eran pésimas, y tanto los noruegos como los alemanes se resentían del hecho de haber permanecido durante largo tiempo en las montañas cubiertas de nieve. El 20 de mayo los noruegos atacaron una vez más, obligando a los alemanes a retirarse a su última posición de montaña. Pero el 22 y el 25 de mayo Dietl recibió refuerzos, los primeros que se le enviaban desde abril: varias unidades de paracaidistas que habían tomado parte en los primeros golpes de mano fueron lanzadas en su ayuda, como harían más tarde en Holanda.

En las primeras horas del 28 de mayo, después de un bombardeo naval previo, los hombres de la Legión Extranjera, utilizando las cinco últimas barcazas de desembarco de que disponían, desembarcaron en la zona septentrional de la península de Narvik. El resto de los dos batallones de la Legión y otro batallón noruego los seguían en barcas de pesca. Se rechazó un ataque alemán en la parte alta del litoral. Franceses y noruegos avanzaron a través de la península, dirigiéndose a Narvik, y los alemanes tuvieron que retirarse como pudieron a una nueva línea defensiva situada más al norte. Mientras Béthouart se preparaba para presionar a lo largo de las orillas del fiordo, en las montañas cercanas a la frontera sueca los noruegos se disponían a desencadenar el ataque decisivo que aislaría a Dietl de la línea ferroviaria y dispersaría sus fuerzas. Pero, para su desgracia, el fin de la resistencia en Noruega central dejó muchas fuerzas libres a los alemanes, que ya se dirigían hacia el norte para ayudar a Dietl.

Los alemanes avanzan hacia el Norte

El primer peligro que amenazó a los Aliados en el norte lo constituyeron los ataques aéreos. Harstad fue bombardeada varias veces, y aunque los Aliados habían instalado notables defensas antiaéreas se veía claramente que era necesaria la ayuda de aviones de caza. El 26 de abril, el *Furious*, que había permanecido en aguas del Norte con sus lentos *Swordfish* de reconocimiento y de bombardeo, zarpó rumbo a Escocia: sólo le quedaban seis aviones y su velocidad era muy reducida a consecuencia de los impactos recibidos por debajo de la borda. Diez días después el *Ark Royal* llegó a aguas de Harstad y sus *Skua* pudieron al fin efectuar una moderada, pero ciertamente muy agradecida, actividad de cobertura.

Los trabajos para el acondicionamiento de

campos de aterrizaje estaban ya bastante adelantados, y el 21 de mayo los *Gladiators* del 263 Grupo llegaron a Bardufoss, donde, tras las experiencias aprendidas en el desastre del lago Lesjaskog, se consiguió una preparación y organización adecuadas; los cazas ingleses obtuvieron en seguida notables éxitos, abatiendo numerosos aviones alemanes. El día 28 llegaron a este sector los *Hurricanes* del 46 Grupo y, como la otra pista de aterrizaje que se había preparado cerca de Harstad resultó inutilizable, aterrizaron también en Bardufoss. Desde aquel momento las fuerzas aliadas pudieron contar con cierta cobertura por parte de los cazas.

Pero los alemanes también habían comenzado a moverse por tierra, dirigiéndose hacia el norte. El 10 de mayo, las vanguardias de la División de Montaña 2, enviada a Noruega por orden de Hitler, entraron en contacto con una compañía autónoma inglesa en Mosjöen, a unos 290 km al norte de Stenkjär. Los ingleses habían constituido apresuradamente cinco de esas compañías autónomas, destinadas a retrasar el avance alemán con acciones de guerrilla; pero pronto se convencieron de que unas unidades improvisadas de este modo no podían, en el deshielo ártico, enfrentarse con tropas de montaña convenientemente instruidas.

Para retrasar el avance enemigo Auchinleck envió hacia el sur la Brigada de Guardias 24, y Ruge un batallón noruego. Pero esta maniobra no fue afortunada: los guardias irlandeses se encontraron sin oficiales y sin equipos por haber sido bombardeado el buque que los transportaba. A pesar de todo, aunque con retraso y desorganización, bajo continuos ataques aéreos e insuficientemente apoyados en el flanco orientado al mar, los irlandeses consiguieron alcanzar sus posiciones. Pero no lograron retrasar la penetración del enemigo, que siguió avanzando hacia el Saltfiord, en cuya costa septentrional se encuentra Bodö.

A todo ello, había comenzado ya la gran ofensiva en Occidente y empezaban a sentirse los efectos de las grandes derrotas de los Aliados en Francia y Países Bajos. Ante la extrema gravedad de la situación, aunque a regañadientes, el Gobierno inglés se vio obligado a renunciar a sus compromisos en Noruega y ordenó a Cork que se retirara, pero a ser posible después de haber ocupado Narvik. En consecuencia, el 31 de mayo la Brigada de Guardias 24 y las compañías autónomas reembarcaron en Bodö. Los noruegos, aislados, cubrieron su propia retirada a las islas Lofoten y los alemanes entraron en la ciudad de Bodö que, tras los bombardeos, era presa de las llamas.

Como ya hemos visto, los franceses y noruegos ocuparon Narvik el 28 de mayo, pero los preparativos para la evacuación se habían iniciado inmediatamente, cuando todavía se estaban completando los de la conquista de la ciudad. La tarde del 1 de junio Cork obtuvo permiso para comunicar al rey Haakon que los Aliados tenían intención de retirarse; a Ruge se le informó la mañana siguiente. Ambas partes convinieron en retrasar la operación 24 horas, esperando que los alemanes aceptasen la propuesta de declarar a Narvik ciudad neutral y de confiar su control a los suecos, pero esta petición fue rechazada y la retirada continuó.

En las montañas se informó a los soldados noruegos de que su ataque –que completaría la derrota de Dietl– había sido anulado, y el 7 de junio, en Tromsö, el rey Haakon embarcó con sus ministros en el crucero inglés *Devonshire*, dejando a Ruge con sus soldados a petición del propio general. El 8 de junio reembarcaron en Harstad los últimos soldados ingleses y franceses. Las defensas antiaéreas permanecieron activas hasta el último momento, después de lo cual se destruyeron los cañones y los aviones de caza despegaron para regresar al *Glorious*. El día 9 entró en vigor un armisticio preliminar entre los alemanes y los noruegos supervivientes. Dietl se mostró generoso respecto a Ruge, y los soldados noruegos pudieron regresar a sus casas.

Aunque los ingleses no se habían dado cuenta, en aquel momento la amenaza más grande no procedía de tierra o del aire, sino del mar. Los cruceros de batalla *Gneisenau* y *Scharnhorst*, el crucero *Hipper* y cuatro destructores zarparon de Kiel la mañana del 4 de junio. El almirante Marschall, que mandaba la formación, había recibido la orden de disminuir la presión que los Aliados estaban ejerciendo sobre Dietl, atacando Harstad, y de conducir después sus buques a Trondheim, a fin de apoyar el avance hacia el norte. Aunque las condiciones atmosféricas eran buenas, los buques cruzaron el mar del Norte sin ser descubiertos y en las primeras horas del día 8 se acercaron a la costa septentrional de Noruega en misión de

Campaña de Noruega: los alemanes transportan camiones a través del Ellsfiord. No siempre se disponía de medios de transporte en la medida necesaria; a veces los alemanes los buscaban en las localidades ya ocupadas. *(Archivo Rizzoli)*



exploración (en lugar de entrar en los fiordos para bombardear Harstad, Marschall había decidido atacar los convoyes británicos cuya presencia se había señalado). Casi de improviso, los alemanes avistaron algunos buques ingleses: los dos primeros, un buque cisterna y un mercante sin carga, fueron hundidos, y al tercero, un barco hospital, lo dejaron marchar. Después le tocó el turno al portaaviones *Glorious*.

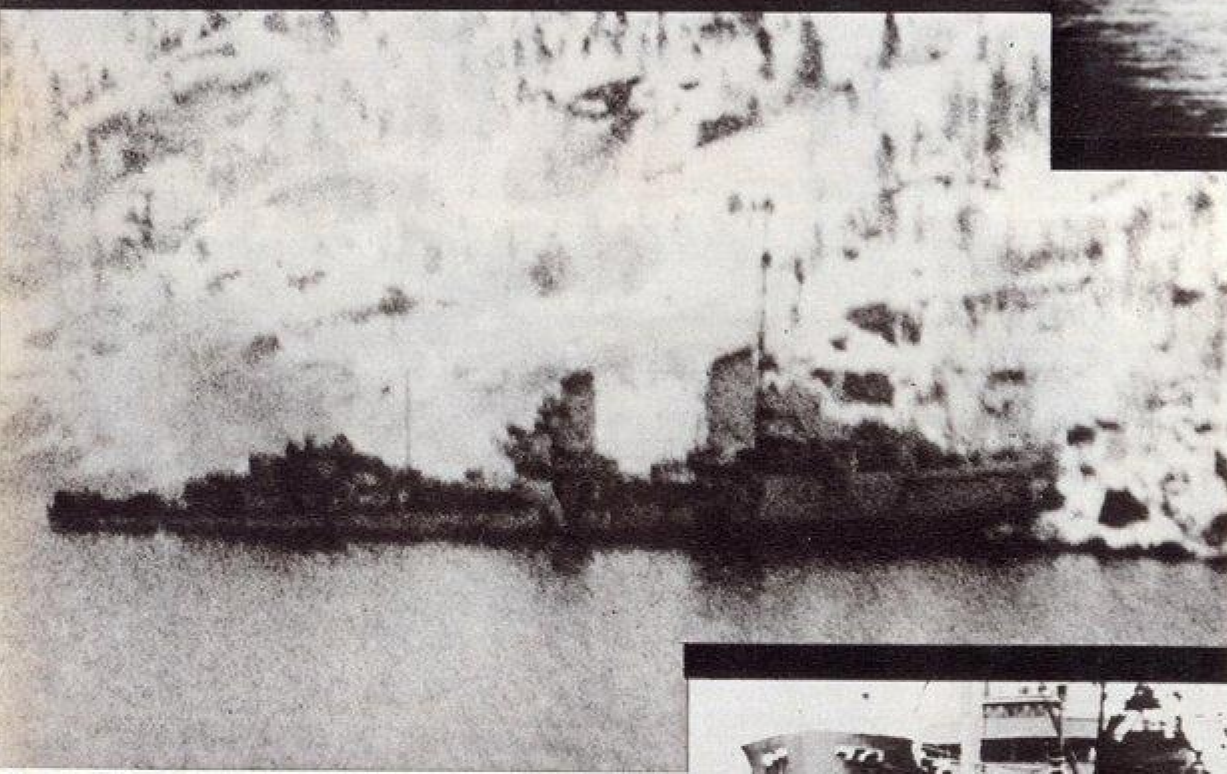
No se ha dado todavía una respuesta satisfactoria a la pregunta de por qué el *Glorious* no tenía aquella mañana aviones en vuelo de reconocimiento; al encontrarse de improviso con las unidades alemanas el portaaviones inglés cayó en una trampa y fue hundido, a pesar de los heroicos intentos por salvarlo que realizaron los dos destructores de escolta, intentos que resultaron fatales para ellos. No obstante, el último torpedo lanzado por el *Acasta* alcanzó al *Scharnhorst* y lo averió gravemente. Y como el almirante Marschall había enviado ya el *Hipper* y los destructores a Trondheim, el *Gneisenau* tuvo que escoltar al *Scharnhorst*, debiendo renunciar a ulteriores ataques contra los convoyes ingleses.

El 10 de junio aviones de reconocimiento ingleses descubrieron a los buques alemanes en el Trondheimsfiord, y el día 12 varios *Skua* del *Ark Royal* los atacaron pese a las desfavorables condiciones atmosféricas. La mitad de los aviones fueron derribados y sólo una bomba alcanzó su objetivo —el *Scharnhorst*— aunque sin hacer explosión. El día 23, mientras cubría el regreso del *Scharnhorst* a Alemania, el *Gneisenau* fue alcanzado por un torpedo del submarino inglés *Clyde*, que abrió una gruesa brecha en la proa. Ambos navíos, muy averiados, tuvieron que entrar en dique seco para los necesarios trabajos de reparación.



El emblema acuñado por los alemanes en recuerdo de Narvik y de las acciones de guerra. En lo alto se distinguen el águila y la cruz gamada. La rosa de los Alpes era el emblema de las tropas de montaña, los «Alpenjäger»
(History of the Second World War)





Puerto de Narvik, centro de la campaña de Noruega: un buque hundiéndose, fotografiado por los alemanes mediante teleobjetivo. (Ullstein)

El destructor alemán *Georg Thiele*, que embarrancó en la costa noruega durante la acción naval librada el 13 de abril. Fue el veterano acorazado británico *Warspite* con su escolta el que hundió los destructores enemigos en aguas de Narvik. (History of the Second World War)

Soldados franceses a punto de embarcar para Narvik. Después de un asedio de siete semanas, los anglofranceses, apoyados por tropas noruegas, obligaron a los alemanes a replegarse. (Ullstein)

Midiéndolas a escala de las dos guerras mundiales, las pérdidas que experimentaron ambas partes en la campaña de Noruega fueron casi insignificantes: 1355 noruegos muertos y heridos, 1869 ingleses y 533 franceses y polacos entre muertos, heridos y desaparecidos; considerablemente mayores fueron las pérdidas de vidas humanas en el mar. Las bajas alemanas ascendieron a 5660 hombres, de los cuales 1317 murieron en tierra y el resto en el mar, o, si se quiere, desaparecidos. La afirmación que hizo entonces Churchill de que la Marina alemana había quedado fuera de combate a un precio que la Armada inglesa, más poderosa, podía pagar, sirvió tal vez de cierto consuelo, pero sin duda alguna no justificó una campaña en la que los alemanes habían conseguido sus objetivos y los Aliados ninguno.

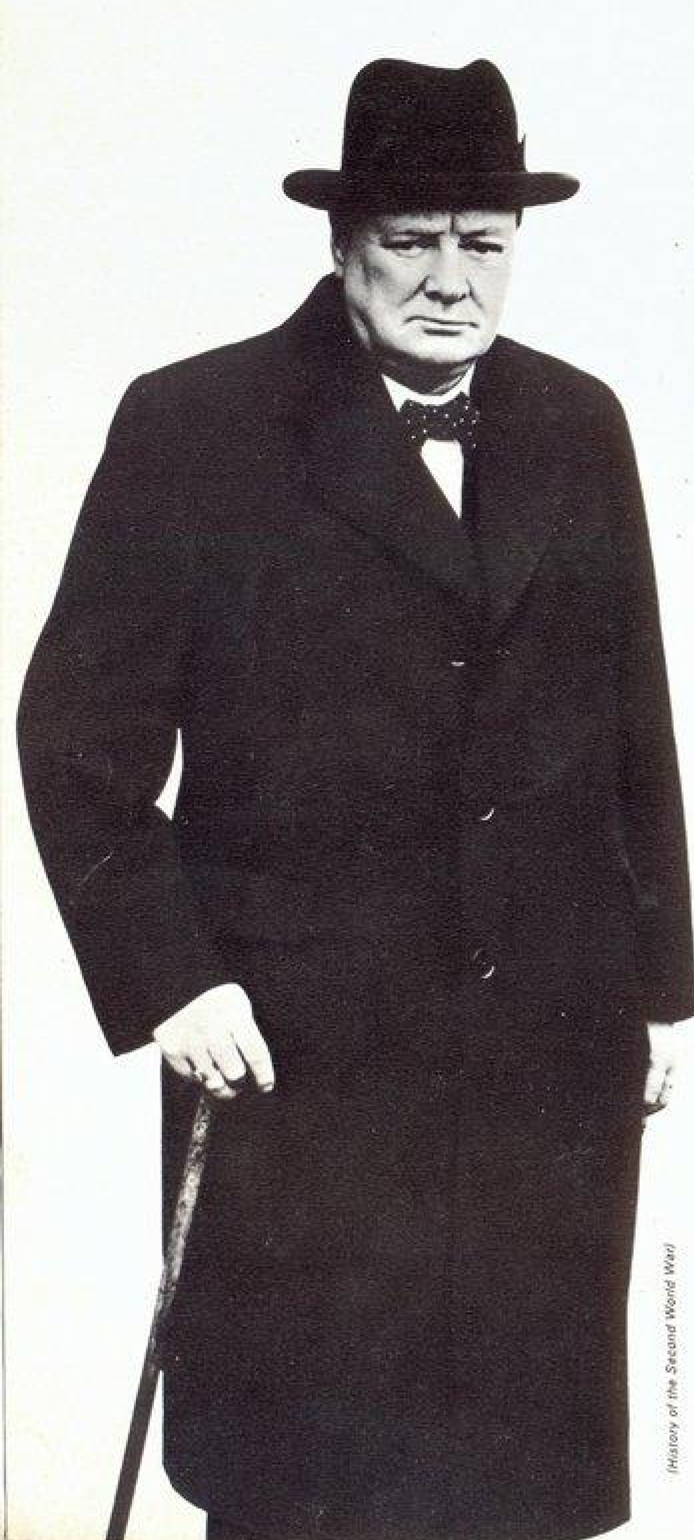
La campaña de Noruega, iniciada en Londres por Churchill y el Almirantazgo y en Berlín por Raeder y el Estado Mayor de la Armada, fue más bien un encuentro de fuerzas navales y aéreas. En ella Raeder se valió, con éxito, del factor sorpresa y de la capacidad de la *Luftwaffe* para tener siempre en tensión a la escuadra inglesa. Churchill, que buscaba una coyuntura que permitiese a los ingleses aprovechar su superioridad en el mar, sobrevaloró la eficacia de su Marina. Durante años, los aficionados a las comparaciones se habían esforzado en quitar valor a las afirmaciones del enemigo respecto a su potencia naval y aérea; pero lo cierto es que cuando se produjo el inevitable encuentro, la *Home Fleet* demostró estar mal preparada para afrontarlo. Se prefirió la retirada abandonando a su suerte la Noruega central.

Una vez que los alemanes consiguieron desembarcar, los buques de guerra ingleses no pudieron hacer nada contra ellos: lo que se necesitaban eran fuerzas terrestres y aéreas. Por lo tanto, la campaña de Noruega constituyó el primer ejemplo de un nuevo tipo de guerra basado en tres elementos, un tipo de guerra destinado a repetirse muchas veces en los años sucesivos. Esta campaña demostró también que los ingleses no estaban debidamente preparados para la nueva concepción estratégica: en parte, porque no lo estaban para la guerra en general, pero también porque no fueron lo bastante previsores para mirar más allá de los reducidos límites de la ortodoxia y de la lealtad respecto a cada Arma.



Más de 35 barcos de diversas nacionalidades yacen en el fondo del fiordo de Narvik. En el curso de dos sangrientas batallas (10 y 13 de abril), las unidades británicas echaron a pique a los diez destructores alemanes que habían transportado a Narvik las tropas destinadas a llevar a cabo la invasión total del territorio noruego. *(History of the Second World War)*

CHURCHILL ASUME EL PODER



(History of the Second World War)

«Cualquiera que sean vuestros merecimientos, habéis permanecido demasiado tiempo sentados aquí. Idos, os lo ruego, y acabemos de una vez. En nombre de Dios, ¡idos!». Estas famosas palabras –la imperiosa petición de Oliverio Cromwell al «Parlamento largo» –resonaron de nuevo en la Cámara de los Comunes el día 7 de mayo de 1940. Esta vez fueron dirigidas por Leo Amery al Primer Ministro Neville Chamberlain, en el curso del debate que había solicitado la oposición después de la desastrosa campaña de Noruega y que estaba destinado, por las críticas suscitadas en ambos sectores del Parlamento, a derribar el prestigio del Gobierno. Chamberlain fue atacado duramente no sólo por los laboristas y liberales, sino también por los miembros de su propio partido.

El debate continuó al día siguiente y Chamberlain se vio obligado a aceptar lo que en realidad constituía un voto de censura; Herbert Morrison declaró que la oposición estaba dispuesta a recurrir al voto y el Primer Ministro aceptó el desafío, rogando a sus amigos que se pusieran de su parte. Pero aquellos amigos no podían persistir indefinidamente en una actitud de lealtad que se había desarrollado en un periodo de paz y prosperidad –ahora estaban en guerra–, pues lo primordial era que el Gobierno contase con los hombres más capacitados de todos los partidos políticos; incluso sus amigos no podían hacer otra cosa que dar su voto a los hombres que estuvieran más a la altura de la situación.

Contestando a la débil apelación de Chamberlain, Lloyd George resumió con estas palabras el estado de ánimo de todo el Parlamento: «No se trata de determinar quiénes son los amigos del Primer Ministro. Lo que se pone en juego es algo mucho más importante. El ha apelado al espíritu de sacrificio. El país está dispuesto a aceptar cualquier sacrificio mientras tenga verdaderos jefes, mientras el Gobierno muestre claramente cuáles son sus objetivos y mientras el país esté seguro de que quienes le guían están haciendo todo cuanto pueden... Yo sostengo solemnemente que el Primer Ministro debería dar ejemplo de espíritu de sacrificio, pues nada puede contribuir tanto a la victoria en esta guerra como su renuncia al cargo que ocupa». La propuesta de que Chamberlain abandonase el cargo fue el primer discurso inflamado que pronunció Lloyd en el Parlamento.

Winston Churchill, a la sazón primer Lord del Almirantazgo, se había ofrecido para cerrar el debate «no sólo por lealtad hacia el jefe..., sino también por el papel extraordinariamente importante que he desempeñado en el empleo de nuestros inadecuados recursos durante el desdichado intento de socorrer a Noruega». Churchill declaró estar de acuerdo con las críticas que había levantado la oposición contra el Gobierno, pero dijo también que estaba convencido de que solamente él y unos pocos más, que habían luchado contra el pacifismo prebélico, tenían derecho a censurar al Primer Ministro; él, pues, le defendió y atacó a la oposición, desencadenando un tumulto mayor aún. Más de 30 conservadores se pusieron al lado de la oposición laborista y liberal en la votación, mientras que los restantes 60 se abstuvieron; por lo tanto, el Gobierno (que tenía un margen de 81 votos) fue vencido.

Ahora a Neville Chamberlain le correspondía actuar de acuerdo con las intenciones del Parlamento y, sensatamente, consideró oportuno que el país tuviese un Gobierno de unidad nacional, con la participación de todas las fuerzas llamadas al servicio de la causa común. El 9 de mayo convocó en Downing Street a Churchill, a lord Halifax y a los jefes de la oposición laborista, Attlee y Greenwood. Después de exponerles esquemáticamente su proyecto para la constitución de un Gobierno de unión nacional, Chamberlain solicitó ser aceptado por los laboristas como jefe de la coalición. Attlee y Greenwood declararon que no podían comprometerse a dar una respuesta precisa, pero dieron a entender que la decisión –que se tomaría en el Congreso del Partido– sería desfavorable. Chamberlain se dio cuenta entonces de que, para hacer posible la formación de un Gobierno de unión nacional, él debía quedar al margen del mismo; y a su juicio únicamente había dos hombres que, por sus cualidades, merecerían el respeto de todos los partidos: Winston Churchill y lord Halifax.

A la mañana siguiente se produjo un cambio total en la política. El Ejército alemán atravesó por diversos puntos las fronteras holandesa y belga. Las alarmantes noticias indujeron a Chamberlain a creer que su deber era permanecer en el puesto, pero su mejor amigo, sir Kingsley Wood, le convenció de que, ante los rápidos cambios de la situación bélica, era más necesario que nunca un Gobierno de unión nacional. Entonces Chamberlain convocó de nuevo a Churchill y a lord Halifax en Downing Street.

Para Churchill se trataba de una gran ocasión, y en efecto, luego describiría aquel coloquio como uno de los más importantes de su vida. Silencioso y tenso, escuchó al Primer Ministro mientras exponía la situación. Chamberlain se mostraba favorable a lord Halifax, considerando que la áspera polémica sostenida dos noches antes con los laboristas privaría a Churchill del apoyo de éstos. Pero Halifax consideraba que un par no podía desempeñar de modo satisfactorio las funciones de Primer Ministro y, por consiguiente, se ofreció el cargo a Churchill. Éste aceptó, pero con la condición de no establecer contacto con los dos partidos de la oposición antes de haber recibido del rey el encargo de formar un Gobierno como *leader* de su partido; después, como Primer Ministro conservador, llamaría a los laboristas y liberales para que formasen parte del Gobierno.

Cuando el rey pidió a Churchill que formase un nuevo Gobierno, no especificó que fuese de unión nacional. En sus memorias, Churchill escribió: «Tuve la impresión de que formalmente el cargo que me habían confiado no dependía de este punto. Pero teniendo en cuenta lo que había sucedido y las circunstancias que llevaron a la dimisión del Gobierno Chamberlain, la situación requería claramente un Gobierno de unión nacional. Si me hubiera sido imposible llegar a un acuerdo con los partidos de la oposición, nada me habría impedido, desde un punto de vista constitucional, intentar constituir un Gobierno lo más fuerte posible, llamando a formar parte del mismo a todos aquellos que en la hora del peligro demostrasen querer ayudar al país. Dije al rey que consultaría inmediatamente a los partidos laborista y liberal, y que pretendía formar un Gabinete de Guerra de cinco o seis ministros y esperaba presentarle al menos cinco nombres antes de medianoche. Después de lo cual me despedí y regresé al Almirantazgo.»

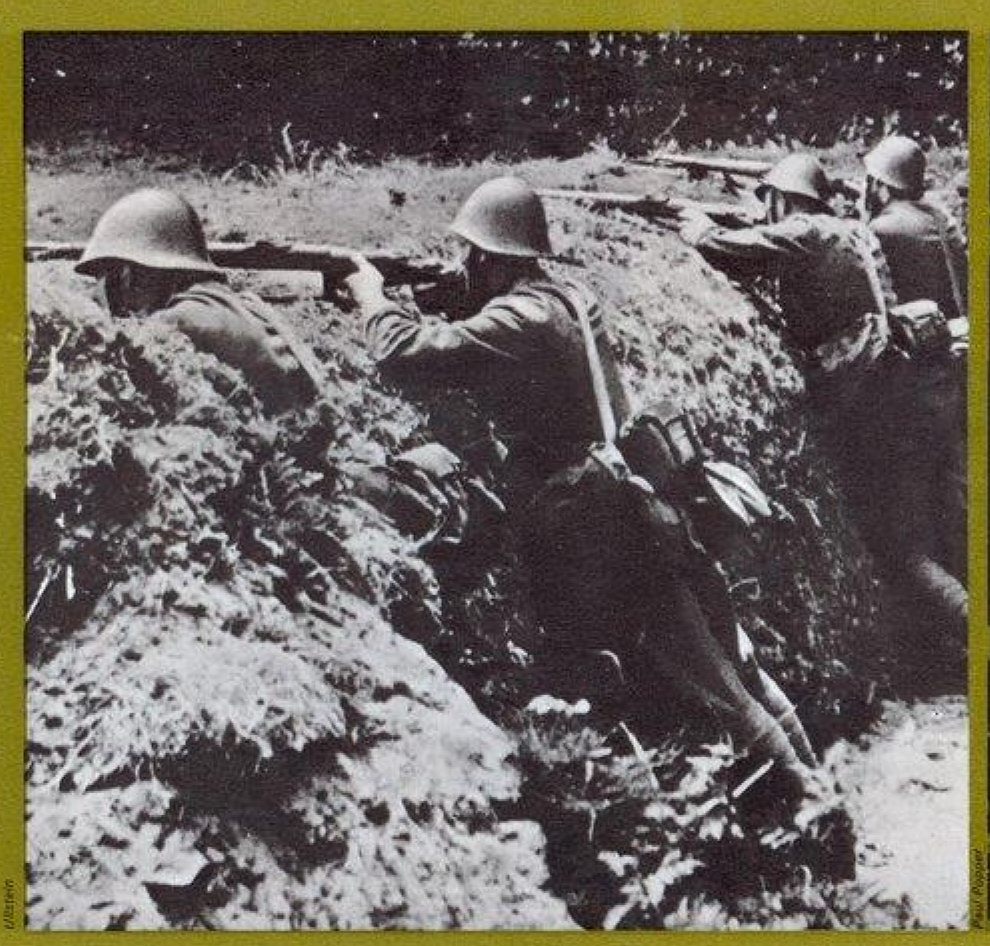
No había transcurrido una hora desde que Churchill dejara al rey cuando los partidos de la oposición le comunicaron que aceptaban su designación. Los partidos laborista y liberal participarían en el Gobierno, y Churchill propuso que se les asignase más de un tercio de los puestos disponibles, con dos ministros en el Gabinete de Guerra. En su mente tenía ya los nombres de aquellos a quienes confiaría los diversos cargos –Bevin, Alexander, Morrison y Dalton– y pensaba además que debía incluir a lord Halifax, quien conservaría su cargo de ministro de Asuntos Exteriores. Decidió asimismo nombrar tres *Service Ministers* (ministros de las Fuerzas Armadas), cargos que consideraba absolutamente indispensables: Eden, en el Ministerio de Guerra, Alexander en el Almirantazgo y sir Archibald Sinclair, jefe del Partido Liberal, en el Ministerio del Aire. Churchill asumió el cargo de Ministro de Defensa, «pero sin intentar definir el ámbito de competencia o los poderes». Aquella noche Chamberlain comunicó por radio que había entregado su dimisión y pidió al pueblo que apoyara a su sucesor.

Así, el día en que los alemanes, repitiendo de un modo más esmerado el viejo plan de von Schlieffen de la primera Guerra Mundial, invadían los Países Bajos, iniciando su avance hacia la costa francesa, era nombrado Primer Ministro uno de los pocos hombres que habían previsto en Inglaterra esta eventualidad.

Después de los acontecimientos de aquel día, Churchill escribió:

«Experimentaba una profunda sensación de alivio. Finalmente tenía autoridad para dirigir toda la escena. Sentía como si estuviera caminando con el destino, como si toda mi vida anterior no hubiera sido otra cosa que una preparación para aquella hora y aquella prueba. Diez años de vida política, en el curso de los cuales nadie había escuchado consejos, me liberaron del habitual antagonismo de partido. Las advertencias que había lanzado en los últimos seis años eran tan numerosas y detalladas, y su fundamento estaba tan terriblemente demostrado por los hechos, que nadie podría contradecirme. No podían acusarme ni de hacer la guerra ni de haber aconsejado que el país se preparase para ella. Creía saber muchas cosas al respecto y estaba seguro de triunfar. Así, aunque esperase con impaciencia la mañana, dormí profundamente y no tuve necesidad de sueños reconfortantes. La realidad es mejor que el sueño».

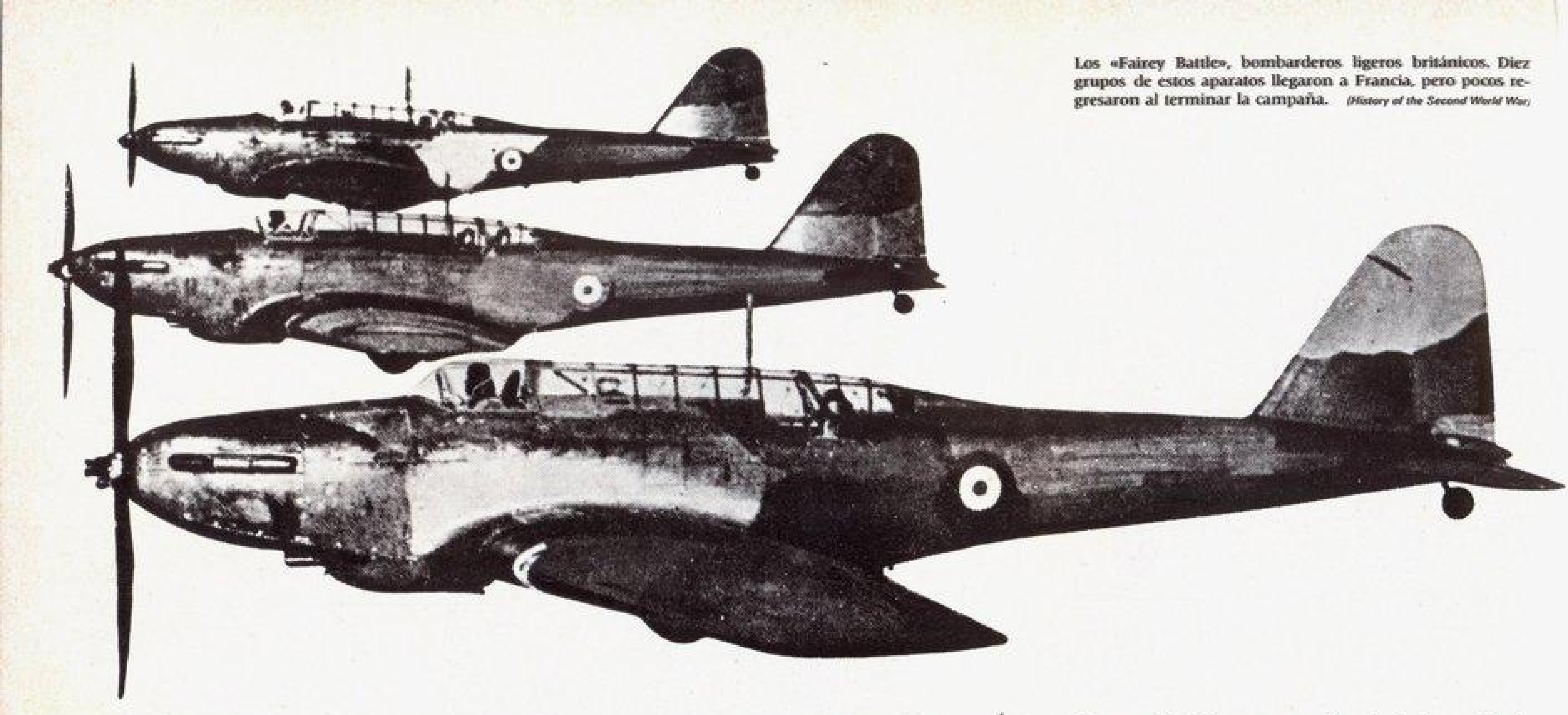
COMPARACIÓN DE LAS FUERZAS BELIGERANTES


Ullstein


Paul Popper

En la noche del 9 de mayo de 1940 – día que precedió al ataque a Europa occidental– se alineaban en la frontera 2.350.000 soldados alemanes, con 2700 carros de combate y apoyados por 3200 aviones. Frente a ellos, a lo largo de un arco que se extendía desde Basilea al mar del Norte, se encontraban: 2.000.000 de franceses, 237.000 ingleses, 375.000 belgas y 250.000 holandeses, con 3000 carros de combate y 1700 aviones. Se observa, pues, que los alemanes tenían una considerable superioridad aérea, mientras que los Aliados contaban con una ligera ventaja numérica terrestre. Pero, como sucede a menudo, los datos estadísticos inducen a error si los consideramos por sí solos; las diferencias entre los dos despliegues de fuerzas eran enormes; en efecto, en aquel momento se enfrentaban dos modos distintos de concebir la guerra terrestre. Y éste era el factor predominante, del que nacieron casi todas las diferencias existentes en el campo de la organización, del armamento y equipo y en el terreno de la estrategia.

R. H. Barry, General de División



Los «Fairey Battle», bombarderos ligeros británicos. Diez grupos de estos aparatos llegaron a Francia, pero pocos regresaron al terminar la campaña. *(History of the Second World War)*

En el período comprendido entre las dos guerras el Ejército francés había sido considerado –por todo el mundo en general y por los franceses en particular– como el más adelantado en cuanto a estrategia continental en gran escala, y la Escuela de Guerra francesa representaba la Meca para los aspirantes a oficiales de Estado Mayor de muchos países. Pero, como quizá fuera lógico esperar, la mentalidad militar francesa no había modernizado apenas los procedimientos tácticos y estratégicos que en 1918 llevaron al país a la victoria. Seguía sosteniendo que la defensa era superior al ataque, y que esta superioridad sólo podía anularse con el empleo de una cantidad enorme de material, sobre todo artillería. Se consideraba, además, que el ataque era un procedimiento lento y laborioso, en el que los carros de combate se limitarían casi exclusivamente a apoyar de cerca a la infantería de exploración o cobertura. Se daba gran importancia a la necesidad de mantener una línea continua. La aviación se emplearía en misiones de reconocimiento o de interceptación, y no en apoyo directo de acciones terrestres.

Los belgas y holandeses, que no contaban con fuerzas modernas, seguían la misma línea del pensamiento francés.

En cambio, los alemanes habían tenido una gran ventaja: la de tener que reconstruir de la nada todas sus Fuerzas Armadas. Por lo tanto, no se hallaban condicionados ni por formas tradicionales de la mentalidad militar –por cuanto sus jefes políticos habían separado de la dirección a los conservadores más intransigentes en el campo militar– ni por el hecho de poseer gran cantidad de material bélico pensado y fabricado para la primera Guerra Mundial. Generales jóvenes e inteligentes, como Guderian y Thoma, basaban sus principios en la idea de la concentración en la ofensiva y en la guerra de movimientos, que tenían como finalidad la penetración profunda en la retaguardia del «frente» o «línea fortificada». Concentración, movilidad y audacia en el mando eran los tres pilares en los que se basaba la estrategia alemana.

Los ingleses estaban a mitad de camino entre franceses y alemanes. Habían tenido muy buenas ideas, pero fueron muy lentos para ponerlas en práctica. Las dificultades económicas en que se encontró el país en el período entre las dos guerras ejercieron también una acción de freno; por otra parte, entre las misiones del Ejército continuaba figurando todavía la de «policía del Imperio». La RAF se inclinaba a considerar la guerra aérea como algo del todo independiente y trataba de no verse obligada a intervenir directamente en operaciones terrestres.

Estas eran las ideas imperantes. Veamos las consecuencias prácticas a que condujeron.

Fortificaciones

La expresión más concreta y visible de la fe que tenían los franceses en el poder de la defensa era la línea Maginot. Cubría las fronteras orientales y nororientales del país, desde Basilea hasta Longuyon, o sea, toda la frontera que la separaba de Alemania y Luxemburgo. Desde Basilea hasta Haguenau, como la línea fronteriza estaba constituida por el Rhin –que por sí mismo es ya un obstáculo formidable–, la fortificación consistía solamente en una espesa red de casamatas de cemento armado. En cambio, de Haguenau hacia el oeste era la construcción militar de este género más perfecta que se haya conocido y concebido jamás. Aprovechando las laderas de las colinas se hicieron grandes escarpados, de modo que constituyeran una barrera contracarro. Los intervalos se cerraron con fosos contracarros y obstáculos. Las obras principales eran verdaderas fortalezas subterráneas, semejantes en su interior a un acorazado, con cañones en torres giratorias automáticas, elevadores para las municiones y ferrocarriles eléctricos subterráneos para transportar las municiones.

Pero este gigantesco sistema defensivo terminaba en Longuyon: desde allí hasta el mar la frontera tan sólo estaba protegida por defensas improvisadas, casi todas construidas después de estallar la guerra.

Los alemanes contaban con el *West Wall* (muro occidental), más conocido como línea Sigfrido. Había sido construida apresuradamente, y no disponía de grandes fortificaciones, como las de la línea Maginot; su principal finalidad era proteger el flanco alemán durante una eventual campaña en Europa oriental.

Como sucediera anteriormente con la línea francesa, el tiempo y el dinero se acabaron antes de que la obra hubiese llegado a su fin: por eso, en mayo de 1940, concluía a pocos kilómetros al norte de Aquisgrán.

La línea Maginot restringía bastante el sector en el que los alemanes podrían lanzar las ofensivas en las que se basaba su estrategia. Pero, en conjunto, la situación favorecía a estos últimos, pues la línea Maginot había hecho que los franceses confiasen demasido en una falsa sensación de seguridad, lo que contribuyó al desarrollo de su doctrina defensiva.

Fuerzas terrestres

En el «sector nororiental», que defendía Francia desde Basilea hasta el mar del Norte, los franceses habían desplegado un total de 94 divisiones:

- 63 divisiones de infantería
- 7 divisiones de infantería motorizada
- 3 divisiones acorazadas
- 3 divisiones motorizadas ligeras
- 5 divisiones de caballería
- 13 divisiones de fortaleza

De las divisiones de infantería, 30 estaban ya constituidas en tiempo de paz; las demás eran de reserva, esto es, formadas al estallar la guerra con reservistas y exiguos cuadros de oficiales de carrera. Excepto en las divisiones motorizadas, los medios de transporte para la infantería eran aún hipomóviles, lo mismo que en las divisiones de caballería. No obstante, la potencia de fuego de una división francesa era bastante elevada; comprendía, en conjunto, alrededor de 90 piezas artilleras de diversos calibres, sin contar con las piezas contracarros y las antiaéreas. El Ejército francés entró en la guerra con más de 11.000 piezas, pero el 50 % de las mismas lo constituían los conocidos cañones de «75» de la primera Guerra Mundial, todavía eficaces, pero que estaban siendo superados rápidamente.

El Cuerpo Expedicionario inglés constaba de 10 divisiones (5 regulares y 5 territoriales), todas de infantería y parcialmente motorizadas. El 9 de mayo de 1940 la única división acorazada inglesa, y las únicas fuerzas acorazadas con las que podía contar el citado Cuerpo Expedicionario eran: una brigada de carros, dos brigadas acorazadas ligeras para exploración y tres regimientos de caballería divisionaria; en total, unos 300 carros de combate.

El Ejército belga estaba constituido por 22 divisiones, de las cuales dos de caballería y otras dos de cazadores de las Ardenas estaban parcialmente motorizadas; las restantes eran de infantería. No existían unidades acorazadas.

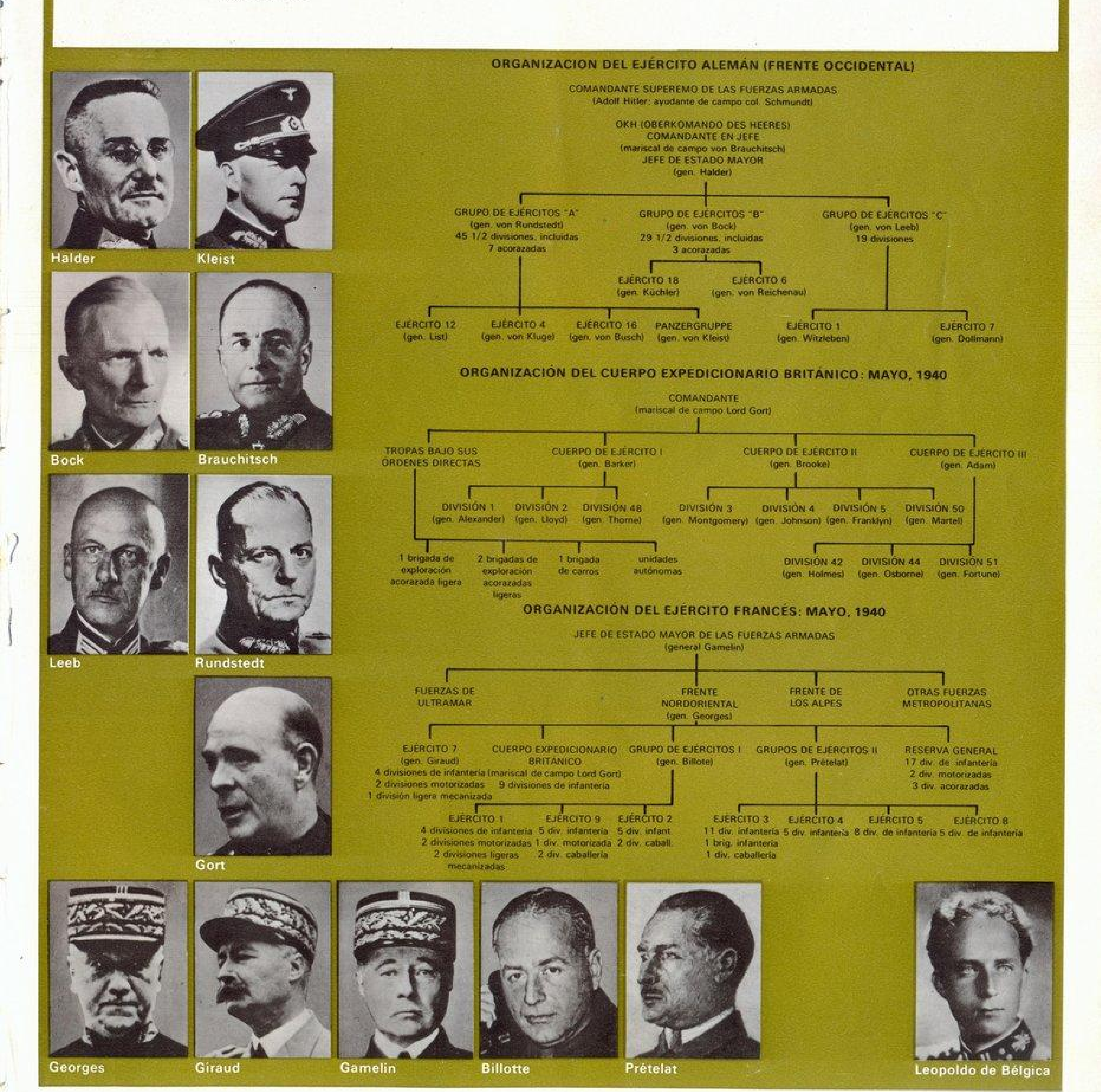
El Ejército holandés contaba con 10 divisiones, todas de infantería, excepto una división ligera. Tampoco tenía unidades acorazadas.

Por parte alemana se alineaban 136 divisiones destinadas a operar en el frente occidental y que se distribuían así:

- 118 divisiones de infantería

LOS ADVERSARIOS

"Un anciano caballero sobre un imponente y poderoso caballo de batalla contra un joven con una coraza menos pesada, un caballo más ligero y más fácil de guiar, y que basaba todas sus esperanzas de victoria en una lanza bien templada y aguzada con un nuevo procedimiento."



Halder, Kleist, Bock, Brauchitsch, Leeb, Rundstedt, Gort, Georges, Giraud, Gamelin, Billotte, Prételat, Leopoldo de Bélgica



LAS FUERZAS ADVERSARIAS
M A R D E L N O R T E
GRAN BRETAÑA
PAÍSES BAJOS
BÉLGICA
LUXEMBURGO
FRANCIA
ALEMANIA
SUIZA
LIECHT.
Canal de la Mancha
Zuider Zee
TROPAS DE RESERVA
2 DIVISIONES
8 DIVISIONES
GRUPO DE EJÉRCITOS B
(von Bock)
29½ DIVISIONES
(entre ellas 3 acorazadas)
TROPAS DE RESERVA
42 DIVISIONES
EJÉRCITO 7
(Giraud)
7 DIVISIONES
(entre ellas una motorizada ligera)
TROPAS DE RESERVA
4 DIVISIONES
18 DIVISIONES
CUERPO EXPEDICIONARIO BRITÁNICO
(Gort)
9 DIVISIONES
GRUPO DE EJÉRCITOS A
(von Rundstedt)
45½ DIVISIONES
(entre ellas 7 acorazadas)
PRIMER GRUPO DE EJÉRCITOS
(Billotte)
23 DIVISIONES
(entre ellas 2 motorizadas ligeras)
GRUPO DE EJÉRCITOS C
(von Leeb)
19 DIVISIONES
LÍNEA MAGINOT
LÍNEA SIGFRIDO
SECUNDO GRUPO DE EJÉRCITOS
(Prételat)
43 DIVISIONES + 1 DIVISIÓN BRIT.
TROPAS DE RESERVA
22 DIVISIONES
(entre ellas 3 acorazadas)
Asignadas al Norte
Asignadas al Sur
Divisiones acorazadas
Hamburgo
Wesermünde
Bremen
Leeuwarden
Groninga
Norwich
Ipswich
Haarlem
Amsterdam
Muiden
Utrecht
La Haya
Rotterdam
Gorinchem
Dordrecht
Breda
Osnabrück
Hannover
Brunswick
Dortmund
Gotinga
Ostende
Brujas
Gante
Amberes
Dunkerque
Calais
Dover
Bailleul
Lovaina
Bruselas
Wavre
Maastricht
Aquisgrán
Colonia
Lieja
Mons
Charleroi
Namur
Moulde
Abbeville
Dieppe
Coblenza
Darmstadt
Sedán
Luxemburgo
Tréveris
Longuyon
Ruán
Reims
Verdun
Ludwigshafen
Évreux
La Ferté-sous-Jouarre
Paris
Coulommiers
Bar-le-Duc
Nancy
Haguenau
Stuttgart
Chartres
Troyes
Chaumont
Orléans
Blois
Belfort
Schaffhausen
Constanza
Lago de Constanza
Basilea
S. Gall
Tours
Dijon
Besançon
Bourges
L. de Zurich
Berna
L. de Neuchâtel
L. de los Cuatro Cantones
Friburgo

- 7 divisiones de infantería motorizada
- 10 divisiones acorazadas
- 1 división de caballería

Los paracaidistas pertenecían a la *Luftwaffe*. De las divisiones de infantería sólo 35 estaban ya constituidas en tiempo de paz; las restantes se fueron constituyendo en el transcurso de la guerra en «siete series». Respecto al número de piezas de artillería, el Ejército alemán era inferior al francés: sólo disponía de 7700. Pero la pieza de campaña alemana era de 105 mm, superior al «75» francés.

En esta somera indicación de las fuerzas disponibles, lo que primero salta a la vista son, naturalmente, las diez divisiones acorazadas alemanas. Ya vimos, en la relación correspondiente a los Aliados, que sólo disponían de tres de esas divisiones y otras tres motorizadas ligeras del Ejército francés. Sin embargo, en términos absolutos, los Aliados tenían una ligera superioridad numérica en cuanto a carros de combate. Pero, para su desgracia, estos carros aliados estaban diseminados, a lo largo del frente, en minúsculos grupos destinados a actuar tan sólo en apoyo de la infantería.

Fuerzas aéreas

Como las fuerzas aéreas holandesas y belgas eran insignificantes, tan sólo consideramos, por parte de los Aliados, las francesas e inglesas.

Las francesas, descuidadas de una manera deplorable en el período entre las dos guerras, comprendían en total 1200 aviones, distribuidos en:

- 600 cazas monoplazas *(Morane, Bloch, Dewoitine, Curtiss y Loire)*
- 100 cazas biplazas *(Potez 63)*
- 150–175 bombarderos
- 350-400 aviones de reconocimiento

Las fuerzas aéreas inglesas en Francia comprendían unos 500 aparatos:

- 130 cazas *(Blenheim* y *Hurricane)*
- 220 bombarderos ligeros y de reconocimiento *(Battle, Blenheim* y *Wellington)*
- 50 aviones de dotación para el Ejército *(Lysander)*

Pero estas cifras no expresan la verdadera importancia de la contribución inglesa, puesto que las fuerzas aéreas que tenían su base en el Reino Unido –especialmente los grupos de *Spitfire*– podían actuar en territorio francés (como en efecto hicieron). Por lo tanto, en realidad las fuerzas aéreas aliadas ascendían a más de 1700 aviones.

Contra ellos la *Luftawaffe* podía desplegar el formidable potencial que se cita:

- 1000 cazas *(Messerschmitt 109 y 110)*
- 1200 bombarderos *(Heinkel 111)*
- 350 *Stukas (Junkers 87* y *88)*
- 250 bombarderos medios *(Dornier)*
- 400 aparatos de reconocimiento

Así pues, los alemanes poseían 3200 aviones: una superioridad numérica de 2 a 1 aproximadamente. Además, los aviones alemanes eran, en muchos aspectos, técnicamente superiores a los de los Aliados. El único avión aliado que podía competir ventajosamente contra sus adversarios alemanes (los *Me 109*) era el *Spitfire*. Hay que tener en cuenta, también, que sólo la aviación alemana poseía los *Stukas* (bombarderos en picado), destinados a suplir a la artillería en el apoyo directo a las unidades acorazadas. Evidentemente, la *Luftwaffe* había sido creada a la medida de la misión que debía desempeñar.

Organización del mando y despliegue de las fuerzas

Para los alemanes el problema del Alto Mando era muy sencillo: debían preocuparse únicamente de sí mismos, y sus problemas de organización se limitaban a los creados por el propio Hitler, que era el comandante supremo. Ejercía su influencia a través del *Oberkomando der Wehrmacht* (OKW), el Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas Alemanas, que en la práctica era su propio gabinete militar. Fue Hitler quien indujo a sus reacios jefes militares a preparar la guerra en el frente occidental, y después tomó parte personalmente en la preparación de los planes estratégicos.

Cada uno de los tres Ejércitos tenía su propio Mando Supremo: El Ejército de tierra el *Oberkomando der Heeres* (OKH); la Marina, el *Oberkomando der Kriegsmarine* (OKM), y la Aviación, el *Oberkomando der Luftwaffe* (OKL). El comandante en jefe del Ejército era von Brauchitsch y el de la *Luftwaffe* el mariscal Goering.

Las fuerzas desplegadas en la frontera occidental estaban repartidas en tres Grupos de Ejércitos:

- *En el Norte:* desde el mar del Norte hasta el extremo meridional de Holanda (frente a Maastricht) el Grupo de Ejércitos B (Bock) –29 divisiones y media, de ellas tres acorazadas, dos motorizadas, una aerotransportada y una de caballería– con la 2ª Fuerza Aérea (Kesselring).
- *En el Centro:* desde el extremo meridional de Holanda hasta el ángulo sudoriental de Luxemburgo, el Grupo de Ejércitos A (Rundstedt) –45 divisiones y media, de ellas siete acorazadas y tres motorizadas– con la 3ª Fuerza Aérea (Sperle).
- *En el Sur:* desde Luxemburgo hasta la frontera suiza, frente a la línea Maginot, el Grupo de Ejércitos C (Leeb): 19 divisiones.

LA INVERSIÓN DEL PLAN

En 1914, el plan Schlieffen preveía una irrupción en las regiones centrales de Bélgica, con una desviación hacia el Sur para envolver el flanco izquierdo aliado. En cambio, el plan Manstein de 1940 proponía atacar entre Namur y Sedán, con la costa como objetivo.

A disposición del OKH había una notable reserva: 42 divisiones.

La aviación estaba organizada de un modo sencillo y lógico: en la fase de ataque cada uno de los Grupos de Ejércitos estaría apoyado por una Fuerza Aérea que comprendía cazas, bombarderos ligeros y aviones de reconocimiento, mientras que los bombarderos en picado, la «artillería cercana» de las divisiones acorazadas, estaban centralizados en el OKL. La concentración, primer pilar de la estrategia alemana, era el elemento clave.

Entre los Aliados, el problema del Mando Supremo no era tan sencillo. Había cuatro países interesados, dos de los cuales –Bélgica y Holanda– estaban decididos a mantener su neutralidad hasta el fin. No sólo faltaba un mando único sino que incluso Bélgica y Holanda habían rechazado la propuesta de mantener coloquios entre sus Estados Mayores y los de los Aliados y de coordinar sus planes respectivos.

Tampoco entre ingleses y franceses existía un mando único en el auténtico sentido de la palabra. Aunque el Cuerpo Expedicionario británico dependía teóricamente del Mando francés, lord Gort tenía las mismas prerrogativas de un comandante en jefe de Ejército y siempre mantuvo cierta autonomía.

El sistema de mando francés era realmente extraño. Como comandante en jefe del Ejército, el general Gamelin era responsable de la defensa de Francia.

El grueso del Ejército francés, desplegado a lo largo de la frontera con Alemania y Bélgica, estaba al mando del general Georges. Gamelin tenía su Cuartel General en Vincennes, en los suburbios de París, y Georges se encontraba en La Ferté-sous-Jouarre, a unos 65 km de la capital. Un solo Estado Mayor, desplazado a más de 30 km al este de Vincennes, servía a los dos; el jefe de Estado Mayor, general Doumenc, debía hacer lo imposible para dividir su tiempo entre sus dos superiores.

El comandante en jefe de la Aviación francesa, general Vuillemin, tenía su Cuartel General en otra localidad (Coulommiers), con un «oficial comandante de las fuerzas de cooperación aérea» destacado junto al comandante en jefe. Todo el sector estaba dividido en «zonas de operaciones aéreas», cuyos límites territoriales coincidían con los de los Grupos de Ejércitos; teóricamente, esta sistematización parecía muy eficaz, pero en la práctica significó que la Aviación francesa no se utilizó jamás en masa.

A lo largo de toda la frontera nororiental y oriental de Francia, se hallaban las siguientes fuerzas, a las órdenes del general Georges:

- *El Ejército 7 francés (Giraud)*, del mar del Norte hasta Bailleul. Lo constituían siete divisiones francesas escogidas, de las cuales dos eran de infantería motorizada y una motorizada ligera.
- *El Cuerpo Expedicionario británico (Gort)*, desde Bailleul a Maulde, al NE de Douai. El 9 de mayo comprendía nueve divisiones de infantería, puesto que una división (la 51 *Highland)* se había trasladado al frente del Saar. Como ya se ha dicho, el comandante en jefe del Cuerpo Expedicionario, aunque dependiese del comandante francés, conservó cierta autonomía.
- *El I Grupo de Ejércitos francés (Billotte)*, desde Maulde al extremo occidental de la línea Maginot, frente al ángulo SO de Luxemburgo. Estaba constituido por tres Ejércitos:

Ejército 1 (cuatro divisiones de infantería, dos divisiones motorizadas ligeras y dos divisiones motorizadas de infantería).

Ejército 9 (cinco divisiones de infantería, una división de infantería motorizada y dos divisiones de caballería).

Ejército 2 (cinco divisiones de infantería y dos divisiones de caballería).

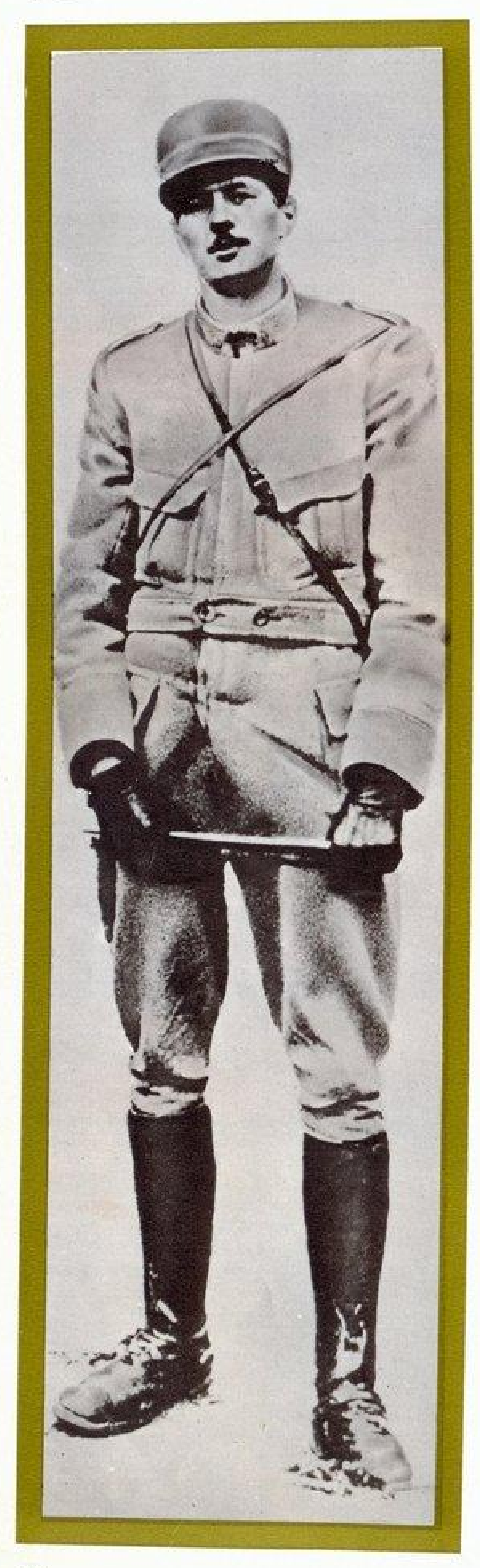
- *El II Grupo de Ejércitos francés (Prételat)*, desplegado a lo largo de la línea Maginot, desde Longuyon a Basilea. Estaba formado por cuatro Ejércitos que, incluyendo las tropas de guarnición de las fortificaciones, comprendían unas 43 divisiones. No disponía de fuerzas rápidas, a excepción de una división de caballería situada en la frontera de Luxemburgo.

La reserva general francesa estaba formada por 22 divisiones, incluidas las tres divisiones acorazadas y dos motorizadas de infantería. Una agrupación de siete divisiones, de ellas dos acorazadas, estaba destinada a unirse inmediatamente al I Grupo de Ejércitos en el caso de un ataque alemán a través de Bélgica y Holanda, y cinco debían impedir una eventual maniobra de envolvimiento alemán a través de Suiza. Por consiguiente, la verdadera reserva francesa se limitaba a unas 10 divisiones.

El aspecto más notable del despliegue anglofrancés era la elevada proporción de fuerzas asignadas al sector Sur, ya eficazmente protegido por la línea Maginot. En cambio, los alemanes habían concentrado todo el peso del Ejército en la mitad septentrional del frente, dejando el sector meridional protegido tan sólo por una ligera cortina de fuerzas.

Al otro lado de la frontera, en la que desplegaba el ala izquierda anglofrancesa, el Ejército

belga preparaba su organización defensiva; su comandante en jefe era el rey Leopoldo. La línea defensiva principal era el canal Alberto, que corría en dirección Noroeste, de Lieja a Amberes; al sur de Lieja la defensa se apoyaba en el Mosa, se dirigía después hacia el oeste (Namur) y luego al sur, hacia la frontera francesa. La ciudad de Lieja, con sus numerosas fortificaciones, constituía el centro de todo el sistema. Cinco Cuerpos de Ejército, con un total de 12 divisiones, se desplegaban a lo largo del canal Alberto; un Cuerpo de Ejército de dos divisiones se encargaba de la defensa de Lieja y otro, también de dos divisiones, debía asegurar la posesión de los puentes sobre el Mosa. Cuatro divisiones formaban la reserva en el interior del país.



Charles de Gaulle en los tiempos en que todavía era un joven capitán desconocido. De Gaulle sostuvo con indomable energía, pero sin gran éxito, la tesis de la modernización del Ejército francés, insistiendo especialmente en el papel de las unidades acorazadas. (Central Press)

Todavía más al norte, las diez divisiones del Ejército holandés estaban dispuestas a defender la frontera de su territorio. La línea principal de defensa, conocida como línea Grebbe, corría en dirección Norte-Sur, partiendo del extremo más meridional del Ijsselmeer hasta el Bajo Rhin, pasando al este de Utrecht. Estaba defendida por dos Cuerpos de Ejército, con un total de cuatro divisiones. Al sur de las notables defensas naturales que eran el Bajo Rhin y el río Wall, y unida a la línea Grebbe por dos brigadas autónomas, había otra serie de posiciones defensivas apoyadas en las regiones pantanosas del Peel y del Raam.

Los planes

Eran muy sencillos para los Ejércitos holandés y belga. A pesar de su insistencia en mantenerse neutrales, era evidente que el único agresor que debían temer era Alemania. Por lo tanto, su misión era resistir hasta que los ingleses y franceses intervinieran en su ayuda. Ninguno de estos dos Ejércitos se forjaba grandes ilusiones respecto a la posibilidad de conseguirlo, por lo que, tanto el uno como el otro, preveían el repliegue de las posiciones defensivas iniciales.

El plan holandés preveía que las fuerzas dispuestas en la línea Grebbe se retirarían, siempre que la situación lo hiciese necesario, para defender el lado oriental de la «Fortaleza Holanda», mientras que las que se encontraban en la línea Peel-Raam deberían defender la zona meridional.

También los belgas preveían la posibilidad de no poder mantenerse en la línea del canal Alberto y del Mosa hasta la llegada de franceses e ingleses; por lo tanto, establecieron una segunda línea defensiva a lo largo del río Dyle. Esta línea, que partía de Amberes y llegaba hasta Namur, pasando por las ciudades de Lovaina y Wavre, tenía al menos la ventaja de cubrir Bruselas y la mitad occidental del país. Se esperaba que franceses e ingleses llegarían al Dyle y a la sección meridional del Mosa antes que los alemanes, constituyendo un sólido frente defensivo.

Los planes anglofranceses se basaban en la hipótesis de que la maniobra alemana sería una versión más amplia y ambiciosa del plan de Shlieffen de 1914. En otras palabras, creían que los alemanes intentarían desbordar por el flanco izquierdo la línea Maginot, haciendo progresar su ala derecha a través de Holanda meridional y Bélgica. Se preveía que el esfuerzo principal de la ofensiva alemana se ejercería sobre las regiones centrales de Bélgica, aproximadamente a lo largo de la línea Lieja-Bruselas-Ostende, efectuando después una conversión hacia el Sur para envolver el flanco izquierdo del despliegue aliado. Para neutralizar esta probable maniobra alemana, los Aliados proyectaban hacer avanzar su ala izquierda para apoyar a los belgas en el Dyle y en el Mosa, enviando al mismo tiempo fuerzas a Holanda meridional para ponerse en contacto con las posiciones defensivas de la «Fortaleza Holanda».

De sur a norte los planes eran los siguientes: el Ejército 9 francés, efectuando una conversión con su ala derecha como eje, debía alcanzar el Mosa desde la frontera hasta Namur; el Ejército I francés progresaría hacia el Este para cubrir el espacio entre el Mosa y el Dyle, a la altura de Namur y Wavre, y el Cuerpo Expedicionario inglés debía avanzar para cubrir el Dyle desde Wavre, a pocos kilómetros de Lovaina, donde se esperaba que el Ejército belga conseguiría prolongar la línea defensiva hasta Amberes. En el ala izquierda del despliegue, el Ejército 7 francés se trasladaría a la zona de Breda, a fin de que pudiera cubrir el intervalo entre Amberes y las defensas meridionales de la «Fortaleza Holanda».

Según la duración de la resistencia belga se habían establecido planes eventuales: si los belgas conseguían resistir a lo largo del canal Alberto, las tropas aliadas se adelantarían hacia aquella zona; por el contrario, si no podían sostenerse en el Dyle, los Aliados harían frente a los alemanes en la línea del río Escalda (Maulde-Gante-Amberes).

Mientras tanto, el Ejército 2, que constituía el ala derecha del primer Grupo de Ejércitos francés, y todo el II Grupo de Ejércitos permanecerían a la defensiva en las posiciones fronterizas y a lo largo de la línea Maginot.

El plan alemán, en un principio, había sido exactamente el previsto por los aliados. La primera versión del «Plan Amarillo», que databa de octubre de 1939, asignaba al Grupo de Ejércitos B, del general Bock, desplegado en la zona septentrional del frente, tres Ejércitos y ocho de las diez divisiones acorazadas. Las tropas alemanas debían apoderarse de la zona Amberes-Bruselas-Namur y avanzar después hacia el mar en dirección a Ostende.

El grueso de las fuerzas acorazadas debería encontrarse en el flanco exterior, a fin de envolver el ala izquierda del dispositivo Aliado. Rundstedt, con dos Ejércitos del Grupo A, protegería el flanco izquierdo de Bock.

Pero en febrero, al saber que los Aliados se habían enterado de sus planes, Hitler permitió que se efectuara una transformación radical de los mismos. En efecto, se invirtieron las misiones de los Grupos de Ejércitos A y B: según el nuevo plan, el ataque principal debía llevarlo a cabo Rundstedt con el Grupo de Ejércitos A, mientras Bock protegería el flanco derecho, atrayendo a Bélgica y Holanda el ala izquierda inglesa y francesa. El objetivo del nuevo plan era mucho más ambicioso: romper el frente aliado en el Mosa, entre Sedán y Namur, y alcanzar directamente la costa en Abbeville, cercando así a los Ejércitos 1 y 7 francés y al Cuerpo Expedicionario británico.

El éxito de la maniobra dependía de la rapidez con que las fuerzas acorazadas consiguiesen romper el frente enemigo, así como de la magnitud del desorden creado por un avance tan rápido en Bélgica y Francia.

En otras palabras, dependía de la movilidad y de la audacia, los otros dos firmes pilares de la estrategia alemana.

Elemento humano

Aunque con algunas excepciones importantes, se puede afirmar que, en septiembre de 1939, en ninguno de los cinco países beligerantes los hombres marcharon a la guerra con entusiasmo. Un elevado porcentaje de todos los ejércitos estaba formado por reservistas, que cumplían con su deber resignados y sin convicción.

El Ejército regular francés disponía de excelentes soldados; sin embargo, revelaban la influencia «soporífera» de la burocracia y de la rutina militar de los años transcurridos entre las dos guerras. En cierto sentido, parecía que les faltase el ánimo.

En cuanto a las divisiones de reserva dejaban mucho que desear. Además, los franceses no supieron aprovechar el período de la «guerra extraña». Aquel largo período de espera y de inactividad debilitó la disciplina y la moral.

Los belgas y holandeses, en su posición de neutrales y después de «socios recientes», no podían sentir, respecto al inminente conflicto, otra cosa que temor.

Los soldados estaban decididos a defender en lo posible sus propios países, pero ninguno de los dos Ejércitos podía considerarse como una fuerza moderna de combate.

En cuanto a las fuerzas inglesas, aunque numé-



Los cazas «MS-406» franceses, superados por los «Me 109E» alemanes. Los franceses disponían, en total, de 1200 aviones. (Paul Popper)

FUERZAS AÉREAS: Mayo de 1940

FRANCIA

CAZAS, monoplazas y biplazas *(Morane M.S.406, Bloch M. B.151, Dewoitine D.520, Potez 631)*
700

BOMBARDEROS
150-175

DE RECONOCIMIENTO
350-400

FUERZAS AÉREAS BRITÁNICAS EN FRANCIA

CAZAS *(Blenheim, Hurricane)*
130

BOMBARDEROS *(Battle, Blenheim, Wellington)*
220

PARA LA COOPERACIÓN AEROTERRESTRE *(Lysander)*
50

ALEMANIA

CAZAS *(Me 109, Me 110)*
1000

BOMBARDEROS *(He 111, Ju 87, Ju 88, Dornier)*
1800

DE RECONOCIMIENTO
400

No se incluyen los aviones con base en Inglaterra pero operando en Francia



Los «Heinkel III» representaban en 1940 el grueso de la aviación alemana de bombardeo. (History of the Second World War)



Los «Blenheim», bombarderos reglamentarios, junto con los «Fairey Battle», usados por los ingleses en esta campaña. (History of the Second World War)

ricamente exiguas, eran de buena calidad. El soldado inglés, tanto el regular como el territorial, había ido a la guerra decidido a cumplir con su deber por una causa que consideraba justa. El Cuerpo Expedicionario, a pesar de las condiciones atmosféricas terriblemente adversas, supo aprovechar adecuadamente la pausa invernal. No sólo se dedicó a la construcción de líneas defensivas –que muy pronto tuvieron que ser modificadas–, sino que se sometió también a un duro programa de instrucción.

Respecto al Ejército alemán, en mayo de 1940 estaba considerado como un instrumento bélico casi perfecto, armado, equipado y adiestrado de un modo excelente. La campaña de Polonia había demostrado la validez de los métodos empleados y la eficacia de su equipo. Si existía algún entusiasmo entre los beligerantes ante el inminente conflicto tendríamos que buscarlo entre las fuerzas regulares alemanas; pero éstas sólo representaban 52 de las 136 divisiones empleadas en el frente occidental. Los reservistas no fueron a la guerra con mayor convencimiento que sus colegas aliados.

Pero los alemanes supieron aprovechar mejor que los franceses el período de adiestramiento invernal para mejorar la calidad de sus divisiones de reserva; no obstante, a pesar de todo, estas divisiones no alcanzaron el alto nivel de eficacia de las fuerzas regulares.

Los mandos

La observación más sorprendente que se puede formular respecto a los mandos franceses es la siguiente: de casi todos los hombres que el 9 de mayo de 1940 ocupaban los grados más elevados se han olvidado hasta los hombres. El general Giraud, que mandaba el Ejército 7 francés, tuvo más tarde cierta notoriedad durante un breve período como posible *leader*, pero sólo para desaparecer de nuevo. El entonces coronel De Gaulle mandaba una división acorazada sólo parcialmente constituida, y el general de Lattre de Tassigny (destinado a desempeñar después un papel de primer orden en las campañas de la Francia libre) una división de infantería. Pero los mandos superiores –Gamelin, Georges, Billotte, Prételat– desaparecieron de la escena de la historia sin dejar rastro.

Los mandos franceses se embebían en detalles exclusivamente burocráticos. Faltaba el ánimo. Afrontaron el inminente encuentro con el enemigo tradicional sin temor y sin entusiasmo, con la tranquilidad y, en cierto modo, con la negativa autocomplacencia en la confianza que les inspiraba la superioridad de su sistema y de la doctrina militar francesa.

Según los alemanes, los mandos ingleses eran «anticuados y perezosos...; en los niveles más altos son reacios a tomar decisiones audaces». Aunque algo de esto era cierto, no podía aplicarse a algunos oficiales superiores. Los ingleses tenían sus dudas respecto a que el Ejército francés fuera el soberbio instrumento de guerra que todos creían, no obstante confiaban en que «se batiría bien en el campo de batalla».

En el otro bando, los mandos alemanes no deseaban combatir. Pero, desde el punto de vista técnico, eran todos muy competentes, y entre ellos había algunos, como Guderian, Reinhardt, Hoth, Kleist y Rommel, que sentían gran entusiasmo por su propio tipo de guerra, basado en el empleo de numerosas unidades acorazadas.

Pero los mandos de más edad consideraban con preocupación la decisión de Hitler de extender la guerra. Cuando en el otoño de 1939 supieron que estaba elaborando planes estratégicos para un ataque contra Occidente, se opusieron casi sin excepción a esta idea. Brauchitsch, comandante en jefe del Ejército, y Halder, su jefe de Estado Mayor, hicieron todo lo posible para disuadir a Hitler, apoyados por Bock, Leen y Rundstedt, precisamente los generales a quienes se confiaría después el mando de los tres Grupos de Ejércitos. Pero Brauchitsch era un hombre débil y Hitler superó fácilmente críticas y objeciones. El 9 de mayo de 1940, aun continuando con inquietantes dudas sobre la sensatez de la aventura en que se estaban embarcando, estos hombres estaban dispuestos a seguir adelante.

R. H. BARRY, GENERAL DE DIVISIÓN

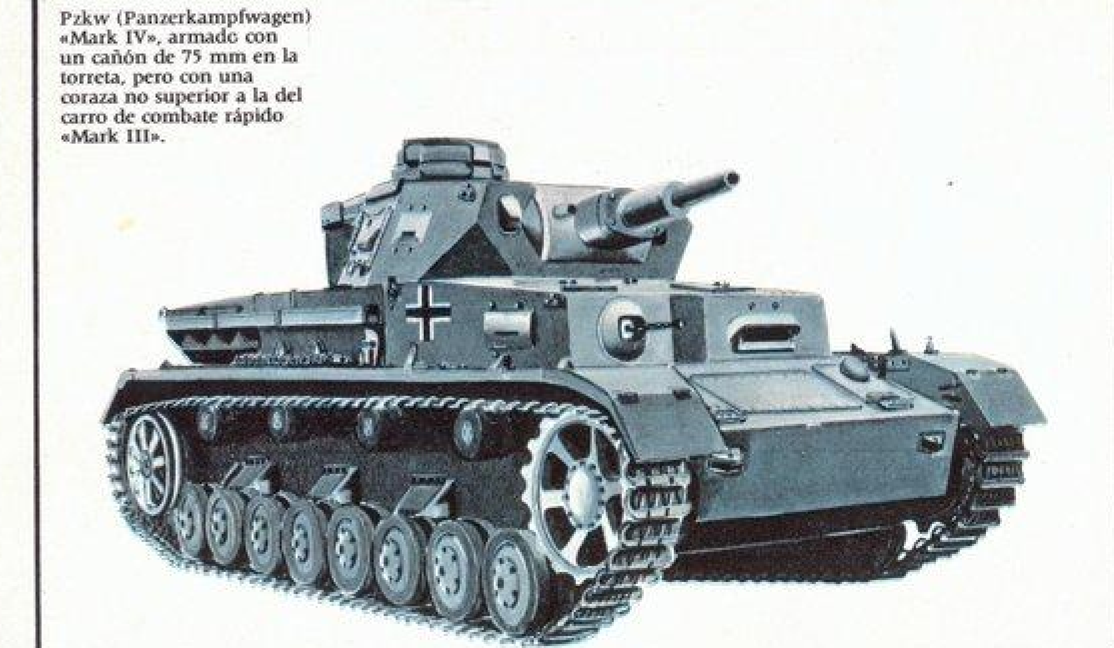
Condecorado con las órdenes del Baño y del Imperio Británico. Nació en 1908 y estudió en Winchester y Sandhurst. Siendo oficial de la infantería ligera de Somerset, asistió, en 1938, a la Escuela de Guerra. Formó parte del Cuerpo Expedicionario británico, enviado a Francia en 1939, como oficial de la Sección de Información. A fines de 1940 fue agregado al mando de operaciones especiales, en el que permaneció hasta junio de 1942; tras un breve período de servicio en un regimiento, pasó al mando aliado de Argel. Después de la guerra ha llevado a cabo diversas misiones en Europa, América y Egipto. Abandonó el Ejército en 1962. El general de división Barry ha traducido al inglés diversos textos militares, entre ellos *En el mando supremo de Hitler*, del general alemán Warlimont, y los libros de estrategia militar del general francés Beauffré.

Las tripulaciones británicas podían competir perfectamente con las alemanas, pero los defectuosos planes franceses dieron a los alemanes una ventaja definitiva sobre las fuerzas acorazadas de sus enemigos. La coraza más ligera de los carros alemanes era el precio pagado para conseguir otras ventajas, que les permitieron obtener mejor posición en la escala de valores, a pesar de la superior potencia de los medios aliados considerados individualmente. El empleo en masa de los «Panzer» era un procedimiento que los Aliados no supieron considerar.



ALEMANIA

Pzkw (Panzerkampfwagen) «Mark IV», armado con un cañón de 75 mm en la torreta, pero con una coraza no superior a la del carro de combate rápido «Mark III».



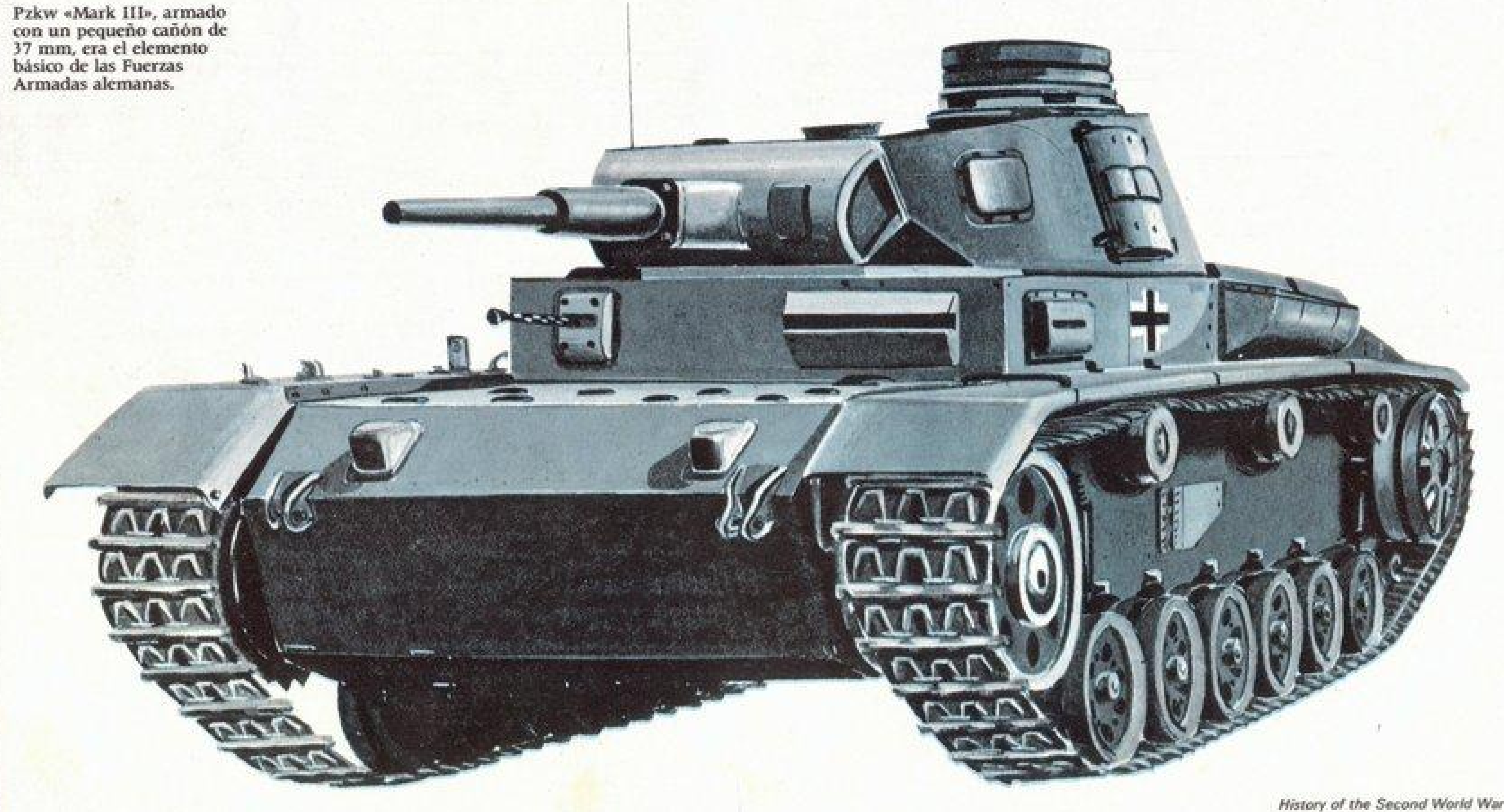
Pzkw «Mark II», ligero y rápido, armado con un pequeño cañón de 20 mm en la torreta



«T-38», checoslovaco, uno de los mejores carros ligeros alemanes.



Pzkw «Mark III», armado con un pequeño cañón de 37 mm, era el elemento básico de las Fuerzas Armadas alemanas.



History of the Second World War

COMPARACIÓN DE LAS FUERZAS ACORAZADAS

El carro de combate estaba destinado a ser el factor decisivo en la inminente campaña. Los carros alemanes no eran más numerosos, ni siquiera más eficaces que los de los Aliados, pero los alemanes supieron utilizarlos con mayor inteligencia.

Kenneth Macksey, comandante

Aunque en noviembre de 1918, el fin de la primera Guerra Mundial parecía simbolizar de una forma explícita una completa victoria de los Aliados y una derrota definitiva del Ejército alemán, en realidad no era así. En los últimos meses de la guerra, los alemanes estaban todavía retirándose en buen orden hacia sus fronteras; es más, comenzaban incluso a estabilizar el frente. En efecto, los Ejércitos aliados, a consecuencia de las bajas experimentadas y de las dificultades cada vez mayores con que se enfrentaban para mantener el abastecimiento de sectores cada vez más distantes de las bases, estaban reduciendo su empuje ofensivo. Se hacía cada vez más difícil llevar al frente aquellas armas que habían demostrado ser decisivas (artillería y carros de combate), y mantenerlas después en condiciones de poder combatir en masa y de modo continuo. Y por otra parte, si faltaban estas armas, una cortina relativamente débil de ametralladores bastaba para retardar y contener el avance de la infantería y de la caballería durante el tiempo suficiente para establecer en la retaguardia sucesivas líneas de defensa. Por ello, a principios de noviembre de 1918, los progresos de los Aliados se hacían cada vez más lentos y débiles.

Pero los acontecimientos decisivos del conflicto tuvieron lugar en agosto y septiembre, cuando las derrotas experimentadas por los alemanes pusieron de relieve el fracaso de su ofensiva y el desgaste que la guerra había ocasionado en el país y en el Ejército. La más decisiva de estas derrotas fue la del 8 de agosto de 1918, en Amiens, cuando 430 carros de combate ingleses– unidos a la infantería y caballería– rompieron las líneas alemanas, convenciendo al general Ludendorff, que entonces dirigía todo el aparato bélico alemán, de que aquella guerra debía terminar. Los carros de combate ingleses no habían llegado mucho más allá de las defensas avanzadas alemanas, pero un empleo tan masivo asestó a los soldados alemanes y a sus jefes un golpe muy duro, del que no habían logrado reponerse.

Los carros de combate de 1918 no eran lo suficientemente veloces ni seguros para permitir, después de haber roto las líneas enemigas, una penetración en profundidad hasta alcanzar posiciones tácticas situadas en la retaguardia. Pero los que se estaban construyendo por aquel entonces, y que tenían que entrar en acción en 1919, habían sido proyectados precisamente para poder efectuar este tipo de acciones, y los planes de los Aliados, que habrían de llevarse a cabo en el citado año, se basaban en este tipo de estrategia. A estos nuevos medios, más veloces y seguros, los alemanes sólo podrían oponer su artillería de campaña, cierto número de piezas contracarros, ligeras e ineficaces, y los pocos y toscos carros de combate que poseían.

El general Ludendorff, desde un principio, había rechazado la idea del carro, porque consideraba improbable que estos vehículos, lentos y pesados, pudieran resultar eficaces instrumentos de guerra. Además, puesto que cuando a un ejército se le ofrecen nuevos medios es necesario un largo período de tiempo para que los soldados aprendan a mantenerlos en estado de eficacia y a utilizarlos del modo más apropiado, sería imposible anular en unos pocos meses la ventaja que los Aliados habían adquirido en dos años.

La primera Guerra Mundial terminó, por lo tanto, en un momento en que la victoria en el campo de batalla y los elementos que la habían determinado aún no se veían claramente. No obstante, muchos alemanes estaban convencidos de que el empleo de los carros de combate por sorpresa, en unidades potentes y en los lugares más inesperados, fue una de las causas de su derrota. El general von Kuhl, que había sido oficial de Estado Mayor del Grupo de Ejército atacado y derrotado en Amiens, escribió, diez años después de aquella batalla, que el elemento más importante y decisivo del factor sorpresa que aprovecharon los aliados había sido el empleo de los carros de combate.

Pero precisamente los Aliados no se habían convencido de ello, y dominados por la inercia originada por el agotamiento, dejaron que su iniciativa se estancara en los procedimientos de 1918. Por lo que respecta a los franceses, durante más de veinte años persistieron en una concepción que destinaba a los carros de combate a desempeñar el simple papel de complemento de la infantería o a sustituir a la caballería en la exploración. Y no pudiendo imaginar que un día se verían obligados a combatir en su propio suelo en una guerra basada en el empleo de grandes masas de carros, los organizaron en batallones, casi todos destinados a actuar en pequeños grupos agregados a las divisiones de infantería.

A partir de 1932, y basándose en las divisiones de caballería existentes, el Ejército francés desarrolló cierta actividad de investigación y de experimentación. Fundándose en los resultados de tales experimentos, se constituyeron tres divisiones motorizadas ligeras –otra estaría en fase de creación en mayo de 1940–, cada una con 220 carros de combate, cierto número de autoblindados y una brigada de infantería. Pero los franceses no supieron emplear adecuadamente este nuevo tipo de unidades, sólo porque la vieja doctrina de empleo de la caballería imponía que ésta debía utilizarse diseminada a lo largo del frente, en misión de cobertura o de vanguardia.

Fue tras la destrucción del Ejército polaco, en septiembre de 1939, debida en gran parte a la acción combinada de los carros de combate y la aviación, cuando los franceses comenzaron apresuradamente a crear cuatro nuevas divisiones, dotadas de medios acorazados más pesados y con contingentes de infantería proporcionalmente inferiores a los carros de combate. No se trataba todavía de verdaderas divisiones acorazadas: según sus planes, su misión sería la de abrir brecha en las líneas enemigas por la que pudiesen pasar otras unidades convencionales. No estaban concebidas todavía como unidades equilibradas y autosuficientes, capaces de avanzar en profundidad en territorio enemigo para destruir los centros claves y logísticos, operación que constituye la esencia de la capacidad operativa de las grandes unidades acorazadas.

Los ingleses no cayeron en el mismo error que los franceses; pero el país que en 1918 se jactaba de haber ganado la guerra se había dormido sobre los laureles. Las elevadas pérdidas en carros, experimentadas en los últimos meses de la primera Guerra Mundial, constituyeron una formidable arma dialéctica para los que sostenían que esta máquina no podía sustituir al caballo como elemento base de un arma móvil y decisiva. Además, el elevado coste de fabricación y mantenimiento de los carros de combate fue otra formidable persuasión en contra de una expansión ulterior de los mismos.

La idea del carro de combate

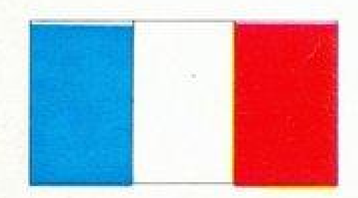
A pesar de todo, en Inglaterra se consiguieron notables progresos. El descubrimiento de que los carros de combate y los autoblindados permitían mantener el orden, de un modo menos costoso y más eficaz, en las zonas más turbulentas del Imperio, hizo que se activaran las tareas de investigación y experimentación en este campo. La tenacidad de unos pocos hombres entusiastas llegó a proyectar la «idea del carro de combate» más allá de los límites del empleo táctico e introducirla en el campo de la estrategia.

Estos hombres proyectaron y adiestraron unidades de carros de combate verdaderamente únicas, tanto por la novedad de su concepción como por su eficacia técnica. A fines de 1934, el general Hobart, en su calidad de comandante de la primera brigada de carros, hizo hincapié en lo que Broad y Pile ya habían demostrado en años anteriores: esto es, que con un gran avance en profundidad, una fuerza móvil compuesta por carros de combate, podía poner en condiciones de franca inferioridad a fuerzas enemigas muy superiores. Se demostró asimismo que los carros de combate podían superar en importancia a la mejor infantería entonces existente. Y quienes así lo afirmaban no eran soñadores, sino soldados expertos que basaban sus ideas en la amarga experiencia adquirida en los cuatro sangrientos años de la guerra anterior; eran hombres que muchas veces no podían disimular su impaciencia frente a la actitud de aquellos que no podían o no querían comprender la realidad y que, con su pereza mental, no conseguían adaptarse al ritmo impuesto por las nuevas fuerzas mecanizadas.

El general Hobart, que divulgaba sus ideas empleando un lenguaje que no respetaba los convencionalismos, manifestaba claramente que no estaría dispuesto a tolerar que la rapidez de acción, derivada del empleo de los carros de combate, fuese retrasada por unidades de artillería, caballería o infantería incapaces de adaptarse a sus máquinas y al ritmo que éstas imponían. Y con su insistencia sobre la necesidad de una maniobra extremadamente rápida y eficiente, asustó a sus colegas de mentalidad tradicional; y hasta tal punto fue así que se produjo un movimiento de reacción contrario por parte de los jefes de la antigua escuela.

Los elementos tradicionalistas ejercieron una acción retardadora sobre todo el progreso ulte-

Los franceses disponían de buenos carros de combate, como el «Char B» y el «S-35», armados con un cañón de 47 mm y con una coraza más gruesa que la de los carros alemanes. No eran tan insuficientes los medios como el modo de utilizarlos. Teóricamente, los Aliados podían enfrentar 3600 carros a los 3000 alemanes. Los carros de combate británicos de infantería, el «Mark I» y el «Ma-

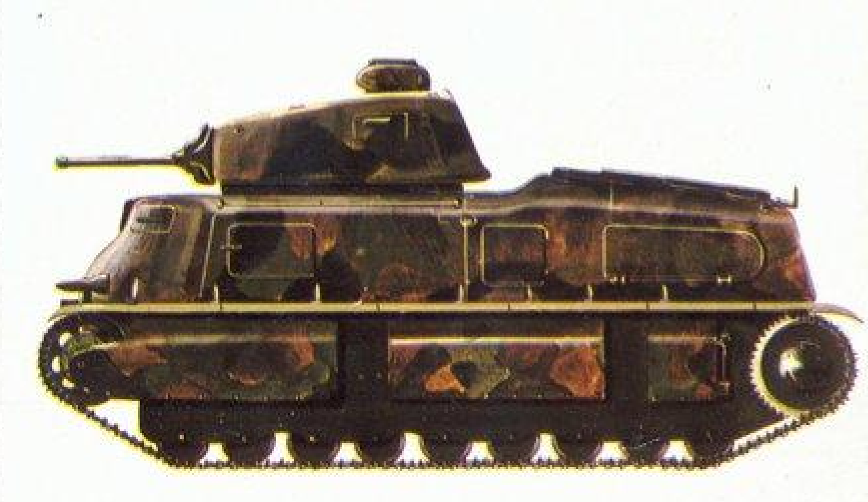


FRANCIA

Carro «H 39» de las divisiones acorazadas de caballería.

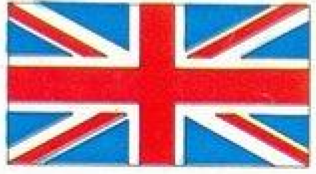


El «S 35», armado con un cañón de 47 mm en la torreta. Era rápido teniendo en cuenta su peso de 20 toneladas.



«Char B», el mejor carro de combate francés. Estaba armado con un cañón de 75 mm en la tronera y otro de 47 mm en la torreta. El espesor de la coraza era casi el doble de la de los alemanes. Pero en el combate encontraba ciertas dificultades por no tener más que un hombre en la torreta.

tilda» (Mark II), también podían competir en fuego con los mayores carros alemanes, lo mismo que el «Char B» francés. No obstante, ningún carro de combate inglés poseía al mismo tiempo la gran velocidad y la notable potencia de choque de los últimos modelos conseguidos por los especialistas alemanes. Particularmente vulnerables eran los carros ligeros británicos.



INGLATERRA

Carro de combate ligero «Mark VI».

Carro de combate de infantería «Mark I» (El «Matilda» era el «Mark II). Dotados de una coraza mejor que la del «Char B», el «Mark I» y «II» tenían un armamento equivalente al de los carros de combate alemanes.

Otro carro de combate ligero, el «A-9».

El rápido carro de combate «A-13» armado con un cañón de dos libras en la torreta y blindado.

John Batchelor

rior en este campo, y además se aseguraron el apoyo de algunos influyentes políticos.

Resultado de todo ello fue que cuando en mayo de 1940 se produjo el choque con los alemanes, sólo unas pocas unidades de carros tenía la suficiente preparación y experiencia para enfrentarse con los problemas teóricos concernientes al nuevo tipo de guerra mecanizada.

El entusiasmo de los alemanes

En Alemania, al principio, los militares tradicionales expresaron las mismas tendencias conservadoras; pero con la llegada de Hitler al poder la atmósfera política se convirtió en la antítesis de la que existía en Inglaterra.

Inmediatamente después de haber anulado las restricciones impuestas por el Tratado de Versalles, Hitler prestó todo su apoyo a los que habían dedicado sus estudios y experiencias a los carros de combate. Estos generales (Guderian, Thoma, Lutz, Brauchitsch, Blomberg y Reichenau) recibieron carta blanca para hacer realidad sus ideas. Tenían imaginación y capacidad intuitiva, una acentuada tendencia a atribuir la más elevada eficacia estratégica y psicológica a los golpes descargados en profundidad, así como entusiasmo y rapidez de decisión: todas las cualidades requeridas por la naturaleza de las operaciones bélicas con fuerzas acorazadas. Reconocían honradamente que mucho de lo que sabían lo habían aprendido estudiando, y a veces copiando lo que en un principio hicieron los ingleses. (Se dice que después de un ejercicio de fuerzas acorazadas realizado antes de la guerra y que resultó un éxito total, Guderian brindó con una copa de champaña a la salud de Hobart). No prestaban mucha atención a los franceses, ni siquiera a De Gaulle, quien por aquel entonces acababa de publicar un breve ensayo sobre *El Ejército del futuro*. En 1936 los alemanes estaban ganando rápidamente terreno, tanto por el número como por la calidad de los medios, mientras que en el campo de la organización y de la aplicación de criterios modernos tenían ya una clara ventaja sobre ingleses y franceses.

Desde el principio concentraron los medios acorazados en divisiones especiales, constituidas por un equilibrado conjunto de contingentes de las diversas armas: carros de combate, artillería, infantería, ingenieros y servicios. Nunca se tomó en consideración la idea francesa e inglesa de disponer de carros de combate «de infantería», ni la doctrina referente a su uso. Los carros, apoyados por su artillería e infantería, actuarían como una fuerza estratégica dirigida contra los puntos más débiles del enemigo, precediendo al grueso de la infantería, más lenta por naturaleza.

Este ejército de carros de combate, que el 9 de mayo contaba con 10 divisiones acorazadas, era ya rico en experiencias. Además de los intensos ejercicios realizados en Alemania en tiempo de paz, los completaron después en la incruenta ocupación de Austria, en 1938, y de Checoslovaquia en 1939. En el curso de los rápidos y largos avances a través de aquellos países, aun sin verse obligados a combatir, los alemanes sacaron valiosas enseñanzas en el campo de la organización. Así, en septiembre de 1939, cuando comenzó la verdadera actividad bélica, todo el aparato organizador funcionó magníficamente, y las divisiones acorazadas derrotaron al anticuado Ejército polaco en pocos días, demostrando que la *calidad* de las fuerzas mecanizadas y bien especializadas podía dar cuenta fácilmente de la *cantidad* de los grandes ejércitos tradicionales de reclutas. La campaña de Polonia confirmó lo que se sabía desde hacía tiempo: con su pesado fuego de apoyo, el arma aérea, actuando en estrecha colaboración con los carros de combate, constituía un complemento eficaz para las unidades que operaban en profundidad en territorio enemigo.

En efecto, la aviación vino a sustituir a la artillería pesada.

Orquesta sin partitura

La situación de las fuerzas acorazadas adversarias, el día 9 de mayo de 1940, puede resumirse así: los franceses, inmersos aún en una técnica de veinte años atrás y con un elemento humano sin experiencia alguna en cuanto a las modernas condiciones del combate, cooperaban con fuerzas inglesas cuyas técnicas, si bien estaban bastante más modernizadas, no las sabían poner en práctica de una manera adecuada. En realidad, fue precisamente esta falta de experiencia lo que repercutió negativamente en la capacidad combativa de los Aliados. Sus unidades acorazadas, tanto por motivos de política y doctrina como por falta de carros, no tuvieron la posibilidad de ejercitarse. Tampoco existía una estrecha cooperación con la aviación en la zona inmediatamente a vanguardia del frente. En una palabra, se trataba de una orquesta sin partitura.

Al limitado empleo que hacían de sus carros de combate se unió la incapacidad de los mandos aliados de prever los ataques alemanes y adoptar medidas estratégicas adecuadas para neutralizarlos. A pesar de las advertencias de unos pocos, los más estaban sinceramente convencidos de que ciertos terrenos eran, por naturaleza, prohibitivos a los carros y que otros podían llegar a serlo mediante obstrucciones de cemento y acero. Se creía que las fuerzas mecanizadas no lograrían atravesar los estrechos pasos, los bosques y los valles de las Ardenas; que la línea Maginot sería impenetrable y que su prolongación a lo largo de la frontera belga, el recurso de las inundaciones y la existencia de vastas zonas de centros urbanos constituían grandes obstáculos para la acción de los carros de combate.

Por ello, los Aliados no habían preparado un plan detallado para un contraataque de carros en aquellas zonas por ellos calificadas como prohibitivas. Los mejores y más móviles contingentes acorazados del Ejército francés estaban desplegados de una manera que no permitiría lanzar una contraofensiva súbita y violenta, aunque su doctrina estratégica hubiese previsto este tipo de maniobra. Como ya hemos visto, no existía ninguna doctrina en este sentido, y la previsible –más aún, probable– consecuencia de todo ello sería que las divisiones mecanizadas ligeras y las nuevas divisiones de carros podrían lanzarse contra unidades enemigas superiores de un modo fragmentario (llegando por tanto a encontrarse en inferioridad numérica).

A sus adversarios, los alemanes, no les faltaban conocimientos teóricos, equipo, instrucción y experiencia. Eran maestros en aquella nueva técnica de guerra que llevaba al campo de batalla la rapidez y la movilidad. Combinando movilidad, potencia y sorpresa, estaban en situación de dar a sus acciones ofensivas un ímpetu totalmente nuevo. La fuerza de choque de las divisiones acorazadas alemanas ni siquiera podía compararse a aquella otra basada en el empleo de la caballería e infantería, a la que todavía seguían fieles los Aliados: con la amplia y extraordinaria eficacia de los nuevos sistemas, los alemanes habían introducido en la estrategia bélica una nueva dimensión.

Tipos de carros de combate

Y, sin embargo, el balance cuantitativo de las fuerzas era favorable a los Aliados: tenían más carros de combate y, en muchos casos, hasta eran superiores técnicamente a los alemanes. En sus diez divisiones acorazadas los alemanes solamente tenían 627 buenos carros, del tipo denominado *Mark III* y *IV*, dotados, respectivamente, de cañones de 37 y 75 mm y protegidos por una coraza cuyo espesor no superaba los 30 mm. Los restantes 2060 carros tenían corazas muy débiles y cañón de 30 mm, aunque 381 de ellos eran los excelentes *T-38* ligeros, checoslovacos, con un cañón de 37 mm.

Además de los 2687 carros de combate encuadrados en las divisiones acorazadas, los alemanes disponían de otros 800 de reserva, casi todos ligeros.

Contra este despliegue, los franceses podían oponer unos 3000, de los cuales 500 figuraban en unidades en fase de creación, y cierto número de carros más viejos de reserva. De los 3000 carros, 1292 estaban encuadrados en las divisiones mecanizadas ligeras y en las nuevas divisiones acorazadas; los restantes se hallaban repartidos entre las unidades de infantería. A este número hay que añadir los elementos ingleses: el 9 de mayo había en Francia 210 carros ligeros en los regimientos acorazados ligeros y 100 carros «I» en la primera brigada de carros del Ejército. Otros 174 carros ligeros y 156 nuevos carros rápidos, pertenecientes a la división acorazada, estaban dispuestos para atravesar el canal de la Mancha en cuanto se iniciasen los combates. Si hubieran querido, los Aliados habrían podido oponer nada menos que 3600 carros a los 3000 alemanes.

En conjunto, la calidad de los carros de combate que poseían ambas partes era aproximadamente la misma. El mejor carro francés, el *Char B*, disponía de un excelente cañón de 47 mm, montado en una torreta (con un sector de tiro de 360°), y otro de 75 mm en la tronera (con sector de tiro limitado). También el *Somua*, de 20 toneladas, tenía un cañón de 47 mm y además era bastante veloz. El espesor de la coraza de estos carros oscilaba entre 40 y 60 mm, mientras que la de los alemanes no pasaba de los 30 mm. Había 800 carros de este nuevo tipo, pero incluso los que eran más viejos podían competir perfectamente con los carros ligeros alemanes. Los 384 carros ligeros ingleses se habrían visto, sin duda alguna, en graves dificultades en un encuentro frontal, ya que sus proyectiles no podían perforar las corazas alemanas; no obstante, gracias a su velocidad y a sus reducidas dimensiones, eran muy aptos para misiones de exploración. Los 100 carros de dotación a la infantería, 23 de los cuales eran del nuevo tipo *Matilda*, estaban protegidos por una coraza de gran espesor (hasta los 70 mm), y, por lo tanto, eran prácticamente invulnerables a los cañones de los carros alemanes. Además, el cañón de 37 mm, montado sobre los carros rápidos con protección ligera de la división acorazada y sobre los *Matilda*, era un arma cuyos proyectiles podían perforar la coraza de cualquier vehículo acorazado alemán.

Pero mientras los carros ingleses y alemanes habían sido proyectados (con una sola excepción) con torretas con capacidad suficiente para dos o tres hombres, en la torreta de los franceses sólo cabía uno, el cual tenía que desempeñar al mismo tiempo las misiones de jefe de carro, cargador y apuntador y, a veces, hasta mandar una unidad táctica de carros. La única excepción inglesa era el *Mark I*, de dotación a la infantería, que presentaba dificilísimos problemas de eficiencia en combate y de mando.

Este detalle técnico permitía que las tripulaciones alemanas, y casi todas las inglesas, pudiesen constituir, dentro de la organización general de las fuerzas acorazadas a las que pertenecían, verdaderas escuadras de combate. Asimismo ofreció también a los alemanes una notable ventaja en lo referente a los encuentros directos con las unidades francesas, compensando la circunstancia de que la mayoría de sus carros eran vulnerables a los cañones de los carros enemigos, mientras que sus proyectiles no podían perforar la coraza de gran parte de los carros acorazados aliados.

El mando

La importancia del mando y de la dirección de las tropas se hace más evidente al soldado en cuyo ambiente militar se estima necesario que los generales permanezcan en primera línea, en estrecho contacto o a distancias medias con los carros de combate más avanzados. Los alemanes aplicaban este método mucho más que los Alia-



Un carro del tipo «panzer» rodeado de soldados de infantería, cuyo avance ha protegido, en un pueblo de las cercanias de Maastricht, durante la ocupación de Holanda.

(Archivo Rizzoli)

dos. Los franceses, siguiendo los esquemas de 1918, mantenían sus puestos de mando en las posiciones retrasadas y no contaban con un sistema de enlace adecuado. Este hecho, unido a la separación existente entre el jefe de carro y el resto de la tripulación, no podía dejar de influir negativamente en la moral de las unidades francesas (hecho confirmado con numerosas pruebas obtenidas por carristas ingleses que más tarde, en el curso de la guerra, tuvieron ocasión de operar con los franceses). Los ingleses afirmaban que, cuando se encontraban frente a carros alemanes, los franceses eran tan cautos que llegaban a quedar casi paralizados, con un exagerado temor hacia el enemigo debido a las duras lecciones que los franceses sufrieron en los primeros encuentros. Si bien el 9 de mayo ambos contendientes estaban igualados respecto a la moral de las fuerzas, una semana después los defectos que se cubrieron en el sistema de organización y de mando, así como en los procedimientos tácticos de los aliados, hicieron que el platillo de la balanza se inclinase a favor de los alemanes.

La aplastante superioridad alemana con relación a los Aliados era la lógica consecuencia de su firme intención de aprovechar unidades interarmas, bien coordinadas y potentes, lanzándolas a la batalla en los puntos críticos y poniendo al frente de ellas a hombres dotados de inteligencia y decisión, entusiastas de lo que hacían. Hombres de la talla y el talento de Guderian y Reinhardt mandaban sus Cuerpos de Ejército acorazados (y Rommel una de las divisiones) permaneciendo en primera línea. Por parte de los Aliados, ninguno de los generales de 1940 tenía suficiente conocimiento del nuevo tipo de guerra, y con una falta de visión absoluta, a los hombres que más habían estudiado los nuevos problemas se los había destinado a cargos en los cuales se despreciaba totalmente su capacidad. Así, Martel mandaba una división de infantería; a Broad, Pile y Lindsay se les había confiado (deliberadamente, dicen algunos) misiones que no tenían relación alguna con las fuerzas acorazadas; Hobart incluso había sido eliminado del servicio activo, aunque luego lo admitieron de nuevo. De Gaulle estaba todavía reuniendo una división de carros de combate flamante, pero sin experiencia.

Admitamos además que con hombres como éstos era difícil convivir. Habían adoptado el sistema de hablar claramente frente a una tradición militar ya superada; habían comprendido también que era absolutamente necesario abandonar cuanto antes esta regla ya caduca, cualesquiera que fuesen las repercusiones inmediatas en el terreno personal, y que todo esto era válido para todos los ejércitos. Los más débiles cedieron frente a los «intereses militares constituidos»; y quienes, como Hobart, tuvieron el coraje de enfrentarse a ellos con decisión, pero sin que les favoreciera la suerte, fueron alejados. Los que fueron más afortunados y pudieron hacer acto de presencia en el campo de batalla, combatieron y vencieron a la cabeza de sus unidades acorazadas.

En 1940 la moral y la suerte estaban de parte de los alemanes; por esto triunfaron. Casi ninguno de los mandos de las fuerzas acorazadas francesas estaba a la altura de su misión; y los ingleses, encontrándose en condiciones de absoluta inferioridad numérica, no estuvieron en situación de aportar una contribución decisiva.

Recurriendo a una imagen medieval, podríamos describir ambos contendientes del siguiente modo: el día 9 de mayo de 1940, en un extremo de la palestra se encontraba el viejo rey, muy experto, pero tal vez un poco reblandecido ya por los años y por la alegre vida de la corte, montando un poderoso caballo de batalla, protegido por una armadura muy gruesa y pesada, por un escudo de una robustez nunca conocida y blandiendo una pesada hacha de guerra. En el extremo opuesto, se hallaba un joven audaz y agresivo con una coraza menos pesada y montado en un corcel más ligero y, por lo tanto, más fácil de guiar; este joven guerrero basaba todas sus esperanzas de victoria en su agilidad y en su lanza, cuya punta había sido templada y aguzada por un procedimiento totalmente nuevo. Pero si esta lanza no conseguía eludir el escudo de su adversario y perforar rápidamente su coraza –o, peor aún, si la lanza se rompía en el choque–, el belicoso joven sucumbiría fatalmente bajo el peso y la fuerza de su contrincante. Hitler se lo jugaba todo a una sola carta: una rápida victoria obtenida por los 200.000 jóvenes, bien dispuestos y muy bien adiestrados, de sus fuerzas acorazadas y motorizadas.

Numéricamente, como ya se ha dicho, los Aliados eran superiores a los alemanes; por la calidad de sus equipos militares, eran aproximadamente iguales; pero en su utilización estratégica y táctica eran totalmente inferiores.

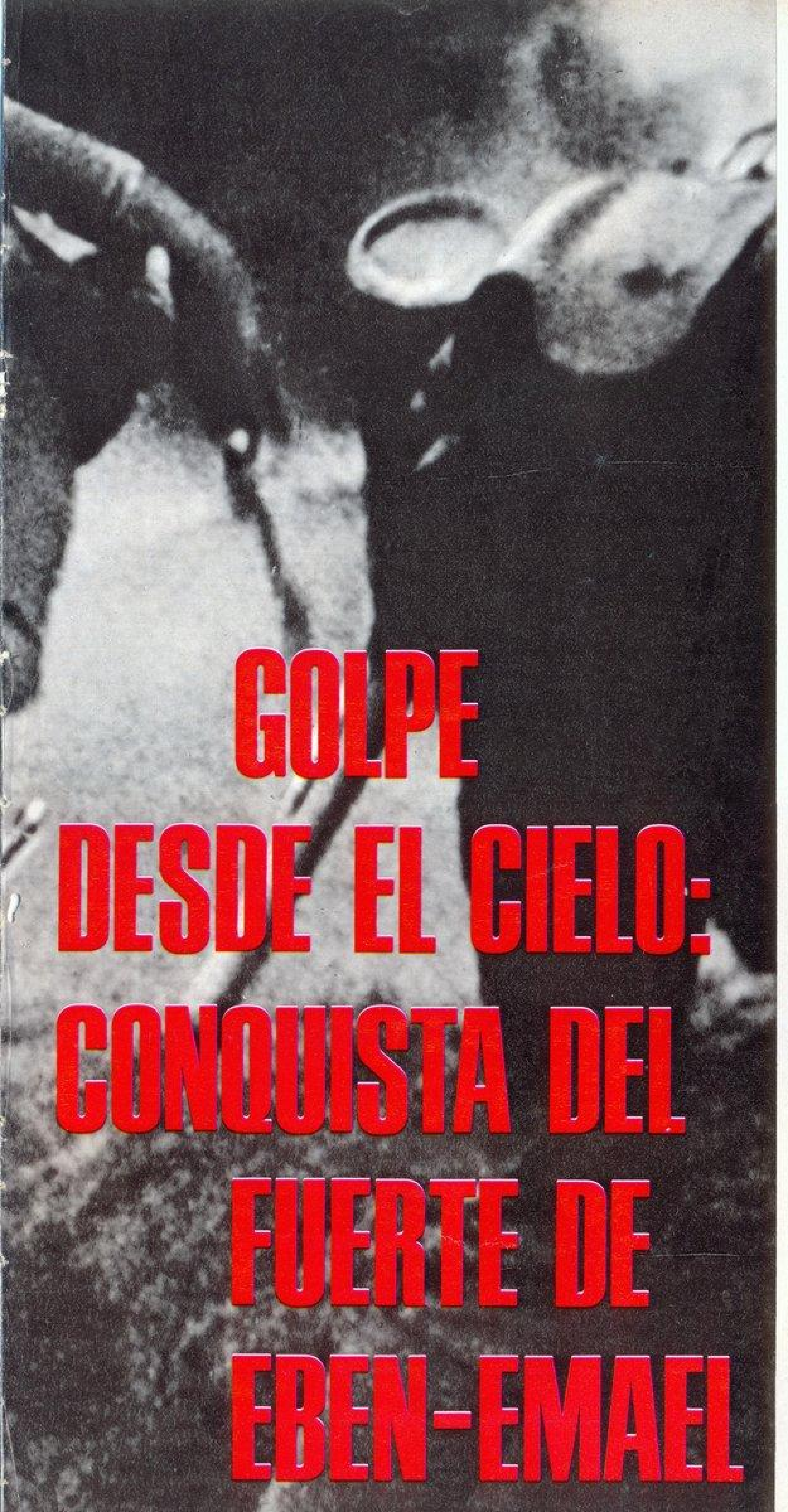
K. J. MACKSEY, COMANDANTE

Fue comandante en el Regimiento Real de carros y prestó servicio en el cuerpo acorazado desde que entró a formar parte del Ejército, en 1941. Tomó parte en la campaña de Europa en 1944 y 1945, y después sirvió en la India y Extremo Oriente. Además de diversos estudios sobre temas militares, ha publicado dos libros: una breve historia del Regimiento Real de Carros, *To the Green Fields Beyond*, y la historia del Ejército inglés en Arras, *The Shadow of Vimy Ridge*, que trata, entre otras cosas, de la batalla entre fuerzas acorazadas que tuvo lugar en Arras en 1940. Macksey está condecorado con la *Military Cross*.



Bélgica 10 de mayo de 1940

En las primeras horas del 10 de mayo de 1940 Alemania invadió los Países Bajos. Uno de los primeros y decisivos éxitos de la *Wehrmacht* fue la conquista del fuerte de Eben-Emael, considerado como la obra fortificada más poderosa del mundo. Nadie habría podido sospechar que para la conquista de este fuerte se emplearían planeadores, aunque eran bien conocidas las posibilidades de las tropas aerotransportadas y de los paracaidistas. Habría sido prudente, y en realidad, bastante sencillo, colocar obstáculos en las partes más elevadas del fuerte para impedir o prevenir este tipo de aterrizaje. Se cursaron órdenes en tal sentido, pero cuando el enemigo atacó todavía no se habían llevado a cabo. La historia de este brillante éxito alemán nos la cuenta el mismo hombre que mandaba el contingente aerotransportado que lo consiguió.



GOLPE DESDE EL CIELO: CONQUISTA DEL FUERTE DE EBEN-EMAEL

Rudolf Witzig

Como fortificación más septentrional de Lieja, Eben-Emael se encontraba en una situación excepcional: dominaba el canal Alberto, las carreteras que conducían a Occidente desde Maastricht y, sobre todo, los dos altos puentes de vital importancia que atravesaban el canal en Vroenhoven y Weltwezelt.

Las obras de defensa, que se extendían a lo largo de unos 700 metros de Este a Oeste y 900 metros de Norte a Sur, estaban constituidas por un impenetrable conjunto de posiciones artilleras y de infantería, emplazadas de modo que pudieran apoyarse entre sí y con una defensa exterior cuidadosamente construida en todo su perímetro. A lo largo del lado nororiental, una abrupta escarpa de 40 metros sobre el canal garantizaba la seguridad más absoluta. En la parte noroccidental se habían elevado las aguas del río Jeker a su nivel máximo mediante obras de ingeniería, a las que, para mayor seguridad, se les había añadido una trinchera elevada. Al oeste y al sur, donde el terreno circundante estaba casi al mismo nivel de las fortificaciones, éstas se habían protegido con amplias zanjas y con muros de 4 metros de altura como mínimo.

En 1940 la posibilidad de una rápida ruptura del frente por el Ejército alemán, entre Roermond y Lieja, dependía del hecho de poder neutralizar rápidamente estas defensas fronterizas. Por esta razón era imprescindible apoderarse de los puentes sobre el canal Alberto antes de que sufrieran daños, y poner fuera de combate a Eben-Emael. Teniendo en cuenta los preparativos del Ejército belga, no sería posible conseguir ninguno de estos objetivos empleando sistemas de guerra ortodoxos, ni siquiera recurriendo a las tropas paracaidistas. Por lo tanto, el mando alemán decidió utilizar planeadores de transporte, capaces de acercarse a las posiciones enemigas de un modo silencioso e invisible, a la media luz del alba; y como hasta entonces no se habían empleado nunca en tan amplia escala como medio de combate, tendrían a su favor el importante «factor sorpresa».

Pero para que este factor sorpresa fuera efectivo era indispensable que los planeadores aterrizaran en el mismo instante en que el Ejército alemán comenzara a cruzar la frontera. Por lo tanto, el Ejército debía establecer el momento de su ataque adaptándose a nuestras exigencias, y sólo después de mucho insistir consintió en dar la prioridad a un medio tan poco conocido y hasta entonces nunca experimentado.

Ante todo, existía el peligro de que la misión fracasara si los atacantes experimentaban grandes pérdidas durante el despegue, el vuelo, el aterrizaje y, sobre todo, durante el período crítico en el que las tropas aerotransportadas se encontrasen dentro del alcance de las armas de la infantería enemiga. No obstante, este período crítico podía reducirse empleando frenos aerodinámicos y paracaídas de frenaje. Además, con planeadores que poseían un ángulo de plano mínimo de 1:12, soltándose a una cota de 2000 metros y a una distancia de 24 km del objetivo, un piloto experto

podía aterrizar dentro de un radio de 20 m de un punto preestablecido.

La misión de expugnar Eben-Emael y ocupar los puentes del canal Alberto se encomendó al destacamento de tropas de asalto «Koch», formada en Hildesheim en noviembre de 1939 bajo las órdenes del capitán Koch. La unidad estaba constituida por la 1.ª compañía del 1.er regimiento de paracaidistas, el destacamento de zapadores paracaidistas de la División Aerotransportada 7 (en esa época, la única división alemana de paracaidistas), la unidad de planeadores de transporte, un destacamento de balizaje y reflectores y una pequeña unidad del campo de aviación. A estos contingentes se añadía una unidad de *Ju 52* destinada a efectuar el arrastre. La misión de la compañía de paracaidistas era apoderarse de los puentes de Vroenhoven, de Weltwzelt y de Canne. El ataque a la fortaleza de Eben-Emael se encomendó al destacamento de zapadores de asalto que estaba a mis órdenes.

Operación secretísima

Durante seis meses se había concedido a esta operación una prioridad absoluta. El secreto era cuestión vital, puesto que nuestro éxito –más aún, nuestra supervivencia– dependía del hecho de sorprender al enemigo. A todos se nos informó de ello y a veces tuvimos que someternos a especiales y drásticas medidas: nuestro adiestramiento, los detalles del equipo, los procedimientos tácticos y el objetivo tenían que mantenerse en un secreto absoluto; algunos no supieron el nombre de la fortaleza hasta después de haberla tomado. No se nos concedió licencia alguna, y se nos prohibió entrar en contacto con individuos de otras unidades. El destacamento cambió continuamente de localidad, bajo diversos nombres supuestos, y se suprimieron todos los distintivos de paracaidista y los uniformes. Hasta las prácticas con los planeadores, en la zona de Hildesheim, se realizaron a escala muy reducida; los planeadores se desmontaron después, se transportaron a Colonia y se montaron de nuevo en hangares rodeados de alambradas y vigilados por nuestros hombres.

Asignaron a nuestra misión 11 planeadores, y a continuación, cuando el plan llegó a una fase de elaboración más avanzada, fue necesario subdividir el destacamento en 11 pelotones de 7-8 hombres cada uno. Cada pelotón tenía que apoderarse de dos plataformas de artillería o de dos casamatas y estar preparado, además, para sustituir a cualquier otro que hubiese quedado fuera de combate.

El día X se aplazó varias veces, pero esto no influyó en nuestra moral, ya que todo el tiempo lo empleábamos en aprender y experimentar nuevos procedimientos técnicos. Además de los lanzallamas y de las escalas de asalto desmontables, que nosotros mismos habíamos preparado, el equipo incluía 2,5 toneladas de explosivo: se trataba especialmente de cargas huecas que se usarían por vez primera en Eben-Emael para hacer saltar los «bunkers». Asimismo los hombres del destacamento de asalto tenían en dotación las siguientes armas: seis fusiles ametralladores, fusiles automáticos, granadas de mano, pistolas, granadas fumígenas, útiles de trabajo y una radio. Un último hallazgo, que indica lo cuidadosamente que se había preparado aquella operación, fue el de lanzar en paracaídas, detrás del canal Alberto, numerosos muñecos vestidos de uniforme. Y, como se había previsto, esto creó gran confusión en los mandos belgas.

Alarma-despegue-ataque

Después de seis meses de reclusión nos pareció una liberación escuchar la señal de alarma en las primeras horas de la tarde del 9 de mayo. De acuerdo con lo previsto, el destacamento de asalto «Koch» se reunió en los aeródromos de Colonia-Ostheim y de Colonia-Butzweilerhof, y cuando cayó la noche, los aviones encargados de efectuar el remolque de los planeadores salieron a la pista, se engancharon estos últimos y cada uno de nosotros ocupó su puesto. El despegue se realizó a las 4,30 horas; el momento se había elegido con toda precisión para que nuestros cuatro grupos de asalto aterrizaran simultáneamente, a las 5,25 en los puentes, y en Eben-Emael cinco minutos antes de que el Ejército cruzara la frontera. Los planeadores despegaron en la oscuridad más absoluta e iniciaron su viaje nocturno, una empresa realmente extraordinadia.

Entre una ligera neblina, a través de la cual apenas se podían divisar los contornos de las fortificaciones, nueve planeadores aterrizaron en el fuerte de Eben-Emael (dos, incluido el mío, se habían perdido durante el vuelo). Cuando se acercaban entraron en acción las ametralladoras antiaéreas, pero en cuanto tomaron tierra nuestros pelotones se lanzaron al ataque al mando del segundo jefe, que sustituyó temporalmente al comandante del destacamento.

Todos los hombres habían sido perfectamente adiestrados para la consecución de sus misiones específicas y para la realización de las órdenes, que, dada la exigüidad numérica del destacamento (85 hombres, incluidos los pilotos), era necesario ejecutar del modo más escrupuloso. Después de un estudio preventivo de la acción, basado en fotografías aéreas y en un mapa en relieve de la zona realizado a escala, habíamos llegado a la conclusión de que nuestro ataque inicial debía limitarse a las instalaciones centrales. Primero, era preciso destruir todas las armas de infantería y las ametralladoras antiaéreas que se hallasen al descubierto; después las piezas de artillería, sobre todo las que estaban orientadas en dirección norte. La rapidez era de una importancia vital, por cuanto todo lo que no consiguiésemos hacer en


Hitler pasa revista a paracaidistas después de la acción de Eben-Emael.

Camiones y carros de combate alemanes junto al fuerte Eben-Emael. La fortaleza fue conquistada por una pequeña unidad de zapadores paracaidistas, cuyos efectivos eran de noventa hombres. *(Archivo Rizzoli)*

los primeros sesenta minutos sería después imposible por la creciente eficacia de la defensa enemiga.

Lo primero que se capturó fue la posición antiaérea número 1. Los ocupantes de la casamata 2 opusieron cierta resistencia, pero en seguida se los redujo al silencio; en los primeros diez minutos nuestros pelotones atacaron con éxito absoluto nueve obras ocupadas y defendidas (3,4,5,6, 7,8,9,10,11), si bien la 7 comenzó más tarde a hacer fuego desde la cúpula enterrada. Se colocaron cargas en siete de las cúpulas acorazadas, cinco de las cuales estallaron con éxito total; se destruyeron nueve cañones de 75 mm en tres casamatas, mientras en la obra 8 (una cúpula acorazada aplanada de seis metros de diámetro, cuya coraza resistió una potente carga hueca de 50 kg) se inutilizaron por completo dos cañones gemelos de 120 mm.

Como ya mencioné, mi pelotón fue uno de los dos que se perdieron durante el vuelo: nuestro cable de remolque se rompió precisamente al sur de Colonia, por lo que nos vimos obligados a aterrizar en un campo. Habiendo solicitado el envío de un avión de remolque de reserva, nos apresuramos a preparar el terreno derribando algunas hileras de sauces, pero difícilmente nos habrían aerotransportado de nuevo si no hubiera acudido el casi indestructible *JU-52* a sacarnos de aquel atolladero.

Sólo tres horas más tarde pude llegar al fuerte de Eben-Emael.

En el subsuelo

Nuestra misión final en Eben-Emael era la de irrumpir en los accesos fortificados y efectuar el ataque en la parte subterránea del fuerte, manteniéndose en las posiciones conquistadas hasta la llegada de refuerzos. Tras unas horas de ligeros combates conseguimos localizar los accesos y penetrar en las organizaciones ya capturadas; pero entonces la artillería belga comenzó a batir nuestras posiciones, mientras la infantería lanzaba contra nosotros repetidos ataques. Así, pues, nos vimos obligados a defendernos en este sector y limitarnos a conservar aquella parte del fuerte. Más tarde supimos que no se trataba de un contraataque, sino tan sólo de acciones de reconocimiento.

Durante la tarde y por la noche hicimos explotar grandes cargas (hasta de 100 kg) en el fondo de los pozos de salida, bajo las instalaciones 3, 4 y 6. Cada pozo tenía unos 40 metros de profundidad y estaba defendido por obstáculos formados por carriles y sacos terreros; las explosiones resultaban muy aparatosas en aquellas estrechas galerías.

Mientras tanto, las unidades de asalto aterrizadas en Vroenhoven y Veltwezelt cumplieron con éxito su misión: se apoderaron de los puentes intactos y, con la ayuda de ametralladoras, los defendieron eficazmente.

Pero en Canne, los belgas habían conseguido volar el puente. En esta zona nuestros paracaidistas se vieron obligados a sostener duros combates durante todo el día, lo que impidió atravesar el canal a un batallón de zapadores que se había enviado en nuestra ayuda. Los intentos de atravesarlo en botes de goma eran prácticamente irrealizables a causa del fuego de la posición artillera 15, situada junto al canal. Después de muchos esfuerzos conseguimos neutralizar parcialmente esta posición, colocando cargas explosivas a fin de bloquear, con humo y tierra, las troneras de la cúpula de observación.

A las 7 del día 11 de mayo, un pelotón avanzado de zapadores, al mando del sargento Portsteffen, después de cruzar en un bote de goma el canal frente a la posición artillera 14, llegó finalmente al fuerte. En seguida aquellos hombres silenciaron la citada posición que nosotros habíamos intentado volar dos veces el 10 de mayo; así el camino quedaba libre y todo el batallón de zapadores pudo entrar en el fuerte. A mediodía, otras tropas consiguieron trepar por la escarpa occidental, y las últimas posiciones belgas (7, 15 y 16) dejaron de hacer fuego. La guarnición había capitulado.

Según fuentes belgas, en el momento del ataque al fuerte sólo se encontraban 750 de los 1200 hombres que constituían su guarnición; al parecer, el 15 % estaba de permiso y los restantes acantonados en los pueblos vecinos. Muchos llegaron más tarde.

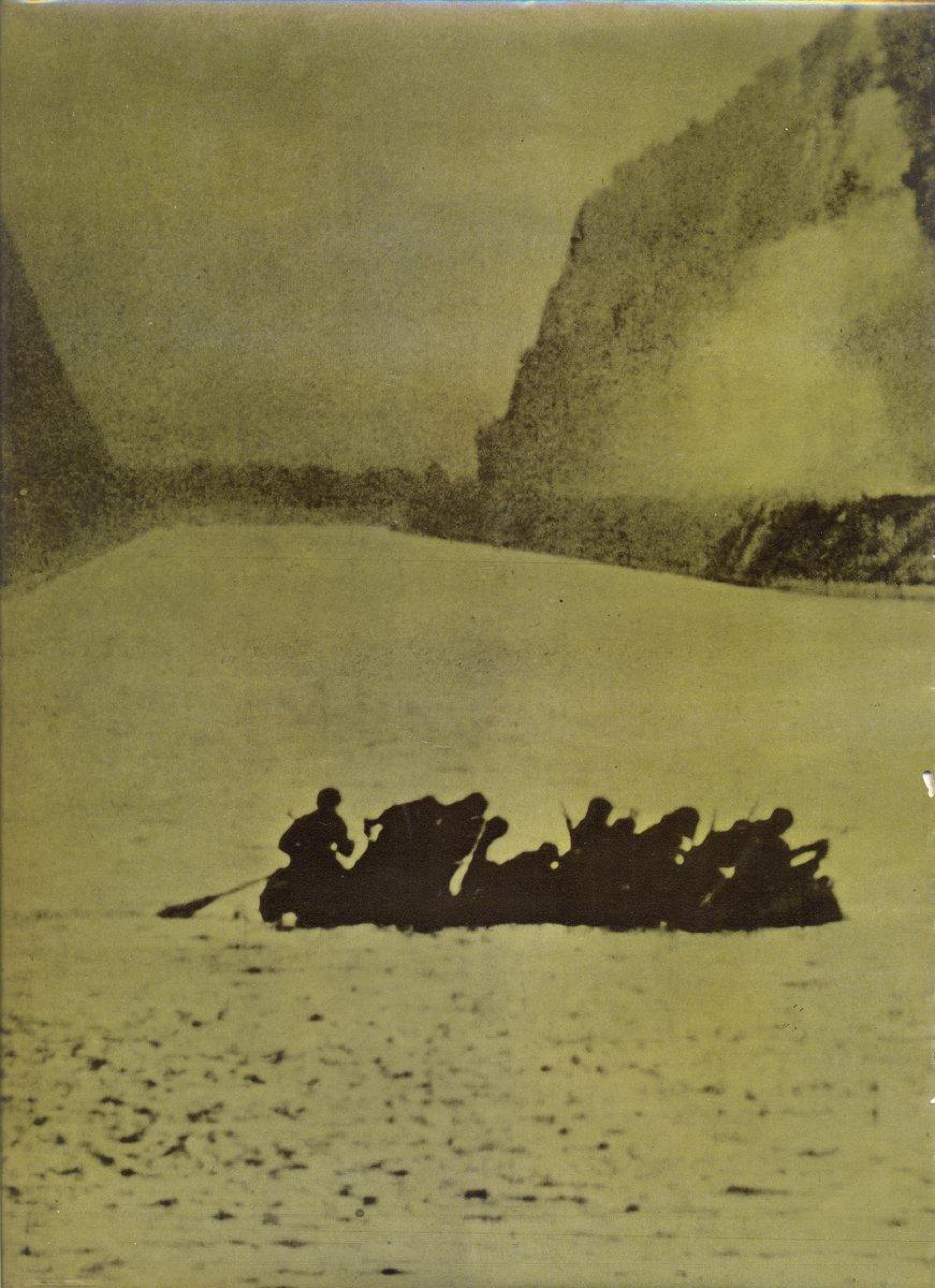
Los belgas tuvieron 23 muertos y 59 heridos, en tanto que de los 85 zapadores alemanes que entraron en acción el 10 de mayo, 6 resultaron muertos y 15 heridos, sin contar las heridas recibidas por algunos de nosotros en el momento del aterrizaje.

En la historia militar, el asalto de Eben-Emael fue el primer ataque de zapadores de asalto realizado desde el aire. Su éxito se debió a la eficacia y entusiasmo de estos soldados paracaidistas, a las nuevas armas y los nuevos sistemas de transporte empleados, a la minuciosa preparación, a la participación de la *Luftwaffe* y a una organización de mando sencilla y funcional.

CORONEL RUDOLF WITZIG

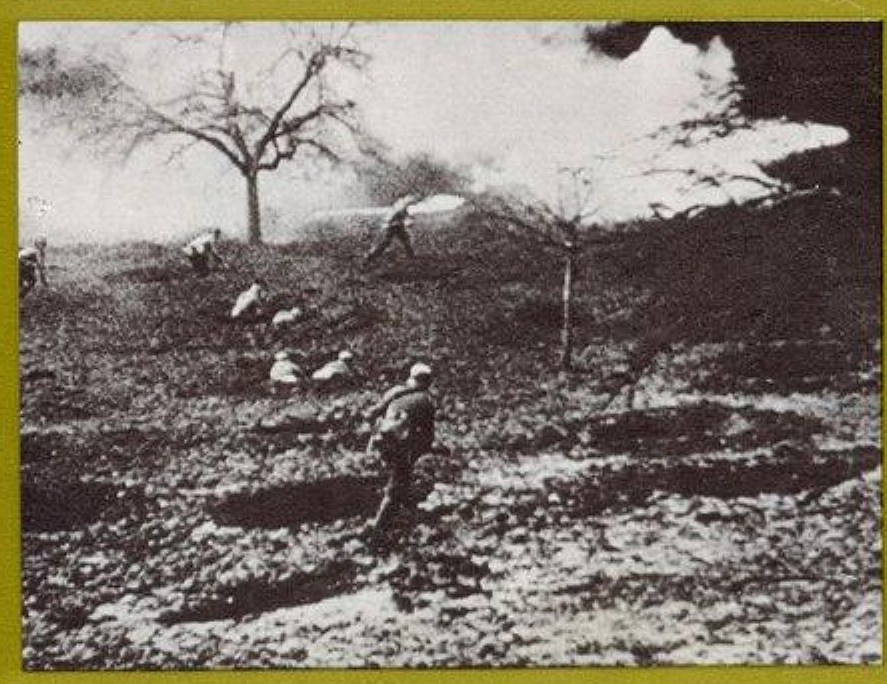


Nacido en Westfalia en 1916, entró en la *Wehrmacht*, como oficial de carrera, en 1935. En 1939 tomó parte en el ataque al fuerte de Eben-Emael. En 1942 fue ascendido a comandante de paracaidistas. En 1956 estudió ingeniería civil y en 1956 entró en la nueva *Bundeswehr* con el grado de teniente coronel. El coronel Witzig dirige ahora la *Pionierschule* (Escuela de Zapadores).



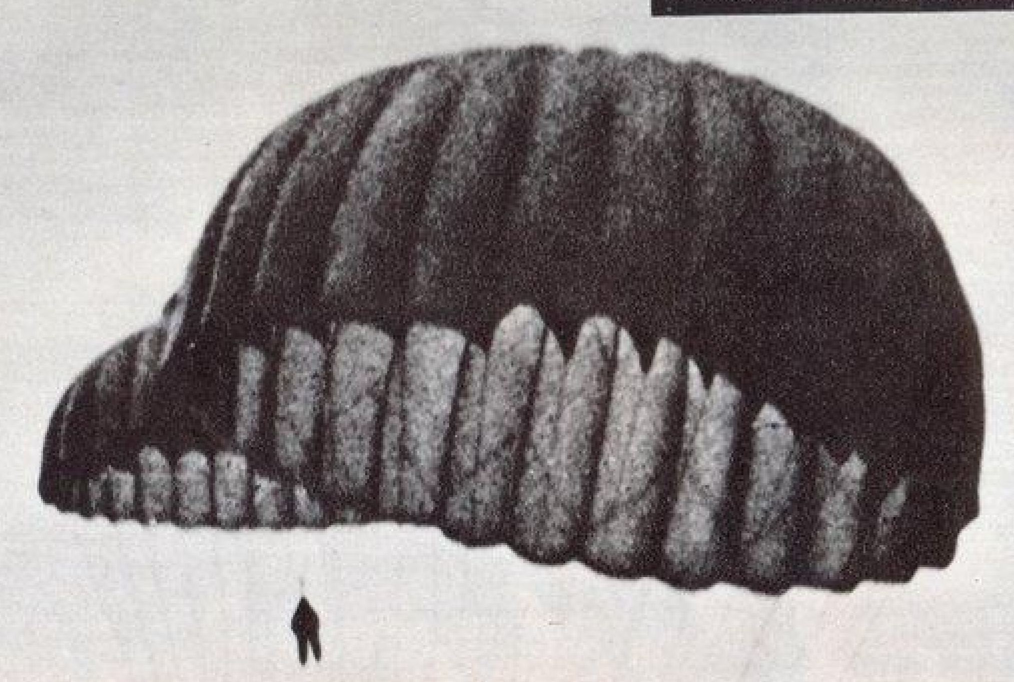
La expugnación del fuerte de Eben-Emael: el asalto a la fortaleza se encomendó a un destacamento de zapadores, todos voluntarios. Los pelotones atacaron rápidamente en cuanto llegaron a tierra. Su objetivo era destruir primero las armas de la infantería y las ametralladoras que se hallasen al descubierto, y después las piezas de artillería. La rapidez era de una importancia vital.







Holanda, 10-14 de mayo de 1940



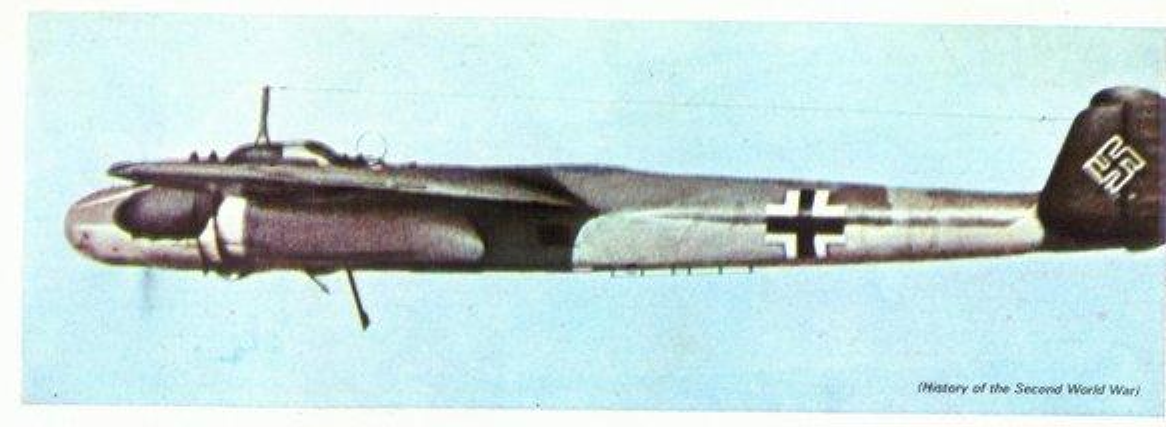


ATAQUE DESDE EL CIELO CONTRA HOLANDA

(History of the Second World War)

F. C. van Oosten, capitán de corbeta

Para los holandeses todo se resolvió en seis días, sobre todo porque Holanda fue el primer país de la historia que experimentó un «ataque tridimensional». Nunca hasta entonces se vieron obligadas las tropas de tierra a vigilar por todas partes: al frente, detrás y en lo alto.



(History of the Second World War)

Los «Dornier», los llamados «lápices voladores», habían sido puestos a prueba durante la guerra civil española. Pocos años después se emplearon para destruir Rotterdam.

El 9 de mayo se comprendió al fin que Alemania intentaba violar la neutralidad holandesa: algunos funcionarios alemanes dieron a entender al agregado militar holandés en Berlín que el 10 de mayo el Ejército alemán pasaría la frontera. Gracias a este aviso, el comandante en jefe de las tropas holandesas, general Winkelman, tuvo tiempo para enviar a todas las tropas un mensaje en el que las exhortaba a estar, desde aquel momento, más vigilantes que nunca. A partir de las 3 del día 10 de mayo la Marina, el Ejército y la Aviación estuvieron perfectamente dispuestos a toda eventualidad.

Casi inmediatamente llegó la noticia de que los primeros contingentes alemanes habían entrado en los Países Bajos. Se lanzaron paracaidistas en diversos puntos de la zona occidental del país: cerca de los puentes de Moerdijk, junto a Dordrecht, en el aeropuerto Waalhaven de Rotterdam, o en sus inmediatas cercanías, y alrededor de La Haya. A las 4 fueron bombardeados los puentes de Moerdijk e inmediatamente después tomó tierra un batallón de paracaidistas, dos compañías al sur y otras dos al norte de dichos puentes. Después de duros encuentros, los alemanes consiguieron apoderarse de todos ellos, todavía intactos.

Casi al mismo tiempo, otro batallón de paracaidistas fue lanzado en torno a Dordrecht. También allí se trabó un enconado combate, pero a mediodía el puente de Dordrecht estaba en manos de los alemanes.

Si no hubiera sido por unas extrañas decisiones del comandante de la guarnición, que provocaron una grave situación de caos y de confusión, se habría podido defender este puente durante más tiempo.

Los aviones alemanes comenzaron a bombardear Waalhaven a las 3,55 y una hora después saltó sobre el aeropuerto, y un poco más al este, un batallón de paracaidistas.

A pesar de la enérgica resistencia de las tropas holandesas, Waalhaven cayó muy pronto en manos de los atacantes.

Cincuenta paracaidistas alemanes saltaron además sobre Rotterdam, precisamente en Feyenoord (en la parte sur de la ciudad). Con la máxima rapidez se dirigieron hacia los puentes del Mosa, el último obstáculo para la entrada de las tropas del Ejército 18, que avanzaba por el Sur. Poco después, doce hidroaviones *Heinkel* amararon en el río, aguas arriba y aguas abajo de los puentes: de ellos salieron 150 hombres que ocuparon las orillas septentrional y meridional correspondientes a las cabeceras de los puentes.

De este modo los alemanes se apoderaron de algunos puntos de paso obligados, importantes para el movimiento de sus tropas, hacia el corazón de los Países Bajos. Transcurrió bastante tiempo antes de que los holandeses tomasen las contramedidas necesarias. Y cuando finalmente lo hicieron, los puentes del Mosa fueron teatro de duros encuentros, en el curso de los cuales los *marines* holandeses se batieron con tanto heroísmo que merecieron el sobrenombre de «diablos negros».

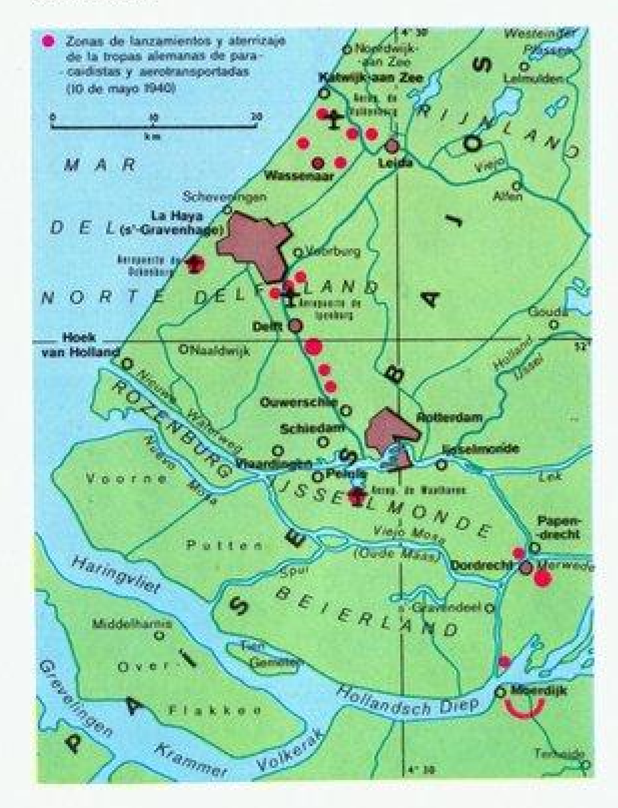
También la Marina desempeñó un papel importante en el intento de reconquistar los puentes. El buque *Z-5* recibió la orden de mantener bajo su fuego los puentes del Mosa, mientras que dos dragaminas auxiliares tenían que proporcionar la necesaria protección antiaérea. Otros tres dragaminas recibieron la orden de impedir que las tropas alemanas cruzaran el río y llegaran a la orilla septentrional. A partir de las 8, el *Z-5* comenzó a cañonear los puentes. Los puestos de ametralladora alemanes estuvieron así sometidos a un fuego continuo desde una distancia de unos 100 metros, y algunos de los hidroaviones amarados fueron hundidos.

A las 11,15, habiendo agotado las municiones, el *Z-5* regresó a Hoeck van Holland. Como la acción que habían desarrollado sus unidades resultó bastante provechosa, el comandante en jefe de la Marina holandesa, vicealmirante Fürstner, decidió enviar más buques a Rotterdam: al destructor *Van Galen* y los cañoneros *Johan Maurits van Nassau* y *Flores*. Su misión era impedir a toda costa que las tropas alemanas consiguieran pasar a la orilla septentrional y, al mismo tiempo, cañonear las posiciones enemigas en la zona sur de Rotterdam.

En la tarde del 10 de mayo el destructor comenzó a remontar la Nieuwe Waterweg. Aunque había recibido la orden de efectuar tiro indirecto sobre el aeropuerto de Waalhaven, el oficial que mandaba el buque, convencido de que este sistema no daría resultado alguno, decidió proseguir la navegación hasta que el navío llegara a la vista de Waalhaven. Pero no pudo conseguirlo, porque cerca de Vlaardingen fue atacado por bombarderos alemanes. Como la escasa anchura del canal navegable impedía efectuar los oportunos cambios de ruta para evitar las bombas, el destructor fue gravemente dañado y empezó a hundirse lentamente.

Después de este fracaso, el Estado Mayor de la Marina decidió destinar a otras misiones incluso a los dos cañoneros.

Por su parte, la Aviación holandesa hizo todo lo posible para arrojar a los alemanes fuera de sus posiciones.



Zona de lanzamiento y aterrizaje de tropas paracaidistas y aerotransportadas alemanas (10 de mayo de 1940).

Por cuatro veces bombardeó Waalhaven, dañando gravemente a los aviones alemanes que se encontraban allí, pero este fue su único éxito.

Al final del primer día de guerra los alemanes mantenían en su poder el aeropuerto de Waalhaven, eran dueños de la zona sur de Rotterdam, de los puentes del Mosa y de una pequeña cabeza de puente, formada tan sólo por unas cuantas casas, en la orilla septentrional del río. Los holandeses observaron que en el curso de la jornada habían aterrizado en Waalhaven unos 250 *Junkers 52* de transporte y, por lo tanto, calculaban que en la zona sur de Rotterdam se encontrarían alrededor de 5000 soldados alemanes. Al día siguiente las tropas alemanas recibieron más refuerzos, pero la situación se mantuvo estacionaria.

El acceso al corazón de Holanda

El plan de ataque contra Holanda pretendía vencer la resistencia de su Ejército en el tiempo más breve posible, para que luego las fuerzas alemanas pudieran actuar libremente en Bélgica y Francia. De acuerdo con este plan, la ocupación de Rotterdam revestía una importancia vital, ya que la ciudad representaba el principal punto de acceso al corazón del país y su caída traería consigo la capitulación del Ejército. Por consiguiente, los alemanes habían previsto bombardear la ciudad con artillería y aviación. El motivo por el que no atravesaron el río Mosa, en la proximidad de Ijsselmonde, en la tarde del 13 de mayo o en las primeras horas del 14, sigue siendo un misterio; de haberlo hecho así, habrían hallado una muy débil resistencia y se hubieran encontrado de pronto frente a la ciudad que, a la sazón, no contaba apenas con ninguna defensa. Pero, antes de comenzar los bombardeos, enviaron al comandante de la guarnición un ultimátum exigiendo la rendición. Después de esta comunicación, era lógico esperar que la decisión de iniciar el bombardeo se aplazase hasta la conclusión de las negociaciones, y que se darían órdenes precisas y claras a los pilotos respecto al particular, sobre todo teniendo en cuenta que el enlace por radio entre el oficial que mandaba las tropas alemanas frente a Rotterdam y el oficial que iba al frente de los aviones podía interrumpirse, como en efecto acaeció. (Sucedía con bastante frecuencia esta interrupción de comunicaciones por radio entre las unidades del Ejército y de la Aviación alemanes. Por ejemplo, en cierta ocasión, los *Stuka* atacaron, en las Ardenas, una formación de carros de combate propios debido a esa falta de adecuada comunicación). Y por estar precisamente interrumpido este enlace, a los bombarderos sólo se les podía advertir con señales luminosas: por consiguiente, el destino de Rotterdam dependía del hecho de que los pilotos percibiesen los

cohetes rojos disparados por las tropas que se encontraban en la orilla meridional del Mosa. Los cohetes se dispararon, pero sólo los vieron 40 de los 100 bombarderos.

El día 14 de mayo, uno de los oficiales del Ejército holandés tuvo la impresión de que el comandante de las tropas alemanas que se encontraban en el sector meridional había intentado impedir el bombardeo, y que Goering, desde Alemania, había decidido que se llevase a cabo el ataque y se destruyese la ciudad. La orden de Goering parece incomprensible, puesto que, lógicamente, Rotterdam les sería mucho más útil a los alemanes intacta que destruida. Los hechos, esclarecidos después de la guerra, tienden a demostrar que dicha impresión era cierta. Para justificar el bombardeo, los alemanes dijeron que las tropas inglesas estaban desembarcando en la costa holandesa, al sur del Mosa, y que esto constituía un grave peligro para la retaguardia de las tropas alemanas, desplegadas a lo largo de línea Moerdijk-Dordrecht-Rotterdam; por consiguiente, debían efectuar a toda costa una ruptura del frente en dirección Norte.

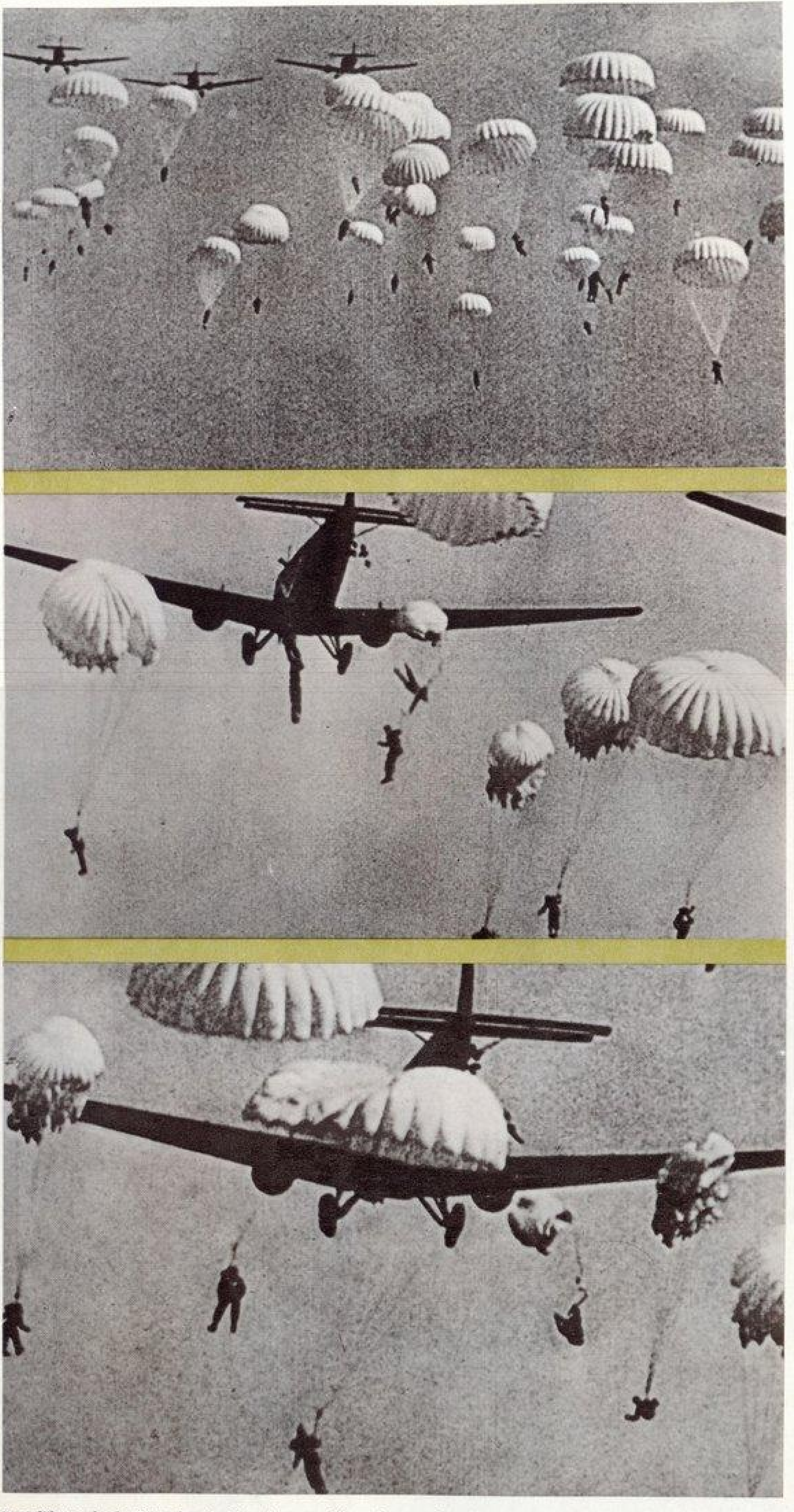
Pero la verdad es que, durante aquellos días, no se produjo desembarco alguno a lo largo de la costa holandesa.

Apenas habían entregado los alemanes su segundo ultimátum (el primero había sido rechazado sin firmarlo) cuando se desencadenó el bombardeo; eso sucedió a las 13,30 del día 14 de mayo. En el transcurso de unos cuantos minutos todo el centro de Rotterdam se transformó en un mar de fuego. Parte de la población la estaba abandonando, y esto contribuyó a aumentar la confusión existente. Cinco horas después del ataque las tropas alemanas entraron en la ciudad en llamas.

Mientras tanto continuaban los combates en las carreteras y en los alrededores de la Haya, donde se habían lanzado paracaidistas el día 10 de mayo. Las tropas aerotransportadas, que habían de aterrizar poco después, tenían órdenes de ocupar La Haya y detener a los miembros del Gobierno holandés; pero para conseguir esto era necesario, ante todo, ocupar los aeródromos de Ockenburg, Ypenburg y Valkenburg. Después de que los aviones bombardearan y ametrallaran los campos y acuartelamientos, los paracaidistas, lanzados cerca de los aeródromos, neutralizarían a las fuerzas holandesas supervivientes. A continuación desembarcarían tropas aerotransportadas para completar la ejecución del plan marchando sobre La Haya. Para sorprender a los holandeses de una forma total, los aviones se dirigirían hacia el Oeste, sobrevolando los Países Bajos (o sea, simulando un ataque a Inglaterra), para invertir luego la ruta en el mar del Norte y atacar entonces desde el oeste.

Los alemanes sufren graves pérdidas

Los alemanes consiguieron apoderarse de los tres aeródromos, pero experimentaron graves pérdidas, en parte debido a que los paracaidistas destinados a Ypenburg y Ockenburg tomaron tierra demasiado al sur de sus objetivos, por lo que fueron las tropas aerotransportadas las que debieron neutralizar la resistencia de los defensores. Media hora después de la llegada a tierra de los paracaidistas, aterrizaron en los dos aeródromos los aviones de transporte *Junkers*. En Ockenburg los atacantes se vieron sometidos a un fuego tan intenso que hasta los miembros de las tripulaciones se vieron obligados a tomar parte en el combate. Los atacantes sufrieron pérdidas tan graves que pocos aviones consiguieron reemprender el vuelo des-



Moerdijk, Dordrecht, Rotterdam, La Haya: los paracaidistas alemanes, la «tercera dimensión» omnipresente.

(History of the Second World War)

A la derecha: las tropas alemanas atraviesan con medios improvisados un puente destruido por los holandeses en Maastricht. La lucha por la conquista de los puentes fue uno de los aspectos más importantes de la brevísima campaña de Holanda. A veces, como en Maastricht, los holandeses consiguieron volarlos antes de la llegada del enemigo.



Rotterdam después del bombardeo en el que perecieron 30.000 personas y otras 80.000 quedaron sin hogar. Para justificar el bombardeo, los alemanes dijeron que tropas inglesas estaban desembarcando en la costa y que esto constituía un grave peligro para las fuerzas desplegadas a lo largo de la línea Moerdijk-Dordrecht-Rotterdam.

(History of the Second World War)

pués de conquistado el aeródromo. Los demás *Junkers* obstruían las pistas de tal manera que sólo unos cuantos aparatos, con tropas de refuerzo, consiguieron aterrizar.

En Ypenburg ocurrió aproximadamente lo mismo. De los trece aviones de transporte, once fueron abatidos antes de aterrizar, y sólo unos pocos soldados consiguieron abandonar los aparatos. Como era imposible realizar más aterrizajes en el aeródromo, el resto de las tropas tomó tierra en la carretera de La Haya-Rotterdam.

Valkenburg fue la única localidad en la que los alemanes consiguieron aterrizar sin sufrir pérdidas graves; apoyadas por paracaidistas, las tropas aerotransportadas dominaron finalmente a los defensores. Pero en este caso los alemanes se encontraron con otra dificultad: los pesados *Junkers* se hundieron en el terreno blando, por lo que no pudieron volver a utilizar el aeródromo. Además, la artillería y la aviación holandesas sometieron el campo a un nutrido bombardeo.

Cuando el día estaba llegando a su fin, los alemanes ya estaban en posesión de los tres aeródromos. Durante este primer día de guerra la aviación holandesa sufrió grandes pérdidas: de los 125 aviones que poseía, 62 quedaron fuera de combate. En los días sucesivos, a pesar de la aplastante superioridad alemana, los restantes aparatos continuaron desempeñando su misión. Por este heroico comportamiento, se condecoró a la Aviación con la *Militaire Willemsorde*, equivalente a la *Victoria Cross* inglesa.

El 11 de mayo las tropas holandesas intentaron eliminar las bolsas alemanas, pero todos los esfuerzos resultaron inútiles. Entre La Haya y Katwijk se desarrollaron combates durísimos, durante los cuales los holandeses perdieron un batallón completo. La autopista Delf-Rotterdam seguía parcialmente en manos alemanas y la *Luftwaffe* pudo incluso abastecer de víveres y municiones a las tropas aerotransportadas.

Del 11 de mayo en adelante el dominio del aire por parte de los alemanes fue absoluto, lo que hizo más difícil aún cualquier actividad del Ejército holandés. Además, como en La Haya corrían rumores de acciones subversivas por parte de civiles y alemanes disfrazados, las tropas holandesas se veían obligadas a una vigilancia continua que no les dejaba tiempo para descansar adecuadamente; y esto mismo era lo que sucedía en Rotterdam.

Aprovechando esta situación, en varios lugares algunas tropas alemanas aerotransportadas pudieron romper las líneas enemigas y establecer contacto entre sí. El 12 de mayo, en el sector Norte, existían tres bolsas alemanas, en Overschie, en el pueblo de Valkenburg y cerca de Wassenaar, con un total de unos 1000 hombres. La situación no experimentó cambios realmente importantes hasta el 14 de mayo, cuando capitularon los Países Bajos.

Holanda depone las armas

El bombardeo de Rotterdam –y la amenaza de que Utrecht corriese la misma suerte– fue el motivo que indujo al comandante en jefe de las fuerzas holandesas a tomar la decisión de deponer las armas. A las 16,50 del día 14 de mayo se cursó un mensaje urgentísimo que ordenaba a todos los mandos que suspendiesen la lucha y destruyesen las municiones, las armas y el material.

En conjunto, se puede decir que las fuerzas holandesas se batieron bien pero el resultado final fue decepcionante. Cerca de Rotterdam y La Haya las tropas aerotransportadas alemanas consiguieron resistir contra fuerzas numéricamente superiores y esto tuvo un efecto paralizador en la moral de las tropas holandesas; además, la actuación del Mando supremo ofreció varias veces serias lagunas. Otro elemento importante que contribuyó a que los holandeses no diesen el golpe de gracia a los restos de las tropas aerotransportadas alemanas fue la falta de información sobre la consistencia efectiva de las fuerzas enemigas y sobre su posición exacta.

VAN OOSTEN, CAPITÁN DE CORBETA



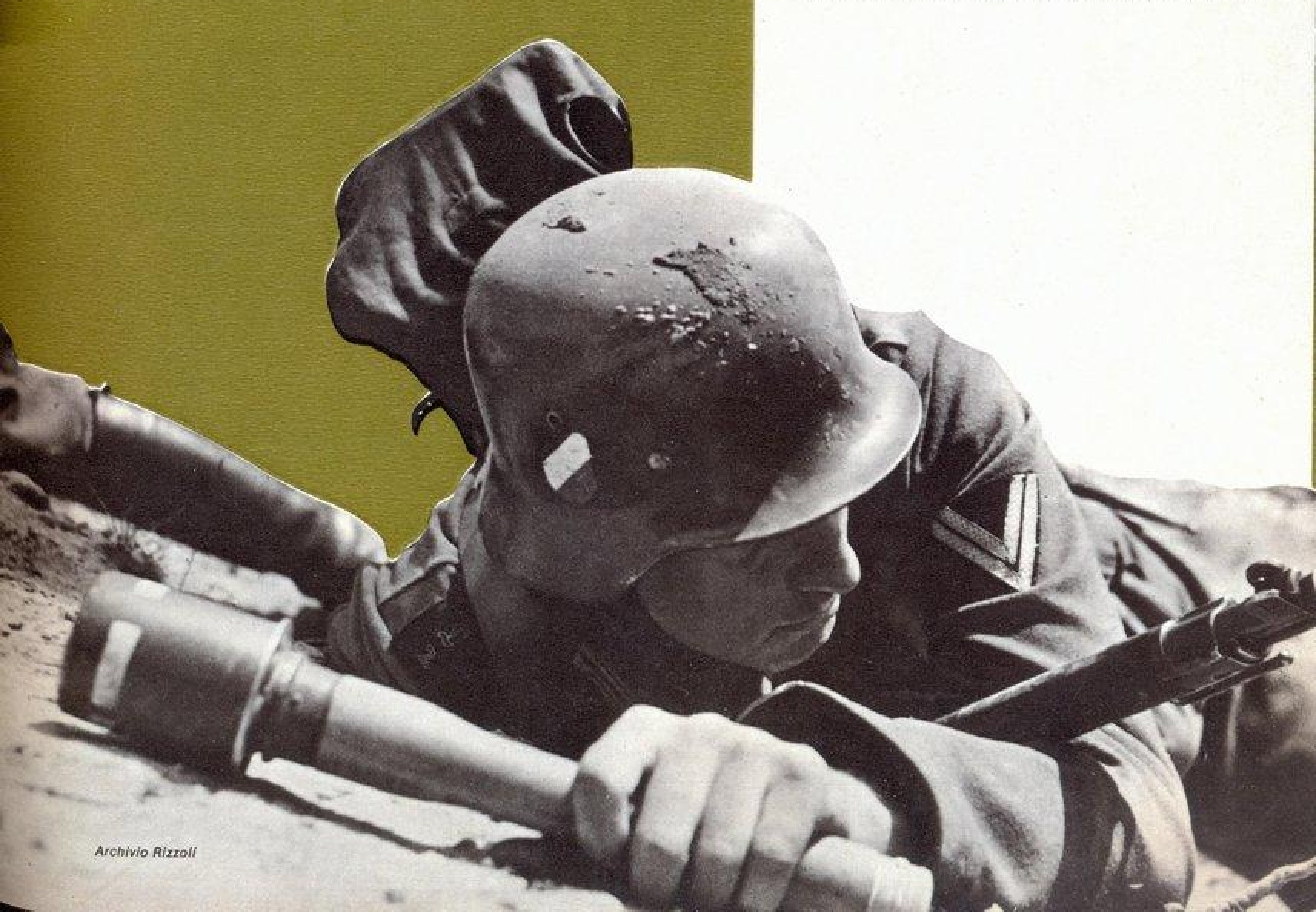
Nacido en las Indias Orientales holandesas en 1922, ingresó, en 1941, en la Real Escuela Naval de Surabaya. Al año siguiente se incorporó, como cadete, a la Escuela Naval de Darmouth. De marzo a noviembre de 1943 escoltó convoyes en el Atlántico a bordo del buque de guerra inglés *Swale*. Después de la guerra quedó asignado al servicio hidrográfico holandés. De 1954-1957 prestó servicio en la Real Escuela Naval holandesa de Den Helder; de 1957 a 1960 fue ayudante de campo del comandante en jefe de la Marina holandesa, y de 1961 a 1964 se dedicó al estudio de la historia. Desde 1964 presta servicio en la sección de Historia Naval del Estado Mayor de la Marina en La Haya.

10-28 de mayo de 1940

INVASION DE HOLANDA Y DE BELGICA

Jean-Léon Charles

Aunque tenían todas las razones para sospechar que los nazis las incluirían en sus planes de conquista –pues los planes militares alemanes habían caído en sus manos– Bélgica y Holanda se aferraban a la esperanza de que de algún modo su neutralidad las protegería de lo inevitable. Pero la geografía las había colocado precisamente en el camino de la *Wehrmacht*. Avanzando a través de las fronteras septentrionales, un Grupo de Ejércitos alemán paralizó a los Ejércitos holandés y belga y atrajo hacia sí a los franceses e ingleses, mientras que por el Sur los «Panzer» de otro Grupo desencadenaron su ataque, lanzándose a una larga e incontenible carrera hacia el mar.



Archivio Rizzoli

A principios de 1940 Alemania se hallaba en una situación verdaderamente ventajosa. Hitler intuyó entonces que Francia estaba madura para la invasión: la guerra era impopular en todo el país galo y, gracias a la eficacia de la propaganda alemana (a la que se unía la rusa), la moral del Ejército francés era baja. Además, Italia había asegurado su apoyo activo a Alemania, si bien esta circunstancia no podía tener una influencia muy directa en el desarrollo de las operaciones. Finalmente, Hitler había tomado una de sus «decisiones irrevocables»: la de ignorar la neutralidad de los Países Bajos.

La tranquilizadora declaración de amistad hacia Bélgica y Holanda, pronunciada por el *Führer* el 6 de octubre de 1939, fue una verdadera obra maestra de doblez: en efecto, sólo tres días más tarde su Directiva secreta n.º 6 ordenaba a los jefes de Estado Mayor la ofensiva en Occidente.

El «Plan amarillo»

El 19 de octubre de 1939 el Alto Mando alemán redactó la primera versión de su ambicioso «Plan amarillo». En el transcurso de los meses, dicho plan experimentó numerosas modificaciones, hasta que la versión definitiva –puesta a punto por Manstein, y que preveía un gigantesco movimiento de guadaña realizado por una potente masa acorazada que avanzaría desde la línea Yvoir-Sedán hasta la costa– se tradujo finalmente en órdenes de operaciones el día 27 de febrero.

El ataque principal debería efectuarse en las Ardenas, donde el grueso de las fuerzas acorazadas rompería la línea del Mosa. A esta ruptura le seguiría un rápido avance hacia el Norte. Como se había previsto que las tropas francesas e inglesas avanzarían hacia las zonas centrales de Bélgica, el avance de los carros alemanes las aislarían en seguida del resto de Francia.

Se daba gran importancia a la rapidez, elemento esencial de la guerra relámpago. Bélgica y Holanda serían atacadas directamente, sin declaración formal de guerra; a la primera, por encontrarse en el eje de la penetración enemiga, y a la segunda porque sus puertos eran fundamentales para un ataque a Inglaterra. De este modo los Ejércitos aliados del sector septentrional quedarían inmovilizados y luego cercados por el sur. Según las famosas palabras del capitán Liddell Hart, el objetivo era «agitar la muleta del torero ante los Ejércitos aliados del norte», para distraer su atención y atacar después de flanco, a través de las Ardenas, con las fuerzas acorazadas. No se atacaría la línea Maginot, que, como su gemela, la Sigfrido, se extendía a lo largo de la frontera oriental de Francia.

Después de destruir los Ejércitos aliados en el norte, la *Wehrmacht* debía realizar, lo más rápidamente posible, la segunda fase, o sea la destrucción de las fuerzas enemigas que se encontraban al sur del Somme y detrás de la línea Maginot.

En 1914 la estrategia francesa estaba dominada por las doctrinas ofensivas propugnadas por el mariscal Foch. En 1939, el mando francés, que había asimilado mal las lecciones de la primera Guerra Mundial, sostenía las teorías defensivas, que tenían su expresión más concreta en la línea Maginot. No obstante, lo más criticable no era la línea en sí misma, sino la «mentalidad Maginot». La confianza francesa en la invulnerabilidad del «muro» era tanta que muy pocos previeron la inminente ofensiva alemana.

En lo que concernía a Gran Bretaña, aun teniendo en cuenta todas las circunstancias, debe advertirse que no había conseguido situar sus tropas en el continente con la misma rapidez con que lo hizo en 1914. El 10 de mayo, el Cuerpo Expedicionario británico no superaba las 10 divisiones ni los 300 carros de combate (casi todos ligeros), y no alcanzaría la totalidad de sus efectivos antes de septiembre, en que Gran Bretaña debería tener en campaña 32 divisiones.

También en Holanda, a pesar de las repetidas advertencias de la reina Guillermina, eran muy reacios a gastar dinero en necesidades militares. No obstante, entre 1938 y 1940, ante el creciente peligro nazi, el Gobierno autorizó considerables gastos para equipar mejor las Fuerzas Armadas. El 10 de mayo el Ejército holandés contaba con un total de 10 divisiones. Esta fuerza se emplearía para guarnecer un amplio sistema de defensas naturales (constituido por los canales navegables y zonas inundadas), con una línea defensiva avanzada a lo largo del Ijssel y el Mosa, una línea de cobertura apoyada en los pantanos del Peel y en el curso del Grebbe y otra línea defensiva principal, que protegía la llamada «fortaleza Holanda», con las ciudades de Rotterdam, La Haya y Amsterdam.

A la derecha, abajo: fusil ametrallador instalado en la proa de una lancha durante el paso de un río por las tropas alemanas. (Archivo Rizzoli)

Mayo 1940: el «Plan amarillo» en plena ejecución. A la izquierda: vanguardias alemanas, atravesando el Mosa en pontones y balsas. (Archivo Rizzoli)

A la derecha: contingentes de caballería del Ejército alemán cruzan la frontera de Bélgica. Como siempre, los movimientos de las tropas de tierra iban precedidos y acompañados por ataques aéreos en masa. (Archivo Rizzoli)



Esfuerzo militar en Bélgica

En mayo de 1940 Bélgica movilizó un Ejército de 600.000 hombres; lo cual, si se tiene en cuenta que se trata de un pequeño país de 8 millones de habitantes, demuestra lo aguda que era la consciencia del peligro y lo excepcional del esfuerzo bélico sostenido. Ya en 1936 el tiempo de servicio en filas se había aumentado a doce meses en lugar de ocho y los gastos para la defensa ascendieron hasta alcanzar casi el 15 % del presupuesto total. En 1939, al decretarse la movilización, se pasó de las ocho divisiones que constituían la fuerza del Ejército en tiempo de paz a veintidós Grandes Unidades, entre ellas dos divisiones de cazadores de las Ardenas y dos divisiones de caballería.

Pero este rápido y fragmentario reforzamiento fue, en gran parte, la causa de la debilidad del Ejército belga. Las unidades de reserva no estaban convenientemente encuadradas por oficiales, y muchas veces, la acción de mando era insuficiente; el equipo era mediocre, y la infantería, con sus grandes efectivos, maniobraba con dificultad y estaba sobrecargada de personal. Una de las dos divisiones de cazadores de las Ardenas así como las dos divisiones de caballería eran motorizadas, pero en cambio no tenían carros de combate: los belgas consideraban que las fuerzas acorazadas eran un instrumento bélico totalmente ofensivo y fundándose en ello y teniendo en cuenta la neutralidad de su país... ¡las habían rechazado! La aviación era anticuada, no sólo por falta de dinero para nuevas adquisiciones, sino también porque las naciones beligerantes no disponían de aviones sobrantes para dárselos a Bélgica, y, desde luego, el país no estaba en situación de construirlos por cuenta propia. Cuando, a fuerza de mucho insistir, consiguió que le cedieran 24 *Hurricanes* y 24 *Fairey Battle*, la mayor parte de los 200 aviones que constituían su aviación ya eran casi prácticamente inservibles.

El 10 de mayo el Ejército belga se había desplegado, aprovechando las características físicas del país, en las posiciones que defendían los dos grandes ríos paralelos, Escalda y Mosa, y el canal Alberto, proyectado y concebido para ser utilizado también con fines militares. La línea defensiva avanzada corría a lo largo de la frontera, desde Amberes hasta Arlon. La línea defensiva del canal Alberto, con obras de cemento, carreteras y puentes preparados para su interrupción y demolición, se apoyaba en la plaza fuerte de Lieja, modernizada y reforzada con cuatro fuertes, entre ellos el de Eben-Emael, considerado como el mejor sistema fortificado belga. El canal Alberto servía de línea de cobertura, detrás de la cual el Mando Supremo situó el grueso de las fuerzas, con la esperanza de poder contener en aquella zona cualquier ataque hasta la llegada de las tropas aliadas.

La línea defensiva principal, que se encontraba en una posición todavía más retrasada, atravesaba el país por la mitad, partiendo desde Amberes y dirigiéndose hacia el Sur, hasta la plaza fuerte de Namur. Esta línea, conocida como KW, se apoyaba en el Dyle, formando un obstáculo contra carros continuo desde Amberes a Wavre. Pero el 10 de mayo de 1940 los trabajos para completarla no habían terminado aún en el sector Wavre-Namur, lo que dejaba abierto un paso a los alemanes.

El día 10 de enero de 1940 se produjo un incidente que tuvo profundas consecuencias. Aquel día, un avión alemán, que llevaba a bordo a dos oficiales, tuvo que efectuar un aterrizaje de emergencia en Malinas, después de haber perdido su ruta sobre territorio belga. Uno de los oficiales llevaba consigo una cartera que contenía las órdenes de operaciones destinadas al Grupo de Ejércitos B y que no consiguió destruir totalmente antes de ser detenido. Se estudiaron inmediatamente los documentos y ya no hubo dudas sobre su autenticidad: dichos documentos revelaban que Bélgica se encontraría en el centro de la dirección de penetración enemiga. Además, los alemanes tenían previsto el empleo de tropas aerotransportadas, y cuando estallasen las hostilidades tampoco Holanda salvaría su neutralidad, como había sucedido en 1914.

De un modo más bien apresurado –sin consultar siquiera al Gobierno –el Jefe de Estado Mayor, general Vandenbergen, dispuso la inutilización de las defensas de la frontera francesa, considerando que los Ejércitos aliados avanzarían rápidamente por territorio belga, puesto que en seguida se había informado a París y Londres de los documentos capturados y de la probabilidad de un ataque inminente. Pero en aquellos momentos, Francia y Gran Bretaña prefirieron no intervenir, esperando que Bélgica tratase el asunto con Alemania por vía diplomática.

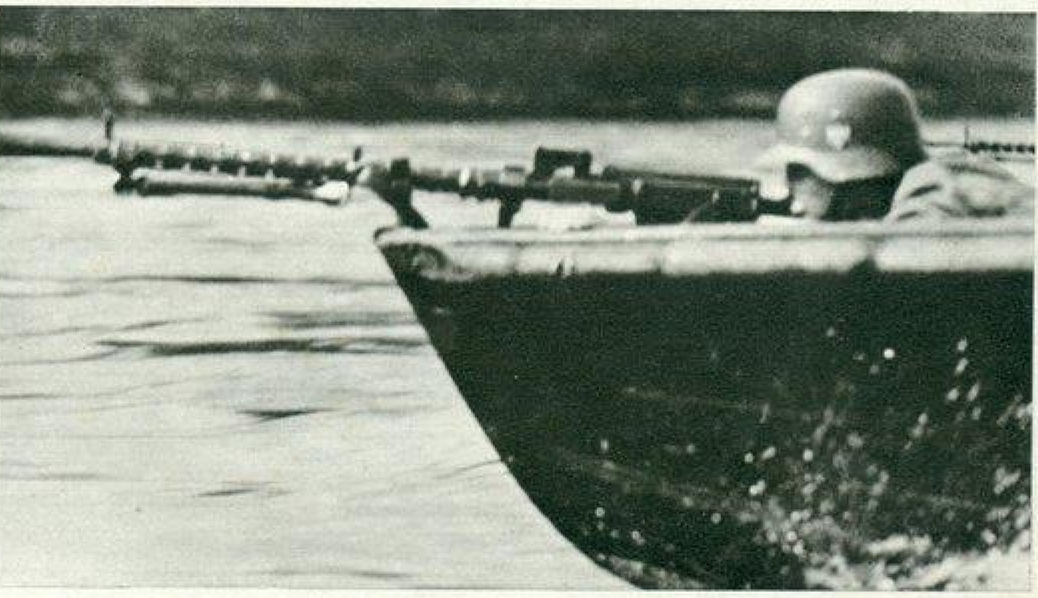
Después de una atenta consideración, y porque el ataque previsto no se había realizado, el Gobierno belga censuró la inutilización de las instalaciones defensivas en la frontera francesa. El 15 de enero se volvieron a poner en servicio, se reprochó el comportamiento del general Vandenbergen y se le destituyó.

Contactos de último momento

Si bien los intentos de enlazar el sistema defen-







sivo belga con el de la provincia holandesa de Brabante fracasaron (fue un Ejército francés el que realizó el enlace de las fuerzas belgas y holandesas después de comenzar las hostilidades), tras los contactos anglofranceses y después de un gran número de entrevistas, los Aliados consiguieron al fin poner a punto un plan general denominado «Plan Dyle». La finalidad de este plan era sustituir la línea de frontera (geográficamente desfavorable y mal fortificada) por una línea defensiva más corta y más adecuada para la defensa y que atravesaba, de un modo casi rectilíneo, el centro del país.

Mientras el Ejército 7 francés del general Giraud avanzase a través de Flandes, hasta la desembocadura del Escalda y Zelanda, formando un puente entre belgas y holandeses, el Cuerpo Expedicionario debería ocupar la posición «KW» a lo largo del Dyle, en el flanco meridional del Ejército belga, entre Lovaina y Wavre. Por el Sur, el Ejército 1 francés del general Blanchard prolongaría la línea defensiva entre Wavre y la zona situada al norte de Namur (ciudad que sería defendida por dos divisiones belgas), y el Ejército 9 francés de Corap, basculando sobre el centro de su despliegue, avanzaría su ala izquierda para ocupar el Mosa hasta Namur, mientras dos divisiones de su ala derecha permanecerían en las posiciones ya ocupadas. Finalmente el Ejército 2 francés de Huntziger se mantendría en sus posiciones desde Donchery a Longuyon.

Naturalmente, el éxito del «Plan Dyle» dependía de que el Ejército belga consiguiese defender el canal Alberto durante cinco días por lo menos, tiempo que el general Gamelin consideraba suficiente para que llegasen los refuerzos necesarios.

El 9 de abril, mientras estos planes estaban todavía en una fase de preparación, Alemania invadió Dinamarca y Noruega. En cuanto se les informó de la invasión, los embajadores francés e inglés solicitaron que se permitiese la entrada de sus tropas en Bélgica. El momento parecía propicio puesto que, por cierto tiempo, la *Luftwaffe* estaría ocupada en Escandinavia; pero el Gobierno belga rechazó las proposiciones aliadas, y el 10 de abril cursó un comunicado en el que ratificaba su decisión.

El 15 de abril la situación pareció momentáneamente más tranquila, pero el 24 todos los elementos de información confirmaban nuevamente la necesidad de ejercer en Bélgica una vigilancia especial. El 8 de mayo, el embajador belga en Berlín, Davignon, informó que los alemanes estaban preparando un ultimátum a Bélgica. Casi inmediatamente los holandeses confirmaron el fundamento de esta información y suspendieron los permisos a sus soldados. Fue en aquel momento cuando el agregado militar belga en Berlín, coronel Goethals, envió un mensaje a sus superiores informando que el Mando Supremo alemán había dado a sus tropas la orden de atacar.

En el transcurso de la noche del día 9 a lo largo de todo el arco de la frontera belga y holandesa, había claras señales de que los alemanes estaban efectuando movimientos de tropas. En Bruselas, después de una discusión sobre la oportunidad de solicitar ayuda a las potencias que se habían comprometido a garantizar la independencia de Bélgica, los ministros dijeron que sólo debían utilizar este recurso cuando se violase el territorio nacional. A las 23,15 se decidió proclamar el estado de alarma y la noticia se transmitió a Londres y París.

Occidente se encontraba ahora frente a una crisis cuya gravedad imponía a todos una acción firme y decidida. Y esta situación se veía agravada por el hecho de haber estallado en Francia, aquella misma tarde del 9 de mayo, una crisis política que casi había provocado la dimisión del Gobierno y la del general Gamelin. Siguió una noche de extraordinaria agitación: las centrales telefónicas estaban sobrecargadas por el enorme flujo de informaciones procedentes de todas partes. Muy pronto llegaron noticias de que los aviones enemigos volaban sobre el país y poco antes de las 5 se recibieron las primeras noticias de bombardeos. Cinco minutos después se supo que se había violado la frontera y atacado el fuerte de Eben-Emael.

Los ministros belgas estaban ansiosos por conocer el fundamento de aquellas graves noticias antes de dirigirse a las potencias aliadas, pero la alarma aérea y las explosiones que se produjeron a las 5,17 en la capital los convencieron muy pronto de que sus temores se habían hecho realidad. Y, finalmente, ordenaron que se apelara a Inglaterra y Francia...

En cuanto recibió el aviso, el Comandante en jefe francés, desde Vincennes, comenzó a poner en práctica, como estaba establecido, el «Plan Dyle», y a las 7,30 las tropas aliadas entraron en Bélgica: la «guerra extraña» había terminado.

Campaña relámpago en Occidente

De las 137 divisiones que Alemania tenía en Occidente, empleó 72 en la ofensiva inicial, excluyendo las reservas, que habrían podido llegar al frente en un tiempo mínimo.

Por el Norte, el Grupo de Ejércitos B, del general Bock, apoyado por la 2.ª Fuerza Aérea de Kesselring, desplegaba dos Ejércitos, con un total de 28 divisiones. Su misión era destruir el Ejército holandés, asegurarse el dominio de los pasos del canal Alberto y detener a los Ejércitos aliados en el Norte, cooperando después con parte del

Al lado: cañón alemán de acompañamiento en acción. Los infantes esperan que el arma automática enemiga sea destruida para iniciar el avance. *(History of the Second World War)*



10 de mayo: Bren-carriers (vehículos orugas británicos de infantería) dirigiéndose al frente. Nada más tener noticia de que los alemanes habían invadido Bélgica, el Alto Mando francés comenzó a poner en práctica el «Plan Dyle». *(Archivo Rizzoli)*



Grupo de Ejércitos A en el aniquilamiento de las fuerzas que, de este modo, habrían sido cercadas. El Ejército 18 alemán (que comprendía una *Panzerdivision*), al mando de Küchler, debía penetrar en Holanda septentrional, al mismo tiempo que las tropas aerotransportadas desembarcarían en la «fortaleza Holanda». El Ejército 6, al mando de Reicheneau, operaría en el Limburgo holandés y Bélgica, al norte del Mosa; este Ejército contaba con dos *Panzerdivision* y una división motorizada.

En el centro, el Grupo de Ejércitos A, al mando de Rundstedt, había de descargar, apoyado por la 3.ª Fuerza Aérea de Sperrle, un formidable ataque a través de las Ardenas; contaba con 44 divisiones, entre ellas siete acorazadas y tres motorizadas. En vanguardia, para iniciar la ruptura del frente enemigo, se encontraría el poderoso Grupo de unidades acorazadas de Kleist, que atravesaría el Mosa entre Dinant y Sedán.

Este ataque estaría cubierto, en el flanco derecho, por el Ejército 4 de Kluge, que avanzaría a lo largo de la cuenca Sambre-Mosa para unirse después con el Grupo de Ejércitos B y cercar las fuerzas enemigas. El Ejército 12 de List penetraría en Bélgica por Luxemburgo septentrional, a continuación de las fuerzas acorazadas. El Ejército 16, al mando de Busch, entraría en Bélgica atravesando el Luxemburgo meridional y protegiendo el flanco sur de las fuerzas empeñadas en la ofensiva. Dos mandos de Ejército, el 9 y el 2, organizarían después un frente defensivo a lo largo del Aisne, los canales y el Somme, empleando divisiones de reserva y garantizando la libertad de maniobra a las fuerzas empeñadas más al norte. Al sur, el Grupo de Ejércitos C, al mando de Leeb, tenía la misión de contener al enemigo en la línea Maginot y orilla derecha del Rhin hasta la frontera suiza, con las 17 divisiones de los Ejércitos 1 (Witzleben) y 7 (Dollmann).

Como ya se ha explicado debidamente en otro capítulo, la resistencia holandesa cesó al anochecer del 14, y a las 11,45 del siguiente día el Ejército depuso las armas. Las unidades de la marina holandesa, juntamente con la reina Guillermina y su Gobierno, cruzaron el canal de la Mancha para continuar la lucha en Inglaterra.

Mientras tanto, el Ejército 6 del general von Reicheneau estaba empeñado en lograr un éxito en el frente belga. A las 5 del día 10 de mayo, 53 de los 179 aviones belgas en condiciones de volar fueron destruidos en tierra, y todos los centros importantes de comunicaciones habían sido bombardeados. En el Limburgo reinaba el caos. La población era presa del pánico. Los fugitivos se desparramaban por las carreteras e incluso varias unidades militares se habían dejado llevar por el terror. Las noticias que llegaban al comandante en jefe eran increíbles: parecía ser que los puentes de Weldwezelt y de Vroenhoven, sobre el canal Alberto, habían caído intactos en manos del enemigo y, lo que era aún más alarmante, que tropas aerotransportadas alemanas estaban tomando tierra dentro del fuerte de Eben-Emael.

En efecto, después de haber conquistado los dos puentes y dejar fuera de combate el fuerte Eben-Emael, los alemanes se habían asentado sólidamente en la orilla izquierda del canal Alberto, si bien los carros de combate de la 3.ª y 4.ª *Panzerdivision* quedaron paralizados en Maastricht –donde los holandeses habían volado los puentes sobre el Mosa– hasta el día siguiente, 11 de mayo, en que consiguieron tender un puente militar. Por este puente fueron pasando los carros de combate alemanes, y a mediodía llegaron sin dificultad a Tongres. Una vez rebasada esta ciudad se abrieron en abanico, y por la tarde una unidad llegó a Wareme, amenazando así a Lieja por la retaguardia.

Fue en este momento cuando Hitler difundió un comunicado anunciando la caída del canal Alberto y del fuerte Eben-Emael. Naturalmente, habiendo llegado a aquella delicada fase, el anuncio tuvo muy graves repercusiones en la moral de las tropas y en la opinión pública belga, confirmando en muchos pusilánimes la impresión de que los alemanes eran invencibles.

En realidad, la situación estaba desarrollándose según los planes, puesto que el forzamiento de aquella línea de cobertura había sido previsto. Al amanecer del 10 de mayo, el Ejército Aliado estaba en marcha hacia el sistema defensivo principal, el del Dyle, al que el Ejército belga comenzó a retirarse el 11. Ésta era precisamente la línea defensiva en la que los Aliados habían decidido establecerse para detener el avance del enemigo. En lo concerniente a la entidad de las fuerzas empleadas al norte del sector Sambre-Mosa, la situación era claramente favorable a los Aliados, por cuanto habían desplegado en este sector casi 40 divisiones, incluidas las belgas, contra las 30 de Bock. En realidad, la pérdida del canal Alberto no era nada más que un desfavorable episodio de orden táctico, en comparación con lo que sucedería 36 horas más tarde entre Sedán y Dinant.

En las Ardenas, siete *Panzerdivisionen* se pusieron en movimiento al amanecer del día 10, asegurándose en seguida, sobre el río Mosa, las principales bases de partida para el ataque. Frente a este avance, las unidades belgas se retiraron en dirección Noroeste, para ceder sus posiciones a las tropas de cobertura de los Ejércitos 2 y 9 franceses.

Por la tarde de este mismo día 10, la caballería francesa estableció contacto con los alemanes cerca de Marche, St. Hubert y Etalle, pero al día siguiente se retiró atravesando el Mosa. Mientras tanto, Kleist concentró sus fuerzas para efectuar un espectacular paso del río, maniobra que inició inmediatamente rompiendo la parte central del frente aliado. Era aquí, y no sobre el canal Alberto, donde se decidiría la suerte de la campaña.

Mientras los belgas se las entendían con las tropas aerotransportadas alemanas en el canal Alberto, las tropas aliadas, según estaba previsto en el «Plan Dyle», alcanzaban sus posiciones al norte del Mosa. El día 11 por la mañana, tres divisiones inglesas se organizaron para defenderse entre Wavre y Lovaina. El Ejército de Blanchard desplegó a lo largo de la línea férrea, entre Wavre y Namur, mientras la caballería de Prioux avanzó hasta los ríos Méhaigne y Gette, extendiendo la línea defensiva de la División 2 de Caballería belga. Mientras tanto, el comandante en jefe belga había comenzado también a reagrupar el Ejército a lo largo de la línea «KW». Se retiraron las dos divisiones de cazadores de las Ardenas a Namur y las dos divisiones de Lieja también tuvieron que retroceder. Esta maniobra se realizó con dificultad, ya que al mediodía del 11 las unidades *Panzer* alcanzaron Tongres, amenazando a los belgas por retaguardia. Afortunadamente, los alemanes no aprovecharon a fondo su ventajosa situación y los restos de las unidades belgas pudieron retirarse detrás del Gette.

Durante la tarde del 12, mientras la *Luftwaffe* bombardeaba sistemáticamente las vías de comunicación, los puestos franceses situados entre Tirlemont y Huy consiguieron contener a algunas unidades avanzadas del XVI *Panzerkorps*, en tanto que en otros sectores sólo algunas unidades de exploración alemanas consiguieron tomar contacto con la línea defensiva.

En efecto, las unidades de infantería del Ejército 6 alemán eran bastante lentas para seguir a sus vanguardias acorazadas; por lo tanto, no consiguieron aprovecharse de la confusión que se había creado en uno o dos puntos del despliegue Aliado, sobre todo del abandono prematuro de algunas posiciones de la retaguardia situadas entre el Demer y el canal Alberto, dejando así al Mando belga el tiempo suficiente para evitar una crisis ciertamente grave. Además, en el Norte, parecía que al Ejército de Reicheneau le costaba trabajo establecer contacto con el Ejército 18 de Küchler, así que en el espacio existente entre dos Ejércitos había pocas tropas alemanas.

Aquella misma tarde del citado día 12, en Casteau, cerca de Mons, tuvo lugar una entrevista entre el rey Leopoldo, Daladier, los generales Georges y Billotte y el jefe de Estado Mayor del Cuerpo Expedicionario británico sir Henry Pownall. Dada la fase a la que habían llegado los combates, se planteaba con extrema urgencia la necesidad de organizar el Mando de un modo eficiente, por lo que se estableció que el general Billotte, comandante del Grupo de Ejércitos I, actuara como delegado del general Georges, comandante en jefe del frente noroccidental, para coordinar las actividades de las fuerzas aliadas en territorio belga. Pero esta solución ambigua no aseguraba la adecuada y eficiente acción de mando que requería la situación, lo que crearía más tarde grandes dificultades. En efecto, Billotte se encontró entonces tan sobrecargado de trabajo que no tenía apenas tiempo para «coordinar», y la consecuencia fue que el Mando belga y el Cuerpo Expedicionario británico quedaron apenas sin directivas.



Los masivos ataques de tropas paracaidistas y aerotransportadas alemanas ejercieron sobre los Ejércitos belga y holandés un profundo efecto psicológico. *(History of the Second World War)*

El precio que se pagaba por la insuficiente preparación iba creciendo. Por ejemplo, la tarde del día 10 se encontraron en Lovaina dos divisiones, una belga y otra inglesa, que habían recibido la misma orden de ocupar el sector; sólo el 12 de mayo, durante la entrevista de Casteau, se decidió asignar Lovaina a los ingleses.

Tampoco había, prácticamente, enlace alguno entre los belgas y la División Motorizada Ligera francesa, que se encontraba en el Gette, precisamente en el momento en que las unidades acorazadas alemanas estaban atacando, el 13 de mayo. Serían los soldados, a quienes se lanzó a toda prisa a la batalla en medio de la confusión, los que pagarían con sus vidas todos estos errores.

La primera batalla de carros de combate

En esta fase, el frente se extendía, de un modo casi continuo, a lo largo de una parte del canal Alberto, la línea fortificada de Winterbeek, Diest, el Gette y el Méhaigne. A las once del día 13, protegidos por los bombarderos *Stuka* y por un pesado fuego de artillería dirigido contra la zona de Hannut, Merdorp y Jandrain, atacaron la 3.ª y 4.ª *Panzerdivision*. Los carros de combate franceses



Tropas paracaidistas, apenas llegadas a tierra, se preparan para entrar inmediatamente en acción. En este tipo de operaciones desempeñó un importante papel la 2.ª Fuerza Aérea alemana. (History of the Second World War)

Somua y *H-35* estaban dispersos a lo largo del frente en pequeños grupos, desperdiciando de este modo su potencial bélico.

Esta batalla, la primera de la guerra en que se combatió con carros de combate, puso de manifiesto la superioridad de la ofensiva y la mayor eficacia de los cañones móviles respecto a los fijos. Seguidos de cerca por su infantería, los carros de combate actuaban con gran flexibilidad, desbordando los núcleos de resistencia, atacando por los flancos y por la retaguardia, eludiendo al enemigo cuando era necesario e infiltrándose a lo largo de una segunda dirección si la primera resultaba estar bloqueada. A las 17,45 fueron arrolladas las posiciones francesas, y el general Prioux decidió retirarse con sus divisiones ligeras motorizadas detrás de los obstáculos contracarros belgas de Perwez. Las elevadas pérdidas sufridas por estas divisiones en la fase inicial de la campaña fueron irremediables, porque éste era el único núcleo importante de carros de combate en los que el Mando francés había basado sus planes. Hay que reconocer que, en el curso del encuentro, los alemanes también sufrieron pérdidas notables, lo que por lo menos tuvo la ventaja de dar al Ejército I, que retrocedía rápidamente, el tiempo necesario para retirarse a nuevas posiciones.

Durante la noche del 13 al 14 de mayo, el Cuerpo de la Caballería belga se retiró a la línea «KW», mientras la infantería se alineaba dispuesta a combatir. Por la tarde del 14 las tropas estaban dispuestas del siguiente modo:

- Desde Breskens a la desembocadura del Escalda, al norte de Amberes, el frente estaba guarnecido por tres divisiones del Ejército francés, que había recibido la orden de retirarse después de su inútil misión realizada en Holanda. El frente se extendía en dirección SE., a lo largo de unos 50 kilómetros, hasta los suburbios septentrionales de Lovaina; este sector estaba defendido por el Ejército belga, con las divisiones desplegadas en tres escalones.
- De Lovaina a Wavre los ingleses cubrían el frente, con cinco divisiones en el Dyle (dos de reserva) y otras cuatro más retrasadas. Esta profundidad se había decidido a fin de permitir que el Cuerpo Expedicionario pudiera llevar a cabo maniobras retardadoras, cuando fuera necesario hacerlo y con el menor riesgo posible. Más tarde los acontecimientos demostraron lo acertado que había sido este despliegue.
- De Wavre a Namur desplegaban seis divisiones del Ejército 1 francés, con dos divisiones motorizadas de reserva; antes de retirarse, tenían que efectuar una acción de cobertura en el sector Gembloux-Ernage. Dos divisiones belgas defendían las posiciones de Namur, apoyadas por la artillería de la fortaleza.

Se cierra la trampa

Naturalmente, el Mando Supremo alemán estaba satisfecho al comprobar que el enemigo caía en la trampa. El movimiento del ala izquierda del Grupo de Ejércitos I francés y su posterior inmovilización habían asegurado una gran libertad de acción a las tropas alemanas para la prevista operación de guadaña iniciada en Sedán. La tarde del 14 de mayo, el general von Reicheneau recibió la siguiente orden: «Atacar las posiciones enemigas entre Lovaina y Namur el día 15, para impedir que se consoliden las fuerzas aliadas.» Pero al mismo tiempo tenían que impedir que los Aliados se retirasen con orden, ya que ello constituiría un posible peligro para las unidades acorazadas que estaban avanzando rápidamente por el sur. Por lo tanto, se debía atacar a los Ejércitos aliados, y a la vez, mediante una táctica muy agresiva, se les debía obligar a aferrarse a sus posiciones. Así, pues, la 3.ª y 4.ª *Panzerdivision*, con numerosas divisiones de infantería, atacaron al Ejército francés, efectuando el esfuerzo principal en dirección a Gembloux. En conjunto las posiciones francesas resistieron el ataque, pero todas las reservas, escasas por cierto, tuvieron que desplegarse en abanico para proteger, por el sur, el flanco derecho, donde la cesión de terreno por parte del Ejército 9 francés constituía un serio peligro. Más al Norte, los alemanes consiguieron penetrar en Lovaina, en el sector de la División 3 inglesa, mandada por Montgomery; pero después fueron rechazados, en la tarde del día 15, por un vigoroso contraataque apoyado por artillería; por lo demás, ningún otro sector del frente estaba amenazado.

Pero la suerte de estos Ejércitos se decidiría muy pronto en el sur. La noche del día 15, dándose cuenta de que la ruptura del frente de Sedán era irremediable, el general Billotte tomó una decisión de suma gravedad: era preciso que las fuerzas aliadas en Bélgica se retiraran a la línea del Escalda y a las antiguas posiciones de frontera. Esto significaba el abandono del «Plan Dyle» y la vuelta al «Plan Escalda», que era una de las primeras soluciones tomadas en consideración antes del 10 de mayo. Por ser inevitable, esta decisión debería haberse comunicado inmediatamente a los belgas y a los ingleses, y sin embargo lord Gort no recibió la información hasta las cinco del día siguiente (y aun así gracias a un oficial que habían enviado a Billotte y que por casualidad, había podido leer la orden antes de distribuirse). A las fuerzas belgas llegó a las diez de aquella mañana a través de los elementos de enlace de las mismas.

Los belgas la acogieron con gran amargura. Basta citar las frases del subjefe de Estado Mayor del Ejército belga, general Derousseaux para darse cuenta de ello: «llegó como un rayo en un cielo sereno; junto con la posterior rendición, constituye el peor recuerdo personal de la campaña».

Retirada en el Norte

Los Ejércitos belga e inglés tenían que retirarse en todo el frente, en una profundidad de más de 80 km. Sin embargo, la situación era aún bastante favorable, puesto que el enemigo no estaba todavía en condiciones de organizar un ataque sistemático contra las fuerzas que se replegaban.

La retirada de las tropas belgas e inglesas en el sector septentrional se realizó aquella misma noche en tres fases, y fue cubierta por las fuerzas de retaguardia, situadas en los canales navegables que se encontraban a lo largo de la línea de repliegue. Fue también necesario proteger el flanco septentrional de la retirada, ya que la División 7 francesa había recibido la orden de abandonar la desembocadura del Escalda y desviarse hacia el sur. Cortando en ángulo recto la línea a lo largo de la cual se estaban retirando belgas e ingleses, las tropas francesas provocaron tal confusión, que acabaron por dispersarse y su jefe, el general Giraud, fue capturado por una patrulla alemana el día 18 de mayo. En el flanco septentrional fueron sustituidas por el Cuerpo de Caballería belga, que operaba en la región de Waas. Las dos divisiones de fortaleza belgas, que estaban en Namur, recibieron la orden de abrirse camino hacia Gante; las restantes fuerzas del sector septentrional del frente, esto es, el Ejército I francés, se retiraron al Escalda y al Sensée, a lo largo de la línea Maul-de-Bouchain-Arleux, evacuando así el territorio belga.

El 20 de mayo el Ejército belga sostenía el frente desde Terneuzen hasta Oudenaarde, con 11 divisiones en primera línea y siete de reserva. Las fuerzas inglesas estaba desplegadas en el Escalda, desde Oudenaarde hasta la frontera, a su vez con siete divisiones en primera línea y una de reserva. Preocupado por la escasa eficacia del sistema de transmisiones y porque le llegaban noticias insuficientes sobre la situación de su flanco derecho, lord Gort decidió asegurar este sector por cuenta propia. Situó algunas de sus unidades en el río Scarpe, cerca de Arrás y a lo largo del canal de La Bassée, en la retaguardia del Ejército I francés, y otros pequeños destacamentos a lo largo del canal, hasta la costa, asegurándose de este modo cierta protección en todas direcciones.

La preocupación del Mando británico era muy comprensible, dada la atmósfera que reinaba por aquellos días en el Alto Mando francés, donde, al parecer, nadie se daba perfecta cuenta de la magnitud del desastre.

Mientras tanto, en Francia, el general Gamelin había sido destituido de su cargo el 19 de mayo, precisamente en el momento que estaba ordenando una contraofensiva contra el flanco de las formaciones acorazadas que habían efectuado la irrupción en sus líneas. En realidad, la orden era

bastante absurda, dada la imposibilidad de reunir, en el poco tiempo disponible, algo que se pareciera a una «masa de maniobra». Como había comprobado Churchill en el curso de su viaje a París, no habían quedado reservas dignas de este nombre.

En la trampa

El anciano general Weygand sustituyó a Gamelin en el cargo de comandante en jefe francés; lo primero que hizo fue anular la orden de contraofensiva dada por su predecesor, y luego tomó la decisión de acudir al frente para comprobar personalmente el estado en que se encontraban las tropas. En aquel momento ignoraba todavía un hecho esencial: a las 21 horas de la noche anterior, la 2.ª *Panzerdivision* había llegado a Abbeville, completando el cerco de las fuerzas aliadas situadas al norte.

En medio de este desbarajuste, el general Ironside, jefe del Estado Mayor General del Imperio Británico, acudió para conferenciar con Gort y con el general Billotte. Ignorando, como Weygand, el estado de la situación, ordenó a lord Gort que forzase un camino hacia Amiens, colaborando a ser posible con franceses y belgas, a fin de restablecer la continuidad del frente aliado. A primera vista aquella orden parecía lógica: no había duda alguna de que entre los días 18 y 21 de mayo las unidades acorazadas alemanas, demasiado avanzadas respecto a la infantería, eran extremadamente vulnerables a un ataque, en tanto que en su retaguardia se había creado un vacío. La errónea decisión de Hitler de invertir las misiones asignadas a los Ejércitos 2 y 12 retrasó dos días la llegada de las tropas de apoyo. La idea de Ironside era buena, pero el tiempo y las fuerzas disponibles para llevarlas a la práctica eran insuficientes.

Por su parte, Gort confiaba en una operación que iba a efectuar en los alrededores de Arrás y con un objetivo limitado; para esta operación pretendía emplear dos divisiones (la 5 y la 50) y su brigada acorazada, al mando del general Franklyn. Este había aceptado coordinar su ataque con los franceses, que a su vez intentaban atacar en dirección a Cambrai, donde sería posible establecer contacto con el nuevo Grupo de Ejércitos III francés, que el 23 de mayo estaba preparándose para atacar por el Oeste.

Pero el ataque efectivo, iniciado a las 14 horas del día 21 de mayo, se desarrolló a escala limitada. Como los franceses todavía no se habían desplegado, los ingleses iniciaron solos la acción, y el general Martel, a quien se había confiado el mando de la operación, consiguió organizar una punta ofensiva tan sólo con tres batallones de infantería y 74 carros de combate, 58 de ellos ligeros. A pesar de su modestia, la operación, realizada con energía, fue un verdadero golpe para las unidades avanzadas de la división del general Rommel y para la unidad *Totenkopf*. La agrupación inglesa avanzó unos 16 km y destruyó gran número de carros de combate antes de ser detenida, lo que sucedió alrededor de las 20 horas. En consecuencia, Martel se vio obligado a retirar sus fuerzas aquella misma noche.

Pero este contraataque en Arrás, causó a los alemanes un deprimente efecto psicológico: la sorpresa había sido tan grande que aquella misma tarde Rommel informó en los siguientes términos:



PRIMERAS ETAPAS DE LA BLITZKRIEG

10 DE MAYO: la «Wehrmacht» lanza la ofensiva en Occidente invadiendo Holanda, Bélgica y Luxemburgo. Chamberlain dimite como Primer Ministro británico y sube al poder Churchill. Cae el fuerte de Eben-Emael.

12-15 DE MAYO: las fuerzas acorazadas alemanas penetran en las líneas francesas, cerca de Sedán, y se abren por la fuerza el camino hacia la costa.

14 DE MAYO: la «Luftwaffe» bombardea Rotterdam, ocasionado la muerte de 30.000 personas.

15 DE MAYO: los carros de combate de Rommel destruyen las fuerzas francesas cerca de Philippeville, en la primera batalla de carros de combate de esta guerra. Las fuerzas acorazadas de Reinhardt avanzaban unos 60 km al oeste del Mosa. El hundimiento del frente aliado en Sedán es definitivo. Holanda se rinde al Ejército alemán.

16 DE MAYO: el general francés Billotte ordena la retirada al Escalda.

18 DE MAYO: las fuerzas acorazadas alemanas de Kleist ocupan San Quintín, situado a mitad de camino entre Sedán y el canal de la Mancha; esa misma tarde llegan a Péronne. Cae Amberes.

19 DE MAYO: se nombra al general Weygand comandante en jefe de las fuerzas aliadas en Francia.

20 DE MAYO: la 2.ª «Panzerdivision» de Kleist llega a Abbeville, completando de este modo el cerco de las fuerzas aliadas situadas al norte.

21 DE MAYO: el Cuerpo Expedicionario británico, apoyado por los franceses, desencadena el contraataque en Arrás.

24 DE MAYO: Hitler y Rundstedt ordenan que se detengan las fuerzas acorazadas alemanas.

26 DE MAYO: se inicia la Operación «Dynamo»: la evacuación de las tropas aliadas de Dunkerque.

28 DE MAYO: Bélgica se rinde; el *Führer* exige la rendición incondicional.

«Se han desarrollado durísimos combates entre las 15,30 y las 19 con centenares de carros enemigos apoyados por infantería...», lo cual indica que el Mando Supremo alemán también había sido presa del pánico, pues juzgó que las fuerzas inglesas ascendían a nada menos que ¡cinco divisiones! Sintiéndose inseguro, Hitler envió a Keitel al lugar de la batalla, donde se reorganizó todo el despliegue de las fuerzas. La 5.ª y la 7.ª *Panzerdivision*, con las brigadas motorizadas *Totenkopf* y *Schutzen*, permanecieron inmovilizadas, mientras que la 6.ª y 8.ª *Panzerdivision* retrocedieron hacia posiciones más al Este.

A partir de aquel momento los alemanes demostraron cierto nerviosismo en la dirección de las operaciones. Rundstedt dijo después que el ataque de Arrás fue la única maniobra aliada, en mayo de 1940, que le había inspirado cierto temor.

Los Aliados se reúnen en Yprès

Aquella misma tarde del 21 de mayo, en Yprès, el general Weygand convocó por primera vez (que fue también la última) a los tres comandantes en jefe de los Ejércitos Aliados. Al llegar a la ciudad sólo encontró al rey Leopoldo y a su consejero militar, general Overstraeten; Billotte llegó más tarde, y lord Gort ni siquiera llegó a tiempo para ver a Weygand. Este expuso sin demora su plan: el objetivo era cerrar la brecha existente mediante una ofensiva, desencadenada al mismo tiempo en el Norte y en el Sur, por las fuerzas cercadas y por las que se encontraban en el Somme respectivamente. Las tropas belgas deberían retirarse sobre el Yser, a fin de reunir las unidades suficientes para la contraofensiva. El general Overstraeten era contrario a este plan, afirmando que «una nueva retirada tendría graves repercusiones sobre la moral de la tropa». Y añadía: «La línea del Yser no está convenientemente preparada, las carreteras están embotelladas por centenares de miles de fugitivos; el Ejército belga está cansado y algunas de sus unidades se encuentran además en fase de disgregación. Nuestro Ejército se encuentra en condiciones de batirse en las posiciones actuales, pero si se le obliga a una retirada, yo no garantizo nada».

Durante la conversación que siguió se supo que Weygand no había sido informado aún de que la tarde anterior los alemanes habían llegado a Abbeville. Al saberlo, la noticia le trastornó. Mientras tanto llegó Billotte, quién informó sobre la situación desastrosa en que se encontraba su Grupo de Ejércitos; de esta declaración resultó evidente que el único instrumento ofensivo eficaz eran las fuerzas inglesas. El mismo Weygand admitió entonces la dificultad de que los belgas se retirasen al Yser, por lo que dio su conformidad a que continuasen en el canal Gante-Terneuzen y en el Escalda.

Faltaba convencer solamente a lord Gort de que aceptase el nuevo plan. Cuando éste llegó comunicó la noticia de que los alemanes habían atravesado el Escalda cerca de Oudenaarde, y añadió que, en su opinión, era inevitable una retirada hacia el Lys. Lord Gort opinaba también que los Aliados no estaban en condiciones de acometer una contraofensiva enérgica e inmediata, ya que las divisiones inglesas estaban dispersas en frentes excesivamente amplios y los Ejércitos franceses se hallaban prácticamente deshechos.

Cuando concluyó la reunión se había decidido trasladar las tropas aliadas a un nuevo frente formado por Valenciennes, el Escalda, la antigua línea defensiva de la frontera y el Lys.

La situación empeoró todavía más con la muerte del general Billotte, víctima de un accidente de carretera cuando regresaba a su puesto de mando. De este modo desapareció de la escena, sin haber podido comunicar sus órdenes, la figura de mayor relieve de las que habían participado en la reunión de Yprès. Su sucesor, el general Blanchard, no estuvo al corriente de las decisiones tomadas y de las medidas adoptadas hasta las 12 del día siguiente. Más tarde ya fue imposible toda coordinación. La situación evolucionaba de un modo tan rápido que los generales Weygand y Blanchard no pudieron ejercer ningún mando sobre las fuerzas desplegadas en el Norte, y durante el resto de la campaña cada Ejército se vio obligado a actuar por cuenta propia.

Hitler detiene sus fuerzas acorazadas

Los carros de combate alemanes habían cubierto los 380 km que separan Bastogne de la costa en unos diez días aproximadamente. La operación «guadaña», realizada hasta el día 21 de mayo con gran habilidad, había puesto en fuga a todas las fuerzas que habían tratado de detenerla; y sin embargo, a pesar de este empuje, las fuerzas alemanas necesitarían otros dieciséis días para cubrir los 50 km que separaban Abbeville de Dunkerque.

En la noche del 22 al 23 de mayo el general von Brauchitsch, resumió la situación en términos exactos: no sintiendo excesivo temor por las reacciones aliadas, ordenó a su Grupo de Ejércitos que continuasen enérgicamente la acción cerco. El general von Rundstedt, no se mostraba demasiado entusiasta ante la idea de una conversión hacia el norte. Preocupado por la presencia en su flanco meridional del reconstituido Ejército 7 francés y por el contraataque de Arrás, decidió, de acuerdo con Kleist, agrupar sus Grandes Unidades acorazadas a lo largo de la línea Gravelines, St. Omer, Béthune, donde permanecieron temporalmente, lo que dio a los ingleses otro día de tiempo para reforzar las defensas en su flanco occidental.

La misma tarde del 23 de mayo, Brauchitsch, ignorando la decisión de Rundstedt, decidió trasladar el Ejército de Kluge, del Grupo de Ejércitos A de Rundstedt, al Grupo de Ejércitos B de Bock, a fin de poner bajo un solo mando todas las unidades destinadas a aniquilar las fuerzas cercadas de los aliados. Esta orden, que había de entrar en vigor a las 20 horas del día siguiente, habría decidido probablemente la suerte de los Aliados. Pero entonces intervino Hitler. A las 11,30 del 24 de mayo, mientras visitaba el puesto de mando de Rundstedt en Charleville, se le informó de las órdenes dadas por Brauchitsch e inmediatamente las anuló. Y no sólo aprobó la decisión de Rundstedt de detener las unidades acorazadas, sino que ordenó además que esta detención fuese permanente en lugar de temporal.

Mientras tanto, la situación de las fuerzas aliadas se estaba haciendo imposible tras la primera línea, ya que las grandes columnas de fugitivos, las incursiones aéreas y las primeras y apresuradas fases de la evacuación creaban un grave desorden.

La situación se hace desesperada

Al amanecer del día 24 el Ejército belga estaba desplegado y en contacto con el enemigo en un arco de 95 km, que se extendía desde Menin hasta el mar. A pesar de las graves pérdidas sufridas en hombres y en material, la moral de algunas unidades belgas seguía siendo excelente, pero en otras se había infiltrado cierto derrotismo.

Durante la noche del 23 al 24 de mayo y a la mañana siguiente, la artillería alemana sometió a un intenso fuego las defensas aliadas situadas entre Courtrai y Menin, mientras los *Stuka* extendían el ataque a la retaguardia. Al comienzo de la tarde después de haber atravesado el Lys, a ambos lados de Courtrai, cuatro divisiones atacaron las principales posiciones defensivas, consiguiendo arrollarlas.

Desde el punto de vista estratégico, el lugar del ataque había sido muy bien elegido. Lanzado cerca del punto de unión de los Ejércitos belga e inglés, amenazaba el enlace de ambos y podía aislarlos. Pero el Mando Aliado se dio cuenta de este peligro y actuó rápidamente: la brecha fue taponada aquella misma noche con las reservas que quedaban, maniobra que algunos criticaron después injustamente, sosteniendo que aquellas reservas no debían haberse empleado tan pronto ¿Pero, qué otra cosa se podía hacer?

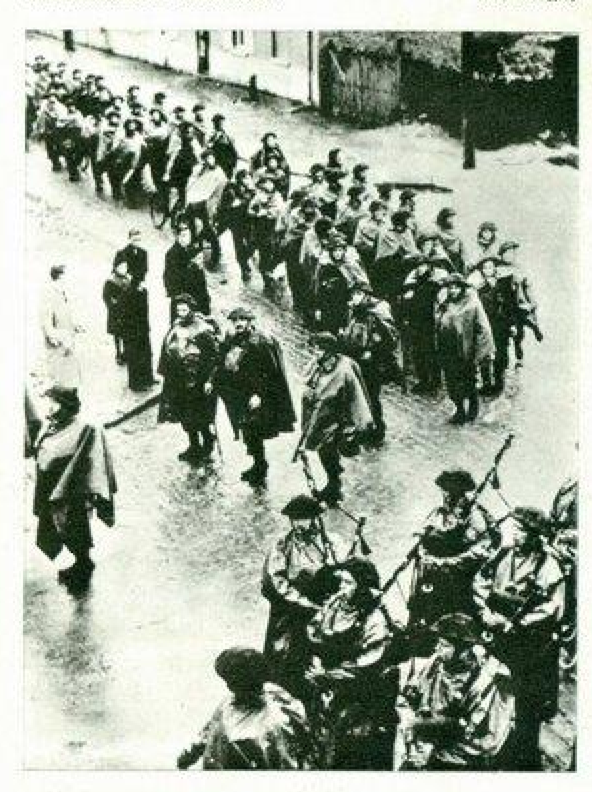
En el ínterin el rey Leopoldo había dirigido una patética proclama a sus tropas: «La gran batalla que estábamos temiendo ha comenzado. Será dura. Combatiremos con todas nuestras energías y con el máximo valor; nos batiremos en este suelo donde en 1914 detuvimos victoriosamente al invasor. Bélgica espera que hagáis honor a la bandera. Soldados, cualquiera que sea el resultado final, vuestro destino es el mío.»

Pero a las 7 del 25 de mayo los alemanes habían roto el frente y formado una nueva cabeza de puente todavía más al Norte. Pese a algunos brillantes hechos aislados, como el de los Cazadores de las Ardenas, que retrasaron el avance ene-



Parlamentarios alemanes acudiendo a tratar de la rendición de Rotterdam. El 14 de mayo la «Luftwaffe» sometió a la ciudad a un horroroso bombardeo. La resistencia de Holanda cesó aquella misma noche. *(History of the Second World War)*

23 de mayo: tropas escocesas, agregadas al Cuerpo Expedicionario británico en Francia, pasean por un pueblo francés en su camino hacia el frente. Las fuerzas terrestres inglesas sumaban 10 divisiones. *(Archivo Rizzoli)*



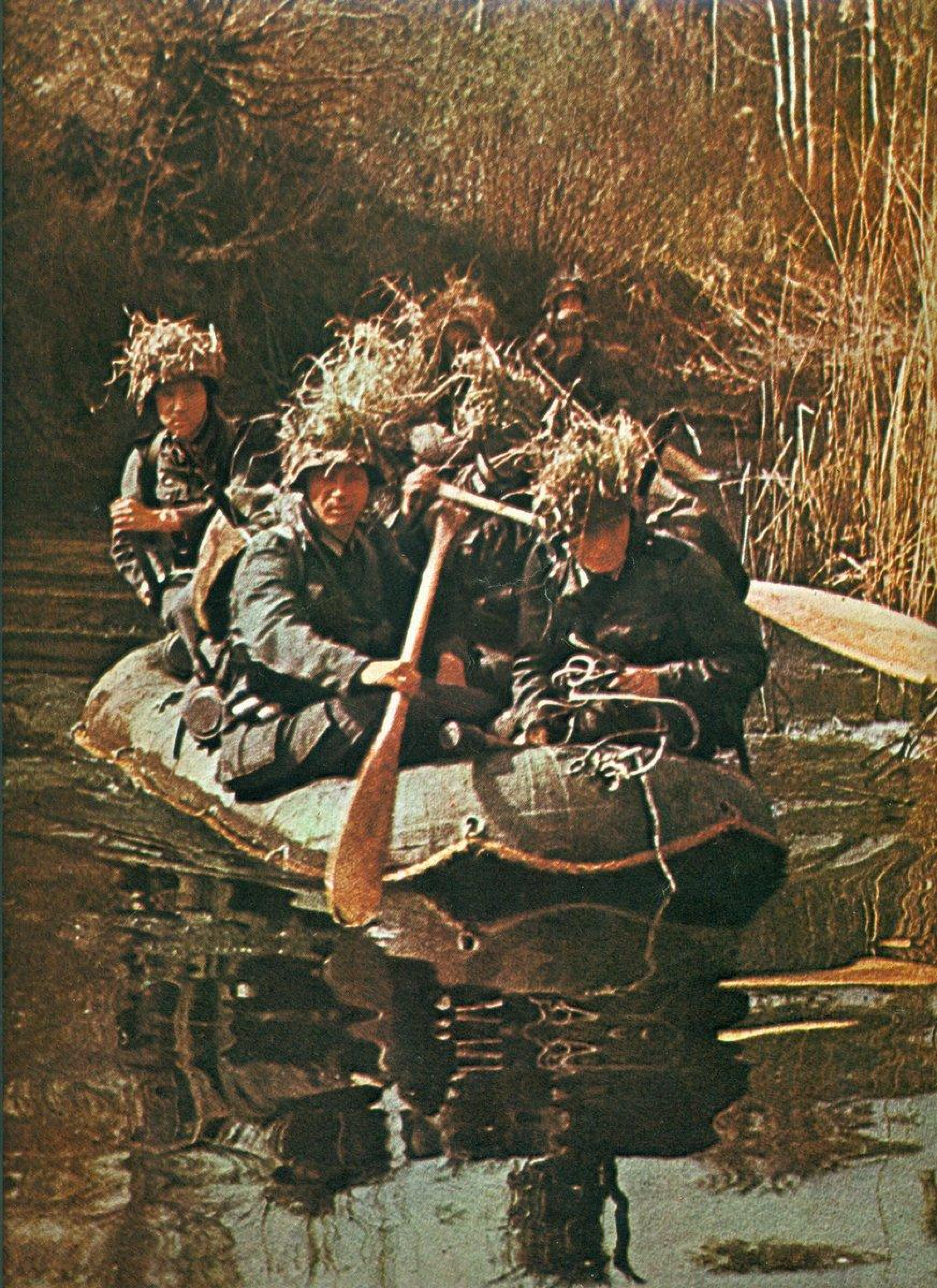
A la izquierda: una refinería de petróleo en Amsterdam presa de las llamas. Para obligar a rendirse a la «fortaleza Holanda», la *Luftwaffe* amenazó con arrasar Amsterdam y La Haya si no cesaba la resistencia.

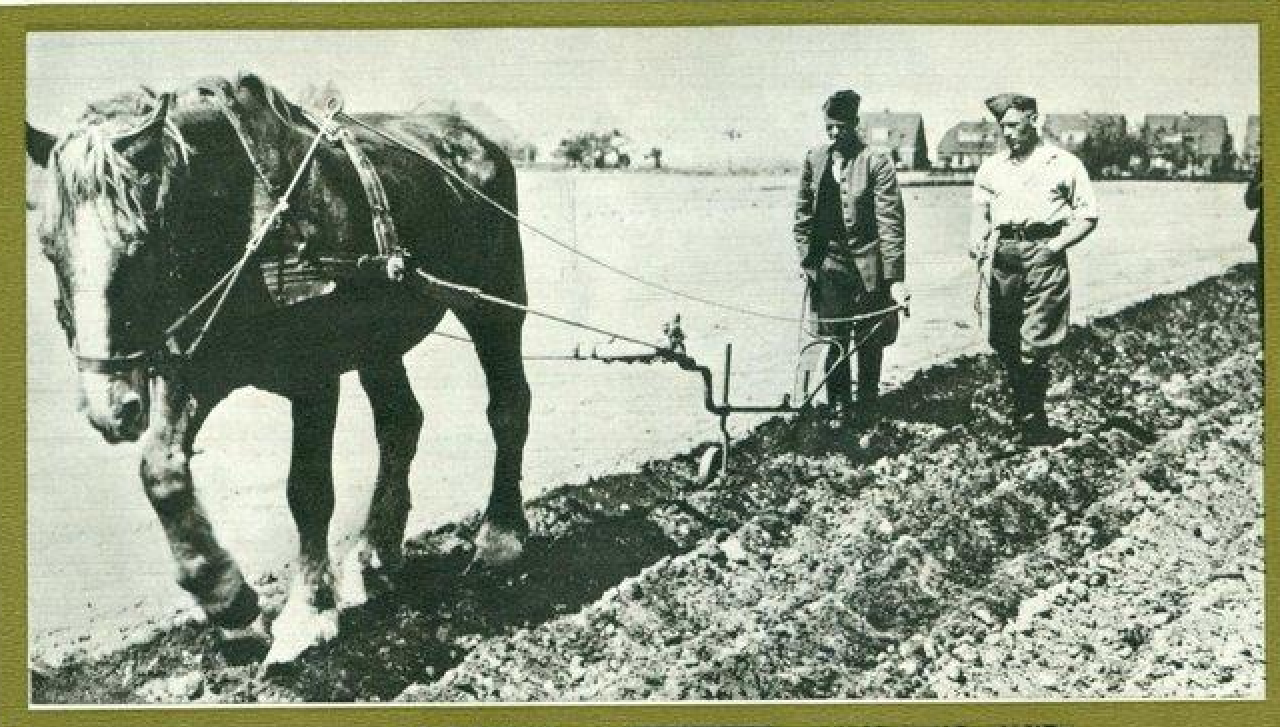
(History of the Second World War)

A la derecha: en Holanda, la infantería alemana no tuvo dificultades para salvar la red de canales, incluso a veces se aprovechaban como vías de comunicación.

(History of the Second World War)

Abajo: soldados alemanes atacando un pueblo fronterizo en Bélgica, cerca de Malmédy. *(Archivo Rizzoli)*









Ocupación de Bélgica: soldados belgas prisioneros vuelven a sus ocupaciones habituales.

Una muchacha belga remienda la chaqueta de un soldado alemán. Exceptuando algunos casos esporádicos, nunca llegó a producirse la colaboración que los alemanes esperaban.

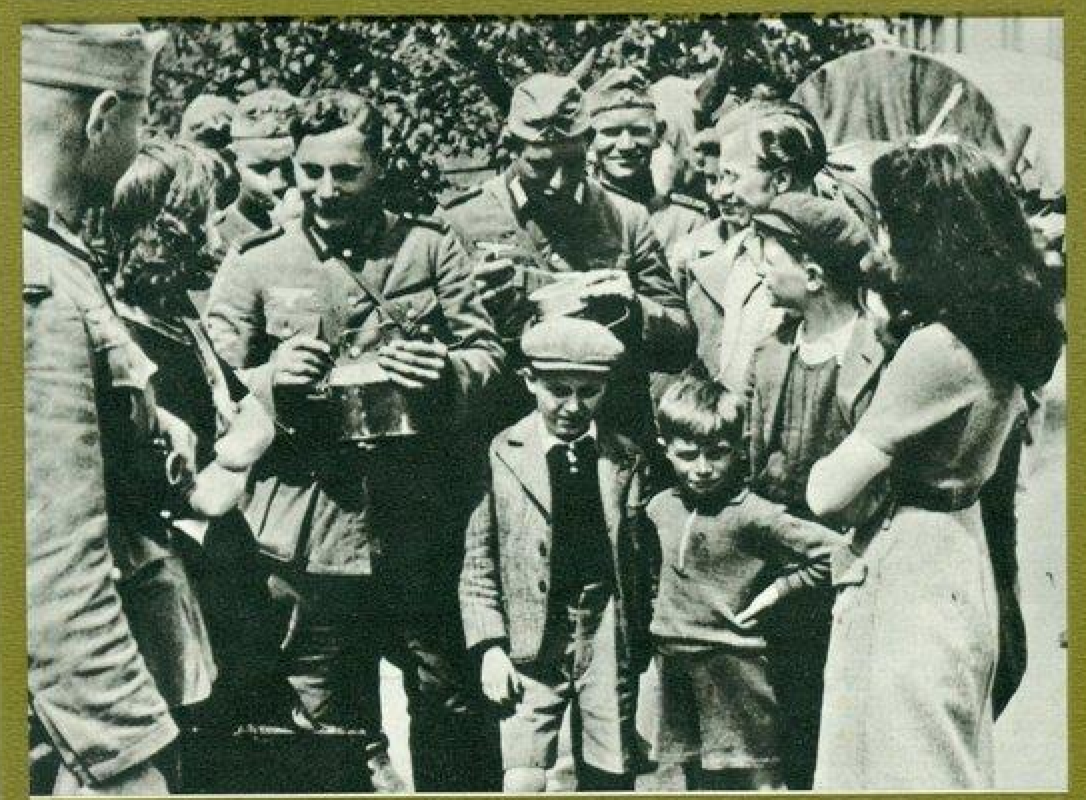
El Ejército belga se ha rendido: del 24 al 27 de mayo había combatido ininterrumpidamente bajo constantes e intensos bombardeos.

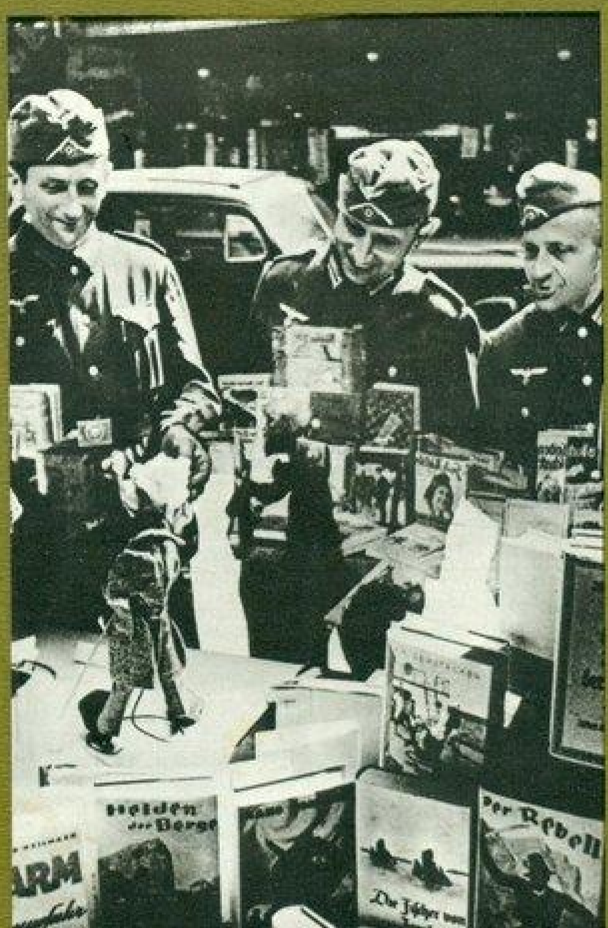
Tropas de ocupación en Bélgica.

19 de mayo: después de la caída de Bruselas, soldados alemanes izan la bandera alemana en el castillo real de Laeken.

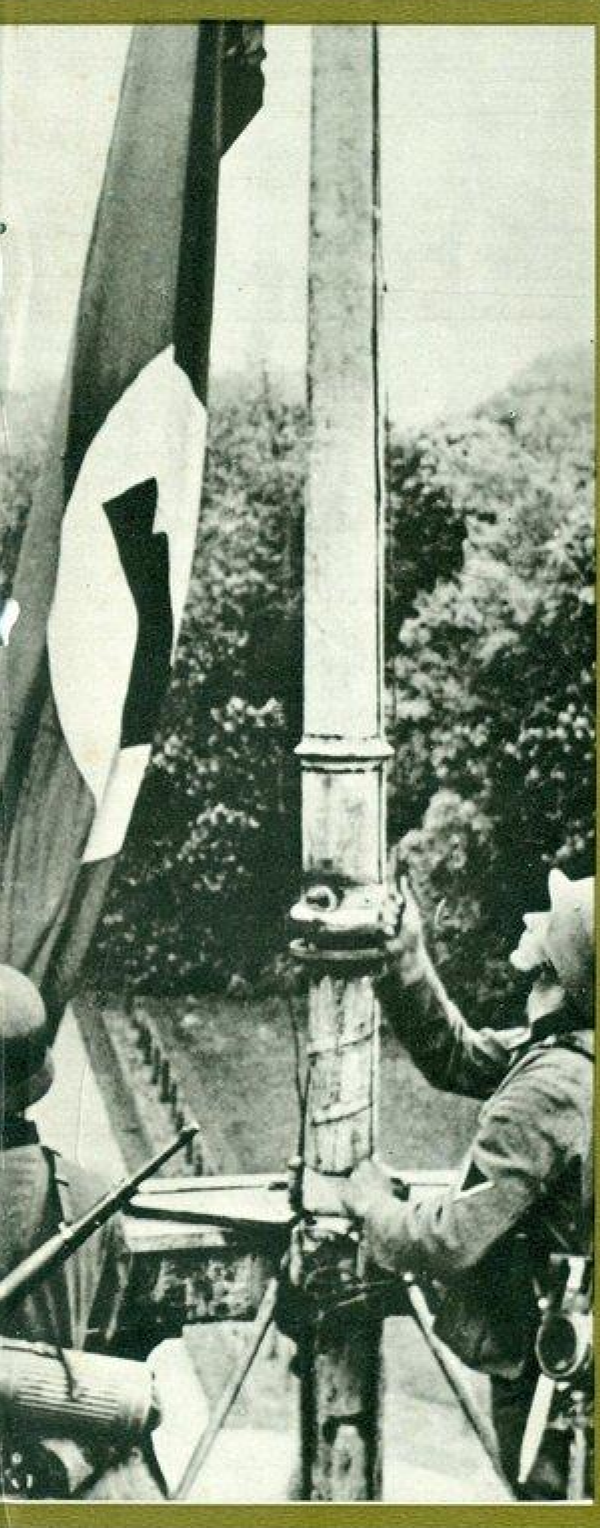
Bruselas, mayo de 1940: un grupo de soldados alemanes ante la tienda de un librero, obligado a exponer en el escaparate libros alemanes enviados desde Berlín por el Ministerio de Propaganda. La ocupación ha comenzado.

(Archivo Rizzoli)









migo en un espléndido contraataque, las horas del Ejército belga estaban contadas. En la madrugada los alemanes atacaron con violencia en el Oeste, en una línea comprendida entre Geluwe e Izegem. Atravesaron el canal Mandel, y las cabezas de puente constituidas el día anterior quedaron de este modo unidas, mientras que aún más al Norte forzaron el paso del canal derivado Deynze-Heist.

Al Mando Supremo, que tenía que hacer frente a peligros cada vez mayores en seis puntos distintos, le llovían las peticiones de refuerzos. Como reserva sólo quedaban los restos de tres divisiones, pero se trataba de tropas que habían soportado días de durísimos combates. La División 3, por ejemplo, sólo podía reunir 1250 hombres, y todas sus armas pesadas habían sido abandonadas o destruidas durante el combate. Sorprendía incluso que aún existiera un frente continuo, pues si bien los alemanes lo habían roto en muchos puntos, en cada ocasión todas las brechas habían sido taponadas, aunque en el último momento.

La tarde del 26 de mayo el rey de los belgas comunicó a Blanchard el siguiente mensaje: «El Mando belga me pide que informe al comandante en jefe de los Ejércitos aliados que la situación del Ejército belga es grave, pero que, no obstante, el Mando tiene la intención de continuar la lucha. Sin embargo, ya se ha llegado al límite de toda resistencia.» Lord Gort había recibido también un mensaje que, entre otras cosas, decía: «Los belgas ya no tienen más fuerzas disponibles para detener el avance sobre Yprès. Por lo tanto debe descartarse la idea de una retirada a este punto, ya que una maniobra semejante destruiría nuestras unidades mucho más rápidamente que una batalla, y con el inconveniente de no causar daño alguno al enemigo. Se ha dado la orden de extender las inundaciones a la orilla oriental del Yser y del Yperlée; pero hay que hacer observar que el nivel de las aguas subirá lentamente, ya que estamos ahora en el período de las mareas bajas.»

En estas trágicas circunstancias se inició el último día de lucha del Ejército belga. El mayor peso del ataque alemán se concentraba en el sector central del frente, en dirección a Tielt, donde en las últimas horas de la mañana se abrió una brecha de más de 8 km. Y como no se disponía de medios adecuados para taponarla, los alemanes encontraron abierto el camino hacia Brujas.

A las 12,30 del 27 de mayo el rey Leopoldo envió a lord Gort el siguiente mensaje: «El Ejército está desanimado. Hace cuatro días que está combatiendo ininterrumpidamente bajo constantes bombardeos, y se está acercando la hora en que no podrá continuar la lucha. En estas circunstancias, para evitar un colapso general, el rey no tendrá más remedio que rendirse». A las 14,30 la misión militar francesa recibió una comunicación semejante.

En las primeras horas de aquella misma mañana el almirante Keyes, jefe de la misión militar inglesa en Bélgica, transmitió al rey Leopoldo un mensaje del rey de Inglaterra, en el que se le rogaba que abandonase el país para continuar dirigiendo la resistencia belga desde Inglaterra. Al recibir este mensaje, el soberano se retiró con la reina madre Isabel y poco después el rey y su madre comunicaron que habían tomado la firme decisión de permanecer en Bélgica. Entonces Keyes telefoneó a Churchill para comunicarle la decisión del soberano e informarle de que el Ejército belga no estaba en condiciones de continuar la resistencia ni siquiera un día más.

Rendición incondicional

A las 16 horas el Alto Mando belga llegó a la conclusión de que, habiendo agotado ya toda capacidad combativa, el envío de una delegación que solicitase un armisticio todavía concedería a sus aliados un poco de tiempo. Inmediatamente se informó a los jefes de las misiones aliadas de que una delegación belga se disponía a solicitar el cese de las hostilidades.

A las 17 el general de división Derousseaux se dirigió a las líneas alemanas. Después de un viaje largo y dificultoso, llegó al puesto de mando de un general de Cuerpo de Ejército, quien transmitió directamente su mensaje al Mando Supremo alemán. La respuesta fue clara y concisa: el *Führer* pedía la rendición incondicional.

A las 22,30, después de otro accidentado viaje, el general Derousseaux pudo regresar al Alto Mando belga. Y a las 23 el rey Leopoldo, de acuerdo con su jefe de Estado Mayor, decidió aceptar las condiciones y dispuso que el «cese el fuego» entrase en vigor a las cuatro del día 28 de mayo. Mientras tanto, la División 60 francesa, todavía bajo el mando belga, atravesó el Yser, y aquella misma tarde la misión militar gala abandonó el Alto Mando belga y se trasladó a La Panne.

El almirante Keyes, que había ido también a La Panne para informar a Londres de lo que estaba sucediendo, regresó a Brujas a las 23 a fin de presentar al rey Leopoldo una nueva invitación de Churchill para que se dirigiese a Inglaterra. Pero el rey la rechazó de nuevo, por lo que el almirante se despidió de él para dirigirse a Nieuport, donde le esperaba el coronel Davy. En este lugar, junto con otros oficiales, trataron de encontrar el medio para salir del país. Cuando al fin habían encontrado un barco de pesca, oyeron el ruido del motor de una lancha torpedera; con una lámpara de bolsillo señalaron entonces el nombre de «Keyes» e inmediatamente después entraron en el puerto otras tres lanchas. Después de haber hundido en las profundas aguas del puerto sus automóviles, la misión militar inglesa en Bélgica emprendió, en la madrugada, su viaje a Harwich.

En el frente belga cesaron las hostilidades a las 4 del día 28 de mayo de 1940, excepto en el sector Roulers-Yprès, donde algunas unidades, que habían quedado aisladas y por lo tanto faltas de noticias, continuaron combatiendo durante otras dos horas.

A las 10,30 el Mando belga recibió, por medio de la delegación de armisticio, que se encontraba en el puesto de mando del general von Reichenau, cerca de Renaix, un mensaje del Alto Mando alemán que pedía a los belgas que dejasen pasar libremente a algunas columnas alemanas que se encaminaban hacia el mar. Una copia de este mensaje se envió inmediatamente a la misión francesa de La Panne con un ciclista portaórdenes, pues habían sido cortadas las comunicaciones telefónicas; pero el documento tuvo que ser devuelto porque el general Champon ya había abandonado Bélgica. A las 11, las columnas alemanas estaban en camino de Dixmude y Ostende.

A partir de entonces la única resistencia a las fuerzas de Bock, en el sector de Nieuport a Comines, la ofrecía el Cuerpo de Ejército II del general Alan Brocke, reforzado por las Divisiones 3 y 4, por la artillería del Cuerpo de Ejército I inglés y de la División 60 francesa.

Y en este lugar, donde yacían los restos de millares de soldados ingleses caídos en la primera Guerra Mundial, fue donde comenzó la heroica defensa del recinto de Dunkerque.

JEAN-LÉON CHARLES



Nacido en Quaregnon (Bélgica) en 1922, estudió en el Real Ateneo de Amberes y en la Escuela Militar flamenca. Durante la guerra estuvo en el Servicio de Información de la resistencia belga (grupo Bayard), siendo citado en la orden del día y condecorado. Después de la liberación de su país entró voluntario en la infantería belga como oficial en servicio activo, que dejó en 1960. Actualmente es comandante en la reserva. De 1953 a 1955 fue profesor de historia y de táctica militar en los cursos formativos para subtenientes, y de 1957 a 1963 enseñó historia en la Real Escuela Militar de Bruselas, donde actualmente está encargado de la crítica histórica, historia militar e historia contemporánea. En 1962 hizo el doctorado en Filosofía y Letras por la Universidad de Lieja. Ha publicado numerosos ensayos sobre temas histórico-militares.

HUNDIMIENTO DEL FRENTE SEDAN

Francia, 10-20 de mayo de 1940



Alistair Horne

Convencido de que los espesos bosques de las Ardenas constituían un baluarte «insuperable», el Estado Mayor General francés se limitó a desplegar allí escasas fuerzas. Fue un error catastrófico. En efecto, precisamente al sur de las Ardenas –en Sedán– fue donde los alemanes efectuaron la ruptura decisiva. A través de esta brecha, en una trepidante cabalgada, las unidades acorazadas alemanas se lanzaron hasta el mar, aislando a ingleses y franceses, que se habían dejado atraer hacia el Norte por la «muleta del torero».

Como ya se ha visto en el capítulo anterior, el definitivo plan de ataque alemán se basaba en un formidable empuje, por parte de las fuerzas acorazadas, que debía romper el frente del Mosa y luego, en un rápido avance hacia el Norte, llegar a las costas del canal de la Mancha. Era un plan arriesgado que inspiró siempre recelos al Alto Mando germánico. Y, en efecto, la escasa confianza que el Estado Mayor alemán tenía en el éxito de dicho plan lo revela la circunstancia de que sus órdenes se referían solamente al establecimiento de cabezas de puente en el Mosa, y no daban otras disposiciones para el caso de que la rotura del frente llegase a producirse.

En el frente aliado, 33 divisiones inglesas y francesas (incluidas algunas de las mejores con que contaba Francia) se enfrentaban con la «muleta del torero» (constituida por las 28 divisiones de Bock) y, según el «Plan Dyle» del general Gamelin, estaban preparadas para entrar en territorio belga. El importantísimo sector comprendido entre Namur y el extremo septentrional de la línea Maginot se hallaba defendido por el Ejército 9 de Corap y el 2 de Huntziger, que sumaban tan sólo 12 divisiones formadas, en su mayoría, por reservistas. El punto de enlace entre los dos ejércitos se encontraba exactamente en el valle de Sedán. La exigüidad de las fuerzas que cubrían este tramo del Mosa obedecía al hecho de que el Estado Mayor General francés seguía fiel a la idea tradicional de que las Ardenas eran «insuperables», a pesar de que ya en 1928 Liddell Hart y otros observadores habían subrayado que se exageraba mucho a este respecto. Tampoco se había resuelto bien el problema de las reservas: unas 30 divisiones francesas estaban inútilmente inmóviles en la línea Maginot, agregadas a las tropas normales de guarnición. Dos de las tres divisiones acorazadas francesas habían sido asignadas a las fuerzas que protegían Bélgica, al norte de Namur. Por lo tanto, sólo quedaban 10 divisiones de reserva para hacer frente a eventuales situaciones de emergencia. Ya al final del primer día de batalla, la famosa «masa de maniobra francesa», de la que después se oiría hablar tanto en varias ocasiones, no existía prácticamente. La escena estaba perfectamente preparada para una tragedia.

Puntos débiles en la organización del mando

Gamelin, comandante en jefe del Ejército francés, había sido, durante la primera Guerra Mundial, jefe de la Sección de Operaciones del Estado Mayor del mariscal Joffre. En 1940, en su puesto de mando, situado en el castillo de Vincennes, actuaba en una atmósfera de aislamiento respecto de los sucesos de cada día, semejante a la que había rodeado al gran Joffre en Chantilly.

De Gaulle, después de haber visitado este puesto de mando de Gamelin, dijo que había tenido la impresión de encontrarse en un «convento», y añadía: «En su torre de marfil de Vincennes, el general Gamelin me pareció un sabio intentando verificar las reacciones químicas de su estrategia en un laboratorio». Por su parte, Reynaud, Primer Ministro, no tenía mucha confianza en Gamelin, de quien había dicho una vez que habría podido ser «perfectamente un prefecto o un obispo», pero no el jefe de un Ejército. En una borrascosa sesión del Gobierno, celebrada precisamente el día antes del ataque alemán, había intentado destituirlo de su cargo por el poco airoso papel que desempeñó en la desastrosa campaña de Noruega. Gamelin tenía como sustituto al general Georges, a quien, en su calidad de «comandante en jefe del frente nororiental», le correspondía también (en teoría) el mando efectivo y directo de las actividades operativas en todo el arco del frente, desde Suiza hasta el mar. Pero las atribuciones de ambos generales, mal definidas, tendían a sobreponerse, y a esto había que añadir, además, el hecho de que sus relaciones personales eran más bien difíciles. Entre el general Georges y los diversos jefes de Ejércitos todavía había otro general con su mando: Billotte, comandante del Grupo de Ejércitos I. Gamelin no ejercía ningún mando sobre la Aviación. Por otra parte, su puesto de mando no disponía de una estación de radio con la que pudiese estar en contacto con los comandantes de las grandes unidades que dependían de él. De un jefe a otro, la cadena del mando francés era tan complicada y poco eficiente que hacía perder a los franceses el elemento que más necesitaban: el tiempo.

Aparte este elemento de vital importancia, las dos armas decisivas del ataque alemán fueron el carro de combate y el avión. En el terreno de las fuerzas acorazadas, la relación numérica, como ya se ha dicho en otro lugar, era favorable a los Aliados, pero su organización, estructuración y modo de empleo eran totalmente inferiores. Los carros de combate franceses estaban subdivididos entre los mandos de Caballería y de Infantería, repartidos entre unidades mayores, como ya lo habían estado en la primera Guerra Mundial. En cambio, las fuerzas acorazadas alemanas estaban concentradas en diez *Panzerdivisionen*, bien entrenadas y de comprobada eficacia, cada una de las cuales tenía una fuerza comprendida entre los 220 y los 300 carros de combate, contra los 120 y 160 asignados, respectivamente, a la 1.ª y 2.ª Divisiones Acorazadas francesas. Por otra parte, sólo entonces, al principio de la guerra, comenzaron los franceses a preparar las primeras minas contracarro. Durante la «guerra extraña» la propaganda francesa había aprovechado al máximo la afirma-

ción propagada por las tripulaciones de sus carros, de que los proyectiles contracarros del enemigo «rebotaban» en la coraza de sus máquinas. Quizá fuera cierto, pero más cierto era que los carros de combate alemanes eran muy superiores a los franceses en velocidad y autonomía.

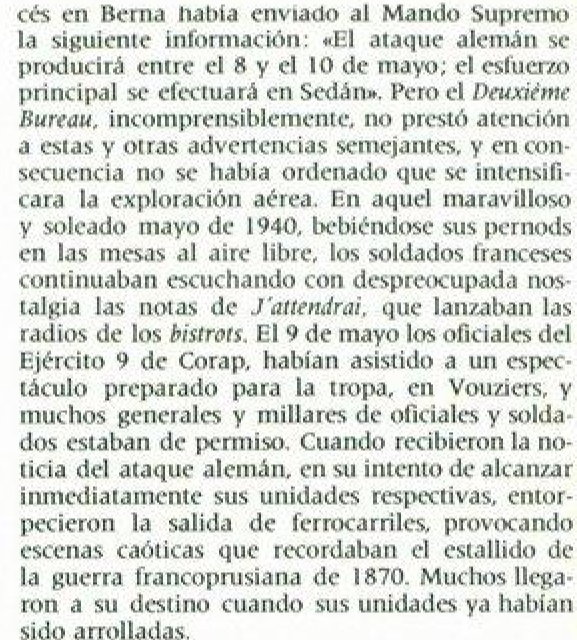
El Ejército francés carecía, además, de un elemento muy esencial, aunque no mensurable: la *moral*. Los recuerdos de Verdún y del millón y medio de muertos de la primera Guerra Mundial pesaban gravemente sobre todos los soldados. Asimismo, los efectos deprimentes de la política del Frente Popular, del *appeasement*, de las incruentas victorias de Hitler y la espectacular y rápida derrota de Polonia, habían dejado una huella profunda en el ánimo del soldado francés, agravada además por el largo período de inactividad que había caracterizado los meses de la «guerra extraña». «A todo esto –escribía un general del Ejército 2 francés– debemos añadir los desastrosos efectos de la bebida, esta excrecencia cancerosa que corroe el nervio vital del país... En las mayores estaciones ferroviarias hemos tenido que preparar locales eufemísticamente denominados salas de desetilización».

Inmediatamente después de la campaña de Polonia, Hitler demostró una vez más lo extraordinaria que era su intuición y cuánto se equivocaban sus generales, haciendo observar a Jodl: «El gasto de enormes sumas de dinero para la construcción de la línea Maginot, que se ha prolongado durante tantos años, no ha dejado de ejercer cierta influencia sobre ellos (los franceses). Imbuidos en sus ideas de 'seguridad', han perdido aquel ímpetu que los convirtió, en la primera Gerra Mundial, en nuestros enemigos más peligrosos». Todo lo contrario podía decirse de los jóvenes alemanes de la *Wehrmacht*, que, desde lo alto de las torretas de sus carros de combate, veían cruzar rápidamente, ante sus ojos, los floridos campos de aquel mes de mayo y que sentían una suprema confianza en la superioridad de su raza: habían adquirido un ímpetu totalmente nuevo.

Falanges de unidades acorazadas

Cuando, en la madrugada del 10 de mayo, el *Panzergruppe* de Kleist cruzó la frontera en el Mosa debió ofrecer un espectáculo insólito: desde el aire parecería la más colosal obstrucción de tráfico registrada en la historia. Según el jefe de Estado Mayor de Runstedt, Blumentritt, esta gigantesca masa de unidades acorazadas y de vehículos de todas clases se extendía a lo largo de más de 150 km, y sus últimos elementos se encontraban a unos 80 km al este del Rhin. Si todos estos vehículos hubieran estado colocados uno tras otro, en una sola fila, el final de la misma se encontraría en Koenigsberg, en Prusia Oriental, y su cabeza en Tréveris. Sobre ella sobrevolaba, zumbando, una inmensa cobertura de cazas; y lo más extraordinario fue que la Aviación francesa apenas se preocupó de efectuar salidas de reconocimiento. De haberlo hecho, aun el peor oficial del *Deuxième Bureau* (Servicio de Información) no habría dejado de llegar a la conclusión de que aquel era el sector que los alemanes habían elegido para descargar su ataque decisivo.

Ya el día 1 de mayo, el agregado militar fran-



cés en Berna había enviado al Mando Supremo la siguiente información: «El ataque alemán se producirá entre el 8 y el 10 de mayo; el esfuerzo principal se efectuará en Sedán». Pero el *Deuxième Bureau*, incomprensiblemente, no prestó atención a estas y otras advertencias semejantes, y en consecuencia no se había ordenado que se intensificara la exploración aérea. En aquel maravilloso y soleado mayo de 1940, bebiéndose sus pernods en las mesas al aire libre, los soldados franceses continuaban escuchando con despreocupada nostalgia las notas de *J'attendrai*, que lanzaban las radios de los *bistrots*. El 9 de mayo los oficiales del Ejército 9 de Corap, habían asistido a un espectáculo preparado para la tropa, en Vouziers, y muchos generales y millares de oficiales y soldados estaban de permiso. Cuando recibieron la noticia del ataque alemán, en su intento de alcanzar inmediatamente sus unidades respectivas, entorpecieron la salida de ferrocarriles, provocando escenas caóticas que recordaban el estallido de la guerra francoprusiana de 1870. Muchos llegaron a su destino cuando sus unidades ya habían sido arrolladas.

El general Gamelin, al recibir la noticia, dictó una orden del día que anunciaba el ataque alemán y terminaba con las mismas palabras usadas por Pétain, veinticuatro años antes, con motivo de la crisis de la batalla de Verdún: Nous les aurons! Era un nuevo detalle que revelaba cómo el Ejército francés de 1940 estaba vinculado a la mística de la primera Guerra Mundial. En Alemania, informado de que los Aliados se habían dirigido inmediatamente a la «muleta del torero», avanzando hacia Bélgica, Hitler escribió: «Casi lloré de alegría: ¡habían caído en la trampa...!» Y en París, Reynaud dijo ansioso a Paul Baudouin: «Ahora veremos qué clase de hombre es Gamelin».

De acuerdo con el «contra-plan» aliado, que entró en vigor en cuanto los alemanes hubieron atravesado las fronteras luxemburguesa y belga, los Cuerpos de Ejército II y XI, situados a la izquierda del Ejército 9 de Corap, abandonaron sus trincheras y avanzaron por territorio belga, alineándose finalmente en el Mosa, entre Namur y Givet, en posiciones defensivas bastante mal preparadas. A su derecha, dos divisiones de caballería ligera y una brigada de *spahis* (caballería indígena africana), más dos divisiones de caballería del Ejército 2 atravesaron el Mosa para establecer contacto con la vanguardia de Rundstedt, que se acercaba a través de las Ardenas. Según las órdenes recibidas, debían efectuar una acción retardadora y averiguar la entidad de las fuerzas enemigas, misión esta última que debería haberse completado con la exploración aérea.

¡Cuatro divisiones y media de caballería contra las fuerzas acorazadas más poderosas que el mundo había visto! Semejante situación recuerda ciertas lejanas guerras coloniales del siglo pasado, cuando los hombres de tribus primitivas se enfrentaban con sus lanzas a las ametralladoras *Gatling*, o cuando junto a las pirámides, los caballeros mamelucos iban a estrellarse contra las cerradas formaciones napoleónicas. Cuanto más avanzaba la campaña, con más claridad se veía esta situación: los que se enfrentaban en el campo de batalla no eran dos ejércitos distintos, sino dos épocas distintas.

A través de las Ardenas

La Caballería francesa entró en contacto con el enemigo antes de lo previsto. Entonces se vio claramente que las Ardenas no constituían el menor obstáculo para los vehículos con cadenas, y, por otra parte, se había hecho muy poco para



Soldados de infantería alemanes se dirigen al frente montados en un carro de combate. El Grupo de Ejércitos A de Rundstedt, al que le esperaba la misión de atravesar las Ardenas, reunía un total de 44 divisiones, siete de ellas acorazadas. *(History of the Second World War)*

completar los obstáculos naturales. Los belgas llevaron a cabo bastantes trabajos de demolición, pero a pesar de ello muchos tramos de carreteras permanecían aún intactos. En este lado de la frontera, los franceses no quisieron cerrar las carreteras que atravesaban los bosques, abatiendo con este fin miles de árboles, aduciendo como inverosímil justificación que ¡esto impediría el avance de su caballería! La tarde del 10 de mayo, una división de caballería ligera se lanzó contra la vanguardia de la 10.ª *Panzerdivision*, perteneciente al *Panzerkorps* de Guderian, pero fue duramente rechazada. Al día siguiente, la caballería de cobertura se vio acosada por las fuerzas acorazadas alemanas, viéndose obligada a dispersarse en los bosques. Los carros de la división de Rommel avanzaban disparando en todas direcciones; y a propósito de estos primeros encuentros, Rommel escribió en su diario: «En cuanto abríamos fuego, los franceses se retiraban a toda prisa». A su vez, describiendo el avance de esta compacta masa de medios acorazados a través de las «insuperables» Ardenas, Blumentritt la definió «no como una verdadera operación en el sentido táctico de la palabra, sino más bien como una marcha de aproximación... En Luxemburgo no encontramos resistencia alguna, y en el Luxemburgo belga la resistencia fue muy limitada... Una oposición débil de la que pudimos fácilmente desembarazarnos».

La mañana del 12 de mayo los *Panzerkorps* de Guderian ocuparon Bouillon y atravesaron la frontera francesa un poco más al norte de Sedán. Las Ardenas habían quedado ya atrás. La acción retardadora francesa no había durado más de dos días, en vez de los nueve o diez que Gamelin había previsto para situarse en la orilla izquierda del Mosa y poder llevar a primera línea la lenta artillería francesa. Ya en esta primera fase del combate los franceses comenzaron a darse cuenta en qué medida el tiempo obraba contra ellos.

Mientras tanto, las unidades de caballería no habían podido llevar a cabo su misión retardadora; también su actividad de exploración había fracasado totalmente. Consternadas, dichas unidades se limitaron a comunicar al *Deuxième Bureau* que habían chocado con poderosas fuerzas acorazadas, pero no lograron ver lo suficiente para poder comunicar al general Gamelin que éste era precisamente el *Schwerpunkt* del ataque alemán.

En la tarde del 12 de mayo, domingo de Pentecostés, los carros de combate de la 1.ª y de la 10.ª *Panzerdivisionen* de Guderian llegaron al Mosa, a ambos lados de Sedán. Esta antigua ciudad fortificada (donde naciera el mariscal de Turena, siglos atrás vencedor de los alemanes) había sido escenario de una de las más graves humillaciones de Francia. En efecto, precisamente en Sedán, setenta años antes, Napoleón III se había rendido, con 100.000 hombres, a Bismark y a Moltke. Según las órdenes de Gamelin la Caballería francesa debía defender Sedán a «toda costa». Pero a las 19 horas de aquella misma tarde, temiendo ser rodeada por el flanco, se retiró a la orilla izquierda del río y voló los puentes, dejando que el enemigo ocupase la ciudad sin encontrar resistencia. Cuando cayó la noche, los carros de combate alemanes se asomaban a todo el tramo del Mosa comprendido entre Dinant y Sedán; en la orilla opuesta del río ya no quedaba ni un solo soldado francés.

Por último, en el sector más amenazado del frente, y a pesar de la rapidez con que el enemigo había efectuado su «marcha de aproximación», los comandantes franceses responsables siguieron pensando (basando sus cálculos, como de costumbre, en las experiencias de la primera Guerra Mundial) que pasarían al menos cinco o seis días antes de que los alemanes consiguieran concentrar bastante artillería para llevar a cabo el paso del Mosa. Pero no tenían en cuenta a los bombarderos en picado. El 12 de mayo la Aviación francesa había dado una prueba excelente de su valía atacando con gran ímpetu y abatiendo unos 30 aviones enemigos sin sufrir pérdidas. No obstante, el grueso de la *Luftwaffe* no había entrado todavía en acción. Aquel mismo día el coronel Schmundt, ayudante de campo de Hitler, preguntó a Kleist si tenía intenciones de atravesar en seguida el Mosa o si, en cambio, prefería esperar la llegada del grueso de la infantería. La pregunta reflejaba el nerviosismo suscitado en el OKH por el arriesgado plan de Manstein. Las fotografías obtenidas por los aviones revelaban que Sedán estaba cubierto por una zona defensiva muy fortificada; sin embargo, después de un examen más atento, un experto informó a Kleist que estas fortificaciones se hallaban todavía en fase de preparación. Aunque el siempre impaciente Guderian había manifestado que sólo podía disponer de dos de las tres *Panzerdivisionen*. Kleist comunicó a Schmundt que prefería atacar «inmediatamente», sin «pérdida de tiempo», a fin de caer sobre los franceses antes de que pudieran recuperarse. Como le habían asegurado el apoyo total de la *Luftwaffe*, la falta de artillería no le preocupaba lo más mínimo. Hitler le prometió todo el apoyo necesario.

Aquella noche Kleist ordenó al *Panzergruppe* que al día siguiente atravesara el Mosa. «Casi todas las fuerzas aéreas alemanas –dijo con ligera exageración– entrarán en acción con ataques ininterrumpidos que aniquilarán las defensas francesas del Mosa. Después de estos ataques, a las 16 horas, el *Panzergruppe* efectuará el paso y establecerá sus propias cabezas de puente».



13 de mayo: después de haber cruzado el Mosa, los fusileros, motoristas e infantes alemanes saltan a tierra e inmediatamente rodean las primeras casamatas. *(Ullstein)*

A través del Mosa

Sería el mismo *Panzerkorps* de Guderian el que, tras haber conquistado Sedán, descargaría el golpe más duro. En aquel punto el Mosa tenía unos 60 metros de anchura y no era vadeable. En la orilla izquierda se extendía la «línea principal de resistencia» francesa, constituida por casamatas y trincheras protegidas por un grueso cinturón de alambradas. Las casamatas, provistas de un cañón contracarros y ametralladoras, distaban unos 200 metros entre sí, proporcionando una defensa adecuada. Pero, como habían advertido los expertos de la oficina del mando de Kleist, muchas de esas casamatas no estaban aún terminadas. La situación de la segunda línea de resistencia, situada muy cerca de la línea principal, para poder ser de alguna utilidad en el tipo de estrategia «fluida» que Guderian quería aplicar, era todavía peor. Estas fortificaciones incompletas estaban defendidas por las Divisiones 55 y 71 del

Cuerpo de Ejércitos X (Ejército 2) de Grandsard. Se trataba de grandes unidades formadas por viejos reservistas poco preparados, ya que el sector de Sedán se consideraba «sector seguro».

Según palabras del mismo Grandsard, «en estas divisiones la disciplina estaba relajada por la escasa preparación física de los soldados y la falta de una eficiente acción de mando en casi todos los subalternos». Además, estaban dispersos en un frente de unos 40 km, formando, por consiguiente, una defensa muy endeble. Grandsard parecía, al menos a primera vista, estar bien apoyado por la artillería; la mañana del 13 de mayo sólo la División 55 había reunido en su sector 140 cañones. Sin embargo, como las orillas del Mosa eran bastante escarpadas, únicamente un tercio de esas piezas podía batir el río; muchos puestos de mando no contaban aún con trabajos de protección, y por añadidura, desde el principio, los artilleros se encontraron en dificultades por falta de municiones.

En las primeras horas de la mañana del 13 de mayo los centinelas avanzados de Grandsard comunicaron que motociclistas, carros de combate y unidades de infantería alemanas estaban saliendo de los bosques y se dirigían hacia el Mosa. En seguida, los cañones franceses abrieron fuego sobre las unidades acorazadas enemigas que avanzaban en formación increíblemente cerrada; pero los disparos se «economizaban» para no desperdiciar las escasas municiones. Los cañones alemanes no respondieron. Pero a mediodía llegaron los *Stuka*, e inmediatamente se lanzaron en picado, con su característico silbido, y lanzaron sus bombas de 450 kg sobre las débiles casamatas, sobre la infantería, que inútilmente trataba de ponerse al abrigo acurrucándose en las trincheras, y sobre las posiciones artilleras, sin un enmascaramiento adecuado o poco protegidas (algunas incluso al descubierto). Cerca de un millar de aviones cubría el cielo en la más cerrada de las formaciones. El ruido era aterrador. Cada soldado francés tenía la impresión de que un avión iba a «lanzarse precisamente sobre su cabeza», y que no podía en modo alguno fallar el blanco. En ningún sitio le era posible ocultarse a su vista, en ningún lugar podía sentirse fuera del alcance de aquella arma terrible.

No obstante, debido a la poca precisión de los bombarderos, las pérdidas francesas no fueron en realidad muy elevadas. Pero, como instrumento de terror, el *Stuka* era infinitamente más eficaz que el estallido de las primeras granadas disparadas en 1914 por la artillería pesada (obuses de 280 mm y morteros de 420 mm) sobre los fuertes de Lieja, o que el primer ataque con gases asfixiantes lanzado en la región de Ypres, o, asimismo, que la aparición del primer lanzallamas o del carro de combate. Se trataba de una nueva «dimensión» de la guerra para la que no estaban preparados ni siquiera los soldados profesionales más duros y expertos. Y precisamente los hombres de Grandsard eran civiles sin empuje, que prestaban servicio en un Ejército cuya moral no tenía nada de elevada. No sería justo cargarles a ellos toda la responsabilidad de lo que sucedió.

«Los artilleros dejaron de hacer fuego y se arrojaron a tierra –escribió un general francés–; los infantes, aterrorizados por el fragor de las granadas y por el silbido de los bombarderos, se aplastaron en las trincheras; ni siquiera habían llegado a reaccionar instintivamente corriendo a las piezas antiaéreas. Su única preocupación era agachar la cabeza todo lo posible».

En torno al lugar de la lucha volaban los *Messerschmitt*, dispuestos a lanzarse sobre los cazas franceses, más lentos, que intentaran interferir la acción de los *Stuka*. Los soldados franceses, escondidos en las trincheras, sintiéndose abandonados, imprecaban contra su aviación. Unas cinco horas duró aquel terrible bombardeo; luego, la artillería alemana se unió a la acción de los *Stuka* cuando la actividad de éstos estaba decreciendo.

A las 16 se inició el paso del río. Los alemanes habían estudiado perfectamente los diversos tiempos de la operación. «Inmediatamente después de las últimas bombas– dijo el mayor Keilmansegg–, bajo una lluvia de tierra que volvía a caer al suelo, las primeras lanchas neumáticas alcanzaron la orilla opuesta. Los fusileros, motoristas e infantes saltaron a tierra e inmediatamente rodearon las casamatas más próximas, donde encontraron a los soldados franceses demasiado aturdidos para responder al fuego». Muy nerviosos también, porque no sabían lo que les esperaba en la otra orilla, los jóvenes alemanes de las tropas de asalto se animaron en seguida ante la desmoralización que los *Stuka* habían causado en las filas francesas. Guderian, que conforme a su estrategia bélica había atravesado el río bajo el fuego de las granadas en la primera lancha de asalto, escribió que el ataque se realizaba «como si se estuviese efectuando en el curso de unas prácticas. La artillería francesa estaba casi paralizada por la incesante amenaza de los ataques de los *Stuka* y de los bombarderos. Los puestos de tiro, situados a lo largo del Mosa, habían quedado reducidos al silencio por nuestra artillería, mientras los ametralladores enemigos tenían que mantenerse al abrigo del fuego de nuestras armas pesadas y de la artillería. A pesar de que el terreno estaba totalmente descubierto, nuestras pérdidas fueron ligeras».

La conquista de las cabezas de puente

Si bien hubo casamatas que se batieron con desesperado heroísmo, cosa que nadie ha recordado, en su conjunto la defensa francesa no tuvo nada de brillante: en realidad debía ser forzosamente así habida cuenta la calidad de las tropas de Grandsard y la naturaleza de las armas contra las que tuvieron que enfrentarse. A última hora de la tarde, la División 55 francesa dejó de ofrecer resistencia y Guderian ordenó que las unidades acorazas ligeras cruzasen el río por medios discontinuos. A las 18 horas, en su puesto de mando, situado un poco más al sur de Boulson, el general Lafontaine, comandante de la citada división, estaba considerando las posibilidades que había para poner remedio a la situación. Pero de improviso, una oleada de fugitivos aterrorizados –artilleros e infantes, en automóviles de transporte o a pie, muchos sin armas, arrastrando sus mochilas– llenó la carretera de Boulson. «¡Los carros de combate están en Boulson!», gritaban. Algunos disparaban al aire sus armas, como enloquecidos. Y a partir de entonces este había de ser un espectáculo habitual en Francia en el curso de las semanas siguientes.

Cuando cayó la noche de aquel desgraciado 13 de mayo, la 1.ª *Panzerdivision* de Guderian ocupaba ya las alturas de Marfée, habiendo arrollado de un solo golpe tanto la línea defensiva principal como la secundaria.

En el transcurso de la misma noche, aún no debidamente apoyado por unidades acorazadas, el primer regimiento de fusileros del teniente coronel Blalk consiguió llegar hasta Chéhery, a unos 10 km, aproximadamente, más allá del río.

A la izquierda del dispositivo alemán, la falta de apoyo por parte de la artillería hizo más difícil el paso del río a la 10.ª *Panzerdivision*; no obstante, también consiguió establecerse en la orilla izquierda. En conclusión, Guderian había conseguido asegurar en la orilla opuesta del Mosa una cabeza de puente de esperanzadoras dimensiones –5 km de frente y de 6 a 10 de profundidad–, formando una peligrosa cuña en el frente de Grandsard, por la que comenzaron a avanzar lentamente los carros de combate a medida que los ingenieros –que trabajaron durante toda la noche– preparaban balsas para su paso.

Unos 25 km más al Norte, los intentos que realizó el XLI *Panzerkorps* de Reinhardt para atravesar el Mosa y formar una cabeza de puente en Monthermé no habían obtenido los mismos resultados. Como la *Luftwaffe* no apareció a la hora convenida, las tropas de asalto se vieron obligadas a actuar con el limitado apoyo de los cañones de los carros de combate. Así, sólo consiguieron conquistar un punto de apoyo en la otra orilla del río, y después fueron rechazados inmediatamente por un vigoroso contraataque de la División 102 francesa. Durante tres días este *Panzerkorps* de Reinhardt estuvo bloqueado incapaz de pasar sus carros de combate a la otra orilla y, por consiguiente, de intervenir en la operación principal ampliando la brecha.

Todavía más al Norte se encontraba Rommel, cuya 7.ª *Panzerdivision*, que formaba parte del ataque secundario de Kleist, había alcanzado el Mosa un poco más abajo de Dinant. Como en aquel sector el río discurre entre orillas altas y cubiertas de espesa vegetación, el problema de la defensa fue para los franceses más difícil que en Sedán. Además, el Ejército 9 de Corap había tenido que avanzar en territorio belga a lo largo de más de 70 km y establecerse en posiciones improvisadas. Sin embargo, los intentos de Rommel de atravesar el río fueron enérgicamente contenidos por el tiro de la artillería pesada francesa y por el fuego de las armas portátiles de las tropas atrincheradas en la orilla izquierda. Rommel se acercó entonces para comprobar personalmente las dificultades con las que se enfrentaba su unidad y anotó: «Cuando llegué, la situación no tenía nada de agradable. Nuestras embarcaciones eran destruidas una tras otra por los disparos del enemigo, por lo que las operaciones llegaron a un

Cañón francés de 155 mm en posición. Al comienzo de la campaña, Francia poseía 11.200 cañones contra los 7710 alemanes. Por consiguiente, tenía superioridad numérica, pero en cambio muchas de las piezas francesas eran aún de tracción animal. *(Archivo Rizzoli)*



punto muerto». Rommel, que en un determinado momento llegó a encontrarse bajo el fuego de los tiradores franceses apostados en la orilla izquierda, fue a comprobar personalmente si en el 7.º regimiento de fusileros las cosas marchaban mejor. Pero al llegar se percató de que en este lugar también habían fallado todos los intentos, y los oficiales estaban muy preocupados por el gran número de bajas sufridas en sus filas. Y añadía Rommel en sus anotaciones: «Entonces tomé personalmente el mando del batallón II del regimiento de fusileros y, durante cierto tiempo, me ocupé de dirigir aquellas operaciones».

Al parecer, sólo gracias a la decidida intervención personal de Rommel y a una increíble negligencia de la División 18 francesa, su división consiguió atravesar el Mosa el día 13. El día anterior, una patrulla de motoristas en exploración, que había llegado hasta el río, descubrió en Houx una esclusa intacta. Inmediatamente los alemanes intentaron pasar, pero fueron detenidos por el Regimiento 66 francés; esta unidad fue después relevada por la División 18, que, por razones no demasiado claras, se desplegó en una línea defensiva excesivamente elevada, desde la cual era imposible batir la esclusa o los caminos que conducían a ella. En el transcurso de la noche del 12, sin que se efectuase ningún disparo contra ellos, los motoristas alemanes atravesaron la citada esclusa y constituyeron en la otra orilla una posición más bien precaria. Durante todo el día siguiente permanecieron aferrados a ella, a pesar de los contraataques franceses, hasta que llegó el refuerzo de un contingente de fusileros de Rommel. En la noche del 13, la situación de la cabeza de puente ocupada en Dinant permaneció incierta, y en la madrugada del 14 Rommel sólo había conseguido trasladar a la otra orilla del Mosa 15 carros de combate. No cabe duda de que una acción enérgica por parte de los franceses, apoyada por fuerzas acorazadas, habría conseguido rechazar a los alemanes, pero en toda la jornada del 13 el Ejército 9 de Corap no logró organizar más de un contraataque, y aun éste se describió como «nada más que una punzada», efectuada por una patrulla de carros y algunos vehículos de combate armados de ametralladoras.

Los motivos del retraso con que actuaron los franceses se expondrán más adelante.

Concentración para la ruptura del frente

La mañana del día 14 los alemanes habían conseguido establecer en la orilla izquierda del Mosa tres cabezas de puente de distinta consistencia. Entonces comenzó la fase de consolidación y de concentración de las fuerzas para la operación de ruptura, que les permitiría irrumpir en la gran llanura francesa que se extendía ante ellos. Era evidente que a los alemanes se les ofrecían las mejores posibilidades en Sedán y que los franceses, en cambio, corrían los mayores peligros. Como se ha visto anteriormente, Guderian había atacado en la zona de enlace entre los Ejércitos 2 y 9 franceses. Las desgraciadas divisiones de reservistas de Grandsard debían cubrir el flanco septentrional del Ejército 2 de Huntziger, pero fueron destrozadas. Y en el curso de aquel día comenzó a abrirse una peligrosa brecha entre los dos Ejércitos.

A la 1,30 Grandsard ordenó que al amanecer dos batallones de carros y dos regimientos de infantería efectuasen un contraataque contra la cabeza de puente de Guderian, pero la operación no pudo comenzarse hasta las 7, y aun entonces sólo estaba preparada la mitad de las fuerzas destinadas a realizarla. La cabeza de puente alemana se hallaba todavía débilmente apoyada por carros de combate, pero cuando los franceses estuvieron al fin preparados para entrar en acción, Guderian había conseguido llevar a la otra orilla su primera brigada acorazada, y la segunda la seguía a escasa distancia. A las 8,30 un batallón de carros de combate de Grandsard, que estaba contraatacando, fue a su vez atacado por el flanco, y en el curso de un breve pero enconado encuentro perdió la mitad de sus carros. Por consiguiente, el primer esfuerzo francés había fallado, y con ello se desvaneció la última ocasión favorable para rechazar a los alemanes. Por la tarde, Guderian completó el aniquilamiento de las Divisiones 55 y 71 y pasó a la otra orilla del Mosa casi todos los vehículos de la 1.ª y 2.ª *Panzerdivisionen*. A continuación les dio la orden de «cambiar de dirección con todas las fuerzas disponibles, atravesar el canal de las Ardenas y dirigirse hacia el Oeste para romper las defensas francesas». Después de haberse abierto paso en el flanco del Ejército 2 de Huntziger, Guderian efectuó una conversión para destrozar el Ejército 9 de Corap.

Durante todo el día 14, unos 200 bombarderos aliados atacaron sin cesar el importantísimo puente flotante que Guderian hizo tender en el Mosa. Pero la empresa fracasó, perdiendo además los aliados 85 aviones. Así, el número de carros de combate era cada vez mayor en la cabeza de puente. Mientras tanto, estaba a punto de entrar en combate la primera de las reservas estratégicas francesas; en efecto, la División Acorazada 3 había llegado al fin, poniéndose a disposición de Huntziger. Según las palabras de un historiador francés, se trataba de «una magnífica unidad. Llegó animada de un excelente espíritu combativo, ansiosa de enfrentarse con el enemigo». Y en aquel momento, después de la audaz conversión de 90º hacia el Oeste que efectuó Guderian, los alemanes exponían a dicha división un flanco vulnerable y... prometedor. Pero, como sucedió siempre que los franceses intentaron hacer algo en el transcurso de aquellos días desesperados, la ocasión favorable fue desperdiciada por una organización que se empeñaba en actuar al lento ritmo de la primera Guerra Mundial. Las órdenes llegaron demasiado tarde, y el abastecimiento de carburante hizo perder mucho tiempo. Cuando, finalmente, la división alcanzó las posiciones de partida, se revocaron las órdenes relativas a un ataque concentrado sobre Sedán. Aquella soberbia y poderosa unidad mecanizada, una de las más importantes piezas del dispositivo aliado, recibió, por el contrario, la orden de «atrincherarse» en posiciones estáticas, y sus carros de combate quedaron dispersos a lo largo de un frente de casi 20 km. Aquel día no se realizó, pues, ningún contraataque en el sector de Sedán, y Guderian pudo efectuar su maniobra sin verse molestado.

Un desastre parecido se produjo en Dinant, frente a la débil cabeza de puente de Rommel. El 12 de mayo, la División Acorazada 1 francesa fue transportada por ferrocarril a Charleroi, con la orden de estar preparada para avanzar sobre Dinant. Pero, según escribió el coronel Bardies, «tardó mucho tiempo en alcanzar su posición inicial, ya que las carreteras estaban llenas de fugitivos. El carburante escaseaba. Y como aquel día no habría podido combatir, el comandante decidió detener la marcha». Finalmente, el mismo Corap decidió esperar la llegada de la División 4 de Infantería del norte de África antes de emprender el contraataque. Mientras tanto, y siempre según los absurdos criterios de 1918, decidió que el Ejército 9 desarrollase una acción de «contención». El consiguiente retraso que se produjo era precisamente lo que Rommel necesitaba para ultimar las operaciones del paso del río: así, pues, también sus carros de combate atravesaron el Mosa, permitiéndole alcanzar, antes de que se hiciera de noche, el centro de Onhaye, situado a unos 7 kilómetros al oeste del río.

En las últimas horas del 14 de mayo, Corap y Huntziger, cada uno por su cuenta, tomaron una decisión fatal. Puesto que su ala izquierda había sido destrozada, Huntziger se vio obligado a replegarse inmediatamente. Pero ¿en qué dirección debía hacerlo? Si escogía una, dejaría libre el camino de París; si escogía la otra, dejaría al descubierto el flanco septentrional de la línea Maginot. Entonces telefoneó al general Georges para pedirle instrucciones. De momento no obtuvo ninguna respuesta; pero a última hora recibió la siguiente y sibilina orden: «Haced lo que mejor podáis». Por iniciativa propia decidió entonces retroceder, efectuando una conversión sobre la línea Maginot y dejando de este modo un hueco de unos 16 km entre él y Corap. En la jornada del 14, la *Luftwaffe* dedicó toda su atención a machacar el Ejército 9: el puesto de mando fue varias veces alcanzado, las comunicaciones interrumpidas y la artillería paralizada a consecuencia de las incursiones a baja altura de los aparatos *Messerschmitt*, que causaban verdaderos estragos. Mientras tanto, Guderian estaba penetrando profundamente por su flanco derecho. Pero, al parecer, lo que más desmoralizó a Corap fue la ampliación de la bolsa de Rommel en Dinant. A las dos del día 15 de mayo informó a Billote, comandante del Grupo de Ejércitos, que sus fuerzas se estaban retirando en todo el frente y que se proponía abandonar la línea del Mosa para establecerse en una «línea de detención» que se extendía entre Rocroi y Signy-l'Abbaye. Billotte ratificó la orden. Pero en realidad, como afirma el coronel Bardies, esta línea «existía tan sólo en el mapa». Se hallaba totalmente desguarnecida. Y el Cuerpo de Ejército XLI, que iba a retirarse a la derecha de Corap, era una unidad de fortaleza; una gran unidad, no cabe duda, pero de ningún modo adecuada para combatir en campo abierto.

Cuando en la madrugada del 10 de mayo atravesó la frontera, el *Panzergruppe* de Kleist ofreció un espectáculo insólito: desde el aire debía parecer el más colosal y extenso atasco de tráfico de la historia. *(History of the Second World War)*



Los alemanes se lanzan por la brecha

Las decisiones que tomaron Huntziger y Corap abrieron el camino a los alemanes: el 15 de mayo fue el día en que el grueso de las fuerzas acorazadas alemanas irrumpió hacia el interior de Francia. Frente a la cabeza de puente de Rommel, en Dinant, la «línea de detención» fijada por Corap –y donde con demasiado optimismo esperaba detener al enemigo– pasaba a través de Philippeville, sólo a 25 km al oeste del Mosa. Pero en sus órdenes para el día 15 Rommel, que ya había reunido casi toda su división dentro de la cabeza de puente y estaba dispuesto a atacar, indicó un objetivo situado a unos 13 km más allá de Philippeville; su intención era «descargar un golpe decisivo y directo para alcanzar el objetivo de un solo salto». Una vez más (a pesar de que el día anterior su carro de combate había sido alcanzado dos veces), Rommel decidió participar personalmente en la acción, uniéndose al regimiento acorazado que encabezaba el ataque.

En las primeras horas de la mañana los carros de Rommel establecieron contacto con la División Acorazada 1 francesa. Ésta apenas había terminado las operaciones de abastecimiento y su comandante, el general Bruneau, esperaba aún que alguien le dijese lo que tenía que hacer. Mientras tanto, previendo una retirada en lugar de la contraofensiva proyectada, tomó la precaución, por su propia iniciativa, de retirar la artillería divisionaria, que acababa de llegar. Pero he aquí que de improviso, su unidad, todavía inmóvil, se encontró entre las fuerzas de Rommel, que avanzaban por el Sur, y la 5.ª *Panzerdivision*, que lo hacía por el Norte. En Flavion tuvo lugar un duro encuentro, que según informes de fuente francesa costó a los alemanes unos 100 carros de combate. Pero lo cierto es que la división francesa fue diezmada.

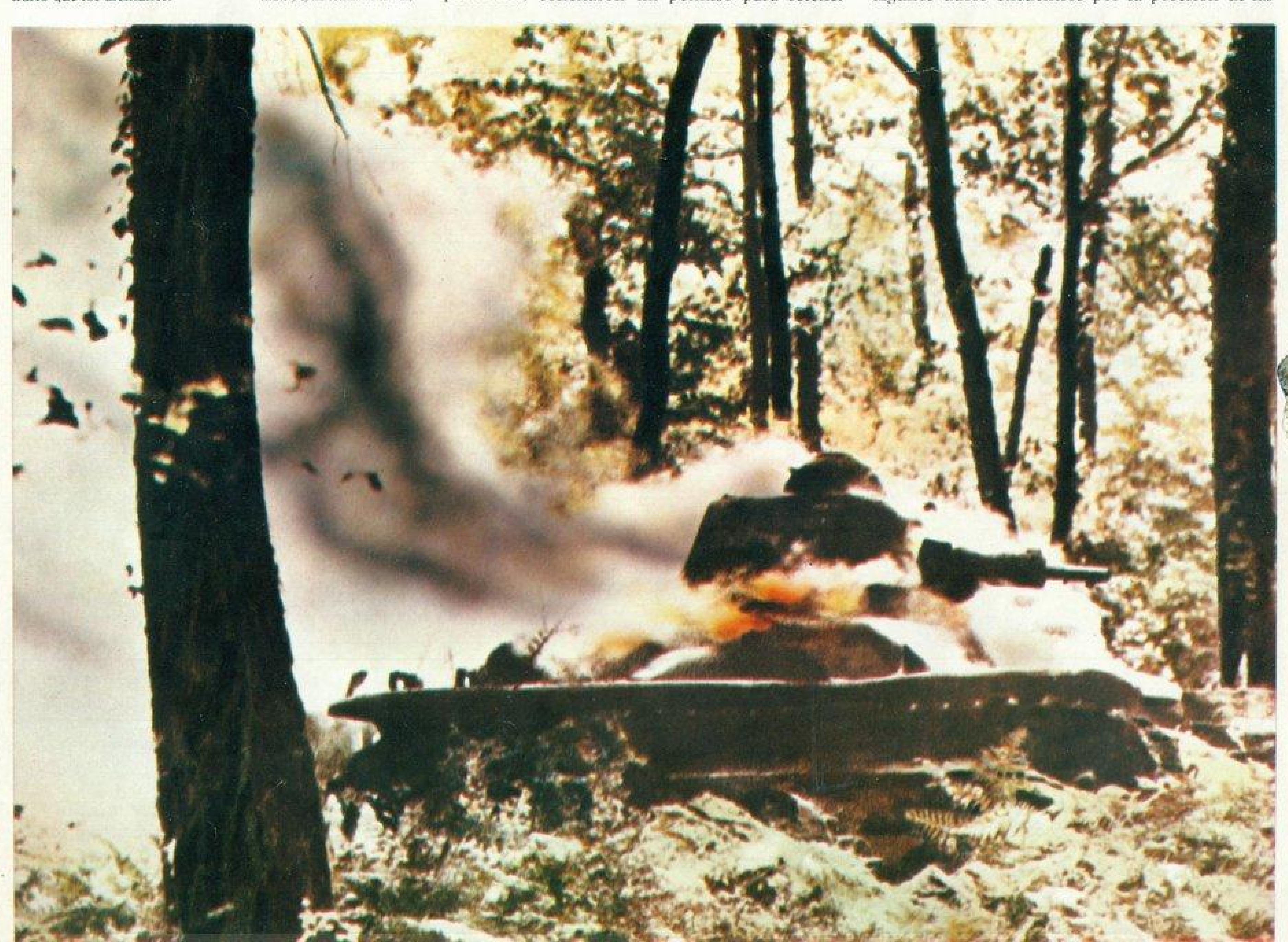
Rommel refiere en sus impresiones de aquellos días que su regimiento «avanzó en columna a través de los bosques, en dirección a Philippeville, pasando junto a camiones y vehículos de todas clases pertenecientes a una deshecha unidad francesa, cuyos hombres, probablemente diezmados por el castigo de nuestros bombarderos en picado, se habían refugiado precipitadamente en los bosques al acercarse los carros de combate alemanes. La existencia de grandes cráteres en el suelo, producidos por las bombas, a menudo nos obligaba a efectuar largos rodeos en pleno bosque. A unos 5 km al noroeste de Philippeville se produjo un breve intercambio de disparos con elementos franceses, que ocupaban las colinas y los bosques que se extienden al sur de la población. Nuestros carros respondieron al fuego sin detenerse, girando sus torretas hacia la izquierda, y en poco tiempo el enemigo fue reducido al silencio. De vez en cuando, cañones contracarro, carros de combate y vehículos blindados saltaban por el aire. A medida que pasaba el tiempo aumentaban los indicios que anunciaban un desastre de grandes proporciones para los Aliados: centenares de motoristas franceses salían de los matorrales y, junto con sus oficiales, deponían las armas... Algunos de los oficiales se nos acercaron y, entre otras muchas peticiones, solicitaron mi permiso para retener con ellos a sus asistentes y poder retirar a Philippeville los sacos que contenían sus efectos personales.»

Cuando aquella noche los restos de la División Acorazada 1 de Bruneau se alejaron, con dificultad, del campo de batalla, la unidad francesa había quedado reducida a 17 carros de combate. Y era precisamente la única división francesa que habría podido detener el avance de Rommel.

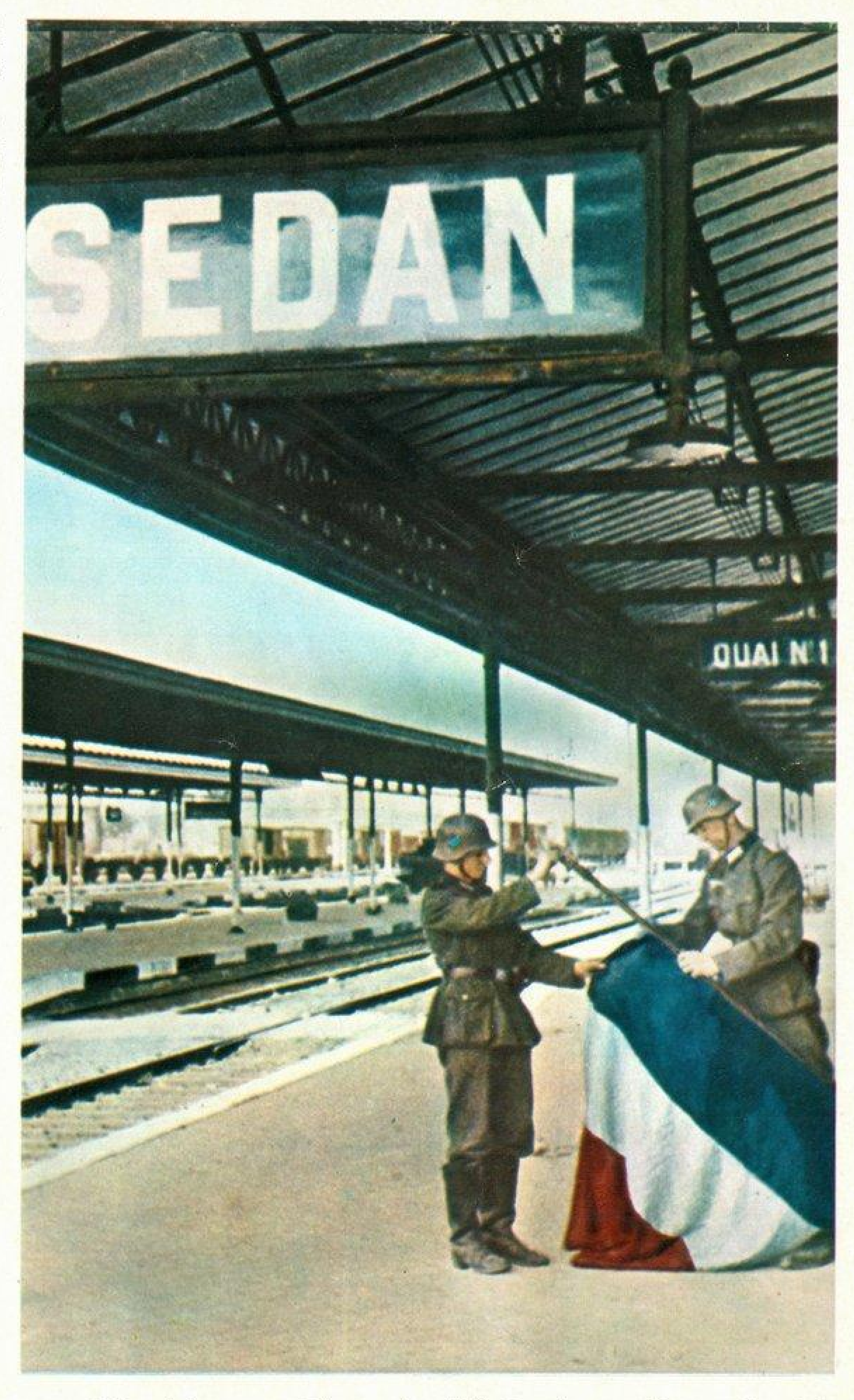
Mientras tanto, la infantería del Cuerpo de Ejército XI de Corap, que se estaba retirando a la línea de frontera que había dejado cinco días antes para dirigirse al Mosa, era presa del caos. Síntoma elocuente de este estado de indescriptible confusión es un hecho que parece increíble: las tropas no consiguieron abrir las puertas de acceso a las casamatas de frontera ¡porque los técnicos que tenían las llaves a su cargo habían «desaparecido»!. De todas formas, al anochecer del día 15 la «línea de detención» ordenada por Corap ya no tenía la menor importancia, pues Rommel la había roto de un solo salto, alcanzando y superando el objetivo que se había propuesto. Mirando hacia el Este, desde lo alto de una colina, observó que «hasta donde podía alcanzar la vista, se veían ascender hacia el cielo grandes columnas de polvo, que constituían la confirmación de que ya había comenzado el avance de la 7.ª *Panzerdivision* por el territorio enemigo conquistado».

En el otro extremo del frente mandado por Kleist, Guderian tuvo una actuación menos espectacular. Preocupado especialmente por consolidar el flanco de la brecha abierta en las líneas enemigas, a fin de protegerlo de un eventual contraataque de Huntziger, se vio obligado a sostener algunos duros encuentros por la posesión de las

Carro de combate francés en llamas. Respecto a las fuerzas acorazadas, la relación numérica era favorable a los Aliados, pero no aprovecharon esta ventaja por haber repartido sus carros entre las unidades de infantería y caballería, al contrario que los alemanes. *(History of the Second World War)*



La tarde del 12 de mayo los carros de combate de la 1.ª y 10.ª *Panzerdivision* de Guderian alcanzaron el Mosa, a ambos lados de Sedán. Al caer la tarde se retiró la caballeria francesa, dejando que el enemigo ocupase la ciudad. (Archivo Rizzoli)



alturas en torno a Stonne, las cuales, en el curso de un solo día, pasaron varias veces de unas manos a otras. En este lugar, como le había sucedido ya a la División Acorazada 1 francesa, la División 3 de Brocard no estaba todavía preparada para realizar un contraataque ordenado, y en el transcurso de los dos días siguientes fue destrozada por los carros de combate de Guderian.

Fue en el centro del dispositivo alemán donde quizá se produjeron los acontecimientos más importantes del día 15. En este sector, el *Panzerkorps* de Reinhardt estaba embotellado, desde el día 12, en su improvisada cabeza de puente de Monthermé. A pesar de los terribles bombardeos de la *Luftwaffe*, el Cuerpo de Ejército XLI de Corap había conseguido, gracias a una heroica defensa, «tener en jaque a Reinhardt durante tres días». Pero como esta gran unidad francesa había sufrido pérdidas muy elevadas, sobre todo en sus medios de transporte, cuando Corap ordenó el repliegue a la «línea de detención» la maniobra se transformó en una fuga desordenada. A las 7,30 los carros de combate de Reinhardt salieron de la bolsa pisando los talones a la retaguardia del citado Cuerpo de Ejército XLI. Intentando recuperar el tiempo perdido, antes de la tarde sus vanguardias llegaron a Montcornet, situado nada menos que a 60 km al oeste del Mosa. Este avance significó que el Cuerpo de Ejército de Corap había dejado de existir, y marcó también el destino del Ejército 9, puesto que Montcornet se encontraba tan sólo a 18 km al sureste de Vervins, donde Corap había establecido el puesto de mando. Con esta ruptura del frente los alemanes habían avanzado a sus espaldas. Aquella misma noche Corap fue relevado del mando de las escasas tropas que le quedaban; los restos del Ejército 9 se confiaron al general Giraud, que ya era comandante del Ejército 7, con el que precisamente tenía que reconstruirse el destrozado ejército de Corap, en aquellos momentos reducido a fragmentos. Corap escribió: «Me fui a las cuatro del día 16, profundamente atormentado».

Desde Dinant al punto en que el Ejército 9 había marchado antes con el Ejército 2 de Huntziger, los alemanes habían abierto en las defensas francesas una brecha de más de 70 km.

En campo abierto

La enorme tensión de aquellos cinco días de ininterrumpidos combates también comenzaba a dejar su huella en los hombres de las unidades acorazadas alemanas. Guderian observó que sus soldados tenían los ojos enrojecidos y estaban muy fatigados. Pero entonces, con gran sorpresa y desencanto, Guderian recibió la orden de Kleist de suspender el avance; no obstante, tras una acalorada discusión consiguió que la suspensión se retrasase veinticuatro horas.

Cuando despuntó la madrugada del día 16, dándose cuenta, quizá por primera vez, de la magnitud del éxito alcanzado, los hombres de Guderian reemprendieron la marcha con renovado ímpetu. «Estamos ahora en campo abierto», anotó el general en sus impresiones. «En Montcornet dejé atrás una columna de la 1.ª *Panzerdivision* que estaba avanzando. En aquel momento los hombres estaban muy animados y conscientes de que habíamos conseguido una victoria completa, una verdadera ruptura del frente. Por todas partes grupos numerosísimos de soldados franceses, temerosos y desmoralizados, se rendían; muchos de ellos, perplejos, murmuraban por lo bajo una sola palabra: *traición*.» El general Rommel escribió también en su diario: «Soldados y paisanos franceses, con los rostros descompuestos, yacían casi amontonados en las cunetas, detrás de los obstáculos contracarros y en cada agujero del terreno, a lo largo de las carreteras. Dejamos atrás columnas de fugitivos y vehículos que habían sido abandonados por sus propietarios, los cuales, aterrorizados, habían huido al campo. Y entre tanto, nosotros seguíamos avanzando a velocidad regular.»

Al anochecer del día 16 Guderian observó que sus columnas habían avanzado casi 90 km más allá de Sedán. Su orden para el día siguiente fue la de continuar la marcha «hasta la última gota de gasolina». Pero, después, en las primeras horas del día 17, se vio sorprendido por una llamada de Kleist, quien, en términos bastante duros, le recordó la «orden de detención» del día 15. Enfurecido, Guderian amenazó con presentar su dimisión, y sólo la intervención del general List, comandante del Ejército 12, consiguió calmarlo.

¿Qué había sucedido en el Alto Mando alemán? Al parecer, hasta Hitler había llegado a alarmarse ante el extraordinario éxito de las fuerzas acorazadas; temía que, penetrando cada vez más profundamente en territorio francés, cayeran en

una trampa preparada por el enemigo. Por consiguiente, debían detenerse y esperar que la infantería, alcanzándoles, pudiera consolidar las posiciones. Pero, Guderian, que comprendía mucho mejor que los que no se encontraban en el frente toda la magnitud del colapso francés, sostuvo calurosamente una vez más que no se detuviera el avance para no dar tiempo a los franceses a reorganizarse. Por último, después de una violenta discusión, se convino que el grueso de la unidad permaneciese en el punto en que se encontraba en aquel momento, pero que él podía destacar puntas de «exploración en fuerza». Interpretando una vez más las órdenes recibidas con una libertad digna de Nelson, Guderian se encaramó sobre su carro de combate y reanudó el avance.

Lo que más había impresionado a Hitler era la actividad, en apariencia creciente, de las fuerzas acorazadas francesas. Y sin embargo, aunque la OKW no estaba todavía al corriente de ello, en la tarde del día 15 la reserva francesa de unidades acorazadas había quedado casi destrozada en el sector en que se había producido la ruptura. Ya vimos cuál fue el destino de las Divisiones Acorazadas 1 y 3 francesas. Sólo quedaba la División 2, trasladada el día 10 de mayo a la Champagne, al este de Reims. Durante los tres días siguientes la citada división había quedado dispersa en las carreteras y vías férreas, entre Reims y Charleroi. El día 14, el general Georges intentó reagruparla y ordenó que tomara posiciones en la retaguardia de la «línea de detención», en Signy-l'Abbaye. Desplegada en un frente de más de 40 km llegó al sector de Montcornet la tarde del 15 de mayo, precisamente cuando Guderian y Reinhardt irrumpían en el sector. Antes de que pudiera concentrarse, las divisiones de Guderian la rompieron en dos partes, una formada por los vehículos ligeros y la otra por los acorazados. Después, los carros de combate alemanes llevaron a cabo la operación de aniquilamiento que puso fin a la existencia de la División Acorazada 2, sin necesidad de desviarse de su dirección o detener su marcha. Pero el 16 de mayo, Hitler y el OKW no habían sido informados todavía de estos sucesos, y, por lo tanto, estaban preocupados por el peligro potencial que significaba un posible contraataque de las fuerzas acorazadas francesas contra los flancos demasiado extensos de Kleist.

El Alto Mando francés ya no disponía más que de una sola unidad acorazada, sin tener en cuenta las divisiones mecanizadas ligeras que se estaban retirando de Bélgica, al norte del sector donde se había efectuado la rotura del frente. Esta unidad se llamaba a sí misma «División Acorazada 4», pero, en realidad, sólo se trataba de una formación *ad hoc*, constituida apresuradamente reuniendo las unidades de carros recogidas de todas partes de Francia. La mayor parte de los artilleros de esos carros no habían efectuado nunca un disparo con el cañón que iban a manejar, y en cuanto a los conductores se les enseñó a conducir en cuatro lecciones. El comandante de dicha unidad era cierto coronel De Gaulle, que había sido nombrado para el cargo el día 11 de mayo con estas animadoras palabras pronunciadas por el general Georges: «¡Bien, De Gaulle! Para usted, que desde hace tanto tiempo ha defendido las mismas ideas que el enemigo está poniendo ahora en práctica, ésta es la ocasión propicia para actuar». De Gaulle se precipitó a Laon y decidió lanzar un contraataque sobre Montcornet el día 17. En la madrugada de aquel día disponía solamente de tres batallones de carros. Y una vez más se repitió la ya habitual historia: excelentes reservas desperdiciadas en ataques fragmentarios. A pesar del ímpetu y coraje con que De Gaulle efectuó el ataque, Guderian lo destrozó con tanta facilidad que no se tomó ni siquiera la molestia de informar a Kleist. En sus memorias De Gaulle escribió: «Durante toda la tarde los *Stuka*, precipitándose desde las alturas y alejándose a ritmo acelerado, atacaron nuestros carros de combate y nuestros camiones. No teníamos nada con que responder. Después, los destacamentos alemanes, cada vez más numerosos y activos, iniciaron escaramuzas a nuestras espaldas...»

Los franceses estupefactos e inactivos

En el transcurso de esta decisiva semana, el ambiente de París oscilaba entre el pánico, el falso optimismo y la simple ignorancia de la gravedad de la situación. Los teatros y restaurantes estaban llenos de gente y el habitual ritmo alegre de la ciudad parecía más intenso aún porque se disfrutaba de un espléndido tiempo primaveral. Aburridos por los ocho meses de refugio en las provincias, a consecuencia de la *drôle de guerre*, muchos funcionarios habían abandonado ya las localidades a las que se les había evacuado volviendo a la capital. Pero en los *couloirs* políticos circulaban rumores bastante inquietantes, aunque debido a las malas relaciones entre el Gobierno de Reynaud y el Alto Mando, los políticos, faltos de información, ignoraban beatíficamente la gravedad del momento. Además, incluso el propio Gamelin necesitó bastante tiempo para darse cuenta de la catástrofe. Ni siquiera se decidió a abandonar su «torre de marfil» de Vincennes, para visitar el puesto de mando de Georges en La Ferté, hasta el 13 de mayo, cuando Guderian ya estaba atravesando el Mosa. Aquel día quedó «sobresaltado al darse cuenta de que, al parecer, no se había enviado al frente ningún importante contingente de reservas».

El 14 de mayo, o sea el día siguiente, Gamelin volvió de nuevo a La Ferté, donde recibió una segunda sorpresa al ser informado de que no se había efectuado ninguna contraofensiva. La tercera visita, realizada a la mañana siguiente, le proporcionó una tercera y desagradable sorpresa: la noticia de la orden de retirada dada al Ejército 9. Al parecer, hasta aquel momento no tuvo una idea clara de la gravedad de la amenaza alemana en aquel sector del frente. Y aún entonces, fundándose en parte en las experiencias de la primera Guerra Mundial, Gamelin continuó manifestando un extraordinario optimismo, optimismo que contrastaba terriblemente con la atmósfera de depresión y de inercia existente en el puesto de mando de Georges. La tarde del 15, cuando ya los alemanes pisaban territorio francés, el comunicado diario de Gamelin a los comandantes de Ultramar concluía así: «Resumiendo, el 15 parece señalar una disminución de la intensidad de la acción enemiga... Nuestro frente, "sacudido" entre Namur y el área situada al oeste de Montmédy, se está recuperando».

Amparándose tras esa fachada de optimismo, en el Cuartel General de Georges se habían elaborado numerosos planes de «contención», difundidos después a lo largo de una tortuosa e ineficaz cadena de mando. Pero apenas se acababa de ordenar el repliegue a una nueva «línea de detención», llegaba la noticia de que las unidades acorazadas alemanas ya la estaban atravesando, después de arrollar las lentas reservas francesas. Observando los esfuerzos del Estado Mayor francés para hacer frente, con métodos de 1918, a la técnica revolucionaria empleada por la *Wehrmacht* en 1940, viene a la memoria el comentario formulado por Rivarol, durante la Revolución francesa, a propósito de los emigrados y de sus aliados: «Van siempre retrasados en un año, en un ejército y en una idea». El 15 de mayo, un coronel francés encargado de efectuar el enlace entre los cuarteles generales de Vincennes y La Ferté observó que, con el fracaso de los diversos planes que se habían ido poniendo en práctica, «la organización del mando se disgregaba progresivamente, y que con el transcurso de las horas se estaba creando una atmósfera de parálisis». Lo que después agravó este estado de parálisis fue la falta absoluta de una idea clara respecto al objetivo estratégico de los alemanes. ¿Se dirigían a París? ¿O quizás a Amiens y al canal de la Mancha? La maniobra de Kleist era tan elástica que ambas hipótesis parecían probables. El Alto Mando francés tuvo que enfrentarse así, más de una vez, con el problema de decidir dónde enviar sus reservas, que, por otra parte, se estaban agotando rápidamente.

En el transcurso de la tarde del día 15 el Alto Mando recibió la fatal noticia de que los carros de combate alemanes estaban llegando a Montcornet. Los franceses quedaron «completamente aturdidos». Mientras tanto, los oficiales de enlace de Gamelin volvían con los primeros informes provenientes del Ejército 9: «El Estado Mayor de este Ejército no tiene noticia alguna detallada sobre sus divisiones... Los caminos están repletos de soldados en fuga». Según escribió André Pertinax, «hasta entonces Gamelin parecía haber alimentado en su fuero interno la ilusión de que todavía se podía solucionar todo. Pero de improviso tuvo que abrir los ojos». En efecto, el comandante en jefe francés telefoneó entonces a Daladier, ministro de Defensa Nacional. William Bullitt, embajador norteamericano, se encontraba con Daladier cuando sonó el teléfono. Después de haber escuchado lo que le dijo Gamelin, le oyó gritar: «¡No! Lo que dice no puede ser cierto». Cuando se dio cuenta de las proporciones de la catástrofe, gritó de nuevo: «Debe usted atacar inmediatamente»; a lo que Gamelin replicó: «¿Atacar? ¿Con qué tropas? No tengo más reservas disponibles». La conversación terminó con las siguientes frases: «Entonces ¿esto significa la destrucción del Ejército francés?» «¡Sí, esto significa la destrucción del Ejército francés!»

Los acontecimientos se precipitan

Aquella noche el Gobierno francés dicidió dirigir una llamada urgente a Churchill para que se les proporcionara un mayor apoyo aéreo. A la mañana siguiente, 16 de mayo, llegaron a París noticias todavía peores: de Amiens, situada bastante lejos de la línea del frente, comunicaron la llegada a dicha ciudad de soldados en fuga procedentes del destruido Ejército 9. Gamelin ordenó la retirada general de las fuerzas francesas en Bélgica (Holanda ya había capitulado). Reynaud, por su parte, advirtió al Gobierno que estuviera preparado para trasladarse a Tours, y transmitió por radio a Churchill el siguiente mensaje:

«Ayer tarde perdimos la batalla. El camino de París está libre. Enviad todas las tropas y aviones que podáis».

Al mismo tiempo convocó al general Weygand, en otro tiempo Jefe de Estado Mayor del mariscal Foch, que se encontraba en Beirut, y al mariscal Pétain, el «héroe de Verdún», que se encontraba en Madrid. Aquella misma tarde llegó Churchill en avión a París. A las 17,30 tuvo lugar una reunión histórica, en el Quai d'Orsay, en la que participaron Reynaud, Daladier, Gamelin, Churchill y sir John Dill. Churchill describió así aquellos momentos:

El general (Gamelin) habló durante unos cinco minutos sin que nadie dijese siquiera una palabra. Cuando terminó, siguió un largo silencio. Después yo le pregunté: «¿Dónde está la reserva estratégica?», y poniéndome a hablar en francés, lengua que utilizaba indiferentemente (en todos los sentidos): «Où est la masse de manoeuvre?» El general Gamelin se volvió hacia mí y, moviendo la cabeza y encogiéndose de hombros, dijo: «Aucune...» Ninguna reserva estratégica. «Aucune». Quedé aturdido. ¿Qué debíamos pensar del gran Ejército francés y de sus jefes más destacados?

Mientras escuchaba, Churchill se dio cuenta de que en el jardín del Quai d'Orsay se elevaban nubes de humo procedentes de grandes hogueras. Y asomándose a una ventana vio a respetables funcionarios que arrojaban a ellas montones de documentos de archivo...

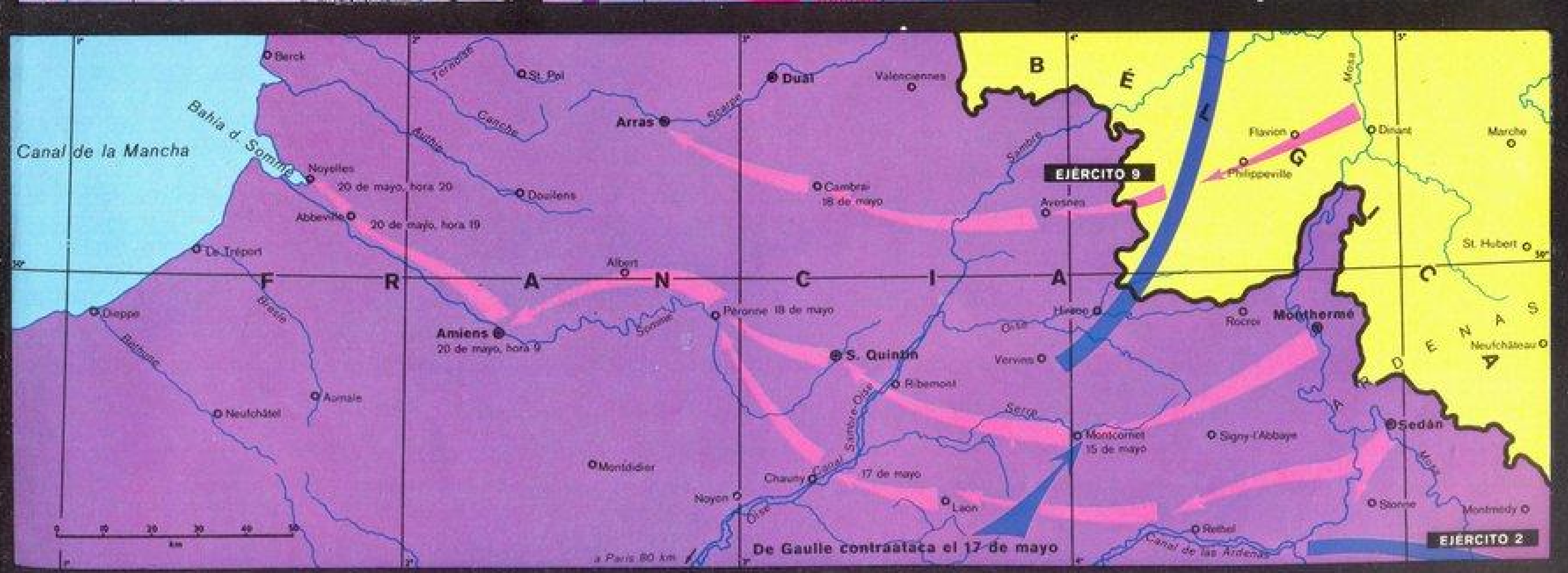
El mismo día que en París se celebraba esta entrevista, Rommel avanzó otros 8 km, abriendo brecha en el despliegue defensivo que prolonga-

(History of the Second World War)



LA CARRERA ALEMANA HACIA EL MAR

Sedán –que en la fotografía aparece en llamas después del ataque alemán– ha sido por dos veces el escenario de las más graves humillaciones para el Ejército francés. Los mapas adjuntos muestran las direcciones del decisivo ataque de las unidades acorazadas: el avance por sorpresa a través de las Ardenas, irrupción en Sedán y, finalmente, el avance de una enorme masa de carros a través de Francia septentrional en dirección al mar.



ba por el Norte la línea Maginot, haciendo prisioneros a unos 10.000 hombres y apoderándose de 100 carros de combate, y todo ello por el precio de 35 muertos y 59 heridos. El 17 de mayo, rechazando fácilmente, como ya se ha dicho, el contraataque de De Gaulle, las unidades acorazadas llegaron al canal Sambre-Oise y a Laon, ciudad que, en línea recta, distaba menos de 100 km de París.

La retirada del Ejército aliado en Bélgica había comenzado, y aquel mismo día el Ejército 6 de Reicheneau entró en Bruselas. A fin de proteger a París, el general Georges ordenó la constitución de un Ejército 7, compuesto por unidades retiradas de Alsacia-Lorena. Pero no era a París adonde se dirigían los alemanes, como al fin llegó a ver claramente el Alto Mando aliado al día siguiente.

La resistencia francesa estaba disminuyendo de día en día y los acontecimientos se precipitaban. El día 18, Guderian –a quien se había dado de nuevo libertad de acción– atravesó el canal Sambre-Oise, ocupando San Quintín y Péronne. Por el Norte, Rommel llegó a Cambrai, escenario del famoso ataque realizado por los carros de combate ingleses en 1917, ataque que puede ser considerado como el precursor de la arrolladora ofensiva con la que ahora los alemanes estaban atravesando, a hierro y fuego, todo el Norte de Francia.

Aquella noche, el sucesor de Corap, general Giraud, mientras se efectuaba el repliegue de las tropas, llegó a Le Catelet con dos oficiales de su Estado Mayor, descubriendo que los carros de combate de Reinhardt ya estaban allí y habían hecho saltar su Cuartel General. Giraud dijo a los dos oficiales que trataran de ponerse a salvo, y él comenzó a vagar, solo, en la noche, sin saber a ciencia cierta lo que debía hacer ni a dónde podía dirigirse. A las 6 de la mañana fue capturado por una patrulla alemana.

El 19 de mayo Guderian atravesó el antiguo campo de batalla del Somme, donde en la primera Guerra Mundial cayeron centenares de miles de soldados para avanzar tan sólo uno o dos kilómetros. Aquel mismo día De Gaulle atacó de nuevo el flanco del «corredor de los acorazados», cerca de Laon, con su División Acorazada 4. Esta vez, según dice el mismo Guderian, algunos carros de combate franceses consiguieron acercarse a menos de 2 km de su puesto de mando, donde pasó «algunas horas poco agradables hasta que, finalmente, los amenazadores visitantes cambiaron de dirección».

Una vez más el cielo se llenó de *Stukas*. «Hasta que cayó la oscuridad –escribió De Gaulle– nos estuvieron bombardeando, y la eficacia de sus ataques sobre nuestros carros, incapaces de alejarse de los caminos, y sobre nuestra artillería, que se encontraba totalmente al descubierto, fue extraordinaria». Pero aquella misma tarde el general Georges ordenó a De Gaulle que no realizara a fondo su ataque, porque su división debía «ser destinada inmediatamente a otras misiones». De esta manera, y una vez más se frustraban esos esfuerzos aislados de unos pocos franceses que querían luchar contra los alemanes con sus mismas armas y con sus mismos métodos, cuando sus recursos humanos y sus elementos materiales y bélicos eran inferiores a todas luces.

Por el norte, las fuerzas inglesas y francesas que se retiraban de Bélgica comenzaron a ejercer cierta presión sobre aquel flanco del «corredor de acorazados». De este modo consiguieron preocupar al Mando alemán acerca del peligro que podían correr los flancos de las unidades acorazadas, que en aquellos momentos se habían alargado excesivamente. Y puesto que las tres divisiones mecanizadas francesas se estaban reuniendo –procedentes de Bélgica– cerca de Cambrai, Rommel recibió la orden de consolidar sus posiciones entre esta ciudad y Arrás. Así, pues, en lo que concernía a Rommel y a su 7.ª *Panzerdivision*, los días de la espectacular y veloz cabalgada podían darse por terminados.

Gamelin propone un nuevo plan

En Vincennes, Gamelin al fin se había dado cuenta de que el objetivo estratégico de los alemanes no era dirigirse sobre París, sino llegar hasta el canal de la Mancha para partir en dos el Ejército aliado. Y finalmente descubrió también –pero cuando por desgracia ya no había tiempo para ello– la favorable ocasión que ofrecía a los Aliados el excesivo desarrollo longitudinal del estrecho «corredor de acorazados», donde la infantería estaba en aquel momento retrasada en dos o tres días respecto de los carros de combate. El hombre que en septiembre de 1914 había redactado la orden de Joffre que decidió la suerte de la batalla del Marne, vio entonces claramente cierto paralelismo con el clásico error de Kluck (el general alemán que durante la primera Guerra Mundial, en el transcurso de la citada batalla del Marne, se había visto obligado a retirarse con su ejército a consecuencia de una equivocada disposición de sus tropas.

Por la mañana del día 19 redactó su «Directiva personal y secreta número 12», una obra clásica en su género y con la que Gamelin intervino por primera en la dirección de las operaciones del general Georges. Este proceder reflejaba un estado de ánimo de profunda depresión.

El documento comenzaba con un preámbulo apologético, en cierto sentido de espíritu poco militar: «Sin desear interferir en la dirección de las operaciones que se están desarrollando ahora...»

Según el plan de Gamelin, las fuerzas móviles del Grupo de Ejércitos I, que se estaban retirando de Bélgica, debían atacar la retaguardia de las grandes unidades acorazadas alemanas y la infantería motorizada que las seguía; al mismo tiempo, los Ejércitos 2 y 6 atacarían por el Sur, lanzándose contra las cabezas de puente en el Mosa.

La Directiva de Gamelin terminaba con estas palabras: «Es una cuestión de tiempo». Una vez más se trataba de un elemento que –lo mismo que la movilidad, que habría permitido ganarlo– los Aliados no tenían, porque la endiablada rapidez operativa de las fuerzas alemanas daba al traste una y otra vez con todos sus cálculos y previsiones tácticas que en cualquier otra guerra hubieran sido correctas, y que, sin duda alguna, habrían refrendado con su autoridad los mejores estrategas.

Desde el punto de vista personal, la intervención de Gamelin fue demasiado tardía: en efecto, durante la noche del 19 de mayo el Gobierno Reynaud –reorganizado la noche anterior para incluir a Pétain con el cargo de viceprimer ministro– nombró comandante en jefe, en sustitución de Gamelin al general Weygand, apenas regresado de Siria. Weygand, todavía muy vigoroso a pesar de sus 73 años, aceptó aquella gran responsabilidad, pero añadió: «No garantizo el éxito». Francia, esperando que el nuevo jefe consiguiese realizar un milagro todavía mayor que el que Foch había realizado en 1914 y 1918, lanzó un suspiro de alivio. Como ya se ha dicho en el capítulo anterior, el primer acto de Weygand fue revocar la orden de Gamelin, que disponía un contraataque general por el Norte y por el Sur contra la retaguardia alemana. Después se presentó en la línea de fuego para juzgar personalmente la situación. Pero así se perdió otro tiempo muy valioso en aquellas circunstancias dramáticas.

El día 19 de mayo los alemanes se dedicaron a reunir y reorganizar sus grandes unidades y grupos. Las unidades acorazadas se concentraron en el sector del Somme, para lo que más tarde se conoció como la famosa «cita del 19 de mayo». La enorme masa de fuerzas acorazadas de Kleist se vio aumentada después con el contingente de Hoepner, formado por otras dos *Panzerdivisionen*, destacadas, según planes previstos, del frente belga. Las unidades de vanguardia del «corredor de acorazados», que tenía ahora una longitud de 200 km, estaban preparadas para el avance final hacia el mar. Rommel, que había recibido el día anterior la orden de detenerse, consiguió convencer al comandante del XV *Panzerkorps* para que le permitiese continuar el avance a fin de ocupar las importantísimas alturas de los alrededores de Arrás. Y así, poco antes de las 2 de la madrugada del día 20, reemprendió la marcha y, tras un duro forcejeo con las fuerzas francesas, que habían conseguido infiltrarse en sus líneas de comunicación, alcanzó su objetivo. Después, dedicó el resto del día a establecer puestos defensivos; al día siguiente se produciría su primer y esperado encuentro con las fuerzas acorazadas inglesas.

Pero la acción decisiva de esta jornada le correspondió, tal vez justamente, a Guderian. Poco antes de la madrugada del día 20, habiendo salido del campamento situado sobre la línea Cambrai-Péronne, prosiguió su avance; y a las 9 de la mañana, la primera *Panzerdivision*, con Guderian una vez más en primera línea, ocupó Amiens, el objetivo que no había podido conseguir Ludendorff en la desesperada ofensiva efectuada ***in extremis*** por los alemanes en 1918, ya en las postrimerías de la primera Guerra Mundial. Para darse cuenta de lo poco que se preocupaba ya Guderian de la resistencia enemiga, bastará decir que incluso se permitió una pausa... para visitar la catedral. Sus unidades siguieron después el curso del Somme, dirigiéndose a Abbeville, y por la tarde llegaron a los suburbios de la ciudad. Las fuerzas del Ejército 7 francés, que combatían en el Somme, estaban separadas por una brecha de unos 90 km de las que operaban en el Norte. A las 19, la 2.ª *Panzerdivision* de Guderian, avanzando rápidamente por Albert, prosiguió su carrera (aunque lamentándose de haber agotado el carburante) y ocupó Abbeville. Una hora después uno de sus batallones, mandado por el mayor Spitta, llegó al canal de la Mancha, exactamente en Noyelles.

Casi sin poder creerlo, aquellos hombres, fatigados después de tantos días de ininterrumpida actividad, observaban el mar como fascinados, inspiraban profundas bocanadas de aire salobre, se abrazaban. En un sólo día habían avanzado más de 100 km. Y en los azarosos diez días anteriores cubrieron una distancia de más de 320 km en línea recta. Acababan de infligir un golpe mortal al Ejército francés y su «corredor de acorazados» había partido las tropas aliadas en dos. En el Cuartel General del OKW, el general Jodl escribió en su diario: «El *Führer* está loco de alegría. Parece tener la victoria y la paz ya al alcance de la mano». Guderian, por su parte, anotó en el frente: «La tarde de aquel día extraordinario no sabíamos en qué dirección debíamos continuar nuestro avance; ni el *Panzergruppe*, dirigido por Kleist, había recibido instrucciones respecto a una prosecución de la ofensiva». El Estado Mayor alemán estaba como paralizado de admiración. ¡Parecía imposible que todo hubiera marchado tan bien! ¡A pesar de todo, aquel profano en asuntos militares, aquel alocado idealista de Hitler, había tenido finalmente razón! Ahora, hasta el más lerdo comprendería lo que quedaba por hacer: ante todo, aniquilar el Cuerpo Expedicionario británico y el Ejército 1 francés, cercados en la bolsa situada al norte del «corredor de acorazados»; después, conquistar el resto de Francia, un cuerpo ya inerte y casi totalmente indefenso.

ALISTAIR HORNE

Nació en Londres en 1925. Tras haber estudiado en Estados Unidos y Suiza, prestó servicio, en 1943, en la aviación militar de Canadá, alcanzando, al final de la guerra, el grado de capitán. Después enseñó literatura inglesa en el «Jesu-College» de Cambridge y se hizo internaionalmente famoso como jugador de hockey sobre hielo. A continuación fue corresponsal del *Daily Telegraph* en Alemania, durante tres años. En 1962 obtuvo un éxito mundial con su obra *The Price of Glory: Verdun 1916*, a la que se concedió el premio Hawthornden. Tres años después publicó una continuación, *The Fall of Paris - 1870-1871*. La trilogía se completará con un terce libro sobre la caída de Francia en 1940

Francia 16-26 de mayo de 1940

DE AMIENS A DUNKERQUE

Una impresión personal

General Walther K. Nehring

Una vez rota su línea defensiva en Sedán, los Aliados no pudieron contener el ataque germano: en once días los «panzer» se abrieron camino desde Luxemburgo al mar, cubriendo casi 400 km. Describiendo sus impresiones sobre esta fase de la batalla, el Jefe del Estado Mayor de las victoriosas tropas del general Guderian nos informa sobre los rasgos más sobresalientes del carácter de su brillante jefe.

A la derecha: la tripulación de un carro de combate alemán descansa durante una breve pausa. El avance siguió un ritmo muy rápido. *(History of the Second World War)*

El general Guderian, el audaz comandante de las unidades «panzer», que durante su avance estuvo en desacuerdo con la excesivamente cautelosa táctica del general Kleist. *(Hulton Picture Library)*



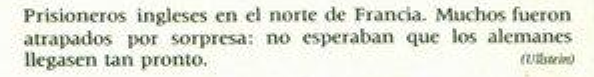
Como ya se ha dicho, el día 16 de mayo, dos divisiones del XIX *Panzerkorps* habían llegado, tras un audaz avance, al sector de Montcornet. La 10ª *Panzerdivision*, que combatía aún en Stonne, debería seguirlas después de ser relevada por varias divisiones de infantería motorizada. El general Guderian pensó, acertadamente, que un rápido ataque efectuado por una unidad acorazada muy potente en dirección a Amiens y luego hacia el estuario del Somme alcanzaría el flanco, y quizá también la retaguardia, del grueso de las fuerzas aliadas que estaban avanzando en Bélgica, consiguiendo cortar sus vías de comunicación y aislarlas.

Como toda su conducta se inspiraba en esta idea, Guderian no comprendía por qué el general von Kleist, comandante del *Panzergruppe*, le había ordenado que se detuviera el día 15 de mayo en la pequeña cabeza de puente de Sedán. Pero, finalmente, consiguió obtener libertad de acción durante 24 horas, período de tiempo que consideraba necesario para ampliar la cabeza de puente a fin de que la infantería pudiese desplegar en su interior. Con su característica audacia, Guderian aprovechó esas 24 horas para aniquilar la resistencia y penetrar profundamente en territorio enemigo. El 17 de mayo sus unidades avanzadas alcanzaron el puente sobre el Oise, en Ribemont.

Guderian y su Estado Mayor sabían muy bien el peligro que correrían si el enemigo, atacando por el Norte y por el Sur con suficientes tropas, lograra cortar sus comunicaciones con la retaguardia; pero, basándose en su opinión acerca de la escasa eficacia del Mando francés, Guderian consideró improbable esta eventualidad.

El 17 de mayo fue un día de mucha actividad. El general von Kleist llegó en avión al puesto de mando de Guderian. Éste esperaba con alegría la posibilidad de discutir la situación con su superior, pero en cambio recibió una amarga desilusión: en lugar de plantear una discusión objetiva y dirigir algún elogio a sus hombres, Kleist amonestó en términos muy duros al general por su decisión de efectuar un avance tan profundo. Guderian, después de haber defendido su tesis, solicitó ser relevado del mando y Kleist aceptó la dimisión. Pero Guderian era uno de esos generales





Prisioneros ingleses en el norte de Francia. Muchos fueron atrapados por sorpresa: no esperaban que los alemanes llegasen tan pronto. (Ullstein)

que no pueden ser sustituidos, y sus compañeros, desconcertados, intentaron convencerle para que se quedase, ya que (como después sucedió en el caso de Rommel) su propia personalidad tenía una importancia decisiva. Afortunadamente, gracias a la intervención personal de los generales List y Rundstedt, Guderian aceptó de nuevo el mando de sus tropas. Obtuvo también la autorización para enviar hacia el Oeste algunas unidades acorazadas en misión de exploración. Y un hombre como Guderian sabía perfectamente cómo aprovechar las posibilidades que de este modo le ofrecían, aunque su puesto de mando debiera permanecer en Soize.

Aquel mismo día los franceses habían comenzado a presionar en dirección a Montcornet, atacando con la División Acorazada 4, de De Gaulle, una unidad recién constituida y, por consiguiente, inexperta.

La conquista de Amiens y Abbeville

Los días 18 y 19 de mayo el *Panzerkorps*, siguiendo la orden que le habían dado, avanzó lentamente hacia el Oeste, alcanzando la línea Cambrai-Péronne-Ham, antiguos campos de batalla de la primera Guerra Mundial. Las unidades francesas se limitaron a oponer una resistencia local; sólo la División Acorazada 4 llegó, el 19 de mayo, a amenazarnos de tal modo que nos indujo, tanto a Guderian como a mí, y sin habernos puesto de acuerdo de antemano, a ordenar que nuestra División Acorazada 10, apenas llegada de retaguardia, atacase a la unidad francesa. No obstante, el peligro desapareció antes de que comenzase ese proyectado avance.

La tarde del 19 de mayo, el general Guderian tuvo nuevamente plena libertad de acción y, en consecuencia, el día 20 ordenó a la 1.ª y 2.ª *Panzerdivision* que atacasen Amiens y Abbeville, respectivamente, estableciendo cabezas de puente sobre el Somme en espera del enemigo, que estaba llegando por el Norte.

Guderian que, como de costumbre, se hallaba en primera línea, estaba con la 1.ª *Panzerdivision* cuando ésta atacó Amiens. La vanguardia del sector izquierdo, un batallón de infantería ligera montada en motocicletas, encontró una dura resistencia en el límite noroeste de la ciudad, mientras que el grueso de nuestra unidad, atacado al sur de Albert por fuerzas acorazadas enemigas, tuvo que suspender el ataque. El comandante del batallón, dándose cuenta de que no había tiempo que perder, atacó con los pocos carros de que disponía; su audaz intento fue coronado por el éxito y Amiens cayó en nuestras manos.

Guderian, que se estaba dirigiendo a la 2.ª *Panzerdivision*, decidió que Abbeville debía ser ocupada aquel mismo día; pero, por carecer de carburante, sus carros de combate tuvieron que detenerse frente a la ciudad. No obstante, fusileros, artilleros e ingenieros, después de haber comprobado lo débil que era la resistencia, la ocuparon y constituyeron una cabeza de puente al otro lado del río. Indudablemente habíamos tomado al enemigo por sorpresa, hasta el punto de que en una plaza de armas capturamos una batería inglesa, que, habiendo salido a hacer prácticas, sólo tuvo tiempo de efectuar un disparo. Nadie había imaginado que los alemanes llegarían tan pronto (ni siquiera nosotros mismos). En los días sucesivos capturamos gran número de prisioneros, especialmente ingleses.

El sistema de trabajo de Guderian era muy interesante. Por la mañana salía en un coche blindado con un Estado Mayor, formado por unas pocas personas, con su ayudante y un oficial de transmisiones en el aparato de radio. Le seguían un vehículo semioruga para poder avanzar por

terrreno accidentado y dos enlaces; de este modo podía dirigir las operaciones desde una posición avanzada. Mientras se desplazaba manteníase en continuo contacto conmigo por radio. Por la tarde, al regresar, teníamos un largo cambio de impresiones con objeto de valorar la situación. Estos métodos demostraron ser muy eficaces, por lo que se introdujeron en todas las unidades acorazadas. El Mando del *Panzerkorps* hacía todo lo posible por seguir de cerca sus divisiones, a fin de reducir las vías de comunicación necesarias.

En Albert capturamos una importante documentación francesa, por la que nos enteramos de que el enemigo conocía la situación de nuestros puestos de mando de Cuerpo de Ejército y de División y de los centros de transmisiones. Teniendo en cuenta este peligro, decidimos que el centro de transmisiones estuviese siempre a una cierta distancia del puesto de mando, enmascarándolo cuidadosamente para que no constituyese un fácil blanco para los aviones enemigos. Precisamente, a raíz de estas precauciones, ocurrió una vez que varios aviones propios atacaron, por equivocación, nuestro puesto de mando en las cercanías de Amiens, destruyendo el avión de enlace que acababa de aterrizar; entonces nuestra artillería antiaérea, juzgando que se trataba de aviones enemigos enmascarados, respondió al ataque abatiendo uno de ellos. Los hombres de la tripulación se lanzaron en paracaídas, siendo acogidos por nosotros de forma nada cordial.

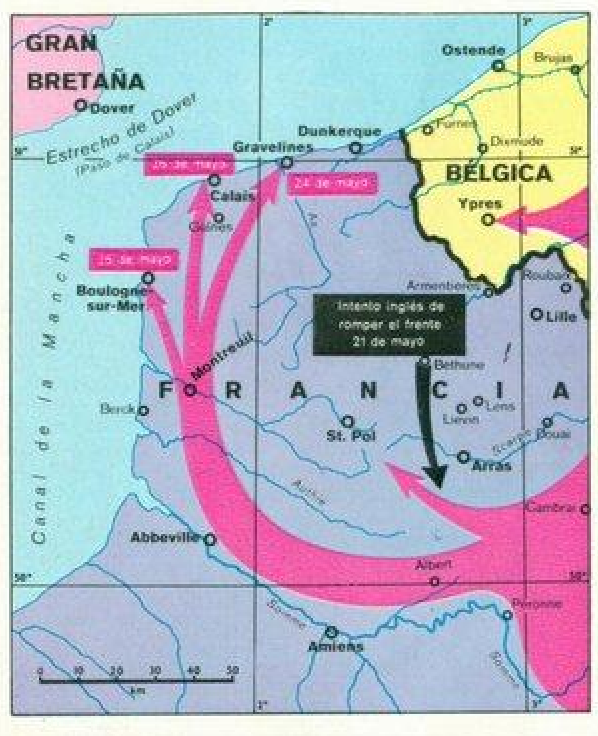
Avance por el Norte

La tarde de aquel día memorable en que nuestras divisiones acorazadas llegaron al mar, cortando Francia en dos partes, no teníamos aún la menor idea de la dirección en que debíamos continuar las operaciones. Ni tampoco nuestros superiores, los mandos del *Panzergruppe* de von Kleist, pudieron informarnos.

¿Qué podían hacer nuestros adversarios? Desde luego no podían ignorar aquel corredor que se extendía a través de su territorio, y por lo tanto era lógico que reunieran sus fuerzas para actuar. Después de todo, disponían aún de 120 divisiones, incluyendo un excelente Cuerpo Expedicionario británico. Un Mando eficiente habría organizado un ataque por el Norte y otro por el Sur sobre

Las primeras tropas alemanas entran en Maubeuge (Flandes). El humo producido por los incendios es todavía muy denso en toda la ciudad, y las calles, tras los combates, están llenas de escombros. *(Archivo Rizzoli)*





nuestra columna acorazada. El intento inglés del día 21 de mayo, en Arrás, de romper nuestras líneas con unidades acorazadas respondió, en parte, a nuestras preguntas; pero después de haber obtenido cierto éxito contra Rommel, el intento fracasó.

Tras la euforia de los primeros momentos de nuestra llegada al mar, comenzó a cundir el nerviosismo a medida que pasaba el tiempo ¿Debíamos detenernos para rechazar un posible ataque del grueso de las fuerzas aliadas procedentes del Norte, o dirigirnos hacia París para detener a las fuerzas que el enemigo estaba agrupando en aquella zona? ¿Quizá deberíamos realizar una conversión hacia el Norte para cerrar los puertos de Boulogne, Calais y Dunkerque? Pasaron casi dos días antes de que se tomara una decisión: finalmente, el 22 de mayo, nos dirigimos hacia el Norte.

«Hemos desperdiciado dos días –dijo Guderian, quien, como siempre, tenía razón–, dos días que podrían haber sido preciosos, en Dunkerque».

El 26 de mayo se repitió el ataque, pero también en vano; aunque nuestras pérdidas fueron escasas, no se puede negar que nuestra moral había descendido un poco. No obstante, el Mando no perdió su sangre fría: en las primeras horas de la tarde ordenó un nuevo ataque; esta vez el intento tuvo éxito y las tropas del baluarte se rindieron. A las 17,30 ocupamos el puerto y la ciudadela.

La vanguardia de la 1.ª *Panzerdivision* alcanzó el río Aa, al sur de Gravelinas, la noche del 23 de mayo, y al día siguiente efectuamos el ataque contra esta ciudad y el fuerte costero de Philipe, sin conseguir resultado alguno; en aquella ocasión los franceses se defendieron con coraje, tal vez porque Dunkerque era entonces el único punto de contacto entre las tropas cercadas y el mundo exterior. Como en la zona situada alrededor del río Aa hay muchas fosas y canales –y, por consiguiente, es poco adecuada para ataques de infantería o de fuerzas acorazadas–, sólo conseguimos establecer una serie de cabezas de puente

20 de mayo: los alemanes en Amiens. La ciudad, casi destruida por los bombardeos aéreos y por la artillería, fue conquistada gracias a la audaz intervención de un batallón de infantería ligera, apoyado por unos pocos carros de combate. *(Archivo Rizzoli)*

que nos servirían de trampolines de lanzamiento en la batalla decisiva que pretendíamos entablar al día siguiente. No teníamos la menor duda de que se trataría realmente de una batalla decisiva: a todos nos parecía evidente que ahora teníamos al alcance de la mano la fase final de una victoria indiscutible, y la esperábamos con cierto temor natural, pero también con confianza.

La tercera orden de detención

Pero, precisamente, la noche del 24 de mayo el *Panzerkorps* recibió la orden de no atravesar el río Aa y limitarse a mantener las posiciones conquistadas. Como no nos dieron explicación alguna, Guderian y yo comprendimos que la rendición de los Aliados era inminente, impresión reforzada por el hecho de que la orden que habíamos recibido hacía la siguiente referencia a la *Luftwaffe*: «Dunkerque debe dejarse para la *Luftwaffe*. Si no cae el 26 de mayo, también se dejará a la *Luftwaffe* la ciudad de Calais».

No obstante, a medida que pasaba el tiempo aumentaba nuestra inquietud, pues numerosos buques llegaban a Dunkerque –fuera del alcance de nuestra artillería–, remontaban la desembocadura del río Aa y embarcaban las tropas enemigas. Informamos de todo lo que estaba sucediendo, pero no se hizo nada, y durante dos preciosos días nuestros adversarios pudieron reforzar sus defensas y organizar la evacuación de aquella enorme masa de tropas de Dunkerque. Por último, el 27 de mayo se nos permitió reanudar la ofensiva, pero sólo con la infantería motorizada, no con las divisiones acorazadas. Esta última locura permitió al enemigo replegar sus tropas de modo que constituyeran una fuerza lo suficientetemente potente para ofrecernos una seria resistencia.

Guderian tenía sobrados motivos para estar orgulloso de su gran unidad acorazada, creada por él mismo después de haber superado fuertes oposiciones. Tanto los hombres como el material demostraron estar a la altura de la misión que se les había confiado, y por lo tanto, nosotros esperábamos con fe la fase sucesiva. Los soldados tenían en alta estima a su general, y todos conocían al «rápido Heinz», porque siempre se encontraba a su lado en el momento de la lucha, a menudo en posición más avanzada de lo oportuno desde un punto de vista estrictamente táctico.

El 26 de mayo Guderian consideró que su misión en este frente había terminado, y en su orden del día dio las gracias a sus hombres en los siguientes términos: «Os pedía que estuvierais sin dormir cuarenta y ocho horas, y vosotros habéis soportado este ritmo durante 17 días. Os he obligado a enfrentaros con situaciones en las que el enemigo amenazaba nuestros flancos y nuestra retaguardia y no habéis vacilado jamás. Con confianza y fe ejemplares en la posibilidad de desempeñar las misiones confiadas, habéis cumplido todas las órdenes con un elevado espíritu de sacrificio. Alemania está orgullosa de sus divisiones acorazadas y yo me considero afortunado por haber tenido la posibilidad de conduciros. Dediquemos ahora un respetuoso recuerdo a nuestros camaradas caídos».

Nuestros hombres guardaban una justa consideración a sus adversarios, aunque se pasmasen a menudo del escaso espíritu combativo de los franceses. Los ingleses no habían cambiado desde la Gran Guerra: seguían siendo unos combatientes indomables. Las relaciones con la población local eran cordiales, y a menudo en sus ratos de asueto los soldados ayudaban a los campesinos en las labores del campo. A veces nos tomaban por ingleses, lo que dio lugar a no pocas sorpresas.



Arriba: los alemanes en la costa del canal de la Mancha, al final de su carrera hacia el mar. **Abajo:** carros de combate alemanes avanzando: su objetivo era aislar a las fuerzas aliadas destacadas en el norte de Francia. *(Ullstein)*

Dunkerque 24 de mayo - 4 de junio de 1940

OPERACION

Christopher Hibbert

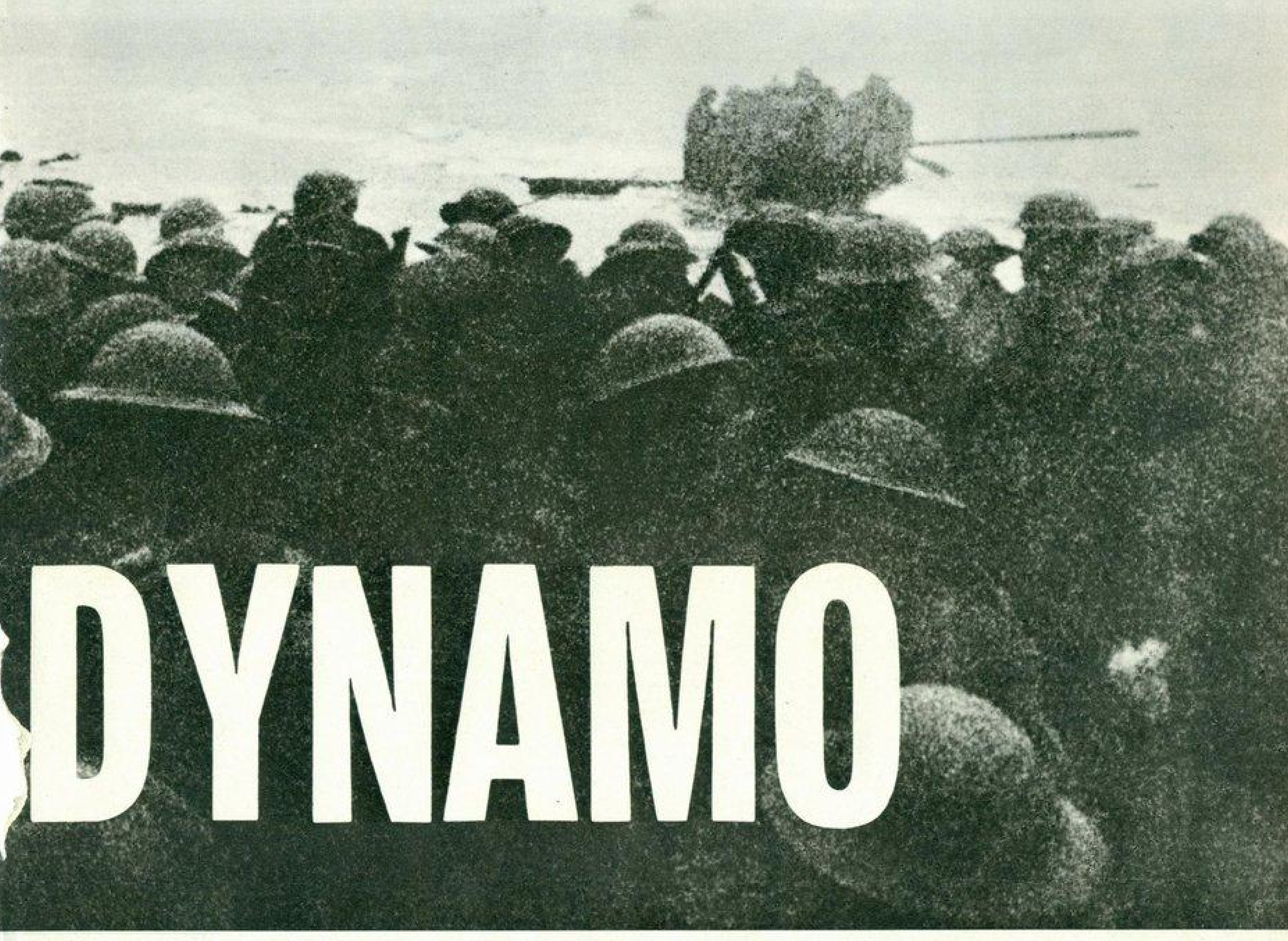
«Estas órdenes procedentes del Alto Mando son completamente absurdas –escribió colérico en su diario, la mañana del día 26 de mayo de 1940, el general alemán Halder, Jefe del Estado Mayor General–, los carros de combate se han detenido como si estuviesen paralizados».

Su cólera era bien justificada. En aquel momento las tropas alemanas estaban en la cima de su espectacular éxito. El frente belga estaba a punto de derrumbarse, en tanto que, por el Sur, el *Panzergruppe* de Kleist había alcanzado la desembocadura del Somme en Abbeville y, después de haber efectuado una conversión hacia el Norte para ocupar Boulogne y cercar Calais, llegó a menos de 20 km de Dunkerque. Presos en la trampa, entre estas fuerzas acorazadas y los Ejércitos alemanes que avanzaban por el Nordeste, se hallaban cercados el Ejército belga, diez divisiones del Ejército 1 francés y el grueso del Cuerpo Expedicionario británico. Los alemanes estaban a punto de obtener su decisiva y espectacular victoria. Y, sin embargo, las unidades acorazadas acababan de recibir la orden de detenerse inmediatamente.

Algunos días antes, Halder había anotado en su diario, que el *Führer* estaba «terriblemente nervioso». «Preocupado por su propio éxito –añadía–, no está dispuesto a correr riesgos e insiste en detenernos...»

El nerviosismo de Hitler encontró un apoyo y una confirmación el 24 de mayo, cuando Rundstedt le indicó que sería oportuno detener las divisiones acorazadas en la línea del río Aa hasta que llegaran refuerzos de infantería. Como la mayoría de los altos mandos alemanes, Rundstedt no había creído, realmente, en la posibilidad de que las fuerzas acorazadas consiguieran tan decisivo golpe, y obsesionado por el temor de que no pudiera prolongarse la ofensiva, no elaboró ningún plan respecto al empleo que había de dar a las citadas fuerzas una vez hubiesen llegado al mar. Por lo tanto, aunque en aquel momento el río sólo estaba defendido, entre Gravelinas y St. Omer, por un batallón inglés, sostuvo enérgicamente la necesidad de una pausa que permitiera llenar los vacíos que se habían producido en las unidades alemanas y restablecer en su interior un conveniente equilibrio antes de realizar el «último acto» de la batalla de cerco. Hitler admitió inmediatamente la tesis de Rundstedt, y las disposiciones para una detención temporal se transformaron en la orden fatal de una detención definitiva.

La Operación «Dynamo» habría podido convertirse en uno de los más grandes desastres de la historia militar. Reducido a un escaso perímetro y extenuado por la guerra-relámpago, el Cuerpo Expedicionario británico parecía estar a merced de la *Luftwaffe*. Ésta, afirmaba Goering, podía aniquilar por sí sola a los ingleses. Pero no había contado con el reducido efecto de las bombas sobre la arena, ni con el talento de Ramsay, ni con la valiosa colaboración de la población civil, que contribuyó a salvar más de 330.000 hombres en nueve días.



DYNAMO

Parece ser, según manifestó después de la guerra el general Blumentritt, Jefe de Operaciones de Rundstedt, que la actitud de Hitler obedecía también a motivos políticos. Consideraba que, después de la conclusión de «una paz razonable con Francia», quedaría abierto «el camino para un acuerdo con Inglaterra». A Alemania no le interesaba reducir a los ingleses a un estado de completa sumisión: una penosa humillación habría hecho más difícil el logro de un acuerdo.

Pero, aparte de las consideraciones políticas, por muy influyentes que fueran; aparte el temor de un posible cambio en la situación, que ensombrecía la alegría del éxito inicial, y aparte la preocupación de conservar la fuerza de su Ejército para descargar nuevos golpes en el Sur, la orden de Hitler, que tanto decepcionó a Halder y Brauchitsch, tenía también otra explicación. Esta explicación, de la que se enteraron los generales una semana después, estaba relacionada con Hermann Goering.

Según Halder, «Goering, que conocía bien al *Führer*, supo aprovechar hábilmente su estado de ánimo preocupado. Se ofreció para terminar la gran batalla de cerco sólo con su *Luftwaffe*, eliminando de este modo el riesgo de tener que usar las preciosas unidades acorazadas... Como hasta entonces el Ejército había realizado las operaciones de un modo tan eficaz, quería asegurar a *su* aviación el acto final de la gran batalla, detentando así, a los ojos de todo el mundo, la gloria del éxito». Si los generales del Ejército hubieran podido atribuirse todo el mérito de la victoria, «en la patria alemana el prestigio del *Führer* habría sufrido un golpe irreparable». Para evitar que sucediera esto era indispensable que fuese la *Luftwaffe*, y no el Ejército, la que librara la batalla decisiva.

Pero, mientras la *Luftwaffe* se disponía para dar esta batalla, lord Gort estaba preparándose para librar la suya. Aunque todavía estaba supeditado a la orden de seguir el plan Weygand, rompiendo el frente alemán en dirección a Cambrai, el 25 de mayo llegó a la conclusión de que un ataque de este género tenía pocas posibilidades de éxito. Y puesto que la resistencia belga estaba desmoronándose rápidamente y que los franceses no parecían estar en condiciones de efectuar un ataque complementario hacia el Norte, el Comandante en Jefe inglés ya no podía dudar de que su única esperanza de supervivencia consistía en abrirse paso hacia el mar.

Incluso exponiéndose a molestar al general Weygand, Gort ya había tenido que ordenar al



Un buque de guerra inglés, frente a Dunkerque, espera las lanchas llenas de soldados para evacuarlos. *(Foto Magnum)*

causa de los tortuosos canales y de los bajíos que había a lo largo de la costa, y también porque a la amenaza de las baterías costeras se uniría la más grave de los ataques aéreos. Por otra parte, se dejaba sentir una lamentable escasez de buques ligeros.

Afortunadamente, además de los barcos transbordadores de pasajeros, la mayor parte de los cuales construidos exprofeso para los puertos del canal de la Mancha, y de las gabarras de motor que podían actuar también en aquellas aguas, los ingleses disponían de 40 barcos holandeses de cabotaje *(schuits)*, que se habían refugiado en los puertos ingleses después de la caída de Holanda. Con la ayuda de estas y otras unidades menores, incluso con embarcaciones de recreo, se esperaba que la Operación «Dynamo» –nombre convencional asignado a la evacuación– se llevase a término con cierto éxito.

Sin embargo, como ya se ha dicho, el plan se basaba en la hipótesis de que los puertos disponibles fueran tres; pero el 23 de mayo la 2.ª *Panzerdivision* había efectuado un ataque irresistible contra Boulogne, y tres días más tarde, después de una obstinada resistencia, los restos de las unidades del general de brigada Nicholson cayeron a su vez prisioneros en la ciudadela de Calais. Así, pues, la idea de la Operación «Dynamo» se veía amenazada.

Por fortuna, la tenaz defensa de Calais, calificada por el mismo Guderian como «heroica y digna de los mejores elogios», había proporcionado a lord Gort el tiempo necesario para desarrollar sus planes: el Cuerpo Expedicionario podía luchar todavía por su propia existencia con algunas posibilidades de éxito.

Ya el 19 de mayo lord Gort había pensado en la evacuación por mar como una de las posibilidades que se le ofrecían al Cuerpo Expedicionario, y poco después el general Pownall ordenó al general de división Franklyn que se retirara del sector de Arrás con la División 5 y la 50 *(Northumberland)*. Y ahora, todavía más al Norte y a ambos lados de Courtrai, algunas unidades del Grupo de Ejércitos B, del general von Bock, habían efectuado un nuevo y peligroso ataque contra el frente belga. Si este ataque tenía éxito, como parecía probable, el flanco del Cuerpo de Ejército II británico, mandado por el teniente general Brooke, quedaría peligrosamente descubierto. De momento, el frente Noroeste del Cuerpo Expedicionario estaba tranquilo, pero, ¿quién sabía el momento en que se reanudaría el ataque? Incluso en aquel momento, el Ejército 1 francés estaba sufriendo ataques enemigos en el sector de Denain.

A las 7 del día 25 de mayo, sir John Dill, segundo Jefe del Estado Mayor General del Imperio, llegó al puesto de mando de Gort, en el castillo de Premesques, procedente de Londres. El día anterior, Churchill, que esperaba impaciente las noticias de un contraataque inglés, había enviado a lord Ismay un mensaje censurando la conducta de lord Gort y de sus fuerzas; un mensaje que, como él mismo admitió más tarde, «no les hacía justicia». Pero a Dill le pareció claro, inmediatamente, que no tenía sentido alguno «cerrar los ojos frente a la gravedad de la situación».

«El Cuerpo Expedicionario –le dijo el Primer Ministro– está ahora sosteniendo un frente de más de 140 km con siete divisiones... Los alemanes han establecido contacto a lo largo de todo el frente, y se dice que ayer tarde han conseguido romper la línea belga, infiltrándose por el nordeste de Courtrai...»

Aquella tarde Gort tomó su gran decisión. Según el historiador inglés David Divine, después de las 6 de la tarde salió Gort de la sala del castillo en la que había pasado varias horas estudiando el plano y entró en la oficina de su Jefe de Estado Mayor, general Henry Pownall.

«Henry –dijo–, he tenido una idea. Debemos ordenar a las Divisiones 5 y 50 que suspendan el ataque por el Sur y enviárselas al general Brooke, a la izquierda».

«Se dará cuenta perfectamente, sir –observó el general Pownall–, de que esto va en contra de las órdenes recibidas y que, si retiramos aquellas divisiones, es poco probable que sin apoyo pueda atacar el Ejército francés».

«Sí, lo sé perfectamente. No obstante, debemos hacerlo».

De este modo se tomó una decisión grave y trascendente, pero que salvó al Cuerpo Expedicionario.

El almirante Ramsay asume el mando

Cinco días antes, el 20 de mayo, en las profundas galerías de la escollera oriental, bajo el castillo de Dover, se había celebrado una reunión. En una amplia habitación, en la que durante la primera Guerra Mundial se puso una instalación eléctrica y que se conocía como «habitación de la dínamo», el vicealmirante Bertram Ramsay sostuvo una conferencia acerca de la «evacuación de emergencia de fuerzas muy numerosas a través del canal de la Mancha».

El problema principal era, naturalmente, el de encontrar un número adecuado de barcos para evacuar aquella gran masa de hombres en el poco tiempo de que dispondrían. Cuando se celebró la reunión se consideró que, aunque se contaba entonces con tres puertos franceses –Calais, Boulogne y Dunkerque–, no podrían embarcarse en cada uno más de 10.000 hombres por día, y aun ello sólo sería posible si el enemigo no realizaba grandes acciones de hostigamiento.

No era posible recurrir a grandes buques a



coronel lord Bridgeman que preparase los planes necesarios al efecto. Entonces aún seguían abiertos todos los puertos del canal de la Mancha, entre Boulogne y Zeebrugge; pero poco después, el único sector de costa que quedaba en manos de los Aliados eran los 50 km que mediaban entre Gravelinas y Nieuport, a uno y otro lado de Dunkerque. La difícil misión que tenía que resolver Gort era la de mantener abierto un corredor a través del cual sus hombres pudieran alcanzar aquel reducido sector de la costa.

La noche del 25 de mayo los belgas habían agotado sus reservas, y su frente fue roto entre Geluwe y el río Lys. Al día siguiente, la División 5 inglesa, que se desplazó a aquel sector para apoyar al general Brooke, se encontró amenazada por tres de las divisiones de Bock; además, en el frente occidental, Hitler había autorizado a Rundstedt para que reanudase el avance con «las unidades acorazadas y divisiones de infantería en la dirección Tornai-Gassel-Dunkerque».

Una sola posibilidad

En Londres ya no se dudaba sobre la necesidad de aprobar la decisión que lord Gort había tomado por iniciativa propia. El 26 de mayo, Anthony Eden, ministro de la Guerra, envió a Gort un telegrama en el que le decía que, si las informaciones que había recibido eran exactas, «la única posibilidad que queda es la de abrirse camino hacia el Oeste, donde todas las playas y puertos situados al este de Gravelinas se utilizarían para las operaciones de embarque. La Marina proporcionará barcos y pequeñas embarcaciones, mientras que la RAF asegurará el más completo apoyo. Como es posible que la retirada deba iniciarse muy pronto, los planes preliminares deben estar preparados con la máxima urgencia».

Estos planes preliminares ya estaban preparados. El teniente general sir Douglas Brownrigg, intendente general, había organizado la evacuación de todas las unidades logísticas, así como de otras tropas de primera línea. Además, en colaboración con el general francés Blanchard, Comandante del Grupo de Ejércitos 5, se preparó un plan para una retirada detrás del canal Lys, y para la sucesiva constitución de una cabeza de puente que tuviera su base a lo largo del citado canal. Al principio se pensó que en este sector se podría contener a los alemanes «sin temor alguno de retiradas», según opinión de Blanchard. Pero muy pronto se dieron cuenta de que era imposible resistir en aquel lugar. Al mediodía del 26, cuando la orden de Hitler de que se reanudase la ofensiva empezó a dar los primeros resultados, se entablaron duros combates a lo largo del frente occidental, en el sector que defendía la División 2, y todavía más al Sureste, una brigada al mando del general Churchill, que aún no había abandonado la zona para acudir en ayuda de Brooke, se vio empeñada en Carvin.

La División 5, reforzada por la brigada de Muirhead, de la División 48, fue transportada durante la noche al punto en que se había abierto una brecha entre los belgas y el flanco izquierdo de Brooke. Pero en cuanto llegaron a su destino, también estas fuerzas se vieron sometidas a un intenso ataque, por lo que tuvieron que entrar en acción en su flanco tres batallones de la División 1, y en esas condiciones la batalla continuó furiosamente durante todo el día.

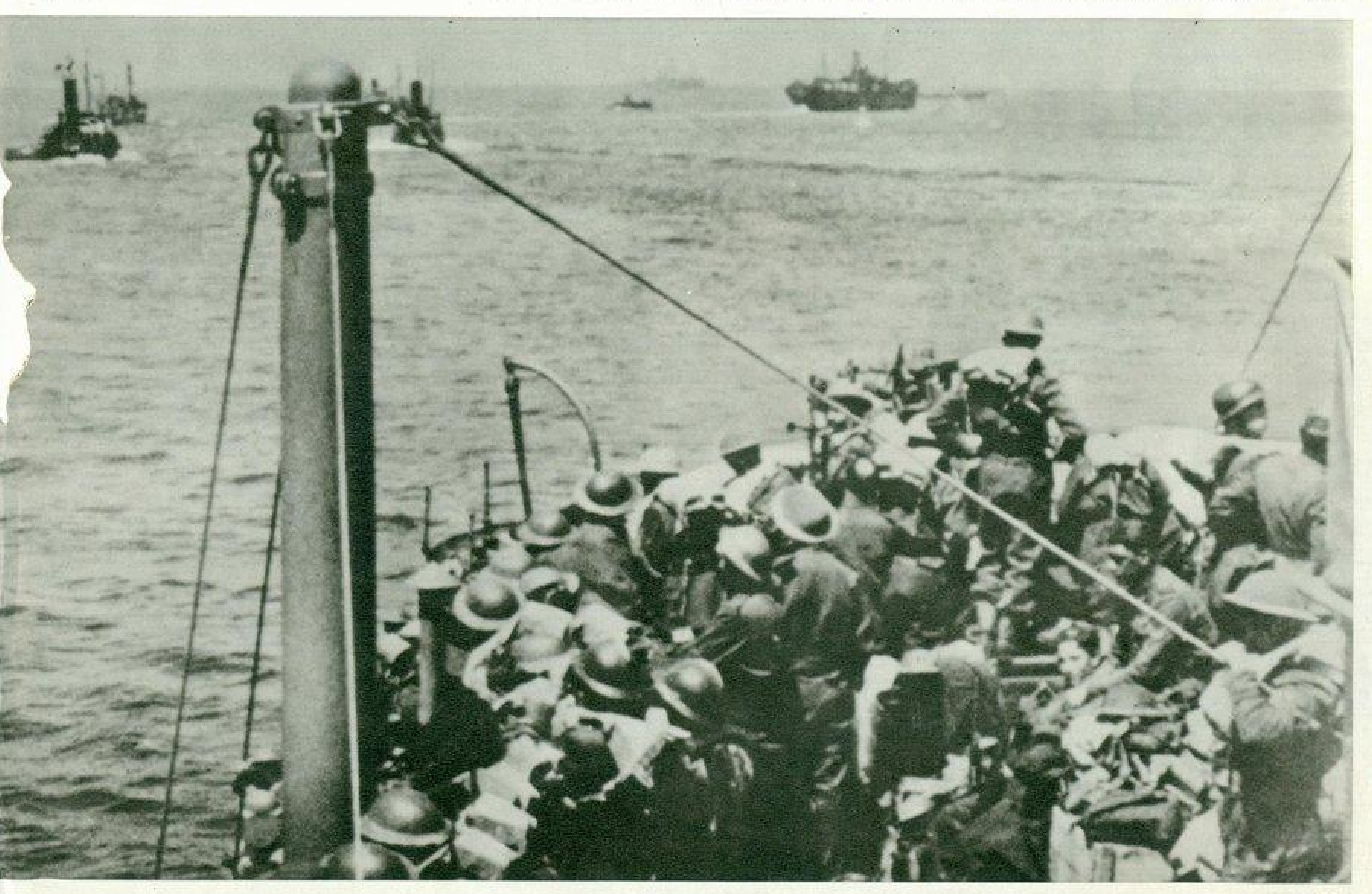
A retaguardia de estas tropas y más al Oeste, la división 2 tuvo que combatir asimismo durante todo el día contra las divisiones acorazadas del general Hoth, la artillería y los bombarderos, a fin de mantener abierto el corredor, que ya se estaba estrechando. Al anochecer, la división había quedado reducida a una brigada. Pero todavía quedaba abierto un paso entre esta unidad y la División 5 de Franklyn, que estaba resistiendo valientemente en la línea Comines-Yprès. Y fue precisamente a través de este paso por donde las Divisiones 1, 3, 4 y 42 del Cuerpo Expedicionario y una tercera parte del Ejército 1 francés consiguieron huir. Dos días después el cerco se cerró totalmente.

Pero, mientras tanto, los Aliados habían conseguido organizar una línea defensiva más eficaz alrededor de Dunkerque. Dicha línea se extendía desde Nieuport hacia el Este, seguía por los canales situados entre Furnes y Bergues y terminaba, por el Oeste, en Gravelinas. Los franceses asumían la responsabilidad del sector occidental, entre Bergues y Gravelinas, y los ingleses tenían que defender el oriental.

El sector inglés estaba dividido en tres partes –correspondientes a cada una de las Grandes Unidades– y cada parte tenía su propia zona de playa para la evacuación, así como sus propios depósitos de comunicaciones y de aprovisionamientos, situados dentro del perímetro, y una «zona de reunión» fuera de él. Para resolver el problema de la saturación del tráfico, todos los vehículos, con poquísimas excepciones, se abandonarían en la otra orilla de los canales. A lo largo de estos últimos se reforzarían las defensas a medida que los cruzaran las tropas en retirada.

Pero había de pasar mucho tiempo antes de que las tropas que se encontraban fuera de esta zona *consiguiesen* entrar. En efecto, en las primeras horas del día 28 se rindió el Ejército belga, y entonces el flanco izquierdo de Gort quedó al descubierto hasta el mar, a lo largo de un frente de más de 30 km. El Cuerpo de Ejército II de

Barcos de todo tipo se encargaron de sacar de Dunkerque las fuerzas del Cuerpo Expedicionario británico. *(Keystone)*



Brooke, que combatía duramente para rechazar los ataques del Ejército 6 alemán, se vio obligado a desplegar en un frente mucho más extenso. A la División 50 se la hizo avanzar para extender la línea del frente hacia el Norte; al mismo tiempo, las Divisiones 3 y 4 fueron trasladadas a toda velocidad hacia el Norte, en columnas motorizadas, para prolongar las defensas del muro oriental del corredor que conducía a Dunkerque.

Amenazas en el perímetro

Pero antes de que estas fuerzas consiguieran cerrar el hueco provocado por el derrumbamiento de los belgas, la División 256 alemana lanzó un ataque en Nieuport, en el extremo oriental del perímetro de Dunkerque, amenazado con efectuar una ruptura que la conduciría al litoral, a espaldas del Cuerpo Expedicionario. Pero en Nieuport los alemanes se encontraron con los autoblindados del Regimiento 12 de lanceros, que consiguieron detenerles. Antes de que pudieran efectuar otro ataque más potente, el general de brigada Lawson reforzó a los lanceros con una unidad de ingenieros y artilleros que combatían como infantes; además, se empeñaron en el combate grupos de la División 60 francesa, mientras el general Brooke llamaba una brigada de la División 4 inglesa.

Los combates continuaron durante el resto del día a lo largo del frente oriental de la bolsa, desde Nieuport a Comines, y a lo largo del frente occidental, donde las restantes divisiones del Cuerpo Expedicionario se batían furiosamente para rechazar a las fuerzas acorazadas alemanas que estaban atacando en la línea Merville-Gravelinas.

La batalla fue dura y confusa en el sector occidental. El enlace entre las distintas divisiones inglesas era escaso o nulo, cosa natural, pues habían perdido el contacto y las líneas telefónicas ya no funcionaban. Varias veces los carros de combate alemanes consiguieron irrumpir en la retaguardia de las posiciones defensivas, salvando el intenso fuego de barrera de la artillería y de las armas portátiles, lo que obligaba a los defensores a replegarse hacia otras posiciones más retrasadas. Mientras tanto, el extremo meridional de la bolsa se iba debilitando poco a poco ante los ataques de los brazos de un nuevo movimiento de tenaza de la 7.ª *Panzerdivision* de Rommel, que avanzaba por el Oeste, y de la División de Infantería 7 de Book, que lo hacía por el Este. La tenaza se cerró dejando cercadas seis divisiones del Ejército 1 francés, al sudoeste de Lille, que continuaron combatiendo valerosa y desesperadamente.

Un poco más al Norte, otras ocho divisiones de infantería alemana ejercieron durante toda la tarde del 28 de mayo una enérgica presión sobre el frente oriental, defendido por las tropas del general Brooke, mientras que cinco *Panzerdivisionen* y cuatro divisiones motorizadas atacaban el frente occidental, obligando a las divisiones inglesas a retirarse hacia el reducido recinto formado por lagunas, esclusas y arena.

La División 44, sufriendo graves pérdidas, se retiró a una nueva posición en el Mont des Cats; los restos de la División 2 se replegaron a través de Poperinge; numerosas unidades de la División 48, que luchaban desesperadamente para defender Cassel, fueron progresivamente aniquiladas.

La retirada continuó al día siguiente, mientras la artillería inglesa disparaba sus últimas municiones contra los alemanes que cerraban el cerco. Cuando cayó la noche, las unidades situadas en la retaguardia de la División 50 y las de la 3 del general de división Montgomery se retiraron de la línea de Poperinge, en tanto que la 42 y la 5 abandonaban el alto curso del Yser; en todo el frente, que se estaba reduciendo con gran rapidez, y a lo largo de los caminos cada vez más saturados, las brigadas, más o menos intactas pero fraccionadas en batallones o en compañías, se abrieron camino luchando para restablecer el enlace y, una vez logrado, se situaron en las altas orillas del canal para defenderlo.

Crisis logística

El 26 de mayo, a las 18,57 horas, el Almirantazgo indicó a Dover: «La *Operación Dynamo* debe comenzar».

Realmente los problemas del almirante Ramsay eran enormes. El puerto de Dover, con los ocho muelles para los transbordadores de pasajeros y una cincuentena de anticuadas boyas de amarre, no era apropiado para soportar la congestión que requería la Operación «Dynamo». No obstante, muy pronto amarrarían en ellos, en filas de tres, hasta 20 barcos a un tiempo, mientras las boyas soportarían un flujo ininterrumpido de buques que debían abastecer de combustible o cargar provisiones. En Dunkerque la situación era mucho peor. La ciudad y los muelles estaban sometidos, desde hacía varios días, a duros bombardeos aéreos. Los *docks* ya no se podían utilizar; un rompeolas y dos muelles era todo lo que quedaba.

Por añadidura, existían otros problemas que dificultaban la travesía del canal de la Mancha entre Dunkerque y Dover: cómo proteger la ruta de los barcos que debían realizar la evacuación, cómo responder al fuego de las baterías alemanas instaladas en Calais, cómo proporcionar una protección antiaérea conveniente, cómo limpiar de minas los canales que conducían al puerto, cómo luchar con las unidades navales enemigas que tenían su base en Flushing y con los *U-Boot* procedentes del mar del Norte. ¿Cómo hacer frente a todas estas cosas y al mismo tiempo embarcar miles y miles de hombres en el espacio de dos días? Pues al cabo de estos dos días los alemanes harían imposible cualquier intento de evacuación.

Para las tripulaciones de los barcos el mayor peligro lo constituían el tiro de las baterías costeras del sector de Calais y los bombardeos aéreos.

El capitán Duggan, comandante del vapor correo de la isla de Man, el *Mona's Queen*, que atravesó el canal de la Mancha para acudir a Dunkerque la primera noche de la operación, narró más tarde que se había «desencadenado el infierno» en su barco cuando fue atacado desde tierra por los disparos de las baterías costeras. Su narración continúa así:

«Los proyectiles caían alrededor del buque. La primera salva pasó sobre nosotros y la segunda cayó a popa. Creí que la salva siguiente nos alcanzaría, pero, afortunadamente, resultó corta y dio directamente bajo la popa. El navío quedó acribillado por la metralla, que en gran parte cayó sobre la cubierta de botes y la de pasajeros. Después fuimos atacados desde el aire. Un bombardero *Junker* se lanzó en picado sobre nosotros y arrojó cinco bombas, pero no dio en el blanco: cayeron a unos cincuenta metros, aproximadamente, de nuestro buque. Y esto ocurrió mientras estábamos sometidos todavía al fuego de las baterías de tierra, aunque ya nos alejábamos del alcance de las mismas. El *Junker* que nos había bombardeado fue derribado y se precipitó en el mar, precisamente delante del *Mona's Queen*. No hubo supervivientes. A continuación nos atacó otro *Junker*, pero fue derribado antes de que pudiera alcanzarnos. Finalmente, la tensión disminuyó un poco.

»Noté que después del bombardeo la tripulación tenía los nervios muy excitados. Ni siquiera yo mismo me sentía muy bien; no obstante, reuní a los hombres y les informé de que los alemanes estaban bombardeando Dunkerque y que la ciudad estaba en llamas. Cuando pregunté si alguno estaba dispuesto a ofrecerse como voluntario para entrar en el puerto, todos se ofrecieron como un solo hombre; y estoy contento al poder afirmar que recogimos tantos soldados como podía transportar el *Mona's Queen*».

Entrar en el puerto de Dunkerque no sólo era arriesgado, sino que, además, parecía imposible. En la ciudad ardían los depósitos de combustible, así como los almacenes y talleres a lo largo de los muelles: las llamas se alzaban claramente sobre las ruinas de la población o quedaban ocultas por una densa cortina de humo negro. Además, los numerosos restos de buques hundidos hacían peligrosa la navegación en el puerto. Los bombarderos no respetaban nada.

Se necesitan embarcaciones más pequeñas

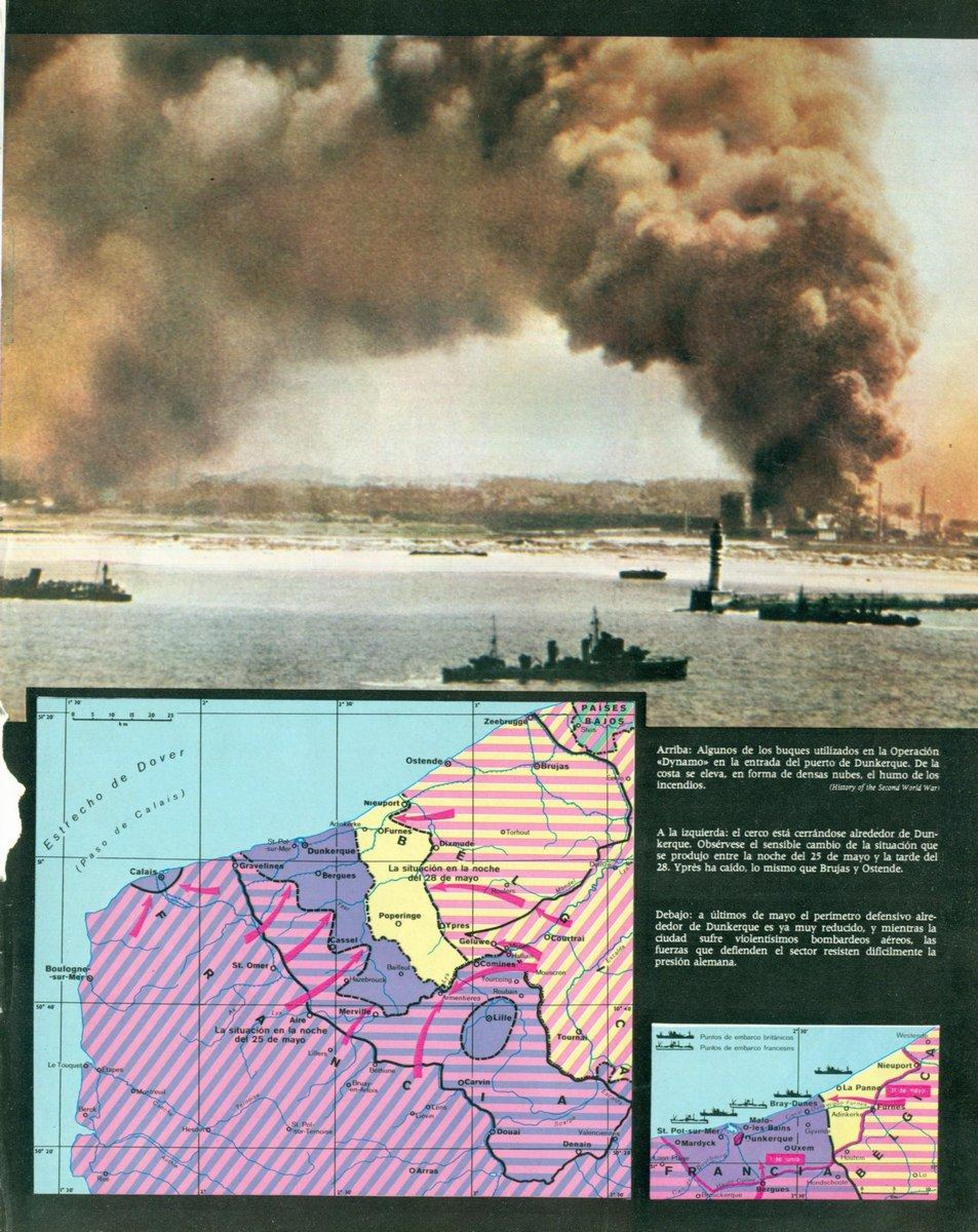
Se vio claro entonces que las operaciones de embarque, imposibles en el puerto, tenían que efectuarse a lo largo de las playas que se extendían a ambos lados de Dunkerque. En aquel momento Ramsay sólo disponía de unas pocas embarcaciones de pequeño desplazamiento, imprescindibles para transportar a los hombres desde la misma playa hasta los buques mayores que, naturalmente, se encontrarían a cierta distancia de la costa. Por lo tanto, pidió al Almirantazgo que le enviase urgentemente más embarcaciones de pequeñas dimensiones. Mientras tanto, en Londres, el capitán Wharton se había dedicado, por propia iniciativa y desde hacía casi una semana, a recoger cuantas barcas pudo: en el Támesis, cerca del embarcadero de Westminster, ya había ancladas cuarenta. En seguida se enviaron muchas más desde las Sociedades naúticas recreativas, pequeños astilleros y embarcaderos privados diseminados a lo largo de la costa meridional y oriental, así como de las orillas del Támesis.

La evacuación continuó durante toda la noche del domingo. A medianoche, unos 30.000 hombres habían llegado a Dover sanos y salvos. Pero la madrugada del lunes, tanto el fuego de las baterías de Calais como los ataques aéreos aumentaron en intensidad. Muchos barcos sufrieron graves desperfectos y otros tuvieron que alterar su ruta. A bordo del *Mona's Isle* murieron 23 hombres y otros 60 resultaron heridos cuando el barco se encontró bajo el fuego simultáneo de las baterías costeras y de la *Luftwaffe*; el *Yewdale* fue hundido cerca de Calais.

Era evidente que la breve ruta hacia Dunkerque, libre de minas, pero bajo la acción de las baterías de Calais, tenía que haberse abandonado y sustituirla por el canal más largo que, pasando por el norte de los bajíos de Goodwin, desemboca en Kwinte Buoy, al noroeste de Ostende. Pero esta ruta (ruta Y) tenía una longitud de 87 millas –48 más que la anterior–, y utilizarla significaría una pérdida de tiempo considerable y una peligrosa prolongación del período durante el cual los buques estarían expuestos a los ataques de la *Luftawaffe*. El Mando de cazas de la RAF estaba dispuesto a destinar 16 grupos para vigilar dicha ruta, pero la pérdida de tiempo que comportaría no permitió recurrir a esta solución aparentemente sencilla.

Cuando, al atardecer de aquel mismo día, el comandante Tennant desembarcó en Dunkerque como oficial de la Marina de mayor graduación, se percató al instante del poco tiempo de que disponían. Un informe del Cuerpo Expedicionario reveló que la situación de las fuerzas inglesas era bastante precaria, y lo mismo podía decirse de la situación en Dunkerque. Los bombardeos aéreos continuaban (aquel día hubo doce incursiones) y la ciudad era pasto de las llamas. A las 20 horas Tennant envió a Dover el siguiente mensaje: «Os rogamos enviéis rápidamente a las playas situadas al este de Dunkerque todos los medios disponibles. En la noche de mañana la evacuación será problemática». Incluso aquella noche la evacuación resultó también muy arriesgada. Un buque de pasajeros, el *Queen of the Channel*, llegó al embarcadero precisamente durante un bombardeo aéreo. En su informe escribía el primer oficial:

«Nuestras armas antiaéreas estaban en acción, como todas las demás. Uno de nuestros hombres bajó al embarcadero para fijar las amarras. Pero hacia las 20 horas subió a bordo el capitán de corbeta Williams, quien dijo a nuestro comandante que saliera del puerto, arriara las lanchas y embarcara las tropas que se hallaban en la playa. Nos trasladamos al lugar de fondeo, y cuando estábamos a punto de arriar la cuarta lancha nos informaron de que cierto número de hombres



Arriba: Algunos de los buques utilizados en la Operación «Dynamo» en la entrada del puerto de Dunkerque. De la costa se eleva, en forma de densas nubes, el humo de los incendios. *(History of the Second World War)*

A la izquierda: el cerco está cerrándose alrededor de Dunkerque. Obsérvese el sensible cambio de la situación que se produjo entre la noche del 25 de mayo y la tarde del 28. Yprés ha caído, lo mismo que Brujas y Ostende.

Debajo: a últimos de mayo el perímetro defensivo alrededor de Dunkerque es ya muy reducido, y mientras la ciudad sufre violentísimos bombardeos aéreos, las fuerzas que defienden el sector resisten difícilmente la presión alemana.

estaba llegando al embarcadero. Con la poca tripulación que teníamos a bordo nos deslizamos a lo largo de aquél. Embarcamos unos 600 hombres, que llegaban en grupos. Hacia las 23 horas nos dijeron que ya no había más soldados en los alrededores, y por lo tanto levamos anclas. Pero como advertimos que otros estaban llegando corriendo nos acercamos nuevamente y embarcamos otros 80. Mientras tanto, hubo cuatro incursiones aéreas. Al alejarnos, el enemigo lanzó bengalas con paracaídas, que iluminaron toda la zona. Entonces nuestro comandante hizo retroceder el buque hasta el puerto, a fin de aprovechar la cortina de humo producida por los incendios que estallaban en la ciudad.

»Después salimos para izar a bordo nuestras lanchas y a los hombres de la tripulación…»

Riesgos y elevadas pérdidas

Además de peligrosas, las operaciones que se desarrollaron en las proximidades de las playas eran terriblemente lentas. Los buques tenían que utilizar sus pesadas y poco manejables lanchas de salvamento, y las unidades de guerra sus canoas y chalupas. A pesar del duro trabajo de los tripulantes, aquella noche únicamente fueron embarcados en la playa 2500 soldados. Sólo la inmediata llegada de pequeñas embarcaciones, más adecuadas para aquella misión, podía evitar un desastre. Mientras tanto, el comandante Tennant consideró que no había otra alternativa que la de intentar efectuar los embarques por el muelle Este. El oleaje bajo las pasarelas hacía muy peligroso el atraque, pero era preciso intentarlo. Tennant ordenó a un buque que lo procurase, y lo consiguió: y entonces las operaciones resultaron mucho más rápidas.

Al día siguiente, 28 de mayo, se aprovechó del todo el nuevo sistema. En las primeras horas de la mañana Tennant ordenó que los barcos atracaran en aquel muelle, y en pocas horas seis destructores, seguidos más tarde por transbordadores del canal de la Mancha y barcos correos que prestaban servicio en el mar de Irlanda, atracaron, embarcaron las tropas y partieron para Dover. A pesar de las dificultades y peligros que presentaba la navegación en el canal de aproximación a tierra, a pesar de los bombardeos aéreos y del tiro de los cañones alemanes (que se estaban acercando cada vez más), y a pesar de los riesgos que corrían rozando o chocando contra los muelles de hormigón del puerto o con los costados de otros barcos, los destructores consiguieron embarcar unos 900 hombres cada vez, alojándoles en cubierta y bajo ella, abriendo compartimentos habitualmente cerrados en otras circunstancias y abriendo incluso las puertas de compartimentos estancos a fin de tener más espacio disponible. «Sus cubiertas superiores estaban tan llenas de gente –ha descrito Divine en su libro *The Nine Days of Dunkirk*– que los cañones no podían utilizarse; iban tan cargados que cuando intentaban efectuar alguna rápida maniobra para evitar las bombas que caían por todas partes, escoraban peligrosamente».

A veces, demasiadas veces, era imposible evitar las bombas. En el estrecho canal de aproximación a tierra, lleno de restos de embarcaciones hundidas y de los más diversos objetos, no había suficiente espacio para maniobrar convenientemente; y al atracar, la confusión era espantosa. El *Lochharry*, por ejemplo, después de haber concluido las operaciones de embarque en el puerto, bajo un intenso fuego, no sólo no pudo hacer nada para evitar las bombas, sino que incluso durante bastante tiempo no pudo salir del puerto, pues, atracado a su costado exterior, un destructor estaba embarcando hombres a través de sus cubiertas, y otros tres embarcaban por popa.

Aquel día las pérdidas fueron muy graves. Muchos buques que habían salido indemnes del bombardeo en el muelle, fueron averiados o hundidos después, mientras se dirigían al mar abierto. El *Queen of the Channel* fue bombardeado y hundido cuando salía del puerto; el barco mercante francés *Douaisien*, con 1000 hombres a bordo, chocó contra una mina magnética en el lado del canal y se fue a pique; el *Brighton Belle*, un viejo dragaminas, cuando se dirigía a Dover chocó contra un pecio hundido que le desgarró la quilla.

Mientras tanto, estaban llegando a las playas, en largas filas remolcadas, las primeras embarca ciones pequeñas: balleneras y lanchas salvavidas, barcas de motor y de vela y numerosos buques de pequeño cabotaje.

Ruina en los docks

El día siguiente, 29 de mayo, las pérdidas fueron todavía más graves. En las primeras horas de la mañana, el destructor *Wakeful* fue alcanzado por un torpedo y se partió en dos; se hundió en unos 15 segundos, con casi toda la tropa que llevaba a bordo (alojada bajo cubierta). Poco después, otro destructor, el *Grafton*, recibía también el impacto de un torpedo, que estalló bajo la cámara de oficiales, ocasionando la muerte de treinta y cinco de ellos que, exhaustos, estaban descansando; el comandante del buque murió, alcanzado por una ráfaga de ametralladora, mientras se encontraba en el puente. Al poco rato se hundía también el *Grafton*. En total, aquel día tres destructores resultaron hundidos y seis averiados.

Más importantes fueron todavía las pérdidas sufridas por los otros buques. El *Clan MacAlister*, el mayor de los barcos mercantes empleados en Dunkerque, fue bombardeado por los aviones alemanes, siendo pasto de las llamas. Algunos de los bloques de cemento del muelle, proyectados en todas direcciones por una explosión, se abatieron sobre el *Fenella* y le abrieron grandes vías de agua bajo la línea de flotación. También el *Crested Eagle*, vapor de ruedas, que recogió a los supervivientes del *Fenella*, fue alcanzado e incendiado, embarrancando en la playa al este del muelle. El *Mona's Queen* chocó con una mina y se hundió en menos de dos minutos; la misma suerte corrieron los pesqueros *Polly Johnson*, *Comfort*, *Nautilus* y *Calvi*. Otros muchos buques, incluido el destructor francés *Mistral*, sufrieron gravísimos daños.

La mayor parte de esas pérdidas fueron producidas por un bombardeo aéreo masivo lanzado sobre el muelle poco después de las 16 horas, cuando el viento, al cambiar de dirección, empujó hacia tierra la densa cortina de humo que hasta aquel momento había cubierto el puerto y la rada. Antes de las 19 horas hubo que suspender la actividad en el muelle, y el almirante Ramsay fue informado desde Dunkerque de que el puerto estaba «bloqueado por los buques averiados y que, por lo tanto, todas las operaciones de evacuación tendrían que efectuarse otra vez en las playas». Pero en aquellos momentos los ataques que se efectuaban en la costa no eran menos violentos



Formando filas interminables, los soldados ingleses y franceses esperan en la playa de Dunkerque el momento de embarcar para Inglaterra. *(Hulton Picture Library)*

Durante la Operación «Dynamo» se crearon grandes vacíos entre los destructores aliados. El «Bourrasque» se hundió con 1200 hombres a bordo. *(History of the Second World War)*

Dunkerque: otra escena de la evacuación. La Operación «Dynamo» fue considerada por los ingleses como una victoria. *(Archivo Rizzoli)*



3 junio 1940:
Habiéndose alejado el último barco, los alemanes entraron finalmente en Dunkerque.
(History of the Second World War)

que los del puerto. Dos unidades de la «Southern Railway», el *Normannia* y el *Lorina*, fueron bombardeadas y hundidas. Asimismo, después de haber dejado la playa de La Panne, entre Dunkerque y Nieuport, con 750 soldados a bordo, el dragaminas *Gracie Fields* fue alcanzado por una bomba, que hizo saltar los instrumentos de mando y bloqueó el timón; como no fue posible detener los motores, el barco viró en círculo durante cierto tiempo hasta que se hundió. Otro dragaminas, el *Waverley*, atacado por 12 *Heinkels*, recibió una bomba que destrozó la cámara de oficiales y perforó la quilla del buque, que también se hundió; ni su cañón antiaéreo de 76 mm, ni sus ametralladoras *Lewis*, ni los fusiles de los soldados que se encontraban a bordo consiguieron alejar a los aviones.

Como el precio de la operación estaba resultando demasiado elevado, el Almirantazgo decidió retirar de Dunkerque todos los destructores modernos, pues si las pérdidas continuaban a aquel ritmo, las líneas vitales de comunicación de Gran Bretaña se verían en grave peligro. Por consiguiente, sólo quedaron disponibles para la Operación «Dynamo» 15 de los destructores más viejos y pequeños, y como otros muchos buques habían sido hundidos o averiados, parecía imposible mantener un ritmo de embarque que permitiera la evacuación del grueso del Cuerpo Expedicionario antes de que se derrumbase el perímetro defensivo de Dunkerque. Pero al mediodía, el almirante Ramsay, que se encontraba en Dover, fue informado de todos estos problemas, y justamente alarmado, a primeras horas de la tarde telefoneó al primer lord del Almirantazgo. Y su informe de la situación fue tan eficaz que a las 15,30 seis de los destructores modernos recibieron la orden de zarpar de nuevo hacia Dunkerque.

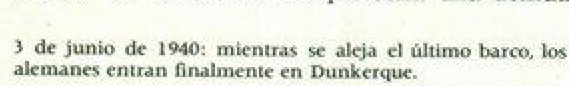
El número de soldados evacuados aquella mañana, sin contar la ayuda de los citados destructores, era realmente alentador. Las condiciones habían mejorado en Dunkerque: no sólo el mar estaba más tranquilo, sino que además la baja altura de las nubes y el humo producido por los depósitos de combustible, todavía en llamas, aseguraban una cobertura eficaz. A pesar de los daños sufridos, el muelle podía utilizarse aún; además, aprovechando todos los camiones que había sido posible encontrar y llevar hasta el mar, los ingenieros consiguieron improvisar algunos embarcaderos.

Iniciativa y espíritu de sacrificio

Las tripulaciones de los buques, tanto inglesas como francesas, aprovecharon al máximo los medios disponibles. Siete viejos destructores transportaron aquel día más de 1000 hombres cada uno. El barco de pasajeros *Isle of Guernsey* llevó a Inglaterra unos 500 heridos, y el *Royal Sovereing*, que el día 29 de mayo había hecho ya dos viajes totalmente cargado, hizo todavía otros dos. Pero tal vez lo más importante era que las pequeñas embarcaciones trabajaban activamente, transportando tropas a las unidades mayores, con un maravilloso espíritu de iniciativa y con óptimos resultados.

Allan Barrell, que fue a Dunkerque en una de estas pequeñas embarcaciones, el bote de recreo *Shamrock*, escribió lo siguiente:

«Nuestros ojos estaban fijos sobre aquello que parecía un conjunto de miles de pequeños bastones clavados en la playa, y quedamos atónitos cuando los vimos transformarse en una masa humana. En seguida decidí acercarme, recoger de 70 a 80 hombres y marcharme. Con el sol a mi espalda calculé que podría encontrar alguna pequeña ciudad de la costa oriental inglesa. Cuando completé la carga, como había hecho el *Canvey Queen*, me di cuenta de que sería una actitud



3 de junio de 1940: mientras se aleja el último barco, los alemanes entran finalmente en Dunkerque.
(History of the Second World War)



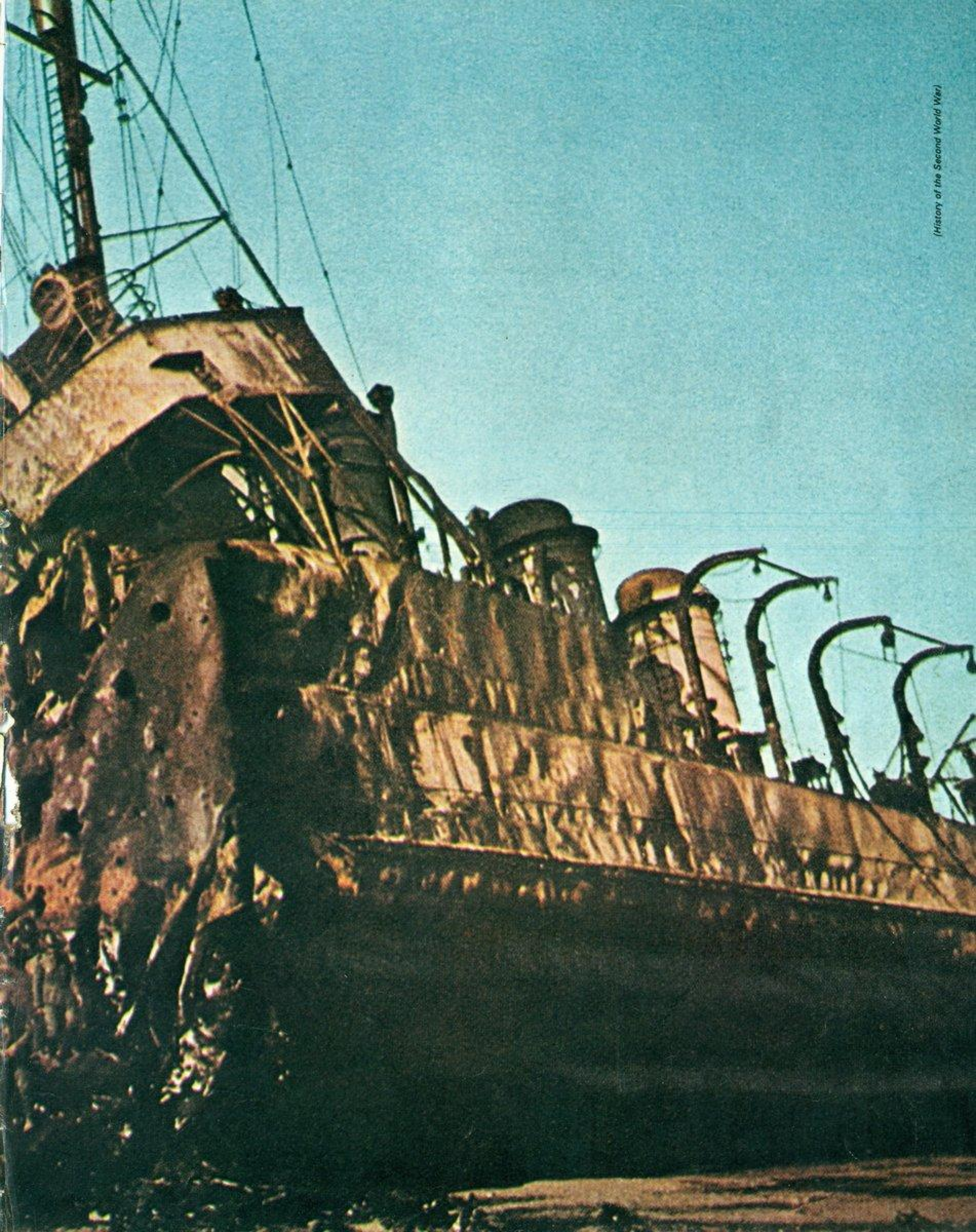
Arriba: soldados del Cuerpo Expedicionario británico capturados en Dunkerque. Estos hombres ya no volverían a su patria hasta cinco años después. *(Archivo Rizzoli)*



Abajo: aspecto que ofrecía la playa de Dunkerque cuando, al alejarse los últimos buques aliados, llegaron las primeras tropas alemanas. *(History of the Second World War)*



Aunque muchos barcos aliados fueron echados a pique, como este cazatorpedero francés, Dunkerque no fue para la *Luftwaffe* el triunfo que Goering había esperado.



(History of the Second World War)

egoísta marcharme cuando numerosos destructores y grandes unidades estaban esperando, más lejos de la costa, ser «alimentados» por nuestras pequeñas embarcaciones; entonces comprendí cuál debía ser nuestro trabajo.

»El *Sharmrock* disponía de 60 asientos, pero incluyendo la gente que cabía de pie, pudimos alojar unos 80 soldados ingleses, cansados y hambrientos, algunos sin calzado, otros vestidos solamente con los pantalones, pero, a pesar de todo, con fuerzas suficientes para encaramarse a los destructores. Varias veces llevamos nuestra carga humana a uno de aquellos buques hasta que estuvo lleno...

»La navegación era muy difícil por la presencia de pecios, embarcaciones destrozadas, torpedos flotantes y soldados que en el agua intentaban hacer de marineros por primera vez en su vida. Empujaban hacia mi embarcación sus pequeños botes neumáticos, usando a modo de remos las culatas de los fusiles, y muchos nos decían a gritos que estaban a punto de hundirse; pero nosotros no podíamos ayudarles, pues ya no me era posible acercarme más a la orilla.

»Más tarde tomé a bordo la carga de dos o tres gruesos pontones *Carley*. Estaban cargados al máximo: en cada uno se encontraban unos 50 hombres, y otros muchos estaban con el agua hasta la cintura, porque se hallaban de pie sobre una red que se había tendido entre dos de ellos. Mi barco también estaba sobrecargado. Precisamente nos dirigíamos hacia nuestro destructor cuando se quedó parado a causa de una avería: el motor se detuvo porque la hélice se había enredado (a mi juicio) en un 'obstáculo' humano, de los que había muchos en aquellas aguas bajas. Algunos marineros de los buques de guerra se metieron en el agua intentando desenredar la hélice, pero no lo consiguieron. Yo estaba demasiado débil para sumergirme bajo la espesa y negra capa de petróleo que nos rodeaba; así, para no quedarme allí sentado, en el barco ya inútil, pedí que me subieran a bordo del navío de guerra. Abandonar mi embarcación, en la que había gastado todos los ahorros de mi vida, significó el golpe de gracia... Después de haber lanzado la última ojeada a la playa, me senté bajo un cañón cubriéndome el rostro con las manos y recé».

En la playa, los soldados permanecían en pie o se lanzaban al agua, solicitando ayuda a grandes voces, precipitándose sobre las embarcaciones y llenándolas de tal forma que las ponían en peligro de zozobrar; algunos comandantes se vieron obligados a sacar las pistolas y amenazar con disparar contra aquellos hombres enloquecidos.

Pero, a pesar de todas las dificultades, en el curso de aquel día desembarcaron en Inglaterra 53.823 hombres, 6500 más que el día anterior.

Al día siguiente el viento disipó de nuevo el humo y la neblina, y por lo tanto el fuego desde tierra, las incursiones aéreas y el tiro de las ametralladoras que habían disminuido mucho el 30 de mayo, recobraron nueva intensidad. La artillería alemana, emplazada cerca de Nieuport, sometió a un intenso fuego las playas de La Panne, y una vez más la *Luftwaffe* volvió al ataque, hundiendo el destructor francés *Sirocco* y averiando gravemente otros dos, también franceses. La RAF perdió 28 de los aviones dedicados a las actividades de protección y de interdicción. Pero fueron todavía mayores las pérdidas que experimentó al día siguiente: 31 aviones contra 29 alemanes derribados.

El día 1 de junio la *Luftwaffe* lanzó el ataque más potente de toda la operación. Todo el arco de la costa de La Panne fue sometido a furiosos bombardeos y a continuas incursiones de los cazas. Los aviones se lanzaban en picado sobre el mar y el puerto desde una altura de unos 3000 metros, atacando las saturadas zonas de embarque y las unidades navales en movimiento. En el transcurso de unas pocas horas un destructor francés y tres ingleses fueron hundidos, así como dos barcos de pasajeros, un dragaminas y una cañonera.

«En tales condiciones era evidente –escribió el almirante Ramsay– que prolongar las operaciones durante el día significaría unas pérdidas en hombres y barcos desproporcionadas totalmente con el número de soldados desembarcados en Inglaterra, y que, por lo tanto, la operación perdería rápida y automáticamente impulso».

El Almirantazgo se dio cuenta de que era inevitable una decisión en este sentido y ordenó que se suspendieran todas las operaciones diurnas. Los hombres de las tripulaciones, algunos de los cuales estaban próximos al agotamiento nervioso, se prepararon para una noche de duro trabajo.

La bolsa se reduce

Mientras tanto, las tropas que defendían el perímetro de la bolsa se retiraron a una nueva y más corta línea defensiva alrededor de Dunkerque; los Aliados se proponían defender la cabeza de puente «con todos los cañones antiaéreos y contracarros disponibles y con todas las fuerzas que no habían embarcado todavía».

El perímetro se había ido reduciendo progresivamente desde el día 30 de mayo por la mañana, a partir del momento en que el Ministerio de la Guerra recibió del Mando del Ejército, situado en la aldea de La Panne, un mensaje que decía: «El perímetro actual no puede defenderse durante mucho tiempo». Pero precisamente en el curso de aquel día los alemanes redujeron su presión. En realidad lo que sucedía era que, hasta aquel momento, el Mando alemán no había conseguido darse cuenta del todo de lo que estaba ocurriendo en Dunkerque. Durante muchos días persistió la convicción de que los ejércitos cercados estaban perdidos irremediablemente. Aún el 29 de mayo un comunicado afirmaba con complacencia: «El destino del Ejército francés en el Artois está señalado... También las fuerzas inglesas, que han sido duramente quebrantadas en el territorio... alrededor de Dunkerque, están a punto de ser aniquiladas por nuestro ataque concéntrico».

Esta convicción, agravada por una fatal indecisión sobre el modo y lugar en que sería más conveniente efectuar el ataque, había llevado a una inactividad casi completa. «Aquí se tiene la impresión de que hoy no va a suceder nada –protestó con impaciencia, el 30 de mayo, el oficial jefe de la Sección de operaciones del Mando del Ejército 4–, la impresión de que nadie se ocupa ya de Dunkerque». Al mismo tiempo, el general Halder, Jefe del Estado Mayor General, escribía en su diario: «La destrucción del enemigo que tenemos cercado continúa. Sus unidades avanzadas siguen combatiendo con uñas y dientes, pero todas las demás están huyendo hacia la costa o intentando atravesar el canal de la Mancha sobre cualquier cosa que flote».

Pero más tarde, si bien aquel mismo día, el Mando del Ejército alemán se dio cuenta de que la despectiva definición «sobre cualquier cosa que flote», subestimaba la flota de pequeñas embarcaciones que de un modo tan rápido iban y venían a través del canal de la Mancha. Y, finalmente, se tomó la decisión de hacer un esfuerzo decisivo para romper la línea defensiva del Cuerpo Expedicionario. En consecuencia, la presión alemana aumentó en las primeras horas del día siguiente en el sector de Fournes, hasta tal punto que obligó a los ingleses a reducir más aún el perímetro del área defendida. Los Aliados tuvieron que retirarse a la línea que se extendía a lo largo de la frontera franco-belga, retirada que significó la pérdida de unos 15 km de litoral entre Dunkerque y Nieuport, y dejar las playas situadas al oeste de La Panne expuestas al fuego de la artillería alemana.



La lucha mantenida por los ingleses para sostener el perímetro defensivo de Dunkerque, mientras se realizaba la evacuación, fue muy dura. He aquí algunos soldados británicos muertos en los combates con las tropas alemanas que avanzaban. La fotografía procede de los archivos de las SS. *(History of the Second World War)*







Cordial acogida a las tropas francesas, evacuadas de Dunkerque, a su llegada a Inglaterra. Para estos hombres la Operación «Dynamo» ha terminado felizmente. (Foto Magnum)

La retirada significó también que lord Gort ya no tenía excusa para eludir las instrucciones que había recibido, de que debía regresar a la patria en cuanto las tropas que estaban a sus órdenes se hubiesen reducido hasta tal punto que pudieran ser encuadradas por un mando subalterno. Él había solicitado permiso para permanecer hasta el final, pero su petición fue rechazada; el 31 de mayo lord Gort dejó el mando de las tropas de retaguardia, que habían sido proporcionadas por el Cuerpo de Ejército I, al general de división Alexander. Entonces lord Gort y el general Brooke regresaron a Dover.

La presión alemana continuó durante todo el día; sin embargo, después que seis *Albacore* y dieciocho *Blenheim* bombardearon concentraciones de tropas del Grupo de Ejércitos B en Nieuport y otros lugares, pareció disminuir el peligro de una ruptura del frente. Pero el general Alexander estaba seguro de que no sería posible defender aquella zona hasta que «todas las tropas se hubieran embarcado», como esperaba el almirante Abrial. En las primeras horas del sábado, 1 de junio, mientras la *Luftwaffe* efectuaba un ataque en fuerza, las unidades alemanas realizaron nuevos ataques. La línea inglesa quedó rota en Bargues y Hoymille, y esto hizo necesario un nuevo repliegue, lo que llevó a los ingleses a su última cabeza de puente.

Los nervios en el límite de la resistencia

La noche del 1 de junio fue oscura y las operaciones de embarque en el puerto resultaron más confusas que nunca. Las embarcaciones chocaban entre sí, impidiéndose el paso unas a otras; en el muelle se aglomeraba tal multitud de soldados franceses e ingleses, que a las dos de la madrugada el comandante de las operaciones de Dunkerque decidió que era «indispensable» que las unidades de retaguardia del Cuerpo Expedicionario embarcasen en las playas.

Una vez más se llamó a los tripulantes de las pequeñas embarcaciones para trabajar hasta el límite de sus fuerzas. Y los problemas con que tenían que enfrentarse eran aún más graves, porque ahora se trataba de tropas en su mayoría francesas, y resultaba más difícil hacer comprender a aquellos hombres lo peligroso que era precipitarse desordenadamente sobre las embarcaciones y sobrecargarlas.

A causa de la persistencia de los bombardeos, del miedo continuo, del hambre y la debilidad, los nervios de algunos soldados habían cedido totalmente. Desde hacía varios días vivían en un mundo en el que sólo el que estaba dotado de gran fuerza de voluntad y de una sangre fría excepcional podía seguir resistiendo.

También es preciso reconocer que, durante las primeras fases de la evacuación, la disciplina se había relajado gravemente, sobre todo en algunas unidades que se fraccionaron en el transcurso de la retirada. Muchos soldados estaban embriagados en Dunkerque y numerosos almacenes y negocios fueron saqueados. Los soldados bajaban a las playas llevando consigo un verdadero botín: desde cajas de brandy a cajetillas de cigarrillos, desde juguetes y bicicletas a aparatos de radio. Y una vez en las playas, no se esforzaban mucho en cooperar con los que hacían todo lo posible para poner un poco de orden. En realidad, muchas veces no había el menor rastro de organización o de mando. El sistema ideado por Adam parecía bastante funcional; pero la división de la playa en sectores separados resultaba de poca ayuda para todos aquellos hombres que habían quedado aislados de sus unidades y no sabían dónde dirigirse. Miles de soldados vagaban de un grupo a otro buscando un rostro conocido, un oficial que les dijese lo que tenían que hacer, dónde tenían que ir. La mayor parte estaban extenuados, «casi incapaces de caminar por el muelle».

Las experiencias descritas por uno de los oficiales del *Oriole* no son, desde luego, exageradas. Como el *Oriole*, antiguo dragaminas, no tenía lanchas para recoger a los soldados en la playa, el comandante decidió embarrancarlo en la arena y así, encaramándose a él, los hombres podrían alcanzar los otros barcos fondeados a popa, en aguas más profundas. Su relato dice así:

«Después de haberse situado todos a popa para elevar la proa hasta el máximo, nos dirigimos hacia la orilla a toda máquina hasta que, con un gran estrépito, nos detuvimos. Los soldados que nos esperaban se arrojaron al agua, alejándose a nado de la orilla, y muchos tuvieron que ser izados a bordo por encima de la obra muerta. Lo peor era que cuando arrojábamos una cuerda a un soldado, en seguida se agarraban a ella cinco o seis, y allí se quedaban, mirando hacia arriba con aire suplicante y con las olas rompiendo contra sus espaldas; y era un trabajo enorme convencer a cualquiera de aquellos desgraciados de que soltase la cuerda para que pudiéramos subirlos a bordo uno por uno».

Una vez en cubierta, los soldados se abandonaban a una indescriptible sensación de alivio. «Fui invadido por una extraña sensación de libertad –dijo un oficial del Ejército–, toda la tensión acumulada en las últimas horas y en los últimos días desapareció en un instante. Tuve la sensación de que había terminado mi misión y que todo lo que quedaba por hacer le correspondía a la Marina».

Pero algunos no llegaron a experimentar esa sensación de tranquilidad. Con el transcurso de las horas y los días la tensión aumentaba cada vez más. Hambrientos, sedientos y desesperadamente cansados, los cerebros torturados por el ulular de los bombarderos en picado, por las explosiones de las bombas, el crepitar de las ametralladoras y los gritos de los hombres, hubo

La Panne: antes de retirarse, los hombres del Cuerpo Expedicionario británico destruyeron muchas de sus piezas antiaéreas para que no cayeran intactas en manos de los alemanes. (Foto E.C.Armées)



El almirante Ramsay, el hombre encargado de organizar la evacuación del Cuerpo Expedicionario británico estacionado en Dunkerque. *(History of the Second World War)*

quienes se desmoronaron. Pero fueron pocos. La mayoría llegó a darse cuenta de que los bombarderos no causaban grandes daños en las playas: las bombas se hundían profundamente y su apagado estallido se limitaba a levantar grandes masas de arena. Una trinchera, sobre todo si estaba protegida por un terraplén, o incluso por un viejo colchón, aseguraba una excelente protección contra cualquier impacto que no diese de lleno. Así, poco a poco, se difundió en aquellas castigadas playas un espíritu de confianza y de dominio de sí mismo. Las primeras fases de la evacuación afectaron especialmente a la «cola» de las unidades del Ejército, tropas no habituadas al combate, pero en días posteriores todas habían pasado ya por el bautismo de fuego. Y entonces los bombarderos no sólo tenían que enfrentarse con los cañones de los buques, sino también con el tiro de los fusiles de los soldados que se encontraban en tierra.

Misión cumplida

A medianoche del día 1 de junio el número total de hombres puestos a salvo en aquella jornada era de 64.429. La noche siguiente se completó la Operación «Dynamo». El general Alexander fue recogido por el almirante Walke-Walker y a las 23,30 el comandante Tennant transmitió desde Dunkerque un breve y triunfal mensaje: «El Cuerpo Expedicionario ha sido evacuado».

El lunes 3 de junio los alemanes efectuaron un esfuerzo decisivo contra la cabeza de puente de los Aliados, ya reducida al mínimo. La retaguardia francesa combatió valerosamente contra fuerzas muy superiores, pero se vio obligada a replegarse a una nueva línea defensiva en los suburbios de la ciudad, a poco más de 3,5 km del muelle Este. El Almirantazgo y el Ministerio de Marina francés, habían convenido en evacuar aquella misma noche dicha retaguardia, cuyos efectivos se calculaban en unos 30.000 hombres. El almirante Ramsay dio las disposiciones pertinentes y envió los buques necesarios para la operación. Pero en Dunkerque había bastante más de 30.000 soldados; por eso, cuando los hombres del general Barthelemy abandonaron las posiciones defensivas que habían mantenido hasta el último momento y descendieron hacia el mar, «una gran multitud de soldados», como dijo el historiador francés Jacques Mordal, «apareció de improviso cuando se difundió la noticia del último embarque. De los sótanos y de todos los refugios salieron ríos de hombres desarmados que convergían hacia el muelle, decididos a no ceder su posibilidad de salvación a los soldados que se habían batido por ellos».

Por ello, cuando el viejo destructor *Shikari*, el último buque que dejó Dunkerque, zarpó para Inglaterra a las 3,40, unos 40.000 hombres tuvieron que ser abandonados a merced de los alemanes, que, al fin, alcanzaron la playa. Pero lo positivo fue que, a pesar de todo, 338.226 soldados habían sido puestos a salvo.

En Londres, cuando se conocieron las proporciones de ese triunfo, el Gobierno experimentó una profunda sensación de alivio. A principios de la semana anterior, el Primer Ministro había creído necesario advertir, en términos más bien pesimistas, que el país debía «prepararse para recibir noticias duras y graves». Pero ahora, como él mismo escribió más tarde, «en la derrota, el pueblo de la isla, unido e invencible, ha sentido la gloria... un fuego blanco, irresistible, sublime, ha corrido de un extremo al otro de la isla... El nombre de Dunkerque resplandecerá siempre en la historia de nuestro país».

Reconfortándose en este fuego y en el orgullo que había suscitado lo sucedido, el pueblo inglés empezó a creer que había logrado, en cierto sentido, una gran victoria.

Pero realmente, no se trataba de una victoria, ni mucho menos. Gran Bretaña se encontraba en una situación muy peligrosa. Si bien el Cuerpo Expedicionario (aun con la pérdida de 68.111 hombres entre muertos, heridos y prisioneros) había sido salvado, gran parte de su armamento y equipo se perdió o quedó en manos de los alemanes (2472 cañones, 63.879 camiones, 20.548 motocicletas y algo más de 500.000 toneladas de provisiones y municiones), y en consecuencia no estaba en situación de defender la isla de un posible ataque. La Marina era todavía una fuerza poderosa, pero las operaciones que se desarrollaron en la costa noruega demostraron lo vulnerables que eran sus grandes unidades a los ataques de aviones procedentes de bases terrestres; además, entre las 243 embarcaciones hundidas en Dunkerque (de más de 1000 que se utilizaron) figuraban seis destructores y otros 19 habían resultado seriamente averiados. La RAF se batió bien, pero salió bastante debilitada de la lucha; y, por otra parte, los resultados obtenidos no fueron tan satisfactorios como parecían indicar las cifras generalmente aceptadas. El Primer Ministro, en un magnífico discurso pronunciado el 4 de junio en la Cámara de los Comunes, hizo grandes elogios de las acciones que había llevado a cabo la Aviación. El Primer Ministro había quedado profundamente impresionado por los informes que referían cómo el Ejército se sentía profundamente insatisfecho de la protección y apoyo que había recibido en Dunkerque de parte del arma de Aviación, y cómo algunos hombres que vestían el uniforme de la RAF habían sido insultados por soldados que acababan de llegar de los campos de Francia.

Winston Churchill, en su discurso de la Cámara de los Comunes dijo entre otras cosas:

«Debemos estar muy atentos a no conceder a esta operación los atributos de una victoria. Las guerras no se ganan con evacuaciones. Pero, no obstante, en la operación ha habido algo de victorioso. Este algo ha sido conseguido por la Aviación. Muchos de nuestros soldados no vieron, en el camino de regreso, a nuestros aviones operando; sólo vieron a los bombarderos escapados a sus acciones de protección. Por esto tienden a subestimar lo realizado. He oído hablar mucho de este asunto y por ello hago esta digresión: quiero decirlo al respecto.

»Se ha tratado de una gran prueba de fuerza entre la Aviación inglesa y la alemana. ¿Es posible concebir un objetivo más grande para la Aviación alemana que la de impedir la evacuación de estas playas, hundiendo todos los buques que nosotros hemos enviado a millares? ¿Qué objetivo podía tener, en el marco de la guerra, una importancia y un significado mayores que éste? Ellos lo han intentado con gran decisión y han sido derrotados: su misión ha fracasado. Hemos conseguido traer a la patria a nuestros soldados; y por cada una de las pérdidas que nos han infligido han pagado un precio cuatro veces mayor».

No obstante, cuando se comprobaron y analizaron las cifras, se vio claramente que esta afirmación estaba bastante lejos de la realidad. Durante la operación, el Mando de caza había perdido 106 aviones; pero las pérdidas alemanas en Dunkerque no habían sido cuatro veces superiores. En realidad fueron 130 ó 140 aviones los que perdieron, muchos de ellos derribados por la Marina francesa y 35, según sus afirmaciones, por la Marina inglesa. No puede dudarse de la valentía y habilidad con que se batió la RAF, pero ya es tiempo de que reconozcamos que la *Luftwaffe* hizo otro tanto, y que, aun siendo verdad que entre el 21 y el 23 de mayo perdió 129 oficiales, también es cierto que no hubo aquel exterminio que quería hacer creer la propaganda de 1940.

Pero si la operación de Dunkerque no podía considerarse como una victoria, ni siquiera en el sentido restrictivo que indicaba Churchill, consiguió, sin embargo, un resultado de inestimable valor: quizá por primera vez desde el principio de la guerra, el pueblo inglés estaba firmemente decidido a combatir y a vencer. Se había dado cuenta de lo que significaba la moderna guerra mecanizada, y la gran razón que llevaban aquellos profetas previsores, como sir Basil Liddell Hart, que se habían esforzado por demostrar las ventajas anejas a una profunda penetración estratégica efectuada por fuerzas acorazadas autónomas; insistiendo en que, a su vez, este tipo de penetración podía ser eficazmente neutralizado mediante contraataques concentrados, llevados a cabo por fuerzas de la misma naturaleza. El pueblo británico había visto que los Ejércitos franceses y el Cuerpo Expedicionario británico habían sido tristemente incapaces de contener la violencia de los golpes descargados por los *Panzerkorps* y que Inglaterra estaba muy cerca de aquella imprevista y vergonzosa derrota que amenazaba con abatirse de un momento a otro sobre Francia. Pero, a su vez, el pueblo británico acababa de presenciar una espléndida demostración de audacia y un conmovedor ejemplo de presencia de ánimo y de espíritu de sacrificio.

El hecho de darse cuenta de que la catástrofe había sido evitada casi milagrosamente, y de que aún en aquel momento era posible oír al otro lado del canal de la Mancha el tronar de los cañones enemigos, constituyó para los ingleses el *shock* del que tenían tanta necesidad desde hacía mucho tiempo.

Cuando Churchill, en el gran discurso del 4 de junio, decía en la Cámara de los Comunes que los ingleses combatirían en las playas y en las pistas de aterrizaje, en los campos, en los caminos y en las colinas, y no se rendirían jamás, no estaba «formando» la opinión pública, sino que más bien estaba «reflejándola». Había nacido el espíritu de Dunkerque.

Y a pesar de que este espíritu de lucha había nacido *in extremis*, existía, finalmente, una posibilidad de supervivencia.

CHRISTOPHER HIBBERT



Nació en Leicestershire, en 1924, y estudió en Radley y en el Oriel College de Oxford. En 1943 ingresó en el Ejército como soldado; en 1944 alcanzó el grado de oficial y prestó servicio en Italia como jefe de Sección en el Regimiento *London Irish Rifles*. Herido en Camacchio, fue condecorado con la Cruz del Mérito y ascendió a capitán de Estado Mayor en el Mando de las fuerzas aliadas; más tarde fue oficial ayudante del general Duff. Entre sus libros, que han sido traducidos a la mayor parte de las lenguas europeas, figuran estudios sobre la batalla de Agincourt, Wolfe en Quebec, la retirada de La Coruña, lord Raglan, la guerra de Crimea, Mussolini y la operación aerotransportada de Arnhem. En 1962 obtuvo el premio literario Heinemann.



Adolph Goutard, coronel

EL DERRUMBAMIENTO DE FRANCIA

A la ofensiva que permitió a las fuerzas acorazadas alemanas superar las Ardenas y llegar hasta las costas del canal de la Mancha, siguió lo que muchos franceses consideraron una deserción de su aliado británico a través de Dunkerque. No hay que sorprenderse, pues, de que el invasor encontrara una resistencia esporádica e ineficaz cuando inició su penetración en las regiones meridionales. Fueron muchas las explicaciones y las excusas que se dieron para justificar la derrota, pero un historiador francés de reconocida fama, autor de este análisis objetivo de los hechos, ni siquiera intenta desmentir esta irrefutable conclusión: las causas del derrumbamiento estaban en el mismo país y tuvieron un peso igual a la valía del adversario.



Dos imágenes de la derrota: un soldado francés se rinde y otro es auxiliado por el mismo soldado de la «Wehrmacht» que acaba de herirle. (Ullstein)



Después de la batalla de Dunkerque, el general Weygand asumió, el día 19 de mayo, el mando de las fuerzas aliadas, haciendo entonces el primer balance de la situación. El Ejército francés había quedado terriblemente quebrantado, no sólo por las pérdidas sufridas en los combates, sino también por la captura de centenares de miles de prisioneros en los sectores del Mosa y del Norte, por la rendición del Ejército 1 en Lille y por la evacuación de más de 100.000 hombres en la zona de Dunkerque.

Las pérdidas ascendían a 24 divisiones de infantería, además de las tres divisiones mecanizadas ligeras, dos divisiones de caballería ligera y una división acorazada. De la misma manera habíamos perdido el valioso apoyo de las divisiones inglesas.

Para la defensa del frente, que se extendía a lo largo de unos 362 km, desde la costa a la línea Maginot, disponíamos de 43 divisiones de infantería, constituidas en tiempos de paz y llamadas «tipo A», algunas de las cuales habían sufrido ya graves pérdidas; tres divisiones de caballería ligera, con sólo 36 autoblindados de los 112 que constituían su plantilla, y tres divisiones acorazadas de las que, en total, no quedaban más de 40 carros de combate de los 200 con que contaban al principio. Para defender la línea Maginot, desde el Mosa hasta las montañas del Jura, disponíamos únicamente de 17 divisiones y de las tropas que guarnecían los fuertes. Mientras tanto, en la retaguardia, se estaban reorganizando los restos de los Ejércitos belga y del Mosa, articulados en siete divisiones de infantería ligera que debían estar dispuestas, según los planes, el día 15 de junio. El general Weygand calculaba que para esta fecha nuestras fuerzas ascenderían a 60 divisiones contra las 130 alemanas, diez de las cuales eran acorazadas. Pero ¿nos concedería el enemigo el tiempo necesario para ponerlas en dispositivo de guerra para el 15 de junio?

Fuera como fuera, considerando la enorme inferioridad numérica y las deficiencias de nuestro armamento y equipo, la batalla estaba perdida de antemano.

«Después de Dunkerque –escribió, con razón, el general Gamelin–, ya no estábamos en situación de defender el frente desde el Somme al Aisne con las pocas fuerzas que nos quedaban. No cabían más que dos soluciones: pedir el armisticio o retirarnos a los territorios de Ultramar. Solamente la segunda era honrosa para Francia, pero no se podía perder tiempo; sería necesario constituir cabezas de puente para cubrir nuestros puertos y comenzar inmediatamente la evacuación... La supervivencia de Francia dependía de su imperio colonial y de Inglaterra».

Para llevar a cabo este plan se imponía entablar una batalla defensiva en el frente Somme-Aisne; esta batalla, seguida del repliegue de las fuerzas, concedería el mes de tiempo que necesitábamos para transportar nuestras tropas a África del Norte, al otro lado de la gran trinchera del Mediterráneo.

Pero el general Weygand no tomó en consideración esta posibilidad. El 24 de mayo dijo a Baudouin, ministro de la Guerra: «Las 50 divisiones que nos quedan constituirían tan sólo un dique de arena que, una vez roto, impediría tanto una retirada ordenada como la constitución de una línea defensiva, aunque ésta se hubiese preparado de antemano». Y concluyó con estas palabras: «El Ejército debe resistir en las posiciones Somme-Aisne, y si esta resistencia se rompe, habrá que luchar hasta el final únicamente para defender el honor».

El 25 de mayo, en el curso de una reunión del Consejo de Guerra, inició el diálogo presentando un plan que no ofrecía ninguna perspectiva de éxito: «Reducir el frente estableciendo una línea que vaya de la costa al Loira, dejando así descubierta el ala derecha y abandonando la línea Maginot, o también constituir un nuevo frente que comprenda la línea Maginot y deje fuera París». Esto significaba tratar de contener la inundación erigiendo un dique a la derecha o a la izquierda.

A la izquierda: campaña de Francia: escena de la ocupación difundida por la propaganda nazi. Un grupo de rostros sonrientes rodea al soldado. (Archivo Rizzoli)


LOS VENCEDORES

Keitel, jefe del OKW.

Brauchitsch, comandante en jefe del Ejército.

Jodl, brazo derecho de Keitel en las cuestiones operativas.

Rundstedt, comandante del Grupo de Ejércitos A.

Stülpnagel, jefe de la comisión del armisticio.

(History of the Second World War)

«Resistir hasta la muerte»

El general Weygand, después de abandonar por su propia iniciativa esta solución, rechazó también la de un pliegue del frente desde la línea Somme-Aisne a la línea Sena-Marne, «porque la falta de reservas impediría una retirada ordenada», y volvió a adoptar la primitiva fórmula al día siguiente: «Hay que mantener la línea defensiva actual. Podría resquebrajarse... En tal caso, sus restos actuarán de diques. Todas las unidades del Ejército deberán combatir hasta el final para defender el honor».

Pero ¿qué ocurriría si llegaba a producirse una rendición parcial, considerando la eventualidad de que no todos combatieron hasta morir? El 26 de mayo el general dijo a Baudouin: «Si somos derrotados, me tocará a mí la terrible misión de enfrentarme con los alemanes, como sucedió en Rethondes hace veintidós años, pero esta vez los papeles habrán cambiado». (En efecto, en 1918, al firmarse el armisticio de Rethondes, en un vagón de ferrocarril, había estado presente Weygand).

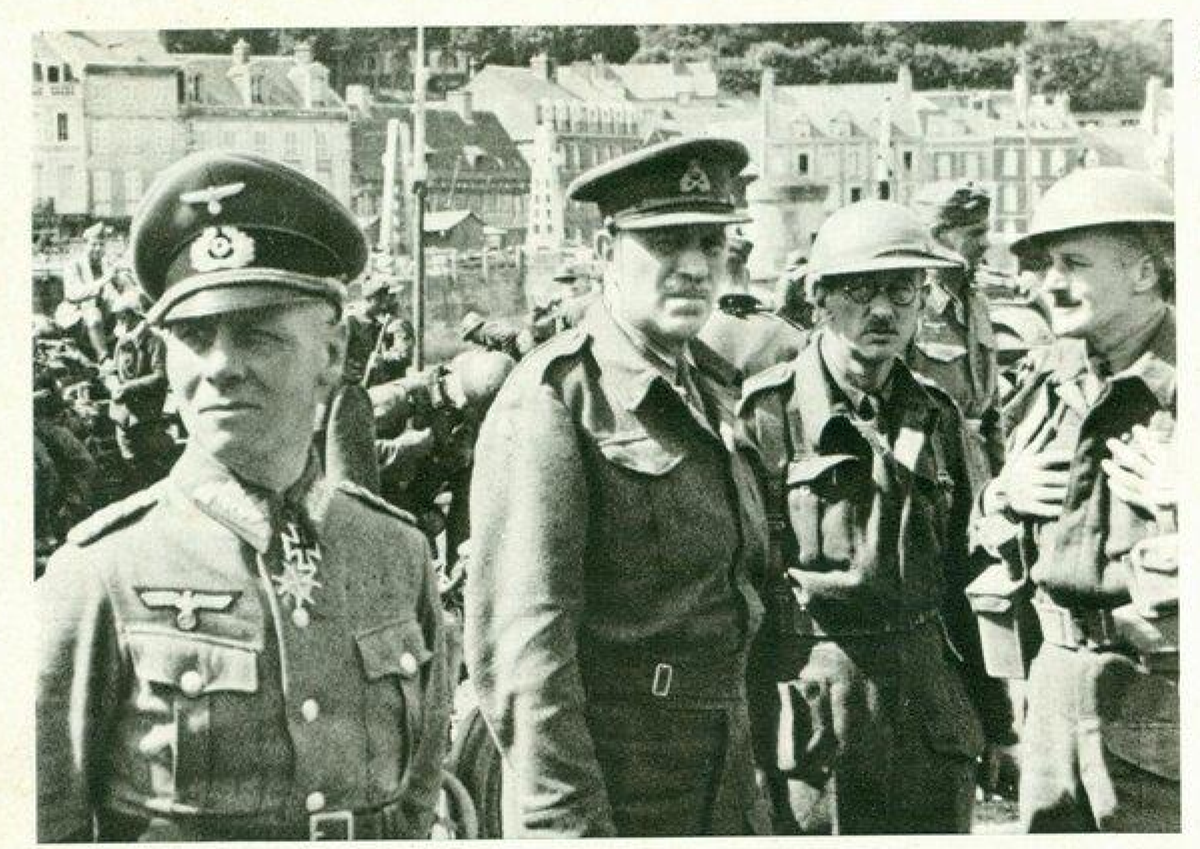
A todo eso ¿cuáles eran los planes de Hitler? Después de Dunkerque, ¿atacarían los alemanes Inglaterra, protegidos por un «corredor de seguridad» formado por la *Luftwaffe*, las minas y los submarinos, o concentrarían sus esfuerzos para aniquilar el Ejército francés? Sin duda alguna, Hitler, que deseaba un acuerdo con Inglaterra, preferiría destruir ante todo a Francia, que constituía la «cabeza de puente» continental de Gran Bretaña, para inducir después a Inglaterra a aliarse con él. En efecto, el 29 de mayo informó a los mandos de los Grupos de Ejércitos de su decisión de «reunir inmediatamente las fuerzas acorazadas para una acción en el Sur, a fin de ajustar cuentas con el Ejército francés».

Siguiendo estas instrucciones, las *Panzerdivisionen* se retiraron de Flandes, y Bock, tras haber confiado a su Ejército 18 la misión de concluir el asunto de Dunkerque, trasladó los Ejércitos 4, 6 y 9 al Somme, para extender el frente del Grupo de Ejércitos de Rundstedt (Ejércitos 2, 12 y 16), ya situado en el Aisne y el Ailette. Las diez *Panzerdivisionen* fueron reorganizadas en cinco *Panzerkorps*, tres de los cuales se asignaron a Bock y dos a Rundstedt.

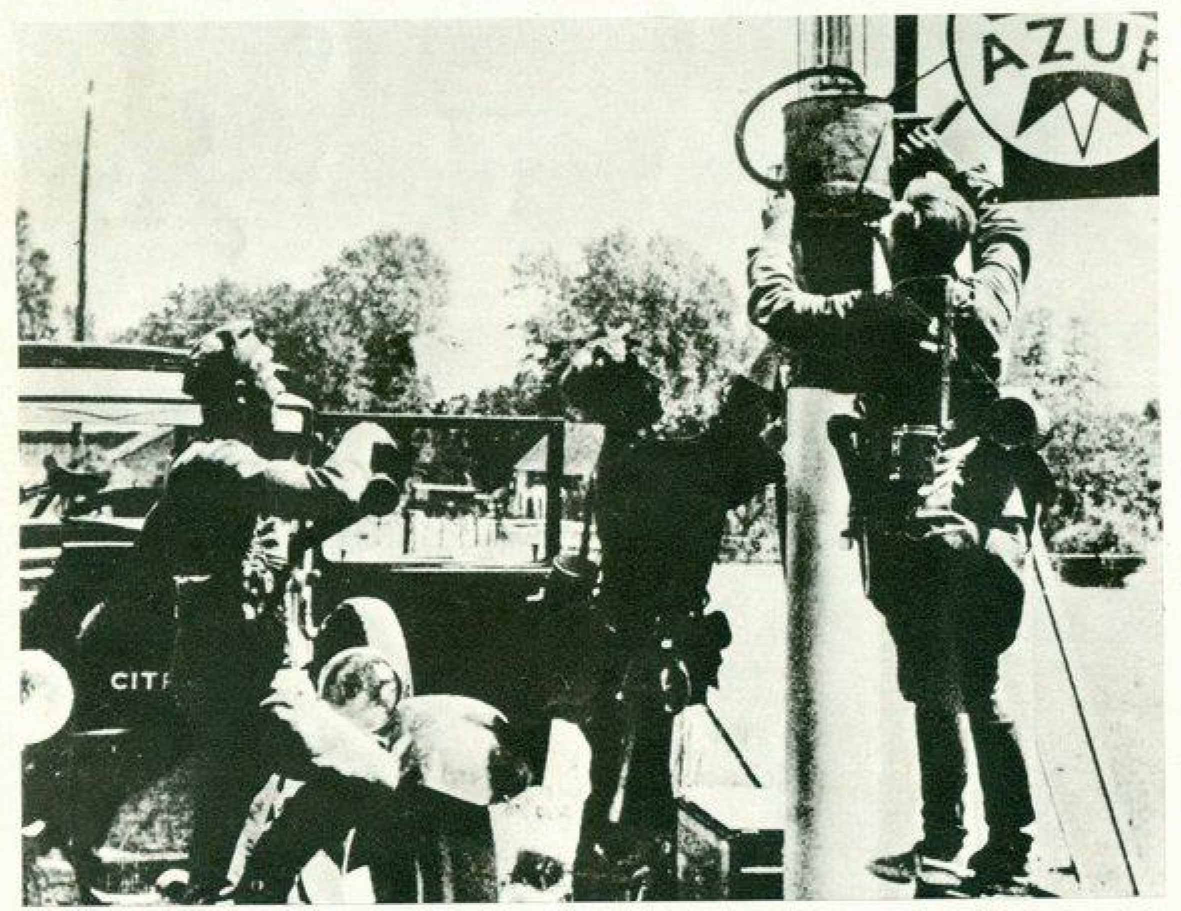
Bajo el mando de Bock, el XV *Panzerkorps* de Hoth tomó posiciones en el Somme inferior, entre la costa y Amiens, hacia el bajo Sena. Los otros dos *Panzerkorps*, el XIV y el XVI, ocuparon el curso medio del Somme y se pusieron en marcha, desde las cabezas de puente de Amiens y Péronne, en dirección a París. En una segunda fase, el *Panzergruppe* de Guderian (XXXIX y XLI *Panzerkorps*) cruzó el Aisne y avanzó en dirección a Châlons y Langres, hacia la frontera suiza, para llegar a la retaguardia de la línea Maginot y de los Ejércitos situados al Este.

Por su parte, Weygand había tomado las siguientes medidas:

- *A la izquierda*, el Grupo de Ejércitos III (Besson) debía bloquear los caminos que llevaban hacia el bajo Sena y París, con el Ejército 10 (Altmayer) en el sector del bajo Somme; la zona de Amiens-Péronne-Somme con el Ejército 7 (Frère), y la región del Ailette y del Aisne, hasta Neufchâtel, con el Ejército 6 (Touchon).
- *En el centro*, el Ejército 4 (Requin), del grupo de Ejércitos IV (Huntziger), situado en el Aisne, bloquearía la ruta que conducía a Langres, mientras el Ejército 2 (Freydenberg) permanecería al sur de Sedán.
- *A la derecha*, el Grupo de Ejércitos II (Prételat) tenía la misión de defender la línea Maginot y el



Al lado: Rommel con el general británico Fortune, comandante de la División 51, hecho prisionero. Abajo: soldados alemanes se abastecen de gasolina durante el avance por territorio francés. *(History of the Second World War) - (Ullstein)*



Rhin con sus tres Ejércitos: el 3 (Condé), el 5 (Bourret) y el 8 (Laure).

La línea Maginot estaba bien defendida, pero nuestro frente en dirección Norte, entre el Mosa y el mar, era bastante débil. Esta debilidad se acentuaba gradualmente hacia el Oeste. En el frente del Aisne habíamos tenido tiempo de reorganizarnos, lo que no se consiguió en el Somme. Nuestras fuerzas no podían sostener el ímpetu de los alemanes porque éstos tenían dos grandes e inexpugnables cabezas de puente en la orilla meridional del río, una en Amiens y otra en Péronne, desde las cuales estaban en situación de efectuar un ataque en cualquier momento. Por otra parte, la densidad de las tropas francesas había quedado bastante reducida: la distribución era de una división para una longitud aproximada de 11-15 km de frente.

El último recurso: los «erizos»

Pero las reservas francesas capaces de efectuar una contraofensiva general eran todavía más débiles. Por ello, y también para intentar compensar la escasez de efectivos y oponer cierta resistencia a los carros de combate, el general Weygand dio instrucciones para que se erigiese un conjunto de organizaciones defensivas, denominadas «erizos», diseminadas por pueblos y bosques y dotadas de cañones de 75 mm, emplazados como contracarros; los «erizos» podrían defenderse durante cierto tiempo, aunque se los cercara o rebasara. «Este sistema –escribió el general Requin– representó tan sólo el último recurso para dar a unas exiguas pero valerosas unidades la posibilidad de defenderse con honor antes de ser arrolladas».

«Por esta razón –escribió también más tarde el general De Gaulle– no era suficiente que nos empeñáramos una vez más en una batalla puramente defensiva, análoga a la de 1918. Era necesario renunciar a la idea de un frente continuo y maniobrar sin descanso...» En efecto, como disponíamos todavía de 1200 carros de combate muy modernos y de muchas divisiones de infantería, De Gaulle había propuesto al general Weygand formar con estas fuerzas dos grupos de contraataque, situados uno al norte de París y el otro al sur de Reims, «para atacar los flancos de las unidades acorazadas alemanas que avanzaban, interrumpiendo en parte los enlaces y entorpeciendo sus movimientos».

Pero en la madrugada del 5 de junio, la *Luftwaffe* descargó un violento ataque en el frente y retaguardia del Grupo de Ejércitos III francés. Al mismo tiempo, de las cabezas de puente de Péronne y de Amiens salieron los carros de combate, avanzando sobre los puentes que todavía estaban intactos al oeste de esta última ciudad. Mientras tanto, Hitler anunciaba por radio a todo el mundo: «¡Hoy comienza la segunda gran ofensiva, apoyada por medios nuevos y excepcionales!» Por su parte, el general Weygand dirigió una patética llamada al Ejército francés: «Ojalá la idea de los sufrimientos de nuestro país infunda en vosotros la firme resolución de resistir. El destino de la nación y el futuro de nuestros hijos dependen de vuestra determinación».

Muy pronto los alemanes se dieron cuenta de que algo había cambiado en el frente contrario. Acostumbrados ya al combate y encerrados en sus «erizos», nuestros soldados resistían valerosamente, y sus cañones de 75 mm causaban estragos en los carros de combate alemanes. «Los franceses están oponiendo una tenaz resistencia –escribía el general List–. No se advierte ningún indicio de abatimiento. Estamos asistiendo a una nueva táctica de combate por parte del enemigo».

A las 13,00 horas el general Besson envió al general Georges un informe optimista, ya que, aunque los alemanes habían conseguido abrir una brecha en nuestro frente, los «erizos» continuaban resistiendo.

Por el Oeste (donde se encontraba el Ejército 10 francés), el XV *Panzerkorps*, obligado al principio a detenerse ante el obstáculo formado por Hangest y Quesnoy, logró alcanzar finalmente la segunda línea (Molliens-Vidame), a poco más de 11 km al sur del Somme. En cambio, por el centro (Ejército 7), los *Panzerkorps* procedentes de las cabezas de puente de Amiens y Péronne no conseguían avanzar. Por el Este (Ejército 6), la infantería del Ejército 9 alemán pudo penetrar a través del Ailette, pero fue rechazada ante el Chemin des Dames. «Nuestras posiciones resistían –escribió el general Weygand– pero sentía una duda atroz: ¿la intervención de las reservas sería una ayuda



eficaz para destruir las fuerzas acorazadas que habían penetrado en nuestras líneas? Éste era el punto crucial de toda la batalla».

Se trataba, efectivamente, de un problema vital. El día 6 de junio, el Ejército 7 consiguió rechazar aún los ataques del XIV y el XVI *Panzerkorps*, pero la resistencia se debilitó en los flancos. Por el Oeste, el XV *Panzerkorps* de Hoth había roto las defensas de los «erizos» del Ejército 10, y por la noche llegó a Hornoy y a Orival, desbordando y aislando a las dos divisiones del ala izquierda –incluida la División 51 británica–, que tuvieron que abandonar Abbeville para retirarse a Bresle.

Hacia el Este, entre el Ailette y el Aisne, el Ejército 9 alemán ocupó el Chemin des Dames, obligando al Ejército 6 francés a retirarse a la orilla meridional del último río. «A las 18,00 horas –escribió el general Weygand– los éxitos que alcanzó el enemigo en los flancos me obligaron a un repliegue a la línea Brele-Avre-Aisne. Con nuestra táctica de resistencia a todo trance, mediante elementos defensivos cerrados, era indispensable evitar infiltraciones enemigas en nuestro despliegue. Pero las reservas de que disponíamos eran demasiado débiles para impedirlo».

En la mañana del 7 de junio, Rommel, que mandaba la 7.ª *Panzerdivision*, asimilando las experiencias de los dos días anteriores, decidió evitar los «erizos» y avanzó en terreno abierto. Así logró alcanzar, al terminar el día, Forges-les-Eaux, a unos 60 km al sur del Somme. ¡Se encontraba así a unos 40 km de Ruán, junto al Sena!

Campaña de Francia: los alemanes atacando la línea Maginot. En realidad, el Ejército francés no fue derrotado en la línea Maginot, sino al norte de la misma. No obstante, también la famosa línea tuvo que ser abandonada en cierto momento, pese a que por su extraordinaria consistencia se la consideró y calificó siempre como «un acorazado en tierra firme». *(Archivo Rizzoli)*

Abajo: los carros de Rommel, después de la evacuación aliada de Dunkerque, se dirigen al Sur, hacia el corazón de Francia. El genio estratégico del famoso general alemán se ponía de relieve sobre todo con sus rápidas decisiones de avanzar siempre, rompiendo así las previsiones de sus adversarios. *(History of the Second World War)*





En las zonas próximas a la frontera franco-alemana la ocupación fue bastante tolerable al principio, al menos para los habitantes de lengua y origen alemanes. Esta fotografía es de Estrasburgo, y en ella aparecen algunos soldados que se apean de sus bicicletas y ayudan a unas mujeres. *(Ullstein)*

Ruán: un carro francés fuera de combate. Las fuerzas acorazadas francesas no podían competir con las alemanas: estaban ya vencidas antes de entrar en acción. *(Ullstein)*

Un contraataque efectuado por una fuerza reunida apresuradamente y compuesta por los restos de una división acorazada, tres divisiones de caballería ligera y una división de infantería, al mando del general Petiet, no obtuvo ningún resultado; mientras que al oeste de Forges-les-Eaux la División de Infantería 51 británica y el Cuerpo de Ejército IX quedaron aislados del resto del Ejército 10. A las 22 horas, el coronel Bourget, del Mando Supremo, comunicó a Baudouin por teléfono que se había producido un «incidente táctico» en las primeras horas de la tarde, y que los carros de combate alemanes habían llegado a Forges-les-Eaux. «Dejé el receptor con mano temblorosa –escribiría más tarde Baudouin– y avisé a Reynaud». «Entonces, ¿no nos queda ninguna esperanza? –exclamó con voz alterada– ¡No, no puede ser! Y, sin embargo, sé que la batalla se ha perdido». Efectivamente, se había perdido la batalla del Somme. El 8 de junio, después de haberse abierto paso a través de la barrera formada por las fuerzas inglesas, más allá de Béthune y Andelle, Rommel avanzó hacia Elbeuf, y nuestro Ejército 10 le permitió ensanchar la brecha porque las tropas aisladas a la izquierda se retiraron hacia El Havre, mientras el grueso de las fuerzas se replegaba a Pontoine. El Sena inferior había quedado completamente descubierto, y entonces Weygand ordenó al general Duffour, comandante de la 3.ª Región Militar de Ruán, que improvisara una línea defensiva en el río con sus unidades territoriales. Además, cursó órdenes para que el «Gobierno militar de París» se transformara en el «Ejército de París», a las órdenes del general Hering, que debía defender el Sena entre Vernon y Pontoise, así como el sector Este sería defendido por el Ejército 7.

Por el Este, después que los alemanes hubieron atravesado el Aisne y constituido una cabeza de puente en Soissons, nuestro Ejército 6 se retiró al Marne, al este de La Ferté. Entonces se reconstituyó el Grupo de Ejércitos III en el sector del Sena inferior, en la posición avanzada de París y en el Marne. «Si el enemigo atravesaba esta línea –declaró el comandante en jefe–, ya no se podría llevar a cabo una defensa coordinada del país».

El 8 de junio Rommel quiso realizar una incursión contra los puentes de Elbeuf. Tras un avance nocturno, sus carros de combate llegaron en la madrugada del 9 de junio, a las puertas de la ciudad, pero los franceses acababan de volar los puentes. No obstante, Rommel había conseguido llegar al Sena.

Completamente aislada, el ala occidental del Ejército 10 francés se replegó a Saint-Valéry-en-Caux, en la costa, para intentar una retirada por mar; pero el 12 de junio, ante los ataques de la 7.ª *Panzerdivision*, tuvo que rendirse después de una heroica resistencia, en la que se distinguió principalmente la División 51 británica *Highland*, al mando del general Fortune.

Desde aquel momento, nuestro despliegue fue el siguiente: el Ejército 10 cubría la línea desde el mar hasta Vernon; en la posición avanzada de la capital se hallaban el Ejército de París y el Ejército 7, y en el Marne, al este de La Ferté-sous-Jouarre, el Ejército 6. Desde la mañana del 9 de junio, los combates se habían extendido en dirección Este, hacia el Aisne. Ahora le correspondía al Grupo de Ejércitos comandado por Rundstedt conducir el ataque.

El general Weygand dio entonces la siguiente orden del día: «La ofensiva enemiga es general en todo el frente... La orden de combatir hasta el final y de no retirarse conserva toda su validez. El enemigo ha sufrido considerables pérdidas. Sus fuerzas se están agotando. Ésta es nuestra hora suprema. ¡Resistid!»

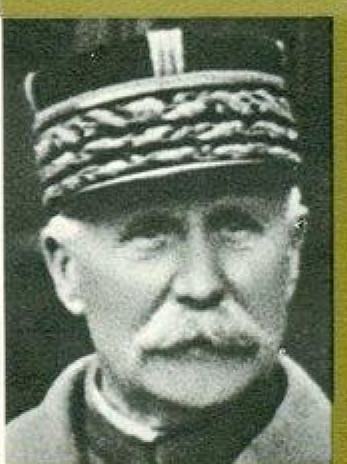
La batalla del Aisne

En el Somme, gracias a sus cabezas de puente, los alemanes pudieron lanzar directamente al ataque sus carros de combate. En cambio, en el Aisne, la infantería alemana tuvo que abrir brecha a fin de permitir un paso; por ello, el 9 de junio, a las 5 de la mañana, la infantería del Ejército 12 alemán atacó las posiciones del Ejército 4 francés, entre Neufchâtel y Attigny.

Por la derecha, la División de Infantería 14 de De Lattre de Tassigny rechazó las unidades alemanas que habían empezado a cruzar el río. También por el centro, en diversos puntos próximos a Rethel, la División de Infantería 2 rechazó los ataques. Precisamente en este sector, el XXXIX y el XLI *Panzerkorps* de Guderian tenían que atravesar el Aisne para efectuar la ofensiva de la Champagne.

Durante toda la mañana, el general Guderian estuvo observando, desde lo alto de una colina, el infructuoso ataque de la infantería alemana. Según sus propias palabras, abrigaba «el temor de no calcular exactamente el momento oportuno para intervenir». Por la tarde el paso estaba aún interceptado y Guderian se consumía de impaciencia. Como si esto no fuera suficiente, el gene-

LOS VENCIDOS



Pétain, mariscal de Francia.



Herriot, Presidente de la Cámara.



Reynaud, Presidente del Consejo de Guerra.



Lebrun, Presidente de la República.



Huntziger, el general que firmó el armisticio.

(History of the Second World War)





Pieza de artillería pesada francesa. La artillería no consiguió detener el avance alemán y, como último recurso, Weygand mandó construir los «erizos», posiciones dotadas de cañones contracarros de 75 mm. *(Documentation Française)*

ral List, comandante del Ejército, le dirigió una crítica más bien mordaz sobre la falta de actividad de sus carros de combate en la parte norte del río. Pero al oscurecer, cuando se le comunicó que más al Oeste, en Château-Porcien, se había establecido una pequeña cabeza de puente, Guderian decidió trasladar a aquel punto, durante la noche, la 1.ª *Panzerdivision*. Desde allí intentaría la rotura del frente aliado.

A las 6 de la mañana del 10 de junio, la 1.ª *Panzerdivision* abandonó la cabeza de puente y, seguida de la infantería avanzó hacia el Retourne, que constituía la segunda línea del Ejército 4 francés. A las 16,00, los «erizos» franceses habían sido rebasados y las unidades acorazadas alemanas atravesaban el Retourne. Aproximadamente una hora más tarde, el grupo acorazado de Buisson inició un contraataque por el flanco. Pero los carros de combate franceses llegaron demasiado tarde, y como los reconocimientos enemigos no tardaron en descubrirlos no se consiguió la sorpresa. Se produjo un duro encuentro de fuerzas acorazadas, en el que nuestros carros de combate «B» –los más potentes que existían entonces– infligieron graves pérdidas a los alemanes. No obstante, el contraataque fue ineficaz.

Mientras tanto, la 2.ª *Panzerdivision* dejó también la cabeza de puente en Château-Porcien y, por la tarde, apareció en los suburbios de Reims, rechazando al Ejército 6 francés hacia el Marne. Desbordado por el flanco izquierdo, nuestro Ejército 4 tuvo que abandonar a su vez la línea Rethel-Aisne y retirarse más al Sur, a la Montagne de Reims. Desgraciadamente, las unidades que lograron alcanzar el nuevo frente Marne-Montagne de Reims-Argonne estaban exhaustas y muy reducidas numéricamente. Esto señaló el fin de la resistencia organizada.

El mismo día –10 de junio–, los alemanes atravesaban el Sena inferior al oeste de París, mientras que desde Ourcq avanzaban en dirección al Marne. Así, pues, París estaba amenazado por una maniobra de cerco en tenaza. Por la tarde, el Gobierno decidió abandonar la capital para trasladarse a Tours, y el general Weygand, por su parte, dispuso que el Mando Supremo pasara a Briare. Más tarde, a las 17,00, llegó la noticia de que Italia entraría en la guerra a medianoche. Mussolini había decidido apuñalar por la espalda a la «hermana latina».

Al día siguiente por la mañana los alemanes ya habían constituido tres cabezas de puente en el bajo Sena, y por el Este cruzaron el Marne a la altura de Château-Thierry. La doble maniobra de cerco estaba progresando. Más al Este, el *Panzergruppe* de Kleist atravesó el Aisne en Berry-au-Bac, encontrándose entonces en la Champagne ocho divisiones acorazadas.

Ya no quedaba ninguna esperanza de poder defender París. A las 11, de acuerdo con el presidente del Consejo de Guerra, el comandante en jefe declaró la capital «ciudad abierta», y extendió la siguiente orden: «El general Hering asumirá el mando del Ejército de París y vigilará su destino, mientras el general Dentz, en quien aquél delegará las funciones de gobernador, ejercerá su cargo hasta el momento en que los alemanes entren en la ciudad».

Se abandonó la capital a su suerte, y el Ejército francés recibió la orden de retirarse sin un fin estratégico preciso: ni para preparar una nueva resistencia, ya que resultaba imposible emprender iniciativa alguna en el territorio metropolitano, ni para salvar nada, porque el comandante en jefe no pensaba efectuar una retirada a la otra orilla del Mediterráneo. Los caminos que utilizarían nuestras tropas en retirada –caminos atestados de fugitivos– conducían inevitablemente a la rendición más completa, fuese cual fuese el nombre que se le diera.

En el Mando Supremo, la mañana del 11 de junio, el general Weygand hizo el balance de las pérdidas: sobre el papel constaban todavía 52 divisiones, pero, en realidad, equivalían solamente a treinta, once de las cuales sólo disponían del 50 % de sus efectivos, trece habían quedado reducidas al 25 % y otras eran solamente restos de divisiones. Y el Mando disponía únicamente de una división de reserva.

El Mando Supremo francés tan sólo concebía dos soluciones posibles: defender la línea Maginot y retirar al Sur los Ejércitos del centro y del ala izquierda, lo que ocasionaría el cerco completo de nuestras fuerzas, o disponer la retirada de todo el Ejército. Y esta última fue la solución que adoptó el general Weygand. Envió al general Georges «instrucciones personales y secretas» referentes a la organización de un plan para la retirada, pero sin cursar todavía la orden de su ejecución. La finalidad se hacía evidente en la introducción: lograr que la parte central del país estuviera protegida el *mayor tiempo posible*, lo cual no era más que aplazar la ejecución de la sentencia.

A las 19,00 horas del 11 de junio se celebró, en el castillo de Muguet, una reunión del Consejo Supremo de Briare. Esta reunión se hizo famosa. En ella participaron el mariscal Pétain y los generales Weygand y De Gaulle por parte de Francia, y Churchill, Eden y los generales Ismay y Spears por Inglaterra. Weygand describió la situación en tonos más bien sombríos y declaró: «La última línea defensiva ha sido quebrantada y se han agotado las reservas. Nos encontramos en el filo de la navaja y no sabemos de qué forma sucumbiremos de un momento a otro». Cuando Weygand acabó de hablar, llegó Georges, quien dijo que si el enemigo renovaba sus ataques «con fuerzas acorazadas y bombardeos aéreos», se correría el riesgo de ver «transformado todo nuestro

orden de batalla». Finalmente, el general Weygand advirtió: «Una vez que nuestro frente haya sucumbido, lo que no tardará mucho en suceder, no hay esperanza de reconstituirlo, porque ya no nos quedan reservas. En este caso, nada podrá evitar la invasión de toda Francia».

«Las tres horas de discusión no condujeron a nada –escribió el general De Gaulle–. Yo pensaba que aquellas charlas eran inútiles, ya que no consideraban la única solución posible: la reorganización de nuestras fuerzas de Ultramar».

El 12 de junio la situación empeoró. Los alemanes no atacaron la posición avanzada de París, pero por el Oeste atravesaron el Sena inferior con numerosas fuerzas. Por el Este alcanzaron Montmirail, mientras que en la Champagne las divisiones acorazadas atacaron con rapidez fulminante. Por la mañana, Guderain atravesó las alturas de la Champagne y lanzó el XXXIX *Panzerkorps* de Schmidt contra Châlons, cubriendo mientras tanto el flanco Este con el XLI *Panzerkorps* del general Reinhardt.

El general Weygand escribió al respecto: «Habíamos llegado al límite extremo; nuestra línea defensiva se agrietaba por todas partes. Decididamente, la batalla de Francia estaba perdida. Dentro de pocas horas aconsejaría al Gobierno que pidiera el armisticio».

Pero, mientras tanto, era necesario que el Ejército continuara retirándose.

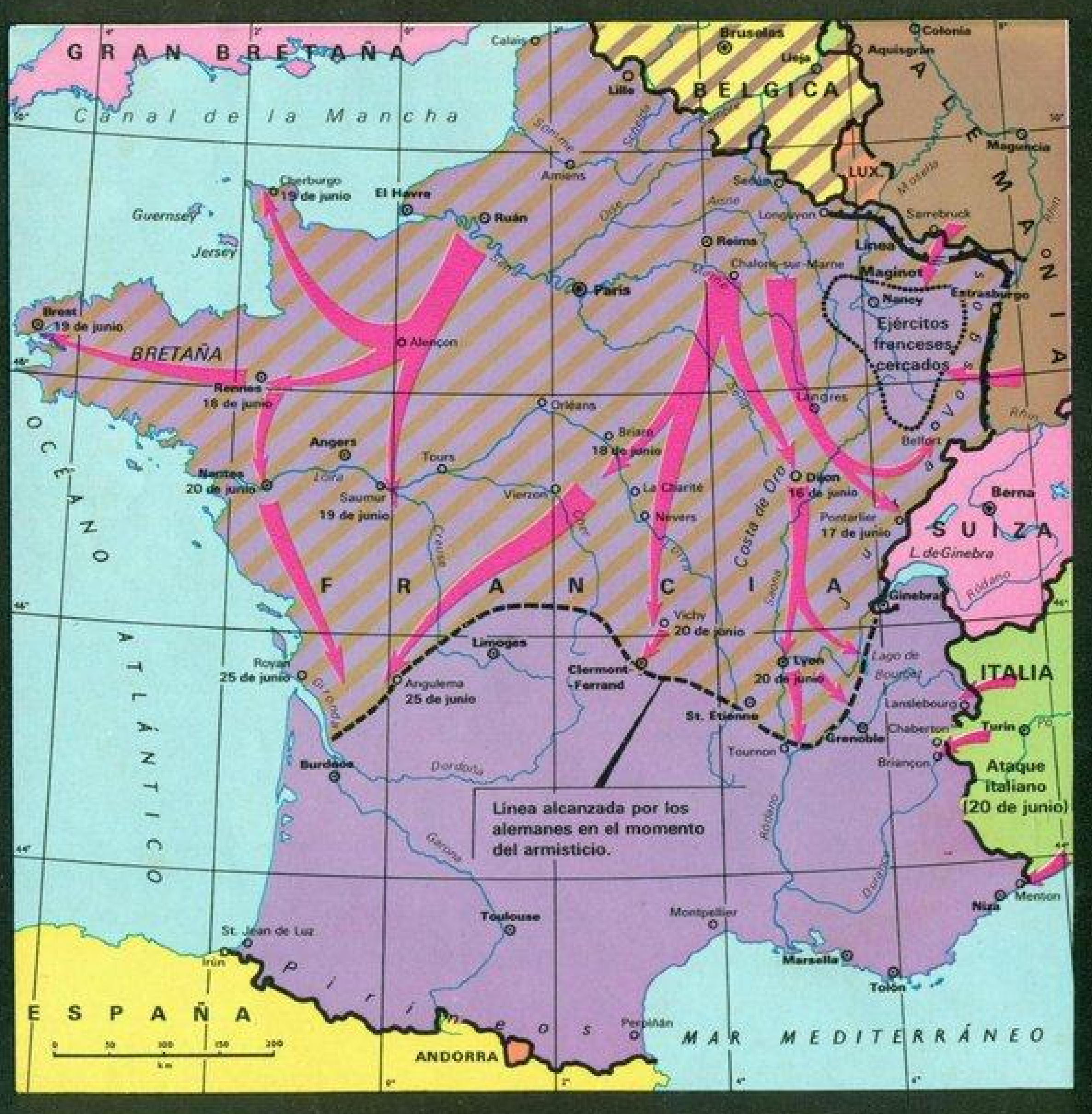
La caída de París

El 13 de junio, el enemigo, después de cruzar el Sena al este de París, llegó a Evreux y avanzó en dirección a Dreux, haciendo retroceder al Ejército 10 francés, que se retiró a Bretaña. El mismo día, el Ejército de París y el Ejército 7 abandonaron la posición avanzada sin atravesar la capital, pasando al Este y al Oeste, para constituir una improvisada línea defensiva limitada por el bosque de Rambouillet, el valle de Chevreuse y el Sena de Corbeil. «Nuestras tropas –escribió el general Georges en su informe– se retiran bajo los ataques de la aviación enemiga y la constante amenaza de ser cercadas por las fuerzas acorazadas. El dispositivo de defensa no ha funcionado. Extenuadas por cuatro días de combates y marchas nocturnas, ya no parecen unidades organizadas. Hoy, 13 de junio, algunas divisiones sólo cuentan con unos pocos centenares de hombres. Las comunicaciones están interrumpidas. Las órdenes, transmitidas por oficiales que tienen que atravesar las columnas de fugitivos que lle-

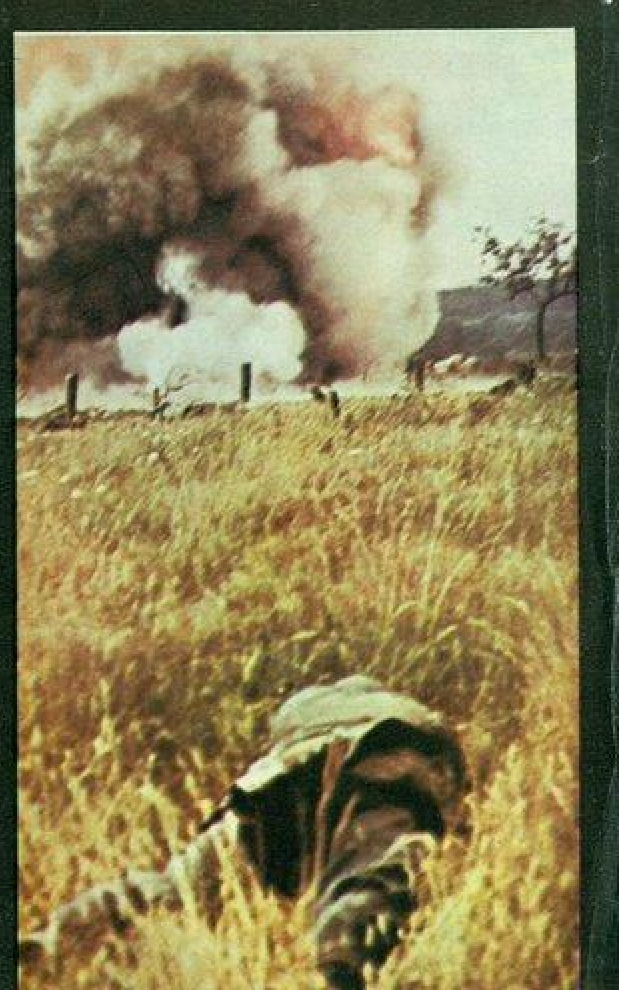


Prisioneros franceses en las carreteras de Francia. Hasta el 22 de junio, el general Weygand no autorizó la rendición del Grupo de Ejércitos II: compuesto por un total de 400.000 hombres. *(Ullstein)*

XV PZK
Panzerkorps
Territorios ocupados por las tropas alemanas el día 1.° de junio.
Territorios ocupados por las tropas alemanas el día 10 de junio.



El primer mapa indica la superación de la línea del Somme y del Aisne; el segundo, el territorio ocupado por las fuerzas alemanas en el momento del armisticio. En las fotografías: abajo, un ataque a la línea Maginot; en la página de la derecha, aviones franceses destruidos en tierra.

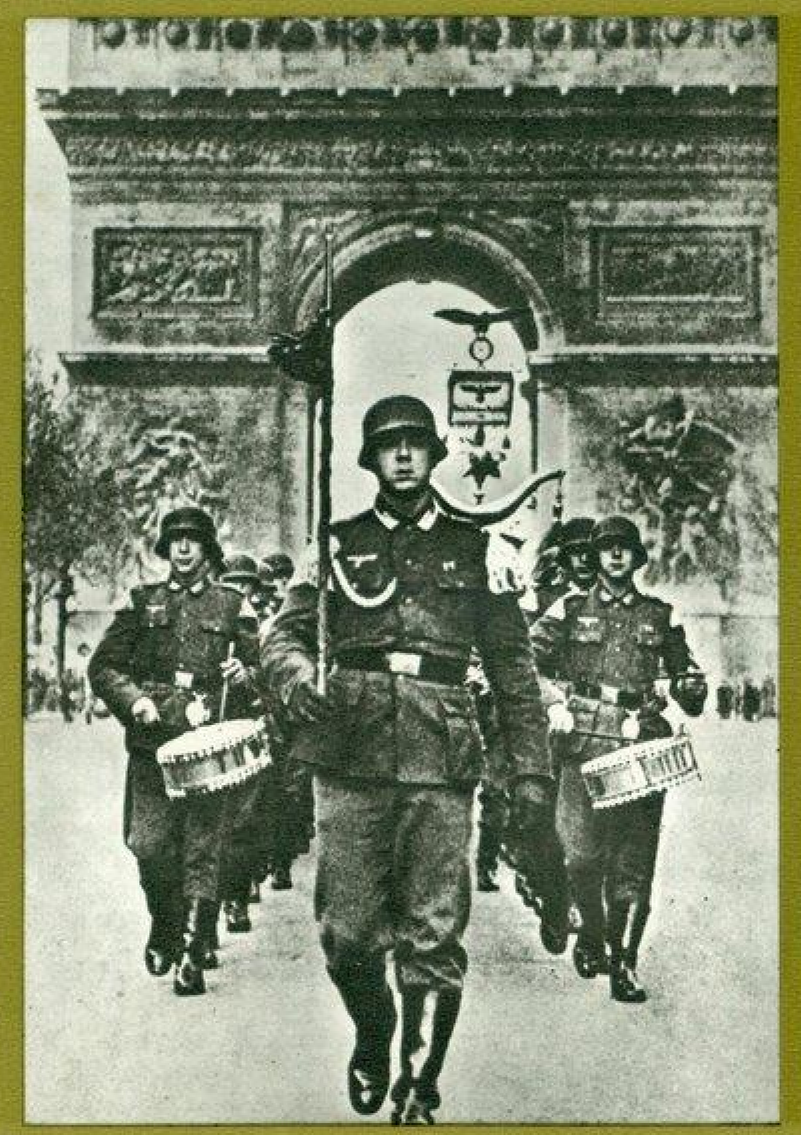




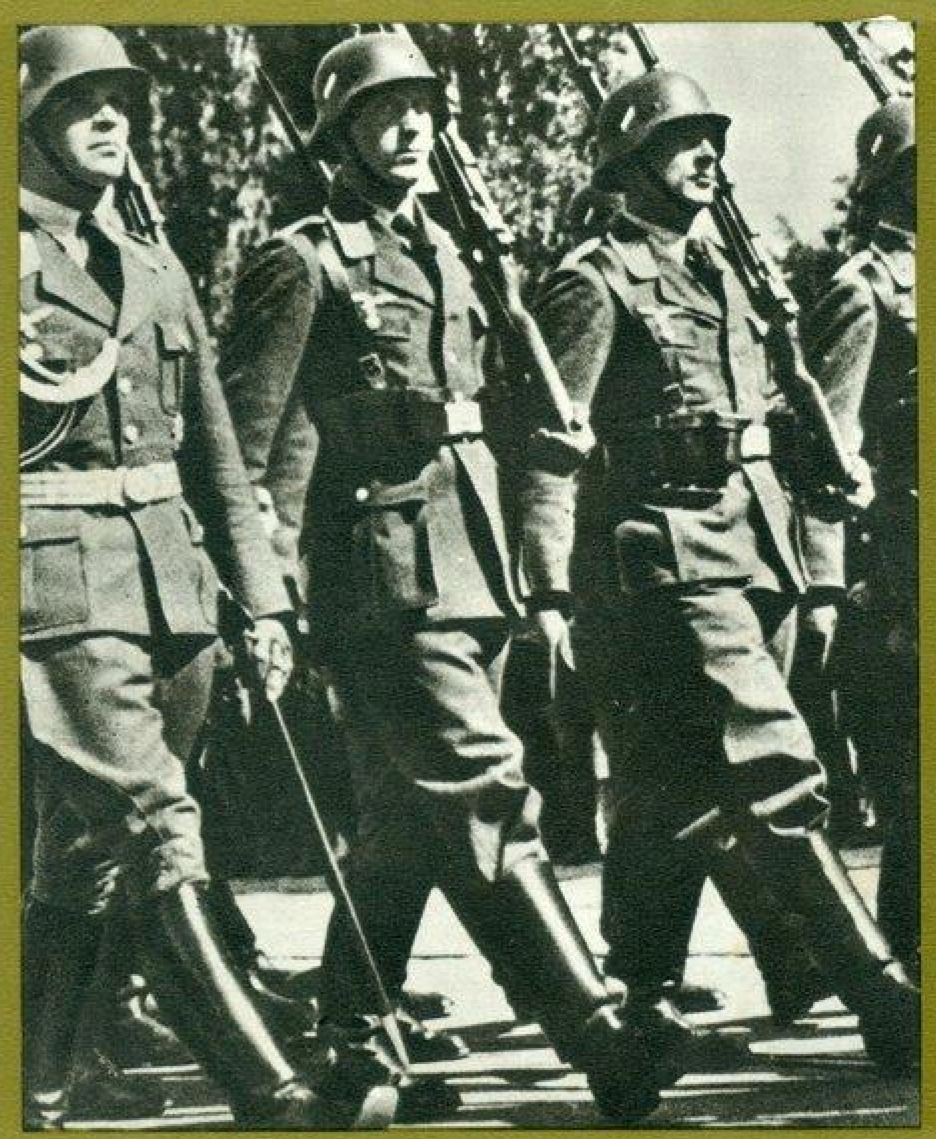
ROLE RO

Las tropas alemanas, victoriosas, marchan por las calles de París. De ahora en adelante, Francia no tendrá otra capital que la pequeña ciudad de Vichy. A la derecha: sobre el París ocupado ondea la bandera con la cruz gamada. Abajo a la derecha: 10 de junio de 1940: las tropas alemanas desfilan triunfalmente a lo largo de la Avenue Foch.

(History of the Second World War) - (Archivo Rizzoli)









nan los caminos, llegan cuando ya es demasiado tarde para ejecutarlas».

De este modo abandonaron París las tropas francesas. El 14 de junio los alemanes entraron en la ciudad.... donde permanecieron cuatro años. Y el mismo 14 de junio el Mando Supremo alemán ordenó la persecución de los restos del Ejército francés, que se efectuaría en tres direcciones.

Por parte francesa, aquella misma tarde el Mando Supremo se retiró a Vichy. El Ejército 7 y el Ejército de París se replegaron al Loira, dejando zonas descubiertas al Este y al Oeste. A las 19,00 del 15 de junio, el general Georges comunicó al general Weygand que «los Ejércitos estaban completamente desorganizados». Era imposible establecer líneas defensivas para impedir profundas infiltraciones del enemigo; todo lo que cabía hacer era movilizar las fuerzas que se pudieran reunir para intentar «taponar» las brechas abiertas.

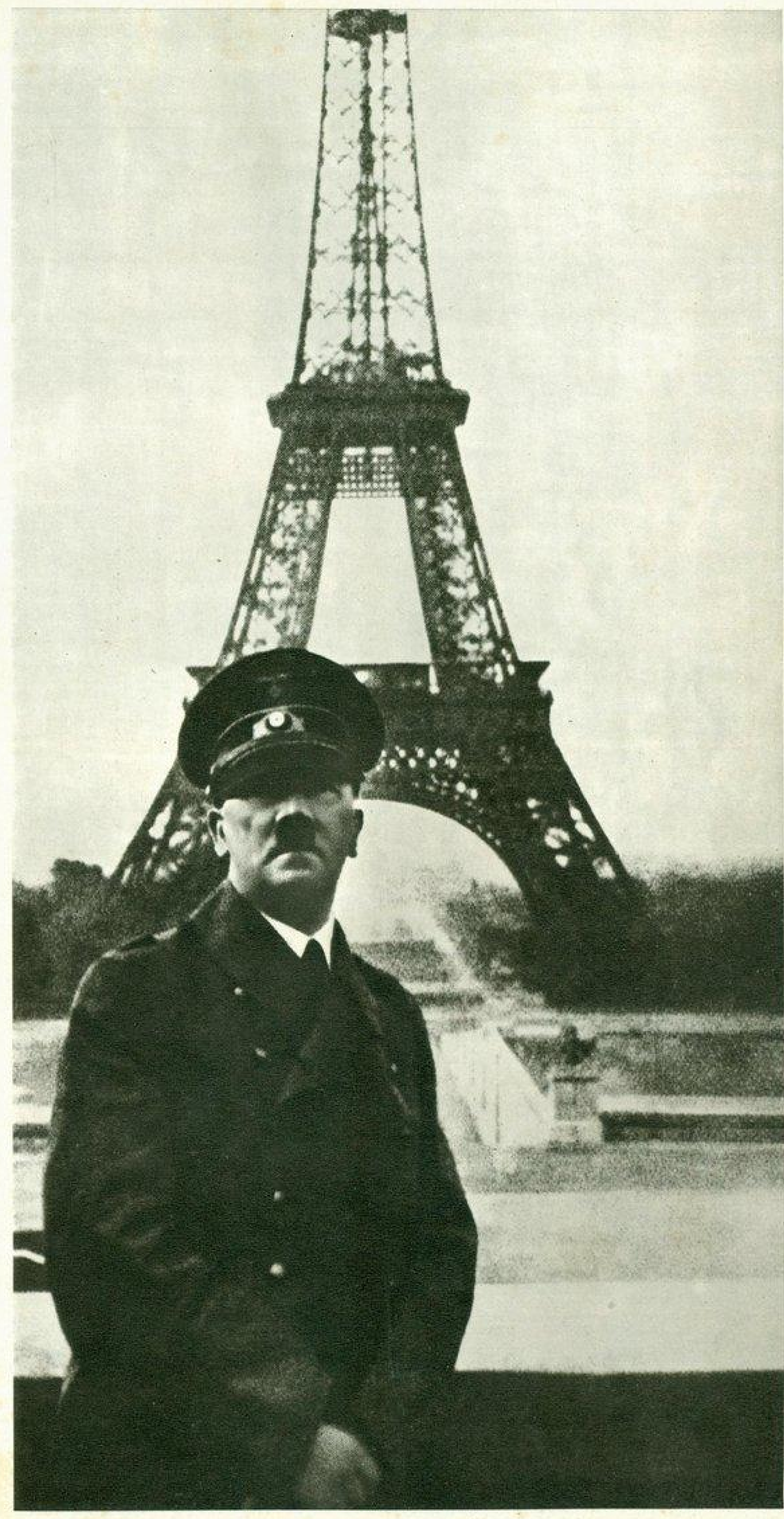
Por el Oeste, el enemigo avanzaba hacia el «reducto bretón», mientras que en el Este los carros de combate se dirigían a Dijon y Langres para encerrar en una trampa al Grupo de Ejércitos II, que había comenzado a retirarse de la línea Maginot.

Mientras tanto, el Ejército 1 alemán, que el día 15, penetrando por la brecha abierta en el Sarre, había ocupado Saarbrücken, estaba avanzando por los Vosgos en dirección Norte-Sur, y el Ejército 7, después de haber atravesado el Rhin en Neu-Brisach, se dirigía también a los Vosgos, de Este a Oeste. Los Ejércitos 3, 5 y 8 franceses, presionados por todas partes y con todas las posibles vías de retirada cerradas, se concentraron asimismo en los Vosgos. El 22 de junio, el general Condé, que había asumido el mando de aquel Grupo de Ejércitos, fue autorizado por el general Weygand para que capitulara con sus 400.000 hombres.

«Del 17 en adelante –escribía el general Roton–, la presión de las fuerzas alemanas fue aplastante. Ya no existía rastro de defensa coordinada, exceptuando el sector del Loira». Desde este momento, sólo se pensó en poner fin a la lucha. La noche anterior, entre 16 y 17 de junio, había caído el Gabinete Reynaud, que fue sustituido por el Gobierno Pétain, cuya primera medida fue pedir el armisticio. El día 17, el mariscal transmitió un mensaje radiofónico al pueblo francés en el que decía: «Con profunda tristeza os anuncio que tenemos que cesar de combatir». «Esta decisión –escribió el general Georges– rompió definitivamente el muro de la resistencia del Ejército francés».

Pero el mismo 17 de junio, Hitler, en una orden especial del día, declaró: «La ocupación de Cherburgo y Brest representaba una cuestión de honor para el Ejército alemán». El general Hoth, comandante del XV *Panzerkorps*, que precedía al Ejército 4 en dirección al Sena inferior, envió inmediatamente la 7.ª *Panzerdivision* de Rommel a las inmediaciones de Cherburgo y la 5.ª a Brest. El 18, las tropas acorazadas entraron en Rennes, donde capturaron el puesto de mando del Ejército 10, junto con su comandante, acabando así con la resistencia del «reducto bretón». Al día siguiente, las dos divisiones acorazadas ocuparon sin dificultad Cherburgo y Brest, y avanzaron después hacia el Sur en dirección al Loira inferior y a Rochefort.

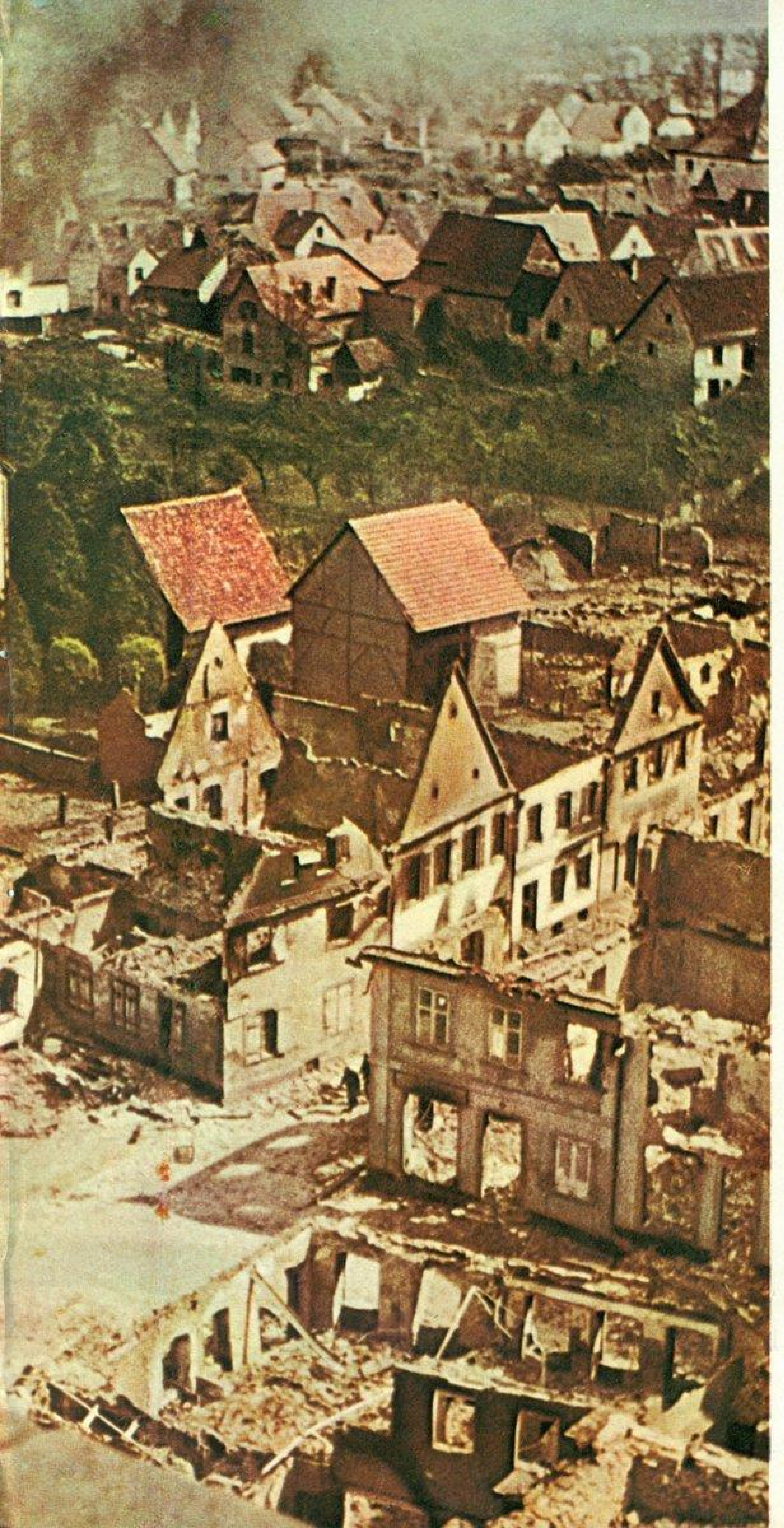
El 19, entre Tours y Saumur, los alemanes acabaron con la última resistencia en el río, a pesar de la heroica defensa de los cadetes de la Escuela de Caballería de Saumur, que aquel día escribieron una página gloriosa en la historia de Francia. Por el Este, estaban llegando a Vichy y a Lyon. A pesar de los ocasionales núcleos de resistencia constituidos por unidades de retaguardia que se sacrificaban para proteger la retirada, y a



El Ejército alemán entró en París el 14 de junio. Poco después llegó Hitler (22 de junio). Aquí se le ve ante una sombría torre Eiffel. *(History of the Second World War)*



Por segunda vez en veinticinco años las tierras de Francia hubieron de sufrir la devastación de una guerra. Pero en esta ocasión, a las destrucciones se unía la amarga conciencia de haber combatido mal. *(History of the Second World War)*



pesar de los grupos aislados que, cansados de retirarse, se habían apostado a lo largo de los caminos para tender emboscadas en las que estaban destinados a sucumbir, los alemanes continuaron su marcha, alcanzando, entre el 21 y 25 de junio, una línea que se extendía desde Royan a Grenoble, pasando por Angulema, Clermont-Ferrand y Saint-Étienne. En este momento, por fin, nos habíamos asegurado el armisticio.

Pero desde el 10 de junio estábamos también en guerra con Italia, y otra batalla, la franco-italiana, se estaba desarrollando en el frente sudoriental, donde el Ejército alpino francés, a pesar de la exigüidad de sus fuerzas, estaba añadiendo un digno capítulo a nuestra historia.

El 10 de junio, en Roma, el *Duce* había anunciado que Italia entraba en guerra para «liberar» Saboya, Niza, Córcega... y siguió nombrando lugares. Pero sus tropas, concentradas a lo largo de la frontera de los Alpes y que sumaban 32 divisiones, no atacaron hasta que los alemanes alcanzaron el valle del Ródano.

A estas fuerzas el Ejército alpino francés, al mando del general Orly, solamente podía oponer tres divisiones de infantería del tipo B y tres «secciones de fortaleza». Pero la excesiva concentración de las unidades italianas en los estrechos valles de alta montaña, donde no podían desplegar, hizo que sufrieran grandes pérdidas bajo el fuego de la artillería francesa, que había elegido convenientemente las «zonas a batir» y disponía de excelentes observatorios en las cimas. Así, todos los ataques italianos en los pasos fronterizos fueron rechazados.

No obstante, el día 21 los italianos consiguieron algunos éxitos locales, si bien en esa misma fecha su potente fuerte de Chaberton, desde el que disparaban sobre Briançon, había sido reducido al silencio por nuestras baterías. El 22, en la zona de Maures, los italianos rebasaron Lanslebурgo y llegaron, en el sector de Briançon –pero sin poder penetrar más allá–, hasta el paso de frontera de Monginevro. El día 23 efectuaron un ataque hacia la Costa Azul para «liberar» Niza; ocuparon Menton, pero no consiguieron apoderarse del Puente de San Luis (que señala la frontera actual), a pesar de estar defendido solamente por una docena de hombres. Cuando el armisticio puso fin a las hostilidades, nuestra línea defensiva, desde Suiza hasta el mar, estaba todavía intacta.

Falta de confianza en la victoria

¿Cómo es posible que Francia cayera tan rápidamente? Durante la primera Guerra Mundial, los oficiales y soldados franceses suscitaron la admiración de todo el mundo por su valor y su elevado espíritu de entrega. También en la segunda, los hijos hicieron honor a sus padres: lo demostraron en el Aisne y en otros lugares, y en los años siguientes lo demostrarían de nuevo en África, y luego en el desembarco en Italia y en Normandía.

Pero en 1940, insuficientemente armados, siguiendo la táctica ya superada de 1918, mal distribuidos estratégicamente y mandados por jefes que no tenían confianza en la victoria, fueron derrotados desde el primer momento. El general Gamelin, comandante en jefe al estallar la guerra, consideró la proximidad de la catástrofe con espíritu fatalista. El comandante en jefe que le sucedió, Weygand, insistía únicamente en «combatir hasta el final por honor», y pedir después el armisticio.

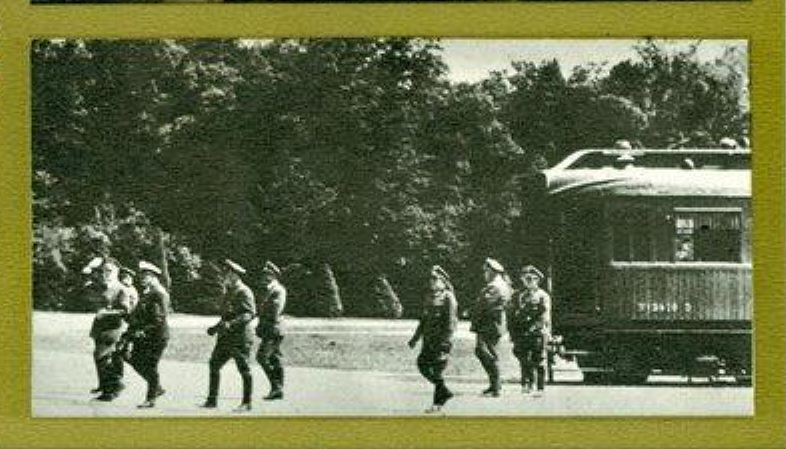
La Francia de 1940 tenía necesidad de un hombre de la talla de Joffre, el mariscal que a fines de agosto de 1914, cuando parecía que todo estaba perdido, conservó la esperanza. Y más aún, Francia tenía necesidad de un segundo Clemenceau o de un Churchill a la cabeza del Gobierno. La aceptación fatalista de la derrota por parte de los que ocupaban los puestos más elevados del mando se manifestó inmediatamente después de los primeros reveses.

Se intenta entre las fuerzas ocupantes y la población civil una imposible fraternización. *(Archivo Rizzoli)*





Dos momentos del encuentro entre los jefes alemanes y franceses el 22 de junio de 1940: (arriba) la reunión en el mismo vagón donde se firmó el armisticio en 1918; Hitler se halla a la izquierda. El propio Hitler (al lado) sale seguido de Goering, Ribbentrop y otros jerarcas. *(Ullstein-Archivo Rizzoli)*



El 8 de junio, cuando Rommel atacaba Elbeuf, la batalla se consideró perdida, y el general Weygand, durante la reunión de la mañana, habló explícitamente de una «herida» abierta en las filas del Ejército 10. Aquella tarde, el ya general De Gaulle, que pocos días antes había sido nombrado subsecretario de Guerra, le visitó en el Mando Supremo de Montry. He aquí cómo describe este encuentro el general De Gaulle: «Pocos minutos de conversación fueron suficientes para convencerme de que el general Weygand estaba resignado ante la derrota y había determinado pedir el armisticio.

»–Como usted sabe –me dijo–, los alemanes están atravesando el Somme y yo no estoy en condiciones de detenerlos.

»–Es verdad, están atravesando el Somme. ¿Y qué?

»–Después vendrán el Sena y el Marne.

»–De acuerdo. ¿Y después?

»–¿Después? Después todo habrá concluido.

»–¿Cómo concluido? ¿Y el resto del mundo? ¿Y el Imperio colonial?

»–¡El Imperio colonial! ¡Pero eso es absurdo! Y en lo referente al mundo, una vez que nosotros dejemos de combatir ¡no pasará una semana antes de que Inglaterra empiece a tratar con el Reich!»

Por su parte, el mariscal Pétain dijo al ministro Louis Marin que él no tenía «miedo de encontrarse con Hitler»; es más, que le complacería «una entrevista de soldado a soldado», porque estaba seguro que de esta manera podría obtener «más que de una discusión entre diplomáticos».

Desde luego, era evidente que si el Gobierno se hubiera trasladado a África para continuar desde allí la lucha al lado de los Aliados –con su Flota intacta, con la Aviación de una potencia casi invariable respecto a la del 20 de mayo (gracias a la producción de nuestras fábricas y a la entrega de aviones por parte de América), y con un Ejército dispuesto para la guerra fuera del territorio metropolitano–, Hitler no hubiera estado de acuerdo ni con la constitución como territorio libre «de lo que había quedado de Francia», ni con la organización de un pequeño Ejército para asegurar el orden y permitirnos «reconstruir el país». Por esta razón, desde aquel momento, la misión principal de los mandos militares, así como la de Pierre Laval, que actuaba en la sombra, consistió en impedir la partida del Gobierno.

El día 13, durante la reunión del Consejo de Ministros que se celebró por la tarde en Cangey, Weygand hizo la misma petición que el día anterior. «Si queremos mantener la disciplina del Ejército –dijo–, tenemos que llegar inmediatamente al cese de hostilidades.» Y no obstante aún en el transcurso de la tarde del 14 de junio el presidente Reynaud continuaba dando órdenes para trasladar al Norte de África a los nuevos reclutas y los contingentes de depósito. De acuerdo con Campbell, embajador inglés, decidió enviar a Londres al general De Gaulle para que presentase nuestra petición oficial de medios de transporte navales, con un desplazamiento total de 500.000 toneladas, que deberían estar dispuestos en unos quince días. Mientras tanto, Pierre Laval, que llegó a Burdeos (a donde se había trasladado el Gobierno) el día 14, establecía ya los preliminares de aquellos acuerdos que pondrían el país bajo la dominación extranjera. «A mi llegada –manifestó dos días después–, encontré al embajador español, Lequerica, y juntos acordamos efectuar la petición de armisticio. Esto fue posible gracias a los repetidos contactos que había establecido con él anteriormente. Al día siguiente por la tarde, tuve ocasión de ver al mariscal y le expuse mi idea sobre las particularidades de su nombramiento como Jefe del Estado».

A las 15,00 horas, el presidente Reynaud insinuó una propuesta que provocó gran agitación entre los defensores del armisticio. Pidió al general Weygand que siguiese el ejemplo del Jefe del Estado Mayor de Holanda, y se rindiera con el Ejército que se encontraba en suelo francés, mientras que el Gobierno se trasladaría a África del Norte para continuar la lucha al lado de Inglaterra, con nuestra poderosa Flota, todavía intacta, con la Aviación y con las tropas de la Francia metropolitana que pudieran salvarse... «Rechacé la propuesta indignado –escribió el general Weygand–. ¡No aceptaré nunca arrojar una mancha semejante sobre nuestra bandera...! Sería un acto criminal e irreparable que todos condenarían y que ocasionaría gran daño al honor militar de nuestro país. ¡Se incurriría en un delito que el Código Militar castiga con la muerte...! ¡No podía pensar en una propuesta tan ignominiosa sin un estremecimiento de disgusto!»

Es difícil comprender qué «ignominia» veía Weygand en esta proposición. Evidentemente, consideraba menos deshonroso que cesaran los combates de todas nuestras fuerzas de mar, aire y de ultramar, que estaban dispuestas para continuar la lucha, antes que entregar al enemigo tan sólo las fuerzas que se encontraban en territorio metropolitano, territorio que, prácticamente, no estaba ya bajo la soberanía francesa. ¿Y cuál era en aquel momento la consistencia de las fuerzas «metropolitanas» cuya rendición sería tan ignominiosa? En su declaración durante el proceso contra Pétain, después de la guerra, el general Georges declaró: «En el momento en que estábamos a punto de cesar en el combate, cinco Ejércitos estaban parcialmente prisioneros. En los Grupos de Ejércitos que habían luchado metro a metro durante unos 450 km, las fuerzas efectivas todavía disponibles ascendían a 300.000 ó 400.000 hombres, e incluyendo el Ejército alpino, a unos 500.000».

Después intervino Chautemps, vicepresidente del Consejo de Guerra, quien propuso se pidieran a Hitler las condiciones para el alto al fuego, con la intención de demostrar que no se podían esperar del *Führer* condiciones aceptables. La propuesta de Chautemps acaso parezca buena en sí, pero ocultaba un grave peligro, pues podría constituir el primer paso hacia la capitulación. Georges Mandel, ministro del Interior, puso en guardia al Consejo sobre lo peligroso de esta iniciativa, y añadió: «Estamos perdiendo un tiempo precioso para el transporte de un numeroso contingente de tropas a África. Todas estas demoras tienen una única finalidad: impedirnos organizar la resistencia».

Caída del Gabinete Reynaud

A las 11,00 horas del día 16 de junio, en el transcurso de la reunión del Consejo, el mariscal Pétain se levantó y presentó su dimisión. «Hemos esperado demasiado –declaró–. Es hora de concluir». Pero cuando Paul Reynaud le pidió que esperara la respuesta de Norteamérica, consintió y se sentó de nuevo. No obstante, la prórroga fue de corta duración. En la reunión siguiente, Reynaud dio lectura a la respuesta del presidente Roosevelt, una respuesta más bien decepcionante ya que, si bien prometía el envío de armas y material bélico, declaraba al mismo tiempo que no

La guerra ha llegado a los suburbios de París, que está a punto de ser abandonado. *(History of the Second World War)*



podía asumir ningún compromiso militar sin previa autorización del Congreso.

El presidente del Consejo de Guerra comunicó entonces «un plan de unión indisoluble» entre Inglaterra y Francia, del que le había hablado poco antes por teléfono De Gaulle desde Londres. Pero, como escribió al respecto el presidente de la República, Albert Lebrun, «el Consejo quedó muy sorprendido... En una atmósfera tan poco favorable, el plan recibió una acogida tibia, a pesar de apoyarlo el presidente del Consejo y yo».

El ministro Ybarnegarey se opuso a este pacto objetando «que convertiría a Francia en un *Dominion*», y el mariscal, convencido de que Inglaterra sería derrotada, declaró que él no pretendía «aliarse con un cadáver».

Después discutieron el proyecto de Chautemps, que recibió el apoyo de una notable mayoría. Entonces el presidente del Consejo de Guerra, dándose cuenta de que su propuesta había sido rechazada, anunció la dimisión del Gabinete. A las 22,00, la reunión terminó sin que se hubiera pasado a las votaciones.

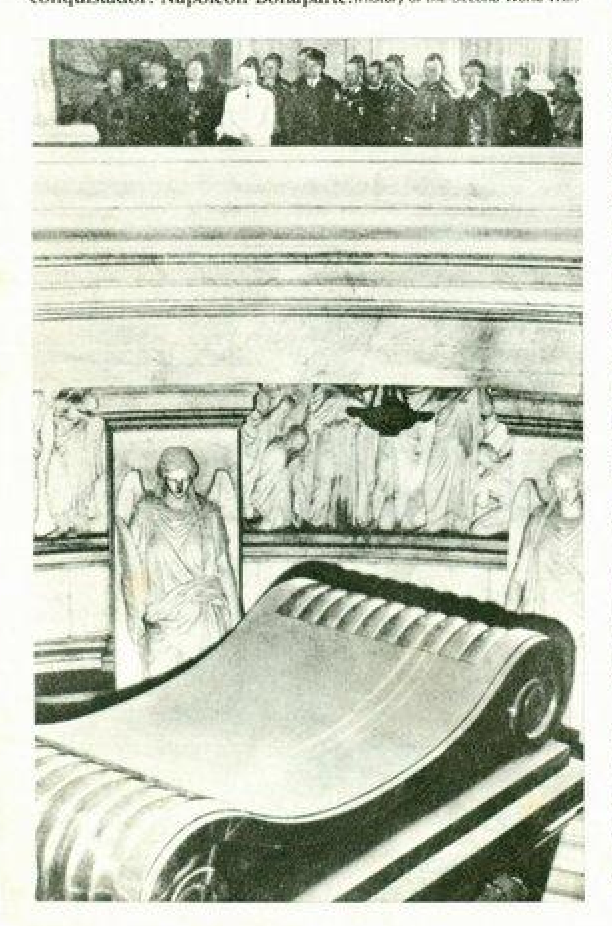
A las 23,00 del 16 de junio, el presidente de la República, Lebrun, tuvo una entrevista con Reynaud, Herriot y Jeannesey. Pidió a Reynaud que diera curso a la propuesta de Chautemps, pero aquél se negó a ello. Era necesario, por lo tanto, proceder al nombramiento de un nuevo Jefe de Gobierno.

«–Pero, ¿quién?– preguntó Lebrun.

»–No le será difícil encontrarlo –respondió Reynaud–. El mariscal me ha dicho esta mañana que tenía ya en el bolsillo la lista del nuevo Gabinete». «Entonces convoqué al mariscal –escribe Lebrun– y le pedí que formase el Gabinete. Constituyó para mí una sorpresa agradable. ¡Abrió la cartera que traía y me presentó la lista de sus colaboradores!»

A las 23,30, el Presidente de la República firmó el decreto de nombramiento de los nuevos ministros, los cuales se reunieron inmediatamente. La sesión del Consejo duró diez minutos. A Baudouin, nuevo ministro de Asuntos Exteriores, se le encargó pedir a los alemanes e italianos, a través de Madrid y del Vaticano, respectivamente, las condiciones del armisticio. Después, se convocó a los dos embajadores. Charles Roux, secretario general del Ministerio de Asuntos Exteriores, escribió al respecto: «No había peligro de que la convocatoria dirigida a Lequerica, embajador español, lo encontrase desprevenido. Ya la preveía y esperaba». «A las 12,30 (del 16 de junio) –dice Baudouin–, envié la nota a Lequerica, quien telefoneó a Saint-Jean-de-Luz, donde dos emisarios estaban ya a la espera. Éstos se dirigieron inmediatamente a Irún y de allí telefonearon a Madrid». Todo estaba combinado y resuelto. Pero ¿era exactamente un armisticio, o sea la suspensión de hostilidades, lo que querían?

Hitler, con gesto de megalómano, visita la tumba de otro conquistador: Napoleón Bonaparte. *(History of the Second World War)*



En Madrid, la nota francesa fue transmitida por el coronel Beigbeder, ministro español de Asuntos Exteriores, al embajador de Alemania barón von Stohrer quien, recibida la comunicación, envió a la Wilhemstrasse un telegrama en estos términos:

«El Gobierno del mariscal Pétain pide al Gobierno español que actúe con la mayor urgencia como intermediario con el Gobierno alemán para pedir el cese de hostilidades y las condiciones de paz. El Gobierno francés espera que, después de haber recibido la presente nota, el Gobierno alemán ordene a su Aviación que suspenda los bombardeos de las ciudades».

Siguió otro despacho en este sentido:

«El embajador español en Burdeos adjunta a la comunicación de la petición francesa de paz el siguiente telegrama: "A medianoche (del día 16 de junio), el señor Baudouin me ha telefoneado rogándome que vaya inmediatamente a la Presidencia del Consejo. Me ha comunicado que el Gobierno francés esperaba que el español hiciera llegar a Alemania, de la forma más rápida posible, la petición de un inmediato cese de hostilidades y la solicitud de condiciones de paz. Le he preguntado si se trataba de las condiciones del armisticio, de las condiciones de paz o de ambas a la vez. Ha respondido que, naturalmente, el armisticio era un expediente temporal, pero que el Gobierno francés estaba interesado en conocer las condiciones de paz"».

¿Cuál sería la reacción de Hitler frente a esta petición? El día 17, después de haberla recibido, el *Führer* dio nuevas instrucciones a Keitel y Jodl y al general Bohme, quien refiere:

«El *Führer* dijo que era necesario separar totalmente a Francia de Inglaterra, y para conseguirlo teníamos que presentar condiciones que pudieran ser aceptadas. Como el Gobierno Pétain parecía bien dispuesto en este sentido, se le debía ofrecer "puente de plata". De no proceder así, se corría el riesgo de que el Gobierno francés se refugiase en el Norte de África con la Escuadra y parte de la Aviación, y que continuase la guerra desde allí. Esta solución reforzaría la posición de Inglaterra y desplazaría la guerra hacia el mar Mediterráneo».

Arriba: los alpinos italianos atraviesan la frontera y entran en territorio francés. Abajo, de izquierda a derecha: avance italiano. (Archivo Rizzoli)

Hitler especificó después sus directivas:

1. *El Gobierno francés debe sobrevivir como potencia soberana. Sólo de este modo podemos estar completamente seguros de que el Imperio colonial francés no pasará a Inglaterra.*

2. *Por este motivo no es aconsejable la ocupación total de la Francia metropolitana. El Gobierno francés debe conservar su propia esfera de soberanía.*

3. *El Ejército francés se dirigirá a la zona libre, donde será desmovilizado. En la zona libre se permitirá el mantenimiento de algunas unidades que tendrán la misión de cuidar del orden público. La Escuadra debe ser neutralizada. Por ningún motivo reclamaremos su entrega, ya que en tal caso se retiraría a Ultramar o a Inglaterra.*

4. *Las cuestiones territoriales deben resolverse con el tratado de paz, y no ahora.*

5. *Por el momento, no se formularán demandas referentes al Imperio colonial, ya que eso provocaría la anexión de las colonias por parte de Inglaterra. Además, en caso de una negativa, no estamos por el momento en condiciones de lograr una satisfacción por la fuerza.*

La mañana del 19 de junio, el Gobierno alemán se dispuso «a dar a conocer las cláusulas para el cese de hostilidades», y pidió los nombres de los plenipotenciarios. A las 10 de la mañana del 20 de junio, Baudouin envió la lista a Lequerica, comunicando que la delegación la presidiría el general Huntziger, acompañado del embajador Léon Noël. A las 14,00 la misión partió de Burdeos.

El vagón de Rethondes

A las 15,30 del día 21 de junio, la delegación francesa fue invitada a subir al mismo vagón en que se había firmado el armisticio de 1918, y en el cual esperaba ahora Hitler, rodeado de las máximas jerarquías del Tercer Reich. Depués de la lectura del preámbulo, el *Führer* saludó con el brazo extendido y salió. El doctor Schmidt, intérprete de Hitler, la refiere así:

«El general Huntziger comenzó diciendo que no estaba al corriente de los términos de paz porque la delegación alemana se había negado a discutir el tema. Simplemente, le habían entregado un convenio de armisticio compuesto por 24 artículos que de ningún modo podían sufrir modificación alguna.



Frente alpino occidental, junio de 1940; tropas italianas en marcha en el Pequeño San Bernardo. (Archivo Rizzoli)

»El 22 de junio, después de algunas discusiones que condujeron a un acuerdo en virtud del cual algunas unidades de la Marina francesa podían permanecer en los puertos de Ultramar, así como otras concesiones de menor importancia, Keitel presentó a los delegados franceses un ultimátum».

A las 18,45 por orden recibida telefónicamente del general Weygand, Huntziger firmó el convenio; pero como éste sólo sería efectivo después de la conclusión del armisticio con Italia, el día 23 nuestra delegación tuvo que partir para Roma, donde fue recibida por el mariscal Badoglio, quien se mostró conciliador y cortés en el curso de las conversaciones.

El documento se firmó la tarde del 24 de junio, a las 19,10. Las hostilidades cesaron a la 1,35 del 25 de junio.

Errores, no traición

El error principal consistió en la seguridad que tenían nuestros jefes supremos de que la victoria rápida de Alemania era un hecho establecido *a priori*.

Así, pues, según estos principios ¿qué o quién podría impedir a Hitler manejar Europa a su gusto? ¿No sería mejor inducirle a formular inmediatamente las condiciones de paz antes de que también derrotase a Inglaterra, su último enemigo? Porque, en tal caso, arrebatado por la euforia de la victoria total, seguramente impondría condiciones más gravosas.

Por lo tanto, no se trataba de una traición a Francia ni a la causa aliada. La traición se reducía a una serie de errores de cálculo de los que el presidente Lebrun dio una definición clarividente:

«Se cometieron dos equivocaciones: la primera fue considerar inminente la victoria alemana; la segunda, la certeza del mariscal Pétain de que su prestigio personal bastaría para proteger y defender al país»

ADOLPH GOUTARD, CORONEL

Nacido en Annonay en 1893. Ingresó en el Arma de Infantería y participó en la primera Guerra Mundial, en la que fue herido dos veces. Terminó la guerra con el grado de teniente y condecorado con la cruz de la Legión de Honor con tres citaciones. Entre las dos guerras prestó servicio en el Ejército del Rhin, en el Cuerpo Expedicionario francés en Constantinopla, en el Regimiento alpino 159, y, durante seis años, en la Academia Militar de Saint-Cyr, donde enseñó historia. Cuando se inició la batalla de Francia, estaba en el Norte de África, y al ponerse el Ejército francés de Ultramar al lado de los Aliados, participó en las campañas de Túnez e Italia, en la liberación de Francia y en la campaña de Alemania. En 1947 fue condecorado con la roseta de la Legión de Honor. Entre las obras del coronel Goutard figuran *La guerra de las ocasiones perdidas*, con introducción del general De Gaulle; *El Cuerpo Expedicionario francés en la campaña de Italia* (con prólogo del mariscal Juin), y *La batalla de Francia* (presentada por sir Basil Liddell Hart).



Tal vez sea útil agregar alguna observación a lo que se ha dicho brevemente en el texto, para poner de relieve no los motivos psicológicos –ya aludidos–, sino los técnico-militares del éxito poco halagüeño de la campaña italiana contra Francia.

La frontera ítalo-francesa desde el Mont Blanc al mar discurre a lo largo de posiciones muy fuertes de alta montaña, más favorables para la defensa del lado francés por su configuración natural, profundidad y trazado de las líneas de comunicación. De todos modos, por ambas partes se había convertido la frontera en un potente sistema de fortificaciones, inexpugnable, a no ser mediante una acción regular y metódica de infiltración y desmantelamiento.

También los alemanes se habían guardado muy bien de atacar de frente la línea Maginot antes de que las operaciones victoriosas en el frente septentrional hubiesen determinado un virtual envolvimiento estratégico del enemigo, privándola así de las reservas móviles, que constituían un elemento integrante e indispensable de su formidable eficacia.

El paso de un despliegue defensivo a otro de características netamente ofensivas implicaba un desplazamiento hacia adelante de las tropas y los servicios; y sobre todo un desplazamiento de las piezas artilleras a posiciones avanzadas, desde las que castigar severamente el sistema adversario a la vez que sostener, durante el mayor tiempo posible, el avance de nuestro ataque.

En una región de alta montaña, como era la zona fronteriza, en parte cubierta aún de nieve y sometida justamente en aquellos días a nevadas y tormentas, eso representaba tener que superar dificultades muy graves. Además, había que hacer afluir al Piamonte grandes unidades de la reserva general, que habían sido desplazadas a la región centro-oriental de la llanura del Po. Para todo este conjunto de movimientos habría sido necesaria al menos una semana.

Pero la situación militar, se precipitaba. Desde el 16 de junio el Gobierno francés había iniciado tanteos para la conclusión de un armisticio. Mussolini sin embargo ordenó desencadenar el ataque el 20 de junio: divisiones de infantería contra formidables fortificaciones modernas, sin ninguna dotación especial para aquel tipo peculiarísimo de operación. Y el resultado fue justamente el que cabía esperar: avances mínimos de acuerdo con las varias directrices de ataque.

G. Mancinelli, general

EN EL MANDO SUPREMO DE HITLER

Alemania, septiembre de 1939 - junio de 1940

Con dos fulminantes campañas, los alemanes habían derrotado a tres Ejércitos: el polaco, el francés y el inglés. Ante el espectáculo de la asombrosa eficacia que ofrecía la máquina bélica alemana, no era aventurado suponer que esta máquina se apoyaba en un mando dotado de una casi perfecta estrategia, minuciosamente organizado e



Walter Warlimont, general

Hitler repetía frecuentemente que no podía decirse nunca que las Fuerzas Armadas de un país estuviesen preparadas para la guerra, porque jamás se encontraban en el punto máximo de su eficacia. Mas, por lo mismo, tampoco el enemigo podía estar preparado, así que lo esencial consistía en adelantar los preparativos de potencial anticipándose al adversario.

Durante el período de los «paseos militares», que se iniciaron con el *Anschluss* de Austria y concluyeron con la anexión de Memel al Reich, Hitler adquirió la costumbre de visitar los territorios conquistados, a veces inmediatamente después de su ocupación por las unidades alemanas. Durante estos viajes se hacía acompañar tan sólo por uno o dos oficiales. Por esta razón, el día 3 de septiembre de 1939, dos fechas después de estallar la guerra, no fueron necesarios grandes preparativos para que se dirigiera al frente oriental, mientras el Estado Mayor del OKW, incluida su Sección más importante, o sea la operativa, permanecía en Berlín.

En el «tren especial de Hitler» viajaba también su séquito personal –compuesto de miembros del «Gobierno, del Partido y de las Fuerzas Armadas», según la frase que se usaba entonces– y su coche constituyó su primer puesto de mando. Pero, en realidad, las Fuerzas Armadas estaban escasamente representadas; para ser exactos, sólo por los elementos más antiguos del Mando Supremo, los generales Keitel y Jodl, junto con uno o dos oficiales de enlace y uno o dos ayudantes. A causa de tan escasa representación militar, el Mando Supremo no podía asumir las funciones que competían al máximo organismo militar del país; y esta circunstancia, en definitiva, fue una notable ventaja en lo concerniente a la dirección de las primeras operaciones bélicas, que, durante la *Blitzkrieg* contra Polonia, se confiaron totalmente a la responsabilidad del Ejército y de su Estado Mayor. Hitler no tuvo entonces muchas posibilidades de intervenir, al contrario de lo que sucedió en los años siguientes, con las consecuencias desastrosas que todos conocen.

No obstante, el procedimiento adoptado para improvisar este primer mando puso de relieve la gravísima debilidad de los cuadros militares alemanes en la cima de la escala jerárquica: Hitler era el comandante supremo de las Fuerzas Armadas y, al mismo tiempo, el dictador; su personalidad dominaba y absorbía toda la estructura del país, y no existía un vértice militar debidamente organizado, bajo el mando de un general con autoridad, que pudiese actuar de contrapeso.

Un solo ejemplo será suficiente para demostrar la falta de coordinación entre la política exterior y la dirección militar: el 17 de septiembre, la primera reacción del general Jodl, al recibir la noticia de que el Ejército ruso estaba avanzando

informado, en condiciones de dominar cualquier situación. Pero de la descripción del general Warlimont, que formaba parte de este mando, resulta que la realidad era totalmente distinta. Los signos de la debilidad estructural del Mando Supremo de la «Wehrmacht» se manifestaron ya durante las brillantes campañas de Polonia y Francia, en el período de los mayores triunfos militares.

sobre Polonia, fue preguntar, de forma aterrada: «¿Contra quién?»

Esta debilidad estructural tuvo consecuencias bastante graves, y la incapacidad del OKW para establecer una colaboración efectiva con los altos mandos de las fuerzas de tierra, mar y aire empeoró aún más la situación. En realidad, desde el principio, los altos mandos se habían opuesto a la constitución de un «Mando Supremo de las Fuerzas Armadas» con autoridad sobre los tres Estados Mayores, objetando que un organismo de este tipo sería incompatible con la responsabilidad de cada uno de ellos.

Hasta el momento de estallar la guerra, la estructura y atribuciones del Estado Mayor operativo del OKW no habían sufrido modificación alguna desde 1935. Componían el Estado Mayor doce o quince oficiales, por lo que su eficiencia era limitadísima, aunque sólo fuera debido al exiguo número de los componentes. Además, este organismo había evitado en todo momento ampliar sus responsabilidades. Por ejemplo, no disponía de un sistema de enlace con el Servicio de Información, con los órganos logísticos o con los elementos administrativos de los territorios ocupados, por lo que tuvo que depender, en gran parte, de los altos mandos de las tropas, desmintiendo en la práctica su misma definición de «Mando Supremo de todas las Fuerzas Armadas».

El Jefe del Estado Mayor (al que se llamaba jefe del OKW) era el general –más tarde mariscal de campo– Keitel, quien había desempeñado el mismo cargo en la época de Blomberg. No tenía mando. Era de menor antigüedad que los comandantes en jefe de los tres Ejércitos, y nunca presidió un consejo de jefes de Estado Mayor. Al conferírsele el cargo de jefe del OKW, Hitler le había asegurado solemnemente que le haría su «confidente» y le consideraría su «único consejero en todas las cuestiones concernientes a la *Wehrmacht*». Pero, en realidad, Keitel acabó convirtiéndose, más o menos, en una especie de «jefe de negociado». Su colaborador de grado más alto en las cuestiones operativas, el general Jodl (después *Oberstgeneral*), muy pronto consiguió suplantarle como consejero efectivo de Hitler en materia militar. Sin embargo, las indiscutibles cualidades personales de Jodl quedaban anuladas por una fe fanática en Hitler, al que respetaba hasta el punto de subordinar cualquier idea o duda que él mismo u otros tuvieran al «genio del *Führer*».

Esta actitud absurda de los dos generales acabó por acarrear consecuencias nefastas en el aspecto militar y, además, hizo más profunda la división entre los oficiales del Mando Supremo, considerados como los hombres «de la nueva frontera» en el sentido nacionalsocialista, y los altos oficiales de la *Wehrmacht*, más tradicionalistas y conservadores.

Por lo tanto, la impresión que producía el Estado Mayor del Mando Supremo de Hitler al estallar la guerra era la de un órgano directivo bastante débil. No lo digo apoyándome en consideraciones retrospectivas, sino expresando tan sólo mis impresiones de entonces, que recuerdo perfectamente. Como a las diferencias que había entre sus componentes se unía el desacuerdo con las diversas Armas, su autoridad era prácticamente nula. E incapaz como era de dar el necesario y sólido apoyo a un político falto por completo de experiencia militar en altos niveles de mando, no supo evitar una segunda Guerra Mundial.

En pleno desarrollo de la campaña de Polonia, el Estado Mayor General, que había quedado en Berlín, recibió la orden de efectuar un estudio preliminar para la creación de un puesto de mando que debería instalarse en Alemania occidental, lo más cerca posible del frente. Pero había una cláusula restrictiva: ese puesto tenía que encontrarse fuera del máximo alcance de la artillería francesa, y debía ser lo suficientemente grande como para alojar a la Sección de Operaciones del Estado Mayor de la *Wehrmacht*. Órdenes posteriores precisaron que era necesario encontrar una ubicación lo más cercana posible al Mando Supremo de Hitler para el comandante en jefe del Ejército, *Oberstgeneral* von Brauchitsch, para su Jefe de Estado Mayor, general Halder, y para un Estado Mayor reducido a los elementos indispensables.

En el período prebélico Hitler defendió siempre la opinión de que su puesto tenía que estar en la capital del Reich, y en el verano de 1939 rechazó la propuesta de organizar un puesto de mando eventual cerca de Berlín, pero situado algo al oeste, aduciendo el ridículo pretexto de que no le era posible trasladarse a Poniente mientras el Ejército avanzaba hacia el Este. Pero es evidente que ya había cambiado de opinión.

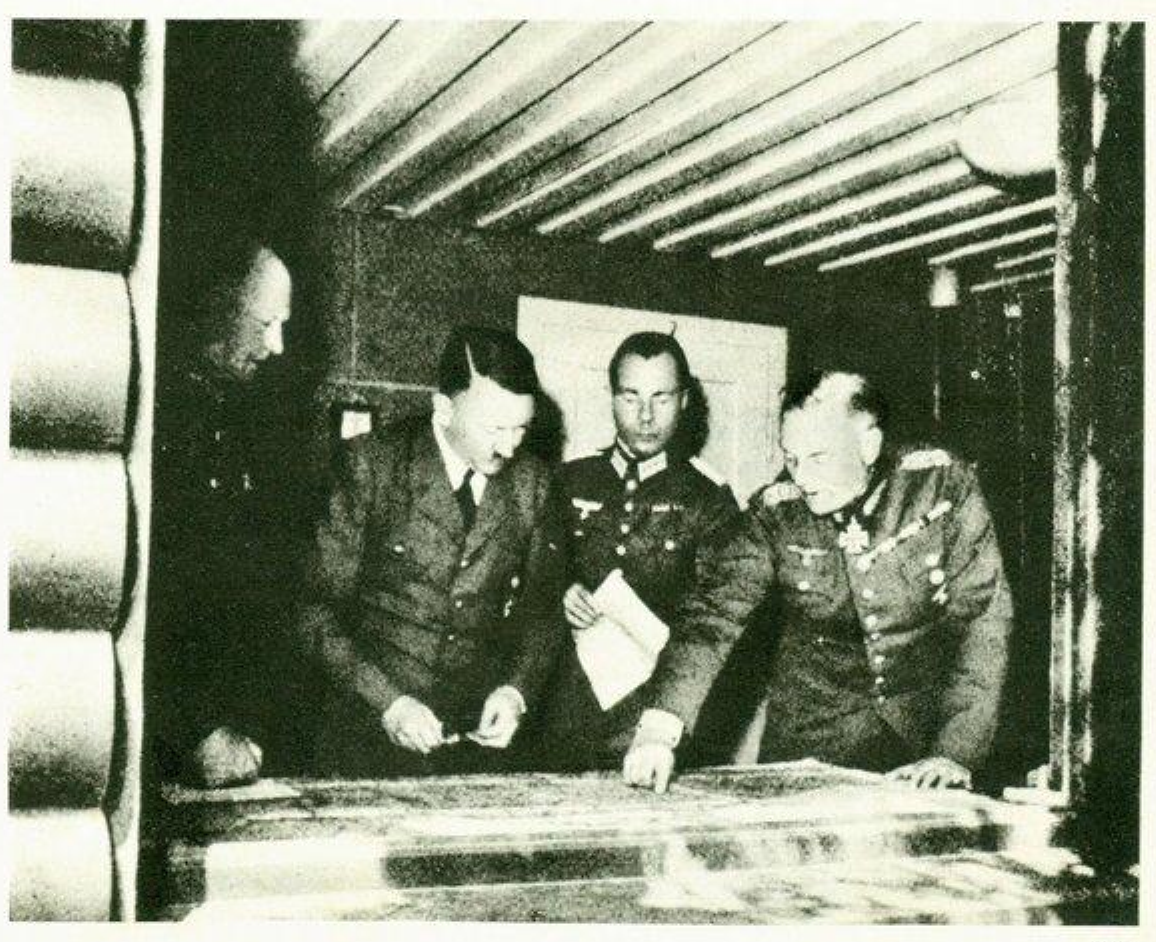
La segunda decisión de Hitler, respecto a lanzar su ofensiva hacia el Oeste en el otoño de 1939, influyó de un modo notable en todo el curso de la guerra, e incluso en el desarrollo de los acontecimientos posbélicos. Tomó esta decisión a mediados de septiembre, sin discutirla con nadie, sin pedir la opinión de los expertos, confiándose a una sola persona: su ayudante de campo, coronel Schmundt, a quien, por lo demás, no hizo más que anunciar su propósito. Schmundt comunicó la noticia secreta al jefe del OKW, que figuraba oficialmente como único consejero del *Führer*, a título «estrictamente confidencial». Hacia el 20 de septiembre, en el transcurso de una visita de dos o tres días que realicé al Mando Supremo, Keitel me la reveló bajo la promesa del más absoluto secreto; entonces tuve la impresión de que la iniciativa del *Führer* le había dejado por completo anonadado.

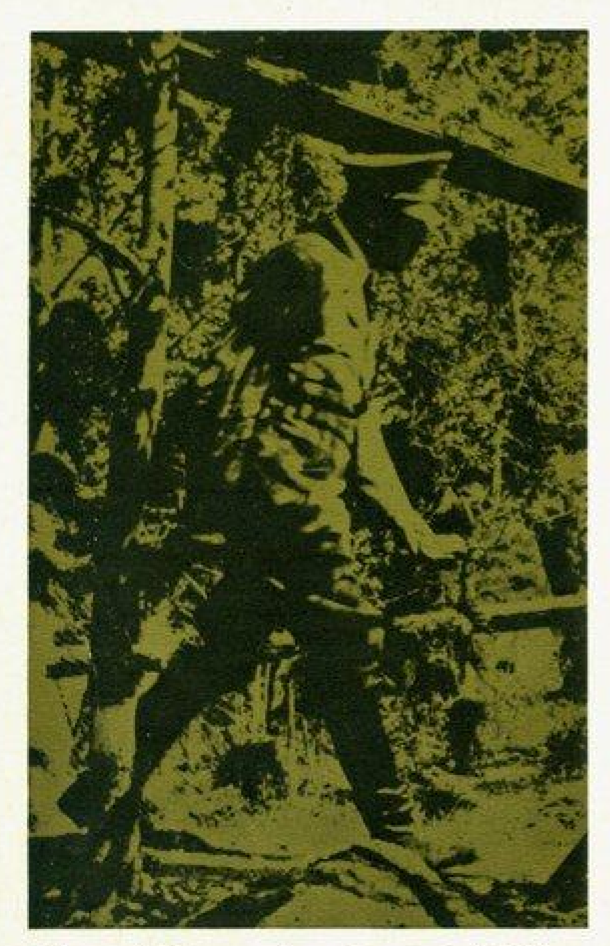
A pesar de las instrucciones que recibí de Keitel, en cuanto regresé a Berlín informé al general Heinrich von Stülpnagel, segundo jefe de Estado Mayor del Ejército, porque sabía que el comandante en jefe le había encargado dirigir un memorándum a Hitler para comunicarle que se necesitarían varios años antes de que el Ejército alemán estuviera en condiciones de comprometerse en una guerra sobre el frente occidental. Como yo también era de la misma opinión, creía y sigo creyendo que cualquier medio estaba justificado para impedir que nos lanzáramos a una segunda Guerra Mundial.

Durante los años anteriores a la guerra, la oposición manifiesta u oculta, que se había hecho a la política agresiva de Hitler resultó ineficaz; luego, al estallar el conflicto, las primeras y rápidas victorias le dieron aparentemente toda la razón. No obstante, parecía haber llegado el momento de realizar el máximo esfuerzo para salvar a nuestro país y a nuestro pueblo antes de que fuera demasiado tarde. Contravine las prescripciones de Keitel, que me había impuesto el secreto, no sólo informando al general Stülpnagel, sino tratando de convencer a una alta personalidad neutral a fin de que interviniese como mediador para poner inmediatamente fin a la guerra. Pero ambos intentos resultaron infructuosos.

En la Sección de Operaciones del Estado Mayor del OKW, nadie expresó opiniones contrarias a las del «comandante supremo», según expresión de Jodl. En realidad, después de la campaña de Polonia y del regreso de Hitler a Berlín, los oficiales más antiguos del Estado Mayor se encontraron más aislados que nunca, porque los generales Keitel y Jodl se habían trasladado de la *Bendlerstrasse*, sede oficial del OKW, a la Cancillería del Reich, donde vivía y trabajaba Hitler.

Hitler estudia en su Mando Supremo las operaciones con algunos oficiales, entre ellos el general Keitel, jefe del Estado Mayor General (a la derecha). (Heinrich Hofmann)





Hitler en el «Felsennest»; durante la campaña de Occidente allí se respiraba el ambiente creado por los brillantes éxitos obtenidos por Guderian y sus compañeros. *(Heinrich Hofmann)*

El deseo de aquéllos era seguir formando un círculo cerrado, una especie de *maison militaire* semejante a la que habían constituido en septiembre dentro del tren especial. Sus únicos compañeros en el palacio de la Cancillería eran Hitler y sus ayudantes. Vivían bajo su constante influencia, y Jodl se sentaba además a la mesa de Hitler, junto con los magnates del Tercer Reich.

Mientras tanto, los oficiales de Estado Mayor del OKW residían en la *Bendlerstrasse*, a unos diez minutos en autobús de la Cancillería, donde se vivía realmente la situación. Su única actividad consistía en recibir directivas de la residencia del *Führer* y transmitir órdenes que, casi siempre, iban contra su opinión personal. Otras veces recogían informaciones y datos, procedentes de los diversos altos mandos y que siempre resultaban insuficientes para influir en las ideas preconcebidas de Hitler. Los oficiales del Ejército que formaban parte del OKW, no recibían un apoyo moral ni una orientación espiritual de sus superiores inmediatos; así es que pedían ayuda al Estado Mayor del Ejército.

Dos incidentes significativos, ocurridos en este período, ponen de manifiesto el abismo existente entre la ideología nacionalsocialista y la mentalidad militar. Poco después de la campaña de Polonia, Hitler, al darse cuenta de que el mando militar alemán trataba a los polacos de un modo razonable y civilizado, se enfureció y, sin tener en cuenta las exigencias militares, confió de pronto la responsabilidad de los territorios ocupados a un funcionario del Partido, nombrándole «gobernador general»; personaje que se dedicó con extremado celo a la ejecución de las instrucciones recibidas. Hasta Keitel quedó horrorizado de la brutalidad y del desprecio hacia toda idea de legalidad que manifestó Hitler durante su explosión de furor.

El segundo incidente se produjo el 5 de noviembre de 1939, cuando el comandante supremo del Ejército se presentó en la Cancillería del Reich, en un último intento por disuadir a Hitler de sus planes ofensivos contra Occidente. Puso de relieve el hecho, demostrado ya en la campaña de Polonia, de que en ciertas unidades del Ejército la preparación se había manifestado insuficiente. El motivo aducido por Brauchitsch afectó a Hitler en un punto muy sensible: su ambición en lo relativo al adiestramiento de la juventud nacionalsocialista. Por ello, interrumpió bruscamente a Brauchitsch y le pidió pruebas concretas de lo que decía.

Keitel salió del despacho de Hitler y me pidió un anuario militar: evidentemente, pretendía examinarlo junto con el *Führer* para comenzar a buscar en seguida un sucesor de Brauchitsch. Y ambos se dedicaron con tanto ahínco a esta tarea que dejaron pasar, sin darse cuenta, la hora en que se debía cursar la orden que establecería el momento del ataque en Occidente. Cuando Keitel regresó a mi oficina, le pregunté si Hitler había dado dicha orden. Keitel salió de nuevo apresuradamente para dirigirse al despacho de Hitler, regresando pocos minutos después: Hitler había establecido que la ofensiva comenzase el 12 de noviembre, a despecho de las razones expuestas por Brauchitsch y pese a que la fecha estaba, evidentemente, demasiado cercana.

Transmití telefónicamente la orden al Mando Supremo del Ejército, y no me sorprendió en absoluto la respuesta de mi interlocutor, el teniente coronel Heuzinger, quien objetó que para transmitir una orden tan extraordinaria e inesperada como aquélla debía recibir antes una confirmación por escrito.

Acogí con calma el hecho de que la fecha de esta ofensiva fuera retrasada nada menos que trece veces, con ridículos aplazamientos que, en ocasiones, eran tan sólo de dos a siete días. Esta manera de proceder anulaba cualquier plan previsto. No obstante, el general Jodl consiguió demostrar su habilidad en abril de 1940, durante la campaña de Noruega. A los primeros indicios de crisis, Hitler dio un triste espectáculo de debilidad y se mostró dispuesto a abandonar Narvik, objetivo principal de la campaña. Sólo la firme actitud de Jodl le contuvo.

Las presiones a las que Jodl se vio expuesto en este mismo período se pusieron de relieve con motivo de la participación italiana en la guerra. Hitler hacía todo lo posible para inducir a Mussolini a comprometerse, recurriendo a presiones y halagos. En cambio, Jodl, y con él los oficiales más jóvenes de su Estado Mayor, se oponía a ello, y hasta llegó a presentar a Hitler un informe en el que exponía sucintamente todos los motivos que desaconsejaban la intervención de Italia en el conflicto. Debido a esta circunstancia, los oficiales de la Sección operativa del OKW quedaron mucho más anonadados y perplejos cuando, tras el primer encuentro de Hitler con el *Duce*, después de estallar la guerra, cambió bruscamente la situación. El 19 de marzo de 1940, observa Jodl en su diario, Hitler regresó de la reunión del Brénnero «radiante y muy satisfecho» porque Italia parecía dispuesta a entrar en guerra cuanto antes. La política, como sucedía frecuentemente en aquel Mando Supremo, había dejado a un lado, sin consideración alguna, las exigencias de tipo militar.

Al fin, se constituyó un mando unificado y repartido de manera racional al principio de la campaña de Occidente. La Sección de operaciones del Estado Mayor del OKW había proyectado establecerlo en Ziegenberg, junto a Bad Nauheim, en los montes Taunus. El edificio estaba ya dispuesto y también se habían llevado a cabo los preparativos para la instalación del mando, pero Hitler no aprobó el proyecto. Evidentemente, no le apetecía vivir en una residencia de campo o verse rodeado de cuadras, caballos y una granja. En consecuencia, ordenó que se preparasen para el puesto de mando tres grupos de casamatas en la retaguardia del frente occidental: uno en el sector norte, otro en el centro y el último en el sur. A la vez, se tomaron las disposiciones necesarias para que el Estado Mayor pudiera seguir al tren del *Führer* en otro tren especial.

El Mando Supremo se reunió por primera vez el 10 de mayo de 1940. Pero esto no bastó para hacerlo más compacto, ya que seguían latiendo en su interior las antiguas divisiones. Hitler y su círculo inmediato –compuesto, en lo concerniente al elemento militar, sólo por Keitel, Jodl y sus ayudantes– vivían en las casamatas de la denominada zona 1 del mando. El resto del Estado Mayor, limitado a un exiguo número de oficiales y al mínimo indispensable del personal de servicio estaba alojado en una granja cercana, denominada zona 2 del mando. Otras Selecciones del Estado Mayor trabajaban en el tren especial, detenido a corta distancia; otras, junto con los restantes servicios y oficinas del Mando Supremo, se habían quedado en la residencia anterior, en Berlín, donde se hallaba también el Mando Supremo de la *Kriegsmarine*.

Los altos oficiales del Ejército tuvieron que alojarse en un pabellón de caza en las proximidades de Bonn. También Goering, con el Estado Mayor de la *Luftwaffe*, se había trasladado a las cercanías en su tren especial, lo mismo que Ribbentrop y Himmler, los cuales se consideraban miembros del Mando Supremo.

En el *Felsennest*, «nido sobre la roca» –nombre con que Hitler bautizó su puesto de mando–, el ambiente estaba determinado, en general, por nuestras brillantes victorias en la campaña de Occidente, que habían superado las esperanzas de todos. Pero a pesar de esos éxitos, a medida que se hizo evidente que el verdadero Mando Supremo estaba constituido por el Alto Mando del Ejército, en estrecha colaboración con la *Luftwaffe*, y que el Mando Supremo o, mejor dicho, la Sección operativa del Estado Mayor del OKW, estaba prácticamente desautorizado, comenzó a cundir el descontento.

De este modo, se llegó, a finales de mayo, a aquella serie de acontecimientos que pasaron a la historia con el nombre de drama o milagro de Dunkerque, según el punto de vista desde el que se considere. Los historiadores podrán estar de acuerdo o no sobre la parte de responsabilidad que el comandante del Grupo de Ejércitos A, von Rundstedt, tuvo con Hitler en esta victoria perdida.

Pero a quienes se encontraron implicados directamente en el asunto no les cabe ninguna duda de que la batalla de Dunkerque no habría concluido en un fracaso de haber dejado al Ejército decidir la situación.

Si no hubiera sido por Hitler, nadie habría prestado la menor atención a las baladronadas de Goering, quien afirmaba que la *Luftwaffe* era suficiente por sí sola para cercar por mar a las unidades francobritánicas; porque, en realidad, no se trataba más que de una jugada, discutible militarmente y políticamente astuta, encaminada a impedir que el Ejército se llevara toda la gloria del hecho bélico.

En semejante situación, no tenían efecto alguno las objeciones expuestas por los oficiales del Mando Supremo.

Habitualmente, se les informaba de las decisiones de Hitler después de tomadas, y los argumentos que aducían para oponerse a ellas no pasaban ya de Jodl.

WALTER WARLIMONT, GENERAL



Nacido en 1894, ingresó en el Ejército alemán en 1913 con el grado de cadete. Durante casi toda la primera Guerra Mundial combatió en Artillería, en el frente occidental y en el italiano. Después de la guerra prestó servicio por breve tiempo en el *Freikorps*. En 1921 entró en la *Reichswehr* y fue destacado, por su preparación, al Estado Mayor General. En 1930 se reincorporó a la Artillería como comandante de grupo, y tres años después pasó de nuevo al Estado Mayor General. En 1936 fue enviado a España como plenipotenciario militar alemán ante el gobierno de Franco, y al año siguiente, otra vez en Artillería, ascendió a coronel. En 1938, se convirtió en jefe de la Sección de Defensa Nacional del OKW, a las órdenes directas de Hitler, y permaneció en el Mando Supremo hasta julio de 1944, cuando fue herido en el atentado contra el *Führer*. Después de la guerra pasó nueve años en un campo de prisioneros y en las cárceles de Landsberg, donde comenzó las investigaciones históricas que no ha abandonado desde entonces. En 1962, publicó en Alemania una relación sobre sus servicios prestados en el Mando Supremo.

LA SITUACIÓN DE LOS PAÍSES NEUTRALES

Stephen F. Hampson

Durante el «primer acto» de la guerra, la zona de operaciones se limitaba a Europa occidental y al Norte de África, en un gran triángulo cuyo vértice se hallaba en el cabo Norte y la base se extendía desde El Cairo hasta el golfo de Vizcaya. Muchos de los países incluidos en esta zona se habían visto arrastrados por el conflicto a pesar de sus esperanzas de permanecer al margen del mismo. Suecia y Suiza fueron las únicas excepciones, pero se encontraron en medio de los territorios dominados por el Eje. A fines de 1940 la zona de expansión alemana en Europa casi había alcanzado su límite máximo, y fuera de ella todos los países que no formaban parte de la *Commonwealth* británica estaban todavía al margen del conflicto, con variantes que oscilaban entre la neutralidad comprometida de Estados Unidos y la rigurosa no beligerancia de Portugal.

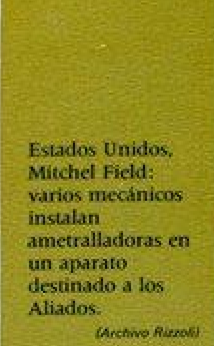
El bloqueo marítimo que los Aliados impusieron, casi inmediatamente después de estallar la guerra, había sido la primera medida aceptada por los países neutrales: todo el comercio mundial procedente de Europa o dirigido hacia ella quedó prácticamente sometido a la intervención inglesa. Inglaterra, fiel a su tradición naval, intentaba paralizar a su enemiga Alemania mediante esta forma de «guerra económica», bloqueando el comercio exterior germano e interviniendo las importaciones de los países neutrales vecinos, a fin de que no pudieran exportar sus excedentes al Tercer Reich. La fiscalización inglesa estaba justificada por la convención que reconoce al beligerante el derecho a inspeccionar el eventual «contrabando» ejercido por los buques enemigos, pero interpretada de modo que casi todas las importaciones alemanas fueron declaradas contrabando. Los barcos de carga que tenían como último destino un puerto alemán eran capturados.

Los mercantes neutrales, exentos legalmente de las cortapisas que representaba el bloqueo, constituyeron un elemento vital para el tráfico alemán durante la primera fase de la guerra. Pero los Aliados, que no podían interceptar su ruta sin contravenir el derecho internacional, recurrieron al procedimiento de confiscar los buques a título de represalia siempre que Alemania se hacía culpable –según su acusación– de una violación de la ley. En noviembre de 1939 sometieron a inspección todo el tráfico naval, basándose en que los alemanes había torpedeado barcos mercantes sin previo aviso. Cuando la *drôle de guerre* llegó a su fin, los Aliados habían interrumpido buena parte de las vías de abastecimiento alemanas. Las brechas más amplias en este asedio estaban representadas por la Unión Soviética y, en menor medida, por Italia.

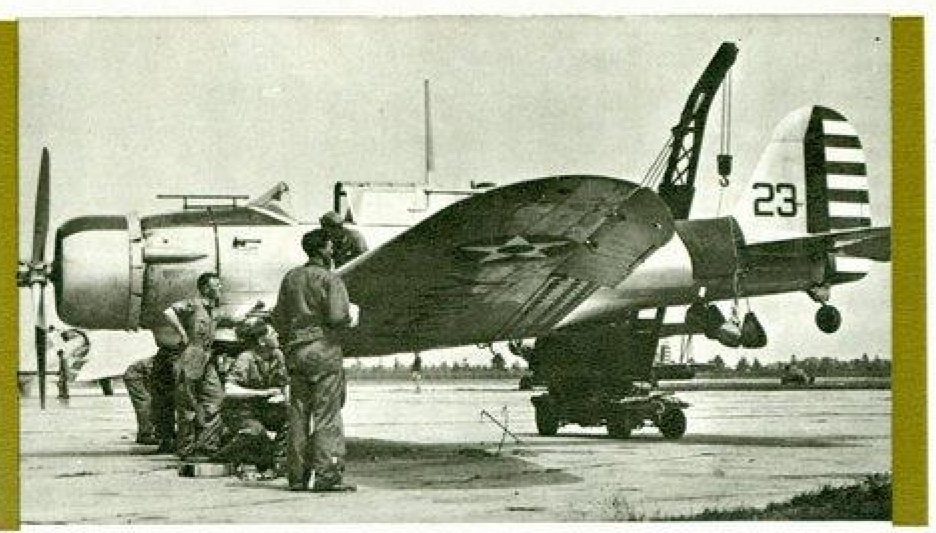
Un punto importante de los tratados que Inglaterra había estipulado con las potencias me-



Ginebra: desfile del Ejército suizo. Suiza fue uno de los pocos países que conservaron la neutralidad. (Archivo Rizzoli)



Estados Unidos, Mitchel Field: varios mecánicos instalan ametralladoras en un aparato destinado a los Aliados.
(Archivo Rizzoli)



nores era que podían exportar a Alemania sus propios productos en los límites del volumen registrado en 1938, y al mismo tiempo importar mercancías de Alemania con cierta libertad. Por su parte, los países neutrales se comprometieron a no aumentar las exportaciones a Alemania, a no reexportar lo que importaban y a intensificar las exportaciones hacia Inglaterra. Pero el resultado fue un compromiso ambiguo que, prácticamente, disgustaba a todos.

El primer gran país que renunció voluntariamente a la neutralidad fue Italia, que se puso al lado de Alemania el 10 de junio de 1940. No entró en la guerra hasta el momento en que la victoria alemana en Europa parecía definitiva, y entonces no quiso esperar más para no ser excluida en el reparto del botín. Dada la política seguida por el fascismo, era desde luego inevitable su intervención, aunque al principio los Aliados habían esperado que, por lo menos, se mantuviera realmente neutral. También habían intentado concluir un acuerdo comercial con Roma; pero, en febrero, las negociaciones se interrumpieron y los Aliados interpretaron la ruptura como un indicio de la intención italiana de ponerse al lado de los alemanes en el momento oportuno. Mientras tanto, Italia se estuvo preparando. No obstante, a causa del bloqueo marítimo, no pudo acumular grandes reservas de material bélico, por lo que quizá no emprendió verdaderas acciones bélicas hasta octubre siguiente, cuando invadió Grecia.

Mientras la situación política y estratégica, tras la caída de Francia, adquiría aspectos cada vez más definidos en Europa occidental, se iba complicando en los países balcánicos, divididos por viejas divergencias territoriales y que ofrecían abundantes motivos de roce entre Rusia y Alemania. Pero la cuestión más importante para las potencias beligerantes era el petróleo rumano.

En esta fase de la guerra, Alemania sólo contaba con tres fuentes para cubrir sus necesidades de carburante: la producción nacional de gasolina sintética, los yacimientos de petróleo soviéticos y los rumanos. Para los Aliados era importantísimo cortar el abastecimiento del enemigo, pero poco podían hacer para impedir la producción nacional y las remesas procedentes de Rusia; en cambio, podían reducir las de Rumania. Para conseguirlo se aseguraron la opción sobre su disponibilidad, no cubierta aún por contratos, e intentaron también adquirir los barcos cisterna que se empleaban para el transporte del petróleo en la primera etapa del viaje a lo largo del Danubio. Pero el intento falló. Luego se supo que los contratos que se habían firmado con Alemania absorbían toda la producción; además, poco después, los alemanes ocuparon Rumania, con lo que pusieron fin a las esperanzas aliadas de conseguir una victoria diplomática.

Los países neutrales agredidos en 1940 y, por lo tanto, obligados a renunciar a la neutralidad, se pueden dividir en dos grupos: los invadidos por motivos determinados por su posición geográfica y por la posesión de materias primas (Dinamarca, Noruega y Rumania), y los ocupados por razones exclusivamente estratégicas impuestas por las operaciones militares (Bélgica, Holanda y Luxemburgo). En 1940, otro país neutral entró en guerra, Grecia, pero al lado de los Aliados. Como su poderosa marina mercante era útil a los dos bloques, había sido presionada por uno y otro. En septiembre firmó un acuerdo comercial con Alemania, pero en octubre los italianos la atacaron desde Albania (lo que provocó el furor de Hitler), desbaratando toda la labor anterior y colocando automáticamente al país en el bando aliado. El hecho de que Grecia consiguiese mantener temporalmente la condición de beligerante se explica por su tenaz resistencia y por la falta de preparación militar de Italia.

La razón por la que ciertos países –entre ellos Rusia y los estados balcánicos– consiguieron mantenerse neutrales en 1940 dependió, muchas veces, de la circunstancia de que las potencias beligerantes no tuvieron tiempo para ocuparse de ellos. En 1940, la Unión Soviética estaba todavía en relaciones formalmente amistosas con Alemania, aunque ya tensas por los desacuerdos sobre la política balcánica y por la invasión soviética de Lituania. A primeros de julio de 1940, cuando Rusia ocupó Besarabia, habían amenazado los yacimientos petrolíferos rumanos, lo cual, junto con la caída de Francia, convenció a Hitler de que había llegado el momento de preparar una ofensiva en el Este. Por lo tanto, la neutralidad soviética no duraría mucho.

En cuanto a los Balcanes, Hitler estaba convencido de que caerían en su poder tan pronto como conquistase la Unión Soviética. La ambición personal de Mussolini aceleró el fin de su neutralidad y alteró los planes de Hitler.

Los seis que permanecieron al margen

Los restantes países europeos consiguieron mantenerse neutrales por razones geográficas. Casi todos eran periféricos respecto de la zona dominada por los alemanes: Turquía al Este; España y Portugal al Sudoeste, y, finalmente, Irlanda.

Sólo hubo dos excepciones: Suiza y Suecia. ¿Por qué no fueron invadidas? Es sorprendente que Alemania, después de haber ocupado Dinamarca y Noruega, no invadiera Suecia, ya que así habría podido dominar directamente las fuentes de abastecimiento de los minerales de hierro. Los yacimientos se encontraban en el extremo septentrional, y el mineral se enviaba por ferrocarril hasta el puerto de Narvik, permanentemente libre de hielos; o bien era transportado por ferrocarril o por mar a Luleaa, donde se cargaba en barcos con dirección al golfo de Botnia. Pero, con la ocupación de Dinamarca y Noruega, los alemanes habían cerrado esas dos líneas de abastecimiento a los Aliados, por lo que no era muy necesaria una invasión de Suecia.

No obstante, la neutralidad de dicho país fue precaria y ambigua, porque Alemania la dominó en muchos aspectos, obligándola, por ejemplo, a dejar paso libre a los trenes militares que salían de Narvik o se dirigían allí.

Otro país que también conservó la neutralidad fue Suiza. Bien defendida, como Suecia, y con la ventaja de la naturaleza montañosa de su suelo, contaba además con una larga tradición de neutralidad y resultaba útil a ambas partes como lugar de entrevistas y como sede de los pocos organismos internacionales entonces existentes.

La actitud de los neutrales periféricos variaba mucho de un país a otro. España, como es obvio, estaba a la sazón muy vinculada a los países del Eje. Sin embargo, tenía motivos válidos para mantenerse fuera del conflicto, aun siendo un punto clave en la ruta del Norte de África y de Gibraltar, y pese a contar con puertos que hubieran sido útiles a los alemanes. El país acababa de reponerse a duras penas de la guerra civil, y su economía se hallaba en dificultades. En caso de intervención, Gibraltar habría podido resistir un ataque porque estaba fuertemente defendido, y en cambio las provincias españolas septentrionales se hubieran visto expuestas, como represalia, a un ataque inglés por mar. Franco formuló además una serie de condiciones, para la entrada de España en la guerra, que Alemania rechazó. El Gobierno de Madrid permaneció neutral hasta el fin.

Portugal, a pesar de sus simpatías por los Aliados, se mantuvo rigurosamente neutral, y el Gobierno, empeñado en la difícil tarea de conciliar esta imparcialidad con la tradicional amistad con Inglaterra, se vio muy apurado cuando el sentimiento popular manifestó su apoyo con una numerosa suscripción al «préstamo Spitfire». Por otra parte, procuró mantener siempre buenas relaciones con España para hacer de la península una «zona de paz», ya que si España entraba en guerra, le habría sido muy difícil a Portugal salir de su seguro aislamiento.

También la neutral Turquía se inclinaba por los Aliados. Suscribió incluso un pacto con Francia e Inglaterra por si la contienda en el Mediterráneo tomaba determinado sesgo. Lo tomó, efectivamente, al producirse la invasión italiana de Grecia en octubre de 1940, pero los ingleses reconocieron que la intervención turca no tendría peso, dada la debilidad del país.

Otro país de Europa occidental que consiguió mantenerse alejado del conflicto fue Irlanda. Aunque miembro de la *Commonwealth*, decidió no intervenir por consideraciones consecuentes con su política prebélica.

La ayuda americana

En el ámbito extraeuropeo, los Estados Unidos permanecieron neutrales durante todo el año 1940, e indujeron a la neutralidad a todos los países de las dos Américas. Esta posición se adoptó en la conferencia de Panamá al estallar la guerra, y en la de La Habana, en junio de 1940. Excepto Argentina y una minoría de la opinión brasileña, todos los demás países deseaban la derrota de los alemanes, pero también querían permanecer neutrales todo el tiempo que fuera posible.

La Ley de Préstamos y Arriendos, de importancia vital para Inglaterra, se promulgó más tarde. En febrero de 1940, llegaron a Gran Bretaña algunos aviones que constituían la primera ayuda de Washington. Después de la caída de Francia, el Gobierno estadounidense se empeñó en una ayuda concreta y, ante la consternación de gran parte de sus ciudadanos, envió a Inglaterra enormes cantidades de armas. En septiembre se expidieron a Gran Bretaña cincuenta destructores, y desde entonces los Estados Unidos fueron más neutrales de nombre que de hecho.

A fines de 1940, muchos países neutrales se habían visto envueltos en el conflicto muy a pesar suyo, y otros estaban empeñados en una próxima beligerancia. La guerra estaba dejando de ser una cuestión exclusivamente europea, para transformarse en una conflagración mundial.

Francia, junio de 1940

CONSECUENCIAS DE LA DERROTA

Hervé Laroche

Casi inmediatamente después del ejército invasor, llegaron a Francia los «batallones» de burócratas para poner en marcha el régimen de ocupación: gobernadores militares con su séquito de funcionarios, el «Propagandastaffel» (oficina de propaganda), los «Devisenschutzkommandos» (organismo para proteger la moneda alemana), etc. La vida francesa, en muchos de sus aspectos, cambió rápidamente al ser reglamentada mediante una serie de disposiciones sutilísimas, y el país se encontró en vías de «recuperación» después de la deprimente derrota. Pero esta «recuperación» asumió, a menudo, aspectos muy extraños.



A las 12,30 del 17 de junio de 1940 el nuevo Primer Ministro, mariscal de Francia Philippe Pétain, dirigió al pueblo el siguiente mensaje radiado:

«¡Franceses! Aceptando la invitación que me ha dirigido el Presidente de la República, tomo desde hoy las riendas del Gobierno. Tengo fe en la lealtad de nuestro magnífico Ejército que, con un heroísmo digno de sus antiguas tradiciones, está luchando con un enemigo superior en número y en medios. Me consta la maravillosa resistencia con que ha cumplido con su deber, y cuento con el apoyo de los viejos combatientes que me enorgullezco de haber tenido a mis órdenes. Ofrezco ahora incondicionalmente mis servicios a Francia, con el fin de aliviar sus sufrimientos.

»En esta hora amarga, mi pensamiento se dirige a los desgraciados fugitivos que llenan las carreteras de Francia, y siento un inmenso dolor por su triste condición. Hoy, con el corazón dolorido, os comunico que los combates deben cesar.

»Ayer por la tarde me puse en contacto con el adversario para preguntar, de soldado a soldado, si después de cesar el fuego, y con unas condiciones honorables, estaría dispuesto a encontrar el modo de poner fin a las hostilidades.

»Quisiera que todo el pueblo francés pudiera reunirse alrededor del Gobierno del que asumo la presidencia en esta hora de tribulación; que cada uno de vosotros ahogase su propio dolor personal y volviera a poner su fe en el destino de la patria.»

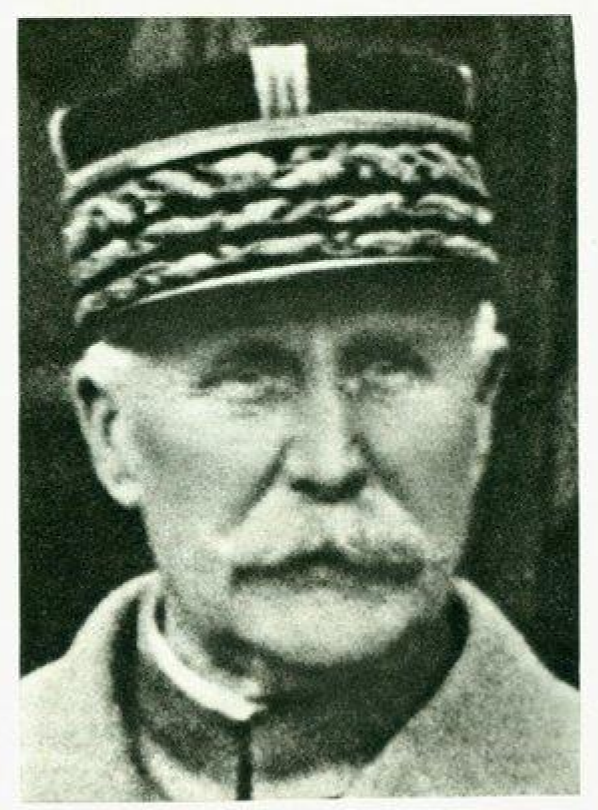
La reacción a esta llamada fue inmediata y determinante. Todos los franceses escucharon las palabras del nuevo jefe del Gobierno; en París y en las ciudades más importantes de la Francia no ocupada, donde todavía se editaban periódicos, la gente pudo leer en seguida el discurso, por lo que, al cabo de pocas horas, toda la nación estaba al corriente del mismo.

La importancia de la decisión de Pétain derivaba del prestigio personal del mariscal, que entonces gozaba del favor popular casi unánime, especialmente entre los numerosos *poilus* (sobrenombre con el que se conocía a los infantes durante la primera Guerra Mundial). Para el país, quien hablaba no era el Primer Ministro, sino el gran mariscal, comandante de los Ejércitos victoriosos de 1918. Había que creerle si afirmaba que había llegado el final: el final de la guerra, de los sufrimientos y quizás, también, el final de la grandeza de Francia.

Aceptar la idea del armisticio así sugerida no significaba falta de patriotismo. ¿Quién hubiera osado discutir una decisión tomada por un viejo mariscal, cuando éste aseguraba que había llegado la hora de olvidar los prejuicios y de solicitar las condiciones, no ya de rendición, sino de armisticio?

Dunkerque: una especie de coartada mental

La evacuación de Dunkerque dejó un sabor amargo en los franceses. Puesto que nadie podía imaginar entonces que la retirada facilitaría más tarde la victoria, les ofreció una especie de coartada mental, una excusa para poder aceptar el hecho. Admitían que Francia había sido derrotada porque Inglaterra la había abandonado, lo cual demostraba que aquella proyectada unión, tal como temieron siempre los franceses, fue una idea magnífica pero irrealizable. No era más que un plan de la «pérfida Albión» para apoderarse de las colonias francesas. En cuanto a la idea de Winston Churchill de defender París casa por casa y de empezar las guerrillas en Francia, horrorizaba a quien oía hablar de ello. Esto significaría ignorar la realidad de los hechos, y, además, sería un desastre para la población civil. Una guerrilla a escala nacional, basada en la resistencia hasta la muerte y en la destrucción total de los centros habitados, requería condiciones completamente distintas de las que existían en un país tan desarrollado y relativamente pequeño como Francia, y que, por añadidura, en aquellos momentos, estaba desmoralizado.



El mariscal Pétain, el hombre que puso fin a la resistencia del Ejército francés y que, con su nombre y su prestigio, pareció justificar la rendición. (Paul Popper)

Por otra parte las condiciones de armisticio ofrecidas por los alemanes eran mucho menos duras de lo que temían los franceses o de las que merecía Gran Bretaña, ya que no imponían la rendición de las colonias ni la de la Marina, y ni siquiera les obligaban a ponerse al servicio del Eje para luchar contra Inglaterra. La primera pregunta de Weygand, cuando el general Huntziger le comunicó por teléfono las condiciones del armisticio, fue: «¿Y la Flota?» Al oír la respuesta del general de que los alemanes no habían exigido su rendición, suspiró con alivio. Por si era poco, se consiguió otra concesión de los alemanes: la Flota podía permanecer fondeada en los puertos de Ultramar. ¿Qué otra cosa mejor podían esperar los franceses... y los ingleses? Parecía que lo peor había pasado.

Esta impresión se adueñó de la multitud, moral y físicamente abatida, y contribuyó a suscitar los contrapuestos sentimientos con que acogió la perspectiva de poner un fin inmediato a sus sufrimientos. El Gobierno, el Alto Mando y el pueblo estaban convencidos de que Inglaterra sucumbiría también y de que el final de la guerra estaba ya próximo. Hubiera sido difícil censurarles por esta convicción.

No obstante, y a pesar de los aplausos con que se acogió en muchas ciudades el mensaje de Pétain, también era bastante general el sentimiento de una desolada resignación. Muchos franceses lloraron al oír la voz cansada del viejo soldado anunciando la dura decisión; otros fueron presa de un abatimiento tan profundo que, en algunos casos, llegó hasta el suicidio, y no faltaron, finalmente, quienes vertieron su resentimiento contra los políticos culpables de las desgracias del país.

Pero lo cierto es que una gran parte del pueblo francés se mantuvo al margen de esta efervescencia. Había muchos elementos pasivos, y también muchos oficiales, que anteponían la disciplina a todo, especialmente entonces, cuando habían perdido los medios y la voluntad de luchar. Estaban derrotados, y en su presunción profesional no podían admitir que Inglaterra no tuviera que sufrir la misma suerte.

Existía asimismo una exigua minoría de elementos activos que, a veces, desempeñaron un papel decisivo en la tragedia. Se trataba del reducido grupo de fascistas extremistas, los nazis de Francia. Éstos habían deseado ardientemente la victoria de Alemania –quizás habían colaborado en ella–, con la esperanza de hacer triunfar en su patria sus ideologías.

Otro grupo estaba constituido por los que formaban parte del Gobierno o pertenecían a los ambientes políticos, quienes aceptaron el armisticio como el menor de los males y abogaron por esta solución. Entre ellos figuraba Weygand y su Estado Mayor, movidos principalmente por razones militares, pero también por otras causas de orden político. Otro sector, como los políticos capitaneados por Pierre Laval, funcionarios estatales, exponentes del mundo económico y teóricos políticos, como el periodista monárquico Charles Maurras, veía en el armisticio la ocasión más propicia para curar a Francia de sus evidentes males crónicos, para darle una constitución más de acuerdo con los «tiempos modernos» y, sobre todo, más predispuesta a la colaboración con las dos dictaduras dueñas del continente. Hubo, incluso, quien pensó en una Francia que ocuparía el puesto de Italia como aliada de segundo orden de Alemania.

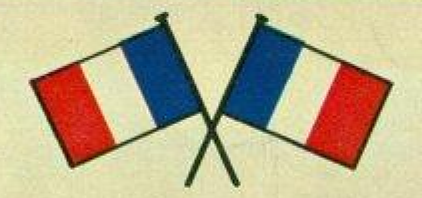
Pero no se deben interpretar torcidamente estas actitudes francesas: quienes las sustentaban eran patriotas sinceros, que consideraban como deber personal adoptar unas actitudes realistas; hombres convencidos de que debían salvar a Francia de una destrucción total y asegurarle un porvenir más prometedor y aceptable. Para ellos, el armisticio era solamente el primer paso hacia una paz razonable.

Finalmente, estaban «los otros», los que se resistían, negándose a resignarse, a adaptarse o a bajar la cabeza frente al supuesto inexorable destino. Eran pocos y aislados, y cuando proclamaban su propia indignación nadie les escuchaba. Necesitaban algo o alguien que polarizase sus energías latentes, dispersas, pero potencialmente fuertes. Y no tuvieron que esperar mucho. El 17 de junio, el mismo día en que el mariscal Pétain comunicaba al pueblo francés la derrota, el general De Gaulle llegaba a Inglaterra a bordo de un avión británico, y por la tarde habló también él a los franceses, pero en un tono muy distinto:

«Creedme ¡nada se ha perdido para Francia! Los mismos sistemas que nos han llevado a la derrota podrán conducirnos un día a la victoria. ¡Porque Francia no está sola! ¡No está sola! Esta guerra no se limita exclusivamente al desgraciado territorio de nuestro país; no se reduce a la batalla de Francia. Es una guerra mundial. Todos los errores, las dudas, los sufrimientos, no bastan para cambiar la realidad innegable de que existen en el mundo medios suficientes para destruir un día al enemigo... ¡De ello depende el destino del mundo!»

Sus palabras no causaron en aquel momento un gran efecto en el pueblo francés. En primer lugar, pocos las escucharon. Y, además, ¿quién era aquel general De Gaulle? Se le conocía solamente en las esferas militares y quizás en el Parlamento, donde Reynaud había hablado de sus ideas sobre la guerra acorazada. Pero en 1940, los franceses lo rechazaron con un encogimiento de hombros. Sin embargo, una minoría bastante limitada escuchó su llamada; una minoría compuesta por quienes tuvieron el honor de poder definirse como los *primeros gaullistas*.

Aunque a escala muy reducida, constituyeron una muestra representativa de todo el pueblo francés: hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, militares de carrera e intelectuales, capitalistas y obreros, funcionarios de todas las categorías, campesinos, pescadores, extremistas de derechas y de izquierdas, como, por ejemplo, los comunistas que no aceptaban las directrices de Moscú. El vínculo que unía a todos estos «resistentes del primer momento» era, desde luego, el patriotismo, pero existía también otra gran mayoría de patriotas, igualmente sinceros, que seguían a Pétain. Para ser un resistente del primer momento como De Gaulle, e incluso antes de que De Gaulle hubiera expresado las razones por las que se debía resistir, hacía falta tener algo más que patriotis-



A TOUS LES FRANÇAIS

La France a perdu une bataille!
Mais la France n'a pas perdu la guerre!

Des gouvernants de rencontre ont pu capituler, cédant à la panique, oubliant l'honneur, livrant le pays à la servitude. Cependant, rien n'est perdu!

Rien n'est perdu, parce que cette guerre est une guerre mondiale. Dans l'univers libre, des forces immenses n'ont pas encore donné. Un jour, ces forces écraseront l'ennemi. Il faut que la France, ce jour-là, soit présente à la victoire. Alors, elle retrouvera sa liberté et sa grandeur. Tel est mon but, mon seul but!

Voilà pourquoi je convie tous les Francais, où qu'ils se trouvent, à s'unir à moi dans l'action, dans le sacrifice et dans l'espérance.

Notre patrie est en péril de mort.
Luttons tous pour la sauver!

VIVE LA FRANCE !



TO ALL FRENCHMEN..

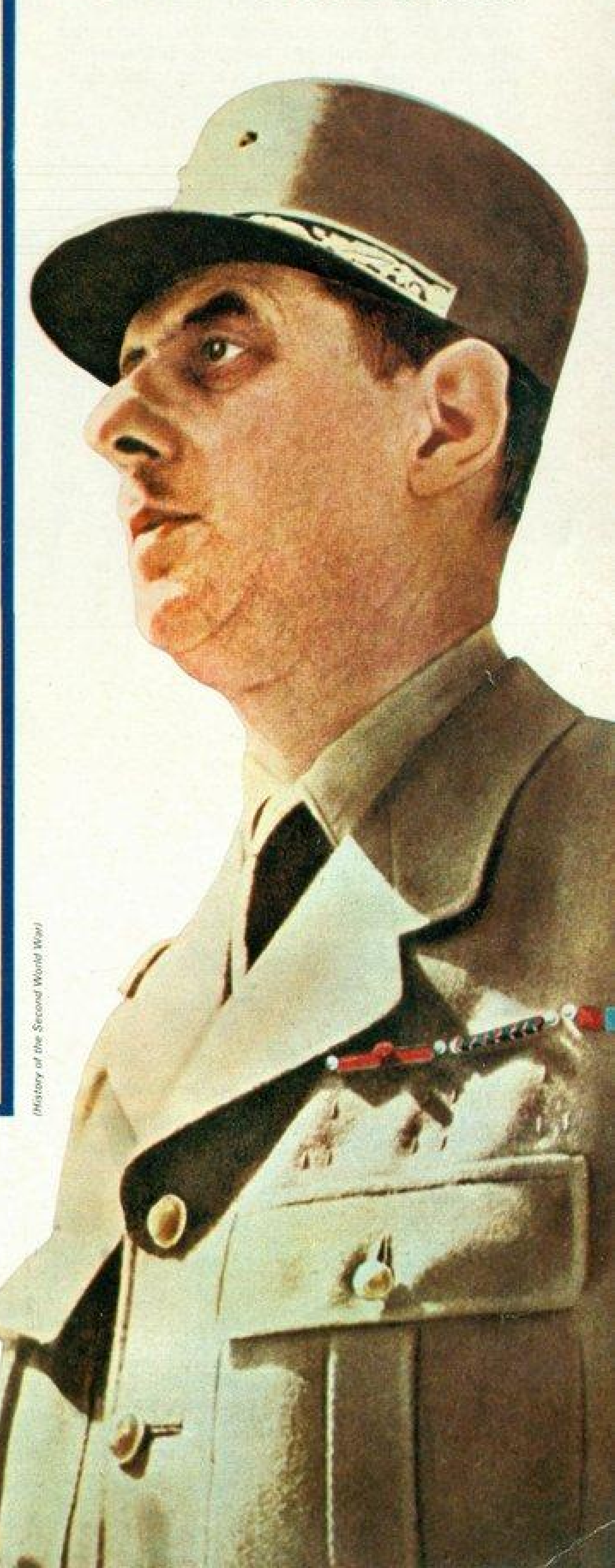
LONG LIVE FRANCE!

C. de Gaulle

GÉNÉRAL DE GAULLE

QUARTIER-GÉNÉRAL,
4, CARLTON GARDENS,
LONDON, S.W.1.

¡FRANCIA HA PERDIDO UNA BATALLA, NO LA GUERRA!



(History of the Second World War)

El general De Gaulle lanza su mensaje: «Gobernantes pusilánimes, por miedo, han podido capitular, olvidando el honor y condenando al país a la esclavitud. ¡No obstante, nada se ha perdido!»

mo; algo que De Gaulle poseía en sumo grado: una obstinación que incluso le hizo rechazar la aceptación del hecho.

Unos sencillos pescadores bretones ofrecieron, en este sentido, un ejemplo maravilloso: el 19 de junio un barco, *L'Oiseau des Tempêtes*, zarpó del pequeño puerto de Le Primel hacia Inglaterra. El 23, el 24 y el 25 de junio otros tres salieron de Sein, la isla más occidental de la Bretaña, que contaba en total 1.100 habitantes, transportando a Inglaterra 133 personas, es decir, toda la población masculina comprendida entre los catorce y los cincuenta y un años. Los bretones eran por tradición enemigos de Inglaterra, pero no habían sido nunca conquistados por nadie; y la obstinación bretona es proverbial en Francia.

Muchedumbres doloridas de fugitivos

Al concluir las operaciones militares, las tropas alemanas empezaron un nuevo desplazamiento. Con gran satisfacción por parte de las poblaciones, evacuaron la parte del territorio libre que habían invadido y tomaron posesión de las zonas no ocupadas todavía, a lo largo de la costa atlántica. Se distribuyeron con orden, a fin de constituir un número suficiente de guarniciones en la Francia ocupada. Así, pues, el grueso del Ejército se situó al Norte, disponiéndose a lo largo de las costas del canal de la Mancha para prepararse y llevar a cabo la acción subsiguiente: la invasión de Inglaterra.

Pero los alemanes retenían, en la zona Somme-Aisne, de 700.000 a 800.000 prisioneros, ya que hasta aquel momento había faltado el tiempo y los medios de transporte para trasladarlos a Alemania. Nadie sabía qué hacer con aquella masa humana, a la que era preciso alojar y alimentar. Resultaba casi imposible improvisar acantonamientos decentes y fue una fortuna para aquellos infelices que fuera verano. Se improvisaban campos de prisioneros en cualquier parte: en las escuelas, en las barracas, en las cárceles e incluso al aire libre, bajo una vigilancia muy suave, ya que no solamente los prisioneros, sino incluso los centinelas estaban seguros de que muy pronto serían puestos en libertad.

Esta convicción tuvo los más diversos efectos: disuadió a muchos prisioneros de intentar una evasión que hubiera sido fácil, e indujo a otros a salir tranquilamente del campo, a vestirse con ropas de paisano y regresar a sus casas. Algunos comandantes de campo llegaron a poner espontáneamente en libertad a muchos de sus prisioneros. Un sargento de Aviación francés sustituyó los botones de latón de su uniforme por botones negros, que le daban aspecto de chófer, y se alejó sin ser molestado.

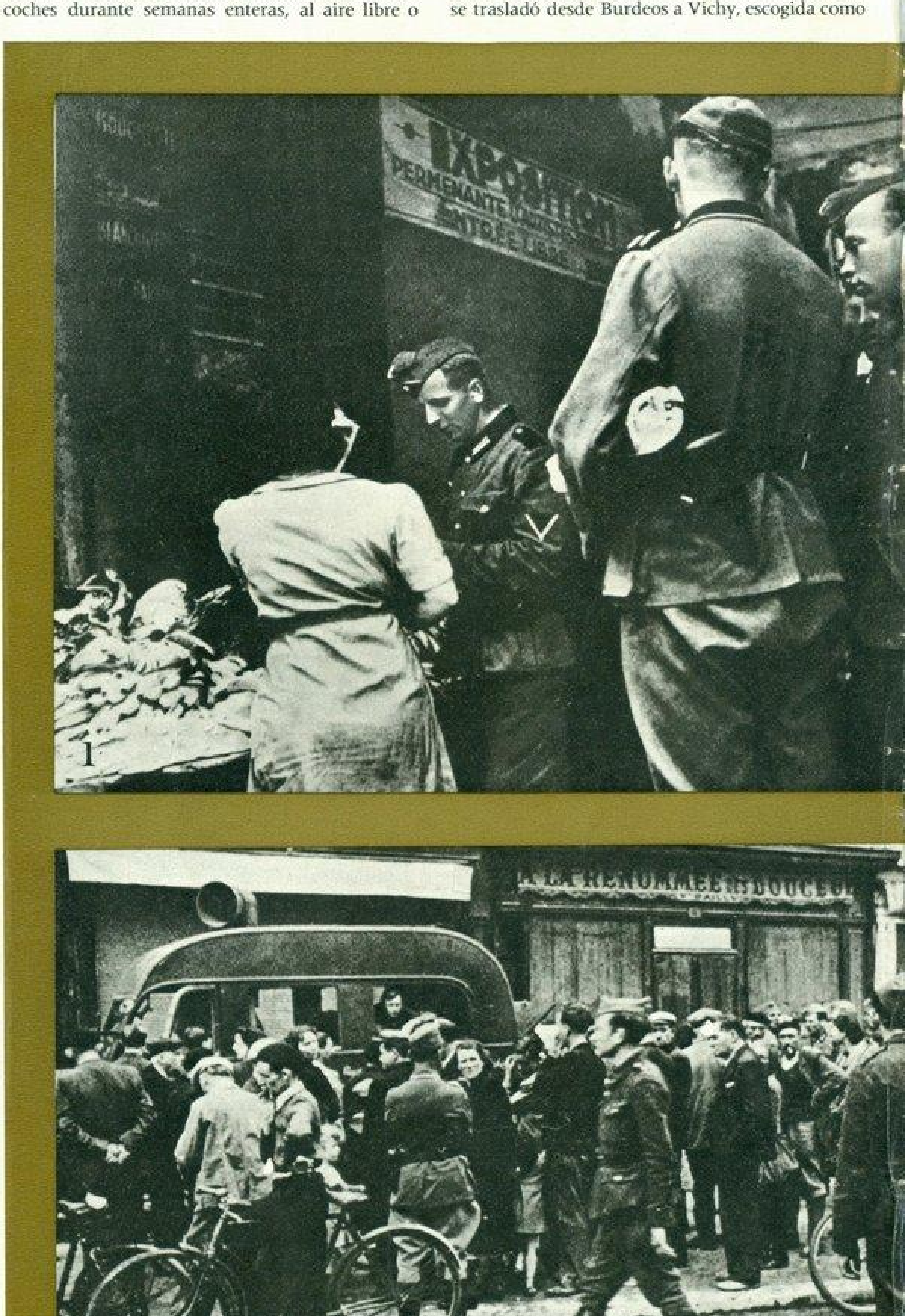
Un sargento de Infantería consiguió comunicar a su esposa dónde se encontraba internado. Y la mujer se presentó valientemente al comandante del campo pidiendo y obteniendo la libertad del marido. Le extendieron una licencia con la orden de presentarse al mando militar de París. Después, obtuvo una prórroga de duración indefinida que le permitió reanudar su trabajo y vivir en su casa, con la única condición de presentarse cada día, vestido de uniforme, en la oficina de mando. Poco a poco, los alemanes, cansados de verle comparecer cada veinticuatro horas, le dijeron que se presentara solamente una vez a la semana, y después una vez al mes. Con el tiempo, su único uniforme se gastó, y como no existía una administración francesa capaz de procurarle otro, le permitieron presentarse vestido de paisano. Al final, fue exonerado de tal requisito.

El problema más agudo era el de los transportes, a causa de la gran escasez de medios disponibles. Habían sido destruidos casi 2500 puentes y 1300 estaciones ferroviarias; los raíles del tren y las carreteras también resultaron muy dañados; faltaba el carburante y la energía eléctrica; el material rodado de que se disponía era escaso, y las autoridades del territorio libre se mostraban comprensiblemente reacias a enviar trenes hacia el Norte, ante el temor de no volverlos a ver.

Un estado de ánimo de «fin del mundo»

Existían además otras dificultades muy serias: el aumento inesperado de la población creó enormes problemas de alimentación e higiene. Artículos de primera necesidad, como la carne y el pan, escaseaban y tuvieron que racionarse. Por otra parte, era evidente el peligro que corría la salud de muchos fugitivos, obligados a dormir en coches durante semanas enteras, al aire libre o en casas llenas de gente y sin instalaciones higiénicas. Afortunadamente, la estación y las condiciones atmosféricas –era un verano maravilloso– contribuyeron a aliviar los sufrimientos y no hubo que lamentar ningún tipo de epidemias como viruela o tifus.

Antes de que los alemanes pudieran disponer la repatriación de los millones de fugitivos, muchos de ellos ya habían empezado a desplazarse por propia iniciativa. Se registró entonces un movimiento de migración, en pequeña escala, hacia el «territorio libre». El 29 de junio, el Gobierno se trasladó desde Burdeos a Vichy, escogida como



1

Los ocupantes alemanes están bien alimentados en un país devastado por la guerra y repleto de fugitivos. *(Archivo Rizzoli)*

2

Un altavoz alemán instalado en una furgoneta da instrucciones a la población civil. La ocupación significó un período de austeridad y, sobre todo, de graves humillaciones. *(Paul Popper)*

3

«¡Confiad en el soldado alemán!» Éste era el reclamo con que la propaganda nazi se dirigía a los franceses y, especialmente, a los fugitivos. *(History of the Second World War)*

4

La fraternización entre vencedores y vencidos era un hecho inevitable; pero los franceses se sorprendieron bastante al comprobar la corrección de los apodados «bárbaros del Este». *(History of the Second World War)*



3

4



He aquí, indicada en el mapa, la división de Francia después del armisticio. Una línea que, desde la frontera española ascendía hasta Tours, y de allí iba a Dijon y a la frontera suiza, hacía que los franceses vivieran en dos países distintos, casi extraños. El del Norte gobernado por las fuerzas de ocupación alemanas y el del Sur por el mariscal Pétain y su Gobierno.

A la izquierda: soldados alemanes se reponen de las fatigas de la campaña de Francia en una playa de la costa atlántica. Arriba: un cementerio de guerra alemán en territorio francés. Sobre estas líneas: cornetas alemanes en el Arco de Triunfo, que se convirtió en un monumento de uso y consumo de la *Wehrmacht*.

(History of the Second World War)

capital a causa de las posibilidades de alojamiento que ofrecían sus numerosos y grandes hoteles, y los funcionarios tuvieron que trasladarse con sus oficinas centrales. Asimismo llegaron a Vichy muchos judíos, aunque no todos; también fueron allá los antifascistas, extranjeros o franceses, que temían represalias, y asimismo todos los franceses que no podían soportar la idea de vivir bajo el dominio alemán. Excepto los funcionarios gubernativos, los demás tenían que arreglárselas solos para llegar a la zona libre, y ciertamente no podían contar con la ayuda alemana, ya que los nazis hubieran obstaculizado cualquier emigración si hubieran tenido tiempo para controlar la línea de demarcación. Así, pues, durante cierto período de tiempo, muchos de los que querían trasladarse al territorio libre pudieron hacerlo, aunque superando no pocas dificultades.

Pero lo que la gran mayoría de fugitivos deseaba más que nada era volver a sus casas, fuera en la zona que fuera, y algunos ya habían empezado a hacerlo, incluso antes del mensaje del mariscal del 17 de junio. Se trataba de quienes habían sido alcanzados por las tropas alemanas cuando estaban aún a poca distancia de sus hogares, o de todos aquellos a quienes les faltó un medio de transporte o les fallaron las fuerzas en las primeras etapas de la fuga. Todos ellos sí contaron con la ayuda del Ejército alemán. En efecto, la política de ocupación se basaba en el lema «todos a casa, al propio negocio, a la fábrica, a la oficina o al campo».

La propaganda alemana no dejó de aprovechar esta ocasión. Un gran cartel, de colores llamativos, que recordaba a los franceses su deuda de gratitud hacia el Ejército alemán, mostraba a un soldado nazi con un niño en brazos y otros dos que se le acercaban confiadamente. A la imagen la acompañaba una leyenda en letras muy grandes: «¡Pueblos abandonados, confiad en el soldado alemán!»

La desolación del retorno

Pero a su regreso, los fugitivos encontraron una Francia completamente distinta. Ciudades y campos tenían un aspecto extraño. Muchos centros habitados, grandes y pequeños, estaban en ruinas, a veces completamente arrasados por los bombardeos y por los incendios. Algunas poblaciones parecían muertas, pues faltaban, total o parcialmente, los elementos típicos de la vida moderna: el gas, la electricidad y el agua, y muchas veces faltaban incluso los víveres. También los hospitales estaban vacíos, sin médicos y sin personal, y los bancos estaban cerrados, por lo que escaseaba el dinero.

El hecho que más llamaba la atención era que las tropas alemanas se comportaban exactamente como en una guarnición corriente, como si fueran soldados franceses en su patria, y junto con sus auxiliares femeninas, llamadas «ratones grises» por el color de sus uniformes, se convirtieron muy pronto en un elemento normal del paisaje ciudadano. Si bien a veces parecían olvidar las órdenes respecto a la requisa dictadas por sus mandos, y tomar sin demasiados miramientos lo que necesitaban, en conjunto su conducta era «correcta», palabra que la población repetía con frecuencia.

No fueron pocos los franceses que, perplejos quizás ante la inesperada indulgencia de los «bárbaros del Este», intentaron apaciguar a aquellos vencedores aparentemente bien dispuestos, mostrándose amables, hablando con ellos, indicándoles el camino, encendiéndoles el cigarrillo y hasta ofreciéndoles de los suyos. Pero la presencia de los alemanes y lo que ello significaba se revelaban de otra forma, quizá más significativa y sin duda más siniestra, mediante los innumerables bandos fijados en las paredes. Aparte de aquel «en beneficio de los fugitivos», eran numerosas las proclamas y las disposiciones del Alto Mando alemán en Francia, que había asumido la suprema autoridad y ejercitaba el derecho de potencia ocupante, lo cual significaba que la organización de la vida civil estaba subordinada a las necesidades y a las ideas de los alemanes.



Hitler en el transcurso de su viaje a Francia e Italia, en octubre de 1940, se entrevista con el mariscal Pétain. En el centro de la fotografía, von Ribbentrop. (Archivo Rizzoli)

El principio fundamental, establecido en el primer párrafo del armisticio, afirmaba la absoluta prioridad de la autoridad alemana. Alemania ejercería sus propios derechos soberanos por el trámite de los funcionarios civiles franceses, pero las leyes alemanas tendrían prioridad sobre la legislación francesa. En realidad, los alemanes, cuando no encontraban a su llegada una autoridad local *de iure*, nombraban una *de facto*, escogiendo para ello al ciudadano que les inspiraba más confianza de los que habían quedado. Hay que reconocer que en algunos casos, como por ejemplo en Orléans, este sistema evitó muchos males. Los alemanes sabían movilizar tanto a la policía francesa como a los paisanos para que colaborasen en la aplicación de las leyes y de las ordenanzas alemanas, o bien para emplearlos en los servicios de vigilancia contra el sabotaje, los robos y, en general, contra toda acción considerada perjudicial para las fuerzas de ocupación.

Dos países extranjeros

El armisticio dividió Francia en dos: la zona ocupada y la zona llamada libre, o sea no ocupada. Pero en vez de dos partes divididas de un mismo país, en muchos aspectos parecían más bien dos países diferentes. La circulación de bienes y de personas estaba vigilada, y para ir de una zona a otra los franceses necesitaban un salvoconducto extendido por las autoridades alemanas.

Por razones de índole administrativa, los vencedores dividieron la zona ocupada en cuatro distritos militares: el gran París, y los distritos del Noroeste, del Sudoeste y del Nordeste. Los *Feldkommandaturen* (mandos regionales) y los *Ortskommandaturen* (mandos locales) representaban a las autoridades militares alemanas a distintos niveles jerárquicos.

Las órdenes dictadas por los ocupantes eran tan detalladas que cada uno de los aspectos de la vida de los ciudadanos franceses estaba regido por alguno de sus párrafos: todas las armas de fuego, las municiones y los aparatos transmisores tuvieron que ser entregados a las autoridades municipales francesas; no hacerlo podía ser castigado con la pena de muerte. La propaganda antialemana y las agresiones a miembros de las fuerzas de ocupación eran castigadas con la misma pena, así como el sintonizar emisoras que no fueran las alemanas o las francesas del territorio metropolitano. Castigos igualmente duros estaban previstos para quien hubiera prestado ayuda a los enemigos del Reich. Naturalmente, uno de los crímenes más graves era el sabotaje, y el concepto referente a esta forma de oposición se extendía a todas sus posibles manifestaciones, desde el sabotaje económico (daños en las cosechas, a las instalaciones industriales o a los depósitos; huelgas, reuniones de huelguistas, paros, etc.), hasta los daños ocasionados a las obras de arte o a los manifiestos que las autoridades alemanas habían fijado en las paredes. Se impuso el toque de queda –en los primeros tiempos a las nueve de la noche– y la censura para la prensa.

El 20 de junio se promulgaron importantes disposiciones respecto a las finanzas, una de las cuales hacía extensiva a Francia la institución de las *Reichskreditkassen* (instituto de emisión monetaria creado durante la guerra para las tropas de los territorios ocupados). Además de realizar todas las operaciones bancarias, el nuevo organismo emitía los *Reichskreditkassenscheine*, billetes de banco de curso legal en el país, como el franco. Otra innovación financiera fueron los *Devisenschutzkommandos*, que congelaron inmediatamente las cuentas bancarias extranjeras y bloquearon las cuentas de ahorro. Todas las cajas de seguridad tuvieron que ser abiertas por el titular (o por un representante legal del mismo) en presencia de un funcionario de los *Devisenschutzkommandos*, y el dinero líquido francés fue transferido a una cuenta a favor del propietario, junto con un comentario de tono moralizador, como «Usted no ha cumplido con su deber de buen francés», o bien «El dinero no debe permanecer inactivo».

A la creación de estas estructuras seguía poco después una manifiesta y más bien burda propaganda. No solamente las proclamas y decretos se basaban en el tema del bienestar de la población francesa y en temas análogos, sino que también muchos folletos, transmisiones radiofónicas e improvisadas charlas dirigidas a la población por oficiales alemanes, además de los intercambios de puntos de vista con las autoridades locales y otras personalidades, perseguían el mismo fin.

Los hombres clave de la Francia de Vichy: en el centro Pétain, en el extremo izquierdo Darlan, el cuarto a la izquierda es Laval y a la izquierda de Pétain aparece Weygand, jefe de la última resistencia francesa. *(History of the Second World War)*

Junto con los *Devisenschutzkommandos* llegó a Francia el *Propagandastaffel*.

Los alemanes, como era fácil prever, se apresuraron a intervenir en la prensa francesa. Los periódicos de París, siguiendo las disposiciones del Gobierno, se habían trasladado con él a Burdeos, y desde el día 11 de junio no salían ya diarios en la capital. El primero en reaparecer, el 15 de junio de 1940, conservando su antiguo y ya incongruente título, fue *La Victoire*. Su director y propietario era Gustave Hervé, un extraño personaje que en 1914 había abandonado el militarismo extremista y en 1939 acabó por inclinarse hacia el nacionalismo más exacerbado. Después de haber escrito virulentos panfletos antialemanes hasta el 10 de junio, a partir del 15 empezó a escribir otros germanófilos de igual violencia. No obstante, los alemanes clausuraron el periódico tres días más tarde. Evidentemente, Gustave Hervé no inspiraba confianza a los ocupantes.

Distinto, en cambio, fue el caso de *Le Matin*, uno de los mejores diarios parisienses y de mayor difusión. Su propietario, Bunau-Varilla, que había permanecido en la capital, sentía verdadera simpatía hacia los alemanes. El 15 de junio volvió a editarse. Pero el día 20 apareció inesperadamente un nuevo periódico, *Les Dernières Nouvelles de Paris*, con el subtítulo «Diario de la recuperación económica», de neta inspiración alemana, que editaba un grupo de germanófilos poco conocidos. Algunos días después, el 30 de junio, empezó su miserable existencia *La France au travail*, dirigido por Jean Fontenoy, un ex comunista que se convirtió en hitleriano fanático.

Pero todo esto era aún insuficiente: faltaba un periódico de la tarde. *Paris-Soir*, el más importante, dejó de publicarse, lo mismo que los otros. El día 11 de junio, el *Propagandastaffel* lo había requisado alegando que las leyes de la guerra autorizaban a las autoridades ocupantes a requisar un periódico si tal medida estaba justificada por motivos de «interés público». Pero los alemanes, al querer adueñarse «legalmente» de *Paris-Soir*, necesitaban a alguien que pudiera representar el papel de director, y que hubiera trabajado anteriormente en el periódico. Y escogieron para ello a un ex auxiliar ascensorista que en aquel tiempo era el jefe de los vigilantes.

El *Propagandastaffel*, sin embargo, aspiraba a mucho más, y con fines más insidiosos: aseguraba su intención de hacer revivir en Francia la actividad cultural; pero mientras tanto, entre el 26 y el 29 de junio, había hecho demoler la estatua del general Mangin, que a partir de 1918 tuvo bajo su mando la zona de ocupación francesa en Alemania. Desde el punto de vista artístico, el monumento distaba mucho de ser una obra maestra, pero sin duda este mezquino acto de venganza no fue un gesto muy inteligente por parte de quienes intentaban conquistar el favor de la opinión pública francesa.

Cuando, tiempo después, se supo en París que los ocupantes habían volado también el monumento situado al final del dique de Zeebrugge, en Bélgica, erigido en conmemoración del ataque de la *Royal Navy* en 1918, los franceses ya no se sorprendieron en absoluto. Entonces empezaron a recordar la insistencia de los alemanes para firmar el armisticio en el vagón de ferrocarril de Rethondes, y se preguntaron qué se escondería tras su correcto comportamiento.

Sorpresa por el mar

Un nuevo y grave golpe, de índole muy distinta, iba a caer sobre Francia inesperadamente. El 25 de junio, el almirante Darlan confirmó, por medio de una orden especial, las instrucciones ya dictadas y según las cuales todos los navíos de la Flota, antes que caer en manos de los alemanes o de los italianos, debían dirigirse a Estados Unidos, o bien hundirse, *pero en ningún caso podían ser capturados intactos*. El 26 de junio dictó instrucciones secretas, advirtiendo que caso de que retirase más tarde esta orden no debía obedecerse.

En efecto, todo esto ya se lo habían prometido el 18 de junio el ministro de Asuntos Exteriores francés y el almirante Darlan al encargado de negocios americano y al embajador inglés. El 19 de junio, lord Lloyd (ministro británico de Colonias), el primer lord del Almirantazgo, Alexander, y sir Dudley Pound, primer lord del Mar, llegaron a Burdeos para discutir el problema de la Flota francesa. Se habían entrevistado con Pétain, con Lebrun, con el ministro de Asuntos Exteriores y con el almirante Darlan. Este último, en presencia del almirante Auphan, prometió solemnemente que en ningún caso los barcos franceses se rendirían al enemigo, para que éste no pudiera emplearlos contra Gran Bretaña. Antes de aceptar esta condición, los respectivos comandantes los hundirían. Gran parte de la población de la zona libre creía que los plenipotenciarios ingleses habían quedado convencidos de las medidas tomadas por los franceses (sobre todo la de trasladar la Flota al norte de África, donde los alemanes no hubieran podido apoderarse de ella), y de las garantías de seguridad ofrecidas por Francia a Inglaterra. En cambio, los ingleses no quedaron satisfechos, y la Operación «Catapult» no tardaría en demostrarlo.

HERVÉ LAROCHE



Nació en 1900, en Roma, donde su padre era secretario de la Embajada francesa. En julio de 1918, en París, se enroló voluntario y participó en la primera Guerra Mundial. Se licenció en Ciencias Políticas en 1922. Desde 1924 hasta 1925 prestó servicio en el gabinete del presidente del Consejo y Ministro de Asuntos Exteriores, Herriot, y hasta 1927 formó parte del consejo ejecutivo del Partido radical. En 1925 Hervé Laroche empezó su carrera bancaria y, cinco años más tarde, pasó a la *Banque Nationale de Crédit*, donde, en los años 40, llegó a ser miembro del consejo de administración. De 1949 a 1962 ha sido director general y miembro del consejo de administración del British and French Bank Ltd. En 1962 fue nombrado director de la sección para el Mercado Común de la *Banque Nationale pour le Commerce et l'Industrie*. Actualmente es consejero para los asuntos continentales en una *discount house* londinense.

OPERACION "CATAPULT"

GRAN BRETAÑA ATACA LA FLOTA DE VICHY

Malcolm G. Saunders, capitán de fragata

Francia se había rendido, pero el futuro de su Flota, todavía libre, constituía un problema candente. Si los barcos hubieran sido capturados por los alemanes, éstos los hubieran empleado para reforzar su propia flota. Mas el Almirantazgo no tenía intención de permitir que los navíos franceses fueran requisados, no obstante las garantías que los alemanes habían dado a Darlan.

Los invasores aprovecharon los días catastróficos que sucedieron a la evacuación de Dunkerque, para asestar seguidamente el golpe decisivo al corazón de Francia. A mediados de junio, los ejércitos franceses ya no eran capaces de oponer una resistencia organizada, y el Presidente del Consejo, Reynaud, tuvo que pedir el consentimiento al Gobierno británico para efectuar sondeos cerca de los alemanes con el fin de conocer sus condiciones para un armisticio separado. La respuesta de Churchill, llegó el 16 de junio a primeras horas de la tarde, contenía esta premisa: «A condición y solamente a condición de que la Flota francesa zarpe inmediatamente hacia los puertos británicos durante las negociaciones, el Gobierno de Su Majestad da pleno consentimiento al Gobierno francés para que proceda a la solicitud de las condiciones de armisticio para Francia...»

¿Qué consideraciones estratégicas impulsaron al Gabinete de guerra inglés a insistir sobre esta condición? Como sea que Gran Bretaña tenía que continuar sola la guerra, con su Imperio y con los países de la Commonwealth, era indispensable que tomara las medidas necesarias para salvaguardar su propia supremacía naval. Estaba justificado suponer que los alemanes insistirían en la rendición de la Flota francesa, que contaba con buenos y potentes barcos modernos. Y entonces no solamente la costa francesa del canal de



la Mancha y los puertos del golfo de Vizcaya, ocupados por los alemanes, hubieran proporcionado bases excelentes para sucesivas operaciones contra las vías de comunicación marítimas inglesas, sino que el hundimiento de la potencia naval francesa en el Mediterráneo occidental y la ventaja que el Eje había adquirido el 10 de junio con la declaración de guerra de Italia, hubieran puesto en peligro las rutas del Oriente Medio. Si las fuerzas italianas destacadas en Libia conseguían penetrar en Egipto y apoderarse de Alejandría, la Escuadra inglesa se vería obligada a abandonar el Mediterráneo oriental por falta de otra base naval idónea.

Otro posible peligro amenazaría las vías de comunicación marítimas inglesas si Alemania decidía apoderarse de las bases francesas de Casablanca y Dakar, situadas en la gran ruta de aprovisionamiento de los ejércitos ingleses en Oriente Medio, en la India y en Extremo Oriente. Esta ruta había adquirido una importancia vital a causa de la situación de inseguridad que existía en el Mediterráneo.

Reynaud afrontaba ya la crisis ministerial cuando recibió la respuesta inglesa, pero no la comunicó a sus colegas, temiendo que sirviera solamente para animar a los que se habían unido al mariscal Pétain en pro de la petición inmediata de negociar con Alemania. La dramática oferta de Churchill para una unión francoinglesa, que llegó aquella misma tarde, no obtuvo la aprobación unánime de los ministros franceses, por lo

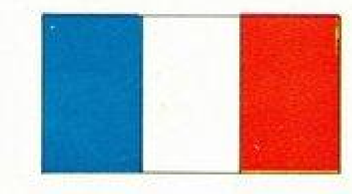
BUQUES DE LÍNEA EN SERVICIO EN EL MOMENTO DE LA CAÍDA DE FRANCIA



GRAN BRETAÑA

11 acorazados
3 cruceros de batalla
5 portaaviones

En el puerto de Portsmouth, retenidos por los ingleses, se hallaban 2 acorazados franceses.



FRANCIA

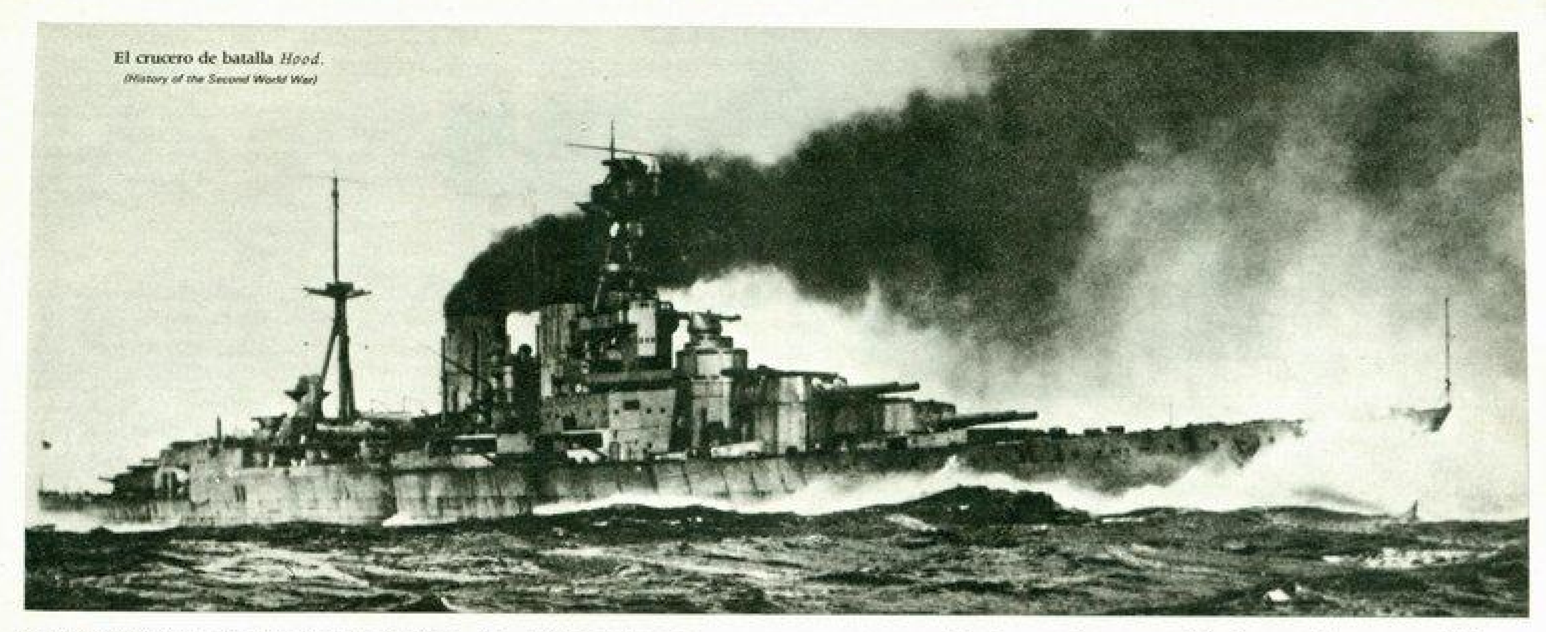
6 acorazados
2 cruceros de batalla



ALEMANIA

2 acorazados de bolsillo
2 cruceros de batalla

La gran ocasión está al alcance de los alemanes: apoderarse de 4 acorazados y de 2 cruceros de batalla franceses.


El crucero de batalla *Hood*.
(History of the Second World War)

que Reynaud hubo de presentar su dimisión. El presidente de la República encargó entonces a Pétain la formación del nuevo Gobierno, en el cual el almirante Darlan asumió el mando de la Marina, conservando, no obstante, el cargo de comandante en jefe de la Flota.

Darlan era un oficial ambicioso, con una considerable capacidad profesional. Había contribuido en gran parte al mejoramiento de la disciplina y de la eficiencia de la Marina francesa y, por otro lado, ciertos vínculos familiares le relacionaban con el mundo de la política. Su fidelidad al mariscal Pétain, en el momento más crítico de Francia, es la clave que permite explicar la trágica suerte de la Flota bajo su mando político y operativo.

Muchos de los barcos de guerra franceses eran modernos, si bien carecían de las instalaciones más recientes, como el radar y el sonar. La oficialidad y las tripulaciones estaban formadas en su mayor parte por marinos experimentados, que habían participado en la campaña de Noruega, en

Darlan era un oficial ambicioso, con una considerable capacidad profesional. Había contribuido en gran parte al mejoramiento de la disciplina y de la eficiencia de la Marina francesa y, por otro lado, ciertos vínculos familiares le relacionaban con el mundo de la política. Su fidelidad al mariscal Pétain, en el momento más crítico de Francia, es la clave que permite explicar la trágica suerte de la Flota bajo su mando político y operativo.

Muchos de los barcos de guerra franceses eran modernos, si bien carecían de las instalaciones más recientes, como el radar y el sonar. La oficialidad y las tripulaciones estaban formadas en su mayor parte por marinos experimentados, que habían participado en la campaña de Noruega, en
distintas operaciones de escolta a los convoyes o en la colocación de minas en el Atlántico y en el Mediterráneo, y, además, en la reciente evacuación de Dunkerque. Por otra parte, la sucesiva disgregación del Ejército francés no tuvo un paralelismo en la Marina; mientras los alemanes avanzaban a lo largo de la costa, las autoridades navales francesas, cuyas comunicaciones no habían sido cortadas, consiguieron alejar a tiempo todos los barcos de guerra o mercantes de los puertos del canal de la Mancha y del golfo de Vizcaya. Algunos buques de guerra se refugiaron en los puertos ingleses del canal, pero la mayor parte había emprendido la ruta de África septentrional u occidental francesas.

El 17 de junio, cuando Pétain pidió el armisticio, dos antiguos acorazados, ocho destructores, tres submarinos y algunas unidades menores se encontraban en Portsmouth o en Plymouth. Dos modernos cruceros pesados, seis destructores, otros dos antiguos acorazados y un portahidroaviones se habían refugiado en la base naval de Mers-el-Kebir, cerca de Orán. Cuatro cruceros, un acorazado y tres destructores se encontraban en Alejandría, donde habían participado en las operaciones con la Escuadra inglesa del Mediterráneo oriental, al mando del almirante Cunningham. Seis cruceros estaban en Argel y muchos submarinos en Bizerta. El nuevo acorazado *Richelieu*, todavía en fase experimental, partió el 18 de junio de Brest hacia Dakar, mientras su gemelo el *Jean Bart*, sin estar aún completamente equipado, abandonó el dique seco de Saint-Nazaire un día antes de la llegada de los alemanes y arribó felizmente a Casablanca. El resto de la Flota, compuesto en su mayor parte por unidades de poco tonelaje, estaba fondeado en Tolón; y en cuanto a las unidades destacadas en las lejanas colonias francesas, eran de poco valor para emplearlas en el combate.

A partir del 12 de junio, Darlan aseguró oficialmente, en las frecuentes reuniones de ministros franceses e ingleses, que sus barcos de guerra no caerían nunca en manos de los alemanes, y por su parte el Gobierno aseguró categóricamente que rechazaría cualquier posible cláusula del armisticio que impusiera la rendición de la Flota, cualesquiera que fuesen las consecuencias.

Como se sabe, el artículo 8.º del armisticio especificaba que la Flota francesa, a excepción de los barcos necesarios para la defensa del Imperio colonial, tenía que ser desmovilizada y desarmada, bajo el control alemán o italiano, en los puertos que se indicarían. El Gobierno alemán se comprometía formalmente a no emplear la Flota francesa para sus propios fines y a no pretender su entrega parcial o total después de firmada la

cialmente, en las frecuentes reuniones de ministros franceses e ingleses, que sus barcos de guerra no caerían nunca en manos de los alemanes, y por su parte el Gobierno aseguró categóricamente que rechazaría cualquier posible cláusula del armisticio que impusiera la rendición de la Flota, cualesquiera que fuesen las consecuencias.

Como se sabe, el artículo 8.º del armisticio especificaba que la Flota francesa, a excepción de los barcos necesarios para la defensa del Imperio colonial, tenía que ser desmovilizada y desarmada, bajo el control alemán o italiano, en los puertos que se indicarían. El Gobierno alemán se comprometía formalmente a no emplear la Flota francesa para sus propios fines y a no pretender su entrega parcial o total después de firmada la
paz. Todos los barcos de guerra, menos los destinados a la defensa del Imperio colonial, debían ser conducidos a las aguas territoriales francesas.

Los dos artículos siguientes establecían que, hasta nueva orden, ninguna tripulación, ningún barco y ningún avión se alejarían del país, y que ningún buque mercante francés podía zarpar.

Apenas se enteró de estos términos, el embajador inglés en Burdeos, sir Ronald Campbell, se apresuró a comunicarlos a Londres. Evidentemente ignoraba que Pétain había cursado en seguida instrucciones a los delegados para que solicitaran unas enmiendas, sobre todo del artículo 8.º, a fin de que los barcos de guerra fueran desarmados en los puertos franceses de África septentrional y occidental. La delegación alemana aprobó, en límites generales, esta importante concesión la mañana del 22 de junio, en el mismo momento en que Churchill criticaba ásperamente al Gobierno de Pétain por haber aceptado unas «condiciones que ponían no solamente a Francia, sino a todo su Imperio, a merced o en poder de los dictadores alemán e italiano», y que «no tardarían en hacer caer en manos del enemigo todas las reservas del Imperio y de la Flota francesa para conseguir sus fines».

Afortunadamente, tan negras previsiones no se realizaron. Los contactos entre el nuevo Gobierno francés y el británico cesaron el 23 de junio, cuando sir Ronald Campbell y todo el personal de la Embajada británica salieron de Burdeos hacia Saint-Jean-de-Luz, donde embarcaron en un crucero inglés con destino a su patria. Es decir, precisamente en el momento en que Londres tenía mayor necesidad de información, las comunicaciones con Burdeos resultaron esporádicas y poco seguras.

La tarde del 22 de junio, una vez aceptadas en términos generales las modificaciones respecto a la Flota, los plenipotenciarios franceses fueron autorizados para firmar el armisticio. Luego se trasladaron a Roma en avión, y dos días más tarde los italianos se adherían también al pacto. Alemania aceptó formalmente la proposición francesa de desarmar su Flota en bases situadas fuera de la zona ocupada, y el 30 de junio las condiciones del armisticio se ratificaron en la ciudad de Wiesbaden.

Las instrucciones cifradas que Darlan había hecho llegar a partir del 20 de junio a todos los comandantes de barcos y de puertos, decían, entre otras cosas: «Ningún buque deberá entregarse sin lucha al enemigo, cualquiera sea la orden que se curse después de ésta». Cuatro días después, cuando el armisticio ya estaba firmado, Darlan reiteró la orden, especificando las disposiciones que debían tomarse para hundir los

trasladaron a Roma en avión, y dos días más tarde los italianos se adherían también al pacto. Alemania aceptó formalmente la proposición francesa de desarmar su Flota en bases situadas fuera de la zona ocupada, y el 30 de junio las condiciones del armisticio se ratificaron en la ciudad de Wiesbaden.

Las instrucciones cifradas que Darlan había hecho llegar a partir del 20 de junio a todos los comandantes de barcos y de puertos, decían, entre otras cosas: «Ningún buque deberá entregarse sin lucha al enemigo, cualquiera sea la orden que se curse después de ésta». Cuatro días después, cuando el armisticio ya estaba firmado, Darlan reiteró la orden, especificando las disposiciones que debían tomarse para hundir los
navíos en caso de que se hallaran en peligro de ser capturados. Sin embargo, aunque Londres hubiera conocido estas instrucciones, no hubiera dejado de pensar que si los alemanes querían apoderarse de la Flota, lo conseguirían de todos modos. El caso es que el 27 de junio el Gobierno inglés decidió tomar las medidas necesarias para impedir que los barcos franceses regresaran a los puertos de la metrópoli. Al día siguiente, se puso al vicealmirante sir James Somerville al mando de la recién constituida Fuerza H, integrada por el crucero de batalla *Hood* (buque insignia), los acorazados *Resolution* y *Valiant*, el portaaviones *Ark Royal*, dos cruceros y once destructores. Su base sería Gibraltar, desde la cual tendrían la posibilidad de operar en el Atlántico, apoyando a la *Home Fleet*, y en el Mediterráneo occidental.

El día 1 de julio Somerville recibió la orden de asegurarse la entrega, la rendición o la destrucción de los barcos de guerra franceses fondeados en el puerto de Orán y en la cercana base de Mers-el-Kebir. La Fuerza H tenía que encontrarse en aquel punto el día 3 por la mañana, a fin de ofrecer al almirante Gensoul cuatro alternativas: unirse a la Flota inglesa y continuar la lucha junto a ella; dirigirse con tripulaciones reducidas hacia un puerto de Gran Bretaña o de la India; desarmar los barcos en Orán bajo control inglés o bien hundirlos allí mismo. En caso de que no fuera aceptada ninguna de estas cuatro proposiciones, la orden era destruir los barcos por la fuerza.

Somerville llegó a Orán según lo previsto y dispuso que el capitán de navío Holland, antiguo

agregado naval a la Embajada inglesa en París y a la sazón comandante del *Ark Royal*, entrase en el puerto en una lancha para entregar personalmente el ultimátum al almirante Gensoul, a bordo del *Dunkerque*. Pero Gensoul rehusó recibir a Holland, por lo que las propuestas escritas le fueron entregadas por medio de un delegado francés. A las 10, el almirante francés declaró que no sería el primero en abrir fuego, pero que estaba dispuesto a responder a la fuerza con la fuerza. Al informar por radio a Darlan del asunto, le dijo solamente que había recibido un ultimátum británico para hundir los barcos en un plazo de seis horas. Al mismo tiempo, dio orden de mantener la presión en los navíos y de estar preparados para el combate.

A las 16,15, después de intercambiar una serie de mensajes, el almirante francés, que no había recibido aún la respuesta de Darlan, consintió en recibir a Holland para ganar tiempo.

Fue entonces cuando éste vio por vez primera las órdenes cursadas unos días antes por Darlan para evitar la captura de la Flota. En la tensa atmósfera que reinaba en el *Dunkerque*, las conversaciones no resultaron fáciles; sobre todo a causa de la indignación del almirante francés por la colocación de minas en la boca del puerto, efectuada por los aviones del *Ark Royal* a primeras horas de la tarde. Mientras tanto, el almirante Le Luc, jefe del Estado Mayor de la Marina francesa, actuando en sustitución de Darlan, al que no se podía localizar de momento, informó a Gensoul por radio de que todas las fuerzas navales del Mediterráneo occidental tenían la orden de acudir en su ayuda. Pero el mensaje fue interceptado por el Almirantazgo inglés, que se apresuró a informar a Somerville, urgiéndole a ultimar el asunto lo antes posible para evitar el enfrentamiento con los refuerzos franceses. El almirante inglés, que ya había prorrogado el último plazo al máximo, advirtió a Gensoul que, en caso de no aceptar ninguna de las proposiciones antes de las 17,30, sus barcos serían echados a pique. Cinco minutos antes de la hora fijada, Holland descendió del *Dunkerque* y regresó al *Ark Royal*.

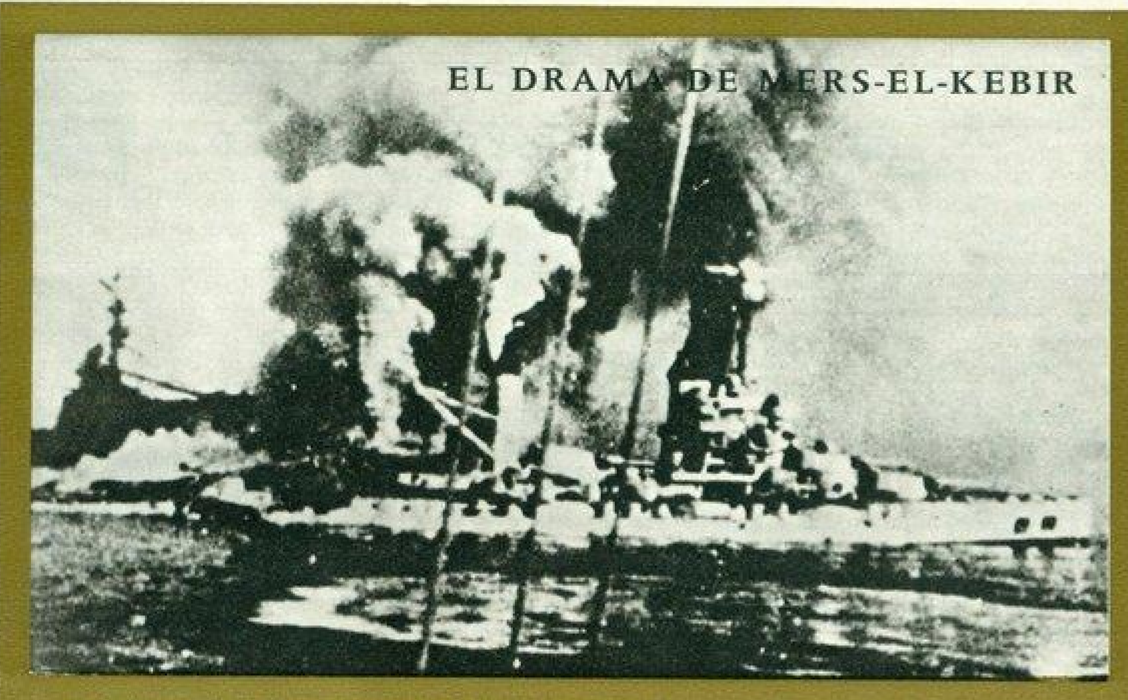
Poco antes de las 18 horas, Somerville ordenó abrir fuego contra los buques franceses, los cuales, al querer responder, se vieron obstaculizados por las maniobras de soltar amarras para hacerse a la mar. Las salvas de los barcos británicos, efectuadas por cañones de 381 mm desde una distancia de 12.800 metros, no tardaron en centrar al adversario. El primero en ser alcanzado fue el acorazado *Bretagne*: un proyectil incendió las municiones de la torre de popa, y otro estalló en la sala de máquinas. La mitad del buque estaba ya ardiendo cuando otros dos proyectiles lo alcanzaron, provocando una violenta explosión y altas columnas de humo. El *Bretagne* se hundió en pocos segundos con 977 hombres.

El *Dunkerque* fue alcanzado por varios proyectiles mientras se alejaba del muelle, uno de los cuales paralizó la central de tiro. El buque insignia francés pudo alcanzar a duras penas la parte opuesta del puerto, donde echó el ancla. El *Provence* se había alejado ya del muelle y disparó tres salvas contra el *Hood*, pero de pronto un proyectil alcanzó su torre de popa incendiando las municiones. Tuvieron que inundar la santabárbara y hacer encallar el buque para impedir su hundimiento.

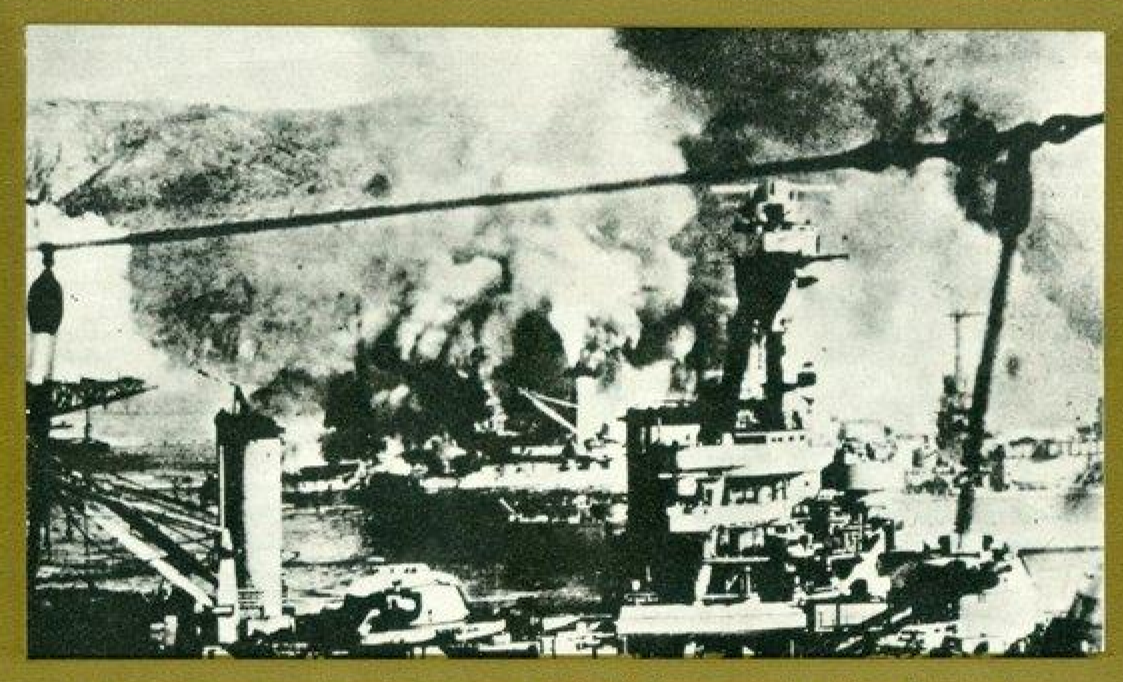
El *Mogador* resultó con la popa destrozada cuando intentaba hacerse a la mar, junto con otros cuatro destructores, y perdió treinta y siete hombres. El resto del buque, envuelto en llamas, fue remolcado hasta el puerto. Mientras tanto, el segundo crucero de batalla, el *Strasbourg*, aprovechando la inmensa cortina de humo provocada por las explosiones del *Bretagne*, se hizo a la mar.

A los trece minutos de iniciarse el ataque, el almirante francés, deseando evitar inútiles derramamientos de sangre, comunicó a Somerville la petición de un alto al fuego. Afortunadamente,

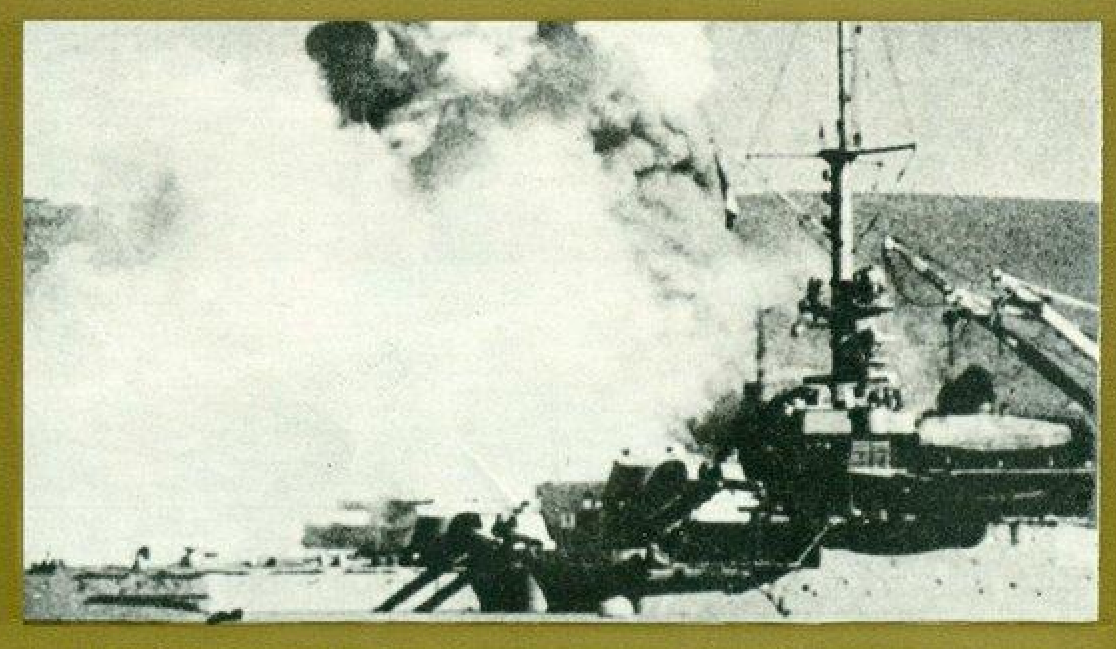
EL DRAMA DE MERS-EL-KEBIR



Los disparos de los buques británicos alcanzan, desde una distancia de 12.800 metros, a las unidades francesas. (Keystone)



La escuadra francesa estaba fondeada en una posición difícil para responder al fuego. El primer barco alcanzado fue el acorazado *Bretagne*. (Ullstein)



Los franceses podían hacer muy poco contra los disparos del *Hood*, del *Resolution* y del *Valiant*. (Central Press)

el almirante inglés, al igual que toda la *Royal Navy*, sentía una gran antipatía por la empresa y no tenía el menor deseo de prolongar la lucha, de modo que decidió interrumpir el combate. Por estar minada la entrada del puerto, creyó que ningún barco francés conseguiría escapar, pero cuando se dio cuenta de que el *Strasbourg* había salido a mar abierto sin sufrir ningún daño y se dirigía hacia el Este, lo persiguió y ordenó que los *Swordfish* del *Ark Royal* salieran inmediatamente en su persecución.

A las 8,20 de la tarde, el crucero de batalla francés llevaba ya 25 millas de ventaja, y después del segundo ataque aéreo infructuoso, cesó la persecución. El *Strasbourg*, el portahidroaviones *Commandant Teste* y cinco destructores, todos ellos procedentes de Orán, además de seis cruceros de Argel, llegaron a Tolón la tarde del 4 de julio, y entonces la Fuerza H regresó a Gibraltar. Pero dos días más tarde, los aparatos del *Ark Royal* fueron enviados de nuevo a Mers-el-Kebir para atacar al *Dunkerque*, ya que se creía que durante el ataque del día 3 el buque insignia había sufrido daños de poca importancia. Esta vez, un torpedo alcanzó una lancha cargada de explosivos que casualmente se hallaba cerca del navío, la cual, al explotar, abrió un enorme boquete en el costado del mismo, ocasionando la muerte de 150 hombres y dejándolo fuera de servicio durante un año.

Simultáneamente con el ataque a Orán del 3 de julio, los ingleses se apoderaban de los barcos de guerra franceses que se encontraban en puertos británicos. A las 3,45 de ese mismo día, varios grupos armados de la Marina inglesa abordaron silenciosamente los buques anclados en Plymouth y en Portsmouth. La operación, minuciosamente preparada, se basaba en el elemento sorpresa para evitar derramamiento de sangre, y en este sentido alcanzó pleno éxito, excepto en el submarino *Surcouf*, anclado en Plymouth, en el que dos oficiales ingleses resultaron heridos y muerto un oficial francés. Los oficiales y marineros franceses fueron internados separadamente en dos campos de concentración, en la isla de Man y cerca de Liverpool, respectivamente, donde fueron tratados como prisioneros de guerra. Algunos de ellos, no muchos, prefirieron permanecer en Inglaterra para combatir en las fuerzas navales de la Francia libre. Pero la mayor parte fue trasladada a Casablanca, a bordo de buques ingleses. La triste experiencia que habían tenido en Gran Bretaña no les animó, por cierto, a unirse a los combatientes de la Francia libre, y prefirieron seguir prestando servicio a las órdenes de Darlan.

En cuanto al moderno acorazado *Jean Bart*, que había conseguido llegar hasta Casablanca, carecía del armamento principal y quizá por ello no fue atacado. Pero en Dakar se hallaba su gemelo *Richelieu*, intacto y completo. En consecuencia, el 7 de julio una fuerza naval al mando del capitán de navío Onslow, formada por el pequeño portaaviones *Hermes* y dos cruceros, fondeó a la entrada del puerto y presentó al gobernador general el mismo ultimátum que se presentara en Orán. Como los franceses hicieron caso omiso, la noche del día 8, una lancha del *Hermes* entró en el puerto y arrojó bajo la popa del navío cuatro cargas de profundidad, que no estallaron porque el fondo era demasiado bajo. Al amanecer, seis aviones torpederos del *Hermes* se elevaron para el ataque: el único torpedo que hizo explosión dañó el casco del *Richelieu*, cuya reparación duró un año a causa de los escasos medios existentes en aquella base. Sin embargo, el buque nunca estuvo inmovilizado por completo, y su poderoso armamento desempeñó un papel determinante en el fracaso de la tentativa de desembarco en Dakar, realizada por las fuerzas de la Francia libre el día 23 de septiembre de 1940.

Respecto a la división naval francesa de Alejandría, al mando del almirante Godfroy y compuesta por un antiguo acorazado, cuatro cruceros y tres destructores, constituía una parte integrante de la Escuadra del Mediterráneo oriental, mandada por el almirante Cunningham. Los buques de los dos países habían operado en común y las relaciones entre sus respectivos almirantes eran íntimas y cordiales. Cunningham se opuso enérgicamente a la sugerencia del Almirantazgo, cursada el 29 de junio, de apoderarse de los navíos de Godfroy mediante una acción simultánea a la de Somerville en Orán, ya que temía que un intento de captura por la fuerza terminase con el hundimiento de los barcos fondeados y la consiguiente obstrucción del puerto. Procuró, pues, llegar a un acuerdo con su colega francés para reducir las tripulaciones y descargar el combustible. Pero el 3 de julio, Godfroy recibió la orden de sus superiores de hacerse inmediatamente a la mar con todos sus buques, y después cuando tuvo conocimiento de los sucesos de Orán, ya no se consideró vinculado al compromiso anterior de renunciar a cualquier tentativa de salir del puerto de Alejandría. La acción decidida, pero correcta, del almirante inglés para evitar un encuentro armado –entre otras medidas hizo transmitir una llamada dirigida por los oficiales británicos a los oficiales y tripulaciones de los buques franceses– terminó, finalmente, el día 7 de julio con un acuerdo escrito, en virtud del cual los ingleses se comprometían a renunciar al empleo de la fuerza para apoderarse de los buques, y por su parte los franceses consentían en descargar el combustible y desarmar sus barcos, desembarcando los obturadores de los cañones y las espoletas de los torpedos.

El Gobierno inglés había decidido emplear la fuerza porque estaba convencido de que nada detendría a los alemanes si éstos querían apoderarse de las mayores unidades de la Marina francesa; con ello, el Gabinete de guerra corría deliberadamente el riesgo de que el Gobierno de Vichy se uniera a las fuerzas del Eje, pero estaba decidido a afrontar todas las consecuencias que de tal actitud pudieran derivarse.

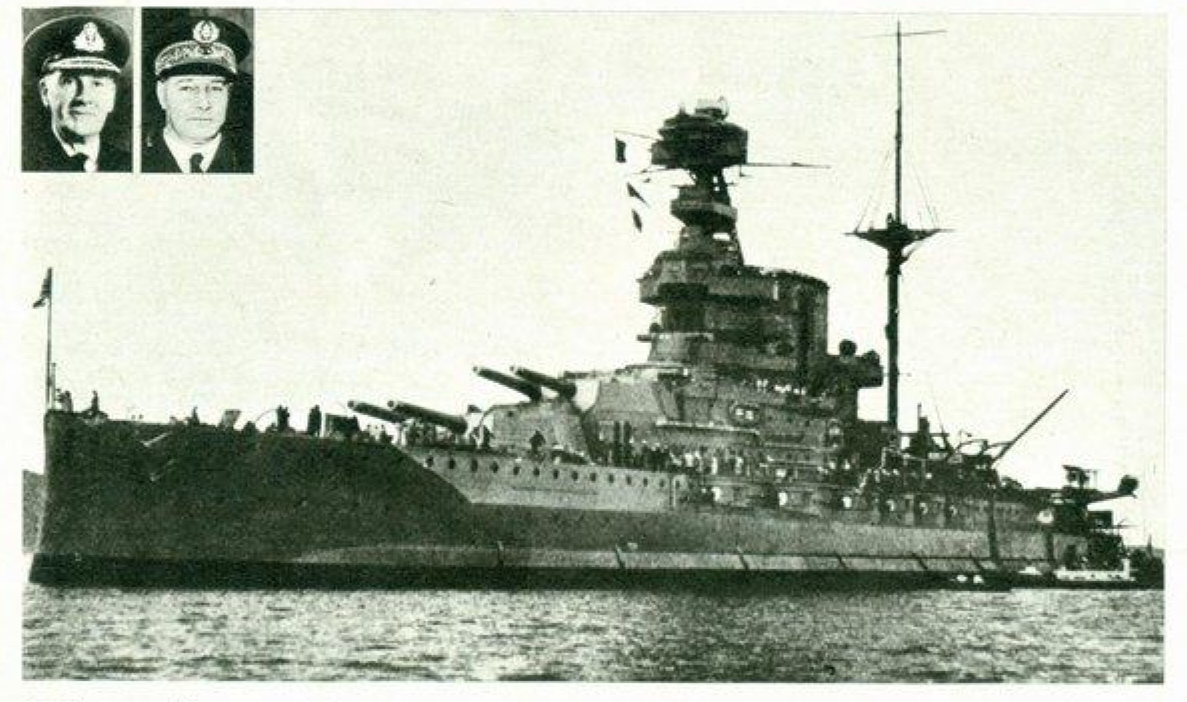
Sin embargo, entre los llamados «sucesos actuales», se imponía considerar que la Flota francesa dependía de Darlan y no de Hitler. Una vez firmado el armisticio por el Gobierno de Pétain, Francia estaba expuesta a sanciones muy severas en caso de contravenir las relativamente benignas cláusulas navales.

Es evidente que el ataque de Orán y el trato más bien duro que recibieron las tripulaciones internadas en Inglaterra, suscitaron en Francia cierto rencor. El Gobierno de Vichy disponía aún de un crucero de batalla, cuatro cruceros armados con cañones de 203 mm y otros diez con cañones de 152 mm, treinta destructores y setenta submarinos. Además, en el Norte de África se hallaban unos 180 bombarderos y 450 cazas. Si estas fuerzas se hubieran unido a las que el Eje tenía destacadas en el Mediterráneo, la situación de los ingleses habría sido insostenible. Pero Francia estaba desorganizada y vencida. Su única represalia por la acción de Orán fue el ataque, sin ningún resultado positivo, de una formación de aviones torpederos contra la Fuerza H en Gibraltar, en las primeras horas del día 5 de julio. Darlan renunció prudentemente a insistir en las inútiles hostilidades y ordenó que los buques británicos sólo fueran atacados en el caso de que se aproximaran a las costas francesas en un radio de veinte millas. Las relaciones diplomáticas con Gran Bretaña se interrumpieron el mismo 5 de julio.

Una de las consecuencias inmediatas del ataque a Orán fue que los alemanes accedieron a que los buques de guerra franceses permanecieran completamente equipados y armados. A los que se encontraban en puertos del Norte de África se les ordenó regresar a Tolón, donde estarían seguros de no ser capturados por los ingleses y, al mismo tiempo, al alcance de los alemanes. Efectivamente, el 27 de noviembre de 1942, varias unidades militares alemanas entraron a la fuerza en la base naval, pero los franceses hundieron sus propios barcos, tal como se habían propuesto en caso de verse obligados a ello.

Otra consecuencia más grave aún del episodio de Orán fue la profunda animosidad que se difundió en la Marina francesa contra Inglaterra, lo cual sirvió de estímulo a los colaboracionistas y se reflejó en la resistencia opuesta al fracasado intento de desembarco de las fuerzas de la Francia libre en Dakar, y al otro intento angloamericano de noviembre en el Norte de África.

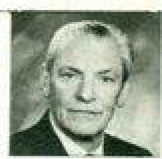
Por otra parte, sin embargo, el ataque contra los barcos franceses demostró al mundo que Inglaterra estaba dispuesta a continuar la lucha.



El *Valiant*, uno de los acorazados británicos que participaron en el combate, y los dos comandantes adversarios: el almirante inglés Somerville y el francés Gensoul.

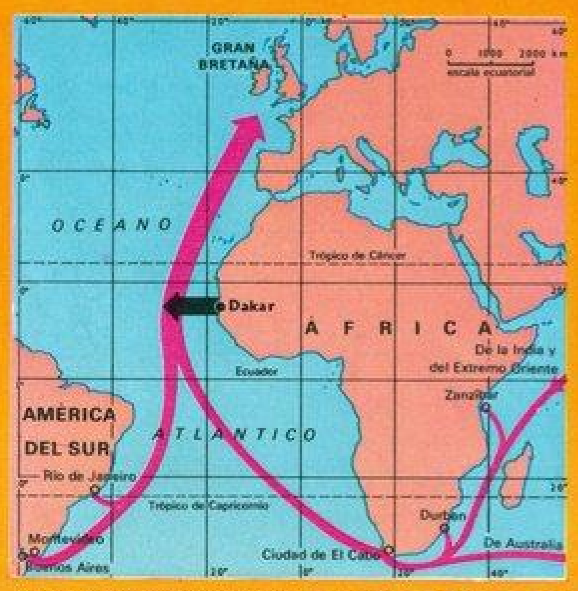
(Archivo Rizzoli - Keystone)

M. SAUNDERS, CAPITÁN DE FRAGATA



Después de haber estudiado en las escuelas media y superior en Berlín y París, fue alumno de las academias navales de Osborne y de Dartmouth. Luchó en la *Grand Fleet* británica en la primera Guerra Mundial, especializándose en torpedos. De 1932 a 1952, cuando dejó el servicio activo, trabajó como intérprete de lengua francesa y alemana en la oficina de información de la Marina. En 1946 fue consultor naval del Ministerio Público británico en el proceso de Nuremberg. Posteriormente dirigió la investigación en los archivos capturados al enemigo, relativos a la historia naval. El capitán de fragata Saunders ha supervisado la edición de *The Soviet Navy* (Weidenfeld and Nicolson, 1958), y es autor de artículos de tema naval aparecidos en periódicos ingleses y de otros países. Ha traducido, además, *Der Seekrieg 1939-1945* (La guerra en el mar, 1939-1945), del almirante alemán Friedrich Ruge; las *Memorias*, de los generales Senger y Etterin, y otras obras del alemán y del francés.

África occidental francesa, 23-25 de septiembre de 1940



El mapa muestra la importancia estratégica de Dakar en el Atlántico central.

OPERACION "MENACE"

LA TENTATIVA DE CONQUISTAR DAKAR

Malcolm G. Saunders,
capitán de fragata

Este otro mapa indica las distintas fases de la Operación «Menace».

Cuando fue evidente que las colonias africanas de Francia no continuarían la lucha contra el Eje, los jefes de Estado Mayor ingleses consideraron el peligro de que los alemanes utilizaran Dakar como base para atacar su tráfico marítimo.

De Gaulle deseaba extender el movimiento de la Francia libre en África occidental francesa, mediante el desembarco en Dakar –donde no esperaba encontrar resistencia– de su pequeño contingente de tropas, con el propósito de afianzarse sucesivamente en las otras colonias francesas de África. Churchill prestó su apoyo a este proyecto: creía que la conquista de Dakar era importante, y más todavía la del Imperio colonial francés. El 8 de agosto dispuso que a la operación, designada con el nombre de «Menace», se le prestara el máximo apoyo inglés. Las fuerzas navales se pusieron a las órdenes del vicealmirante Cunningham y las terrestres al mando del general de división Irwin.

Las numerosas discusiones suscitadas respecto al modo de efectuar la expedición se vieron complicadas por los informes contradictorios sobre el estado de la defensa de Dakar y la moral de su guarnición. Después de considerar muchas alternativas, el plan que el Gabinete de guerra aprobó finalmente, el 27 de agosto, se basaba en el convencimiento, por parte de De Gaulle, de que un desembarco por sorpresa efectuado por sus tropas casi no encontraría oposición. La guarnición le acogería como libertador, y así pondría de relieve el carácter eminentemente francés de la empresa. Solamente en el caso de encontrar una tenaz resistencia, los barcos británicos abrirían fuego y desembarcarían sus tropas.

Para el transporte de la expedición, del armamento y del equipo se habían reunido en Liverpool once barcos mercantes; cuatro estaban destinados al contingente británico, formado por 4200 hombres, que comprendía un mando de brigada, cuatro batallones de *marines* y algunas unidades menores especializadas. Las tropas de la Francia libre –2700 hombres en total– embarcarían en los buques de pasajeros holandeses *Penland* y *Westernland*. En este último viajaría De Gaulle y su Estado Mayor. Algunos de estos buques se trasladaron durante algunos días a Scapa Flow, en las islas Orcadas, para adiestrar al personal en la técnica del desembarco. La expedición disponía también de otros cinco barcos, que formaban un convoy aparte, para el transporte de los vehículos motorizados y de los víveres, y que, por ser más lentos, zarparon los primeros.

Para la protección y escolta se destinó una fuerza naval, llamada Fuerza M, constituida por buques de la *Home Fleet*, de la Fuerza H de Gibraltar y, en la última fase, del mando del Atlántico meridional. La Fuerza M comprendía los acorazados *Barham* y *Resolution*, el portaaviones *Ark Royal*, cinco cruceros, unos dieciséis destructores y dos corbetas. La Marina de la Francia libre, entonces en embrión, consistía en tres corbetas y un buque explorador. En el crucero *Devonshire*, que enarbolaba la insignia de Cunningham, embarcaron también el general Irwin y su Estado Mayor.

El hecho de que se reuniera una flota tan importante para una empresa que suponía una larga ausencia de las aguas metropolitanas, en el momento en que Inglaterra corría el peligro de ser invadida por los alemanes, y cuando, además, tenía que afrontar una precaria situación militar en el Oriente Medio, demuestra la importancia que se atribuyó a la Operación «Menace». Churchill «estaba obsesionado por esta aventura» y se adjudicó, «con excepcional entusiasmo, la iniciativa y el patrocinio de la expedición».

Los barcos abandonaron el Reino Unido el día 31 de agosto, en tres grupos que partieron, respectivamente, de Scapa Flow, del estuario del Clyde y de Liverpool. Su destino a Freetown, en Sierra Leona, donde tenían que reponer combustible y poner en práctica las últimas disposiciones antes de dirigirse a Dakar, casi 450 millas más al Norte. El primer día de navegación el crucero de escolta *Fiji* fue torpedeado, cerca de Rockall, por el submarino U-32 y tuvo que regresar al estuario del Clyde, siendo sustituido por el crucero *Australia*. Éste fue el principio de una larga serie de amargas desilusiones y contratiempos que parecieron perseguir la empresa desde el principio hasta el fin.

Los buques se dirigían hacia el Sur más lentamente de lo que estaba previsto. El 11 de septiembre, cuando se encontraban casi a 300 millas al noroeste de Dakar, el almirante Cunningham supo, por un mensaje radiado desde Gibraltar, que aquella misma mañana una división francesa, formada por tres cruceros y tres grandes destructores, había atravesado el estrecho entrando en el océano Atlántico y que se dirigía hacia el Sudoeste.

Según los términos del armisticio, el Gobierno de Vichy estaba obligado a pedir autorización a Alemania y a Italia antes de trasladar cualquier buque de un puerto a otro. Y, efectivamente, el envío de esta división desde Tolón a Dakar y a Libreville había sido autorizado con objeto de restaurar la autoridad de Vichy en el África ecuatorial francesa, donde dos de las colonias se habían pronunciado en favor de De Gaulle.

Pero en el Almirantazgo sabían solamente que estos buques habían atravesado el estrecho, y suponían, erróneamente, que Vichy, informada con tiempo de la Operación «Menace», los enviaba a Dakar para reforzar su defensa, o quizás, incluso, para ocupar la base por cuenta de los alemanes.



Charles De Gaulle (a la derecha) en los días de la acción contra Dakar; en la fotografía aparece junto al oficial de enlace que le asignaron los ingleses: el general de división Spears. *(History of the Second World War)*

La línea política del Gobierno inglés respecto a los buques de guerra de Vichy había sido definida el 12 de julio, poco después del ataque al *Richelieu* por los aviones torpederos en el puerto de Dakar. Para reducir la tensión entre la Marina francesa y la británica, se decidió no emprender más acciones contra los barcos fondeados en los puertos coloniales o en los del Norte de África reservándose, en cambio, el derecho de impedir cualquier posible traslado a los puertos dominados por el enemigo. Por este motivo, el almirante sir Dudley North, que se hallaba en Gibraltar y no estaba informado de la Operación «Menace», consideró que no había motivo para oponerse al paso del estrecho, que se efectuó el 11 de septiembre a primeras horas de la mañana. Y así, cuando el almirante Somerville recibió la orden de impedir que las unidades de Vichy llegaran a Dakar y salió de Gibraltar a bordo del crucero de batalla *Renown*, junto con tres destructores, eran ya las 16,30: demasiado tarde, pues a la misma hora los buques franceses llegaban a Casablanca, repostaban y, antes del amanecer, salían de nuevo hacia Dakar. Sólo el 14 de septiembre, al amanecer, Cunningham –siempre por orden del Almirantazgo– envió el *Ark Royal*, los cruceros y los destructores de la Fuerza M hacia el Norte, con objeto de que patrullasen el largo de las costas de Dakar con la esperanza de interceptar los barcos franceses. Mientras tanto, los dos acorazados y el convoy militar continuaban su ruta con destino a Freetown.

Entonces intervinieron en la búsqueda los cruceros *Cornwall* y *Cumberland*, de la base operativa del Atlántico meridional. Pero también esta vez los ingleses llegaron demasiado tarde, ya que los tres cruceros rápidos del contralmirante Bourragué –el *Georges Leygues*, el *Montcalm* y el *Gloire*, designados convencionalmente como Fuerza Y– llegaban a Dakar el 14 de septiembre a las 16,00 horas, regresando entonces a Casablanca los tres destructores. La llegada de la Fuerza Y a Dakar, comunicada abiertamente por radio a Vichy, la confirmaron al día siguiente los aviones de reconocimiento del *Ark Royal*. Cunningham se retiró, entonces, con todos sus buques hacia Freetown, dejando de guardia frente a las costas de Dakar al crucero *Cumberland*.

A un paso de la guerra con Vichy

¿Qué hacer entonces? El Gabinete de guerra se dio cuenta de que las operaciones en África occidental podían conducir a la guerra con la Francia de Vichy. El Gobierno había aprobado los planes de la Operación «Menace» basándose en la confianza de De Gaulle de que Dakar y el África occidental francesa se unirían a su causa con la misma facilidad con que lo hicieron el Chad y otros territorios del África ecuatorial. Después de muchos aplazamientos, el 28 de agosto llegaron a Londres los oficiales de enlace del Ejército y de la Marina ingleses que estuvieron destacados en Dakar antes de la caída de Francia. Según su opinión, el gobernador general y la guarnición de Dakar eran fieles a Vichy, y por lo tanto opondrían una resuelta y eficaz resistencia a cualquier tentativa de desembarco. Pero este nuevo elemento de juicio no fue considerado como suficiente para anular una operación ya aprobada y en curso; no obstante, después del fracaso de los esfuerzos combinados de la Fuerza M de Cunningham y de los barcos de Somerville para interceptar los cruceros franceses, el Almirantazgo volvió a considerar el asunto.

A primeras horas de la tarde del día 16 de septiembre, mientras se acercaba a Freetown, Cunningham fue informado de que el Gobierno consideraba que la Operación «Menace» no era ya realizable, y aconsejaba a De Gaulle que desembarcase sus tropas en Douala. Llegados a Freetown, Cunningham e Irwin conferenciaron en seguida con De Gaulle, el cual insistió obstinadamente en realizar la operación Dakar según sus propios planes. Para él, la llegada de la Fuerza Y francesa al puerto senegalés tenía poca importancia. Por esta razón, los tres jefes comunicaron a Londres su confianza en el éxito de la operación y su vivo deseo de llevarla a cabo. Londres respondió autorizándoles a «hacer lo que creyeran más indicado para conseguir los fines originales de la empresa». Y los tres acordaron iniciar la operación el 22 de septiembre.

A este complejo conjunto de proyectos y contraproyectos se sumó un nuevo factor. El 19 de septiembre, el crucero *Australia*, que se encontraba casi a 250 millas al oeste de Freetown, donde fue enviado para relevar al *Cumberland* en el servicio de vigilancia, avistó la Fuerza Y. Los tres cruceros franceses habían salido sin ser vistos de Dakar y se dirigían a Libreville, de acuerdo con las instrucciones recibidas al partir de Tolón. Los cruceros ingleses se apresuraron a perseguirlos con la esperanza de obligar a la Fuerza Y a dirigirse a Casablanca, mientras Cunningham, por su parte, salía de Freetown con el *Devonshire* y tres destructores, navegando a toda máquina para apoyarlos.

Dos días antes, otro crucero francés, el *Primauguet*, había salido de Dakar, escoltando un buque cisterna que también se dirigía a Libreville para abastecer de combustible a la Fuerza Y tan pronto

como llegara a su destino. El crucero y el petrolero precedían casi en 1000 millas a la citada Fuerza, cuando fueron interceptados en el golfo de Guinea por los cruceros *Cornwall* y *Delhi*. Apenas recibió el comandante del *Primauguet* la intimación de regresar a Casablanca junto con el buque cisterna, se puso en comunicación por radio con el almirante Bourragué, informándole de que tenía que escoger entre presentar batalla o someterse. El almirante le ordenó que regresara con el petrolero a Casablanca, lo cual significaba que la Fuerza Y debía renunciar al largo recorrido hasta Libreville, puesto que allí no podría abastecerse de combustible. Bourragué ordenó entonces invertir el rumbo a sus navíos, aumentó la velocidad a treinta nudos y se lanzó hacia Dakar, seguido por el *Cumberland* y el *Australia*, también a toda máquina. Sin hacer caso de sus advertencias, el 20 de septiembre consiguió hacer llegar a Dakar, su propio buque insignia, el *Georges Leygues* y el *Montcalm*.

El *Gloire*, que quedó rezagado por averías en sus máquinas, se dejó convencer finalmente por el *Australia* y regresó a Casablanca. El almirante Darlan no aprobó la conducta de Bourragué, por lo que fue sustituido en el mando de la Fuerza Y por otro almirante.



Dakar: una de las dos motoras con los emisarios de De Gaulle. Los enviados, al llegar a la orilla, tuvieron que volver atrás bajo el fuego de las ametralladoras. (Archivo Rizzoli)

Estos contactos en alta mar entre barcos de guerra ingleses y franceses se caracterizaron por un intercambio continuo no de disparos, sino de mensajes, que reflejaban la común preocupación por evitar el empleo de la fuerza. Considerando las dificultades idiomáticas y lo delicado de la situación, no es de extrañar que a veces los mensajes oscilaran entre el tono patético y el cómico.

Las medidas tomadas por Cunningham consiguieron interceptar la ruta de Libreville a cuatro cruceros de Vichy, obligándoles a dirigirse a Casablanca, pero lo cierto es que la Operación «Menace» tuvo que aplazarse. La división completa y los transportes partieron de Freetown entre el 19 y el 21 de septiembre, llegando a Dakar al amanecer del día 23. Según el plan, los buques de guerra debían permanecer en alta mar, mientras cuatro aviadores de la Francia libre, a bordo de sus pequeños aviones de turismo que despegarían del *Ark Royal*, efectuarían un aterrizaje por sorpresa en el campo de Oukam, donde tenían que establecer los primeros contactos. Otros aparatos arrojarían octavillas sobre la ciudad, y mientras tanto cinco delegados de De Gaulle, al mando del capitán de corbeta Thierry D'Argenlieu, entrarían en el puerto en una motora para entregar un mensaje al gobernador general, Boisson. Todo dependía de la acogida que tuviera este mensaje.

El inconveniente de la niebla

En el preciso momento en que los barcos se acercaban a la costa se formó una espesa niebla que, poco a poco, mientras amanecía, pareció hacerse más densa, lo que anuló el efecto psicológico previsto. Pues, Churchill, al discutir el proyecto con De Gaulle, imaginó el efecto que causaría en la población la aparición de la Flota. La niebla impidió también cualquier posible intención de bombardear el puerto, pues los aviones del *Ark Royal* no hubieran podido efectuar el reconocimiento aéreo y, por otra parte, los acorazados y cruceros de Cunningham se habrían visto obligados a abrir fuego a muy poca distancia contra los cañones de 240 mm de las baterías de los fuertes y los de 381 mm del *Richelieu*.

Los aviadores de la Francia libre aterrizaron en Oukam según el plan establecido. Y una vez capturado el comandante del campo, que se les había acercado confiadamente, cursaron la señal convenida de «éxito», que llenó de esperanza a las tripulaciones de los *Swordfish* a punto de despegar. Pero los invasores fueron reducidos rápidamente por la guardia de campo. Mientras tanto, los emisarios de De Gaulle entraban en el puerto en dos motoras de una corbeta francesa, y solicitaban ser conducidos a presencia del gobernador. El almirante Landriau, que mandaba la base naval y había escuchado la primera llamada por radio de De Gaulle, ordenó que los arrestaran, pero los emisarios lograron escapar en las motoras bajo el fuego de las ametralladoras. D'Argenlieu y otro oficial resultaron gravemente heridos, siendo recogidos por la corbeta que les esperaba a la entrada del puerto y que se alejó entre la niebla, bajo el fuego de la artillería secundaria del *Richelieu*.

Antes, a las 7 de la mañana, De Gaulle había hecho una llamada por radio solicitando permiso para desembarcar sus tropas y añadiendo que si todo se realizaba sin incidentes la poderosa división inglesa no intervendría. Y una hora después, cuando sus emisarios fueron rechazados, advirtió que una posterior resistencia tendría graves consecuencias. A las 10,50, tras una tercera y más seria amenaza transmitida por radio, las baterías de Fort Manuel y de la isla de Gorée abrieron el fuego, lento pero bien dirigido, contra los buques ingleses. Los submarinos *Persée* y *Ajax* salieron del puerto, siendo perseguidos por los destructores *Inglefield* y *Foresight*, que fueron alcanzados por las baterías costeras. El *Persée* se hundió después de recibir un cañonazo, mientras intentaba torpedear en superficie al acorazado *Barham*. A una distancia de unos 5400 metros, el acorazado disparó sus cañones de 381 mm contra el fuerte. Algunos proyectiles cayeron en la ciudad, causando víctimas en la población civil. A las 11,20 el destructor *Foresight* fue alcanzado nuevamente, y el crucero *Cumberland* resultó con serios desperfectos al recibir un proyectil de 240 mm, por lo que debió retirarse sin participar ya en la operación. Poco antes de mediodía, Cunningham recibió un mensaje del gobernador en el que se confirmaba que se opondría a cualquier intento de desembarco.

A pesar de que la situación no permitía esperar nada bueno, Cunningham e Irwin confiaban aún en realizar el desembarco sin resistencia en Rufisque, un pequeño puerto en la punta más alejada de la bahía, que distaba casi 16 km de Dakar. De Gaulle estuvo de acuerdo con la idea de emplear sus corbetas para desembarcar 180 hombres en la zona pantanosa de la bahía de Rufisque. Mientras se intentaba reunir los transportes de tropas francesas, que habían perdido el contacto a causa de la niebla, los barcos ingleses se pusieron fuera del alcance de las baterías costeras. Cuando se reemprendió la acción de hecho faltaba poco para las 17 horas.

Mientras tanto, el destructor francés *L'Audacieux* había salido del muelle oriental de la isla de Gorée y se aproximaba amenazadoramente a las corbetas gaullistas que habían entrado en Rufisque. Los dos torpedos que lanzó contra el *Australia* no dieron en el blanco, y entonces *L'Audacieux* cayó bajo el fuego del crucero y de dos destructores.

Más de ochenta hombres de la tripulación murieron, y el barco, en llamas, fue a la deriva y encalló en la playa.

A las 17,30 las dos pequeñas corbetas, con sesenta *fusiliers marins* a bordo de cada una de ellas, entraron intrépidamente en el puerto de Rufisque. Un exiguo grupo de hombres armados bajó a tierra mientras la corbeta mayor echaba al agua las lanchas para los refuerzos. Pero los hombres fueron acogidos por los disparos de una cercana batería de 102 mm, y un destacamento de senegaleses apuntó sus ametralladoras contra las lanchas de la tropa de refuerzo. Los que habían desembarcado se vieron obligados a embarcar de nuevo, y las corbetas se alejaron. De Gaulle, que se encontraba a bordo del buque de pasaje *Westerland* y que siguió la acción solamente a través del teléfono, estaba completamente decidido a renunciar al intento, reforzando su decisión el hecho de que los dos cruceros de la Fuerza francesa habían sido avistados rumbo a la bahía de Rufisque.

Las operaciones del primer día terminaron, pues, con un fracaso total. Sin duda los jefes de la expedición hubieran podido ejercer sus prerrogativas dando la orden de anularla, ya que el Gobierno inglés nunca tuvo la intención de comprometerse en una batalla análoga a la de Orán, y menos aún provocar un encuentro armado entre las fuerzas de Vichy y los hombres de la Francia libre, lo que, por otra parte, tampoco entraba en los planes de De Gaulle. Las autoridades de Dakar acababan de demostrar claramente que estaban resueltas a oponerse con las armas a cualquier ataque, y había que tener en cuenta que sus defensas eran bastante más eficientes que las de Mers-el-Kebir. Sin embargo, era preciso reconocer que las operaciones habían sido seriamente obstaculizadas por la niebla, y además existía cierta resistencia a abandonar una empresa tan alejada de los territorios metropolitanos y que exigió tantas semanas de preparación. Londres había sido informada con todo detalle de lo sucedido. Y a las 21,00 horas, Cunningham recibió un mensaje personal del Primer Ministro: «¡Ya que habéis empezado, llegad al final! ¡No os detengáis ante ningún obstáculo!»

La misma noche, a las 23,45, los comandantes ingleses y De Gaulle, de común acuerdo después de haberse reunido, transmitieron por radio al gobernador general y a la población de Dakar un ultimátum en el que manifestaban su propósito de impedir a toda costa que los alemanes se apoderaran de la base, y solicitaban que la rendición se efectuara en un plazo anterior a las seis de la mañana siguiente.

Dos horas antes del tiempo fijado, Boisson indicó que no habría rendición.

La obstinada resistencia de Vichy

Poco después del amanecer del 24 de septiembre, los acorazados y los cruceros de Cunninghan volvieron a ocupar sus posiciones frente a las costas de Dakar; pero, aunque la niebla no era tan espesa como el día anterior, los buques tuvieron que acercarse bastante para poder reconocer los objetivos. Los aparatos pertenecientes al *Ark Royal* bombardearon los fuertes y el *Richelieu*, e intentaron asimismo torpedear los cruceros de la Fuerza Y, que se ocultaron hábilmente tras una densa cortina de humo mientras maniobraban dentro del límite de las defensas. Los ataques aéreos produjeron efectos insignificantes y, en cambio, fueron abatidos tres *Swordfish*. A las 8,30, el submarino francés *Ajax* fue hundido por el destructor *Fortune* mientras estaba torpedeando en superficie a los acorazados. Éstos abrieron fuego contra el *Richelieu* y contra los dos fuertes, los cuales respondieron con un fuego muy preciso. A los cuarenta minutos, cuando ya los objetivos se halla-

ban completamente envueltos por el humo, los buques atacantes se retiraron hacia el Sur, donde se vieron expuestos a los ineficaces ataques de los bombarderos *Glen Martin*, que volaban a gran altura. A primeras horas de la tarde, los navíos británicos reanudaron el bombardeo durante media hora, siendo alcanzado el acorazado *Barham* cuatro veces por el fuego de la defensa.

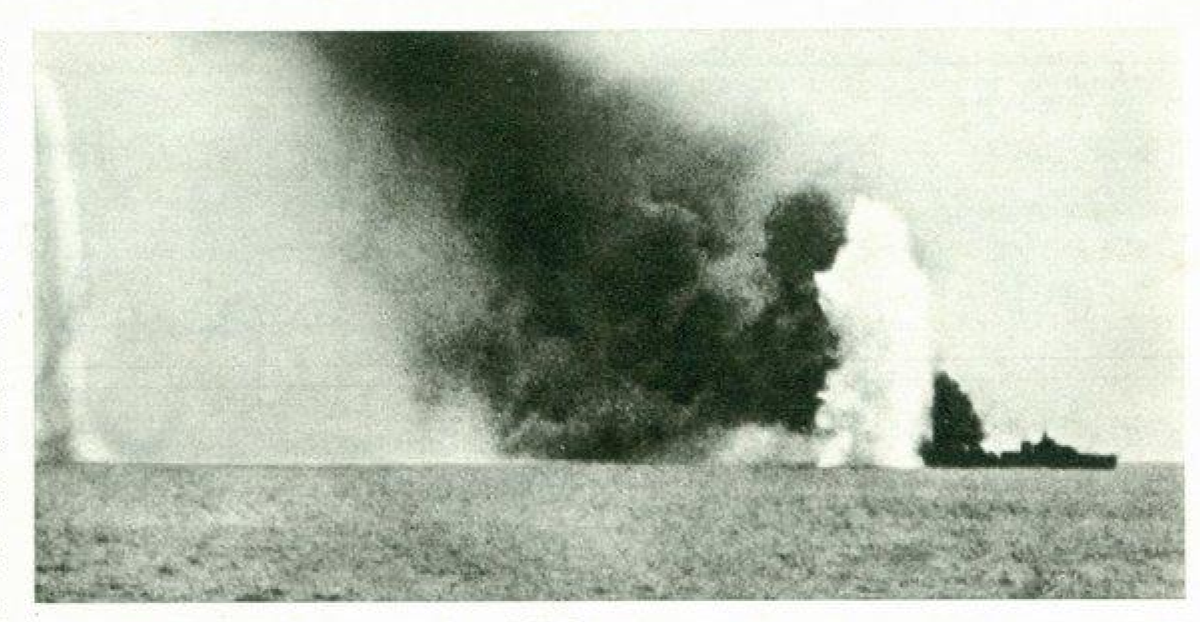
Los resultados fueron deprimentes. Casi cuatrocientos disparos de proyectiles de 381 mm no habían bastado para reducir al silencio las baterías costeras y, además, provocaron daños y víctimas en la ciudad. Las baterías francesas, más numerosas aunque de menor calibre, dispararon eficazmente contra los destructores, sin ser localizadas. El *Richelieu* fue alcanzado una sola vez y prácticamente estaba intacto. La Aviación naval, por su parte, chocó con una defensa cada vez más fuerte.

A media tarde, De Gaulle subió a bordo del acorazado *Barham* para conferenciar con Cunningham e Irwin. Reconoció haber subestimado la potencia de la defensa y dijo que no veía ningún motivo para continuar los bombardeos que, inevitablemente, ocasionarían otras muchas víctimas, con grave perjuicio para su causa. Opinaba que un desembarco de las fuerzas británicas no era ya factible. Prefería enviar sus propias unidades a Bathurst, a fin de que se preparasen para una acción contra Dakar por tierra, antes que efectuar un segundo intento de desembarco. Mientras tanto, los buques ingleses mantendrían bloqueado el puerto. La otra alternativa que propuso fue un intento de marchar contra Dakar, tras un desembarco de tropas en los tramos poco definidos de la costa, como por ejemplo en Saint-Louis.

Cuando De Gaulle regresó al *Westerland*, los dos jefes ingleses determinaron que, a pesar de todo, si al día siguiente las condiciones meteorológicas se presentaban favorables, convenía repetir el ataque. Pero antes de intentar el desembarco, era esencial reducir al silencio los fuertes y poner fuera de combate el *Richelieu* y los dos cruceros.


El almirante Darlan, prestigioso comandante en jefe de la Marina de la Francia de Vichy.
(Hulton Picture Library)

La mañana del 25 de septiembre la niebla se había disipado y la visibilidad era inmejorable. Así, pues, los acorazados se dispusieron nuevamente a bombardear, mientras los cruceros, situados tres millas más al Este, dirigieron sus cañones contra la Fuerza Y, en la bahía de Gorée. A las 9 de la mañana el *Richelieu* abrió fuego contra el *Barham*, que se encontraba a una distancia de 21.000 metros. Al mismo tiempo que los buques de guerra británicos se desplazaban para alcanzar sus posiciones el último submarino que quedaba de la Flota de Vichy, el *Bévéziers*, lanzó cuatro torpedos contra el acorazado *Resolution*; uno lo alcanzó en el centro, provocando una gran vía de agua. Cunningham ordenó que dos de sus destructores lo cubrieran con una cortina de humo, y mientras tanto el *Barham* contenía al *Richelieu*, el *Devonshire* atacaba el fuerte Manuel y el *Australia* abría fuego contra los cruceros franceses. Los tres barcos ingleses fueron alcanzados por las baterías de la defensa: el *Barham* una vez y el *Australia* dos. A las 9.20 el *Barham* cesó el fuego y se retiró hacia el Sur, seguido por los dos cruceros y cubierto por los cazas del *Ark Royal*. Veinte minutos después, el *Resolution*, que navegaba a una velocidad máxima de diez nudos y con una inclinación de doce grados, fue atacado dos veces por bombarderos que volaban a una gran altura: sin embargo, consiguió escapar sin sufrir más daños.


Intenso fuego de la artillería francesa contra las unidades de barcos atacantes. (History of the Second World War)

Era ya evidente para todos que sería imposible continuar la operación sin sufrir más pérdidas. Por la mañana, las defensas de Dakar habían demostrado ser más eficaces que nunca, y las escuadrillas francesas pusieron de manifiesto su superioridad respecto a las británicas. El almirante Cunningham decidió, pues, renunciar al proyecto, y todas las fuerzas recibieron la orden de retirarse a Freetown. El Gabinete de guerra también había llegado a la misma conclusión, que comunicó a Cunningham pocas horas después, cuando el *Barham* había remolcado al *Resolution*.

Éste fue el final de una empresa nacida bajo signo adverso y basada en informaciones militares y políticas inexactas. Ciertos actos de insubordinación que se produjeron en Dakar, en julio de 1940, en el momento de la acción inglesa contra el *Richelieu*, fueron erróneamente interpretados en Londres; al parecer, se tomaron como prueba de adhesión al movimiento gaullista, cuando en realidad, habían sido motivados tan sólo por razones relativas al servicio y a la desmovilización. Precisamente un mes antes de la Operación «Menace», Darlan había enviado a Dakar al almirante Landriau para que se ocupara de las instalaciones defensivas y restableciera la disciplina entre las tropas. Y los acontecimientos sucesivos demostraron que supo desarrollar el encargo inmejorablemente. Cuando llegó el momento de la prueba, los remolcadores arrastraron el *Richelieu* lejos del muelle, a fin de que el acorazado pudiera servirse de sus grandes cañones, mientras que los fuertes de la isla de Gorée y de Cabo Manuel contaban con excelentes piezas de 240 mm. Las cortinas de humo, a su vez, ocultaban perfectamente los barcos, y la defensa aérea era demasiado fuerte para las limitadas posibilidades del *Ark Royal*.

En cuanto a las directrices británicas, era ilógico atacar los barcos de guerra de Vichy en sus bases y evitar en cambio un encuentro en mar abierto. Por otra parte, las instrucciones transmitidas a sir Dudley North y a sir James Somerville en Gibraltar aclaran la posición del Almirantazgo, ya que no definían sus respectivas responsabilidades ni lo que debían hacer respecto al tránsito de la Fuerza y a través del estrecho.

Un golpe al prestigio británico

El ataque a Dakar provocó la orden de Vichy de una inmediata represalia, a base de dos incursiones aéreas sobre Gibraltar, que no ocasionaron grandes daños. Dakar continuó en poder de Vichy hasta el año 1942, cuando los angloamericanos desembarcaron en el norte de África; entonces el puerto, con toda la guarnición y los barcos, hizo causa común con los Aliados.

Hitler no supo aprovechar la indignación de Vichy tras los episodios de Orán y de Dakar. El 26 de septiembre de 1940 –un día después del fracaso de la Operación «Menace»– recibió un informe directo del almirante Raeder, comandante en jefe de la *Kriegsmarine*, en el que le exponía los peligros de una agresión contra la URSS –proyecto que el *Führer* ya forjaba–, e intentó convencerle para que pensara primero en la derrota de Inglaterra, continuando la guerra en el mar desde los puertos atlánticos. Raeder insistió, además, en favor de una política conciliadora con Francia para asegurarse la cesión de sus bases en África occidental, y para establecer el predominio del Eje en el Mediterráneo. Pero el *Führer* tenía otras ideas. Su fracasado intento del 23 de octubre en Hendaya para conseguir la participación activa de Franco en la guerra y la actitud ambigua que adoptó al día siguiente en Montoire con Pétain, consiguieron el efecto opuesto, provocando la hostilidad de los colaboracionistas de Vichy en vez de asegurarse su apoyo. Las ideas de Raeder, mucho más realista, no llegaron a ponerse nunca en práctica.

Pero tampoco hay que olvidar algunos resultados positivos de la Operación «Menace», por ejemplo, el estado en que quedaron los cuatro cruceros de Vichy les impidió llegar hasta Libreville, y De Gaulle pudo así consolidar su autoridad en toda el África occidental francesa. El acorazado *Barham* regresó al Mediterráneo requerido con urgencia, y el *Resolution* se quedó en Gibraltar para ser reparado. Otros buques que habían participado en la Operación «Menace» sirvieron de escolta a las fuerzas de la Francia libre que partieron el 3 de octubre de Freetown hacia Douala, en el Camerún francés. Pero las divergencias entre De Gaulle y el Gobierno inglés respecto a las operaciones siguientes, acabaron por provocar la orden al almirante Cunningham para que no apoyase al general en la conquista de Libreville y de Port-Gentil, en el Gabón. Cunningham trasladó su insignia al crucero *Neptune* y permaneció temporalmente en Camerún para impedir cualquier posible intento por parte de Dakar de restaurar la autoridad de Vichy en aquellas lejanas colonias. A mediados de noviembre, con sus escasas tropas, De Gaulle ya había conquistado toda el África ecuatorial francesa.

Considerado en su perspectiva histórica, el fracaso de Dakar no fue más que un contratiempo. No obstante, en el momento en que el mundo se preguntaba si Inglaterra podría oponerse sola al imperialismo alemán, constituyó un duro golpe para su prestigio.

Alemania, mayo-octubre de 1940

OPERACIÓN «LEÓN MARINO»

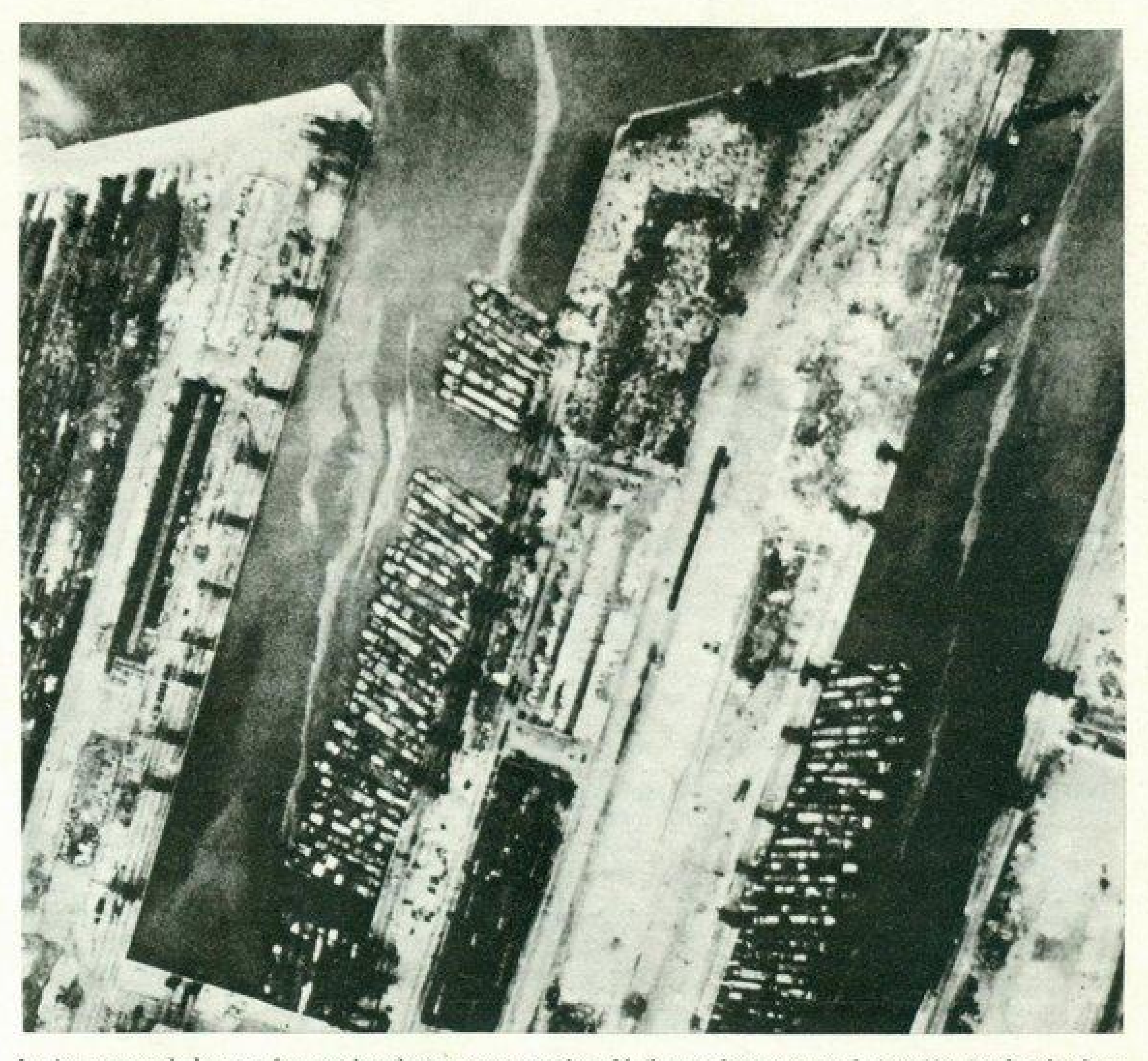
David Elstein

El plan alemán adolecía de un fallo evidente: no serviría a menos que la «Luftwaffe» consiguiera el predominio aéreo, y resultaría innecesario si lo alcanzaba. Pero la aviación alemana no supo anular a la RAF, a pesar de las ilusiones de Göering. Así, pues, Hitler tuvo que renunciar a la invasión.

Los principios de la estrategia militar alemana habían permanecido prácticamente inmutables desde 1892, cuando el general Schlieffen fue nombrado jefe del Estado Mayor General: Francia tenía que ser abatida con un solo y rápido golpe, y después Alemania podría dirigirse contra el Este. En 1914 falló esta estrategia y Alemania se vio obligada a mantener la guerra en dos frentes durante tres años. Pero en 1940, después de las brillantes victorias de mayo y junio, parecía que esta misma estrategia había dado resultado. Occidente estaba aplastado, a excepción de Inglaterra, e incluso ésta tuvo que retirar sus tropas de Francia, con la pérdida casi total de su material bélico. Hitler, que estaba dispuesto a ofrecer a Gran Bretaña unas condiciones de paz bastante generosas, tenía motivos para considerar terminada la guerra en el Oeste.

Después se consideró la posibilidad de que Inglaterra no tuviera intención de pedir la paz, y Hitler se preparó para hacer frente a esta eventualidad desde el mes de mayo de 1939, elaborando el arriesgado plan de una larga guerra económica, sostenida por la *Luftwaffe* y por la Marina, con el fin de cortar las vías de abastecimiento británicas. Pero el 21 de mayo de 1940 –un día después del avance de la 2.ª *Panzerdivision* hasta las costas del canal de la Mancha–, el almirante Raeder sugirió por primera vez a Hitler la idea de invadir la isla. Sin duda, el plan tuvo que resultar muy sugestivo para el *Führer*: en vez de malgastar meses o quizás años en un lento agotamiento económico de Inglaterra para inducirla a poner fin a las hostilidades, la hubiera dominado en unas pocas semanas y podría dedicarse, inmediatamente después, a enfrentarse con la Unión Soviética, que entonces era todavía aliada nominal del Reich.

Transcurrieron otras seis semanas antes de que Hitler ordenara los preparativos preliminares para la invasión; pero, en realidad, los tres Estados Mayores del Ejército, la *Luftwaffe* y la Marina habían empezado ya a examinar esta posibilidad en 1939. Así, para reconstruir el extraño destino



En los puertos de la costa francesa los alemanes concentraban febrilmente barcazas para la invasión. Los bombarderos británicos recibieron la orden de destruir y hundir el mayor número posible de dichas embarcaciones, y, efectivamente, así lo hicieron.
(History of the Second World War)



MAR DEL NORTE
GRAN BRETAÑA
Canal de la Mancha
FRANCIA
Hereford
Ipswich
Gloucester
Luton
Colchester
Monmouth
St. Albans
Maldon
Oxford
Walthamstow
Cardiff
Swindon
Southend
Bristol
Bath
Reading
Londres
Westham
Gravesend
Ramsgate
Ostende
Reigate
Maidstone
Canterbury
Ashford
Dover
Folkestone
Dunkerque
Taunton
Calais
Ypres
Southampton
Portsmouth
Brighton
Bexhill
Exeter
Dorchester
Bournemouth
Bognor Regis
Eastbourne
Boulogne-sur-Mer
Lyme Regis
Isla de Wight
Béthune
Torquay
Arras
Abbeville
Dieppe
Amiens
Cherburgo
Ruán
El Havre
Elbeuf
Islas Normandas
Caen
Saint-Lô
Lisieux
GRUPO DE EJÉRCITOS A
6 DIVISIONES
GRUPO DE EJÉRCITOS A
4 DIVISIONES
GRUPO DE EJÉRCITOS B
3 DIVISIONES
Primeras cabezas de puente comunicadas
Primer objetivo
Objetivo siguiente
0 30 60 90
km


17 DE JUNIO: El mariscal Pétain solicita el armisticio.

22 DE JUNIO: Alemania y Francia firman el armisticio.

24 DE JUNIO: Italia y Francia firman el armisticio.

3 DE JULIO: La Fuerza H ataca la Flota de Vichy en Orán y en Mers-el-Kebir (Argelia).

16 DE JULIO: Hitler cursa la directiva n.º 16: «Preparativos para una operación de desembarco en Inglaterra.»

13 DE AGOSTO: La *Luftwaffe*, con 1485 vuelos, inicia la batalla de Inglaterra.

13 DE SEPTIEMBRE: Italia invade Egipto.

15 DE SEPTIEMBRE: La RAF comunica que ha abatido 183 aviones alemanes durante las incursiones diurnas sobre Gran Bretaña, cifra bastante exagerada, como se verá después.

17 DE SEPTIEMBRE: Hitler aplaza la Operación «León Marino» «hasta nueva orden».

23-25 DE SEPTIEMBRE: Las fuerzas británicas y de la Francia libre intentan apoderarse de Dakar, en el Africa Ecuatorial francesa.

(History of the Second World War)

de la Operación «León Marino», conviene retroceder a esa fecha.

En noviembre de 1939, la Marina redactó un informe, no demasiado optimista, relativo a la invasión. Según el parecer del Estado Mayor, antes de efectuar un desembarco era indispensable destruir todas las defensas costeras británicas –artillería, baterías antiaéreas y tropas–, poner fuera de combate a la RAF y alejar a la *Royal Navy* de la zona de desembarco. Después, podría escogerse una travesía corta desde los puertos franceses del canal de la Mancha, expuestos, sin embargo, a los ataques aéreos ingleses, o bien una travesía más larga desde los puertos situados fuera del radio de acción de los bombarderos británicos, es decir, desde los Países Bajos, norte de Alemania o las costas del Báltico. Finalmente, puesto que las tropas alemanas serían numerosas y que un desembarco en playa abierta requeriría mucho tiempo, un grupo de paracaidistas debería apoderarse previamente de uno de los grandes puertos ingleses de la costa oriental.

Las dificultades no eran insuperables; no obstante, los expertos de la Marina objetaban que si se lograban las condiciones necesarias para la invasión, es decir, la eliminación de la RAF o de la Marina británica, no se necesitaba ya nada más para inducir a Inglaterra a rendirse, ya que una ulterior resistencia no tendría motivo. Así, pues, la invasión propiamente dicha ¿no hubiera sido superflua?

Pero el plan no afectaba solamente a la Marina. En diciembre de 1939, también el Ejército presentó su propio plan para la invasión, que comprendía un ataque por sorpresa desde el mar del Norte contra las costas orientales de Gran Bretaña, a cargo de dieciséis o diecisiete divisiones, apoyadas por todas las unidades disponibles de paracaidistas. Éste fue el comienzo de una enconada rivalidad que se desencadenó entre los tres Altos Mandos.

La Marina se opuso a este plan, objetando que, contrariamente a lo que esperaba el Ejército, no estaba capacitada para cubrir la invasión y, al mismo tiempo, entretener a la Flota inglesa en otra zona. Además, puso de relieve la necesidad de operar en condiciones meteorológicas constantemente favorables, ya que en caso contrario la *Luftwaffe* no podría intervenir y las fuerzas de desembarco correrían el riesgo de quedar aisladas, sin posibilidad de ser abastecidas.

También la *Luftwaffe* tenía motivos para protestar. Un desembarco en Inglaterra oriental se hubiera desarrollado en el punto más protegido por la defensa aérea del enemigo, decía el memorándum presentado a fines de diciembre, y añadía, además, un concepto que se repitió después más de una vez en el verano de 1940: la invasión podía ser «solamente el último acto de una guerra ya casi ganada contra Gran Bretaña», pero, en sí misma, no era suficiente para garantizar la victoria.

Falta de confianza

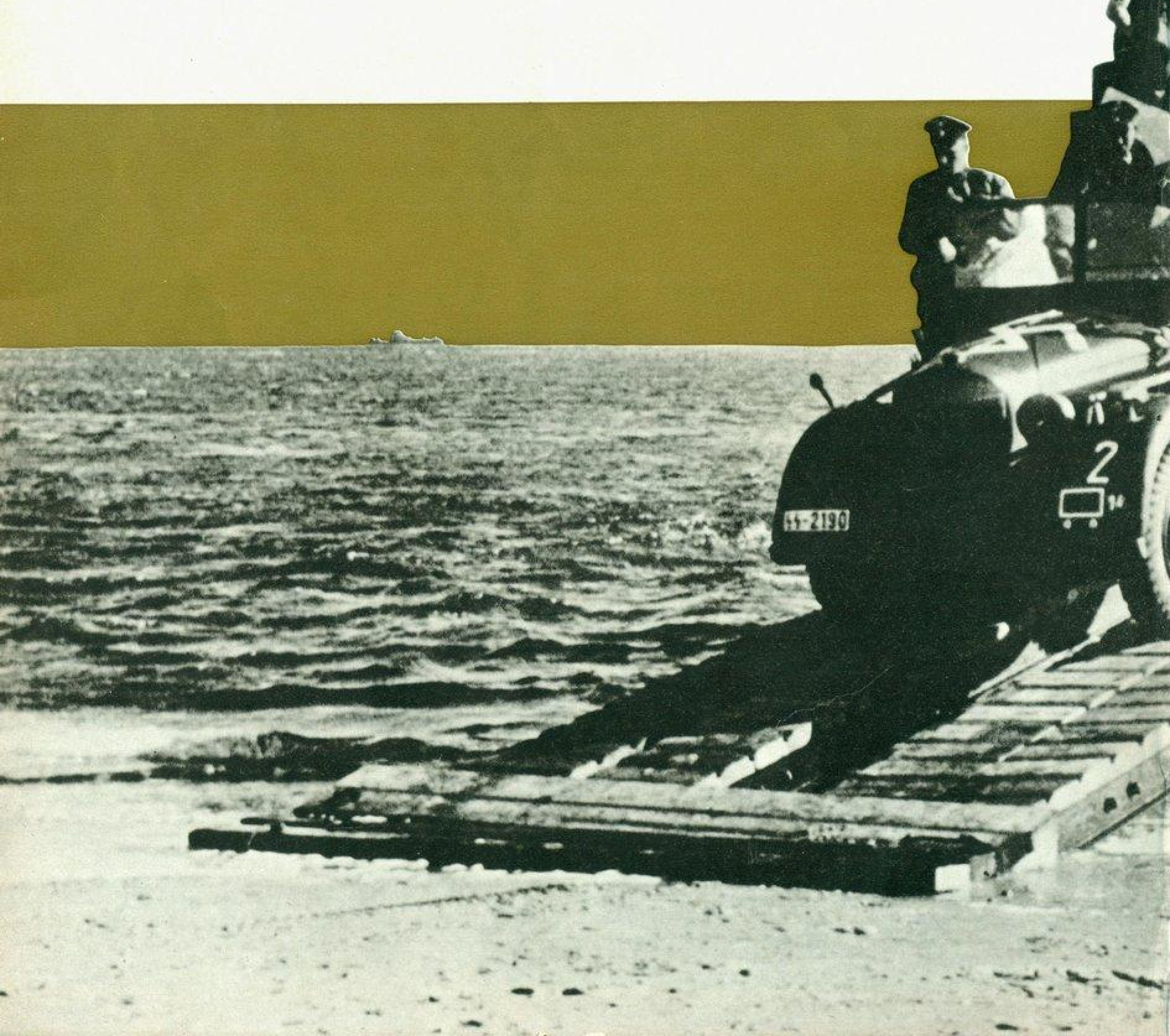
El tema no volvió a tratarse durante los primeros cinco meses de 1940. Y no existen pruebas de que lo volviera a examinar seriamente alguno de los tres Estados Mayores, o el Mando Supremo de la *Wehrmacht*, que coordinaba todas las actividades bélicas, hasta el 21 de mayo de 1940, día de la entrevista entre Hitler y Raeder. Durante la conversación, la Marina, por propia iniciativa, planteó de nuevo el problema de la invasión, y el dilema fundamental se presentó otra vez: la travesía más corta a través del canal de la Mancha expondría los puertos franceses de embarque a las incursiones de los bombarderos de la RAF. Por otro lado, la travesía por el mar del Norte, más larga, haría correr el mismo peligro a la escuadra de invasión y aumentaría considerablemente las dificultades respecto al envío de refuerzos.

La Marina insistía en favor del paso del Canal, pero exigiendo las mismas condiciones expuestas

en el informe del mes de noviembre de 1939: la eliminación previa de la RAF y una serie de días con condiciones atmosféricas favorables, durante y después del desembarco. Partiendo de esta base, los expertos de la Marina se dedicaron a estudiar por vez primera el proyecto de invasión en todos sus detalles, y no tardaron mucho en enfrentarse con la primera gran dificultad práctica: de las averiguaciones pertinentes resultó que casi no había medios materiales para el desembarco. Incluso las simples gabarras que deberían atravesar el canal, arrastradas por remolcadores, deberían ser preparadas para la navegación por mar, lo que requería un trabajo de muchas semanas.

Es curioso señalar que mientras la Marina intentaba resolver algunos de los problemas prácticos concernientes a la invasión, Hitler y el Mando Supremo de las Fuerzas Armadas demostraban, aparentemente, escaso interés por el proyecto. El 17 de junio de 1940, la Marina fue informada de que «con relación al desembarco en Inglaterra, el *Führer* hasta la fecha no se ha pronunciado, ya que se da perfecta cuenta de las dificultades de semejante empresa. Por esta razón, hasta el momento, el Mando Supremo de las Fuerzas Armadas no ha realizado ningún trabajo preparatorio». El 21 de junio recibió otra comunicación: el Estado Mayor del Ejército manifestaba «no ocuparse de la cuestión inglesa. Considera imposible su puesta en práctica. Ignora cómo podría realizarse la operación por el Sur. Seguramente Inglaterra cuenta con veinte divisiones, lo cual significa que harían falta cuarenta de las nuestras. Considerando la fuerte defensa, ¿es posible conseguir la absoluta superioridad aérea? El Estado Mayor del Ejército se opone a la operación».

Pero entonces empezaron las presiones desde otros puntos: los expertos militares no estaban unánimemente de acuerdo. El general von Bock, comandante del Grupo de Ejércitos B, opinaba que debía prepararse seriamente la invasión; además, a mediados de junio, Hitler había discutido el problema de una acción contra Inglaterra en la entrevista con Mussolini y con Raeder, considerando la posibilidad de un ataque por mar y aire. Asimismo, a fines de junio, el general Jodl expresó en un escrito la necesidad de «continuar la gue-



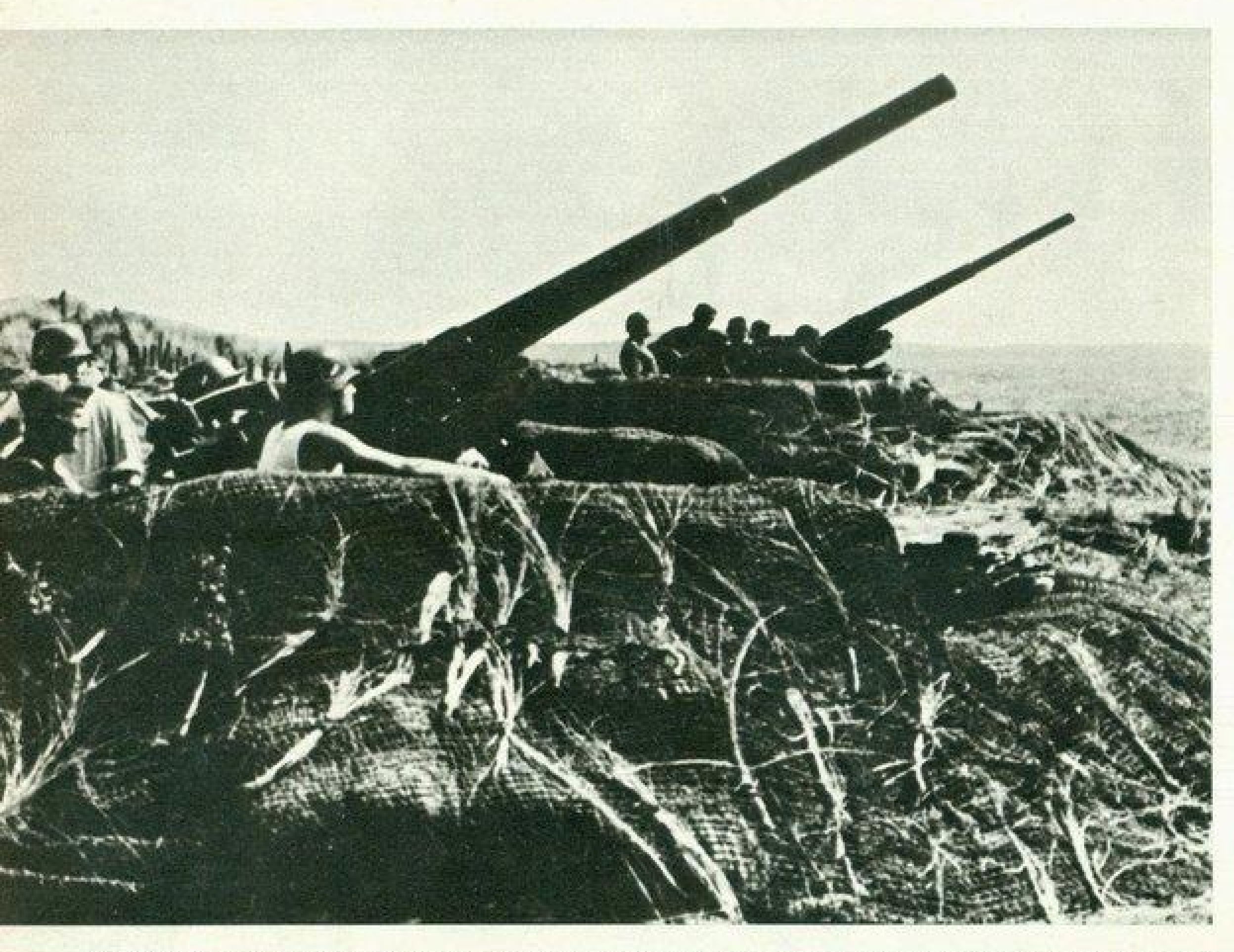
rra contra Gran Bretaña» y, a pesar de reconocer las ventajas de una guerra económica a largo plazo, manifestaba un mayor interés por las posibilidades estratégicas inmediatas.

En líneas generales, el plan aseguraba el principio de una acción potente contra la RAF, apoyada por un ataque a los abastecimientos de víveres y por esporádicas incursiones aéreas sobre centros habitados. El efecto de estas agresiones aniquilaría la voluntad de resistencia de la población. Finalmente, aconsejaba una operación de desembarco que, sin embargo, «no tendría que estar destinada a la conquista militar de Inglaterra, ya que esta tarea debía reservarse a la *Luftwaffe* y a la Marina, sino que sería el golpe de gracia para un país ya paralizado económicamente y puesto, de hecho, ante la imposibilidad de sostener combates aéreos, aun cuando éstos fueran necesarios». Estos conceptos eran el eco de los dos memorandos de diciembre de 1939, en los cuales la invasión se examinaba bajo el aspecto de fase final de una guerra victoriosa.

Probablemente, un factor decisivo para el ánimo voluble de Hitler, respecto a las posibilidades de una invasión, fue el hecho de que las perspectivas de un acuerdo pacífico con Inglaterra eran cada vez más remotas. El deseo del *Führer* respecto a llegar a esta solución era sincero: en los días de Dunkerque, cuando ordenó no perseguir más a las unidades enemigas cercadas, asombró a sus colaboradores «hablando con gran admiración del Imperio Británico, de la necesidad de su existencia y de la civilización que Inglaterra había aportado al mundo...» Dijo que todo lo que deseaba de Gran Bretaña era el reconocimiento de la posición de Alemania en el continente. La restitución de las colonias alemanas era deseable, pero no esencial... Terminó diciendo que su intención era firmar con Gran Bretaña una paz fundada en condiciones aceptables para ella y, por lo tanto, compa-



Tropas alemanas se ejercitan en las operaciones de desembarco, pero inútilmente, ya que nunca pondrían los pies en Inglaterra. *(History of the Second World War)*



Desde sus posiciones antiaéreas, situadas en la costa del canal de la Mancha, los alemanes esperan la llegada de los bombarderos británicos. (Archivo Rizzoli)

tibles con su honor. En junio y julio, Hitler afirmó otra vez, en varias ocasiones, su deseo de llegar a una paz y la desgana que le inspiraba llevar la guerra hasta la destrucción del Imperio, lo cual beneficiaría solamente al Japón y a América. Pero el Gobierno inglés rechazó o ignoró todos los sondeos intentados por los alemanes o por sus mediadores, y a fines de junio las esperanzas de una próxima paz eran más remotas que nunca.

Hitler acelera los preparativos

Este contratiempo diplomático fue un duro golpe para Hitler, y le indujo a considerar los planes de la invasión con mayor interés que antes. El 22 de julio, tres días después de recibir el escrito del general Jodl, Hitler dictó una directiva preliminar. Decía: «Un desembarco en Inglaterra es posible, con tal de que estén aseguradas la superioridad aérea y algunas otras condiciones indispensables... Todos los preparativos deben iniciarse teniendo presente que la invasión es sólo un proyecto y que, por el momento, no se ha tomado ninguna decisión al respecto». Durante las dos semanas siguientes, Hitler mantuvo una serie de coloquios con sus consejeros militares, los cuales ni siquiera entonces estaban de acuerdo sobre las posibilidades de la invasión. El 11 de julio, el almirante Raeder expuso las dificultades de proyecto, como, por ejemplo, el dragado y colocación de las minas y la preparación de la escuadra de desembarco, y creía haber convencido al *Führer* de que la invasión debía intentarse tan sólo en caso extremo. Pero, al día siguiente, el general Jodl envió un memorándum en el que objetaba que las dificultades podrían superarse si la invasión tomaba «el aspecto del paso de un río por las fuerzas en un frente muy extenso... En esta operación la función artillera correspondería a la *Luftwaffe*. La primera oleada de tropas de desembarco tenía que ser muy importante, y en el estrecho de Dover era necesario, para sustituir los puentes, establecer un pasillo de mar a cubierto de cualquier ataque naval».

El 13 de julio, Jodl agregó a su memorándum un documento más completo, en el cual los jefes del Ejército, que entonces consideraban con mucho más optimismo las posibilidades de éxito de la invasión, presentaban su plan operativo, que era bastante ambicioso: en tres días habría que desembarcar 13 divisiones –seis del Grupo de Ejércitos A, entre Ramsgate y Bexhill; otras cuatro del Grupo A, entre Brighton y la isla de Wight, y tres del Grupo B, bastante más al Oeste, en la bahía de Lyme–. Esta fuerza de desembarco inicial se completaría con otras 28 divisiones, incluyendo también unidades acorazadas, motorizadas y aerotransportadas.



El mariscal Goering, el hombre que creyó poder destruir en cuatro días los cazas que defendían Inglaterra meridional, y toda la RAF en dos o cuatro semanas. (Archivo Rizzoli)

Las divisiones del Grupo A, una vez constituida una primera cabeza de puente, con una profundidad que oscilaría entre los 21 y 30 km, deberían avanzar hacia el primero de los grandes objetivos, establecido sobre una línea que iba desde Gravesend a Southampton; después de recibir refuerzos, seguirían avanzando rápidamente para conseguir el segundo objetivo, una línea desde Maldon, en la costa de Essex, hasta el estuario del Severn, sin conquistar Londres, pero aislándola por completo. Mientras tanto, las divisiones del Grupo B avanzarían sobre Bristol por la bahía de Lyme, aislando la parte occidental del país. Desde esta base, que comprendería la mayor parte de Inglaterra meridional, se calculaba que el Ejército alemán podría conquistar el resto de Gran Bretaña en el período de un mes.

El resultado de esta fase de proyectos fue la directiva titulada «Preparativos para una operación de desembarco en Inglaterra», dada a conocer el 16 de julio. En ella se decía: «Como sea que Inglaterra, a pesar de la situación militar desesperada en que se encuentra, no da señales de querer llegar a un acuerdo, he decidido preparar, y si es posible poner en práctica, una operación de desembarco en sus costas. El objetivo de esta operación es eliminar la Inglaterra metropolitana y, con ello, terminar la guerra. Si es necesario, se ocupará totalmente la isla». La operación que Jodl había denominado «León» en su memorándum del 12 de julio, tendría el nombre convencional de «León Marino».

Y, sin embargo, Hitler no había renunciado todavía a la idea de paz. El 19 de julio hizo una última oferta a Inglaterra (rechazada por el ministro de Asuntos Exteriores, Halifax, el día 22), en la que afirmaba no ver los motivos por los que la guerra tenía que continuar. Pero a través de los archivos alemanes caídos luego en poder de los Aliados, resulta casi completamente seguro que, al contrario del testimonio dado por ciertos generales después de la guerra, desde aquel momento se había decidido ya la invasión: efectivamente, en el verano de 1940, éste fue el objetivo número uno del Mando Supremo de la *Wehrmacht*, y los preparativos correspondientes tuvieron preferencia sobre cualquier otra actividad.

No obstante, la Marina, que fue la primera en exponer la idea de la Operación «León Marino», y que había continuado sosteniéndola cuando el Ejército y la *Luftwaffe* no la apoyaban, se mostró, paradójicamente, cada vez más pesimista a medida que iba examinando los detalles del plan. En un memorándum cursado sólo tres días después de la directiva del 16 de julio, los expertos navales pusieron de relieve las «excepcionales dificultades» con que tenían que enfrentarse. Los puertos de embarque habían sido dañados durante la campaña; y, por otra parte, era imposible hacer previsiones meteorológicas respecto al canal de la Mancha. El plan de desembarco en playa libre significaba que sería necesario transformar toda la flotilla destinada al transporte. Finalmente –y ése era el punto más importante–, la Marina insistía en no poder asegurar la protección del pasillo de mar, después del primer asalto.

Hitler no ignoró estas advertencias. En efecto, el 21 de julio, en una reunión de comandantes en jefe, definió a la Operación «León Marino» como una empresa «excepcionalmente arriesgada» en la cual «la parte más difícil era el continuo envío de refuerzos, de armas y de municiones». Reconocía, además, la necesidad de que la primera oleada de desembarco se enviara antes del 15 de septiembre, ya que, de otro modo, el empeoramiento de las condiciones atmosféricas impediría a la *Luftwaffe* participar en la operación. Pero en esta ocasión la innata cautela de Hitler fue vencida por el deseo de poner fuera de combate a Inglaterra cuanto antes. En el transcurso de esta misma reunión afirmó explícitamente su propósito de agre-



Ciudadanos ingleses se ejercitan en la lucha contra los paracaidistas. Estamos en verano de 1940, es decir, en el período en que se temía una invasión alemana de la isla. La buena voluntad suplía la inexperiencia. *(Archivo Rizzoli)*

dir en la primera oportunidad a la URSS, su aliada, y la seguridad de que solamente la Operación «León Marino» permitiría la conclusión rápida de la campaña occidental.

El almirante Raeder fue invitado a presentarse para informar, a fin de que estableciera la fecha más próxima en que la Marina estaría preparada para la invasión.

La Marina recomienda prudencia

El 25 de julio el consciente almirante Raeder expuso, por orden de importancia, las dificultades que él consideraba superables: dando por descontada la cobertura aérea, habría que pensar en el dragado de los campos minados por el enemigo y en la colocación de las propias minas; asimismo preparar los puertos de embarque y proveerse de embarcaciones de acuerdo con las diversas necesidades.

Incluso así se inclinaba todavía por la prudencia, y manifestaba a Hitler que el problema de los medios de desembarco constituía aún la preocupación mayor. La principal dificultad radicaba, principalmente, en conseguir los barcos necesarios para el transporte.

El 29 de julio, un memorándum redactado por el Estado Mayor de la Marina puso de relieve, más claramente aún, este punto de vista, explicando que la invasión no podría efectuarse antes de la segunda mitad de septiembre (cuando Hitler esperaba haber concluido ya la fase principal de la operación), y ni siquiera entonces la Marina estaría capacitada para asegurar la protección. Schiniewind, jefe de la Sección operativa del Estado Mayor de la *Kriegsmarine*, escribió: «No es posible comprometerse para el año en curso..., y las perspectivas de realizar la operación aparecen bastante dudosas». El memorándum convenció a los comandantes del Ejército de que la Operación «León Marino» se olvidaría, y decidieron –sin renunciar a los propósitos de invasión– convencer a Hitler para que efectuara una ofensiva en el Mediterráneo contra tres objetivos: Gibraltar, Haifa y el canal de Suez.

Raeder asestó todavía otro golpe más decisivo contra los planes de invasión. Fue el 31 de julio, en un informe general en el que exponía detalladamente las dificultades de transporte y el perjuicio que la requisa de barcos, remolcadores y gabarras hubiera ocasionado en la flota mercante y en la navegación interna. Los minerales de hierro y el carbón –esenciales para la economía de guerra– eran importados por vía marítima desde Suecia, y asimismo los suministros alimentarios dependían, sobre todo, del sistema de transportes marítimos internacionales. Además, aseguró que la Operación «León Marino» debería realizarse en el otoño de 1940, porque los preparativos se prolongarían hasta mediados de septiembre y el único período en que la marea y la luna serían propicias era el comprendido entre el 19 y el 26 de septiembre. Por si no bastaba, Raeder pidió que el frente de desembarco se limitara al estrecho de Dover y, finalmente, propuso aplazar la operación hasta el mes de mayo de 1941.

Sus argumentos convencieron al Ejército, pero no a Hitler, que entonces, paradójicamente, propugnaba el plan original. Estaba dispuesto a considerar la idea de un ataque diversivo en el Mediterráneo, pero quería un «resultado decisivo» lo antes posible, alcanzable «tan sólo por medio de un ataque a Inglaterra... Es indispensable intentar preparar la operación para el 15 de septiembre de 1940». La Operación «León Marino» tenía que seguir adelante con tal de que se lograse la superioridad aérea, por lo que al día siguiente ordeno: «La Aviación alemana debe poner fuera de combate a la inglesa, empleando para ello todos los medios a su disposición, y lo antes posible». Así pues, la Operación «León Marino» se hallaba subordinada al resultado de la Operación «Águila», o sea el ataque de la *Luftwaffe* a la RAF. A partir de entonces, la atención de los Estados Mayores responsables del plan de desembarco, y la de todo el resto del mundo, se concentró en el desarrollo y resultado de la batalla de Inglaterra.

Y así iba pasando el tiempo. Pero bastaron pocos días para comprender que Hitler, cualquiera que fuese el resultado de la batalla aérea, al tomar la decisión final había ignorado por completo el punto de vista de la Marina respecto a limitar al estrecho de Dover el sector de desembarco. Cuando Raeder supo que el plan del Ejército continuaba basándose en un frente de invasión extenso, reafirmó su opinión y la de todo su Estado Mayor, según la cual la Marina sólo podría cubrir el sector comprendido entre Folkestone y Eastbourne. Para Brauchitsch, comandante en jefe de las fuerzas terrestres, la proposición era absolutamente inaceptable: «El desembarco limitado a este sector se presenta como un ataque frontal a una línea defensiva en un sector demasiado estrecho, sin buenas perspectivas para el factor sorpresa, con fuerzas insuficientes y con la imposibilidad de hacer llegar rápidamente los refuerzos». Su jefe de Estado Mayor, Halder, se expresó de forma más drástica aún: «Rechazo decididamente el plan de la Marina. Desde el punto de vista del

SS. alemanas en las playas del canal de la Mancha. Al igual que Felipe II de España y que Napoleón, Hitler fracasó en su intento de conseguir el dominio del canal. *(History of the Second World War)*



La incursión alemana del 7 de septiembre de 1940 sobre Gran Bretaña. El objetivo eran los depósitos e instalaciones a orillas del Támesis. La densa nube oscura que se levanta hacia el cielo indica que la aviación germana hizo blanco. *(Archivo Rizzoli)*

Ejército lo considero un verdadero suicidio. Sería lo mismo que meter las tropas recién desembarcadas en un triturador».

Ante divergencias tan fundamentales, la decisión dependía de Hitler. De momento, el desembarco en la bahía de Lyme fue descartado y la Marina se comprometió a proporcionar cincuenta barcos, para una sola travesía, desde la costa francesa hasta Brighton. Sin embargo, la concesión no satisfizo a los comandantes del Ejército, que exigían setenta barcos para varias travesías, y declararon que en estas condiciones no sería posible llevar a cabo la operación prevista. «Sólo se podría dar el golpe de gracia... a un enemigo vencido ya en la batalla aérea», dijo Halder a Jodl, quien desde el principio se había mostrado de acuerdo con esta opinión. Todas estas modificaciones al proyecto de invasión mermaron visiblemente el entusiasmo del Ejército: el plan preveía un desembarco de 250.000 hombres durante los tres primeros días y ahora la cifra había sido reducida a la mitad.

Brauchitsch empezó a tener serias dudas de que la Operación «León Marino» se realizara, y a las instrucciones que se dieron el 30 de agosto para los preparativos del Ejército agregó la siguiente apostilla: «La orden de ejecución depende de la situación política». También Raeder consideraba con pesimismo el resultado de la empresa, pero, consciente de su deber, reunió una poderosa flota para la invasión y, lo mismo que sus colegas del Ejército, atribuyó la responsabilidad del éxito a la *Luftwaffe*. Lo ilógico de semejante actitud debió de ser evidente para todos. En 1939 el primer informe de la Marina descartó ya el proyecto de invasión, afirmando que el éxito dependía de tal modo de la superioridad aérea, que los ingleses se rendirían antes de que la Operación «León Marino» estuviera en marcha. Una vez destruida la RAF, Inglaterra se encontraría indefensa frente a los bombardeos, y su resistencia sería inútil. Por lo tanto, no sería necesario correr el riesgo de una invasión, ni siquiera como golpe de gracia. Y si acaso lo fuera –quizá como continuación inmediata a un potente ataque aéreo–, entonces tendría que realizarse a gran escala.

No obstante, los preparativos continuaron, y el día 4 de septiembre la Sección operativa del Estado Mayor de la *Kriegsmarine* comunicó a Raeder: «El personal y los materiales solicitados para la Operación «León Marino» han sido reunidos y estarán preparados cuando termine el tiempo aún disponible, por lo que la operación podrá empezar en la fecha más próxima fijada», es decir el 21 de septiembre. El Ejército y las S.S. estaban más o menos en iguales condiciones. Así, pues, todo dependía de la *Luftwaffe*.

El supremo esfuerzo de la «Luftwaffe»

Goering se había hecho la ilusión de derrotar a los cazas que defendían el sur de Inglaterra en cuatro días, y a la RAF entera en dos semanas, o como máximo cuatro. Pero al menos él era lógico, pues juzgaba que si la *Luftwaffe* conseguía sus proyectos, la Operación «León Marino» sería superflua. En efecto, el 5 de septiembre comunicó a la Sección operativa de la *Wehrmacht* que «no se interesaba por los preparativos de la Operación "León Marino", ya que consideraba que no sería puesta en práctica».

La confianza de Goering estaba justificada en parte por la enorme superioridad numérica que la *Luftwaffe* tenía sobre la RAF, pero esta ventaja tuvo su contrapartida en el radar y en el imprevisto cambio de objetivo del ataque aéreo alemán durante la batalla de Inglaterra.

Desde el 23 de agosto al 6 de septiembre, la *Luftwaffe* desencadenó un potente ataque contra los cazas de la defensa; pero precisamente cuando parecía que se había alcanzado una notable ventaja, el ataque se dirigió contras las ciudades. Esta nueva táctica causó, desde luego, grandes daños a la población civil, pero en cambio permitió que la fuerza de caza se recuperara, hasta el punto de infligir graves daños a los alemanes durante la incursión efectuada el 15 de septiembre.

La frustrada derrota de la RAF obligó a Hitler (que el 11 de septiembre debía decidir si la operación se efectuaría o no el día 21) a retrasar la fecha. El 10 anunció que tomaría la decisión el día 14, alegando el pretexto de que la superioridad aérea no se había conseguido aún, si bien existía la común convicción de que se trataba solamente de una cuestión de días. El aplazamiento significaba que la invasión no empezaría antes del 24, ya que para ultimar los preparativos se necesitaban diez días de antelación. Pero el día 13, de improviso, Hitler renunció a la operación –lo refirieron Jodl, Halder y Raeder–, y el motivo que adujo no fue el fracaso de Goering, sino el brillante éxito del ataque aéreo que, según aseguraba, bastaría por sí solo para conseguir el fin propuesto. Sin darse cuenta, acababa de expresar justamente que el proyecto de la Operación «León Marino» era irrealizable si no se conseguía el dominio del aire, e inútil si se conseguía.

Pero esto no representó el abandono definitivo. El día 14, el «León Marino» salió a relucir de nuevo. Hitler, una vez más, había cambiado de parecer, al comprender, a pesar de todo, que la invasión hubiera acelerado la caída de Inglaterra, lo cual demuestra que la empresa proyectada era marginal en relación con la batalla aérea. Su logro, en su opinión, requería tan sólo cinco días de buen tiempo. El *Führer* aplazó esta decisión, bastante incoherente y siempre contra el parecer de Raeder, hasta el día 17, fijando el desembarco para el 27. Pero el día 17 el tiempo no daba señales de mejorar, y la Operación «León Marino» hubo de aplazarse «hasta nueva orden».

Mientras tanto, se habían impuesto otras consideraciones de orden táctico. La RAF realizaba incursiones contra la flota de invasión, y Raeder convenció a Hitler para que renunciara a una posterior concentración de medios navales y permitiera una limitada dispersión de los ya reunidos. Tampoco esto significó la renuncia a la idea de la invasión: Hitler, aun cuando no podía fijar la fecha, continuó insistiendo para que las fuerzas de invasión estuvieran preparadas para iniciar las operaciones con diez días de preaviso. Pero, en realidad, una vez permitida la parcial dispersión de los buques, el plazo de diez días no era ya válido. El propio Hitler se vio obligado a reconocerlo, tal como se deduce de la orden cursada el 2 de octubre; pero, lo cierto es que, antes de esta fecha, el Ejército y la Marina ya habían solicitado del *Führer* la anulación de la operación, a fin de evitar que las unidades concentradas estuvieran expuestas a las incursiones de la RAF. Por fin la Operación «León Marino» se aplazó para 1941.

A juzgar por las repetidas dilaciones, todas ellas motivadas oficialmente por el mal tiempo y por los cazas ingleses, que impidieron que la *Luftwaffe* consiguiera el predominio del aire, es evidente que la acción de la RAF del 15 de septiembre no había sido decisiva en sí misma, y que el aplazamiento del 17 no equivalía a un abandono definitivo. Hitler entonces continuaba con el firme propósito de llevar a cabo el plan, a pesar de que cada aplazamiento ofrecía a la aviación inglesa nuevas ocasiones para atacar los medios de transporte. El aplazamiento «hasta nueva orden» del 17 de septiembre obedeció a la imposibilidad de fijar futuras fechas precisas y por el fracaso de la batalla aérea.

DAVID ELSTEIN



Nació en Slough en 1944. Estudió en Londres, en Gonville y en el Caius College de Cambridge, del que fue uno de los alumnos más brillantes, y donde se dedicó especialmente a la historia moderna inglesa, europea y americana. Se licenció en 1964 con la máxima puntuación y mención de honor. Después ingresó en la BBC, dedicándose a programas de actualidad. Ha dado conferencias, y ha escrito y revisado programas radiofónicos sobre variados temas, entre ellos la Operación «León Marino». Es asimismo autor de numerosos artículos de carácter histórico.

Gran Bretaña, agosto-septiembre de 1940

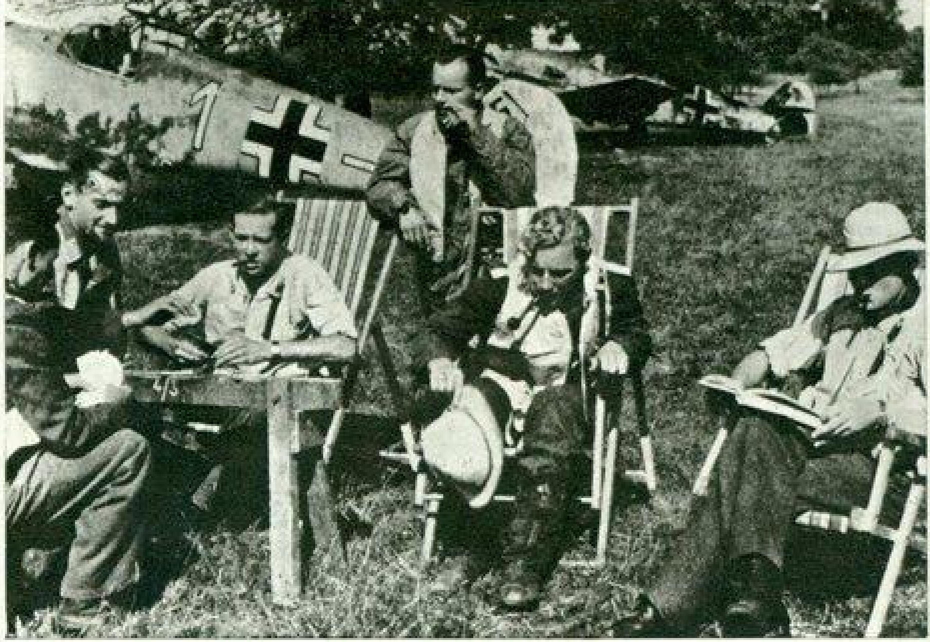
Denis Richards



LA BATALLA DE INGLATERRA

(History of the Second World War)





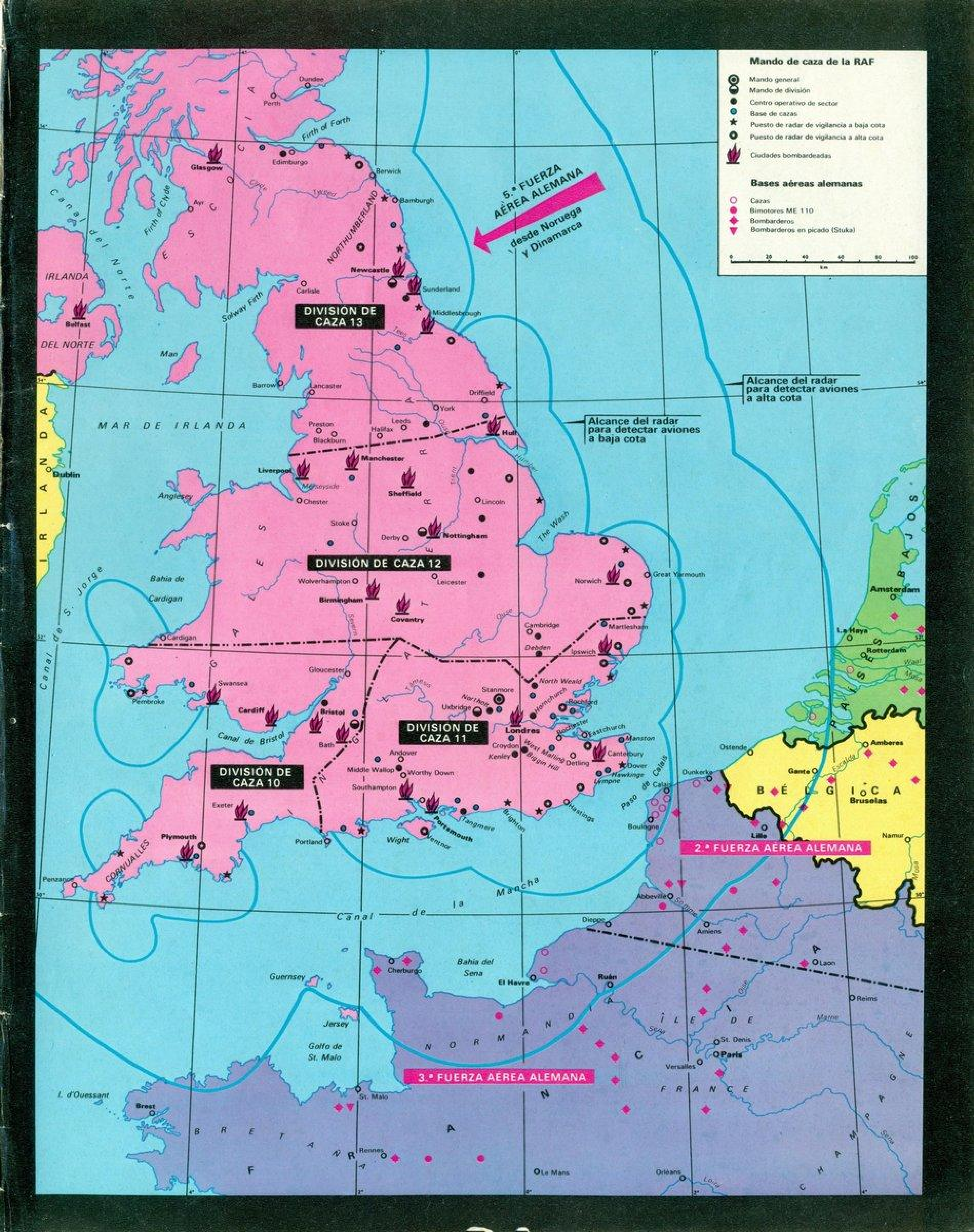
Dos tripulaciones; a la izquierda la de la RAF, y a la derecha la de la «Luftwaffe». Uniforme, aspecto, edad, todo muy semejante. Si no fuera por los escudos pintados sobre los aviones resultaría difícil distinguir unos de otros. Abajo: el piloto de un «Hurricane» se lanza en paracaídas apenas su avión ha sido alcanzado. *(History of the Second World War)*

Ya desde los primeros días del conflicto, Inglaterra esperaba un fuerte ataque de las Fuerzas Aéreas alemanas y, como medidas preventivas, las mujeres y los niños fueron evacuados de las grandes ciudades, se prohibió tener las luces encendidas por la noche, se distribuyeron mascarillas antigás y millares de camas estaban preparadas en los hospitales. Sin embargo, durante el otoño y el invierno de 1939-40 los temidos «golpes decisivos» desde el aire no se produjeron.

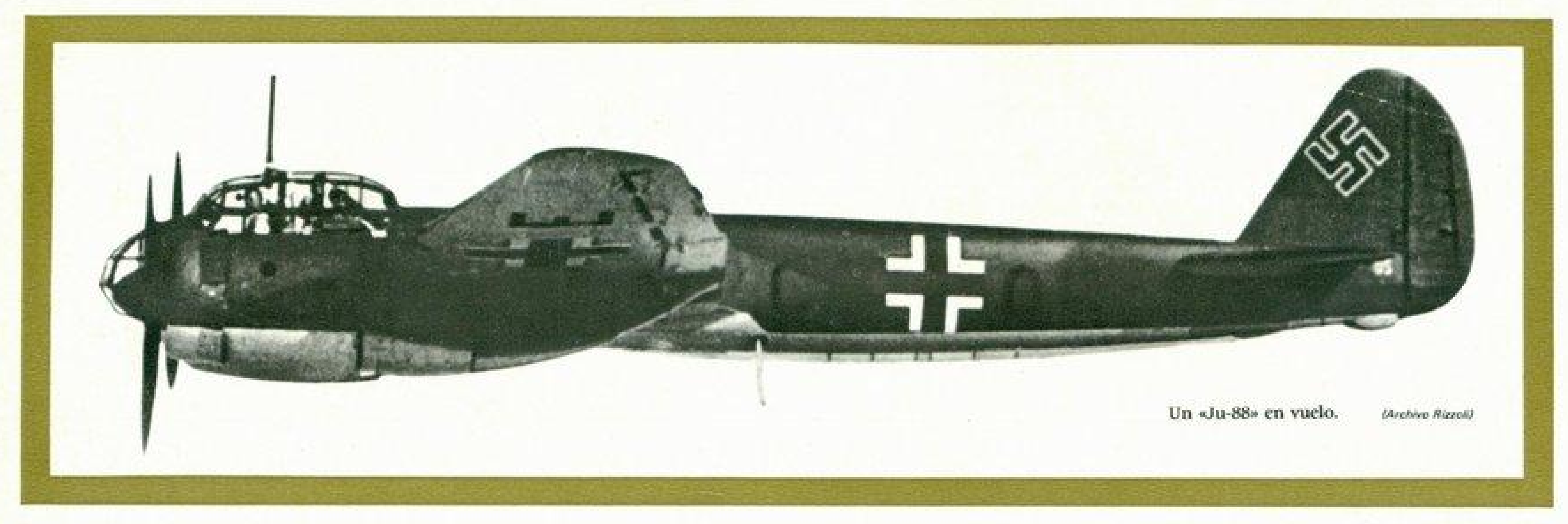
Esta tranquilidad ni siquiera se alteró durante la primavera de 1940, cuando la guerra en el frente occidental alcanzó su punto álgido. Si bien entonces tan inesperada calma parecía inexplicable, ese privilegio de que gozaba Gran Bretaña obedecía a unas razones muy concretas. Durante la «guerra extraña», Inglaterra no había lanzado una ofensiva de bombardeos estratégicos contra Alemania por el temor de desencadenar sus represalias. Por su parte, Alemania había renunciado también a una acción análoga contra Gran Bretaña porque consideraba que sus aparatos no podrían obtener resultados decisivos despegando de las bases alemanas y además porque, en aquellos momentos, casi todas las fuerzas de la *Luftwaffe* estaban ocupadas en las operaciones de apoyo de las fuerzas terrestres, apoyo que se había revelado de gran eficacia en la campaña de Polonia y que lo era igualmente en las operaciones que se llevaban a cabo en Noruega, Países Bajos y Francia. Estando aún en curso estas batallas, se prefería no dispersar las fuerzas con una ineficaz actividad contra Inglaterra.

Pero esa abstención voluntaria duró hasta que el Ejército alemán ocupó las humeantes ruinas de Dunkerque. En la noche del 5 al 6 de junio, cuando todavía no habían transcurrido cuarenta y ocho horas, la *Luftwaffe* empezó a demostrar más interés por el territorio británico: unos treinta bombarderos volaron sobre la costa oriental y atacaron aeropuertos y otros objetivos, repitiéndose la acción la noche siguiente. Sobrevino un nuevo período de calma cuando el Ejército alemán en Francia inició su avance hacia el Sur, encargándose la *Luftwaffe* de apoyarle. Ese intervalo de tranquilidad duró hasta el día en que Francia pidió el armisticio; en efecto, pocas horas después la Aviación alemana reanudó sus incursiones nocturnas contra Inglaterra. De junio a agosto,

La «Luftwaffe» podía atacar partiendo de las zonas costeras de los países ocupados. Para enfrentarse a la poderosa fuerza aérea germana los recursos ingleses debían aprovecharse al máximo. *(History of the Second World War)*



Mando de caza de la RAF
Mando general
Mando de división
Centro operativo de sector
Base de cazas
Puesto de radar de vigilancia a baja cota
Puesto de radar de vigilancia a alta cota
Ciudades bombardeadas
Bases aéreas alemanas
Cazas
Bimotores ME 110
Bombarderos
Bombarderos en picado (Stuka)
0 20 40 60 80 100
km
5.ª FUERZA AÉREA ALEMANA
desde Noruega y Dinamarca
Alcance del radar para detectar aviones a alta cota
Alcance del radar para detectar aviones a baja cota
DIVISIÓN DE CAZA 13
DIVISIÓN DE CAZA 12
DIVISIÓN DE CAZA 11
DIVISIÓN DE CAZA 10
2.ª FUERZA AÉREA ALEMANA
3.ª FUERZA AÉREA ALEMANA
Dundee
Perth
Firth of Forth
Glasgow
Edimburgo
Berwick
Bamburgh
Ayr
Firth of Clyde
NORTHUMBERLAND
Newcastle
Sunderland
Middlesbrough
Carlisle
Solway Firth
IRLANDA
Belfast
DEL NORTE
Canal del Norte
Man
Barrow
Lancaster
Driffield
York
Leeds
Halifax
Preston
Blackburn
Hull
Humber
MAR DE IRLANDA
IRLANDA
Dublin
Liverpool
Manchester
Sheffield
Anglesey
Chester
Lincoln
Stoke
Derby
Nottingham
The Wash
Bahía de Cardigan
Canal de S. Jorge
Wolverhampton
Leicester
Birmingham
Coventry
Norwich
Great Yarmouth
Cambridge
Martlesham
Cardigan
Debden
Ipswich
Gloucester
North Weald
Swansea
Pembroke
Stanmore
Northolt
Hornchurch
Rochford
Uxbridge
Cardiff
Bristol
Bath
Londres
Rochester
Eastchurch
Manston
Canal de Bristol
Croydon
Kenley
West Malling
Biggin Hill
Detling
Canterbury
Dover
Hawkinge
Lympne
Andover
Middle Wallop
Worthy Down
Southampton
Exeter
Plymouth
Portland
Wight
Ventnor
Portsmouth
Tangmere
Brighton
Hastings
Paso de Calais
CORNUALLES
Penzance
Canal de la Mancha
PAÍSES BAJOS
Amsterdam
La Haya
Rotterdam
Ostende
Amberes
Gante
Dunkerke
Calais
BÉLGICA
Bruselas
Lille
Boulogne
Namur
Abbeville
Somme
Dieppe
Amiens
Laon
Bahía del Sena
Cherburgo
Guernsey
El Havre
Ruán
Reims
Jersey
NORMANDÍA
ÎLE DE FRANCE
Golfo de St. Malo
St. Denis
París
Versalles
I. d'Ouessant
St. Malo
Brest
BRETAÑA
Rennes
Le Mans
Orléans
FRANCIA
CHAMPAGNE


Un «Ju-88» en vuelo. (Archivo Rizzoli)

cuando empezaron los ataques aéreos diurnos, los alemanes enviaron repetidas veces sus formaciones de bombarderos –que llegaron a sumar hasta setenta aparatos– contra objetivos diseminados sobre una amplia zona del territorio inglés. La finalidad de tales incursiones era adiestrar a las tripulaciones para vuelos nocturnos, ejercitarlas en el empleo de las instalaciones de radioayuda así como en los reconocimientos aéreos y además mantener a los ingleses en un estado de alarma constante.

Por otra parte, tampoco hay que olvidar –ésta al menos era la opinión de Hitler– que, con el tiempo, quizá las operaciones contra Inglaterra resultaran superfluas. La rapidez y la magnitud de la victoria de las fuerzas alemanas en Francia sobrepasaron, incluso, los cálculos más optimistas de Hitler, y a pesar de que ya en otoño de 1939 se trató en líneas generales de los problemas de la invasión de Inglaterra, el proyecto únicamente adquirió consistencia después del 20 de mayo de 1940, cuando las tropas alemanas alcanzaron las costas del canal de la Mancha. Fue entonces cuando la Marina empezó a elaborar planes concretos, en tanto que el Ejército no demostró ningún interés por la operación hasta la definitiva derrota francesa.

El 2 de julio, el *Führer* impartió a las Fuerzas Armadas la orden de preparar un plan de invasión, teniendo presente, sin embargo, la posibilidad de un aplazamiento. El 19 de julio presentó la propuesta oficial de paz, que Londres rechazó el 22.

Dos «Dornier» vuelan sobre una zona de Inglaterra, ya alcanzada por otras oleadas de aviones de la «Luftwaffe», mientras se dirigen hacia nuevos objetivos. (Imperial War Museum)

RAF: seiscientas salidas al día

Mientras empezaban a perfilarse los planes para la Operación «León Marino» y para la batalla aérea, prólogo de aquélla, la *Luftwaffe* no descansaba sobre sus laureles. Continuaban las operaciones nocturnas contra Inglaterra, despegando de los aeródromos de los territorios ocupados, y, después del 10 de julio, intensificó los ataques diurnos contra el tráfico marítimo inglés en el canal de la Mancha. En general, los bombarderos alemanes solían ser detectados por las estaciones de radar inglesas, pero al estar dirigidas las incursiones contra las zonas periféricas del sistema defensivo británico, el mando de caza tenía que enfrentarse con un problema nada fácil. Sin lugar a dudas, las pérdidas alemanas eran superiores a las inglesas: hoy sabemos que la *Luftwaffe* perdió del 10 de julio al 10 de agosto de 1940, 217 aparatos contra 96 perdidos por la caza británica.

Pero estos ataques alemanes, a pesar de no ser muy graves para la navegación británica, obligaban a realizar un duro trabajo a los cazas, que debían llevar a cabo unas seiscientas misiones al día y en un radio de acción muy extenso, y eso precisamente cuando se reagrupaban todas las fuerzas a fin de prepararse para otras acciones más duras que, claramente, se iban perfilando en el horizonte.

No obstante, los ataques alemanes que obstaculizaban la navegación no eran más que un preludio de la inminente batalla aérea que la *Luftwaffe* iba a librar poco después. Como ya se ha dicho, condición esencial para el éxito de la Operación «León Marino» era la conquista de la superioridad aérea sobre el canal de la Mancha e Inglaterra meridional por los alemanes. Éstos sólo podían confiar en efectuar la travesía y el desembarco, y en mantener luego el enlace entre ambas orillas sin sufrir pérdidas excesivas, a condición de poner fuera de combate la RAF. En efecto, su destrucción, además de eliminar el peligro de incursiones inglesas, permitiría a la *Luftwaffe*, dueña absoluta del cielo, mantener constantemente empeñada a la *Royal Navy*. Existía, además, la esperanza de que la victoria de la *Luftwaffe* fuese de tal magnitud que, por sí sola, bastara para obligar a Inglaterra a rendirse o, al menos, para llevarla al borde de la derrota completa. En este caso, la invasión, con una pequeña ayuda del Ejército y de la Marina, hubiera podido adquirir la forma de una ocupación sin resistencia.

En vísperas del gran ataque, el despliegue de las unidades aéreas era como sigue: los alemanes disponían de tres fuerzas aéreas, de las cuales las principales eran la 2.ª *Luftflotte*, al mando del general Kesselring, situada en el norte de Alemania, Holanda, Bélgica y noroeste de Francia, y la 3.ª *Luftflotte*, al mando del general Sperrle, que se encontraba en el norte y oeste de Francia. De día, estas dos grandes unidades amenazaban continuamente toda la mitad sur de Inglaterra, hasta los condados centrales, aumentando considerablemente su radio de acción durante la noche. La otra fuerza aérea, más reducida, la 5.ª *Luftflotte*, a las órdenes del general Stumpff, situada en Dinamarca y Noruega, se encargaba de dispersar la defensa inglesa y de bombardear Escocia y el noroeste de Inglaterra. El 10 de agosto, estas tres unidades disponían en conjunto de más de 3000 aparatos, de los cuales unas tres cuartas partes estaban preparados para entrar en acción en cualquier momento.

Unos 1100 de ellos eran cazas, casi todos *Messerchmitt* 109E que equivalían, prácticamente, a los *Spitfire* adversarios, pero en sus acciones de protección se veían obstaculizados por su limitada autonomía.

Para escoltar a los bombarderos que atacaban objetivos más lejanos, incluyendo los que debían ser alcanzados desde Noruega a través del mar del Norte, los alemanes disponían de unos 300 *Messerschmitt* 110, potentes cazas bimotores que, sin embargo, no podían compararse con los *Spitfire* y *Hurricane*, mucho más ágiles en las maniobras. Los restantes 1900 aparatos alemanes eran casi todos bombarderos, en su mayoría *Heinkel* 111 que, si bien eran lentos, habían dado muy buenos resultados.

Figuraban, además, los *Dornier* 17, de perfil esbelto y uniforme; los veloces y más recientes *Junker* 88 y los 400 *Junker* 87, los llamados *Stuka*, famosos bombarderos en picado sobre los que se había creado una aureola de leyenda a raíz de sus intervenciones en Polonia y Francia. Sin embargo, su autonomía de vuelo era muy limitada, y en esta ocasión se tenían que enfrentar con un adversario fuerte y combativo.

En el bando inglés, la situación había mejorado mucho respecto a la de pocas semanas antes. El 4 de junio, a consecuencia de las grandes pérdidas de *Hurricane* que se sufrieron en Francia, el mando de caza tan sólo había podido reunir 446 cazas monomotores de reciente modelo, *Spitfire* y *Hurricane*, más otros 36 que estaban preparados en las unidades de reserva. Pero el 11 de agosto, en vísperas de la gran batalla, el mando disponía ya de 704 aparatos de este tipo en las unidades operativas y 289 más en las de reserva. Y durante las diez críticas semanas que siguieron a Dunkerque, la potencia efectiva de los cazas prácticamente se había doblado, gracias a la realización de los programas elaborados por el Ministerio de Aviación y al enorme esfuerzo cumplido por la industria bajo el impulso de lord Beavebrook, el nuevo ministro de Construcciones Aeronáuticas.

El refuerzo de la defensa

Durante estas diez semanas, el sistema defensivo preparado por Inglaterra para protegerse de un enemigo que actuaría desde Alemania y desde los Países Bajos, se había dispuesto basándose en planes anteriormente elaborados; pero en esos momentos tendrían que llevarse a la práctica de forma que también se opusiera resistencia a las fuerzas con base en Francia y Noruega. A las divisiones ya existentes del mando de caza (número 11 en el sector sudeste, número 12 en el sector este y condados centrales, y número 13 en el sector noroeste hasta el Firth of Forth) se había añadido otra, la número 10, en el sector sudoeste. Asimismo aumentaron las defensas discontinuas de la parte noroeste del país, incluyendo Irlanda del Norte y Escocia.

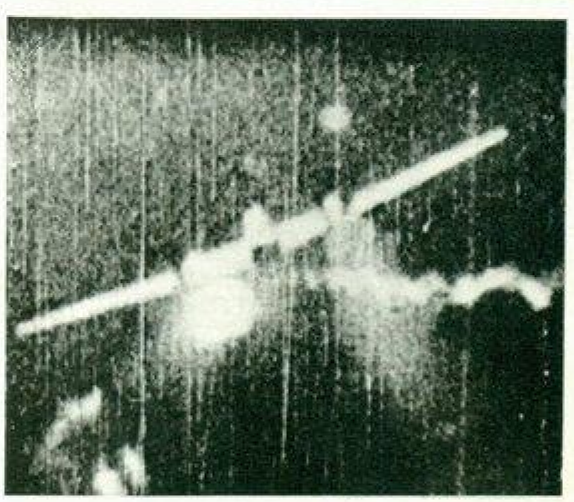
No se trató solamente de aumentar el número de aparatos y de pilotos, sino que se extendió además la cadena costera de radares, añadiéndosele unos puestos especiales para la localización de aviones a baja cota, ampliando los puestos de observación en tierra para la localización de los aviones en vuelo, adaptando muchos aeródromos para operaciones de caza e instalando cañones, reflectores y barreras de globos cautivos.

Sin embargo, a pesar de haber sido ampliado y reforzado el sistema defensivo aéreo de la isla, no se pudo eliminar algunas graves deficiencias. Ante la nueva situación originada por las conquistas alemanas, el jefe de la defensa territorial del Ministerio de Aviación consideraba necesarios 120 escuadrones de caza, mientras que Dowding tenía menos de la mitad y ocho de ellos estaban formados por *Blenheim* o *Defiant*, que no podían rivalizar con los *Messerschmitt* 109. El mando de la artillería antiaérea disponía de menos de 2000 piezas, a pesar de que, incluso antes de las victorias alemanas en el Oeste, se hubiese calculado que el mínimo necesario era de 4000. El sistema de detección a larga distancia y de señalamiento de la posición de los aviones sobre el territorio metropolitano era incompleto en las regiones occidentales y en algunas zonas de Escocia y, además, había pocos pilotos de caza: se tardaba menos en fabricar nuevos aviones que en instruir a los hombres capaces de pilotarlos. Las deficiencias del sistema defensivo diurno eran pocas comparadas con las preocupantes deficiencias de la defensa nocturna, porque los cazas de modelo normal sólo podían ser utilizados durante los plenilunios y a condición de que el cielo estuviese muy despejado, y los hombres de los puestos de observación debían servirse de reveladores acústicos de escasa eficacia, en lugar de la agudeza de su vista y de un par de anteojos.

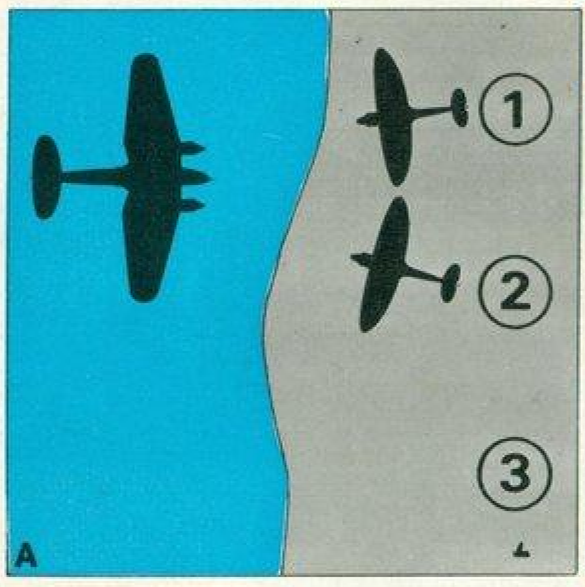
Sin embargo, Inglaterra podía contar, además de los ya mencionados, con otros medios defensivos. Entre ellos el mando de la aviación de costa, que llevaba a cabo operaciones de reconocimiento y apoyaba las acciones ofensivas, y el mando de la aviación de bombardeo. Casi todos los aviones de este último mando únicamente podían ser empleados, con el suficiente margen de

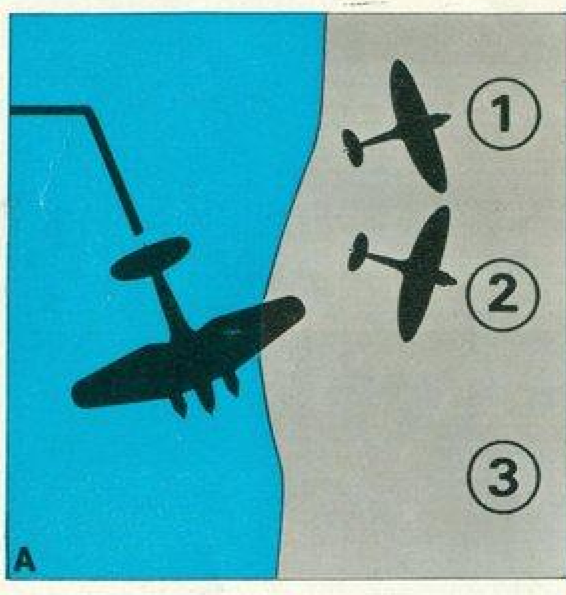


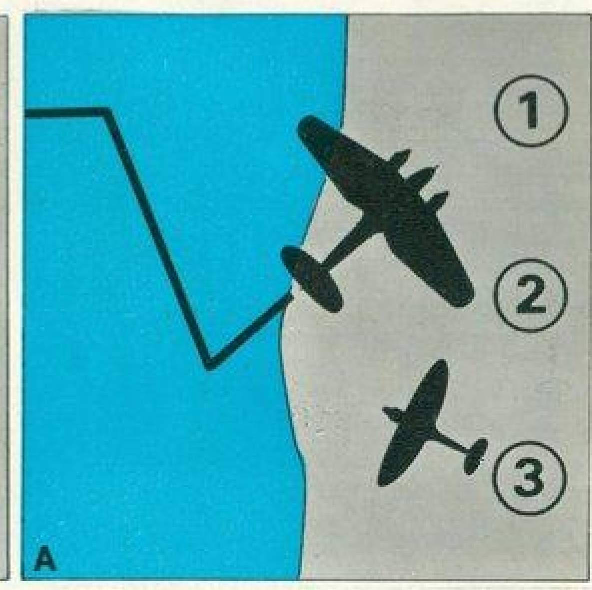




El fin de un «Me-110» en cuatro instantáneas sucesivas. En la primera empieza a despedir humo; en la última se ve estallar un motor. (Imperial War Museum)







La táctica de la caza británica

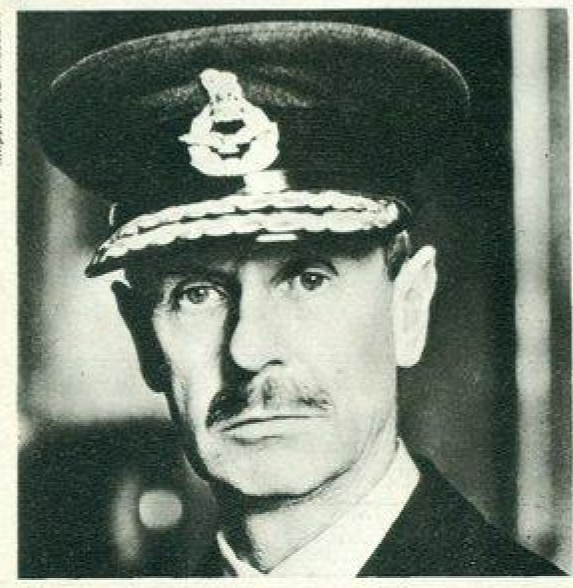
A) los aparatos de caza despegan para interceptar el ataque, pero aterrizan para repostar cuando los bombarderos cambian de dirección y se dirigen hacia el objetivo 3; éstos, eludiendo entonces a los cazas están todavía en

UNIDADES AÉREAS

GRAN BRETAÑA	ITALIA	ALEMANIA	ESPAÑA
FLEET	SQUADRA AEREA	LUFTFLOTTE	FUERZA
GROUP	DIVISIONE	FLIEGERKORPS	DIVISIÓN
——	BRIGATA	——	ALA
WING	STORMO	GESCHWADER	GRUPO
SQUADRON	GRUPPO	GRUPPE	ESCUADRÓN
FLIGHT	SQUADRIGLIA	STAFFEL	ESCUADRILLA

En este cuadro se exponen las equivalencias aproximadas de las unidades aéreas británicas, italianas y alemanas, con respecto al ordenamiento de la aviación militar española.

(Imperial War Museum)

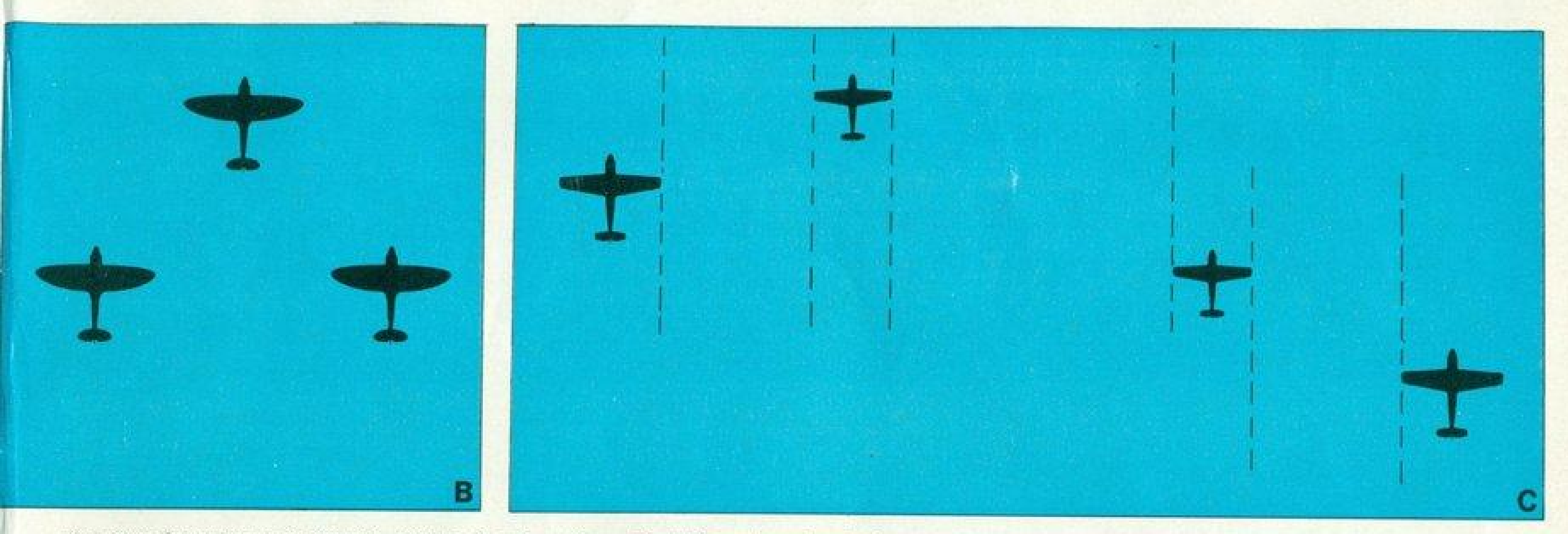






Arriba, a la izquierda: el teniente general sir Hugh Dowding. Abajo, a la izquierda: auxiliares de la RAF señalan sobre la mesa de operaciones la situación aérea. Arriba: el mariscal del Reich Goering (en el centro) con algunos oficiales de la «Luftwaffe». A la derecha: el gráfico ilustra el sistema de alarma: el radar descubre la formación de bombarderos que se avecina, avisa a la defensa aérea y al mando de la RAF. El mando de la caza, además de afrontar todo el peso del ataque alemán, debía discernir entre los ataques principales y las maniobras de diversión de los bombarderos enemigos.

(Paul Popper)



tierra. B) La formación en «V» invertida, en forma de cuña, era demasiado rígida para las exigencias de un combate moderno. C) Los pilotos de la RAF adoptaron la formación denominada por los alemanes «Schwarn», llamándola ellos «Finger four». (Cuatro dedos, porque queda dispuesta como cuatro dedos de una mano).

Artillería antiaérea

Estación de radio móvil

Harwich

Clacton

Mando división caza

Sector de control

Sector de control auxiliar

Mando caza

Estación de radar

Dover

Mando servicios de observación

Puesto de observación

Boulogne

Cabo Beachy

Isla de Wight

señalizaciones de caza

puestos de radio motorizados

señalizaciones de radar

línea de conexión con la artillería antiaérea

señalizaciones de los puestos de observación

órdenes de intervención

Deirdre Amsden

seguridad, en las acciones nocturnas, pero de noche resulta difícil localizar y atacar objetivos lejanos. Los bombarderos diurnos –un centenar de *Blenheim*– eran capaces de realizar acciones más concretas, pero necesitaban la protección de los cazas, protección que únicamente podía asegurarse en acciones a corta distancia. Los bombarderos ingleses podían ser muy eficaces para atacar objetivos cercanos, como los aeródromos, puertos y medios navales que se encontraban al otro lado del canal de la Mancha, pero contra objetivos más lejanos su eficacia era bastante dudosa.

La relación de las fuerzas aéreas de ambos contrincantes era, en conjunto –sin contar los aviones de reconocimiento y las unidades que estaban aún en Alemania–, de 1900 bombarderos apoyados por 1100 cazas por parte alemana, contra unos 700 cazas apoyados por 350 bombarderos por parte inglesa. Los alemanes, además de contar con la superioridad numérica, tenían la ventaja de la iniciativa y de poder atacar cualquier objetivo situado dentro de su radio de acción. La defensa inglesa, por el contrario, tenía tan sólo la posibilidad de reaccionar ante los movimientos del adversario.

De todas maneras, el sistema defensivo británico, pese a resultar incompleto, técnicamente era el más avanzado del mundo. Las alarmas anticipadas de las estaciones de radar (las de la zona sudoriental eran capaces de señalar las formaciones enemigas cuando todavía no habían abandonado la costa francesa), la señalización de la ruta seguida sobre el territorio inglés (efectuada por los puestos de observación), la guía desde tierra de los cazas (posibilitada por el conjunto de informaciones) y las continuas señales transmitidas por dichos cazas para comunicar su posición, eliminaban el dispendio de fuerzas que hubieran representado las misiones de detección.

Había otro factor que favorecía a los ingleses: la ofensiva alemana contra Inglaterra era una operación casi improvisada, y Goering, comandante en jefe de la *Luftwaffe*, era un hombre hábil pero, al mismo tiempo, jactancioso y que, en cuanto a competencia técnica, no podía rivalizar con su antagonista inglés. El tenaz Dowding, que dirigía el mando de la caza desde 1936, fecha en que fue fundada, era el hombre que, con su obstinación, había salvado la aviación de caza inglesa, oponiéndose a que se desgastara en Francia. Además, conocía muy bien su oficio, lo que no podía afirmarse, en cambio, de Goering. En teoría, el mariscal del Reich mandaba y coordinaba toda la ofensiva, pero en la práctica su actuación quedaba reducida a esporádicas intervenciones. Y en cuanto a su colaborador inmediato, Kesselring, era la primera vez que realizaba este tipo de operaciones, en tanto que el general Keth Park, que mandaba la División 11 inglesa, la mayor de las asignadas a la defensa aérea, poseía una dilatada experiencia en ese campo. Los dos comandantes ingleses, contrariamente a sus adversarios alemanes de su misma graduación, hacía años que se dedicaban al problema con el que en aquellos momentos se iban a enfrentar, y su habilidad, inteligencia y entrega equilibraban, en parte, junto a la de sus pilotos respectivos, la inferioridad numérica.



Operación «Águila»

El 10 de agosto, las tres *Luftflotten* estaban preparadas para empezar la gran ofensiva, la Operación «Águila» *(Adler)*, cuya finalidad era obligar a la RAF a abandonar el sur de Inglaterra. Según el Estado Mayor alemán, cuatro días eran suficientes para destruir la defensa inglesa aérea al sur de la línea Londres-Gloucester, y cuatro semanas para eliminar por completo la RAF. Si tenemos en cuenta los diez días de aviso previo que requería la Marina para la colocación de minas y los demás preparativos finales antes del día X, la fecha de la invasión podía fijarse hacia mediados de septiembre.

El 11 de agosto amaneció muy nublado, y la actividad alemana se redujo al bombardeo de Portland y de algunos barcos próximos a la costa. Al día siguiente, los ingleses tuvieron la sensación de que se estaba iniciando un importante ataque: se produjeron cinco o seis grandes incursiones y muchas más de menor entidad, llevadas a cabo por centenares de aparatos, entre los que se contaban los *Stuka* con su escolta. Fueron atacados los aeródromos, los barcos que estaban en el estuario del Támesis y las estaciones de radar de la costa meridional, causando daños en cinco de las seis atacadas, aunque sólo una fue destruida totalmente: la de Ventnor, en la isla de Wight, que no pudo ser sustituida hasta el 23 de agosto. Verdaderamente, fue un golpe muy duro. Por lo que se refiere a los aeródromos, los alemanes causaron desperfectos en el de Lympne, en el sur, y en Manston y Hawkinge, dos importantes bases de caza de Kent, pero los tres fueron reparados en veinticuatro horas. Los cazas contrarrestaron las incursiones más peligrosas e hicieron fracasar por completo la que tenía como objetivo Nanston. En el combate, los alemanes



Churchill en una calle londinense, inspeccionando los daños producidos por los continuos bombardeos y animando a la gente. *(Fox Photos)*

sufrieron la pérdida de 31 aparatos y los ingleses, a su vez, 22.

Pero según los documentos alemanes, el día siguiente, 13 de agosto, fue el verdadero día del «Águila», es decir, del inicio de la ofensiva. El ataque tuvo un prólogo por la mañana, porque un mensaje, que aplazaba por algunas horas la operación, no llegó a tiempo a ciertas unidades alemanas. Por la tarde, la acción más importante se desarrolló en dos direcciones: la 2.ª *Luftflotte* actuó sobre Kent y el estuario del Támesis, mientras la 3.ª realizaba devastadoras incursiones sobre Hampshire, Dorsetshire y Wiltshire, provocando graves daños en tres aeródromos: Eastchurch, Detling y Andover.

Al final del día, los alemanes –que en estas acciones habían empleado, en conjunto, 1485 aparatos, terminando la jornada con un positivo ataque nocturno contra una fábrica de *Spitfire* en Castle Bromwich– habían perdido 45 aviones contra 13 cazas perdidos por los ingleses. El día del «Águila» no parecía haber sido muy brillante para los alemanes, aunque ellos se declararon satisfechos por los resultados obtenidos. Según sus cálculos, además de los éxitos conseguidos bombardeando unos treinta objetivos, entre aeródromos e instalaciones industriales aeronáuticas, del 8 al 14 de agosto destruyeron en combate más de 300 cazas ingleses. En realidad, ni siquiera habían llegado a 100.

El 14 de agosto fue un día de actividad más reducida, con unas 500 salidas alemanas. Pero el día 15 la *Luftwaffe* intentó el golpe en gran escala, con el que días antes había esperado iniciar la batalla. Aprovechando el día sereno, los alemanes realizaron, por lo menos, siete grandes incursiones diurnas, en las que emplearon las tres *Luftflotten* en una serie de ataques coordinados y dirigidos contra zonas situadas a considerable distancia unas de otras. El primer combate se produjo al terminar la mañana, hacia las 11,30, al atacar 40 *Stuka* de la 2.ª *Luftflotte* los aeródromos de Lympne y de Hawkinge, en Kent. Una hora más tarde, unos 65 *Heinkel* 111 escoltados por 35 *Messerschmitt* pertenecientes a la 5.ª *Luftflotte* y que habían despegado de Stavanger, en Noruega, ponían rumbo a la costa de Northumberland, teniendo como objetivo los aeródromos del Noreste. Apenas se alejaron estas formaciones apareció otra, a las 13,15, también perteneciente a la 5.ª *Luftflotte* e integrada por 50 *Junker* 88 con escolta, que habían despegado de Aalborg, en Dinamarca, y que se dirigieron a la costa de Yorkshire con una misión similar. Al cabo de poco más de una hora, exactamente a las 14,30, y de nuevo a las 15,00, la 2.ª *Luftflotte* realizó una primera incursión al norte del estuario del Támesis, contra Martlesham, y una segunda contra los aeródromos de Hawkinge y de Eastchurch, así como contra las fábricas de aviones de Rochester.

Intervino entonces la 3.ª *Luftflotte*: a las 17,20 unos bombarderos protegidos por una fuerte escolta aparecieron sobre la costa meridional, en la zona de Portland; bombardearon el puerto y, sucesivamente, atacaron algunos aeródromos junto a Middle Wallop y Worthy Down. Por último, una hora después, 60 ó 70 aparatos pertenecientes a la 2.ª *Luftflotte* penetraron de nuevo en Kent y atacaron los aeródromos de West Malling y Croydon, además de la fábrica de aviones de esta última localidad. Completando la operación del día, otros bombarderos desencadenaron esporádicos ataques nocturnos.

Todas estas incursiones encontraron tenaz oposición. Si bien los bombarderos consiguieron resultados positivos sobre los campos de Middle Wallop, Martlesham y Driffield (Yorkshire), así como sobre el de Croydon, en ningún caso los cazas británicos dieron tregua a los atacantes, y más de una vez los objetivos principales siguieron indemnes. Particular importancia tuvo el combate aéreo desarrollado en el Noreste, donde la División 13, en su bautismo de fuego, interceptó las formaciones que procedían de Noruega siguiendo las costas británicas, y, con la ayuda de las posiciones antiaéreas situadas en el Tyne y en el Tees, abatió, sin sufrir ninguna pérdida, ocho *Heinkel* 111 y siete *Messerschmitt* 110. Algo más al sur, la División 12 y la artillería antiaérea se enfrentaron con las formaciones procedentes del territorio danés abatiendo varios aviones enemigos y saliendo del combate sin sufrir pérdidas propias. Así se frustró la esperanza que los alemanes habían puesto en que Dowding, preocupado en proteger la zona sudoriental, de vital importancia, hubiera dejado el Norte prácticamente indefenso. La lección resultó suficientemente cara a los alemanes como para convencerles de que no debían intentar nuevas incursiones diurnas en aquel sector.

Los combates del 15 de agosto fueron los más importantes de toda la batalla de Inglaterra. La *Luftwaffe* desarrolló el máximo esfuerzo, empleando 520 bombarderos y 1270 cazas para atacar una vasta región, de Northumberland a Dorsetshire. Sus pérdidas fueron cuantiosas (75 aparatos contra 34 cazas ingleses), pero no tanto como para impedir otra acción alemana, igualmente potente, un día después: 1700 aparatos, en varias oleadas, atacaron numerosos aeródromos, dañando con particular intensidad el de Tangmere. La *Luftwaffe* perdió 45 aviones. La RAF, con 21 cazas abatidos, cerró otra vez el saldo a su favor.

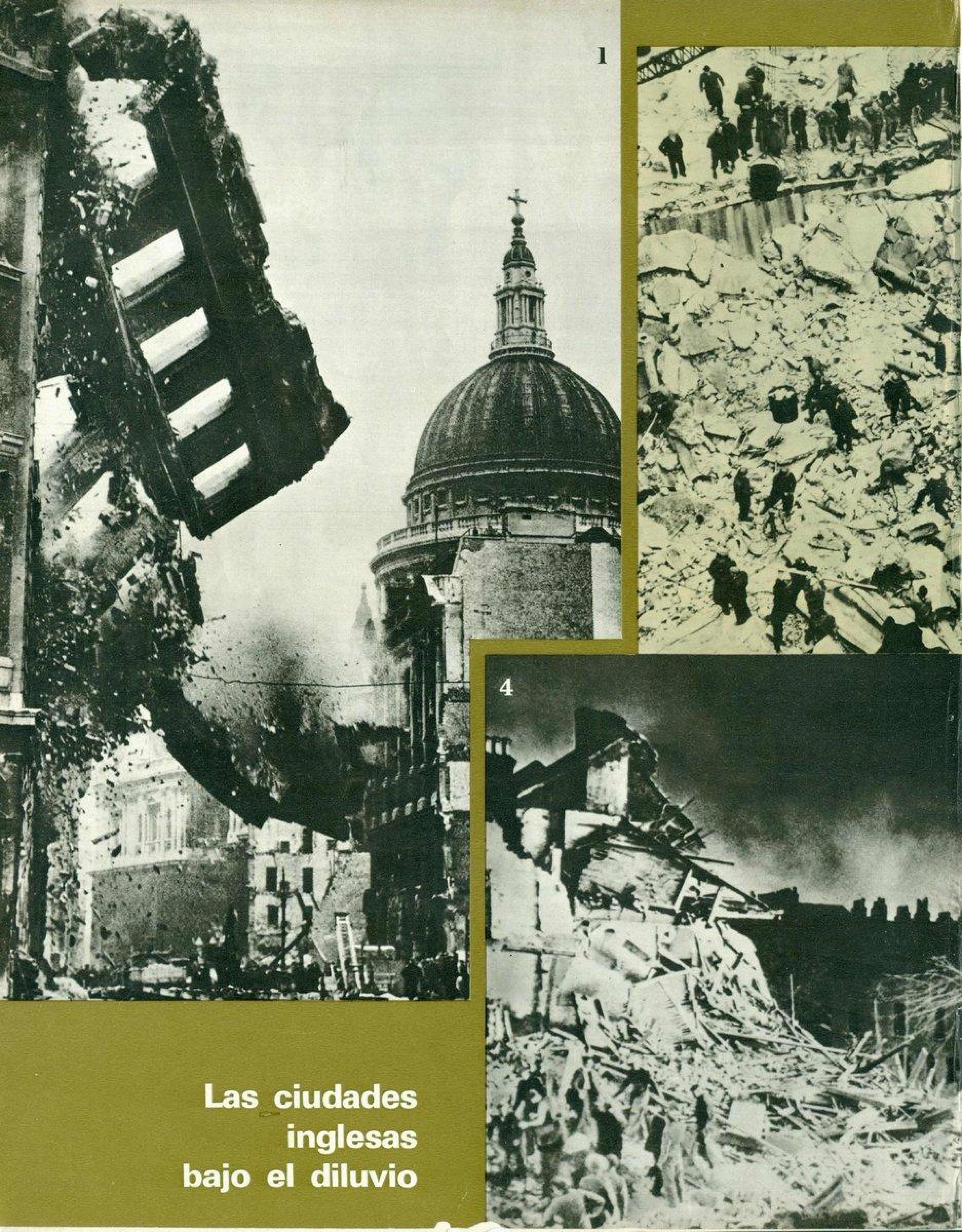
Nueva estrategia de la «Luftwaffe»

Pasaron los cuatro días de incursiones masivas que debían haber barrido la aviación adversaria del cielo de Inglaterra meridional, y los alemanes hicieron una pausa. Según su servicio de información, la caza inglesa, si no destruida, había quedado reducida a sus últimos 300 aviones. Pero el cálculo estaba muy lejos de la realidad, ya que Dowding contaba aún con casi doble cantidad de aviones *Hurricane* y *Spitfire* dispuestos para el combate, además de otros 120 aparatos entre *Blenheim*, *Defiant* y *Gladiator*. Sin embargo, el cómputo animó a los alemanes, haciéndoles creer que bastaría un par de días más de incursiones en gran escala para acabar con la resistencia inglesa. Con esta idea, la *Luftwaffe* desencadenó el 18 de agosto nuevos e importantes ataques contra los aeródromos de Kent, Surrey y Sussex, perdiendo 71 aparatos, mientras los ingleses perdían solamente 27. Estaba claro que las unidades de caza estaban muy lejos de ser vencidas. Por este motivo, tras algunas jornadas de actividad forzosamente reducida a causa del mal tiempo, Alemania decidió un cambio radical en sus planes.

Hasta entonces los objetivos principales de la *Luftwaffe* habían sido los aeródromos próximos a la costa. A partir del 12 de agosto, renunció –afortunadamente para la caza británica– a las incursiones masivas contra las estaciones de radar, debido a la dificultad que encontró en destruirlas, mientras prosiguieron los ataques a aeródromos y otros objetivos costeros o, al menos, no muy adentrados en el país. La teoría de los alemanes era que, actuando de esta forma, podrían infligir graves pérdidas a la RAF con pocas por su parte, puesto que las incursiones contra objetivos costeros o no muy alejados de la costa no les obligaban a exponerse durante mucho tiempo a la reacción de la defensa. Éste era el concepto estratégico alemán al comienzo de la batalla. Pero al fracasar en su intento de eliminar la caza adversaria, cambiaron de objetivo, iniciando una serie de incursiones en el interior del país.

Así, pues, la primera fase de la batalla había concluido. Hasta ese momento, se puede decir que la caza inglesa logró superar brillantemente la prueba: del 8 al 18 de agosto los alemanes perdieron 363 aparatos. Por su parte, los ingleses perdieron 181, más 30 destruidos en tierra. En ese mismo período se produjo lo que más tarde resultó ser la última incursión diurna de la 5.ª *Luftflotte* y el postrer intento de la 2.ª *Luftflotte* de emplear regularmente sus *Stuka*. La interrupción de sus ataques constituyó un importante éxito de la defensa inglesa.

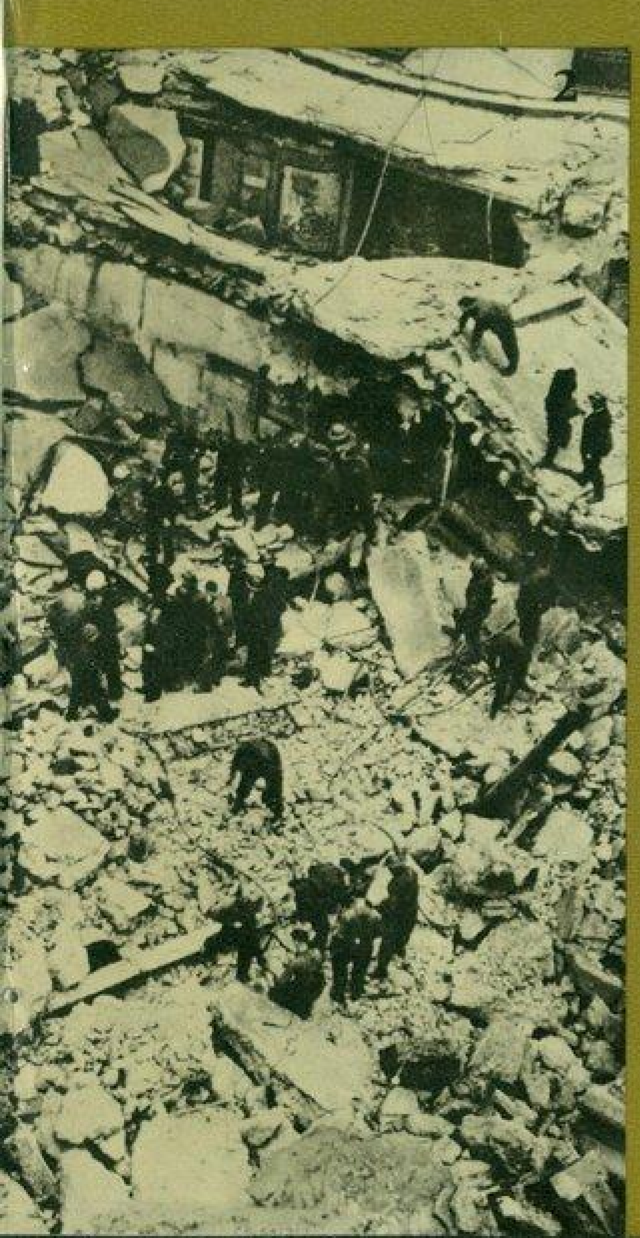
Al mismo tiempo, otro aspecto de la lucha preocupaba profundamente a Dowding y al Ministerio de Aviación. En el transcurso de esos días, como se ha dicho, la caza perdió 211 aparatos, entre *Spitfire* y *Hurricane*, sin que la industria aeronáutica consiguiera sustituirlos en su totali-



1

4

Las ciudades inglesas bajo el diluvio


2


3

1 La catedral de San Pablo, en Londres, se salva de un bombardeo alemán en septiembre de 1940. La concentración de las incursiones aéreas sobre la capital permitió a la industria bélica continuar la producción. *(Archivo Rizzoli)*

2 Una calle londinense devastada por una bomba alemana. Al lugar ya han acudido equipos de socorro y técnicos. En estas circunstancias, las cañerías de agua y conducciones eléctricas solían reventar. *(Keystone)*

3 14 de noviembre de 1940: Coventry tras el terrible bombardeo a que fue sometido por la Aviación alemana, que destruyó unas 70.000 casas, la catedral, muchas iglesias antiguas y fábricas de material bélico. *(Ullstein)*

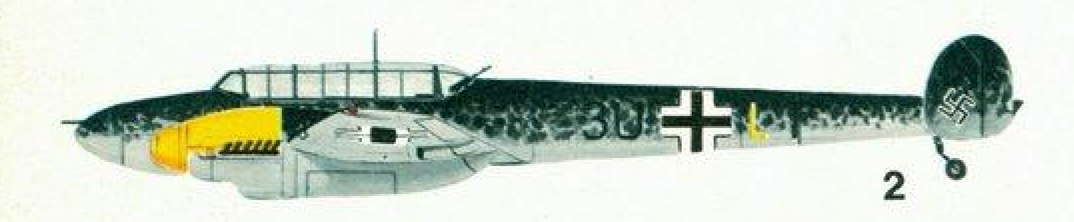
4 Con frecuencia, a las destrucciones seguían grandes incendios. Equipos de socorro y bomberos se repartían las tareas. Mientras los primeros buscaban heridos, los otros intentaban apagar las llamas. *(Mirror Pic)*

LOS PROTAGONISTAS ALEMAN



1 MESSERSCHMITT 109 E

Conocido por los pilotos de la «Luftwaffe» con el nombre de «Emil», el «Me-109 E» alcanzaba la misma velocidad que el «Spitfire», pero era menos manejable que éste (aunque más que el «Hurricane»). Su primer defecto era su limitada autonomía, a la que se añadió la posterior limitación a su misión de caza cuando, por exigencia de las circunstancias, le adosaron en la parte inferior una bomba para emplearlo como cazabombardero.
Armamento: dos ametralladoras de 7,90 mm y dos pequeños cañones de 20 mm.
Velocidad máxima: 575 km/h.



2 MESSERSCHMITT 110

Un hallazgo de Goering: era el mejor de los cazas alemanes y formaría unidades de «destructores», cuya misión era abrirse paso entre la caza adversaria y asegurar una escolta de gran radio para los bombarderos. Sin embargo, los «Me-110», debían ser escoltados a su vez, contra los «Spitfire» y «Hurricane», pues su escasa capacidad de maniobra anulaba, muy a menudo, su superior potencia de fuego.
Armamento: dos pequeños cañones de 20 mm y cuatro ametralladoras fijas de 7,90 mm y otra abatible.
Velocidad máxima: 560 km/h.



3 JUNKER 87

El famoso «Stuka», con las alas en forma de gaviota, fue el aparato más usado al principio por Goering contra las bases de cazas de la RAF. Pero las primeras victorias obtenidas por este aparato habían sido logradas en ausencia de un verdadero enemigo aéreo; luego los cazas británicos hallaron en los «Stuka» fáciles presas. Las grandes pérdidas sufridas en agosto de 1940 hundieron la fama de este aparato de la «Luftwaffe», que ya no pudo volver a usarse como arma de ataque.
Carga de bombas: una de 500 kg y 4 de 50 kg.
Velocidad máxima: 350 km/h.

4 JUNKER 88

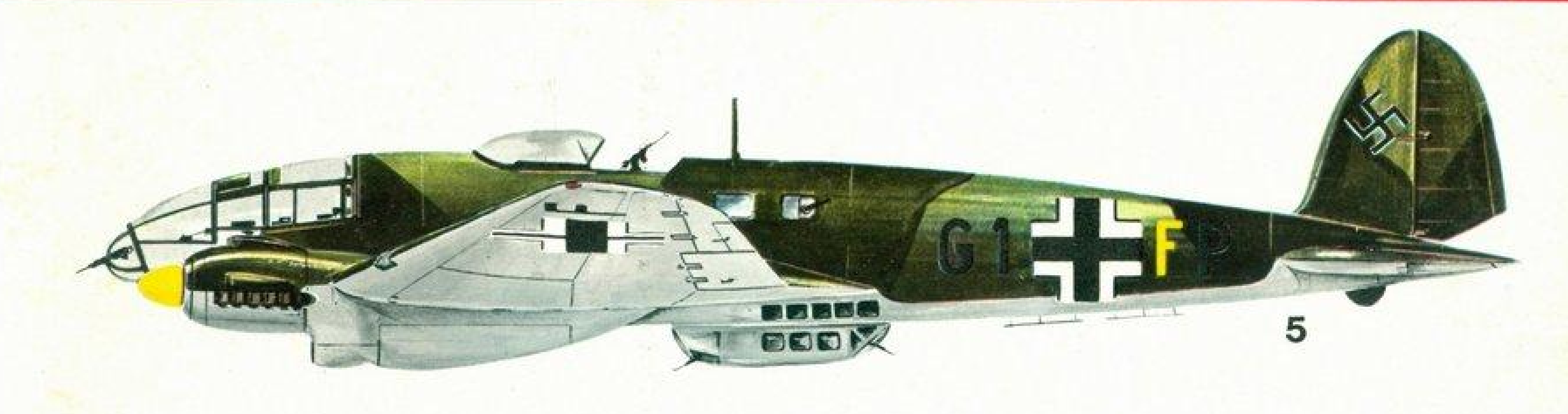
El «Ju-88» fue, durante toda la guerra, el avión más heterogéneo de la «Luftwaffe». Actuó como bombardero horizontal y en picado, como caza nocturno e, incluso, como avión de reconocimiento. Durante la batalla de Inglaterra fue, entre los bombarderos medios, el más activo; pero ni su velocidad, ni el elevado número de ametralladoras defensivas lograron protegerlo adecuadamente del fuego nutrido de los «Spitfire» y «Hurricane».
Carga de bombas: 2500 kg.
Velocidad máxima: 470 km/h.

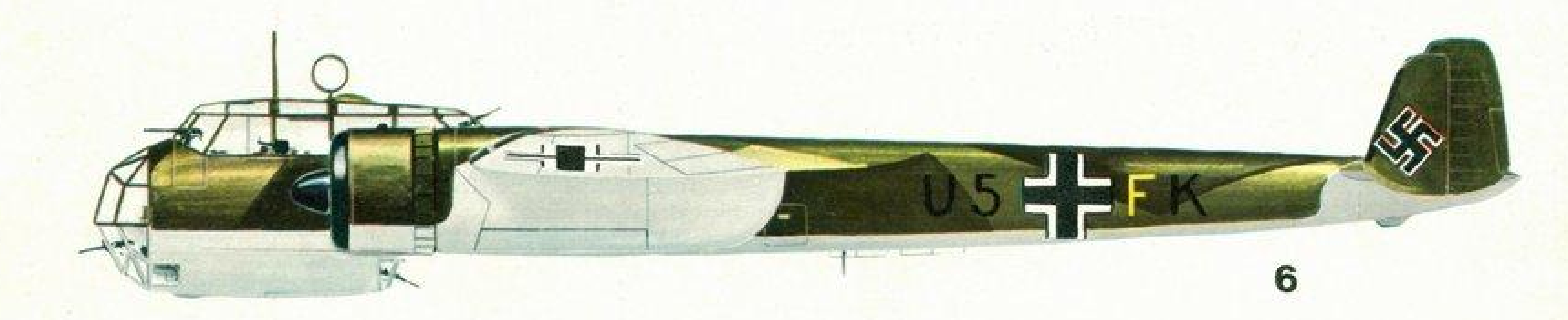


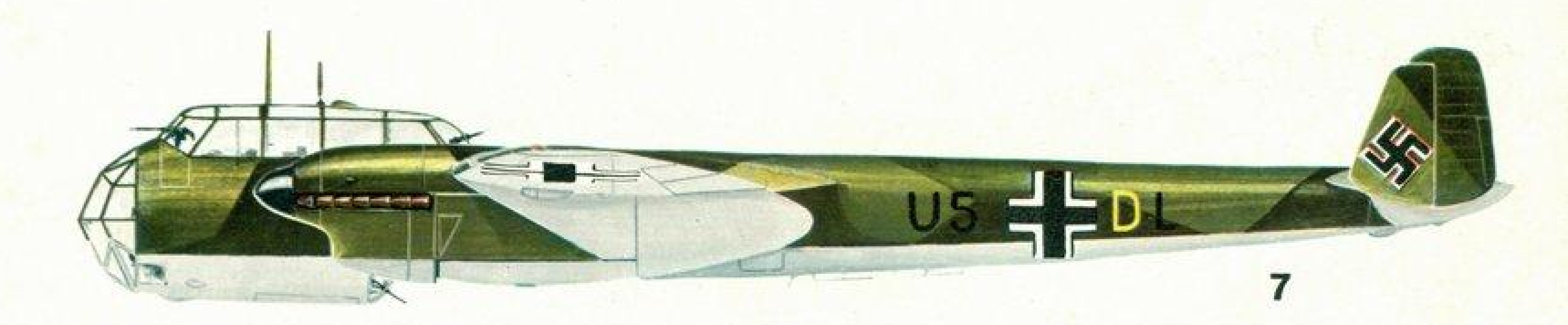


8 SUPERMARINE SPITFIRE

El «Spitfire» fue el caza más ágil de los que tomaron parte en la batalla de Inglaterra y el que salió triunfante en los enfrentamientos con los «Me-109 E». Sus ocho ametralladoras alares Browning, sin tener el alcance de los pequeños cañones alemanes, permitían un notable volumen de fuego. Por otra parte, los «Spitfire» tuvieron la ventaja de combatir sobre su propio suelo; esto es, no tenían los problemas de autonomía que obstaculizaban a los «Me-109 E».
Armamento: ocho ametralladoras de 7,70 mm.
Velocidad máxima: 580 km/h.







5 HEINKEL 111

El «He-111», bombardero estándar horizontal de la «Luftwaffe» en los días de la batalla de Inglaterra, era inmejorable para misiones en el continente; pero, como todos los bimotores alemanes, su autonomía no era suficiente para alcanzar, con éxito, objetivos situados al norte de Inglaterra. Goering estaba convencido de que su empleo en masa sería un factor decisivo, pero el aparato demostró no poder enfrentarse a los decididos ataques de los cazas de la RAF.
Carga de bombas: 2500 kg.
Velocidad máxima: 415 km/h.

6 DORNIER 17

El «D-17» era el bombardero más antiguo de la «Luftwaffe», pues entró en servicio durante la guerra civil española. A pesar de repetidas modificaciones, su defensa era débil, particularmente frente a ataques por detrás y por abajo. Conocido con el nombre de «Lápiz Volador», debido a la sutileza de su fuselaje, fue a menudo confundido con los bombarderos ingleses «Hampden», muchos de los cuales sufrieron el fuego de su propia artillería antiaérea. La delgadez de su silueta implicaba una limitada capacidad de bombas.
Carga de bombas: 1000 kg.
Velocidad máxima: 435 km/h.

7 DORNIER 215

Modificación del «D-17», se le instalaron dos motores «Daimler Benz», más potentes, que le permitían desarrollar una velocidad sensiblemente mayor, incluso en el enfrentamiento con los primeros modelos de «Spitfire» y «Hurricane», cuyos motores eran de potencia inferior. Pero por lo limitado de su carga útil y por la debilidad de su armamento defensivo no superaba a su predecesor.
Carga de bombas: 1000 kg.
Velocidad máxima: 500 km/h.



(John Batchelor)

9 HAWKER HURRICANE

Fue el primer monoplano de caza de la RAF y representó, numéricamente, la columna vertebral del Mando de la caza en la primera fase de la batalla de Inglaterra. Su papel ideal era el de interceptador de los bombarderos; en general, tan sólo los «Spitfire» podían enfrentarse con los «Me-109», mientras los «Hurricane» conseguían éxitos notables contra los «Me-110». En el transcurso de la batalla, los «Spitfire» sustituyeron a los «Hurricane» como caza estándar de la RAF.
Armamento: ocho ametralladoras de 7,70 mm.
Velocidad máxima: 530 km/h.



dad. Por otra parte, se perdieron también 154 experimentados pilotos, mientras que en ese mismo intervalo sólo habían salido de las escuelas de adiestramiento 63, menos hábiles que aquellos a los que tenían que reemplazar. Por lo tanto, la RAF, aun habiendo infligido al enemigo casi el doble de sus propias pérdidas, en realidad, salió muy debilitada de los combates, pero no en la medida prevista por el enemigo.

Precisamente éste era el cometido que los alemanes se proponían alcanzar al castigar objetivos situados en el interior del país: acelerar la eliminación de la caza, porque al ritmo precedente no hubiera sido posible ponerla fuera de combate antes de la fecha prevista. Consideraban que, tomando como objetivos principales los aeródromos, no sólo llegarían al corazón de la defensa aérea británica sino que, asimismo, obligarían a la caza a empeñarse en combate con la totalidad de las fuerzas de que aún disponía. Obligando a la RAF a aceptar la batalla, la *Luftwaffe* esperaba someterla a ritmo acelerado a un desgaste que la pondría fuera de combate a tiempo para realizar los planes de invasión. Sin embargo, los alemanes no ignoraban que, penetrando en el interior, era probable que ellos mismos sufrieran mayores pérdidas. Por esta razón, y para precaverse y destruir el mayor número posible de *Hurricane* y de *Spitfire*, decidieron escoltar sus bombarderos con formaciones más numerosas de aviones de caza.

Las bases operativas de la División 11 estaban dispuestas concéntricamente para la defensa de Londres. Hacia el Sudoeste se encontraba Tangmere; próximas a la capital se hallaban Kenley, en Surrey, y Biggin Hill, en Kent. Cerca de Londres, al Este, se encontraba Hornchurch, no lejos de las fábricas de Dagenham, y hacia el Noreste North Weald, situada en la parte de Essex comprendida en el área metropolitana. El círculo se cerraba por el Oeste, cerca de Northolt, donde la División 11 tenía su propio mando, que a su vez se encontraba a escasos minutos de automóvil del mando de caza. Cada una de las bases operativas de sector disponía por lo general de tres escuadrones.

Alcanzar el corazón

El 18 de agosto los alemanes ya habían dañado gravemente dos bases operativas, Henley y Biggin Hill. El 24 de agosto llevaron a cabo una demoledora incursión sobre North Weald y Hornchurch. El 26 intentaron bombardear nuevamente Biggin Hill, Kenley, North Weald y Hornchurch, pero fueron rechazados, aunque consiguieron atacar Debden. El 30 de agosto atacaron por dos veces Biggin Hill, provocando grandes destrucciones y víctimas. Al día siguiente –el más desastroso de todos para la caza inglesa, que registró la pérdida de 39 aviones–, los alemanes infligieron gravísimos daños a Debden, Biggin Hill y a Hornchurch.

El primero de septiembre Biggin Hill sufrió la sexta incursión en tres días, a la que sucedió, veinticuatro horas después, la séptima. El 3 de septiembre la *Luftwaffe* atacó de nuevo North Weald, que el 5 volvió a constituir, con Biggin Hill, el objetivo de un potente ataque aéreo que fue rechazado. Las incursiones de los días 4 y 6 de septiembre se dirigieron contra las fábricas Vickers y Hawker, en Weybridge. Los establecimientos Hawker, de los que salía más de la mitad de la producción total de *Hurricane*, constituían un objetivo de importancia capital. El hecho de que la eleccción recayera sobre ellos demostraba que los alemanes, desconcertados ante la inagotable capacidad de recuperación de la caza inglesa, intentaban demolerla atacando las mismas fuentes de producción.

Cazas alemanes «Me-110». Estos cazas bimotores tenían encomendada la escolta de los bombarderos que se dirigían a objetivos lejanos, y tenían por lo tanto una gran autonomía. *(Archivo Rizzoli)*

Entre el 24 de agosto y el 6 de septiembre la aviación alemana llevó a cabo 33 grandes incursiones, de las que más de dos terceras partes habían sido dirigidas contra las bases operativas de sector y los otros aeródromos de la aviación de caza. El asalto impuso al mando un esfuerzo mayor aún que los anteriores, dirigidos esencialmente contra objetivos enclavados en el litoral. Los pilotos británicos luchaban ahora con mayores dificultades en el combate debido a que la proporción de cazas alemanes respecto a los bombarderos había aumentado muchísimo y a que parte de la escolta se mantenía muy cercana. El número de aparatos enemigos que intervenía diariamente en las operaciones contra Inglaterra durante aquellas dos semanas era, por término medio, de unos 1000, de los cuales de 250 a 400 eran bombarderos. En dos ocasiones, el 30 y el 31 de agosto, ese número se elevó a casi 1500.

En el transcurso de los combates y de las subsiguientes acciones nocturnas, la defensa inglesa destruyó 380 aparatos alemanes, sufriendo a su vez la pérdida de 286 cazas y otros muchos gravemente averiados, y 103 pilotos muertos y otros 128 heridos.

Así, pues, la fuerza de la caza disminuía incesantemente y a un ritmo superior que en la fase inicial. Las pérdidas de pilotos y de aparatos superaban, con mucho, las sustituciones. Por una parte, el mando de la defensa aérea estaba ganando la batalla; por otra, especialmente si el enemigo mantenía la presión el tiempo suficiente, la estaba perdiendo.

Sin embargo, los alemanes no tenían intención de prolongar mucho más la batalla, pues tampoco la *Luftwaffe* podía permitirse el lujo de afrontar ilimitadamente pérdidas tan sensibles. Lo demostró la decisión, tomada después del 18 de agosto, de retirar la mayor parte de los vulnerables *Stuka* y emplearlos cuando se produjera la verdadera invasión; de conservar el mayor número posible de *Messerschmitt* 110 y de hacer intervenir en la lucha formaciones cada vez más numerosas y más apretadas de aviones de escolta. La batalla aérea, como ya se ha dicho, y según las previsiones germanas, debería haber sido breve, puesto que era tan sólo una pieza más en los planes de la invasión de Inglaterra. Pero ya era demasiado tarde para iniciar la Operación «León Marino». Hitler se dio cuenta de ello a fines de agosto, al aceptar que la fecha del 15 de septiembre, fijada con carácter aproximado como día X, fuera aplazada hasta el 21. Para poder cumplir este plazo, la Marina debía recibir la orden ejecutiva el 11 de septiembre, por lo que la *Luftwaffe* de Goering había de apresurarse e infligir el golpe de gracia a la caza inglesa en pocos días. Los ataques contra las bases de sector y contra otros objetivos situados en el interior del país, si bien eficaces, no se mostraron decisivos. Por esta razón, el 7 de septiembre los alemanes eligieron un nuevo objetivo, más profundo que la mayoría de las bases aéreas de sector y a su juicio aún más vital: Londres.

Objetivo Londres

La decisión de bombardear Londres obedeció a tres razones que los alemanes consideraron como válidas. Ante todo, las operaciones darían lugar, con toda probabilidad, a batallas aéreas aún más comprometidas, que provocarían vacíos entre las filas de la caza; por ello Kesselring, a diferencia de Sperrle, era favorable al cambio de planes. En segundo lugar, un ataque contra la capital, reforzado con incursiones nocturnas contra otras grandes ciudades, podría paralizar el mecanismo gubernamental británico, o quizá crearía tal pánico en el país que le induciría a la rendición. Por último, el bombardeo de Londres constituía, desde el punto de vista alemán, un acto de represalia. Sucedió que, la noche del 24 al 25 de agosto, en una de las rutinarias incursiones nocturnas que la *Luftwaffe* efectuaba sobre Inglaterra, algunas bombas cayeron, por primera vez, sobre el centro de la capital, quizá por error o quizá porque el avión se había visto obligado a desembarazarse de la carga debido a fuerza mayor. Inmediatamente Churchill y el Gabinete de guerra ordenaron la represalia contra Berlín; y en efecto, la noche siguiente los bombarderos de la RAF atacaron la capital alemana, eventualidad que Goering había asegurado a Hitler que nunca se produciría. Furioso, Hitler juró venganza, y con la celosa cooperación del mariscal del Reich lanzó a la *Luftwaffe* contra la capital británica.

En la noche del 4 de septiembre, los bombarderos alemanes arrojaron bengalas sobre Londres, y dos formaciones aéreas dejaron caer sus bombas sobre Rotherhithe y otras zonas próximas a las instalaciones portuarias.

Ya avanzada la tarde del 7 de septiembre, unos 300 bombarderos escoltados por 600 cazas sobrevolaron la costa de Kent y de Sussex y penetraron en el estuario del Támesis en sucesivas oleadas. Algunos bombardearon los depósitos de productos petrolíferos en Thameshaven, que seguían ardiendo desde el ataque anterior; mientras que otros, en lugar de atacar las bases operativas vigiladas por la caza puesta en estado de alerta, prosiguieron hasta la periferia de la capital. Aunque casi todos los escuadrones ingleses que emprendieron el vuelo interceptaron a los atacantes, la mayor parte de ellos consiguieron arrojar su carga de bombas de gran potencia e incendiarlas antes de ser hostilizados. El ataque alcanzó de lleno la zona portuaria de Londres, al este de la City. Gigantescos incendios estallaron en el sector de los almacenes, especialmente en Silvertown, y sirvieron de guía para las oleadas que se sucedieron aquella misma noche, durante la cual 250 bombarderos prolongaron el ataque a la capital desde el crepúsculo al alba, y en la que millones de ciudadanos londinenses experimentaron por primera vez aquello que creían era la *Blitzkrieg* y que, poco más tarde empezarían a llamar abreviadamente, *blitz*.

La batalla estaba llegando a su punto máximo y Goering tomó personalmente la dirección de las operaciones. Los bombarderos de las bases noruegas y danesas fueron asignados entonces a las fuerzas de Kesselring, para lo que, según los planes alemanes, debía constituir el golpe final.



Una calle de Londres tras un bombardeo nocturno. Durante un mes aproximadamente, desde el 7 de septiembre al 13 de noviembre, tan sólo una noche la capital se vio libre de ataques aéreos. *(History of the Second World War)*

En el intervalo, sin embargo, los preparativos para la invasión no habían pasado inadvertidos: desde el 31 de agosto los *Spitfire* y los *Hudson* volvían de sus reconocimientos con su abundante documentación fotográfica que revelaba un notable aumento de medios de desembarco en puertos y estuarios al otro lado del canal.

Ese evidente incremento hizo que los bombarderos de la RAF empezaran sus ataques, empleando al principio aparatos *Blenheim*. El 6 de septiembre los preparativos enemigos eran tan manifiestos que las autoridades inglesas ordenaron la alarma de invasión en segundo grado: «Ataque probable en el plazo de tres días». Al día siguiente, cuando la *Luftwaffe* bombardeó Londres, pareció que ya estaba próximo el momento de la verdad, y a la alarma ordenada anteriormente siguió otra de primer grado: «Invasión inminente, acaso en las próximas doce horas».

Aquella noche, cuando las bombas alemanas empezaron a caer copiosamente sobre Londres, la clave convencional «Cromwell» fue transmitida a los comandantes del sector meridional y oriental de las fuerzas metropolitanas, que se prepararon para una intervención inmediata. En la confusa agitación, algunos jefes de la milicia territorial hicieron tocar a rebato las campanas de las iglesias para reunir a sus hombres, dando de esta manera la impresión de que los paracaidistas alemanes habían alcanzado ya el suelo británico.

Mientras toda Inglaterra permanecía en estado de alerta, a la espera de los acontecimientos de las próximas horas o, todo lo más, de los días sucesivos, la *Luftwaffe* intentó reemprender el martilleo del 7 de septiembre. El día 8, el mal tiempo limitó la actividad diurna, pero por la noche, la 3.ª *Luftflotte* envió sobre Londres 200 bombarderos en una interminable sucesión que se prolongó durante más de nueve horas. La zona atacada se extendía desde las dársenas del puerto a toda la capital, y se habían fijado como objetivos principales las centrales eléctricas y las líneas



férreas. A la mañana siguiente, toda la red situada al sur de Londres había quedado fuera de servicio, aunque fue por breve tiempo.

El día 9 de septiembre, el cielo nublado limitó de nuevo la actividad durante la mañana, pero el ataque se desencadenó con gran violencia por la tarde. Entonces más de 200 bombarderos, fuertemente escoltados, se lanzaron hacia Londres. Pero la defensa intervino con toda celeridad y tan enérgicamente que menos de la mitad de los aparatos enemigos consiguió alcanzar la periferia de la capital. En conjunto los ingleses abatieron 28 aparatos enemigos, contra 19 aparatos británicos abatidos por los alemanes.

Hitler vuelve a posponer el «día X»

El 10 de septiembre fue un día nublado y lluvioso, con poca actividad por parte alemana, si bien por la noche se llevó a cabo la ya acostumbrada incursión sobre Londres, mientras otros bombarderos atacaban sur del País de Gales y la zona de Mersey. Por la tarde del día siguiente, los alemanes intentaron inutilizar algunas estaciones de radar; la 3.ª *Luftflotte* atacó Southampton y la 2.ª *Luftflotte* llevó a cabo tres intensos bombardeos sobre Londres. Muchos de los ataques se concentraron en la City y en las instalaciones portuarias. El balance de pérdidas –25 aparatos alemanes y 29 cazas británicos– fue por una vez favorable a la parte atacante. A la vuelta, algunos pilotos alemanes informaron que la defensa inglesa se estaba debilitando. Pero eso sucedía el 11 de septiembre y entonces la caza inglesa aún existía, aunque la *Luftwaffe* seguía confiando en cumplir su misión. Pero, puesto que la Marina alemana necesitaba un aviso previo de diez días, ya era imposible que la invasión se desencadenase en la fecha prevista, el 21 de septiembre; por ello Hitler concedió a la *Luftwaffe* una prórroga de tres días más, hasta el 14, con la esperanza de poder fijar, de forma definitiva, las primeras operaciones de desembarco para el 24.

El 12 y 13 de septiembre la visibilidad fue escasa, de manera que no se pudieron efectuar incursiones importantes. Al *Führer* no le quedó otra solución, el 14 de septiembre, que aplazar una vez más la decisión por otros tres días, esto es, para el 17, remitiendo por lo tanto el eventual «día X» al 27 de septiembre, que era más o menos el último día favorable debido al problema que planteaban las mareas.

La *Luftwaffe* hizo lo posible por conseguir su objetivo en el escaso tiempo de que aún podía disponer y, no obstante las adversas condiciones atmosféricas, emprendió varias incursiones sobre Londres el 14 de septiembre por la tarde. Algunos pilotos germanos insistieron sobre la debilidad de la defensa.

Por la noche, aunque el tiempo era bueno, sólo despegaron 50 bombarderos con dirección a la capital inglesa: la *Luftwaffe* economizaba sus fuerzas con vistas al día siguiente.

El 15 de septiembre, domingo, se presentó con tiempo variable, a veces sereno y a veces nuboso. Hacia las 11, el radar inglés localizó grandes formaciones que se estaban concentrando en la zona del Paso de Calais. Media hora después, los atacantes, que se mantenían en cotas comprendidas entre los 4500 y 8000 metros, sobrevolaron la costa en oleadas, en dirección a Londres. Los cazas los atacaron ininterrumpidamente hasta la capital, donde entró en combate el grupo de Duxford, de la División 12, formada ahora por cinco grupos. Frente a esta reacción, los bombarderos soltaron las bombas sin apuntar exactamente, o se desprendieron de ellas a toda prisa.

A las dos horas siguió una segunda incursión, asimismo previamente localizada por el radar.

Una formación de «Me-110». Los aparatos de este tipo gozaban de gran autonomía, pero tenían escasa capacidad de maniobra; durante la batalla de Inglaterra sufrieron notables pérdidas. *(History of the Second World War)*

1940

1 de agosto: Hitler cursa órdenes para la batalla de Inglaterra: «La Aviación alemana debe poner fuera de combate a la inglesa empleando todos los medios a su disposición y en el período de tiempo más breve posible».

13 de agosto: «día del Águila»: la *Luftwaffe* desencadena la ofensiva aérea contra Gran Bretaña con la participación de 1485 aparatos. Los alemanes pierden 45 y la RAF 13.

15 de agosto: la jornada más dura de toda la batalla de Inglaterra, con la intervención de 1790 aparatos alemanes. La *Luftwaffe* pierde 75; la RAF 34.

17 de agosto: los alemanes establecen una «zona operativa» alrededor de Gran Bretaña, dentro de la cual todos los barcos deben ser hundidos sin previo aviso.

25 de agosto: la RAF lleva a cabo su primera incursión sobre Berlín.

3 de septiembre: a cambio de 50 destructores Gran Bretaña cede a Estados Unidos bases en las Indias Occidentales y en otros lugares.

7 de septiembre: 300 bombarderos alemanes, escoltados por 600 cazas, bombardean intensamente las instalaciones portuarias de Londres.

13 de septiembre: Italia invade Egipto.

15 de septiembre: la RAF dice haber abatido 183 aparatos alemanes en el transcurso de las incursiones diurnas contra Inglaterra. Posteriormente se supo que la cifra había sido exagerada.

17 de septiembre: Hitler aplaza «hasta nueva orden» la Operación «León Marino».

23-25 de septiembre: fuerzas británicas y de la Francia libre intentan apoderarse de Dakar.

12 de octubre: la Operación «León Marino» es aplazada hasta 1941.

De nuevo atacados enérgicamente por los cazas, los aparatos alemanes se apresuraron a soltar las bombas a la buena de Dios. Mientras tanto, una tercera formación alemana menor atacó Portland. Más tarde, y en el mismo día, unos 20 *Messerschmitt* 110 intentaron alcanzar los establecimientos aeronáuticos Supermarine, de Southampton, pero hallaron una violenta y eficaz reacción de la defensa antiaérea. Al oscurecer, 180 bombarderos germanos reemprendieron el martilleo nocturno de la capital, provocando grandes destrucciones, pero sin alcanzar objetivos bélicos importantes; otras formaciones aéreas atacaban, simultáneamente, Bristol, Cardiff, Liverpool y Manchester.

Así terminó la jornada en la que Goering esperaba asestar el golpe de gracia a la Aviación inglesa. Alemania empleó aquel día, 230 bombarderos y 700 cazas; pero los bombarderos se extendieron sobre vastas zonas, por lo que fueron ineficaces. Los alemanes habían perdido el mayor número de aparatos abatidos en un solo día desde el 15 de agosto: no menos de 60. La caza británica perdió 23, y 13 pilotos de los aviones abatidos habían podido salvarse.

Goering ordena intensificar las incursiones

Pero Goering no estaba dispuesto a admitir el fracaso y se aferraba a la creencia de que un breve período de buen tiempo bastaría a la *Luftwaffe* para destruir la caza enemiga, obligando a Inglaterra a rendirse, incluso sin necesidad de invasión. Entre el 17 de septiembre y el último día del mes sus formaciones diurnas atacaron, cuando el tiempo lo permitía, Londres y diversas fábricas de aviones. Tan sólo en tres ocasiones, los días 18, 27 y 30, pudieron lanzar grandes ataques contra la capital, y en las tres la caza inglesa intervino evitando un bombardeo masivo y castigando con dureza al atacante. Pero la pérdida de 120 aparatos durante estos tres días, contra 60 abatidos por los alemanes a la RAF, no podía ciertamente animar a Goering a proseguir. Y si el comandante en jefe de la *Luftwaffe* hubiese conocido las pérdidas sufridas conjuntamente en las tres últimas semanas de incursiones sobre Londres, se hubiera sentido aún mucho menos animado. Entre el 7 y el 30 de septiembre, la caza inglesa sufrió la pérdida de 247 aparatos, pero la *Luftwaffe* perdió 433. Existía, además, un hecho no menos importante: la ansiedad que por sus Fuerzas Aéreas sentía Dowding se iba aplacando, si bien subsistía la preocupación por la constante falta de pilotos (el 7 de septiembre cada escuadrón disponía únicamente de dieciséis para ocupar las veintiséis plazas prescritas).

Y desde el día en que los alemanes habían renunciado a los ataques contra los aeródromos para concentrarlos en Londres, las pérdidas de *Spitfire* y *Hurricane* habían sido más que compensadas por la producción masiva de la industria aeronáutica.

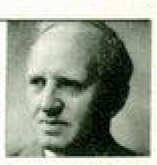
La victoria se había escapado, pues, de las manos de Goering. El 12 de octubre Hitler lo reconoció, aplazando formalmente la Operación «León Marino» hasta la primavera de 1941; decisión que equivalía, en la práctica, a una renuncia definitiva. La mente del *Führer* se había fijado ya en Rusia. Sin embargo, hasta que la máquina bélica germana no estuviese dispuesta para ponerse en movimiento en dirección Este, eran muchas las razones que pesaban, desde el punto de vista de Alemania, a favor del mantenimiento de la presión contra Gran Bretaña, siempre y cuando el esfuerzo a realizar no resultara excesivamente gravoso.

La destrucción de Coventry, el 14 de noviembre, señaló un cambio en los criterios operativos germanos, cuyos efectos se manifestaron en la furia de los *blitz*, que alcanzaron Southampton, Birmingham, Liverpool, Bristol, Plymouth, Portsmouth Cardiff, Swansea, Belfast, Glasgow y muchos otros lugares de menor importancia. Durante estas acciones y hasta que la 2.ª *Luftflotte* no fue transferida al Este, en mayo de 1941, estos bombardeos causaron la muerte a unas 40.000 personas de la población civil inglesa, hirieron a unas 46.000 y causaron daños a más de un millón de viviendas.

El primer descalabro de Hitler

El *blitz* cesó no a consecuencia del mayor potencial defensivo inglés, sino porque gran parte de los aviones alemanes debieron actuar en otros frentes. Si la Unión Soviética hubiese caído en las ocho semanas que pronosticaban los alemanes (y también los ingleses), no cabe duda de que la *Luftwaffe* hubiera vuelto al ataque. Pero la URSS aguantó el golpe, y los ingleses, aunque sometidos a ulteriores bombardeos, no volvieron a sentir la amenaza de una invasión.

El *blitz* nocturno no tuvo consecuencias decisivas, pero el período diurno de la batalla de Inglaterra señaló uno de los puntos álgidos del conflicto: sin lugar a dudas los combates aéreos de agosto y septiembre de 1940 –junto con la existencia de la Marina británica y del canal de la Mancha– impusieron por vez primera un alto en la carrera de conquistador del *Führer*. La abnegación de miles de pilotos de caza, incluidos los 400 caídos, que sostuvieron el peso de esta lucha, salvó a Inglaterra.



DENIS RICHARDS

Graduado en historia en Cambridge, antes de la guerra fue profesor de historia en centros de enseñanza media. Prestó servicio en la RAF y, en 1942, fue destinado al Ministerio del Aire, donde redactó estudios sobre las operaciones bélicas. De 1942 a 1946 continuó en el desempeño de una tarea similar para el Departamento de Investigación Histórica del mismo Ministerio. En 1950 se reintegró a la enseñanza, haciéndose cargo de la dirección del Morley College, en Londres. En 1965 abandonó el *college* al aceptar una beca Longsman de investigación histórica para posgraduados. En colaboración con el fallecido Hilary St. George Saunders, recibió el encargo oficial de escribir los tres volúmenes sobre la historia de la RAF durante la guerra. Es, además, autor del texto de la *Illustrated History of Modern Europe*, de varios volúmenes sobre la historia británica y de una monografía sobre el Morley College; ha colaborado también en la redacción de enciclopedias, así como en el *Dictionary of National Biography*.

Mayo-septiembre de 1940

INGLATERRA CONCENTRA SUS FUERZAS

Jerrard Tickell

En el verano de 1940 Gran Bretaña se convirtió, de pronto, en asilo y arsenal de la democracia; a las costas de la isla arribaron cientos de personas, no sólo fugitivos que huían de los nazis, sino también soldados, aviadores y marinos, algunos de los cuales serían protagonistas de importantes acciones.

Los primeros evacuados de Dunkerque desembarcaron en Dover el 29 de mayo de 1940. Quien asistió al regreso de estos hombres, que habían constituido la flor y nata del Ejército inglés, debió sentir la impresión de ver desembarcar sonámbulos. Todos los pertrechos –carros, vehículos de transporte, artillería y armas ligeras– habían quedado en Francia, abandonados, tras haber sido inutilizados, a lo largo de las rutas que conducían a Dunkerque y sobre las playas en las que habían embarcado. La evacuación se prolongó hasta el 14 de junio y permitió devolver a Inglaterra unos 340.000 hombres. Pero no había entonces en el país armas suficientes para volverlos a equipar, ni, mucho menos, fusiles que entregar a los voluntarios de la defensa civil (poco después convertida en *Home Guard*, milicia territorial), los cuales eran movilizados con la mayor celeridad posible.

El país estaba impresionado y confuso frente a lo inesperado, lo violento y rápido del ataque alemán. No obstante el «salvamento de Dunkerque», posible gracias a las vacilaciones de Hitler, a la ayuda de los barcos de pequeño tonelaje y a las infatigables incursiones de la RAF, Inglaterra permanecía sola, expuesta al inminente peligro de una invasión. Pero, a pesar de todo, a fines de julio, el estado de ánimo del país había pasado de la confusión a la firme voluntad de resistir.

Los hombres de la *Home Guard* se preparaban para hacer frente y rechazar al invasor con toda suerte de armas: picos y horcas de hierro, fusiles de caza del calibre 12 o viejos trabucos cargados con chatarra. En las encrucijadas se sustituyeron los indicadores por pequeñas casamatas. Gran parte de los habitantes de las regiones costeras oriental y sudoriental, las primeras que hubieran sido invadidas, fueron trasladados al interior, para dejar espacio a los que, eufemísticamente, llevaban el nombre de «Fuerzas Armadas». Tan sólo los servicios públicos esenciales siguieron funcionando.

Inglaterra podía aprovechar esta pausa para reagrupar sus propias fuerzas. Pero, ¿de dónde las obtendría? Antes de la guerra había adquirido armas en fábricas privadas de Estados Unidos, pero las negociaciones de la venta y su producción se prolongaron mucho tiempo. Ahora, cuando la necesidad era imperiosa, inmediata, Winston Churchill se volvió directamente al presidente americano en demanda de lo que más necesitaba Inglaterra: aviones.

Las primeras adquisiciones de aparatos para la RAF a título privado, hechas en fábricas americanas, databan de marzo de 1938, precisamente en los días en que los carros de combate alemanes entraban en Viena. El Gobierno americano no tenía nada que objetar a estas transacciones, por cuanto no constituían una infracción de la ley sobre la neutralidad, que debía entrar en vigor en el caso de que los clientes se convirtieran en beligerantes.

Uno de los miembros de la misión aeronáutica británica era un oficial de la RAF, prácticamente desconocido entonces, el general de brigada A. T. Harris, que no tardaría en hacerse famoso como Harris «el bombardero». Cuando la misión llegó a Estados Unidos, la industria aeronáutica de este país apenas conseguía salir adelante, por lo que los clientes extranjeros eran recibidos con los brazos abiertos.

El primer pedido de 400 aviones de entrenamiento inició una larga serie de compras de aparatos idénticos, designados en Inglaterra con el nombre de *Harvard*. Luego, la misión se trasladó a Burbank, California, sede de los establecimientos Lockheed Co., en busca de un tipo de bombardero de reconocimiento de gran autonomía de vuelo, pero no halló nada que reuniera las condiciones exigidas. El presidente de la compañía pidió entonces cuarenta y ocho horas de tiempo para diseñar un modelo. Los ingenieros de la Lockheed trabajaron ininterrumpidamente, sin una sola pausa, durante esos dos días, y al finalizar el plazo concedido exhibieron, triunfalmente, un modelo de avión que en el futuro adquiriría una inmejorable reputación: era el *Lockheed Hudson*. Harris «el bombardero», hizo un primer pedido de doscientas unidades.

También el Gobierno francés había decidido adquirir aviones en América. El primer pedido fue de 100 cazas *Curtiss* monoplaza. Algunos meses después, siempre en el mismo año, Francia envió a Estados Unidos al prestigioso banquero Jean Monnet, con el encargo de llevar a cabo una investigación industrial en previsión de adquisiciones en gran escala de aparatos y de motores de aviación. En el transcurso del último año antes de la guerra, y gracias a los grandes pedidos de Inglaterra y Francia, la industria aeronáutica ame-



Tras una jubilosa despedida, un contingente de la «Imperial Force» australiana zarpa de su patria para ayudar a los ingleses en la hora del peligro. (Foto G M)

ricana se expansionó más allá de cualquier previsión.

Pero cuando estalló la guerra, el presidente de los Estados Unidos proclamó inmediatamente la neutralidad de su país y, como era su obligación, decretó el embargo de los suministros de armas a cualquiera de las naciones beligerantes. No obstante, el 13 de septiembre convocó al Congreso, en reunión extraordinaria, para reconsiderar la cuestión del embargo.

Adquisiciones en gran escala

Respecto a ese embargo, muchos americanos, incluido el presidente, creían que debía revocarse, pero de manera que los únicos beneficiarios de la revocación fuesen Inglaterra y Francia. Los que apoyaban esta tesis afirmaban que la derrota de esos dos países expondría inmediatamente a Norteamérica a la amenaza de la victoriosa Alemania, que se serviría del Atlántico como una magnífica «autopista marítima». Los que se oponían opinaban que la amistad o enemistad de los países ribereños del Atlántico oriental no eran un factor importante para América, porque el océano no era un puente sino un escudo protector.

Una encuesta Gallup reveló que el 60 % de los americanos apoyaba la abolición del embargo; luego, las votaciones parlamentarias confirmaron esos sondeos de opinión. El proyecto de Ley, según el cual los beligerantes podían comprar armas en fábricas no intervenidas por el Estado, siempre y cuando pagasen en dólares y cuidaran de su traslado al otro lado del Atlántico en barcos de su propiedad, se convirtió en ley el 4 de noviembre de 1939. Como es de suponer, dicha ley era para exclusivo aprovechamiento de los Aliados.

A los tres días, una comisión inglesa de compras se establecía en Estados Unidos. Al mismo tiempo los franceses abrían una oficina semejante. Y poco después los dos organismos se unieron en uno, dirigido por Arthur Purvis, un enérgico e inteligente anglocanadiense. Las adquisiciones alcanzaron entonces un enorme volumen: en junio de 1940 había encargado 11.000 aviones, además de grandes cantidades de munición, explosivos, piezas de artillería y demás material bélico.

Pedidos de esta envergadura requerían mucho tiempo, tanto para realizarlos como para exportarlos. Por eso, al invadir Alemania los Países Bajos, Gran Bretaña sólo había recibido 104 aviones, y Francia, 557. Pocos y demasiado tarde; pues el Reich ya había desbordado la línea Maginot y el Cuerpo Expedicionario británico se replegaba para reembarcar en Dunkerque. Fue entonces cuando Churchill se dirigió al presidente americano pidiéndole el inmediato envío de material de las reservas y de los excedentes de la Secretaría de Defensa americana.

Según el Derecho Internacional, un país no beligerante como Estados Unidos, no podía vender armas directamente a una nación beligerante, como era entonces Inglaterra. Pero, a fin de superar la dificultad, se creó una entidad destinada a negociar la fabulosa transación: la *United States Steel Export Company*. La Casa Blanca dio las órdenes oportunas en relación con el desarrollo de las operaciones y, en el espacio de cuarenta y ocho horas, ya se había valorado y registrado el material disponible. El precio que la Secretaría de Defensa cobró de la *United States Steel Export Company*, por toda la partida, fue de 37.619.556 dólares con 60 centavos.

Cuando Winston Churchill lanzó su memorable desafío a Hitler, las armas salían ya de los arsenales americanos rumbo a Gran Bretaña. El precio que el Gobierno de Su Majestad debía pagar era exactamente el mismo que la *United States Steel Export Company* había acordado con la Secretaría de Defensa, incluidos los 60 centavos.

El 13 de junio zarpaba rumbo a Inglaterra el primer mercante, el *Eastern Prince*. En la lista de embarque figuraba una relación que incluía 48 cajas de cañones de campaña de 75 mm, 28 millones de cartuchos del calibre 7,62, 15.000 ametralladoras y un lote simbólico de 12.000 fusiles, algunos ya usados en la primera Guerra Mundial. Otros doce mercantes cargados con cañones partieron hacia Gran Bretaña durante el mismo mes de junio, seguidos de otros quince en julio.

Los fusiles se distribuyeron entre las tropas repatriadas de Dunkerque y entre los millares de reclutas que afluían al Ejército o a la *Home Guard*. Tras sumergirlos en una disolución caliente, con el fin de eliminar la grasa protectora, los hombres se entrenaban disparando cinco tiros cada uno. En aquellos tiempos, de trágica escasez de municiones, el que disparaba un tiro sin razón era severamente castigado.

Un delito de este tipo fue cometido, una noche, en los bosques de Cromer. Un recluta inexperto, «con cuatro cartuchos en el cargador y uno en la recámara», tuvo la mala idea de apretar el gatillo de su «P-14» mientras estaba probando el seguro. Para disimular su falta, el recluta afirmó haber visto en el bosque unos hombres que llevaban uniformes extranjeros. ¿Se trataba quizá de la vanguardia, lanzada en paracaídas, de los invasores nazis? Las campanas tocaron a rebato y la

brigada fue puesta en estado de alarma. Siete hombres salieron de Cromer, al mando de un «veterano», un soldado escogido de veinte años mal cumplidos, y treparon por la escollera, llevando consigo cuarenta cartuchos del 7,70 y un fusil ametrallador «Lewis», residuo de la primera Guerra Mundial y que tenía el muelle recuperador roto. Habían recibido una orden lacónica: «No disparar hasta tener las esvásticas en las narices.» Esperaron durante treinta y seis horas seguidas. Al final, el recluta, aterrorizado por el tumulto que había organizado, confesó la verdad. Sin él saberlo, había puesto en evidencia la absoluta despreocupación de un pueblo que, en la entreguerra, olvidó deliberadamente el viejo aforismo: «Si quieres la paz, prepárate para la guerra.»

Un nuevo caso imprevisto

La fulminante victoria conseguida por Hitler en Francia puso a Gran Bretaña frente a un nuevo imprevisto, en relación con la evidente y al parecer inmediata amenaza de invasión.

Durante los primeros meses de 1940, a pesar de que la Comisión de compras anglofrancesa desarrollaba una acción cada vez más coordinada, e incluso cuando el hundimiento de Francia era ya inminente, numerosos pedidos franceses de aviones, máquinas herramienta, cañones, municiones, carros de combate y portaaviones, por un total de quinientos millones de dólares, estaban aún pendientes de entrega. Arthus Purvis pidió permiso a Londres, mediante un cablegrama cifrado, para hacerse cargo de esta partida francesa, pagando lo que fuese. La respuesta llegó el 15 de junio a medianoche: el Gobierno británico, abandonando su parsimoniosa política, cuya finalidad era hacer durar las divisas durante toda la guerra, le daba carta blanca.

Por la tarde del 16 de junio llegó a Washington la noticia de que Pétain, impotente frente al caos militar, había optado por la rendición. Los contratos de cesión ya estaban redactados, y entonces los delegados franceses se enfrentaron con una dramática alternativa: enviar el material de guerra francés a Pétain o disponer de él sin consultar al Gobierno que les había dado el mandato. A las 3,30 horas de la madrugada del 17 de junio, firmaron. Todo el material, salvo una sola excepción, pasó a manos de Gran Bretaña.

Esta única excepción consistía en un envío de aviones, embarcados en el portaaviones *Bearn*, que había zarpado ya con dirección a Francia el 17 de junio. En alta mar, el almirante Darlan le ordenó cambiar de rumbo y, a toda velocidad, se dirigió a la Martinica, en las Indias Occidentales francesas, donde quedó fondeado y fuera de servicio, junto con todo su cargamento, hasta que el Comité Nacional francés arrebató a Vichy el mando de la isla.

En mayo de 1940, lord Lothian y el conde Saint-Quentin, embajadores respectivamente de Inglaterra y Francia en Washington, se pusieron en contacto con el presidente americano y con su secretario de Estado, Cordell Hull, con el fin de discutir la adquisición de cierta cantidad de destructores que habían prestado servicios de escolta durante la primera Guerra Mundial. La petición implicaba grandes problemas para Estados Unidos. El presidente tenía autoridad legal para disponer de los navíos de la Flota según lo que él creyera conveniente para los intereses del país, siempre y cuando los barcos no fuesen esenciales para la defensa del mismo.

Pero esta cesión significaría una venta directa de Gobierno, contraria al Derecho Internacional. Sin embargo, y a raíz de estudios hechos por expertos en la materia, resultó que el antiguo pacto Kellogg-Briand, por el que los firmantes renunciaban a la guerra de agresión, podía ser interpretado en el sentido de que los Gobiernos gozaban de la facultad de discriminar en contra de cualquiera de los países que hubiesen violado los preceptos legales. Esta conclusión dio lugar, facilitándolo, a un posterior examen.

A mediados de junio, la lección de Dunkerque tuvo una decisiva influencia sobre el planteamiento de la concepción defensiva mantenida por los americanos. Si Hitler extendía la guerra hasta el Atlántico, el conflicto se aproximaba a Estados Unidos. Por ello, paralelamente a las negociaciones para la cesión de los cincuenta destructores, se llevaron a cabo otras para discutir la cesión, por parte de Inglaterra, de una serie de bases necesarias para la defensa de las costas orientales americanas. Winston Churchill apoyó la petición de destructores presentada por lord Lothian; pero el embajador francés, perdido ya su interés dada la situación de Francia, retiró la suya.

En aquel período, la mayor parte de la Flota norteamericana tenía sus bases en el Pacífico, considerado suficientemente seguro gracias a las nuevas bases aéreas y navales que se iban creando. Sin embargo, la situación en América del Sur y del Centro era muy distinta: la penetración económica alemana aumentaba de día en día; los agentes alemanes propagaban el rumor de que la guerra acabaría en octubre, tras la derrota de Inglaterra, y en Uruguay se estaba desarrollando una amenazadora conspiración filonazi. Si Hitler, como parecía probable, llegaba a asegurarse el control de la Guayana francesa, de Guadalupe y de la Martinica, tendría todas las posibilidades de cortar las vías de comunicación con América del Sur o de lanzar un ataque contra el canal de Panamá, que sólo podría ser defendido si Estados Unidos consiguiera bases en las islas periféricas del Caribe, de las Bahamas a Trinidad.

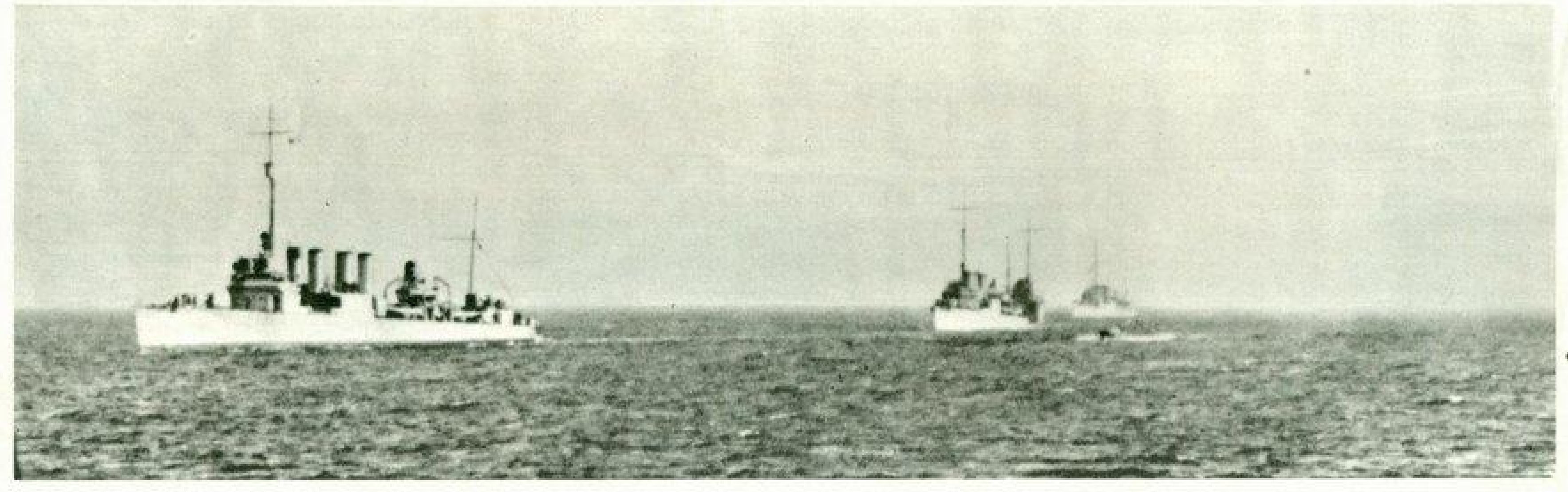
Bases a cambio de destructores

Los americanos de cualquier opinión coincidían al afirmar la urgente necesidad de aquellas bases. Los partidarios de la ayuda incondicional a Inglaterra veían en ello el preludio de una futura y más estrecha colaboración y, como era natural, no ponían objeciones al «asunto de los destructores». Sin embargo, había un grupo, capitaneado por Vierek, agente nazi, que exigía que Inglaterra cediera las bases a cambio de la condonación de unos antiguos préstamos que databan de la primera Guerra Mundial. Por supuesto, la finalidad que se proponía alcanzar era impedir a cualquier precio la entrega de los destructores. Más adelante veremos cómo y por qué motivos fallaron sus planes.

Roosevelt calculaba las pérdidas sufridas por la Marina británica en Dunkerque: 10 destructores hundidos y otros 75 gravemente dañados, de modo que durante mucho tiempo no podrían prestar servicio. El presidente comprendía que mientras la mitad de la escuadra de destructores ingleses estuviera fuera de combate, las bases navales francesas quedarían a merced de los submarinos alemanes, que podrían lanzar sus ataques contra los buques mercantes y de guerra británicos. En mayo, los Aliados perdieron 75.000 toneladas en barcos; en julio esta cantidad se había multiplicado por más de cuatro, superando las 400.000 toneladas. Por lo tanto, las vías de aprovisionamiento de las que dependía Inglaterra y, por consiguiente, sus posibilidades de proseguir la lucha, estaban en gravísimo peligro.

Fueron los días decisivos para los neutralistas a ultranza y para los enemigos americanos de Gran Bretaña, los cuales aseguraban que los destructores formaban parte de la primera línea defensiva americana y que, bajo ningún concepto, podían ser cedidos para que unieran su destino al de la Marina británica, a la que auguraban una inminente derrota. Pero, por suerte para Inglaterra, tanto Roosevelt como sus colaboradores más allegados no eran de la misma opinión. Comprendían que los destructores iban a contribuir con mayor eficacia a la seguridad de América luchando contra los alemanes bajo pabellón británico, que permaneciendo en la reserva, bajo la bandera estadounidense, en espera de la batalla final.

El 3 de septiembre de 1940 el acuerdo ya estaba dispuesto para la firma. A cambio de los destructores, Inglaterra debía confiar a Norteamérica, por un período de 99 años, bases en las Bahamas, Jamaica, Santa Lucía, Trinidad y Antigua. Las bases en la isla de Terranova y en las Bermudas fueron «cedidas gratuitamente», puesto que su uso tenía una especial significación, ya que además de Estados Unidos también se beneficiaría Canadá. Antes de proceder a la firma, Cordell Hull pidió a Winston Churchill la confirmación del acuerdo según el cual la Flota inglesa ni se autohundiría ni se rendiría jamás. Churchill se reafirmó en las garantías dadas (es fácil imaginar la



El presidente Roosevelt autorizó la entrega a los ingleses, a cambio de algunas bases, de 50 destructores americanos algo anticuados, pero dotados de gran potencia de fuego y que se revelaron muy útiles. *(Hulton Picture Library)*



Jorge VI de Inglaterra visita una fábrica de municiones, donde incluso trabajaban niños. *(Foto G M)*

disposición desdeñosa de sus mandíbulas) y añadió: «Creo que esta hipótesis debe referirse únicamente a la Flota alemana o a lo que de ella ha quedado, y no a la *Royal Navy*».

Los americanos olvidaron sus últimos titubeos y a la firma siguió, inmediatamente, la acción. Unos hombres, que durante muchos días esperaron impacientemente aquel momento, subieron con rapidez por la vieja pasarela del *Buchanan*. El destructor había permanecido fondeado durante más de veinte años en el puerto de Boston, almacenando crustáceos y óxido, y su aspecto era desagradable a los ojos de cualquier marino. Pero el grupo se distribuyó por el barco; lo descrostó, pintó, inspeccionó y comprobó las máquinas, puso a punto los cañones, los probó, y repintó los costados del buque con el color gris de la Marina inglesa, mientras el nombre original desaparecía para siempre. El *Buchanan*, por un tiempo sin nombre, abandonó el puerto de Boston antes de fines de septiembre, poniendo rumbo a Halifax a la velocidad de 30 nudos. La tripulación, reducida al mínimo, estaba integrada por oficiales americanos. El destructor embarcó víveres y municiones; en la santabárbara llevaba granadas de 102 mm para sus repuestos cañones y torpedos de 533 mm para los tubos lanzadores.

En Halifax, tripulaciones inglesas al completo esperaban la llegada del *Buchanan* y de los navíos gemelos. Un vistazo a las cuatro chimeneas largas y finas, como cigarrillos, bastó para que se encontrara un sobrenombre acertado a estos destructores, que durante toda la guerra llevaron el nombre de una conocida marca inglesa de cigarrillos: los *Woodbines*. Aunque viejos, los *Woodbines* resultaron muy útiles, siendo empleados especialmente en la batalla del Atlántico y en las peligrosas travesías en dirección a Múrmansk.

El pretexto legal que permitió los «préstamos y arriendos»

Una disposición constitucional americana de 1892 autorizaba al secretario de Defensa para ceder en arriendo, por un período no superior a los cinco años, aquellas pertenencias del Ejército que, no siendo necesarias para su uso, podían considerarse de utilidad pública. Este cómodo ordenamiento constitucional fue desenpolvado en 1940, y el presidente Roosevelt se apresuró a aprovecharlo, haciendo de él el punto de partida de la grandiosa idea de los «préstamos y arriendos».

Al estallar la guerra, Gran Bretaña tenía en Estados Unidos un fondo de reserva, que en cifras redondas alcanzaba la cantidad de 4500 millones de dólares, constituido por oro, dólares e inversiones privadas. Durante los dieciséis primeros meses de hostilidades se consiguió, mediante la venta de oro, las exportaciones, etc., materializar 2000 millones más; pero en ese mismo período se habían gastado, en adquisición de material bélico 4500 millones de dólares. Así, pues, a fines de 1940 los fondos de guerra ingleses en Estados Unidos habían descendido a 2000 millones de dólares, de los cuales 1500 millones habían sido entregados en concepto de adelanto para el pago del material aún no suministrado.

Un préstamo americano no hubiera sido la solución adecuada, pues la amarga experiencia había enseñado a los americanos, en la primera Guerra Mundial, que un préstamo monetario entre Aliados, frente a un peligro común, conducía a la desorganización económica y a un continuo roce entre quienes debían mantener lazos de solidaridad para la salvaguardia de la paz mundial. Era necesario afrontar el problema en otra dirección.

Inevitablemente, Roosevelt llegó a la evidencia de un hecho irrebatible: Hitler perseguía el dominio del mundo, e Inglaterra, privada de toda capacidad de compra, era el único país que podía estorbar sus propósitos. Era opinión del presidente que si Gran Bretaña se viera obligada a rendirse, Alemania y Japón harían causa común para atacar los Estados Unidos, y sus Flotas aparecerían de improviso ante las costas del Atlántico y del Pacífico.

Roosevelt, buscando una solución al problema, que estaba llegando rápidamente al punto crítico, estudió la disposición constitucional de 1892. Para poder examinar con detenimiento todo lo relacionado con la ley en cuestión, dejó Washington para visitar las bases americanas en el Caribe. Consigo llevaba una larga carta de Churchill en la que éste exponía sus previsiones para los doce meses próximos. «La suerte de 1941 –decía Churchill– se jugará en el mar».

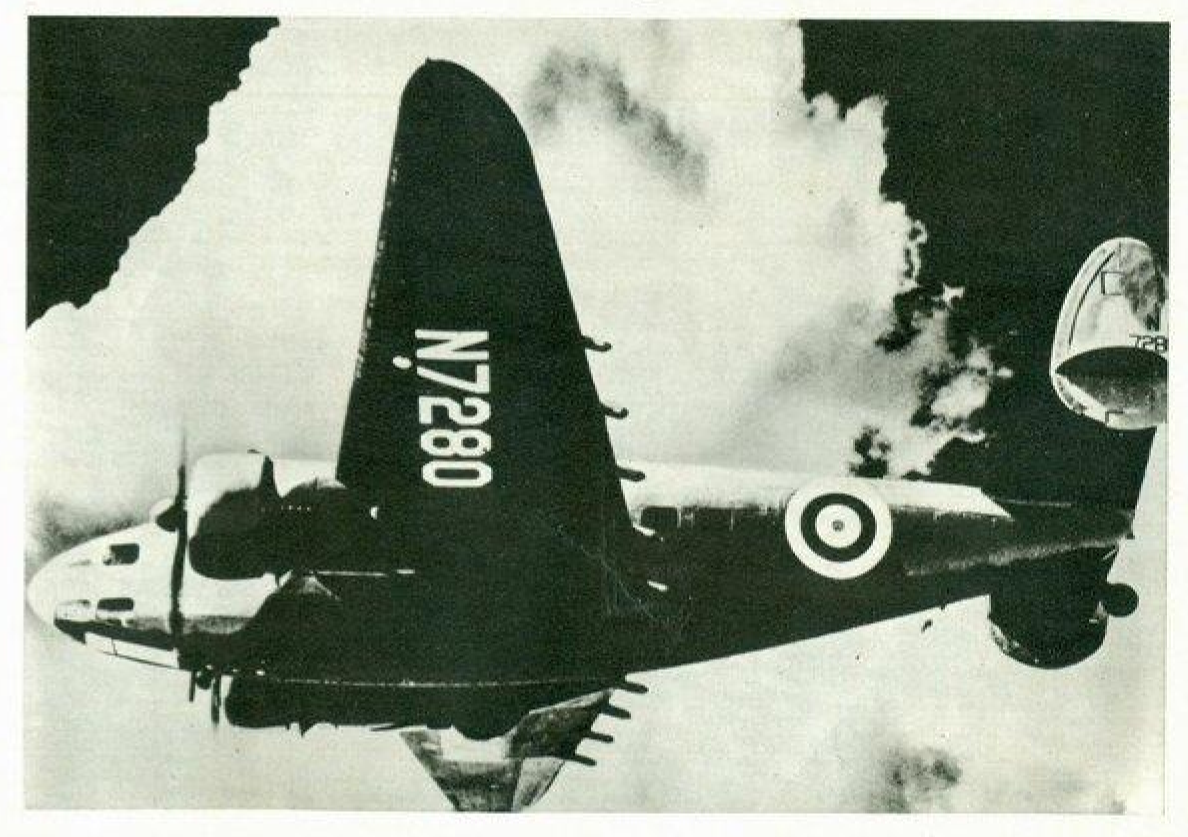
El presidente volvió a Washington el 16 de diciembre de 1940, dispuesto a presentar una propuesta del mayor interés para el pueblo americano. Al día siguiente convocó una rueda de prensa, durante la cual expuso a los periodistas lo que él consideraba como la política más conveniente para Estados Unidos:

«La inmensa mayoría de americanos no duda, en absoluto, que la mejor y más inmediata defensa de Estados Unidos estriba en la victoria de Inglaterra, empeñada en su propia defensa. Por ello, prescindiendo de nuestro interés histórico en la defensa de la democracia en sí, es de la máxima importancia, desde un punto de vista egoísta y con miras a la protección de nuestro país, que hagamos cuanto nos sea posible por contribuir a la defensa del Imperio Británico».

Recordó a los reunidos que el dinero nunca había sido motivo determinante en la consecución de la victoria o de la derrota en ninguna de las grandes guerras de la Historia. A este respecto, la antigua predicción de los banqueros, en el sentido de que la duración de la primera Guerra Mundial dependería de las disponibilidades de los bancos, había demostrado ser completamente errónea, del mismo modo que resultaría falsa en la segunda. Al fin llegó al meollo del asunto, diciendo: «Lo que pretendo hacer es eliminar el símbolo del dólar». No los dólares, se entiende, sino que desde aquel momento el único símbolo de interés pasaría a ser la defensa de Estados Unidos; donde mejor sirvieran para su defensa, allí irían a parar las armas americanas.

Pocos días después, Roosevelt habló incluso con mayor franqueza al país en el transcurso de una «charla al amor de la lumbre»: «Si Gran Bretaña sufriera una derrota –dijo–, todos nosotros, en toda América, viviríamos con un fusil apuntándonos, cargado con balas explosivas, económica y militarmente hablando. Debemos producir armas y buques empleando toda la energía y todos los recursos de que disponemos». Poco después pediría autorización al Congreso para fabricar armas y material bélico destinado a los países en guerra contra Hitler. No a cambio de dólares, sino en concepto de préstamo y arriendo.

El día 10 de enero de 1941, a mediodía, el proyecto de ley se presentó al Senado. Aunque mayoritariamente apoyado a través de todo el país, la iniciativa se enfrentó con una fuerte oposición por parte del Comité «America First», además de otros grupos minoritarios, algunos de los cuales hacían propaganda a favor del Eje. Pero, finalmente, el 11 de marzo el proyecto fue aprobado y se convirtió en ley. Al día siguiente se invitó al Congreso a asignar una suma de siete mil millones de dólares para la producción de aviones, carros de combate, cañones, productos semielaborados, máquinas herramienta y víveres para suministrar, en concepto de préstamo y arriendo, a los países cuya defensa era considerada esencial para la seguridad americana.



Un bombardero «Lockheed Hudson», prototipo de uno de los tantos préstamos realizados por Estados Unidos a favor de Gran Bretaña. *(Central Press)*



ALGUNAS DE LAS ARMAS SUMINISTRADAS POR NORTEAMÉRICA
1. Un P-14 (P-17 en los EE.UU.), fusil de calibre 300.
2. Un fusil ametrallador Thompson, calibre 45 (M-1).
3. Una Colt 45 automática (modelo 1911).
4. Una Colt 45 de tambor (modelo 1917).

Hombres y fusiles del Canadá

También otras ayudas, no estadounidenses, llegaban a Inglaterra a través del Atlántico septentrional. El 10 de septiembre de 1939, cuando Canadá declaró la guerra a Alemania, las fuerzas militares efectivas del *Dominion* eran irrisorias: 4500 soldados, 1900 marinos y 3100 aviadores en servicio permanente. La *Non-Permanent Active Militia* –que correspondía a grandes rasgos a la milicia territorial británica– había sido movilizada una semana antes y estaba constituida, en total, por 20.000 hombres. Las armas de las que disponían eran modelos anticuados, los medios de transporte escasos y en todo el país había, exactamente, dieciséis carros de combate. Pero cada día fueron más numerosos los voluntarios que se enrolaron.

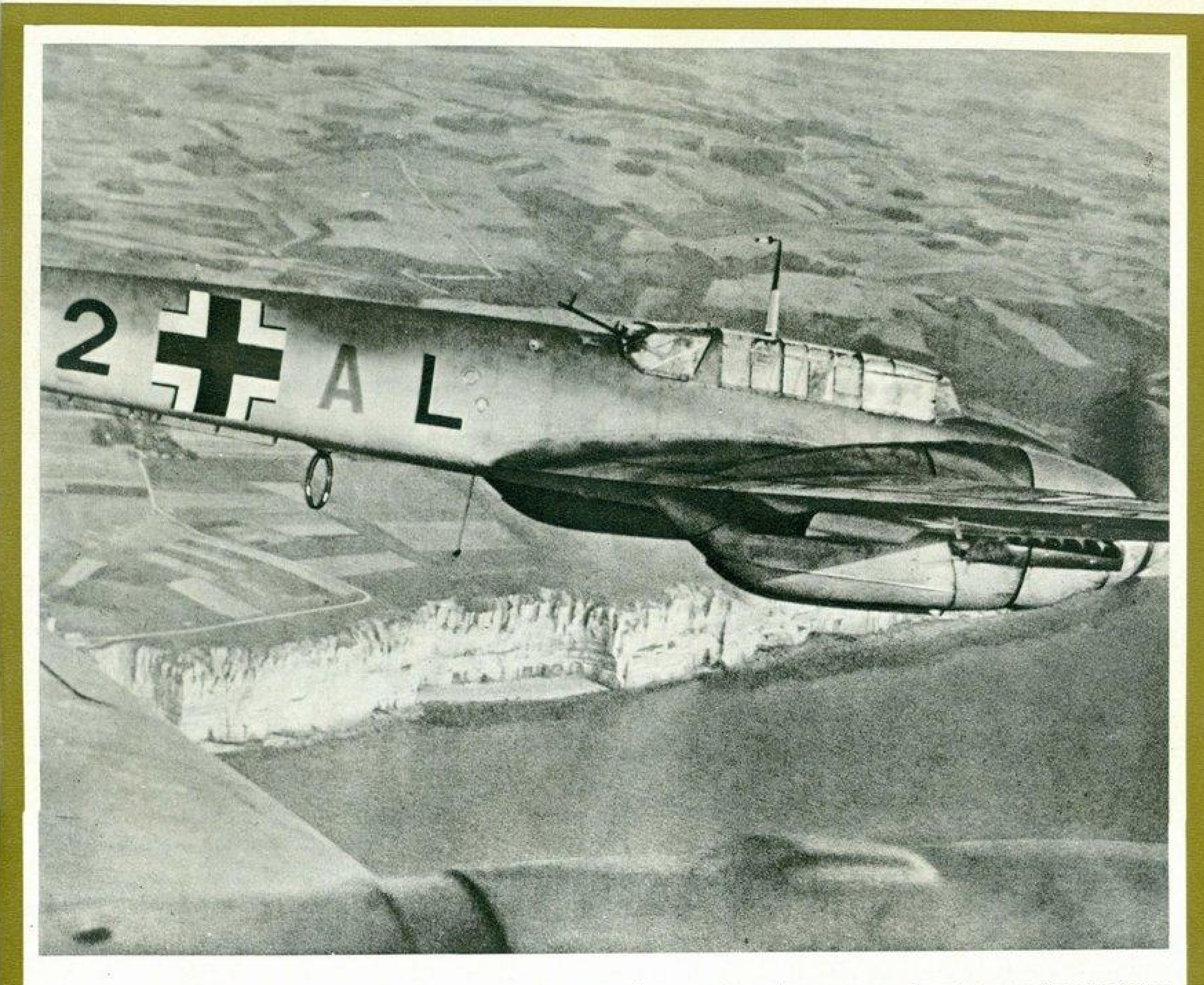
La primera división canadiense, compuesta por 1066 oficiales y 22.238 soldados, fue escoltada en su travesía del Atlántico por la Marina británica, y en enero de 1940 quedó asignada a la guarnición de Aldershot, donde los ingleses la dotaron de armamento y equipo nuevos. Mientras tanto, se había constituido otra división, a la que se sometió a un duro adiestramiento en el mismo Canadá. Pero en mayo de 1940 los acontecimientos se precipitaron de tal manera y tan rápidamente, que antes de que los canadienses pudieran integrarse en el Cuerpo Expedicionario británico los alemanes ya habían llegado a los puertos del canal de la Mancha. La única unidad –una brigada que consiguió desembarcar en Brest, el 12 de junio, fue retirada al cabo de cuarenta y ocho horas, pues los hombres eran necesarios en otros campos de batalla.

Por el mismo tiempo, Canadá enviaba también armas para equipar a la milicia territorial británica. Todos los fusiles existentes en el vasto *Dominion*, excepto los indispensables para la instrucción, fueron recogidos y enviados a Inglaterra. Un oficial de alta graduación refiere, a este respecto, que un día de 1940, en que se había trasladado a las cercanías de Toronto para inspeccionar un campo de entrenamiento de la aviación, el centinela apostado a la entrada del campo le presentó armas con... una escopeta de caza. Pasmado, el oficial le pidió, como era lógico, explicaciones. El centinela sonrió: «Lo siento, señor, pero todos los fusiles del Canadá han salido para Inglaterra».

El criterio sanitario que se adoptó para la selección de los voluntarios fue muy riguroso, por lo que los hombres que Canadá envió a Inglaterra estaban en excelentes condiciones físicas. Su presencia bastó para infundir esperanza, entusiasmo y vigor al postrado pueblo británico, porque constituía la demostración de que por lo menos una parte del nuevo mundo participaba ya activamente en la lucha.

Lord Portal, jefe de Estado Mayor de la Aviación, definió a la RAF, en cierta ocasión, como una ONU en miniatura. En efecto, en sus filas se encuadraban numerosos canadienses, australianos, neozelandeses y sudafricanos de la Commonwealth; así como también bastantes «neutrales» de la República de Irlanda. Había también norteamericanos; el famoso *Eagle Squadron* (Escuadrón «Águila»), estaba constituido por jóvenes americanos que habían cruzado el océano, adelantándose a la intervención oficial de su país en la guerra, y que, con uniforme británico, participaban en la defensa de Gran Bretaña. Destacaba asimismo el escuadrón checoslovaco, que, bajo las órdenes de un oficial inglés, luchó con singular arrojo.

Pero, entre todos ellos, los primeros en llegar a Gran Bretaña para reemprender la lucha, fueron los hombres de la Aviación polaca.



Una bandada de halcones sobrevuela los blancos acantilados del Canal de la Mancha

Por contundentes que fueran los ataques, por importantes que fuesen las fuerzas empleadas, el destino de los alemanes era ver Inglaterra tan sólo desde arriba, como una difuminada extensión verde, circundada por la blanca cinta de sus acantilados y protegida por un brazo de mar inconcebiblemente estrecho, pero que resultaba imposible de cruzar.

Pilotos de Polonia, ayuda de Irlanda

En octubre de 1939, terminada la *Blitzkrieg*, la Aviación polaca había perdido el 90 % de sus aparatos y casi el 70 % de sus tripulaciones. Pero, una vez ocupado todo el país, el primer pensamiento de muchos polacos fue dirigirse a una nación neutral vecina (Rumania, Hungría, Letonia o Lituania) donde, con toda probabilidad, hubieran sido temporalmente internados antes de obtener, de manera oficiosa, el permiso para proseguir viaje hacia Europa occidental.

La gran mayoría –soldados y aviadores– pasaron a Rumania, donde fueron conducidos, en efecto, a diferentes campos de concentración. Allí, casi de inmediato, lograron establecer un sistema de comunicación entre los distintos campos, e incluso con los de otras naciones neutrales, y en un período de tiempo sorprendentemente breve surgió una organización para preparar evasiones. No obstante, la puesta en práctica de estos planes se fue haciendo cada vez más difícil, pues Hitler presionaba sobre Hungría y Rumania con la intención de yugular el éxodo de los polacos. Lo mismo hizo Stalin en Estonia y Lituania, porque desde el punto de vista polaco, la Unión Soviética no era un país neutral, sino enemigo.

Cuando se extendió la noticia de que el Gobierno polaco se había reconstituido en suelo francés y de que los restos de las Fuerzas Armadas se estaban concentrando allí, los hombres internados en los campos de concentración redoblaron sus esfuerzos para evadirse. Fuera ya de Rumania, las cosas parecían relativamente más fáciles. Cuatro eran las principales vías de fuga: desde los puertos de Constanza y de Bălcik, en el mar Negro, a través de los extrechos, hasta Siria o Marsella; atravesando Yugoslavia, y desde su costa hacerse a la mar; a través de Grecia y, por mar, hacia Francia; finalmente, por tierra, atravesando Yugoslavia y el norte de Italia, hasta el sur de Francia.

Los polacos empezaron a afluir a Francia aislados o en grupos. Basándose en un acuerdo concluido entre los Altos Mandos británico, polaco y francés, en el invierno de 1939 se creaba, en Inglaterra, un segundo centro de reunión, donde 300 hombres pertenecientes a la Aviación polaca, personal de vuelo y 2000 hombres del servicio de tierra, se incorporaron a la RAF, siendo entrenados exclusivamente para tripular aviones de bombardeo. A fines de mayo de 1940, cuando empezaron los combates en Francia, los polacos tuvieron escasas posibilidades de demostrar su valía; por último, el 19 de junio, el general Sikorsky ordenaba a sus hombres que se dirigieran a los puertos de mar y se pusieran en contacto con las autoridades británicas para ser evacuados a Inglaterra.

Este fue el último éxodo de los polacos, porque el estado de ánimo del pueblo británico era entonces muy parecido al de ellos mismos; esto es, ni podían retirarse frente al enemigo ni podían pactar con él: era una guerra a muerte. Winston Churchill declaró a Sikorsky, con feroz determinación: «Ahora estamos unidos, para el mal y para el bien». Estas palabras se adaptaban perfectamente al sentir de los polacos.

En virtud del pacto anglopolaco estipulado en agosto, la Aviación polaca estableció la sede de su Cuartel General en Londres, conservando su autonomía hasta el final de la guerra. Los que habían prestado servicio en Inglaterra, encuadrados en las reservas de voluntarios de la RAF, se unieron a sus compañeros bajo bandera polaca. Por razones de tipo administrativo, el Cuerpo estaba bajo el mando de la RAF.

Todos los pilotos polacos de caza contaban con una experiencia de dos años de entrenamiento intensivo, por lo menos, y una media de 500 horas de vuelo. Muchos ya habían sostenido combates aéreos, de los que salieron sanos y salvos, con el mérito de haber pilotado aparatos de mediocre calidad. Las hazañas de estos pilotos en la batalla de Inglaterra fueron famosas, y hasta Dowding, jefe de la Aviación inglesa escribió:

«He de confesar que tenía mis dudas sobre el resultado de la experiencia adquirida por los pilotos polacos y checoslovacos en sus países respectivos. Pero mis dudas carecían de fundamento, pues los escuadrones se lanzaron al combate con un ímpetu y un entusiasmo que desbordan todo elogio. Ardían en odio, lo que les volvía enemigos peligrosísimos para los alemanes. En el transcurso de un mes, el primer escuadrón polaco, el n.º 303, agregado a la División 11, derribó más aviones alemanes que cualquier otra unidad inglesa en el mismo período...»

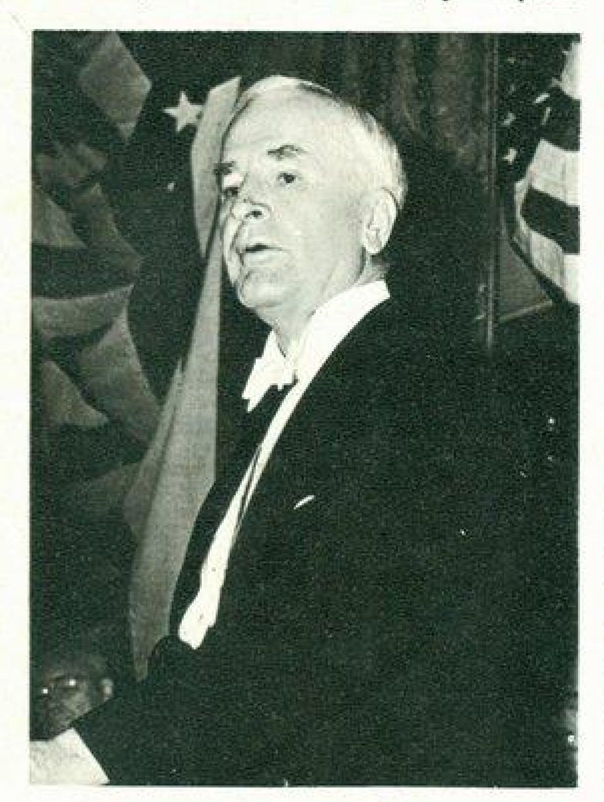
Entre Inglaterra e Irlanda existía desde hacía siglos una extraña relación de odio–amor. Cuando Inglaterra declaró la guerra a Alemania, De Valera, quizá recordando antiguos agravios, se declaró inmediatamente neutral, y, a continuación, se negó de un modo rotundo a permitir, como era tradicional, la utilización de puertos irlandeses del sur por la Marina británica ni la de los aeródromos por la RAF. Fue un contratiempo muy grave para Inglaterra. Otro serio peligro lo constituía la presencia de una nutridísima embajada alemana en Dublín, que disponía de una instalación radioemisora y demostraba un excesivo interés por el movimiento marítimo.



Anthony Eden, brazo derecho de Churchill en el Gabinete de guerra, asistiendo a un ejercicio de tiro. (Archivo Rizzoli)

Winston Churchill se preguntaba si Irlanda estaba participando de hecho en la guerra, aunque no oficial, al lado de los alemanes. Siempre cabía la posibilidad de que submarinos alemanes utilizasen puertos solitarios de la recortada costa occidental de la isla para aprovisionarse y para proceder a la carga de las baterías. Por su parte, De Valera llevó la apariencia de neutralidad a extremos tales como imponer, de vez en cuando, una ridícula censura de prensa.

Sin embargo, y a pesar de la oposición del neutral De Valera, voluntarios de todas las ciudades de Irlanda atravesaron el canal de San Jorge para tomar parte en la contienda.



Cordell Hull, secretario de Estado americano durante la época de la aprobación de la ley de «préstamos y arriendos», decretada por Roosevelt. (Archivo Rizzoli)

Navíos de guerra y balleneros de Noruega

Al alba del día 9 de abril de 1940, cuando Hitler invadió Noruega, unos mil barcos de ese país, con un desplazamiento bruto de 4 millones de toneladas, se hallaban en alta mar o en puertos extranjeros. Instrucciones dadas por radio inmediatamente por el Gobierno de Oslo ordenaban que dichos buques se refugiaran en puertos neutrales o británicos.

Otros, que se encontraban en puertos de países sometidos a influencia alemana o italiana, consiguieron hacerse a la mar antes que llegara la contraorden del improvisado «Gobierno» de Quisling.

Más de la mitad de este tonelaje estaba constituido por modernos petroleros que podían alcanzar, por lo menos, velocidades de 12 nudos, y que representaron un precioso refuerzo para la Marina mercante británica. Con los buques llegaron también las tripulaciones, compuestas por un total de unos 25.000 marinos, llenos de coraje y animados de una indiscutible fidelidad a la causa aliada.

En el desorden que siguió a la invasión, algunos buques que estaban en puertos noruegos consiguieron ponerse a salvo, refugiándose en Inglaterra. Dos destructores, un submarino y ocho balleneros armados atravesaron el mar del Norte en compañía del *Fridtjof Nansen*, barco del servicio de protección de la pesca, y del navío auxiliar *Heimdal*. Dieciséis buques balleneros, que al producirse la invasión se hallaban en el Antártico, pusieron rumbo hacia aguas inglesas y fueron dotados de equipos dragaminas.

En 1940 la intervención de la Marina noruega fue de tanta importancia que el periódico *Motorship* en el número publicado en enero de 1941, reconoció objetivamente que «la Flota mercante noruega ha valido, para Inglaterra, más que un millón de soldados».

Los voluntarios noruegos provenían de todo el país y de todas las clases sociales. Apenas el rey y el Gobierno noruego en el exilio llegaron a Gran Bretaña, el núcleo del Cuerpo Expedicionario se estableció en Escocia, donde se equipó, armó y entrenó, con el máximo rigor, un destacamento que luego sería agregado al cuerpo especial destinado a las incursiones contra las instalaciones alemanas enclavadas en Noruega. Durante el otoño de 1940, otro destacamento prestó servicio en Islandia.

Los noruegos demostraron estar especialmente dotados para las acciones por sorpresa, propias de los comandos, y para todas aquellas que, sin importar su dificultad y su riesgo, exigiesen el empleo de pequeñas embarcaciones. Además, poco después de la rendición del Ejército noruego al invasor, se abrió un gran campo de entrenamiento destinado a los pilotos noruegos en las cercanías de Toronto, en Canadá. Los jóvenes voluntarios que iban llegando, tras larguísimos viajes, se revelaron como alumnos entusiastas. A fines de 1940, los primeros setecientos ocupantes del campo bautizado con el nombre de «Pequeña Noruega», retornaron a Inglaterra y, como sus compatriotas que luchaban en el Ejército, formaron el núcleo de la unidad aérea noruega bajo el mando general de la RAF.

JERRARD TICKELL

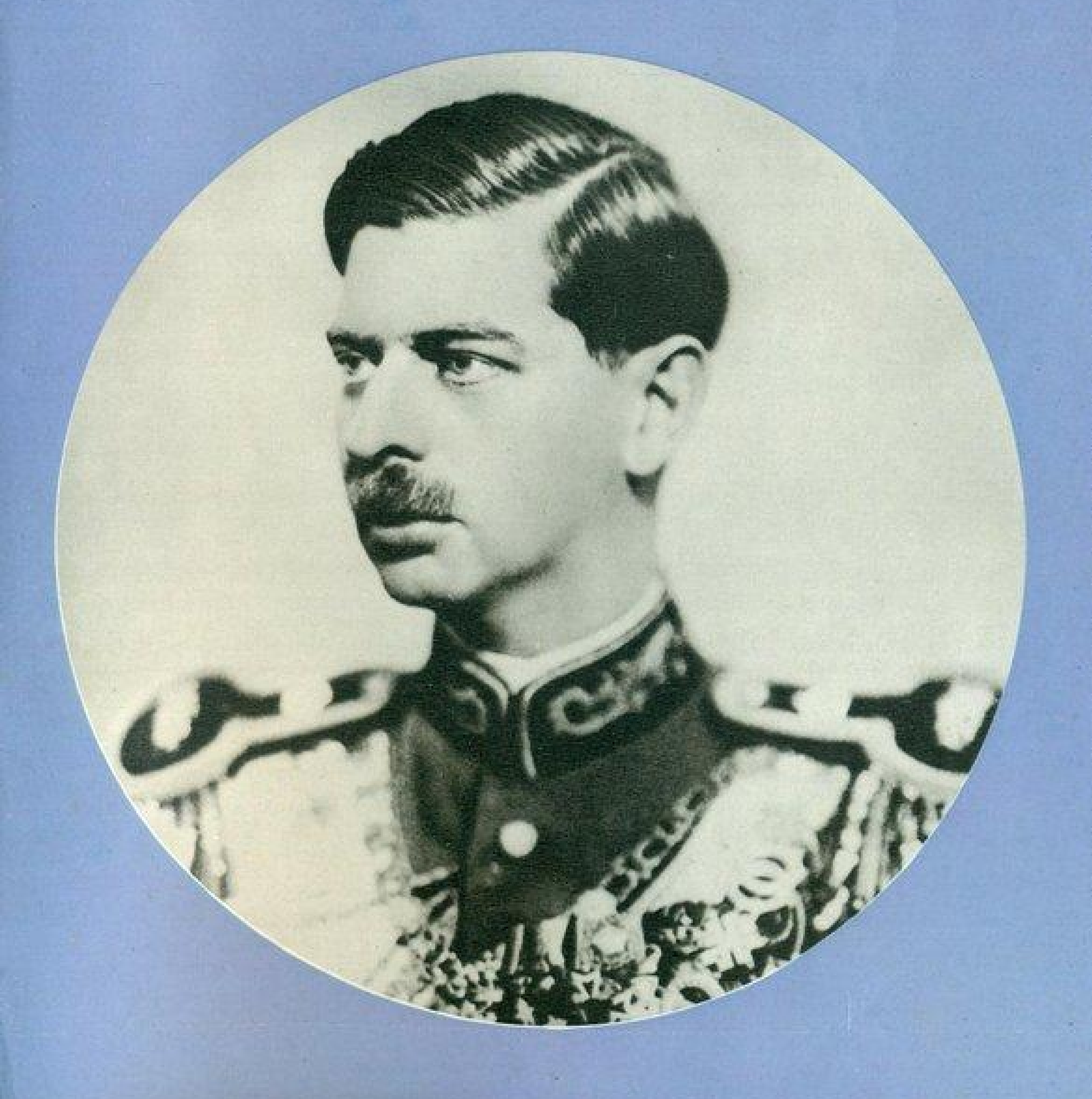


Nacido en Dublín, estudió en la Abbey (Tipperary) y en la Highgate School. Gran conocedor de lenguas vivas, recorrió Europa de uno a otro extremo antes de trabajar en publicidad y dedicar el tiempo libre a escribir. Durante la guerra prestó sus servicios en el Ejército inglés, en cuyas filas alcanzó el grado de comandante, siendo enviado a las dos Américas, a África y a Oriente Medio. En 1945 fue destinado al Departamento de Relaciones Públicas del Ministerio de la Guerra. Entre sus obras más importantes recordamos *Soldiers from the Wars Returning*, *Odette*, *Appointment with Venus*, *A Day to Remember*, *Villa Mimosa* y *High Water at Four*. Tres de estos títulos sirvieron de base a guiones cinematográficos. Jerrard Tickell murió repentinamente a principios de 1966.

Rumania, verano de 1940

EL GOLPE DE ESTADO EN RUMANIA

Olivia Manning



La conquista de Occidente por los alemanes representó una dilación para el oportunista Gobierno rumano. Después de la capitulación de Francia, y cuando la derrota de Inglaterra parecía inminente, Rumania apeló a Hitler para obtener la garantía de las zonas de su territorio ambicionadas por los países vecinos; pero sus esperanzas se vieron defraudadas. Sobre este fondo de venganza internacional, Olivia Manning recuerda las fases del golpe de Estado fascista que depuso al rey Carol II, presentándonos el aspecto de la capital rumana durante aquel período tan agitado.



A fines de los años treinta, Rumania estaba regida por un rey de la casa Hohenzollern: Carol II cuyo único mérito era el de no poder fiarse de él más que de sus súbditos. El país estaba agobiado por los impuestos. Cada panecillo debía llevar la marca de un sello, cuyo importe se destinaba a la aviación, de acuerdo con la aclaración oficial. Pero todo el mundo sabía que la aviación no existía de hecho, y que el dinero iba a engrosar la enorme fortuna que Carol II, conocedor por propia experiencia de lo que era el exilio, estaba amontonando sagazmente en los bancos extranjeros. El abuelo del rey, el germanófilo Carol I, había muerto en 1914, lo que permitió a Rumania entrar en la primera Guerra Mundial al lado de los vencedores. Como recompensa recibió unos 150.000 km² de territorio, que comprendían todas las regiones fronterizas que hacía siglos el país disputaba a sus vecinos: Hungría, Bulgaria y Rusia. Las tres naciones derrotadas no habían dejado nunca de reivindicar los territorios perdidos, que Rumania conservaba porque podía contar con sus poderosos aliados de la pasada guerra. Este apoyo fue confirmado el 13 de abril de 1938, cuando los occidentales, evidentemente sin consultar el mapa, garantizaron a Rumania su asistencia en caso de una agresión por parte de la Alemania hitleriana. Tres meses antes de que esto sucediera, el rey Carol se había proclamado dictador. Los dictadores estaban entonces de moda, pero el gesto de Carol se debía más a un impulso necesario que a un deseo de imitación. En efecto, se aseguró esta posición antes de que lo hiciese su rival, Codreanu.

Una unidad de infantería rumana desfila con motivo de unas maniobras. Abajo: el Primer Ministro general Antonescu, tomó las riendas del poder en septiembre de 1940 obligando al rey Carol a abdicar. *(Foto G M) - (Archivo Rizzoli)*

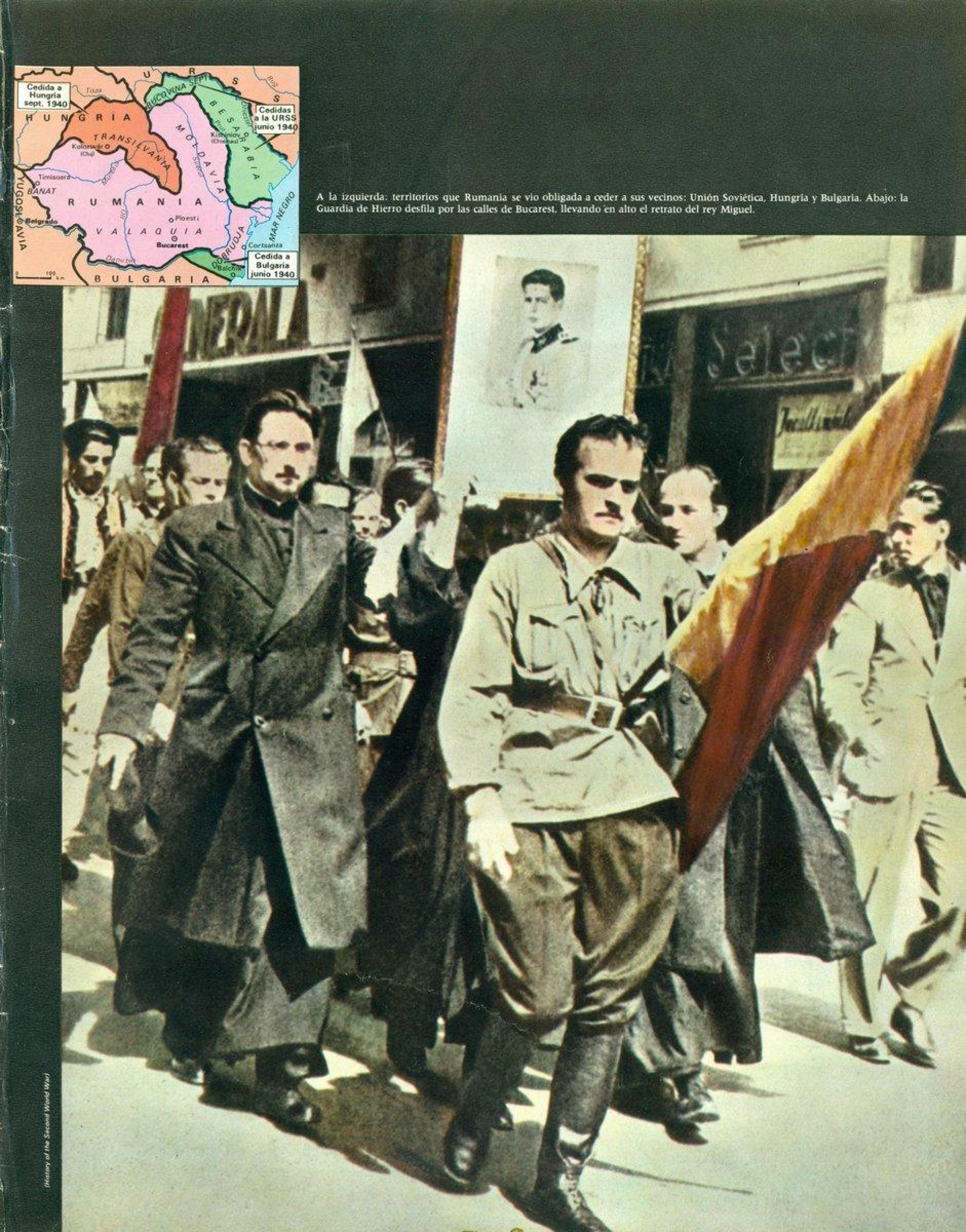


Los recelos de Carol respecto a Codreanu se manifestaron abiertamente cuando Hitler dijo: «Para mí existe un sólo dictador en Rumania, y es Codreanu». Al ganar los representantes de la Guardia de Hierro 66 puestos en las elecciones de 1937, el rey, viendo que su posición empeoraba, disolvió todos los partidos políticos. Poco tiempo después, la Guardia de Hierro, que había combatido en España a favor de los nacionales, regresó triunfalmente a Bucarest, lo que constituyó un acontecimiento. La excitación fue tal, que Carol se vio obligado a suprimir el movimiento. Codreanu fue arrestado. Acusado de alta traición, se le declaró culpable fundándose en pruebas inconsistentes y se le encarceló con trece de sus partidarios. Una noche de noviembre, los prisioneros, atados y amordazados, fueron conducidos al bosque de Ploesti y estrangulados. La noticia oficial de que habían sido muertos por disparos de arma de fuego cuando intentaban huir, proporcionó al mundo una *suppressio veri*, que explicaría en el futuro otras muchas muertes por el mismo estilo.

Mi marido había sido enviado a Bucarest por el *British Council* el año 1938, y nos casamos cuando regresó a Inglaterra en el tormentoso verano de 1939. El 3 de septiembre, la Guardia de Hierro había sido oficialmente eliminada. Sus jefes fueron asesinados y gran parte de sus miembros estaban encarcelados o habían huido al extranjero. El rey Carol II con Madame Lupescu, y su perro guardián, el aborrecido Urdareanu, gobernaba Rumania sin rivales de ningún género. Pero aquel mismo día llegó la noticia de que Inglaterra y Francia estaban en guerra con Alemania. Entonces el problema para el rey Carol era tratar de ver cómo podría conservar los territorios obtenidos después de la primera Guerra Mundial sin necesidad de entrar en la segunda. Dieciocho días después, el primer ministro rumano, Calinescu, fue asesinado por antiguos miembros de la Guardia de Hierro.

Bucarest era una ciudad donde todo se tenía en secreto pero en la que, tarde o temprano, todo se sabía. La gente amiga del chismorreo y de pasar el tiempo charlando en los cafés, se abandonó a toda suerte de noticias y contranoticias, acusaciones y contraacusaciones. Los periodistas de habla inglesa, que frecuentaban el bar inglés del Athene Palace, fueron los primeros en saber que el asesinato era consecuencia de una conjura encaminada a entregar a Alemania el control del país.

Sólo en las primeras horas de la noche, la gente se dio cuenta de que el plan alemán había fallado. Las tropas soviéticas, entrando en Rumania por el Este, se situaron a lo largo de la frontera, impidiendo así a los alemanes penetrar en el país. Los rumanos no sentían mucha simpatía por los rusos, pero hubo quien afirmó que la iniciativa soviética había salvado a Rumania.



A la izquierda: territorios que Rumania se vio obligada a ceder a sus vecinos: Unión Soviética, Hungría y Bulgaria. Abajo: la Guardia de Hierro desfila por las calles de Bucarest, llevando en alto el retrato del rey Miguel.

(History of the Second World War)

En los meses siguientes el rey hizo todo lo posible para asegurarse el apoyo de las potencias beligerantes. Oficialmente apoyaba a los ingleses y los ingleses le apoyaban a él; pero, no obstante el acuerdo comercial rumanogermano seguía proporcionando a los alemanes cereales, madera y 1.500.000 toneladas de petróleo bruto al año. Los ingenieros ingleses que se encontraban en Ploesti hacían todo lo posible por sabotear los abastecimientos alemanes. Y las protestas que elevaban ambas partes eran acogidas con excusas y promesas de que se trataría de evitar incidentes en el futuro.

Intrigante por naturaleza e inclinado a enfrentar a las partes entre sí, el rey Carol era experto en esta especie de juego internacional; por ello la mayor parte de la población confiaba en que conseguiría mantener el país al margen de la guerra. Los partidarios de la Guardia de Hierro no dejaban de subrayar que si se aliaban con Hitler Rumania sería rica. No obstante, Francia e Inglaterra seguían siendo los aliados tradicionales; se cuenta incluso que cuando los campesinos fueron llamados a filas para combatir al lado de los alemanes, sus oficiales consideraron oportuno decirles que iban a combatir a favor de los ingleses, sus legendarios amigos.



La clase alta prefería a los franceses, a los que imitaba en casi todo. Bucarest, con su Chaussée y su falso Arco de Triunfo, era conocida entonces como el «París del Este», y el francés era la lengua hablada por todo aquel que pretendía ser elegante.

El tenor de vida de la anteguerra se mantuvo hasta la primavera de 1940, en que los rumanos comenzaron a notar los primeros síntomas de un cambio en su mundo. Para economizar gasolina se prohibió a los taxis dar vueltas en busca de clientes; y al mismo tiempo algunos productos, sobre todo los tejidos franceses, alcanzaban precios exorbitantes. Aún no se habían habituado del todo a estas dificultades cuando la guerra, detenida tras la campaña de Polonia, se reanudó de pronto. Los alemanes ocuparon Dinamarca y Noruega, y un mes más tarde prosiguieron sus ataques invadiendo Holanda, Bélgica y Luxemburgo. En Bucarest, la oficina de propaganda alemana se convirtió en un centro del mayor interés, y los rumanos, siguiendo las flechas rojas que indicaban el avance alemán hacia Francia, agradecían a Hitler su decisión de avanzar hacia el Oeste, cuando hubiera podido dirigirse más fácilmente hacia el Este. Se esperaba que se viera comprometido por las tropas aliadas y que la guerra se resolviese en una zona tradicional, entre el Mosa y el Marne.

Pero la caída de París fue un golpe mortal. Bucarest se vistió de luto. La noticia de que el Cuerpo Expedicionario británico estaba siendo evacuado era para nosotros un motivo de admiración y consuelo, pero a los rumanos les pareció una deserción. ¿Quién se preocuparía de hacer efectivas las garantías de 1939? Los rumanos esperaban la rendición de Inglaterra con un triste sentido de fatalidad, ya que cuando este campeón de la libertad hubiese sido derrotado sabrían exactamente cómo comportarse en la guerra: se unirían al otro bando.

El rey no vio ningún motivo para esperar. Con todo el Ejército alemán alineado entre Rumania y el último protector que le quedaba a Bucarest, la única alternativa era el acercamiento al Eje. En aquel momento sólo Alemania podía salvar el país. Carol, sin más demora, expresó su admiración por la ideología nazi, y los rumanos, pueblo voluble, quedaron divididos entre el temor y la esperanza.

No obstante, Rusia tomó la iniciativa. El 26 de junio, el Primer Ministro soviético presentó una nota en la que pedía la restitución de Besarabia y de Bucovina septentrional. Los rumanos quedaron anonadados. También estaban profundamente indignados, ya que Besarabia era una región rica en cereales y Bucovina en magníficos bosques de hayas. Sólo quedaba la esperanza de que el cambio de actitud del rey se hubiese realizado a tiempo y que Hitler protegiera ahora sus intereses. Se dirigió entonces una apelación al Reich, y aquella noche la gente esperó durante mucho tiempo fuera del palacio hasta que la respuesta se hizo pública: el *Führer* pedía al soberano que cediese Besarabia sin combatir. Éste fue el principio de la disgregación de la Gran Rumania y también el principio del fin de Carol, que no había sido lo suficientemente hábil.

Mientras tanto los rumanos se daban cuenta de que si querían la amistad con Alemania tenían que merecerla. Con este fin renunciaron a las garantías anglofrancesas. El Gabinete, constituido en su mayoría por liberales anglófilos, dimitió, y Carol, esperando salvar todavía el trono, olvidó haber eliminado la Guardia de Hierro.

El nuevo ministro de Asuntos Exteriores fue Manoilescu, un antiguo miembro de la Guardia, y el nuevo Gabinete declaró su adhesión al Eje. La Guardia de Hierro, reconstituida de nuevo, desfiló por las calles de Bucarest vistiendo su camisa verde y cantando *Capitanul*, su himno.

Por aquellos días los ingleses apenas eran tolerados en Bucarest. Muchos ingenieros residentes en Ploesti habían sido obligados a regresar a su patria, y los pocos que quedaban por ser indispensables eran mirados con sospecha.

Entonces empezó a correr el rumor de que la delegación húngara que había visitado al *Führer* insistía en reivindicar Transilvania. Rumania, que al parecer había sido finalmente aceptada, confió en Hitler; pero la confianza se esfumó cuando éste, en su difícil cargo de «padre de todos», ordenó a los representantes de Bucarest que se entrevistaran con los húngaros y llegaran a un acuerdo respecto a Transilvania. Fuere cual fuere el resultado del encuentro, lo cierto era que los rumanos no tenían nada que ganar y los húngaros nada que perder.

En efecto, la entrevista con los húngaros no condujo a nada y Rumania empezó a creer que si las negociaciones se prolongaban por mucho tiempo todo concluiría sin haber llegado a nada concreto. Pero los rumores de esta consoladora perspectiva no habían tenido tiempo de difundirse por los cafés, cuando también los búlgaros presentaron sus pretensiones sobre Dobrudja meridional, donde, en el palacio de Balčic, estaba sepultado el corazón de la reina María. El rey, previendo esta petición búlgara, había vendido Balčic a la nación; pero nadie dispuso de tiempo para preocuparse de Balčic o de Dobrudja, y palacio y territorio fueron cedidos sin discusión.

La cuestión de Transilvania era mucho más importante, y la esperanza de que sería abandonada por insoluble aumentó cuando Rumania se adhirió definiti-



El joven Miguel de Rumania, hijo de Carol II que subió al trono cuando su padre partió para el exilio con Madame Lupescu. Magda Lupescu, influyente y ambiciosa amiga del rey Carol, desempeñó durante bastante tiempo un papel importante en la política rumana. *(Foto G M)-(Archivo Rizzoli)*

vamente al Eje. No obstante, llegó un momento en que Hitler perdió la paciencia y ordenó a ambas partes que se entrevistaran en Viena, donde Ciano y Ribbentrop, al frente de la conferencia, dictaron las condiciones: los rumanos tuvieron que ceder la parte más rica de Transilvania, un área de 180.000 km², incluida la capital, Cluj.

Los delegados rumanos regresaron aterrorizados, y la población de Bucarest lloró al recibir tales noticias. Al primer momento de dolor siguió un amargo resentimiento contra Alemania. Entonces, ¿así trataba el *Führer* a sus «hijos»? Hubo desórdenes ante el palacio real, y la Guardia de Hierro, temiendo por su prestigio, hizo todo lo posible para que el descontento general cayese sobre el rey. Decían que Carol II había sido siempre odiado por Hitler, y si continuaba en el trono no quedarían esperanzas para Rumania; declararon que tenían pruebas de que mientras el monarca hacía profesión de fidelidad al Eje, trataba de aliarse secretamente con Rusia y que este doble juego había tenido como consecuencia la pérdida de todos los territorios de la Gran Rumania.

La Meca de los periodistas

Mientras las demostraciones antimonárquicas adoptaban casi el carácter de una revolución, los periodistas llegaban en masa a Bucarest en espera de los acontecimientos. Uno de estos periodistas, no queriendo abandonar la ciudad en un momento tan interesante, me pidió que fuera a Cluj para «captar la atmósfera» originada por el cambio de poderes.

Con la inconsciente inexperiencia de la juventud, partí en el «Orient Express», que en otros tiempos fue el gran tren internacional y que ahora había quedado reducido a un conjunto de vagones destrozados y sucios; llegó a Cluj con diez horas de retraso.

A la mañana siguiente salí para «captar la atmósfera» en una ciudad prácticamente muerta. Los funcionarios rumanos recogían sus efectos y los servicios públicos no funcionaban. Cuando llegué a la oficina de correos para enviar un telegrama, encontré a los técnicos desmontando sus aparatos. Mi único refugio fue una librería de judíos húngaros, gentes corteses y generosas, alborozadas por el cambio de poderes. Estaban de acuerdo en que los húngaros eran tan antisemitas como los rumanos, pero como no había bastantes húngaros para ocupar Transilvania, habría que echar mano de los judíos nacidos en territorio magiar para incrementar la población.

No había gasolina, y los automóviles eran arrastrados por caballos. Tiendas, restaurantes y cafés estaban cerrados por miedo a los desórdenes; pero no ocurrió nada. Los campesinos, que eran los que más tenían que perder, estaban parados, en grupos, en las esquinas de las calles, más deprimidos que indignados. Con la reforma agraria habían recibido un trozo de tierra y ahora temían perderla. Tal vez hubieran demostrado de algún modo su descontento de haber tenido alguien que los guiase, y algunos de ellos pasaron el día en la estación, convencidos de que Maniu, jefe del Partido Campesino, llegaría de un momento a otro para reunirles bajo su bandera. Maniu, también transilvano, estaba considerado como el único político honesto de Rumania.

Supe por casualidad que había llegado en automóvil y que se encontraba en su casa, en las afueras de Cluj. Sin tener desde luego una idea clara de lo que habría hecho una vez allí, tomé inmediatamente un taxi tirado por caballos y me dirigí a su encuentro. Bajo, membrudo, de mediana edad y con los ojos oscuros, parecía un actor. Sonrió, mostrándose dispuesto a hablar y a ayudarme en todo lo posible. Yo quería saber qué pretendía hacer. «Esperar», respondió en tono solemne. Había poco más que añadir.

Regresé a Bucarest y advertí que la revolución, si así podía llamarse, se encontraba en fase de desarrollo. Se habían producido disparos contra el palacio, y el Ejército había sido movilizado. La plaza quedó vacía y los soldados estaban a la espera de una correría de la Guardia de Hierro. Pero no sucedió nada. Al despertarnos por la mañana supimos que el rey había abandonado el país. Desde nuestro apartamento, situado frente al palacio, observábamos a la muchedumbre ir y venir a través de los portones abiertos, bromeando y riendo con los policías y los guardias. Todos los rumanos estaban seguros de que ahora que Carol se había ido el *Führer* favorecería a Rumania y comenzaría una nueva era de paz y prosperidad.

En realidad el rey Carol no abandonó Bucarest hasta unas 24 horas después. Oculto tras las persianas cerradas del palacio, junto con la Lupescu y Urdareanu, asistiría probablemente a las manifestaciones de contento por su marcha. Al día siguiente los tres abandonaron la ciudad en un tren especial, llevándose consigo un inmenso equipaje, en el que se encontraban los «Grecos» que el rey Carol I había comprado cuando los cuadros del Cretense no estaban de moda.

Su hijo Miguel, que ya había sido rey durante el anterior exilio de su padre, volvió al trono e inmediatamente invitó a su madre a regresar a Bucarest. Siguió un breve período durante el cual el pueblo soñó con paz y prosperidad, y con una familia real libre y estimada como la británica. Pero en seguida, el Primer Ministro Antonescu, teniendo necesidad de apoyo, llamó al poder a la Guardia de Hierro, e inmediatamente quedó claro que Rumania simplemente había cambiado de dictador.

Horia Sima, el jefe superviviente, sostenía que mandaba por orden divina. Dejando aparte esta absurda exageración, lo más cierto es que se veía obligado a oponerse continuamente a las interferencias del anciano y astuto padre de Codreanu. Por aquel entonces, la tarea principal de la Guardia de Hierro parecía ser únicamente honrar a sus mártires: darles sepultura, poner sus restos en enormes ataúdes y llevarlos por las calles en ostentosas procesiones antes de enterrarlos solemnemente.

Los funerales y los constantes días de luto oficial, en los que tenían que participar todos los funcionarios del Estado, llegaron a influir de un modo tan negativo en la economía nacional, que hasta el ministro plenipotenciario alemán tuvo que intervenir para poner fin a tan vana pomposidad.



Corneliu Codreanu, «el único dictador de Rumania», según Hitler, pasando revista a una unidad de la Guardia de Hierro, milicia que había fundado en 1931. *(Archivo Rizzoli)*

La vida de los ingleses en Bucarest estaba llegando rápidamente a su fin. Los pocos que habían quedado en Ploesti comenzaron a sufrir persecuciones. Algunos desaparecieron y fueron encontrados poco tiempo después en condiciones penosas a causa de los duros interrogatorios y de los malos tratos sufridos. Cada día eran más evidentes los indicios de la inminente ocupación germánica. Los oficiales de la misión militar alemana llenaban el Athene Palace, los cafés y los restaurantes. Los pocos amigos que nos quedaban nos aconsejaban que nos fuéramos antes de que ello fuera imposible; pero mi marido estaba obligado a permanecer en su puesto hasta que recibiese órdenes en sentido contrario. Al fin, la prefectura acabó por enviarnos una orden tajante de partida, que mi marido no quiso contravenir. Abandonamos Rumania mientras entraban por el Norte las tropas alemanas de ocupación...

OLIVIA MANNING

Autora de novelas y narraciones, publicó su primera novela poco antes de la guerra. En 1939 se casó con R.D. Smith, actualmente empresario teatral en la BBC, y entonces lector del British Council, en Bucarest. Ambos pasaron los años de la guerra en Rumania, Grecia, Egipto y Palestina, y regresaron a Inglaterra en 1945. Muchas de las experiencias vividas por Manning en aquel período aparecen en sus novelas, especialmente en tres *(The Great Fortune, The Spoilt City* y *Friends and Heroes)* de la *Balkan Trilogy*.

Grecia, septiembre de 1939 - abril de 1941

DESVEN

Reducido a simple espectador de las victorias militares alemanas, Mussolini empezó a sentir un agudo sentimiento de frustración. Llegó el momento en que, convencido de poder lograr una rápida victoria, decidió lanzarse sobre Grecia. Pero la campaña resultó mucho más difícil de lo previsto.



(History of the Second World War)

TURAS EN GRECIA

Luigi Montini, general



La declaración de no beligerancia por parte de Italia provocó en Grecia un suspiro de alivio. Hitler había cedido la iniciativo a los *Panzer* en la lejana Polonia, y como el otro polo del Eje Berlín-Roma permanecía inactivo, la guerra estaba por el momento alejada del Mediterráneo. Este hecho era, desde luego, un motivo de tranquilidad, especialmente en un momento en que las relaciones italo-griegas estaban un poco tensas. En realidad nunca habían sido unas relaciones sinceramente amistosas, y, retrocediendo un poco en el tiempo, se recordará que estos motivos de fricción se remontaban a la primera Guerra Mundial. Ya durante las conversaciones para el Pacto de Londres, las potencias convocadas habían prometido al mismo tiempo a Grecia y a Italia la concesión de zonas de influencia –incluso a veces las mismas– en Asia Menor. Pero, en los preliminares para la estipulación de los tratados de paz, Venizelos consiguió obtener amplias concesiones, todas en perjuicio de Italia.

Motivo de fricción fue también la ocupación del Dodecaneso, conquistado a Turquía, pero de población predominantemente griega: se reconocían los grandes progresos alcanzados en aquellas islas, cuyo nivel de vida había aumentado considerablemente, pero el sentimiento irredentista estaba muy extendido y era muy fuerte, sobre todo cuando el ocupante se mostraba duro. Pero, después del reconocimiento de la legitimidad italiana por parte de las grandes potencias, Grecia sabía que no había nada que esperar en aquel sector. Obsérvese que estos mismos sentimientos los manifestaba, de un modo más mitigado, Chipre, cuya situación étnico geográfica no era distinta de la de Rodas. Pero Inglaterra había declarado a Chipre colonia de la Corona el 1.º de mayo de 1925, para quitarle las esperanzas a quien las tuviera.

La ocupación de Albania fue un golpe grave. Italia se convirtió de pronto en un vecino odioso para todos los países circundantes. Se aceptaron con aparente gratitud las afirmaciones sobre la absoluta falta de propósitos agresivos hacia Grecia, y se aceptaron también, y aun se solicitaron (como se desprende de los documentos de los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores francés caídos en poder de los alemanes) las «garantías» de Francia e Inglaterra, dirigidas claramente contra Italia. Mussolini las consideró siempre como una afrenta y no las olvidó.

Hay que añadir, además, que en los ambientes más elevados de Grecia suscitaba gran inquietud la influencia que los «notables» del sur de Albania, ricos terratenientes de la Ciamuria, gozaban sobre lo que burlonamente se llamaba gran ducado de Toscana. Este era el departamento del Ministerio de Asuntos Exteriores, transformado después en Subsecretaría, que se ocupaba de los asuntos albaneses y en el que el ministro toscano

Ciano había colocado a muchos funcionarios de su región. Tal vez la inquietud también era desproporcionada con las posibilidades reales de los mencionados notables, pero no cabe duda de que el «gran ducado de Toscana» tuvo una importante intervención en los preliminares de la desventurada campaña contra Grecia.

Esta era la situación cuando, en agosto de 1938, llegué a Atenas como agregado militar italiano. Fui recibido con fría cortesía en los ambientes políticos y militares. Pero lo peor sucedió durante el verano de 1939, cuando de improviso Grecia realizó una movilización parcial, concentrando tropas en la frontera albanesa. Me encontraba pasando un breve período de vacaciones en Italia, y cuando regresé a Atenas (a bordo del barco recibí la desconcertante noticia del pacto entre Moscú y Berlín) me entrevisté en seguida con el general Papagos, jefe del Estado Mayor General. Fue un coloquio que tuvo momentos muy tirantes, por no decir tempestuosos: el general Papagos, contradiciendo lo que el Presidente del Consejo, general Metaxas, había asegurado a nuestro ministro plenipotenciario, o sea, que se trataba de medidas contra Bulgaria, me declaró con ruda y apreciable franqueza que las medidas militares habían sido adoptadas precisamente contra Italia. ¿Motivos? Grandes concentraciones de tropas italianas (en realidad tres divisiones) en las fronteras meridionales de Albania; discursos agresivos del general Guzzoni, comandante de las fuerzas italianas; canciones en las que se hablaba de conquistas en el Egeo, hasta Atenas y El Pireo...

Se trataba de motivos de escasa consistencia; pero lo cierto era que los soldados italianos y griegos estaban concentrados en la frontera, demasiado cerca unos de otros, con el inmediato peligro de incidentes, ya que, como se ha dicho más de una vez, «a veces los fusiles se disparan solos».

El 30 de septiembre de 1939 vencería el tratado de amistad, conciliación y régimen jurídico firmado en Roma, el 23 de septiembre de 1928, por Mussolini y Venizelos. Su renovación chocaba contra las repetidas referencias que contenía al Pacto de la Sociedad de Naciones, de la que Italia se había retirado. Italia no podía, por lo tanto, proceder a esa renovación en el sentido de una mera continuidad, y se veía obligada a sustituir el acuerdo por otro instrumento diplomático. La solución, sin embargo, era difícil porque Grecia no quería en modo alguno dejar de complacer a Inglaterra, su gran amiga y protectora.

El ministro plenipotenciario, Emanuele Grazzi, demostró la inconsistencia de tantos motivos de diferencia y se propuso eliminarlos, justamente convencido de que la paz y el bienestar de las dos naciones aumentarían con ello. Grazzi obtuvo un éxito considerable al eliminar el obstáculo para la renovación del tratado: llegado a Roma el 11 de septiembre de 1939, recibió de Mussolini una memoria en la que subraya la intención de Italia de no emprender una iniciativa militar. Para demostrar los buenos propósitos hacia Grecia ordenaría la retirada de nuestras tropas a 20 km de la frontera albano-griega. Asimismo no excluía la posibilidad de renovar y establecer aquella política de entendimiento entre Italia y Grecia que había sido «ratificada en acuerdos de carácter diplomático».

El resultado de la misión de Grazzi tuvo la apariencia de un verdadero éxito, y el 20 de septiembre se publicó un comunicado cuya redacción requirió trabajosas adaptaciones, porque en la primera edición, redactada por el ministro de Asuntos Exteriores heleno, parecía que Metaxas, movido por un desinteresado amor a la paz, había accedido a urgentes peticiones italianas. En el texto definitivo seguía siendo oscura la paternidad de la iniciativa; no obstante se declaraba que Italia había sido la primera en tomar la decisión de retirar las tropas de la frontera. La supresión de las medidas militares provocó un alivio general, y me pareció que hasta el Estado Mayor griego se había librado de una pesadilla.

Un brusco cambio de actitudes

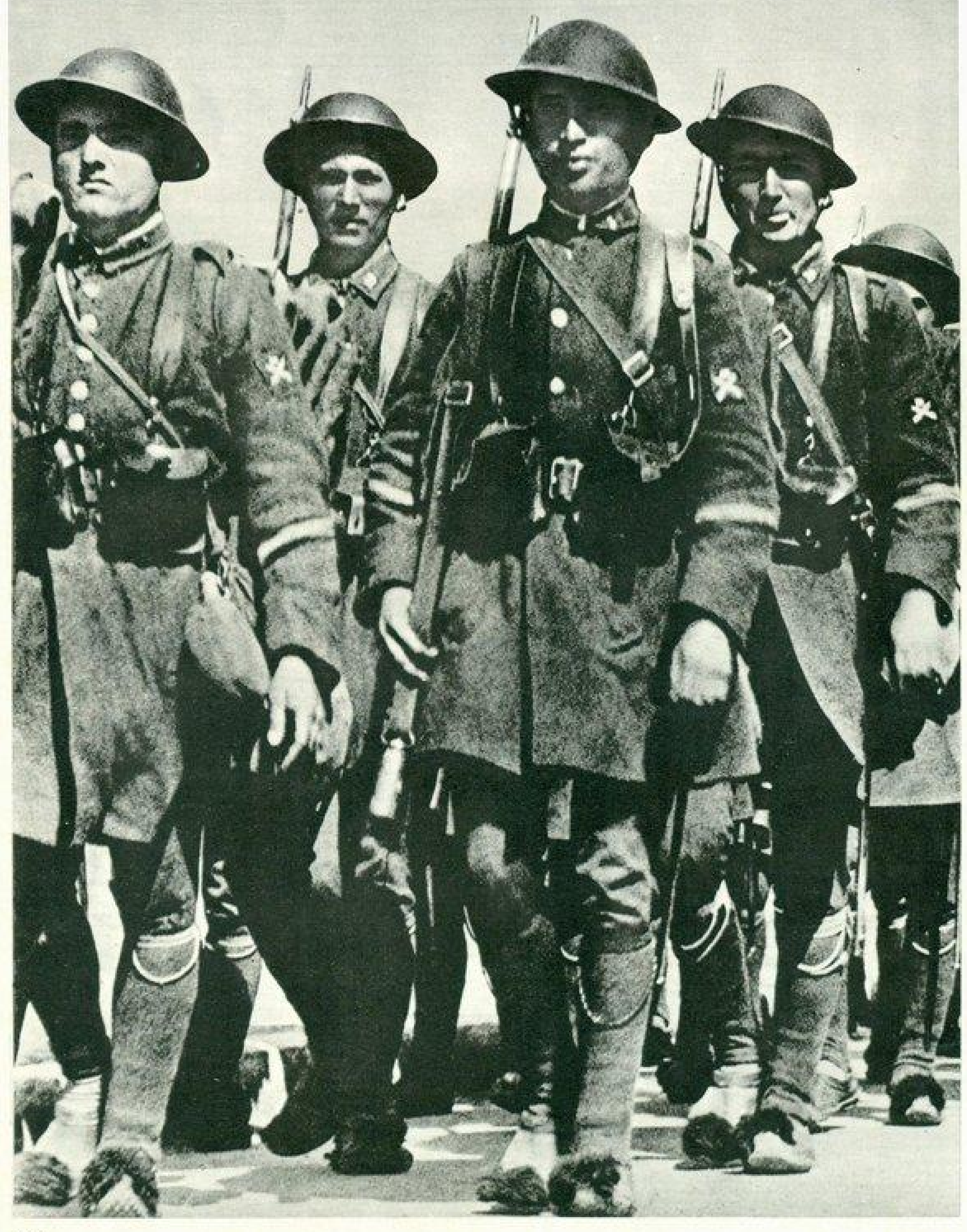
La opinión pública, que ignoraba la realidad de los hechos y veía sólo la apariencia, quedó bastante satisfecha de la marcha de los acontecimientos y se inició un período en el que las relaciones públicas alcanzaron aspectos de verdadera cordialidad, tal vez como nunca. A fines de septiembre Italia participó oficialmente en la feria internacional de Salónica. El gran pabellón fue visitado y admirado por un público numeroso y por las más altas autoridades, incluidos el rey, su hermano Pablo, príncipe heredero, y su esposa.

En enero (1940) se celebró una feria del libro italiano, que testimonió el elevado nivel de la cultura italiana y la excelencia de las editoriales. Acudió a inaugurar la exposición el honorable Bottai, ministro de Educación Nacional, y hubo el acostumbrado corolario de recepciones, banquetes y brindis solemnes a la renovada amistad entre Atenas y Roma.

El Instituto Italiano de Cultura y el Comité Atenas-Roma, despertando de cierto letargo, organizaron conferencias, relaciones culturales y cursos de lengua italiana. No faltó la concesión de altas condecoraciones italianas a personalidades helenas, recibiendo el general Papagos el gran cordón de Caballero de la Gran Cruz de la Corona de Italia.

Las relaciones habían llegado a ser tan amistosas que el general Papagos me preguntó si Italia estaría dispuesta a vender alguna batería de las que, «ciertamente, el Ejército italiano estaba sustituyendo por material más moderno». Por deber de cargo presenté la petición, pero el Estado Mayor italiano me respondió que no podía complacerle porque las guerras de Etiopía y de España habían absorbido todas las disponibilidades de material, hasta el punto de llegar a sentir su escasez. La respuesta podía parecer una excusa, en cuanto era peligroso proporcionar armas a un posible adversario, pero desgraciadamente correspondía a la realidad.

Una prueba de gran amistad y confianza se me ofreció al autorizarme a visitar instituciones castrenses. Saqué una impresión excelente: se cuidaba la instrucción, se observaba la disciplina en



Los *evzones*, tropas selectas de la Infantería de montaña griega en uniforme de gala, que resultaron unos adversarios temibles. *(History of the Second World War)*

todos los aspectos y el mando tenía una excelente preparación profesional. A este respecto no será inútil poner de relieve que los oficiales habían sufrido una radical depuración: el rey Jorge II, tras su vuelta al trono, en noviembre de 1935, separó del servicio activo a todos los oficiales venizelistas, y por lo tanto republicanos. El Ejército aparecía sano, entregado a su misión, y me di cuenta de que los soldados tenían las cualidades típicas de los pueblos meridionales: eran sobrios, resistentes a la fatiga, dotados de un desarrollado sentido de adaptación e iniciativa, capaces de «arreglárselas» en situaciones difíciles e imprevistas. Esta fue la convicción que expresé en un informe detallado que envié a Roma.

También la Marina había alcanzado una discreta eficiencia, mientras que la Aviación se encontraba todavía en condiciones precarias.

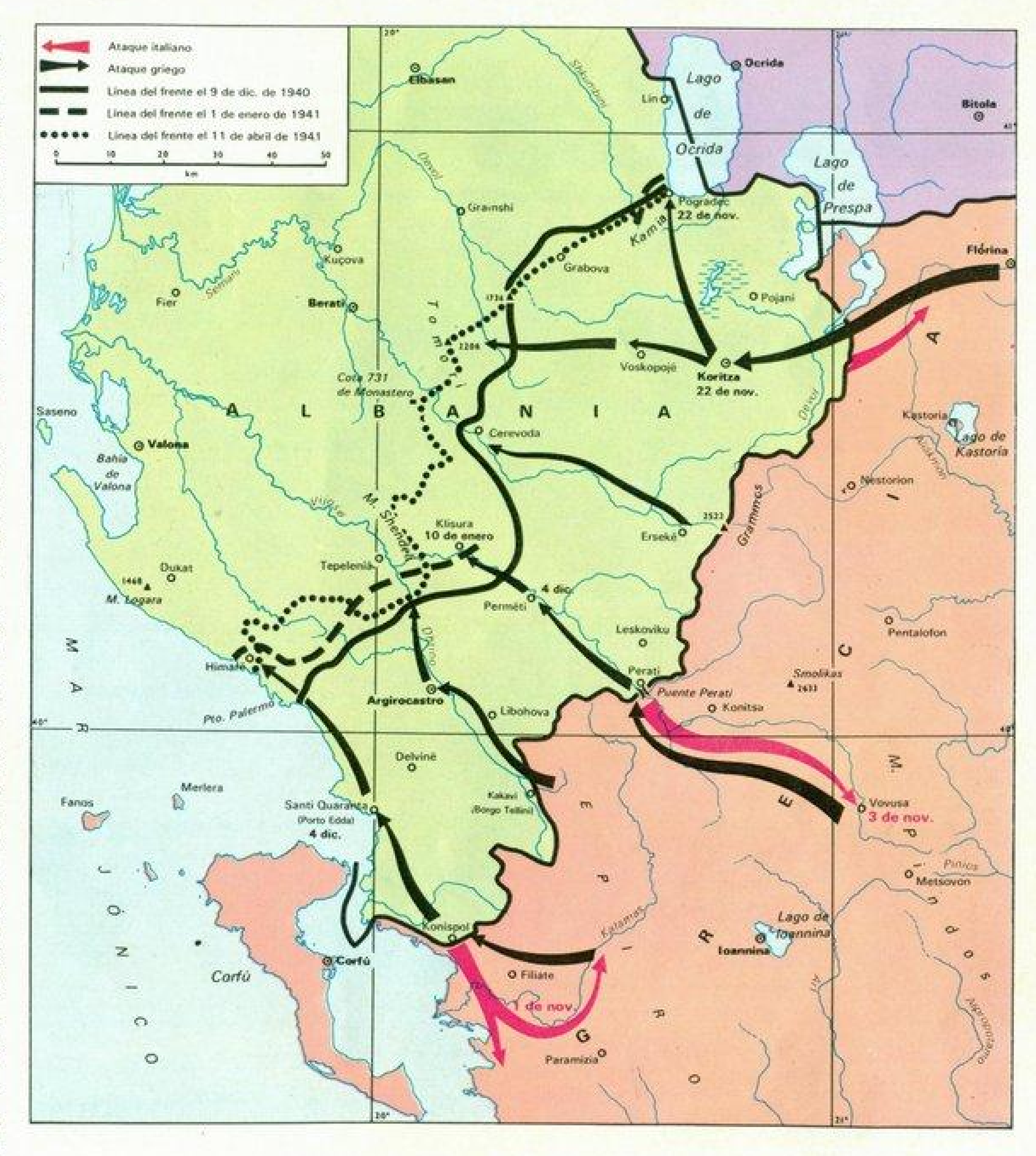
La entrada de Italia en la guerra, prevista después de la acción alemana en Dinamarca y Noruega y de los brillantes éxitos de la campaña en Francia, provocó una justificada alarma, y las afirmaciones de Mussolini de que no quería arrastrar al conflicto a otros pueblos lindantes con Italia, incluida Grecia, no convencieron mucho.

No obstante, el día 11 de junio de 1940, el general Papagos me aseguró que su Gobierno había apreciado mucho la declaración del *Duce* y que su país observaría la neutralidad y la *defendería*, incluso con las armas, contra quien intentase violarla. Metaxas dio a Grazzi seguridades más precisas, con evidente alusión a Francia e Inglaterra.

Pero que la atmósfera cambiaba y se enturbiaba cada día más, se notó también en las relaciones personales con la sociedad griega, pues disminuían las invitaciones y recepciones, y poco a poco se fue formando como una cortina de hielo. No faltaron alfilerazos por parte italiana, como ciertos artículos antigriegos que aparecieron en algunos de nuestros periódicos. Incluso *La Stampa* publicó un despacho fechado en Atenas sin que su corresponsal supiera nada de ello. Comenzaron a producirse también algunos incidentes más o menos graves, como el vuelo de aviones italianos sobre territorio griego, y se dirigieron acusaciones al Gobierno heleno en el sentido de que favorecía a Inglaterra (sin haber podido presentar nunca pruebas concretas). Aviones italianos bombardearon, afortunadamente sin ocasionar daños, un petrolero griego al norte de Creta y unos destructores que navegaban por aguas de Lepanto, e incluso, en la bahía de Navarino, un islote, porque parece que fue confundido con un crucero inglés por su forma alargada y por la presencia de un par de árboles. Los griegos protestaron y nosotros negamos que los causantes del incidente hubieran sido aviones italianos. También se dijo que podía haberse tratado de acciones provocadoras de los aviones ingleses.

Pero lo peor aún tenía que suceder. El 4 de agosto, la prensa italiana dio amplio relieve al aniversario del golpe de Estado de 1936, elogiando su finalidad y resultados, lo que podía interpretarse como un gesto amistoso, pero una semana después, el diario albanés *Tomori* y la radio iniciaron una serie de violentos ataques a Grecia por el asesinato del patriota albanés Daut Hodga. Al mismo tiempo, Ciano expresó al ministro griego en Roma su descontento por el entorpecimiento de las relaciones entre ambos países, y se pidió la destitución del cónsul griego en Trieste, acusado de haberse pronunciado desfavorablemente respecto a Italia y a su Ejército (y, aun protestando, el Gobierno griego accedió).

El 15 de agosto, el viejo crucero *Helle*, fondeado en el puerto de la isla de Tinos, donde se celebraba la fiesta de la Ascensión, fue hundido por el torpedo de un «submarino desconocido», y otros dos torpedos alcanzaron el muelle (sólo después de la declaración de guerra el Gobierno griego publicó fotografías de los trozos de torpedo encontrados, todos ellos con indicaciones italianas). El motivo de aquel ataque es un misterio que todavía no he conseguido explicarme.



Las victorias de los alemanes en toda Europa fueron las que impulsaron a Mussolini a buscar, en la invasión de Grecia, una revalorización del prestigio militar italiano. En el mapa: las distintas fases de la campaña contra Grecia.

Dos días después, el 17 de agosto, el Estado Mayor griego daba principio a la movilización, y con buenas razones para ello.

Hacia la guerra

Sería menospreciar la sagacidad, la capacidad y la previsión del Estado Mayor griego si se creyera que su Ejército, después de las provocaciones italianas, fue atacado por sorpresa el 29 de octubre de 1940, como la propaganda ha tratado de sostener para aumentar los méritos del soldado griego.

El mismo general Papagos, en su libro *Grecia en guerra*, presenta un poco vagamente la preparación griega, refiriendo de un modo exagerado las posibilidades de las tropas italianas en Albania.

El Ejército griego comprendía en tiempo de paz cinco mandos de Cuerpo de Ejército (Atenas, Larisa, Salónica, Cavalla y Alexandrupoli), 14 divisiones de infantería y una de caballería. La mayor parte de las divisiones de infantería, todas ellas formadas por tres regimientos, y la de caballería, estaban situadas en el Norte de Grecia (Epiro, Macedonia, Tesalia y Tracia); la División 2 estaba en el Ática, la 3 y 4 en el Peloponeso, la 13 en las Cícladas (Samos, Lesbos, Quíos, etc.) y la 5 en la isla de Creta.

Se movilizaron en total unas 15 divisiones de infantería y cuatro brigadas de la misma Arma, susceptibles de graduales transformaciones en otras tantas divisiones. La División 8, situada en el Epiro, la 1 (Larisa) y la 9 (Kozani) y la 12 (Alexandrupoli) tenían dos mandos de infantería divisionaria, lo que facilitaba las operaciones de desdoblamiento.

En total, Grecia había podido poner en pie de guerra, en el momento de la movilización, 56 regimientos de infantería, 15 de artillería divisionaria de montaña, cuatro regimientos de artillería de Cuerpo de Ejército de medio calibre y un grupo (tres baterías) para la División 8; asimismo, cinco regimientos de artillería pesada (calibres de 85, 105 y 155), cuatro regimientos de artillería antiaérea, dos de caballería (uno motorizado), 20 grupos de reconocimientos de caballería, 10 batallones y 35 compañías de ametralladoras y de seguridad para el orden en las retaguardias y para la defensa de las islas, seis batallones y 10 compañías de los sectores de cobertura, unidades de ingenieros, compañías territoriales antiaéreas, baterías contracarros y otras unidades menores.

A primeros de junio fue llamada la mitad del reemplazo 1934 (en Grecia acostumbraban a designar los reemplazos por el año de presentación para el alistamiento, según la costumbre francesa), y el 29 de julio se llamó el reemplazo 1933 para un mes de instrucción, según se dijo.

La tarde del 17 de agosto comenzaron las primeras medidas de una verdadera movilización,



Un italiano en el frente griego. Los griegos tenían respecto a los italianos la ventaja de la superioridad numérica, se llegaron a movilizar unos 200.000 hombres, y la posibilidad de recibir refuerzos más fácilmente. *(Alfredo Zennaro)*

con el llamamiento de algunos reservistas residentes en Ciamuria, Epiro y Macedonia occidental. El día 20 fue llamada la categoría 15 D, compuesta por especialistas de varias clases de la defensa antiaérea.

El 21 de agosto se ocupó de nuevo militarmente la faja de 20 km junto a la frontera albanesa, de la que se habían retirado en septiembre de 1939. Al mismo tiempo se enviaron refuerzos a dicha frontera, así como diversas unidades del restante territorio de Grecia.

El 23 de agosto se colocaron alambradas en los principales puertos, sobre todo en los jónicos, y se determinaron rutas para los servicios aéreos civiles, medida que encontró graves dificultades en su aplicación, porque las excesivas limitaciones impuestas ponían en peligro la seguridad de los aviones de las líneas civiles.

El 25 de agosto fue llamado el reemplazo 1932, para el habitual periodo de un mes, pero sin desmovilizar los reemplazos ya reclamados y que también habían seguido el periodo de un mes de instrucción. El 24 y el 26 de agosto mantuve dos coloquios con el general Papagos, y el 26 envié una relación al Ministerio de la Guerra.

Al final de dicha relación ponía de relieve que el general Papagos había adoptado en las dos conversaciones un tono amistoso y cordial, lamentándose tan sólo de los «insultos al honor militar griego *(los más sangrientos que una nación puede recibir)* lanzados por el diario *Tomori*, y ha concluido diciendo que el mismo día que sean retiradas las concentraciones de fuerzas italianas en el Sur de Albania dará orden de suspender las medidas tomadas por Grecia.»

A fines de agosto empuñaban las armas, además de los reservistas de 1932, 1933 y 1934, algunos especialistas, todo el reemplazo 1939, la categoría B de 1938 y la A de 1940. En total, unos 200.000 hombres.

A primeros de septiembre se intensificó el envío de refuerzos al Epiro y Macedonia occidental: se completó la movilización de la División 8 en el Epiro y de la División 9 en la Macedonia occidental, se puso en pie de guerra la fortaleza de Corfú, se transportó de las Cícladas a Tracia la División de Infantería 13, se reforzaron los sectores de cobertura y se llevó a cabo la organización de las defensas costera y antiaérea y del servicio de transmisiones.

Además se tomaron otras medidas preparatorias para la movilización general: constitución, en localidades elegidas oportunamente, de depósitos de municiones, carburantes y víveres; llamamiento de oficiales de complemento; asignación de oficiales en servicio activo a los centros de movilización; requisa de medios de transporte, aumentados con remesas británicas (observé varias veces camiones Bedford); organización de los cuadros de mando para la creación de nuevas unidades, etc.

Hacia el 20 de octubre, los efectivos, según mis cálculos y los de los agregados militares alemán y búlgaro, ascendían a más de 300.000 hombres. La alarma por las intenciones agresivas de Italia era evidente, y es preciso reconocer que eran completamente lógicas las medidas adoptadas por el Estado Mayor griego para poner el Ejército y el país en condiciones de resistir el ataque previsto.

Para desarrollar convenientemente su programa, el Estado Mayor heleno pudo disponer todavía de más de dos meses y medio.

El plan de guerra griego, elaborado en 1939, tras la ocupación de Albania por Italia, preveía que el principal esfuerzo italiano se proyectaría en la dirección Koritza-Flórina-Salónica, con acciones de limitada profundidad en el Epiro (lo que correspondía exactamente a las intenciones italianas de aquellos tiempos). La resistencia a toda costa estaba prevista en dos líneas sucesivas. La más avanzada, a unos 20 km de la frontera, se apoyaba por la derecha en los macizos montañosos de Gamila y de Smolikas, continuaba por el nudo de comunicaciones de Kalibaki (llamado Elea por los griegos) y llegaba al mar, siguiendo el río Kalamas. La segunda aprovechaba el curso del río Arta, desde el paso de Metsovo, en la cadena del Pindos, hasta su desembocadura en el mar Jónico, junto a la ciudad del mismo nombre. Estas dos líneas proseguían en Macedonia, pero de esta región no hablamos porque no tuvo relación con las operaciones.

Se ha atribuido al general Papagos la intención inicial defensiva-contraofensiva: resistir en el Epiro y atacar desde Macedonia en dirección a Koritza, para después realizar una conversión hacia el

Sur y caer sobre la retaguardia de las fuerzas italianas empeñadas en la parte meridional. El mismo general afirmó, tiempo después, que renunció a esta operación porque en el Norte sólo podía emplearse una ruta, y también porque el invierno, ya próximo, era menos duro en el sur de Albania, donde existían además mejores comunicaciones.

Al llegar a este punto será oportuno trazar un esquema del teatro de operaciones. Se hallaba dividido en dos partes por el Pindos que, siguiendo la dirección Noroeste-Sudeste hace del Epiro una verdadera isla. El Pindos es una cordillera de unos 2000 metros de altitud media, de costados hendidos e inaccesibles, dificultados además por contrafuertes escarpados; tiene un solo paso, que se encuentra hacia la mitad: la silla de Metsovo, atravesada por la carretera Ioannina-Kalibaki-Trikala, en Tesalia. Sus prolongaciones meridionales dejan un breve espacio, en Etolia y Acarnania, en las orillas septentrionales del golfo de Patrás, y por el Norte se prolonga por los macizos de Smolikas y de Grammos, donde angostos senderos y veredas permiten cierta posibilidad de movimientos entre los dos sectores operativos.

La comunicación entre Epiro y Albania está condicionada por la red fluvial, que forma como una gran *H*, cuya línea oriental está representada por el curso del Vijose hasta Kelcyre, prolongada hacia el Noroeste por el valle de Desnizza; la línea occidental está señalada por el curso del Drin hasta Tepeleni, donde confluye en el Vijose, y desde este río hasta el norte de la bahía de Vlori (Valona). La barra transversal de la *H* está constituida por el curso medio del Vijose, estrecho desfiladero utilizado por el ferrocarril Kelcyre-Tepeleni.

Cierta importancia tiene, por último, la carretera costera que une el puerto de Santi Quaranta (Porto Edda) con Vlore y continúa después hasta Durres (Durazzo).

La conducta recta y lineal, seguida política y militarmente por Grecia, contrasta con la de Italia, tortuosa, llena de indecisiones y rectificaciones, con desviaciones espontáneas e imprevistas.

En agosto de 1939 Mussolini, aunque indeciso sobre la participación en una guerra que no hubiera querido todavía, pero que veía inminente, trataba de asegurar las espaldas del Eje o, más bien, quería prevenir a Alemania en los Balcanes atacando Yugoslavia, Grecia y, eventualmente, también Turquía. Pero el general Guzzoni, jefe del Mando Supremo de las tropas de Albania, no disponía más que de cinco divisiones, y para asegurar la defensa de este territorio necesitaba por lo menos once. En diciembre, después de la aparente mejora de las relaciones entre Italia y Grecia, Guzzoni fue sustituido por el general Geloso, al que Mussolini dijo: «Grecia no está en mi camino». Le ordenó además que preparase un estudio para la defensa de la frontera en dirección a Yugoslavia, organizando la zona montañosa central albanesa y orientando despliegues de tropas, depósitos y red de carreteras hacia los confines orientales y septentrionales.

En mayo de 1940 se presentó en Albania el conde Ciano en persona. Y fue el mismo Ciano quien dio a Geloso la noticia de la próxima intervención de Italia en la guerra, declarando que no se podía ir más adelante en la amistad con Grecia, «verdadera base naval franco-inglesa», y que por lo tanto era necesario atacarla. Naturalmente todavía ignoraba que el Gobierno griego había establecido acuerdos con el general Weygand, comandante de la *Armée d'Orient*, en Siria, para un eventual apoyo francés, y que incluso ya se habían enviado unidades enteras desde la metrópoli y desde el Norte de África.

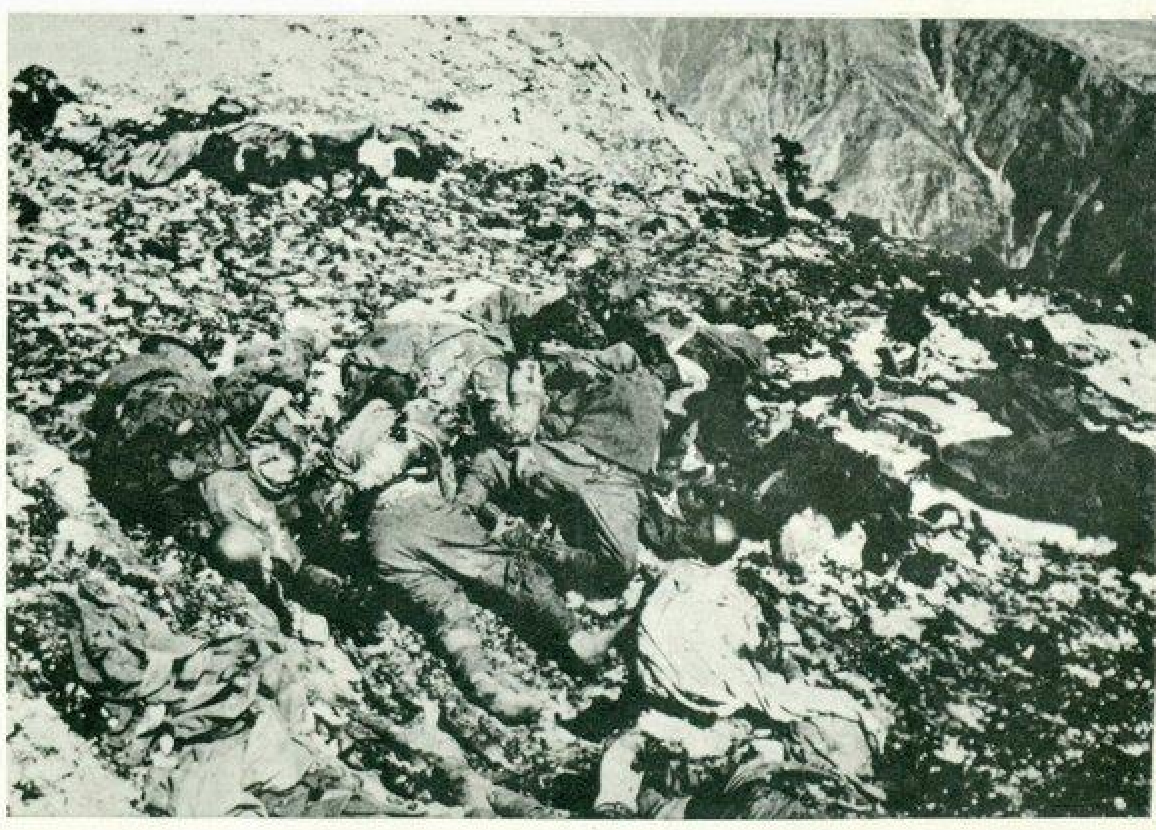
Geloso objetó que hasta el momento había organizado sus tropas de un modo totalmente opuesto, y dijo que para atacar Grecia habría que ir en dirección a Salónica, para coordinar también el esfuerzo con una posible intervención búlgara. Observó, además, que necesitaría unas veinte divisiones, dos de las cuales deberían ser acorazadas y una motorizada. Geloso fue sustituido, el 5 de junio, por el general Visconti Prasca, quien al principio no recibió nuevas órdenes y dejó en el sector Sur, y siempre a prudente distancia de la frontera, tan sólo la División «Ferrara». En agosto, las otras divisiones de infantería, la alpina («Julia») y la «Centauro», continuaban junto a la frontera de Yugoslavia, país cuya actitud no aseguraba en modo alguno una benévola neutralidad.

La falta de enlace entre Mando Supremo, Estados Mayores de los tres Ejércitos y Ministerio de Asuntos Exteriores (y quizás hasta con el palacio Venecia) se hizo más patente desde este momento. El 8 de agosto, Badoglio confirmó el papel exclusivamente defensivo que se había asignado a Albania y se opuso al envío de otras divisiones, puesto que consideraba inútil la constitución *in loco* de otro mando de Cuerpo de Ejército y mucho menos de Ejército. Tres días después estalló la ridícula campaña de propaganda antigriega. El 13 de agosto, Ciano, sin avisar al Mando Supremo ni al Estado Mayor del Ejército, convocó en Roma a Visconti Prasca, lo acompañó ante Mussolini y, en su despacho, estando presentes el subsecretario Benini, el lugarteniente del rey en Tirana Jacomoni y Starace, le ordenó que se preparara para poder atacar Grecia en un plazo de 15 días. Se basaba en la premisa de que ese país no estaba militarmente preparado y que, por lo tanto, se ocuparía por sorpresa. No tenía en cuenta que ni siquiera nosotros estábamos preparados para dar el golpe.

Visconti Prasca no puso objeciones, pero escribió inmediatamente a Soddu, segundo jefe de Estado Mayor del Ejército (el jefe de Estado Mayor, mariscal Graziani, estaba en Libia), solicitando el inmediato refuerzo de dos divisiones, tres bata-

Un mulo se hunde en el fango y un alpino de la División «Julia» trata de ayudarle: esta fotografía revela las desastrosas condiciones en que combatieron las tropas italianas en el terrible invierno 1940-1941. Abajo: decenas de soldados muertos dan fiel testimonio de la dureza de los combates en una guerra que había sido considerada como «de descanso». (Archivo Rizzoli) - (History of the Second World War)







Frente albanés: una patrulla de esquiadores alpinos italianos en exploración avanza audazmente hasta las inmediaciones de las posiciones enemigas. A la derecha: Batería pesada de cañones del 149/35 de afuste rígido, en posición en el frente albano-griego. Esta fotografía da una idea de la aspereza del terreno (al fondo aparece la torre del teleférico construido para abastecer la batería) y de lo anticuado que era el armamento italiano. (Foto GM) - (Archivo Rizzoli)

llones alpinos, tres de Camisas Negras, cuatro grupos de artillería a lomo y 100.000 fusiles para armar bandas albanesas. Por toda respuesta recibió de Badoglio la seca advertencia de que se atuviera exclusivamente a las órdenes que le serían transmitidas por la prescrita vía jerárquica del Estado Mayor del Ejército. Y sólo entonces, el 18 de agosto, Visconti Prasca le reveló el coloquio que había mantenido con el *Duce*.

Pero, súbitamente, el 17 de agosto, von Ribbentrop dispuso un brusco «alto»: no había que agitar los Balcanes. En consecuencia, el 22, Mussolini ordenó que se suspendiera, sin decir hasta cuándo, todo preparativo de guerra contra Grecia. El día 31 el *Duce* aplazó la fecha del ataque hasta el 20 de octubre (para dar también preferencia a la preparación en Libia) y propuso tres hipótesis: ataque a Grecia en el Epiro, incluida la ocupación de Corfú; ofensiva contra Yugoslavia, y defensiva en las dos fronteras. Señaló que el Ejército griego constaba de 14 divisiones de infantería (dos de las cuales estaban en las islas) y una de caballería, y que se habían previsto 22 días para la movilización. No se tuvo en cuenta, como ya dije, que la movilización griega estaba muy avanzada; por ello el 3 de octubre, en un largo informe, di noticias sobre la situación, señalando que la opinión pública nos era decididamente hostil y que el soldado griego no estimaba al alemán, sino que le temía, e idéntica hostilidad, pero no el mismo temor, sentía hacia nosotros. Se batiría contra el Ejército italiano con tenacidad y valor, y sólo una gran desproporción de fuerzas nos aseguraría el éxito.

Poco después recibí la comunicación de que sería sustituido a fines de octubre, por «haber concluido el período de cargo». Menciono esto último porque me parece que contribuye a comprender el desarrollo de los acontecimientos de aquellos días: o la guerra estaba ya decidida, y entonces mi sustitución sería superflua, o estaba prevista una prolongación de la neutralidad, y en tal caso cabe preguntarse si era conveniente enviar a un puesto tan importante a una persona desconocida por completo en el ambiente; pero aquí corro el riesgo de pasar a un campo demasiado personal.

El 25 de septiembre Badoglio reunió a los jefes de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas y les advirtió, siguiendo instrucciones del *Duce*, que serían enviadas a Albania tres divisiones para asegurar la defensa, incluso contra Grecia, pero que «no tiene ninguna intención de atacar», y que los problemas con Grecia y Yugoslavia se resolve-

rían en la mesa de la paz. El jefe de Estado Mayor del Ejército del Aire, general Pricolo, ha escrito que Badoglio le confirmó verbalmente estas directivas, con visible satisfacción, el 11 de octubre, y que el 13 se las repitió por escrito. Una comunicación semejante remitió Soddu a Visconti Prasca el 14. Pero aquel mismo día Mussolini ordenó al almirante Cavagnari, jefe del Estado Mayor de la Marina, que tomara las disposiciones necesarias para el desembarco de la División «Bari» en Corfú. Cavagnari respondió que no podía estar preparado antes del 26.

Sobre la dirección del eventual ataque, el Epiro, elegido por iniciativa del Ministerio de Asuntos Exteriores, surgen espontáneas estas preguntas: ¿Con qué finalidad? ¿Para tener una cabeza de puente al otro lado del Adriático? Ya la teníamos con la ocupación de Albania. ¿Para seguir después hacia el corazón de Grecia? Ya hemos visto que el Epiro era casi una isla, con difíciles comunicaciones con el resto del país, y por lo tanto fácilmente defendible. Entonces no nos queda más que la hipótesis de que se quisiera, con una especie de gran golpe de mano, inferir a Grecia una sacudida que provocara la sublevación contra el Gobierno y que, en cualquier caso, diera a Italia una garantía para las negociaciones finales. Además estaba muy difundida la errónea opinión de que Grecia carecería de fuerza y voluntad para reaccionar; incluso se difundió la especie de que se había sobornado a relevantes políticos y militares. Parece ser que, efectivamente, grandes sumas salieron de los fondos secretos del Ministerio de Asuntos Exteriores, pero no se sabe a qué bolsillos fueron a parar. En cambio, es un hecho cierto que el ataque italiano fue un elemento catalizador que unió a toda Grecia en torno a Metaxas, incluso a sus adversarios políticos más encarnizados.

Por último, debo añadir que se esperaba la intervención búlgara, pero el intento de presión que se hizo sobre el rey Boris fue rechazado. Por tanto, todas las premisas resultaron falsas hasta el absurdo. Visconti Prasca estaba tan seguro del éxito de la operación que rechazó la proposición de que se constituyese un mando de Cuerpo de Ejército de la Ciamuria, porque entonces él, como comandante supremo, no recogería toda la gloria que esperaba. Sólo en el momento de la acción tuvo que aceptar la constitución de dos mandos de Cuerpo de Ejército, dirigidos por generales más modernos que él.

Los acontecimientos se precipitaron en el espacio de tres días: Mussolini, el 14 de octubre, parecía decidido a la acción («Hitler sabrá por los periódicos que he ocupado Grecia»); pero después se dejó convencer de que debía retrasarla ante las objeciones de Badoglio y Roatta, que exponían la necesidad de disponer de tres meses de tiempo para enviar tropas suficientes a Albania. Además convenía esperar a que en África del Norte se llegara al menos hasta Marsa Matruh. Pero el día 15 el *Duce* convocó en el palacio Venecia la conocida reunión, en la que anunció su decisión de fijar como fecha irrevocable el 26. No obstante, en el espacio de 36 horas, Mussolini cambió de opinión tres veces, pero finalmente se decidió y, después de haber concedido una prórroga de dos días, el 26 telegrafió a Badoglio diciéndole: «La fecha del 28 es irrevocable».

El texto del ultimátum llegó a Atenas la noche del 27 de octubre, mientras se celebraba una fiesta en la delegación italiana en honor de personalidades políticas, militares y culturales griegas. En seguida se difundió una atmósfera helada entre la masa de los invitados, y ya puede imaginarse la angustia del ministro Grazzi, que se vio obligado a interrumpir la fiesta y despedir a sus huéspedes.

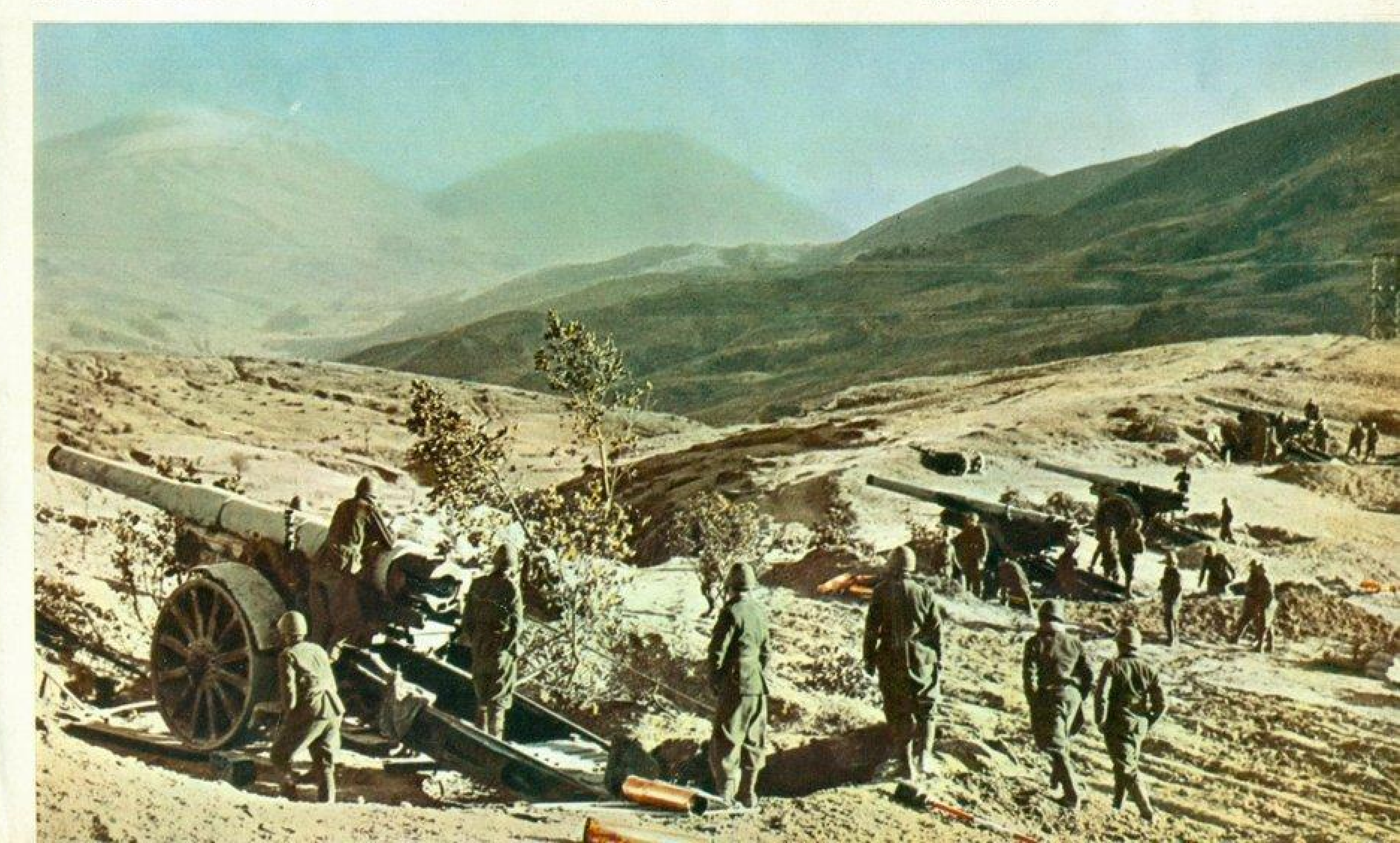
La mañana del 27 el general Papagos me invitó, en su despacho, a que desmintiese del modo más inequívoco la noticia de que unas bandas griegas habían penetrado en territorio albanés y que después se habían dado a la fuga. Mirándome fijamente a los ojos especificó que estaba seguro de ello porque toda la frontera estaba «vigilada metro a metro».

El ultimátum, después de las acostumbradas acusaciones a Grecia sobre la falta de observancia de la neutralidad, pedía libre acceso a las tropas italianas para asegurar la posesión provisional de algunos puntos estratégicos, sin perjuicio para la independencia y la soberanía griegas. Daba tres horas de tiempo para responder. En caso de negativa o de no dar una contestación, las fuerzas italianas pasarían al ataque.

La noche del 27 Grazzi fue a ver a Metaxas. El coloquio duró unos veinte minutos y Grazzi, profundamente amargado por la misión que había tenido que cumplir, me contó que el primer ministro griego había leído el documento, denegando con sus gestos las acusaciones de no haber respetado la neutralidad. Después objetó que no le tocaba a él decidir, sino que debía hablar antes con el soberano y con el jefe de Estado Mayor, y cuando preguntó cuáles eran los puntos estratégicos que Italia quería ocupar, Grazzi tuvo que confesar que los ignoraba, añadiendo que no estaba autorizado a negociar: o tomarlo o dejarlo. Entonces Metaxas dijo: *«Mais alors c'est la guerre»*. No obstante, observó que tres horas no serían suficientes, considerando también el tiempo que se necesitaba para hablar con el rey y con Papagos, y para dar a las tropas que estaban de cobertura en la frontera la orden de no resistir. ¿Cómo solucionarlo todo en tan poco tiempo? Grazzi y Metaxas se despidieron con la idea de que si a las 6 no había llegado ninguna respuesta a la legación, el ultimátum debería considerarse como rechazado.

Por lo tanto, es errónea la afirmación de la propaganda helena, que se difundió inmediatamente, de que Metaxas emitió un fiero y seco *no* en seguida, y fueron también pura expresión de propaganda los *oji* (en griego *no*), que aparecían frecuentemente pintados en las calles de Atenas durante la ocupación.

Mussolini envió directamente a Visconti Prasca la orden de romper las hostilidades, y la mañana del 28, Badoglio, Cavagnari, Pricolo y Graziani escucharon por radio Londres la noticia de que aquella madrugada Italia había declarado la guerra a Grecia.









La ofensiva italiana

El Mando de Albania había recibido la orden de iniciar las hostilidades después de la hora cero del 28, y esta misma orden la transmitió a sus mandos subordinados, precisando que la acción debería entrar en la fase de pleno desarrollo a las 7,30. El mal tiempo y otras consideraciones personales indujeron a los comandantes de los dos Cuerpos de Ejército a comenzar las operaciones de madrugada, y las primeras patrullas iniciaron el movimiento hacia las 6,30. Fue mera casualidad que alguno no comenzara inmediatamente después de la medianoche, esto es, antes de que el ministro de Italia pudiese presentar a Metaxas el ultimátum. Este detalle es el toque final que revela la ligereza que presidió toda la preparación del conflicto con Grecia.

El general Visconti Prasca fijó su puesto de mando en Livohova, pero luego lo trasladó a Dervisciani. El mando del Cuerpo de Ejército XXVI (general Nasci) se estableció en Koritza, y el de la Ciamuria, llamado después XXV (general Carlo Rossi), en Delvine. A la izquierda del Cuerpo de Ejército XXV estaba la División Alpina «Julia», y a la derecha la Agrupación del Litoral. A las Divisiones «Arezzo» y «Venecia» les fueron asignadas misiones de cobertura en la frontera yugoslava. El Cuerpo de Ejército de Bari debía ocupar Corfú con la División «Bari» y el batallón «San Marcos», pero Mussolini renunció el 1.º de noviembre a esta operación, e hizo bien, pues no hubiera sido una empresa fácil.

Para completar esta visión, aludo a una sugerencia del gobernador del Dodecaneso de apoderarse de Creta, «auténtico rompeolas del Egeo, para cortarle a Grecia toda posibilidad de ayuda por el Sur». El proyecto no fue tomado en consideración, pero no es inoportuno recordar a este respecto que Hitler había escrito a Mussolini:

«De todos modos quiero pediros, *Duce*, que no emprendáis esta acción sin haber ocupado antes Creta de un modo fulminante».

En la mañana del 28 de octubre estaban en el frente greco-albanés cuatro divisiones de infantería (24 batallones), una alpina (cinco batallones), una acorazada (tres batallones de cazadores, tres de carros de combate, con 133 carros «L» –las denominadas «cajas de sardinas»–, y 37 carros lanzallamas) y la Agrupación del Litoral (dos regimientos de caballería y uno de granaderos). Otro regimiento de caballería estaba asignado al Cuerpo de Ejército Ciamuria. No menciono las unidades albanesas porque no prestaron ningún servicio efectivo, y desaparecieron durante los primeros combates.

Al sector de Corciano se le había asignado una misión de defensa activa, con la División «Parma», situada en primera línea, y la «Piemonte» en reserva.

La citada mañana del 28 se iniciaron las hostilidades sobre aquellos 50 km, aproximadamente, de frontera, con alguna que otra acción de patrulla que no consiguió engañar al enemigo. Éste sabía realmente que, por aquel sector, las escasas tropas italianas no podían alimentar grandes esperanzas en su ataque; por ello las pocas patrullas avanzadas helenas se replegaron ordenadamente para comenzar, desde las posiciones atrasadas, una continuada acción de fuego. En el sector del Epiro, considerado operativo y de unos 100 km de frente, la operación debería efectuarse haciendo avanzar las alas: a la izquierda, la «Julia», remontando el Vijose, debía alcanzar el desfiladero de Metsovo para materializar la separación del Epiro y Macedonia y ejercer una amenaza potencial sobre Tesalia. Por la derecha, la Agrupación del Litoral se dirigía directamente sobre Prevesa, a fin de dar la sensación de un doble envolvimiento. Por el centro, la División «Ferrara» marcharía directamente sobre Ioannina, y a su derecha, la «Siena» tenía que alcanzar Filiates y el Kalamas medio; la «Centauro» constituía la reserva, pero una parte de ella actuaría con la «Ferrara» contra el nudo fortificado de Kalibaki.

Por parte griega, en Macedonia, la División 9 y la Brigada IV, reforzadas con cinco batallones, estaban situadas entre el lago Prespa y el monte Grammos; dos batallones y uno más de reserva habían ocupado el citado monte y las laderas norte de Smolikas; en el Epiro se encontraban la División 8 (con cuatro regimientos, esto es, doce batallones) y la Brigada III (al principio con un solo regimiento); tres batallones en el bajo Kalamas, y un batallón en Prevesa.

En Macedonia se estaban completando otras grandes unidades y se encontraban presentes la División de Caballería, la División de Infantería I y la Brigada V. En cuanto a artillería, hay que poner de relieve que, aunque los italianos tenían ventaja respecto al número de bocas de fuego, no sucedía lo mismo respecto a la modernidad del material, así como en la posibilidad de transportarlo a lomo.

La superioridad global numérica estaba, sin duda alguna, de parte de los griegos, y téngase presente, además, que mientras éstos tenían tras de sí una continuidad física que permitía la afluencia continua de refuerzos (a pesar de las deficiencias de las comunicaciones), los italianos estaban casi aislados de sus bases de aprovisionamiento, ya que los puertos de Durres y Vlore eran de reducidísima capacidad receptiva, sobre todo el segundo. Esta desproporción de ambos oponentes, sobre la que he querido insistir, demuestra cuán frágil era la base sobre la que se apoyaba el plan de guerra italiano, y cómo condicionó desfavorablemente el desarrollo de las operaciones desde el primer momento. Sólo a principios de marzo se consiguió establecer un equilibrio satisfactorio de fuerzas.

El Mando Supremo griego se estableció en Ioannina, lo que demuestra claramente que daba a este sector la mayor importancia. Sin embargo, nos queda la duda sobre la veracidad de la pretendida contraofensiva desde Macedonia hacia Corciano.

La División «Julia», cuyo comandante no había conseguido que la «Piemonte» extendiese su ocupación al Palioka para protegerle el flanco izquierdo y la retaguardia, partió decididamente hacia el paso de Metsovo, que se encontraba a unos 80 km de distancia. Llevaron consigo víveres y pienso para cinco días, y cada alpino cargó con un proyectil de artillería.

Lo escarpado del terreno, la travesía del río Sarandaporos, con su cauce hasta el máximo y los puentes destruidos, y la resistencia de pocas, pero decididas unidades, retrasaron el avance. Al cuarto día los alpinos de la «Julia» estaban agotados, y bastante lejos aún del objetivo que deberían haber alcanzado en cinco jornadas como máximo. Al octavo día se hallaban en la cabecera del Vijose, en Vovusa, pero habían llegado a un desfiladero que se estrechaba cada vez más, entre el Palioka, el Gamila y el nudo fortificado de Kalibaki, a la izquierda del alto Kalamas. El 1 de noviembre se había consumido ya el último día de víveres y escaseaban las municiones.

En el ala derecha, la Agrupación del Litoral y la División «Siena» alcanzaron en pocas horas el Kalamas, de unos 50 m de anchura y unos tres de profundidad; pero el río, de fondo fangoso, corriente impetuosa y con orillas escarpadas, no pudo ser vadeado. Aparte de unas ligeras pasarelas, no había materiales para construir pasos ade-

Arriba: Atenas, 22 de febrero de 1941: Anthony Eden con el general Papagos comandante en jefe del Ejército heleno. Eden fue a discutir con los griegos los planes de ayuda militar inglesa ante la eventualidad de un ataque alemán a Grecia. En el centro: el mariscal Badoglio, jefe del Estado Mayor General italiano, fue sustituido, después de los primeros reveses en Albania, por el general Cavallero. Al lado: los comandantes italianos al principio de la campaña de Grecia: de izquierda a derecha, el general Visconti Prasca, comandante supremo de las tropas italianas destacadas en Albania; el almirante Türr y el general Ranza, comandante de la Aviación. (Keystone) - (Ullstein) - (Foto G M)



Cota 731 de Monastero, febrero de 1941. Las tropas italianas y griegas se empeñaron en este sector en cruentos e implacables combates para la conquista y defensa, respectivamente, de dicha cota. *(Archivo Rizzoli)*

cuados y sólo unos pocos consiguieron cruzar a nado o en barca el impetuoso curso del agua. Finalmente, en la noche del 5 de noviembre, pudieron atravesar el río, y las dos grandes unidades formaron una amplia cabeza de puente, desde Varfani hasta el mar. Un batallón de granaderos avanzó hacia el Sur, y los lanceros «Aosta» y «Milán» se lanzaron hacia Paramithiá y Margariti. Pero el 7 de noviembre el Mando ordenó detenerse en el Kalamas, y todas estas fuerzas tuvieron que regresar a la cabeza de puente.

El repliegue de las alas no sólo se debía a la eficaz reacción griega contra la «Julia», sino a la desfavorable marcha de las operaciones en el centro. Sobre el empleo de las unidades acorazadas se observa una diferencia total respecto a los procedimientos seguidos por los alemanes: éstos preparaban el avance con densos bombardeos aéreos, después lanzaban las unidades acorazadas y finalmente venía la infantería (casi siempre motorizada) para consolidar la victoria. A los italianos, tanto por deficiencia de aviones como por las malas condiciones del tiempo, les faltó desde un principio el apoyo aéreo, y los infantes, que miraban al cielo con la esperanza de que, de un momento a otro, quedara cubierto de aviones tricolores, sólo veían surgir de las bajas nubes algún que otro avión griego, que ametrallaba y bombardeaba con escasos resultados materiales, pero con demoledores efectos psicológicos.

Una columna de la División «Ferrara», con algunos carros de combate, consiguió apoderarse del puente Perati antes de que fuera volado por los griegos, lo que fue aprovechado por otras columnas para avanzar; pero los obstáculos en los caminos, otros puentes destruidos y la resistencia de algunos núcleos griegos retardaron la marcha y fraccionaron las columnas de ataque en numerosos escalones, a los que la «Centauro» fue cediendo poco a poco gran parte de sus medios, hasta el punto de ser absorbida por la lucha no como una gran unidad, sino dividida en pequeñas unidades. Desbordado el desfiladero de Delvinaki, fuertemente defendido, el Cuerpo de Ejército tomó contacto, el día 31, con la línea defensiva enemiga Kalibaki-Kalamas. Pero, por carecer de la adecuada artillería, chocó contra las bien organizadas defensas adversarias. Sin necesidad de entrar en detalles, puede afirmarse que nuestras unidades, en vez de romperlas, se estrellaron contra ellas.

La contraofensiva griega

El Mando Supremo griego había podido seguir efectuando, sin el menor entorpecimiento, todos los movimientos para completar la concentración del Ejército en las fronteras amenazadas; pues de los 400 aviones italianos que en la reunión del palacio Venecia se afirmó que podrían emplearse, sólo se utilizaron unos 200; y aun éstos en acciones esporádicas, independientes de las operaciones terrestres y sin objetivos precisos. Sólo el 31 de octubre se dio la noticia del bombardeo de «importantes instalaciones y nudos de comunicaciones en el valle del Kalamas».

Precisamente aquel día se produjo un acontecimiento que hizo temer daños mayores: en el sector macedonio, los griegos salieron de su pasivi-



Caballería italiana en el momento de atravesar un curso de agua en el frente albanés. Resultó muy difícil la travesía del río Kalamas a causa de su corriente impetuosa y orillas escarpadas. *(Archivo Rizzoli)*



dad defensiva y se lanzaron al ataque en dirección al curso alto del Devol y hacia el alto Vijose, a través del Pindos, y sus boletines comenzaron a señalar diariamente la ocupación de numerosas localidades en el sector de Macedonia y en el Pindos. El Mando italiano dispuso, el 2 de noviembre, que la División «Piemonte» pasara a disposición del Cuerpo de Ejército XXV, renunciando así a la única reserva de que se disponía, y al día siguiente reclamaba la «Arezzo», situada en la frontera yugoslava, donde se confió la cobertura a los carabineros y a algunas unidades albanesas, sobre cuya eficacia se tenían serias dudas.

La contraofensiva helena empezó a manifestarse cuando la ofensiva italiana apenas había tomado contacto con la posición principal de la resistencia adversaria. La presión sobre Corciano la ejercieron, por lo menos, tres divisiones, con las cuales colaboró eficazmente su escasa aviación. A partir de entonces, la delicada situación italiana comenzó a ponerse de manifiesto.

El día 6, la División «Julia» recibió la orden de replegarse; tuvo que abandonar los hospitales de campaña y, combatiendo valerosamente, consiguió romper el cerco que la oprimía. Resultó amenazada también la posición de las fuerzas que presionaban en Kalibaki, donde algunos éxitos locales quedaron anulados por los contraataques enemigos. Lo cierto es que toda acción ofensiva tuvo que ser interrumpida a causa de los acontecimientos de Corciano, donde una potente fuerza griega estaba tomando decididamente la iniciativa de las operaciones. El 7 de noviembre estaban empeñadas todas nuestras fuerzas de Albania. La División «Bari» desembarcó en Vlore sin animales de tiro y con sus efectivos reducidos, teniendo que emplear sus batallones separadamente, a medida que iban llegando, en el intento de taponar la brecha que estaba a punto de producirse en la zona Erseke-Leskoviku-Konitza. Todas las fuerzas italianas se encontraban en primera línea; faltaban las reservas estratégicas y las tácticas eran muy escasas. El boletín griego cantó la victoria. «En la zona boscosa de la montaña del Grammos, del Pindos y de Smolikas, entre el 28 de octubre y el 10 de noviembre se han efectuado operaciones a gran escala que han llevado a la derrota de una división alpina, reforzada por unidades de Caballería, Cazadores y Milicia (...). Después de un duro combate, el enemigo ha sido rechazado y ha tenido que retroceder rápidamente para librarse del cerco completo, perseguido por nuestras tropas... Las pérdidas del enemigo, entre muertos y heridos, son inmensas; han caído en nuestras manos numerosos prisioneros y gran cantidad de material de guerra, que todavía no se puede precisar». Hasta la modesta Marina griega quiso su parte de gloria, y un par de unidades menores bombardearon a nuestras tropas en el bajo Kalamas. Repercusiones más graves sobre el conflicto tuvo aún la operación de Tarento, durante la cual los *Swordfish* británicos pusieron fuera de combate los acorazados italianos *Littorio*, *Duilio* y *Cavour*. Aquella misma noche una división compuesta por los cruceros *Orion*, *Sidney* y *Ajax* y los destructores *Nubian* y *Mohawk*, remontó las costas albanesas y hundió en el canal de Otranto cuatro barcos mercantes. El efecto de estas acciones fue fatal para el aprovisionamiento italiano.

El 8 de noviembre, el general Soddu, subsecretario de Estado durante la guerra y segundo jefe del Estado Mayor General, que estaba en Albania desde hacía cuatro días para conocer *de visu* las causas del escaso éxito de las operaciones militares, tuvo que reconocer que la ofensiva había fracasado y telegrafió: «Nuestro ataque puede considerarse detenido por la resistencia enemiga. Es inútil esperar conseguir el objetivo hasta que no se envíen más divisiones». Al día siguiente constituyó un Grupo de Ejércitos y asumió el mando, que se transformó en seguida en el Mando Supremo de las Fuerzas Armadas en Albania, constituido por el Ejército 9 en Corciano y el 11 en el Epiro.

Con su entusiasmo romántico, Mussolini arrastró a su pueblo a una aventura insensata que puede seguirse fácilmente desde los intentos de un imperio africano a la invasión de Grecia. (Archivo Rizzoli)

Finalmente se reconoció la insuficiencia de las fuerzas destinadas a esta empresa, pero se andaba con reparos cuando la situación estaba ya comprometida y era inminente la contraofensiva griega con todas sus consecuencias.

Resultaron vanas las esperanzas de Soddu de mantener en el Epiro, como apoyos laterales, la cabeza de puente sobre el Kalamas, por la derecha, y la zona Kalibaki-Konitza por la izquierda; mientras que en Corciano el Ejército 9 tenía que establecerse de nuevo en las posiciones fronterizas y rechazar todo intento de ruptura enemiga en la zona Erseke-Leskoviku. Todo ello con la ilusión tan sólo de poder mantenerse a la defensiva en aquellas posiciones durante el invierno. Pero los griegos no tardaron en destruir esta esperanza. Lo peor no se había producido aún.

El general Papagos, seguro ya de haber detenido el ataque italiano en la bien preparada posición defensiva del Epiro y en el Pindos, y después de haber ocupado algunas posiciones en la frontera macedónica, reunió sus fuerzas para pasar al contraataque sobre un despliegue italiano casi filiforme. Y en este punto será oportuno poner de relieve que el error fundamental fue esencialmente político, porque aunque la «Julia» hubiese llegado al paso de Metsovo y el Cuerpo de Ejército de Ciamuria hubiese rebasado la línea Kalibaki-Kalamas, ¿qué posterior acción podría efectuarse para obligar a Grecia a que se rindiera? No había tropas suficientes para explotar el éxito. (Casi estremece recordar que durante la famosa reunión en el palacio Venecia se había afirmado la posibilidad de desembarcar, en una sola noche, tres divisiones en el puerto de Arta, operación que no sería posible efectuar ni siquiera en un gran puerto bien dotado, como el de Génova o el de Marsella). Así, pues, no se podía confiar más que en una crisis política interna en Grecia (posibilidad excluida por la legación de Atenas), y tal vez en una intervención de Bulgaria. Pero, en este caso, ¿qué honores podría conseguir el Ejército italiano? En cambio, Mussolini descargó precisamente sobre los militares toda la culpa, y quien pagó las consecuencias fue Visconti Prasca que, ciertamente, tenía su parte de responsabilidad, pero no toda la que se le atribuyó.

El repliegue, la detención, el final

A primeros de noviembre el Ejército griego se lanzó a la contraofensiva cuando nuestro despliegue, con grandes soluciones de continuidad, presentaba el ala derecha bastante avanzada, el ala izquierda atrasada y el centro extendido sobre un amplio frente. Al adversario se le ofrecía la posibilidad de mantener firme su ala izquierda, abrirse camino con la derecha hacia Koritza, envolver el centro y caer sobre el puente Perati; luego, y puesto que en la retaguardia de nuestra derecha no había reservas, continuar sobre Permet-Kelcyre-Tepelene, lo cual tal vez significaría el aniquilamiento del Cuerpo Expedicionario italiano.

Era una operación arriesgada y que exigía una gran audacia; y Papagos no era un Rommel ni un Patton, ni tampoco sus subordinados de más alta graduación estuvieron dispuestos a llevar a cabo acciones resolutivas. El Ejército griego se limitó a ejercer, por lo tanto, una presión casi exclusivamente frontal, y no fue desde luego ajena a esta actitud la doctrina francesa, que siempre ha evitado las maniobras audaces, sobre todo en el primer período bélico, cuando la mayor parte de los soldados no están todavía instruidos para la guerra de movimiento. El reglamento táctico griego era, en la práctica, una copia del francés, y las normas de empleo una traducción literal de las francesas. Elemento retardador, por ejemplo, fue la norma de constituir, en cuanto se observaba que el enemigo se ponía a la defensiva, una adecuada base de fuego, empleando artillería y morteros, con los que obtuvieron resultados materiales y morales de gran eficacia. El ataque se efectuaba generalmente con un despliegue compacto, se proferían gritos salvajes y se hacían sonar las trompetas. ¿Eran gritos de guerra semejantes a los de las hordas primitivas? ¿Acaso un intento de aterrorizar al adversario? ¿O un modo de obtener una coordinación en la acción? Tal vez era un poco de todo, y hay que reconocer que, al principio, el sistema dio buenos resultados. Después, tuvo el inconveniente de que privaba al ataque de toda sorpresa. Cuando el ataque era un éxito, los griegos pocas veces supieron explotarlo en profundidad, a pesar de las reservas de que disponían.

El Ejército griego adoptó el despliegue ofensivo la tarde del 13: en Corciano operaba el Cuerpo de Ejército III; en el Pindos, el II y la División de Caballería; en el Epiro, el I y estaba a punto de llegar la División 2. En la reserva general había tres divisiones y una brigada de Infantería.

El cuerpo de Ejército III bordeó el macizo de Morova y el día 22 conquistó Koritza, rechazando al Ejército 9 italiano a la margen septentrional de la cuenca. El II atravesó el Grammos-Pindos y se apoderó de la zona Erseke-Leskoviku, abriendo una brecha de unos 30 km, y el I atacó en tres direcciones: hacia Konitza-puente Perati, hacia Kakavi y sobre el bajo Kalamas. Dos días después, lo precario de la situación de las tropas italianas se reveló en toda su amplitud, y el general Soddu

1940

15 de agosto: El crucero griego *Helle* es torpedeado y hundido. Se sospecha fundadamente que los italianos sean los responsables.
20 de agosto: Italia proclama el bloqueo total de las posesiones británicas en el Mediterráneo y en África.
3 de octubre: es reforzada la guarnición de Malta.
15 de octubre: el Consejo de Guerra italiano decide atacar Grecia.
28 de octubre: el Primer Ministro griego Metaxas rechaza el ultimátum del ministro italiano en Atenas, Grazzi. En el documento se pedía libre acceso a las tropas italianas para asegurar la posesión provisional de algunos puntos estratégicos. En consecuencia, las tropas italianas pasaron la frontera griega. Inglaterra prometió a Grecia su ayuda inminente.
29 de octubre: tropas inglesas zarpan en dirección a Creta.
1 de noviembre: las tropas italianas llegan al río Kalamas, en Grecia.
11 de noviembre: Aparatos *Swordfish* de la Aviación naval ponen fuera de combate a tres acorazados italianos en Tarento.
22 de noviembre: las tropas griegas toman Koritza derrotando a la unidad que era el orgullo de Mussolini, el Ejército 9, completamente motorizado.
4-8 de diciembre: el general Geloso ordena abandonar Permet, Santi Quaranta y Argirocastro.
6 de diciembre: dimite el mariscal Badoglio, comandante supremo italiano.
8 de diciembre: el almirante Cavagnari, jefe de Estado Mayor de la Marina italiana presenta su dimisión.

1941

3 de enero: los italianos lanzan una contraofensiva en Albania. El 12 de febrero los griegos habían conseguido rechazar por lo menos 46 contraataques italianos.
10 de enero: Malta es sometida a duros ataques aéreos.
29 de enero: muere el Primer Ministro Metaxas.
22 de febrero: Anthony Eden, ministro de Asuntos Exteriores británico, se traslada a Atenas para trazar planes ante la eventualidad de un ataque alemán.
9 de marzo: Italia lanza la ofensiva de primavera, pero diez días después un boletín italiano declara: «Sin novedad en el frente griego».
6 de abril: Alemania ataca Grecia y Yugoslavia.

FUERZAS AÉREAS ITALIANAS

1

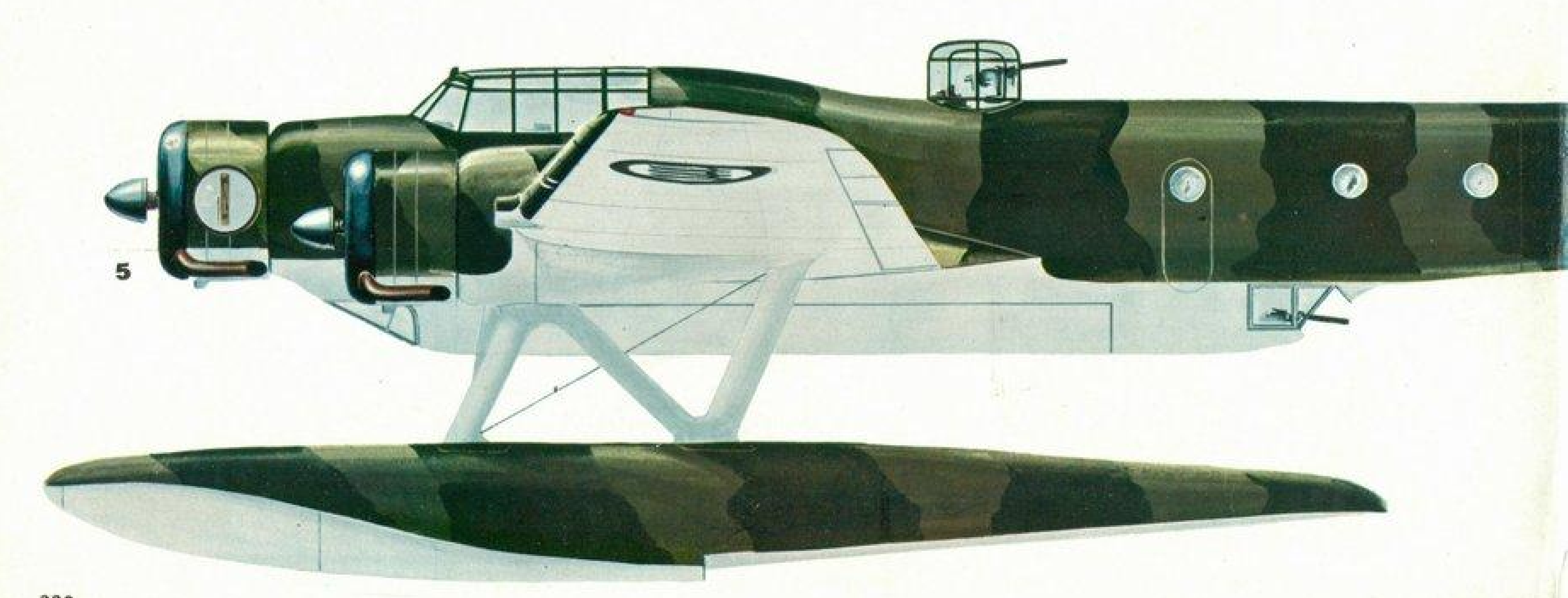
2

3

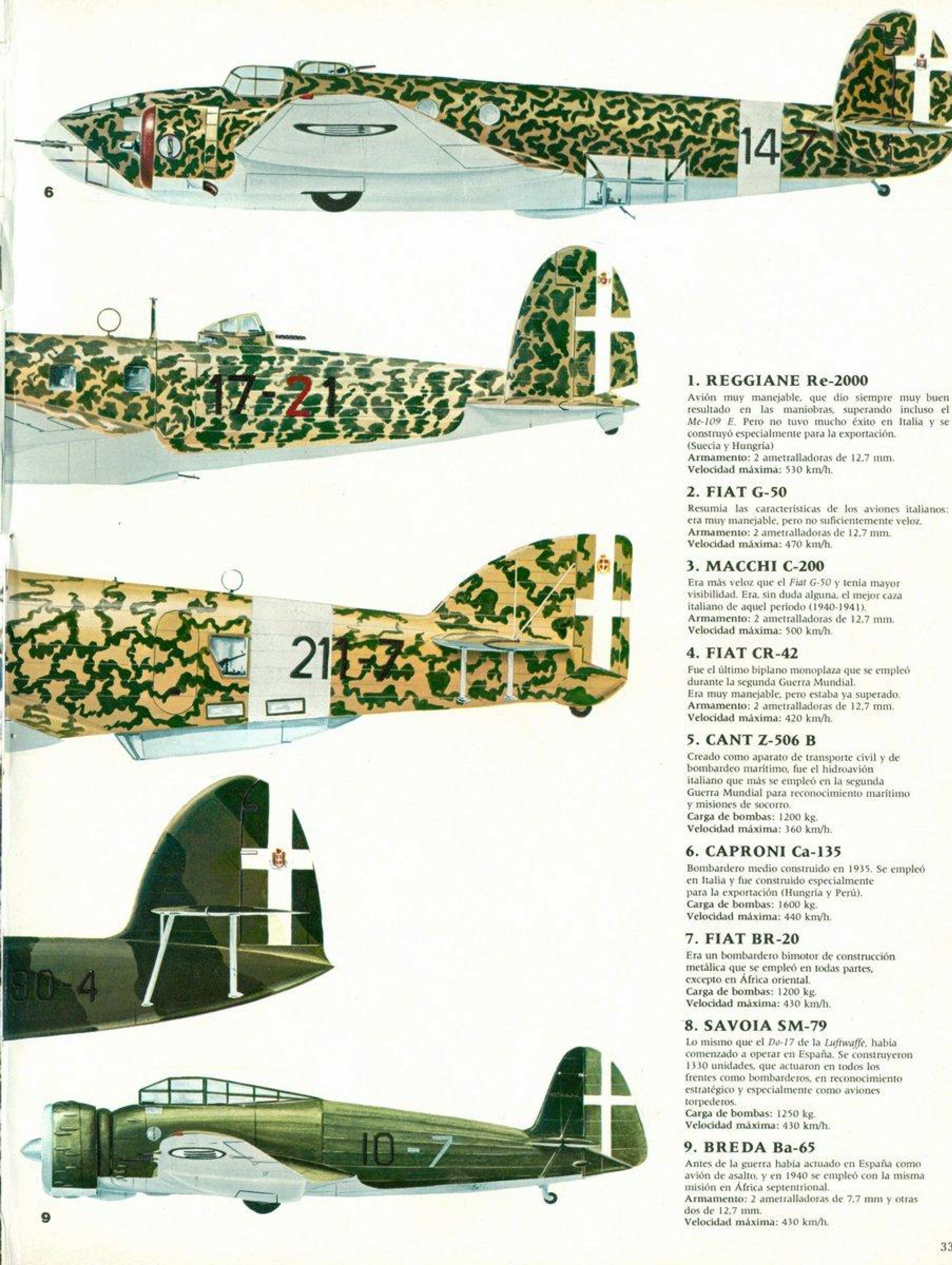
4

7

8



5



1. REGGIANE Re-2000

Avión muy manejable, que dio siempre muy buen resultado en las maniobras, superando incluso el *Me-109 E*. Pero no tuvo mucho éxito en Italia y se construyó especialmente para la exportación. (Suecia y Hungría)
Armamento: 2 ametralladoras de 12,7 mm.
Velocidad máxima: 530 km/h.

2. FIAT G-50

Resumía las características de los aviones italianos: era muy manejable, pero no suficientemente veloz.
Armamento: 2 ametralladoras de 12,7 mm.
Velocidad máxima: 470 km/h.

3. MACCHI C-200

Era más veloz que el *Fiat G-50* y tenía mayor visibilidad. Era, sin duda alguna, el mejor caza italiano de aquel período (1940-1941).
Armamento: 2 ametralladoras de 12,7 mm.
Velocidad máxima: 500 km/h.

4. FIAT CR-42

Fue el último biplano monoplaza que se empleó durante la segunda Guerra Mundial.
Era muy manejable, pero estaba ya superado.
Armamento: 2 ametralladoras de 12,7 mm.
Velocidad máxima: 420 km/h.

5. CANT Z-506 B

Creado como aparato de transporte civil y de bombardeo marítimo, fue el hidroavión italiano que más se empleó en la segunda Guerra Mundial para reconocimiento marítimo y misiones de socorro.
Carga de bombas: 1200 kg.
Velocidad máxima: 360 km/h.

6. CAPRONI Ca-135

Bombardero medio construido en 1935. Se empleó en Italia y fue construido especialmente para la exportación (Hungría y Perú).
Carga de bombas: 1600 kg.
Velocidad máxima: 440 km/h.

7. FIAT BR-20

Era un bombardero bimotor de construcción metálica que se empleó en todas partes, excepto en África oriental.
Carga de bombas: 1200 kg.
Velocidad máxima: 430 km/h.

8. SAVOIA SM-79

Lo mismo que el *Do-17* de la *Luftwaffe*, había comenzado a operar en España. Se construyeron 1330 unidades, que actuaron en todos los frentes como bombarderos, en reconocimiento estratégico y especialmente como aviones torpederos.
Carga de bombas: 1250 kg.
Velocidad máxima: 430 km/h.

9. BREDA Ba-65

Antes de la guerra había actuado en España como avión de asalto, y en 1940 se empleó con la misma misión en África septentrional.
Armamento: 2 ametralladoras de 7,7 mm y otras dos de 12,7 mm.
Velocidad máxima: 430 km/h.



Marzo de 1941: Mussolini en el frente griego ayuda a desatascar su coche del fango. La visita tenía el propósito de animar a los que combatían en el frente. *(Archivo Rizzoli)*

comenzó a considerar la posibilidad de ordenar una retirada general muy profunda, al conocer que el enemigo empeñaba nuevas fuerzas en el ataque y que él ya no tenía reservas. Por fortuna para nosotros, el adversario no se dio cuenta de las grandes posibilidades que se le ofrecían con la amplia brecha de Erseke. El boletín griego del 17 de noviembre anunciaba simplemente que en aquel sector habían sido «destruidos depósitos de víveres y de carburantes y que se habían capturado algunos prisioneros». No se dio cuenta de que no sólo se había introducido entre los dos Ejércitos italianos, sino que hubiera podido envolver las alas internas y dirigirse libremente hacia Berati y luego a Vlore. Contribuyó también a engañarlo una estratagema del coronel Salvoni, que reaccionó con ataques de simples patrullas y simuló la llegada de refuerzos.

Pero, no obstante, la presión griega prosiguió, mientras comenzaban a llegar desordenadamente refuerzos de Italia. Las divisiones fueron enviadas a la batalla no de forma orgánica, sino mandando sus propias unidades donde había que tapar alguna brecha para intentar resolver una situación comprometida. La División «lobos de Toscana» lanzada, así que acabó de desembarcar, sobre un terreno desconocido, en una noche tempestuosa, se encontró con una fuerza enemiga que avanzaba y se desorganizó antes de darse cuenta de lo que estaba sucediendo.

Pero el 4 de diciembre, Soddu, convencido de la imposibilidad de recibir a tiempo los refuerzos necesarios, telefoneó a Roma sugiriendo que se buscase la solución «por vía diplomática». ¿Qué significaba esto? ¿Pedir un armisticio a los griegos, como se creyó en seguida en Roma, o solicitar la ayuda alemana, como afirmó Soddu a continuación? Ambas soluciones eran humillantes. Mussolini ordenó la resistencia a toda costa y envió a Albania al general Cavallero, nuevo jefe del Estado Mayor General, quien el día 30 sustituyó a Soddu en el Mando Supremo. Hay que reconocer que supo afrontar la situación con calma, y en poco tiempo consiguió emplear adecuadamente los refuerzos. Mientras tanto, el general Geloso retiraba lentamente el Ejército 11, pero todavía el día 2 de diciembre, en su sector, ninguna posición podía considerarse firme. Con una determinación audaz, protegiendo el movimiento con contraataques a veces efectuados con la fuerza de la desesperación, Geloso decidió abandonar una línea que cubría localidades de gran valor político, como Permet, Santi Quaranta y Argirocastro, que fueron evacuadas respectivamente el 4, 6 y 8 de diciembre.

La mañana del 9 de diciembre el frente italiano se extendía en unos 160 km de amplitud (en línea recta) sobre la zona meridional de Albania: lago de Ocrida-Tomori-Kelcyre-Kurvelesh-Himare.

Los combates continuaron duramente. Los griegos pretendían alcanzar Berat y Vlore, pero sólo consiguieron algunos éxitos locales, y Kelcyre, ocupada el 25 de enero, fue el último «nombre del boletín». Por fin fueron detenidos a unos 10 kilómetros al sur de Tepelini.

No se había formado todavía el «muro», pero ya a fines de diciembre la batalla de detención producía sus frutos y el frente iba adquiriendo un estado de solidez suficiente. El mando griego tuvo aún en sus manos unas cartas excelentes, pero no supo aprovecharlas. Detenido en el sector septentrional, al oeste de la cuenca de Koritza, habiendo perdido la ocasión de penetrar por la brecha de Erseke-Leskoviku, lanzó una columna a lo largo del litoral, la cual, después de rebasar Santi Quaranta, había ocupado Himare, situado a unos cincuenta kilómetros de la bahía de Valona (Vlore), se dejó engañar por las dos líneas de ataque indicadas con las dos astas de la mencionada *H* sin conseguir alcanzar una zona decisiva. Aún contaba con una notable superioridad numérica de fuerzas, porque, en la frontera con Bulgaria casi desguarnecida, disponía de 14 divisiones de Infantería, en el frente albanés, una de Caballería y dos brigadas de Infantería, además de unidades menores. Nosotros, el 31 de diciembre, podíamos oponer 12 divisiones de Infantería, cuatro alpinas y una acorazada; pero hay que tener en cuenta el menor número de batallones de las divisiones italianas, que además no habían recibido los refuerzos necesarios para sustituir las numerosas bajas sufridas.

Pero se trabajaba duramente para remediar la situación, comenzando por el mejoramiento de las posibilidades de desembarco en las costas albanesas. Para facilitar la llegada de refuerzos y materiales se aprovechó también el modesto puerto de San Juan de Medua, un poco alejado de la zona de operaciones. Y fueron especialmente mejorados los puertos de Durazzo (Durres) y Valona con la construcción de planchas de atraque y el envío de gabarras, pontones, etc. La media diaria de descarga, que en diciembre no llegaba a 2000 toneladas, ascendió a 3000 en enero y a 4000 en marzo, alcanzando a veces casi hasta 5000. Fueron enviadas las divisiones una por una, pero para que tuviesen la totalidad de sus elementos se necesitaba casi un mes de tiempo.

La conquista de Klisura estaba costando cara a los griegos, pues a primeros de febrero la División «Lagnano», siguiendo el desfiladero del Vijose, llegó con mucho ánimo a retaguardia de las divisiones griegas, empeñadas en el alto valle de Desnizza, y las habría aplastado contra el yunque del Cuerpo de Ejército VIII, con el que estaban luchando, si hubiese sido un martillo lo suficientemente pesado. Pero resultó demasiado débil: faltaron los refuerzos y un decidido contraataque de las reservas helenas hizo fracasar la empresa cuando el éxito parecía seguro.

La guerra entró en una fase de desgaste, durante la cual los griegos perseveraron tenazmente en dirección a Tepelene con cierto éxito, aunque pagado sangrientamente.

El 9 de marzo el general Gambara intentó un sondeo con su Cuerpo de Ejército VIII en el valle del Desnizza, y Mussolini llegó de Italia para asistir a la batalla. Pero la ineficacia de la preparación artillera, la escasísima instrucción de nuestros infantes y –hay que reconocerlo– la valerosa defensa de los griegos, indujeron al general Cavallero a indicar al *Duce* lo perjudicial que sería proseguir una acción que ya no ofrecía ninguna garantía de éxito. La batalla tuvo que suspenderse y Mussolini regresó a Roma amargado.

Mientras tanto, la situación política internacional sufría en los Balcanes una transformación radical, por haber cambiado de bando Yugoslavia y a causa de la consiguiente intervención alemana.

El 14 de abril, una columna de la «Cagliari» atacó y conquistó las posiciones de la cota 802, en el alto valle de Shushizza, capturando algunas decenas de prisioneros; fue el último hecho de armas de cierta importancia, pues indicó que los griegos desistían de la lucha. En efecto, no hubo contraataque, que nunca había faltado en semejantes ocasiones. Al día siguiente se comprobó que el enemigo había roto el contacto y se retiraba ordenadamente en todo el frente hacia sus fronteras. Nuestra persecución fue retrasada por la reacción de valerosas y fuertes retaguardias y por las sabias instrucciones que habían recibido: puentes y pasos volados, caminos semidestruidos y obstrucciones por doquier.

Cuando desde lejos encuadré el puente con mis gemelos, vi, con alivio, que estaba todavía intacto. Pero cuando llegué recibí una amarga sorpresa: había sido precedido por unidades de caballería del Ejército 9 y por una patrulla alemana que ya ocupaba el puente. Efectivamente, una columna motorizada germánica había pasado desde Bulgaria al valle del Vardar (el Axiós de los griegos) y, bajando a la Macedonia helénica, continuó en seguida hacia el noroeste, sobre Flórina y Metsovo, alcanzando por el sur los confines con Albania. Había dejado pasar las tropas griegas en retirada y ocupado todos los valles. Luego se dio la orden de que cesasen todas las operaciones, lo que equivalía a detener a los italianos, mientras se firmaba en Salónica la capitulación de Grecia.

LUIGI MONDINI, GENERAL

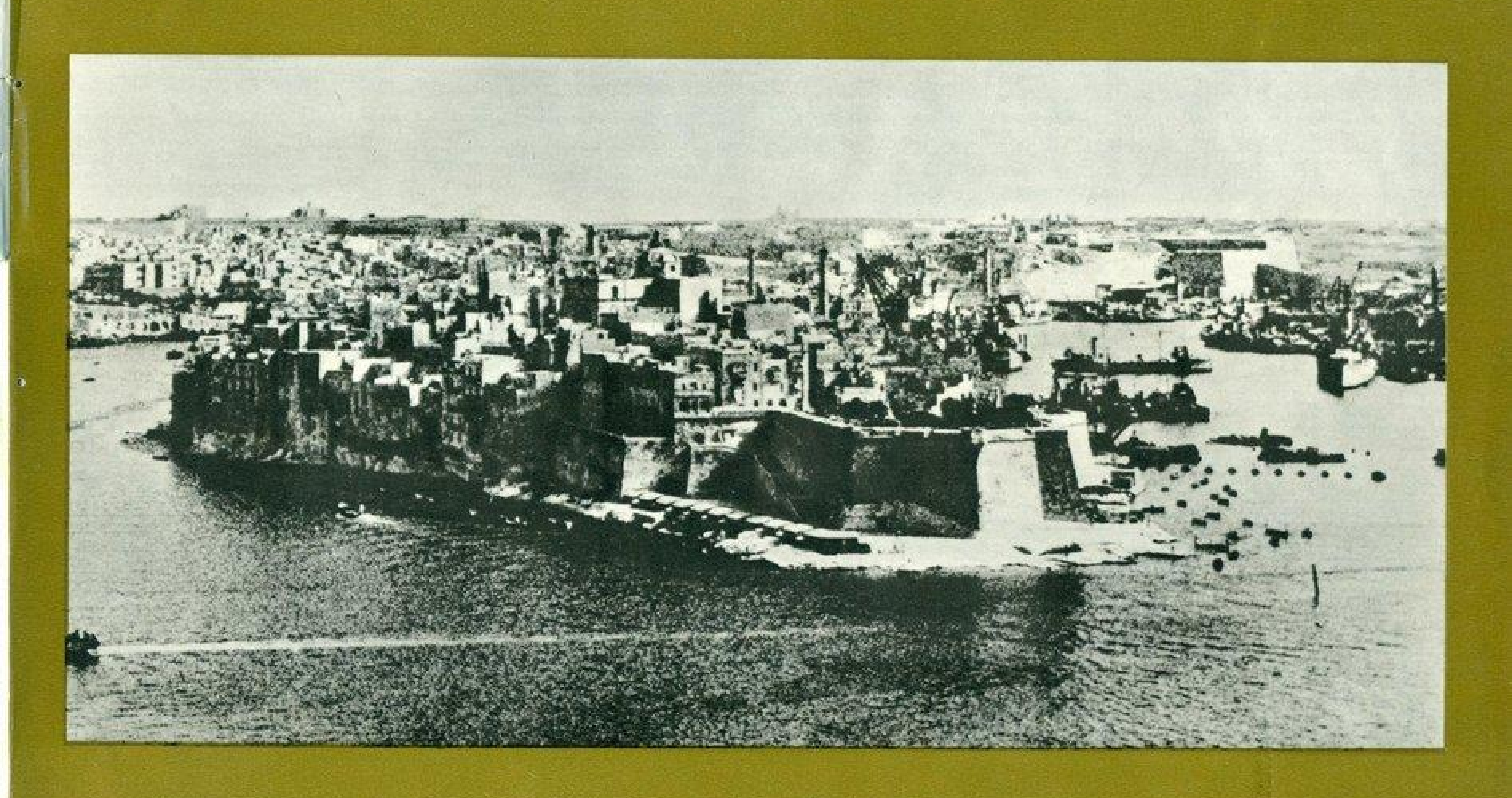


Nacido en Siracusa en 1895. Estudió en la Escuela militar de Módena, y salió con el grado de subteniente en 1914. Participó en la primera Guerra Mundial, alcanzando el grado de capitán. Oficial de Estado Mayor, ha ocupado diversos cargos en el SIM, y fue agregado militar en Viena y en Atenas. Fue, además, comandante de regimiento en el frente greco-albanés. En la posguerra dirigió el departamento histórico del Estado Mayor del Ejército, desde donde se ha ocupado de la publicación de diversos estudios, relaciones, etc. Ha sido comandante de la academia militar de Módena, de la División «Mantova» y segundo jefe del mando militar territorial en Bolonia y Turín. Condecorado varias veces por su valor, es ahora teniente general en la situación de reserva. Actualmente está desarrollando una actividad intensa en el campo histórico-militar. Ha publicado: *Prologo del conflitto italo-greco; Dal Blitzkrieg alla disfatta; Uomini del risorgimento sui campi di battaglia; Visioni della mostra storica.*

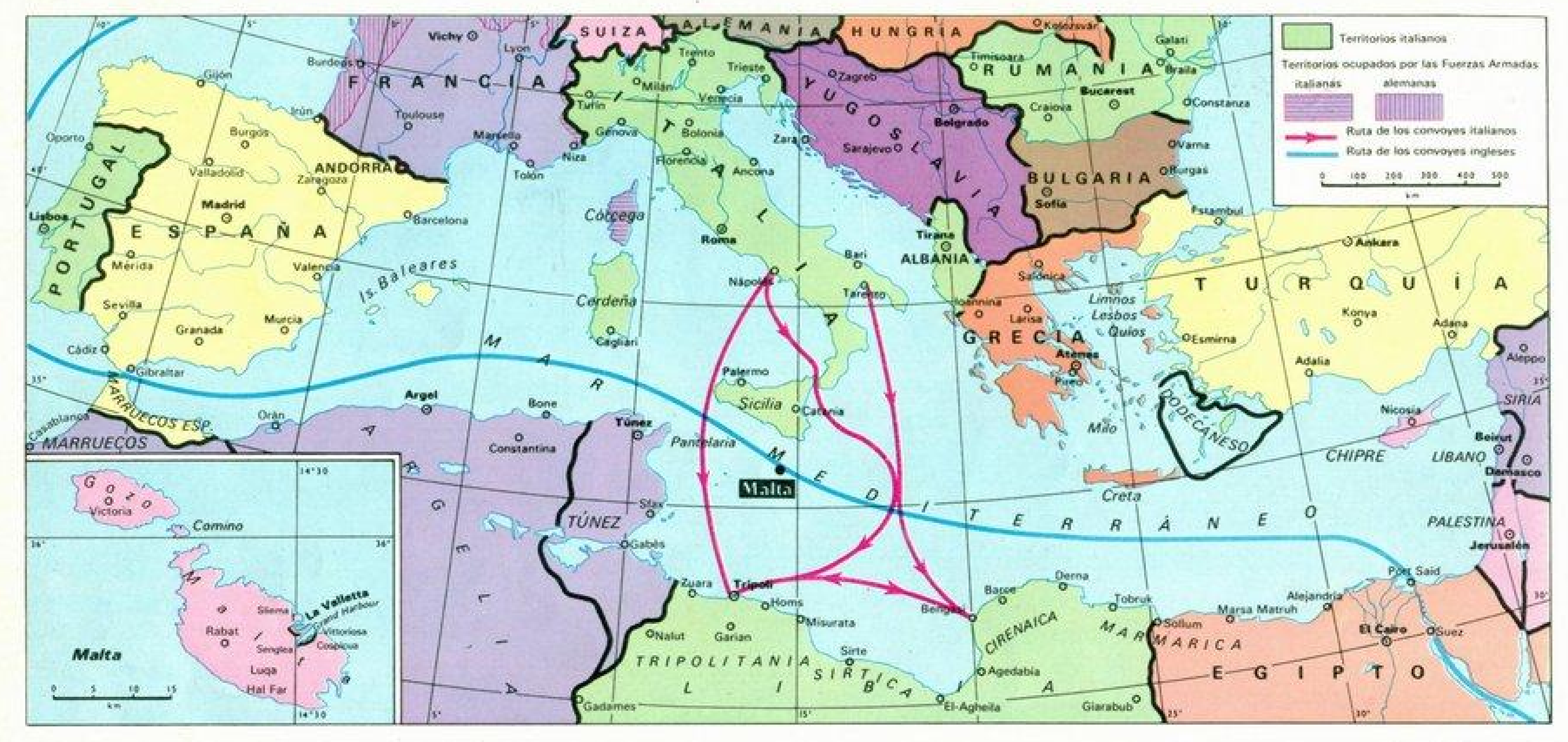
Malta, junio de 1940 - marzo de 1941

MALTA RESISTE CON FIRMEZA

Malcolm G. Saunders,
capitán de fragata



La lucha de Malta por la supervivencia comenzó cuando los aviones italianos lanzaron la primera carga de bombas sobre las defensas de la isla, pocas horas después de haber entrado en guerra. Desde entonces, durante los tres años que siguieron, la llave de los enlaces ingleses en el Mediterráneo tuvo que sufrir los ataques tanto de la Aviación alemana como de la italiana. Esta es la primera fase de su dura prueba.



Estratégicamente, Malta representaba para los ingleses un punto vital de unión entre las bases de Gibraltar y Alejandría.

Una visión retrospectiva pone de manifiesto que el no haber dotado a Malta de medios adecuados de defensa y de ataque puede considerarse como una de las omisiones más graves de la política defensiva británica de la anteguerra. La isla, con sus magníficos puertos y astilleros, era una base inamovible, y con su excelente posición estratégica en el centro del Mediterráneo, constituía un enlace vital entre las dos bases británicas, Gibraltar y Alejandría, distantes entre sí unas mil millas.

Dada su proximidad a Sicilia y a la península italiana, Malta se encontraría muy expuesta a los ataques aéreos y a un bloqueo naval en el caso de guerra con Italia. Entonces, corriendo la defensa a cargo de cazas guiados por radar, a la sazón todavía en estado embrionario, parecía haber pocas posibilidades de rechazar eficazmente un ataque concentrado por parte de las unidades aéreas de Mussolini, tan ensalzadas y superiores numéricamente. Por ello, los planes de rearme ingleses, intensificados después de la crisis de Munich, no consideraban con verdadero interés la defensa de la isla.

El 3 de septiembre de 1939 las fuerzas navales de Malta consistían solamente en siete submarinos, doce torpederos, con sus navíos de apoyo, y varios dragaminas. El grueso de la Flota había sido trasladado a Alejandría. En tierra, las defensas de la isla estaban constituidas por unas pocas baterías antiaéreas ligeras y por las piezas de Grand Harbour. Había también cuatro batallones ingleses, con plantilla reducida, y un batallón maltés de nueva formación. En los tres indefensos aeropuertos no había ni sombra de aparatos: los únicos aviones disponibles eran cuatro *Gladiator* desmontados y embalados, que pertenecían a la reserva de un portaaviones que en aquella época se encontraba en aguas territoriales inglesas.

Como durante las primeras semanas de guerra Italia permaneció claramente neutral, el almirante Cunningham accedió a la propuesta del Almirantazgo de emplear sus acorazados y cruceros en zonas de mayor interés. Pero en mayo de 1940 acabó la llamada «guerra extraña», y con ello la tranquilidad que hasta entonces había gozado Malta. Cunningham, de regreso de Alejandría, izó su pabellón en el *Warspite*, que con otros tres acorazados, cinco cruceros, un portaaviones y cierto número de destructores y submarinos formaba la reconstituida *Mediterranean Fleet*. La noche del 10 de junio Italia entró en la guerra, y pocas horas después varios aviones, que partieron de Sicilia, lanzaron las primeras bombas sobre Malta.

El general de división sir William Dobbis, entonces gobernador y comandante en jefe de Malta, esperaba esta acción italiana, por lo que había ordenado la adopción de las medidas necesarias, invitando a la población a alejarse durante las incursiones y a refugiarse en las grutas y al abrigo de las rocas. De los cuatro cazas *Gladiator* que habían sido montados a toda prisa, uno se estrelló, y los tres restantes constituyeron de momento la única defensa aérea de la isla. Fueron llamados a las armas los malteses aptos para el servicio militar y se constituyó un regimiento de infantería y otro de artillería.

El primer día de las hostilidades, el 11 de junio, ocho ataques aéreos a alta cota alcanzaron el aeropuerto y el puerto militar en el transcurso de doce horas. La artillería antiaérea de dos barcos de guerra y la del puerto respondieron, abatiendo tres aparatos enemigos. Las bombas, más pequeñas de lo previsto, ocasionaron la muerte de veintitrés personas civiles y siete militares. Dos días después hubo ocho incursiones, y al final de la primera semana la alarma había sonado ya treinta veces. Los malteses se adaptaron en seguida a este tipo de bombardeo a alta cota, que había de durar muchas semanas. Poco antes de la caída de Francia, el 24 de junio, nueve *Swordfish* de la Aviación naval llegaron a Malta.

El 28 de junio, para llenar el vacío provocado por la anulación de la Escuadra francesa –que tenía a su cargo la defensa de la cuenca occidental del Mediterráneo–, se constituyó a toda prisa, en Gibraltar, la Fuerza H, a las órdenes del almirante sir James Somerville. La constituían el crucero de batalla *Hood*, los acorazados *Resolution* y *Valiant*, el portaaviones *Ark Royal*, dos cruceros y once destructores. La Fuerza H era de una importancia vital para Malta, que ahora dependía totalmente de abastecimientos procedentes de bases lejanas y que llegaban a través de aguas que se suponían dominadas por el enemigo.

Puesto que los cazas asignados a la defensa de las Islas Británicas se hallaban duramente comprometidos en hacer frente a los ataques de la *Luftwaffe* y a la amenaza de una invasión, los jefes de Estado Mayor se dieron cuenta de que era necesario reforzar inmediatamente las defensas aéreas de Malta. Se trataba de una medida insistentemente solicitada por Cunningham. Pero los refuerzos enviados fueron insuficientes. A principios de agosto llegó desde Inglaterra el *Argus*, un viejo portaaviones que se usaba para adiestramiento, con doce *Hurricane* a bordo, que despegaron de un punto al sudoeste de Cerdeña y aterrizaron en Malta sin novedad. Éste era el único modo de enviar cazas a la isla, y se repitió muchas veces, incluso en condiciones mucho más peligrosas. Un mes después, cuando el nuevo portaaviones *Illustrious*, el acorazado *Valiant* y dos cruceros antiaéreos atravesaron el Mediterráneo para reforzar la escuadra de Alejandría, se aprovechó la ocasión para enviar a Malta diversos abastecimientos y pertrechos. En octubre y noviembre llegaron aún más abastecimientos desde Alejandría.

El eficaz reconocimiento fotográfico de Tarento, realizado por un *Glenn Martin* que había despegado de Malta, fue de importancia vital para el ataque de aquella base, que se efectuó el 11 de noviembre y durante el cual los aviones torpederos ingleses infligieron graves pérdidas a la Escuadra italiana.

Otro convoy llegó a Malta desde Alejandría antes de acabar el año, cuando Cunningham, que como de costumbre estaba en el mar con sus fuerzas de escolta, aprovechó la ocasión para visitar la isla. Aunque observó cierta mejora en las defensas respecto a la visita que realizó ocho meses antes, no quedó nada satisfecho.

Los primeros seis meses de hostilidades habían demostrado que Malta era más importante que nunca como base de operaciones de fuerzas ligeras de superficie, submarinas y aéreas, contra los abastecimientos italianos que se dirigían a Libia. No obstante, la isla no estaba todavía bastante segura para que los cruceros y destructores pudieran utilizar regularmente su puerto, y, por otra parte, los antiguos submarinos que continuaba utilizando la base eran demasiado grandes para operar contra los convoyes enemigos en aquellas aguas. Gradualmente fueron sustituidos por submarinos más pequeños, del tipo *Unity* y *Triton*.

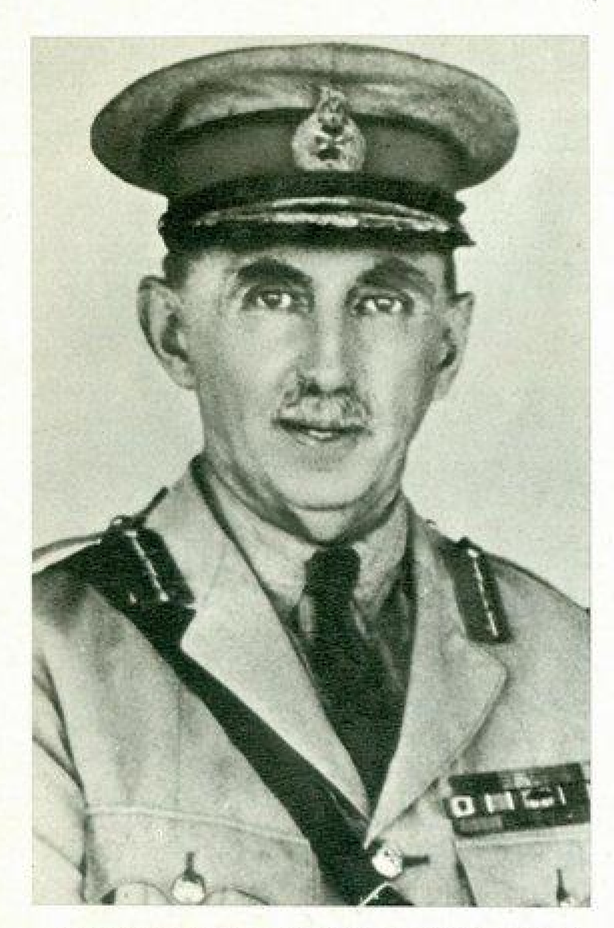
Los cazas encargados de la defensa de la isla y las fuerzas aéreas de ataque eran, en cambio, totalmente inadecuados. A fines de 1940 consistían solamente en quince *Hurricane*, doce aviones torpederos *Swordfish*, dieciséis *Wellington* de la RAF, cuatro hidroaviones *Sunderland* y cuatro *Glenn Martin* de reconocimiento. Los efectivos en

LA VERDAD, PRIMERA VÍCTIMA DE LA GUERRA



He aquí un ejemplo significativo de cómo la verdad era tergiversada, falseada y «reconstruida» por los beligerantes con fines propagandísticos. En este caso concreto, los culpables son los ingleses. Arriba: según el pie alemán el avión es un bombardero italiano sobre Grecia. Abajo y a la izquierda: bombardero italiano sobre Malta. «Obsérvese la densa barrera antiaérea», comenta el pie inglés. No obstante se ve claramente que los ingleses han reunido el avión, tomado de la primera fotografía, con la visión del suelo de la segunda fotografía, añadiendo la «densa barrera antiaérea».

History of the Second World War



El general Dobbie, comandante en jefe de Malta, supo prevenir los duros ataques que efectuaron los italianos sobre la pequeña isla. *(History of the Second World War)*

aviones de caza quedaban, por lo tanto, muy por debajo de los cuatro escuadrones programados, mientras que los aviones de reconocimiento eran insuficientes para mantener bajo vigilancia los movimientos de los barcos mercantes italianos. No sorprende, pues, que sólo se hubiesen hundido el 2 ó 3 % de las 690.000 toneladas de barcos que los italianos habían enviado a Libia entre junio y diciembre de 1940, y que 47.000 hombres hubieran podido desembarcar allí sin sufrir bajas.

Por otra parte, la situación general en el Mediterráneo no era del todo crítica a fines de 1940. En el desierto occidental, el general Wavell había atacado al Ejército italiano, que se encontraba en plena retirada. Al mismo tiempo, la posesión de Creta y la posibilidad de utilizar la bahía de Suda como base avanzada permitió al almirante Cunningham vigilar mejor el Mediterráneo oriental. Además, habiendo conseguido la supremacía sobre la Escuadra italiana, podía desplazar sus navíos cuando quisiera a la cuenca central para proteger los convoyes más importantes. Así, durante el mes de diciembre, fueron escoltados sin incidentes, a través del canal de Sicilia, 55 barcos.

Pero en este momento se dio uno de aquellos imprevisibles y fatales giros de fortuna propios de la guerra: la súbita aparición en el Mediterráneo de potentes fuerzas aéreas y terrestres alemanas. Era el primer indicio de la insatisfacción de Hitler por la actuación italiana en la guerra contra Grecia y en África del Norte. El 8 de enero ya se encontraban en los aeropuertos sicilianos 96 bombarderos y 25 cazas bimotores del X *Fliegerkorps*, una unidad elegida de la *Luftwaffe*, que constaba de 120 bombarderos, 150 bombarderos en picado, 40 cazas y 20 aviones de reconocimiento, y que había desempeñado un papel muy importante en las operaciones en el mar durante la campaña de Noruega.

En el nuevo teatro de operaciones se dio prioridad a la neutralización de Malta como base aeronaval británica, a fin de proteger los convoyes que se dirigían a Libia. Las otras misiones del X *Fliegerkorps* consistían en impedir los abastecimientos británicos a Egipto y en apoyar las fuerzas del Eje en el Norte de África.

Puesto que los italianos tenían ya en Sicilia unos 45 bombarderos y 75 cazas, y muchos aviones más en Cerdeña, era evidente que los barcos de guerra y mercantes británicos que atravesaran el Mediterráneo central chocarían con una dura oposición. En efecto, si exceptuamos los pocos aparatos que tenían su base en los portaaviones ocasionalmente disponibles, los únicos cazas para la defensa aérea con bases terrestres eran los ya citados quince *Hurricane* de la RAF, en Malta, y otros dieciocho que habían llegado durante la posterior fase de la «operación convoyes».

La amplia operación convoy, llamada «Excess», empleó todas las fuerzas navales disponibles entre los dos extremos del Mediterráneo y consiguió disminuir un poco la presión ejercida sobre la isla. El 8 de enero de 1941 Malta recibió de Alejandría el refuerzo de 500 hombres del Ejército y la Aviación, que llegaron a bordo de los cruceros *Gloucester* y *Southampton;* al mismo tiempo, uno de los barcos mercantes de la Operación «Excess», el *Essex*, desembarcó 4000 toneladas de municiones, 3000 toneladas de patatas y una carga en cubierta de quince *Hurricane*.

La noche del 12 de enero varios *Wellington*, que salieron de Malta, atacaron el aeropuerto de Catania, uno de los que usaba el X *Fliegerkorps*. Mientras tanto, había llegado al puerto de La Valletta una unidad que podía constituir para la *Luftwaffe* un excelente blanco: el portaaviones *Illustrious*, gravemente dañado por bombarderos en picado alemanes y que el 10 de enero se refugió en el puerto de la isla para las reparaciones necesarias.

A los pocos días fue localizado. Entonces, unos 80 *Stuka*, con base en Sicilia, atacaron el puerto en oleadas sucesivas, teniendo como objetivo el *Illustrious* y el arsenal. A pesar de la audacia de los atacantes, que volaban a baja altura, el portaaviones fue alcanzado una sola vez, pero las instalaciones portuarias resultaron muy dañadas.

Las tres superpobladas localidades de Senglea, Victoriosa y Cospicua, cuyos habitantes se habían habituado un poco a la relativa ineficacia de las incursiones italianas, pagaron ahora caro su optimismo. En efecto, casi cien personas, entre hombres, mujeres y niños, resultaron muertas durante esta incursión alemana, la primera de una serie que los habitantes de la isla todavía recuerdan como el «*Blitz* del *Illustrious*».

El 17 de enero los alemanes se limitaron a una actividad de reconocimiento. El 18 dirigieron sus ataques principalmente sobre los aeropuertos de Luqa y Hal Far, destruyendo seis aparatos que estaban en tierra y dañando otros muchos. El ataque más duro de la serie se produjo al día siguiente, cuando los *Stuka* se lanzaron de nuevo contra el *Illustrious*, que fue alcanzado una vez más. Afortunadamente, la población civil se dio cuenta de que era necesario entrar en los refugios, y las víctimas fueron escasas.

Las reparaciones del portaaviones continuaron rápida y diligentemente a fin de alejarlo de la isla lo antes posible, y, en efecto, la noche del 23 estuvo dispuesto para zarpar rumbo a Alejandría.

Los daños ocasionados por la aviación enemiga a los navíos que participaron en la Operación «Excess» convencieron al almirante Cunningham de que era necesario suspender el tránsito por el Mediterráneo mientras los cazas no pudieran ofrecer el mínimo de protección, en la que él siempre había insistido. A no ser que la defensa aérea de Malta aumentase lo suficiente, la isla estaba expuesta a ser atacada por la *Luftwaffe*, con bombarderos horizontales y en picado que, con bombas más pesadas y puntería de mayor precisión, eran mucho más peligrosos que los italianos. Los ataques nocturnos y diurnos del X *Fliegerkorps* –que continuaron durante todo febrero y marzo con intervalos de pocos días– se dirigían principalmente contra las instalaciones portuarias, contra las cercanas localidades de La Valletta y Senglea y contra los tres aeropuertos, en los que ocasionaron grandes daños a los aviones que estaban en tierra. Las incursiones consistían habitualmente en ataques en picado de *Ju-87*, combinados con ataques a baja cota de cazas bimotores *Me-110*, mientras que los bombarderos *Ju-88* y *He-111*, escoltados por los cazas, dejaban caer bombas desde unos 2000 metros de altura. El peso de las bombas variaba de 50 a 500 kg, e incluso llegaba a los 1000.

El 21 de enero de 1941, los jefes de Estado Mayor británicos ordenaron al comandante en jefe de la Aviación en el Mediterráneo que dotase a Malta de las fuerzas aéreas necesarias para su defensa, y que aprovechara cualquier ocasión que se presentase para utilizar la isla como base de ataque.

En efecto, los *Wellington* de la RAF, siempre que les era posible, bombardeaban los aeropuertos de la isla de Sicilia, mientras que los *Swordfish* de la Aviación naval atacaban los barcos italianos de transporte.

El 20 de enero, los jefes de Estado Mayor advirtieron que la presencia de la *Luftwaffe* en Sicilia había impedido la realización del plan del almirante sir Roger Keyes de ocupar, mediante una acción de comandos, la pequeña isla de Pantelaria. El islote, situado en medio del canal de Sicilia y a unas 120 millas al oeste de Malta, era utilizado por los italianos como base de aviones y torpederos. Churchill había acogido el plan como «un confortable ejemplo de espíritu guerrero» y consideraba que la isla podría constituir, en manos de los ingleses, un punto de apoyo para los refuerzos aéreos y una base secundaria para los cazas. Pero en realidad los jefes de Estado Mayor no participaban de su entusiasmo y el almirante Cunningham tampoco. Por consiguiente, Malta siguió siendo la única fortaleza de Inglaterra en el Mediterráneo central hasta junio de 1943 cuando, antes del desembarco en Sicilia, se ocupó Pantelaria.

La conquista inglesa de la Cirenaica y el avance del 8 de febrero hasta El-Agheila determinaron una pequeña reducción en las fuerzas de la *Luftwaffe* en Sicilia, que se enviaron en ayuda de las del Norte de África. Pero a fines de mes, las incursiones sobre Malta volvieron a ser casi diarias, siendo atacados los aeropuertos con potentes bombardeos en picado. Marzo comenzó mal, con un ataque de cien aviones sobre Hal Far, que ocasionó graves daños a los aparatos y a los edificios del aeropuerto. Los pocos *Wellington* que quedaban tuvieron que ser enviados a bases más seguras.

Mientras tanto, los habitantes de la isla pasaban serias dificultades porque escaseaban cada vez más las provisiones de productos de primera necesidad. Ningún abastecimiento llegó a Malta hasta el 23 de marzo, cuando un pequeño convoy arribó desde Alejandría protegido por la Escuadra. Mientras estaban todavía en el puerto, dos de los barcos del convoy fueron gravemente dañados por la Aviación enemiga: 30 aparatos *Ju-87*, escoltados por 20 *Me-109*, los atacaron con decisión. Pero los 14 *Hurricane* que despegaron contra ellos destruyeron siete bombarderos en picado y las baterías antiaéreas abatieron otros cuatro.

Para concluir, se puede afirmar que en los primeros tiempos de la guerra, esto es, hasta fines de marzo de 1941 –cuando Malta se encontró en primera línea en la batalla del Mediterráneo–, la isla se había defendido encarnizadamente contra fuerzas muy superiores a las suyas, y había aprovechado también sus escasas reservas ofensivas cuando le fue posible. Es prácticamente cierto que en los primeros meses, cuando la guarnición y las defensas terrestres eran insuficientes, un enemigo más decidido y con más iniciativa habría podido conquistar la isla, con gravísimas consecuencias para todo el desarrollo del conflicto.

Pero los italianos dejaron escapar esta oportunidad, y Malta consiguió sobrevivir y tener una parte muy importante en la victoria final.

LA GUERRA EN EL MAR

Al estallar la guerra, la Marina alemana se hallaba todavía en fase de desarrollo, pero no escasa de preparación. En este artículo se describen los principales aspectos de la guerra en el mar, y las armas y tácticas estudiadas para asegurar a los Aliados las vías de comunicación indispensables para su supervivencia.

Peter Kemp, capitán de corbeta



(History of the Second World War)

La *Royal Navy* empezó a preparar sus planes de guerra en 1936, cuando con la ocupación de Renania, Alemania dio a entender que había escogido el camino de la fuerza. Desde entonces, los jefes de Estado Mayor británicos comprendieron que la guerra estallaría, y en un memorándum dirigido al Gabinete declararon que, a su parecer, esto ocurriría a fines de 1939.

En 1939, el plan de guerra naval, basado en la hipótesis de que la lucha se desarrollaría contra Alemania desde el principio y contra Italia después, se dividía únicamente en tres partes principales. La primera trataba de la defensa del tráfico mercante en las aguas territoriales y en el Atlántico, elemento esencial para cualquier tipo de estrategia, ya que los aprovisionamientos son de vital importancia para la guerra. La segunda era la defensa de las rutas en el Mediterráneo y en el océano Índico. Era evidente que si Italia llegaba a convertirse en enemigo, su posición estratégica en el Mediterráneo obligaría a todo el tráfico marítimo a seguir una ruta mucho más dilatada, a lo largo del cabo de Buena Esperanza; aunque se confiaba en superar esta dificultad manteniendo una potente flota en el Mediterráneo. La tercera parte consistía en la imposición de un bloqueo a Alemania y a Italia, y, en consecuencia, después de la declaración de guerra, se publicó una lista de las mercancías consideradas como contrabando, aunque fueran transportadas por buques neutrales.

De acuerdo con este plan, la mayor parte de la *Home Fleet* se concentró en Escocia. En el extremo Norte vigilaban los cruceros de la «Patrulla septentrional», dispuestos a interceptar cualquier buque enemigo o neutral en aguas territoriales o fuera de ellas. Desde Shetland hasta la costa de Noruega, se extendía una línea de vigilancia constituida en parte por fuerzas aéreas y, en parte, por submarinos. La *Home Fleet*, a excepción de algunas unidades, se encontraba en Scapa Flow y estaba capacitada para hacer frente a cualquier amenaza en superficie que pudiera presentar el enemigo. El portaaviones *Furious* se hallaba fondeado en Rosyth, junto con los destructores de escolta, mientras que las flotillas de submarinos tenían sus bases en Dundee y en Blyth, dispuestas a llevar la guerra a aguas alemanas. Una división de cruceros y una flotilla de destructores estaban en el río Humber, y más al Sur, una flota de acorazados, portaaviones, cruceros y destructores tenía su base en Portland, para vigilar la entrada meridional del Atlántico.

Además de la *Home Fleet*, las cuatro comandancias metropolitanas –Plymouth, Portsmouth, el Nore (en la desembocadura del Támesis) y Rosyth– contaban con escuadrillas de destructores, buques antisubmarinos y dragaminas para misiones de escolta y de defensa local, que dependían de los comandantes locales. Según la teoría dominante en 1939, la disposición citada constituía una red bastante extensa y potente para interceptar todo buque enemigo que intentase forzar el paso en cualquier sentido.

Se había acordado también que la Marina francesa vigilaría la zona occidental del Mediterráneo, mientras que la *Mediterranean Fleet* tendría su base en Alejandría, para operar en la zona oriental y poder así dominarla. Para completar el bloqueo, el plan requería la presencia de fuerzas navales en el estrecho de Gibraltar y en el mar Rojo, donde se habían creado puestos de bloqueo para el control de todos los buques mercantes que entraban en el Mediterráneo.

Los planes de guerra alemanes

Los planes de guerra alemanes estaban condicionados, naturalmente, por una Marina no preparada para la lucha. En efecto, después de su subida al poder, Hitler dijo al almirante Raeder que no desencadenaría una guerra mundial hasta el año 1944, y de acuerdo con tal afirmación, Raeder estudió la preparación de las Fuerzas Navales alemanas. Por ello, cuando en 1939 estalló la guerra, muchos de los barcos que Raeder confiaba tener dispuestos estaban todavía en preparación o en proyecto. No obstante, Alemania poseía una Marina eficaz. Los tres «acorazados de bolsillo», nominalmente de 10.000 toneladas, de acuerdo con los límites establecidos por el Tratado de paz, pero secretamente construidos con un desplazamiento de 13.000, estaban dispuestos para combatir.

Los cruceros de batalla *Scharnhorst* y *Gneisenau*, que también superaban en 6000 toneladas los límites establecidos, eran unos adversarios formidables, y los grandes cruceros pesados tipo *Hipper*, estaban a punto de entrar en servicio. Asimismo lo estaban 56 submarinos, de los cuales no quedaban más que diez en preparación. Además, todas las tripulaciones habían sido muy bien preparadas.



Un «E-Boot» mimetizado, fondeado en un puerto francés. Después de la caída de Francia, la Marina alemana empezó a utilizar las bases de la costa atlántica, desde donde podía interceptar más fácilmente los convoyes ingleses. *(Archivo Rizzoli)*

En las instrucciones militares alemanas figuraba una frase muy significativa: «No se renunciará a ciertos métodos de lucha sólo porque algunos reglamentos internacionales los prohíban». Era el presagio de la guerra submarina y de corso, que los ingleses creían ya desaparecida como instrumento de guerra naval.

La Marina alemana se dispuso a la lucha oportunamente. El 21 de agosto de 1939, el «acorazado de bolsillo» *Graf Spee* atravesó de noche el mar del Norte y se adentró en el Atlántico sin ser advertido. Tres días después, el *Deutschland*, un buque del mismo tipo, repitió la maniobra sin ser tampoco descubierto. Los buques de apoyo *Altmark* y *Westerwald* se reunieron con ellos en el Atlántico después de seguir el mismo camino y con idéntica fortuna. Entre el 19 y el 29 de agosto, diecisiete *U-Boot* de tipo oceánico fueron enviados a zonas de vigilancia en el Atlántico, y otros siete, más pequeños, de tipo costero, se destinaron a la colocación de minas al largo de los puertos del canal de la Mancha. Otros seis se emplearon en misiones de reconocimiento de la zona central del mar del Norte.

La primera misión de la *Royal Navy* era formar un anillo alrededor del enemigo, privándole de los abastecimientos que solamente podía recibir por mar. Este anillo se extendía desde el sur de Noruega, a través del mar del Norte, hasta el Mediterráneo.

Sin embargo, era fuera del anillo donde se acumulaban los problemas. Pocas horas después de la declaración de guerra, el hundimiento del trasatlántico *Athenia* por un submarino alemán fue un aviso de que se iniciaba una guerra submarina sin limitaciones. En consecuencia, se adoptó precipitadamente el sistema de navegación en convoyes escoltados.

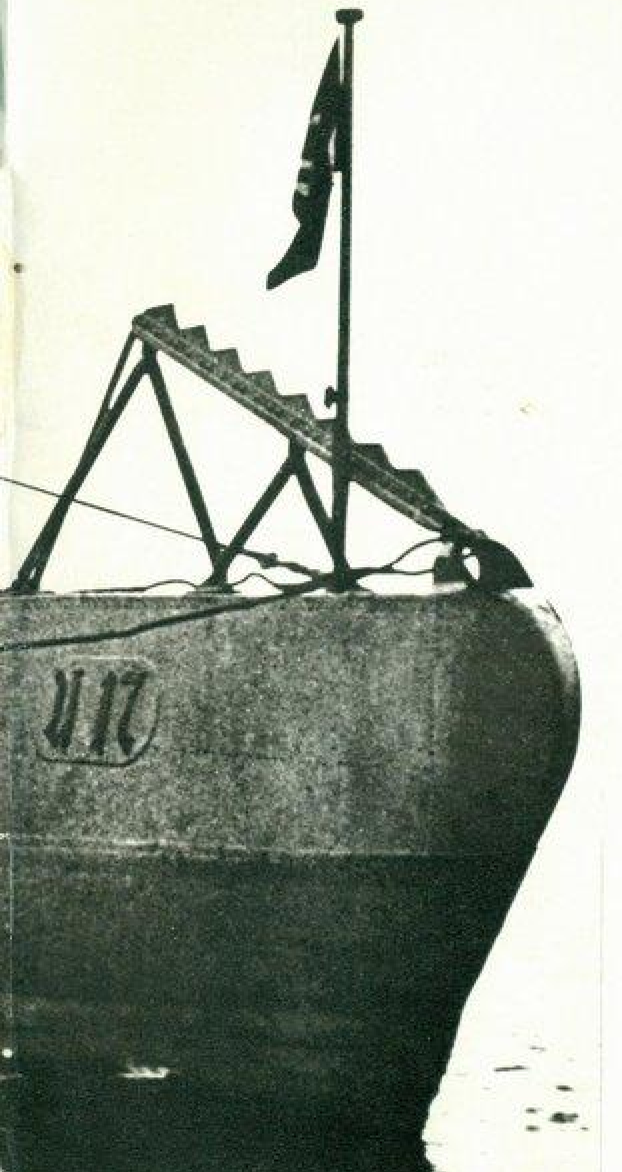
Falta de escoltas

Fue entonces cuando la *Royal Navy* empezó a sufrir las consecuencias de su retraso en el programa de reconstrucción naval acordado antes de la guerra. Los destructores y otros navíos de escolta de los convoyes carecían de la necesaria autonomía para realizar íntegramente esta misión en el Atlántico, y mientras no se dispuso de los nuevos buques, fue necesario establecer un límite de navegación en convoy de casi 300 millas hacia el Oeste. A partir de esta distancia los buques se dispersaban y proseguían su ruta aisladamente. Al regresar, los convoyes eran escoltados a través del Atlántico por un buque anticorsario, generalmente un buque mercante armado, y al llegar al límite de convoy eran confiados a las fuerzas de escolta, que los acompañaban hasta los puertos británicos. Después, cuando las nuevas unidades estuvieron disponibles, este límite de navegación fue trasladado al centro del Atlántico, pero lo cierto es que hasta mediados de 1941 la *Royal Navy* no pudo proporcionar una escolta antisubmarina a través del océano.

Pero, no obstante todas estas deficiencias, las pérdidas fueron menos graves de lo que pudieron haber sido.

A fines de 1939, los *U-Boot* habían hundido 114 buques, con un total de 421.156 toneladas, pero nueve *U-Boot* fueron destruidos. El balance no podía considerarse en modo alguno demasiado desfavorable teniendo en cuenta la escasez de fuerzas de escolta.

Mientras tanto, un intento de ofensiva contra los submarinos alemanes tuvo un resultado negativo. Se constituyeron dos Agrupaciones navales, compuestas, cada una de ellas, por un portaaviones y cuatro destructores, con la misión de operar contra los *U-Boot* en la zona marítima occidental. El 14 de septiembre, el *Ark Royal* escapó milagrosamente de ser torpedeado por el *U-39*; los destructores de la escolta contraatacaron y hundieron el submarino; pero tres días más tarde, la segunda Agrupación fue atacada y el *U-29* torpedeó al portaaviones *Courageous*, que se hundió junto con los 519 hombres de la tripulación. El submarino salió indemne.



«U-Boot» amarrados. Los submarinos alemanes se agrupaban a menudo en formaciones llamadas «manadas de lobos». Una vez descubierto el objetivo, el submarino guía los dirigía para el ataque mediante señales radiadas. *(Foto G M)*

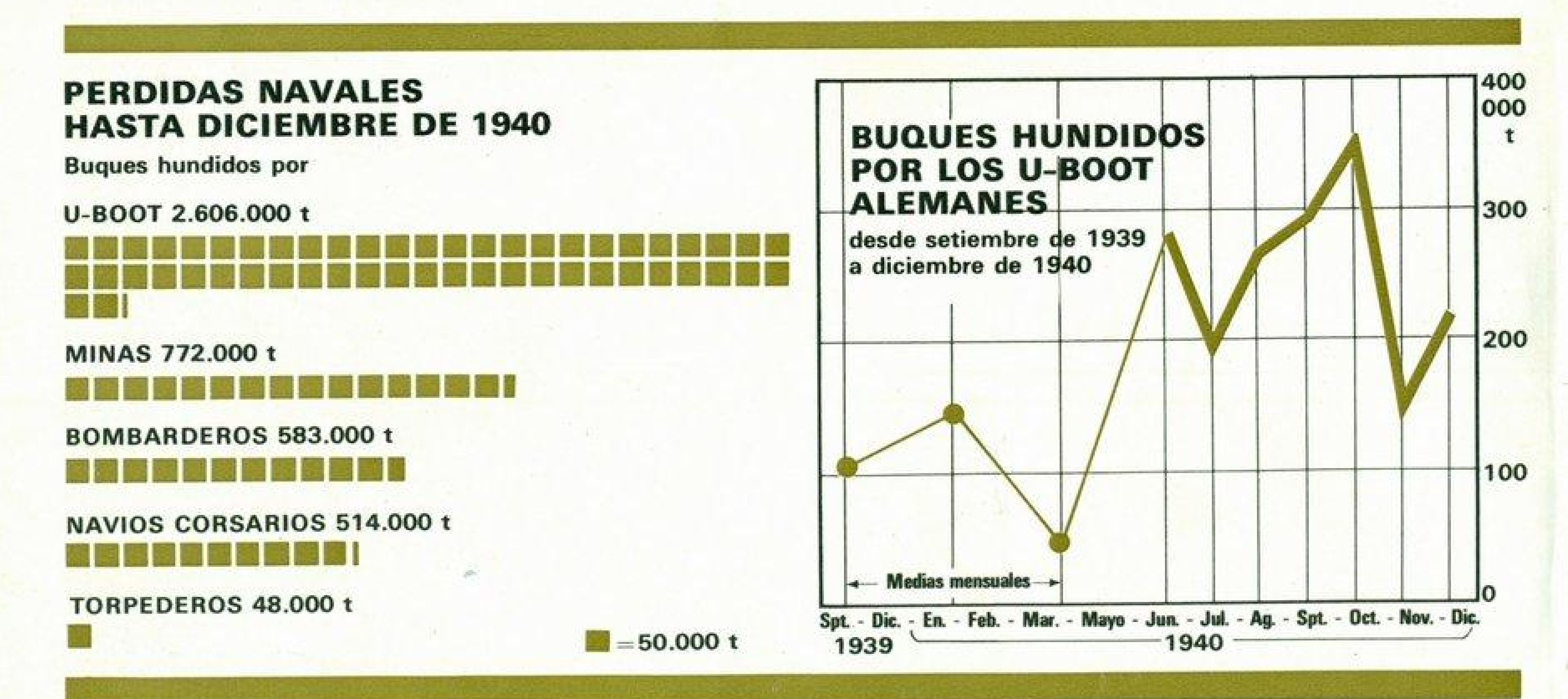
Pero el Almirantazgo seguía desarrollando su acción contra los *U-Boot*. Antes de la guerra se había creado un centro informativo cuya misión era recoger noticias relativas a operaciones militares, estudiarlas y comunicarlas a la Marina. También se creó una sala de operaciones, llamada *tracking room*, que recogía todas las informaciones relativas a los *U-Boot*: informes de agentes enemigos que comunicaban noticias detalladas de llegadas y salidas, localizaciones de *U-Boot* por parte de buques o aviones, ataques efectuados y, sobre todo, interceptaciones de mensajes radiados por los submarinos en navegación. La *tracking room* se comunicaba por teletipo con las estaciones de radio de todo el país, y algunos minutos después de que el *U-Boot* empezara a usar la radio llegaban los datos referentes al acimut radiogoniométrico de su posición. La intersección de dos o más acimutes trazados sobre la carta daba la posición exacta del submarino.

Junto a la *tracking room* existía un complejo llamado *trade plot*, capaz de dar la posición, rumbo y velocidad de cada convoy o buque aislado en alta mar.

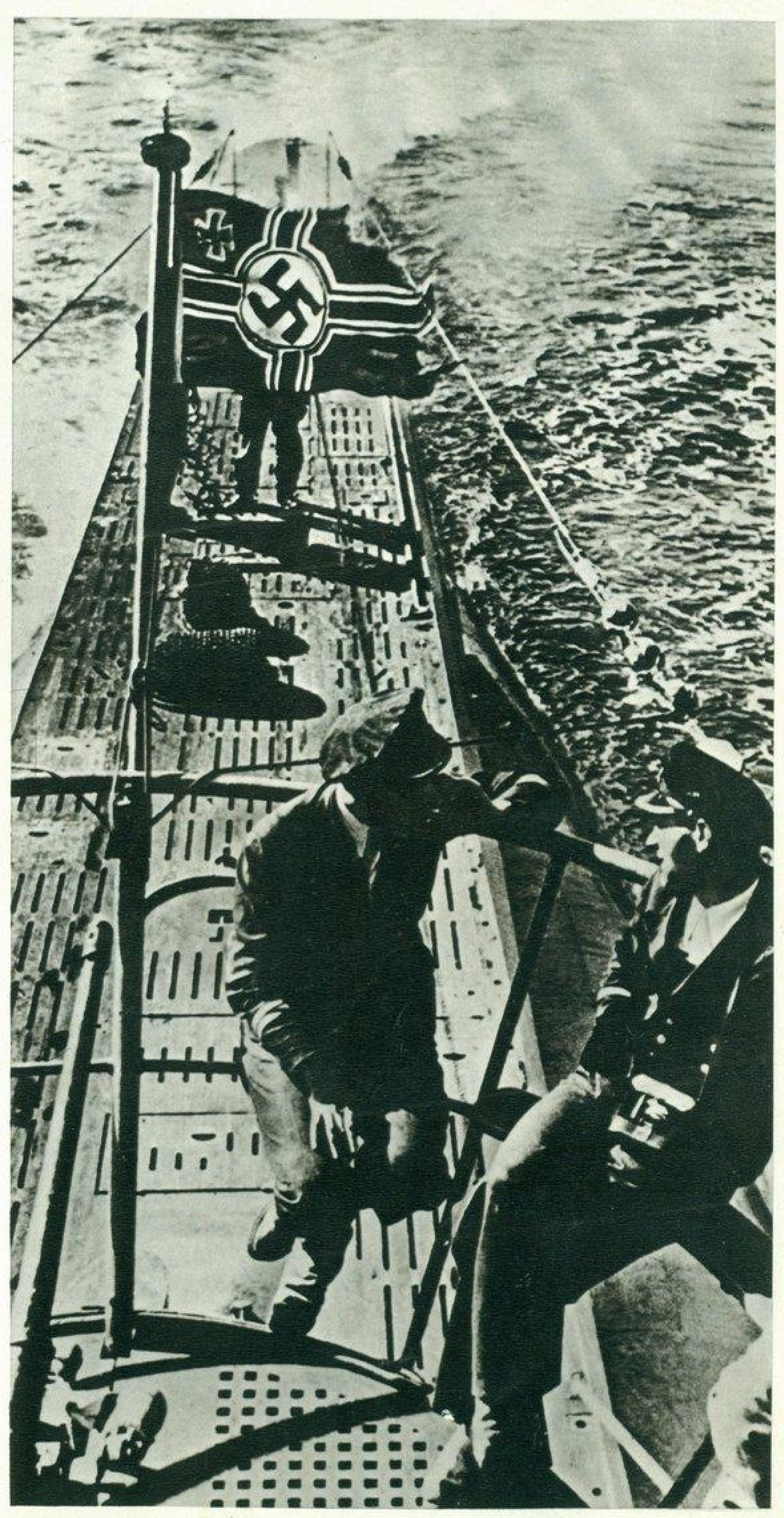
Guerra de minas

Sin embargo, los submarinos no eran el único peligro para los buques mercantes. Desde las primeras semanas de guerra, algunos barcos fueron hundidos o destruidos por unas minas de nuevo tipo, identificadas posteriormente como «minas magnéticas», contra las cuales los ingleses no podían defenderse por carecer de dragaminas aptos para neutralizarlas. A fines de noviembre, las minas magnéticas habían costado a los ingleses 46 buques, con un total de 180.000 toneladas; además, el hundimiento de un destructor y grandes daños en varias unidades de guerra. Pero el 23 de noviembre, sin querer, un avión alemán dio la clave para la solución del problema: arrojó una de estas minas en las aguas pantanosas de Shoeburyness y entonces, con grave riesgo personal, el teniente coronel J. G. D. Ouvry la desmontó para conocer las particularidades de su construcción.

Otra causa de pérdida de buques, pero más difícil de contener y dominar, era la acción de los corsarios de superficie. El Almirantazgo reaccionó con grupos de vigilancia que debían actuar en el océano Atlántico y en el Índico. Además, se en-



Izquierda: un «U-Boot» emergiendo. En 1940 Alemania, decidida a cortar las vías de abastecimiento de Gran Bretaña, dio un gran impulso al programa de construcción de «U-Boot», y este tipo de unidad acabó por convertirse en una amenaza cada vez más terrible para la navegación mercante enemiga. Derecha: en el horizonte no se divisa ningún buque, y algunos miembros de la tripulación de un «U-Boot» disfrutan de un breve descanso al sol en la torreta del submarino. *(Archivo Rizzoli)-(History of the Second World War)*



viaron buques de guerra a Halifax (Nueva Escocia), a través del Atlántico, y cruceros de escolta para los convoyes que se dirigían a Inglaterra.

Después de las acciones del *Graf Spee* y del *Deutschland*, siguió, en noviembre, una empresa más ambiciosa por parte del almirante Raeder, que envió al Atlántico septentrional a los cruceros de batalla *Scharnhorst* y *Gneisenau* con el fin de atacar las líneas de vigilancia. Esto serviría como ejercicio a las dos grandes unidades antes de lanzarlas a las principales rutas de tráfico. Zarparon de Alemania el 21 de noviembre, pero la tarde del 23, precisamente cuando salían al Atlántico, entre las islas Feroe e Islandia, fueron descubiertos y tuvieron que entablar combate con el buque mercante armado *Rawalpindi*. Como es lógico, éste no podía competir con un crucero de batalla y fue hundido rápidamente por el *Scharnhorst*, pero antes pudo enviar un mensaje radiado.

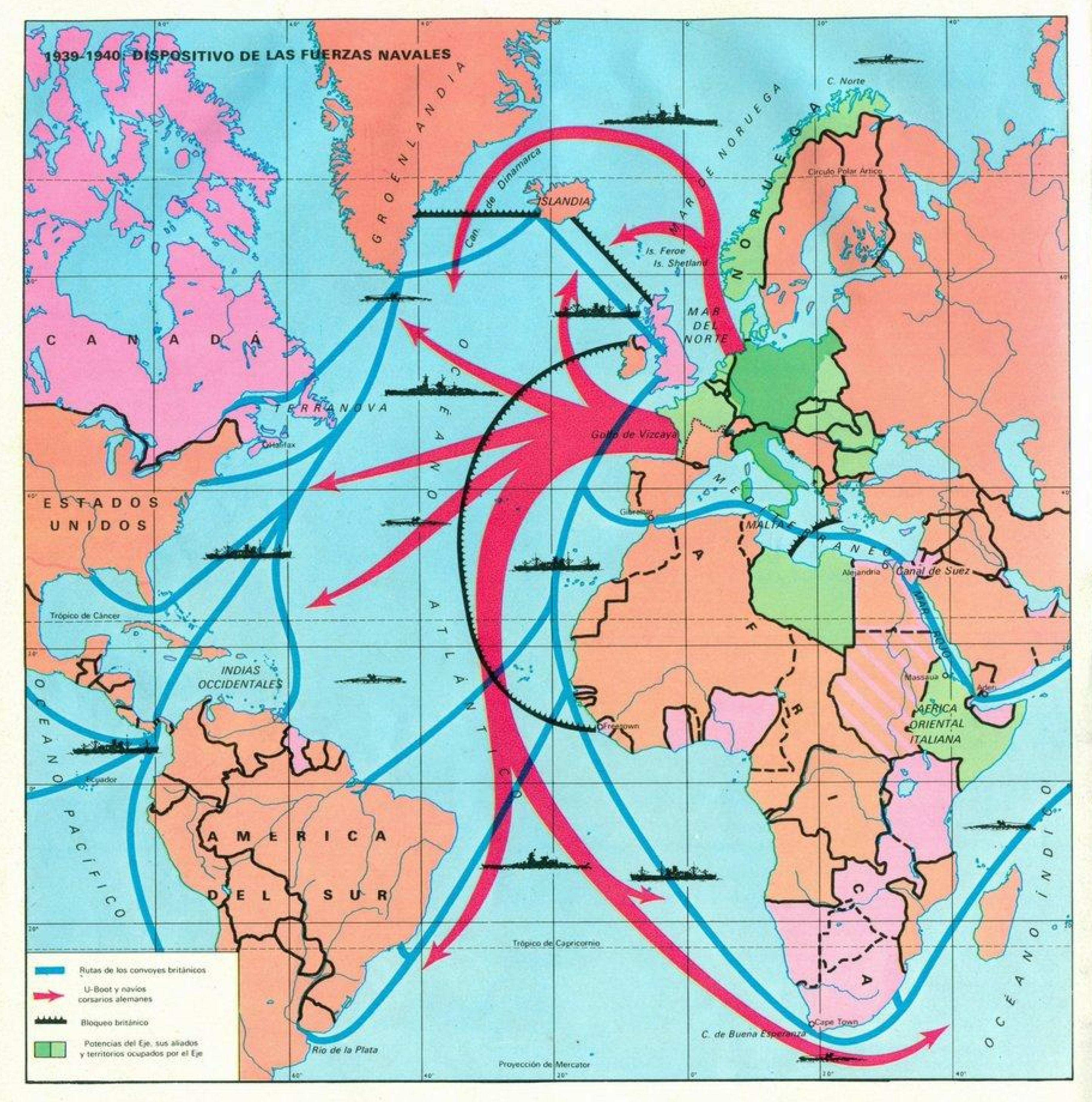
El comandante en jefe, almirante Forbes, zarpó inmediatamente de Scapa Flow con la *Home Fleet*, se dirigió al punto del hundimiento y avistó a los dos cruceros, pero los perdió de vista a causa de un violento temporal. El almirante Marshall, comandante de la división alemana, evitó el combate, abandonando a gran velocidad la operación y regresando a Alemania.

Sorpresa en Scapa Flow

Uno de los golpes más graves que en aquel tiempo recibió la *Royal Navy* fue el que le asestó, a primeras horas de la mañana del día 14 de octubre, el submarino *U-47*, cuando, bajo el mando del teniente de navío Prien, forzó el dificilísimo acceso a Scapa Flow, torpedeando y hundiendo al acorazado *Royal Oak*. La pérdida de este buque era insignificante teniendo en cuenta la gran superioridad de la potencia naval inglesa sobre la alemana, pero lo que preocupaba era comprobar que la más importante de las bases navales inglesas era vulnerable a los ataques de los submarinos.

Un estudio efectuado a fines de 1939 confirmó las previsiones de la *Royal Navy*. Antes de estallar la guerra, el Almirantazgo británico se preguntaba si sería posible contener la amenaza al tráfico británico por parte de los buques corsarios de superficie; además, sentía un justificado temor ante la presencia de los tres «acorazados de bolsillo». Sin embargo, el resumen era favorable, incluso respecto a estos tres buques, pues hasta el momento sólo habían hundido 15 unidades (entre británicas, aliadas y neutrales), mientras que los ingleses habían logrado eliminar a uno de estos acorazados alemanes en Montevideo. El tributo pagado a los *U-Boot* tampoco era excesivo: 114 buques hundidos, con un total de 421.000 toneladas, contra la pérdida de nueve *U-Boot*. Los daños ocasionados por minas fueron graves (79 buques y 262.000 toneladas), pero con el descubrimiento del sistema de desactivación de la mina magnética alemana se creía haber resuelto el problema. En el pasivo se podía incluir la pérdida del *Royal Oak* y del *Courageous*, además de un buque mercante armado, tres destructores y un submarino. En conjunto, había motivos para sentir cierta esperanza.

Sin embargo, con vistas al futuro, eran muchas las cosas que preocupaban al Almirantazgo inglés. Antes de la guerra se creía –y aun después, ya que no se había demostrado lo contrario– que el ecogoniómetro detector de sumergibles, del que estaban provistos todos los barcos antisubmarinos,



era una garantía suficiente, sobre todo porque se empleaba junto con la moderna bomba antisubmarina cuya profundidad de explosión podía regularse a voluntad.

Pero el Almirantazgo tenía ya la confirmación del extenso programa alemán de construcciones de *U-Boot* y pensaba que llegaría el momento –al cabo de unos dos años aproximadamente– en que la defensa correría el peligro de ser aplastada, aunque no fuera más que por la superioridad numérica.

Había otro aspecto de la guerra submarina que también causaba inquietud: la falta de barcos de escolta con autonomía suficiente para navegar con los convoyes de mercantes durante todo el viaje.

Las «manadas de lobos»

La situación era precaria, pero aún iba a empeorar. En el transcurso de los últimos meses de 1939, el enemigo había intentado, aunque con escaso éxito, atacar los convoyes con grupos de submarinos en vez de emplear uno solo. Apenas se descubría un convoy, se informaba al mando de los *U-Boot*, que enviaba los submarinos que estuvieran más cerca para desencadenar el ataque. Mediante este sistema resultó bastante fácil desarrollar un método eficaz, de acuerdo con el cual los *U-Boot* se reunían en formaciones, llamadas «manadas de lobos», y una vez determinada con cierta seguridad la ruta de un convoy, el centro de operaciones del mando ordenaba a la «manada» más próxima que se acercara. Cuando se divisaba el convoy, el submarino de turno dirigía a los demás hacia la presa por medio de señales direccionales radiadas y sólo atacaba cuando todas las unidades habían llegado.

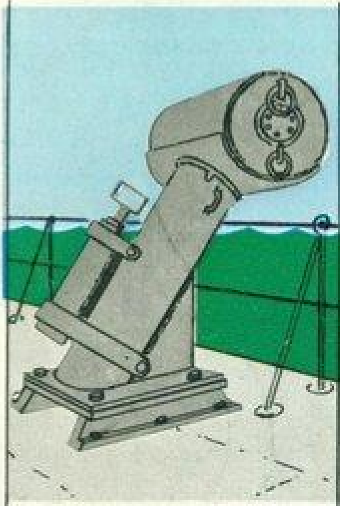
A esta táctica se añadió más tarde el ataque nocturno en superficie. Cuando un submarino navega emergido sólo se consigue entrever del mismo una borrosa silueta, y es difícilmente visible aun en las mejores condiciones atmosféricas. Navegando en superficie los submarinos usaban los motores diésel, por lo que eran mucho más rápidos que cuando estaban sumergidos; es más, su velocidad en superficie superaba la de la mayor parte de los buques de escolta británicos.

Todo ello disipó instantáneamente el optimismo con el que, antes de la guerra, el Almirantazgo

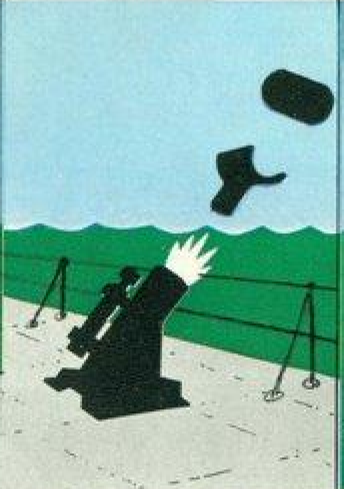


Un Focke-Wulf 200 «Condor», cuatrimotor de gran autonomía, usado por la «Luftwaffe» para explorar el Atlántico en busca de convoyes británicos y comunicar su posición a los submarinos.

Carga de profundidad y mina magnética



Carga de profundidad montada sobre un lanzador y dispuesta para ser disparada con un arco amplio, desde el costado del buque, a babor y a estribor.



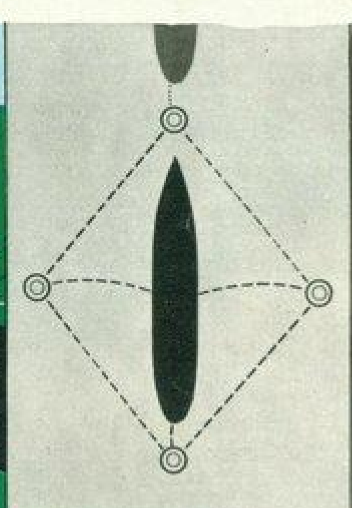
La carga de proyección despide la carga de profundidad desde el barco. El elemento intermedio destinado a sostener la carga durante el lanzamiento, se separa en el momento del disparo y cae.



Una carga de profundidad es arrojada al mar desde la popa, donde ya otra bomba está dispuesta para repetir la operación.



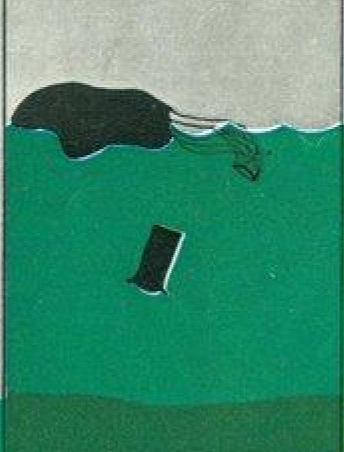
Las explosiones submarinas tienen efectos muy importantes a causa de la concentración de las cargas. Una explosión aun sin dar de lleno, puede provocar una avería en un submarino.



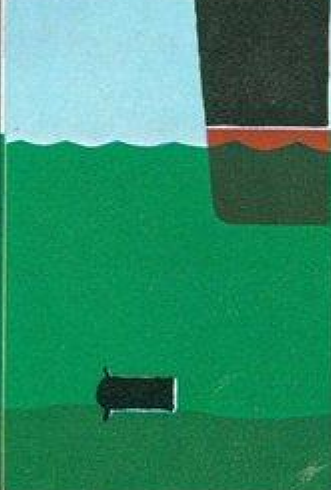
Una unidad de escolta cazasubmarinos podía lanzar cargas de profundidad cerca o lejos, mientras el ecogoniómetro trataba de localizar la posición del "U-Boot".



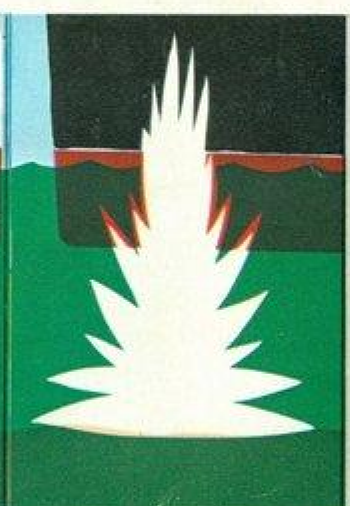
La mina magnética que se lanzaba en paracaídas, tenía una espoleta que funcionaba por contacto: si chocaba con una superficie sólida estallaba inmediatamente.



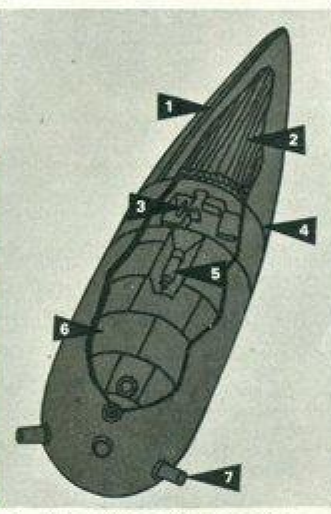
Cuando la mina empezaba a hundirse se separaba el sistema de enganche al paracaídas. Una vez libre, la mina podía posarse en el fondo marino.



Al aproximarse un barco, el débil campo magnético aumentaba hasta hacer detonar la mina al cerrarse el circuito por medio de la aguja magnética.



En aguas poco profundas la explosión se producía directamente bajo el casco del buque, en el que producía una gran vía de agua. Estas minas causaban grandes pérdidas.



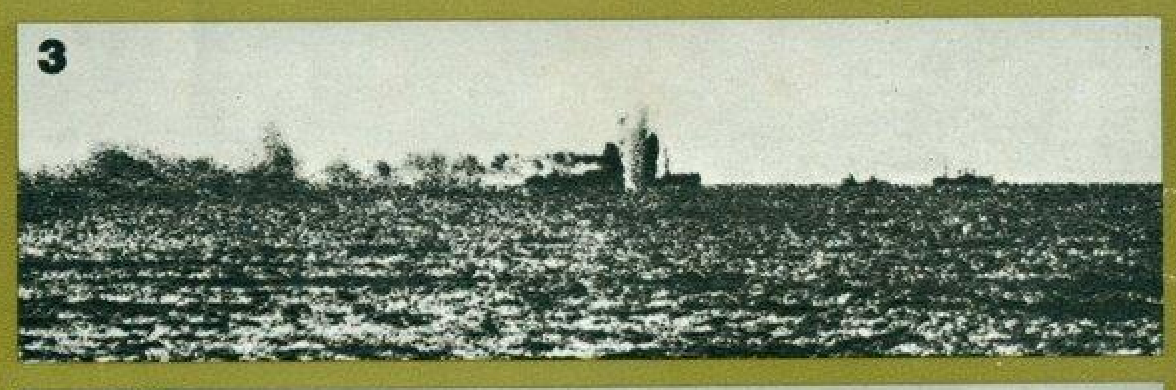
1. Alojamiento del paracaídas. 2. Paracaídas plegado. 3. Aguja magnética. 4. Sistema de unión del paracaídas a la cápsula. 5. Detonador. - 6. Explosivo de gran potencia. - 7 Topes estabilizadores.

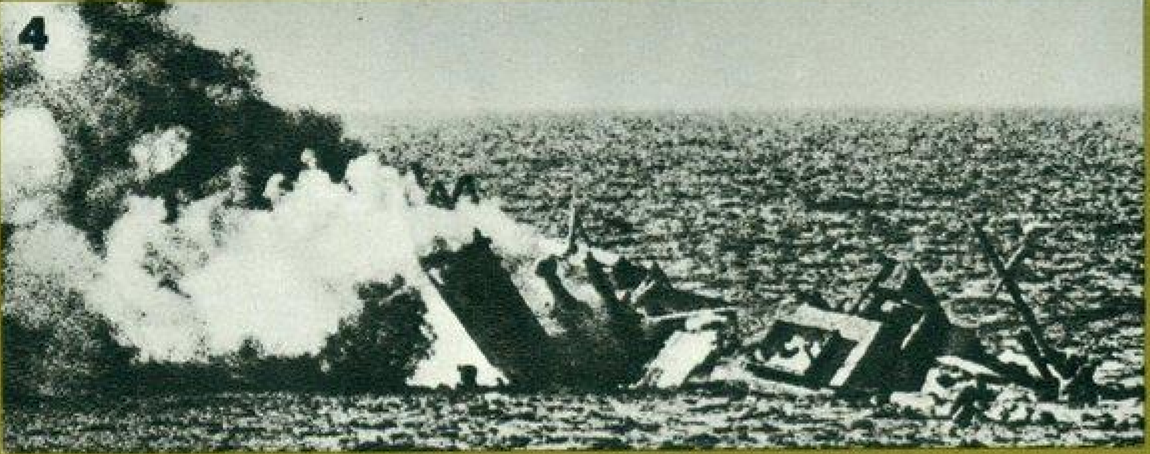


El «Admiral Scheer» en plena acción en el Atlántico

1. 5 de noviembre: el acorazado de bolsillo «Admiral Scheer» abre fuego contra un convoy británico.
2. Algunos hombres de la tripulación observan el mar desde el puente del «Scheer».
3. Una salva de 280 mm de «Scheer» cae cerca del «Jervis Bay», que poco después sería hundido.
4. Otro buque mercante hundido por el «Scheer».
5. La superficie del mar se cubre de los restos de otra víctima del «Scheer».

(History of the Second World War)





británico consideró los ataques enemigos al tráfico marítimo. El ecogoniómetro y la carga antisubmarina eran los sólidos pilares sobre los que descansaba la estrategia de la guerra contra los sumergibles, pero las nuevas tácticas alemanas se revelaban absolutamente superiores desde este punto de vista. Así las cosas, la reacción inmediata y obvia tenía que ser la instalación de aparatos de radar en todos los buques de escolta: el radar, sin duda, indicaría la presencia de un submarino en emersión. Sin embargo, en aquel momento no existían aparatos disponibles y tuvo que pasar otro año antes de que se pudiera contar con el número suficiente para equipar a toda la flota de barcos de escolta.

Mientras tanto, otra labor esperaba a la *Royal Navy*. Casi al mismo tiempo en que se estaba efectuando la evacuación del Cuerpo Expedicionario británico en Dunkerque y en otros puertos del canal de la Mancha, más tropas británicas desembarcaban en Francia para intentar constituir una línea que pudiera contener el avance de las fuerzas alemanas. Pero al empeorar la situación en la costa, disminuyó también esta esperanza, y continuó perdiéndose cuando se puso de manifiesto que el nuevo Gobierno francés era favorable a un armisticio con Alemania.

El día 15 de junio se decidió el regreso a la patria de las tropas británicas que aún quedaban en Francia, las cuales debían reembarcar en los puertos de Cherburgo, Saint-Malo, Brest, Saint-Nazaire y La Pallice. Muchas de esas tropas habían desembarcado hacía apenas unos días. Durante esta breve operación, regresaron a Inglaterra 136.963 soldados británicos y 38.500 aliados, en su mayoría polacos.

La operación terminó con una sola pérdida, pero bastante grave: el trasatlántico *Lancastria*, uno de los buques enviados para el transporte de tropas a Inglaterra desde Saint-Nazaire. Estaba fondeado frente al puerto, y a bordo había ya más de 5300 soldados cuando fue alcanzado por los aviones alemanes. Aunque se hundió inmediatamente, murieron más de 3000 personas, a causa de que el número de hombres embarcados era muy superior a la capacidad de salvavidas disponibles.

Al poseer los puertos y las bases navales noruegas, Alemania dominaba la parte oriental del mar del Norte, hasta el Círculo Polar Ártico, lo que le proporcionó un ancho pasillo a través del cual podían penetrar en el Atlántico sus submarinos, los corsarios mercantes armados y los buques que forzaban el bloqueo. Y aún podían hacerlo mejor desde el golfo de Vizcaya. Esto hizo más difícil la labor del Almirantazgo, ya que un buque consigue escapar fácilmente en la inmensidad del océano.

Una amenaza más grave todavía para el tráfico británico era la ocupación por los alemanes de los aeródromos de Francia occidental, desde los cuales los aviones del tipo *Focke-Wulf Condor*, de gran autonomía, podían explorar el Atlántico en busca de convoyes británicos y dar su posición a los submarinos. Este problema especial se resolvió con una solución de circunstancias. Algunos barcos mercantes fueron equipados con aviones del tipo *Hurricane*, que despegaban con un sistema de catapulta. Uno de estos buques acompañaba a los convoyes más importantes mientras navegaban dentro del radio de acción de los *Condor*, y tan pronto como uno de éstos era descubierto, se lanzaba el *Hurricane* y abatía o rechazaba al intruso. Después amaraba al lado de uno de los mercantes a fin de que el piloto pudiera ser izado a bordo.

Este tipo de buques fue sustituido más tarde por los portaaviones mercantes, sobre los que se construyó una cubierta apta para el aterrizaje: generalmente se aprovechaba para ello un petrolero, idóneo por su longitud. Estos navíos solían transportar hasta seis cazas que, naturalmente, podían regresar una vez cumplida su misión, sin verse obligados al amerizaje. Pero con el tiempo, también estos barcos fueron sustituidos por los portaaviones auxiliares (o «Woolworth») construidos con cascos de buques transformados en auténticos portaaviones.

Estrangulación del tráfico

Mientras la *Royal Air Force* sostenía la guerra en el aire contra los bombarderos y los cazas alemanes, otro enfrentamiento se desarrollaba en las aguas costeras de Gran Bretaña. El plan alemán para vencer a Inglaterra, más que intentar invadirla a través del canal de la Mancha, que hubiera sido el último recurso, consistía en privarla de su tráfico marítimo.

Con el avance de los ejércitos alemanes, las lanchas torpederas, conocidas como *E-Boot*, fueron adelantando sus bases hacia el Oeste, hasta llegar a Cherburgo a fines de junio de 1940. Su objetivo eran los convoyes costeros, y su misión la de colocar campos de minas en la entrada de los puertos británicos. Aun cuando se trataba de ataques relámpago, obligaron a los ingleses a emplear gran cantidad de buques para defenderse, y así transcurrieron varios meses de duras e incesantes escaramuzas antes de conseguir detener al enemigo y reanudar el tráfico costero con relativa seguridad.

Otra misión de la Marina era la defensa contra una posible invasión por mar, tan temida por los ingleses durante el verano y otoño de 1940. Pero esta situación no era nueva, por lo que la *Royal Navy* preparó una defensa ya tradicional, probada y experimentada siglos atrás. Se basaba en la estrecha vigilancia de las fuerzas de invasión, efectuada por unidades menores. Antes, esta misión había sido confiada a las corbetas, a los «cutters» y a los cañoneros, y en 1940 se encargó a los destructores y torpederos. Tras ellos, en los puertos de las costas orientales y occidentales, buques mayores y más poderosos constituían un inmediato refuerzo de la defensa. Más al interior aún se hallaba la salvaguardia final: la inmensa fuerza de la flota de batalla, dispuesta a dirigirse hacia el Sur apenas zarparan las fuerzas de invasión.

En 1940, en la orilla opuesta del canal de la Mancha se encontraba el Ejército alemán, lo mismo que siglos antes estuvieron los ejércitos de Felipe II de España, de Luis XIV de Francia y de Napoleón. También entonces, la Marina inglesa se interponía a sus sueños de conquista. Al pasar los días y las semanas, mientras las barcazas y barcos de transporte de tropas estaban fondeados en los puertos del canal de la Mancha, los lores del Almirantazgo podían repetir las palabras del conde de Saint Vincent, primer lord del Mar 150 años antes: «Tratándose de una cuestión militar, los lores no deberían expresar su parecer acerca de una invasión». Todo lo que podía decirse era que resultaba imposible una invasión «desde el mar».

Todas las grandes batallas en las que hasta entonces había participado la *Royal Navy* –la campaña de Noruega y la evacuación de Dunkerque– habían enseñado algo completamente nuevo. Se sabía, así, que los buques no podían realizar ninguna operación con éxito en aguas dominadas por la aviación enemiga. El bloqueo era todavía la mejor arma naval contra las potencias del Eje –ya que Italia había entrado en la guerra tras la capitulación de Francia–, y para que esta arma resultara eficaz, era necesario extenderlo más allá del radio de acción de los aviones alemanes que utilizaban los aeropuertos recién conquistados en Noruega, Dinamarca, Holanda, Bélgica y Francia. Gran Bretaña, cercada por el Sur y el Este, tenía que defender el Norte y el Oeste si no quería ser vencida. Así, pues, al Norte, el poder marítimo inglés se extendía hasta Islandia y, a través del canal de Dinamarca, hasta Groenlandia. Al Oeste se extendía desde Irlanda del Norte hasta Gibraltar y Freetown, formando un gran arco sobre el Atlántico. Para cerrar el cerco, la *Mediterranean Fleet* vigilaba las aguas orientales del Mediterráneo, desde Malta a las costas occidentales de Grecia.

Las potencias del Eje estaban envueltas por este cerco sutil, por la barrera que forzosamente tenían que atravesar para alcanzar las fuentes de las materias primas en el resto del mundo. Sin embargo, por el momento, el cerco no era tan fuerte como para impedir que los buques corsarios de superficie lo cruzaran sin ser vistos, o para evitar que los submarinos llegaran a los océanos. Pero se podía conseguir, y de hecho se consiguió, limitar casi por completo el tráfico marítimo del Eje, sin el cual ni Alemania ni Italia podían ganar la guerra.

Por lo tanto, esta barrera tenía que ser mantenida a toda costa; no sólo para impedir, como se ha dicho, el tráfico marítimo de Alemania y de Italia, sino, además, para dejar aisladas a ambas naciones y proteger así el lento incremento de la potencia británica y de sus recursos, para el día en que la estrategia nacional pudiera transformarse de defensiva en ofensiva. De que no fuera franqueada dicha barrera dependían las enormes importaciones de petróleo, acero, carros de combate, fusiles, aviones y víveres, sin las cuales Gran

1939

3 de septiembre: el «Athenia» es torpedeado al noroeste de Irlanda.

4 de septiembre: el «Royal Oak» se hunde al ser torpedeado en Scapa Flow por el U-47.

17 de septiembre: El portaaviones «Courageous» es torpedeado y hundido por el U-29.

18 de noviembre: los alemanes lanzan desde el aire un nuevo tipo de minas magnéticas.

23 de noviembre: el mercante artillado «Rawalpindi» es hundido por el «Scharnhorst» y por el «Gneisenau» al sudeste de Islandia.

13 de diciembre: batalla del Río de la Plata.

14 de diciembre: la RAF efectúa incursiones aéreas sobre los buques de guerra en la rada de Schillig, en la entrada del golfo de Jade.

1940

Enero: los ingleses aplican a sus buques el dispositivo de desmagnetización contra las minas.

15 de febrero: Alemania declara que todos los mercantes británicos serán considerados como buques de guerra.

1 de marzo: los alemanes anuncian que los «U-Boot» han hundido 750.000 t de buques ingleses; las unidades de superficie 63.000 t; la «Luftwaffe» 36.000 t, y las minas 281.000 t.

19 de marzo: la RAF bombardea las instalaciones alemanas de Hörnum.

11 de mayo: Churchill autoriza al mando de bombarderos para atacar Alemania.

15 de mayo: incursión aérea de la RAF sobre la cuenca del Ruhr.

18 de junio: la RAF bombardea Hamburgo y Bremen.

24 de agosto: Londres es bombardeada por primera vez.

25 de agosto: primera incursión de la RAF sobre Berlín.

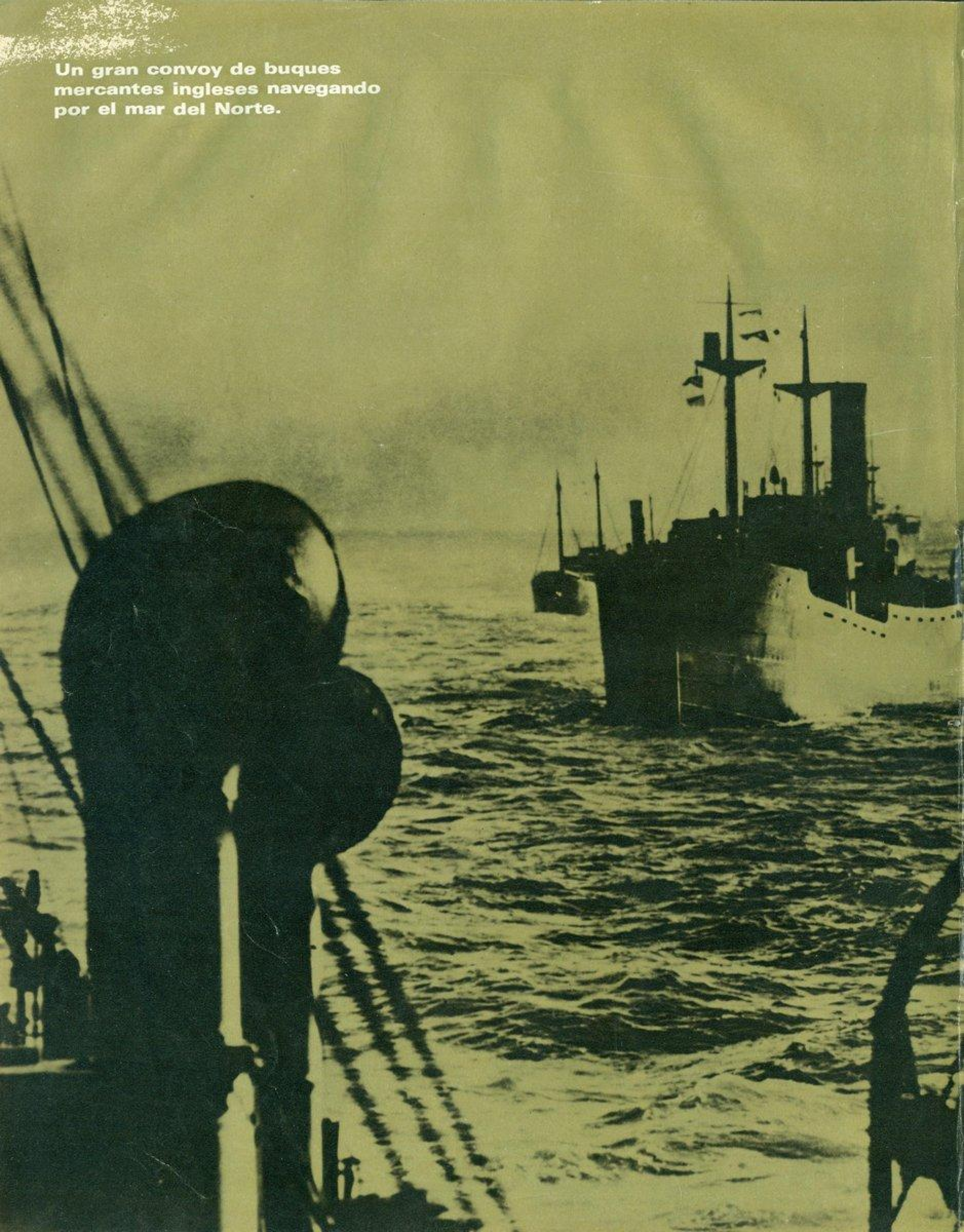
3 de septiembre: se firma el acuerdo angloamericano de «Préstamos y arriendos». Se ceden 50 destructores americanos a Gran Bretaña a cambio de algunas bases inglesas en las Indias Occidentales y en Terranova.

29 de octubre: las pérdidas navales de los Aliados ascienden a 88.000 t semanales.

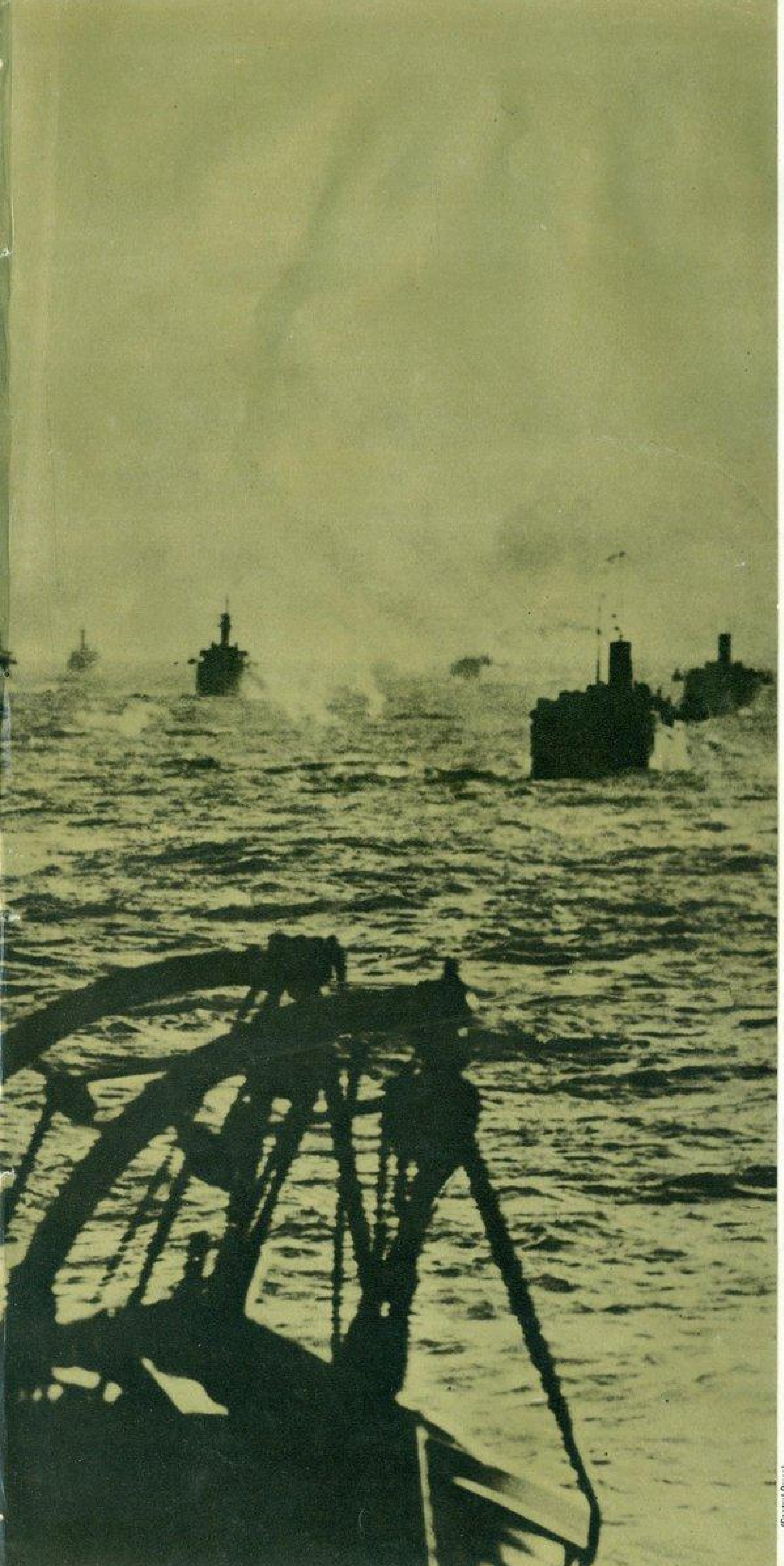
5 de noviembre: el acorazado de bolsillo alemán «Admiral Scheer» ataca a un convoy en el Atlántico y hunde el «Jervis Bay».

7 de noviembre: la RAF efectúa incursiones aéreas sobre las fábricas de municiones Krupp, en Essen.

18-19 diciembre: incursiones aéreas de la RAF sobre Maguncia.



Un gran convoy de buques mercantes ingleses navegando por el mar del Norte.


(Central Press)

Bretaña no podía esperar más que la derrota. Su fuerza tenía que proteger a los hombres que acudirían de las colonias y más tarde de Estados Unidos, para unirse a los ejércitos que un día combatirían de nuevo en Europa.

Durante el verano de 1940, esta tarea parecía verdaderamente enorme y la hizo más difícil aún la pérdida de tantos buques en la campaña de Noruega y el reembarque de Dunkerque, así como la ausencia de los que en aquel momento estaban empeñados en la operación antiinvasión. En 1939 fue posible dotar a cada convoy con un promedio de dos buques escolta, pero en el verano de 1940 este promedio había descendido a 1,8 por convoy. Los submarinos, que empezaban a utilizar las bases francesas y noruegas, se ahorraban casi mil millas de navegación para alcanzar las zonas de ataque, y así podían operar en el Atlántico adentrándose mucho más allá de los límites hasta los que los convoyes podían ser escoltados.

Pero en este ambiente pesimista brillaban dos luces de esperanza. Una de ellas procedía de la ocupación, por parte de los ingleses, de las islas Feroe y de Islandia. Unas y otra formaban parte del territorio exterior de Dinamarca, pero en el momento de la ocupación alemana de este último país, en abril de 1940, fueron enviadas inmediatamente tropas británicas a aquellas islas, para arrebatárselas a Hitler. Dada su posición, Islandia era una base naval muy útil en la ruta de los convoyes, desde la cual se podía operar para prolongar considerablemente el límite de escolta de los barcos que zarpaban de los puertos ingleses y canadienses. Desde luego, no cabía pensar en servirse en seguida de la isla, ya que hacía falta tiempo para montar en ella una base naval, pero daría buenos frutos en el futuro.

La otra esperanza consistía en las negociaciones entre Churchill y Roosevelt, después de las cuales los Estados Unidos cedieron a Gran Bretaña 50 destructores, «que habían superado los límites de edad», a cambio del arriendo de bases navales en Terranova y en las Indias Occidentales.

El regreso de los «U-Boot»

Los seis primeros meses de 1940 habían sido relativamente tranquilos en el frente atlántico de los *U-Boot*. Esto obedecía, en parte, al mal tiempo que hizo en enero, durante el cual los submarinos tuvieron bastantes dificultades, y en parte a la retirada de estos buques del Atlántico para utilizarlos en la campaña de Noruega. Pero en junio volvieron a aparecer en las rutas de tráfico. Todavía no eran muchos, ya que el programa de construcción apenas había empezado a dar sus frutos, si bien iba en aumento a medida que pasaban los meses. Desde las nuevas bases navales en el golfo de Vizcaya, incluso los pequeños submarinos de 500 toneladas podían operar a casi 600 millas de la costa, mucho más allá del alcance de los barcos de escolta británicos. Así, pues, encontraban poca oposición en alta mar, y los buques mercantes, tanto al ir como al volver, ofrecían un blanco fácil a sus torpedos.

En septiembre, el mando de los *U-Boot* efectuó los primeros ataques en fuerza de las «manadas de lobos» contra los convoyes ingleses. Uno tras otro, dos convoyes atlánticos, el *SC-2* y el *HX-72*, fueron atacados por un grupo de 10 submarinos en la costa noroccidental de Islandia, perdiendo 16 buques. Un mes más tarde, otro grupo desencadenó un ataque aún más violento; nuevamente las víctimas fueron dos convoyes sucesivos, el *SC-7* y el *HX-79*. Un grupo de ocho submarinos hundió 32 barcos, atacándolos durante cuatro noches consecutivas.

No era excesivamente difícil encontrar una solución para esta forma de ataque. Una de ellas fue, como ya hemos dicho, la instalación de radar en los avisos de escolta. Otra, la búsqueda de un sistema para transformar la noche en día de una manera más eficaz que la conseguida con el lanzamiento de bengalas. Pensando en ello, los cien-

tíficos inventaron el *Blancanieves*, un cohete que iluminaba una gran zona del océano. Pero, en cuanto a su uso, también este dispositivo, como el radar, pertenecía más al futuro que al presente.

Otra solución consistió en proporcionar escoltas aéreas a los convoyes. Ésta fue un arma muy eficaz contra los *U-Boot*, ya que los aviones, al volar sobre el convoy, obligaban al submarino a sumergirse, perdiendo, por lo tanto, el contacto con el mismo. Cuando los aviones de escolta fueron dotados de radar, su acción resultó mucho más eficaz, pues podían localizar un submarino en superficie aun cuando hubiera una niebla muy espesa y a una distancia mayor de la que podía ser avistado. Pero también en esta fase de la guerra, el mando costero sólo disponía de unos pocos aviones con la suficiente autonomía y, por lo tanto, con una actividad de protección muy relativa.

Asimismo, una relativa defensa contra los *U-Boot* la constituía el sistema de persecución empleado por los submarinos. Éstos tenían que transmitir una serie de señales radiadas para dirigir el resto del grupo hacia el convoy, señales que, si bien no podían ser oídas por las estaciones de radio costeras (pues se transmitían con baja potencia), se captaban normalmente a bordo de las unidades de escolta como señales fuertes. Por lo tanto, dotando a estos barcos de un receptor radiogoniométrico, se podía descubrir la posición del submarino perseguidor. En 1940 este sistema de lucha contra los *U-Boot* estaba en fase de preparación, pero ya se empezaron a construir receptores ecogoniométricos aptos para ser instalados en las unidades de escolta en 1941.

Por último, se intentó extender la autonomía de las escoltas de superficie cada vez más al interior del océano Atlántico, y desviar la ruta de los convoyes de las zonas en las que se suponía que se concentraban las formaciones de *U-Boot*. La localización de estas zonas correspondía a la *tracking room* del Almirantazgo, a base de las informaciones que recibía. Y se llegó a la conclusión de que la fuente de información más eficaz eran las transmisiones radiadas, captadas desde las estaciones costeras, de cualquier señal emitida por los submarinos en alta mar.

Hundimientos de barcos mercantes

Pero, entre tanto, las pérdidas de buques mercantes ocasionada por submarinos, se prolongó durante todo el año 1940. En el transcurso de enero y febrero habían sido hundidos 85 barcos, con un total de 290.000 toneladas. En los meses de marzo, abril y mayo sólo se hundieron 43, con un total de 140.000 toneladas, ya que, como se ha dicho, la mayor parte de los submarinos habían sido retirados del Atlántico para apoyar la campaña noruega. Pero, en junio, los *U-Boot* regresaron y empezaron a operar cada vez más lejos de las costas atlánticas, allí donde las escoltas de los convoyes no podían llegar. En dicho mes las pérdidas ascendieron a 58 buques y 184.000 toneladas. Las bajas fueron igualmente graves en los meses que siguieron.

Tan importantes pérdidas eran superiores a la capacidad de producción de los astilleros británicos, y aun cuando el tonelaje con el que contaban los ingleses era todavía considerable, estas cifras resultaban alarmantes. Un modesto número de buques mercantes –especialmente noruegos y daneses– habían pasado a Gran Bretaña al producirse la invasión alemana durante los meses de abril y mayo, pero aun así las cifras de las pérdidas eran consideradas con aprensión. Y, sin embargo, en aquel momento la actividad de los submarinos no había llegado todavía al punto máximo.

El Almirantazgo británico sabía que centenares de nuevos submarinos alemanes estaban en fase de preparación, y que la fuerza operativa disponible no era ni sombra de lo que sería la futura. Antes de la guerra, el almirante Doenitz, en su libro sobre la guerra submarina, había previsto que serían necesarios 300 submarinos para ganar la guerra contra Gran Bretaña. Esto significaba una fuerza, en conjunto, de casi 900 submarinos, considerando las inevitables pérdidas, las prácticas, los períodos de descanso para las tripulaciones, las reparaciones, etc. Naturalmente, este libro había sido leído por muchos oficiales de la Marina británica y nadie podía dudar que los alemanes alcanzarían esta cifra. Además, la declaración hecha por Hitler el 17 de agosto sobre el bloqueo total de las Islas Británicas y el aviso de que los buques mercantes serían hundidos, fue la confirmación de que la campaña submarina era el medio por el que Alemania esperaba ganar la guerra.

En 1940 las pérdidas alemanas ascendían a 22 submarinos, aun cuando el Almirantazgo no tuviera confirmación más que de 16 hundimientos. Los otros seis se habían producido por causas desconocidas o fortuitas. Pero en vista del programa de construcción alemán, la contrapartida no podía satisfacer. Considerando un año entero, resultaba que por cada submarino alemán que se hundía se perdían casi 100.000 toneladas de barcos aliados. Por lo tanto, Gran Bretaña y sus aliados tenían que hacer algo urgentemente si querían ganar la guerra atlántica, de la que dependía, en definitiva, el resultado final.

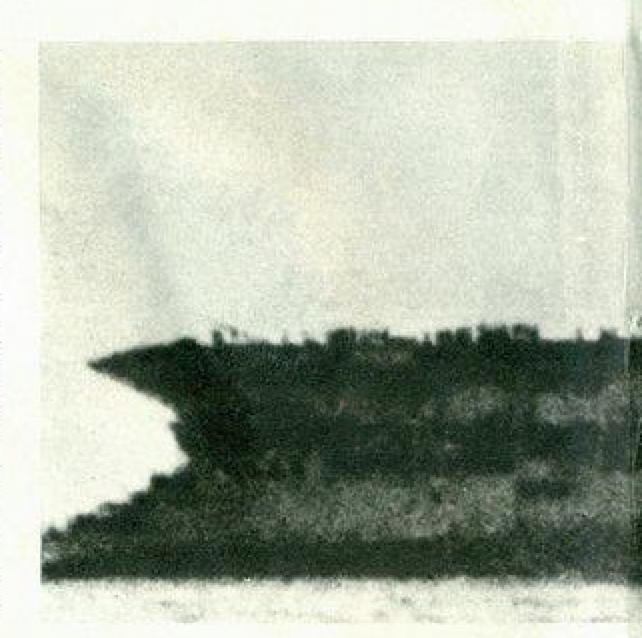
Quedaba, sin embargo, una esperanza. En el transcurso del año, el límite que podían alcanzar los buques de escolta se había ampliado mucho; cuando estuvo preparada la base naval islandesa se avanzó mucho más aún, y con la puesta en servicio de los nuevos avisos de escolta, que empezaban a salir de los astilleros, llegaría el momento en que se podrían formar convoyes protegidos a lo largo de toda la travesía del Atlántico. La *Royal Navy* sabía que entre 1917 y 1918 los convoyes habían derrotado a los submarinos; ahora el Almirantazgo inglés esperaba y confiaba en que se repetiría el éxito.

Si los *U-Boot* hubieran sido la única causa del hundimiento de buques mercantes, el problema de contrarrestar su acción no hubiera sido una tarea tan difícil. Pero, desgraciadamente, se producían grandes pérdidas por otras causas. La Aviación alemana, que operaba por lo general contra los convoyes costeros cerca del litoral oriental y en el canal de la Mancha, hundió, en 1940, 192 barcos, con un total de 580.000 toneladas. Asimismo, durante el mismo año, se fueron a pique, al chocar con minas, 201 buques con 510.000 toneladas. Tratándose generalmente de barcos de cabotaje y, por lo tanto, más fácilmente reemplazables por nuevas unidades, el tonelaje total de todas las pérdidas excedía el millón de toneladas.

El regreso de los corsarios

Otro tipo de pérdidas causó todavía mayor ansiedad y temor al Almirantazgo: las ocasionadas por buques mercantes rápidos y armados enviados por Alemania para operar aisladamente en pleno océano. La dificultad consistía en encontrarlos. Al empezar la guerra, cuando se habían constituido los grupos de vigilancia para enfrentarse con los «acorazados de bolsillo», se puso de relieve que el empleo de estas formaciones no era económico. En efecto, recorrían cientos de miles de millas inútilmente, ya que, cuando llegaban al lugar en que se había hundido el último buque, el corsario se encontraba ya a muchas millas de distancia. Y peor todavía que el hundimiento de los buques mercantes por parte de los corsarios, era el trastorno que causaban al curso normal del tráfico marítimo.

Estos buques constituyeron lo que los alemanes llamaron «primera oleada» de corsarios mercantes, que se hicieron a la mar en la primera mitad del año 1940. El primer barco que zarpó fue el *Atlantis*, el día 31 de marzo; después el *Orion*, el 6 de abril, y luego el *Widder*, el 5 de mayo. Otros dos buques, el *Thor* y el *Pinguin*, se adentraron en



el Atlántico en junio, y un sexto, el *Komet*, ayudado por los rusos, siguió la ruta del Ártico, al norte de Siberia, y actuó en el Pacífico en julio y agosto. Para alargar su período de actividad, se enviaron también algunos buques de abastecimiento, con los que se encontraba en puntos convenidos.

Solamente dos veces –y en cada ocasión se trataba del mismo corsario– una unidad de guerra británica consiguió tomar contacto con aquellos barcos. El 28 de julio, el buque mercante artillado *Alcántara* se encontró con el *Thor* en las Indias Occidentales, frente a las costas de Trinidad. El *Alcántara* era inferior en cuanto a velocidad y potencia de fuego, por lo que llevó la peor parte en el combate, viéndose obligado a dirigirse dificultosamente hacia el puerto, mientras el *Thor* se adentraba en el Atlántico meridional para ser reparado y reabastecerse.

Casi cuatro meses más tarde, en las costas de América del Sur, el *Thor* se encontró con otro buque mercante artillado, el *Carnavon Castle*. Entonces se repitió el mismo episodio, y mientras el barco británico resultó seriamente dañado, el alemán salió indemne y se alejó después del combate. Estas fueron, en 1940, las únicas ocasiones en que la *Royal Navy* hubiera podido hundir uno de estos buques inalcanzables y peligrosos. Los corsarios ocasionaron grandes daños. Durante el año hundieron en el océano Atlántico septentrional y meridional, en el Índico y en el Pacífico, 54 barcos, con un total de 367.000 toneladas, y además provocaron un considerable retraso en la organización del tráfico marítimo a causa de las demoras en los viajes y en los cambios de ruta que forzosamente imponían a los convoyes.

A pesar del escaso éxito de las primeras incursiones del *Deutschland* y del *Graf Spee*, así como del fallido intento de forzar las líneas del bloqueo, en noviembre de 1939, por parte del *Scharnhorst* y del *Gneisenau*, la Marina alemana no renunció a su plan de atacar a la flota mercante enemiga con buques corsarios de guerra. Ya en el mes de septiembre de 1940, el crucero *Hipper* intentó alcanzar el Atlántico, pero una avería en las máquinas le obligó a abandonar la salida programada y a regresar a la patria.

Entonces, el «acorazado de bolsillo» *Admiral Scheer* recibió la orden de repetir el intento. Partió de Alemania el 27 de octubre, sin ser descubierto por ninguna patrulla aérea británica mientras navegaba junto a la costa noruega, y alcanzó el Atlántico a través del canal de Dinamarca. El 5 de noviembre hundió un buque mercante británico que, desgraciadamente, no pudo comunicar por radio el ataque. De haberlo logrado, habría sido posible desviar un convoy que iba de Halifax a Gran Bretaña y se dirigía hacia el mismo lugar donde se había producido el ataque. El convoy era el *HX-84* y lo escoltaba el mercante armado *Jervis Bay*, en cuya cubierta superior se habían emplazado cañones de 152 mm. La tarde



del 5 de noviembre, algunas horas después del primer ataque del *Scheer*, el *Jervis Bay* avistó al «acorazado de bolsillo», que se acercaba a toda máquina por el Norte. El resultado era de prever antes del primer disparo, ya que el buque mercante artillado era inferior al navío alemán en todos los aspectos.

No obstante, para intentar salvar el mayor número de buques del convoy, el comandante Fegen, del *Jervis Bay*, ordenó que se dispersaran hacia el Sur, protegiéndose con cortinas de humo. Así lo hicieron, usando los dispositivos especiales de que estaban provistos, mientras el comandante Fegen, reclamando la atención del barco enemigo, les daba la oportunidad de salvarse. Cuando el *Jervis Bay* se hundió, el convoy estaba ya tan disperso que el *Scheer* no consiguió hundir más que cinco buques y averiar otro. Los demás se salvaron. Al comandante Fegen se le concedió la *Victoria Cross* a título póstumo por la valentía y el espíritu de sacrificio demostrados en esta ocasión.

El destino del *Jervis Bay* no fue un episodio aislado. Después de su hundimiento, el *Scheer* alcanzó al buque de apoyo *San Demetrio*, el cual se incendió al ser alcanzado por los proyectiles, siendo abandonado por la tripulación. Pero al día siguiente, aproximadamente dieciocho horas después del ataque, algunos miembros de la misma, que permanecían en una lancha, descubrieron que el buque seguía ardiendo pero aún a flote. Entonces se acercaron a un costado y subieron a bordo. Las cubiertas aún estaban candentes, pero consiguieron hacer funcionar las bombas de agua y, poco a poco, sofocaron el incendio. Después de trabajar durante varias horas en las máquinas lograron reparar una de ellas y el buque emprendió de nuevo su largo y lento viaje hacia Gran Bretaña. Sin cartas marinas, a excepción de un atlas escolar encontrado a bordo; sin ninguna otra ayuda para la navegación, y con una velocidad media de cinco nudos, este puñado de hombres consiguió hacer llegar el *San Demetrio* a la patria, con gran parte de su preciosa carga de petróleo bruto.

Después del ataque al *HX-84*, el *Scheer* se dirigió al Sur, lejos de la zona en la que había operado recientemente. Lo abasteció de combustible y municiones un buque nodriza, y después de haber operado frente a las Azores se dirigió hacia el Atlántico meridional, donde capturó un mercante británico cargado de víveres y, deliberadamente, permitió que la tripulación enviara un mensaje por radio, al objeto de reclamar la atención sobre su situación y atraer hacia allí alguna fuerza de vigilancia británica empleada en operaciones anticorsarias. Esta estratagema, que dejaría sin vigilancia la costa septentrional, permitiría al crucero *Hipper* llegar hasta el Atlántico y emprender su segunda tentativa.

El *Hipper* zarpó el 30 de noviembre, y también consiguió eludir la vigilancia aérea en el mar del Norte; el 7 de diciembre penetró en el Atlántico a través del canal de Dinamarca. Permaneció algunos días en el Atlántico septentrional buscando convoyes, pero sin encontrar ninguno: su comandante no sabía que entonces los convoyes seguían una ruta situada más al Norte. En vista de ello, se dirigió hacia el Sur para vigilar la ruta de Sierra Leona, y el 24 de diciembre avistó un convoy. Lo siguió durante toda la noche con la esperanza de alcanzar una gran victoria al día siguiente. Se trataba de un convoy de tropas destinadas a Oriente Medio. Los convoyes de tropas eran siempre los que iban más fuertemente escoltados. Por ello, cuando el día de Navidad el *Hipper* se acercó para atacarlo, su comandante se sorprendió al verlo protegido por un portaaviones y tres cruceros. Éstos lo rechazaron en seguida pero, desgraciadamente, a causa de la poca visibilidad perdieron su rastro. En el encuentro el *Hipper* sufrió daños de poca importancia, pero decidió interrumpir su misión de perseguir convoyes, y dos días más tarde arribaba a Brest, en la costa francesa. Después llegó el turno del *Scharnhort* y del *Gneisenau*; estos buques habían sido gravemente averiados durante la campaña de Noruega, y desde entonces, tras pasar siete meses en el arsenal, no habían vuelto a realizar ninguna misión. Pero no tuvieron suerte. El *Gneisenau* resultó averiado a consecuencia de una tempestad mientras navegaba frente a la costa noruega, por lo que ambos buques regresaron a Kiel.

Esta segunda «oleada» de corsarios echó a pique 17 buques, con un total de 97.000 toneladas; en consecuencia las pérdidas durante aquel año, por causas diversas, ascendieron a 1059 barcos y 3.991.641 toneladas. Casi el 60% de esta cantidad fue hundido por los *U-Boot*, generalmente en la ruta vital de tráfico del Atlántico septentrional.

En el otro extremo del cerco, dentro del cual se encontraban las potencias del eje, las cosas eran distintas. Cuando Italia entró en la guerra al lado de Alemania, la situación naval en el mar Rojo se hizo en seguida más difícil. En la base naval de Massaua los italianos tenían nueve destructores, ocho submarinos y un buque mercante artillado.

El mar Rojo era una vía de comunicación esencial para las fuerzas británicas que operaban en el Oriente Medio, y no se podía pensar en perder el dominio en esta zona marítima si se quería impedir el libre tráfico de Alemania e Italia con el mundo exterior. Pero las cosas se desarrollaron de tal modo que la amenaza italiana nunca se hizo realidad, por lo que la ruta del mar Rojo quedó en poder de Inglaterra, y el cerco del poderío marítimo permaneció inalterable.

Hacia finales del año 1940 la situación en el mar experimentó una larga serie de altibajos. Los Aliados habían sido vencidos en tierra, en Noruega y en Francia, pero la defensa marítima resistía, si bien en algunas zonas era bastante débil. Después de la ocupación por el enemigo de las bases navales noruegas y francesas, con la consecuencia del aumento del radio de acción de los *U-Boot*, Gran Bretaña había ocupado Islandia y estaba ultimando una base aérea y naval que llegaría a alcanzar una importancia decisiva en la guerra antisubmarina.

17 de septiembre de 1939: hundimiento del «Courageous», uno de los más antiguos portaaviones británicos, torpedeado por el submarino alemán U-29. *(Ullstein)*

Solamente un aspecto de la guerra de los convoyes inspiraba cierta extrañeza. Al igual que en la primera Guerra Mundial, sucedía que los submarinos dudaban al tener que atacar a los convoyes provistos de escolta aérea y de superficie, aun cuando en aquel tiempo no existía una escolta aérea capaz de hundir a un submarino. Este fenómeno se repetía con una extraña coincidencia en 1940.

Pero las escoltas aéreas destinadas a operar en apoyo de los convoyes requerían aparatos de gran autonomía, en realidad los mismos que se necesitaban para llevar la ofensiva aérea en tierra alemana. Y el mando costero de la RAF, que según las directrices del Almirantazgo proporcionaba dichas escoltas aéreas, carecía de tales aviones, lo que determinó graves pérdidas en barcos. El problema no se resolvió hasta el año 1943, es decir, cuando la Marina tuvo el número suficiente de portaaviones auxiliares para abastecer a sus aparatos durante toda la ruta de los convoyes. Más tarde, la producción americana de aviones de gran autonomía subsanó esta laguna, y los portaaviones se destinaron a otras operaciones.

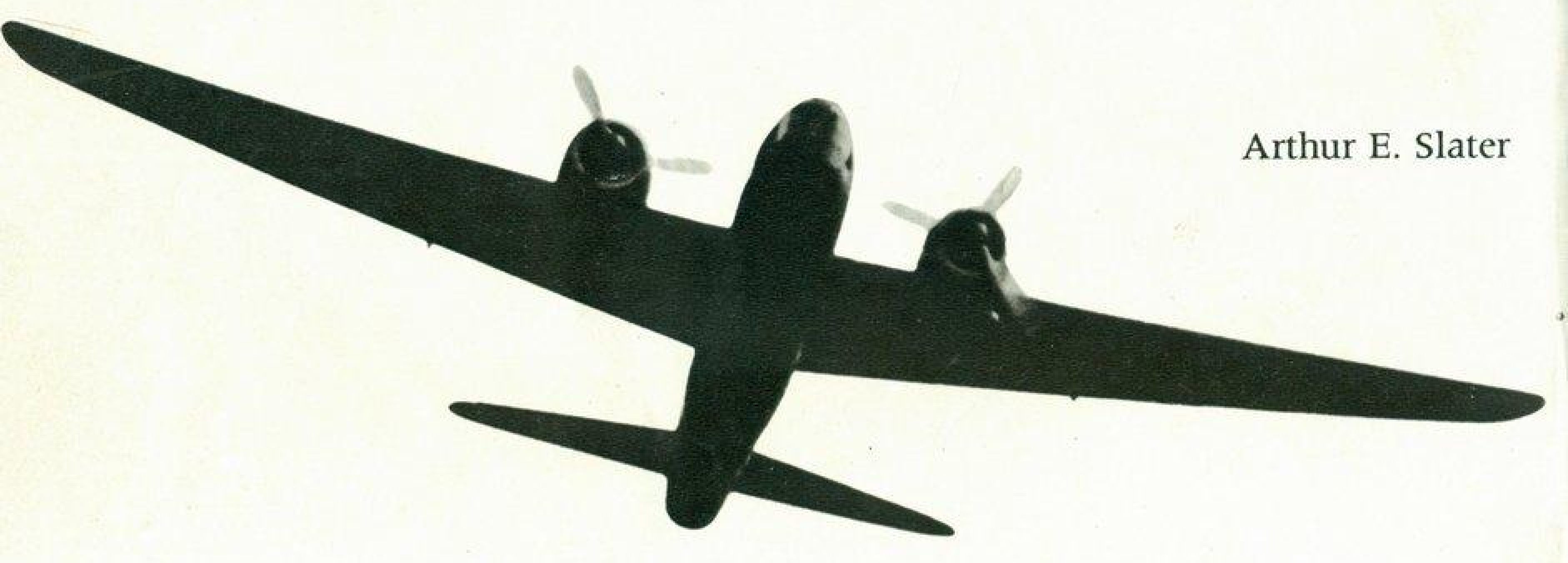
Mientras tanto, se mantenía prácticamente el bloqueo impuesto a Alemania e Italia. Esta era el arma más importante que, si se conservaba, conduciría a la victoria final. El gran peligro con el que Gran Bretaña se enfrentaba no era la invasión de la isla –riesgo ya desaparecido si es que había existido realmente–, sino la derrota en la guerra contra los *U-Boot*. El futuro de la contienda dependía por completo de aquella batalla que se desarrollaba a ciegas en la inmensidad del océano. Era una carrera entre el programa alemán de construcción y el momento en que sería posible disponer de un sistema de escolta de convoyes formado pór buques de superficie y aviones.



PETER KEMP, CAPITÁN DE CORBETA
En la actualidad es jefe de la sección de historia y de la biblioteca para los asuntos navales en el Ministerio de Defensa. Ingresó en la *Royal Navy* en 1920, después de haber seguido los cursos de preparación en las escuelas navales de Osborne y Dartmouth, donde estuvo destinado en submarinos. Tras haber sufrido un accidente en el mar, abandonó el servicio activo por invalidez. En 1936 ingresó en la redacción del *Times*, en la que permaneció hasta 1950, a excepción del período 1939-1949, en que prestó servicio en la sección de información de la Marina. El capitán de corbeta Kemp ha escrito diversos libros de historia militar y naval, además de libros para niños.

LA OFENSIVA AEREA BRITANICA HASTA DICIEMBRE DE 1940

EL MANDO DE BOMBARDEROS



Arthur E. Slater

LOS MANDOS DE BOMBARDEROS DE LA RAF Y DE LA «LUFTWAFFE» SE DIERON CUENTA CLARAMENTE DE QUE ERA NECESARIO LLEVAR LA GUERRA HASTA EL CORAZÓN DEL PAÍS ENEMIGO. PERO EN 1940, LA RAF SÓLO DISPONÍA DE MEDIOS ANTICUADOS Y DE AVIONES DE AUTONOMÍA MEDIA. ANTES DE QUE PUDIERA CONTAR CON APARATOS MÁS POTENTES Y MODERNOS, TENDRÍA QUE ADQUIRIR UNA EXPERIENCIA DECISIVA EN CUANTO A LOS FUTUROS ADELANTOS, EXPERIENCIA QUE CASI SIEMPRE SE CONSIGUIÓ A MUY ALTO PRECIO. ESTA ES LA HISTORIA DE CÓMO ESTA EXPERIENCIA SIRVIÓ DE LECCIÓN.

A principios de 1940, el puesto de mando de la aviación de bombardeo, hábilmente oculto en un bosque, cerca de High Wycombe, estaba ya preparado y el comandante en jefe, sir Edgar Ludlow-Hewitz, asumió el mando. Era el único mando general del Aire constituido para este fin preciso, y además estaba en comunicación directa con los Grupos y bases de bombarderos, con el mando de la aviación de caza y con el Ministerio del Aire. La primera preocupación de sir Edgar Ludlow fue examinar las fuerzas de que disponía y estudiar la forma en que podían ser empleadas para continuar el esfuerzo bélico.

Los oficiales de Estado Mayor y los comandantes de las bases y unidades no le preocupaban: eran hombres leales y competentes, con una experiencia de veinte años y casi todos escogidos entre los supervivientes de la primera Guerra Mundial. Sus colegas alemanes no tenían la misma experiencia.

Por lo que respecta a las tripulaciones y al personal de servicio, eran similares en los dos países adversarios. El entusiasmo por la aviación atraía a los jóvenes más valientes, decididos y resueltos de Gran Bretaña y de Alemania, los cuales entraban como voluntarios en sus respectivos Ejércitos del Aire. En la fase inicial de la guerra, casi todos los pilotos del mando de bombarderos eran oficiales efectivos, pero además se había montado una gran organización capaz de acoger y adiestrar militarmente a la gran masa de pilotos voluntarios de la reserva de la RAF, que estaban haciendo su aprendizaje básico en los Dominios, de acuerdo con el plan de entrenamiento aéreo único para todo el Imperio. De acuerdo con este plan, el mando de bombarderos había formado en la metrópoli, al estallar la guerra, 13 escuadrones, que posteriormente fueron reorganizados en unidades de adiestramiento operativo, a las órdenes de un mando autónomo (6.° Escuadrón de Abingdon).

Al estar destinados estos escuadrones a misiones de adiestramiento, el mando de bombarderos había quedado reducido a un total nominal de 33 escuadrones operativos. Pero una división entera, dotada con aparatos *Fairey Battle* (aviones anticuados y ya superados), fue enviada a Francia junto con el Cuerpo Expedicionario británico y sirvió como formación avanzada de combate. Las otras unidades estaban repartidas del siguiente modo: la División 2, compuesta por seis escuadrones de bombarderos ligeros *Blenheim*, tenía su base en el East Anglia, desde donde podía intervenir rápidamente para apoyar las operaciones del Ejército; la División 3, formada por seis escuadrones de *Wellington*, tenía su base en Suffolk; cinco escuadrones de *Whitley* de la División 4 se hallaban en Yorkshire, y seis escuadrones de *Hampden*, de la División 5, en Lincolnshire. Este era el núcleo del que derivaría la posterior organización del mando de bombarderos. A excepción de los *Blenheim*, que no eran apropiados para el bombardeo estratégico a causa de su limitada carga de bombas de 500 kg, el mando de bombarderos podía disponer, para la ofensiva contra Alemania, de un máximo de 17 escuadrones operativos, con un total de 272 aviones que, a consecuencia de la escasez de tripulaciones se reducían a una media de 140 bombarderos (septiembre de 1939). En cambio, la *Luftwaffe* poseía entre 1200 y 1600 bombarderos, sin contar los bombarderos en picado.

No obstante, los *Wellington*, los *Whitley* y los *Hampden* eran buenos aviones en aquel tiempo, iguales e incluso superiores a los alemanes que bombardeaban Gran Bretaña. Afortunadamente para Inglaterra, el Alto Mando alemán no había considerado la posibilidad de una ofensiva por parte del enemigo, por ello concentró su producción de tipos de aviones destinados a operaciones de apoyo al Ejército.

Confianza en los «Wellington»

A causa de su velocidad máxima limitada, los *Whitley* se empleaban casi exclusivamente en operaciones nocturnas. En cambio, se consideraba que los *Hampden* y los *Wellington* eran capaces de realizar sus misiones tanto de día como de noche. Especialmente en los segundos se cifraban muchas esperanzas, basadas en su estructura «geodésica», es decir, formada por pequeños elementos curvos de metal prensado, atornillados entre sí, que daban al fuselaje una apariencia de cesto. Este tipo había sido realizado por la empresa *Vicker*, después de la experiencia conseguida con la fabricación del gigantesco avión R-100. Los *Wellington* poseían asimismo un armamento muy completo, consistente en seis ametralladoras, dispuestas en torretas móviles, que protegían el avión por delante, por detrás y por debajo.

En términos de potencia, los *Wellington* y los *Hampden* podían lanzar fácilmente sus bombas sobre Berlín, Munich o Turín, pues habían sido proyectados para transportar cargas de hasta dos toneladas en un radio de acción de casi 1000 km de las bases inglesas. Por su parte, los *Whitley* podían llevar casi cuatro toneladas de bombas a una distancia de más de 1000 km. Estos cálculos se basaban en la hipótesis de que los bombarderos siguieran la ruta más breve, tanto a la ida como a la vuelta, lo que no era posible mientras Holanda y Bélgica se mantuvieran neutrales. En este caso, para bombardear eficazmente las instalaciones y fábricas de la cuenca del Ruhr y de Renania, se necesitarían bases avanzadas en el continente, pero, como veremos más adelante, el consentimiento francés llegó demasiado tarde.

Durante los ocho primeros meses de guerra, estas consideraciones eran completamente teóricas, ya que, después de los acuerdos políticos, las ofensivas aéreas debían limitarse estrictamente a los objetivos militares. El 19 de septiembre de 1939, el presidente Roosevelt había dirigido una llamada a los beligerantes a fin de que desistieran de llevar a cabo acciones aéreas contra ciudades, y como una advertencia de esta clase, efectuada por Roosevelt, equivalía a una orden, ambas partes se apresuraron a dar su inmediato consentimiento, ya que, en aquel momento, les convenía a todos para sus proyectos. Hitler no había efectuado ningún preparativo para la guerra aérea. Sin duda, pensó que cuando los Aliados se encontraran frente a una Polonia dominada a la que no habían podido salvar, se retirarían una vez más de la lucha.

Los primeros ataques

Así pues, el mando de bombarderos orientó rápidamente su acción contra los objetivos indicados por esta política. El 4 de septiembre, un día lluvioso y con niebla, algunos barcos de guerra alemanes fueron atacados en la bahía de Helgoland por diez *Blenheim* y nueve *Wellington*. Los *Blenheim* lanzaron sus bombas desde 150 metros de altura y fueron gravemente afectados por el fuego de la artillería antiaérea alemana: en efecto, cinco aviones fueron derribados. El *Emden* y el *Scheer* resultaron alcanzados, pero desde aquella altura las bombas no consiguieron perforar las cubiertas y sólo ocasionaron leves daños. Los *Wellington* se enfrentaron con los aviones de caza *Messerschmitt*, y dos de aquéllos no regresaron.

El resultado de este primer encuentro con el enemigo no fue decisivo ni alentador. Pero por lo menos los barcos de guerra alemanes se mantuvieron alejados hasta diciembre.

Tres acciones sucesivas, efectuadas los días 3, 14 y 18 de diciembre de 1939, demostraron que no se podía atacar a los buques de guerra alemanes cuando éstos disponían de protección antiaérea y estaban defendidos, además, por los cazas. No obstante, en la primera ocasión, el 3 de diciembre, el éxito resultó fácil; el mal tiempo impidió un bombardeo en gran escala, pero los cazas alemanes temían las ametralladoras de cola de los bombarderos, y así los 24 *Wellington* empleados en la acción regresaron indemnes a su base. La segunda vez pasaron todo el tiempo volando sobre algunos navíos fondeados en la rada de Schillig. Aun cuando no podían bombardear, 12 *Wellington* continuaron su vuelo de reconocimiento de acuerdo con las órdenes recibidas, exponiéndose así, durante media hora, a un pesado fuego antiaéreo y a los ataques de los cazas. Cinco bombarderos no regresaron a la base y un sexto cayó a tierra, pero no se supo si estas pérdidas fueron ocasionadas por el fuego antiaéreo o por los cazas. Se impuso entonces evitar acciones arriesgadas que costaban tan caras.

La tercera acción se desarrolló bajo un cielo límpido, y la buena visibilidad resultó decisiva. Los bombarderos fueron localizados por los radares, y los cazas alemanes los atacaron sin cesar mientras se acercaban al objetivo y a su regreso. Algunos cazas usaron armas de mayor alcance que las ametralladoras de los bombarderos; otros atacaron por los lados, por donde los *Wellington* no estaban protegidos. Al proyectar estos aviones se supuso que esta forma de atacar no resultaría eficaz, ya que el avión de caza no podía mover su armamento y, por lo tanto, no podía apuntar al punto futuro. Los *Wellington* se incendiaban con facilidad, y los depósitos de gasolina, situados en las alas, resultaron extremadamente vulnerables. (Más tarde, para remediar este inconveniente, se instalaron depósitos que no permitían la fuga de carburante a través de los orificios producidos por la metralla, o bien depósitos con revestimiento acorazado). El resultado fue desastroso, ya que de los 22 *Wellington* que intervinieron en la acción solamente regresaron diez; un precio inaceptable para tan exiguo resultado: cuatro aviones alemanes destruidos y nueve dañados.

Los alemanes estaban muy satisfechos por el éxito obtenido y presumían de haber derribado 34 *Wellington*. Consecuencia de todo ello fue que las incursiones diurnas de bombarderos pesados en formación fueron tácitamente abandonadas, y se ordenó a los *Wellington* y a los *Hampden* que se agregaran a los *Whitley* en sus incursiones para el lanzamiento de octavillas, a fin de adquirir experiencia de vuelo nocturno sobre Alemania.

Pero esta empresa de las octavillas de propaganda era ridiculizada por todo el mundo, por amigos y enemigos. Los franceses lo consideraban como parte de *cette drôle de guerre*, y, no obstante, para las tripulaciones que efectuaban estas incursiones no se trataba de una broma. El tiempo era el mayor obstáculo. La temperatura podía bajar hasta –30° C, lo que provocaba peligrosas incrustaciones de hielo en las alas, en las hélices y en los cristales de la cabina, reduciendo la visibilidad y el rendimiento de los aviones. Las torretas de las armas a veces quedaban bloqueadas, y lo peor era que los motores «se clavaban» y hasta llegaban a arder. Si para evitar las nubes el avión se elevaba sobre ellas, el hielo aumentaba y la tripulación llegaba a perder el sentido a causa del frío y por la falta de oxígeno.

Además de estos peligros, se producía una tensión continua ante la dificultad de establecer la propia posición de noche o con el escurecimiento. Para seguir una determinada ruta nocturna, era necesario conocer exactamente la velocidad y la dirección de los vientos, que siempre están sujetos a cambios. Así, pues, en un vuelo largo, aun después de precisos cálculos, la suma de los errores podía desviar el avión a muchos kilómetros de su ruta. En tal caso, las únicas ayudas eran un sextante para calcular la posición guiándose por las estrellas, y una antena de radio orientable para establecer la dirección de las señales que se recibían de las estaciones terrestres. Pero no se podía confiar plenamente en ninguno de estos dos recursos, y además se requería mucha práctica para poder emplearlos, por lo que los pilotos, si no podían efectuar sus cálculos fácilmente identificables, nunca estaban seguros de su posición. Ningún progreso efectivo se obtuvo en este aspecto hasta el invierno de 1941, cuando se puso en práctica un sistema de radioayuda llamado convencionalmente GEE (sistema de radionavegación para distancias medias).

Se estudia el plan de ataque

Uno de los organismos que trataba de influir en la estrategia de los ataques aéreos, y quizá el más importante, era el Ministerio de la Guerra Económica y sus comités adjuntos. Indudablemente, los bombardeos sobre la industria alemana hubieran sido más eficaces de haber estado coordinados con otros medios destinados a ejercer una presión económica. La valoración que este Ministerio hacía de la situación económica e industrial de Alemania estaba muy a menudo lejos de la realidad, pero tenía una importancia decisiva para determinar los objetivos. También el Almirantazgo expuso sus propias ideas de cómo se podían emplear los bombarderos a fin de asegurar el dominio de los mares: por ejemplo, los *Hampden* de la División 5 fueron empleados para colocar minas en las aguas costeras de Alemania, lo que obstaculizó considerablemente el tráfico en dichas zonas.

Desde el principio se había previsto que Hitler sería el primero en violar el pacto sobre la limitación de los ataques aéreos a objetivos militares, por lo que se intentó llegar a un acuerdo con Francia respecto a las medidas que se tomarían, llegado el caso. La idea del Estado Mayor del Aire era que, cuando empezara realmente la invasión alemana, todos los bombarderos deberían efectuar un gran ataque sobre el Ruhr. Pero esto era demasiado para sir Edgar Ludlow Hewit, que reservaba un paternal cuidado para sus tripulaciones y que valoraba con más realismo sus posibilidades.

Los franceses tenían una opinión muy distinta en cuanto a la estrategia de los bombardeos. Los consideraban como elementos auxiliares que sólo se limitaban a proteger las operaciones de tierra y los empleaban contra las tropas de invasión, las vías de comunicación utilizadas por éstas y los aeródromos. Pero según el Estado Mayor británico del Aire, esto significaba «malgastar» la fuerza de ataque en objetivos inútiles. Los franceses estaban alarmados por los daños que los bombarderos alemanes, como represalia, pudieran ocasionar a su industria, y teniendo en cuenta la triste decadencia de sus unidades aéreas, se mostraban escépticos –y desde luego con razón– acerca de su capacidad para causar a los alemanes un perjuicio equivalente al que hubieran recibido.

El 13 de abril de 1940, el general Portal, que había relevado en el mando a sir Edgar Ludlow Hewit, recibió nuevas órdenes. En el supuesto de una invasión alemana de Bélgica o de Holanda, los objetivos de bombardeo serían: concentraciones de tropas, comunicaciones del Ruhr (como, por ejemplo, los nudos ferroviarios y las estaciones de enlace) y establecimientos petrolíferos. El peso principal de los ataques debía concentrarse en este último objetivo. Los bombarderos pesados tenían que actuar sobre todo de noche.

Ejecución del plan de ataque

Se había producido ya la invasión de Escandinavia por los alemanes y por lo tanto se acercaba el momento de poner a prueba, en el campo de batalla, los planes dispuestos. Pero, mientras, se produjo también un hecho que hizo que el nuevo comandante en jefe cambiara de opinión respec-

to a las incursiones nocturnas. El 19 de marzo, en represalia por un ataque alemán a Scapa Flow, se ordenó a 50 bombarderos que atacaran la base de hidroaviones de Hörnum, en la isla de Sylt, a unos 700 kilómetros de la costa inglesa.

Este primer ataque realizado por el mando de bombarderos sobre un objetivo terrestre, dictado por unas consideraciones de tipo político, se efectuó en condiciones favorables. Fue un ataque por sorpresa, y durante seis horas, 41 aviones de los que participaban en la operación arrojaron sus bombas sobre obras e instalaciones aeronavales, iluminadas por una luna en cuarto creciente. Informaron las tripulaciones que habían hecho blanco en muchos objetivos y que habían dejado dos hangares en llamas. Todos los aviones, menos uno, regresaron a la base. Este fue un bombardeo de precisión de los más fáciles y, sin embargo, un posterior reconocimiento fotográfico de la isla, efectuado el 6 de abril, reveló que todos los edificios de Hörnum y de otros puntos aparecían intactos. Naturalmente, los daños podían haber sido reparados o disimulados, pero el mando de bombarderos tenía sus dudas al respecto y se expresó en estos términos:

«Está demostrado que, en misiones de guerra, la tripulación normal de un bombardero nocturno no puede identificar ni atacar de noche ningún objetivo si no es en las mejores condiciones de visibilidad, aun cuando aquél se encuentre en la costa o en un gran río, como el Rhin. Dadas estas condiciones favorables, casi el cincuenta por ciento de las tripulaciones normales pueden encontrar y bombardear el objetivo fijado. Si no existen elementos topográficos o característicos muy evidentes para la identificación, pocas tripulaciones sin experiencia pueden localizarlo».

Al escribir esto, el general Portal puso de manifiesto aquella perspicacia y buen juicio que le conducirían al más alto cargo de la RAF. Pero tenían que suceder aún muchas cosas antes de que se aprovecharan sus observaciones.

La situación supuesta en la directiva del 13 de abril no tardó en presentarse. El día 10 de mayo el Ejército alemán y la *Luftwaffe* atacaron Holanda, Bélgica y Francia, pero el nuevo Gabinete de Guerra de Churchill aún no se decidía a dar la orden al mando de bombarderos. Pero el bombardeo masivo sobre Rotterdam inclinó la balanza hacia el lado opuesto. El 15 de mayo, el Ejército holandés se vio obligado a rendirse; y aquella misma noche, el mando de bombarderos efectuaba un ataque en fuerza sobre el Ruhr.

Gran Bretaña corría un gran riesgo al desafiar de este modo a Alemania en el campo de los ataques aéreos. Se había arrojado el guante, y los posibles fallos no podían atribuirse a las tripulaciones de los aparatos puesto que no se les habían proporcionado «los instrumentos necesarios para efectuar un buen trabajo». De los 78 aviones enviados, la noche del 15 de mayo, para atacar las refinerías de petróleo solamente 24 pudieron localizarlas, ya que el Ruhr estaba oculto bajo las nubes de humo que allí se producían. De todos modos, los nudos ferroviarios y las estaciones de enlace de Aquisgrán, Duisburgo, etc., sufrieron graves daños. Y solamente se perdió un avión.

En junio, con la capitulación de Francia, la situación estratégica cambió completamente en perjuicio de Gran Bretaña. Con un semicírculo de aeródromos que se extendían desde Stavanger (Noruega) a Brest (en la costa francesa), la *Luftwaffe* podía atacar Gran Bretaña desde cualquier punto. Unos 160 km tan sólo separaban a Londres de las principales bases alemanas en Francia y en Bélgica.

En esta situación, los objetivos principales del mando de bombarderos eran «los que tengan efecto más inmediato para reducir la importancia de los ataques aéreos sobre nuestro país» (directiva del 20 de junio): las factorías aeronáuticas alemanas, los ferrocarriles, los canales y, naturalmente, las industrias petrolíferas. Y ante el peligro de invasión se ordenó a los bombarderos pesados que bombardearan los puertos y los barcos enemigos, mientras los bombarderos medios debían vigilar y atacar las concentraciones de barcos en los canales y puertos de Holanda y Bélgica. Se intensificó asimismo la colocación de barreras de minas en las aguas costeras.

Berlín, agosto de 1940: una bomba, caída durante una incursión nocturna, abrió un gran boquete en la calle que conduce a la puerta de Brandeburgo. *(Foto G M)*



La política de la «Luftwaffe»

Por lo tanto, la iniciativa de la acción aérea estaba en manos de los alemanes y pronto se manifestó con la batalla de Inglaterra y con el correspondiente *Blitz* (ofensiva relámpago) sobre Londres y otras ciudades. La estrategia alemana obedecía a la necesidad de asegurarse el completo dominio del aire en la zona del canal de la Mancha y en el sur de Inglaterra, sin lo cual sería imposible invadir Gran Bretaña. La misión de los bombarderos alemanes era obligar a los cazas de la defensa inglesa a aceptar el combate y poderlos derrotar con sus cazas de escolta.

Este sistema de ataque habría sido eficaz si el mando británico hubiera reaccionado tal como esperaban los alemanes, comprometiéndose a fondo con el enemigo. Pero ni aumentando la escolta de cazas hubieran disminuido las pérdidas que tales ataques costaron en bombarderos y en tripulaciones especializadas, y, con el tiempo, estas pérdidas resultaron insostenibles. Para conservar la alta moral de las tripulaciones de sus bombarderos, los alemanes perpetraron cada vez más asiduamente incursiones nocturnas, especialmente sobre Londres. Los resultados de estos bombardeos eran espectaculares a causa de los daños e incendios que ocasionaban, pero, en realidad, se apartaban del fin principal de la ofensiva aérea: alcanzar el dominio del aire necesario para invadir la isla.

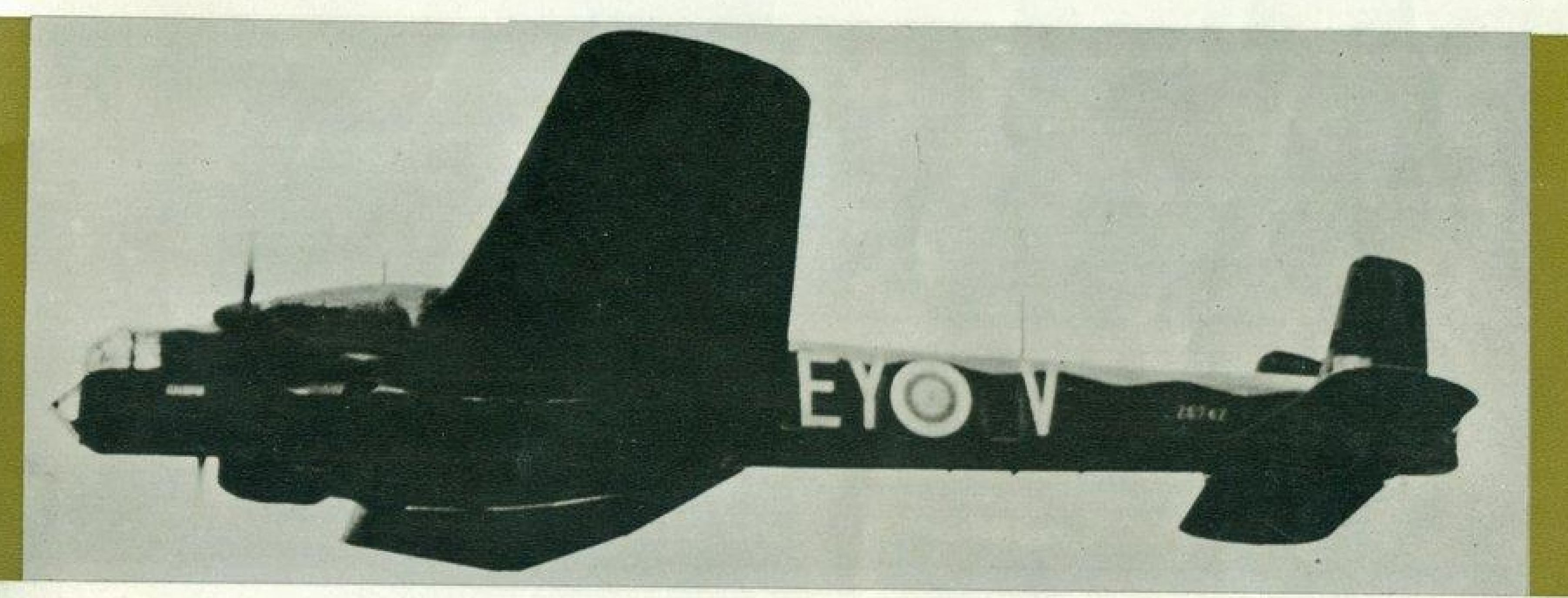
Este importante cambio en la ofensiva aérea alemana quizá fue provocado por la incursión nocturna sobre Berlín, efectuada por los ingleses el 25 de agosto con 81 aviones del mando de bombarderos y como represalia por las bombas arrojadas sobre Londres –quizás equivocadamente, por un error de situación– la noche anterior. Esta vez Hitler recogió el guante que se le arrojaba y ordenó una serie de ataques de represalia sobre Londres a primeros de septiembre. Es muy posible que este desplazamiento del objetivo sobre las ciudades, en vez de atacar los centros operativos del sector del mando de caza, donde se empezaban a obtener resultados positivos, formase parte del plan alemán, pero hay que admitir que el cambio de táctica fue intempestivo.

Por otra parte, los ataques de los bombarderos ingleses sobre la flota de invasión sirvieron para demostrar al Alto Mando alemán los riesgos que entrañaba la empresa. Ésta era precisamente la



(History of the Second World War)

El «Hampden» arrojó las primeras bombas sobre Alemania. Vel. máx.: 408 km/h. Carga de bombas: 1800 kg.



(Fox Photos)

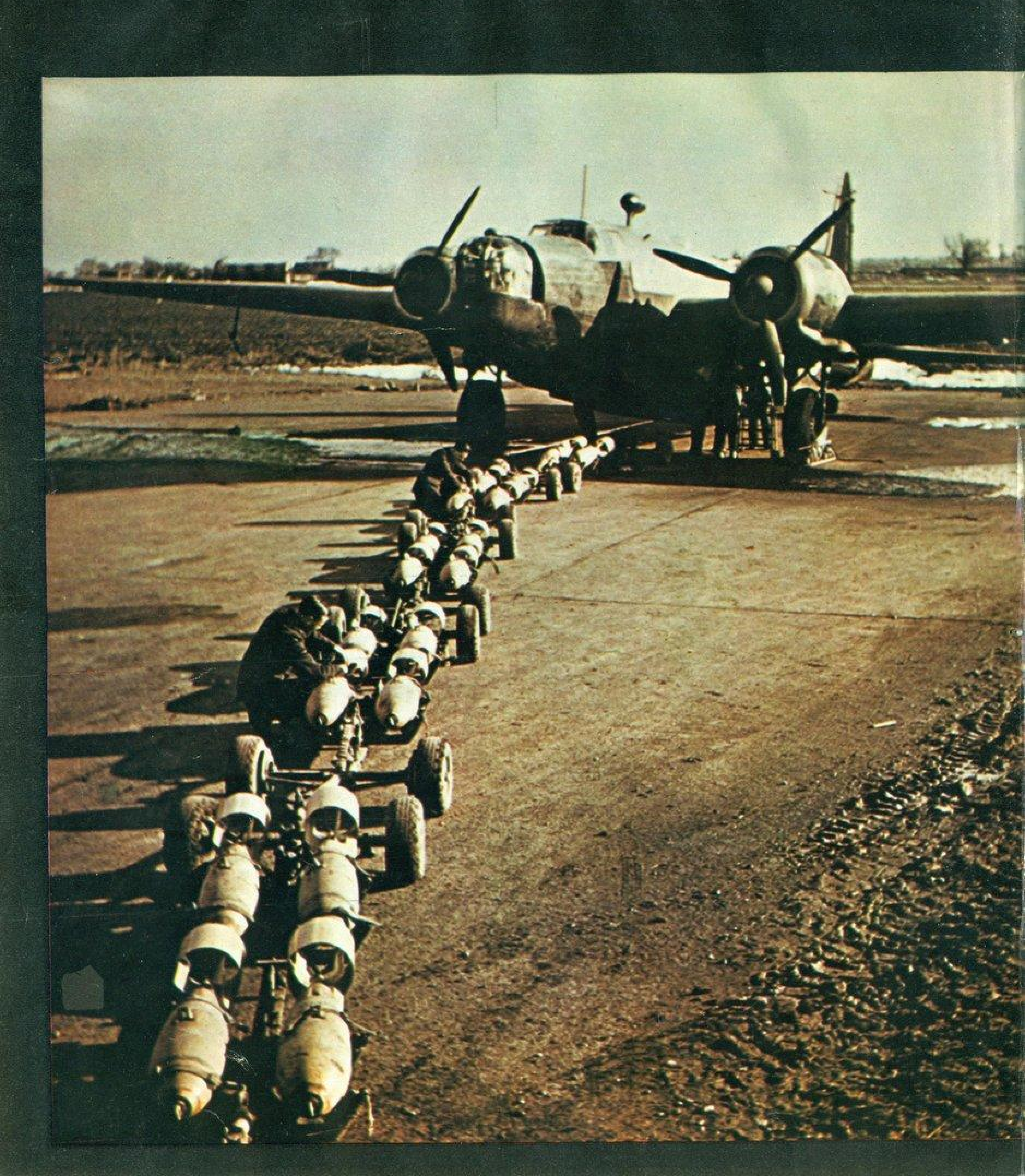
El «Whitley», proyectado para operaciones nocturnas. Vel. máx.: 310 km/h. Carga de bombas: 3600 kg.



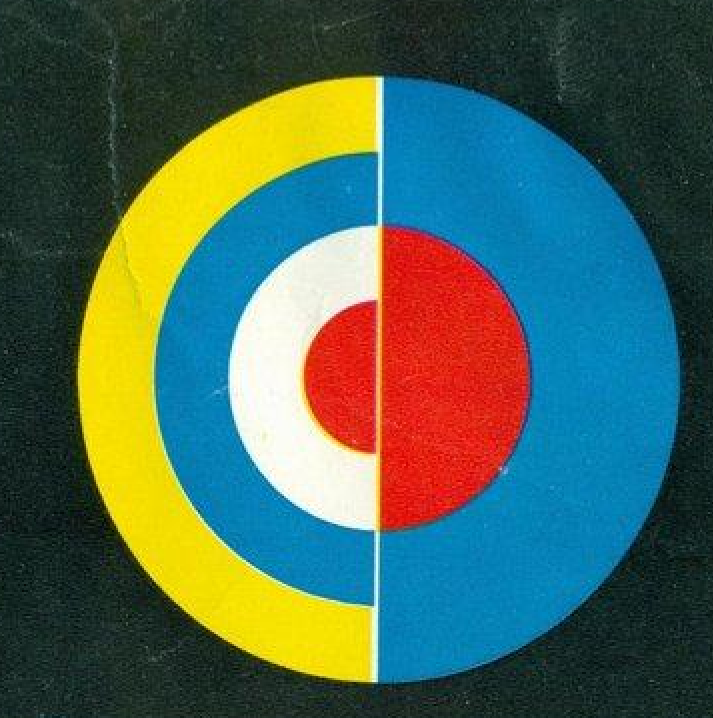
(Central Press)

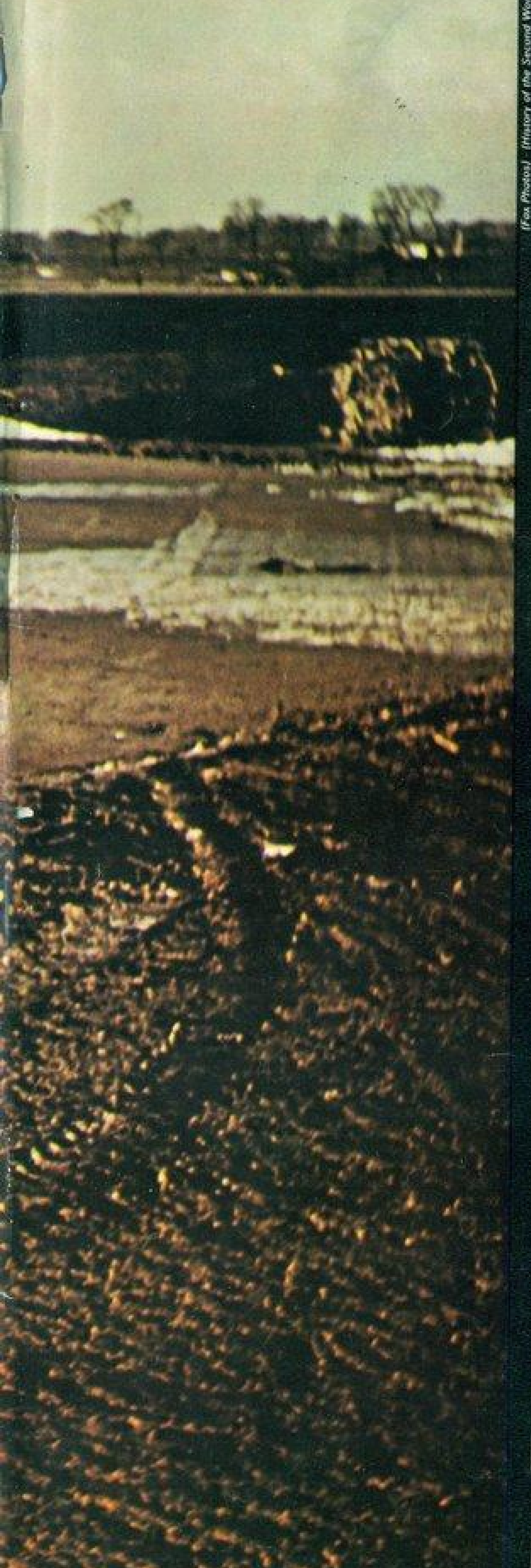
El «Wellington», empleado en el raid sobre la rada de Schillig. Vel. máx.: 375 km/h. Carga de bombas: 2040 kg.

Churchill confió a la RAF la misión de ganar la guerra

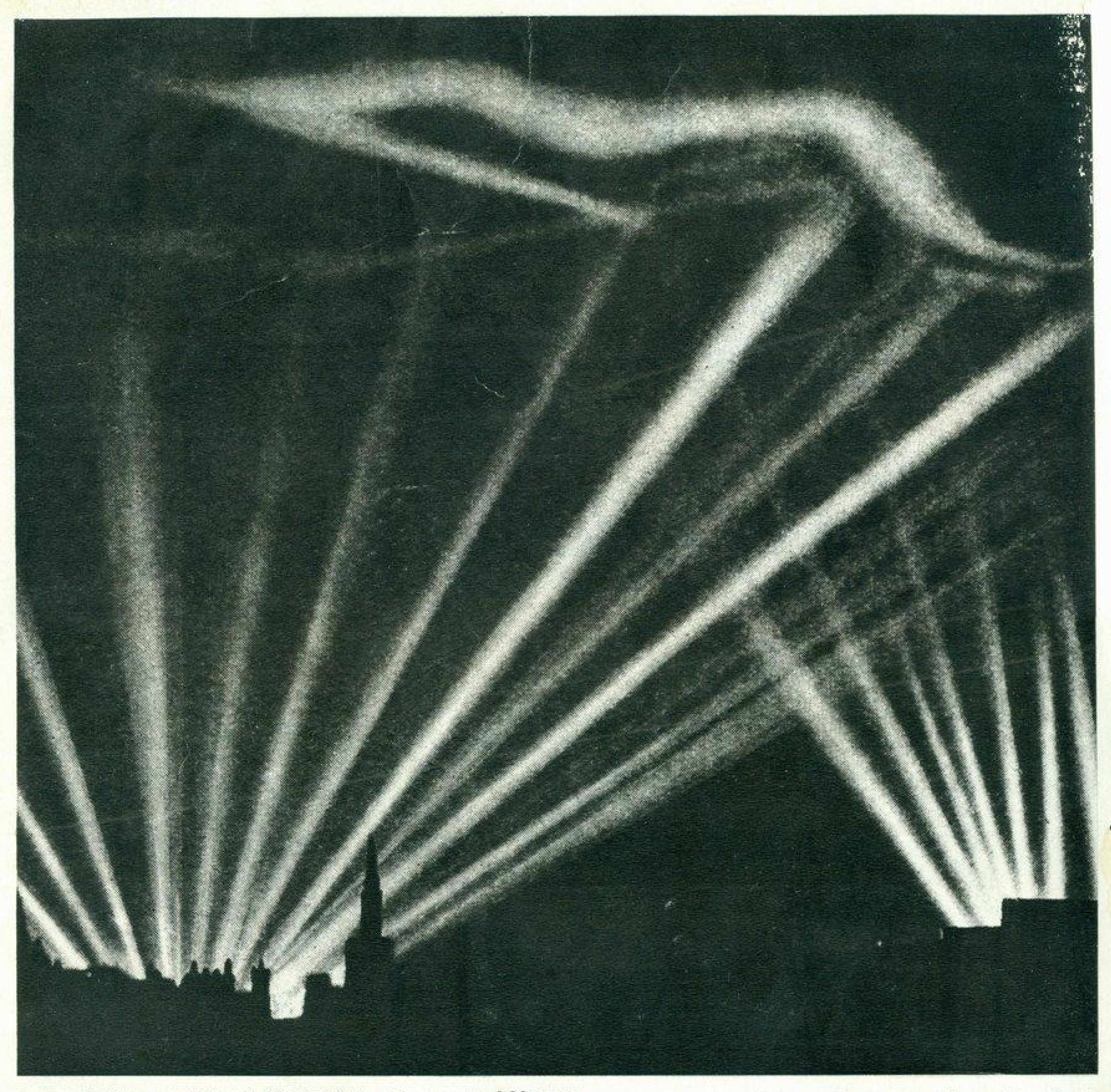


Un bombardero «Wellington» se prepara para una acción sobre Alemania, cargando el máximo de bombas en una base de la RAF... Algunas horas después caerían sobre las instalaciones de un centro industrial alemán.





(Fox Photos) (History of the Second World War)



Los haces de reflectores empleados en la defensa antiaérea, escudriñan el cielo en busca de aviones alemanes cruzándose sobre el espacio aéreo de Londres, que vive bajo la pesadilla de los bombardeos. *(History of the Second World War)*

misión para la que se habían creado los bombarderos británicos y a la que se dedicaron con entusiasmo.

Los buques procedentes de todas partes de Alemania y que se reunían en los puertos de Holanda y de Bélgica, eran sistemáticamente atacados y bombardeados, lo que ocasionaba una caótica desorganización.

A fines de septiembre, la batalla de Inglaterra había sido ganada por los cazas ingleses, y de momento se había alejado el peligro de una invasión; no obstante, las incursiones nocturnas de los alemanes sobre las ciudades continuaban sin descanso.

El momento del balance

Había llegado para Gran Bretaña el momento de valorar su situación. Aun cuando el país se había quedado solo, estaba decidido a continuar la guerra contra Alemania. Pero ¿cómo? Y ¿con qué medios? La Marina seguía manteniendo la hegemonía en el mar, pero en aquellas circunstancias su política de bloqueo a largo plazo no podía aplicarse, ya que los alemanes dominaban la mayor parte de Europa y podían recurrir al resto del mundo para obtener abastecimientos. Es más: los *U-Boot* se disponían a bloquear Gran Bretaña.

Por tierra, Inglaterra no contaba con medios ni con hombres para invadir Europa o para volver a atravesar el canal de la Mancha si la RAF no despejaba el camino. Winston Churchill resumió así la situación ante el Gabinete de Guerra: «La Marina puede hacernos perder la guerra, pero solamente la Aviación puede ganarla. Por eso tenemos que concentrar todos nuestros esfuerzos a fin de obtener el dominio del aire. Los cazas son nuestra salvación, pero solamente los aviones de bombardeo nos pueden asegurar la victoria». Así, pues, las circunstancias obligaron a Gran Bretaña a adoptar la ofensiva aérea como único medio para continuar la guerra en Europa.

La RAF estaba convencida de poder realizar la misión que se le encomendaba, pero no con los medios de que entonces disponía. El principio fundamenteal de la RAF era su gran confianza en el poder decisivo que, en un conflicto, tendría el bombardeo aéreo, principio considerado válido aun cuando no había experiencia suficiente para probarlo.

Todas las formas de guerra tratan de doblegar la voluntad del enemigo y su capacidad de resistencia, pero el dominio del aire significaba que ese objetivo se podía obtener atacando directa-

mente las fuentes de la voluntad y de la capacidad enemiga (gobierno y producción), que sólo serían vulnerables al potencial terrestre y marítimo si las correspondientes fuerzas enemigas eran previamente derrotadas. El concepto del ataque aéreo estratégico es el de una ofensiva dirigida a hacer ganar la guerra o a obtener ventajas reales que lleven a una victoria más rápida, mientras que el empleo táctico de la Aviación surge de las necesidades inmediatas del conflicto, cuando las Fuerzas Armadas se enfrentan.

En el transcurso de la primera Guerra Mundial ya nació la idea de una ofensiva aérea independiente. Se habían encargado bombarderos cuatrimotores de gran autonomía con la misión de atacar Berlín y otras ciudades industriales a partir de 1919, pero al terminar la guerra en 1918 los constructores sólo habían entregado una unidad. En el período entre las dos guerras, la RAF adquirió cierta experiencia en operaciones de policía colonial llevadas a cabo contra tribus indígenas en las proximidades de las fronteras, pero en aquellos casos bastaba una estrategia muy simple, y las bombas y los aviones entonces disponibles eran más que suficientes.

Durante la guerra civil española, Madrid y Barcelona fueron bombardeadas, aunque el resultado de dichas operaciones se vio alterado por la propaganda, exagerándose los datos referentes a los daños producidos por un bombardeo estratégico y a los efectos morales sobre la población civil. Por lo tanto, no es de extrañar que en 1939 la RAF no tuviera aún una teoría claramente definida sobre el modo de llevar a cabo una ofensiva aérea contra una gran potencia, ya que, prácticamente, no existían experiencias anteriores. En las primeras fases de la guerra, el mando de bombarderos tuvo que buscar el medio apropiado, con tentativas y errores, empleando los aviones de que entonces disponía en espera de la entrega de los bombarderos cuatrimotores, indispensables para una estrategia ofensiva.

Pero a fin de poder actuar inmediatamente, el Estado Mayor de la Aviación se ciñó a una política de «bombardeos de precisión»: quería que fueran escogidos objetivos bien delimitados, como, por ejemplo, fábricas, cuya destrucción perjudicaría seriamente el esfuerzo militar enemigo. Era preciso después repetir los ataques hasta la completa destrucción del objetivo. Naturalmente, el daño no resultaría vital a no ser que toda una serie de objetivos del mismo tipo fuera eliminada más o menos simultáneamente. En cambio, sucedía que, de vez en cuando, un tipo determinado de objetivo tenía prioridad de destrucción, de acuerdo con la opinión vigente sobre la situación industrial alemana. La producción de carburantes, los transportes, las centrales eléctricas para suministro industrial, las fábricas de aviones, los buques de guerra y las construcciones navales ocupaban alternativamente el primer puesto en la lista; pero el preferido era el combustible.

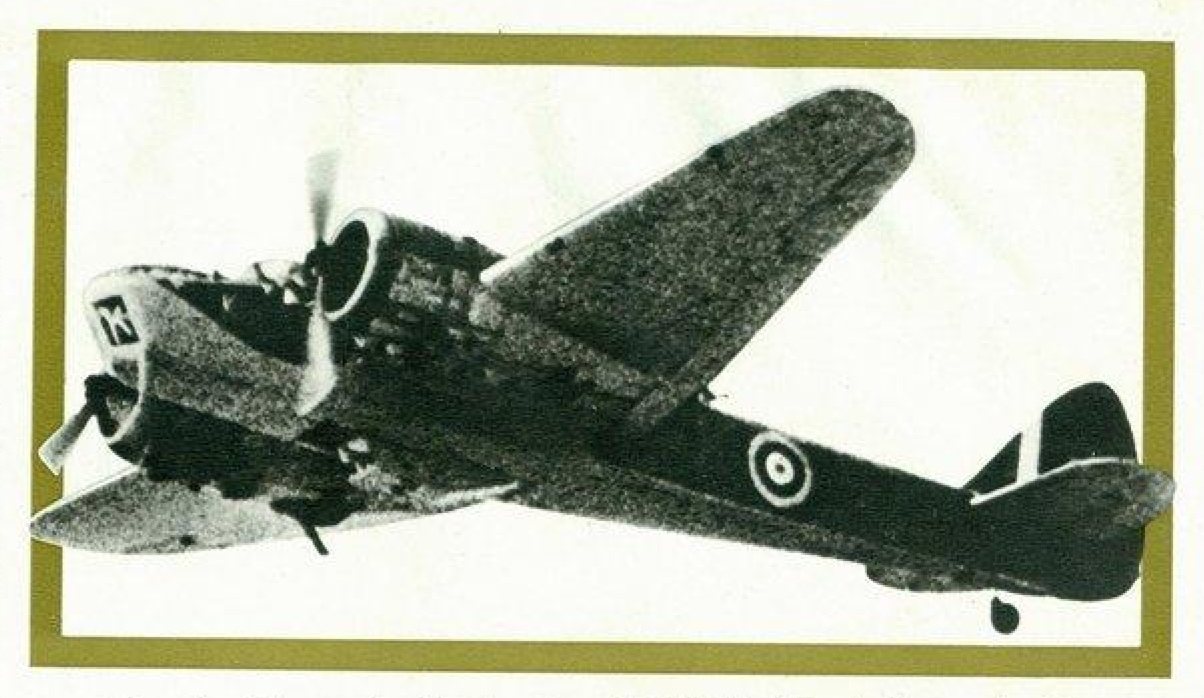
Exigencias prácticas

A estas consideraciones idealistas o teóricas se oponía el mando de bombarderos, que preveía las dificultades de su puesta en práctica. En efecto, para realizar bombardeos de precisión era necesario:

- poder situar los aviones sobre sus objetivos después de haber penetrado varios centenares de kilómetros en territorio enemigo, a pesar del mal tiempo y de la defensa alemana. Hemos hablado ya de las dificultades que surgían en los vuelos sin visibilidad. Estas dificultades se intensificaron al hacerse necesarios los cambios de ruta para evitar las zonas más defendidas;
- una vez situados en la zona determinada, las tripulaciones tenían que localizar el objetivo, confundido o hábilmente enmascarado entre otros muchos semejantes, mientras les cegaban las luces de los reflectores y el resplandor de los proyectiles antiaéreos al estallar. En estas condiciones, los pilotos se veían obligados a dar vueltas, a veces durante media hora, antes de identificar el objetivo;
- luego el piloto tenía que volar unos quince kilómetros en línea recta y a una altura tal que pudiera identificar el objetivo previsto y arrojar las bombas en el punto preciso, mientras se hallaba física y mentalmente turbado por las explosiones y los ataques de los cazas enemigos.

Los hombres capaces de actuar en estas condiciones constituían una minoría. Muchos se consideraron capacitados para la prueba e hicieron todo lo posible para superarla, pero sucumbieron en el intento. Cuando se trataba de un pequeño objetivo aislado, cada bomba que no daba en el blanco se malgastaba; en cambio, en aglomeraciones industriales cabía la posibilidad de alcanzar casualmente otros objetivos de importancia militar y, en último caso, las explosiones influían en la moral de la población.

El 25 de octubre, sir Charles Portal fue nombrado jefe de Estado Mayor del Aire y en el mando de bombarderos le sustituyó el segundo Jefe de dicho Estado Mayor, sir Richard Peirse. Pero esta sustitución no produjo los efectos que se esperaban. Con el cambio de cargos, estos oficiales de alto grado adoptaron también el punto de vista de las organizaciones a su mando. Sir Richard Peirse insistió en las dificultades técnicas, mientras que sir Charles Portal se convirtió en el promotor de una victoria rápida que se conseguiría mediante bombardeos de precisión sobre las industrias petrolíferas alemanas. De todos modos, se produjo un cambio bastante significativo en las directivas del 30 de octubre. Las industrias petrolíferas eran todavía el objetivo principal en las noches de luna, pero como alternativa «había que efectuar ataques regulares y concentrados sobre objetivos de ciudades importantes y en centros industriales, con el fin de ocasionar una gran destrucción material que demostrara al enemigo la potencia y gravedad de la ofensiva aérea, y las privaciones y perjuicio que de ella se derivarían». El objetivo tenía que ser la destrucción de la voluntad del pueblo alemán para continuar la guerra.

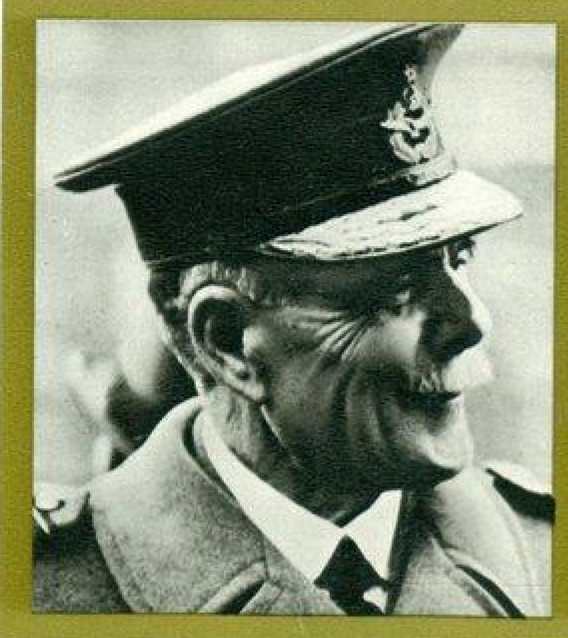


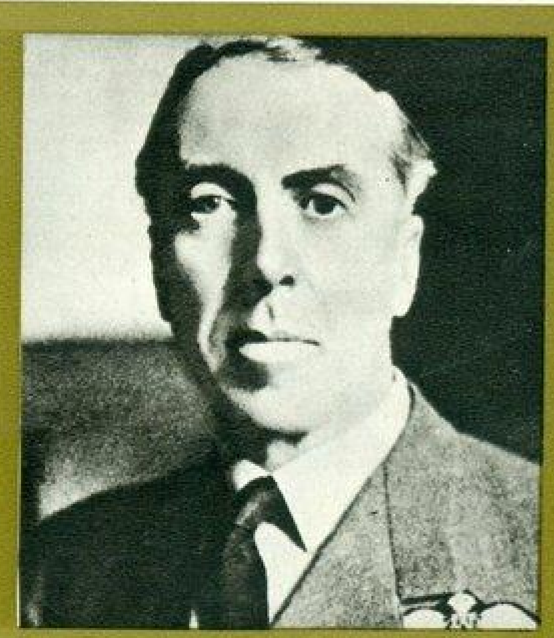
Un «Bristol Blenheim», el avión «para todo» de la Royal Air Force, usado como bombardero, para reconocimiento y como caza de gran radio de acción. *(History of the Second World War)*

El precio es elevado

Hemos escogido algunos episodios para explicar de qué modo el mando de bombarderos trató de cumplir las órdenes recibidas. El día 12 de agosto, cinco *Hampden* fueron enviados a bombardear el canal de Dortmund-Ems, importante vía de comunicación industrial que figuraba en los primeros puestos en la lista de los objetivos. El canal, que atravesaba un gran río, era fácilmente identificable, pero estaba muy bien defendido por

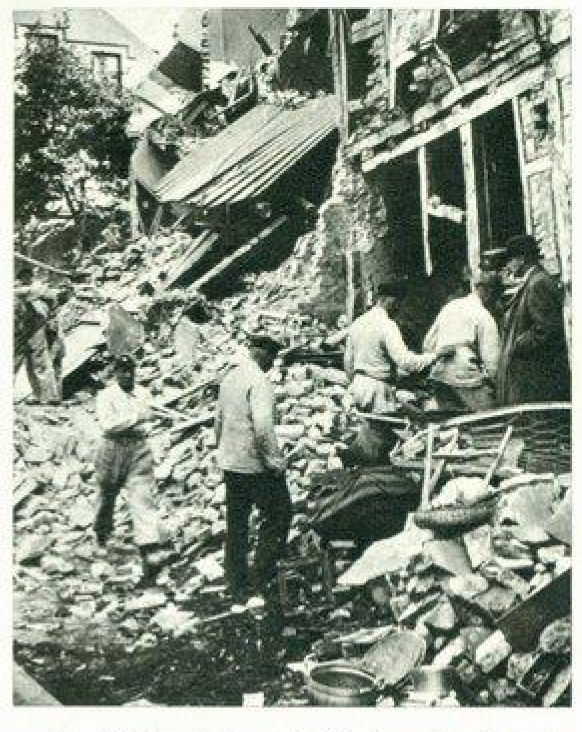
Dos jefes de la RAF: los tenientes generales lord Trenchard a la izquierda y sir Richard Peirse. *(History of the Second World War)*

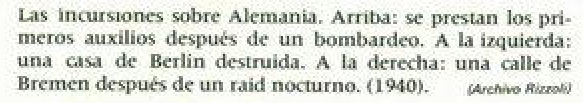












Las incursiones sobre Alemania. Arriba: se prestan los primeros auxilios después de un bombardeo. A la izquierda: una casa de Berlin destruida. A la derecha: una calle de Bremen después de un raid nocturno. (1940). *(Archivo Rizzoli)*

la artillería antiaérea enemiga. Los dos primeros aviones fueron derribados antes de alcanzar el objetivo; otros dos casi lo alcanzaron y resultaron gravemente dañados. Finalmente, el comandante de los bombarderos, capitán Learoyd, alcanzó un objetivo situado en la orilla del canal y por esta acción le fue concedida la *Victoria Cross*. Fue preciso desecar el canal, y por espacio de dos días las barcas no pudieron transitar por él. Así, pues, el bombardeo de precisión podía resultar eficaz, pero exigía un precio muy alto y hombres muy bien preparados y de gran experiencia.

Las tripulaciones de los bombarderos siguieron jactándose de inesperados éxitos al identificar y alcanzar unos objetivos bien definidos. Quizá su entusiasmo fue estimulado por los oficiales de información, encargados de resumir los resultados de las misiones, muchos de los cuales carecían de experiencia operativa y deseaban dar una versión edificante para sus superiores y para el público. Por ejemplo, el informe sobre un bombardeo efectuado el 7 de octubre sobre Berlín contenía un resumen muy detallado de cada uno de los edificios identificados y alcanzados, que no se ajustaba a los límites de visibilidad nocturna reseñados por otras tripulaciones.

Las dudas empezaron a generalizarse el 7 de noviembre, después de una incursión sobre las fábricas Krupp, en Essen, efectuada por aviones *Wellington, Hampden* y *Blenheim*. Cada uno de los escuadrones dio una versión diferente e incompatible, hasta el punto de que se consideró probable que ninguno de los aviones hubiera estado donde creía haber realizado el ataque, y que, engañados por la falsa iluminación del enemigo, hubieran arrojado sus bombas en pleno campo. En algunos aviones se instalaron aparatos fotográficos para obtener una visión de la zona del objetivo en el momento del bombardeo, pero no se disponía de cámaras suficientes y, además, no gustaban a las tripulaciones. Se podía conseguir una información más eficaz fotografiando los daños causados después del ataque. Esta misión se confiaba a los aviones de la unidad de reconocimiento fotográfico del mando de la aviación costera. Esta unidad se constituyó el 16 de noviembre y disponía de aviones *Spitfire*, sin armamento, que operaban a tal altura y velocidad, que podían esquivar el fuego de artillería antiaérea y, asimismo, los cazas enemigos.

La incursión sobre Mannheim, del 19 de diciembre, efectuada por 134 aviones, fue el comienzo de una nueva fase. Siguiendo la táctica usada por los alemanes el 14 y 15 de noviembre en el ataque a Coventry, el bombardeo fue realizado por aviones *Wellington*, que tenían la misión de arrojar bombas incendiarias en el centro de la ciudad, a fin de que el resplandor de los incendios pudiera servir de guía y punto de referencia a los aviones de la segunda oleada, los cuales arrojarían bombas de gran potencia explosiva. Cien aparatos se vanagloriaron de haber arrojado sus bombas sobre el objetivo, por lo que se creyó que la incursión había sido un éxito; pero unas fotos obtenidas algunos días después por un *Spitfire* de reconocimiento dieron una versión del suceso completamente distinta. Los daños habían sido considerables, pero en zonas alejadas entre sí. Probablemente muchos de los incendios se produjeron muy lejos de la zona fijada y los aviones de bombardeo, siguiendo las órdenes recibidas, arrojaron sus bombas sobre ellos, pero sin lograr destruir el potencial industrial, según se había proyectado.

Poco tiempo después se acrecentó la desilusión cuando se publicaron las fotos de las refinerías de petróleo de Gelsenkirchen, en el Ruhr. Ninguna de las dos refinerías sufrió daños a pesar de que 196 aviones, en sucesivas incursiones, arrojaron 260 toneladas de bombas explosivas e incendiarias. Evidentemente, la mayor parte de los aviones atacantes arrojó sus bombas a varios kilómetros del objetivo, y aunque se hubiera alcanzado alguno, el caso era que las refinerías continuaban en pie.

El Ministerio de la Producción Aérea fue requerido para fabricar mayor cantidad de cámaras fotográficas destinadas a los bombarderos. Se discutió también sobre el empleo de tripulaciones especializadas en localizar objetivos, con objeto de asesorar a las tripulaciones menos expertas; pero esta idea no se puso en práctica inmediatamente, aunque, con el tiempo, dio lugar a la creación de los *Pathfinder*, aviones cuya misión consistía en trazar una línea de señales luminosas para los bombarderos. Asimismo, se tenía conciencia de que era necesario disponer de bombas mejores. En efecto, las bombas inglesas eran, sin duda, menos eficaces que las alemanas: su contenido en explosivo, el anticuado amato, equivalía a la mitad de una bomba alemana del mismo peso y además se reveló poco eficaz, pues muchas de las bombas no llegaban a estallar.

Se decidió producir mejores y más pesados artefactos, pero todavía debió de pasar mucho tiempo antes de que pudiera disponerse del número suficiente.

A fines de 1940, el mando de bombarderos estaba buscando todavía el modo y los medios para llevar la guerra al frente interior de Alemania. Ya que era evidente que las tripulaciones no eran capaces de localizar y alcanzar los objetivos previstos, la consecuencia lógica era asignarles otros objetivos más amplios y más fáciles de identificar y de conseguir. Como más tarde diría sir Charles Portal, «no vale la pena perseguir el fin más conveniente desde el punto de vista económico si no es tácticamente alcanzable».



ARTHUR E. SLATER

Nació en Kent en 1895 y estudió en el King's College de la Universidad de Londres. Participó en la primera Guerra Mundial, en las filas del Regimiento de Devonshire, siendo herido en la batalla del Somme. Destinado a la sección de ametralladoras y herido de nuevo quedó inválido y, en 1919, tuvo que retirarse del servicio activo con el grado de teniente. Con posterioridad fue admitido como asistente de primer grado en el Ministerio del Aire, encargado del reglamento de la RAF y de la revisión del manual de legislación para las fuerzas aéreas británicas. Desde 1930 a 1935 fue secretario privado de sir Hugh Dowding, entonces representante del Aire en el Consejo de Investigación y Realizaciones. Se le nombró subsecretario en 1951 y se retiró en 1956.

INCURSIONES NOCTURNAS

Philip Simpson

Después de la acostumbrada prueba de vuelo de cada mañana, las tripulaciones se dirigieron en grupos hacia su club para enterarse de las misiones que se habían de efectuar aquella misma noche. Fijadas en sus correspondientes tablillas, figuraban las citaciones para doce tripulaciones: o sea, la mitad de las disponibilidades máximas del escuadrón, entre las cuales se hallaba el bombardero *Wellington* señalado con la letra M de *Monkey*.

El piloto y el oficial de ruta de este bombardero entraron en el club de oficiales, escribieron su nombre en los partes de misión y rechazaron la cerveza que se les ofreció antes de comer. Charlaron un poco con otros oficiales. Reinaba ya cierta tensión en el ambiente.

El oficial superior agregado al Servicio de Información, que llevaba bajo la insignia de piloto las condecoraciones de la primera Guerra Mundial, entró y dijo: «La reunión es a las tres, muchachos». Casi inmediatamente, sus palabras fueron confirmadas por la voz metálica de los altavoces, que anunciaban en todo el campo: «Las tripulaciones destinadas para la misión deben presentarse a fin de recibir instrucciones a las 15 horas en punto».

Después del almuerzo, seguido de una pequeña siesta en la butaca, los dos oficiales se dirigieron lentamente hacia la sala de conferencias, instalada en uno de los hangares. En la puerta, el soldado de la Policía Militar que estaba de servicio examinó sus documentos y les deseó suerte; luego pasaron a la sala, donde se habían colocado varias hileras de sillas frente a un estrado. Detrás de éste, un gran mapa de Europa septentrional y occidental ocupaba toda la pared. Una hoja de papel cubría casi totalmente Holanda y Alemania, y una cinta roja, fijada con un alfiler, partía del campo de aviación de Lincolnshire, atravesaba el mar del Norte y desaparecía detrás del papel.

En la sala se oía hablar a 72 hombres, que trataban de disimular su nerviosismo con bromas. De pronto se hizo el silencio al iluminarse con reflectores el estrado, al que subió un grupo de oficiales, entre los que se hallaban los comandantes de la base y del escuadrón. Nadie hasta entonces había mencionado el posible destino de aquella noche; ni siquiera se trató de adivinarlo.

El comandante del escuadrón, un joven teniente coronel con el distintivo del DFC (Distinguished Flying Cross, condecoración al mérito aéreo), se acercó al mapa y separó el papel que lo cubría en parte. Hubo un silencio, una pausa y, después, un profundo suspiro, casi un lamento, cuando pudieron ver el objetivo que se encontraba en medio del territorio enemigo.

El comandante dijo: «Sí, muchachos, otra vez Mannheim. Sabéis que se trata de una ruta endiabladamente larga, pero la defensa antiaérea no es muy fuerte. Al menos no lo era la última vez que estuve allí. El oficial de información os dará detalles de los objetivos que deben atacarse, sobre la defensa antiaérea, etc.»

En efecto, un joven oficial de información se adelantó, sosteniendo en la mano un puntero: «Sí, señores, es decir, muchachos...» La voz del oficial sonaba alta y clara, esforzándose en mantener un aire tranquilo. Una vez terminado su informe, el oficial abandonó el estrado y tomó la palabra el jefe del Servicio de Observación, que dio instrucciones sobre la ruta que se debía seguir. Después, el oficial de armamento habló de la carga de las bombas y el oficial de transmisiones explicó las diversas claves para la operación nocturna. Después le tocó el turno al oficial del Servicio Meteorológico, el cual, junto con los mapas del tiempo, proyectó diapositivas de mujeres medio desnudas, que las tripulaciones acogieron con gritos de entusiasmo.

Un pequeño discurso del coronel, comandante de la base, cerró el acto, y mientras los oficiales de mayor grado abandonaban la sala, las tripulaciones se dirigieron a los vestuarios para ponerse el mono de vuelo. Recogieron su comida de a bordo –chocolate, chiclé y azúcar de cebada– y pasaron luego por el vecino almacén para hacerse cargo de su paracaídas. Los oficiales de observación que habían quedado en la sala estudiaban la ruta sobre el mapa.

A las 17, todos los hombres, a excepción de los oficiales de ruta, subían en los camiones descubiertos y se dirigían hacia los aviones, dispersos por el campo, bajo el gris atardecer de Lincolnshire.

El M de *Monkey* se destacaba, pequeño y oscuro, contra el cielo. Se intercambiaron algunas frases ingeniosas entre la tripulación y los hombres que prestaban servicio en tierra, los cuales se hallaban alrededor del aparato fingiendo ocuparse en los últimos preparativos, aunque en realidad estaban allí sólo para despedir a sus compañeros y desearles buena suerte. Finalmente, la tripulación desapareció por la escalera metálica del aparato. El oficial de ruta, entretenido hasta el último momento en sus cálculos, llegó en un pequeño furgón y subió al *Wimpey*, llevando consigo un gran saco de tela verde y un sextante.

Después de comprobar que todo estaba en orden, el piloto abrió el interfono y pasó lista, llamando uno por uno a todos los miembros de la tripulación y comprobando si estaban listos para emprender el vuelo. Cuando todos hubieron contestado, se puso en contacto con la torre de control e informó al oficial de servicio de que M de *Monkey* estaba preparado para el despegue. En la torre de control se encendió durante un segundo una luz verde como respuesta y el piloto aflojó los frenos. Lentamente, el avión inició su viaje hacia Mannheim.

Mientras se deslizaba sobre la hierba para colocarse en el punto de despegue, indicado por una furgoneta, la tripulación se abrochó los cinturones de seguridad e hizo los preparativos finales para el vuelo. Unos cuantos hombres, en pie cerca de la furgoneta, les desearon buena suerte, mientras el avión seguía la fila de luces intermitentes. El primer piloto abrió el interfono y el segundo hizo lo mismo después. Una luz verde se encendió en el techo de la furgoneta, y el piloto respondió encendiendo durante un segundo los faros de aterrizaje. M de *Monkey* tenía vía libre para despegar.

En el interior del avión, la tripulación permanecía sentada. Todos estaban en tensión mientras el piloto empujaba hacia delante las dos manijas del gas. El fuselaje vibró y las alas parecieron ondear un instante, mientras los frenos quedaban libres y el pesado avión empezaba a moverse de nuevo lentamente sobre la hierba. A medida que iba adquiriendo velocidad, el segundo piloto leía en voz alta las indicaciones del anemómetro conforme la aguja se iba moviendo, y cuando el primer piloto lo consideró conveniente atrajo hacia sí el pequeño volante y el *Wellington* despegó.

Concluida esta maniobra y una vez tomado el rumbo justo, después de haber sobrevolado el campo, la tripulación se ocupó de sus tareas. Los artilleros de proa empezaron a mirar el oscuro cielo nocturno, tratando de acostumbrarse a la oscuridad. El radiotelegrafista, en su mesa, detrás del oficial de observación, hacía girar lentamente los mandos de diversos aparatos para que estuvieran sintonizados con las distintas estaciones de tierra en caso de una llamada de urgencia. El oficial de observación, iluminado solamente por el reflejo de la luz de la tabla de navegación, estaba confrontando la ruta señalada en el mapa con algunos planos que mantenía abiertos sobre sus rodillas.

En la cabina de mando, los dos pilotos permanecían uno junto a otro, casi inmóviles, como si estuvieran medio dormidos, con la cabeza hundida en el cuello alzado de la cazadora forrada de piel. De cuando en cuando, uno de ellos se movía señalando un aparato determinado; el otro respondía con una señal de asentimiento o bien accionando alguno de los mandos de control. Después de casi veinte minutos de vuelo en la primera ruta, el segundo piloto rompió el largo silencio para anunciar al oficial de observación, a través del interfono, que había avistado la costa.

Dicho oficial entró entonces en la cabina de mando y se colocó detrás del segundo piloto, buscando un punto de referencia determinado que permitiera establecer una situación exacta y poder trazar, así, una ruta en el mapa. Como el piloto tenía la facultad de dirigirse al objetivo escogiendo la ruta, era necesario controlar constantemente la posición sobre el mapa, por si fuera necesario decidir, por cualquier razón, un cambio de rumbo. Luego, el oficial de observación regresó a su mesa y señaló el punto de referencia en tierra antes de llamar al comandante para comunicarle la ruta que debía seguir. Debía cruzar el mar del Norte, hasta un punto cerca de Ostende, donde viraría hacia el Este, siguiendo determinada ruta y llegaría al Rhin, al sur de Coblenza. Desde allí, tenían que dirigirse hacia el Sur, hasta la zona de ataque.

Cuando estuvieron muy lejos de tierra, el artillero de cola, con la voz ligeramente jadeante a causa del aire enrarecido, solicitó permiso para probar las armas, disparando en el mar que estaban sobrevolando. El primer piloto se lo concedió, y después ordenó al segundo piloto que abriera el oxígeno, recordando esta necesidad después de oír la voz del artillero. Al mismo tiempo comprobó que el IFF[1] (Identificación –Friend or Foe: reconocimiento–amigo o enemigo) estuviera ce-

[1] Aparato electrónico usado por los aviones británicos para darse a conocer a su propia defensa

«...La tripulación subió por la escalera metálica que desaparecía en la proa del fuselaje...» «...Los dos pilotos, sentados uno al lado del otro, sin apenas moverse, como medio dormidos...» *(Robert Hunt)*

rrado. Incluso a través de las máscaras de oxígeno la tripulación percibía el olor del explosivo disparado por las armas, lo que les recordó el peligro de la misión: a partir de aquel momento la tensión aumentó.

Más allá de Ostende, el suelo estaba cubierto de nubes bajas, y el avión tenía que dirigirse hacia Coblenza sin ningún punto de referencia en tierra. Dos minutos después, cuando bajo el aparato el cielo se coloreó con las luces rojas, verdes y amarillas de los antiaéreos (sin que el oficial de observación, encerrado en su cabina oscura, se diera cuenta), el piloto abrió el interfono y comentó: «Esto es Ostende, a no ser que sea Ramsgate». Al oficial de observación no le divirtió mucho la indirecta sobre su capacidad para determinar el rumbo, e irritado, empezó a sacar varios apuntes y tablas para «hacer el punto», basándose en observaciones astronómicas.

Entre tanto, M de *Monkey* avanzaba a toda velocidad hacia el Este, por encima de las oscuras colinas de la Bélgica ocupada.

Noventa minutos después, el oficial de observación trazó un segundo punto, obtenido con el sextante y tomando como referencia la luna y dos estrellas. Abrió el interfono y dio autorización al piloto para continuar el rumbo en zigzag, que era el que prefería seguir siempre que el avión volaba sobre territorio enemigo, y dijo: «Vamos por buen camino, ahora voy con vosotros para determinar un punto de referencia en tierra. Si veis algo que se parezca a un río, silbad». Tomó el plano de la zona de Estrasburgo, cerró el interfono y se quitó la máscara de oxígeno: después entró en la cabina y se colocó detrás del piloto.

Bajo el avión, las nubes habían desaparecido y con la luz de la luna se podía distinguir el paisaje de colinas boscosas. Toda la tripulación, excepto el radiotelegrafista, que estaba sintonizando tranquilamente el programa de la BBC, miraba hacia abajo, tratando de descubrir algún indicio de agua. De pronto, el segundo piloto señaló hacia la derecha. El oficial de observación dijo: «Podría ser el Nahe, el Mosela o el Rhin. Vamos a verlo y trataré de localizarlo en el plano».

Más tarde, el oficial, tras haber establecido la situación, descendió a proa del avión para cumplir su segunda misión: la de bombardeo. Echado en el suelo, con una luz anaranjada que iluminaba débilmente su mapa, siguió el rumbo hasta que el Rhin se encontró justamente debajo del aparato. Al mismo tiempo, trabajando a oscuras, instintivamente, empezó a preparar las tablas de tiro y el visor. Después de indicar al piloto que virase hacia el Sudeste y continuara sobre la orilla derecha del río, se concentró cada vez más en el terreno que tenía debajo.

El rumbo Sudeste llevó el avión hasta Bingen, a diez minutos tan sólo de Mannheim: el Rhin discurría por la izquierda, estrechándose a lo lejos, pero reflejaba aún la luz de la luna. Nadie hablaba, y no se oía más que la pesada respiración del artillero de cola, que mantenía abierto el interfono para poder informar inmediatamente en caso de avistar algún caza enemigo. Todos los miembros de la tripulación se disponían, en silencio, a enfrentarse con el peligro de los diez minutos siguientes.

De pronto pareció que el río se dirigía hacia el bombardero, y el oficial de observación se apresuró a controlar la brújula del visor para asegurarse de que el avión no había cambiado su rumbo hacia el río: pero precisamente entonces una gran ciudad apareció debajo de él. «Worms», pensó al ver la extraña forma del lago que se extendía al sudeste de la ciudad. Estaba ya seguro de que se dirigían hacia Mannheim y que faltaban solamente quince kilómetros, pues delante del avión el cielo se iluminaba por los disparos de los antiaéreos.

En consecuencia, indicó al piloto que continuara en aquella misma dirección hasta que llegara al punto en que el río se dividía, mientras tanto, apuntaba a través de los retículos del visor. De pronto, apareció el cruce del río. «Allí está», gritó el oficial de observación. El piloto respondió: «Ya lo he visto, pero daré un par de vueltas por encima para estar seguro de que esta vez es el sitio preciso. Vigila bien a los alemanes y ten cuidado de que no nos acerquemos demasiado a algún compañero nuestro».

Mientras el avión volaba sobre la zona que debía bombardear, unos blancos relámpagos rompían la oscuridad que había debajo de él, lo que indicaba que otros aviones estaban descargando sus bombas. Los fuegos de los antiaéreos, rojos a lo lejos pero blancos y amarillos de cerca, iluminaban el espacio alrededor. Un reflector agitaba su plateada luz, emergiendo repentinamente de la tierra.

El piloto dio dos vueltas sobre el objetivo antes de alejarse para poder efectuar el ataque con la luna detrás, facilitando así la tarea del oficial de observación. Colocándose en la dirección del objetivo, el piloto avisó a la tripulación que empezaba la ruta de ataque. A partir de aquel momento, la tensión aumentó al máximo. Pero el piloto consiguió aligerarla diciendo que podían contribuir personalmente a la incursión arrojando botellas de cerveza vacías.

La voz del oficial de observación era entonces la única que se oía por el interfono: «Está bien; procura mantener así el avión; a la izquierda, más a la izquierda. Más, más a la izquierda. Está bien, así, así. Continúa así». De pronto, su voz se alzó excitada cuando oprimió el botón para arrojar las bombas: «Las bombas han salido ya –gritó–. Quizás esta vez hayamos dado en el blanco. Podía ver los *docks* muy bien.»

Inmediatamente, todos los miembros de la tripulación se pusieron a hablar simultáneamente a través del interfono para expresar su parecer sobre el éxito de la incursión. Pero el piloto se impuso y les hizo callar: el tono autoritario de su voz consiguió calmarlos. El oficial de observación, bromeando, golpeó el pie del artillero a proa y luego regresó a su mesa cruzando la cabina de mando, conectó el interfono y se colocó la máscara de oxígeno. Preguntó al piloto qué rumbo seguía: «Dos-siete-cero. Nos hallamos justo encima de Ludwigshafen». Satisfecho, el oficial de observación se inclinó sobre el mapa y trazó la ruta a seguir para el regreso.

Una vez pasada la excitación y la tensión para localizar y alcanzar el objetivo, el piloto ordenó a la tripulación que se mantuviera muy atenta por si aparecían los cazas enemigos y, al mismo tiempo, mientras la acción era aún reciente, pidió a todos su opinión sobre el ataque.

El oficial de ruta anotó los comentarios de la tripulación en su cuaderno.

El artillero de cola dijo que, mientras se alejaba del objetivo vio explotar varias bombas en el muelle de las gabarras, y el segundo piloto observó como otro *Wellington* cruzaba a unos cien metros, aproximadamente, por encima de ellos, recortando su silueta claramente a la luz de la luna. Otras opiniones eran confusas, pero optimistas.

Poco a poco dejaron atrás los rojos disparos antiaéreos, y la tripulación empezó a pensar en la vuelta a casa. Imaginaban la escena del informe, cuando refirieran al oficial correspondiente el éxito de la empresa mientras bebían ovomaltina con ron. Reuniendo las versiones de todos los tripulantes del escuadrón se podría juzgar el éxito de la incursión, que serviría para redactar el informe destinado al mando.

Pero solamente los alemanes sabían si M de *Monkey* y sus compañeros habían alcanzado el objetivo.

PHILIP SIMPSON



Antes de la guerra estaba agregado al Servicio de Vigilancia Aérea en Croydon. Cuando estalló el conflicto ingresó en el Cuerpo de cadetes de la Defensa Aérea. Durante la llamada «drôle de guerre» prestó servicio como voluntario, ocupándose del correo de la RAF. En 1941 se enroló en la Aviación, siguió el curso de adiestramiento como observador, y ascendió a oficial de ruta en los escuadrones 100, 138 y 166 del mando de bombarderos. Después de haber enseñado en escuelas para niños subnormales, actualmente da conferencias sobre la educación de subnormales o retrasados mentales.

Junio-septiembre de 1940



LA GUERRA EN AFRICA DEL NORTE

Giuseppe Mancinelli
general

La peligrosa tensión que, en 1935-36, habia originado la agresión italiana a Etiopía provocó, por primera vez, en el Estado Mayor italiano la preocupación por una posibilidad concreta de conflicto con Francia e Inglaterra. En el transcurso de los cuatro años siguientes, los italianos mantuvieron en África unas posiciones estrictamente defensivas, hasta que Mussolini, movido por la ilusión de una inminente invasión de Inglaterra por parte de Alemania, aceleró los preparativos para la ofensiva en Egipto.

PRIMERAS OPERACIONES EN LA FRONTERA EGIPCIA

En ocasión de un curso de altos estudios militares que se desarrolló en Roma, en la época del conflicto ítalo-etíope, el segundo jefe del Estado Mayor del Ejército afirmó categóricamente, al concluir un examen sobre la situación estratégica general, que «la decisión de un futuro conflicto contra Francia e Inglaterra, en el que se viese envuelta también Italia, tendría lugar en África» (del Norte)[1]. De ello se desprendía, lógicamente, que era necesario empezar a organizar aquella colonia en forma adecuada, enviando unidades bien equipadas, aptas para la guerra moderna en el desierto y capacitadas para alcanzar rápidamente objetivos decisivos.

Hasta 1935 sólo habíamos mantenido en Libia alrededor de 20.000 hombres, los suficientes para las exigencias de la seguridad interna; pero no se había previsto ningún dispositivo defensivo en las fronteras ni organización logística alguna proporcionada a las fuerzas. Durante la tensión que produjo la guerra contra Etiopía se aumentó considerablemente el número de hombres; pero hasta enero de 1937 no llegó a afrontarse el problema de la preparación militar de África septentrional; y así, poco después, en el mes de abril, se decidió la creación de un Mando Superior de las fuerzas armadas, que disponía de dos Cuerpos de Ejército y cuatro divisiones (con un total de 60.000 hombres). A la vez se inició la organización defensiva de las fronteras. En 1938 se decidió organizar un Cuerpo Expedicionario (otros dos Cuerpos de Ejército y cuatro divisiones) que se enviaría desde la metrópoli como refuerzo en caso de necesidad. Con ello parecía que ya se había hecho bastante para potenciar aquel sector norteafricano en sentido cuantitativo. Pero, cualitativamente hablando, este esfuerzo no era válido en relación a las exigencias de la guerra moderna en aquel ambiente geográfico y táctico, que ofrece un terreno ideal para la maniobra de unidades motorizadas y acorazadas. A este respecto la situación era crítica, porque no había suficientes medios motorizados. En cuanto a vehículos acorazados, el ejército africano disponía solamente de carros ligeros, de tres toneladas, armados con una única ametralladora y vulnerables al tiro de cualquier arma superior al fusil. En julio de 1940, ya iniciada la guerra, se recibieron 70 vehículos medios, de once toneladas, armados con un pequeño cañón de 37 mm, que en aquel momento podían compararse, sin desmerecer, con el material similar que poseían los británicos; pero, por desgracia, pronto revelaron serias dificultades mecánicas al ser empleados en el desierto. Por otra parte, un gravísimo defecto de nuestra organización estribaba en la casi absoluta ausencia de defensa antiaérea y en la carencia total de armas contracarros, circunstancia que, ya en aquellos tiempos, hacía casi inútil cualquier dispositivo de defensa. En aviación había una amplia gama de material, pero en gran parte anticuado y, a menudo, inutilizable a causa de las continuas averías.

Los planes de operaciones

En 1938 los planes de operaciones[2] preveían, por una parte, la posibilidad de adoptar una actitud defensiva en la frontera tunecina, con objeto de asegurar la cobertura de Trípoli frente a un adversario considerado más fuerte, y por otra, acumular importantes efectivos en la frontera con Egipto en previsión de poder lanzar una *arrolladora* ofensiva, cuyos objetivos, excesivamente ambiciosos como luego se vio, tenían como meta Alejandría.

El mariscal Balbo, gobernador y general en jefe de las tropas en África del Norte, se percataba de la insuficiencia de los medios puestos a su disposición y pedía más refuerzos. El jefe del Estado Mayor del Ejército, general Pariani, estaba de acuerdo con él: en África del Norte se necesitaban por lo menos unas 18 divisiones, seis para la defensa y 12, motorizables, para la ofensiva... Pero no se iba más allá de este reconocimiento platónico y no se hacía nada para aumentar el nivel operativo de las unidades.

En enero de 1939, Mussolini intervino para calmar estos ardores ofensivos, y dispuso que en el frente líbico, tanto del Este como del Oeste, la actitud adecuada debía ser absolutamente defensiva. Pero en junio, tras una visita del general Badoglio, jefe del Estado Mayor General, se vislumbró un atisbo de esperanza: reconociendo como insatisfactorio, en su conjunto, el estado de preparación militar de la colonia, dejó entrever la posibilidad de «disponer» el envío de mayores efectivos ante una eventual ofensiva.

Veleidades ofensivas

Al estallar la guerra, y durante el período de nuestra no beligerancia, se realizó el previsto traslado de las cuatro divisiones metropolitanas de refuerzo, a las que se unieron, sucesivamente, otras cuatro divisiones más de Camisas Negras, con características casi idénticas. A su vez, las tropas indígenas fueron reagrupadas en dos divisiones. De esta manera, el Mando Superior disponía de un conjunto de 14 divisiones que, siguiendo las directivas impartidas por el Estado Mayor del Ejército, adoptaron de inmediato el siguiente despliegue: un ejército, constituido con tres Cuerpos de Ejército y nueve divisiones, en el sector Oeste, considerado el más peligroso; un ejército, formado por dos Cuerpos de Ejército y cinco divisiones, en el sector oriental, y una Agrupación de fuerzas especiales en el frente sahariano.

Sin embargo, tras esta fachada prometedora, la situación del material y de los abastecimientos distaba mucho de ser brillante y se creía que no alcanzarían un cierto nivel satisfactorio antes de la primavera siguiente. Los trabajos para la fortificación de las zonas fronterizas estaban aún muy retrasados y las instalaciones carecían, en amplia medida, del adecuado armamento. A pesar de todo, el mariscal Balbo insistía en sus planes de invadir Egipto, para lo cual deseaba disponer de 13 divisiones, de las que dos habrían de ser acorazadas y otras dos aerotransportables. Badoglio no estaba de acuerdo con ello; pero Balbo insistió y encontró eco en el nuevo jefe de Estado Mayor del Ejército (mariscal Graziani, que había sustituido al general Pariani), el cual, en diciembre de 1939, le autorizó para iniciar el estudio de un plan ofensivo que debía «aplicarse en caso excepcional».

En vísperas de la intervención italiana, el 31 de marzo de 1940, Mussolini volvió a insistir en sus órdenes de que se mantuviese una actitud estrictamente defensiva. La proporción de fuerzas de los dos adversarios en el Norte de África fue apreciada de la siguiente manera en una reunión de jefes de Estado Mayor, celebrada el 6 de mayo de 1940: italianos, 130.000 hombres; franceses (Marruecos, Argelia y Túnez), 314.000; angloegipcios, 100.000. Además debía tenerse en cuenta la presencia potencial de las tropas francesas del general Weygand, en Siria (200.000 hombres), y las inglesas del general Wavell en Oriente Medio. El general Weygand, a la sazón, aún no había sido llamado para sustituir a Gamelin. Con la llegada de 80.000 hombres más, ya en camino, y con la asignación de otra división, llegaríamos a tener un total de unos 200.000 hombres, la mitad aproximadamente del total de nuestros adversarios: no era desde luego lo que necesitábamos, pero se consideraba suficiente para la acción defensiva.

La Aviación disponía de unos 70 aparatos de bombardeo, otros tantos de caza y 15 de reconocimiento. Como se ve, ahora y siempre, el único aspecto del problema tenido en cuenta era el cuantitativo, mientras se mantenía constantemente en el olvido el aspecto fundamental, o sea el de calidad del material. El 11 de mayo Balbo escribió directamente a Mussolini acerca de todo ello.

Sus peticiones no obtuvieron buena acogida en Roma, dentro del marco de la situación general. El 2 de junio se ordenó el traslado de una división acorazada de Albania a Libia; pero después, por haberse producido una serie de complicaciones, ya no se hizo nada más, y en consecuencia las cosas siguieron casi igual que antes y con muchísimos problemas sin resolver.

La situación concreta, tal y como se presentaba al romperse las hostilidades, indujo a Balbo a reforzar su Ejército oriental (el 10) a expensas del occidental (el 5). Tenía la intención de cruzar la frontera cuanto antes para ocupar el talud de Sollum, pero el convencimiento de su propia debilidad le obligaba a refrenarse y a no correr riesgos de ninguna clase que pudieran debilitar sus ya débiles efectivos.

Basándose en las experiencias adquiridas en los primeros encuentros con las fuerzas motorizadas británicas, el 20 de julio escribía a Badoglio: «...nuestros carros, viejos y armados tan sólo con ametralladoras, están anticuadísimos; las ametralladoras de los blindados ingleses los acribillan, y las balas atraviesan con facilidad la coraza... El material contracarro es anticuado... y el moderno está falto del municionamiento adecuado. Así, el combate es la lucha de la carne contra el hierro...»

El mismo día le llegó de Roma la autorización para invadir Egipto, y la promesa de que recibiría el material que le faltaba. Pero entonces se percataron de que Balbo siempre había silenciado el precio de sus planes: le faltaban mil camiones, cien vehículos anfibios, baterías antiaéreas y contracarro, carros medios y material de radio transmisiones. Animado por su exuberante fantasía, propuso ocupar Túnez y aprovisionarse *sur le champ*. El 25 de junio le llegó la promesa formal de Badoglio de que recibiría los pertrechos pedidos, incluida la aviación («...cuando tengas los 70 carros medios dominarás la situación. El mando inglés ha demostrado estar falto de iniciativas... Sigue adelante con los estudios para la ofensiva. El *Duce* está enardecido...»). Entre tanto, se había firmado el armisticio con Francia; Túnez permanecía fiel al gobierno de Vichy y Balbo podía así sacar del Ejército 5 los medios que necesitaba para reforzar el 10. «...Haz todo lo posible por estar preparado para el día 15 de julio», le escribía Badoglio el 28 de junio. Pero la misma noche Balbo caía trágicamente en Tobruk, abatido su avión por un error de nuestra defensa antiaérea, cuando éste regresaba de un vuelo de reconocimiento.

Graziani titubea

El nuevo comandante en jefe, Graziani, se apresuró a realizar un profundo análisis de la herencia que le había tocado en suerte, al término del cual no parecía estar muy satisfecho. Renovó la urgente petición de material, hecha ya por Balbo, y subrayó, una vez más, la insuficiencia de la aviación que Italia había destacado en África del Norte.

Badoglio insistía para que la ofensiva se desencadenara el 15 de julio, simultáneamente con una presumible acción germana contra las Islas Británicas: por lo tanto, debía contar tan sólo con el material que ya tenía, y le instaba a que le comunicara telegráficamente lo que consideraba como más indispensable, lo cual le sería enviado junto con los carros medios. En su mensaje, Badoglio recurrió, incluso, a la lisonja persuasiva, con el fin de despertar los antiguos ímpetus del valeroso jefe: «...ha superado en Somalia enormes dificultades; las superará ahora... Asegúremelo». Pero Graziani no cedió: «...Mándeme el material que le he pedido; me es indispensable. Entonces atacaré.»[4]

El 4 de julio reunió a sus oficiales y les expuso su propio concepto operativo en relación con la

[1] Francesco Rossi: *Mussolini e lo Stato Maggiore* ed. «Regionale», Roma, pág. 26.

[2] Los datos y documentos que se citan provienen, en su mayor parte, del informe del Departamento Histórico del Estado Mayor del Ejército: *In Africa Settentrionale –La preparazione al conflitto e l'avanzata su Sidi el -Barrani*, Roma 1955.

orden recibida: avanzar a lo largo de la línea costera, teniendo como objetivo Sollum. Se decidiría más tarde si luego proseguirían (siempre y cuando el enemigo no opusiera una fuerte resistencia) o bien se detendrían para reorganizarse en la nueva línea con vistas a una fase posterior. Mientras tanto, se esperaba que llegaran los medios solicitados, sobre todo, los camiones, sin los cuales era imposible pensar en ningún tipo de maniobra sobre aquellas interminables extensiones por las que deberían avanzar.

El plan fue expuesto a Roma y Badoglio no estuvo de acuerdo; el 15 de julio comunicó a Graziani que no valía la pena moverse por tan poca cosa. Era preferible esperar la llegada del tan deseado material para actuar en profundidad, con una maniobra de largo alcance. Un convoy que transportaba la mayoría del material pedido debía llegar el 27 de julio, y así el ataque podría desencadenarse el 3 o el 4 de agosto. Pero sobrevinieron otros retrasos y se pensó en aplazarlo para el 15 de agosto, hasta que por fin se dio al mariscal Graziani plena libertad de decisión. Nuevamente se recurrió a la lisonja, esta vez por parte del *Duce*, en carta del 26 de julio, para vencer su presunta resistencia: «...Pronostico, y estoy en lo cierto, que tras haber hecho de yunque durante una semana (se alude a los molestos golpes de mano de los ingleses contra nuestra estática organización defensiva), podremos hacer de martillo a no tardar...; martillo que, empuñado por su firme brazo, seguramente ha de asestar golpes decisivos al enemigo...»

Pero entonces se produjo un hecho espectacular. Una carta de Graziani, con fecha del 29 de julio, reveló a Roma que sus perentorias exigencias eran tan sólo un subterfugio para aplazar la acción ofensiva que querían imponerle y que, en realidad, él no tenía intención de llevarla a cabo, al menos durante el verano: «...En esta época del año, tal acción debe considerarse irrealizable a causa del medio físico y topográfico...» En efecto, entonces las temperaturas eran máximas y el agua escasísima; había una única dirección de ataque, entre el mar y el desierto, con la consiguiente imposibilidad de maniobrar en el campo estratégico y muy limitada en el campo táctico, de tal manera que «...la acción sólo puede llevarse adelante, y con grandes dificultades, una vez terminada la estación cálida...; esto es, hacia fines de octubre».

Nunca se habían planteado con anterioridad dificultades de tal naturaleza ante los repetidos apremios para organizar la ofensiva. Graziani fue llamado a Roma el 5 de agosto, y tras un vivo intercambio de opiniones se tomó la decisión de emprender una ofensiva de objetivos limitados, con el fin de aligerar la molesta presión británica sobre la frontera cirenaica, y para asegurarse al mismo tiempo una base desde la que dar un paso posterior hacia el desierto oriental, más allá del talud de Sollum. Y, también, para levantar el ánimo de nuestras tropas, bastante abatido por la prolongada inactividad.

Pero otra vez prevalecieron las implicaciones de orden político sobre las razones militares. Mussolini no quería verse sorprendido por la victoria definitiva de los alemanes, que juzgaba inminente, sin haber intentado, por lo menos, conseguir un éxito para nuestras armas. El día 19 de agosto escribía a Graziani: «La invasión de Gran Bretaña está decidida y se ultiman los preparativos finales para su ejecución; quizá se efectúe dentro de una semana o quizá dentro de un mes. Pues bien; Vd. atacará el día en que el primer pelotón de soldados alemanes pise suelo inglés. Le repito una vez más que no hay objetivos territoriales; que no se trata de avanzar sobre Alejandría ni sobre Sollum. Tan sólo le pido que ataque a las fuerzas inglesas que tiene enfrente. Asumo por entero la responsabilidad personal de esta decisión mía...»

Graziani dio seguridades respecto al cumplimiento de las órdenes recibidas y en seguida impartió las suyas al jefe del Ejército 10, general Berti: debía estar dispuesto a entrar en acción a partir del 27 de agosto con el Cuerpo de Ejército XXI y el grupo de divisiones libias; el objetivo de la primera fase lo constituía el talud de Sollum, y en caso de resultado favorable explotaría al máximo el éxito alcanzado dirigiéndose a Sidi el-Barrani, adentrándose por lo tanto en territorio egipcio.

La ofensiva italiana de Sidi el-Barrani

Al planear la ofensiva, las fuerzas adversarias que se situaban enfrente habían sido evaluadas en tres divisiones, una de ellas acorazada, además del omnipresente y valioso *Camel Corps* (unidad a camello), de enorme e indiscutible importancia. El terreno por el que se avanzaría determinaba, más o menos, la maniobra en perspectiva: el talud de Sollum, abrupto y quebrado en toda su extensión, sólo podía ser superado por unidades motorizadas a través de dos pasos: al Norte, el de Sollum y Halfaya, a los que seguían las correspondientes carreteras no asfaltadas y de trazado en extremo irregular, y al Sur la pista para camiones de Bir Sofafi. Originariamente, la acción que debía emprenderse consistía en enviar el Cuerpo de Ejército XXI metropolitano, con dos divisiones en línea y otra en reserva, a lo largo de la franja costera, y confiar al grupo de divisiones libias completadas con la Agrupación Maletti, más móvil, un amplio movimiento envolvente por la derecha. Estaba previsto que las divisiones metropolitanas avanzaran a pie (lo que en aquella estación del año ya representaba un esfuerzo considerable), mientras que las unidades libias contarían con el número suficiente de vehículos para su transporte. Pero en la fecha establecida, este material tan necesario aún no había llegado de Italia, por lo que el comandante decidió modificar su plan y dirigirse, por la izquierda y a caballo de la vía de comunicación costera, hacia el objetivo Buq Buq-Sidi el-Barrani. Las divisiones libias con la infantería a pie, irían en primera línea y, luego, la Agrupación Maletti en una dirección más meridional, protegiendo el flanco derecho y neutralizando posibles amenazas de envolvimiento que podría oponer el adversario a lo largo de la progresión.

Al amanecer del día 13 de septiembre, el dispositivo de ataque se puso finalmente en movimiento, con mucha diligencia por parte de todos. Después de tanto discutir proyectos, más o menos ambiciosos, en los que no se habían descartado objetivos como Alejandría y el canal de Suez, nuestra primera ofensiva en Egipto recordaba mucho el parto de los montes, que dan a luz el consabido ratoncillo. Los ingleses, bajo el empuje del ataque, ejecutaron una brillante acción defensiva, con frecuentes repliegues y sin empeñarse nunca en combates de cierta consistencia. De este modo sus pérdidas fueron insignificantes, y sus unidades, a pesar de la imperiosa retirada, continuaban intactas.

En cambio, las columnas atacantes chocaron con grandes dificultades en el descenso de los taludes de Sollum y de Halfaya, al verse obligadas a ceñirse a la carretera; además los ingleses provocaban continuas e importantes interrupciones, sobre todo con minas, arma de enorme eficacia y aún no demasiado conocida por entonces. La artillería, por su parte, llevaba a cabo potentes concentraciones de fuego, y por si todo eso no fuera suficiente se sucedían continuamente los bombardeos aéreos.

La Agrupación Maletti vio su marcha muy entorpecida, en gran parte a causa de la escasa aptitud de los vehículos disponibles para operar en el terreno accidentado y arenoso que debía atravesar. También, con toda probabilidad, el enorme calor reinante determinó el funcionamiento anómalo de los motores, no preparados para ello. Tampoco hay que excluir la influencia negativa de la escasa preparación, ya que aquélla



Septiembre de 1940: tropas del Ejército italiano en Sidi el-Barrani, punto de detención del avance del mariscal Graziani en Egipto. (Archivo Rizzoli)

era la primera experiencia de una columna motorizada en una maniobra de cierta envergadura. El caso es que el avance de la Agrupación se vio pronto frenado, por lo que no pudo desempeñar su papel como ala en movimiento del dispositivo de ataque que se le había asignado en el plan de operaciones; en consecuencia, los destacamentos, constituidos por compactas formaciones prácticamente inmóviles, estuvieron expuestos a un severo castigo por parte de las formaciones de la RAF.

No obstante, tras varios combates poco encarnizados con la retaguardia enemiga, se alcanzó el objetivo de Sidi el-Barrani el 16 de septiembre. En los días que siguieron, los reconocimientos señalaban terreno completamente libre por todo el perímetro y en una profundidad de unos 30 km; pero Graziani, considerando alcanzado ya el límite máximo del «primer salto», decidió establecerse en las posiciones ocupadas para esperar el material que debía llegar de la metrópoli (¡y que todavía no había llegado!), reorganizar las unidades, adelantar el despliegue logístico y restablecer de nuevo las comunicaciones por carretera con la retaguardia.

Nuestras pérdidas, algo inferiores a las anunciadas por los ingleses, sumaron 120 muertos y 410 heridos.

La operación nos había proporcionado una excelente base para el lanzamiento de posteriores ataques; mas para que todo el esfuerzo realizado rindiera el debido fruto era preciso desencadenar sin mayor dilación otro golpe, para el que, desgraciadamente, no estábamos preparados en absoluto. Se había buscado, por encima de todo, una clara demostración de fuerza, que Roma deseaba por evidentes razones de prestigio, especialmente de cara a nuestro aliado; pero, lejos de conseguirlo, habíamos revelado al enemigo los modestos límites de nuestras posibilidades operativas.



LOS TREINTA MIL DE WAVELL

John Connell

En el curso de una breve y memorable campaña, desarrollada durante las últimas semanas de 1940 y los primeros días de 1941, los ingleses derrotaron a los italianos en Egipto y en Cirenaica. Fue la primera ofensiva británica y la primera victoria terrestre. Las consecuencias psicológicas y prácticas fueron enormes. Este episodio se hizo legendario, incluso antes de que la acción hubiese terminado; después, sin embargo, otros acontecimientos que de momento parecían más importantes, en sentido positivo o negativo, hicieron que tan brillante operación fuese completamente olvidada.

Vista a la luz de la historia y expuesta en su desnuda y cruda realidad, la legendaria y casi olvidada campaña de Wavell en el desierto adquiere un inusitado y auténtico esplendor. En ella encontramos reflejadas las virtudes de Gran Bretaña, del viejo Imperio y de la Commonwealth, tal y como aparecieron a los ojos de los hombres, en su mayoría voluntarios, que con su pericia, su coraje y su tenacidad consiguieron la victoria en un momento en el que era muy necesaria.

Es indispensable pensar en la guerra en el desierto no con los conceptos actuales, sino con los de hace más de un cuarto de siglo, cuando la palabra *imperio* aún no era sospechosa para la sociedad. Se trataba, en efecto, de una campaña imperial, sostenida entre Imperios y reñida por tropas imperiales.

Pero el Imperio Británico era un organismo antiguo, fuerte, de eficacia sobradamente probada, tanto en la paz como en la guerra. En cambio, el Imperio Italiano era de constitución reciente, en apariencia lleno de confianza en sí mismo, pero en realidad minado por sus inseguridades. Mussolini, que al subir al poder había iniciado un largo período de excelentes relaciones con Gran Bretaña, se fue convenciendo, a medida que aumentaba su sed de conquistas, de que el inglés era un pueblo débil y en decadencia. Italia había llegado tarde a la competición general europea por la posesión de territorios en África; pero dominaba, al oeste de la frontera egipcia, una vasta región, constituida por Cirenaica y Tripolitania: Libia. Además, entre 1935 y 1936 había conquistado un país antiguo e independiente, enclavado en África Oriental, Etiopía, sin encontrar prácticamente resistencia por parte de Inglaterra o Francia. Este éxito estimuló la sed de conquistas de Mussolini y, al mismo tiempo, le obligó a ligarse cada vez más a Alemania; en definitiva, representó un paso adelante hacia la segunda Guerra Mundial. El Eje no fue nunca una alianza sólida, pero en el Mediterráneo y en el Próximo Oriente tenía todas las condiciones a su favor. Fue precisamente en esta zona donde, por primera vez, se enfrentó duramente con Gran Bretaña. Por ello, las victorias británicas en aquel teatro de operaciones constituyeron el preludio de la destrucción final del Eje como conjunto con la consiguiente destrucción de todos los demás componentes.

No obstante el mantenimiento de esta región de vital importancia estratégica constituía un objetivo primordial. Hacer uso de la misma como trampolín para después desencadenar una o varias ofensivas contra el Imperio Italiano constituía una atrevida acción que, llevada a la práctica y aprovechada al máximo, podría acortar la guerra en un par de años.

Los generales Wavell (a la derecha) y O'Connor, cerebro y ejecutor, respectivamente de la campaña inglesa en el desierto africano. (Imperial War Museum)

Wavell asume el mando

La importancia del Próximo Oriente la valoró ya el Gobierno de Chamberlain en el verano de 1939. El 2 de agosto, el general sir Archibald Wavell se hizo cargo de la jefatura suprema de todas las fuerzas británicas de tierra repartidas en Egipto, Sudán, Palestina, Transjordania y Chipre. Al estallar la guerra, a principios del mes siguiente, su responsabilidad de mando se extendió hasta la Somalia inglesa, Adén, Irak y las orillas del golfo Pérsico. Wavell, que tenía entonces 56 años, gozaba de gran estima en el Ejército. Era enérgico y sencillo, tan rápido de pensamiento como lacónico en el hablar. Siempre tenía energías en reserva, pero adolecía de escasa capacidad para la recuperación.

A lo largo de más de nueve meses, mientras Italia aplazaba su entrada en la guerra, en tanto que Polonia era derrotada y sojuzgada, durante el período crepuscular de la «guerra extraña» e incluso después de que los alemanes atacaran Dinamarca y Noruega, Wavell se limitó a observar. Pero cuando asumió el mando, ya había meditado, trazado sus planes y trabajado intensamente en un sentido tan opuesto como le fue posible a las consignas rígidas defensivas que le impuso el Gobierno de Chamberlain, pues estaba convencido de que el Próximo Oriente llegaría a convertirse en uno de los más importantes teatros de operaciones de la guerra.

Pese a que vio rechazadas muchas de sus iniciativas y obstaculizados sus mejores propósitos, el incansable esfuerzo de Wavell consiguió buenos resultados en cuatro diferentes campos de su competencia, cuya importancia quedaría demostrada en la campaña de 1940-1941. En primer lugar, recorrió de un extremo a otro el territorio que se le había asignado, trabando conocimiento personal con los comandantes a sus órdenes; además, siempre que le era posible, reconocía el terreno. En segundo lugar, con la ayuda de un enérgico y hábil experto en cuestiones logísticas, el general sir Balfour Hutchinson, transformó Egipto en una base capaz de responder a las exigencias logísticas de un ejército de 300.000 hombres. En tercer lugar, insistió para que sus unidades, reducidas y mal equipadas, fuesen entrenadas y se reforzara al máximo su moral. Por último, una de sus primeras directivas, redactada a las pocas semanas de su llegada a El Cairo, indicaba al general Maitland Wilson, comandante en jefe de las tropas británicas en Egipto, que preparase los planes para una invasión de Libia, poniendo un cuidado especial en resolver los problemas de suministro planteados por las columnas motorizadas en su marcha hacia el Oeste.

El 10 de mayo de 1940 Alemania desencadenaba su gran *Blitzkrieg* contra los Países Bajos y Francia. Y exactamente un mes después, Italia declaraba la guerra a Francia y a Inglaterra. Francia, ya en plena derrota, estaba en negociaciones para firmar el armisticio; por ello, las numerosas fuerzas dispersas en las colonias –Norte de África, Siria y Líbano–, aunque de gran valor estratégico, permanecerían muchos meses al margen de cualquier tipo de actividad bélica. Así pues, en el Mediterráneo y en el Próximo Oriente quedaban, frente a frente, Italia e Inglaterra.

Tres días antes de la entrada en guerra de Italia, el teniente general Richard O'Connor, jefe de las fuerzas británicas en Palestina, fue llamado a El Cairo para informar al general Maitland Wilson. O'Connor se presentó, y allí recibió el nombramiento de jefe de una unidad llamada *Western Desert Force*, cuyo puesto de mando se hallaba en el pueblo de Marsa Matruh, cabeza de línea férrea y pequeño puerto, situado a unas 120 millas al este de la frontera egipcia. El general Wilson encargó a O'Connor la tarea, que éste acogió con una mezcla de sorpresa y orgullo, de proteger a Egipto de los ataques italianos.

O'Connor era pequeño y delgado; angloirlandés de pura cepa, era un típico producto del ambiente militar de Wellington y Sandhurst. Bajo su tranquila apariencia, latían unas excelentes dotes militares. Mientras que a Wavell le corresponde el mérito de la dirección estratégica de la campaña, el éxito del desarrollo táctico de la operación debe atribuirse a O'Connor. Sin su habilidad, sin su capacidad para el mando, quizá no se hubiera alcanzado la victoria.

Las «ratas del desierto»

Al romperse las hostilidades, tomó la iniciativa la *Western Desert Force* de O'Connor, compuesta por la División Acorazada 7 (menos una brigada), por una agrupación de apoyo, integrada por dos regimientos de artillería a caballo, y por dos batallones motorizados. La calidad de la División Acorazada 7 revelaba la energía y los conocimientos del hombre que la había instruido. En efecto, en septiembre de 1938, el general de división Percy Hobart había sido enviado a Egipto, inesperadamente, para hacerse cargo del mando de las tropas del desierto y organizar la que, con el tiempo, sería conocida con el nombre de «División móvil». Su inapreciable experiencia en unidades rápidas y su indomable energía, transformaron rápidamente el caótico conjunto de carros, artillería, unidades de infantería y de servicios en una unidad perfecta e idónea para la misión que debía desempeñar. Los hombres se encontraban en el desierto como en su casa, como las ratitas que llevaban dibujadas en las charreteras. Eran, según escribió el mismo general O'Connor, «la división mejor instruida que nunca había visto».

La opinión del general de brigada Gott (que en el curso de la guerra llegaría a mandar dicha división), según la cual muchas de las ideas sobre el empleo táctico de Hobart eran ciertas, no tardó en verse confirmada. En menos de quince días de actividad ofensiva realizada por patrullas, las «ratas del desierto» causaron graves pérdidas a los italianos, capturaron a 25 oficiales (entre los que se contaba un general) y a 500 soldados. La RAF, por su parte, destruyó más de 50 aparatos enemigos, en combates aéreos o en tierra. Las fuerzas de O'Connor permanecieron a la ofensiva durante todo el mes de junio y gran parte de julio, abrumando con sus ataques a los italianos, hasta el punto de obligarles a mantener, por lo menos, cuatro divisiones en situación defensiva.

Mientras tanto, Wavell empezó a considerar la posibilidad de una operación mucho más ambiciosa, lo que le valió el elogio de Churchill. Para entender sus proyectos y cómo los llevó a la práctica, es necesario tener una idea clara de los lugares en que se desarrolló la batalla; así como la composición, el armamento, el equipo y el carácter de las fuerzas combatientes.

La campaña era única en su estilo, puesto que se desarrollaba en una especie de anfiteatro vacío y, al mismo tiempo, bien definido. Se trataba de ejercicios puramente teóricos, transformados en combates reales por la estrategia mundial, con auténticas órdenes, auténticos cañones, auténticos carros. Jamás había ocurrido nada similar en la historia moderna; la campaña fue un ejemplo, por desgracia nunca más seguido, de naciones que libraban una guerra, aunque sin convertirla en total. Si alguna vez la noción de guerra limitada ha sido un hecho, en términos modernos, lo fue, desde luego, en el Norte de África.

El desierto del El-Alamein, en la costa egipcia, a 130 km al oeste de Alejandría y sobre la divisoria entre Cirenaica y Tripolitania, tiene una anchura de 800 km en línea recta. Esta zona deshabitada se extendía a lo largo de la costa que, para los soldados (no para los marinos ni para los aviadores), representaba el límite septentrional del teatro de operaciones. Las únicas vías de comunicación –carretera y línea férrea– discurrían junto al litoral. El propio desierto era una llanura que se inclinaba rápidamente hacia el mar: a este hundimiento se le daba el nombre de «talud». En el punto en que la costa se curvaba, entre Derna y Bengasi, el talud se transformaba en una cadena de colinas cultivadas y boscosas. Por el Sur, el desierto se extendía a lo largo de centenares de kilómetros. Este árido paisaje estaba interrumpido por algunos oasis, muy espaciados, tales como la antigua y famosa Siwa, en territorio egipcio, y Yialo y Giarabub, en Cirenaica. Los límites orientales eran la gran depresión de El-Qattara que, al ser intransitable para los vehículos e incluso para la infantería, formaba una defensa natural. Entre la costa y la depresión, en El-Alamein, se abría un paso transitable, de una longitud superior a los 60 km. Ésta era la puerta de acceso al delta del Nilo, a Egipto y al canal de Suez.

Los medios acorazados británicos avanzando en África del Norte. La línea fronteriza entre Cirenaica y Egipto se había materializado en una larga faja de alambre de espino, que se puso por orden de Graziani. El Reducto de Capuzzo, escenario de intensos combates desde los primeros días de la guerra, cayó tras una maniobra de envolvimiento de las tropas inglesas (diciembre de 1940). (Imperial War Museum)





El mariscal Rodolfo Graziani, sucesor del mariscal Balbo, tras la violenta muerte de éste, en el frente italiano del desierto. (Paul Popper)

Por el Oeste, el desierto se difuminaba, entre dunas y marismas, hacia las tierras colonizadas y cultivadas de Tripolitania.

De un extremo a otro, toda esa extensión era un único e inmenso campo de batalla, completamente desprovisto de cualquier elemento logístico. Todo lo que se necesitaba debía llevarse o, si la suerte ayudaba, había que capturarlo al enemigo. En la segunda Guerra Mundial, las exigencias de un ejército y de la aviación que debía apoyarlo eran múltiples y variadas, pero podían resumirse en cinco apartados principales: municiones, carburante, víveres, agua y mantenimiento del material. La autonomía de los aviones y de los carros era muy pequeña si se compara con la que tienen en la actualidad, y sus necesidades se acumulaban hasta formar aquel extraño conjunto de rigidez y flexibilidad que caracterizó la táctica y la técnica de la lucha en el desierto.

Las reducidas fuerzas inglesas

Sobre este extraño sector de operaciones se enfrentaban, en verano y otoño de 1940, unas fuerzas muy desproporcionadas en número. El antagonista de Wavell, mariscal Graziani, tenía bajo su mando, a lo largo de la frontera con Egipto y detrás de la misma, en profundidad, unos 250.000 hombres: nueve divisiones de infantería, cada una integrada por unos 13.000 hombres; tres divisiones de Camisas Negras y dos divisiones libias, compuesta cada una de ellas por 8000 hombres; además, las correspondientes unidades de Ejército y de Cuerpo de Ejército, así como otras varias unidades libias y de la guardia fronteriza. Estas fuerzas se dividían, a las órdenes del Mando Supremo de África del Norte, en dos Ejércitos: el 10, en Cirenaica, compuesto por un Cuerpo de Ejército y otro de Camisas Negras, más un «grupo» de dos divisiones libias; y el Ejército 5, en Tripolitania, que agrupaba el resto de las fuerzas. La derrota de Francia permitió a Graziani liberarse de la preocupación de tener que combatir en dos frentes y, de quererlo, hubiese podido concentrar todo su esfuerzo contra Wavell.

Pero Graziani se mostraba un tanto vacilante en tomar tal iniciativa, incluso sabiendo que Wavell no podía disponer más que de 86.000 hombres sobre todo el territorio que le habían asignado. Y de éstos, 36.000 se encontraban en Egipto, escasos de armas, de equipo, de artillería de cualquier calibre, de munición y de medios acorazados y de transporte. Por otra parte, dos de las brigadas de la División Acorazada 7, al mando del general de división O'Moore Creagh, tenían dos regimientos de carros en vez de tres, y estaban asimismo mal equipadas. La División 4 india, mandada por el general Noel Beresford-Peirse, contaba tan sólo con dos brigadas, y el regimiento de reconocimiento y la unidad de artillería se hallaban muy por debajo de sus efectivos orgánicos. Estaba también en línea la División neozelandesa, al mando del mayor general Bernard Freyberg, integrada por una brigada de infantería, un regimiento de caballería, un batallón de ametralladoras y un regimiento de artillería de campaña. Se añadían además a todo este contingente 14 batallones de infantería británicos y dos regimientos de artillería.

Por último, Wavell tenía en Palestina unos 27.000 hombres; pero no era probable que esas tropas pudieran ser instruidas por completo antes de finalizar 1940.

Si el número lo significase todo en la guerra, es evidente que Wavell carecía de posibilidades, ni siquiera defensivas. Por lo tanto, pasar a la ofensiva hubiera significado ir hacia el desastre. Y, sin embargo, esto era lo que él estaba dispuesto a hacer, y no porque fuese un romántico, sino porque había calculado, con absoluta frialdad, que podía triunfar.

El núcleo de sus limitadas fuerzas estaba constituido por soldados ingleses e indios. Casi todos los jefes y oficiales de Estado Mayor que estaban a sus órdenes directas habían participado, siendo jóvenes oficiales, en la primera Guerra Mundial, y en ella aprendieron el oficio siguiendo, como él mismo, el camino más difícil. En el ámbito del Ejército representaban lo mejor de su generación, por su calidad intelectual y espiritual y por cierto arrojo que exigía la guerra en el desierto. Sus tropas eran de calidad porque *ellos* lo eran, y si obtuvieron la victoria no fue, desde luego, por casualidad.

En agosto, Churchill llamó a Londres a Wavell, a quien nunca había visto antes. Asimismo, fue convocado por el jefe del Estado Mayor del Imperio, general sir John Dill, que era uno de sus más íntimos y viejos amigos. Mantuvieron conversaciones mientras se libraba la primera y más crucial fase de la batalla de Inglaterra, y cuando la invasión de la isla parecía inminente. Sobre este oscuro, pero grandioso fondo deben proyectarse las decisiones que se tomaron. Tras largos días de conversaciones en el Gabinete de Guerra y en el Comité de los jefes de Estado Mayor, el jefe del Estado Mayor del Imperio pudo comunicar a Churchill, el 15 de agosto, que el ministro de la Guerra había dado las órdenes oportunas para que fueran enviados a Egipto un batallón de 52 carros de reconocimiento, un regimiento de 52 carros ligeros y un batallón con otros 50 carros de apoyo a la infantería; además de 48 piezas contracarro, 20 cañones antiaéreos ligeros tipo *Bofors*, 48 piezas de campaña de 88 mm, 500 fusiles ametralladores *Bren* y 250 fusiles contracarro, todo con sus municiones correspondientes. Churchill escribió al poco tiempo: «La decisión de hacer esta transfusión de sangre mientras nosotros mismos nos preparábamos para hacer frente a un peligro mortal, fue a un tiempo terrible y justa. Nadie vaciló».

El valor de estos oportunos refuerzos fue incalculable y su envío constituyó un acto de fe y de coraje por parte del Gobierno británico. Wavell emprendió el vuelo de regreso la misma noche del 15 de agosto.

El avance vacilante de Graziani

Cuatro semanas después, Graziani llevó a cabo un avance tan desatinado e indeciso que difícilmente podía ser aceptado como una invasión en masa de Egipto. Las escasas fuerzas de O'Connor se replegaron hábilmente, siempre combatiendo, sobre una línea defensiva que había sido preparada en Marsa Matruh, mientras los italianos, bombardeados por la RAF, machacados por la artillería y hostigados por las minas, tardaron cuatro días en recorrer los 100 km que los separaban de Sidi el-Barrani. Y en este lugar se detuvieron y empezaron a atrincherarse.

Inmediatamente y en repetidas ocasiones, Mussolini incitó a Graziani a que siguiera el ataque, pero éste se volvía cada vez más vacilante y multiplicaba sus protestas por la escasez de los medios de que disponía. «Si Graziani no se mueve –decidió Wavell–, O'Connor debe salir y atacar.» El 21 de septiembre dio a su jefe de Estado Mayor, general Arthur Smith, la orden de avanzar con la intención de recuperar Sidi el-Barrani, desplegar tropas adecuadas a lo largo de la frontera y ocupar Bardia, el oasis de Giarabub y, por último, Tobruk. En caso de proseguir la operación, el último avance se efectuaría sobre Derna, en Cirenaica.

Desde este punto de partida (recuérdese que estamos en pleno desarrollo del ataque de Graziani) se fue definiendo el plan en el pensamiento del mismo Wavell, de su Estado Mayor y de los mandos subordinados. El convoy que transportaba los tan esperados carros y cañones llegó sano y salvo a Egipto a mediados de septiembre. Y Churchill empezó a irritarse porque no se empleaban inmediatamente estas armas en la forma agresiva que él quería.

A mitad de octubre Anthony Eden, por aquel entonces ministro de la Guerra, fue a Oriente Medio para discutir con Wavell los diversos acontecimientos que se iban a desarrollar en el ámbito de su mando.

Pero los meses de espera y de inactividad estaban a punto de acabarse. Existía un plan para realizar un fuerte ataque contra los italianos en Etiopía. Por su parte, la *Royal Navy* tomó la iniciativa en el Mediterráneo y, cuando el 28 de octubre los italianos, partiendo de Albania, se lanzaron contra Grecia, la RAF destacada en Oriente Medio recibió la orden de enviar tres escuadrones de *Blenheim* y uno de *Gladiator* en ayuda de los griegos. Se pidió también a Wavell que enviase dos baterías antiaéreas a Atenas y una brigada de infantería a la bahía de Suda, en Creta, para defender la isla.

Los recursos de Wavell eran tan escasos en aquellos momentos que todas estas peticiones le obligaron a confiar a Eden (a la sazón en Oriente Medio) su idea, que hasta entonces había mantenido en secreto, de lanzar una ofensiva en el desierto occidental. Eden se entusiasmó con ella. Mientras tanto, los generales Wilson y O'Connor estaban elaborando los planes de operaciones que Wavell esperaba.

El 2 de noviembre, Wavell escribió a Wilson: «Como continuación de mi carta personal y muy secreta del 29 de octubre, desearía informase a los mandos a sus órdenes directas que operan en el desierto occidental, de cuanto sigue:

»He dado instrucciones al teniente general O'Connor, por conducto jerárquico, a fin de que prepare una operación ofensiva contra las fuer-

ACORAZADOS DEL DESIERTO

ITALIANOS

M 13/40 (arriba): carro de combate medio empleado por los italianos durante y después de la campaña de Wavell. **Coraza:** 40 mm; **torreta con cañón** de 47 mm.

Autoametralladora (derecha): vehículo acorazado medio que figuraba en las grandes unidades de África del Norte. **Torreta con ametralladora** de 20 mm. **Ametralladora** de 8 mm.

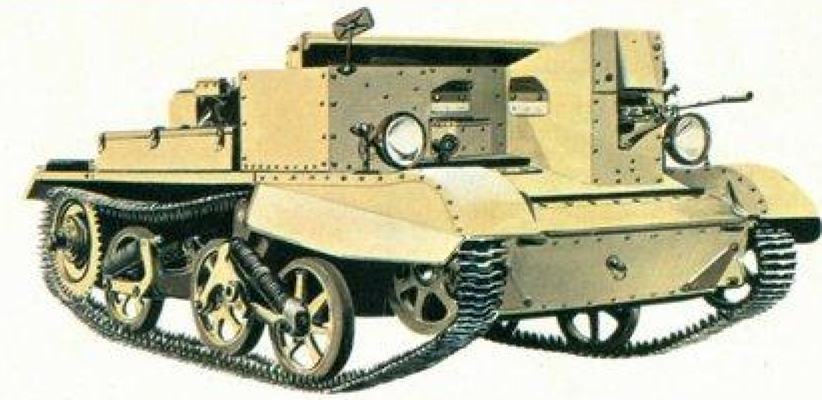
Carro de combate rápido CV 3/35 (abajo): inspirado en un carro rápido británico. **Coraza:** 14 mm. **Armamento:** dos ametralladoras de 8 mm.

BRITÁNICOS

Carro de combate para infantería MK II (abajo): es el **Matilda.** Este carro para infantería decidió la batalla en el asalto de las bases italianas. **Coraza:** 78 mm. **Torreta con cañón** de 47 mm.

Bren-carrier (derecha): vehículo dotado únicamente con corazas verticales, empleado en cualquier clase de transporte de la infantería en el campo de batalla. **Coraza:** 11 mm.

Autoametralladora Rolls-Royce (abajo, a la derecha): puede considerarse como un veterano de la primera Guerra Mundial, igual que los acorazados de la Escuadra del Mediterráneo. **Coraza:** 7 mm. **Ametralladoras** de 7,7 mm.





John Batchelor

zas italianas en su actual posición (caso de no continuar éstas su avance) y de iniciarla lo antes posible.

»Me doy cuenta de los riesgos que entraña una operación de esta importancia y estoy preparado para aceptar las consecuencias; admito también la posibilidad de pérdidas considerables en hombres y en medios acorazados. Considero que las ventajas que se pueden conseguir justifican por completo estos riesgos que, por otra parte, no juzgo excesivos. Excepto en número, nosotros somos superiores al enemigo bajo todos los puntos de vista. Estamos mejor preparados y contamos con un armamento y un equipo mejores que los suyos.

»Conocemos el terreno y estamos más acostumbrados al desierto. Tenemos más firmeza de ánimo y mejores tradiciones y, sobre todo, combatimos por una causa más noble.

»No es necesario subrayar que un brillante éxito por nuestra parte, lo que yo considero muy probable, tendría un efecto incalculabe, no sólo sobre las posiciones de Oriente Medio y sobre la actual situación militar en general, sino también sobre el futuro de la libertad y de la civilización en todo el mundo. Es como mejor podemos ayudar a nuestros aliados griegos en su valiente lucha.

»Hemos esperado durante mucho tiempo, ahora que la ocasión ha llegado golpearemos con dureza; debemos adaptar nuestro pensamiento a la ofensiva, la única que nos puede dar la victoria.

»Nuestro Primer Ministro nos ha enviado sus parabienes por esta batalla contra Italia y nos ha asegurado que cualquier acción contra el enemigo, sea cual fuere su resultado, tendrá el decidido apoyo del Gobierno de Su Majestad. No creo necesario añadir que todos los jefes contarán con mi absoluta aprobación siempre que actúen con determinación y coraje. Están a punto de llegar importantes refuerzos y nos hallamos en condiciones de asumir ciertos riesgos sin los cuales las batallas no se ganan. Tengo la mayor confianza en los mandos y en las tropas del desierto occidental, y estoy seguro de que nos es posible obtener un éxito brillante, ayudados por la buena suerte que sólo los audaces merecen.

»Uno de los factores decisivos de la victoria será el factor sorpresa. Debe ser considerado cualquier medio para mantener el secreto e inducir al error al enemigo. Los planes e intenciones deberá conocerlos el menor número posible de personas y sólo a última hora; cada uno debe darse cuenta de que la victoria y el éxito pueden malograrse a causa de cualquier descuido».

Estos párrafos constituyen la única directiva escrita para la Operación «Compass» (brújula), que culminaría en una gran victoria, muy brillante y de vastas repercusiones.

Operación «Compass»

De regreso en Londres, el 8 de noviembre, Eden informó a Churchill y al jefe del Estado Mayor del Imperio sobre el plan «Compass». Churchill, como escribiría él mismo más tarde, «ronroneaba igual que siete gatos juntos». Quería saber la fecha exacta de la operación, se excitaba con el pensamiento de poder ampliar sus objetivos y se consumía de rabia porque Wavell mantenía en secreto los detalles.

Wavell había forjado en su mente diversos objetivos difícilmente conciliables entre sí. Quería que la Operación «Compass» aparentara ser, tan sólo, un *raid* a gran escala de una duración de cinco días; un reconocimiento en fuerza con el fin de tener espacio para la maniobra estratégica. Si ésta conseguía su fin, podría explotar a fondo el éxito (siempre que contara con tropas suficientes) y caer sobre Cirenaica. En el caso de que los italianos opusieran una resistencia tenaz, podría conservar las posiciones que hubiera logrado tomar y prepararse para proseguir la acción más tarde y con fuerzas superiores. Al mismo tiempo, quería llevar adelante los preparativos para atacar a las tropas italianas que ocupaban Eritrea y Etiopía. Wavell disponía de una división de infantería hindú (la 4), a la que creía capaz de desempeñar un destacado papel en ambas operaciones. A tal efecto dispuso que dicha división, una vez hubiera participado en la primera fase de la Operación «Compass», fuera trasladada inmediatamente al Sudán, para unirse allí a la División 5, con la que participaría en la campaña de África Oriental. Wavell no dijo una palabra a nadie sobre el particular, excepto a su jefe de Estado Mayor, Arthur Smith, y a Maitland Wilson. A este último le correspondía, por consiguiente, el difícil papel de participar y colaborar en los planes tácticos, secundando a O'Connor y a su Estado Mayor. Wavell no tenía la menor duda de que si O'Connor triunfaba en la primera fase (que era todo cuanto se le exigía), podría explotar el éxito hasta el máximo y con el mínimo tiempo.

Hay que comprender todo este conjunto de intenciones de Wavell si se quiere aquilatar la victoria en toda su magnitud. El secreto constituía un elemento fundamental. En el Mando Supremo de El Cairo sólo unos pocos hombres del Estado Mayor estaban al corriente de dichos proyectos, y análogas precauciones se había tomado en los demás mandos interesados.

Se tenía la vaga idea de que las fuerzas del desierto occidental habían sido muy debilitadas a causa de los envíos de refuerzos a Grecia, y que, dentro de poco se enviarían más.

Sobre este fondo, Wilson y O'Connor, junto con los dos jefes de división, O'Moore Creagh y Beresford-Peirse, debían hilvanar sus planes. La operación que tenían entre manos era muy poco ortodoxa –una mezcla de cálculo y de osadía, de valor y de *bluff*– y fue precedida por una prueba general que se desarrolló el día 26 de noviembre sobre una meseta próxima a Marsa Matruh, prueba a la que se dio el nombre de «Ejercicio de adiestramiento n.º 1». Lo único que sabían las tropas participantes en la maniobra era que la segunda semana de diciembre se desarrollaría el «Ejercicio de adiestramiento n.º 2». Y ni siquiera el 6 de diciembre, cuando empezaron a avanzar, sino al día siguiente, tras haber pasado la primera noche vivaqueando en el desierto, llegaron a saber que no estaban de maniobras, sino tomando parte en una verdadera operación de guerra.

Los italianos, por lo menos sobre el papel, disponían de fuerzas numerosas, dispuestas en torno y delante de Sidi el-Barrani. En seis campos atrincherados estaban desplegadas dos divisiones libias, una división de Camisas Negras y la Agrupación Maletti, equivalente a una división. En reserva había otra división, en cuatro campos atrincherados en torno a Bir Sofafi y Bir el-Rabia. Al sur de la carretera costera había aún otra división, entre Buq Buq y Sidi el-Barrani, y dos más al Oeste, cerca de Sollum, Sidi Omar y Capuzzo, al otro lado del paso de Halfaya, que no tardaría en hacerse famoso.

O'Connor disponía para el ataque de 30.000 hombres: la División 4 india, la División Acorazada 7 y una unidad conocida como *Selby Force*, integrada por tres columnas móviles de infantería, una unidad de carros y unos cuantos cañones de campaña y antiaéreos ligeros; en suma, unos 1.750 hombres de la guarnición de Marsa Matruh, al mando del general de brigada A. R. Selby.

El Cuartel General de la *Western Desert Force* estaba en Maaten Bagush, en la costa, a unos 40 km al este de Marsa Matruh. Maitland Wilson se estableció allí durante la primera semana de diciembre, y O'Connor, con su jefe de Estado Mayor, general de brigada John Harding (poco después nombrado mariscal y lord), se puso en movimiento con sus tropas el día 6 de diciembre.

Aproximación inadvertida

Durante las dos primeras jornadas, la marcha de aproximación, a lo largo de 100 km de terreno despejado y sin vegetación, se hizo de día; en estas condiciones avanzaron dos divisiones y centenares de vehículos sin que los italianos lo advirtieran. Las dos noches correspondientes, estas fuerzas acamparon en el desierto, a unos 16 km al oeste de Bir el-Kenayis, junto a la carretera Marsa Matruh-Oasis de Siwa. En la tarde del domingo 8 de diciembre, protegidas por una densa capa de nubes bajas que dificultaban el reconocimiento aéreo de los italianos, se dirigieron hacia la zona de reunión, que los soldados bautizaron con el nombre de «Piccadilly», situado al sur de Maktila y a 90 km al oeste de la carretera Marsa Matruh-Oasis de Siwa. A las 17, todas las fuerzas estaban concentradas y dispuestas a dar, a la luz de la luna, el último salto adelante.

Hasta ese momento las dos divisiones habían avanzado juntas; pero en el transcurso de la noche del 8 al 9 de diciembre se separaron, y la División Acorazada 7 se dirigió más al Oeste, para poder operar así en una zona más amplia, tras los campos atrincherados italianos. El ataque inicial a los campos atrincherados de Nibeiwa y Tummar lo llevaría a cabo la División 4 hindú, que avanzaba por el Oeste. La *Selby Force*, que abandonó Marsa Matruh el 9 de diciembre y se dirigió hacia el Oeste por la carretera, debía cercar Maktila y atacar Sidi el-Barrani.

Mientras se desarrollaba esta última etapa, la Marina empezó a cañonear Sidi el-Barrani, utilizando para ello el monitor *Terror*, con potente artillería, y dos cañoneras, *Aphis* y *Ladybird*, con cañones de menor calibre.

La noche era muy fría. Hasta cerca de medianoche los italianos de Nibeiwa permanecieron en estado de alerta. Hubo intercambios de disparos de fusil, bastante intensos, y se lanzaron cohetes luminosos. Un poco antes de las 5 de la madrugada, un batallón de la División 4 hindú, destacado temporalmente del grueso, abrió fuego contra el atrincheramiento del Este y, de inmediato, atrajo la atención del enemigo. Así pasó una hora, siguiendo luego un paréntesis de falsa tranquilidad. En efecto, a las 7,15, los 72 cañones de la artillería divisionaria iniciaron un breve pero intenso bombardeo desde el Este; y diez minutos más tarde, los carros de apoyo a la infantería del Regimiento *Royal Tank* barrieron el ángulo noroccidental del atrincheramiento, inutilizando unos 25 carros enemigos, entre medios y ligeros, que se hallaban estacionados en el exterior del recinto fortificado. Dos escuadrones de carros tipo *Matilda* entraron súbitamente en acción, empeñando a la artillería e infantería italianas a breve distancia. El general Maletti, jefe de una división italiana, murió al ser alcanzado por la granada de un carro en el momento en que salía de su refugio. A través de la brecha abierta pasaron, casi inmediatamente, dos batallones de infantería de la División 4, que atacaron con energía. No resultó fácil la empresa, pues en diversos lugares se desarrollaron luchas muy encarnizadas; no obstante, al cabo de dos horas el campo atrincherado había pasado a manos británicas.

Mientras tanto, la Brigada V de infantería hindú y uno de los regimientos de artillería de la división se desplazaban trazando un amplio arco al oeste de Nibeiwa, preparándose para atacar el siguiente objetivo: West Tummar.

Aún más a poniente, según un arco más amplio, la División Acorazada 7 avanzaba desde el amanecer, dirigiéndose sin encontrar resistencia por la carretera costera, a unos 56 km de la línea de partida. Antes de las 11, los carros habían alcanzado su objetivo en Nibeiwa, dejando el resto a los fusileros. Se hicieron más de 2000 prisioneros y se capturó un copioso botín, compuesto por carros de combate, víveres, cañones y agua, todo ello de gran valor. Las pérdidas británicas no llegaban siquiera a los 100 hombres.

En West Tummar, a 12 km de Nibeiwa, no se había llevado a cabo ningún reconocimiento, por lo que fue necesario perder tiempo en ese come-

tido, aplazándose el ataque hasta la tarde. Mientras tanto, la Brigada Acorazada atravesaba la carretera de la costa, a 20 km al este de Buq Buq, y capturaba 100 vehículos y algunos centenares de prisioneros; paralelamente, la *Selby Force*, tras haber avanzado con grandes dificultades en dirección a Maktila, llevaba a cabo una conversión hacia el Sur con el fin de impedir el repliegue a la guarnición italiana. Pero, entre tanto, se había desencadenado una violenta tormenta de arena, circunstancia que aprovecharon los italianos para salir de Maktila y establecerse 10 km hacia el Oeste, con la intención de defender a toda costa Sidi el-Barrani.

Se puede decir que en West Tummar los acontecimientos se desarrollaron, poco más o menos, como en Nibeiwa, con la diferencia de que no participaron tantos carros y de que faltó por completo el elemento sorpresa. A pesar de ello, al anochecer, Tummar había pasado ya a manos británicas, capturándose también hombres y material, aunque a un precio algo más elevado.

O'Connor se trasladó entonces al campo de batalla, donde se encontró con Beresford-Peirse. El comandante de la división estaba entusiasmado, y también O'Connor se mostraba satisfecho por el resultado del primer día de combate, confiando serenamente en el próximo futuro. Luego volvió al puesto de mando, sobre el talud, al sudoeste de Sidi el-Barrani. El jefe de Estado Mayor, Harding, se quedó hasta hora avanzada, redactando el informe de la situación para enviarlo a El Cairo. Los planes para las fases siguientes debían ser elásticos, por lo que Wavell, al informar a Londres, terminaba su telegrama con palabras cautelosas.

Era, desde luego, muy sensata esta llamada a la precaución, puesto que las primeras noticias del éxito entusiasmaron demasiado al Primer Ministro, y su encendido optimismo quedó reflejado en la prensa y en el Parlamento. Todo estaba muy bien, pero Wavell estaba decidido a mantener la operación dentro de sus justos límites.

Si se hubiera prolongado el raid de cinco días, tanto mejor, y las enhorabuenas y felicitaciones hubieran sido merecidas.

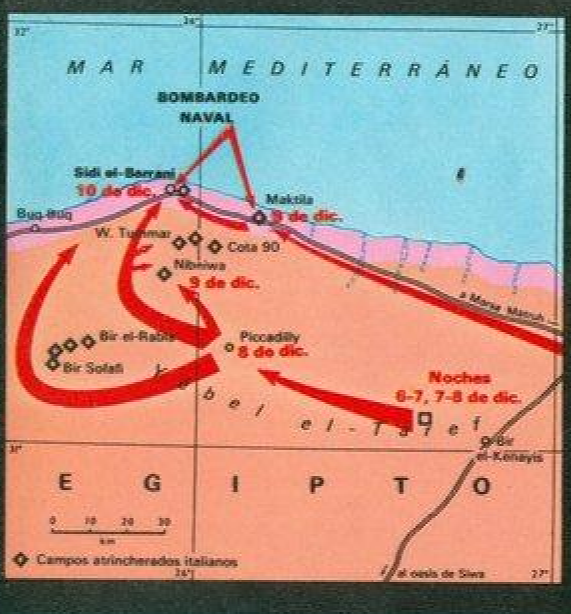
La tormenta de arena que había obstaculizado la acción de la *Selby Force* indicaba el comienzo de un período de mal tiempo, con temperaturas frescas durante el día y decididamente frías por la noche. El fuerte vendaval que levantaba nubes de arena, alternaba con lluvias torrenciales. La mañana del 10 de diciembre, dos de las brigadas de Beresford-Peirse, la V india y la XVI británica, se abrieron camino hacia Sidi el-Barrani; pero encontraron una fuerte resistencia italiana, que aumentaba progresivamente. Hasta la noche se desarrollaron duros combates. El 7.º *Royal Tank* destacó diez de sus carros para operar en el flanco izquierdo de la Brigada XVI, mientras que, más al Oeste, entraba también en acción la Brigada Acorazada IV. La tormenta de arena reducía enormemente la visibilidad, y, en consecuencia, el enlace y la cooperación entre infantería y carros resultaba cada vez más difícil. El agua escaseaba. El batallón de vanguardia de la Brigada XVI alcanzó la carretera a la altura de Alam el Dab, donde trabó un violento combate con una división completa de Camisas Negras; y a pesar de sufrir grandes pérdidas, a las 13 la brigada alcanzó su objetivo: con ello, la retirada de los italianos hacia el Sur y hacia el Oeste estaba cortada.

Beresford-Peirse decidió mantener la presión. La Brigada XVI, más un regimiento de la Brigada XI hindú, todos los carros de infantería todavía útiles y algunas unidades de la Brigada Acorazada IV, con la cooperación de la artillería divisionaria, atacaron Sidi el-Barrani por el Oeste a las cuatro de la tarde. En media hora alcanzaron las casamatas y edificaciones de la periferia; no antes del anochecer, y juntamente con la *Selby Force*, habían rodeado los restos de dos divisiones libias y una de Camisas Negras. Durante todo el día, la División Acorazada VII, dispuesta a intervenir en el caso de que la situación en Sidi el-Barrani no se despejara, cruzó el desierto al sur de la carretera y al oeste de la pista Sidi el-Barrani–Bir Enba. Por la noche, O'Connor le ordenó avanzar lo más rápidamente posible sobre Buq Buq. Algunas patrullas adelantadas de la Brigada Acorazada IV habían llegado ya a 25 km al oeste de Buq Buq.

Durante la noche del 10 al 11 de diciembre, Wavell tomó la decisión más delicada de toda la campaña. Los transportes navales estaban preparados en Suez, y la División 4 india ya podía ser trasladada al Sudán. Entonces dio la orden. O'Connor, al despertar la mañana del 11 de diciembre, se enteró de la inesperada y poco agradable noticia. Realmente era cierto que la división india debía ser sustituida por la 6 australiana, pero tan sólo una de las brigadas de esta última se hallaba en el lugar, y, además muy mal equipada. O'Connor encajó el golpe con filosofía aunque se daba cuenta de que el ímpetu de su ofensiva se vería amortiguado durante varias semanas, hasta tanto no se produjera el relevo y los recién llegados se hubieran acostumbrado a las operaciones.

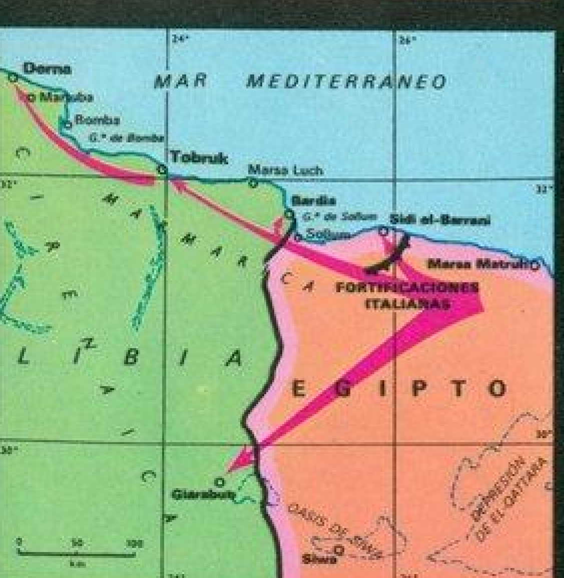
O'Connor fue a ver a Beresford-Peirse. Y fue un buen consuelo para él saber, pocos minutos

EL ESPECTACULAR AVANCE DE WAVELL EN EL DESIERTO OCCIDENTAL

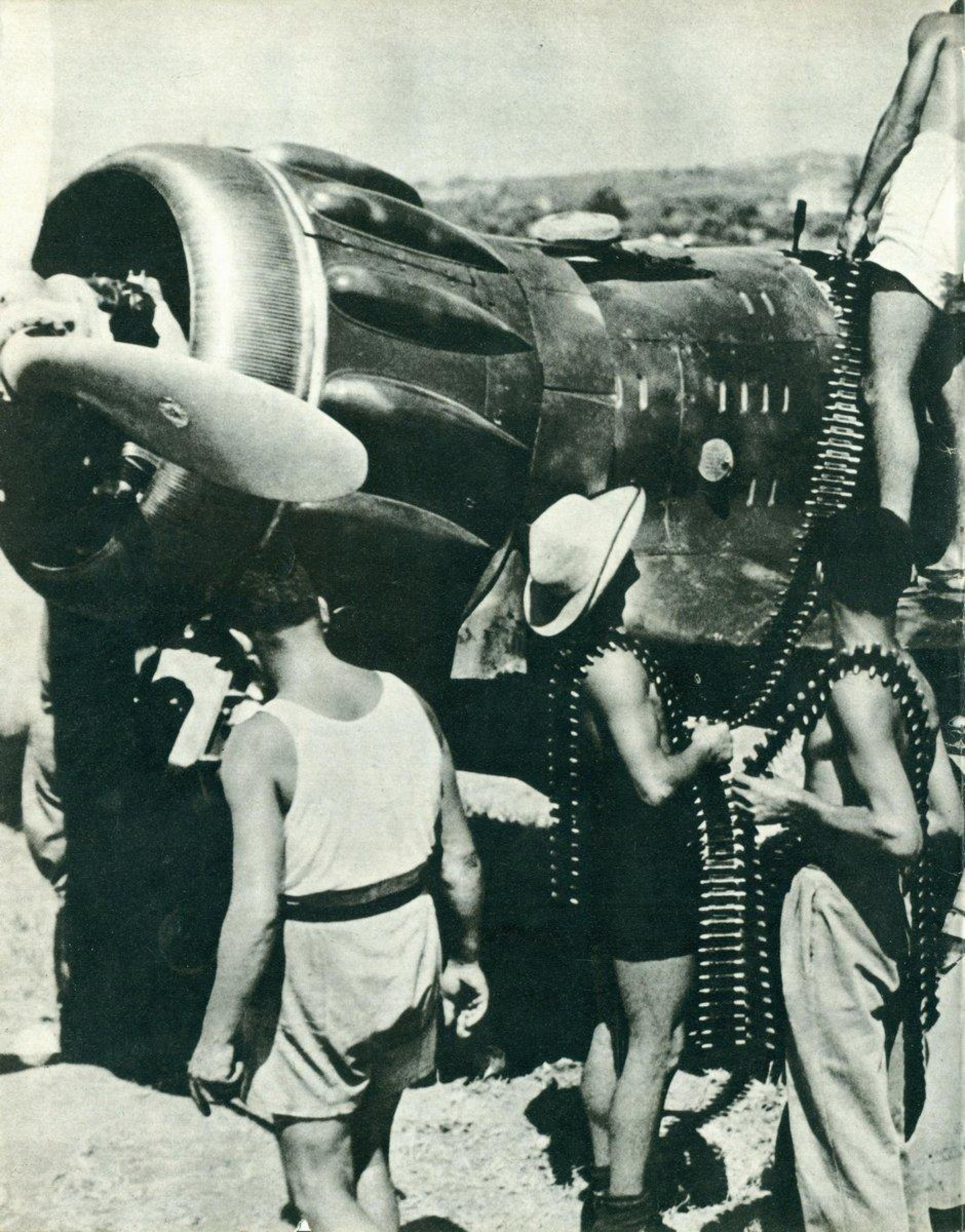


A la izquierda: Sidi el-Barrani, primer objetivo de la ofensiva británica en el desierto occidental. Las flechas señalan las direcciones de avance de las tropas inglesas. Abajo a la izquierda: Las previsiones de la ofensiva inglesa se amplían: Bardia, Tobruk y Derna son los nuevos objetivos que Wavell se propone alcanzar.

Abajo: el ataque de Wavell se transforma en una verdadera operación de conquista. Después de Derna, los ingleses avanzan hacia Bengasi, Agedabia y El-Agheila.









después de haber llegado, que la batalla en la zona había concluido con resultados favorables. Todas las unidades italianas se habían rendido. El colapso colectivo afectó incluso a la guarnición de Maktila, que apenas tres días antes presentara problemas tan espinosos.

La División acorazada 7 se encontraba a caballo de la carretera de Sidi el-Barrani a Buq Buq, y avanzando rápidamente en dirección Oeste, hacia Halfaya, tuvo otro día de éxitos, sólo estropeado por un contratiempo a causa del retraso (que nunca se explicó) en la recepción de una orden. El Regimiento de Húsares 8 se aproximó a Bir Sofafi, en el desierto, para impedir el repliegue del grueso de dos divisiones italianas que se hallaban en aquellos atrincheramientos. Pero por la noche la presa consiguió escapar hacia el Oeste.

El general O'Connor acababa de cerrar la primera parte de la campaña con rapidez, destreza y economía de medios y esfuerzos. La había conducido con un éxito que superaba sus propias previsiones (pero quizá no las de Wavell, que mantenía siempre en secreto sus pensamientos) y el balance que arrojaba la victoria era muy alentador, sobre todo si se consideran las oscuras perspectivas de aquel duro invierno de 1940.

La División 4 italiana de Camisas Negras, las Divisiones 1 y 2 libias y la Agrupación Maletti habían sido destruidas, en tanto que la División 2 de Camisas Negras y la «Cirene» acababan de sufrir una dura prueba. Durante los tres días de combates, la *Western Desert Force* capturó unos 28.000 prisioneros, entre italianos y libios, 237 cañones y 73 carros de combate, medios y ligeros. Entre los prisioneros había cuatro generales. Las bajas totales de O'Connor fueron 624, sumando muertos, heridos y desaparecidos.

La noche del 12 de diciembre los únicos italianos que permanecían en Egipto, aparte los prisioneros, eran los que bloqueaban los accesos inmediatos a Sollum, y una unidad de cierta envergadura que se encontraba en las cercanías de Sidi Omar. Churchill envió a Wavell un telegrama con su felicitación –bien merecida– por la «espléndida victoria».

La inquietud en los países del Eje fue considerable. Graziani (con la aprobación de Mussolini) dio órdenes para que Bardia y Tobruk fuesen mantenidas a toda costa. El comandante de la guarnición de Bardia era el general Bergonzoli, que ostentaba una larga y bella barba, a quien el *Duce* envió este mensaje personal: «Estoy seguro de que 'Barba eléctrica' y sus bravos soldados resistirán hasta el final y a cualquier precio».

La expresión hizo mucha gracia a las tropas británicas, que la alteraron ligeramente transformándola en «Bigote eléctrico», y con este sobrenombre el general italiano figuró en los titulares de la prensa londinense. Entre tanto, los soldados australianos estaban siendo enviados con la mayor celeridad posible; pero había dificultades en el transporte y problemas logísticos que, aunque no disminuyeron el ímpetu y entusiasmo de O'Connor, impusieron un aplazamiento de unas dos semanas para la continuación de la campaña. Este detalle tendría una importancia vital en el desenlace.

En el terreno táctico, tanto Wavell, como Wilson y O'Connor, estaban decididos a seguir manteniendo una vigorosa iniciativa. Sollum (duramente bombardeada por la Marina en la noche del 11 de diciembre), Capuzzo y Sidi Omar eran importantes bolsas de resistencia italiana. O'Connor tomó la decisión, plenamente respaldada por Wavell, de tomar Bardia como objetivo. Pero ¿qué debía hacerse con aquellas bolsas? ¿Cuánto tiempo sería necesario para instalar depósitos avanzados de víveres, carburante y municiones y servirse de ellos? ¿Cuándo podría entrar en combate la unidad australiana, incluso con el equipo inadecuado, inferior al que le correspondía orgánicamente? ¿Con qué ardor combatirían los italianos?

La Brigada Acorazada IV proseguía su presión sin reposo sobre las bolsas italianas, aislándolas o eliminándolas, mientras se iba adentrando valientemente hacia el Oeste. A la Brigada Acorazada VII se le había encargado la misión de tomar Capuzzo y Sollum. La IV, localizada por el reconocimiento italiano el 14 de diciembre, fue duramente bombardeada y sufrió enormes pérdidas; a pesar de ello, a mediodía del 15 de diciembre, tras haber ocupado sólidamente Sidi Azzeiz, se hallaba ya en la carretera Bardia-Tobruk: el reducto de Capuzzo parecía aislado. El 17 de diciembre se atacó Sidi Omar con éxito, siendo capturados muchos cañones y más de 1000 prisioneros. Bergonzoli y Graziani estaban preocupados por la suerte de Bardia: Bergonzoli pronosticaba a su comandante en jefe que, sin refuerzos, la plaza no podría mantenerse.

Pero Graziani miraba aún más hacia atrás, a Tobruk. Si Bergonzoli intentaba la resistencia en Bardia y fracasaba en el empeño, ¿qué esperanzas quedaban de conservar Tobruk? Y si se perdía Tobruk... El mariscal se hallaba tan deprimido que telefoneó a Mussolini, diciéndole que acaso fuera más prudente concentrar todos los esfuerzos en la defensa de Tobruk, ganando así tiempo en espera de los refuerzos que, según él, estaban a punto de llegar de Italia. El *Duce* respondió secamente que se debía hacer todo lo posible para retrasar el avance británico, desgastando al enemigo, y que, con este fin, la defensa de Bardia representaba una contribución importante.

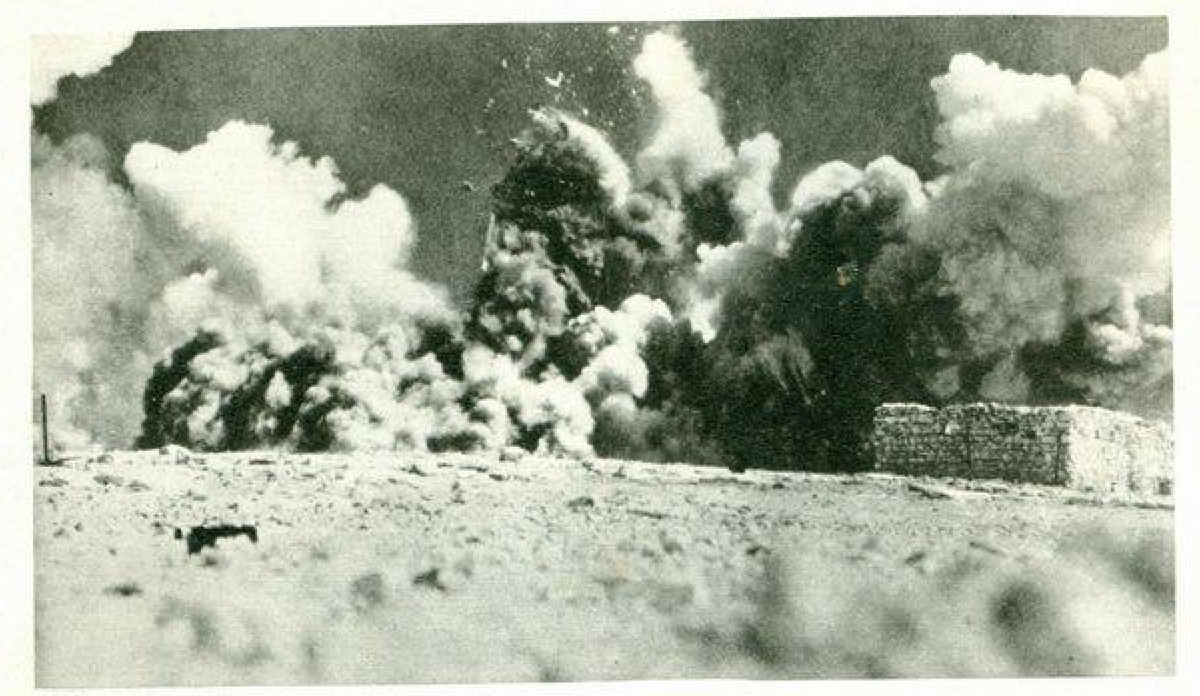
La División Acorazada 7 inglesa era una magnífica unidad móvil, pero no disponía del equipo ni de los hombres necesarios para enfrentarse a una fuerza como la que Bergonzoli, trasladándose principalmente de noche, podía sacar de Capuzzo y Sollum. En 20 de diciembre ambas plazas se hallaban en manos británicas, pero los italianos habían conseguido llevarse la suficiente infantería y artillería como para formar, dentro de las fortificaciones de Bardia, el equivalente de cuatro divisiones: 45.000 hombres, incluyendo tropas de las fortificaciones y de la guardia de fronteras, y más de 400 cañones; en suma, algo más del doble de lo que el servicio de información había comunicado a O'Connor: 20.000 hombres y 100 cañones.

El 21 de diciembre, el general de división I. G. Mackay, comandante de la División 6 australiana, llegó a la zona de Sollum. El suyo era el primer contingente de voluntarios australianos mandados a Ultramar en la segunda Guerra Mundial. Su entrenamiento en Palestina había sido bueno, y su moral era elevada. Sin embargo, sufría las deficiencias que ya parecían crónicas en las unidades que luchaban en el desierto: pocos cañones, pocos vehículos, material anticuado, escasez de repuestos...

En Bardia se intentaría repetir lo que hizo Beresford-Peirse en Nibeiwa y Tummar, pero en mayor escala y sin la ventaja de la sorpresa estratégica. Plenamente de acuerdo con O'Connor, Mackay tomó la decisión, que ya había tomado Beresford-Peirse antes que él, de avanzar por el Oeste. Cuando Wavell visitó la zona de la batalla, poco después de Navidad, comprobó que ya estaban listos los últimos preparativos, y que todos, del general para abajo, conservaban la moral muy alta, a pesar del creciente cansancio y de la falta de sueño de los hombres de la División Acorazada 7.

El perímetro de Bardia, de 28 km de extensión, defendido por un foso contracarro continuo, con numerosas alambradas batidas por los cañones y por casamatas espaciadas, de modo que vigilaban todo el trazado, constituía, desde luego, una posición mucho más fuerte que las de Nibeiwa,

En un aeródromo italiano de África del Norte se carga munición para las ametralladoras de uno de los primeros cazas «Macchi 200», enviados a aquel frente para sustituir a los «CR-42». *(Foto GM)*



Una fase de la Operación «Compass»: la artillería inglesa castiga duramente un fortín italiano situado al sur de Sidi el-Barrani (diciembre de 1940). *(History of the Second World War)*

Tummar, Sollum o Capuzzo. El sistema para expugnarla podría consistir, como en Sidi el-Barrani, en hacer penetrar los carros (una vez más los del 7.º Regimiento *Royal Tank*) en el interior del perímetro. Pero en esta ocasión, O'Connor y Mackay decidieron lanzar primero un batallón de infantería al otro lado del foso y de las alambradas y tender pasos sobre aquél, además de eliminar los campos de minas para permitir el paso de los carros. Estos irrumpirían en la posición avanzando en abanico, y los seguirían dos batallones de infantería. O'Connor y Mackay decidieron atacar por el lugar por el que menos esperaban los italianos: en la mitad del lado occidental del perímetro. La División Acorazada 7 debía establecerse en el sector Norte-Noroeste, para bloquear la salida en caso de que los sitiados se replegaran, mientras que el Grupo de apoyo estaría preparado para irrumpir, a través de las defensas de esa zona, apenas se presentara la ocasión.

La caída de Bardia

El 28 de diciembre el general Mackay eligió como «hora cero» las 5 de la mañana del 2 de enero; pero, dos días después, se vio obligado a aplazarla por veinticuatro horas a causa del retraso que sufrió la llegada de las municiones que le eran del todo indispensables. A pesar de este retraso, el plan de ataque no sufrió cambios, y durante su desarrollo los australianos recibirían su bautismo de fuego en la segunda Guerra Mundial. Desde el principio al final combatieron con un ímpetu y una sangre fría excepcionales. En menos de una hora, la infantería tendió los puentes sobre el foso contracarro. Rápidamente se señalaron los pasos por donde cruzar y se neutralizaron unas cien minas, de modo que, a las 7 de la mañana del 3 de enero, los carros ya se hallaban en la cabeza de puente, en el interior de la posición. A mediodía los italianos se rendían en grupos. Desde el mar, prestaron su ayuda los cañones de grueso calibre de los acorazados *Warspite*, *Valiant* y *Barham*. Tras dos días de limpieza, el 5 de enero la plaza se rendía. «Barba eléctrica» consiguió escapar y llegar a Tobruk. El botín capturado era impresionante: 38.000 hombres, 33 piezas de artillería de costa de calibre medio, 220 de campaña, 26 antiaéreas pesadas, 40 piezas de infantería (de 65 mm), 146 contracarro, 120 carros de combate y más de 700 vehículos. Las pérdidas globales sufridas por la Commonwealth ascendieron a 500 hombres, de ellos menos de 150 muertos.

Una vez más hubo recriminaciones en las altas esferas del Eje. Generales que no habían sido hechos prisioneros fueron destituidos; Graziani se lamentaba de estar haciendo la guerra «de la pulga contra el elefante», y la radio de Roma proclamaba que Bardia había sido atacada por 250.000 hombres y 1000 aviones.

El día 1 de enero, la *Western Desert Force* fue rebautizada con el nombre de Cuerpo de Ejército XIII, y empezó a prepararse, incluso antes de la caída de Bardia, para la nueva fase de la persecución. En la mañana del 5 de enero, la Brigada Acorazada 7 se movía hacia El-Adem, donde se hallaba el más importante aeródromo italiano en Libia, y al día siguiente procedía a aislar Tobruk por el Oeste. La noche del 6 de enero, la Brigada XIX australiana de la División Mackay salía de Bardia, y un día después tan sólo intercambiaba los primeros disparos con el sector oriental de las defensas de Tobruk. La Brigada XVI británica actuaba por su izquierda, mientras la Brigada Acorazada IV, el Grupo de apoyo y la Brigada Acorazada VII envolvían la plaza por el Sur y el Oeste. Una vez más los italianos volvieron a recibir órdenes de resistencia a ultranza. Y una vez más, también, las fuerzas de la Commonwealth estaban dispuestas a aniquilar fulminantemente la defensa adversaria.

Las pérdidas italianas eran enormes. En menos de un mes, ocho divisiones habían sido completamente aniquiladas, y en cuanto a la Aviación, de todos los escuadrones presentes al comienzo de la campaña sólo le quedaban a Graziani 119 aparatos, la mitad de los cuales eran cazabombarderos con base en Marana, a 130 km al oeste de Derna, en la Cirenaica central. La caída de Bardia había reducido muchísimo el número de tropas disponibles para la defensa de Tobruk. Graziani contaba tan sólo con 25.000 hombres (la División «Sirte» y otros 9000 procedentes de unidades deshechas), 220 cañones y 60 ó 70 carros de combate medios y ligeros. Más al Oeste, disponía de la División «Sabratha», en Derna; la 17 en Bengasi y un Grupo blindado en El-Mechilí.

Sin embargo, O'Connor empezaba a resentirse del esfuerzo, aun cuando se trataba de un esfuerzo ofensivo y no defensivo. Las dificultades de abastecimiento crecían de día en día: el carburante y las municiones tenían absoluta prioridad sobre los víveres; por ello las unidades más avanzadas recibieron, más de una vez, medias raciones. No obstante, la moral seguía siendo alta. El problema que debía resolverse ahora era el siguiente: ¿cuándo podría O'Connor tomar Tobruk y cuáles serían las acciones subsiguientes una vez conseguido aquel objetivo?

El mismo día de la caída de Bardia, en Londres, a 5000 km de distancia, Churchill acababa de tomar una decisión que tendría profundas repercusiones en el desarrollo del resto de la campaña en el desierto occidental: «Es necesario asegurar la defensa del flanco occidental de Egipto», dijo a los jefes de Estado Mayor. Y con ello quería significar que no pensaba ir más allá de Bengasi. Después se debía dar prioridad al apoyo a Grecia contra la agresión italiana y a la eventualidad, cada día más probable, de un ataque alemán a este último país. A partir de entonces, pidió a Wavell que procediera a los preparativos en gran escala para el envío de un Cuerpo Expedicionario británico a Grecia. Debía valerse de sus propios recursos, pues ningún refuerzo importante en hombres, cañones o carros podría ser enviado desde Inglaterra.

Así, pues, mientras O'Connor, O'Moore Creagh y Mackay se dedicaban con cierta tranquilidad a aniquilar a los italianos de África del Norte, Wavell debía resolver un dilema cada vez más angustioso. Él sabía, aun cuando Churchill no le había revelado sus intenciones, que la destrucción de la mitad del Imperio colonial italiano exigía la participación de fuerzas considerables. Tampoco desconocía, al igual que Churchill y el Gabinete de guerra, que se estaban acumulando nubes amenazadoras en el flanco septentrional, en Palestina y en el Irak. Turquía no abandonaría la postura de neutralidad que hasta ese momento había mantenido celosamente; mas, por el contrario, en Siria y en el Líbano, el régimen francés de Vichy parecía tener mucha prisa por colaborar más estrechamente con el Eje. Los alemanes, más aún que los italianos, hacían todo lo posible por fomentar el nacionalismo de los árabes, soñando de nuevo en su *Drang nach Osten* (el avance hacia el Este), y con este fin empezaban a crear una nueva esfera de influencia alemana que iba desde los Balcanes hasta Bagdad, e incluso más lejos.

Pero de momento, la expedición a Grecia constituía la principal preocupación de Wavell, y su efecto no tardó en hacerse sentir sobre el avance de O'Connor, como se puso muy pronto de manifiesto. Mientras se estaban llevando a cabo los preparativos para el asalto a Tobruk, Wavell se trasladó a Atenas para conferenciar con el Gabinete griego y con los jefes del Ejército. Al mismo tiempo, el teniente general de Aviación, sir Arthur Longmore, comandante en jefe de la RAF en Oriente Medio, recibía del jefe del Estado Mayor del Aire la orden tajante de reducir el apoyo aéreo al Cuerpo de Ejército XIII hasta un nivel muy por debajo del mínimo indispensable, pues era preciso enviar a Grecia tres escuadrones de *Hurricane* y uno de *Blenheim*. Las protestas de Wavell y Longmore consiguieron moderar el tono absoluto de estas instrucciones, pero aun así el mando de El Cairo ya no podía albergar más dudas en el sentido de que era forzoso imponer un límite al brillante avance de O'Connor.

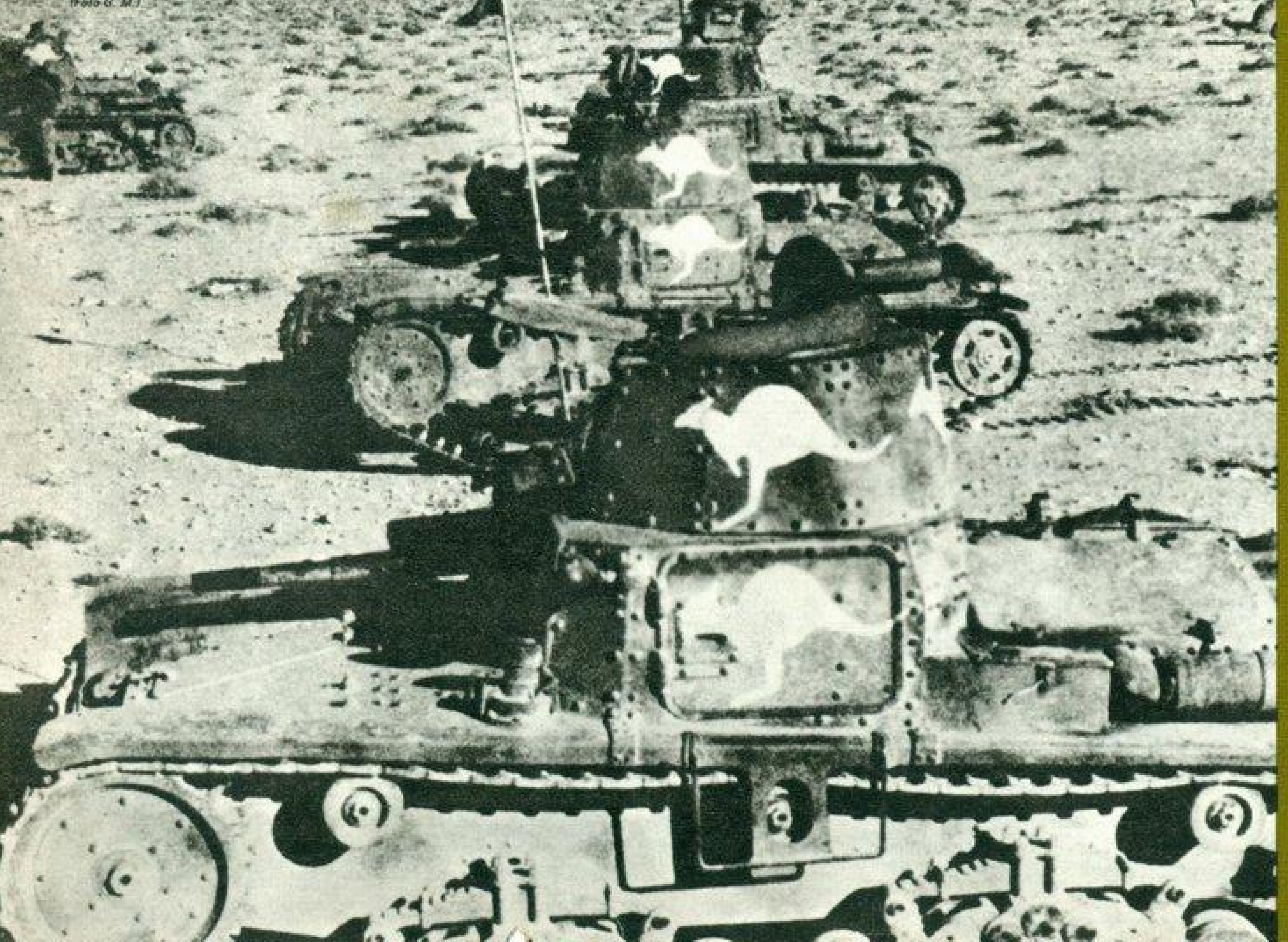
Ataque en gran escala

El plan de ataque a Tobruk era muy parecido al del ataque a Bardia, pero en mayor escala. Y apenas 18 meses después, el plan de un general alemán, Erwin Rommel, que le conduciría a la reconquista de Tobruk para el Eje y le merecería su ascenso a mariscal, sería también casi idéntico.

En esta ocasión, O'Connor disponía de la División Acorazada 7, de tres brigadas de la División 6 australiana de Mackay, de dos batallones de ametralladoras, del 7.º Regimiento de carros (a

Página de al lado, arriba: Tobruk, enero de 1941: centenares de vehículos de transporte italianos quedaron abandonados en el desierto; al fondo, un depósito de carburante ardiendo. Abajo: prisioneros de guerra italianos capturados tras los durísimos combates desarrollados en Bardia, durante los días 3 y 5 de enero de 1941. Los italianos habían tratado de organizar la resistencia, pero, rodeados por todas partes, bombardeados por la RAF y por la Marina se vieron obligados a rendirse. *(Central Press) · (Imperial War Museum)*

(Alfredo Zennaro)



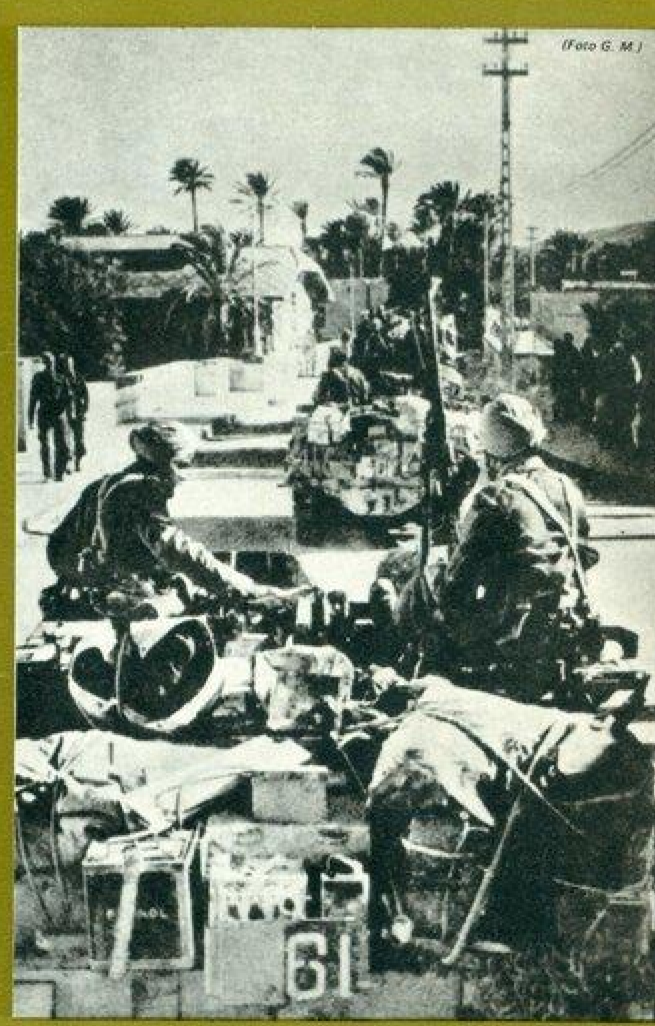
LA LUCHA EN EL DESIERTO

Arriba: tropas italianas en acción en El-Agheila (febrero de 1941).

A la izquierda: carros de combate italianos capturados por los ingleses y empleados luego en los ataques contra Tobruk. En los costados y sobre las torretas se ve el dibujo de los canguros, distintivo de la división australiana a la que se agregaron dichos carros.

A la derecha: ametralladoras británicas en acción frente al perímetro defensivo italiano de Derna.

(Foto G. M.)



Tropas indias entrando en Derna en el transcurso de la ofensiva lanzada por Wavell, desde Egipto, contra la Cirenaica.

(Imperial War Museum)



Enero de 1941: mientras esperan la hora de atacar Tobruk, los ingleses baten intensamente con la artillería las posiciones defensivas italianas. (Archivo Rizzoli)

cuya escasa dotación de carros no se había añadido ninguno más) y de una considerable masa de artillería.

Durante doce días, tras la caída de Bardía, no cesó ni un instante el movimiento en torno al recinto defensivo de la ciudad: llegada de municiones, preparación de las posiciones artilleras y envío de patrullas ofensivas que hostigaban y desorientaban continuamente a las tropas italianas.

Tras un aplazamiento de 24 horas, obligado por el desencadenamiento de una pavorosa tempestad de arena, una de las más fuertes de toda la campaña, O'Connor lanzó el ataque a las 8 de la mañana del día 21 de enero. La Brigada XVI australiana y los carros de apoyo a la infantería irrumpieron en la posición por el vértice Sudeste, bajo la protección de una potente barrera de fuego artillero, seguidos muy de cerca por la Brigada XIX. Hacia el mediodía, ambas brigadas alcanzaron sus primeros objetivos con escasas bajas; pero, poco después, los italianos pusieron en acción sus cañones de costa y antiaéreos, y transcurrieron unas horas de encarnizados combates alrededor del recinto y hacia el centro del mismo. No obstante, al aproximarse el crepúsculo, las fuerzas de la Commonwealth se habían situado a lo largo del margen del talud que domina la ciudad: entonces la mitad aproximadamente de la zona defendida ya había sido conquistada.

En el transcurso de la noche las tropas atacantes pudieron divisar por toda la ciudad las llamas de los incendios y oír el estruendo de las explosiones. Al despuntar el alba avanzaron sin hallar resistencia. Había más tropas de las que en un principio se supuso: 30.000 soldados, incluidos muchos especialistas y un destacamento naval de más de 2000 hombres. También había tantos vehículos que nadie tuvo el humor de contarlos; además se capturaron 87 carros y 200 cañones. Las pérdidas del Cuerpo de Ejército XIII fueron algo superiores a los 400 hombres, de los que 355 eran australianos. El puerto, que se había intentado inutilizar, entró nuevamente en servicio antes de 48 horas.

El Cuerpo de Ejército XIII se había prodigado al máximo durante el mes anterior y corría el rumor de que se trataba de hacer el *sprint* final. El día en que se lanzó el asalto contra Tobruk, los jefes del Estado Mayor comunicaron a Wavell que, en aquel momento, se consideraba de la máxima importancia la toma de Bengasi. O'Connor preparaba ya los planes para este otro salto adelante, y a tal fin dispuso que la Brigada Acorazada VII prosiguiera su avance hacia Derna, mientras la Brigada IV australiana iniciaría su marcha sobre El-Mechilí, a 160 km de distancia. La noche del 22 de enero, la Brigada I había establecido contacto con el enemigo, a 30 km de Derna, mientras que patrullas de la segunda llegaban a la pista que iba de El-Mechilí hacia el Oeste, Sur y Sudeste.

Pero ante el Cuerpo de Ejército XIII se abrían ahora inmensas distancias, en un territorio jamás atravesado hasta entonces por soldados británicos (en los dos años siguientes acabaría por resultar muy familiar a millares de ellos). El terreno iba cambiando gradualmente: se pasaba de las extensiones, aparentemente sin fin, de arena y rocas del desierto, al verde de la región cultivable del Yébel el-Akhdar. Seguían después alturas que alcanzaban los 600 m e incluso más; había carreteras y dos pequeñas líneas de ferrocarril, una considerable población agrícola y... Bengasi, la ciudad portuaria, con una población de 65.000 habitantes, de los que un tercio eran italianos.

Las dos principales carreteras del Este tenían una gran importancia táctica. Una seguía la costa, desde Tobruk a Ain el-Gazala, Tmimi, Martuba y Derna, doblando después en dirección Oeste-Sudoeste, a través del Yébel, hacia Barca, Benina y Bengasi. La otra llevaba desde el nudo de El-Adem, situado al sur de Tobruk, a El-Mechilí, en la margen meridional del Yébel, donde torcía al Sudoeste; hacia Msus, Antelat, Agedabia y El-Agheila, con una ramificación para caravanas en dirección Oeste; luego volvía a unirse, por la costa, a la carretera principal, que, en dirección Sur, iba de Bengasi a Agedabia.

El salto sobre Bengasi

La noche del 22 de enero, todo lo que quedaba de aquel gran ejército de que disponía Graziani a principios de diciembre era la División «Sabratha» (menos una brigada de infantería), establecida al este de Derna; una brigada acorazada de unos 160 carros, y una brigada de infantería de la División 60, que estaba en El-Mechilí o en sus proximidades, al mando del general Babini. Más hacia el Oeste, no se sabía exactamente si en Cirenaica o Tripolitania, había otras dos divisiones. En Cirenaica, el núcleo septentrional de la fuerza defendía la carretera de la costa, que conducía a Bengasi; mientras que el núcleo meridional estaba establecido en la principal encrucijada entre las vías de comunicación procedentes del desierto, del Yébel y de la costa. Wavell veía tan claramente como O'Connor la posibilidad de un rápido avance sobre Bengasi y la consecución de una victoria decisiva.

O'Connor alcanzó los objetivos previstos en menos de tres semanas. El ritmo que adquirió la fase final de la campaña fue frenético; hombres y vehículos rindieron hasta el límite de sus posibilidades. El clima era invernal, no se podían realizar reconocimientos exactos y apenas se disponía de mapas que merecieran confianza. Pero la determinación y energía de O'Connor vencieron al cansancio y a los padecimientos de estómago que le venían molestando desde el principio de la empresa. Su acción de mando era tranquila y extremadamente eficiente. Parecía tener, como Wavell, la misteriosa cualidad de estar siempre en el lugar donde su presencia era más necesaria y en el momento crítico.

El día 24 se libró en El-Mechilí una de las primeras batallas de esta campaña entre carros de combate: la División Acorazada 7 destruyó ocho carros medianos enemigos, capturó otro y perdió a su vez, un carro pesado y seis ligeros. O'Connor decidió aplastar los restos de las fuerzas italianas en esa zona, cercando, al mismo tiempo, la División «Sabratha» en Derna. Con este fin dejó en dicha localidad dos brigadas de la División 6 australiana, y envió la tercera al Sur, para que se uniera a la División Acorazada 7 y al Grupo de apoyo. El 25 de enero dio órdenes explícitas para que se impidiera al general Babini y a sus tropas que se replegaran de El-Mechilí.

Pero una gran parte de las fuerzas inglesas dejó de avanzar, a causa de la falta de combustible, permaneciendo estacionada hasta la mañana del 27 de enero. Por la noche, con gran disgusto de O'Connor, Babini logró escapar hacia el Norte. Cuando poco más tarde el reconocimiento aéreo descubrió a los italianos, que iban por una carretera que no figuraba en ningún mapa inglés, atravesando un terreno boscoso y cortado por barrancos, la Brigada Acorazada IV se lanzó en su persecución durante dos días y los cazabombarderos los atacaron con fuego de ametralladora y bombas ligeras. Pero a mediodía del 28 de enero las cosas empeoraron: llovía torrencialmente y se produjeron numerosas averías mecánicas y falta de combustible; todo lo cual obligó a interrumpir la persecución.

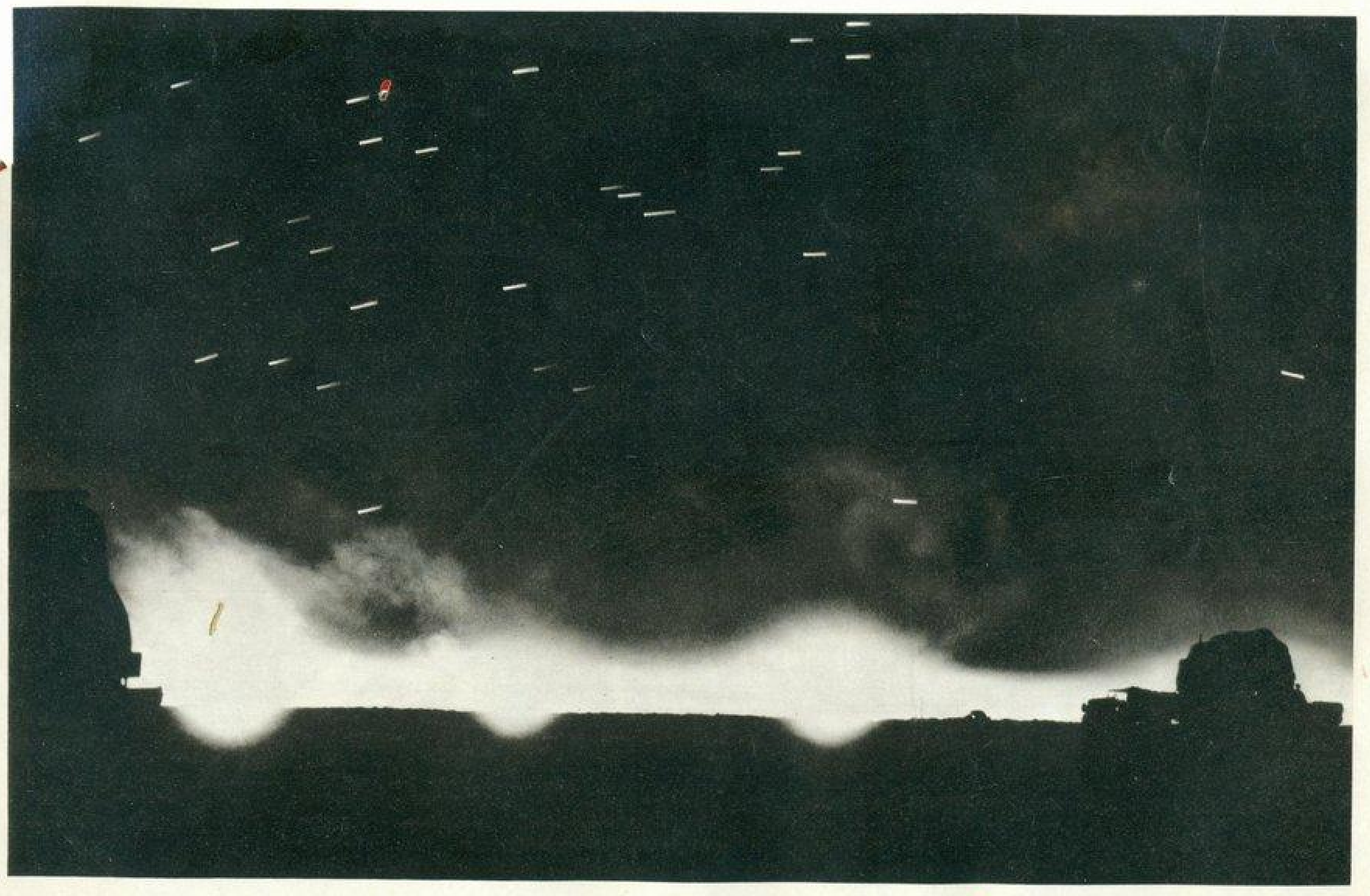
El 29 de enero los italianos se retiraron de Derna, y se pensó en un principio que pretendían detenerse en las alturas del Yébel el-Akhdar. Los australianos ocuparon Derna el 30 de enero. O'Connor consideró, por un momento, que había llegado la ocasión de conceder un respiro a parte de sus oficiales y de sus hombres, y de poder reparar los carros y el material averiado. Pero para arrollar al enemigo en el Yébel era menester que la División Acorazada 7 realizara un movimiento más amplio que la simple marcha de aproximación por la carretera que de El-Mechilí se dirige hacia el Oeste.

En los dos días siguientes, la resistencia italiana en el sector Norte empezó a disminuir notablemente, y hasta llegó la noticia de que su Aviación procedía a abandonar los pocos campos que aún le quedaban. A primeras horas de la mañana, estos rumores sobre el repliegue tuvieron confirmación al divisarse largas columnas en movimiento al oeste de Barca, así como carros de combate que, también en esta localidad, eran cargados en trenes.

La noche del 31 de enero, O'Connor, O'Moore Creagh y John Harding sostuvieron un cambio de impresiones con un oficial de enlace enviado por Wavell (que no había podido acudir personalmente por estar ocupado en Grecia) y le expusieron la situación. Se trataba del general de brigada Eric Dorman-Smith, amigo personal de Wavell. A este sagaz militar debía corresponderle un papel decisivo en el desarrollo de los acontecimientos durante la última fase del avance.

Durante la reunión, O'Connor sostuvo que los italianos no sólo se disponían a abandonar el sector costero, sino toda la Cirenaica. Era esencial, por lo tanto, dar a la persecución la mayor cele-

La artillería británica en acción durante un combate nocturno en Tobruk. El general O'Connor lanzó el ataque decisivo contra la fortaleza italiana el 21 de enero, y la conquistó al día siguiente. *(History of the Second World War)*



1939

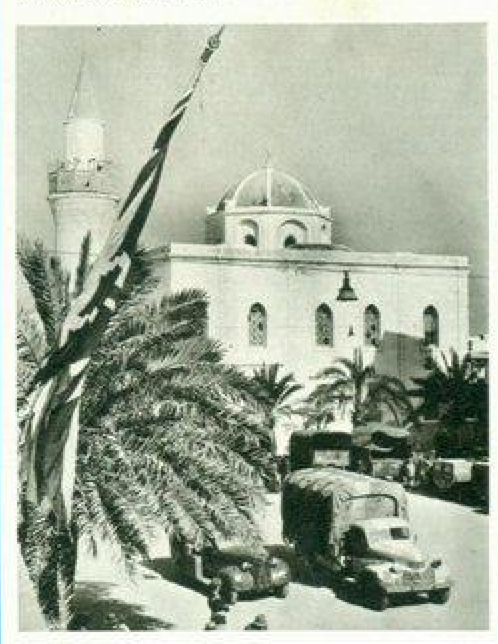
2 de agosto: Wavell asume el mando de las fuerzas terrestres británicas en Egipto, Sudán, Palestina, Transjordania y Chipre.
3 de septiembre: la zona bajo la responsabilidad de Wavell se amplía hasta concluir la Somalia Británica, Adén, Irak y la costa del golfo Pérsico.
6 de septiembre: Sudáfrica declara la guerra a Alemania. Egipto rompe sus relaciones diplomáticas con dicha nación.

1940

12 de enero: llega a Suez el primer contingente de tropas australianas.
10 de junio: Italia declara la guerra.
junio-julio: escaramuzas fronterizas entre unidades italianas y la División Acorazada 7 británica («ratas del desierto»).
3 de agosto: Tropas italianas invaden la Somalia Británica.
5 de agosto: los italianos toman Hargeisa.
16 de agosto: empieza la evacuación de Berbera, en la Somalia Británica.
13 de septiembre: tropas italianas, al mando del mariscal Graziani, cruzan la frontera egipcia y ocupan la localidad de Sollum.
18 de septiembre: los italianos ocupan Sidi el-Barrani; pero en este punto se detiene su ofensiva.
28 de octubre: Italia ataca a Grecia.
9 de diciembre: se da comienzo a la Operación «Compass», primera ofensiva inglesa en el desierto occidental. Los «treinta mil de Wavell» derrotan a las tropas de Graziani en Sidi el-Barrani.
11 de diciembre: los ingleses recuperan Sidi el-Barrani.
17 de diciembre: las tropas inglesas ocupan Sollum.

1941

3 de enero: Bardia es bombardeada por la artillería inglesa desde mar y tierra.
5 de enero: unidades inglesas y australianas toman Bardia.
22 de enero: conquista de Tobruk por los anglo-australianos.
29 de enero: tropas sudafricanas penetran en la Somalia Italiana.
30 de enero: las tropas australianas ocupan Derna.
3 de febrero: los ingleses ocupan Cirene.
4 de febrero: una columna blindada británica sale de El-Mechilí para sitiar a las fuerzas italianas al sur de Bengasi.
6 de febrero: ingleses y australianos logran entrar en Bengasi.
7 de febrero: colapso definitivo de las tropas italianas sitiadas en Beda Fomm.



10 de febrero: Mussolini acepta la oferta de Hitler de enviar una división acorazada alemana.
14 de febrero: llegan a Trípoli las primeras unidades alemanas. Las fuerzas sudafricanas toman Gobuin, en Somalia.
20 de febrero: los ingleses cruzan el río Giuba, en Somalia.
25 de febrero: tropas nigerianas británicas ocupan Mogadiscio, en Somalia.

ridad. No podía estar esperando unos refuerzos que, en el mejor de los casos, no le llegarían hasta el 10 de febrero. La División Acorazada 7 debía proseguir hasta que sus recursos se lo permitieran; pero se necesitaba carburante. La intendencia de O'Connor, tras largas consultas y múltiples solicitudes, declaró poder abastecer a la división, en la carretera de Bengasi, con suficiente carburante para afrontar la batalla.

Al día siguiente, a primeras horas de la mañana, bajo la apremiante petición de O'Connor, Dorman-Smith emprendió el vuelo hacia El Cairo, con el fin de recabar autorización del comandante en jefe para llevar adelante un rápido avance que permitiera cortar la retirada italiana. Wavell se entrevistó con él aquella misma noche, y una vez Dorman-Smith hubo expuesto su informe, le dijo: «Dile a Dick que puede continuar; deséale buena suerte de mi parte. ¡Ha hecho bien!»

Dorman-Smith regresó al frente y pudo transmitir el mensaje a O'Connor el 2 de febrero. Entre tanto, la División Acorazada 7, sin esperar refuerzo alguno, seguía avanzando en cumplimiento de la orden dada por O'Connor de continuar hasta que lo permitieran sus posibilidades. Por lo que respecta al abastecimiento, los primeros convoyes cargados en Tobruk empezaban a llegar a El-Mechilí. Para el 4 de febrero la división ya podría continuar con sus propios vehículos, seguida de un convoy portador de agua, carburante, víveres y municiones necesarios para dos días. Todo el conjunto había recibido la orden de estar preparado para dirigirse a Msus.

El 4 de febrero, Wavell se trasladó en avión a Cirenaica. De vuelta a El Cairo, antes de anochecer, comunicó al jefe del Estado Mayor Imperial que lo que quedaba de la División Acorazada 7 –una brigada con 40 ó 50 carros pesados y unos 80 ligeros, más el Grupo de apoyo, con los vehículos averiados y los hombres exhaustos– se dirigía hacia Msus, localidad que alcanzaría durante la noche. Paralelamente, los australianos avanzaban a lo largo de la carretera principal, que se dirigía a Barca y a Bengasi, mientras la RAF batía a los italianos en retirada. A menos que las informaciones de O'Connor fueran erróneas o bien se produjera algún hecho imprevisible, se «encontrarían a las puertas de Bengasi en uno de los próximos días».

Los carros de combate británicos ocuparon Msus aquel mismo día, pero la muy castigada División Acorazada 7 avanzaba fatigosamente por aquella accidentada región; hasta el 5 de febrero no pudo comunicar que se hallaba en posición, al este de Msus.

La persecución prosiguió durante todo el día. Algunos carros ligeros sufrieron averías. Oficiales y tropa disponían de una sola ración de alimento para dos días y solamente de las municiones que podían llevar consigo. Pero lo más inquietante era pensar cuánto tiempo duraría el carburante. Al anochecer, las fuerzas de O'Connor habían penetrado profundamente en Cirenaica meridional, en dirección Oeste. La Brigada Acorazada IV se aproximaba a Beda Fomm, donde los italianos se apresuraban a organizar lo que podría ser su última posición defensiva. Una columna compuesta por 5000 hombres (en la que había elementos de la población civil), formada casi enteramente por artilleros con sus baterías, se rindió al sudoeste de Beda Fomm. O'Connor trasladó su puesto de mando avanzado a Msus y, al amanecer del 6 de febrero, le pareció evidente que los italianos se aprestaban a hacer un último intento para romper el cerco que se había formado a su alrededor. Combatieron valerosa y encarnizadamente durante todo el día, pero, al caer la noche, su situación era desesperada. A lo largo de 30 km, sobre la única posible vía de escape, la División Acorazada 7 consiguió inmovilizar una caótica masa de vehículos y hombres. En el reiterado intento de abrirse paso, los italianos perdieron más de 80 carros de combate. Mientras tanto, O'Connor daba órdenes a la División 6 australiana para que mandara un destacamento rápido, de entidad aproximada a una brigada, por la carretera principal de Barca a Bengasi, y sobre Ghemínes, para completar el cerco de los italianos. Los australianos avanzaron con la mayor rapidez posible, y aquel mismo día, tan pródigo en acontecimientos, consiguieron la rendición de Bengasi.

Amaneció un día frío y límpido. Un grupo de 30 carros italianos hizo un último e inútil intento para romper el cerco formado por los vehículos acorazados británicos: fue al fallar este postrer intento, cuando se produjo la rendición sin condiciones.

El comentario personal de O'Connor, que figura en un informe escrito por él mismo cuatro meses más tarde, cuando, por las vicisitudes del destino, fue hecho presionero, era austero y preciso: «Creo que fue una victoria sonoleta, pues ningún enemigo consiguió escapar».

En el transcurso de dos meses, sus tropas, no más de dos divisiones, con una fuerza en conjunto de 30.000 hombres, habían realizado un avance de 800 km; destruyeron un Ejército italiano de diez divisiones, y capturaron 130.000 prisioneros, más de 850 cañones, 400 carros de combate y millares de vehículos.

O'Connor estaba ansioso por explotar el éxito, avanzando hasta Trípoli. Si se le hubiera permitido, ¿quién sabe lo que hubiera conseguido? En buena lógica, desde el punto de vista logístico y operativo, no tenía ninguna posibilidad de conseguirlo. Los vehículos ya no podían seguir, y la *Royal Navy* y la RAF no estaban en condiciones de hacer nada más. Reactivar el puerto de Bengasi habría exigido mucho tiempo. Pero quiso salirse con la suya. La noche del 8 de febrero, destacó patrullas a unos 60 ó 70 km a vanguardia, por la costa, y no encontró resistencia. O'Connor envió a Dorman-Smith a El Cairo con el fin de obtener autorización para avanzar aún más. El mal tiempo retrasó la llegada del emisario, que hasta la mañana del 12 de febrero no consiguió presentarse en la oficina de Wavell.

Pero era ya demasiado tarde. Se acababan de designar unidades de refresco que sustituirían a aquellos exhaustos vencedores, que partieron a primeros de diciembre para un *raid* de cinco días... Wilson fue nombrado gobernador militar de Cirenaica. Y O'Connor recibió la orden de volver a El Cairo para recibir tropas británicas en Egipto. Luego, bajo la presión del Gabinete de Guerra y de los jefes de Estado Mayor, se dispuso una sutil línea de fuerzas para la defensa del inmenso territorio conquistado. Todas las miradas se volvían ahora hacia Grecia, donde, de improviso, se manifestaban síntomas de crisis.

El 5 de febrero, el primer día de la batalla de Beda Fomm, Hitler escribía a Mussolini expresándole su desaprobación por la manera cómo se había conducido la campaña de África del Norte, y ofreciéndole la ayuda de una división acorazada completa, siempre y cuando los italianos resistiesen firmemente y no se replegasen sobre Trípoli. Cinco días más tarde, Mussolini aceptaba la oferta. El 11 de febrero el general Erwin Rommel llegaba a Roma para recibir seguridades en el sentido de que la primera línea de defensa, en Tripolitania, estaría en la Sirte. Tres días después, un batallón germano de reconocimiento y un batallón de contracarro llegaban a Trípoli.

JOHN CONNELL

Nació en 1909, y estudió en Loretto y en el Balliol College. En 1933 entró a formar parte de la redacción del *Evening News*, de Londres, del que fue primer comentarista y crítico literario hasta 1959. Los asuntos militares son, sin embargo, los que ha estudiado con mayor interés: su biografía del general Auchinleck encontró muy buena acogida. A esta obra siguió un estudio sobre la campaña de Wavell en Oriente Medio, publicado en 1965. El 5 de octubre de ese mismo año, poco después de haber terminado el artículo que nos ocupa, John Connell falleció de improviso de un ataque al corazón. En una carta a su viuda, un admirador dice: «La pérdida que su muerte representa para la historiografía es muy grave, porque Connell era de los pocos que podían hablar del pasado con auténtica humanidad y comprensión de los acontecimientos».



En teoría, los territorios británicos de África Oriental estaban seriamente amenazados desde el momento de la entrada de Italia en guerra; pero, como ocurrió en el desierto occidental, tras la espectacular aparición en escena de los italianos, no había una auténtica fuerza. Esta es la historia de cómo se perdió, a causa del retraso en la organización de una defensa eficaz, la Somalia Británica, y de cómo los ingleses, enfrentándose rápidamente con la realidad de los acontecimientos, reaccionaron y ocuparon luego la Somalia Italiana, conquista que debilitó la fuerza de Mussolini en África Oriental y brindó la oportunidad, a los militares de ambos bandos, de considerar la gran importancia que tiene en la guerra la rapidez de movimientos.

EL COLAPSO ITALIANO EN SOMALIA

Pieter Lessing

La interminable lucha contra el terreno y los elementos contribuyó, en igual medida que los combates, y en ocasiones incluso más aún, a dar carácter a la campaña de África oriental, que se prolongó por espacio de diecisiete meses, desde julio de 1940 a noviembre de 1941. Durante toda la campaña, la naturaleza del relieve exigió originalidad, improvisación y una resistencia extraordinaria, y, al mismo tiempo, impuso precisas limitaciones de orden táctico.

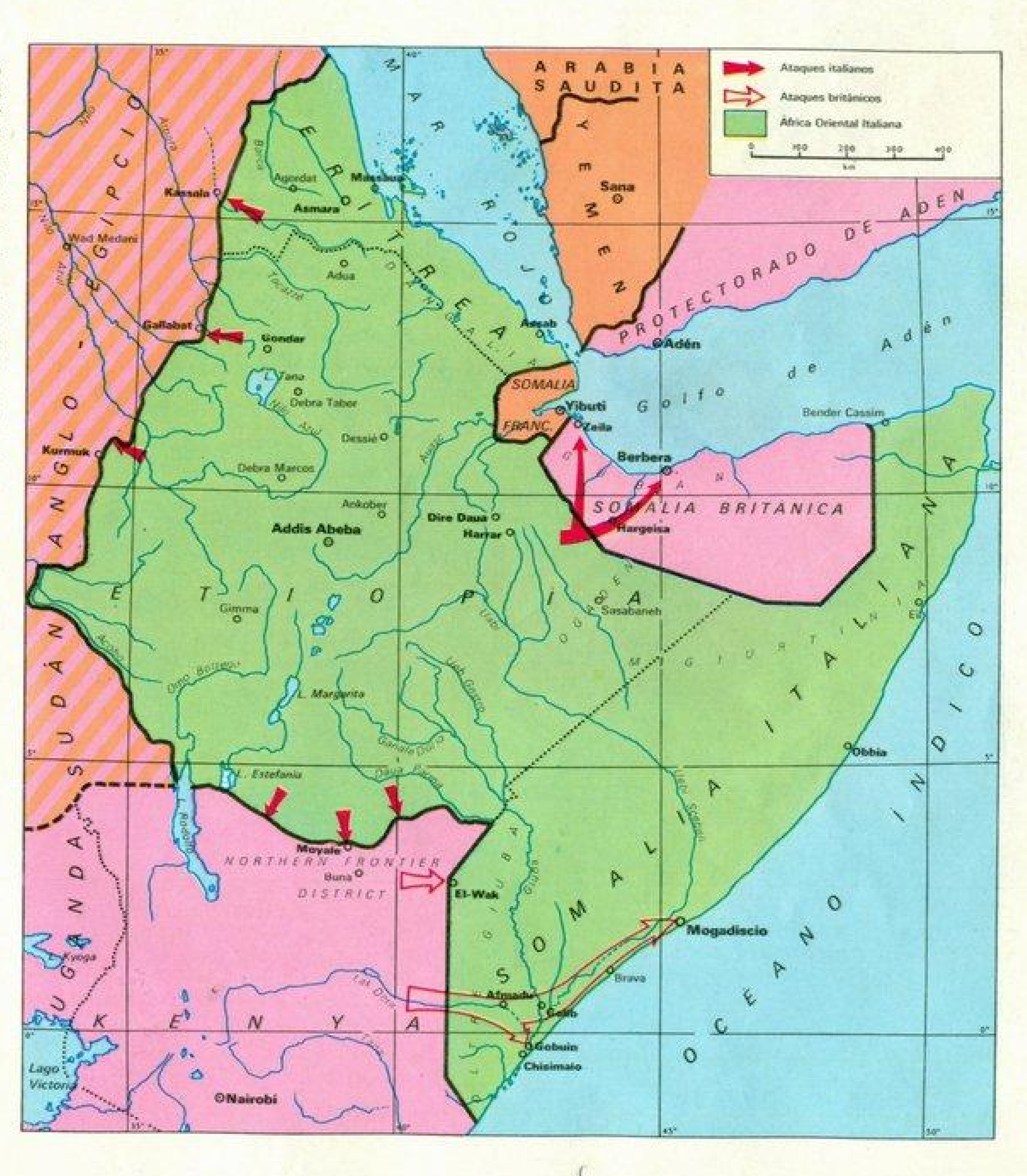
En el centro de aquella vasta región se halla Etiopía, un macizo montañoso y un territorio (1.250.000 km² de superficie) que era el más inaccesible de toda África. En teoría, se trataba de un país fácilmente defendible contra las invasiones, pero la imposibilidad de utilizar otras vías que no fueran las escasísimas carreteras y la casi absoluta falta de medios de comunicación, imponían severas restricciones al ejército invasor, y a los defensores.

Al norte de Etiopía se hallaba la colonia italiana de Eritrea, bastante desértica y desolada, sin ningún interés, por lo que el esfuerzo militar de los adversarios se concentraba, inevitablemente, en las escarpadas vertientes meridionales, donde se encontraban las únicas vías de acceso a Etiopía.

Al Sudeste y al Este se extendía Somalia, cuyo territorio estaba repartido entre italianos, ingleses y franceses. Sus 800.000 km² carecían de todo recurso y eran el territorio más primitivo de África.

A las características del suelo hay que añadir la falta de preparación de que dieron muestra ambas partes en semejante teatro de operaciones. Al entrar Italia en guerra, el Reino Unido no disponía en África oriental de fuerzas capaces de sostener una campaña. Las escasas unidades que había sido posible reunir o reclutar en el país, tan sólo podían servir, en un principio, para intentar defender Kenya, la Somalia Británica y el Sudán contra una posible invasión italiana no demasiado violenta.

Teóricamente, los italianos gozaban de una su-



A la derecha: el Imperio italiano de África Oriental tenía un gran valor estratégico, pues se encontraba muy cerca de los puntos de acceso a Egipto y al golfo de Adén. La pérdida de Somalia, en 1941, puso en peligro su existencia.

perioridad numérica absoluta, pero en la práctica sus posibilidades eran limitadas. Por otra parte, las fuerzas británicas fueron aumentando en el transcurso de las diversas fases de la campaña; en cambio, los italianos, aislados de la patria, no recibieron refuerzo alguno. Según datos italianos, las cifras eran las siguientes: tropas peninsulares, 91.203; tropas indígenas, 199.273; en total, 290.476 hombres. A lo largo de la campaña fueron reclutadas e instruidas más tropas etíopes; pero no eran de fiar, y además Etiopía no contaba con una economía y unos recursos que le permitieran atender las exigencias de una guerra prolongada. El país se hallaba en un estado de constante inquietud; vastas regiones permanecían en plena agitación después de los cuatro años de ocupación italiana y numerosas tribus se sublevaban de vez en cuando. De ahí que las fuerzas italianas estuviesen organizadas para asegurar el orden interno, dispersas en lejanos distritos y equipadas, en general, para servicios de guarnición.

Los ingleses, cuyo servicio de información era inadecuado y poco eficaz, desconocían el escaso valor de las fuerzas italianas. Por ello preveían la posibilidad de una invasión de su territorio. La víctima sería, sin ninguna duda, Somalia Británica; pero esto no era lo peor: la probable invasión del Sudán amenazaba, de hecho, el Oriente Medio, mientras que la invasión de Kenya tendría serias repercusiones en toda África oriental.

Los italianos invadieron, en efecto, Somalia Británica, pero en el Sudán limitaron su actuación a la toma de Cassala, importante centro a 20 km de la frontera eritrea, y en Kenya a la ocupación de Moyale, pequeña ciudad fronteriza. En ambos casos, lo que únicamente perseguían era privar a los ingleses de dos bases potenciales, de dos posibles vías de acceso al África oriental italiana.

La amenaza italiana

De todas formas, con invasión o sin ella, la presencia italiana en África oriental era un serio problema. El «cuerno» de África dominaba la entrada del mar Rojo, línea vital hacia Oriente Medio, y los aviones italianos con base en tierra constituían una seria amenaza para los buques británicos que abastecían la zona. En Massaua había, además, una base naval. Por si todo esto fuera poco, y a causa de la presencia italiana, el mar Rojo era oficialmente zona de guerra, lo que significaba que los barcos americanos no podían navegar por sus aguas. Esta circunstancia agravaba más el problema del abastecimiento del Oriente Medio.

Así pues, el mando militar británico tenía motivos de preocupación, y mientras África oriental italiana constituyese una amenaza en potencia, las tropas, por necesarias que fuesen en otros lugares, debían permanecer en Kenya y en el Sudán.

Es importante recordar que, en aquel momento, nada hacía pensar a los británicos en la posibilidad de conseguir la rendición italiana en África oriental. Todas las previsiones coincidían en afirmar que una campaña que se propusiera tal objetivo sería demasiado costosa y requeriría fuerzas de las que no se podía disponer. Sin embargo, lo que andando el tiempo sería la campaña de África oriental no resultó ser una campaña en la acepción normal del término. Fue un conjunto de operaciones diferentes y, en la primera fase, desligadas, con un objetivo limitado cada una de ellas. Ni siquiera existió (por lo menos hasta el final) un mando autónomo, sino que las operaciones fueron dirigidas en parte desde Kenya, por el teniente general sir Alan Cunningham, y en parte desde el Sudán por el general de división William Platt.

La campaña se inició con la invasión de Somalia británica por los italianos. El duque de Aosta, príncipe de la casa de Saboya y virrey de Etiopía, había recibido instrucciones en el sentido de mantener una actitud defensiva. Pero el virrey temía que la Somalia Francesa, pudiera servir de base para la invasión de Etiopía por tropas británicas, pues si bien aquel territorio estaba bajo la tutela de Vichy, el duque de Aosta no se fiaba de la guarnición.

Tanto la Somalia Británica como la Italiana (ambas se unieron en 1960 para formar la República de Somalia independiente) son regiones desoladas. A unos 80 km hacia el interior, en dirección a la frontera etiópica y paralela a la costa, corre una cordillera de elevadas montañas, con alturas que oscilan alrededor de los 2000 metros y que son el paso obligado para una invasión procedente de Etiopía. Por lo tanto, sólo existían dos posibilidades: detener allí al invasor o dejarlo pasar, sin poder ya detenerle en ninguna otra parte. No existe otra posición defensiva.

La primera valoración británica sostenía que no era posible defender Somalia, lo que era tanto como ofrecer a lo italianos la costa del golfo de Adén. Pero el general Wavell visitó la colonia en vísperas de la declaración de guerra de Italia y decidió que, después de todo, era necesario hacer lo posible por conservarla. Calculó que haría falta un mínimo de cinco batallones; pero al comenzar la invasión, el 3 de agosto de 1940, el comandante de la colina, brigadier A. R. Charter, disponía tan sólo de un batallón de Rhodesia del Norte, otro de fusileros reales, de dos compañías del regimiento Punjab, del reducido pero móvil *Camel Corps* somalí y de una batería con cuatro obuses de 94 mm. El batallón *Black Watch* estaba en camino desde Adén.

A estas fuerzas, el general Nasi, comandante italiano en Etiopía sudoriental, oponía 26 batallones, cada uno con su propia artillería; cinco grupos de indígenas, mandados por oficiales italianos; cuatro baterías de campaña, carros de combate ligeros y medios y vehículos acorazados. Y, punto muy importante, las suyas eran fuerzas bien conjuntadas, al contrario de las que apresuradamente estaban reuniendo los ingleses.

Después de atravesar la frontera, el día 3 de agosto, las fuerzas italianas se fraccionaron. Una columna se dirigió hacia el límite de la Somalia Francesa, y como no se podía hacer nada para detenerla, en dos días alcanzó su objetivo, que era impedir que la guarnición francesa intentase ayudar a los ingleses.

La atención del pequeño, pero enormemente activo *Camel Corps*, se centró en seguida en el resto de las fuerzas, mandadas por el general de división De Simone. Aun obligado a replegarse continuamente, el *Camel Corps* no cesó de hostigar al enemigo, consiguiendo retardar su avance. En consecuencia, De Simone tardó dos días en llegar a Hargeisa, la primera e indefensa ciudad de la Somalia Británica. Pero, sobrevalorando la fuerza del citado *Camel Corps* y en lugar de lanzarse inmediatamente sobre Tug Argan, situado a 100 km al Noreste, dedicó tres días a fortificar Hargeisa, hasta transformarla en una base apta para resistir los duros combates que se esperaban.

Luego, reemprendió la marcha, el 8 de agosto, y llegó a Tug Argan el día 11; pero el retraso de Hargeisa había sido de la mayor importancia para los ingleses pues dio tiempo a que llegara el batallón *Black Watch* y permitió al general Wavell nombrar un comandante de las fuerzas defensivas: el general de división A. R. Godwin-Austen.

En Tug Argan, la carretera, con muchas curvas, estaba dominada por seis alturas, separadas entre sí por una distancia de un kilómetro y medio o dos y ocupadas por escasas tropas británicas. Los italianos desencadenaron en seguida una potente barrera de artillería y se lanzaron, con fuerzas equivalentes a una brigada, a la conquista de una de las cimas, que lograron ocupar y conservar pese a dos valerosos contraataques. Atacaron también otras dos cotas, pero los defensores los detuvieron causándoles muchas bajas; aquel día los italianos ya no hicieron más progresos.

Al día siguiente atacaron todas las posiciones, y todas ellas, menos una, resistieron el asalto enemigo, produciéndose encarnizados combates que duraron desde el alba hasta entrada la noche. Pero mientras las fuerzas británicas empleaban todos sus recursos, los italianos disponían de grandes reservas, por lo que consiguieron ascender gradualmente, por la derecha, mientras avanzaban sobre el flanco Este de las cimas defendidas.

Los combates continuaron durante todo el día 13 de agosto, sin que los defensores cediesen un palmo de terreno; mientras tanto, los cuatro obuses de 94 mm hacían lo que podían contra la artillería enemiga, muy superior. Al fracasar un intento de detener la infiltración enemiga, las tropas británicas empezaron a darse cuenta de que estaban a punto de ser cercadas y de que corrían el peligro de perder el acceso a la única vía de retirada. El 14 de agosto, cuarto día de la batalla, los defensores seguían resistiendo; pero la amenaza de quedar aislados de un momento a otro era cada vez mayor.

Por este motivo, el general Godwin-Austen telefoneó a El Cairo y comunicó que, al no existir ninguna otra posición apta para la defensa, la única forma de salvar sus fuerzas era evacuar Somalia. Y El Cairo dio su aprobación.

Godwin-Austen resistió otro día más los ataques enemigos, pero durante la noche del 15 empezó a retirarse hacia una posición preparada unas millas más atrás, donde el *Black Watch*, reforzado por una compañía de Rhodesia del Norte y por otra del Punjab, debía cubrir la retirada. Efectivamente, el *Black Watch* contraatacó dos veces, y con tal intensidad que los italianos se vieron obligados a detenerse, lo que dio al general Godwin-Austen el tiempo suficiente para poder embarcar sus fuerzas en un buque de guerra que esperaba en Berbera. Los italianos llegaron a esta localidad el 19 de agosto.

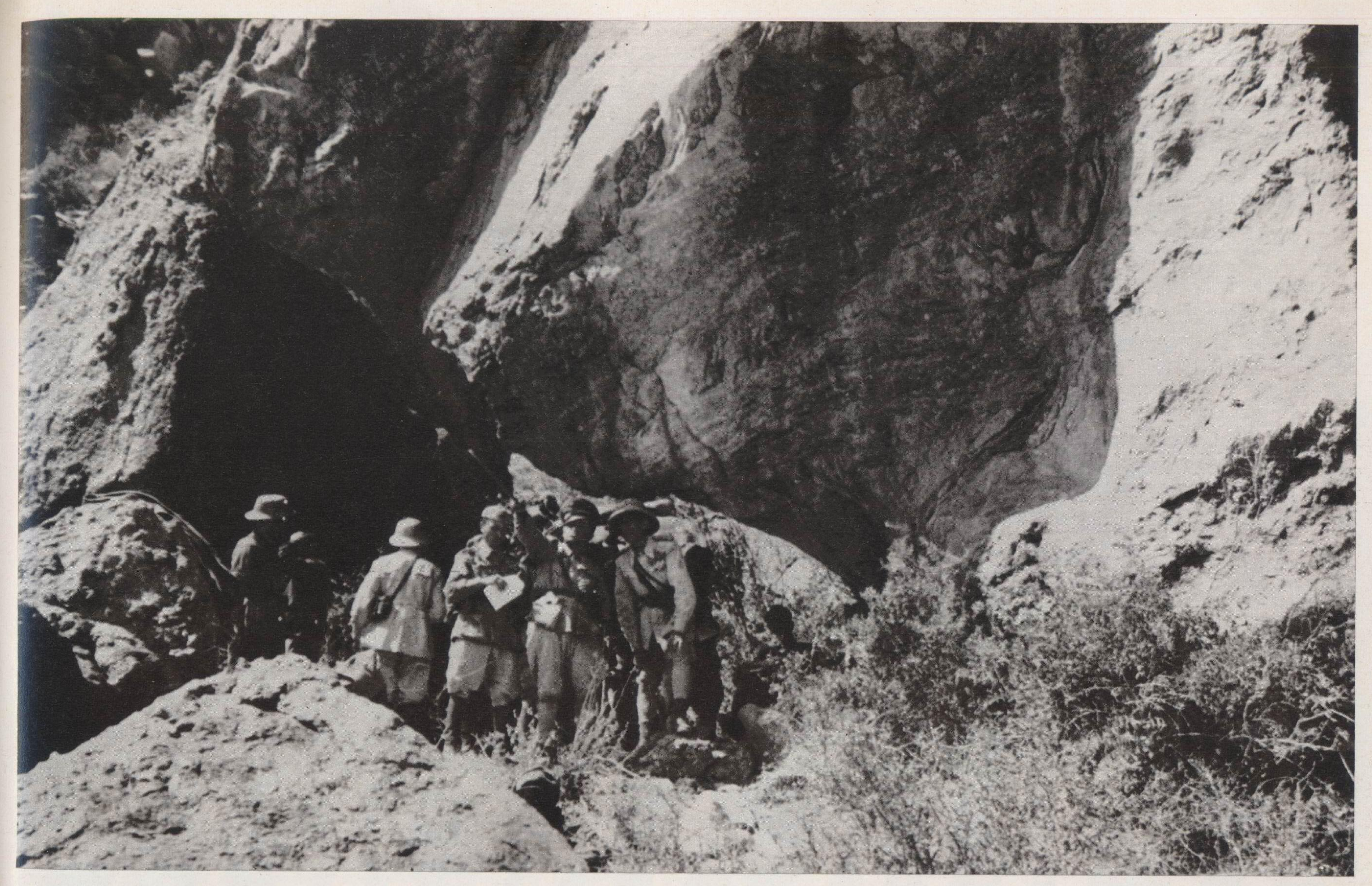
La defensa de Somalia Británica costó a los ingleses 250 bajas, contra 2.052 de los italianos.

En cuanto al primer ataque lanzado por los ingleses contra el África oriental italiana, en febrero de 1941, cuyo objetivo era eliminar lo que seguía considerándose como una amenaza a Kenya, fue dirigido contra Somalia Italiana y corrió a cargo, principalmente, de la División 12 africana del general Godwin-Austen.

El gran problema era cómo llegar a Somalia. La única carretera transitable atravesaba el distrito fronterizo del norte de Kenya, región esteparia, cálida, inhóspita y sin agua, salvo en la estación de las lluvias; pero entonces el suelo se transformaba en una inmensa charca completamente impracticable. La cabecera de línea ferroviaria más cercana estaba a 600 km, y desde este punto los abastecimientos deberían transportarse por caminos que se hallaban en pésimas condiciones. Realmente, aquella región era más bien un obstáculo que un adecuado trampolín de lanzamiento.

El general Cunningham, que asumió el mando de Kenya en noviembre, había previsto no lanzar ningún ataque antes del mes de mayo, cuando cesaran las grandes lluvias; pero la impaciencia que reinaba en Londres, junto con la perentoria necesidad que se tenía en Oriente Medio de las tropas de Kenya, obligaron a acelerar el ritmo. La ofensiva de febrero no inspiraba mucha confianza, ya que las fuerzas italianas en Somalia habían sido considerablemente sobrevaloradas y se esperaba hallar una dura resistencia en Chisimaio. Si no se conseguía tomar esta ciudad y atravesar el río antes de que las tropas británicas consumieran una parte sustancial de sus abastecimientos, sería imposible continuar hacia el Norte. Incluso se consideraba preferible retirarse en caso de que Chisimaio no fuera ocupada en menos de diez días.

Durante los primeros 150 km hacia el Este, a través de una región llana, y hasta la ciudad de Afmadu, que sería atacada el 11 de febrero por la División 12 africana, no se esperaba encontrar resistencia. El 10 de febrero Afmadu fue duramente bombardeada por la aviación sudafricana, causando tal efecto sobre la moral de la guarnición, que, cuando las avanzadillas de la Divi-



sión 12 se aproximaron, descubrieron que los italianos se habían retirado. Entonces, al hallar Afmadu sin guarnición, los ingleses avanzaron con sorprendente rapidez.

La Brigada de Costa de Oro avanzó unos cientos de kilómetros en dirección Oeste. Al día siguiente ocupó, tras encarnizados combates, una posición bien defendida situada en la margen izquierda del río Giuba, tras lo cual prosiguió otros 50 km hacia el Norte, ocupando una nueva posición situada en el citado río.

La mañana del 14 de febrero los sudafricanos tomaron Gobuin, 130 km al sudoeste de Afmadu y a unos 15 km escasos al norte de Chisimaio: el camino quedaba libre para la Brigada 22, que tomó por asalto Chisimaio aquella misma noche. La resistencia de los sitiados fue muy débil.

El duque de Aosta, sobrevalorando la fuerza de los ingleses, del mismo modo que éstos sobrevaloraron la suya, había ordenado previamente que se evacuara Chisimaio, no sin antes destruir todos los depósitos e instalaciones; pero la rapidez del avance británico impidió que esto se llevase a cabo en su totalidad.

Importantes fuerzas italianas ocupaban la orilla del Giuba, en Gobuin. Destruyeron el puente y se organizaron a la defensiva, por lo que les fue fácil frustrar el primer intento de las tropas sudafricanas de atravesar el río. Durante una semana la actividad se redujo a estos repetidos intentos; después, algunas lanchas de asalto sudafricanas consiguieron atravesarlo a unos 11 km más arriba. Los italianos contraatacaron inmediatamente, mas la cabeza de puente resistió hasta la llegada de refuerzos. Siguieron otros dos días de encarnizados combates, pero el 23 de febrero las tropas sudafricanas ya eran dueñas de ambas orillas en una longitud de unos 13 km. A los italianos no les quedaba otra solución que rendirse o desaparecer entre los bosques.

Los sudafricanos se lanzaron inmediatamente en dirección Norte, y tras un avance de 80 km a lo largo de la margen oriental, se unieron a la Brigada de Costa de Oro, que a su vez había forzado el paso del río, 130 km hacia arriba, y se dirigía hacia el Sur.

Entonces, y a pesar de que se había elaborado un plan minucioso, la resistencia italiana, inesperada e inexplicablemente, cedió de improviso. Desde este momento se hizo evidente que las fuerzas italianas o no querían combatir o eran incapaces de oponer resistencia eficaz. El comandante italiano era el mismo general De Simone que había librado, siete meses antes, la batalla Tug Argan. Disponía de dos divisiones en aquella zona, pero su resistencia a emplearlas era uno de los frutos de la defensa organizada en Tug Argan por el general Godwin-Austen, con el que de nuevo se enfrentaba.

Es cierto, sin embargo, que los vehículos italianos estaban muy por debajo de lo que las necesidades exigían, por lo que De Simone carecía de movilidad, factor indispensable en la maniobra táctica. Por añadidura, la aviación italiana se mostraba casi totalmente inactiva, mientras las tropas británicas gozaban de un excelente apoyo aéreo.

Por otra parte, las tropas etíopes que combatían con los italianos demostraron ser muy poco de fiar, y tendían a desaparecer en el boscaje apenas sonaban los primeros disparos. Esto no debería haber sorprendido a los italianos; los cuales, sin embargo, asignaron a los etíopes la misión de retardar y hostigar a las fuerzas británicas.

Tras la caída de Gelib, el mando italiano en Somalia se desintegró, y los planes británicos tuvieron que reconsiderarse.

Inesperada derrota

La falta de una resistencia eficaz causó gran sorpresa e indicaba que podían correrse riesgos hasta entonces no imaginados. Además, la toma de Chisimaio, con el puerto prácticamente intacto, permitió la llegada de abastecimientos por mar, lo que cambiaba al fin la situación logística.

Oficiales y soldados italianos entre los abruptos riscos de la Somalia Británica, en la zona del paso de Tug Argan, que acababan de conquistar. Los ingleses no habían tenido tiempo de construir defensas para la protección de los pasos a través de las montañas. *(Foto GM)*

Lo que había empezado siendo un simple avance, limitado a eliminar la posible amenaza sobre Kenya, se convirtió de pronto en una vasta operación ofensiva cuyo objetivo era expulsar a los italianos de Somalia y servirse de este territorio como base para la invasión de Etiopía. Así, pues, el general Cunningham dio la orden de ocupar lo antes posible la capital, Mogadiscio, que contaba con un importante puerto y buenos servicios.

A tal fin se envió una brigada de tropas africanas a Gelib y se le asignó la misión de perseguir a los italianos en retirada. Bombardeados desde el mar y continuamente desde el aire, esta retirada se transformó en una completa derrota, y los nigerianos cubrieron los 400 km que les separaban de Mogadiscio en tres días.

Ni siquiera se intentó defender esta ciudad; el 25 de febrero los primeros nigerianos entraron en ella y encontraron 1.500.000 litros de gasolina y 360.000 litros de carburante para aviones, además de cantidades considerables de provisiones.

La conquista de Somalia Italiana se consiguió en un tiempo increíblemente corto; después de la campaña se comprobó que se habían ganado dos meses sobre la fecha prevista.

PIETER LESSING

Escritor y periodista sudafricano. Durante la guerra prestó servicio en el Ejército, en África oriental y en Oriente Medio; después fue corresponsal de guerra británico en el Mediterráneo y en Europa. Acabada la guerra, estuvo de corresponsal en el extranjero, colaborando principalmente en periódicos y revistas americanos. Entre sus obras figuran: *The African Kaleidoscope*, *Africa Red Harvest* y *Only Hyenas Laugh*.



AFRIKAKORPS

Erwin Rommel,
Teniente general

Las gestas que llevó a cabo Rommel con su división acorazada, la «División fantasma», durante la campaña de Francia, le dieron justa fama de jefe audaz y genial. Reproducimos en estas páginas cuanto él pudo decir –así como también unas cartas a su esposa– sobre su destino al Cuerpo Expedicionario alemán de África, en febrero de 1941, cuando se creó el legendario *Afrikakorps*.

A primeros de febrero de 1941 un oficial del Mando Supremo del *Führer* me comunicó que debería interrumpir mi permiso y presentarme inmediatamente al *Feldmariscal* von Brauchitsch y al mismo *Führer*.

El 6 de febrero, el *Feldmariscal* von Brauchitsch me confió una nueva misión.

Dada la situación terriblemente crítica de nuestros aliados italianos, era preciso mandar a Libia, en su ayuda, dos divisiones alemanas, una ligera y otra acorazada. Se me había designado para ocupar el mando de este Cuerpo Expedicionario, con la orden de trasladarme lo más pronto posible a África a fin de adquirir un conocimiento directo del terreno.

Mis primeras tropas llegarían a mediados de febrero; el traslado de la división ligera terminaría hacia la mitad de abril, y el de la División Acorazada 15, a fines de mayo.

Condición *sine qua non* para la concesión de esta ayuda era que el Gobierno italiano se comprometiera a organizar la defensa de Tripolitania en la zona del golfo de Sirte, a lo largo de una línea que se extendía al sur de Buerat el-Hsun, a fin de asegurar el espacio necesario para el empleo de la *Luftwaffe* y renunciando con ello a su plan anterior que se limitaba al mantenimiento de la línea de defensa de Trípoli. Las fuerzas motorizadas italianas en el Norte de África debían ponerse a mis órdenes, en tanto que yo estaría bajo la dependencia del mariscal Graziani. Por la tarde me presenté al *Führer*, quien me hizo una exposición detallada de la situación en África y me informó que me habían recomendado como el hombre que mejor sabría adaptarse a las condiciones, totalmente distintas, de aquel teatro de operaciones. El ayudante de campo del *Führer*, teniente coronel Schmundt, me acompañaría en mis primeros reconocimientos. Se me aconsejó que empezara por concentrar las tropas alemanas en torno a Trípoli, de modo que pudieran entrar en acción conjuntamente. Por la noche, el *Führer* me enseñó unos cuantos diarios ilustrados ingleses y americanos que describían el avance del general Wavell en Cirenaica; el detalle más interesante que ponían de relieve era la perfecta coordinación que existía entre las fuerzas acorazadas de Tierra, la Aviación y la Marina.

6 de febrero de 1941

Queridísima Lu:

Aterrizado en Staaken a las 12,45. He estado con el Ob. d. H. (comandante en jefe del Ejército), quien me ha asignado una nueva misión, y después con el F. (*Führer*). Los acontecimientos apremian. Mi equipaje está llegando aquí. Puedo llevarme conmigo el mínimo indispensable. Quizá logre hacerme expedir pronto el resto. Es inútil que te diga que me da vueltas la cabeza por todo lo que se ha de hacer. Serán necesarios algunos meses para que todo se concrete.

Como ves, se ha acortado de nuevo «nuestro permiso». No te entristezcas, no se podía hacer otra cosa. Esta nueva empresa es muy importante.

7 de febrero de 1941

Esta noche he consultado con la almohada mi nueva misión. Será una manera como cualquier otra de curarme el reumatismo. *(La esposa podría deducir de esto que la nueva empresa se desarrollaría en África).* **Tengo mucho que hacer para reunir todo cuanto me hace falta en las pocas horas de que dispongo.**

El día 11 de febrero por la mañana me presenté al general Guzzoni, segundo jefe del Estado Mayor, en Roma, donde el plan de trasladar la defensa de Tripolitania al golfo de Sirte fue aceptado sin condiciones. Se dieron también instrucciones al general Roatta, jefe de Estado Mayor del ejército italiano, para que me acompañase a Libia. Por la tarde me acerqué en avión a Catania, donde encontré al general Geissler, que esta-

ba al mando del *X Fliegerkorps* de la *Luftwaffe*. Las noticias más recientes de África eran bastante inquietantes. Las tropas de Wavell habían tomado Bengasi, destruyendo la última división acorazada italiana al sur de la ciudad, y se disponían a avanzar sobre Tripolitania. Lo cierto es que muy difícilmente opondrían los italianos una resistencia eficaz. Y no sería nada extraño que en unos días las vanguardias del ejército inglés alcanzaran los alrededores de Trípoli. Puesto que la primera división alemana en África no estaría completa hasta mediados de abril, su ayuda llegaría demasiado tarde si el enemigo continuaba su avance; por lo tanto, si queríamos detener a los ingleses era necesario pasar inmediatamente a la ofensiva.

Por esta razón le pedí al general Geissler que ordenase, para aquella misma noche, una incursión aérea sobre el puerto de Bengasi y que a la mañana siguiente enviase los bombarderos al ataque de las columnas inglesas al oeste de la ciudad. Al principio Geissler no quiso saber nada del asunto; era evidente que los italianos le habían pedido que, en lo posible, respetara Bengasi, pues numerosos oficiales y funcionarios italianos tenían allí casas de su propiedad. Eso me impacientó y, por ello, aquella misma noche, el coronel Schmundt se puso en comunicación con el Mando Supremo del *Führer* y recibió la autorización para actuar. Pocas horas después despegaron los primeros bombarderos para cumplir su misión, cuyo objetivo era interceptar los abastecimientos ingleses en Bengasi.

A la mañana siguiente (12 de febrero) despegamos de Catania y fuimos directamente a Trípoli, para un reconocimiento *in situ*. Mientras sobrevolábamos el Mediterráneo, a baja cota, encontramos numerosas escuadrillas de *Junkers* que volvían de allí; probablemente se trataba de aparatos que ya por entonces abastecían a las fuerzas aéreas alemanas en África. Hacia mediodía aterrizamos en Castel Benito, al sur de la ciudad. El subteniente Heggenreiner, que era el oficial de enlace del general alemán en Roma (general von Rintelen) con el Mando Supremo italiano en África del Norte, nos anunció, al recibirnos, que el mariscal Graziani había dejado el Mando Supremo, comunicando las directivas al general Gariboldi, comandante del Ejército 5. Heggenreiner me describió brevemente el orden de batalla de las fuerzas italianas en África y me habló de algunos desagradables incidentes que se habían producido durante la retirada, o, mejor dicho, durante la derrota en que se transformó aquel repliegue.

Hacia las 13 me encontré con el general Gariboldi y le puse al corriente de mi misión. Mostró escaso entusiasmo por la intención de establecer la defensa en la Sirte. Yo, con ayuda de un mapa, le expliqué en líneas generales mi plan de defensa de Tripolitania, cuyos puntos esenciales eran: no retroceder ya ni un solo paso, poderoso apoyo de la *Luftwaffe* y volcar en la defensa del sector sírtico todos los hombres disponibles, incluyendo, apenas hubiesen desembarcado, los primeros contingentes alemanes. Estaba convencido de que si los ingleses no encontraban resistencia, lo más probable era que continuasen su avance, mientras que si se percataban de que habían de empeñarse en otra batalla, no atacarían –como hubiera sido su deseo–, sino que se verían forzados a esperar refuerzos. Esperaba poder aprovechar el tiempo ganado de esta forma organizando nuestras tropas, de modo que fuesen lo bastante fuertes para resistir el asalto enemigo.

Gariboldi alimentaba muchas dudas sobre todo lo que le había expuesto. Estaba profundamente descorazonado por la derrota y me aconsejó que, en primer lugar, diese una ojeada a la zona de la Sirte, pues suponía que yo, como acababa de llegar, no tendría una idea precisa de las dificultades de este teatro de operaciones.

–No necesitaré mucho tiempo para conocer el país –concluí–. Realizaré un vuelo de reconocimiento esta misma tarde y esta noche informaré al Mando Supremo.

En vista de la tensa situación y de la indolencia del Mando italiano, yo había ya decidido no atenerme a las primeras instrucciones, según las cuales debía limitar mi acción al control del sector, sino que procuraría asumir el mando del frente en cuanto me fuera posible; lo más tarde tras la llegada de las primeras tropas alemanas. El general von Rintelen, a quien había insinuado mis intenciones durante la conversación sostenida en Roma, me lo había desaconsejado, pues, según él, era el modo más seguro de perder honor y reputación.

Por la tarde, el coronel Schmundt y yo, a bordo de nuestro *He-111*, sobrevolamos el territorio libio. Después de haber inspeccionado los trabajos de fortificación y los profundos fosos contracarros al este de Trípoli, se presentó ante nuestra vista una franja arenosa que, a juzgar por su aspecto, parecía un terreno difícil para el movimiento de vehículos, tanto si eran de ruedas como de cadenas, y que por ello constituía un excelente obstáculo natural ante Trípoli. El vuelo continuó sobre la zona de colinas entre Tarhuna y Homs, tampoco muy apta, por lo que vimos, para los movimientos de las fuerzas motorizadas; en cambio parecía indicadísimo para ello el llano uniforme entre Homs y Misurata. La vía Balbia serpenteaba como una cinta negra a través del paisaje desolado, en el que, hasta perderse de vista, no se vislumbraban árboles ni malezas. Dejamos a nuestras espaldas Buerat el-Hsun, fortín en el desierto con un par de cabañas alrededor y una pista de aterrizaje, y finalmente volamos sobre las blancas casas de Sirte, donde divisamos las posiciones italianas al este y al sudeste de la población.

Cuando por la noche me entrevisté con el general Gariboldi para referirle los resultados del reconocimiento, ya había llegado el general Roatta, portador de las nuevas directrices del *Duce*. En lo sucesivo ningún obstáculo se opondría a la ejecución de mi plan.

Al día siguiente, el Cuerpo de Ejército X italiano, formado por las Divisiones «Brescia» y «Pavia», recibió la orden de avanzar hacia Sirte y Buerat el-Hsun y guarnecer la línea defensiva. Le seguía la División «Ariete», que por entonces sólo disponía de 60 carros de combate de modelo anticuado (eran demasiado ligeros, y años atrás se habían utilizado en la persecución de los indígenas en Abisinia), la cual debía establecerse al oeste de Buerat el-Hsun. Por el momento eran las únicas fuerzas que podíamos reunir. Y aun así su traslado representó una gran complicación para el Mando Supremo, pues los italianos no tenían suficientes aviones de transporte y la carretera de Trípoli a Buerat el-Hsun tenía una longitud de más de 400 km.

No podíamos esperar, por lo tanto, que las divisiones italianas llegasen rápidamente a la línea de fuego; lo que significaba que la única fuerza inmediatamente disponible para detener al enemigo eran –además de la débil guarnición italiana situada en Sirte– los aparatos de nuestra *Luftwaffe*. En consecuencia, pedí a su comandante en África, el general Frölich, que asumiese esta misión, después de haberle convencido de su fundamental importancia para el futuro del teatro de operaciones africano; en tanto que el comandante del *X Fliegerkorps* de la *Luftwaffe* quedó encargado de proporcionar el apoyo necesario. Con los limitados medios de que disponían, de día y de noche, hicieron cuanto les fue posible para ayudarnos a salir de la difícil situación. Y lograron su objetivo, pues las tropas de Wavell se detuvieron en El-Agheila.

Pocos días después me trasladé en avión a Sirte para inspeccionar las unidades italianas situadas en las líneas defensivas. En su totalidad eran, aproximadamente, un regimiento, bajo el inmejorable mando del coronel Grati y el comandante Santamaria. Esta unidad constituía la única fuerza que podíamos oponer en aquel momento a los ingleses, y de ahí nuestra comprensible inquietud ante la situación. El resto de las tropas se encontraban hacia el oeste, a más de 320 kilómetros de distancia.

Como resultado de mi insistencia, la primera división italiana se puso en marcha hacia Sirte el 14 de febrero. Aquel mismo día llegaron al puerto de Trípoli las primeras unidades alemanas: el III batallón de exploradores y un batallón contracarro. Considerando lo peligrosa que era nuestra situación, presioné para que desembarcaran rápidamente y solicité que las operaciones de descarga continuasen incluso de noche, con luz artificial, aceptando, por motivos de fuerza mayor, el riesgo de una eventual incursión aérea enemiga.

La descarga de este barco de transporte de 6.000 toneladas, que duró toda la noche, constituyó un récord para el puerto de Trípoli. A los soldados se les entregó el equipo especial para la zona desértica a las primeras horas de la mañana y a las 11 en punto formaban ante el palacio del gobierno. De su aspecto irradiaba la más completa fe en la victoria, y este cambio de atmósfera no pasó inadvertido en Trípoli. Después de pasar revista rápidamente a las unidades, el barón von Wechmar (comandante del III Batallón de exploradores) salió de Trípoli al frente de sus hombres, y veintiséis horas más tarde llegó al frente sírtico. El 16 de febrero, algunos destacamentos alemanes que operaban con la columna de Santamaria realizaron la primera acción contra el enemigo. En aquel momento asumí el mando del frente. Por su parte, el coronel Schmundt hacía varios días que había regresado al Mando Supremo del *Führer*.

14 de febrero de 1941

Queridísima Lu:

Todo marcha lo mejor que se podría desear. Espero que lograré alcanzar la victoria. Yo estoy muy bien y no hay nada por lo que debas preocuparte. Estoy hasta la coronilla de trabajo. Ya he echado una ojeada a todo.

17 de febrero de 1941

Todo marcha magníficamente para mí y para mis hombres bajo este sol resplandeciente. Estoy en relaciones más que óptimas con el mando italiano y no podía esperar una colaboración mejor.

Mis muchachos ya están en el frente, que se ha desplazado unos 500 km al Este. Por lo que a mí respecta, ahora puedo incluso ir a verte.

Mis vuelos cotidianos entre Trípoli y el frente me permitieron conocer muy bien Tripolitania a vista de pájaro y empecé a sentir una gran admiración por los resultados de la obra colonizadora de los italianos, cu-

Unidades alemanas motorizadas en el desierto; se emplearon apenas desembarcadas permitiendo a Rommel iniciar, con la toma de El-Agheila, un avance rápido a través de Cirenaica. Columnas motorizadas alemanas avanzan por una carretera africana. El «Afrikakorps», limitado númericamente al principio, se componía de la «Panzerdivision» 15 y de la División 5 ligera, y gozaba de un reducido apoyo aéreo. *(Archivo Rizzoli)*



1941

6 de febrero: Rommel destinado al mando del *Afrikakorps*.

12 de febrero: llegada de Rommel a Trípoli.

24 de febrero: primer encuentro en El-Nofilia entre patrullas alemanas de reconocimiento y tropas inglesas.

18 de marzo: reunión en Berlín, sin que Rommel obtenga autorización para lanzar una ofensiva alemana en Cirenaica antes de finales de mayo.

24 de marzo: los alemanes conquistan El-Agheila.

31 de marzo: penetración alemana en el dispositivo defensivo inglés de Marsa el-Brega.

2 de abril: los alemanes alcanzan Agedabia.

4 de abril: conquista de Bengasi y Msus por los alemanes.

10-15 de abril: los alemanes no logran ocupar Tobruk y se inicia el primer asedio de la ciudad.

25 de abril: ocupación alemana del Paso de Halfaya; los ingleses rechazados hasta la base de Marsa Matruh.

yos signos eran evidentes, sobre todo en los alrededores de Trípoli, Tarhuna y Homs.

Ahora se trasladaban diariamente hacia el frente columnas italianas y alemanas. Pese al parecer contrario de los italianos, el jefe de los servicios del *Afrikakorps* (comandante Otto) organizó el transporte de los pertrechos a lo largo de la costa, con pequeñas embarcaciones, aligerando así muchísimo el trabajo de nuestras columnas de camiones, de por sí nada fácil. Por desgracia, los italianos no habían pensado nunca en construir una línea ferroviaria costera, que en aquel momento habría sido de enorme utilidad.

Para dar la impresión de ser más fuertes de lo que éramos y a fin de inducir a los ingleses a la máxima prudencia, hice fabricar, en los talleres que había en los alrededores de Trípoli, un gran número de carros simulados, que se montaron sobre *Volkswagen* y parecían totalmente auténticos. El 17 de febrero notamos signos de intensa actividad por parte del enemigo, y temí que los ingleses estuvieran a punto de reemprender su avance sobre Trípoli. Mi impresión se vio reforzada el 18 de febrero por la presencia confirmada de nuevas unidades británicas entre El-Agheila y Agedabia. Entonces, para dar también nosotros la sensación de una actividad más intensa, decidí hacer avanzar el III Batallón de exploradores, reforzado por el Batallón Santamaria y el XXXIX Batallón contracarro agregado a su mando, hasta la zona de El-Nofilia, con la orden de tomar contacto con el enemigo.

El 24 de febrero se produjo el primer encuentro entre las tropas inglesas y las alemanas en África. Los nuestros destruyeron tres vehículos acorazados de reconocimiento, un camión y un automóvil, e hicieron prisioneros a tres soldados enemigos, entre los cuales se hallaba un oficial, sin tener que lamentar por nuestra parte pérdidas de material o heridos. Mientras tanto, afluían al frente, conforme al plan previsto, otras unidades de la División Ligera 5.

Teníamos todavía sospechas sobre la finalidad de los movimientos ingleses, y para aclarar la situación, el comandante de la citada División Ligera, que había asumido el mando del frente, se trasladó el 4 de marzo al estrecho paso de El-Mugtaa y lo barreó con campos de minas. Durante la acción no advirtió ninguna señal de actividad por parte del enemigo.

De esta forma se aseguró un sector bastante importante y se reforzó nuestra posición. Los pantanos salobres de Mugtaa el-Chebrit se extienden, desde este punto, a lo largo de unos 33 km al sur de la vía Balbia y son impracticables para los vehículos, salvo en unos pocos puntos que, desde luego, nos apresuramos a minar. Habría sido relativamente fácil rechazar un ataque frontal que pretendiera forzar el paso, y era improbable que los ingleses quisieran intentar una maniobra de envolvimiento que los habría obligado a realizar una larga marcha sobre un terreno arenoso y plagado de dificultades.

En El-Mugtaa estábamos ya a cerca de 800 km al este de Trípoli. Para los abastecimientos que nos llegaban por mar habíamos asegurado el pequeño puerto de Ras el-Ali, el cual, como todos los lugares semejantes de nombre altisonante, era en realidad un agujero desolado y miserable donde comenzaron a afluir inmediatamente los artículos de primera necesidad.

5 de marzo de 1941

Queridísima Lu:

Acabo de regresar de un viaje –o, mejor, de un vuelo– de dos días al frente, que ahora se encuentra a 720 km hacia el Este. Toda va bien.

Hay mucho trabajo. De momento no puedo ir a verte porque no podría garantizar nada en mi ausencia. Dependen de mí y de mi iniciativa demasiadas cosas. Espero que hayas recibido alguna carta mía.

Mis soldados están avanzando. Aquí la única cosa importante es la rapidez. Me adapto al clima plenamente. Esta mañana incluso he dormido demasiado, hasta después de las seis...

...Hoy hemos tenido un espectáculo de gala con la proyección de «Victoria en Occidente» (una película de propaganda sobre la campaña alemana de 1940 en Francia). Al recibir a los invitados –llegados en gran número, algunos en compañía de sus esposas–, he expresado la esperanza de que algún día podremos proyectar también «Victoria en África»...

El resultado de nuestras operaciones en El-Mugtaa fue una retirada inglesa al Este, lo que hacía suponer que el grueso de sus fuerzas se encontraba en las cercanías de Agedabia y a lo largo de la costa, hacia Berna.

En esta fase, los intentos enemigos de paralizar nuestros abastecimientos mediante acciones navales en el Mediterráneo e incursiones aéreas sobre Trípoli no lograron resultados agradables. El 11 de marzo desembarcaron en Trípoli los últimos elementos del 5.º Regimiento *Panzer;* se le dio en dotación 120 carros de combate, pero sólo 60 de ellos eran del tipo mediano (*Panzer Mark III* y *IV*). Además, la División italiana «Ariete» avanzaba con 80 carros de combate, todos los que en aquel momento estaban en condiciones de entrar en combate. Este despliegue de fuerzas, con material entonces modernísimo, causó mucha impresión entre los italianos.

Las condiciones en el frente

El 13 de marzo trasladé mi puesto de mando a Sirte. En un principio había tenido la intención de llegar a la localidad en avión, a bordo de un *Ghibli*, y con mi jefe de Estado Mayor. Pero, tras el despliegue, cerca de Tauorga, nos vimos envueltos en una tempestad de arena y el piloto, haciendo caso omiso de mis instigaciones a seguir, invirtió el rumbo y me obligó a hacer el viaje en automóvil desde el aeródromo de Misurata. Sólo allí comprendimos que no teníamos la menor idea de la terrible violencia de esas tempestades. Nubes inmensas de polvo rojizo impedían totalmente la visibilidad y reducían la velocidad del coche a un lento caminar. La arena corría a ríos, como agua, por el parabrisas, y apenas podíamos respirar a través de los pañuelos con que nos habíamos cubierto la cara. El sudor nos brotaba por todos los poros a causa del calor insoportable. Se trataba del temido *ghibli*. De corazón dí mis excusas al piloto. Precisamente aquel mismo día un oficial de la *Luftwaffe* se estrelló con su aparato a consecuencia de la tempestad.

El 15 de marzo, un destacamento mixto italiano y alemán, al mando del conde Schwerin, abandonó Sirte con dirección a Murzuch, a unos 720 km más al Sur. El Mando Supremo italiano nos había pedido que emprendiésemos esta acción porque las tropas del general De Gaulle comenzaban a hostigar en Libia meridional. Sin embargo, por lo que a nosotros concernía, nuestro principal objetivo era adquirir experiencia a base de largas marchas y, sobre todo, comprobar si nuestro equipo se adaptaba a las condiciones africanas. Poco después llegó a la línea de El-Mugtaa la División «Brescia» completa, y la División Ligera 5 quedó disponible para llevar a cabo acciones rápidas.

El 10 de marzo me trasladé en avión al Mando Supremo del *Führer* para informar y recibir nuevas instrucciones. El *Führer* me condecoró con las *Hojas de Roble* por la actuación de la División *Panzer* 7 en Francia. El comandante en jefe del Ejército (von Brauchitsch) me informó que no se preveía una decisiva acción ofensiva en África para un próximo futuro y que por el momento no debía esperar refuerzos. Añadió que después de la llegada de la División *Panzer* XV, a fines de mayo, debería atacar y poner en fuga al enemigo en el sector de Agedabia. Quizá sería posible entonces reconquistar Bengasi. Le hice notar que no debíamos limitarnos a tomar Bengasi, sino que sería necesario volver a ocupar toda la Cirenaica, por cuanto la zona de Bengasi no se podía mantener militarmento sola. No me gustó la insistencia, por parte del *Feldmariscal* von Brauchitsch y del teniente general Halder, para mantener tan reducidos los contingentes de tropas enviados a África, abandonando a su suerte el futuro de este teatro de operaciones. Habría sido necesario aprovechar con el máximo empeño la temporal debilidad inglesa en este sector para asegurarnos definitivamente la iniciativa.

En mi opinión, otro error fue el de no afrontar el riesgo de un desembarco en Inglaterra en 1940-41. La única probabilidad de triunfo, suponiendo que la operación lo hubiera alcanzado, se habría presentado en el momento en que el Cuerpo Expedicionario británico acababa de perder su armamento y equipo. A partir de entonces las dificultades aumentaron constantemente, y, sin embargo, la invasión era obviamente necesaria si queríamos ganar la guerra contra Gran Bretaña.

Antes de partir había ordenado a la División Ligera 5 que preparase un ataque contra El-Agheila, fijado para el 24 de marzo; el objetivo era la conquista del aeródromo y del fortín, y capturar a la guarnición inglesa. Resultaba que poco antes, el oasis de Marada, situado algo más al Sur, había sido ocupado por un destacamento mixto italoalemán, que ahora debía ser aprovisionado, y nuestras columnas de víveres eran hostigadas sin tregua por las unidades inglesas de El-Agheila.

Tras mi regreso a África, el III Batallón de Exploradores ocupó, según se había previsto, el fortín, los pozos y el aeródromo de El-Agheila en las primeras horas del 24 de marzo. La guarnición inglesa, compuesta por pocas fuerzas, había minado toda la zona y, cuando desencadenamos el ataque, llevó a cabo un hábil repliegue.

Después de la conquista de El-Agheila parecía que las avanzadillas inglesas –según el informe de la *Luftwaffe*– se habían retirado a la garganta de Marsa el-Brega.

26 de marzo de 1941

Queridísima Lu:

Primera jornada en el mar. Es un lugar delicioso y mi «roulotte» es cómoda como un hotel. Me he bañado en el mar esta mañana, porque hace ya bastante calor. Aldinger y Günther (ayudante y ordenanza de Rommel, respectivamente) ocupan la tienda vecina. Por la mañana nos hacemos el café en nuestra cocina. Ayer un general italiano, Calvi di Bergolo, me ha regalado un «burnus». Es magnífico, negro-azul, con seda roja y bordados. Te sentaría muy bien como capa de noche...

Pocas novedades del frente. Debo retener a las tropas para impedirles echarse adelante. Han conquistado otra posición, avanzando hacia el Este más de 30 kilómetros.

No faltarán los semblantes preocupados entre nuestros amigos italianos.

de *The Rommel Papers*, a cargo de Basil Liddell Hart, editor Collins.

FELDMARISCAL ERWIN ROMMEL



Hijo de un profesor, nació en Heidenheim, cerca de Ulm (Würtemberg), en 1891. Oficial en enero de 1912, tomó parte en la primera Guerra Mundial, combatiendo en Francia, Rumania e Italia, y por sus hechos fue distinguido con la máxima condecoración –Pour le Mérite–; ascendido a capitán, se le destinó al Estado Mayor. Tras el armisticio, ejerció, entre otros, el cargo de profesor en la Academia Militar de Danzig; las lecciones que dio en dicho centro forman el núcleo de su libro *Infanterie greift an (La Infantería al ataque)*, que más tarde atrajo sobre él la atención de Hitler. Cuando se ocupó la zona de los Sudetes, en octubre de 1938, Rommel mandaba la guardia del *Führer*. Ascendido a general de División, siguió la campaña de Polonia como agregado al Estado Mayor de Hitler. Pidió después el mando de una división acorazada y se le asignó la 7.ª *Panzerdivision*, la llamada «División fantasma», que se hizo famosa durante la campaña de Francia. Luego se le destinó al mando del *Afrikakorps* y se le ascendió a *Feldmariscal*, en 1942, por la reconquista de Cirenaica. Después de haber mandado el Grupo de Ejércitos B, que operó en Italia, se le confió la responsabilidad de reforzar el «Muro del Atlántico» frente a la amenaza de invasión aliada. En 1944, cuando se le implicó en el complot contra el *Führer*, que culminó en el atentado de julio del mismo año, había perdido ya el favor de Hitler. Su suicidio, en octubre de 1944, le evitó el proceso ante un «tribunal del pueblo», la degradación y la condena a muerte. Dejó viuda y un hijo.